

COMENTARIO

DEL
NUEVO TESTAMENTO

EVANGELIOS SINOPTICOS

tomo

1

L. BONNET Y A. SCHROEDER

8311 4

COMENTARIO
DEL
NUEVO TESTAMENTO

POR
LUIS BONNET Y ALFREDO SCHROEDER
(TRADUCIDO DEL FRANCES)

VOL. I.

Los Evangelios Sinópticos



CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

CASA BAPTISTA DE PUBLICACIONES

Agencias de Distribución

ARGENTINA:
Casilla 48, Suc. 3, Buenos Aires
COLOMBIA:
Apartado Aéreo 15333, Bogotá
COSTA RICA:
Apartado 1883, San José
CHILE:
Casilla 1253, Santiago
ECUADOR:
Casilla 2166, Quito
ESPAÑA:
Arimón, 22,
Barcelona-6
ESTADOS UNIDOS:
Apartado 4255, El Paso, Texas 79914
GUATEMALA:
Apartado 1135, Guatemala
HONDURAS:
Apartado 279, Tegucigalpa
MEXICO:
Vizcainas No. 16, México 1, D. F.
PARAGUAY:
Casilla 1171, Asunción
PERU:
Apartado 2562, Lima
REPUBLICA DOMINICANA:
Apartado 880, Santo Domingo
URUGUAY:
Casilla 2214, Montevideo
VENEZUELA:
Apartado 152, Valencia

Primera edición de C.B.P.: 1970
Clasifíquese: Comentarios - N. T. - DL
C.B.P. Art. No. 03050
2.5 M 12 70

INDICE

	<i>Pág.</i>
Introducción al Nuevo Testamento	9
Apéndice	19
Introducción general a los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas	23
Introducción al Evangelio según Mateo	47
Evangelio según Mateo	61
Introducción al Evangelio según Marcos	329
Evangelio según Marcos	337
Introducción al Evangelio según Lucas	461
Evangelio según Lucas	469

PROLOGO

El Comentario de Luis Bonnet, pastor en Lausana (Suiza), escrito en lengua francesa, y cuya versión al castellano ofrecemos al público evangélico, es una de las mejores obras de su género publicadas en Europa, por la excelencia de sus INTRODUCCIONES, la claridad y precisión de sus ANÁLISIS, el valor científico de sus notas CRÍTICAS y EXECÉTICAS y el espíritu de fidelidad y devoción que lo anima.

La primera edición de los tomos III y IV (epístolas de Pablo, Hebreos a Apocalipsis), apareció en el año 1855; una segunda edición vió la luz en los años 1875 y 1876, y por último una tercera en 1891, con la colaboración del pastor Alfredo Schroeder, nieto del pastor Bonnet. En cuanto a los tomos I y II (evangelios sinópticos, Juan y Actos), aparecieron en 1880 y 1885, publicándose una segunda edición en 1895 (tomo I) y 1899 (tomo II), también esta última con la colaboración del pastor Schroeder.

Un problema se nos presentó desde el comienzo de la tarea: el de evitar que la versión del TEXTO del Nuevo Testamento fuera inferior por ser a su vez derivada de otra traducción.

A Dios gracias, hemos removido la dificultad haciendo una versión directa del griego al castellano, con lo que esperamos quedará la edición española del Comentario a la altura de su original.

Hay un punto sobre el cual puede ser útil añadir algunas palabras: se encontrará a menudo en las notas las palabras: TEXTO RECIBIDO, en oposición a las variantes que se hallan en otros documentos del Nuevo Testamento. Para los lectores extraños a las cuestiones de la crítica textual diremos lo que significan.

Durante quince siglos, nuestros santos libros habían sido copiados para el uso de la iglesia. Esos numerosos manuscritos, algunos de los cuales remontan al siglo IV, eran en su mayor parte desconocidos en la época del Renacimiento y de la invención de la imprenta. Nadie se había ocupado aún de las inevitables diferencias de ciertas palabras que se hallan entre ellos (VARIANTES), cuando en 1516 el célebre humanista Erasmo publicó el primer Nuevo Testamento griego impreso. Se contentó con reproducir algunos manuscritos muy recientes, no habiendo aún los medios necesarios para compararlos con otros más antiguos. Tal era la necesidad que se sentía de poseer el Nuevo Testamento en su lengua original, que en pocos años cinco ediciones se sucedieron rápidamente y la obra de Erasmo fué reproducida en toda Europa. Los sabios editores Roberto y Enrique Estienne publicaron revisiones, auxiliándose con diversos manuscritos de la biblioteca real de París. (1546 y sig.)

CON AUTORIZACIÓN DE

GEORGE BRIDEL & CIE.

LAUSANNE (SUISSE)

EDITORES DEL ORIGINAL FRANCÉS

Teodoro de Beza prosiguió su obra por medio de copias antiguas que poseía. (1565 y sig.) Más tarde, ediciones numerosas, elegantes, en un formato portátil, salieron de las prensas célebres de los Elzevir, en Holanda. Estos editores, en su prefacio, dieron a su Nuevo Testamento el nombre de "el TEXTO RECIBIDO de todos, completamente corregido, etc.". (Leyde, 1624 y sig.) Había en ello sin embargo una doble exageración, pues por una parte ese texto no había sufrido la depuración de una crítica científica, y por la otra, numerosas ediciones del Nuevo Testamento se produjeron en otras partes, provenientes, no de la obra de Erasmo, sino de la célebre obra poliglota editada en España bajo los auspicios del cardenal Jiménez. El texto del Nuevo Testamento, reproducido en innumerables ediciones, permaneció en ese estado hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Entonces, inmensos trabajos de crítica fueron emprendidos y proseguídos sin tregua por sabios como Bengel, Griesbach, Scholz, Lachmann, Tischendorf, etc. Han estudiado, clasificado, comparado los numerosos manuscritos existentes; han descubierto otros desconocidos; han formado colecciones completas de todas las variantes, explorando para ello los manuscritos, las citas de los padres de la iglesia, las versiones antiguas; y en pocas palabras, se han esforzado en llegar, por la comparación de todos esos documentos y a la luz de la exégesis, a la posesión del texto más correcto posible.

Agreguemos que de las variantes tan pacientemente examinadas, no hay una sola que concierna a punto alguno esencial en los grandes hechos y doctrinas del evangelio. En esto todos los documentos están de perfecto acuerdo. En esta obra no ha seguido el autor exclusivamente a ninguno de los eminentes críticos sino que cada variante ha sido discutida de por sí con independencia, y se ha apartado del TEXTO RECIBIDO solamente cuando la autoridad de los documentos le ha parecido decisiva.

¡Quiera Dios bendecir el esfuerzo continuo de varios años y hacer que esta traducción del Comentario de Bonnet y Schroeder sea de verdadero provecho para el pueblo evangélico de lengua castellana, y en particular para la juventud que se prepara para la tarea!

A. CATIVIELA.

INTRODUCCION AL NUEVO TESTAMENTO

I

El título de NUEVO TESTAMENTO, dado a la colección de los libros sagrados de la iglesia cristiana, indica la significación profunda y el alto valor de esta compilación. Desde el principio de sus revelaciones, Dios había llamado *berith*, pacto, el plan resuelto de su misericordia hacia nuestra humanidad (Gén. 15:18), y *ángel del pacto* Aquel que debía ser su mediador. Esta palabra, que aparece sin cesar en la Biblia, ha sido traducida en la versión griega de los Setenta por la de *diathéke*, disposición testamentaria, y en la vulgata latina por *testamentum*. Jesús, instituyendo la cena, adoptó este término así reconocido y designó con él los bienes imperecederos que El legaba a sus redimidos: "el nuevo testamento en mi sangre" (Lucas 22:20; 1^a Cor. 11:25); *nuevo* por oposición al antiguo, que le había servido de preparación; *testamento*, porque el Señor fundaba entonces en sus padecimientos y en su muerte la disposición testamentaria de la herencia eterna. En este mismo sentido toman los escritores sagrados esta palabra siempre que se trata de la salvación hecha y legada por el Salvador (Gál. 3:15, 17; Heb. 9:15-20; etc.). He ahí por qué la salvación es llamada también una *heredad* (Act. 20:32; Ef. 1:11; Heb. 1:14; 1^a Pedro 1:4, etc.) y los que son salvados, *herederos*. (Rom. 8:17; Tito 3:7; Jac. 2:5.) ¿Y qué otro título hubiera podido escoger la iglesia para el documento divino de su herencia celestial, más apropiado a su contenido que el de *Testamento de Jesucristo*? Quien abre este libro, puede y debe hacerlo con los sentimientos de un hijo que lee las últimas disposiciones de un padre venerado; profundizará cada cláusula, pesará cada expresión, porque lo que está leyendo es el documento que hace legítimas todas sus esperanzas.

II

El *contenido* del Nuevo Testamento, en otros términos, lo que constituye su *fin*, responde perfectamente a esta idea; jamás libro alguno justificó mejor su nombre. En efecto, lo que lo llena por completo, desde su primera hasta su última palabra, lo que constituye su luz y su vida como el sol en la naturaleza, es JESUCRISTO y su obra en el seno de nuestra humanidad. No se trata aquí, desde luego, de un sistema de doctrinas religiosas y morales, sino de un hecho, o mejor dicho, de una persona, de un Ser bastante grande, bastante poderoso para cumplir la obra inmensa de la redención del mundo. Jesucristo no es solamente un doctor, ni un revelador; es al mismo tiempo la Revelación de Dios y el Salvador de los hombres. Por eso habla con la autoridad del "único que conoce a Dios, a quien Dios solo conoce, y único que revela a Dios" (Mat. 11:25-27). El dice: "Yo soy la verdad, yo soy la luz del mundo. El que me ha visto, ha visto a mi Padre. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán." El ruega a sus discípulos que crean en El, como creían en Dios (Juan 14:1).

Tal es Aquel cuya vida y obra llenan todos los libros del Nuevo Testamento, sean narradas en los evangelios o expuestas en las epístolas. Sus discípulos le reconocieron y confesaron diciendo: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente, tú tienes palabras de vida eterna." Habían hallado esta confesión en la experiencia íntima de su alma; y los que leen el Nuevo Testamento con la misma fe, hallando en él el mismo Salvador y recibéndole en su corazón, hacen a su vez la misma experiencia y se convencen de que el contenido de este libro constituye la vida cristiana misma; profunda armonía de la verdad divina y de la experiencia humana, que lleva en sí su testimonio viviente.

III

Así se manifestó en el mundo Aquel que constituye el único objeto del Nuevo Testamento. El se reveló por su palabra, por sus obras, por su vida entera. Sus discípulos "vieron su gloria". Pero esta manifestación de Jesucristo sobre la tierra, de que sólo sus contemporáneos tuvieron la inmensa ventaja de disfrutar ¿será acaso una luz brillante que irá luego extinguiéndose en la noche? ¿Quién transmitirá al mundo el conocimiento de este Salva-

dor, de su vida, de su obra? El mismo había provisto. Uno de sus primeros cuidados, al entrar en su ministerio, había sido el de elegir entre sus discípulos doce *testigos*. (Mat. 10:1; Mar. 3:13; Luc. 6:13.) El les asigna esta función (Act. 1:8); y nadie podrá desempeñarla sin haber asistido a todo el ministerio del Señor (Act. 1:22); ellos se presentan como tales ante el pueblo y ante las autoridades. (Act. 2:32; 3:15; 5:32; 10:39; 13:31). Jesús mismo da a estos testigos el nombre de *apóstoles*, es decir de enviados (Luc. 6:13); y después de haberles instruído, penetrado con su palabra y con su vida, les impone solemnemente su misión en el momento de dejarlos. (Mat. 28:19, 20.) En su última oración declara que les ha confiado la palabra divina que su Padre a su vez le había confiado, y que por la palabra de sus apóstoles crearán los hombres en El. (Juan 17:8, 20.) Pero su preparación no ha terminado aún; abandonados a sí mismos, serían incapaces de llenar su cometido. — Jesús les ordena que esperen en Jerusalén el cumplimiento de su gran promesa de enviarles desde lo alto el Espíritu de luz y de vida, que les guiará por toda la verdad y los transformará en nuevos hombres. El día de Pentecostés brilla sobre ellos, y la efusión potente de este Espíritu de Dios obra en ellos y por ellos los prodigios de vida religiosa y moral relatados en el libro de los Actos. Entonces predicán; predicán a Jesucristo, su vida y su obra; predicán el arrepentimiento y la fe en El. Y la iglesia que nace y se desarrolla bajo el poder creador de esta palabra que ellos mismos llaman la PALABRA DE DIOS (Act. 4:29; 6:2, 7; 8:14; 11:1, etc.), la iglesia siempre y en todas partes reconoce a los apóstoles como los depositarios divinamente autorizados de esta palabra; hasta el día de hoy, jamás se ha desviado de este principio, fundado al mismo tiempo sobre la autoridad de Jesucristo y sobre el carácter incomparable de verdad que resplandece en la enseñanza apostólica. — En cuanto a Pablo, sabemos por su propio testimonio cómo le llamó el Señor al glorioso ministerio del apostolado. (Act. 22; Gál. 1:1.)

IV

Tales son los testigos fuera de los cuales nada sabríamos de Jesucristo, pero cuyo testimonio bastará para llevar su nombre y su salud hasta la postrera generación que nazca sobre la tierra. Para ello, sin embargo, fué menester que a la Palabra predicada fuese agregada la *Palabra escrita*. — La iglesia, es verdad, fué

creada y comenzó a conquistar el mundo, durante veinte años, por la predicación solamente, antes que una sola palabra del Nuevo Testamento existiese por escrito, y este hecho bastaría, en defecto de otras pruebas, para convencernos de que la Palabra viva será siempre el gran medio de la evangelización del mundo; este hecho bastaría también para demostrar que no es exacto identificar en absoluto la Palabra de Dios con las escrituras. Mas también ha probado la experiencia, por las corrupciones sucesivas de toda tradición oral, lo que habría sido de la enseñanza apostólica en el mundo, si hubiese estado expuesta a todas las eventualidades de una transmisión privada de garantía. Pero aun a esto había Dios provisto. ¿Y no hubiérase podido anticipar que El proveería? El que había realizado en su Hijo amado la obra divina de la redención del mundo, ¿hubiera podido acaso abandonar luego esta obra a la ignorancia, al error, al espíritu de mentira que la habrían pervertido infaliblemente? Jesucristo mismo había prometido implícitamente que el testimonio de sus discípulos sería puesto al abrigo de toda alteración, cuando les declaraba que este testimonio llegaría "hasta los extremos de la tierra" (Act. 1:8), y cuando anunciaba que su evangelio sería "predicado a todas las naciones". (Mat. 24:14.) Por otra parte, ¿no era natural que hechos de tan alta importancia, enseñanzas como las del Salvador, fuesen consignadas por escrito?

Los escritos del Nuevo Testamento aparecieron sucesivamente para responder a las necesidades de la iglesia cristiana en el siglo apostólico. La conservación y el desarrollo de la vida en las comunidades recientemente constituidas, amenazadas por las persecuciones de un mundo hostil, por las divisiones intestinas y el trabajo de los falsos doctores, exigían la acción de los apóstoles, y éstos no podían estar simultáneamente en todas partes. Entonces suplían su ausencia por la correspondencia. Sus cartas proporcionaban a las iglesias las instrucciones, direcciones, advertencias y exhortaciones de que tenían necesidad. De ahí las *epístolas* del Nuevo Testamento. — Mientras vivieron los que habían sido testigos de la vida del Salvador, su palabra bastaba para conservar el recuerdo de sus actos y transmitir sus principales enseñanzas. Pero cuando empezaron a desaparecer o abandonaron las regiones que habían sido la cuna de la iglesia, sintióse la necesidad de poseer sus relatos por escrito. Así nacieron diversos relatos de la vida de Jesús, de los que sólo adoptó la iglesia aquellos basados evidentemente en el testimonio apostólico, única autoridad reco-

nocida por ella. (Luc. 1:1, 2.) De allí nuestros cuatro *evangelios*. — Cuando Aquel que había encendido el fuego de una vida nueva sobre la tierra, después de terminar su obra personal, hubo creado, por la efusión del Espíritu, su iglesia que creció y empezó la conquista del mundo, fué de una importancia capital para el porvenir conservar el conocimiento de esta gran creación progresiva. El libro de los *Actos*, al que se ha podido llamar el evangelio del Espíritu Santo o la primera Historia Eclesiástica, nos ha conservado la génesis de la iglesia. — En fin, bajo el fuego de las primeras persecuciones, el espíritu profético reveló a un discípulo las visiones del porvenir, las consolaciones y las esperanzas tan necesarias a los cristianos en sus grandes pruebas: así nació el *Apocalipsis*. El Nuevo Testamento encierra, pues, como el Antiguo, escritos didácticos, históricos y proféticos. Pero éstas no son categorías exclusivas. Como en todas las obras de Dios, una armonía profunda se manifiesta en esta compilación, todas cuyas partes se penetran mutuamente, porque están penetradas del mismo espíritu. La vida de Jesucristo, de donde todo emana, es el alma de las epístolas, del libro de los Actos y del Apocalipsis tanto como de los evangelios. Se habría aun podido, independientemente de éstos, reconstituir históricamente la figura del Cristo, si en cualquier tiempo una crítica destructiva hubiera conseguido privarnos de los cuatro documentos que nos permiten seguir las huellas de Jesús sobre la tierra.

V

¿Son *auténticos* estos libros? En otros términos, ¿están revestidos del carácter y de la autoridad del testimonio apostólico? Debiendo presentarse esta cuestión al abordar el estudio de cada uno de ellos, allí la examinaremos. Aquí nos limitamos a algunas observaciones generales que no tendrían lugar en otra parte. — La formación de nuestra colección, que se ha constituido poco a poco por sí misma en la iglesia, tiene, sin embargo, su historia, historia rica en enseñanzas del más alto interés. Si se considera la eminente autoridad moral de que gozaban los apóstoles y sus colaboradores inmediatos, se tendrá la certidumbre de que sus escritos fueron religiosamente conservados por las iglesias a las cuales eran dirigidos. Eran leídos y releídos en las reuniones de iglesia (1^o Tes. 5:27). Un canje general de estos libros, reproducidos por medio de copias, tuvo lugar entre las iglesias, que los consi-

deraban como el bien común de todas. (Véase la recomendación del apóstol Pablo, Col. 4:16.) La autenticidad de estos escritos fue, pues, desde su origen, un hecho público y notorio. Si se considera, además, que la composición y propagación de estos mismos escritos tuvo lugar durante casi medio siglo (52-100), y esto en vida de los apóstoles, por lo menos de algunos de ellos, que podían dar testimonio a las iglesias; si se considera, en fin, la rapidez con que se extendió el cristianismo en Palestina, Siria, Asia Menor, Grecia, Italia, Egipto, el Norte de Africa; las Galias, donde por doquiera se reunieron rebaños cristianos, pronto puestos en posesión de los principales libros del Nuevo Testamento, se comprenderá que nuestra compilación se haya formado en gran parte por sí misma y en circunstancias que no dejaban duda alguna sobre su origen. Por eso encontramos, antes de terminar el segundo siglo, los cuatro evangelios, los Actos de los apóstoles, trece epístolas de Pablo, la primera de Pedro y la primera de Juan, en posesión no impugnada de su autoridad apostólica en todas las iglesias. Respecto de los otros libros, cuya suerte será estudiada en las introducciones especiales, hubo en algunas comarcas vacilaciones, dudas, dilaciones, hasta fines del siglo IV. Desde entonces, la compilación fué formada definitivamente y universalmente investida de su carácter de *canonicidad*. — De esta formación del canon, espontánea para la mayor y más importante parte del Nuevo Testamento, maduramente pensada para los escritos no tan universalmente admitidos, y llamados por esto *deutero-canónicos*, — de esta formación de su historia, de su conclusión definitiva en el siglo IV, resulta: 1º Que la iglesia ha sido evidentemente conducida por un admirable tacto religioso en aquellos pocos casos en que había dudas sobre tal o cual escrito de cuya admisión en el canon se trataba. — 2º Que a pesar de ello, el estudio de todas las cuestiones relativas al origen, a la historia y al carácter de los libros del Nuevo Testamento, tiene su lugar legítimo y necesario en la teología. Estos trabajos de la crítica sagrada, sin interesar directamente a la fe, son de gran importancia como preparación a la exégesis del Nuevo Testamento. — 3º Que, no obstante la relación íntima que existe entre la autenticidad y la canonicidad de nuestros libros, es necesario no confundir estos dos asuntos, sino admitir que tal libro pueda ocupar legítimamente su lugar en el canon, aunque no se demostrase históricamente que emana del escritor a quien lo atribuye la tradición eclesiástica. Tal es el caso de varios libros del Antiguo Testamento y de algunos del Nuevo.

Sea lo que fuere, la fe de la iglesia y la de cada creyente reposa sobre fundamentos muy distintos de los resultados variables y a menudo contradictorios de la crítica.

VI

Lo que se llama la *credibilidad* de los libros del Nuevo Testamento, distinta de su autenticidad y su canonicidad, descansa sobre dos bases igualmente necesarias: la verdad histórica y la fe individual. El Nuevo Testamento está lleno de *hechos* de la más alta importancia para la salvación del hombre, lo mismo que para la historia religiosa y moral de la humanidad entera. ¿Son estos hechos históricamente verdaderos? Tal es, desde este punto de vista meramente externo, la única cuestión que la crítica debe examinar y resolver. Y nadie puede reclamar en justicia para sus investigaciones este carácter de absoluta sinceridad científica, si no emplea en ellas los mismos procedimientos por medio de los cuales la crítica histórica se asegura de la realidad de los hechos de la historia en general. Así: ¿Son suficientes los testigos primitivos? ¿Están bien enterados? ¿Son dignos de confianza? ¿No se ponen en contradicción con los antecedentes de la historia, suministrados por otras fuentes de información? Ellos colocan los hechos que relatan, en cierto país, en tal época. ¿Están estos hechos en armonía con la geografía, el idioma, las costumbres, las ideas religiosas, morales, políticas, de ese país y de esa época? ¿Derivan rigurosamente las consecuencias inmediatas de los acontecimientos que cuentan, como el efecto deriva de la causa, de tal modo que aquéllas serían inexplicables sin éstos? Para citar sólo un ejemplo, ¿no es ése, con toda evidencia, el fenómeno que presentan el nacimiento y los triunfos de la iglesia cristiana? Suprimid la historia del Nuevo Testamento, y toda la civilización a partir de esa época es un efecto sin causa, es decir, una imposibilidad. — Tales son las cuestiones que debe resolver la ciencia de la historia, en lo que al Nuevo Testamento se refiere. Esto supuesto, no tememos decirlo: desde este punto de vista la solución existe, la prueba histórica está hecha, para cualquier hombre imparcial. La credibilidad de los hechos de la época apostólica está mejor establecida que la de cualquier otra época de la historia, y se puede asegurar que jamás habría sido puesta en duda esta credibilidad sin otra causa que ha provocado procedimientos críticos de un orden muy diferente de los que admite la ciencia histórica.

He aquí esta causa: el Nuevo Testamento relata milagros. ¿Qué digo? Es, desde el principio hasta el fin, la historia de un largo milagro, que empieza con el nacimiento de Jesucristo, continúa durante su vida entera, estalla en su resurrección y va a consumarse por su Espíritu en la creación de su iglesia y en la regeneración de cada alma que forma parte de ella. Aquí, pues, la historia es la acción de Dios, y, convenimos en ello y lo proclamamos con valor, la credibilidad histórica se hace cuestión de fe. Nadie lo sabe mejor que los adversarios del evangelio. Dicen, por boca de uno de sus jefes, más sincero que muchos de ellos: el Nuevo Testamento se mueve por entero en la esfera de lo sobrenatural; lo sobrenatural, según nuestra filosofía, es imposible, por tanto el Nuevo Testamento no es histórico. Y para demostrarlo, la crítica de esta escuela se ha esforzado, ante todo, por reducir los hechos a proporciones naturales; luego, por negarlos; después, por destruir el valor histórico de los libros que los contienen (1). No hay en ello nada que extrañar. Hechos de un orden sobrenatural son inadmisibles sin la fe en el Dios vivo y verdadero “que

(1) Esta tentativa ha fracasado por completo. Para la crítica imparcial, la posición tomada por la escuela de Tubinga ha sido demostrado ser insostenible. Un sabio, cuya independencia de criterio nadie puede disputar, M. E. STAPPER, lo proclamaba poco tiempo ha (*La autoridad de la Biblia y la crítica*, París, 1891, p. 20). “No estamos ya en tiempos de Baur, que colocaba todos estos libros, excepto cuatro, a lo largo del siglo II y hacia de ellos escritos dogmáticos sin valor histórico. La crítica nos presenta diez epístolas de Pablo auténticas. (La cuestión de las Pastorales queda momentáneamente en pie). Nos concede los sinópticos, que han sido todos escritos alrededor del año 70. Ella nos concede un cuarto evangelio que, si no está matemáticamente probado fuera escrito por Juan, ha sido sin embargo, compuesto antes de su muerte, en Asia Menor; ha salido de su escuela, ha sido directamente inspirado por él, encierra una tradición evangélica original e independiente, y da sobre Jesús innumerables detalles de un valor histórico cierto. He ahí hechos, he ahí conquistas definitivas y resultados adquiridos sobre los cuales no se volverá más. Honor sea a los que no han tenido miedo a la crítica y han tenido fe en el poder de la verdad. Yo digo definitivamente adquiridos, porque, notado bien, estamos al final de la batalla. Todo ha sido dicho sobre los evangelios que son el centro de las escrituras. Todas las cuestiones que les conciernen han sido planteadas, resueltas, planteadas nuevamente y nuevamente resueltas. Ahora no hay más hipótesis a hacer, no más soluciones a proponer. Y bien, ¿sabéis lo que resulta de todas estas investigaciones? Lo decía hace un instante: no estamos ya en tiempos de Baur; menos aún en tiempos de Strauss para quien todo era mito en el evangelio; y lo que resalta con evidencia de los estudios actuales sobre los sinópticos, es que allí encontramos una base resistente, incommovible; Jesucristo es ahora suficientemente conocido para poder afirmar que él ha dado testimonio de sí mismo, y nosotros podemos encontrar en este testimonio una base inatacable para una definición de su persona... Se enseña la historia de su tiempo, se estudian las costumbres de sus connacionales, todo lo que le ha rodeado es mejor conocido cada vez. Pero a El mismo no se consigue reducirle a proporciones ordinarias. El esfuerzo del célebre autor de la *Vida de Jesús* no ha llenado su objeto. Todos los que son algo entendidos en estos asuntos están hoy de acuerdo para reconocerlo así”.

hace lo que quiere en los cielos y en la tierra”. La vida de Jesús no presenta sino imposibilidades para quien no cree en El como Hijo del Dios viviente y Salvador del mundo. Todo es absurdo en la vida de la iglesia apostólica sin la fe en el Espíritu de Dios, fuente de la luz y de la santidad. El Nuevo Testamento no es el libro de los racionalistas, ni de los panteístas, ni de los ateos; es el libro de los cristianos.

VII

Desde este punto de vista, el único en armonía con el contenido del Nuevo Testamento mismo, se concibe en qué *espíritu* debe ser este libro estudiado y meditado. Es, en su conjunto, la revelación de Dios en Jesucristo, la manifestación de su santidad y de su misericordia, que brillan con igual esplendor en la redención del hombre pecador. ¿Quién penetrará el alma del Nuevo Testamento, sino el hombre cuya conciencia, herida y doliente, vaya a buscar en él con angustia palabras divinas de perdón y de reconciliación? — El Nuevo Testamento es la manifestación de la vida divina en el seno de nuestra humanidad. ¿Qué hombre recibirá sus beneficios imperecederos, sino aquel que vaya a sumergir constantemente en esas aguas vivas su ser moral entero, hasta que, por una comunión íntima y viviente con Jesús, tenga la inefable dicha de poder repetir: “No vivo yo, es Cristo quien vive en mí”? — El Nuevo Testamento es para nosotros el testimonio del eterno amor de Dios, que nos es manifestado en Jesucristo; la caridad de Cristo palpita allí a cada página. ¿Qué otro medio hay para nosotros de releer esas páginas con provecho, si no el de abrir nuestro corazón entero a ese foco de calor y de luz, hasta que, reanimado y vivificado en sus afectos más íntimos, sienta reinar en él, sobre las ruinas de su egoísmo, el amor, el amor de Dios, el amor de Jesús? — Entonces el Nuevo Testamento será comprendido, aun por la inteligencia, que, tomando por guías la conciencia y el corazón, habrá abierto el libro sellado con siete sellos. ¡Cuántas cosas hasta entonces oscuras, inadmisibles, serán luminosas por su concordancia con la experiencia personal! Quedarán aún, sin duda, dificultades, problemas cuya solución no habrá sido hallada por la razón, pero esto será para ella la oportunidad de dedicarse a un trabajo incesante y fructífero. Y sí, despojados de las ilusiones del orgullo, nos damos cuenta de nuestra pequeñez y de la grandeza infinita de las cosas ofrecidas a nuestras medi-

taciones, nos bastará, mientras esperamos la plena luz, el haber hallado la vida. ¿Rehusamos acaso vivir, por el hecho de que aun se ciernen misterios sobre nuestra existencia? ¿No gozamos de la luz y del calor del sol, aunque a menudo nos sea ocultado por las nubes? ¿Sería acaso para nosotros un esfuerzo imposible de resignación y de humildad, el decir con el mayor de los apóstoles: "En parte conocemos y en parte profetizamos"? No, siempre que nuestra esperanza sea bastante firme para poder agregar con él: "Entonces conoceré como he sido conocido."

APENDICE

EL TEXTO DEL NUEVO TESTAMENTO

Los originales de los libros del Nuevo Testamento, lo mismo que las copias hechas durante los tres primeros siglos, se han perdido. Los manuscritos más antiguos conocidos datan del siglo IV. Hasta el siglo X fueron escritos en letras mayúsculas; desde esa época, en escritura corriente o letras *mínsculas*.

Los principales manuscritos en mayúsculas son:

1º El *codex Sinaiticus*, hallado por Tischendorf en el convento del monte Siná en 1859 (1), y que contiene el Nuevo Testamento entero, con la epístola de Barnabas y una parte del Pastor de Hermas.

2º El *codex Vaticanus* o manuscrito del Vaticano en Roma; falta el fin del Nuevo Testamento, desde la mitad de la epístola a los Hebreos.

Estos dos manuscritos "que son como dos hermanos gemelos" (2), datan del siglo IV.

Del siglo V tenemos también dos copias:

1º El *codex Alexandrinus*, llevado de Alejandría a Londres en el siglo XVII. Empieza en el capítulo 25 de Mateo, presenta una laguna en el evangelio de Juan y una en 2 Corintios. Agrega al Nuevo Testamento las epístolas de Clemente de Roma.

2º El *codex Ephraemi*, en la Bib. Nac. de París. Este manuscrito es un *palimpsesto*, es decir, un manuscrito cuya escritura primitiva ha sido borrada para ser reemplazada por otro texto. Se usaba ese procedimiento en la edad media, época en que el pergamino era raro. Por medios químicos, los sabios han conseguido hacer reaparecer más o menos los caracteres primitivos. En cuanto a nuestro documento, las obras de un padre de la iglesia, Ephrem de Siria, habían ocupado el lugar del texto del Nuevo Testamento. La lectura de este texto reconstituido es difícil y permanece dudosa en muchos pasajes; el manuscrito presenta numerosas lagunas.

Del siglo VI, nos queda el *codex Cantabrigiensis*, depositado en la Biblioteca de Cambridge. Este manuscrito perteneció en otro tiempo a Teodoro de Beze, cuyo nombre recibe algunas veces. No contiene más que los evangelios y los Actos. El *codex Claromontanus*, en la Biblioteca Nacional de París, es

(1) Véase L. BONNET, *Tischendorf y el manuscrito del Siná*. (*Cristiano evangélico*, VII, 319).

(2) E. STAFFER, *El Nuevo Testamento*. (Introducción, p. 5.) — La excelente versión de RILLIET (Ginebra 1858), que citaremos más de una vez, es una traducción del manuscrito del Vaticano.

la continuación de aquél para las epístolas. Perteneció igualmente a Teodoro de Beze.

Los manuscritos no son los únicos documentos, ni aun los más antiguos. Tenemos versiones del Nuevo Testamento, algunas de las cuales datan de los siglos II y III. Forman tres grupos principales:

a) *Las versiones latinas.* La *Itala*, de que se servía Tertuliano, y que debe ser de mediados del siglo II. Jerónimo la revisó a fines del siglo IV; su revisión ha recibido el nombre de *Vulgata*.

b) *Las versiones siriacas.* La *Peschito* (la simple, la fiel), de la segunda mitad del siglo II; una traducción muy literal hecha por *Filóaxenes*, obispo siriano, en 508, y revisada por Tomás de Heráclea en 616; fragmentos de una versión de los evangelios hallados por *Curetón*; una versión siriana llamada de *Jerusalén*, del siglo V o VI; una de *Karkuf*, en Mesopotamia, datada en 980.

c) *Las versiones egipcias* en lengua copta; la del Alto-Egipto en dialecto sahídico y la del bajo Egipto en dialecto memfítico. Fueron hechas quizás antes de terminar el siglo II.

Mencionemos todavía las versiones gótica (siglo IV), armenia (siglo V), etiópica (siglo IV-VI.)

Finalmente, los sabios consultan, para reconstituir el texto primitivo, las citas que se leen en los escritos de los más antiguos padres de la iglesia, Clemente de Roma, Policarpo, Justino, Ireneo, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Orígenes, y de algunos herejes, sobre todo de Marción.

Cuando se busca, entre estas distintas fuentes, el texto original del Nuevo Testamento, se ven delinearse tres corrientes principales, que M. GODET (1) hace remontar hasta el siglo II, y que él designa como sigue:

1º El texto *siriaco* o *bizantino* representado por el *Alexandrinus* (para los evangelios, por lo menos), las *mayúsculas* más recientes, la mayor parte de las *minúsculas* y la *Peschito*. Este texto constituye el llamado *texto recibido*.

2º El texto *occidental* o *greco-latino*, representado por el *Cantabrigiensis* y por la *Itala*.

3º El texto *alejandrino*, que es el de las *mayúsculas* más antiguas y de las versiones egipcias.

La mayor parte de los críticos, apasionados por la autoridad de los manuscritos del siglo IV, dan la preferencia a este último texto. M. GODET reacciona contra esa tendencia exagerada, aun cuando reconoce "la superioridad general del texto alejandrino, del del Vaticano en particular." (2).

Remitimos al lector a lo que ha dicho el autor en el *Prefacio* de la prece-

(1) *Comentario de San Lucas*, I, 3ª edición, p. 80. — WESTCOTT y HORT caracterizan de otro modo estas corrientes. Distinguen:

1º Un texto neutro, representado por el *Vaticanus*.

2º Un texto *occidental*, que es la base de la *Itala* y de la *Peschito* y está representado por el *Cantabrigiensis*. Tiende a parafrasear y a introducir glosas.

3º Un texto alejandrino en el *Sinaiticus* y el *Alexandrinus* (para las epístolas), que tiende a suprimir las incorrecciones gramaticales.

4º Un texto *siriaco*, combinación de los anteriores, que se extendió desde el año 300, originario de Constantinopla (o Bizancio), que puede ser llamado por este texto *bizantino*, y que constituye el *texto recibido*.

(2) *Comentario de San Lucas. Resultados críticos*, p. 618-621.

dente edición sobre el origen del *texto recibido* y los trabajos de la crítica moderna. Indicaremos solamente, junto a los trabajos mencionados de los sabios alemanes, dos ediciones científicas debidas a autores ingleses, y que gozan hoy de una legítima autoridad: la edición de *Tregelles* (1857-1879) y la de *Westcott y Hort* (1881).

En las notas críticas, emplearemos las siguientes abreviaciones para designar las principales fuentes del texto:

Sin.: Manuscrito del Sinaí, siglo IV.

B.: Manuscrito del Vaticano, siglo IV.

A.: Codex Alexandrinus, siglo V.

C.: Palimpsesto de Ephrem, siglo V.

D.: Manuscrito de Cambridge, siglo VI.

Mayúsc.: Manuscritos en letras mayúsculas, anteriores al siglo X.

INTRODUCCION GENERAL

A LOS EVANGELIOS DE

MATEO, MARCOS Y LUCAS

I

El *Evangelio*, la buena nueva, tal debía ser el *título* de los escritos destinados a relatar la vida del Salvador. Esta vida, cumplimiento de todo el Antiguo Pacto, realización de la esperanza de Israel, fundación del reino de Dios sobre la tierra, origen de una humanidad y una civilización nuevas, — esta vida fue el tema principal de la predicación apostólica. Para anunciar al mundo la buena nueva de la salvación, los testigos de Jesucristo se limitaban a contar su vida, es decir su enseñanza, sus obras, sus padecimientos, su muerte, su resurrección, su regreso a la gloria y la efusión del Espíritu Santo sobre su iglesia. He ahí todo el evangelio. — Esos sermones, o mejor dicho esos relatos, completados sin cesar en las asambleas y religiosamente conservados en los corazones, formaron naturalmente un evangelio oral, el primero de todos, el único necesario en aquellos benditos días de la nueva vida. Mientras los testigos oculares estuvieron presentes en las iglesias, como otros tantos evangelios vivientes, su palabra bastaba. Pero, ya lo hemos hecho notar, estaba en la naturaleza de las cosas que estos relatos esparcidos y tan importantes fuesen reunidos por escrito, y lo fueron muy pronto por varios autores. (Lucas 1: 1). De todas estas relaciones, la iglesia no ha conservado más que nuestros cuatro evangelios canónicos, los únicos en los cuales ha reconocido la autoridad del testimonio apostólico; los demás han desaparecido luego o constituido lo que se llama evangelios apócrifos.

II

En cuanto al *origen* de nuestros tres primeros evangelios canónicos, no puede determinarse la época de una manera precisa, pues ninguno de ellos indica su fecha; pero, consultando los datos

históricos que nos ha dejado la antigüedad cristiana y comparando estos datos con los indicios que se encuentran en nuestros evangelios, el investigador es llevado naturalmente a concluir que fueron escritos entre los años 60 y 70. — Volveremos a considerar los testimonios históricos al estudiar cada uno de nuestros evangelios; nos limitamos aquí a algunas indicaciones relativas a su origen:

“*Mateo* —nos dicen unánimemente los más antiguos escritores eclesiásticos— después de haber predicado el evangelio a los hebreos y antes de dirigirse a otras naciones, escribió un evangelio para los judíos en su propia lengua.” — Tal es el testimonio de Papias (Eus. III, 39), de Ireneo (Eus. V, 8), de Orígenes (Eus. VI, 25), y de Eusebio mismo (III, 24). En efecto, el evangelio de Mateo contiene en cada página todos los caracteres de este origen, lo mismo que de este destino primitivo. Mateo escribió su libro para su pueblo, en todo caso antes de la destrucción de Jerusalén. Ese es el evangelio tal como debió ser predicado a los israelitas convertidos, desde los primeros días de la iglesia.

Marcos, según el mismo testimonio de la antigüedad, escribió su evangelio en Roma, a pedido de la iglesia de esa ciudad, y lo compuso con los relatos que sacaba de los sermones de Pedro, de quien llegó así a ser “el intérprete”. (Véanse las mismas citas y el testimonio de Clemente de Alejandría en Eus. VI, 14.) — Se sabe por otra parte que Pedro estuvo, ya en Jerusalén, en íntima relación con Marcos (Act. 12:12), y que le llama más tarde “su hijo”. (1^a Pedro 5:13.) Y se encuentran, en efecto, en el segundo evangelio, una multitud de detalles muy significativos, que sólo pueden proceder de un testigo ocular y confirman esta relación entre el apóstol y el evangelista. (Véase la introducción al evangelio de Marcos). Las expresiones latinas de que está llena su narración confirman las declaraciones según las cuales habría sido compuesta en Roma. Pedro no fué probablemente a Roma sino después del año 64. En los años siguientes el evangelio de Marcos ha debido ser escrito.

Lucas, el compañero de Pablo en varios de sus viajes, “escribió su evangelio tal cual Pablo lo anunciaba”, nos dicen los mismos padres de la Iglesia. (Véase las citas precedentes, y Tertuliano, *Contra Marción*, IV, 5). Efectivamente, no es posible leer este evangelio sin observar en todas partes su afinidad con la predicación del apóstol de los gentiles.

Estos testimonios unánimes de los padres de la iglesia no solamente están de acuerdo con la marcha general de la predica-

ción del evangelio en la edad apostólica, primero entre los judíos y en su propio idioma, luego entre los paganos y en lengua griega, sino que sólo ellos nos hacen comprender los caracteres respectivos de nuestros tres primeros evangelios (1).

III

Trataremos de exponer en detalle estos *caracteres* en la introducción especial a cada uno de los evangelios sinópticos. Resultarán a la vez de la individualidad muy señalada de sus autores y del fin que cada uno de ellos se había propuesto. Bástenos aquí indicar una simple vista de conjunto.

Mateo, escribiendo para los judíos, proponiéndose probarles que Jesús de Nazaret es el Rey-Mesías, el Libertador prometido a Israel, indica a cada paso el cumplimiento del Antiguo Testamento en el Nuevo, de las promesas de Dios en la vida de este Salvador. Su evangelio es el vínculo histórico entre las dos alianzas; por eso debía encabezar la serie de los escritos sagrados de nuestra compilación.

Marcos recibe de la predicación de Pedro, y da, en cada uno de sus relatos, la impresión inmediata y viva de la aparición de Dios en Jesucristo, de su acción omnipotente sobre la naturaleza y sobre los hombres. Omite los largos discursos para atenerse a los hechos; es el evangelio del milagro, y algo así como la última manifestación de las dispensaciones maravillosas de Dios para con su pueblo.

Lucas, traspasando con Pablo las barreras del particularismo israelita, se apodera con amor, en la vida de Jesús, de los hechos y los discursos por los cuales se manifiesta la misericordia eterna de Dios para con los más grandes pecadores, sea cual fuere su na-

(1) Comp. sobre este asunto M. GODET, *El origen de nuestros cuatro evangelios* (*Estudios bíblicos*, II, p. 1) y M. BOYON, *Teología del Nuevo Testamento* I, p. 71-102.— La dependencia respectiva de Marcos y de Lucas respecto de los apóstoles Pedro y Pablo ha sido a menudo puesta en duda por teólogos modernos. Así, se lee en el notable trabajo de M. SABATIER sobre las *Fuentes de la vida de Jesús* (París, 1866, p. 14): “Si fuera cierto, como se dice algunas veces, que tuviésemos en nuestros tres sinópticos el evangelio de Mateo, el evangelio de Pedro, el evangelio de Pablo, en el mismo sentido que tenemos el evangelio de Juan, su armonía constante daría a esta triple relación apostólica de la vida de Jesús una autoridad absoluta, aplastadora, que excluiría toda otra. Pero no es así. Nuestros redactores han podido referirse más o menos a estos tres apóstoles; no han sido propiamente sus secretarios.” — Sin duda, en ese sentido absoluto que excluiría toda libertad, no es así. Pero en la medida indicada por los testimonios históricos, que se hallan confirmados a cada página de nuestros evangelios, puede afirmarse que es así.

cionalidad. Su evangelio es la revelación de las misericordias divinas en Jesús para toda nuestra humanidad caída. Y mientras que los dos primeros evangelios se limitan estrictamente al ministerio de Jesús en Galilea (excepto la historia de la pasión), Lucas nos da a conocer, por algunas de sus narraciones, la presencia y la acción del Salvador en Judea; de modo que, tanto en la forma como en el fondo, su evangelio es el vínculo entre los sinópticos y Juan. — Es evidente, por lo demás, que estos caracteres especiales no son exclusivos, sino que estas tres narraciones se penetran mutuamente y encuentran su profunda armonía en la persona viviente de Jesucristo, único y mismo Salvador.

IV

Aquí, sin embargo, se presenta el problema más difícil a que haya dado lugar el estudio de los tres primeros evangelios: es el de sus *relaciones* mutuas. Tienen entre sí semejanzas que sorprenden a primera vista. La marcha general es la misma en los tres libros: bautismo y tentación; ministerio galileo, señalado al principio por un período de expansión, durante el cual Jesús obra numerosas curaciones y pronuncia el sermón del monte, y que termina con la multiplicación de los panes; después por un período de retiro y de retroceso que conduce a la declaración de Pedro en Cesarea de Felipe y a la transfiguración. Este ministerio galileo termina con la partida de Jesús hacia Jerusalén, donde hace su entrada triunfal, el día de Ramos, y muere crucificado el viernes, para resucitar el primer día de la semana. No solamente en estos grandes rasgos se asemejan los tres primeros evangelios; en el agrupamiento mismo de hechos de detalle, siguen a menudo un orden idéntico. Así Marcos y Lucas marchan de acuerdo en la parte del ministerio galileo que precede la multiplicación de los panes: Mar. 1:21 a 6:13 está conforme en general con Luc. 4:31 a 9:6. La conformidad recae sobre la coordinación de una serie de anécdotas que no tienen entre sí una relación necesaria y evidente. Luego repentinamente Marcos abandona a Lucas y va a la par de Mateo. (Mar. 6:14 a 8:26.) — En fin, los tres documentos siguen una marcha casi uniforme en los relatos de la Pasión (1). (Mat. 21 y sig.; Mar. 11 y sig.; Luc. 19:29 y sig.)

(1) Si se hace abstracción de estos últimos relatos, quedan cincuenta a setenta pasajes (según se identifiquen o no ciertos hechos) que son comunes a los tres evangelios, es decir, próximamente la mitad del contenido de los sinópticos; treinta a cin-

Pero la semejanza es más sorprendente aún, cuando se compara en sus detalles los pasajes paralelos; se encuentran en los tres relatos términos idénticos; no solamente las palabras de Jesús son textualmente las mismas, lo que se explicaría en rigor por el cuidado que se ponía en conservarlas intactas, sino que da lugar a sorpresa cuando se reflexiona que estas palabras han sido pronunciadas en arameo, que cada narrador ha debido traducirlas al griego y que, en vista de la riqueza de esta última lengua, tenía generalmente varias palabras a escoger para verter la expresión del original. Pues bien; en la reproducción de estas palabras, dos evangelistas, o a veces los tres, emplean términos idénticos y a menudo voces raras: por ejemplo, la palabra traducida por *cotidiano* en la cuarta petición de la oración dominical, que no se encuentra en otra parte en toda la literatura griega.

Al lado de estas coincidencias notables hay divergencias no menos sorprendentes. Divergencias de detalle, desde luego, y de expresión, ya en el relato, ya en las palabras (1). En las narraciones, Lucas sólo refiere, por ejemplo, a propósito de la transfiguración, el tema de la conversación de Jesús con Moisés y Elías, que es la clave de toda la escena: "la salida que debía cumplir en Jerusalén." Marcos nota con complacencia las actitudes, las miradas, los gestos de los interlocutores, de Jesús en particular, de detalles que los otros dos, Mateo sobre todo, omiten generalmente. Compárense los tres relatos de la multiplicación de los panes, y producirán impresión todas estas divergencias de detalle. Notemos todavía, entre muchas otras, las diferencias relativas a la curación del ciego o de los ciegos a la entrada o a la salida de Jericó (2), y, en la tentación en el desierto, el orden diferente de las pruebas en Mateo y en Lucas.

Iguales divergencias cuanto a las palabras que los evangelistas ponen en boca de Jesús: no solamente en circunstancias en que uno de ellos puede habernos dado una palabra, otro otra, como ocurre con las pronunciadas sobre la cruz, sino en casos en que es necesario ineludiblemente escoger entre versiones que mutuamente se excluyen; la comparación del sermón del Monte en Ma-

cuenta pasajes son comunes a Mateo y Lucas y faltan en Marcos; diez a quince pertenecen a Mateo y Marcos y faltan en Lucas; en fin, cinco más o menos son propios a Marcos y Lucas y faltan en Mateo.

(1) M. GODET, preocupado en establecer la independencia de Lucas respecto de los dos otros sinópticos, las indica casi en cada página de su comentario

(2) Marcos y Lucas colocan un ciego, el primero a la salida, el segundo a la entrada de la ciudad; Mateo pone dos a la salida.

teo y en Lucas presenta, a este respecto, un problema casi insoluble. Cosa curiosa: estos desvíos en las palabras atribuidas a Jesús se producen allí donde menos se esperarían, por ejemplo en la institución de la santa cena, y en la oración dominical; esta súplica, que debió grabarse en la memoria de los discípulos y que fué desde el principio repetida en el seno de la iglesia, presenta una forma distinta en Mateo y en Lucas.

Iguales diferencias hay en los materiales empleados y en la marcha continua. Mencionemos solamente las dos genealogías de Jesús, los relatos de la infancia y los de las apariciones del Resucitado, que en el primero y el tercer evangelios no ofrecen ningún punto de contacto. (1).

Donde las diferencias, menos sorprendentes a primera vista, son más difíciles de explicar, es en el relato del ministerio galileo, pues allí es donde encontramos las mayores semejanzas. Notemos solamente: 1º La ausencia de enseñanzas prolongadas en Marcos; 2º el lugar diferente del sermón del monte en Mateo y en Lucas, y la dislocación de este discurso por Lucas, que presenta en una época posterior y en circunstancias muy distintas las enseñanzas de los capítulos 6 y 7 de Mateo; 3º el silencio de Mateo y Marcos sobre los hechos que ocuparon el último otoño y el último invierno de Jesús desde la transfiguración, laguna que Lucas llena por la narración del gran viaje de evangelización, 9:51 a 18:14; esta narración le es propia y contiene admirables relatos e importantes enseñanzas. (Parábolas del hijo pródigo, del buen samaritano.)

Tales son las semejanzas y las divergencias de nuestros tres evangelios, que hacen tan arduo, y casi puede decirse insoluble, el problema de su origen y de sus relaciones recíprocas.

A primera vista su concordancia impresiona más que sus diferencias. Con justo título Griesbach, en el siglo XVIII, los ha llamado *sinópticos*; el nombre les ha quedado.

La antigua iglesia, dominada por una estrecha noción de la inspiración, no quería ver más que las concordancias. Allí encontraba una prueba de la credibilidad de los evangelios. Se empeñaba, en consecuencia, en borrar toda divergencia. El procedimiento a que se recurría consistía en desdoblarse los hechos relatados en formas algo distintas; se afirmaba que había habido dos discursos sobre el monte, uno referido por Mateo, el otro por Lu-

(1) Según Mateo el domicilio habitual de José y María es Belén, según Lucas Nazaret; según Mateo la primera aparición de Jesús a los discípulos tuvo lugar en Galilea (28:7), mientras que Lucas no conoce sino apariciones en Judea.

cas: aun se designaba este último como sermón de la llanura. Jesús habría enseñado dos veces la oración dominical; pronunciado dos veces las parábolas o las sentencias cuya forma o circunstancias varían; lo mismo en cuanto a los milagros. Sin embargo, no se ha llegado a decir que Jesús haya sido tentado dos veces en el desierto y que dos veces haya instituido la cena. Pero en cuanto a estas divergencias, que subsistían a pesar de todo, se concluía por no percibir las más. Sólo en el siglo XVIII, con el despertar de la crítica, la cuestión de las relaciones de nuestros evangelios fué examinada de cerca y dió lugar a trabajos profundos.

El primer paso de la crítica fue desgraciadamente un paso en falso, y un doble paso en falso: partió de la idea, —antigua por otra parte—, de que nuestros tres evangelios estaban en una *relación directa de dependencia recíproca*, que sus autores habían conocido y utilizado los escritos de sus antecesores; ése era el primer error. El segundo fué, admitido ya este punto de vista, el hacer de Marcos el compendiador de los otros dos. — La idea de una dependencia directa de unos evangelios respecto de los otros es muy antigua. Agustín ya (*de consensu evangelistarum*) emitía la opinión de que los evangelios habían aparecido en el orden que ocupan en el canon. Mateo el primero; luego Marcos, que había seguido paso a paso y compendiado a Mateo; Lucas en fin, que utilizó los dos precedentes. Esta sucesión fué admitida por mucho tiempo. Teodoro de Beze observa, sin embargo, que hablando Lucas con cierto desdén de esos *muchos* que habían emprendido la obra de escribir relatos de la vida de Jesús (Luc. 1:1), era difícil contar entre ellos a Mateo y a Marcos.

La crítica aceptó el punto de vista tradicional y buscó la solución del problema de los sinópticos en esta senda que debía extravíarla por mucho tiempo. No tardó en reconocer, en efecto, que el orden canónico no era necesariamente el orden cronológico, y que Marcos tenía relación al mismo tiempo con el primero y con el tercer evangelios; y tuvo la fatal idea de ponerlo en último lugar y hacer de él el compendiador no sólo de Mateo sino también de Lucas. Griesbach (1789), siguiendo las huellas del inglés Owen (1764), tuvo el honor poco envidiable, de unir su nombre a este sistema. Poco antes, G.-Chr. Storr (1786), había emitido, es cierto, la hipótesis más verosímil de que Marcos era el escrito original, fuente de los otros dos. Mas la autoridad de Griesbach era preponderante y su teoría triunfó, ejerciendo su influencia sobre la crítica hasta este último cuarto de siglo. La *escuela de Tubingia* so-

bre todo ha apelado a este sistema de dependencia recíproca; lo ha aplicado en la suposición de que los tres evangelios eran los manifiestos de los partidos que dividían la iglesia primitiva. Diversas combinaciones eran posibles, y todas han sido propuestas: puede decirse de los críticos de esta escuela, y en general de los partidarios del sistema de dependencia directa, que han “vuelto la espada de cada uno contra su compañero” y se han matado entre sí como los madianitas y sin que hubiese siquiera necesidad de la aparición de un Gedeón.

Un progreso evidente fué realizado por la hipótesis de un *evangelio primitivo* del cual nuestros tres evangelios habrían tomado sus materiales comunes sin tener cada uno conocimiento de los trabajos del otro. Esta hipótesis indicada por *Lessing* ha sido aplicada con sagacidad y gran aparato de erudición por *Eichhorn* en 1804. Este sabio procuró reconstituir ese evangelio primitivo que habría sido redactado de común acuerdo por los apóstoles antes de la dispersión que siguió a la muerte de Esteban. Estaba escrito en arameo y se componía esencialmente de los pasajes comunes a los sinópticos. Estaba destinado a servir de guía o manual a los cristianos que iban a llevar la buena nueva a todas las naciones. Las numerosas redacciones de él hechas no eran idénticas: unas eran más ricas que otras. Las adiciones hechas a ciertas copias son el origen de los fragmentos que no se hallan sino en uno de nuestros evangelios o en dos de ellos solamente. En cuanto a las divergencias entre las narraciones comunes, *Eichhorn* las atribuía a diferencias de traducción del arameo al griego. Esta hipótesis encerraba una parte de verdad, pero desconocía completamente las condiciones en que el evangelio se había extendido por el mundo, al hacer de sus primeros mensajeros un pueblo de escribas sin otra preocupación que poner exactamente por escrito los relatos de la vida del Salvador. No costó mucho trabajo hacer notar las imposibilidades históricas de esa suposición. “Se creería uno transportado, —escribía *Schleiermacher*— a una imprenta alemana del siglo XVIII o XIX; si no me he sorprendido de que esta figura familiar se haya deslizado en el espíritu del sabio autor cuando elaboró su hipótesis, me cuesta creer que las cosas hayan verdaderamente ocurrido así”.

Schleiermacher abrió una nueva vía (1), en la que ha entrado la crítica cada vez más, y en la cual aun marcha hoy la mayor

(1) En 1818, en su escrito *Ueber die Schriften des Lucas*.

parte de sus representantes. Realzó con fortuna las indicaciones suministradas por Lucas en el prólogo de su evangelio, que nos revelan toda una literatura de relatos fragmentarios, que vió la luz antes que nuestros evangelios. Estos habrían encontrado en esta literatura su fondo común, así como sus partes originales. Es la hipótesis de los *diégesis* o *relatos* fragmentarios (Luc. 1:1), que completa, sin excluirla, la teoría del evangelio primitivo, *escrito u oral*. *Schleiermacher* mismo hizo un paso más (1) comentando el famoso testimonio de *Papias*. Como éste juega desde entonces un papel importantísimo, y todo el edificio de la crítica contemporánea descansa sobre él, no será inútil citarlo aquí: “Marcos, llegado a ser intérprete de Pedro escribió de un modo exacto, aunque sin orden, lo que recordaba de los relatos del apóstol sobre las cosas dichas o hechas por el Cristo. Marcos, en efecto, no había oído al Señor y no le había seguido (durante su ministerio). Fué más tarde, como he dicho, cuando siguió a Pedro, el cual, cuando evangelizaba, daba sus enseñanzas según las necesidades de la obra, pero sin dar una exposición continua de las palabras de Jesús. No debe, pues, censurarse a Marcos por haber escrito algunas porciones de la historia evangélica como recordaba, porque no le preocupaba sino una cosa: no omitir nada de lo que había oído, y no cambiar nada a los datos suministrados por el apóstol”.

Sobre Mateo, *Papias* dice lo siguiente: “En cuanto a Mateo, reunió por escrito en lengua hebrea los *Lógia*; mas cada uno los explicó como pudo.”

La pregunta que se presenta inmediatamente al leer este testimonio de *Papias* es la siguiente: ¿Son nuestros dos evangelios canónicos esos dos escritos mencionados? *Schleiermacher* respondía que no para ambos. El que *Papias* atribuye a Mateo era una compilación de *discursos* del Señor, que se reconoce en nuestro primer evangelio; y *Schleiermacher* no tenía dificultad en apartar las grandes moles de enseñanzas agrupadas por orden pragmático. El escrito atribuido a Marcos no podría ser identificado con nuestro segundo evangelio, pues no podría decirse de éste que era “sin orden”. *Papias* tenía en vista un escrito primitivo, que es la base del segundo evangelio canónico: el *Proto-Marcos*, como se le designa desde entonces en la crítica.

Este punto de vista fué adoptado y completado luego después por *Credner* (1836), quien hace de la colección de *Discursos*

(1) En 1822, en un artículo de los *Studien und Kritiken*.

y del *Proto-Marcos* el origen común de los tres sinópticos, y por *Weisse* (1838), quien halla las fuentes de Mateo y de Lucas en la compilación de *Discursos* y en nuestro *Marcos* actual, que él identifica con el escrito mencionado por Papias. Sobre este segundo punto, se separa de su émulo *Credner* y de *Schleiermacher*.

Credner y *Weisse* son los padres de toda la crítica contemporánea. El sistema de *Credner* (*Discursos* y *Proto-Marcos*) ha gozado largo tiempo de la mayor popularidad: *Reuss*, *Holtzmann*, *Weizsäcker*, lo han aplicado, ingeniándose para reconocer en nuestros evangelios los documentos primitivos, para atribuir a cada uno lo que le corresponde. *Beyschlag* y *E. de Pressensé*, en su *Vida de Jesús*, han abrazado también esta opinión.

Hoy es el sistema de *Weisse*, al principio descuidado, el que tiende a prevalecer con modificaciones más o menos considerables. Este sistema, que halla las fuentes de Mateo y Lucas en el *Marcos canónico* (y no en el *Proto-Marcos*) (1) y en la colección de *Discursos*, ha sido adoptado por *Ewald* y *Meyer*, luego por *M. Sabatier* (2). Para explicar el origen del relato de viaje propio de Lucas (Lucas 9:51 a 18:14), *M. Sabatier*, siguiendo a *Ewald*, supone un documento particular, al que llama el "evangelio de Jesús misionero" (3).

Pero el que, prosiguiendo la teoría de *Weisse*, la ha profundizado más, ha hecho de ella la base de inmensos trabajos y la ha aplicado con una ciencia prodigiosa a todos los detalles de nuestros sinópticos, es *B. Weiss*. *B. Weiss* ha modificado el sistema de sus predecesores: 1º Estableciendo que el escrito arameo atribuido por Papias a Mateo y llamado por él los *Lógia*, no era, como se creía desde *Schleiermacher*, una simple compilación de discursos o de sentencias sin ilación histórica. Aunque las enseñanzas preponderasen en ellos, había también partes narrativas, y este escrito es la fuente primera (*Urquelle*) de los sinópticos. 2º *Marcos* tuvo este escrito a su disposición, pues no es enteramente original como se creía. Lo es en la mayor parte de su obra, donde resume sus recuerdos de la predicación de Pedro, pero en algunas partes, especialmente en el fragmento en que marcha a la par de Mateo,

(1) Vuelve así en parte a la primer hipótesis: la de las dependencias inmediatas y de la utilización directa de uno de nuestros evangelios por los otros, lo que ha permitido a *M. Goder* caracterizar esta categoría de hipótesis como "sistemas de dependencias mixtas".

(2) Este último refuta brillantemente la hipótesis del *Proto-Marcos* y demuestra que el testimonio de Papias puede aplicarse a nuestro *Marcos* canónico (*Enciclopedia de Ciencias Religiosas*, Art. *Sinópticos*, tomo XI, 733.)

(3) *Obra citada*, pág. 739.

y en los pocos discursos de Jesús que consigna, ha tomado sus datos del Mateo primitivo. El escrito que *Marcos* compuso así de sus recuerdos de la predicación de Pedro y de sus tomas del Mateo primitivo, ha servido de fuente al Mateo canónico y a Lucas. La primera tesis de *B. Weiss*, —que la compilación designada por Papias con el nombre de *Lógia* comprendía partes narrativas— está basada, entre otras, en la reflexión muy juiciosa de que una compilación compuesta únicamente de palabras del Señor es difícil de concebir; de que esas palabras estaban demasiado estrechamente ligadas a las circunstancias en que fueron pronunciadas para que no fuese indispensable relatar esas circunstancias a modo de introducción. La segunda tesis: la de la dependencia de *Marcos* respecto de este Mateo primitivo, está basada en gran cantidad de observaciones de detalle que tratan por una parte de las enseñanzas relatadas por *Marcos* (comp. la forma que da a la parábola del sembrador, con la que le da Mateo), y por la otra de ciertas narraciones comunes a ambos evangelios. Para citar un solo ejemplo: en la historia de la cananea que implora de Jesús la curación de su hija, según Mateo lo primero que dice Jesús es esta declaración de principio: "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel." Estas palabras faltan en *Marcos*. Bien, dice *Weiss*, son demasiado características para no ser auténticas; el relato que las contiene debe ser el original; se comprende, por otra parte, muy bien por qué las ha suprimido *Marcos*: escribía para el mundo pagano y es natural que experimentase cierta dificultad en dejar en boca de Jesús una sentencia que parecía marcada por un particularismo judío excesivo.

Tal es, en grandes rasgos, este sistema de *Weiss*, que presenta el resultado del trabajo más perseverante de la crítica para resolver el problema de los sinópticos, reduciendo a fuentes escritas netamente determinadas toda la materia histórica contenida en nuestros tres primeros evangelios.

Este sistema, sin embargo, lo mismo que los precedentes, que establecían entre los evangelios una relación de dependencia directa, se presta a muchas objeciones. Ya *Gieseler* se preguntaba: "¿Por qué uno de nuestros evangelistas, teniendo ante sí la narración verídica de su predecesor, no se ha contentado con divulgarla contemplándola, en lugar de publicarla bajo su nombre, con algunos cambios a menudo de tan poca importancia? ¿Por qué omite ese mismo evangelista en esa narración partes enteras, que, sin embargo, no podía considerar como inútiles? ¿Por qué trastorna

a menudo este copista torpe o caprichoso el orden de los hechos y de los discursos que encuentra en su original, aquí copiando al pie de la letra, allá substituyendo ciertas expresiones por sus sinónimas, sin cambiar en nada el pensamiento, y consiguiendo, a pesar de todas estas afectaciones, conservar en su relato la simplicidad y la verdad que aun los adversarios deben reconocer? ¿Por qué, en fin, este narrador, reproduciendo más de un hecho de una manera menos exacta o menos completa, habría querido darse el tono de corregir o de contradecir a su predecesor?" Aun suponiendo con Weiss que han ocurrido a fuentes comunes, no puede admitirse que los evangelistas se hayan permitido modificar a su antojo palabras de Jesús cuyo tenor tenían escrito ante su vista.

Por otra parte, todo este trabajo de análisis y de disección de nuestros evangelios, a que estos sabios críticos están obligados a entregarse, se pierde en las nimiedades. Difícilmente escapa uno a la impresión de que se mueven en el albedrío subjetivo más completo (1).

Pero si la aplicación de estos sistemas es defectuosa, ¿es a lo menos inconvencible su base? Esta base es, se sabe, el testimonio de Papías. Ahora bien, ¿es este testimonio tan claro, preciso y completo, que sea menester necesariamente fundar sobre él toda explicación del origen de nuestros evangelios sinópticos? No nos parece que sea así. La crítica moderna, en su lenta evolución, de tal modo lo ha traído y llevado, que es difícil decir hoy exactamente lo que significa. Empezó, con Schleiermacher, por ver en las palabras de Papías la indicación de memorias escritas sin orden por Marcos y completamente distintas del segundo evangelio; ha terminado por aplicarlas al segundo evangelio mismo. Empezó por ver en esta breve noticia: "Mateo reunió por escrito, en lengua hebrea, los *Lógia*", la mención de una colección de discursos de Jesús hecha por Mateo; ha terminado por reconocer en ellos una especie de evangelio en el cual las partes narrativas ocupan un lugar notable. Es difícil, en efecto, ver la diferencia que hay, en cuanto a los caracteres generales, entre este documento primitivo, tal como Weiss lo describe, y la parte central del primer evangelio. Nos parece, pues, muy imprudente el basar todas las suposiciones relativas al origen de nuestros evangelios sobre un fundamento tan incierto.

Y esto, por lo demás, no es necesario, porque tenemos a este respecto un testimonio más antiguo, más autorizado y más claro

(1) Véanse ejemplos en el *Comentario de San Lucas*, de F. GODET, I, p. 57-60 y comp. J. BOYON, *Teología del Nuevo Testamento*, I, p. 122-124.

que el del obispo de Hierápolis, el testimonio de Lucas. En el prólogo de su evangelio, indica, como un verdadero historiador que es, de qué fuentes ha extraído su narración. Estas fuentes son de dos clases: 1º, los *escritos* de esos *muchos* que intentaron componer una relación seguida de los acontecimientos; 2º, la *tradición*, — oral — que remonta "a los que han sido testigos desde el principio" (1).

La *tradición oral*, he ahí la fuente principal, a la cual Lucas ha ocurrido de preferencia, aunque teniendo cuenta de los relatos diversos que ya existían, relativos a la vida del Salvador.

Somos así llevados a hablar de una hipótesis que aun no hemos mencionado, aunque sea muy antigua, la del *evangelio oral primitivo* o de la tradición que se formó espontáneamente por la predicación apostólica.

Indicada ya por Herder, brillantemente expuesta por Gieseler (2), esta idea ha sido adoptada por Ebrard, Lange y otros. M. Godet es su defensor más sagaz. Ha recibido la adhesión de Hase, el historiador de la vida de Jesús. "Un evangelio primitivo, pero no escrito —dice este último (3)—, no resultante de un convenio reflexionado, sino producido por sí mismo: he ahí el sistema que corresponde al espíritu de esa época de entusiasmo, en que no se daba importancia a la letra, mas en que se celebraba cada día el recuerdo del Señor. Representaos una familia que vive en el recuerdo de un antepasado ilustre: algunos compañeros de su juventud viven aún. Ellos traen a la memoria de la nueva generación sus palabras llenas de sabiduría y sus gloriosas hazañas; y cada vez son escuchados estos relatos con nuevo placer. Insensiblemente se redondean y toman una forma fija que se extiende hasta el giro mismo de la frase. Bien: la iglesia apostólica en Palestina era una familia semejante". — "Cuanto más sagrado era considerado el asunto —dice M. Godet (4)—, tanto más, cada uno de los

(1) "*Según nos han transmitido los que...*" (Luc. 1: 2.) Es traspasar las declaraciones del texto pretender que Lucas recurre a esta última fuente con exclusión de la primera, como si sospechara de los autores de esas narraciones y opusiera la empresa de él a la de ellos. Y, por otra parte, no se tiene cuenta de todos los datos del texto, al afirmar, como Holtzmann y Weiss lo hacen en interés de sus sistemas, que la *tradición* (v. 2) era escrita. El uso habitual del Nuevo Testamento aplica a una transmisión oral los términos de *tradición*, *transmitir*. Pero, además, en nuestro contexto, *transmitir* es la antítesis de *componer una narración*.

(2) En un librito titulado: *Ensayo histórico y crítico sobre el origen de los evangelios*, Leipzig, 1818. La crítica de los evangelios no ha producido desde entonces nada más racional.

(3) Citado por M. GODET, *Comentario*, I, p. 61.

(4) *Obra citada*, p. 63.

que repetían estas narraciones, se esforzaba en reproducirlas exacta y literalmente conforme el relato apostólico, sobre todo en lo que concernía a las palabras de Jesús. Agreguemos, en cuanto a éstas, que tenían un carácter tan particular, una forma tan plástica... que no era necesario oír las diez veces para retenerlas exactamente... El espíritu de los discípulos era simple, recogido, dócil; el del Maestro, dotado de un poder incomparable. Un sello semejante encontrando una cera tan bien preparada, no podía menos que dejar en ella una marca clara e indeleble; esa huella pasó, naturalmente, del espíritu de los apóstoles a la tradición." (1).

Esta manera de explicar la formación del fondo común de nuestros evangelios corresponde a lo que sabemos de los primeros tiempos de la iglesia, de esos tiempos de santo entusiasmo en que la predicación viva de los testigos de Jesucristo bastaba a todas las necesidades. Esta parecía preferible a relatos consignados por escrito que, por ser más exactos, habrían perdido su frescura e inspiración primeras. Mucho tiempo después todavía, en el segundo siglo, se buscaban ante todo las narraciones que emanaban por tradición de testigos oculares. "Cuando yo encontraba alguno que había conocido a los ancianos, —cuenta Papías— le preguntaba con solicitud sobre los discursos de estos últimos. ¿Qué ha dicho Andrés, o Pedro, o Felipe, o Tomás, o Jacobo? ¿Qué ha dicho Juan, o Mateo, o uno cualquiera de los discípulos del Señor? Porque, en mi opinión, los libros no me traen los mismos beneficios que la palabra viva, que se imprime más profundamente." (Eusebio, *Hist. ecles.*, III, 39.)

Encontramos aun en el Nuevo Testamento mismo indicios de la formación y de la trasmisión fiel del evangelio oral. Los pocos discursos de los primeros heraldos del Cristo que nos han sido conservados en el libro de los Actos demuestran que su testimonio trataba principalmente de los hechos de la vida del Salvador. Y cuando más tarde el apóstol Pablo formó discípulos llamados a proseguir su obra, no puso en sus manos un tratado dogmático ni un evangelio escrito que aun no existía. En instrucciones y relatos llenos de ardor, les presentaba la Palabra viviente, el Cristo, sus obras, sus enseñanzas, su muerte, su resurrección, su elevación a

(1) Si es lícito hacer una comparación histórica entre el Maestro y uno de sus discípulos más ilustres, se sabe que la palabra de Pascal tenía esta misma propiedad, de grabarse en el espíritu de sus oyentes, y que se encuentra su huella, sin que pueda desconocerse, ya en tal conversación relatada por Fontaine, ya en las primeras ediciones de los *Pensamientos*, donde aparece bajo las correcciones y atenuaciones de sus demasiado prudentes editores.

la gloria. Ese era "el evangelio que El había anunciado" (1 Cor. 15: 1), y ése es, ante todo, lo que él llama "la sana doctrina" (1 Tim. 1: 10), "las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo" (1 Tim. 6: 3), "el modelo o tipo de las sanas palabras" (2 Tim. 1: 13); eso era lo que constituía "el depósito, el buen depósito", que importaba "guardar". (1 Tim. 6: 20; 2 Tim. 1: 14.)

Esta tradición oral ha sido la fuente abundante donde han bebido nuestros escritores sagrados. Esto explica ciertos caracteres de sus libros, en los cuales no se encuentra un plan general, ni composición rigurosamente ordenada, sino narraciones aisladas, de contornos indecisos, apenas enlazadas unas a otras por vagas transiciones. Todo ello es el fiel reflejo de la predicación viva.

Es necesario cuidarse, sin embargo, al buscar por este camino la explicación del origen de nuestros evangelios, de exagerar este sistema, de darle un grado de precisión que no comporta, de pedirle que rinda cuenta de todas las semejanzas y todas las divergencias de los sinópticos, de hacer intervenir la autoridad de los apóstoles hasta en la elección de las expresiones griegas más apropiadas para verter ciertos términos arameos (1). No; la tradición oral ha debido formarse de un modo completamente espontáneo. Si se hace intervenir en ella demasiado directamente la voluntad y las intenciones de los apóstoles y de los primeros cristianos, se hace esta hipótesis artificial y poco sostenible. La tradición se ha constituido por efecto de una doble necesidad: 1º la necesidad de hacer una selección en la inmensa cantidad de materiales históricos, hechos y palabras, que dejaba la vida de Cristo. "Jesús ha hecho todavía muchas otras cosas —dice Juan al final de su evangelio (21: 25);— si se escribiesen en detalle, no creo que el mundo mismo pudiera contener los libros que se escribirían". Teniendo en cuenta la hipérbole, queda, sin embargo, establecido que los evangelios no nos han conservado sino una parte de los hechos que han llenado el ministerio del Salvador. Desde los primeros tiempos, en la predicación de los apóstoles, en las narraciones en familia, en las conversaciones entre los cristianos, una selección se había hecho naturalmente: los acontecimientos salientes, las palabras más importantes eran recordados a menudo; los otros se borraron poco a poco de la memoria de los testigos y cayeron en el olvido. Se eligió en particular un cierto número de milagros que servían de ejemplos, se hacían típicos y eran contados en términos más

(1) F. GODEF, *Comentario*, I, p. 65.

y más invariables. 2º Lo que contribuyó luego a la constitución de una tradición oral, fué la necesidad de agrupar los materiales que quedaron después de este trabajo de eliminación, de formar series, ya de enseñanzas, ya de narraciones. Se ha considerado imposible que tales series hayan sido formadas y conservadas por una tradición puramente oral (1): los primeros cristianos no habrían podido retenerlas, vista la poca cohesión que presentan. Es olvidar que su memoria tenía una seguridad que la nuestra ha perdido por el uso demasiado frecuente de notas manuscritas. Y en cuanto al hecho de que estas series son agrupadas diferentemente en nuestros evangelios y presentan especies de ramificaciones, nos parece más fácil de explicar en la hipótesis de la tradición oral que en la suposición de un documento escrito, pues éste presentaría mayor fijeza.

Se objeta aún a la existencia de un evangelio oral primitivo ciertas citas del Antiguo Testamento que, en la traducción dada por nuestros tres evangelios, difieren igualmente del texto hebreo y de la versión de los Setenta (2). (Por ejemplo, Mal. 3: 1, citado en una forma idéntica en Mat. 11: 10; Luc. 7: 27; Mar. 1: 2.) Si esta triple cita se hallase en tres pasajes paralelos, probaría con bastante evidencia la existencia de un documento escrito. Pero no es ése el caso; en Marcos la cita está en un lugar completamente distinto del evangelio que en Mateo y Lucas. ¿No es, pues, más natural pensar que esta palabra profética, que debía figurar frecuentemente en la predicación apostólica, había tomado la forma que ha conservado en nuestros evangelios y bajo la cual se aplica más directamente a las relaciones de Jesús con su precursor?

Se deduce, en fin, una última objeción de los relatos de la Pasión, que presentan más divergencias que los del ministerio galileo. "Si hay escenas dignas de conservarse exactamente, son, por cierto, aquellas de los padecimientos de Jesús y de su muerte sangrienta". (3). Esta objeción no tiene fuerza sino representándose la tradición oral como formada directamente por los apóstoles, que habrían enseñado palabra por palabra a sus discípulos la lección que debían repetir en sus viajes de evangelización. Si se considera, al contrario, que esa tradición nació espontáneamente de la necesidad de seleccionar y agrupar los materiales de la historia evangélica, el hecho indicado, lejos de contradecir esta su-

(1) J. BOVON, *Teología del Nuevo Testamento*, I, p. 119-120.

(2) J. BOVON, *obra citada*, p. 121.

(3) J. BOVON, *obra citada*, p. 120.

posición, viene a apoyarla con fuerza. No había selección que hacer en los acontecimientos de los últimos días; todo debía ser conservado, todo tenía igual importancia. Nuestros evangelios, en la diversidad de sus relatos, llevan la huella de la comunicación de todos los recuerdos que conservaban los testigos de esas circunstancias memorables. Además, los discípulos habían abandonado a Jesús en el momento de su arresto; a excepción de Juan, no fueron quizá testigos de su suplicio; no es, pues, de extrañar que los relatos que ellos han dejado de su muerte presenten divergencias.

Tal es este evangelio oral que constituyó la principal fuente de donde tomaron los autores de los sinópticos. Tuvieron también entre manos documentos escritos. Lucas lo afirma positivamente en el prólogo de su evangelio. ¿Podemos nosotros reconstituir estos documentos hoy y describirlos de una manera precisa? No lo creemos. Cuando más podemos emitir algunas suposiciones al respecto. Los *relatos* a que Lucas hace alusión habrían sido, según M. Godet, narraciones continuas, de cierto desarrollo. Cualquiera que sea la extensión que se les atribuya, no eran evangelios completos. El escrito de Marcos no figuraba entre ellos. Es posible que Lucas haya encontrado redactado el relato del viaje de Jesús. (9: 51 a 18: 14.) Los evangelios de la infancia, en Mateo y en Lucas, son narraciones que pueden remontar hasta la familia de Jesús. Mateo contiene quizás una colección de enseñanzas del Señor que se hallaría en los cinco grandes cuerpos de discursos de este evangelio. Marcos tiene quizás como base una redacción primera de las memorias de Pedro. (1).

Una circunstancia que parece mejor demostrada, es que la mayor parte de esos documentos estaban escritos en arameo. Se manifiestan numerosos arameísmos en Lucas en particular, quien, más exacto, se aplicaba a citar literalmente.

Si nuestros evangelistas han tenido fuentes escritas a su disposición, no han trabajado en general sobre los mismos documentos (2). Donde sus narraciones marchan paralelamente, debe atribuirse su acuerdo a la tradición oral.

(1) Comp. F. GODET, *Comentario*, I, p. 70.

(2) M. GODET nos parece que lo ha establecido en todo su *Comentario de San Lucas*. Consigna los resultados de su estudio, tomo II, p. 613. — La interesante tentativa hecha por M. Resch y por M. Marschall (J. BOVON, *obra citada*, p. 126 y sig.), de hallar el texto arameo bajo la traducción griega y reducir las divergencias de ésta en nuestros evangelios a los diferentes sentidos que podía presentar la expresión original, no nos parece debilitar esta tesis, pues estas diferencias de traducción pueden

V

Pero nos queda por examinar un asunto más importante aun que el de las relaciones mutuas de nuestros evangelios; se trata de su *autenticidad*, es decir de la prueba de que emanan efectivamente de los escritores apostólicos a quienes la iglesia los ha atribuído siempre. Nos limitamos a recordar los principales testimonios históricos en favor de esta autenticidad; en cuanto a las pruebas internas, la exégesis misma de estos libros debe proveerlas.

Ahora bien, un hecho incontestable es que, entre la mitad y el fin del segundo siglo, nuestros cuatro evangelios eran universalmente recibidos en la iglesia cristiana como documentos auténticos de la vida del Señor, descansando sobre la autoridad apostólica. Este hecho está puesto fuera de toda duda, entre otros, por tres testigos que lo afirman, no en algunos pasajes aislados, sino, por decirlo así, a cada página de sus numerosos escritos, completamente penetrados de la vida del Salvador y de sus palabras tomadas de nuestros evangelios. Estos testigos son Ireneo, Clemente de Alejandría y Tertuliano.

Ireneo, nacido y educado en las regiones del Asia Menor donde Juan había muerto veinte o treinta años antes, fué discípulo de Policarpo, quien era discípulo de Juan; conocía a fondo los hombres y las cosas en las iglesias de Oriente y en Roma, donde había residido; fué el apóstol de las Galias, obispo de Lion en 177 y mártir por la causa de su Señor. Ahora bien, Ireneo apela sin cesar a nuestros cuatro evangelios como al testimonio apostólico, no para demostrar su autenticidad, pues no era necesario, sino para sacar pruebas decisivas en su gran controversia contra los herejes. Refiere que "Mateo escribió su evangelio para los hebreos y en su propia lengua"; que "Marcos, discípulo e intérprete de Pedro", nos ha transmitido las cosas que el apóstol había predicado; y que "Lucas, compañero de Pablo, consignó en su libro el evangelio que Pablo anunciaba"; que, en fin, "Juan, discípulo del Señor, que había reposado en su seno, escribió su evangelio mientras residía en Efeso". (Eusebio, *Hist. ecles.*, V, 8). Ireneo, según el espíritu alegórico de su tiempo, que no invalida en nada el valor histórico de su testimonio, compara nuestros cuatro evangelios a los

ser debidas a las tradiciones que se habían formado en las diversas iglesias, tanto como a los mismos evangelistas.

cuatro vientos de los cielos, "esparciendo la incorruptibilidad y vivificando los hombres"; ve en ellos las cuatro columnas de la iglesia dispersa sobre toda la tierra, porque "el apoyo y la firmeza de la iglesia, es el evangelio y el Espíritu de vida"; los considera, en fin, como realizando la visión del profeta, el querubín de cuatro caras, "porque el Hacedor de todas las cosas, el Verbo que está sentado sobre los querubines, que encierra todas las cosas, que ha sido revelado a los hombres, nos ha dado el evangelio bajo cuatro aspectos". Acercando, en fin, el Nuevo Testamento y el Antiguo, compara nuestros tres primeros evangelios a las alianzas de Dios con Adán, Noé y Moisés, mientras que el cuarto, resumiendo todo, eleva al hombre hasta el reino celestial. (Ireneo, *Contra las herejías*, III, 11, 8). — Este escritor, combatiendo a los herejes de su época, nos enseña que ellos mismos tenían nuestros cuatro evangelios en sus manos, que jamás pusieron en duda su origen apostólico, pero que se servían de ellos para corromper su sentido. "Tal es —dice— la autoridad de los evangelios, que los mismos herejes les dan testimonio, haciendo de ellos cada uno su punto de partida para confirmar su doctrina". Y después de mostrar qué uso hacían de nuestros cuatro evangelios los ebionitas, Marción, los valentinianos y otros, concluye: "Así, pues, cuando los que nos contradicen y recusan nuestro testimonio, apelan a los mismos evangelios, nuestra demostración a este respecto es firme y verdadera" (1). — Está, pues, históricamente probado que en la época de Ireneo nuestra compilación de los cuatro evangelios era universalmente recibida, lo que supone que el origen de estos libros, ya extendidos por todas partes, remontaba al tiempo de los apóstoles.

Clemente de Alejandría, ese filósofo cristiano que dió tanto brillo a la célebre escuela de esa ciudad, donde reemplazó a su maestro Panteno por el año 189, cita todos nuestros evangelios como autoridad apostólica y los distingue expresamente de los escritos apócrifos, agregando, a una sentencia del Señor que acababa de referir, esta nota significativa: "No tenemos esta sentencia en los cuatro evangelios que nos han sido transmitidos, sino en el llamado según los egipcios." (*Strom.*, III). Eusebio nos dice que, en su libro perdido *Hypotyposes*, Clemente había comentado todos los libros de ambos Testamentos, sin exceptuar ni aun los libros disputados. En ese mismo libro, continúa el historiador, Clemente re-

(1) Los escritores herejes o paganos del segundo siglo pueden dar, en favor de nuestros evangelios, una prueba histórica no menos completa que la que se saca de los padres de la iglesia. Este trabajo ha sido hecho por varios, y ya en 1826 por HUGO, en su sabia *Introducción a los escritos del Nuevo Testamento*, tomo I, p. 41 y sig.

fiere del siguiente modo el relato que había recibido de los antiguos presbíteros concerniente al orden de los evangelios: "Desde luego, dice, han sido escritos los evangelios que contienen las genealogías" (Mateo y Lucas); luego Clemente cuenta las circunstancias en que fueron compuestos los evangelios de Marcos y de Juan. (Eusebio, *Hist. ecles.*, VI, 14). Se ve, leyendo todo este pasaje, que Clemente de Alejandría, lo mismo que Ireneo, no tiene la intención de probar el origen apostólico de los evangelios, sobre el cual no había la menor duda en las iglesias, sino solamente de establecer las circunstancias en que fueron compuestos. Invoca para ello el testimonio de los "antiguos presbíteros", lo que, en esa época, indicaba evidentemente los siervos de la iglesia de la edad apostólica.

En cuanto a Tertuliano, cuyos escritos están llenos del Nuevo Testamento, al que invoca sin cesar como la autoridad apostólica en la iglesia, bastará, con relación a los evangelios, recordar su larga polémica contra Marción. Acusa a este hereje de haber falsificado el evangelio de Lucas para oponerlo a los otros. "Ante todo, —dice— establecemos que el libro de los evangelios tiene por autores los apóstoles, a quienes había sido impuesto por el Señor mismo el cargo de predicar la buena nueva. Si tienen también por autores discípulos de los apóstoles (*apostólicos*, Marcos y Lucas), estos últimos no han escrito solos, sino con los apóstoles y según los apóstoles. Porque la predicación de los discípulos podría ser sospechada de vanagloria, si no estuviese apoyada por la autoridad de los maestros y por la autoridad de Cristo mismo, quien hizo los maestros apóstoles. Así, pues, entre los apóstoles. Mateo y Juan nos enseñan la fe; entre los discípulos de los apóstoles, Lucas y Marcos la confirman partiendo de los mismos principios, proclamando con ellos un solo Dios creador y su Cristo, nacido de una virgen, cumplimiento de la ley y de los profetas. Porque si la disposición de sus relatos varía, están por lo menos de acuerdo sobre el punto capital de la fe, sobre el cual no están de acuerdo con Marción." (*Contra Marción*, IV, 2). En otra parte, Tertuliano remite a su adversario a la verdadera fuente del testimonio histórico, las iglesias apostólicas de todas las regiones. "La misma autoridad de las iglesias apostólicas garantiza también los otros evangelios que tenemos por ella y según ella, quiero decir los evangelios de Juan y de Mateo, y en cuanto al que ha editado Marcos, es atribuido a Pedro, cuyo intérprete era Marcos, como el de Lucas es atribuido a Pablo." (*Obra citada*, IV, 5). — Otras citas de

este padre, que podríamos multiplicar, serían superfluas. Está, pues, establecido que, desde la segunda mitad del siglo II, el testimonio de Ireneo nos muestra nuestros cuatro evangelios recibidos con su autoridad apostólica en las iglesias de las Galias donde él ejercía su ministerio, del Asia Menor, su patria, de Italia, donde había viajado; que los escritos de Clemente de Alejandría establecen el mismo hecho para Egipto; que, en fin, Tertuliano lo demuestra para las iglesias de Africa.

Es necesario agregar que en la misma época nuestros evangelios, traducidos ya en lengua siríaca en la *Peschito*, estaban esparcidos en las iglesias de Oriente, mientras que las iglesias de Africa poseían versiones latinas. El canon de Muratori ha venido a confirmar en los tiempos modernos, por un testimonio irrecusable, hechos ya tan bien establecidos. Tal era el estado de cosas en la víspera de los grandes trabajos críticos de Orígenes, de Jerónimo, de Eusebio y de otros siervos de Dios, admirablemente colocados para pesar todos los testimonios de sus antecesores, y que, a su vez, han entregado a sus sucesores los resultados de sus laboriosas investigaciones, con la certidumbre que habían adquirido del origen apostólico de nuestros evangelios. — Es, pues, lícito preguntarse cuándo y cómo estos libros, suponiendo que no fuesen auténticos, habrían podido usurpar, a fines del siglo II, esa universal autoridad apostólica. No hay, entre los apóstoles y los testigos que acabamos de citar, más que dos generaciones; entre Ireneo y Juan no más que el mártir Policarpo, ¡y este tiempo habría bastado para hacer aceptar a todas las iglesias esa impostura! — Pero, ¿qué digo? Aun este tiempo no está vacío de informaciones históricas, no deja el campo libre a invenciones. Está ocupado por completo por una cadena ascendente de testigos: Teófilo de Antioquía, Taciano, que han comentado nuestros cuatro evangelios; Justino mártir, Papías, Policarpo, Ignacio, cuyos testimonios poseemos. Por eso un célebre teólogo moderno, cuya crítica no es sospechosa de ortodoxia, de Wette, confiesa, con su buena fe ordinaria, que "estos testimonios de las más diversas regiones y de todos los partidos de la iglesia alcanzan hasta la edad apostólica." (*Introducción a los libros canónicos del Nuevo Testamento*, párrafo 76.)

Todo hombre no prevenido adoptará la conclusión formulada por el testigo más competente de la antigüedad cristiana, Orígenes, el sabio crítico de Alejandría, nacido en el siglo II, que no empezó a comentar nuestros cuatro evangelios hasta haberse rodeado, por largas investigaciones y numerosos viajes, de todos los docu-

mentos relativos al origen de estos libros, y que fué uno de los primeros en formar el catálogo para transmitirlo a la posteridad. Bien; en el momento de relatar lo que sabía sobre la composición de nuestros evangelios, los caracteriza en estos términos: "Los cuatro evangelios, únicos no disputados en la iglesia de Dios que está bajo el cielo." (Eusebio, *Hist. ecles.*, VI, 25.)

VI

Lo que hemos dicho precedentemente de las divergencias numerosas de nuestros evangelios y de los caracteres particulares de cada uno de ellos, no debe velar a nuestros ojos la armonía profunda que presentan en su conjunto. Pero, ¿en qué consiste esta armonía? y ¿cómo deben ser leídas estas narraciones tan simples, para entenderlas a fondo? Se han cometido a este respecto dos errores que no podían menos que alejar de la verdad. Antiguamente se procedía desde el punto de vista de una inspiración literal que, pasando su nivel sobre todas las diferencias de estos relatos, pretendía llevarlos, hasta en los menores detalles, a una uniformidad sin libertad y sin vida individual. Y como, sin embargo, las diferencias subsisten y se manifiestan en cada narración, era necesario hacer esfuerzos desesperados para conciliarlas o negarlas. Así han sido hechos laboriosos trabajos de *armonística*, que jamás han podido convencer a los hombres inteligentes y concienzudos. Es cierto que en muchos casos un estudio atento demuestra que si los relatos difieren entre sí, los hechos se concilian muy bien; y no hay que apresurarse, como lo hacen tantos intérpretes, a declarar esta conciliación imposible. Pero, si lo es en efecto, para ciertos detalles, ¿en qué queda una fe basada en la inspiración verbal? Va a tropezar; quizás a estrellarse contra dificultades para ella insolubles, pero que carecen de importancia para una fe más iluminada. — Nuestros evangelios están todos penetrados por el Espíritu de Dios que animaba a sus autores. Pero "allí donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad." Sus autores han usado abundantemente de esta santa libertad del Espíritu. Cada uno sigue el plan que se ha trazado, y quiere alcanzar el fin que se ha propuesto. Si, en cada rasgo de la vida del Salvador que relatan, en cada uno de sus discursos que refieren, están de acuerdo en lo esencial y producen la misma impresión profunda, ¿qué importan algunas diferencias en la forma? Debemos recibir los evangelios tales cuales son, y no tener la pretensión de rectificarlos. Si pre-

sentaran realmente la uniformidad material que se desearía encontrar, la crítica no vería en unos u otros más que copias, mientras que su diversidad prueba su independencia, como su unidad de espíritu prueba su verdad.

El otro error cometido para hallar la armonía de nuestros evangelios consiste en desmembrarlos y acercar las diversas secciones de que se componen, a fin de explicarlos simultáneamente. Así proceden varios exégetas excelentes, Calvino, Olshausen y otros. Este método puede ser muy legítimo en un estudio puramente científico de la historia evangélica, y muy a menudo las secciones paralelas se explican mutuamente. Pero cuando se trata de penetrar en el pensamiento íntimo de cada uno de nuestros evangelios, no es ése el camino a seguir. Lejos de sujetarse a un orden rigurosamente cronológico, los evangelistas han agrupado sus narraciones y las enseñanzas del Salvador según el fin que cada uno se proponía. Ahora, descomponer este orden, desgarrar en jirones el libro para estudiar cada fragmento con el fragmento correspondiente de uno o de otros dos libros, es destruir el plan, desconocer el objeto del escrito, borrar la impresión que debía producir. — Más aún, lo que quería cada evangelista era trazar la imagen santa del Salvador tal cual vivía en su alma. Bien, ¿quién reconocerá esa imagen, si, en lugar de contemplarla tal como nos es dada, se empieza por despedazarla, para reconstruirla por medio de elementos extraños? En vano se acercan los pedazos esparcidos de una luna rota; no formarán un espejo. — Es, pues, necesario leer con recogimiento cada evangelio particular, penetrarse de la misma imagen santa que hace revivir ante nuestros ojos, contemplarla aún en los otros evangelios, que la completan; de su conjunto nos aparecerá, en toda su armonía, la grande figura, humana y divina a la vez, del Salvador.

EVANGELIO SEGUN MATEO

INTRODUCCION

I

Pocos detalles *biográficos* han llegado hasta nosotros concernientes al apóstol de Jesucristo a quien es atribuído el primero de nuestros evangelios. Estaba empleado como cobrador en una oficina de impuestos, sobre las márgenes del lago de Genezaret, cuando el Señor le llamó al apostolado. Ora estuviese ya preparado para esta alta vocación por relaciones anteriores con Jesús, lo que es probable, ora este llamado fuera el primer contacto con Aquel en quien reconoció un enviado de Dios, abandonó al instante sus trabajos y sus beneficios terrestres y siguió al Salvador. Poseía una casa y bienes, de los cuales quiso aun hacer uso para dar a su Maestro un banquete; invitó a gran número de publicanos, sus compañeros de tareas, a fin de que ellos tuviesen, también, la ocasión de ver y oír a Aquel cuya poderosa palabra acababa de decidir su vida. El mismo es quien cuenta estos hechos (cap. 9:9-13); pero se cuida, por un sentimiento de modestia que no siempre ha sido comprendido, de decir que esta comida fué dada por él y en su casa. Marcos y Lucas, que no tienen tal motivo de guardar silencio, nos instruyen sobre lo que Mateo había querido callar. (Mar. 2:14 y sig.; Luc. 5:27 y sig.). Pero estos dos evangelistas nombran *Leví* y no *Mateo*, al publicano llamado por el Señor para seguirle. Se ha querido deducir de ahí que Leví y Mateo no eran el mismo personaje y que la confusión hecha en el primer evangelio probaba que éste no era de Mateo. La solución del problema es, sin embargo, muy sencilla. He aquí un hecho relatado por tres historiadores, con circunstancias detalladas enteramente idénticas, lo que prueba hasta la evidencia que se trata de un solo y mismo acontecimiento. Además, se halla en todos los catálogos de los

apóstoles, en los de Marcos y de Lucas lo mismo que en el primer evangelio, el nombre de Mateo y en ninguna parte el de Leví. (Mat. 10: 3; Mar. 3: 18; Luc. 6: 15; Act. 1: 13.) Si Mateo y Leví no son el mismo personaje, ¿qué ha sido de este Leví cuya vocación al apostolado cuentan Marcos y Lucas? La conclusión que se impone a todo lector no prevenido y que en todo tiempo ha sido admitida, es que Leví adoptó, después de su conversión, el nombre de Mateo (*Matthai* o *Mattathia, don de Jehová*), que prevaleció desde entonces, como los nombres de Pedro, de Pablo. Mateo, relatando su conversión, emplea su nuevo nombre que le agrada, mientras que Marcos y Lucas, más objetivos en sus narraciones, se sirven del nombre que ese discípulo había llevado hasta la época de su conversión. ¿Cómo no encontrar fundada la observación de Winer, “que las razones de los que distinguen Leví de Mateo son insignificantes, en parte miserables, si por lo menos no está uno decidido de antemano contra la autenticidad del primer evangelio?” (*Realwörterbuch*, art. *Matthäus*.) — Según Clemente de Alejandría, Mateo predicó el evangelio durante quince años en Jerusalén, distinguiéndose por una vida rigurosamente ascética. No hay ningún motivo para poner en duda este dato, confirmado por otros testimonios, sobre todo por el de Eusebio (*Hist. ecles.*, III, 24), quien agrega “que después de haber predicado la fe a los hebreos y escrito su evangelio, se fué a otras naciones.” ¿Qué naciones? Escritores antiguos indican Etiopía, otros Macedonia o diversas regiones del Asia; esas tradiciones son muy inciertas. Según algunos testimonios antiguos, la vida de nuestro evangelista habría sido coronada por el martirio.

II

¿Es Mateo, el apóstol de Jesucristo, el autor del primer evangelio? A esta pregunta, la iglesia cristiana ha respondido que sí, unánimemente, durante diez y ocho siglos. En nuestros días se han opuesto a este respecto negaciones atrevidas y dudas sinceras. Conviene, pues, interrogar la historia ante todo, luego el libro mismo de que se trata. En cuanto a los testimonios históricos, puede llegarse a la conclusión de que la autenticidad del escrito de Mateo está demostrada por los que hemos suministrado relativos a nuestros cuatro evangelios; pero vamos a recoger de una manera más completa las pruebas que le conciernen en particular.

I. Papias, obispo de Hierápolis en Frigia, en la primera

mitad del siglo II (muerto por el año 165), escribió un libro titulado: *Exposición de los oráculos del Señor*, para cuya composición hemos visto que había recogido con cuidado todos los datos que le suministraban los hombres de su tiempo que habían hablado con los apóstoles. (Eus. III, 39; comp. arriba, p. 35.) Algunos eran relativos a la composición de los evangelios de Marcos y de Mateo. De este último dice simplemente que había “reunido por escrito en dialecto hebreo los oráculos del Señor”, y que “cada uno los interpretaba o los traducía como podía.” Pero eso no prueba que en tiempos de Papias el evangelio griego de Mateo no fuese conocido en esas regiones, porque él habla de un tiempo ya lejano (*entonces*), y dice, no que cada uno traduce, sino que traducía ese evangelio.

Está fuera de duda que ya los padres apostólicos, sucediendo inmediatamente en la iglesia a los primeros testigos de Jesucristo poseían el evangelio de Mateo, que citan frecuentemente. Así Justino mártir, nacido en los primeros años del siglo II, escribiendo por el año 138 (el más antiguo de los apologistas cristianos), nos ha dejado importantes escritos de los que pueden tomarse a manos llenas citas de nuestros evangelios, en particular de Mateo. (Véase Kirchhofer, *Quellensammlung*, p. 98 y sig.) Es necesario notar que, entre estos numerosos pasajes, hay varios que sólo se hallan en el primer evangelio y que, en las citas del Antiguo Testamento donde Mateo no se conforma ni al hebreo ni a los Setenta, Justino lo sigue al pie de la letra, detalle sorprendente, que prueba que tenía nuestro evangelio ante su vista. Diversos pasajes de Mateo se hallan igualmente citados en los escritos de Policarpo, de Ignacio, de Clemente de Roma, de Barnabas. Este último, citando las palabras de Jesús: “Muchos son los llamados y pocos los escogidos”, que sólo se hallan en Mateo (22: 14), las introduce por esta expresión en uso exclusivamente para citar los libros santos: *Como está escrito*. Mientras no se poseían los cinco primeros capítulos de la epístola de Barnabas sino en una versión latina, la crítica no dejó de atribuir al traductor esta fórmula establecida. Pero cuando, en 1859, el escrito original griego de Barnabas salió del polvo con el manuscrito del Sinaí, entonces apareció a la luz del día la fórmula fatal: *Como está escrito*. ¿Creéis que la crítica negativa fué convencida? De ningún modo. Barnabas cita allí, según ella, no las palabras tan conocidas de Jesús, sino una reflexión sacada del cuarto libro de Esdras. Además, ¿cómo tolerar semejante testimonio en un escrito que data de los primeros años del siglo II, y que un sabio crítico,

Weizsäcker, hace remontar hasta los diez o veinte años después de la destrucción de Jerusalén?

Si de los padres apostólicos pasamos a los grandes escritores eclesiásticos de fines del siglo II o de principios del III, vemos que nombran al autor de nuestro evangelio, citan y comentan su libro, no para demostrar su autenticidad,—no tenían la menor duda a este respecto—sino para sacar enseñanzas religiosas. Así, Ireneo repite en varias ocasiones que Mateo escribió su evangelio para los hebreos y en lengua hebrea, “a fin de probar a su pueblo que el Mesías había nacido de David.” Mateo, dice aún, anunció el nacimiento humano del Señor, escribiendo: *El libro de la genealogía de Jesucristo* (Mat. 1: 1; *Adv. hær.*, III, 1, 11.) Tertuliano, reconociendo a nuestro evangelio el mismo fin, recuerda igualmente las primeras palabras, y he aquí en qué términos designa a su autor: “El mismo, el primero, Mateo, muy fiel expositor del evangelio, como compañero del Señor, no lo ha escrito por otra causa que la de ponernos en posesión del origen de Cristo según la carne”; por lo cual empieza así: “Libro del nacimiento de Jesucristo.” (*De carne Christi*, cap. XXII.) Orígenes, el sabio crítico y exégeta, que cita y comenta nuestro evangelio hasta en sus expresiones y variantes, nos dice de este libro: “El primer evangelio escrito es el evangelio según Mateo que fué primero publicano, luego apóstol de Jesucristo; él dió este evangelio a aquellos de entre los judíos que habían creído, componiéndolo en lengua hebrea.” (Eus., *Hist. ecles.*, VI, 25.) En otra parte Orígenes, hablando de la certidumbre histórica de nuestros cuatro evangelios y observando, con la sagacidad del crítico ejercitado, su unidad y sus diferencias, agrega: “Así, por Mateo, que es el primero de todos, ha sido dado el evangelio a los creyentes de la circuncisión.” (*Comm. in Joh.*) Los testimonios de Eusebio y de Jerónimo están en plena armonía con los que acabamos de recordar. Eusebio inscribe nuestro evangelio a la cabeza de los libros reconocidos del Nuevo Testamento, sin mencionar la menor duda que hubiese existido en las iglesias a su respecto, y refiere, como un hecho universalmente admitido, que “Mateo, después de haber predicado desde luego a los hebreos, estando a punto de irse al extranjero, dió por escrito, en la lengua del país, el evangelio que es según él, queriendo suplir por este escrito su presencia para aquellos que abandonaba.” (Eus. *Hist. ecles.*, III, 24.) En cuanto a Jerónimo, que había podido, durante su larga residencia en Palestina, examinar todos los detalles de estos datos tradicionales, los confirma en diversos lugares de sus escritos. “Mateo—dice—

publicó en Judea un evangelio en lengua hebrea, sobre todo para aquellos de entre los judíos que habían creído en Jesús.” (*In Matth., Præf.*) Dejando a un lado otros escritores eclesiásticos, tales como Cirilo de Jerusalén y Epifanio, haremos notar un hecho importante: desde el siglo II las versiones más antiguas, la *Peschito* siríaca, la *Itala*, lo mismo que el canon de Muratori, llevan a la cabeza del Nuevo Testamento nuestro evangelio bajo el nombre de Mateo.

Queda, pues, comprobado, por el testimonio unánime de la antigüedad cristiana: 1º que el primer evangelio tiene por autor al apóstol Mateo; y 2º que escribió este evangelio en hebreo o en el dialecto arameo de la época. Pero a estos dos hechos viene a agregarse un tercero, que suscita uno de los problemas más difíciles de la crítica sagrada: esos mismos escritores eclesiásticos, que nos hacen conocer la existencia del evangelio hebreo, sólo reconocen y citan nuestro evangelio griego. Este último sólo tiene, a sus ojos, el valor de un libro canónico. ¿Cuál es, pues, la relación entre estos dos escritos? La solución de esta cuestión se complica por el hecho de que los padres de los primeros siglos mencionan la existencia de un *evangelio según los hebreos*, escrito en arameo, aceptado por los Nazarenos, secta judaizante. Este escrito, que Jerónimo había traducido al griego y al latín y del cual nos dice que se servía Orígenes (*De vir. illustr.*, cap. II), tiene notables semejanzas con nuestro primer evangelio, pero también graves diferencias. De ahí se ha deducido, no sin razón, que ese evangelio según los hebreos no era otro que el escrito original de Mateo, corrompido por los herejes de Palestina (1). El problema se hace más obscuro aún, cuando se pregunta si el evangelio hebreo atribuido a Mateo era conforme a nuestro evangelio griego. Aquí interviene el testimonio de Papías: “Mateo reunió por escrito los *Lógia*.” Hemos demostrado ya, en la Introducción general a los tres primeros evangelios, cómo la crítica, después de haber visto en estas palabras la mención de una colección compuesta exclusivamente de discursos, ha acabado por reconocer en ella un evangelio más o menos completo (p. 31.) Por otra parte, es incontestable que uno de los caracteres más sobresalientes del primer evangelio es el de presentar las enseñanzas de Jesús reunidas por grupos. M. Godet, por ejemplo, distingue

(1) Véase una exposición completa del asunto, aun pendiente, de *Evangelio según los hebreos*, en la *Teología del N. T.* de J. BOYER, I, p. 72 y sig.

cinco grupos: 1º el sermón del monte (cap. 5 a 7); 2º la instrucción normal del apostolado (cap. 10); 3º las parábolas del reino (cap. 13); 4º la instrucción disciplinaria dada a la iglesia (cap. 18); 5º una serie de discursos ligados por la idea común del juicio ejercido por Cristo (cap. 23 a 25). Comparando este hecho con el testimonio de Papiás, M. Godet concluye que "estos discursos son la reproducción del escrito hebreo apostólico y que las partes históricas del primer evangelio, bien que reposando sobre las narraciones orales del apóstol, no han sido redactadas por su propia mano." (1).

Esta opinión, compartida por muchos críticos, nos parece presentar las siguientes dificultades: 1º No está de ningún modo demostrado que Papiás designase por el término de *Lógia*, una compilación de discursos sin partes narrativas. Sabios de todas las escuelas han sostenido lo contrario (2). 2º Los testimonios de Ireneo, de Eusebio, de Jerónimo, que hablan de un escrito hebreo, se aplican todos a nuestro evangelio canónico y no a una colección de discursos que no presentase analogía alguna con éste. M. Bovon piensa que la distinción entre estas dos obras, aun reconocida en tiempos de Papiás, "desapareció en parte del recuerdo de la iglesia, que concluyó por identificar, con la sola diferencia del idioma, el escrito del apóstol con el primero de los sinópticos actuales". (3). Esto es tener muy en poco el testimonio de Ireneo, que estaba bastante próximo al origen para estar bien enterado. Jerónimo, por otra parte, parece conocer el original arameo de Mateo, y atestiguar por lo menos que existía aún en su tiempo (*De vir, illustr.*, cap. III.) 3º La principal razón que nos parece oponerse a la opinión indicada, es que nuestro primer evangelio es una obra concebida con energía, que sigue con rigor un plan original. Este plan es independiente de los grandes cuerpos de discursos que están insertos en el escrito. Se siente la mano de un autor que no está de ningún modo trabado para seguir su idea y tender al fin que se ha propuesto. Este carácter distintivo de nuestro evangelio aparece a cualquiera que lo encara sin opinión preconcebida. Ahora bien; es desconocer esto el hacer de este evangelio un escrito anónimo, formado por tradiciones orales o fragmentos escritos que habrían venido a injertarse en el tronco de la colección de los discursos o habrían sido

(1) *Estudios Bíblicos*, II, p. 18-22, Comp. J. BOVON, *Teología del N. T.*, I, p. 33-35.

(2) BLEEK, HILGENFELD, WEISS. *Comp. precedentemente*, p. 31. Para la opinión opuesta, J. BOVON, obra citada, p. 76, 77.

(3) *Obra citada*, p. 84.

agregados allí por algún discípulo del apóstol. Nuestro evangelio ha tenido un autor cuya personalidad era bien marcada. ¿Quién es este autor? Toda la antigüedad desde la mitad del siglo II designa a Mateo. Sería raro que se hubiera equivocado. No quedan, pues, más que dos suposiciones posibles: admitir, con Jerónimo, que nuestro evangelio griego es la traducción exacta, hecha por mano desconocida, de un original arameo redactado por el apóstol Mateo; o bien suponer que el apóstol mismo, después de haber compuesto un evangelio arameo para sus compatriotas, lo ha vuelto a escribir, más libremente, en griego para los gentiles, a quienes fué a predicar a Cristo en los últimos tiempos de su vida. La mayor parte de los intérpretes niega hoy que nuestro evangelio canónico sea una traducción del arameo. Otros niegan que dependa directamente, en sus partes narrativas, del apóstol cuyo nombre lleva. Se basan en el poco relieve del estilo, la ausencia de descripciones y de esos detalles característicos que delatan al testigo ocular. (1). Tales son, efectivamente, los caracteres generales del evangelio, pero para apreciarlos en su justo valor y no sacar conclusiones falsas, debe tenerse cuenta del temperamento del escritor y del fin que persigue. Hay autores que no saben observar y pintar; los detalles exteriores, los hechos materiales, les importan poco; la idea es el todo a sus ojos. Mateo parece haber sido de ellos. Es evidente que, en sus narraciones, tiene apuro de llegar a las palabras pronunciadas por el Salvador, lo único que tiene valor para él. Agreguemos a eso el fin probado de su escrito, que es el de demostrar al pueblo judío el mesiazgo y la realeza divina de Jesús de Nazaret, y comprenderemos que el primer evangelio no se presente como una biografía completa, una historia ordenada según una cronología exacta, que el autor agrupe sus materiales según el plan que se ha trazado y que, en cada narración, abrevie y sacrifique todo lo que no responda a su intención. Es posible, por último, que Mateo no estuviese a sus anchas por el empleo de un idioma que no era su lengua materna y que el cuidado de escribir correctamente le quitase algo de su libertad de expresión. M. Bovon emite esta suposición muy juiciosa para explicar el hecho de que el primer evangelio está escrito en un griego relativamente puro, mientras que el estilo del tercer evangelio está sembrado de arameísmos. "Lucas, con su tacto exquisito, conserva el perfume hebraico de la narración primitiva... El podía tanto mejor tener cuenta de esas diversidades, cuanto que manejaba, sin duda, el griego con

(1) *Comp. Mat.* 8:5-13 y *Luc.* 7:1-10; *Mat.* 9:18; *Mar.* 5:22 y *Luc.* 8:41 y sig.; *Mat.* 8:28 y sig.; *Marc.* 5:2 y sig. y *Luc.* 8:27.

más facilidad que el redactor judío del primer relato sinóptico; lo mismo que es natural que un extranjero, escribiendo en francés, evite lo que recuerda su origen y adopte un estilo correcto quizás, pero de un matiz más débil que el de un autor del país que se mueve a sus anchas en la lengua nacional". (1).

Si consideramos aun el conjunto de este libro tan rico en informaciones históricas, tan grande y tan armónico en su plan, tan digno de Aquel cuyas enseñanzas y obras relata, tan elevado en su concepto y demostración del reino eterno que Jesús había venido a fundar sobre la tierra, tan apto para dejar viva y santa, en el alma del lector, la imagen, a la vez divina y humana, del Salvador, es imposible sustraerse a la impresión de que se acaba de meditar en una obra apostólica. Diremos con un teólogo eminente, que, sin embargo, no atribuye a Mateo nuestro evangelio griego: "No se podría demostrar, por ninguna razón, que lo que aquí nos es ofrecido no esté en armonía con la naturaleza de las cosas, o no presente la sustancia misma de la historia evangélica. Ningún otro evangelio se mueve más inmediatamente sobre la base histórica en que el cristianismo hizo su entrada en el mundo; ninguno lo presenta mejor en sus relaciones íntimas con el judaísmo de la época. Ya se trate de relaciones positivas o de una oposición absoluta con ese judaísmo, todo está en la situación histórica. Sea que Jesús repruebe la perversión de la verdadera piedad en su pueblo, que disipe por su luz los obscurecimientos de la vida religiosa, o que luche contra el fariseísmo, siempre sus palabras, en su viviente actualidad, llevan el sello de la originalidad. A medida que la historia evangélica traspasó los límites de su teatro de origen, tales elementos, que sólo allí podían tener todo su interés, debieron desaparecer de la tradición apostólica". (Güder, *Encycl.* de Herzog, art. *Mateo.*)—Así se confirma, por el libro mismo, la tradición universal, que, se ha visto, atribuye al apóstol Mateo nuestro primer evangelio canónico. Compuso este escrito antes de la ruina de Jerusalén (70). Según Ireneo, fué "en tiempos en que Pedro y Pablo predicaban en Roma y fundaban allí la iglesia", es decir, entre 64 y 67. El *memento* del cap. 24: 15 parece indicar (2) que los ejércitos enemigos no habían aún invadido la Judea, pero que el peligro era inminente. La guerra de los judíos estalló en el año 66. Esto nos conduce, pues, a pensar que nuestro evangelio fué compuesto en los años que precedieron inmediatamente esta fecha. (3).

(1) J. BOYON, obra citada, p. 117.

(2) Véase la exégesis.

(3) Comp. F. GODER, *Estudios Bíblicos*, II, p. 22 y sig.

III

1. El *fin* de este evangelio aparece evidente, desde la primera página. El autor escribe para el pueblo judío, al cual quiere demostrar, por la vida y por la enseñanza del Salvador: 1º Que Jesús de Nazaret es el Mesías prometido a Israel, el Hijo del hombre y el Hijo de Dios, el cumplimiento de todo el Antiguo Testamento y de toda la historia nacional.—2º Que este Mesías, el verdadero Rey de su pueblo, ha venido a fundar sobre la tierra un reino muy diferente de la idea terrestre y carnal que ese pueblo había concebido, un reino espiritual, religioso y moral; en dos palabras, según la expresión constante de Mateo: *el reino de los cielos*.—Persiguiendo este doble fin, el autor coloca a la cabeza de su evangelio: "El libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán". (1: 1.) De Abrahán, en cuya posteridad debían ser benditas todas las familias de la tierra (Gén. 12: 3); de David, cuyo reinado debía el Mesías establecer para siempre. (Is. 9: 6.) Termina su escrito citando estas sublimes palabras del Mesías que ha concluido su obra: "Todo poder me es dado en el cielo y sobre la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". (28:18-20.) Todo lo que se halla entre este principio y esta conclusión, tiende directamente al fin indicado. Jamás el autor, escribiendo para su pueblo, se detiene para explicar los usos nacionales, las costumbres civiles o religiosas, las localidades donde pasan los hechos que relata; pero en cambio, se empeña en mostrar, a propósito de la mayor parte de sus narraciones, que son el cumplimiento de la profecía. De ahí esta fórmula que reaparece tan frecuentemente: *a fin de que se cumpliese*. Su libro constituye así el vínculo natural que une ambos pactos.

2. El *plan* seguido por Mateo es enteramente apropiado a este fin. Sigue no tanto el orden de los tiempos como el de los asuntos; agrupa los hechos y los discursos de la misma naturaleza, de modo que todo en su libro tiende a la importante demostración que tiene en vista.—Cuando decimos que reúne en grupos los discursos del Salvador, entendemos por ello que no teme aproximar palabras que Jesús pronunció en diversas ocasiones, y que se encuentran esparcidas en los otros dos evangelios sinópticos; pero sería contrario a la verdad admitir, como se ha hecho demasiado a menudo, que Jesús no pronunció

estos grandes discursos en las circunstancias que el evangelista refiere, sino que éste ha inventado todo el cuadro en que inserta las palabras del Maestro. Marcos y Lucas mismos prueban claramente lo contrario. Así, el sermón del monte (cap. 5 a 7) se encuentra, con diversas variantes, en Lucas (cap. 6); las instrucciones a los discípulos enviados en misión (cap. 10) son reproducidas igualmente por el tercer evangelio (cap. 9 y 10); la enseñanza por parábolas (cap. 13) es indicada por Marcos, quien dice expresamente que Jesús "enseñaba, en esta ocasión, muchas cosas por similitudes y que con muchas parábolas anunciaba la palabra" (Mar. 4: 2, 33); el discurso contra los escribas y fariseos (cap. 23) es reproducido por Lucas en gran parte (11: 37 y sig.); el gran discurso profético (cap. 24) es referido por los tres sinópticos; en fin, una de las dos últimas parábolas sobre el porvenir del reino de Cristo (cap. 25) ha sido conservada con algunos rasgos diferentes por Lucas. (19: 12 y sig.)—Cualquiera que sea la riqueza de estas admirables enseñanzas de Jesús, es inexacto aun el decir que forman todo el contenido y constituyen todo el valor del primer evangelio; los discursos no ocupan, en efecto, más que ocho capítulos sobre los veintiocho tan substanciales de este libro.

He aquí, por lo demás, la marcha por la cual tiende el autor al fin indicado precedentemente:

I N T R O D U C C I O N

I. ORIGEN HUMANO Y DIVINO DEL MESÍAS. (Cap. 1 y 2.)

1. Su genealogía, su nacimiento. (Cap. 1.)
2. Adoración de los magos, primicias del mundo pagano; huida ante la persecución; vuelta a Galilea. (Cap. 2.)

II. PREPARACIÓN DEL MESÍAS PARA SU MINISTERIO. (Cap. 3 a 4: 1-11.)

1. El *Precursor* anuncia que el reino de los cielos está cerca y predica el *bautismo* del arrepentimiento. Jesús viene a hacerse bautizar y recibe, con la plenitud del Espíritu, una declaración de Dios que lo reconoce como su Hijo amado. (Cap. 3.)
2. El Cristo es sometido a la prueba. Triunfa de la *tentación* rechazando las sugerencias de un falso mesiazgo carnal y escogiendo la vía de dependencia, de humildad y renunciamiento en la que marchará para cumplir su obra. (4: 1-11.)

EL MINISTERIO DEL MESÍAS

I. CUADRO GENERAL DEL MINISTERIO DE JESÚS. (Cap. 4: 12 a 11: 1.)

1. *Inauguración y bosquejo* de la actividad del Cristo. Jesús, apareciendo, según la profecía, en Galilea, empieza a predicar. (4: 12-17). Llama los primeros discípulos. (4: 18-22.) Sumario general de su actividad: enseña, realiza numerosas curaciones (4: 23-25.)

2. *El Cristo enseñando.* (Cap. 5 a 7.)

En el discurso del monte, empieza por indicar las disposiciones de aquellos a quienes pertenece el reino de los cielos (bienaventuranzas, 5: 3-16.) Después publica la constitución de este reino, indicando sus relaciones con las instituciones del antiguo pacto, que él ha venido a cumplir, no a abolir. La nueva ley ordena la reforma de la vida moral (5: 17-48) y la reforma de la vida religiosa (cap. 6 a 7: 12.) Insiste, en la peroración, sobre la necesidad de practicar estos preceptos. (7:13-27.)

3. *El Cristo curando y libertando.* (Cap. 8 y 9.)

Contándonos una serie de milagros, el evangelista nos presenta bajo sus diversos aspectos la actividad compasiva del Cristo y nos lo muestra como el Salvador que rescata de las consecuencias del pecado a la humanidad doliente.

4. *El Cristo extendiendo su actividad y asegurando su continuación después de su muerte por la vocación de doce apóstoles.* (9: 35 a 11: 1.) Después de haber llamado a los doce y haberles conferido su autoridad, les da sus instrucciones sobre la manera cómo deberán cumplir su misión; luego los envía a predicar el reino de los cielos.

II. EFECTOS PRODUCIDOS POR EL MINISTERIO DEL MESÍAS (Cap. 11 y 12.)

1. *En Juan Bautista y en la multitud*, hallamos dudas e indecisión. Jesús apela a sus obras; proclama la posición única del precursor que está sobre el umbral de una nueva economía. Insiste sobre la responsabilidad en que incurren los que resisten a sus llamamientos. (Cap. 11.)

2. *En los fariseos y los jefes del pueblo* se manifiesta una hostilidad declarada, que estalla sobre todo en los conflictos relativos al sábado y se expresa en la acusación lanzada contra Jesús de expulsar los demonios por el príncipe de los demonios. (Cap. 12.)

III. LA RETIRADA DEL MESÍAS. (Cap. 13 a 20.)

1. En presencia de estos resultados de su actividad, el Cristo cambia de método: *se retira* y se oculta de las multitudes, cubriendo desde luego su enseñanza con el velo de la *parábola* (13: 10-17.) En una serie de parábolas expone el porvenir de su reino. (Cap. 13.)

2. Jesús, enterado de la muerte de Juan Bautista, se retira a la *soledad*; la multitud lo sigue: *multiplica los panes* y camina sobre las aguas. (Cap. 14.)

3. Ante el ataque de los fariseos de Jerusalén, se retira de nuevo a los *territorios de Tiro y de Sidón*. (Cap. 15: 1-28.)

4. Después de su regreso a Galilea y una segunda multiplicación de los panes (15: 29-39), debe retirarse aún ante un nuevo ataque de los fariseos unidos a los saduceos. (16: 1-12.) Se traslada a *Cesarea de Felipe*. Allí lleva a su pleno desarrollo la fe de los discípulos provocando la *declaración de Pedro*, por la cual le reconocen como el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús responde a esta confesión por el anuncio de su muerte. (16: 13-28.) Es *transfigurado* sobre el monte, luego vuelve a descender a los padecimientos de la tierra para tomar el camino de Jerusalén. (17: 1-23.)

5. *Enseñanzas de Jesús en los últimos tiempos del ministerio galileo y sobre el camino de Jerusalén*. (Cap. 18 a 20.) Instrucciones sobre el *carácter del reino de los cielos*. Humildad, consideración para los pequeños, perdón de las ofensas. (Cap. 18.) La actitud de los discípulos en presencia de los *bienes de este mundo*: el matrimonio y la familia, las riquezas materiales. (19: 1-26). *La herencia de la vida eterna*: pregunta de Pedro. Parábola de los obreros contratados a horas diferentes. La madre de los hijos de Zebedeo. (19: 27 a 20: 34.)

L A P A S I O N

I. LOS ÚLTIMOS DÍAS. (Cap. 21 a 25.)

1. *La entrada real* en Jerusalén y la purificación del templo. (21: 1-17.)

2. *La higuera maldita*, símbolo de la suerte de Israel. (21: 18-22.)

3. *La lucha* se empeña en el templo entre Jesús y sus adversarios. *Primera fase*: ataque de los delegados del sanedrín: "¿Con qué autoridad haces estas cosas?" Jesús replica por las

parábolas de los dos hijos, de los viñadores y de las bodas. (21: 23 a 22: 14.)

4. *Segunda fase*: preguntas sobre el tributo a César, sobre la resurrección, sobre el más grande mandamiento. Jesús pregunta a su vez: "¿De quién es hijo el Cristo?" (22: 15-46.)

5. Jesús pronuncia ante la multitud severos *reproches a los escribas y a los fariseos*. (Cap. 23.)

6. *Discursos proféticos* sobre la ruina de Jerusalén y el fin del mundo. (Cap. 24.) Parábola de las diez vírgenes, de los talentos. El juicio final. (Cap. 25.)

II. LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN. (Cap. 26 a 28.)

1. Deliberación del sanedrín. *Comida en Betania*. Traición de Judas. (26: 1-16.)

2. *Última noche* con sus discípulos: la Pascua. Institución de la santa cena. (26: 17-30.)

3. *Getsemaní*. (26:31-56.)

4. *Jesús ante el sanedrín*. Negación de Pedro. Fin de Judas. (26: 57 a 27: 10.)

5. *Jesús ante Pilato*. (27: 11-31.)

6. *Jesús crucificado* (27: 32-56.)

7. *La sepultura*. (27: 57-66.)

8. *La resurrección de Jesús*. Aparición a los once en Galilea. (Cap. 28.)

Un solo y mismo pensamiento se desarrolla en este evangelio, desde el relato del nacimiento del Cristo hasta su suprema declaración: "Todo poder me es dado en el cielo y sobre la tierra: yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo." Este pensamiento es que Jesús es el Rey, y que El ha venido a establecer, sobre las ruinas de la teocracia caída, su reino espiritual, cumplimiento del antiguo pacto. La unidad y la grandeza del plan de este libro responden así admirablemente a su fin.

EVANGELIO SEGUN MATEO

INTRODUCCION

I. ORIGEN HUMANO Y DIVINO DEL MESÍAS

1. *Genealogía de Jesucristo. Su nacimiento.* (Cap. 1.)

A. 1-17. GENEALOGÍA.

I. Libro de la genealogía de Jesucristo¹, hijo de David, hijo de 2 Abrahán². Abrahán engendró a Isaac; e Isaac engendró a Ja-

1. Podría traducirse también: libro del *nacimiento*, lo que hace que algunos extiendan este título a los dos primeros capítulos que relatan el nacimiento de Jesucristo; otros aun a todo nuestro evangelio. Pero siendo esta expresión en los Setenta la traducción ordinaria del hebreo *sepher toledoth*, libro de las generaciones o de las familias, (Gén. 5: 1, etc.), es decir, lista genealógica, es evidente que debe ser entendida en este sentido.—Sobre estos dos nombres de *Jesús-Cristo* que se hallan aquí desde la primera línea del N. T., véase v. 16, nota.

2. El fin del evangelio de Mateo es poner en evidencia la relación íntima y viviente de los dos pactos, mostrar en Jesucristo el cumplimiento de toda la historia de su pueblo. (Véase la introducción). Este fin manifiesta el evangelista desde las primeras líneas de su libro, por esta genealogía cuya significación está indicada desde luego por los dos célebres nombres de *David* y de *Abrahán*; de David, en cuya familia debía, según la profecía, nacer aquel cuyo reinado sería eterno. (Sal. 132: 11; Isa. 11: 1 y sig.; Jer. 23: 5; comp. Act. 13: 23; Rom. 1: 3); de Abrahán, en cuya posteridad debían ser bendecidas todas las familias de la tierra, pro-

mesa que sólo tiene sentido y cumplimiento en Jesucristo. (Gén. 12: 3; 22: 18; comp. Gál. 3: 14-16). El Hijo de Dios ha venido a tomar su lugar en esta posteridad de Abrahán y en nuestra humanidad que él debía renovar. Si sólo se hubiera tratado para él de traer al mundo nuevas revelaciones, una larga serie de tradiciones habría bastado, y quizás habríamos hallado aquí, en vez de una genealogía, el catálogo de los libros del Antiguo Testamento. Pero la bendición prometida a Abrahán debía realizarse en su posteridad y consistir en una creación nueva, empezada en la persona misma del Libertador. De ahí una genealogía que no tiene solamente por objeto establecer la filiación histórica de éste.—Pero, objétase, esta genealogía es la de José (v. 16), y desde entonces no responde ya al propósito que se le atribuye. Parece que el evangelista ha juzgado de otro modo, puesto que, por una parte, pone un cuidado especial en descartar la paternidad de José (v. 16, 18-21) y, por la otra, conserva la genealogía. Es que remontando hasta David y hasta Abrahán, indica también el origen genealógico de María, madre del Salvador. Da a entender que el "hijo de David,

3 cob; y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos; y Judá engendró a Fares y a Zara, de Tamar; y Fares engendró a Esrom; y
 4 Esrom engendró a Aram; y Aram engendró a Aminadab; y
 5 Aminadab engendró a Naassón; y Naassón engendró a Salmón; y Salmón engendró a Booz, de Racab y Booz engendró a Obed,
 6 de Ruth; y Obed engendró a Jessé; y Jessé engendró al rey
 7 David; y David engendró a Salomón, de la [mujer] de Urias; y Salomón engendró a Roboam; y Roboam engendró a Abía; y
 8 Abía engendró a Asa; y Asa engendró a Josafat; y Josafat engendró a Joram; y Joram engendró a Ozías; y Ozías engendró a
 10 Joatam; y Joatam engendró a Acáz; y Acáz engendró a Ezequías; y Ezequías engendró a Manasés; y Manasés engendró a Amós;
 11 y Amós engendró a Josías; y Josías engendró a Jeconías y a sus
 12 hermanos en tiempos de la deportación a Babilonia. Y después de la deportación a Babilonia Jeconías engendró a Salatiel; y
 13 Salatiel engendró a Zorobabel; y Zorobabel engendró a Abiud;
 14 y Abiud engendró a Eliaquim; y Eliaquim engendró a Azor; y Azor engendró a Sadoc; y Sadoc engendró a Aquim; y Aquim
 15 engendró a Eliud; y Eliud engendró a Eleazar; y Eleazar engendró a Mattán; y Mattán engendró a Jacob; y Jacob engendró a José, el marido de María, de la que nació Jesús, el llamado
 17 Cristo³. Todas las generaciones, pues, desde Abrahán hasta David

hijo de Abrahán", descendiende de esos grandes personajes por su madre, puesto que José no es su padre. Pero alcanzado este primer fin, la genealogía de José no era inútil a los ojos de un israelita. Durante toda su vida, Jesús fué considerado como hijo de José (Luc. 3: 23; 4: 22; Juan 6: 42), y debía serlo por las mayores conveniencias. Pero, además, había en esa opinión esto bien fundado: que José confería a su hijo adoptivo un derecho legal teocrático al reino, desde luego porque él era también descendiente de David (v. 20), y después porque, casándose con María que era, como se supone generalmente, heredera del nombre de su familia. (Números 27: 8), entraba legalmente en la ascendencia de su mujer y tomaba su nombre. (Neh. 7: 63.) Sea lo que fuere de esta última opinión, que sólo es una hipótesis verosímil, es seguro que el fin que Mateo se propone es mostrar el doble origen de Jesucristo, tal como está revelado por el testimonio unánime del Nuevo Testamento, a saber, su descendencia de

David (Luc. 1: 27; Act. 2: 30; 2 Tim. 2: 8; Apoc. 5: 5; 22: 16; Rom. 1: 3; comp. Mat. 22: 42 y sig.; Mar. 12: 35 y sig.; Luc. 20: 41 y sig.) y al mismo tiempo su nacimiento sobrenatural (v. 18, 20).

3. Es necesario observar el cuidado con que estas últimas palabras de la genealogía descartan la idea de que José fuese el padre de Jesús. Es llamado, en efecto, *marido* o *esposo* de María; pero esta repetición constante de la palabra *engendró* cesa aquí de repente y se halla reemplazada por estos términos: *de la cual nació Jesús*. (Comp. v. 18-25.)—JESÚS, en hebreo *Jehoschua*, el mismo nombre que *Josué* (Ex. 24: 13), significa *Jehová es Salvador*, y el relato que seguirá (v. 21) llama la atención del lector al hermoso significado de este nombre.—CRISTO, en hebreo *Maschiah*, en griego *Mesías* (Juan 1: 42; 4: 25), significa UNGIDO. Este nombre indicaba en el Antiguo Testamento la dignidad real, porque se ungía con aceite, símbolo del Espíritu de Dios, a los reyes, que

fueron catorce generaciones; y desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce generaciones; y desde la deportación a Babilonia hasta el Cristo, catorce generaciones⁴.

B. 18-25. NACIMIENTO DE JESÚS.—1º José, viendo que María, su novia, estaba *encinta*, toma la resolución de repudiarla secretamente. (18, 19).—2º Pero un *ángel* le revela en sueños el misterio de esa concepción que proviene del Espíritu Santo, y le ordena que llame JESÚS al niño que nacerá de María, porque él será el Salvador. (20, 21).—3º El Evangelista muestra en

eran así consagrados para su cargo. Lo mismo pasaba con los sacerdotes y con los profetas. (1 Sam. 24: 7, 11; Sal. 2: 2; Isa. 45: 1; Dan. 9: 25, 26; Lev. 4: 3, 5, 16; Sal. 105: 15; 1 Reyes 19: 16.) Jesucristo que, para realizar la idea del antiguo pacto en el nuevo, ocupó estos tres cargos, era, pues, por excelencia, el Ungido del Eterno, y bajo este nombre de Mesías, tomado sobre todo del Salmo 2 y de Daniel 9: 25, 26, lo esperaba su pueblo. El mismo, predicando desde la inauguración de su ministerio un reino de Dios del cual era el Jefe, ha dado a esta noción toda su verdad y su espiritualidad. Por eso, en su iglesia, el título de Cristo se hizo poco a poco nombre propio, pero sin perder nada de su alta significación. No sin intención lo llaman los escritores sagrados ora *Jesús*, ora el *Cristo*, o le dan este doble nombre de *Jesucristo*, como lo hace nuestro evangelio desde la primera línea (v. 1.)

4. Los exégetas se han tomado mucho trabajo para hallar la división según la cual estableció el autor estas tres series de catorce generaciones. Observaremos solamente que las generaciones del primer período, de Abrahán a David, están enumeradas, sin omisión, conforme a 1 Crón. 1: 34; 2: 1-15; son catorce en número. En el segundo período, el autor ha suprimido cuatro reyes de Judá: Acázías, Joás, Amasías, entre Joram y Ozías (v. 8), y Joaquín, entre Josías y Jeconías (v. 11). En vano se busca la razón de estas supresiones. La lista tiene así catorce nombres si se cuenta Jeconías como el último de este período. Pero en este caso la tercera serie, compuesta en gran parte de nombres desconocidos, que no han sido extraídos de las fuentes bíblicas, sólo comprendería trece nombres. Se explica esta

anomalía por una inadvertencia de copista, porque el autor de la genealogía, estableciendo su triple división, tenía evidentemente ante su vista catorce nombres para cada serie. Unos piensan que la omisión ha sido hecha en la última serie. Otros (Calvino) consideran a Jeconías como el primero de la tercera serie y piensan que el nombre omitido es el de Joaquín, en la segunda serie. Este nombre se halla, en efecto, en algunos manuscritos en el vers. 11.—Otra particularidad de esta genealogía es la mención de cuatro mujeres: Tamar, Racab, Ruth, Bath-Sheba (v. 3-6.) La intención del autor puede haber sido realizar el hecho de que esas mujeres no fueron admitidas sino por una dispensación muy excepcional al honor de ser contadas entre los ascendientes del Mesías, pues su situación natural parecía excluirlas de modo absoluto. La economía de la gracia se muestra así en permanen en el antiguo pacto.—El fin de nuestro evangelista, en esta recapitulación de los miembros de la genealogía en tres series de catorce, es hacer resaltar el plan seguido por Dios en el modo como ha conducido el porvenir del pueblo elegido. Catorce generaciones se habían sucedido desde Abrahán, a quien había sido hecha la promesa, hasta David, a quien ésta había sido renovada, con esta afirmación: que el Mesías nacería de su raza. Catorce generaciones se habían sucedido desde la fundación del reino teocrático hasta su derrumbamiento, cuando la deportación a Babilonia. Desde ese gran castigo, un nuevo período de catorce generaciones acababa de terminar: ¿no había derecho de esperar algún acontecimiento extraordinario, y aún la venida de aquel que debía restaurar el trono de David? ¿No era la aparición de Jesús en este momento

este acontecimiento el cumplimiento de la *profecía* de Isaías sobre Emmanuel. (22, 23.)—49 José obedeció, tomó a María su mujer, pero no la conoció hasta el *nacimiento* de Jesús. (24, 25.)

- 18 Y el nacimiento de Jesucristo fué así: Desposada su madre María con José, antes de juntarse fué hallada encinta del Espíritu Santo⁵. Mas José su marido, siendo justo y no queriendo exponerla a la vergüenza, se propuso repudiarla *secretamente*⁶.
20 Mas pensando él en esto, he aquí, un ángel del Señor en sueños le apareció diciendo: José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer⁷, pues lo en ella engendrado del Espíritu Santo

preciso de la historia, para el israelita creyente, una prueba de que él era, en efecto, *el Cristo* anunciado por los profetas?—En cuanto a las relaciones no menos difíciles de nuestra genealogía con la que ha conservado Lucas, véanse las notas sobre esta última.

5. Aquí, como en el vers. 16, el evangelista toma especial cuidado de descartar la idea de un nacimiento natural y preparar la revelación importante que va a relatar (v. 20).—Esta circunstancia de que María *había sido desposada con José*, quien pronto se casaría con ella; era necesaria en el plan de Dios para ponerla a cubierto de sospechas injuriosas y para que Jesús fuese considerado como hijo de José, mientras el misterio de su nacimiento no pudiera ser revelado. Pero resultó de ahí, para ambos novios, una situación dolorosa, trágica que Mateo describe en los versículos siguientes. Es necesario completar su relato con el de Lucas (1: 26-35), donde se ve la revelación de este mismo misterio acordada a María, mientras que aquí es hecha a José. Una y otra manifestación eran necesarias, y muy lejos de estar en contradicción una con la otra, como se pretende, solamente por esta doble revelación la posición recíproca de María y José podía esclarecerse. Se ha preguntado, en efecto, cómo María, advertida desde hacía algún tiempo ya, según el relato de Lucas, de todo lo que iba a sucederle, lo había dejado ignorar a su novio, y cómo éste, extrañado de la situación que descubre inopinadamente (*María fué hallada*), puede tomar la resolución de que habla el v. 19. Se han dado dos respuestas igualmente naturales: O Ma-

ría, a causa de todo lo que había de misterioso y delicado en la revelación que había recibido, guardó silencio modestamente, remitiéndose a Dios; o bien habló, y José conservó dudas sobre una situación tan extraordinaria; y, en uno u otro caso, el envío de un mensaje celestial a José se hacía necesario. Lucas y Mateo presentan, pues, dos relatos paralelos, no contradictorios.

6. Esta calidad de *justo*, atribuida a José, imponía a su conciencia dos deberes contradictorios, fuentes de dolorosas luchas. Por una parte, no podía casarse con María, no sabiendo o no creyendo el misterio de su embarazo; por la otra, no quería *exponerla públicamente* a la ignominia y menos aún al rigor de la ley que pronunciaba en este caso la pena de muerte. (Deut. 22: 23 y sig.) Resolvió, pues, separarse de ella *secretamente*, sin duda por una carta de divorcio que no habría indicado la causa de la separación (Deut. 24: 1). Por ello, María habría escapado a la pena prescrita por la ley y a un procedimiento público, pero no al oprobio de su situación. Humildemente resignada a toda la voluntad de Dios (Luc. 1: 38), ¿será abandonada por él en esta prueba? No, aunque Dios debiese enviar para libertarla y para cumplir sus propios designios un ángel del cielo, lo hará (v. 20; comp. v. 18, nota).

7. Este término *hijo de David*, debía, sin duda, recordar a José las promesas hechas a la casa de este rey de Israel y que iban a cumplirse. Su fe en la palabra de Dios debía ayudarle en sus actuales dudas.—*Tomarla contigo*, es decir, casarse con ella públicamente, según el ceremonial en uso (comp. v. 25, nota).

- 21 procede⁸. Y parirá un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, pues
22 él salvará a su pueblo de los pecados de ellos⁹. Y todo esto ha
acontecido para que sea cumplido¹⁰ lo dicho por el Señor por
23 medio del profeta, diciendo: "He aquí, la virgen estará encinta,
y parirá un hijo, y llamarán su nombre Emmanuel," lo que, in-
24 terpretado, es: Con nosotros Dios¹¹. Y despertando José del
sueño hizo como le había ordenado el ángel del Señor, y tomó

—*Tu mujer*, porque, entre los hebreos, los desposorios eran, con razón, considerados como equivalentes al matrimonio (v. 24).

8. Este hecho divino, que el evangelista ha indicado ya (v. 18), es revelado a José por un ángel de Dios, con el objeto especial de disipar todas sus dudas. *Del Espíritu Santo* indica la causa eficiente de la existencia humana de Jesús. Este Espíritu de Dios que "se movía sobre las aguas" del caos (Gén. 1: 2) para crear allí la vida y la armonía, este Espíritu, fuente de toda existencia, fué, por un acto del poder creador que le es propio, el agente del milagro. La iglesia ha creído siempre este milagro, no sólo porque está relatado con tanta sencillez aquí y en el evangelio de Lucas como un hecho histórico, sino porque es un elemento necesario en la obra divina de la redención del mundo. Cualquiera que con Juan cree que la Palabra eterna fué hecha *carne*, que el Hijo de Dios fué hecho hijo del hombre, que Jesucristo fué perfectamente santo, que, segundo Adán, ha sido el origen de una nueva humanidad, admitirá también que ha sido necesaria esta excepción única en nuestra raza corrompida para quebrar la filiación de las generaciones naturales. La redención, que es una nueva creación, no podía salir de nuestra humanidad, aunque debía realizarse en ella por un ser que de ella formara parte. Se ve así la importancia de este punto de partida en la vida de Jesús y en el cristianismo entero, como también las consecuencias de la negación de esta verdad histórica. Una de ellas hay que no es considerada sino con una repugnancia profunda: que, en la situación aquí relatada de la madre del Salvador, si la palabra del ángel no es verdadera... ¿se llega a una blasfemia!

9. Véase sobre el nombre de *Jesús* v. 16, nota.—*Su pueblo*, el pueblo de

Dios le pertenece, porque él es quien lo ha rescatado.—*Salvar de los pecados* significa libertar desde luego de las consecuencias de estos pecados, es decir, de la condenación y de la muerte; luego, del poder del pecado, de la esclavitud, por el don de la libertad y de una vida nueva.

10. Esta expresión *para que sea cumplido*, que tan a menudo aparece en este evangelio, debe tomarse en su sentido natural y gramatical, a fin de que y no de modo que. Era necesario que el acontecimiento tuviese lugar, porque estaba en el plan de Dios y anunciado con anticipación. Únicamente, es necesario hacer dos observaciones: 1º Que era este plan de Dios el que hacía necesario el cumplimiento, y que el evangelista no quiere decir que el acontecimiento haya tenido lugar sólo para cumplir una profecía y para manifestar así la omnisciencia y la omnipotencia de Dios; en otras palabras, la profecía estaba hecha para el acontecimiento, y no el acontecimiento para la profecía. 2º Lo indicado por el evangelista como *cumplido*, no son siempre profecías directas de que este acontecimiento fuese el primero y el único cumplimiento; sino que a menudo la profecía se refería desde luego a otro objeto y había tenido ya una primera realización, de modo que el que observa el evangelista es sólo un cumplimiento típico. Tal es el caso de la profecía que cita aquí como cumplida (véase la nota siguiente).

11. Isa. 7: 14, citado según los Setenta. Puede verse en ese capítulo de Isaías cuál fué el primer objeto y el primer cumplimiento de esta profecía. En días de Acaz, los reyes de Israel y de Siria se habían ligado contra Jerusalén, e Isaías fué enviado ante el rey de Judá para alentarle en el nombre del Eterno sobre el resultado de la guerra, y da esta señal para indicar la certeza y la

25 consigo a su mujer, mas no la conoció hasta que parió su hijo primogénito; y llamó su nombre Jesús¹².

época de la liberación: Una joven ha concebido, dará a luz un hijo, podrá llamarle *Immanuel, Dios con nosotros*; porque antes de que el niño sepa discernir el bien y el mal, es decir, antes que transcurran algunos años, el socorro del Eterno habrá aparecido, su pueblo será libertado, y tendrá la prueba de que Dios está con él. (Véanse las diversas interpretaciones de esta profecía en la *Bible annotée*.) Ahora, ¿cómo aplica el evangelista esta profecía a otro acontecimiento completamente distinto, es decir, al nacimiento de Jesús de la virgen María? En general, cuando los autores del Nuevo Testamento hacen este uso del Antiguo, no estiman hacer una simple aproximación de análogas circunstancias, ni una aplicación arbitraria de la cita; sino que reconocen a los hechos recordados del Antiguo Testamento un sentido típico y profético que es realmente cumplido por los acontecimientos del Nuevo Testamento que relatan. Para ellos, el sentido histórico primero no era el esencial, sino la significación mesiánica que estaba en la mente divina. "Este modo de interpretar el Antiguo Testamento no está solamente basado en el encadenamiento histórico y necesario de las cosas, y en las ideas populares que los escritores del Nuevo Testamento compartían con su nación; sino, por una parte, en el hecho de que la idea mesiánica penetra la profecía por completo y, por la otra, en la iluminación del Espíritu de Dios, por la cual reconocían con certidumbre en el plan divino la preexistencia de los hechos del cristianismo y de las ideas cristianas que providencialmente se habían producido en él. En eso descansa, al mismo tiempo, la verdad de los tipos que el Nuevo Testamento sanciona con su autoridad, y los límites a oponer a la investigación arbitraria de tipos que el Nuevo Testamento no sanciona." (*Meyer*.) Así debemos admitir plenamente el primer sentido histórico de la profecía, la señal dada a Acáz, realizada en su tiempo por la liberación de Jerusalén, pero debe-

mos admitir también, con el evangelista, que la profecía tenía un alcance más lejano e infinitamente mayor, y que es Jesús, naciendo de una virgen, quien ha sido la verdadera realización. La profecía es una vista en perspectiva, con un primero, un segundo y a menudo un tercer plano, cada uno de los cuales viene a su hora, bajo la dirección de Dios que gobierna el mundo. Así Isaías, en la segunda parte de su libro, casi nunca anuncia una liberación temporal del pueblo de Dios sin elevar su mirada y sus esperanzas hasta la grande liberación por el Libertador prometido.

12. Comp. v. 16 y 20, notas.—Obediente a la palabra del ángel, José realiza sin tardanza la ceremonia del matrimonio, pero éste no fué consumado sino más tarde.—En lugar de estas palabras: *su hijo primogénito*, que se leen en *C. D.*, la mayoría de las mayúsculas, las versiones siríaca, armenia, y algunos padres, el *Sin.*, *B.*, las versiones egipcias, la siríaca de Cureton, tienen solamente: *un hijo*. Puede sospecharse de la última de que sea una corrección hecha bajo la influencia de la idea, muy antigua, de la virginidad perpetua de María. Esta palabra *primogénito* (que por lo demás reaparece en Luc. 2: 7) no constituiría por sí sola una prueba decisiva de lo contrario; pero toma un sentido mucho más positivo en el conjunto de esta frase: *no la conoció hasta que*. Si el autor de nuestro evangelio hubiese tenido la convicción de que María jamás había tenido otros hijos, no habría podido escribir estas palabras. Por otra parte Jesús tenía hermanos de los cuales era el *primogénito*, y, pese a la controversia que se ha sostenido respecto de esos hermanos, jamás se ha conseguido establecer como probable que solamente fuesen primos. Nos hallamos, pues, en presencia de un prejuicio que poco a poco ha degenerado en una verdadera idolatría, y sin el cual nadie jamás hubiese concebido la menor duda sobre la significación de nuestro relato.

2. *La visita de los magos. Huida a Egipto. Matanza de los niños. Jesús en Nazaret.* (Cap. 2.)

A. 1-12. EL NIÑO JESÚS RECIBE EL HOMENAJE DE LAS NACIONES. LOS MAGOS BUSCAN, HALLAN Y ADORAN.—1º Unos magos llegan a Jerusalén, y se informan acerca del rey de los judíos que ha nacido, cuya estrella han visto en Oriente. (1, 2).—2º Herodes, turbado, convoca a los sacerdotes y a los escribas, y se informa sobre el lugar del nacimiento del Mesías. Ellos responden que, según las profecías, debe nacer en Belén. Herodes pregunta entonces a los magos desde cuándo ha aparecido la estrella, y los envía a Belén, encargándoles que le instruyan respecto del niño. (3-8).—3º Conducidos por la estrella, cuya vista les llena de gozo, los magos llegan a Belén, hallan al niño y a su madre, y postrándose, le ofrecen presentes. (9-11).—4º Divinamente advertidos, regresan sin volver a Herodes. (12.)

II. Nacido, pues, Jesús en Belén de Judea¹, en días del rey Herodes², he aquí, unos magos de Oriente³ llegaron a Jerusalén,

1. *Beth Lechem*, "casa del pan". *Belén de Judea*, para distinguir esta ciudad de otra del mismo nombre que se hallaba en la tribu de Zabulón (Jos. 19: 15). Nuestra Belén, llamada también Efrata (Gén. 35: 16, 19), era una ciudad muy pequeña, situada en la tribu de Judá, a dos leguas al Sur de Jerusalén. Esta ciudad lleva hoy aun el mismo nombre y contiene una población de tres o cuatro mil almas en gran mayoría cristianas. (Véase Félix Bovet, *Viaje a Tierra-Santa*, 7ª edición, p. 274; F. Bridel, *Palestina ilustrada*, II.)

2. *Herodes*, apellidado el Grande, hijo de Antipater. El fué quien fundó la dinastía de su familia, idumea (edomita), haciendo perecer los últimos vástagos de la raza asmonea de los Macabeos. Desde la edad de quince años, obtuvo de su padre el gobierno de Galilea (Josefo, *Antig.*, XIV, 9, 2). Más tarde, habiendo ido Antonio a Siria, lo elevó a la dignidad de tetrarca y le consiguió del Senado el título de rey de los judíos (Josefo, *Antig.*, XIV, 14, 5). Pero solamente tres años después pudo tomar posesión de su reino. Debí reconquistarlo de Antigono, hijo de Aristóbulo. Para consolidar su trono, hizo matar no sólo a su mujer, Mariana, sino a sus dos hijos, Alejandro y Aristóbulo, a todos los que quedaban de la familia de los Macabeos, y a una multitud de judíos de distinción que se oponían a su gobierno. Estos

crímenes, lo mismo que su inclinación por usos y diversiones públicos imitados del paganismo, lo hicieron odioso a la nación judía. Murió el 37.º año de su reino, el 70.º año de su vida (Josefo, *Antig.*, XVII, 8, 11), el año 750 de Roma, por consiguiente cuatro años antes que el principio de nuestra era, lo que hace retroceder en igual tiempo la época del nacimiento de Jesucristo.

3. Los magos eran entre los persas y los medas una casta sacerdotal muy respetada; formaban el consejo secreto de los reyes, administraban los asuntos religiosos y se dedicaban al estudio de la naturaleza, especialmente de la astronomía. Había, en la corte de Babilonia, una orden de magos, llamados también *sabios*, sobre los cuales fué establecido Daniel (Dan. 2: 48). Más tarde fué dado este nombre en Oriente a todos los que se ocupaban de la astrología, de la interpretación de los sueños y generalmente de las ciencias ocultas. En tiempos de Jesús, había entre los griegos y entre los romanos hombres de estos que explotaban la credulidad popular, con fines de vanagloria o de avaricia, como se ve por los ejemplos de Simón y de Elymas (Act. 8: 9 y sig.; 13: 6-8.) Evidentemente los magos de nuestro relato pertenecen a la clase antigua y honorable de esos sabios.—Venían de *Oriente*, expresión vaga que ha dejado campo libre a conjeturas sobre su patria. En vista

2 diciendo: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos?, pues hemos
3 visto su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarle⁴. Y

de la naturaleza de los dones que ofrecen al niño recién nacido (v. 11), unos han pensado en Arabia, otros en Persia, otros en Egipto. Las suposiciones no son menos distintas sobre su número, fijado en tres por la tradición, a causa de las tres ofrendas. Igual incertidumbre sobre su rango: la imaginación popular los ha convertido en reyes, ya para ver en ellos el cumplimiento de algunos pasajes proféticos del Antiguo Testamento (Sal. 72: 10; Isa. 49: 7; 60: 3, 6, 10), ya a causa de la sensación que hizo, hasta en el palacio de Herodes, su llegada a Jerusalén. Este último hecho prueba a lo menos que eran hombres de posición considerable. La tradición, que todo quiere saber, nos ha transmitido aun sus nombres, y los llama: Gaspar, Melchor y Baltasar! En fin, de su pregunta: ¿Dónde está el rey de los judíos? se ha deducido con razón que eran paganos, y la iglesia antigua, considerándolos como las primicias del paganismo traídas al pie de Jesús, celebró su memoria en la fiesta de la epifanía, de la que hizo la fiesta de la aparición del Salvador a los gentiles, mientras que en su origen había sido instituida en conmemoración del bautismo de Jesucristo. Algunas iglesias evangélicas de Alemania celebran en esta fecha (6 de enero) su fiesta de misiones. (Comp. v. 2, nota 4.)

4. Gr. "A postrarnos ante él", a rendirle homenaje como a un gran personaje (20: 20; Act. 10: 25). Esta palabra significa también rendir honores religiosos, *adorar*. (Véase 4: 10; Act. 7: 23). En lugar de "su estrella en Oriente", muchos traducen: "su estrella al salir, o apareciendo". Todas las conjeturas hechas sobre la naturaleza de esta estrella (o astro) por la cual fueron los magos conducidos a Jerusalén, son de poco valor. Muchos intérpretes se atienen a la idea de una conjunción extraordinaria de astros que, según los cálculos del célebre astrónomo Kepler, habría tenido lugar por la época del nacimiento de Jesús; otros piensan en un cometa; otros aun en una estrella tal como la que fué observada por el mismo astrónomo en

1604 y que desapareció en 1605. Los términos del relato (su estrella) y sobre todo el v. 9, prueban con evidencia que el escritor piensa, no en un astro celeste ordinario, no en el resultado de observaciones astrológicas, sino en la aparición de un luminar especial, que ocasiona la partida de los magos de su país, reaparece sobre el camino de Belén y viene a detenerse sobre el lugar donde estaba el niño (v. 9). Tal es también la opinión de Calvino. Al nacimiento del Salvador, una viva luz resplandece ante los ojos de humildes pastores (Luc. 2: 9), los sabios magos son conducidos hacia él por una estrella. ¿Fueron, además, como los pastores, advertidos por una revelación divina? Se ha supuesto, y es posible, puesto que luego reciben de lo alto una dirección semejante (v. 12); pero lo ignoramos; ellos no lo dicen, no hablan, a su llegada a Jerusalén, sino de la estrella que han visto. O bien, ¿fueron preparados para el gran acontecimiento que les preocupa por la espera vaga, pero universalmente extendida en Oriente, de un gran personaje religioso que debía aparecer en esa época? Otra suposición posible, pero simple suposición. ¿Podían, en fin, haber conocido y compartido las esperanzas mesiánicas del pueblo de Dios por medio de los judíos que habitaban su país? Eso también es muy admisible. Renunciando, sin embargo, por un principio exegético, a la tentativa de allanar las dificultades de un relato por medio de hipótesis que no son ni explicaciones ni razones, nos limitaremos, a propósito del que nos ocupa, a hacer las dos observaciones siguientes: 1.º El Señor hace llegar a los hombres sus revelaciones y sus luces en las circunstancias más apropiadas para ponerlas a su alcance: a los pastores, mostrándose a ellos en un establo con un niño acostado en un pesebre; a pescadores, concediéndoles pescas milagrosas (Luc. 5: 1 y sig.; Juan 21: 6); a doctores, por la explicación de las escrituras (Luc. 10: 26; Mat. 22: 29 y sig.); a agricultores, por instrucciones tomadas de la cultura de los campos (Mat. 13, etc.); a los magos astrónomos, por

4 oyéndolo el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él⁵; y congregando a todos los principales sacerdotes y escribas del
5 pueblo⁶ inquiría de ellos "dónde nace el Cristo?". Y ellos le dijeron: En Belén de Judea, pues así ha sido escrito por
6 medio del profeta: "Y tú, Belén, tierra de Judá, de ningún modo eres la menor entre las principales de Judá, pues de ti saldrá un
7 príncipe, el cual apacentará a mi pueblo Israel⁸". Entonces He-

una estrella. Así se hace todo a todos. 2.º Como quiera que estos extranjeros hayan obtenido su convicción, ésta reviste en ellos los caracteres de una fe que vence todos los obstáculos: encuentran la ciudad de Jerusalén en la ignorancia del gran suceso que los trae; en lugar del rey de los judíos que buscan, son conducidos ante el tirano que ocupa su trono; ven a los sacerdotes judíos indiferentes; se les indica, en vez de la capital, una aldea oscura, luego una cabaña de pobre apariencia; en fin, un establo donde yace un niño, nacido en una familia de artesanos; y nada hace vacilar su fe; se postran, rinden su homenaje al que ha buscado con amor y hailandado con gozo. Con razón ha visto la iglesia en los magos las primicias del mundo pagano que busca la salud. Si nuestro primer capítulo demuestra que "la salud viene de los judíos", éste ya indica que los gentiles participarán de ella. Los magos continúan esa raza de almas nobles llamadas por la gracia preventiva del seno del paganismo, y a la cual pertenecen Melquisedec, Jetro, Ruth, Job, Naaman, etc., y en los primeros tiempos de la nueva alianza la cananea, el centurión de Capernaúm y otros tantos prosélitos temerosos de Dios. Los límites del reino de la gracia no son tan estrechos como a menudo parecen a nuestras concepciones reducidas. (Comp. v. 1, nota 3.)

5. Herodes tiembla por su autoridad, por su trono, quizás a causa de sus crímenes. Y como la menor de sus sospechas a menudo había costado la vida a muchos, el temor que experimentó tal tirano podía muy bien turbar a los que dependían de él, toda Jerusalén.

6. Los principales sacerdotes eran, además del sumo sacerdote, los jefes de las veinticuatro clases de sacerdotes (1 Crón. 24; 2 Crón. 36: 14.) Los escribas, propiamente escritores (he-

breo *soferim*, los hombres de los libros), eran los sabios intérpretes de la ley y de las escrituras, los juristas, y los teólogos de la época (Esd. 7: 6; Neh. 8: 1; Jer. 8: 8; Luc. 11: 53; comp. Mat. 23: 2, nota). Pertenecían generalmente al partido de los fariseos y la mayor parte de ellos eran miembros del sanedrín. No parece, sin embargo, que sea una sesión de este cuerpo lo que Herodes convoca aquí, porque faltan los ancianos. Era una consulta de teólogos a los que quería proponer el grave problema que sigue.

7. Gr. *Donde nace el Cristo*, según las escrituras. El tirano cree, pues, la profecía. ¡Fe pavorosa! (Jac. 2: 19).

8. Miqueas 5: 1. Esta profecía es traducida libremente por el evangelista, que no se sujeta ni al texto hebreo ni a la versión de los Setenta, sino que toma de ambos el sentido general que es lo único que le importa. El hebreo dice: "Y tú, Belén Efrata, demasiado pequeña para estar en los millares de Judá, de ti me saldrá el que será dominador en Israel; y sus orígenes son desde la antigüedad, desde los días eternos". La versión griega de los Setenta vierte así las primeras palabras: "Y tú, Belén, casa de Efrata eres demasiado pequeña para estar en los millares de Judá". Hay pues en esta cita cuatro diferencias a comprobar: 1.º En lugar de Efrata, que era el antiguo nombre de Belén (Gén. 35: 19; 48: 7; Ruth 1: 2; 1 Sam. 17: 12) nuestra cita dice: *tierra de Judá*; una y otra designación debían distinguir Belén de otra ciudad del mismo nombre situada en la tribu de Zabulón (Jos. 19: 15). 2.º En lugar de los "millares de Judá", palabras que designaba las subdivisiones de las tribus, teniendo sus jefes y sus capitales, y el evangelista escoge directamente este último término como el más claro. Puede, pues, traducirse jefes, o capita-

8 rodes, llamando secretamente a los magos, se informó de ellos con exactitud del tiempo de la estrella que aparecía⁹; y enviándolos a Belén, dijo: Id e indagad con exactitud sobre el niño, y cuando le hubiereis hallado anunciádmelo, para que yo también 9 vaya y le adore¹⁰. Ellos, pues, en oyendo al rey, se fueron; y he aquí, la estrella que habían visto en el Oriente iba delante de ellos 10 hasta que, llegando, se detuvo sobre donde estaba el niño¹¹. Y 11 viendo la estrella se gozaron con muy grande gozo; y entrando en la casa vieron al niño con María su madre, y postrándose le adoraron; y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones: oro e 12 incienso y mirra¹². Y divinamente advertidos en sueños que no volvieran a Herodes, por otro camino se retiraron a su tierra¹³.

les, principales ciudades, puesto que se trata del asiento de un jefe de millares (Ex. 18: 21; Juec. 6: 15; Jos. 22: 14; etc.). 3.º La diferencia más notable, que parece hacer decir al evangelista lo contrario del texto hebreo, es esta frase: "No eres de ningún modo la menor" . . . Según la letra es, en efecto, un contrasentido, pero no según el pensamiento del profeta, quien evidentemente sólo manifiesta la pequeñez de Belén para hacer resaltar su grandeza, porque ella dará a Israel su gobernador. Es lo que dice el evangelista citando libremente la palabra profética. 4.º Agrega al texto de la profecía una figura destinada a describir la acción del Salvador, figura que era usada entre los antiguos para designar la autoridad real, el gobierno: "El apacientará a Israel, mi pueblo" (Ezeq. 34: 23; 2 Sam. 5: 2; comp. Sal. 23: 1; Sal. 80: 2). Ningún término podía caracterizar mejor la autoridad del "Buen Pastor".—Pero lo que es aun más impresionante que la santa libertad con que los escritores del Nuevo Testamento citan las escrituras del Antiguo, es la precisión con que los escribas de la época resuelven por la profecía la pregunta de Herodes sobre el lugar del nacimiento del Mesías. ¡Todo está claro para ellos en la biblia, a la que quedan indiferentes después de servirse de ella para los demás! ¡Qué contraste con la fe de los magos!

9. Desde cuándo estaba visible (Comp. v. 16, nota).—El desconfiado Herodes, temiendo que los magos no vuelvan a él, quiere tener al menos una indicación para dirigirle en sus proyectos. Pero ¿por qué secretamen-

te? Rasgo característico de un tirano que desconfía de todos y teme obrar a la luz, sobre todo cuando medita un crimen.

10. Herodes agrega la hipocresía y la astucia a su designio criminal. Pero véase Job. 5: 13.

11. Partidos por la tarde o por la noche, según la costumbre de los viajeros en Oriente, los magos vuelven a ver de repente la estrella que habían visto en el Oriente. Su aparición reforzó su fe, quizás conmovida por todo lo que habían observado en esta Jerusalén donde sólo han hallado indiferencia o enemistad respecto al gran acontecimiento que llena su corazón. Eso es lo indicado en el versículo siguiente por la mención del gran gozo que experimentan.—La estrella iba delante de ellos, o les precedía. ¿No sería eso sino una ilusión de óptica, como lo creen los que admiten la idea de un astro ordinario o de una constelación? ¿Cómo explicar el que este astro se detenga sobre el lugar donde estaba el niño? Si, como se pretende, esto significa que el astro se hallaba en su cenit, ¿habría sido eso una indicación para los viajeros? No; cada término de este relato muestra claramente que el autor ha querido hablar de una luz extraordinaria, conducida por la mano de Dios que se revela así a estos piadosos extranjeros (v. 2, nota 4).

12. Nadie se presentaba ante grandes personajes sin ofrecerles presentes (Gén. 43: 11; 1 Reyes 10: 2; comp. 1 Sam. 10: 27). El hecho de que los magos observen este uso y que se prosternan ante el niño (v. 2, nota 4), muestra que tenían una idea muy elevada de su grandeza, sin

B. 13-23. EL NIÑO JESÚS ES PERSEGUIDO POR SU PUEBLO. FUGA A EGIPTO. MATANZA DE NIÑOS. ESTABLECIMIENTO EN NAZARET.—1º José, advertido por un ángel, huye a Egipto con María y el niño Jesús, y reside allí hasta la muerte de Herodes. Su vuelta cumplirá un dicho de la escritura. (13, 15.)—2º Herodes, viéndose burlado, hace matar a los niños de Belén. Las lamentaciones que provoca esta matanza cumplen un dicho simbólico de Jeremías. (16-18.)—3º Habiendo muerto Herodes, José, advertido por un ángel, vuelve con el niño y su madre a la tierra de Israel; pero temiendo ir a Judea donde reinaba Arquelao, se retira a Galilea, y se establece en Nazaret, cumpliendo así las declaraciones de los profetas. (19-23.)

13 Y retirados ellos, he aquí, un ángel del Señor aparece en sueños a José, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y está allí hasta que te diga, pues Herodes ha 14 de buscar al niño para matarle¹⁴. El, pues, levantándose, tomó al 15 niño y a su madre de noche y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que fuera cumplido lo dicho por el Señor por medio del profeta, diciendo: "Fuera de Egipto llamé a mi hijo¹⁵".

que no obstante pueda decirse hasta dónde llegaban sus luces al respecto. —Los objetos preciosos que ofrecen son productos que abundaban en la Arabia Feliz, pero que se extraían también de otros países y se usaban por todas partes; no podría deducirse de ellos cuál era la patria de los magos. Se ha querido encontrar en esos dones, oro, incienso, mirra, un sentido simbólico, religioso, o ver en ellos un socorro providencial, precioso para la familia pobre de Jesús en su viaje y su estada en Egipto: son suposiciones plausibles, pero de que la exégesis no debe ocuparse.

13. El objeto de esta dirección divina, que no permitió a los magos volver a Herodes, era impedir la ejecución inmediata de los planes criminales del tirano, y salvar así el niño.—Todos los intérpretes reconocen la profunda significación religiosa de esta historia de los magos de Oriente, que ha sido indicada ya en las notas precedentes. Pero muchos han puesto en duda la realidad histórica del hecho. A los que rechazan los acontecimientos relatados en todo este capítulo a causa de la intervención divina que aparece frecuentemente, la exégesis nada tiene que responder, por la simple razón que la fe en el milagro, inseparable de la fe al Dios viviente y personal, no se

demuestra. Para aquellos cuya duda proviene de la dificultad que hallan en conciliar el relato de Mateo y el de Lucas, justo es que la cuestión sea examinada con cuidado. (Véase Lucas 2: 39, nota.) En cuanto a las objeciones sacadas de lo que se llama la simpleza de Herodes, que se deja burlar por los magos, véase v. 16, nota 16.

14. Este nuevo aviso divino, tan importante, puesto que se trataba de salvar la vida del niño, tuvo lugar inmediatamente después de la partida de los magos. José debe huir a Egipto, porque este país, que no estaba bajo el dominio de Herodes, podía ofrecerle un asilo seguro. La tradición asigna, como domicilio de la santa familia, Matarea, cerca de Heliópolis.—El plan criminal de Herodes, que se manifestó luego después (v. 16), es claramente revelado a José: el tirano quiere hacer perecer al niño (Gr. *perderle, destruirle*). Apenas nacido, Aquel que dará su vida por la salvación del mundo, ¡debe conservarla por la fuga! Pero su hora aun no ha llegado, y ¡Dios vela!

15. Se lee en Oseas 11: 1: "Cuando Israel era muchacho yo lo amé, y llamé a mi hijo fuera de Egipto". Estas conmovedoras palabras del Eterno vienen a memoria del evangelista por su actual relato, y las apli-

16 Entonces Herodes, viendo que había sido burlado por los magos¹⁶, se enfureció en gran manera, y enviando, mató a todos los niños que había en Belén y en todos sus términos, desde dos años y abajo según el tiempo de que con exactitud se había informado 17 de los magos¹⁷. Entonces fué cumplido lo dicho por medio de 18 Jeremías, el profeta, diciendo: “Voz fué oída en Ramá, llanto y

can al verdadero *hijo de Dios*. No ignoraba que esas palabras concernían a Israel, al que Dios, por amor, llama su *Hijo* (comp. Ex. 4: 22; Jer. 31: 9); por eso es ésta sólo una aplicación simbólica, y no el cumplimiento de una profecía directa. (Véase 1: 22, nota.)

16. O que había sido *engañado* en su astucia. El término es elegido del punto de vista de Herodes, y designa su impresión, y no la intención de los magos. Se ha deducido de este detalle un argumento contra la verdad histórica de toda la narración relativa a los magos. ¿Cómo, se pregunta, se habría fiado este príncipe astuto de la palabra de esos extranjeros y habría esperado benévolamente su regreso para ejecutar sus proyectos? La objeción nos parece poco psicológica: Ignorando lo que había de real o de imaginario en el nacimiento de un niño de que le hablan, ¿no debía informarse, luego descubrir este niño, si existía? ¿Y qué medio más seguro para eso, que el hacer de los magos sus espías involuntarios? ¿Podía él enviar a la ventura, con ellos, o delante de ellos, sus sicarios? ¿No debía ocultar a ellos y a su corte sus planes? ¿No es para eso que los había interrogado *secretamente*, con profundo disimulo? (v. 8). En fin, el crimen es ciego, y aun un Herodes puede errar en sus cálculos.

17. Herodes, para no errar el golpe, extiende a *dos años* el lapso que según el relato de los magos ha podido transcurrir desde la aparición de la estrella. Se ha puesto en duda esta matanza de los niños de Belén, porque el historiador Josefo no habla de ella. Se puede, en efecto, hallar extraño su silencio, pero la conclusión que de él se saca es arbitraria. En la pequeña aldea de Belén y sus alrededores, por lo que hay que entender algunas casas aisladas alrededor de esa aldea, podían, según el cálculo de Winer, hallarse diez o doce niños varones menores de dos

años. Ahora bien: la matanza de esos niños, por horrible que sea, se pierde en el número de crímenes de ese Herodes que, después de sacrificar su mujer y dos de sus hijos a su odio suspicaz (v. 1 nota 2), hizo perecer a un tercero, Antipater, poco antes de morir; que hacía conducir al suplicio a los conjurados con toda su familia; que, atacado por su última enfermedad, lleno de furor contra el pueblo de Jerusalén porque iba a regocijarse de su muerte, ordenaba juntar en el circo de Jericó a todos los principales de la ciudad y hacerlos perecer allí en cuanto él hubiese expirado “a fin de que, decía, al menos haya lágrimas derramadas después de mi muerte.” (Josefo, *Antig.*, XVII, 6, 5).—Es necesario solamente observar que el término de *dos años* fijado por Herodes, supone que los magos le habían dicho que la estrella les había aparecido desde hacía ya más de un año (v. 7). Si esa aparición hubiera coincidido con el nacimiento de Jesús, un intervalo de más de un año habría transcurrido entre el nacimiento y la visita de los magos; pero eso no es probable: los vers. 1 y 2 de nuestro capítulo parecen indicar que Jesús acababa de nacer cuando llegaron los magos; Lucas nos dice que el domicilio habitual de José y María era Nazaret y que no fueron a Belén sino de paso (Luc. 1: 26; 2: 4, 39); en fin, se sabe que Herodes murió antes de la pascua del año 750, y se piensa generalmente que Jesús nació en el año que precedió a la muerte de este príncipe. La matanza de Belén ejecutada algunas semanas después del nacimiento del Salvador, fué uno de los últimos actos del reinado de Herodes. Es necesario, pues, admitir que la estrella apareció a los magos uno o dos años antes del acontecimiento que ella les debía señalar, de manera que les permitiera llegar de su lejano país a Judea en la época de su cumplimiento.

grandé lamento, Raquel llorando sus hijos; y no quería ser consolada porque no son”¹⁸.

19 Mas muerto Herodes¹⁹, he aquí, un ángel del Señor aparece 20 en sueños a José en Egipto, diciendo: Levántate, toma al niño y a su madre y ve a tierra de Israel, pues muertó han los que 21 buscaban la vida del niño²⁰. Levantándose, pues, tomó al niño y 22 a su madre y fué a tierra de Israel; mas oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá; mas divinamente advertido en sueños²¹ se retiró a las partes de

18: (Jer. 31: 15.) El texto del Antiguo Testamento, en lugar de *gemido* dice *amargura*, y agrega *lamentaciones* antes de *llanto* (Jer. 31: 15). Los mejores manuscritos del Nuevo Testamento omiten la palabra *lamentación*.—Aun aquí la fórmula: *Entonces fué cumplido* no indica una profecía directa, sino la aplicación del pensamiento de Jeremías al trágico suceso de Belén. El profeta, para dar una expresión emocionante a los dolores de su pueblo llevado en cautividad a Babilonia, recuerda que la voz de sus gemidos ha resonado hacia el septentrion hasta Ramá, ciudad de la tribu de Benjamín (Jos. 18: 25), sobre los montes de Efraím (Juec. 4: 5). Por un simbolismo lleno de poesía y de verdad, personifica a todas las madres israelitas en la madre de la tribu, todos los dolores de ellas en los de ésta, pero para consolarlas agregando: “Así ha dicho el Eterno: Retén tu voz de llorar y tus ojos de verter lágrimas, porque tu trabajo tendrá su salario y volverán del país del enemigo” (Jer. 31: 16). Tal es el hermoso pensamiento que el evangelista recuerda haciendo a su vez de Raquel el tipo de las madres de Belén que lloran sus hijos degollados por el tirano. Esos niños eran realmente los hijos de Raquel, madre de toda la tribu de Benjamín y muerta en Belén donde fué enterrada (Gén. 35: 16-19). Ninguna profecía se cumple, ¡ay!, más rigurosamente que la voz de nuestros dolores que resuena de siglo en siglo.

19. Murió poco después de la matanza aquí relatada, de una enfermedad horrible, objeto de repugnancia para todos los que se le acercaban, la desesperación en el alma y lleno el corazón de horrorosos proyectos de venganza. (Véase sobre este fin del tirano, Josefo,

Antig., XVII, 8 y 9, y *Guerras de los Judíos*, I, 38.)

20. Comp. v. 13.—*Han muerto*: Este plural se refiere probablemente a Herodes sólo, designado así vagamente sin nombrarlo. El ángel calla el triste nombre del que ya no existe. Esta manera de hablar se encuentra también en el libro del Exodo, 4: 19. La alusión a este pasaje de la vida de Moisés es sorprendente. Si los padres de Jesús la comprendieron, hallaron allí un gran consuelo viendo respecto a su niño una dispensación divina semejante en todo a la que conservó la vida del gran legislador de su pueblo.

21. Después de la muerte de Herodes, Augusto dividió su reino entre los tres hijos sobrevivientes del tirano: Arquelao tuvo como su parte Judea, Idumea y Samaria, y el título de etnarca, con promesa de la dignidad real, si satisfacía al emperador con su administración (Jos., *Antig.*, XVII, 8, 1, y XVII, 11, 4). Pero después de nueve años de reinado, fué desterrado por sus crueldades a Viena, en las Galias, donde murió (Jos., *Antig.*, XVII, 13, 2; *Guerras de los Judíos*, II, 7, 3). El temor que José tuvo de ir a vivir en sus estados, no era, pues, infundado. Dios puso fin a sus vacilaciones mostrándole la nueva resolución que debía tomar. Es ésta la cuarta revelación que José recibe *en sueños*, durante el curso, desde luego bastante prolongado, de sus dolorosas experiencias (1: 20; 2: 13, 19). Gran piedra de tropiezo para los que no pueden conciliar la intervención de Dios en la vida humana con las ideas preconcebidas de sus sistemas filosóficos. En cuanto a los que creen al Dios viviente y verdadero, “que hace lo que quiere en el cielo y en la tierra”, considerarán, por una parte las vivas solicitudes de José por el

23 Galilea²², y llegando moró en una ciudad llamada Nazaret²³, para que fuera cumplido lo dicho por medio de los profetas: "Será llamado nazareno"²⁴.

depósito sagrado confiado a su custodia, solicitudes que le constreñían, a él y a su piadosa compañera, a buscar sin cesar, por fervientes oraciones, el socorro y la dirección de lo alto; por la otra, la suprema importancia que tenía la conservación de la vida de Jesús. Por causa de él se revela Dios así a su padre adoptivo. El verdadero milagro aquí, es la presencia, sobre nuestra tierra, de Aquel que se llamará el Hijo de Dios y el Hijo del hombre; todo lo demás sólo es la radiación de su aparición en el seno de nuestra humanidad. En cuanto a la naturaleza de estas revelaciones en sueños, que tres veces tienen también lugar por medio de un "ángel del Señor" y que parecen pertenecer a la economía del Antiguo Testamento (Núm. 12: 6-8) más bien que a la del Nuevo, ocioso sería procurar darse cuenta de ella por medio de analogías psicológicas. En toda manifestación de Dios al hombre, el "cómo" se nos escapa.

22. José podía desear, por diversos motivos, volver, a Judea, a Belén, adonde momentáneamente le había llevado una circunstancia particular (Luc. 2: 4), donde el niño había nacido y tantas cosas maravillosas como se habían realizado podían atraerle. Renuncia por la razón indicada en este versículo, se retira a Galilea, donde el Salvador debía ser educado en el mayor retraimiento, y vuelve a Nazaret, donde habitaba antes, lo mismo él que María (Luc. 2: 29). ¿Será necesario inferir de este relato, y sobre todo del modo cómo habla el evangelista de la santa familia en Nazaret (v. 23), que considera a Belén como la residencia habitual de José, mientras que Lucas lo hace residir en Nazaret? En efecto, puede uno extrañarse de que Mateo, nombrando aquí por primera vez a Nazaret, no nos diga que esta ciudad era la residencia precedente de José y de María.

23. Pequeña ciudad de Galilea (Mat. 21: 11; Luc. 1: 26; 2: 4), situada sobre una colina en la tribu de Zabulón, al Sur de Caná, no lejos del Tabor, en una risueña comarca donde convergen dos cadenas de montañas. (Véase, sobre los lugares

donde transcurrió la infancia y la juventud de Jesús, las hermosas páginas del *Viaje a Tierra Santa*, de M. Félix Bovet. Comp. F. Bridel, *La Palestina ilustrada*.)

24. No hay ningún pasaje en los profetas donde al Mesías se le llame Nazareno. De ahí el apuro de los intérpretes, que han apelado a los medios más diversos para explicar estas palabras. Es necesario, desde luego, descartar la idea de que Mateo cite un profeta perdido o un libro apócrifo, o que haga alusión al voto del nazireato (Núm. 6: 13). Esta última opinión, generalmente admitida en tiempos de Calvino, y que él compartía (véase su *Comentario*), es gramaticalmente falsa y no conviene al carácter del Salvador (comp. 11: 18, 19). Un pasaje de Isaías (11: 1) ha puesto a la exégesis en la senda de una interpretación más admisible: allí es anunciado el Mesías como un *retoño*, en hebreo *netzer*, saliendo del tronco de Isai, expresión que indica la humillación del Salvador, su pobre apariencia a los ojos de los hombres. La misma designación se halla en los profetas en el término de *tsemach*, germen Jer. 23: 5; 33: 15; Zac. 3: 8; 6: 12; comp. Isa. 53: 2). Ahora bien: la palabra *netzer* es la etimología del nombre de Nazaret, o más bien era su mismo nombre entre los habitantes del país, y el evangelista, reconociendo la idea de los profetas en este nombre y en el desprecio que los judíos tenían para esa ciudad oscura y pobre de Galilea (Juan 1: 46, 47; 7: 52), ve ahí un doble cumplimiento de las escrituras. Jesús fué, en efecto, llamado Nazareno, con desprecio (Juan 19: 19); y así lo designan aun hoy los judíos, sus adversarios. Este nombre aun pasó del Maestro a los discípulos. No se podría negar que esta explicación tiene algo de rebuscado, de arbitrario, y que atribuye al evangelista una interpretación bastante rabinica del Antiguo Testamento. Es lo que ha conducido a otros exégetas a pensar que quería decir simplemente esto: El nombre menospreciado de Nazaret donde el Salvador va a habitar se unirá a él; ahora bien, los

II. PREPARACIÓN DEL MESÍAS PARA SU MINISTERIO

1. El Precursor. Bautismo de Jesús. (Cap. 3.)

A. 1-12. JUAN EL BAUTISTA. SUS DISCURSOS.—1º Juan el Bautista aparece en el desierto, exhortando al pueblo a *arrepentirse* en vista de la proximidad del reino de Dios. (1, 2.) El cumple la *profecía* de Isaías. (3.) El evangelista describe su *vestido* y su *alimento*. (4), la *impresión* producida en los habitantes del país (5), el *bautismo* que Juan les administraba después de haber *confesado* sus pecados. (6.)—2º (a) *Discurso* de Juan a los *fariseos* y a los *saduceos*: discierne su poca sinceridad (7); les advierte que no confíen en su carácter de descendientes de Abrahán (8, 9), y les denuncia el juicio inminente (10); (b) *discurso* de Juan sobre sus *relaciones con el Mesías*: el bautismo con agua que él administra sólo está destinado a preparar la venida de uno más poderoso, ante el cual él, Juan, no se siente digno de ocupar el puesto de esclavo, el cual bautizará con *Espíritu* y con *fuego*. (11.) Este consumará el juicio haciendo una separación definitiva. (12.)

III. Y en aquellos días¹ aparece Juan el Bautista², predicando

profetas han anunciado que sería el despreciado del pueblo (Isa. 53; Sal-22; etc.). De ahí esta alusión completamente vaga, que no es una cita.—Lo que es más importante que estas interpretaciones, es el ejemplo que nos da Aquel que "menospreció la vergüenza" (Heb. 12: 2), y que "nos enseña a ocultarnos y guardar silencio, cuando no ha llegado el tiempo de obrar y de hablar". *Question*.

1. Compárese Marcos 1: 1-8; Lucas 3: 1-18.)—Como en el Antiguo Testamento (Ex. 2: 11), esta expresión no tiene a menudo ninguna precisión cronológica (véase sobre la época en que apareció Juan el Bautista, Lucas 3: 1 y sig., notas). Aquí puede significar: mientras Jesús estaba aún en Nazaret (2: 23). El evangelista guarda silencio sobre los treinta años transcurridos desde los primeros acontecimientos de la vida del Salvador hasta el momento en que iba a entrar en su ministerio público. La sorprendente sobriedad de la escritura, que sólo nos comunica lo que es esencial a nuestra salvación, encierra para nosotros una lección muy seria.

2. *Juan el Bautista*, o, como otros traducen, *el Bautizador*. Este título, tomado de una de las funciones de su ministerio, no debe ser conside-

rado como expresando su vocación entera. Para apreciar esta última en su conjunto y en su significación profunda, es necesario considerar a Juan el Bautista: 1.º En su posición entre el antiguo pacto y el nuevo, de los cuales es el viviente lazo de unión, entre la ley que predica con potencia y el evangelio que él anuncia (v. 2). 2.º En su acción, que era la de preparar su pueblo a la venida del Salvador *por el arrepentimiento*, en el cual se concentran su predicación y el bautismo que administra a los que sienten y confiesan sus pecados (v. 3 y 6). 3.º En su relación con Jesucristo, que es la de la más profunda humildad de un siervo en presencia de su Señor, cuyo origen divino conoce lo mismo que su divina misión (v. 11; véase sobre todo su testimonio en Juan 1: 15-36 y 3: 21-31). El ministerio de Juan el Bautista está cumplido al mostrar a su pueblo a Jesucristo como "el Cordero de Dios"; pero si, en un sentido, ese ministerio es pasajero, en otro es permanente, bajo el triple aspecto que se acaba de señalar. Como él fué el punto de partida de la vida religiosa en su época, en los apóstoles y los primeros discípulos, es siempre el punto de partida de la vida cristiana que sólo nace por el arrepentimiento y por la fe en Je-

2 en el desierto de Judea³ y diciendo: Arrepentíos⁴, pues se ha
3 acercado⁵ el reino de los cielos⁶. Este es, en efecto, aquel del
que se habló por medio de Isaías el profeta, diciendo: "Voz de uno
que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rec-
4 tas sus sendas"⁷. Y el mismo Juan tenía su vestido de pelos de

sús, "el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo."

3. Se llamaba así una comarca poco habitada, cubierta de pastos, que comprendía la parte inferior del valle del Jordán y la región situada al Oeste del mar Muerto. (Juec. 1: 16; comp. Luc. 3: 3).—La predicación del arrepentimiento no podía resonar en el santuario oficial, en la ciudad de los fariseos y de los saduceos. Las almas ávidas de salud deben salir al desierto para salir par en la gran renovación religiosa que se prepara.

4. El término griego (verbo y sustantivo), que no tiene equivalente en nuestro idioma, y que se traduce por *arrepentirse*, *convertirse*, *enmendarse*, es una palabra compuesta que designa el cambio o la transformación moral del hombre interior. El arrepentimiento, que es su principio, la conversión, que es la vuelta a Dios, no agotan la idea de aquél. Al arrepentimiento, sufrimiento moral que aparta al hombre del pecado, debe agregarse la acción poderosa del Espíritu de Dios que crea la vida nueva y realiza la transformación moral (v. 11, nota). Véase sobre todo Juan 3: 3 y 5, notas).—El sentimiento doloroso del pecado por el despertar de la conciencia es la única preparación verdadera para recibir al Salvador y por él la gracia. Y este sentimiento es una obligación moral, puesto que aquí y siempre en la escritura está ordenado.

5. *Se ha acercado*, en Jesucristo que iba a aparecer. Y Juan el Bautista ve en este gran acontecimiento un motivo de arrepentimiento: "Convertíos, porque..." Por donde vemos que sabía, por el Espíritu profético lo que Jesús enseñaría luego, que si un hombre no es nacido de nuevo, no puede ver el reino de Dios (Juan 3: 3). Sin embargo, no dice: "Convertíos para que este reino se acerque, sino porque se ha acercado." Todo, aun en la transformación moral del hombre, tiene su principio

en la misericordia eterna de Dios y en su gracia, que siempre nos previene.

6. *El reino de los cielos*, que sólo Mateo designa así, mientras que los otros escritores sagrados lo llaman "reino de Dios", "reino de Cristo", o simplemente "el reino", designa el dominio soberano de Dios sobre sus criaturas inteligentes, dominio conforme en todo a sus perfecciones: su santidad y su justicia, su misericordia y su amor. La palabra *reino*, figura tomada de los reinos de la tierra, se halla ya en el Antiguo Testamento, donde la forma exterior del reinado de Dios era la teocracia (Ex. 19: 6; Dan. 4: 3). Pero aun no era eso más que la figura, la preparación del verdadero reinado del cual Jesucristo es el Rey y que Dios establece sobre las almas por su Espíritu. Este reinado es, desde luego, interno, espiritual (Luc. 17: 21; Juan 18: 36); pero se extiende también por el mundo, por sus diversas manifestaciones, y debe crecer intensiva y extensivamente, hasta que Cristo vuelva a establecerlo en su perfección y en su gloria (Apoc. 19: 6) y Dios sea todo en todos (1 Cor. 15: 28). Son precisamente estos diversos caracteres del reinado de Dios los que Mateo indica por su expresión "reino de los cielos"; todos los elementos de este reinado vienen del cielo y conducen allí. Por ahí distingue el evangelista netamente el nuevo reinado que se acercaba, de la teocracia israelita. En cuanto a este plural: *los cielos*, en el que se ha querido reconocer la idea rabínica de cielos diversos (comp. 2 Cor. 12: 2-4), es necesario más bien ver en él, como en la oración del Señor (Mat. 6: 9), la idea de un dominio de Dios que se extiende a las distintas esferas del mundo. (Véase J. Bovon, *Teol. del N. T.*, I, p. 377 y sig.)

7. Isaías 40: 3, citado según los Setenta (conforme al hebreo), sustituyendo sus *sendas* a estas palabras del Antiguo Testamento: "las

camello, y un cinto de cuero alrededor de sus lomos⁸, y su alimento era langostas y miel silvestre⁹. Entonces salía a él Jeru-
6 salén y toda Judea y todos los alrededores del Jordán¹⁰, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados¹¹.
7 Mas viendo a muchos de los fariseos y saduceos¹² ir a su bau-

sendas de nuestro Dios". Es también una profecía indirecta y típica. En su sentido primero e histórico, las palabras de Isaías son un llamado a Israel, exhortándole a preparar los caminos de Jehová que vuelve a traer su pueblo de la cautividad. La aplicación que hacen de ella todos los evangelistas (Marc. 1: 3; Luc. 3: 4) y Juan el Bautista mismo (Juan 1: 23) a la aparición de Jesucristo y al ministerio de su precursor, prueba: 1.º que ven a Jehová mismo en el que ellos llaman el Señor (en la versión griega de los Setenta, de que se sirven, el nombre de Jehová es siempre vertido por Señor); 2.º que consideran su aparición como la verdadera liberación de su pueblo: viene a sacarlo de la servidumbre para ponerlo en libertad. Por lo demás, el ministerio del precursor había sido también objeto de una profecía directa (Mal. 3: 1; 4: 5; comp. Luc. 1: 17; Mat. 11: 10), que era recibida e interpretada de diversos modos entre el pueblo, al principio de los tiempos evangélicos (Mat. 16: 14; Juan 1: 21).

8. Se trata de una tela ordinaria fabricada con pelo de camello en vez de lana. Era el vestido de los pobres, que convenía al sucesor de Elías (2 Rey. 1: 8), al predicador del arrepentimiento. "Aun su vestido y alimento predicaban." Bengel.

9. Una especie de langostas grandes, que aun sirven de alimento a las clases pobres en Oriente (Lev. 11: 21). La miel silvestre abundaba en los montes de Judea donde las abejas la depositaban en las hendiduras de las rocas. Pero se llamaban también así las sustancias resinosas que destilaban ciertos árboles, como la palmera, la higuera y otros (comp. 1 Sam. 14: 25, 26).

10. El evangelista nombra los lugares para indicar la gran cantidad de personas atraídas por la predicación del profeta. La impresión fué viva y universal; fué un despertar en el pueblo, pero cuyos frutos no mostraron ser permanentes

sino en aquellos que, impelidos por el sentimiento de sus pecados, se entregaron a Jesús como a su Salvador.

11. *Bautizar* significa *sumergir*, y este acto tenía lugar en el río Jordán. El bautismo de Juan no era tomado ni de las abluciones en uso entre los judíos de la época (Juan 2: 6; 3: 25), ni del bautismo de los prosélitos, que no aparece hasta después de destruído el templo; era una institución nueva, preludio del bautismo cristiano, y cuya primera idea era indicada por promesas de Dios relativas a la nueva alianza, tales como Ezeq. 36: 25-27. Constituía una declaración simbólica del pecado y de la corrupción de todo el pueblo, así como de la necesidad de la purificación y de la regeneración del hombre entero (comp. Rom. 6: 3-6, notas). Este último punto era simbolizado por el acto de sumergir en el agua a los que declaraban su arrepentimiento *confesando sus pecados*. La confesión de los pecados se hacía, entre los israelitas, en el día de las expiaciones (Lev. 16: 21). Era considerada como la condición del perdón de Dios (Sal. 32: 3-5; Sal. 51: 4, 5).—El bautismo de Juan era un bautismo para el arrepentimiento, al cual faltaba el elemento esencial del bautismo cristiano: el perdón de los pecados y la vida nueva (v. 11, nota).

12. Los fariseos y los saduceos formaban dos escuelas filosóficas y religiosas y también dos partidos políticos en la nación judía. El nombre de fariseos significa "separados"; no que constituyesen una secta dentro de la teocracia, sino que, hasta donde indica ese término su carácter, se refiere más bien a su orgullosa aversión hacia los paganos, los samaritanos, los publicanos y los pecadores. Se distinguían por su celo servil hacia las más minuciosas prescripciones de la ley, a las que agregaban las de la tradición. Eran también la expresión viviente de la ortodoxia judaica, lo que, unido a su poder en

tismo¹³, les dijo: Generación de víboras¹⁴, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira venidera?¹⁵. Producid, pues, fruto digno del arrepentimiento¹⁶. Y no penséis decir en vosotros mismos:

el sanedrín, donde formaban la mayoría, les daba grande influencia sobre el pueblo. En cuanto a las doctrinas de este partido y a su importancia política y religiosa, puede aprenderse a conocerlas por el historiador Josefo que las describe a menudo y largamente. (Por ejemplo, *Antig.*, XIII, 5, 9; etc.) El papel que desempeñan los fariseos en la vida del Salvador, sobre todo en la historia de sus padecimientos y su muerte, los caracteriza mejor aún.—Los saduceos, cuyo nombre deriva, según unos, de la palabra *tsadic*, *justo*, según otros de un jefe de escuela llamada Tsadoc formaban el partido opuesto a los fariseos. Rechazando toda tradición y aun el desarrollo de la revelación divina después de la ley, los saduceos negaban al mismo tiempo la realidad del mundo invisible, la existencia de los ángeles, la inmortalidad del alma. A causa de esto, y en razón de su escaso número, ejercían poca influencia sobre el pueblo, pero tanta más sobre las clases elevadas y ricas, donde, para muchos, ciertas negaciones tienen siempre un aire de superioridad y de buen tono.—Había también entre los judíos, en tiempos del Salvador, un tercer partido religioso, los *esénios*, de que no habla el Nuevo Testamento, porque vivían muy retirados, pues el principal carácter de su piedad era un riguroso ascetismo. Representaban el misticismo monacal, como los fariseos la justicia propia ortodoxa, como los saduceos el racionalismo de todos los matices. La verdadera vida religiosa estaba entonces encerrada en algunas almas que “esperaban la consolar de Israel” (Luc. 2: 25.—Véase sobre estos diversos partidos entre los judíos, E. Stapfer, *La Palestina en tiempos de Jesucristo*, 2ª. edición, p. 259 y sig. 436 y sig.

13. Se pregunta cómo y por qué venían muchos miembros de esos dos partidos al bautismo de Juan, y, si venían, por qué les dirige Juan palabras tan severas. Aun se ha visto una contradicción a este respecto entre Mateo y Lucas, quien en su relato del ministerio del Bautista

(cap. 3), no habla de ellos, y quien, en otro punto (7: 30), dice positivamente que no lo habían recibido. La respuesta a estas preguntas no parece difícil. Que hombres ávidos de popularidad fueran al profeta a cuyo alrededor se amontonaba la multitud, unos para no parecer indiferentes o impíos, otros por simple curiosidad, nada más natural. Pero el profeta descubría sus móviles indignos; de ahí las palabras severas que les dirige. Acogiéndolos así, los hirió en su orgullo; se retiraron, si no todos, al menos la mayor parte, sin someterse al bautismo. Esto no está explícitamente dicho, pero resulta del discurso del profeta. Hay más: Lucas, sin hablar de los fariseos y de los saduceos, trasmite las terribles palabras de Juan, que sólo podían dirigirse a ellos, y no a los pecadores arrepentidos; él supone, pues, su presencia. En fin, esta posición equívoca tomada por los hombres de esos dos partidos respecto de Juan el Bautista, está enteramente de acuerdo con el apuro en que los pondrá más tarde una pregunta del Salvador (21: 25-27).

14. Hombres astutos, malos, malhechores. Figura frecuente en las escrituras (Isa. 14: 29; 59: 5; Sal. 58: 5; Rom. 3: 13) y que, en el simbolismo oriental, indica los principios y el espíritu del príncipe de las tinieblas (comp. Gén. 3: 1).

15. Juan desconfía de su aparente celo. Descubre la astucia que les hace buscar en el cumplimiento de una ceremonia externa una garantía contra el juicio venidero. “En esta tentativa de eludir el deber del arrepentimiento por medio de la señal del arrepentimiento, Juan reconoce la sugestión de un consejero más hábil que el corazón del hombre; de ahí la pregunta siguiente: ¿quién os ha enseñado?” Godet.

16. El texto recibido dice: *frutos*; el verdadero texto: *un fruto*. Es que no se trata de actos, de obras aisladas, sino de todo el ser, de toda la vida. Un fruto digno del arrepentimiento, de la regeneración, es el fruto que él produce necesariamente (7: 17 y sig.).

Por padre tenemos a Abrahán¹⁷, pues os digo que puede Dios de estas piedras suscitar hijos a Abrahán¹⁸. Y ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles; todo árbol, pues, que no produce buen fruto, es cortado y echado al fuego¹⁹. Yo, sí, os bautizo en agua²⁰ para arrepentimiento; mas el que tras mí viene²¹ más fuerte es que yo, cuyos zapatos no soy digno de llevarle²²: él os bautizará en Espíritu Santo y fuego²³; cuyo aventador en su

17. Los hombres a quienes Juan se dirige aquí, aun en su impenitencia, se arrogaban el título de *hijos de Abrahán* y se imaginaban que los privilegios religiosos de su pueblo bastaban para asegurarles la salud (Juan 8: 33-39). Es así también cómo, en el día de hoy, muchos piensan que su iglesia los salvará.

18. Dios es libre en la dispensación de su gracia; puede expulsaros de su reino y de esas piedras (que Juan mostraba al borde del Jordán), es decir de los hombres más endurcidos, de los más menospreciados, puede suscitar, por su poder creador, verdaderos hijos de Abrahán, que tendrán su fe y su obediencia a Dios. (Comp. las enseñanzas de Pablo sobre los verdaderos descendientes de Abrahán, Rom. 4; 9: 6 y sig.; Gál. 4). Es dudoso que Juan el Bautista haga ya alusión a la vocación de los paganos. Este sentido no es necesario a su pensamiento.

19. Los juicios de Dios van a ser ejecutados contra los impenitentes. Todos estos verbos en presente: *está puesta, es cortado, es echado*, expresan la inminencia y la certidumbre de esos juicios.

20. Gr. *en agua*, y lo mismo al final del versículo, *en Espíritu Santo y fuego*. *Bautizar* significa *sumergir*, según la costumbre antigua del bautismo por inmersión (comp. v. 6).

21. El Mesías que iba a aparecer, y que Juan el Bautista designa a menudo por estas palabras: *el que viene* (11: 3; Juan 1: 15, 27, conforme a Mal. 3: 1).

22. Es decir, desempeñar para con él los más humildes deberes de un esclavo.

23. Comp. v. 6, nota. Juan el Bautista indica aquí claramente la relación de su actividad con la del Señor: sólo puede bautizar en agua, administrar el signo, ni ningún otro

hombre puede tampoco hacer más; en cuanto a la gracia significada, *el Espíritu Santo* y su obra, solamente el Señor lo tiene en su poder. Fundado en esta idea muy verdadera e importante, Calvino no admite distinción alguna entre el bautismo de Juan y el bautismo cristiano: es un error (comp. v. 6, nota; Act. 19: 1-6, notas). Pero, a pesar de notables diferencias entre la posición de Juan el Bautista y la economía cristiana, esta relación permanece esencialmente la misma entre todos los siervos y el Señor. *El agua* es la figura de la purificación, y Juan la administra para o en vista del arrepentimiento y de la regeneración. Pero la realidad de esta regeneración no se obtiene jamás sino donde, a ese elemento negativo (dolor, humillación, aborrecimiento del pecado), viene a agregarse el elemento positivo y poderoso de una vida nueva, el Santo Espíritu en tanto que penetra con y 5, notas).—El Espíritu y el fuego no son dos cosas distintas, como tampoco el agua y el Espíritu (Juan 3: 5), sino que el uno es la figura del otro. El fuego es el símbolo del Espíritu en tanto que penetra con irresistible poder y purifica los más duros metales. El oro sale del crisol con toda la pureza que le hace tan precioso. Tal es la acción del Espíritu Santo en el corazón y en la vida del hombre, y fué también bajo este símbolo como descendió en el día de Pentecostés. (Act. 2). La figura es tomada de Malaquías 3: 2, 3, de esa misma profecía del precursor donde se inspira todo el discurso de este último. Pero el fuego, cuya acción siempre constituye un padecimiento, puede convertirse en el fuego del juicio divino en aquellos a quienes no purifica del pecado y de la inmundicia (v. 12, comp. Joel 2: 28-30). Por lo tanto, el bautismo en agua, por sí solo, no es aún la garantía de la salvación.

mano está, y limpiará completamente su era, y allegará su trigo en el granero, mas la paja quemará en fuego inapagable²⁴.

B. 13-17. BAPTISMO DE JESÚS.—1º Jesús, viene de Galilea al Jordán para ser bautizado por Juan; éste se opone, diciendo: Yo tengo necesidad de ser bautizado por ti. Jesús le declara que le es necesario cumplir así toda justicia, y Juan lo bautiza. (13-15.)—2º En el momento en que Jesús salía del agua, los cielos se abrieron; vió al Espíritu descender sobre él en forma de paloma, y una voz del cielo dijo: Este es mi hijo amado. (16, 17.)

13 Entonces va Jesús de Galilea al Jordán a Juan, para ser bautizado por él²⁵. Mas Juan le impedía, diciendo: Yo tengo nece-

24. La era, en Oriente, es preparada y allanada sobre el mismo campo donde se siega. Allí es hollado el trigo por medio de bueyes, o golpeado con instrumentos apropiados para ello; después es aventado; la paja o la cascarilla es arrojada al campo y quemada, mientras el grano es recogido en los graneros. En la aplicación de la figura a la obra realizada por el Mesías en este mundo, esta separación empieza de una manera interna e invisible, desde aquí será consumada más tarde y manifestada plenamente por la exclusión de los impíos del reino de los cielos, representado por el granero. (B. muchas mayúsculas, las versiones siríaca y armenia, tienen: en su granero). La terrible figura con que Juan el Bautista presenta esta verdad, ha sido empleada con frecuencia desde entonces por el Salvador mismo (Mar. 9: 43-48; comp. Juan 15: 6 e Isa. 66: 24).—Se ha observado, y algunas veces con una intención hostil a la verdad de la historia evangélica, que los discursos de Juan el Bautista en los sinópticos tienen todos un carácter severo de juicio, mientras, que en Juan, tienden a la mansedumbre del evangelio. La diferencia es real, y se explica por el carácter y el fin de estos diversos reláto, cada uno de los cuales hace resaltar, en la vida de Juan el Bautista como en la del Salvador, el aspecto que responde a ese carácter y a ese fin. ¿Qué presa tendría la crítica si no fuera así! Luego, es necesario observar que, cuando el precursor dió su testimonio tal cual está relatado por Juan (1: 15-36; 3: 23 y sig.), Jesús había entrado en su ministerio, ha-

bía sido bautizado, y había recibido el testimonio de Dios en presencia de Juan, quien, desde entonces, podía hablar más claramente sobre la misión del Salvador. Es necesario observar, por último, que toda la escritura presenta la misericordia y el juicio sobre dos líneas paralelas, como respondiendo a exigencias diversas de la conciencia humana. Este doble carácter se halla en el ministerio de Juan el Bautista.

25. Comp. Mar. 1: 9-11; Luc. 3: 21, 22.—Las primeras palabras de este versículo señalan el momento solemne en que Jesús dejó su largo retiro en Nazaret para ser manifestado al mundo y entrar en su ministerio; las últimas indican el fin preciso de este viaje a Judea, al Jordán: ser allí bautizado por Juan. El bautismo de Jesús es uno de los hechos de su vida más difíciles de comprender. ¿Por qué él, el Santo y el Justo, que no tenía necesidad ni de arrepentimiento, ni de regeneración, quiso ser bautizado? A esta pregunta se han dado sucesivamente las más diversas respuestas. Es necesario descartar desde luego aquellas que no son dignas del Salvador, o que quitan a su bautismo su verdad y su realidad íntimas, para sustituirlas por motivos más o menos externos. Jesús no se sometió al bautismo porque hubiese tenido necesidad, como nosotros, de la purificación del pecado, ni porque su permanencia entre los hombres lo hubiera contaminado de una impureza levítica, ni porque ese bautismo hubiera pertenecido a la observancia de la ley ceremonial, ni porque ese acto de obediencia debiese tener lugar por nosotros, en nuestro lugar, ni porque Jesús hubiese que-

15 sidad de ser bautizado por ti, y tú vienes a mí!²⁶ Mas respondiendo Jesús le dijo: Deja ahora, pues así nos es conveniente 16 cumplir toda justicia²⁷. Entonces le deja. Bautizado, pues, Jesús, subió luego del agua; y he aquí, fueron abiertos los cielos, y vió 17 al Espíritu de Dios bajando como paloma, viniendo sobre él²⁸; y

rido honrar y sancionar así el bautismo de Juan o el bautismo, en general, ni porque quisiera provocar por este acto el testimonio que Juan debía dar a su mesiazgo, o esperase recibir de Dios mismo la confirmación solemne de este mesiazgo, de que hasta entonces no hubiera tenido la certeza. No; Jesús recibió el bautismo porque le era indispensable. Hombre "semejante en todo a sus hermanos" bien que "sin pecado", Jesús debió, durante toda su vida, hacer una carrera de desarrollo religioso y moral (Luc. 2: 52) cuyo supremo término no fué alcanzado hasta que fué consumado en su obediencia absoluta hacia Dios, en su amor ilimitado hacia los hombres, y eso, por el padecimiento y el sacrificio (Heb. 2: 10, 11; 5: 8, 9). El padecimiento y la muerte fueron su verdadero bautismo (Marc. 10: 38) y todo bautismo tiene esta significación (Rom. 6: 3 y 4, nota). La carrera que debía llegar a este término se abría entonces ante el Salvador; era necesario que él se consagrara a ella por entero; tal es el sentido de su bautismo. Sobre todo, en fin, sólo podía realizar esta carrera triunfando de los más terribles obstáculos, en las más violentas luchas con el pecado, el mundo y el poder de las tinieblas; sólo aceptando los más amargos renunciamientos, hasta el sacrificio completo de su voluntad y de su vida. Para ello, era necesario que fuese llenado del Espíritu Santo "sin medida" (Juan 3: 34), y éste es el aspecto positivo y esencial de su bautismo (v. 16) que coincide con el testimonio solemne de Dios (v. 17) aceptando la consagración de su Hijo amado. Desde ese momento empezó Jesús a mori: según la carne para ser vivificado según el Espíritu (1 Pedro 3: 18). Así va a ser cumplida sobre la tierra "toda justicia" (v. 15) por la obra que emprende el Redentor. (Comp. sobre este asunto F. Godet, *Coment.* de Lucas, quien insiste en el papel del bautismo en el desarrollo personal de Jesús, y J. Bovon.

Teol. del N. T., I, p. 230 y sig., que observa el lugar que ocupa este acto en la obra redentora, realzando la solidaridad que en el bautismo unió al Salvador con la humanidad pecadora.)

26. Palabras de humildad que están en plena armonía con la declaración del versículo 11 y con todo el carácter del precursor (Juan 3: 29, 30). Pero estas palabras, que suponen en Juan el Bautista un conocimiento tan cierto de Jesús como Mesías, son difíciles de conciliar con su testimonio en Juan 1: 31-33 (véanse las notas.)

27. Algunos, sin estar autorizados a ello por el texto original, traducen: *todo lo que es justo*, y limitan su sentido a: el deber actual (Calvino). Es verdadero, pero es muy poco. Es necesario tomar la palabra en toda su significación y agregar con Bengel: "Todas las partes de la justicia y también ésta, que es la prenda de otras mucho mayores". (Véase v. 13, nota.)

28. Estos pronombrés: *él* vió, sobre *él*, se refieren a Jesús, pero no con exclusión de Juan el Bautista que fué testigo del acto (Juan 1: 33). Indebidamente el texto recibido, con C, D, y la mayor parte de las mayúsculas lee *para él* (Jesús) después de *los cielos fueron abiertos*.—Sólo puede hacerse conjeturas sobre lo que apareció exteriormente a los ojos de los espectadores y que ha podido expresarse por estos vagos términos: *los cielos fueron abiertos*. Pero estas palabras tienen un sentido espiritual que no escapará a ningún lector atento (comp. Juan 1: 52; Act. 7: 56).—El *Espíritu de Dios* que, en el día de Pentecostés, descendió bajo la forma simbólica de lenguas de fuego, aparece aquí como una paloma (comp. Juan 1: 32), figura de la mansedumbre, de la pureza, de la sencillez (Mat. 10: 16). Esta expresión y la que emplea Lucas (3: 22): *bajo forma corporal, como paloma*, no permiten considerar esta aparición como una simple visión interna.

he aquí ²⁹, una voz de los cielos, diciendo: Este es mi hijo amado, en el que me agrado ³⁰.

2. La tentación de Jesucristo. (4: 1-11.)

1-11. LA TENTACIÓN DE JESÚS.—1º Preámbulo. Jesús es conducido por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo. Ayuna cuarenta días y tiene hambre. (1, 2).—2º Primera tentación. El tentador le insinúa una duda sobre su carácter de Hijo de Dios, que forma contraste con su triste situación, y le incita a probar que lo es usando de su poder milagroso para procurarse el alimento necesario. Jesús le opone una sentencia de la escritura que expresa su plena confianza en Dios y su deseo de obedecerle sin restricción. (3, 4).—3º Segunda tentación. Transportándole a la santa ciudad, sobre el templo, el diablo le invita a precipitarse al vacío para mostrar su confianza ilimitada en Dios. Le cita una sentencia de la escritura que parece justificar tal confianza. Jesús replica que también está escrito: No tentarás a Dios. (5-7).—4º Tercera tentación. Transportándole a un alto monte y mostrándole todos los reinos del mundo y su gloria, el diablo le ofrece el dominio universal si consiente en rendirle homenaje. Jesús echa a Satanás de su presencia, citándole esta sentencia: Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás. El diablo le deja, y ángeles le sirven. (8-11.)

IV. Entonces fué Jesús llevado al desierto por el Espíritu ¹

29. He aquí en griego *ve* (verbo *ver*) anuncia siempre una cosa inesperada e importante (Luc. 5: 12; Act. 8: 27; Apoc. 4: 1; 6: 2; etc.)

30. Gr. *Este es mi hijo, el amado*. Este testimonio solemne de Dios, que será reiterado idénticamente en otra ocasión (17: 5), proclama al Salvador del mundo, no solamente como Mesías, según Sal. 2: 7; Isa. 42: 1, sino en su relación única y exclusiva de esencia con su Padre, como Luc. 1: 35; Juan 1: 18; 3: 16. La benevolencia o el agrado de Dios en su Hijo es un término hebraico que expresa ese inefable amor que el mismo Jesús se complacía en recordar (Juan 3: 35; 5: 20; 10: 17) y del cual, por él y en él, participan también sus rescatados (Juan 17: 23; Ef. 1: 5, 6; Col. 1: 13). Aun el tiempo del verbo (aoristo): *en quien me he agrado*, es digno de observarse, pues indica esa relación eterna, siempre idéntica, en la cual Dios se contempla en su Amado (Juan 17: 5).—En el bautismo de Jesucristo aparece por primera vez la Trinidad divina: el Padre y su testimonio; el Hijo que se entrega a su obra; el Espíritu que lo consagra

para ella. Y, al término de su carrera, el Salvador hará de esta triple manifestación, plenamente revelada entonces, la fórmula sagrada para el bautismo de todos sus redimidos (Mat. 28: 19; comp. 2 Cor. 13: 13, nota). No se trata de un tema para la especulación; todo es acción para la salvación, para la vida religiosa.—Se lee aquí: *Este es mi hijo*. En Marcos y Lucas, las palabras se dirigen directamente a Jesús: "Tú eres mi hijo". Unidad en el fondo, libertad en la forma, según que el narrador se haya atendido al sentido del testimonio para Juan el Bautista y los presentes, o para Jesús mismo.

1: Comp. Mar. 1: 12, 13; Luc. 4: 1-13.—Este relato, al que pasa el evangelista por esta simple particula *entonces*, es la continuación inmediata del que precede. La tentación sucede al bautismo. Lucas (4: 1, notas), pone expresamente estos dos hechos en una relación íntima, cuya profunda significación no escapará a ninguno de los que tienen alguna experiencia en las cosas espirituales. "Jesús, lleno del Espíritu Santo", es llevado por este Espíritu al desierto, para prepararse en la soledad, por la

2 para ser tentado por el diablo ². Y habiendo ayunado cuarenta 3 días y cuarenta noches, después tuvo hambre ³. Y allegándose el tentador, le dijo ⁴: Si eres hijo de Dios di que estas piedras sean

meditación, por la oración y sobre todo por la tentación, para la obra que iba a emprender. Todo hombre de Dios destinado a grandes obras tiene necesidad de tal preparación. Por lo demás, la halla infaliblemente, porque jamás es la tentación más cercana ni más peligrosa que en el momento en que ha sido comado de las gracias divinas más notables. Si Dios permite que así sea para todos, lo quiso para su Hijo amado, porque era necesario (véase v. 3, notas).—El desierto no era aquel donde se hallaba Juan el Bautista, y donde Jesús acababa de ser bautizado, sino probablemente el desierto de la "Cuarentena", llamado así por la tradición en memoria de esos cuarenta días, y que se extiende hacia las montañas, en los alrededores de Jericó. (Robinson, *Palestina*, p. 65; F. Bovet, *Viaje*, 7ª edición, p. 247). Marcos (1: 13) agrega este dato: "estaba con las fieras".

2. El diablo, nombre que significa calumniador, el que acusa a los justos, llamado en el Antiguo Testamento Satanás, el adversario (Job. 1: 6; 2: 1; Zac. 3: 1; Juan 8: 44; Apoc. 12: 10). Representante del poder de las tinieblas (Ef. 2: 2; 6: 12, 16) que Jesús venía a destruir (1 Juan 3: 8), Satanás debía desde el principio mostrarse enemigo de su obra divina, como lo fué hasta el fin (Juan 13: 2, 27; 14: 30). El Salvador mismo nos lo describe así (Mat. 13: 19, 39; Luc. 8: 12). Mateo, como los demás escritores del Nuevo Testamento, lo llama (v. 3) el tentador, a causa de su pernicioso influencia sobre los hombres.—La existencia personal de este enemigo de Dios y de su reinado no es un hecho que toque a la esencia del cristianismo; pero ese hecho ocupa en las revelaciones divinas un lugar tan evidente, que es necesario, para negarlo, negar al mismo tiempo la autoridad de esas revelaciones. Ese hecho, por otra parte, nada absolutamente tiene de contrario a la razón. Desde que no se limita la creación al mundo material, que se admite la existencia de seres espirituales, es

arbitrario negar para ellos la posibilidad de caer en la rebelión y en el mal. Bien: un espíritu caído de Dios se hace naturalmente un ser malo, un enemigo, un tentador. Las manifestaciones del mal entre los hombres muestran que criaturas completamente espirituales pueden ser pervertidas y malas. La existencia y la acción de Satanás demasiado establecidas están por algunas de las experiencias íntimas más temibles de los cristianos.

3. El ayuno del Salvador fué una absoluta abstención de alimento (Luc. 4: 2); formaba parte de su preparación, como los de Moisés (Ex. 34: 28) y de Elías (1 Reyes 19: 8). Estos ejemplos bíblicos de un ayuno prolongado tienen su significado religioso y moral; son físicamente posibles en hombres a quienes la intensidad de la vida del Espíritu eleva por un tiempo por sobre la naturaleza y sus necesidades. Jesús, por lo demás, declara expresamente (v. 4) cuál fué la fuente de su vida en el desierto. Sin embargo, esta privación fué para el Salvador un padecimiento, que podía abrir la puerta a la tentación. Es lo que indica el evangelista por la expresión *después, más tarde, tuvo hambre*, y a esta necesidad natural se dirigió el enemigo en primer lugar (v. 3).

4. Cómo se aproximó el tentador al Salvador, por qué medio le sugirió sus tentaciones, los evangelistas lo callan. Este silencio ha dejado campo libre a las más variadas concepciones en cuanto al género de nuestro relato. Pueden ser reducidas a cuatro principales, sucesivamente sostenidas por los exégetas. 1º Los unos han visto en nuestro relato un hecho histórico, que reciben con sus detalles todos en su sentido literal y exterior, incluso una aparición visible del demonio. No puede negarse que esta manera de ver sea, al primer golpe de vista, la más conforme a la idea que los evangelistas parece tuvieron del hecho que relatan. Sin embargo, ante la reflexión este sentido literal se hace al menos dudoso. Una escena mágica se

4 hechas panes⁵. Mas él, respondiendo, dijo: Escrito está: "No de pan solo vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale por la

desarrollaría ante nuestra vista: Jesús sería transportado a través del espacio hasta la techumbre del templo; esto sería tan poco conforme a las tentaciones ordinarias del demonio como poco digno del Salvador. La tercera tentación sería aún más imposible que la segunda, puesto que supondría la existencia de un monte desde donde pudiesen ser vistos todos los reinos del mundo y su gloria. Esta explicación, por otra parte, no es necesaria a la realidad de la tentación (véase la nota siguiente). 2º Otros piensan que Jesús habría referido a sus discípulos esta profunda experiencia de su vida como una parábola destinada a ponerles en guardia contra las tentaciones del adversario, y que los evangelistas habrían puesto ese relato bajo la forma histórica de que le hallamos revestido. Nada en las enseñanzas del Salvador ni en las narraciones evangélicas autoriza esta suposición. Cuando Jesús propuso parábolas a sus discípulos, supieron muy bien entenderlas y ponerlas bajo la forma de parábolas. 3º Otros aun, admitiendo la idea de nuestro relato tal como es brevemente enunciado en Marcos (1: 12, 13), han visto en su forma actual un mito que habría sido así desarrollado por la tradición apostólica. Esta opinión está en contradicción con el carácter histórico de nuestros evangelios. 4º Se ha supuesto, por último, que toda esta historia de la tentación, con su trágica realidad, ha ocurrido en el alma del Salvador, y que ella fué, al principio de su ministerio, una lucha espiritual y moral con el príncipe de las tinieblas, correspondiente a la lucha terrible de Getsemaní que constituyó su fin. La forma del relato, en armonía con el genio oriental, al que agrada poner en forma de drama los hechos del mundo espiritual, no es inconciliable con esta interpretación. Es semejante evidentemente a la historia de la tentación en Edén, cuya contraparte es, y no carece de analogía con el principio del libro de Job. Por lo demás, lo que importa, no es el carácter del relato, sino el hecho interior y moral de la tentación, que se trata pa-

ra nosotros de entender en su profunda y seria realidad. (Comp. J. Bovon, *Teol. del N. T.*, I, p. 233 y sig.)

5. Dios acababa de declarar que Jesús era "su hijo amado"; (3: 17); el Salvador mismo tenía plena conciencia de esta dignidad. La menor duda a este respecto habría roto la fuerza necesaria para la lucha en que entraba y que sólo debía terminar con su vida. El tentador procura precisamente insinuarle esta duda: *Si eres hijo de Dios...* (comp. v. 6). Es el principio de la tentación en Edén: "¿Cómo! ¿habrá dicho Dios?" Esta duda podía parecer fundada en aquella situación. ¿Cómo! el hijo de Dios, el Mesías, expuesto al hambre, a las privaciones, a los padecimientos! Si tú lo eres, en efecto, pruébalo a ti mismo y a tu pueblo por medio de prodigios que sirvan para tu libertad y para tu gloria. Allí estaba la tentación: hacer uso de su poder milagroso para escapar al padecimiento del hambre, y obedeciendo a Satanás, salir con ostentación de la prueba. Es necesario no olvidar que la idea presentada a Jesús por el demonio estaba generalmente extendida por el pueblo, y que muchas veces ya podía habersele presentado por sus contemporáneos. Israel esperaba un Mesías potente y glorioso, que restableciera la nación en su antiguo esplendor terrestre, libertándola del yugo extranjero. ¿Adoptará Jesús este pensamiento tan apropiado para ganar el patriotismo de un israelita? ¿O entrará en la larga carrera de humillaciones y padecimientos cuyo término será la cruz, para reinar solamente por la verdad (Juan 18: 37) y realizar la redención moral del mundo? Tal era la cuestión que constituía para él la tentación más temible. Esta cuestión es en el fondo la misma que se plantea ante la conciencia de todo hombre. Por una parte, el evangelio le dice: Renuncia a todo y a ti mismo, toma tu cruz y sigue a Jesús en la senda de la pobreza, para reinar con él. Por la otra el mundo lo invita a buscar la satisfacción de sus necesidades naturales, de sus deseos egoístas, a vivir para sí mismo; es necesario escoger. Y esta elección a hacer,

5 boca de Dios"⁶. Entonces le lleva el diablo consigo a la santa ciudad⁷ y le puso sobre el ala del templo⁸, y le dice: Si eres hijo de Dios échate abajo, pues escrito está: "A sus ángeles dará mandamientos sobre ti, y sobre sus manos te llevarán, no sea que tropieces en piedra con tu pie"⁹. Díjole Jesús: También está

para el discípulo como para el Maestro, se presenta a cada paso en la vida; es necesario vencer por la obediencia y el sacrificio de sí mismo, y para ello recurrir a una fuerza que no es terrenal (v. 4).—Pero aquí se presenta un problema cuya solución rige todo el sentido de esta historia. ¿Era Jesús realmente accesible a esta tentación? En otros términos: ¿habría sido posible que sucumbiese? Si, desconociendo la realidad de su naturaleza humana, se responde negativamente; sí, con Calvino, se declara que los dardos de Satanás no podían herirle, es decir, que era inaccesible al pecado, nuestro relato entero sólo es una ficción poco digna del evangelio, y Jesús cesa de ser nuestro libertador y nuestro modelo en su lucha y su victoria. No, todo es realidad en su vida humana; fué "tentado como nosotros en todo" (Heb. 4: 15). Segundo Adán, jefe y representante de nuestra humanidad, ha librado todas nuestras batallas contra el pecado y la potencia de las tinieblas, por sí mismo ante todo y luego por nosotros. Si hubiese sucumbido, perdida habría sido su obra; mas por cuanto fué "consumado", ha destruído las "obras del diablo", y ha sido hecho "el autor de una salvación eterna para todos los que le obedecen" (Heb. 5: 9; comp. Mat. 3: 13, nota).

6. Deut. 8: 3, citado conforme a los Setenta. Estas palabras son admirablemente escogidas, puesto que están dirigidas a Israel alimentado con el maná en el desierto. "Te humillé, te hizo sufrir hambre, pero te alimenté con maná... para que sepas que el hombre vivirá no solamente de pan, sino que el hombre vivirá de todo lo que sale de la boca de Jehová". Tal es el sentido literal del hebreo. La versión griega ha traducido muy bien estas últimas palabras, porque *lo que sale de la boca de Dios*, es su *palabra* omnipotente y creadora, por la cual había ordenado el maná y por la cual "sos-

tiene todas las cosas" (Heb. 1: 3). "Cuando Dios habla, dice Lutero, no pronuncia simples palabras, sino cosas reales. Así el sol y la luna, el cielo y la tierra, Pedro y Pablo, tú y yo, no somos más que palabras de Dios".—Toda prueba, como para Jesús el desfallecimiento del hambre, puede abrir la puerta a la tentación. Nuestra fuerza está entonces únicamente en la confianza en Dios y en la obediencia a su palabra: *escrito está*.—Respondiendo así, no quiere Jesús decir que Dios lo alimentará de un modo sobrenatural, sin pan ni alimento material, por una palabra, una orden emanada directamente de él. Afirma más bien que la vida del hombre no depende solamente de la satisfacción de sus necesidades físicas, sino ante todo del cumplimiento de las órdenes de Dios (Comp. Juan 4: 34). El obedecerá siempre a su Padre, de quien espera día por día el sustento para su vida. No usará el poder que tiene de hacer milagros para salir a su gusto de la posición en que Dios le ha puesto.

7. *La santa ciudad*, Jerusalén (Luc. 4: 9; Isa. 48: 2; 52: 1; Mat. 27: 53).

8. El *lugar santo* (*hierón*, que traducimos *templo*) indica en el Nuevo Testamento todo el conjunto de pórticos, patios y edificios que constituían las dependencias del *santuario* (*naós*), que nuestras versiones ordinarias confunden con el primero de estos términos. Se ha trabajado mucho por determinar lo que podía ser esta *ala* o *pináculo* de un edificio donde el tentador hizo subir a Jesús; sólo se ha llegado a conjeturas.

9. Sal. 91: 11, 12, citado casi literalmente: "En la primera tentación, él: *Si eres...* debía conducir a Jesús a esta conclusión: "No te dejes carecer de nada. ¡Ayúdame a ti mismo"! Aquí las mismas palabras significan: "No tengas miedo de nada; en todo caso Dios te ayudará". Es la tentación opuesta; allí, la falta de fe, que es la prueba de los principiantes; aquí, por así decirlo, el ex-

8 escrito: "No tentarás al Señor tu Dios"¹⁰. Otra vez le lleva el diablo consigo a un monte alto en gran manera y le muestra todos 9 los reinos del mundo y su gloria, y le dijo: Todo esto te daré 10 si postrándote me adorares¹¹. Entonces le dice Jesús: Vete, Satanás, pues escrito está: "Al Señor tu Dios adorarás y a él solo 11 servirás"¹². Entonces le deja el diablo; y he aquí, ángeles se allegaron y le servían¹³.

ceso de fe, o el abuso de la fe, que sólo puede ser el peligro de los adelantados... Precisamente porque esta sugestión hace un llamado a la fe, Satanás la apoya con una promesa divina... Había observado que por dos veces Jesús le había opuesto como un escudo una sentencia de la escritura; él a su vez ensaya servir de la misma arma". *Godet*. Muchos intérpretes piensan que Satanás incitaba a Jesús a realizar un milagro ostentoso que lo hubiese hecho reconocer como el Mesías por la multitud entusiasmada, pero nuestro relato no indica tal fin y no nos muestra la muchedumbre espectadora del milagro.

10. Deut. 6: 16, citado según los Setenta; el hebreo dice: "No tentaréis a Jehová vuestro Dios, como le habéis tentado en Massa". *Tentar a Dios*, en esta primera aplicación, era murmurar contra él y sus dispensaciones; era también exigir de él manifestaciones extraordinarias de su poder y de su bondad (Ex. 17: 2-7; comp. Sal. 95: 9; 1 Cor. 10: 9). Tal habría sido el pecado de Jesús, si hubiera consentido en exponerse a un peligro inútil, contando con la protección de Dios (v. 6, nota). Si hubiera tenido para ello una orden positiva de Dios, o un fin que pudiera servir para la gloria de Dios, se habría expuesto al peligro sin tentar a Dios. Fue así como supo sustraerse a las emboscadas de sus enemigos, y más tarde, cuando "su hora hubo llegado", ir a entregarse en manos de ellos (Juan 11: 7-10; Mat. 26: 53, 54).

11. Es decir "si me rindes homenaje como a tu rey" porque Satanás no podía exigir la adoración propiamente dicha; el lazo habría sido demasiado grosero. El Salvador sabía que todos los reinos del mundo le estaban prometidos (Sal. 2: 8); pero ¿cómo debía tomar posesión de ellos? Podía escoger entre estos dos ca-

minos; fundar su reino con potencia y esplendor con medios tomados de la sabiduría del siglo, más aún, con el prestigio de su poder milagroso, que habría fascinado a su pueblo; o fundarlo por el renunciamiento a todo lo que el mundo podía ofrecer, por la humillación, el padecimiento, el sacrificio de sí mismo (v. 3, nota). Satanás le impele hacia el primero de esos caminos, que tan bien responde a las aspiraciones de la humanidad natural. Se presenta a él como el príncipe de este mundo; es realmente el poseedor de los bienes que ofrece, puesto que encarna el espíritu del mundo (Comp. Luc. 4: 6; Juan 12: 31; 14: 30; 16: 11). "Esta proposición no es, como podría creerse, una idea quimérica y sin alcance alguno. Por la seducción del pecado y de sus concupiscencias, el príncipe de las tinieblas reina, en efecto, en el mundo, y no hay duda que, si hubiera querido inclinarse ante ese imperio, Jesús, con dones admirables, habría adquirido inmensas riquezas y honores" (Bovon, *Teol. del N. T.*, I, p. 244). Pero Jesús ha descubierto el lazo del adversario; rechaza toda ambición, todo deseo de grandeza carnal; escoge el camino de la humillación, de la inmolación, de la cruz. En adelante andará por él sin vacilar, pero no sin pasar por muchas luchas (Juan 12: 27; Mat. 26: 38). Es en esta alternativa donde estaba en realidad la esencia de la tentación, y se comprende por qué, según nuestro evangelio, es éste el último de los tres asaltos de Satanás; por eso preferimos el orden de este relato al que hallamos en el evangelio de Lucas.

12. Deut. 6: 13, libremente citado. Esta ley del monoteísmo del Antiguo Testamento, considerada en su sentido absoluto, excluye toda otra adoración y hace de Dios solo el gran móvil de todos nuestros actos. Por primera vez en este relato, Jesús

EL MINISTERIO DEL MESIAS

I. PLAN GENERAL DEL MINISTERIO DE JESÚS

1. Inauguración y bosquejo de la actividad de Cristo.

12-25. REGRESO DE JESÚS. SU MINISTERIO EN GALILEA. VOCACIÓN DE SUS DISCÍPULOS.—1º Después de la prisión de Juan el Bautista Jesús se retira a Galilea; deja a Nazaret y se establece en Capernaúm; así se cumple la promesa hecha por Isaías a la tierra de Zabulón y de Neftalí, de que una grande luz se levantaría sobre ella. (12-17.)—2º Jesús, andando por las márgenes del lago, ve a Pedro y a Andrés su hermano-ocupados en pescar; los invita a seguirle, anunciándoles que los hará pescadores de hombres; ellos obedecen al instante. Más lejos encuentra otros dos hermanos, Jacobo y Juan, a quienes dirige la misma invitación; ellos, dejando todo, se juntan a él. (18-22.)—3º El evangelista presenta un *sumario del ministerio* de Jesús. Jesús recorre toda Galilea, predicando y curando. Su fama se extiende por Siria entera; le son llevados los enfermos de todas partes; grandes multitudes le siguen. (23-25.)

12 Y oyendo que Juan había sido entregado¹⁴ se retiró a Galilea; y dejando a Nazaret llegó y moró en Capernaúm¹⁵, que

llama al tentador *Satanás*, lo que significa Adversario, porque penetra a fondo el fin de las insinuaciones de éste, en el momento mismo en que el enemigo le ofrece sus mayores favores.

13. La victoria es un hecho; Jesús nuevamente se halla en comunión con las potencias celestiales,—los ángeles que le asisten y le sirven (Comp. Juan 1: 52; Lucas 22: 43; 1 Reyes 19: 5). Las más diversas tentaciones se reproducirán durante toda la vida del Salvador (Luc. 4: 13, nota), pero la victoria por la cual ha rechazado definitivamente la idea falsa del Mesías que reinaba en su pueblo y que Satanás le insinuaba, es la prenda de todas sus demás victorias. La potencia de las tinieblas está quebrantada; y el Salvador ha adquirido la fuerza y la simpatía que le permitirán libertar a sus redimidos, cuando éstos sufran la tentación (Heb. 2: 18).

14. Comp. Mar. 1: 14-20; Luc. 4: 14, 15; 5: 1-11.—*Entregado*, es decir, encarcelado. El evangelista relata

más tarde en detalle este grave suceso (14: 1 y sig.; comp. Luc. 3: 19, 20).

15. Mateo, Marcos (1: 14) y Lucas (4: 14) colocan este regreso a Galilea inmediatamente después del bautismo y la tentación de Jesús. Lucas refiere su presencia en Nazaret, que Mateo indica solamente (v. 13). Este relato, que parece omitir diversas circunstancias, es difícil de conciliar cronológicamente con el de Juan, que refiere el regreso de Jesús a Galilea (1: 44), las bodas de Caná (2: 1 y sig.), un viaje a Jerusalén en la fiesta de pascua (2: 13), la conversación con Nicodemo (3: 1 y sig.), una residencia prolongada y un principio de ministerio en la tierra de Judea, donde Juan el Bautista le da un último testimonio (3: 22 y sig.) y, en esta ocasión, el cuarto evangelio observa expresamente que "Juan aun no había sido puesto en la cárcel". Su intención es evidentemente rectificar la confusión que se había producido en la tradición (Comp. Juan 3: 24, nota).

14 está junto al mar, en los términos de Zabulón y de Neftalí¹⁶, para que fuera cumplido lo declarado por medio de Isaías el profeta diciendo: "Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles; el pueblo sentado en tinieblas vió grande luz, y para los sentados en región y sombra de muerte luz para ellos se levantó"¹⁷.

Refiere en seguida un segundo viaje a Galilea a través de Samaria (4: 3 y sig.). Ese regreso tuvo lugar en diciembre (Juan 4: 35). "Manifiesto es, dice M. Godet, que estos dos primeros regresos de Judea a Galilea han sido fundidos en uno por nuestros sinópticos como lo eran probablemente en la tradición, lo que ha hecho desaparecer en la narración ordinaria casi todos los hechos que los habían separado". Esta confusión, ha llevado a los sinópticos a aproximar acontecimientos de épocas diferentes. La mención del regreso de Jesús a Galilea "con el poder del Espíritu" que había recibido en el bautismo y por el cual había vencido en el desierto (Luc. 4: 14), se refiere más bien al primer regreso (Juan 1: 44; 2: 1). La prisión de Juan (v. 12; Mar. 1: 14) fué el motivo del segundo regreso. Este fué seguido de la predicación de Jesús en Nazaret y del traslado del domicilio de Jesús a Capernaúm. El relato de Lucas (4: 16 y sig.) da la razón por la que Jesús dejó a Nazaret, donde había residido antes con sus padres (2: 23).

16. *Capernaúm*, así dicen los manuscritos más antiguos, y se supone este nombre formado del hebreo *Caphar-Nachum*, que significa "lugar de consolación", o, según otros intérpretes, *villa de Nahum*, por alusión al profeta de este nombre. Ese lugar no es conocido en el Antiguo Testamento, pero, era en tiempos del Salvador, una ciudad floreciente de comercio, sobre todo porque, situada en el Nord-Oeste del mar de Tiberias, o lago de Genezaret, se hallaba sobre la ruta de Damasco a Tolemaida. A causa del privilegio que tuvo esta ciudad de ver a Jesús residir en medio de ella, atrajo sobre sí una severa condenación (11: 23). La predicción de Jesús hase cumplido tan bien, que aun los viajeros y los arqueólogos discuten sobre la situación de Capernaúm. Hay que buscarla probablemente en un lugar lla-

mado *Tell Hum*, donde se hallan algunas cabañas levantadas por beduinos entre numerosas ruinas cubiertas de espinas, a un centenar de pasos del lago. (Véase F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7.^a edición, p. 369, y F. Bridel, *La Palestina Ilustrada*, IV). El evangelista aun hace observar que Capernaúm estaba situada sobre los confines de las dos tribus de Zabulón y de Neftalí que ocupaban, en efecto, el Nord-Oeste de la Palestina (Jos. 19: 10 y sig., 32 y sig.). Se ve que, por sus observaciones geográficas, Mateo prepara la cita que va a hacer de la profecía de Isaías.

17. Isa. 8: 23 y 9: 1, libremente citado conforme al hebreo y a los Setenta. Mateo no hace más que repetir, siguiendo al profeta, el nombre de esas regiones sumergidas en profundas tinieblas y destinadas a ver pronto una grande luz. He aquí, según el texto hebreo, la profecía de Isaías: "Porque no siempre habrá tinieblas donde hay ahora angustia. Como los primeros tiempos cubrieron de oprobio la tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí, así los últimos tiempos cubrirán de gloria el camino del mar, la región más allá del Jordán, el distrito de los gentiles. El pueblo que andaba en las tinieblas vió grande luz; la luz resplandeció sobre los sentados en la región de sombra de muerte. Así, todas las comarcas vecinas del Jordán al Este, y del mar al Oeste y hasta el distrito o Galilea de los gentiles, así llamada porque lindaba al Norte con las regiones paganas de Fenicia, tendrán parte en la grande luz anunciada por el profeta. El evangelista ve con razón, en el establecimiento de Jesús en Capernaúm y en el ministerio que iba a ejercer en esas comarcas semipaganas, el cumplimiento de la profecía de Isaías. El sentido histórico y primero de esta predicción se refería a la libertad de ese país oprimido y a menudo devastado por las frecuentes guerras de Israel con los si-

17 Desde entonces empezó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, pues se ha acercado el reino de los cielos¹⁸.

18 Y andando a lo largo del mar de Galilea¹⁹ vió a dos hermanos, a Simón, el llamado Pedro, y a Andrés su hermano, que echaban una red al mar, pues eran pescadores²⁰; y les dice:

rios y más tarde con los asirios. Mas luego, se eleva el profeta al pensamiento de otra liberación (9: 1-7) por el gran Libertador que describe, y que con la libertad trae la luz y la vida. Parece que el evangelista tiene un placer particular en mostrar al Salvador consagrando sus primeros trabajos a las comarcas más oscuras y más miserables; tal fué el carácter de toda su obra: inclinarse hacia los más humildes y "buscar lo que estaba perdido". Algunas versiones francesas (las de Rilliet, de M. Stapfer, de Pau-vey, de Ostervald revisada y de Lausana) vierten por un vocativo las primeras palabras de este pasaje: "¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí!" La ausencia del artículo no lo exige, y el conjunto de la construcción, lo mismo que el texto de Isaías, muestran que estos nombres propios están en nominativo.—Estas palabras: *camino del mar* no deben aplicarse al mar de Tiberias, mas recuerdan que "la ruta real de las caravanas que van de Damasco y de Palmira hacia la costa del Mediterráneo, corta, en su extremidad septentrional el lecho del lago de Genezaret. Se puede uno imaginar cuál debía ser la prosperidad de una región tan privilegiada, y no le extrañará demasiado la inmensa población que parece haberse acumulado allí en el tiempo del dominio romano. Cuando Jesús, rechazado por sus conciudadanos, abandonó a Nazaret y fijó su residencia cerca del lago de Tiberias, no fué, puede creerse, el encanto de la naturaleza, las delicias de ese clima, lo que le atraía hacia esa ribera. El Hijo del hombre venía a buscar y salvar lo que estaba perdido. Lo que sin duda le atraía eran esas grandes poblaciones activas e industriales, pero absorbidas por los intereses groseros de la tierra; eran esas multitudes miserables y errantes como ovejas que no tienen pastor y para las cuales estaba lleno de compasión" (F. Bovet *Viaje a Tierra Santa*, 7.^a edición, p. 353).—Estos tér-

minos *sombra de muerte*, son la expresión enérgica y al mismo tiempo poética de las más profundas tinieblas, tales como las que reinan en la muerte (Sal. 23: 4; Job. 3: 5; 10: 21).

18. Las mismas palabras con que Juan el Bautista resumía toda su predicación (3: 2, notas). Jesús mismo no podía tener acceso a las almas sino despertando ante todo en ellas el sentimiento del pecado y la necesidad de la liberación.

19. *Mar de Galilea*, o de Tiberias, o lago de Genezaret, formada por el Jordán que la atraviesa de Norte a Sur, teniendo veinte kilómetros en su longitud, doce en su mayor anchura, de forma ovalada, rodeada de montañas que la transforman en centro de un pintoresco paisaje. Las aguas del lago son dulces, claras, frescas, abundantes en peces, a menudo violentamente agitadas por los vientos. A todos los privilegios con que le ha embellecido la naturaleza, el lago de Genezaret agrega los inmortales y religiosos recuerdos que ha dejado sobre sus márgenes la presencia del Salvador, que pasó allí la mayor parte de su ministerio. (Véase la interesante descripción que hace de él M. Félix Bovet en su *Viaje a Tierra Santa*, 7.^a edición, p. 347 y sig., y comp. F. Bridel, *La Palestina Ilustrada*, IV)

20. *Simón* era el nombre del discípulo. Había recibido el sobrenombre de *Pedro* en su primer encuentro con Jesús sobre las márgenes del Jordán. Más tarde este nombre le fué confirmado en una circunstancia solemne (16: 18; comp. Juan 1: 43, nota). *Andrés*, su hermano, fué con Juan el primer discípulo de Juan el Bautista que se allegó a Jesús (Juan 1: 35-41). Estos dos hermanos eran de Betsaida (Juan 1: 45). Se entregaban a sus tareas de pescadores en el momento en que Jesús les invita a seguirle. "Si el evangelio fuese de tal naturaleza que pudiese ser propagado y mantenido por potentados, no lo habría Dios confiado a pescadores". *Lutero*.

20 Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres²¹. Y ellos,
21 dejando luego las redes le siguieron. Y pasando de allí vió a
otros dos hermanos, a Jacobo el hijo de Zebedeo y a Juan su
hermano, en el barco con Zebedeo su padre, remendando sus re-
22 des y los llamó. Y ellos, dejando luego el barco y a su padre, le
23 siguieron²². Y recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas
de ellos²³, y predicando el evangelio del reino²⁴, y sanando toda
24 enfermedad y toda dolencia en el pueblo²⁵. Y salió su fama por
toda Siria²⁶; y le llevaron todos los que estaban malos, atacados
de diversas enfermedades y tormentos, endemoniados y lunáticos
25 y paralíticos, y los sanó²⁷. Y le siguieron grandes multitudes de

21. Las circunstancias de la vocación de estos cuatro discípulos (v. 21) han parecido a algunos intérpretes estar en contradicción con el relato de Juan (1: 37 y sig.), en el que la escena pasa en el lugar mismo donde el precursor bautizaba, y antes de su encarcelamiento, mientras que, según Mateo, esta vocación tuvo lugar en Galilea, después de ese suceso. (Comp. v. 12, nota). Objetan además que, según el relato de Juan, Jesús conocía a estos discípulos, mientras que Mateo parece relatar un primer encuentro con ellos. A esto puede responderse que en su primer encuentro con sus discípulos, referido por Juan, Jesús los llamó a la fe; que en éste, que es idéntico a Luc. 5: 1 y sig., los llama al ministerio. Aun puede distinguirse una tercera vocación al apostolado propiamente dicho (Mat. 10: 2-14). Comp. F. Godet, *Comentario de Lucas*, I, p. 345.

22. Se ha inferido de este pasaje que Jacobo, nombrado el primero, era el hermano mayor de Juan. Obedecen inmediatamente al llamado de Jesús, abandonando para seguirle, no solamente su barco y su vocación terrestre, sino también su padre. (Véase la nota precedente).

23. La palabra *sinagoga* significa reunión, asamblea y, por extensión, el lugar de la reunión. Desde el desierto subsistía en las sinagogas, independientemente de las grandes asambleas solemnes en el templo de Jerusalén, un culto que consistía sobre todo en la lectura y la explicación de la ley y los profetas. Cada israelita competente para ello podía tomar la palabra con la autorización del que presidía la asamblea. Jesús,

y después los apóstoles, aprovecharon con frecuencia esta ocasión de anunciar el evangelio a su pueblo. (Comp. Luc. 4: 15, nota).—Véase sobre la organización y la función de la sinagoga, E. Stapfer, *La Palestina en tiempos de J. C.*, p. 322 y siguientes).

24. La buena nueva de este reino de justicia y de paz que venía a fundar sobre la tierra. (Comp. 3: 2, segunda nota).

25. *Predicar y sanar*, tal era la doble acción de Jesús; así se manifestaba como Salvador. Y tal es su doble acción en el mundo moral. Por eso sus milagros, obras de poder y de amor, son llamados, en el Nuevo Testamento, *señales*.

26. Provincia romana de la que formaba parte la Palestina y que comprendía las regiones paganas situadas al Norte de esa Galilea donde Jesús ejercía su ministerio. Su fama se extendió por esas comarcas, y muchos supieron aprovechar el conocimiento que así adquirieron de él. (Véase por ejemplo 15: 21 y siguientes).

27. Entre las diversas clases de enfermedades enumeradas aquí, hay dos que no dejan de ofrecer dificultad en cuanto a su naturaleza: ¿qué debe entenderse por *lunáticos* y *endemoniados*? El primero de estos términos es el participio de un verbo que significa propiamente *estar bajo la influencia de la luna*. Parece designar una categoría especial de epilépticos, sobre cuya enfermedad la luna ejercía, creíase, cierta influencia. Los evangelios nos relatan una sola curación de *lunáticos* (17: 15), y el término no reaparece en el Nuevo Testamento.—En cuanto a los en-

Galilea y Decápolis²⁸ y Jerusalén y Judea y el otro lado del Jordán²⁹.

2. El Cristo enseñando.

A. 1-16. PREÁMBULO DEL DISCURSO DEL MONTE. LAS BIENAVENTURANZAS.—19 Jesús, habiendo subido a una elevada meseta del monte, se sienta, estando a su alrededor la multitud, y empieza solemnemente la enseñanza que sigue. (1, 2).—20 En ocho bienaventuranzas proclama la dicha e indica las cualidades de los que tienen parte en el reino de los cielos. Son en primer lugar los que *aspiran* a los bienes espirituales de este reino: los pobres en espíritu, a quienes su humildad pone en posesión del reino; los que lloran, que hallarán consolación; los mansos, que por su mansedumbre ganarán la tierra; los que tienen hambre y sed de la justicia, que verán satisfecho su ardiente deseo. Son luego los que *poseen* las disposiciones y están en la condición de los miembros del reino: los misericordiosos, que conseguirán misericordia; los de puro corazón, que verán a Dios; los que procuran la paz, que serán llamados hijos de Dios; los perseguidos por causa de la justicia, cuya recompensa será grande. (3-12).—30 La vocación de los hijos del reino es ser la *sal* de la tierra, que jamás debe perder su sabor; la *luz* del mundo, que jamás deba ser escondida. ¡Brille, pues, esta luz para la gloria de Dios! (13-16.)

V. Y viendo las multitudes subió al monte 1; y habiéndose sen-

demoniados, cuyas curaciones tan frecuentemente son relatadas en los evangelios sinópticos, será más a propósito tratar de ellos en ocasión de una de esas curaciones (véase 8: 28 y sig. notas).

28. *Decápolis*, es decir las diez ciudades, era una provincia situada más allá del Jordán, al Nord-Este de la Palestina, y que comprendía diez ciudades principales.

29. Se designaba así a Perea.—El evangelista pone cuidado especial en mostrar esas grandes multitudes que entonces seguían a Jesús, porque ellas constituirán su auditorio para el discurso que va a pronunciar. (Cap. 5-7).

1. Comp. Luc. 6: 20 y sig.—Las multitudes son las que Mateo ha descrito en cap. 4: 25 y que, atraídas por las curaciones que Jesús hacía y por el poder de su palabra, le habían seguido de todas las regiones circundantes, aun de Jerusalén y de Judea. Las curaciones y los milagros de que habían sido testigos, las habían preparado a recibir las asombrosas palabras que van a oír. ¿Cómo habrían podido creer dichosos a aquellos a quienes la experiencia y el buen sentido proclaman desdi-

chados, si no hubieran contemplado las maravillosas obras de redención que Jesús reservaba para ellos? (Comp. Luc. 4: 17 y sig.).—El monte, a pesar del artículo, no designa ninguna elevación particular, sino la altura en general, por oposición a la llanura. Es así como los habitantes de los valles dicen: ir a la montaña, sin indicar con ello un punto especial de la sierra de que se trata. La tradición ha sido más exacta que los evangelistas; ella coloca el monte de las Bienaventuranzas no lejos de la ciudad de Tiberias, situada sobre el borde del lago de este nombre. "Detrás del monte que domina a Tiberias hay una ancha meseta, subiendo con leve inclinación del lado de una roca que constituye la cima. Sobre esta roca habría pasado Jesús la noche en oración y al amanecer habría llamado a sus discípulos y elegido a sus apóstoles. (Luc. 6: 12 y sig.). Luego habría descendido hacia la multitud que le esperaba sobre la meseta, y desde allí habría enseñado al pueblo. La aparente contradicción que existe entre el relato de Lucas y el de Mateo se hallaría así resuelta. Según el primero, Jesús descendió, y es en una

2 tado se allegaron a él sus discípulos²; y abriendo su boca³ les enseñaba, diciendo: Dichosos⁴ los pobres en su espíritu, porque de

llanura donde habría pronunciado su discurso. (Luc. 6: 17, nota). Según Mateo, habría subido sobre un monte con el pueblo. Esto se explica, puesto que Mateo nada dice aquí sobre la oración de Jesús y la elección de los apóstoles; sólo indica el hecho general, la predicación a las multitudes reunidas sobre un monte. Lucas, que refiere un detalle más, nos muestra al Señor subiendo primeramente a la cumbre, luego descendiendo a la llanura, es decir, a la meseta. (Propiamente dice: en un lugar de llanura, pareciendo indicar con ello que no se trata de una llanura propiamente dicha). Al pie de la roca, en lo alto de la meseta, se halla precisamente una pequeña plataforma, una especie de cátedra natural, desde donde fácilmente pudiese ser visto y oído por una grande multitud. Allí habría estado sentado el Señor... Yo me pregunté si sería posible que hubiese sobre las márgenes de ese lago, y aun en toda Palestina, otro monte al que se aplicasen con tal precisión los detalles que podemos recoger a este respecto en Lucas y Mateo". (F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7.^a edición, p. 380 y sig.).

2. Sus discípulos, los que acababa de llamar al apostolado y los que ya habían oído y gustado su palabra, le rodeaban como siempre; pero no significa, como se ha pretendido, que su discurso solamente se dirigiese a ellos, con exclusión de la multitud. (Comp. 7: 28). Sin duda este discurso, que expone los principios espirituales y sublimes del reino que Jesús venía a fundar, no podía ser comprendido por todos, así como sólo puede ser puesto en práctica por aquellos que están animados del espíritu de este reino; pero el Salvador hablaba y enseñaba para el porvenir. Su palabra es una revelación, y cuando su obra haya terminado, esta palabra será transformada en luz y vida en el corazón de sus redimidos.

3. Abriendo su boca, hebraísmo que indica la solemnidad de la acción, la santa libertad de la palabra. (Comp. 13: 35; 2 Cor. 6: 11; Ef. 6: 19). "Aquí hace el evangelista un brillante prefacio para mostrar cómo se dispone Jesús a la predica-

ción: sube a un monte, se sienta, abre su boca; esto es para hacer sentir la seriedad de su acción". *Lutero*.—No hay pues fundamento para ver en las páginas que siguen no un discurso de Jesús sino una compilación del evangelista, que habría tomado los elementos de diversos discursos del Señor, pronunciados en otras circunstancias. Sin duda, la forma bastante distinta bajo la cual presenta Lucas este mismo discurso, ya en la selección, ya en el orden de los materiales, muestra bastante bien que los evangelistas han hecho uso de una santa libertad conforme al plan que se habían propuesto y bajo la dirección del Espíritu de verdad que les animaba. Hay, sin duda, buen número de ideas en este discurso que se hallan también en otros lugares de las enseñanzas del Salvador y con aplicaciones distintas. Pero son, ora expresiones proverbiales, figuras, que ciertamente Jesús podría emplear más de una vez (así v. 13; comp. Mar. 9: 50; 7: 13; comp. Luc. 13: 24; 6: 22; comp. Luc. 11: 34; 6: 24; comp. Luc. 16: 13); ora breves preceptos morales, que naturalmente debían reaparecer también en sus enseñanzas (Así 5: 25; comp. Luc. 12: 53; 5: 32; comp. Luc. 16: 18; 6: 19; comp. Luc. 12: 33). En cuanto a la hermosa exhortación respecto de las inquietudes (6: 25-34), que Lucas presenta en otro lugar (12: 22-31), sería difícil decir en cuál de las dos narraciones se halla mejor. Sea lo que fuere, el modo como el evangelista introduce esta predicación y cuyo efecto describe (7: 28), muestra con evidencia que refiere un discurso solemne y prolongado de su Maestro. ¿Y no estaba en la naturaleza de las cosas que el Salvador, aun curando los enfermos y consolando a los afligidos, aprovechase la ocasión de exponer a esas multitudes que le seguían los grandes y eternos principios morales de su reino? Lo hace, no en las formas lógicas de la escuela, sino con la libertad de movimiento que conviene a una instrucción improvisada, desbordante, pero que, en su conjunto, no carece de una grandiosa unidad.

4. ¡Dichosos! Así empieza el Salvador. "Es ésta una introducción

4 ellos es el reino de los cielos⁵. Dichosos los que están de duelo, 5 porque ellos serán consolados⁶. Dichosos los mansos, porque ellos 6 heredarán la tierra⁷. Dichosos los que tienen hambre y sed de

hermosa, dulce, llena de amor, a su doctrina y a su predicación. No obra, como Moisés o un doctor de la ley, por órdenes, amenazas, terrores, sino de la manera más afectuosa, más apropiada para atraer los corazones, y por promesas de gracia". *Lutero*. Sin embargo, este amor encierra una profunda seriedad, porque aquellos a quienes Jesús declara felices son bien miserables ante el mundo. Sólo son felices a causa de la promesa que acompaña a cada una de estas declaraciones y que la motiva.

5. Los pobres en espíritu son aquellos que se sienten pobres en su vida interna, moral y espiritualmente pobres, y que, por lo mismo, suspiran por las verdaderas riquezas del alma. (El espíritu designa, no el Espíritu Santo, sino la facultad por la cual entramos en relación con Dios y realizamos la vida moral. Comp. 26: 41). La inversa está descrita en Apocal. 3: 17 (Comp. 1. Cor. 4: 8 y sig.). Este sentimiento de pobreza delante de Dios no es aún el arrepentimiento, sino una humildad profunda, dolorosa, que conduce a él (Comp. Isa. 57: 15).—Puede también esta expresión interpretarse en el sentido de designar, no la pobreza moral, sino la pobreza temporal realizada en el pensamiento, si no de hecho. Los pobres en espíritu son "todos los que tienen el espíritu desprendido de los bienes de la tierra", como dice Bossuet, y agrega: "Oh Señor, os lo doy todo: lo abandono todo para tener lugar en ese reino! Me despojo de corazón y en espíritu, y cuando os pluguiere despojarme en realidad, me someteré a ello". (*Meditaciones sobre el evangelio*). Así comprendida, la primera bienaventuranza de Mateo corresponde exactamente a la primera de Lucas (6: 20, nota) y no tiene un sentido casi idéntico al de la cuarta bienaventuranza: "Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia".—Se trate de pobreza espiritual o de pobreza temporal, de humildad o de desprendimiento, o de ambos a la vez, a tal situación corresponde la promesa, o mejor dicho la declaración positiva y actual: porque de ellos es el reino

de los cielos. Este reino (véase sobre esta palabra 3: 2, nota) donde todo es luz, justicia, paz, amor; les está asegurado por la gracia divina con todas sus riquezas. No solamente para el porvenir les es prometido; les pertenece desde ahora. ¡Qué contraste con su pobreza!

6. Los que lloran, o que están de duelo, tristes. La expresión es muy general y no se aplica exclusivamente a los que lloran por sus pecados. Pero como hay en estos afligidos el sentimiento humillante de su pobreza moral (v. 3, comp. Jac. 4: 9), su tristeza es "según Dios" y no "del mundo" y produce "un arrepentimiento para salud" (2: Cor. 7: 10). Por eso serán consolados, puesto que esta tristeza los conduce a la fuente del perdón, de la paz, de la vida (Isa. 61: 2, 3; 66: 2).

7. Palabras tomadas del Salmo 37: 11. Esta mansedumbre este abandono a la voluntad de Dios, en presencia de las violencias, de la injusticia y del odio, es producida en ellos por el humilde y triste sentimiento de lo que les falta (v. 3 y 4). Ella implica el renunciamento a los privilegios y alegrías de este mundo; pero, por una magnífica compensación, los que la practican, heredarán la tierra. La tierra de promisión Canaán, es tomada en su sentido espiritual, y significa la patria celestial, el reino de Dios, cuya posesión está asegurada a aquellos que son mansos. Tal es también el sentido de esta figura en el Sal. 37 y en otros pasajes (Heb. 4; 11: 13-16). Aunque esta promesa no deba realizarse en su plenitud hasta el último día, se cumple desde aquí en el sentido de que "todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios" (Rom. 8: 28), y que "todo es de ellos" (1. Cor. 3: 21). "El mundo emplea la fuerza para poseer la tierra; Jesús nos enseñaba que es ganada por la mansedumbre". *Lutero*.—Excelentes críticos del texto (Lachmann, Tischendorf), fundándose en D., la *siriaca* de Curetón y algunos padres, colocan el v. 5 antes del v. 4, y obtienen este orden que les parece más natural: los pobres, los mansos, los que lloran, los

7 la justicia, porque ellos serán hartados⁸. Dichosos los misericor-
8 diosos, porque ellos alcanzarán misericordia⁹. Dichosos los pu-
9 ros en su corazón, porque ellos verán a Dios¹⁰. Dichosos los pacifi-
10 cadores, porque serán llamados hijos de Dios¹¹. Dichosos los
perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino

que tienen *hambre y sed de la justicia*. La progresión es más impresionante. Sin embargo, los testimonios invocados no bastan para justificar esta transposición, o al menos la dejan en duda.

8. Esta *hambre* y esta *sed* de los bienes espirituales que les faltan, de la verdadera *justicia* interna de que se sienten privados, de una vida conforme a la voluntad de Dios, nacen en ellos de las disposiciones descritas en los versículos precedentes. Esta hermosa y enérgica figura del hambre y de la sed, expresión de una necesidad imperiosa, de un ardiente deseo de vida, aparece a menudo en la escritura (Sal. 42: 3; 63: 2; Isa. 41: 17; Juan 7: 37; Apoc. 22: 17). Toda alma que la experimente ante Dios será *saciada*, saciada de *justicia*, puesto que de justicia tiene hambre y sed. Las revelaciones posteriores del evangelio le enseñarán cómo lo conseguirá (Rom. 3: 21-30; Fil. 3: 9; etc.). Ver ya en el sermón del monte la doctrina de la justificación por la fe, sería una anticipación que la exégesis no debe permitirse (Comp. 6: 33). Solamente se puede decir con Lutero que todas las promesas que aquí hace el Salvador suponen la fe para apropiárselas.

9. Los *misericordiosos* son aquellos que no solamente piensan en su propia miseria, sino que padecen por la miseria de sus hermanos. Es necesario haber sentido su propia miseria, haber sufrido por sí mismo, para poder simpatizar con el padecimiento ajeno. Es necesario haber sido uno mismo objeto del amor infinito de Dios para poder amar a los demás y practicar a su respecto la caridad. Tal es el doble pensamiento que une esta bienaventuranza a las precedentes. Está también ligada a ellas por esta consideración: que aquéllos a quienes Jesús llama a la dicha de ser sus discípulos tendrán aún necesidad de *alcanzar misericordia* en el día del juicio supremo, pues aunque seguros del reino de los cielos, aunque consolados y hartos de

justicia, habrá aún en sus vidas muchos errores e imperfecciones a cubrir. Les será perdonado y alcanzarán misericordia si ellos la hubiesen tenido (6: 14, 15; 18: 32-35; 25: 31 y sig.; Luc. 6: 35-38; 14: 12-14; Jac. 2: 13).

10. El *corazón* es, según la escritura, el órgano de la vida moral. Ser *puro de corazón*, es, por oposición a obras exteriores, ser libertado de toda impureza, de toda falsedad, de toda injusticia, de toda malicia, en este centro íntimo de los pensamientos y de los sentimientos. Tal no es el estado moral del hombre natural (15: 19). Cómo se llega a esta pureza, será también revelado más tarde, cuando el Salvador haya cumplido su obra de redención (Comp. 1. Cor. 6: 11).—Respondiendo cada promesa perfectamente a la disposición descrita en cada bienaventuranza, los que son puros de corazón son *dichosos*, porque ellos *verán a Dios*. Es decir que vivirán desde aquí en su comunión, y le contemplarán un día inmediatamente en la hermosura suprema de sus perfecciones, fuente inagotable de la felicidad del cielo (1. Cor. 13: 12; 1 Juan 3: 2; Apoc. 22: 4; comp. 2. Cor. 3: 18). Pasajes tales como Ex. 33: 20; Juan 1: 18; 1. Tim. 6: 16, no están en contradicción con esta gloriosa promesa, porque la imposibilidad de *ver a Dios* que es espíritu, se refiere a la economía presente de la carne, y cesará en la perfección y en la gloria.

11. *Los que hacen la paz* (tr. literal). Los que no solamente son pacíficos, sino que, después de haber hallado la paz, se esfuerzan por procurarla a los demás, y restablecerla entre los hombres donde ella no existe.—Son *dichosos* porque *serán llamados* con este dulce y glorioso título: *hijos de Dios*. Este título expresa una profunda realidad; porque estos hijos de Dios al procurar la paz, tienen un rasgo de semejanza con su Padre que es "el Dios de paz" (Rom. 16: 20; 2. Cor. 13: 11), obran según su Espíritu. Ellos son,

11 de los cielos¹². Dichosos sois cuando os vituperaren, y os persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros por causa de mí,
12 mintiendo¹³. Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros¹⁴.

13 Vosotros sois la sal de la tierra; mas si la sal perdiera su sabor ¿con qué será salada? Para nada sirve ya sino para,
14 echada fuera, ser hollada por los hombres¹⁵. Vosotros sois la luz

pues, hijos de Dios, pero además serán *llamados* tales; su título será reconocido por Dios y por todos.

12. La *justicia* significa la misma cosa que en el v. 6; sólo que la palabra está tomada en un sentido objetivo. *Por causa de la justicia* no difiere, pues, en el fondo, de esta otra expresión: *Por causa de mí* (v. 11). Cristo es el representante, el poseedor, el dispensador de la justicia.—Los *perseguidos* por causa de él, son *dichosos*, porque *de ellos es el reino de los cielos* (v. 3, nota). En la octava bienaventuranza, Jesús vuelve, pues, a la primera (lo que hace que varios intérpretes sólo cuenten siete, pero erróneamente).—Cierra así un ciclo armónico de experiencias y de promesas. Las cuatro primeras conciernen a los que, en sus profundas necesidades, *buscan*; las cuatro últimas, a los que han *hallado* y que ya desarrollan cierta actividad en el reino de Dios. Cada promesa, fuente de la *dicha*.—(*dichoso!*), respondiendo exacta y abundantemente a cada estado de ánimo descrito, hace resplandecer un rayo de la gloria del reino de los cielos: a los afligidos, la consolación (v. 4); a los mansos, la posesión de la tierra (v. 5); a los hambrientos, la hartura (v. 6); a los misericordiosos, la misericordia (v. 7); a los puros de corazón, la visión de Dios (v. 8); a los que hacen la paz, el hermoso nombre de hijos de Dios (v. 9). Pero en la primera y en la última bienaventuranza, Jesús, que es el Señor del reino de los cielos, lo concede por entero a los pobres y a los perseguidos (v. 3 y 10); y allí solamente habla, no en futuro, sino en presente: este reino es de ellos.—Los v. 11 y 12 son solamente el desarrollo del versículo 10.

13. Una variante suprime la palabra *mintiendo*. No es bastante autorizada para ser admitida. Es necesari-

rio notar esta sublime expresión sobre la cual recae el acento: *por causa de mí*. ¿Quién es, pues, Aquel por el cual los cristianos deben soportar las injurias y la persecución?

14. La *recompensa*, que en nada debilita la verdad de la salvación por gracia, por la fe (Rom. 4: 4, 5), es *grande* en proporción de la fidelidad y del amor con que los discípulos de Jesús habrán padecido por su nombre. Sin embargo, ningún cristiano busca esta recompensa fuera de Dios y de la dicha de servirle; sin ello, perdería lo que constituye la grandeza y la dulzura de ella. (20: 1 y sig.)—El Salvador muestra a sus discípulos perseguidos un motivo de gozo en la idea (*pues*) que tienen este punto de semejanza con los *profetas* que los han precedido. (Véase 1 Reyes 18: 22; Jer. 26: 11 y sig.; 37: 15 y sig.; 38: 4 y sig.; Heb. 11: 36 y siguientes).

15. Jesús, después de haber, en las bienaventuranzas, caracterizado a los que son hijos de su reino y haberles predicho inevitables persecuciones en un mundo enemigo de Dios (v. 10-12), quiere hacerles sentir ahora (v. 13-16) la seriedad de su posición, la grandeza de su vocación a fin de que, lejos de dejarse abatir por la oposición, se hagan al contrario más valientes y fieles para ejercer la santa influencia que son llamados a tener. Ellos son entre los hombres la *sal*, la *luz*. Alejar la corrupción (Ex. 30: 35; 2 Reyes 2: 19-22), hacer sanos y sabrosos los alimentos (Job. 6: 6), tal es el destino de la *sal*. (Comp. Marcos 9: 49, 50; Luc. 14: 34; Col. 4: 6). El sentido espiritual de la figura es evidente. Los discípulos mismos de Jesús son la *sal de la tierra*, destinada a penetrar toda la masa de la humanidad (Véase "luz del mundo", v. 14). Pero si la misma sal llegase a *perder su sabor* (gr. *se hiciere insípida*), nada

del mundo ¹⁶. No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte ¹⁷; ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el almud, ¹⁶ sino sobre su pie, y brilla para todos los que están en la casa. Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro padre que está en los cielos ¹⁸.

B. 17-48. LA LEY CUMPLIDA POR JESUCRISTO. REFORMA DE LA VIDA MORAL.

—^{1º} *La posición de Cristo respecto de la ley del antiguo Pacto*: No ha venido para abolir, sino para cumplir; ningún punto de la ley divina pasará hasta que todo haya sido cumplido; violarla u observarla es ser pequeño o grande en el reino de los cielos, y no entrarán allí aquellos cuya justicia no sobrepujare a la de los fariseos. (17-20.)—^{2º} *¿Cuál es esta justicia superior?, ¿cómo debe interpretarse la ley?* Jesús lo enseña por una serie de ejemplos tomados de la ley moral. *Primer ejemplo*, interpretación del quinto mandamiento. La ley dice: *No matarás*, y el homicida es punible por el tribunal. Pero yo os digo que la ira, o palabras de desprecio u odio contra un hermano son una violación de la ley y merecen la condenación. Ningún acto de piedad es posible con estos sentimientos: ve primero a reconciliarte con tu hermano. Conciliate pronto con tu adversario, mientras hay tiempo, para no ser condenado. (21-26.)—^{3º} *Segundo ejemplo*, interpretación del sexto

podría devolvérselo, se hace una materia inútil, y su destino ha fallado. En su sentido espiritual y moral, la idea es terrible. Jesús no dice que eso sucederá a sus discípulos; pero supone la posibilidad.

16. ¡Palabras sorprendentes porque el Salvador se las aplica a sí mismo! (Juan 8: 12; 9: 5; 12: 35). En un sentido absoluto, él solo es la luz del mundo que ha brillado en nuestras tinieblas. Sus discípulos, iluminados por él, reflejan su luz. (Ef. 5: 8; Fil. 2: 15).

17. En Palestina las ciudades están ordinariamente edificadas sobre la cumbre o la falda de una montaña; quizás tenía Jesús una ante sus ojos, que mostraba con la mano. (Véase F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7ª. edición, p. 382 y sig.) Esta figura tiene el mismo sentido que la siguiente. La vida de la iglesia, la vida del alma, no puede y no debe ser ocultada en este mundo.

18. Esta figura: poner la luz bajo el almud, no ofrece al espíritu idea alguna conforme a nuestras costumbres actuales. Muy distinto ocurre en las campañas del Oriente. Henos aquí en el único cuarto que alberga a toda una familia: "No hay más luz que una pequeña lámpara, formada simplemente por un platillo lleno de aceite. En defecto de mesa, es colo-

cada sobre un almud puesto boca abajo... Es éste el único utensilio de una casa de aldeanos, tal como la que tengo ante mí. Sirve alternativamente de mesa y de fuente, porque en este mismo almud, semejante a los que se usan entre nosotros, nos será traída al punto la leche cuajada que constituye la cena de la familia". (F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7ª. edic., p. 312). De ahí el artículo, el almud, porque no hay más que uno.—Este versículo es la aplicación de los principios que preceden: *Vuestra luz*: no es *nuestra* sino cuando nos la hemos apropiado vivamente; entonces *brilla* por sí misma *ante los hombres*, que *ven*, no solamente doctrinas u opiniones religiosas, sino *vuestras buenas obras*, todo el conjunto de una vida cristiana, la santa verdad cuyo carácter es esencialmente moral y práctico. Los hombres que vean esas obras, *glorificarán*, no a vosotros (si tal fuese vuestro propósito secreto, la luz se debilitaría, las buenas obras se tornarían malas), sino a *vuestro Padre que está en los cielos*, a quien se verán obligados a atribuir el testimonio de una vida santificada. (1. Pedro, 2: 12).—¿Hallarás una contradicción entre estas palabras y las del cap. 6: 1-6? El discernimiento espiritual es el que debe indicar la conciliación.

mandamiento. La ley dice: *No cometerás adulterio*; pero yo os digo que mirar a una mujer con mal deseo es violar el mandamiento. Del corazón debe desarraigarse el mal, aunque fuese por un sacrificio semejante al de arrancarse un ojo o cortarse una mano. Así también, la ley permite el *divorcio*; pero yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, excepto en caso de infidelidad, la expone a hacerse adúltera. (27-32.)—^{4º} *Tercer ejemplo*: la ley prohíbe, el perjurio y ordena cumplir fielmente los juramentos; pero yo os digo: No juréis de ningún modo, ni por objetos sagrados, ni por cosas terrenas, sino contentaos con afirmar la verdad por un sí o un no. (33-37.)—^{5º} *Cuarto ejemplo*. Fué dicho: *Ojo por ojo, diente por diente*; pero yo os digo: No resistáis al malo, sufrid injurias y pérdidas, dad y prestad con liberalidad. (38-42.)—^{6º} *Quinto ejemplo*. Fué dicho: *Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo*; pero yo os digo; Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os maldicen y os persiguen, y orad por ellos, para que así seáis hijos de vuestro Padre, que da a todos pruebas de su bondad. Amar a los que os aman, ¿qué recompensa merece? La meta suprema es la *perfección* misma de Dios. (43-48.)

17 No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir ¹⁹, pues en verdad os digo: Hasta que pasen el cielo y la tierra, una sola iota o un solo tilde de ¹⁹ cierto no pasará de la ley hasta que todo sea hecho ²⁰. Cualquiera,

19. La conexión de la parte del discurso que comprende los v. 17-48 con lo que precede, no es evidente; muchos intérpretes piensan que ni hay que buscarla, sino ver aquí el punto de partida de un pensamiento nuevo, que es el principal del sermón del monte. Sin embargo, si consideramos que el Salvador ha caracterizado los verdaderos miembros de su reino, los que tienen hambre y sed de la justicia (v. 6) y cuyas buenas obras deben ver los hombres (v. 16), y que expone ahora el espíritu y la práctica, de esa verdadera justicia tal como la formula la ley divina (v. 21 y sig.), nos convenceremos de que existe entre estas dos ideas fundamentales una relación íntima. Tanto mejor se comprende desde este punto de vista la solemne declaración de que él, el Mesías, *no ha venido*, no ha entrado en su ministerio para *abolir la ley o los profetas*, como pensaban los judíos, que esperaban que su Mesías transformaría toda la ley. La ley y los profetas, es toda la economía mosaica y todas las revelaciones del antiguo pacto, ya como instituciones, ya como santas escrituras (7: 12; 22: 40; Luc. 16: 16). El Salvador nada quiere *abolir*, derogar (gr. *desligar*, disolver, destruir, v. 19), sino *cumplir*

todo. Y lo ha hecho en todo sentido: 1.º Ha enseñado, revelado el sentido completo y espiritual de la ley divina, que el fariseísmo había materializado por su doctrina de las observancias externas (v. 20, 21 y sig.) 2.º El mismo ha cumplido perfectamente la ley con su vida santa. 3.º Él ha realizado, por toda su obra y sobre todo por su muerte, la idea completa del antiguo pacto, con sus tipos, sus figuras, sus sacrificios, sus promesas y sus esperanzas. (Rom. 10: 4; Heb. 10: 1; véase sobre todo Juan 19: 30). Este cumplimiento es realizado por el evangelio de Cristo a su vez en un sentido más elevado, más perfecto, en el corazón de los creyentes. (Rom. 3: 31). Así ha cumplido Jesús la ley y los profetas de una manera orgánica y viva, como la flor cumple el brote, y como el fruto cumple la flor. Y dirigiendo nuestras miradas más allá, podemos esperar aún para el porvenir el *cumplimiento* de lo más excelente en la economía presente, nuestra comunión con Jesús (Luc. 22: 16), el gozo de sus redimidos (Juan 15: 11).

20. Gr. *que todo acontezca*, sea realizado, haya sido hecho, en el sentido indicado en el versículo precedente. Estas palabras confirman la profunda verdad del v. 17 (*pues*), y eso por

pues, que violare uno solo de estos mandamientos muy pequeños y así enseñare a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los observare y enseñare, **20** éste será llamado grande en el reino de los cielos ²¹. Os digo, en efecto, que si no abundare vuestra justicia más que (la de) los escribas y fariseos, de cierto no entraréis en el reino de los cielos ²².

21 Habéis oído que fué dicho a los antiguos: "No matarás; mas **22** cualquiera que matare será punible por el tribunal" ²³. Mas yo

esta afirmación solemne: *en verdad*, hebreo: *amén*, verdad, palabra conservada en la traducción griega que los evangelistas nos dan de los discursos de Jesús. Esto indujo a los autores de la versión de Lausana a conservarla también en su forma hebreaica.—Estas palabras: *hasta que pasen el cielo y la tierra*, son consideradas por unos como una expresión proverbial que significa *jamás*; por otros como expresando que, aun entonces, nada pasará de la ley, sino que todo será realizado en su perfección. Este último sentido es el verdadero. (Comp. 24: 35; Luc. 16: 17).—Una *iota* es el nombre griego de la letra *i* que, en el alfabeto hebreo, es la más pequeña de todas.—Un tilde designa ciertos palotes o ganchos que distinguen unas de otras las letras hebreas. Estas figuras significan que ninguna parte de la ley pasará sin haber sido cumplida. Pero el mismo cumplimiento hace inútil la forma precedente, el fruto reemplaza a la flor, la gracia y el amor substituyen la ley en la vida del cristiano, la realidad sucede a las sombras y a las figuras de la ley ceremonial, y un día la perfección seguirá a todo lo que poseemos hoy. (1 Cor. 13: 9-12).

21. Uno de estos *pequeñísimos mandamientos*, es lo que Jesús acaba de designar como una *iota* o un tilde. *Violarlo o abolirlo* así de hecho (misma palabra que v. 17) y *enseñar* a los demás a hacerlo, es exponerse a no ocupar sino un lugar muy inferior en el *reino de los cielos*.—La expresión de que Jesús se sirve; *será llamado muy pequeño en el reino de los cielos* no significa que será excluido de la felicidad eterna (Agustín, Lutero, Calvino), este sentido es contrario a los términos empleados; no significa que solamente tendrá una pequeña parte de la dicha venidera (Meyer), porque el evangelio

no enseña que haya diversos grados en esa felicidad. Significa que solamente tendrá una parte mínima y un papel inferior en el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra (B. Weiss). El que cree poder trabajar en la obra de este reino más eficazmente eximiéndose de la obediencia a los mandamientos que le parecen secundarios, aboliéndolos en su conducta y sus preceptos, se engaña. Es la fidelidad en las cosas pequeñas, el cumplimiento escrupuloso del deber humilde, lo que hace apto para el reino de Dios. Es necesario, por otra parte, considerar estos mandamientos en su espíritu y en su conjunto, que forma un todo inviolable, la voluntad de Dios. (Comp. Jac. 2: 10).

22. Véase sobre los *escribas*, cap. 2: 4, nota; **23: 2**, nota; y sobre los *fariseos* cap. 3: 7, nota. Estas palabras indican lo que Jesús entiende, en los vers. precedentes, por el cumplimiento de la ley, e introducen el discurso siguiente, sobre el modo de interpretar la ley. Sus discípulos deben realizar una *justicia* muy superior a la justicia externa, superficial y formalista de los fariseos, cuya insuficiencia va a hacer resaltar. En el sermón del monte no dice por qué medios podrán sus discípulos obtener esa justicia superior. No debe deducirse de esta expresión aislada que en algún caso, por su propia justicia, el hombre pudiese entrar en el *reino de los cielos*.

23. Tal es el primer ejemplo con que Jesús va a hacer comprender a sus discípulos cuál es, en su extensión y su profundidad, la verdadera justicia, tal cual la establece la ley considerada no en su letra, sino en su espíritu (v. 20). Los judíos *oían* la lectura de la ley cada sábado.—Los *antiguos* son todas las generaciones precedentes a las cuales Moisés

os digo que todo el que se aira contra su hermano será punible por el tribunal; y cualquiera que dijere a su hermano: ¡Raca! será punible por el sanedrín; y cualquiera que le dijere: ¡Necio! **23** será punible en el gehena del fuego ²⁴. Si ofrecieres, pues, tu don en el altar y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra **24** ti, deja allí tu don delante del altar, y ve primero, reconcíliate **25** con tu hermano, y entonces ve y ofrece tu don ²⁵. Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino;

sés y los doctores que le sucedieron (**23: 2**) enseñaron la ley. El mandamiento citado es de Moisés (Ex. 20: 13), y las palabras que están agregadas: *el que matare...* es una determinación de los intérpretes, fundada por otra parte en la legislación mosaica. El *juicio* ante el cual el asesino era *punible* (gr. *sujeto, culpable*), era un *tribunal* secundario, establecido en cada distrito. (Deut. 16: 18; 2 Crón. 19: 5). A eso se limitaba, en la interpretación farisaica, todo el significado de ese mandamiento; todo el que no lo había violado en su letra, podía creerse inocente; *mas...* (v. 22).—Algunos intérpretes traducen: "fué dicho por los antiguos", en vez de "a los antiguos"; sentido gramaticalmente posible, pero contrario al uso de esta expresión en el Nuevo Testamento. Lo mismo en el resto del discurso.

24. ¡Qué autoridad en este contraste: *Pero yo os digo!* Este mandamiento, lo mismo que todos los demás, puede ser violado en el corazón por las pasiones: la ira, el odio, el desprecio; y esta violación merece, ante la justicia divina, el mismo castigo que el homicidio propiamente dicho. El Salvador establece diversos grados en la transgresión, como también en la pena en que hace incurrir. Desde luego la *ira* contra un *hermano* al que debería amarse (es necesario suprimir esas palabras *sin causa* que agrega el texto recibido con *D*, varias mayúsc., las versiones sirias y algunos padres); luego la expresión de esa ira por palabras de odio o de desprecio. *Raca*, término injurioso que en hebreo arameo significa *cabeza hueca*, hombre inútil, canalla. *Necio*, en un sentido moral, significa impío, ateo (Salmo 14:1). Es una especie de maldición inspirada por el odio (comp. 1 Juan 3: 15).—En cuanto a la pena igualmente graduada que corresponde a estas

violaciones de la ley, Jesús la indica por figuras tomadas de la justicia penal de su época y de su pueblo. En efecto, no quiere decir que el que manifiesta esos malos sentimientos del corazón, deba ser castigado por los diversos tribunales que va a nombrar, sino que es tan culpable como aquellos que comparecen ante ellos. El *tribunal* designa el inferior mencionado en el v. 21. El *sanedrín*, autoridad suprema de la nación, estaba compuesto de 71 miembros, ancianos, escribas y sacerdotes, bajo la presidencia del sumo sacerdote (21: 23; Luc. 22: 66; Act. 5: 21). Entendía en todas las causas religiosas, civiles o criminales; en estas últimas, de que se trata aquí, servía de cámara de apelaciones. El nombre de *gehena del fuego* provenía del valle de Hinnom (hebreo, *Gué-Hinnom*), que rodeaba a Jerusalén por el costado Sur y en el que en otro tiempo se había celebrado el culto de Moloc. Desde el tiempo de Josías (2 Reyes 23: 10) se arrojaban allí, para profanarlo, los cuerpos de los animales muertos y de los ejecutados, y se mantenía allí un fuego para consumirlos. Ese lugar habíase convertido así en una figura del infierno, y en este sentido emplea el Nuevo Testamento este término (comp. Jer. 7: 31, 32; 19: 2; Mar. 9: 43-48).

25. La partícula *pues* muestra que estas palabras son una conclusión de lo que precede y que la orden aquí dada corresponde a la observancia del mandamiento (v. 21). Jesús supone el caso de un hombre que, ocupado ya en el templo en preparar una *ofrenda*, un sacrificio (gr. *un don*), allí, bajo la impresión de la santidad de su acto, *recuerda* que su *hermano* un hombre cualquiera, tiene *algo*, algún resentimiento *contra él*. ¡Es porque él ha ofendido a ese hermano? Puede suponerse, se admite generalmente, pero Jesús no lo

no sea que te entregue el adversario al juez, y el juez al alguacil, 26 y seas echado a la cárcel²⁶. En verdad te digo: De cierto no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante²⁷.

27, 28 Habéis oído que fué dicho: "No cometerás adulterio"²⁸.

Mas yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla, 29 ya cometió adulterio con ella en su corazón²⁹. Si tu ojo, pues, el derecho, te hace tropezar³⁰, arráncalo y échalo de ti, pues te con-

dice; se puede, pues, suponer también que le impone el deber de la reconciliación, aun en el caso en que en nada hubiese él contribuido a la ruptura con su hermano. Sea lo que fuere, el Salvador no admite que ese hombre pueda entrar en comunión con Dios por medio de su ofrenda, por la oración, mientras no esté reconciliado con su hermano; y toda conciencia cristiana confirma este juicio.

26. Este v. 25 es la consecuencia inmediata del v. 24. Jesús recomienda aún el deber de la reconciliación, pero bajo otro aspecto. Supone dos *adversarios*, un acreedor y un deudor (v. 26); el primero lleva al otro ante el juez para hacerse pagar, como se hacía entre los antiguos. El consejo que da el Señor al que va a ser acusado es de ponerse pronto de acuerdo con su adversario mientras está en camino, es decir, mientras hay aún tiempo. Si no lo hace, corre el riesgo de ser entregado al juez, luego al alguacil (ejecutor del juicio), y ser echado a la cárcel. ¿Es ése todo el sentido de esta exhortación? En ese caso sólo encerraría un buen consejo de prudencia, de sabiduría en los negocios de esta vida, y es así cómo lo entienden algunos intérpretes. Pero como Jesús exhorta aquí a sus discípulos a la reconciliación con sus hermanos, y esto a causa de su responsabilidad ante Dios (v. 23, 24), es evidente que nuestro v. 25 es una figura, una parábola que presenta un sentido religioso más elevado. Todos los hombres están en camino hacia el juez, que es Dios; todos han cometido injusticias contra sus hermanos de las que les será pedida cuenta, y que bastarían para hacerlos condenar; y si es imposible aún el llevar a Dios una ofrenda sin estar reconciliado con un hermano ofendido, ¿cómo esperar ser absuelto ante el tribunal celestial? No habría más perspectiva

que la *cárcel*, es decir, no el purgatorio, según los intérpretes católicos, no el *hades* o lugar invisible de espera, según otros, sino el castigo, como resulta claramente de la figura empleada.—Se ve cuán armónica y profundamente entra esta sería parábola en el discurso de Jesús, y que indebidamente piensan algunos intérpretes que Mateo la ha intercalado arbitrariamente aquí, porque Lucas le asigna otro lugar en su evangelio (Luc. 12: 58, 59). ¿Por qué no admitir más bien que esta corta enseñanza parabólica puede haber sido presentada más de una vez?

27. *Cuadrante*, palabra latina que significa el cuarto de un as o sueldo romano, es decir, algo más de un céntimo.—En el sentido literal de la parábola, quizás hubiera sido posible al deudor pagar toda su deuda. En el sentido espiritual, después del juicio de Dios, no lo podrá jamás, (Comp. 18: 34).

28. Ex. 20: 14. Segundo ejemplo de la verdadera interpretación de la ley (v. 21). Las palabras que siguen muestran que aquí también la moral farisaica no veía la violación del mandamiento más que en el acto material del *adulterio*. Se sabe también que los doctores judíos juzgaban de manera muy distinta los malos pensamientos y sentimientos del corazón que no se convierten en acciones.

29. ¿En qué consiste el *adulterio* cometido en el corazón? No en la mirada solamente, sino en el asentimiento de la voluntad a la concupiscencia. Esto es lo indicado por estas palabras: *para codiciarla*. Todo hombre que mira a una mujer con tales disposiciones, ya peca. Todo pecado de intención, cuya consumación es impedida por las circunstancias, está cometido ante los ojos de Dios que "mira el corazón".

30. Gr. *te escandaliza*, es decir, es para ti una ocasión de caída. La palabra griega *escándalo*, en su senti-

viene que perezca uno solo de tus miembros y no sea todo tu 30 cuerpo echado al gehena. Y si tu mano derecha te hace tropezar córtala y échala de ti, pues te conviene que perezca uno solo de tus miembros y no vaya todo tu cuerpo al gehena³¹.

31 Fué dicho también: "Cualquiera que repudiare a su mujer 32 déle carta de divorcio." Mas yo os digo que todo el que repudia a su mujer, excepto por causa de fornicación, la hace cometer adulterio; y cualquiera que se casare con una repudiada comete adulterio³².

do literal, significa un obstáculo material puesto al paso de alguien para hacerle caer. El sentido espiritual o moral es, pues, evidente (véase 16: 23; 18: 8, etc.) El precepto que Jesús agrega (v. 29, 30) al sexto mandamiento es semejante, como lo observa Weiss, al que agrega al quinto (v. 24-26). Allí se trataba de sentimientos de amargura y de las disposiciones de un corazón no reconciliado que vienen espontáneamente a la memoria; aquí se trata de la concupiscencia impura, que, en estado latente en el corazón, es excitada sin que haya concurso de la voluntad Jesús indica qué medidas radicales es necesario tomar en este caso.

31. Aunque esta enérgica figura sea susceptible de aplicaciones muy diversas y la haya empleado Jesús más de una vez (18: 8; Mar. 9: 47), se ve, desde luego, cuál es su relación con la idea del v. 28. En ciertas enfermedades peligrosas se consiente en sufrir la amputación de un ojo, de una mano, de un miembro, aunque sea muy necesario, para salvar la vida de todo el cuerpo. Así el renunciamiento más absoluto, el sacrificio más doloroso, vale más (gr. *te conviene*) que el ser todo tu cuerpo arrojado al gehena. (Véase sobre esta última palabra v. 22, nota, y sobre la idea 16: 24-26; 19: 29).

32. Tercer ejemplo. Esta enseñanza del Salvador sobre la santidad del matrimonio se halla en otro lugar también, provocada por una pregunta que le fué dirigida (19: 3 y sig.); pero muy bien puede haber sido ya dada aquí, en ocasión de la instrucción que precede sobre el adulterio. La prescripción mosaica que Jesús cita (v. 31) se halla en Deut. 24: 1. Ella permitía el divorcio: la *carta* o (gr.) *el acta de repudio* que daba, en este caso, el marido a su mujer, com-

probada oficialmente la separación. Los judíos, en tiempos de Jesús, abusaban de esta autorización cuyos términos eran algo vagos. La escuela más estricta de Schammai solamente admitía el adulterio como causa de divorcio; pero otros rabinos interpretaban el texto mosaico: "Si ella no ha hallado gracia en tus ojos", diciendo: "Si alguno ve una mujer más hermosa que la suya, que repudie la suya" (E. Stapfer, *La Palestina*, p. 150 y sig.)—Jesús, que juzga al mandamiento mismo de Moisés (19: 8), reacciona enérgicamente contra la práctica relajada de sus contemporáneos (v. 32; 19: 9). Solamente admite un caso que legitime el divorcio: la *fornicación*; es decir, para la mujer casada, el adulterio, que quebranta y destruye de hecho el vínculo conyugal. Y aun excelentes intérpretes (B. Weiss), consideran que Jesús no da aquí como motivo de divorcio el adulterio, sino que solamente quiere decir: el que repudia a su mujer, la expone a hacerse adúltera, a menos que por la fornicación, ella ya se haya hecho tal.—Si admitimos la primera explicación, que parece más natural, Jesús establece estos dos principios: el que repudia a su mujer por los motivos fútiles entonces considerados suficientes, *la convierte en adúltera*, por la libertad que le da de volverse a casar, mientras que de derecho es la mujer de otro; y aquel que se casa con una mujer así separada comete el mismo pecado, por la misma razón. Pero se plantea una cuestión: si la separación ha tenido lugar por causa de adulterio, y así el divorcio es legal, ¿lo será también un segundo matrimonio? Unos, basados en este texto, responden sí; y tal es la opinión que ha prevalecido en la iglesia y en las legislaciones de los países

33 También habéis oído que fué dicho a los antiguos: "No te
34 perjurarás, mas pagarás al Señor tus juramentos"³³. Mas yo
os digo que no juréis de ningún modo: ni por el cielo, porque
35 trono es de Dios; ni por la tierra, porque estrado es de sus pies;
36 ni por Jerusalén, porque ciudad es del gran Rey; ni por tu ca-
beza jures, porque no puedes hacer blanco un solo cabello, o
37 negro. Mas sea vuestra palabra: Sí, sí; no, no; pues lo añadido
a esto del maligno procede³⁴.

protestantes, que también han esta-
tuido otras causas legítimas de di-
vorcio; los otros, basándose en los
pasajes paralelos (Luc. 16: 18; Mar.
10: 11), donde no figura la causa ex-
cepcional admitida aquí (*excepto por
causa de fornicación*), responden no,
y consideran el matrimonio después
del divorcio como prohibido de mo-
do absoluto. Tal es la opinión y la
práctica de la iglesia y de las legis-
laciones católicas, que en ningún ca-
so autorizan el divorcio, sino sola-
mente la separación. La cuestión es
compleja; Jesús no ha pretendido
agotarla aquí, puesto que no habla
más que de la mujer, quien tiene,
sin embargo, los mismos derechos, y
de ningún modo del marido, quien
puede tener las mismas faltas. (Véa-
se, sin embargo, Marcos 10: 12, no-
ta). El apóstol Pablo presenta del
mismo modo los dos aspectos del
asunto: la práctica más severa (1
Cor. 7: 10, 11) y el punto de vista
más moderado (v. 15). Pero allí sólo
habla de la separación, y no de
segundo matrimonio. (Véase 19: 9,
nota).

33. Cuarto ejemplo. Esta cita no
se halla literalmente en ninguna par-
te del Antiguo Testamento, pero la
idea aparece en varios pasajes. Así
la prohibición del perjurio o falso
juramento está contenida en Lev. 19:
12, y el deber de *cumplir al Señor
sus juramentos*, o sus votos, o sus
promesas, se halla prescrito en Deut.
23: 21. Sobre este asunto también ha-
bía entre los judíos perniciosos abu-
sos demasiado perpetuados entre los
cristianos.

34. ¿Qué es lo que el Salvador en-
seña a sus discípulos respecto del
juramento? Sus palabras son tan cla-
ras y tan precisas, que la exégesis no
podría vacilar un instante. A las
prescripciones y costumbres de la
ley antigua, opone con autoridad so-
berana (*pero yo os digo*) el manda-

miento de *no jurar de ningún modo*
(gr. *totalmente, enteramente*, lo que
hace absoluta la negación). Y como,
por cierto respeto hacia el santo
nombre de Dios, se había introducido
entre los judíos la costumbre de ju-
rar por otros objetos venerables, por
el cielo, por la tierra, por Jerusalén,
etc. con la idea de que esa especie
de juramentos ligaban menos la con-
ciencia Jesús ataca este prejuicio
mostrando que esas fórmulas llegan,
sin embargo, hasta Dios, que llena
con su santa presencia los cielos y
la tierra, todo el universo. (Comp.
23: 16 y sig.). Así, *el cielo es el tro-
no de Dios* que reina allí. (Isa. 66:
1); *la tierra es el estrado de sus pies*
(véase también Isa. 66: 2, donde Dios
dice por boca del profeta: "Mi mano
ha hecho todo eso", comp. Mat. 23:
22); *Jerusalén, es la ciudad del gran
Rey*, la santa ciudad de Jehová (4:
5; Sal. 48: 2, 3); *tu cabeza*, muy
lejos de estar a tu disposición, no
puedes hacer blanco o negro un solo
cabello; tu impotencia hace temera-
rio tu juramento. Conclusión: No ju-
réis por ninguna de esas cosas, pues
vuestro juramento no sería menos
grave: jurando por la criatura ju-
ráis por el Creador. ¿Qué hacer pues?
Afirmar la verdad por un *sí* o un *no*,
pronunciado bajo la mirada de Dios,
en presencia del cual obráis y ha-
bláis siempre. Todo lo que a eso
agregareis *viene del maligno*, del pa-
dre de la mentira, que reina en el
mundo, lo que hace que el mundo
desconfíe de la palabra de los hom-
bres. Otros traducen *viene del mal*
(comp. 6: 13), del pecado que reina
en el mundo y hace predominar la
falsedad en las relaciones humanas.
—Tal es el pensamiento del Salva-
dor, único pensamiento digno de su
reino y de los que a él pertene-
cen, pensamiento claramente repetido
también más tarde por uno de sus
apóstoles (Jac. 5: 12), y plenamente

38 Habéis oído que fué dicho: "Ojo por ojo diente por diente"³⁵.
39 Mas yo os digo que no resistáis al malo³⁶, sino a cualquiera que
40 te hiere en la mejilla derecha vuélvele también la otra³⁷. Y al
que quiere ir a juicio contigo y tomar tu túnica, déjale también
41 el manto³⁸. Y si cualquiera te forzare a hacer una milla, ve con
42 él dos³⁹. Al que te pide da; y del que quiere tomar de ti prestado
no te apartes⁴⁰.

admitido por los padres de la iglesia,
Justino, Ireneo, Clemente, Orígenes,
Crisóstomo, Jerónimo y otros.—To-
das las tentativas que se han hecho
para sacar de nuestro pasaje un sen-
tido distinto son prodigios de exé-
gesis; todos los mejores intérpretes,
aun los que admiten la legitimidad
del juramento, convienen en ello. Por
eso buscan argumentos en otra par-
te. Se dice que el juramento estaba
prescripto en el Antiguo Testamento
(Ex. 22: 11; Deut. 6: 13); que es
un honor dado a Dios (Jer. 4: 2;
Heb. 6: 16); que el apóstol Pablo
emplea afirmaciones que equivalen al
juramento (Rom. 1: 9; 2 Cor. 1: 23;
Gál. 1: 20; Fil. 1: 8); que Jesús ha
hecho un juramento (Mat. 26: 63);
en fin, que Dios mismo jura (Gén.
22: 16; 26: 3; Isaias 45: 23, etc.).
Si estos argumentos son fundados,
es necesario reconocer que están en
contradicción directa con el precep-
to de Jesucristo que nos ocupa, a me-
nos que se admita, con muchos inté-
rpretes modernos, que este precepto,
lo mismo que otros del sermón sobre
el monte, (v. 32, 39, 40, 41); no es
aplicable a las relaciones sociales, ni
destinado a regir la organización de
la sociedad, sino solamente las rela-
ciones de los cristianos entre sí en
esta comunidad ideal, donde reina la
perfección, y que se llama el reino
de los cielos. Pero, ¿era la intención
de Jesús, en efecto, el proclamar una
ley completamente espiritual y abs-
tracta? ¿Podían comprender así sus
preceptos sus oyentes galileos? Y aun
hoy, en presencia de las mentiras, de
los perjurios, de las violencias he-
chas a las conciencias, del abuso es-
candaloso de los juramentos políti-
cos, todo bajo la invocación del san-
to nombre de Dios, ¿no hay más se-
guridad para la conciencia en la obe-
diencia a la palabra tan clara y tan
pura del Salvador?

35. Quinto ejemplo. En la legisla-
ción mosaica, estas palabras prescri-
bían que el juez debía infligir al

culpable una pena que correspondie-
se exacta y materialmente al delito
cometido (Ex. 21: 24 y sig.; Lev. 24:
20; Deut. 19: 21). Es la ley del ta-
llón, admitida también en las XII ta-
blas del derecho romano, es la rigu-
rosa justicia. *Pero yo os digo...*

36. La palabra griega puede tomar-
se aquí como un adjetivo neutro; en-
tonces significa *al mal* que se os quie-
re hacer; o bien como un sustantivo
masculino, y entonces es necesari-
o traducir *al malo*, al hombre ma-
ligno que quiere entablar un proceso
injusto contra vosotros. Este último
sentido es el más probable.

37. *Resistir al malo*, es devolver
mal por mal; la ley del talión y la
del corazón humano es devolver al
instante una bofetada o una injuria
cualquiera que se recibe. Jesús quie-
re, y sus apóstoles más tarde (Rom.
12: 17, 19; 1 Pedro 3: 9), que en lu-
gar de ejercer así la venganza, el
cristiano sufra más bien una nueva
injuria, y eso es lo que debe enten-
derse por *presentar la otra mejilla*
(Comp. Juan 18: 22). Hacer de este
precepto un principio de moral so-
cial, sería incitar al *malo*, dándole
ocasión de hacer, más mal.

38. *Pleitear contra tí* (gr. *ser juz-
gado, ir a juicio*), entablar un pro-
ceso cuyo objeto sería arrebatarle tu
túnica (vestido interior entre los
orientales); en vez de sostener ese
proceso, lo que provocaría el odio y
otras querellas, sufre más bien una
segunda pérdida mayor, la del *manto*.
Tal es también la moral de Pa-
blo (1 Cor. 6: 1-7).

39. La expresión está tomada de
una costumbre oriental introducida
por los persas, según la cual los em-
pleados del estado, y en particular
los correos postales, estaban autori-
zados a *requerir* hombres para llevar
un mensaje, una carga, etc.

40. *Dar, prestar*, exigen el discer-
nimiento de la verdad no menos que
el desinterés de la caridad. Pero los
discípulos de Jesús pecan más fre-

43 Habéis oído que fué dicho: "Amarás a tu prójimo y aborre-
44 cerás a tu enemigo" 41. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemi-
45 y orad por los que os persiguen 42, para que seáis hechos hijos
de vuestro Padre que está en los cielos 43, porque hace salir su
46 sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos 44. En
efecto: si amareis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis?
47 ¿No hacen lo mismo aun los publicanos? 45. Y si saludareis a
vuestros hermanos sólo, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen

cuentemente a este respecto por demasiada moderación que por demasiado abandono.

41. Sexto ejemplo. La primera parte solamente de este precepto estaba en la ley (Lev. 19: 18), la segunda era una glosa del fariseísmo, que por el *prójimo* entendía a los judíos, con exclusión de los hombres de otras nacionalidades. Estos eran *enemigos* a quienes se podía *aborrecer*, y no se vacilaba en aplicar este principio a enemigos personales. La ley prescribía todo lo contrario (Ex. 23: 4-6) y la conducta de los israelitas piadosos daba un ejemplo completamente opuesto (Sal. 7: 5; 35: 13, 14; Job. 31: 29; Prov. 24: 17, 18; 25: 21). Sin embargo, es necesario reconocer que, en efecto, el amor al prójimo, en su plenitud no ha sido enseñado más que por el Salvador, y que es una creación del evangelio en el corazón del cristiano.

42. El texto recibido, con *D.*, la mayor parte de las *mayúsc.* agrega: *bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen.* La casi unanimidad de los críticos, de los exégetas y de los traductores, suprimen esas palabras por la autoridad de *Sin., B.*, versiones y padres, considerándolas como tomadas de Luc. 6: 27. Sea lo que fuere, Jesús ha pronunciado esas palabras, que presentan una progresión notable, tanto en el mal a sufrir como en el bien a hacer. Por una parte *enemigos* que *maldicen*, *aborrecen*, *persiguen*; por otra cristianos que *aman benedictos*, *hacen bien*, *oran*. De una y otra parte se pasa de los sentimientos a los hechos: "He aquí, pues, tres grados de amor hacia enemigos: amarlos, hacerles bien, orar por ellos. El último es el que se cree poder hacer más fácilmente, pero es, sin embargo, el más difícil, porque es el que se hace en relación

a Dios. Nada debe ser más sincero, ni más cordial, ni más verdadero, que lo que se presenta a Aquel que ve todo hasta el fondo del corazón". *Bossuet.*

43. Motivo supremo de la moral cristiana, ser en realidad *hijos de Dios* (v. 9), animados de su Espíritu, ser semejantes a él como un hijo se asemeja a su padre, imitarle en nuestros sentimientos y en nuestra vida (Ef. 5: 1). *Vuestro Padre*; jamás dice Jesús *nuestro* Padre, comprendiéndose en esta palabra con sus discípulos, sino siempre *mi Padre* o *vuestro Padre*. Distinción muy significativa. (Comp. Juan 20: 17.)—*Que está en los cielos* (6: 9, nota).

44. *Su sol*: "¡Magnífico apelativo! él mismo ha hecho el sol y lo gobierna, y lo tiene en su solo poder". *Bengel.* Los beneficios de Dios en la creación, aun para con sus enemigos, son ofrecidos a nuestra imitación. Estos argumentos sacados de la naturaleza, que también a veces devastada y destruye, no bastarían para hacernos conocer y amar a Dios como *nuestro Padre*; pero hablan al sentimiento religioso, y Jesús les da aquí su autoridad. (Comp. Actos 14: 17).

45. Después de haber motivado el amor a los enemigos (v. 44) por la obligación de ser hijos del Padre (v. 45), Jesús presenta un segundo motivo (*en efecto*) en favor del mismo precepto: *Amar a los que nos aman* es natural al corazón del hombre y no podría pretender una *recompensa* (v. 12; 6: 1, notas). Los *publicanos* mismos lo hacen. Los judíos odiaban y despreciaban a estos hombres que se habían puesto al servicio del dominio romano para recaudar impuestos detestados, y que lo hacían a menudo con rigidez e injusticia. Por eso en los evangelios son nombrados junto con los pecadores más difamados (21: 31, 32; Luc. 15: 1).

48 lo mismo aun los gentiles? 46 Vosotros, pues, seréis perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto 47.

C. Cap. 6 a 7: 11. LA REFORMA DE LA VIDA RELIGIOSA.—a) *La verdadera piedad en sus manifestaciones exteriores.* (6: 1-18).—1º Ningún acto religioso debe realizarse de modo que sea notado y alabado por los hombres; perdería su recompensa. (1).—2º Aplicando este principio, Jesús considera las tres principales manifestaciones de la piedad: en la *limosna*, es necesario evitar toda ostentación, ignorar uno mismo el bien que hace, realizarlo por Dios solo. (2-4).—3º Sobre la *oración*, no practicarla a la vista de los hombres, sino en secreto, en presencia de Dios; no multiplicar las vanas repeticiones, como los paganos, porque el Padre conoce nuestras necesidades. (5-8).—4º Jesús da en esta ocasión un *modelo* de oración: dirigiéndonos a Dios como a *nuestro Padre* que está en los cielos, le presentamos desde luego las súplicas relativas a su nombre, su reino, su voluntad: luego las relativas a nuestras necesidades temporales y espirituales. Jesús insiste sobre lo concerniente al *perdón de nuestras ofensas*: éste no nos será acordado si no perdonamos a los que nos han ofendido. (9-15).—5º En el *ayuno*, no ostentar un aire triste, sino mostrarse en el estado ordinario, a fin de no ser notado sino del Padre que lee en el corazón. (16-18).

b) *La verdadera piedad en su esencia íntima: desprendimiento, confianza en el Padre celestial.* (19-34).—1º La verdadera piedad excluye la *agria persecución de los bienes terrenales y perecederos*; su tesoro está en el cielo. Las riquezas de este mundo interceptan la luz interna, sin la cual todo es tinieblas; llegan a ser nuestro amo y nos hacen incapaces de servir a Dios. (19-24).—2º Esta obligación de pertenecer a Dios por entero excluye a su vez las vanas *inquietudes* materiales. Dios, que ha dado la vida, dará lo que sea necesario para su conservación. Los pájaros y los lirios nos lo demuestran. Dudar de ello sería dar prueba de esa desconfianza propia de los paganos. Los hijos de Dios confían en su Padre que conoce sus necesi-

46. *Acoger* (gr. *saludar*) significa manifestar benevolencia, afecto. Hacerlo en favor de *hermanos* o *amigos* (así dice una variante), no tiene nada de *extraordinario* (gr. de *excelente*, de *distinguido*), nada que exceda de la medida de la naturaleza humana. Los *gentiles* (el texto recibido repite aquí la palabra *publicanos*) también lo hacen.

47. *Vosotros seréis perfectos*; futuro haciendo de imperativo; o bien: Vosotros lo seréis, así lo espero de vosotros y, por el camino que os señalo, lo conseguiréis. *Perfectos* podría referirse a todo lo que precede en este capítulo, e indicaría una perfección moral semejante en todo a la de Dios, en la medida en que la criatura puede igualar a Aquel que

es infinito. Pero es más probable que Jesús aplique esta palabra sublime a lo que acaba de decir sobre el *amor* desde el v. 44. (Véase v. 45). Lo confirma el pasaje paralelo de Lucas 6: 36, que dice: "sed *misericordiosos* como vuestro Padre es misericordioso". Este sentido se comprende mejor también; porque es cierto que el amor, sobre todo el amor divino derramado en el corazón, ni conoce ni quiere límites, tiende a una perfección cada vez más ideal y más completa. La meta así colocada por el Salvador ante los ojos de sus discípulos es aún bastante sublime para espantar su debilidad. Les conviene recordar la oración de Agustín: "Da lo que ordenas, Señor, y ordena lo que quieres".

dades; ellos buscan en primer lugar su reino y su justicia y no se inquietan por el día siguiente. (25-34).

c) *Prohibición de juzgar.* (1: 1-6).—1º No obedezcáis al espíritu de juicio, porque la medida de vuestros juicios desprovistos de caridad os será aplicada por Dios mismo (1, 2).—2º ¿Por qué observas un pequeño defecto en tu hermano, tú que estás cegado por un mal moral enorme? Eso es hipocresía (3-5).—3º Pero si no debéis juzgar, debéis tener, sin embargo, discernimiento que os impida exponer las cosas santas ante hombres impuros que las profanaran (6).

d) *Animación a orar* (7-11).—1º Pedid, buscad, llamad, y obtendréis. (7, 8).—2º Porque estáis en manos de un Padre; ahora bien: ¿quién de entre vosotros, cuando su hijo le pidiera cosas buenas y necesarias, le daría inútiles o nocivas? Si vosotros, pues, que sois malos, obráis con amor para con vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial! (9-11).

VI. Cuidad de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser mirado por ellos; de otro modo no tenéis recompensa 2 ante vuestro Padre que está en los cielos 1. Cuando hicieres, pues, limosna, no toques trompeta delante de tí, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser glorificados por los hombres. En verdad os digo, han recibido su recompensa 2. 3 Mas haciendo tú limosna, no sepa tu siniestra qué hace tu dies-

1. El texto recibido dice *vuestra limosna*, en lugar de *vuestra justicia*. *Sin., B., D., la Itala*, tienen este último término generalmente admitido hoy. En efecto, no se trata aun de la limosna, que no aparece hasta el v. 2, como una de las manifestaciones de la verdadera justicia; luego siguen, en el mismo sentido, la oración (v. 5), y el ayuno (v. 16). La *justicia* del reino de Dios resultando de la verdadera interpretación de la ley: tal es el tema general del sermón del monte (5: 6, 10, 20; 6: 33); aquí este término designa los actos que constituyen la verdadera piedad, el culto que Dios reclama de los que pretenden servirle. Jesús va a hacer notar sus diversas manifestaciones, a fin de oponer la verdad a las falsas prácticas de los fariseos. Ante todo, ninguno de los ejercicios de esta piedad debe ser hecho *delante de los hombres* con el fin de ser mirado por ellos, y de atraer así su admiración y sus alabanzas (v. 2). *De otro modo* ¡nada de recompensa ante Dios! (Véase sobre esta expresión de recom-

penza 5: 12, nota; 5: 46; 6: 2, 5, 16).

2. *Hacer limosna*, es ejercer la *miserericordia*; tal es la significación etimológica de la palabra griega de donde deriva nuestro término *limosna*. Este sentido indica ya el motivo interior de donde debe proceder la beneficencia. Ejercerla *tocando trompeta delante de sí*, es decir, con ostentación, es negocio de *hipócritas*. Algunos intérpretes piensan que entre los judíos, los ricos hacían realmente tocar la trompeta en ciertos días para reunir a los indigentes. No es necesario recurrir a tal costumbre, que por otra parte no está probada, para comprender la metáfora que emplea el Salvador. Luego, hacer la limosna *en las sinagogas y en las calles* no es malo en sí mismo, pero lo que lo convierte en mal es este fin: *ser glorificado por los hombres*. Esa es la *recompensa* que buscan los hipócritas; ellos *ya la tienen* (el verbo griego compuesto significa que *la tienen ya, apartada*) y nada más tendrán que reclamar (v. 1, 16; 5: 12, nota).

4 tra³, para que sea tu limosna en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te retribuirá⁴.

5 Y cuando orareis no seréis como los hipócritas, porque les agrada orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para aparecer a los hombres. En verdad os digo, han recibido su recompensa⁵. Mas tú, cuando orares, entra en tu cuarto; y cerrando tu puerta ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te retribuirá⁶. Y orando, no repitáis en vano como los gentiles, pues piensan que por su parlería³ serán oídos⁷. No os asemejéis, pues, a ellos, pues vuestro Padre

"Todas las veces que os alabaren, temed estas palabras del Salvador: *En verdad os digo, habéis recibido vuestra recompensa*. Palabras tan importantes que Jesucristo las repite en cada acción que en particular indica en este capítulo". *Bossuet*.

3. Expresión proverbial que simboliza muy bien la disposición recomendada: que las buenas obras permanezcan ignoradas; no conocidas, si es posible, ni aun por el que las hace. Y si son conocidas a pesar de todo, poco importa, siempre que su objeto único haya sido el glorificar, no al hombre, sino a Dios. Así se concilia una aparente contradicción entre este vers. y 5: 16.

4. El texto recibido agrega: "te retribuirá *él mismo* (*D.* y algunas *mayúsc.*) *públicamente*" (las *mayúsculas* más recientes). Si esas palabras fueran auténticas, marcarían un doble contraste: desde luego, *vuestro Padre mismo*, por oposición a los hombres (v. 2); luego, *públicamente*, en el día postrero, a la luz del juicio eterno, por oposición a *en lo secreto*. Pero el pensamiento es el mismo sin esas dos palabras muy poco autorizadas para ser admitidas. Comp. v. 6 y 18, donde el texto recibido conserva también el término *públicamente*. Se encuentra en San Agustín esta observación: "Muchos manuscritos latinos dicen: te lo pagará *públicamente*; pero como no hallamos esa palabra en los manuscritos griegos más antiguos, no hemos pensado que fuera necesario apartarse de éstos". La crítica moderna ha confirmado este juicio.—Las palabras de Jesús implican que recibiremos una retribución por las limosnas que hayamos hecho; es necesario, sin embargo, no atribuir a éstas idea al-

guna de mérito o de propia justicia (v. 1 y 2; 5: 12). Todo lo que se hace por amor hacia Dios, tiene su recompensa en Dios mismo.

5. Orar *en pie*, aun *en las sinagogas* o en el templo, según la costumbre de los judíos, dirigiendo la vista hacia el lugar santísimo (1 Reyes 8: 22), no es eso precisamente lo que censura Jesús, sino igualmente ese móvil *hipócrita*, *ser mirado por los hombres*. Sin embargo, el Salvador parece no aprobar esta postura en la oración; la observa en otro lugar (Lucas 18: 11) como un rasgo característico del fariseo. El mismo se postraba ante Dios (26: 39). En cuanto a orar de pie *en las calles*, según una costumbre que existe aún en Oriente, cuando suena la hora de la oración, es probable que lo reprobara en absoluto.—El texto recibido, con *D.* y las *mayúsculas*, dice: "Cuando *oras*, no seas...;" el plural es más autorizado. (*Sin., B., Itala*, etcétera).

6. Comp. v. 4, nota.—La palabra que traducimos *cuarto* indica todo local cerrado en el interior de la casa, por oposición a las "sinagogas" y a las "calles". (v. 5). La oración particular debe tener lugar entre el alma y Dios sólo. Por su omnipresencia *él está y ve en lo secreto*.—*Te retribuirá*: esta expresión, cuando no se trata de una buena obra, sino de la oración, muestra claramente lo que el Salvador entiende, en los versículos que preceden, por esta palabra de *recompensa* que, no obstante, no teme emplear (v. 1, 2, 4, notas).

7. La palabra que traducimos por *repetir en vano* (gr. *battologia*), significa propiamente *tartajear, jarrullar*; el verbo griego está formado por onomatopeya. El mismo defecto es también llamado *polilogia* (*mu-*

9 sabe de qué tenéis necesidad antes que se lo pidáis⁸. Vosotros, pues, orad así⁹: Padre nuestro que estás en los cielos¹⁰, san-

chas palabras). ¡Se sabe hasta qué punto este rasgo del paganismo ha reaparecido en una gran parte de la iglesia cristiana! Por lo demás, no se propone Jesús fijar la duración de la oración (comp. Fil. 4: 6). Agustín comenta así estas palabras: "No hay en la oración muchas palabras, sino muchas súplicas, si el corazón persevera en ella con fervor". Se ha dicho también con justicia: "Orar a Dios, no es arengarlo".

8. La omnisciencia de Dios, fundamento de nuestra confianza en él y de la oración, basta para prevenir las vanas repeticiones, pero ella debe también animarnos a abrirle nuestro corazón y a exponerle todas nuestras necesidades que él conoce.

9. Vosotros pues, por oposición a los paganos (v. 7); orad así, por oposición a las vanas repeticiones. Pero no es solamente la brevedad de la oración lo que Jesús va a enseñar; es sobre todo el espíritu en que hay que orar, las gracias que es necesario pedir, y que responden a las más profundas necesidades de toda alma cristiana. No quiere, pues, dar una fórmula de oración a la que deberán limitarse sus discípulos; pero desde que él condesciende a trazarles un modelo tan admirable, ¿no habría de parte de ellos tanto orgullo como ingratitude al excluirla de sus devociones? Se nos dice que los apóstoles no la usaban en sus oraciones: ¿qué sabemos nosotros? Y ¿qué probaría eso? Cuando ha hablado el Maestro, ¿esperaremos que los discípulos confirmen su palabra? Esta oración es tan simple y al mismo tiempo tan profunda en las ideas, tan humilde y tan sublime en su espíritu, tan rica en su brevedad, que todo lo que podemos pedir a Dios para nosotros y para la iglesia se halla comprendido en ella. Las tres primeras peticiones conciernen todas a las relaciones de Dios al hombre, las tres últimas todas las relaciones esenciales del hombre pecador a Dios. En fin, estas súplicas responden a la vez a las necesidades de cada alma individual y a las esperanzas de los hijos de Dios reunidos en iglesia en una santa e íntima comunión.—Lucas (11: 1 y sig.) ha dado la oración dominical bajo una forma in-

completa y atribuyéndole una ocasión completamente distinta. A primera vista, parece que la ocasión indicada por ese evangelista, es decir, el pedido de un discípulo: "Enseñanos a orar", es históricamente más natural que la del sermón del monte, que Mateo le atribuye. Tal es la opinión de muchos intérpretes, que piensan que nuestro evangelista habría introducido libremente aquí esta fórmula, porque conviene muy bien a la instrucción que Jesús quería dar respecto al espíritu en que se debe orar. (Véase sobre este asunto Lucas 11: 2, nota). Sea lo que fuere, a Mateo solamente debemos el poseer entera esta oración admirable.

10. Padre, tal es la primera palabra de esta oración. Esta invocación encierra ya todo lo que puede inspirar al alma que ora, la confianza y el amor. Este nombre de Padre dado a Dios es al mismo tiempo la revelación y la obra de Jesucristo. Raramente se encuentra en el Antiguo Testamento (Isa. 63: 16; comp. Sal. 103: 13), jamás en la plenitud de su significación cristiana. Y aun nos es necesario estar reconciliados con Dios por medio de Cristo y haber recibido el Espíritu de adopción, para ser hechos capaces de pronunciar este nombre con verdad. (Rom. 8: 15; Gál. 4: 6). "Orar así, es la gloria de los fieles del Nuevo Testamento. El que dice a Dios Padre puede pedir todo". Bengel. Es necesario observar también que Jesús no nos hace decir, aislándonos a cada uno en su individualidad egoísta: Padre mio, sino Padre nuestro que estás en los cielos. Todo el que es nacido de Dios sobre la tierra es miembro de esta inmensa familia de los redimidos de Cristo, con la cual somos unidos; un lazo nuevo de parentesco impercedero abarca los hijos de Dios, desde el más oscuro cristiano toda cuya ciencia religiosa consiste en saber pronunciar con amor el nombre de su Padre celestial, hasta los espíritus de los justos que ya rodean el trono de Dios.—Que estás en los cielos, no expresa solamente la grandeza y el poder de Dios, sino, como lo muestra el v. 10, la idea de que Dios, aunque presente por todas partes, reside y manifiesta especialmente su

10 tificado sea tu nombre¹¹; venga tu reino¹²; sea hecha tu voluntad, como en el cielo también sobre la tierra¹³; el pan nuestro para mañana dánoslo hoy¹⁴; y perdónanos nuestras deudas,

presencia y su gloria en un mundo superior, al que las escrituras llaman *el cielo o los cielos*. (Isa. 66: 1; Sal. 2: 4; 102: 20; 115: 3; Job 22: 12 y sig.; Actos 7: 55, 56; 1 Tim. 6: 16). El Hijo de Dios ha venido de allí y ha vuelto allí en gloria; del cielo viene el Espíritu divino sobre Él y sobre los suyos (3: 16; Act. 2: 1 y sig.); desde allí resuena la voz de Dios (3: 17; Juan 12: 28), y los ángeles de Dios descienden. (Juan 1: 51). El cristiano que orando, eleva sus ojos y su corazón hacia el cielo, sabe que aspira a su patria. Ni el panteísmo ni la astronomía le quitarán este privilegio.

11. La oración dominical se divide en dos series de tres pedidos. Los tres primeros se refieren a Dios y a su reino, los tres últimos al hombre y a sus necesidades. Dando así la prioridad a los intereses divinos, contrariamente al instinto de su corazón que le impele a pensar en sí primeramente, el cristiano renuncia a sí mismo, pero para entregarse del todo a Dios, en quien vuelve a encontrarse, no ya solo, sino unido a sus hermanos. "El espíritu fraternal se hace así, en la segunda parte de la oración, el complemento del espíritu filial que había dictado la primera; la intercesión fraternal se confunde con la suplicación personal. La oración dominical no es, pues, otra cosa que el resumen de la ley puesto en acción bajo la forma de súplica, el resumen realizado desde luego en la intimidad del corazón para pasar de allí a la vida entera". Godet.—El nombre de Dios es la expresión de su esencia, de su ser, tal cual se ha revelado a nosotros en su palabra. (Juan 17: 6; Rom. 9: 17). Santificar este nombre, es reconocer a Dios, confesarle, temerle, adorarlo como santo; es sobre todo tenerle como santo en el corazón. (1. Pedro 3: 15). Por esta oración pedimos a Dios que todos los hombres lleguen a santificar su nombre de este modo.

12. El conocimiento y la adoración del santo nombre de Dios es el principio sobre el que se establece su reino su dominio sobre las almas. (Véase sobre este reino o reinado de Dios 3: 2, nota). Este reino espiri-

tual está desde luego oculto en el corazón de los creyentes (Lucas 17: 21), implantado en ellos por la palabra y el Espíritu de Dios; pero no los deja aislados; los une en una santa y viviente comunidad. Pedir a Dios que venga este reino, es suplicarle desde luego que crezca en poder allí donde existe, de modo que nada se sustraiga más a su dominación absoluta; es, luego, orar para que ese reino se propague, se extienda progresivamente, de alma en alma, de pueblo en pueblo, hasta que haya penetrado la humanidad entera; es, en fin, reclamar con sus votos el triunfo final de este reino, el día en que el que es su Salvador y su Rey vendrá a reunirlos y elevarlos a la perfección (Rom. 8: 21-23; Tito 2: 13; 2 Pedro 3: 12, 13; Apoc. 22: 20).

13. Donde Dios reina, es hecha su voluntad; pero hasta la venida perfecta de su reino en la gloria, hay para sus hijos un largo ejercicio de obediencia, por el cual deben hacer progresos continuos: obediencia activa para cumplir esta voluntad de Dios en los deberes más difíciles; obediencia pasiva para aceptar esta voluntad, aun cuando ella quebrante la nuestra y nos imponga los sacrificios más dolorosos.—La oración se extiende así hasta el estado ideal en que esta voluntad será hecha sobre la tierra renovada como es hecha en el cielo por los ángeles (Sal. 103: 20-22) y por los justos llegados a la perfección. "El cielo es la norma de la tierra". Bengel.

14. Antes de pedir a Dios las gracias espirituales de que tenemos tan profunda necesidad, el Salvador nos permite descargar sobre Él nuestras inquietudes terrenales (1 Pedro 5: 7). Así debe entenderse este pedido, sin espiritualizarlo arbitrariamente dándole por objeto "el pan de vida". ¿Por qué desconocer esta misericordia divina que nos autoriza a esperar en ella para todas las cosas? En este sentido, que sólo conviene al conjunto de esta oración, cada palabra contiene su enseñanza: Da, porque todo viene de ti, es un don de tu liberalidad; el rico debe recordarlo lo mismo que el indigen-

como también nosotros hemos perdonado a nuestros deudores 15; 13, 14 y no nos induzcas a tentación 16, sino libértanos del mal 17. En

te;—nos, en la comunidad del amor, de modo que todos sientan que Dios quiere atender la súplica del pobre por medio de su hermano al que ya ha dado;—*hoy*, no provisiones para un porvenir lejano (v. 34);—*nuestro pan*, el alimento y lo que es necesario para esta vida terrestre, no la riqueza y la opulencia. Resta esta palabra que traducimos muy imperfectamente, según la antigua versión latina, por *cotidiano*, o de cada día. Es difícil determinar bien su sentido, porque es, en el original, una palabra compuesta que puede ser explicada por diversas etimologías, y porque fuera de esta oración (comp. Lucas 11: 3), no se halla ni en el Nuevo Testamento ni en la literatura griega. No hay, sin embargo, más que dos significaciones admisibles. Se obtiene la primera haciendo derivar esta expresión de una palabra que significa *el día que viene*: "Damos hoy el pan para el día siguiente", lo que casi es una contradicción en los términos y está poco en armonía con el v. 34; la otra buscando la raíz de nuestra palabra en otra que significa *el ser, la sustancia o subsistencia*: "el pan para nuestra subsistencia", lo que nos es necesario y nos basta. Así traduce Rilliet, de acuerdo con casi todos los padres de la iglesia griega y la mayoría de los intérpretes modernos. Se halla, pues, aquí más o menos la hermosa idea del ruego de Agur: "No me des indigencia ni riqueza, mas aliméntame con el pan que necesito". (Prov. 30: 8.)

NOTA DEL TRADUCTOR.—No obstante lo dicho por el autor, introducimos en el texto la versión: pan para el día siguiente o (en este caso) para mañana, por ser la única que no tiene objeción alguna en el terreno de la etimología. Véase la discusión del asunto en "Phayer's Greek English Lexicon of the New Testament, artículo, *epiousios*". La versión revisada inglesa, en nota marginal a Mateo 6:11 y Lucas 11:3, reconoce que la traducción exacta del original es: Our bread for the coming day, tal como ponemos en la nuestra.

¿Hay contradicción entre este ruego y el vers. 34? No lo creemos. El Señor prohíbe acongojarse por el día de mañana (vers. 25, 26, 31 y 34). ¿Dejar esa preocupación sobre el Padre celestial será, acaso, acongojarse? ¿No dice Jesús precisamente que Dios vela sobre las ne-

cesidades de los seres todos? (v. 26, 30). Pedir el pan del día siguiente no es, pues, prueba de ansiedad y congoja, sino de confianza en el Padre celestial.

15. Nuestros pecados son nuestras deudas ante Dios, deudas enormes que nadie puede pagar (18: 24, 25; Luc. 7: 41, 42), que deben sernos perdonadas gratuitamente. Esta oración misma, enseñada por el Salvador, es una declaración afectuosa de que Dios, en su misericordia, perdona a toda alma arrepentida que le implora. Su perdón es aún mucho más que la remisión de una deuda a un deudor, porque quitando la pena del pecado, nos pone en posesión de todo su amor y de la vida eterna. Y, sin embargo, la necesidad del perdón se renueva incesantemente en una conciencia delicada, porque diariamente contraemos alguna deuda que debe sernos remitida.—Todo el que sufre así por sus pecados y pide el perdón, está completamente dispuesto a perdonar a los hombres que le hubieran ofendido; o mejor aun, en el momento de su arrepentimiento y de su oración, ya ha perdonado en el fondo de su corazón. Es lo que expresa el texto auténtico: *como hemos perdonado* (presente perfecto que expresa el hecho realizado y la permanencia de la acción). El texto recibido tiene el presente indefinido: *nosotros perdonamos*. Esta lección está tomada de Lucas. La palabra *como* expresa, no la medida de nuestro perdón, que jamás puede compararse al perdón de Dios, sino la existencia en nosotros de la disposición que corresponde al perdón divino y permite a éste manifestarse. Lucas dice: "pues nosotros mismos también perdonamos", lo que expresa la misma idea.

16. Después de haber recibido el perdón de su pecado, nada teme tanto el cristiano como recaer en él. De allí esta súplica. ¿Qué objeto tiene? No el que Dios no nos *tiente*, "él no tienta a nadie" interiormente (Jac. 1: 13); no solamente que "no nos deje caer en la tentación" cuando ya estamos en ellas; sino que no nos *conduzca* a ella, es decir que, puesto que todos los acontecimientos de nuestra vida están en su mano, no permita que seamos colocados

efecto, si perdonareis a los hombres sus faltas, os perdonará 15 también vuestro Padre celestial; mas si no perdonareis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras faltas 18.

16 Y cuando ayunareis, no toméis como los hipócritas un aspecto triste, pues desfiguran sus rostros para aparecer a los hombres ayunando 19. En verdad os digo, han recibido su recompensa 20.

17, 18 Mas tú, ayunando, unge tu cabeza y lava tu rostro 21, para no aparecer a los hombres ayunando, sino a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te retribuirá 22.

19 No os acumuléis tesoros sobre la tierra, donde polilla y orín

en situaciones exteriores tales que halláramos la tentación y ocasión de caída. (26: 41). Pero como tales situaciones, tales pruebas, son casi inevitables en este mundo, esta súplica se apoya sobre promesas divinas. (1 Cor. 10: 13).

17. Ser preservado de la tentación no agota la necesidad profunda del alma en su estado de prueba; su ardiente aspiración es el ser *librada* del mal. Puede traducirse así, o bien del *maligno*, del demonio, de quien proceden las tentaciones. Permitiendo la palabra griega ambos sentidos, las opiniones de los intérpretes están divididas. Con Lutero y la versión inglesa, preferimos la idea del *mal* como más general, respondiendo mejor a todas las necesidades y aplicándose al mismo tentador también. Ser liberto del mal bajo todas sus formas, mal físico, mal moral; del pecado y de todas sus consecuencias; de tentaciones y del que las instiga; de la vanidad bajo la cual suspira la criatura: tal es la oración de un deserrado, de un cautivo, de un afligido que implora a su libertador. Otros intérpretes, aunque traduciendo *del mal*, limitan el sentido de este término al mal moral, al pecado.—Los católicos y los luteranos hacen de este último suspiro de la oración dominical un ruego distinto del precedente, y obtienen *siete* pedidos, el número sagrado de las escrituras.—El texto recibido agrega esta hermosa doxología: "Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por los siglos. Amén". Aunque muy antigua, indudablemente no pertenece al texto primitivo según el testimonio de los manuscritos más antiguos, de las versiones y de los padres. Todos los críticos modernos la excluyen del

texto. En los manuscritos donde se encuentra, aparece con numerosas variantes. Su introducción en el texto es debida a copias que servían para el culto público, donde estaba muy en su lugar y donde puede conservarse, porque sólo encierra expresiones bíblicas, propias para inspirar mucha confianza en Aquel que atiende la oración.

18. El texto recibido con B. y la mayoría de las *mayísc.*, agrega *sus faltas* después de "a los hombres". Estas palabras son omitidas por *Sin.*, D. y versiones.—Estas palabras constituyen una seria aplicación del v. 12 (*en efecto*). ¿Es, pues, el perdón que nosotros acordamos a los demás, la condición del perdón que pedimos a Dios? Es propiamente su efecto; pero donde ese efecto no se hallare, podemos deducir que la causa no existe tampoco (Comp. 18: 23-35).

19. Después de la oración, el *ayuno*, otra manifestación de la piedad. Aquí también la justicia farisaica (v. 1) estaba mezclada con esa *hipocresía* que quiere *parecer*. Ese *aspecto triste*, esa *cara desfigurada*, no tiene otro fin. Hay en griego un contraste de palabras que hace más patente el pensamiento: "Hacen *desaparecer* sus rostros (bajo la ceniza, etc.), a fin de *aparecer* a los hombres ayunando". El ayuno serio, como medio de disciplina moral, es completamente distinto. (Sal. 35: 13; Mat. 17: 21; Actos 10: 30; 13: 2, 3; 2 Cor. 6: 5).

20. Comp. 5: 12, nota; 6: 1-5, notas.

21. Es lo que se hacía entonces para aparecer ante el público o en un banquete. Así, ayunando, permanece en tu estado ordinario.

22. Comp. v. 4, nota; v. 6.

- 20 corrompen y donde ladrones perforan y hurtan; mas acumulas tesoros en el cielo, donde ni polilla ni orín corrompen, y donde
 21 ladrones no perforan ni hurtan; pues donde está tu tesoro, allí es-
 22 tará también tu corazón²³. La lámpara del cuerpo es el ojo: si
 23 fuere, pues, tu ojo sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si la luz, pues, que hay en ti es tinieblas ¡cuán grandes serán las tinieblas!²⁴.
 24 Nadie puede servir a dos señores, pues o aborrecerá al uno y amará al otro, o se atenderá al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammón²⁵.

23. En la primera parte de este capítulo (v. 1-18), la piedad era considerada en sus manifestaciones exteriores, que son las diversas formas del culto tributado a Dios: la limosna, la oración y el ayuno. La segunda parte del capítulo (v. 19-34) nos presenta esta piedad, este culto, en su esencia íntima, que es la confianza en Dios, la absoluta dependencia del Padre, la busca predominante del reino de Dios y de los tesoros celestiales, y, como consecuencia, el renunciamento a las inquietudes terrenales. Jesús pasa bruscamente, sin transición aparente, de uno a otro de los asuntos, pero el enlace profundo de las ideas no podría ser desconocido.—Gr. *No atesoréis tesoros*; pues en primer lugar son perecederos, y, lo que es peor, pondríais allí vuestro corazón. (v. 21). La *polilla* y el *orín* (o la *herrumbre*) *destruyen* (gr. *hacen desaparecer*) los objetos que están bajo su acción; todas las cosas visibles están destinadas a perecer. Los ladrones *perforan y roban*, es decir, roban con fractura (24: 43); mil otras causas pueden hacer desaparecer las riquezas de la tierra. Pero hay riquezas que son impercederas; las del alma acumuladas en el cielo, la vida eterna y sus santas alegrías. (19: 21). *Tu corazón* (aquí el Señor individualiza, lo que desconoce el plural del texto recibido) *pertenece*rá, pues, por entero, a los tesoros de la tierra destinados a perecer, o a los bienes del cielo que son permanentes y los únicos que pueden hacerte feliz. Es necesario elegir. (Comp. Fil. 3: 18-20; Col. 3: 1-14; 1 Juan 2: 15-17).

24. Esta comparación profunda es reproducida en otro lugar (Lucas 11:

34-36), bajo una forma algo diferente. ¿Tiene una relación visible con lo que precede y lo que sigue? Evidentemente; basta, para hallarla, comparar los v. 19-21 con el v. 24. Para escoger entre los bienes de la tierra y los del cielo, es necesaria una vista clara y neta de las cosas. Para el *cuerpo*, no hay más que un órgano para esta vista, es el *ojo*, que constituye su *lámpara*. Si ese ojo es *sano* (gr. *sencillo*, claro, puro y no mirando a dos lados simultáneamente), *todo tu cuerpo*, que en sí mismo es una masa oscura, *será iluminado* (gr. *luminoso*). Pero, si tu ojo está *malo*, enfermo, oscuro (gr. *fuere malo*, término escogido intencionalmente), *todo tu cuerpo será tenebroso*. Hay asimismo en ti un órgano que recibe la luz de lo alto, como el ojo recibe la del sol: es el *corazón* (v. 21) que, iluminado por la verdad, por el verdadero amor, debe hacer su elección entre los tesoros de la tierra y los del cielo. Pero si, como el ojo malo, este órgano es tenebroso, ¡cuáles serán tus *tinieblas*! Te queda quizás una ilusión engañosa, la de conciliar los dos objetos de esa elección. Pero eso es imposible. (v. 24).

25. *Mamona* significa en caldeo y siríaco *riqueza*; en lengua púnica, según San Agustín, el *lucro*. Esta palabra es aquí personificada y opuesta a Dios. El contraste es absoluto: *amar o aborrecer, allegarse o despreñar*. Vosotros no podéis servir a ambos. Es necesario empero dejar a esta palabra *servir* (gr. *ser esclavo*) su sentido pleno. "Tener dinero y bienes no es un pecado; pero no lo dejes hacerse tu *señor*, que él te *sirva*, y que tú seas su amo". Lutero.

- 25 Por esto os digo: no os congojéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis, ni por vuestro cuerpo, de qué os vestiréis²⁶: ¿no es la vida más que el alimento, y el cuerpo que el vestido?²⁷.
 26 Considerad las aves del cielo, que no siembran ni siegan, ni allegan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta: ¿no
 27 valéis vosotros mucho más que ellas?²⁸ ¿Y quién de entre vosotros, congojándose, puede añadir un solo codo a la duración de su vida?²⁹.
 28 Y sobre el vestido, ¿por qué os congojáis? Observad los lirios del
 29 campo, cómo crecen; no trabajan ni hilan; mas os digo que ni
 30 aun Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de éstos³⁰. Si

26. Esta parte del sermón del monte (v. 25-34), que es dirigida contra las *preocupaciones* de la vida material, es la consecuencia necesaria (por esto) de la incompatibilidad que hay entre el servicio de Dios y el de Mammón. (v. 24). La busca inquieta de nuestra subsistencia como la posesión de las riquezas nos impiden entregarnos por entero a nuestro único Señor legítimo. Su servicio implica una confianza absoluta lo mismo que un completo desprendimiento. Esta idea se halla igualmente en Lucas (12: 16 y sig.; v. 22 y sig.), aunque él atribuye otra situación a esas palabras del Salvador. *Congojarse* es la traducción de un verbo griego que significa, por su etimología, *estar dividido*. Las inquietudes que llevan el pensamiento en sentidos contrarios son efecto de un corazón dividido entre el cielo y la tierra, turbado por la duda en el día de la prueba. El remedio para este mal, es la confianza en Dios que Jesús quiere inspirar a sus discípulos. Por eso les presenta diversas consideraciones tan sublimes como poderosas.

27. Primer motivo de confianza. Puesto que *la vida* (gr. *el alma*, como principio de la vida; así en el v. 25; 10: 39; 16: 25; 2: 20) es más que el *alimento* que la mantiene; el *cuerpo* más que el *vestido* que lo cubre; el que ha dado y conservado lo más ¿no dará también lo menos? Pablo emplea un raciocinio semejante (Rom. 8: 32), que podría también aplicarse aquí.

28. Segundo motivo: los cuidados admirables de Dios en la naturaleza (v. 26-30); ¡y ese Dios es vuestro Padre!—Las *aves del cielo*, hebraísmo lleno de elegancia. En su vuelo

rápido y gracioso, las aves parecen nadar en el azul del cielo. Vuestro Padre *las alimenta*: pensamiento tomado de las escrituras. (Sal. 104: 27; 145: 15). El hombre *vale más que ellas*, por su razón, por su alma, por la facultad que tiene de conocer a Dios, de confiar en Él.

29. Tercer motivo: la inutilidad, la impotencia de las inquietudes, que no hacen por lo contrario sino enervar las fuerzas del alma. Nadie puede, *congojándose*, (gr.) *añadir un solo codo a su edad*, una hora a la duración de su vida, objeto de sus cuidados. Dios ha determinado la medida de ella (Sal. 39: 5); nadie puede agregarle nada.—Aunque la palabra griega significa también la *talla*, la *estatura*, erróneamente la traducen la mayoría de las versiones por uno de estos términos. La figura se hace entonces monstruosa y no tiene ya relación ninguna con el contexto que trata del mantenimiento de la vida. (v. 26). ¿Cómo, si se tratase de tal prodigio, *añadir un codo a su estatura*, podría Jesús decir (en Lucas 12: 26): "Si no podéis, pues, hacer lo menor?..."

30. Véase sobre estos *lirios de los campos* el *Viaje a Tierra Santa* de M. F. Bovet, 7ª edic., p. 382 y sig. El viajero vió con admiración, sobre la meseta de la montaña de las *Bienaventuranzas* (5: 1, nota), al pie de la eminencia de donde él supone que el Señor hablaba "una magnífica alfombra de estas anémonas escarlatas... Aquí también su palabra será una demostración: Observad los lirios de los campos". ¡Cuánta poesía y verdad en esta comparación entre la magnificencia de esas flores y *toda la gloria de Salomón!*

a la hierba del campo, pues, que hoy es y mañana es echada a un horno, Dios viste así, ¿no mucho más a vosotros escasos de fe? ³¹.

31 No os congojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? (pues todo esto los gentiles buscan), pues sabe vuestro Padre celestial que todo esto necesitáis ³². Mas buscad primero su reino y su justicia, y todo esto os será añadido ³³. No os congojéis, pues, por el día de mañana, pues el día de mañana se congojará de sí mismo. Bastante es al día su pena ³⁴.

VII. No juzguéis para que no seáis juzgados; pues con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido ¹ Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de

31. La poca fe, o mejor dicho la falta de esa fe que es la desconfianza del corazón en Dios—tal es la causa de todas las inquietudes.

32. Los gentiles deben buscar esas cosas, poner en ellas su corazón o estar congojados, cuando les faltan, porque en lugar del Dios vivo adoran falsas divinidades o una fría y despiadada fatalidad. Pero ¡vosotros, que conocéis a vuestro Padre celestial! El conoce vuestras necesidades; esto debe bastaros para disipar vuestras inquietudes.

33. Primeramente: sea esto ante todo vuestro cuidado, el fin de vuestros esfuerzos; y cuando hubiérais hallado esa gran riqueza, el reino de Dios (comp. 3: 2, nota) y la justicia de Dios (5: 6, nota; 6: 1, nota), entonces vuestro Padre celestial, que ve que tenéis necesidad de todas esas otras cosas, os las dará además (gr. os serán añadidas). Esta promesa se asemeja al raciocinio del v. 25: Aquel que da tan grandes cosas añadirá ciertamente las pequeñas.—Aun aquí, la justicia es colocada ante los ojos de los discípulos como la meta a alcanzar. Los desarrollos subsiguientes de la obra del Señor y de sus revelaciones, les mostrarán cómo podrán conseguirlo.

34. Conclusión de toda esta parte del discurso: palabras tomadas de la experiencia de la vida. Y desde luego por el día de mañana. Se sabe que siempre las inquietudes tocan al porvenir. Ahora bien: el Señor habría podido decirnos que este porvenir no nos pertenece, que quizá no lo veremos jamás. Pero dice

otra cosa. No, según nuestras versiones ordinarias, que el día de mañana tendrá cuidado de lo que le concierne; sino que se congojará de sí mismo. Es decir (conservando a este verbo el mismo sentido que en los versículos precedentes) que el día de mañana tendrá, por la fuerza de las cosas, en esta pobre vida, sus propios motivos de inquietud. “¿Por qué quieres inquietarte más allá del día de hoy y tomar sobre ti el mal de dos días? Conténtate de lo que este día te impone; el de mañana te traerá otra cosa”. Lutero. Esta interpretación es la única en armonía con esta última expresión: Al día basta su pena, o su mal, su miseria. Sí, este mal de cada día basta; a menudo es aun muy pesado para nuestra debilidad. ¡Cuánta compasión pone Jesús en este consejo de no añadirle el mal del día de mañana!

1. El discurso pasa, sin transición notable, a una serie de exhortaciones que acaban de caracterizar la justicia del reino de los cielos y la conducta del hijo de Dios.—Así como éste debe mostrar en sus relaciones con Dios un corazón sencillo y recto, que no busca servir a dos amos (6: 24), sino que confía en el Padre celestial (6: 32), debe también, en sus relaciones con el prójimo, dar pruebas de la misma sencillez y de la misma rectitud y estar animado por esa caridad “que no sospecha el mal y no se goza de la injusticia, sino que excusa todo, cree todo, espera todo.” Jesús prohíbe a sus discípulos constituirse en jueces

4 tu hermano, mas la viga que está en tu ojo no percibes? O ¿cómo dirás a tu hermano: Deja que saque la mota de tu ojo, y he aquí, 5 la viga en tu ojo? Hipócrita, saca primero de tu ojo la viga, y entonces verás claramente para sacar la mota del ojo de tu hermano ².

6 No déis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los puercos; no sea que las huellen con sus pies y, volviéndose, 7 os despedacen ³. Pedid, y os será dado; buscad, y hallaréis; llama- 8 mad, y os será abierto; pues todo el que pide recibe, y el que 9 busca halla, y al que llama será abierto ⁴. O ¿quién es el hombre de 10 entre vosotros, a quien su hijo pedirá pan..., acaso le dará una pie-

de sus hermanos, lo que no pueden hacer sin olvidar sus propios pecados (v. 3) y sin ponerse en el lugar de Dios, a quien únicamente pertenece el juicio. (Comp. Rom. 2: 1 y sig.) A este juicio de Dios apela el Salvador como motivo de su exhortación: para que no seáis juzgados. Calvino y otros exégetas entienden, equivocadamente, por estas palabras y por las del v. 2, los juicios de los hombres que juzgan a su vez con severidad a los que les juzgan. Esa moral utilitaria no está en el espíritu de Jesús. No, es Dios quien, en su rigurosa justicia, aplicará el mismo juicio y la misma medida que hubieran usado, a aquellos que, extraños a la misericordia y a la caridad, se entregan a ese espíritu farisaico de juicio (Comp. Lucas 18: 9-14). Jesús sigue así su polémica contra la justicia de los escribas y de los fariseos (5: 20).—Es necesario saber conciliar este precepto con el deber cristiano de discernir y apreciar el valor moral de los caracteres y de las acciones, a la luz de la palabra de Dios (Comp. v. 6 y 15; 1 Cor. 5: 12; 1 Tes. 5: 21; 1 Juan 4: 1). Pero ese discernimiento sin el cual no habría vida moral en este mundo, no debe arrastrarnos a dar sobre los hombres y sobre los motivos ocultos de su conducta un juicio definitivo que no pertenece más que a Dios.

2. Una mota y una viga. Hipérbole destinada a hacer apreciar la locura que hay en preocuparse de las faltas y defectos de otro, mientras que uno mismo cegado está por graves pecados. Allí está la hipocresía. Es precisamente la viga lo que te cega; sácala primeramente, luego

verás, y podrás entonces realmente, con delicadeza y caridad, quitar la pajita del ojo de tu hermano.

3. El deber de no juzgar tiene sus límites; no excluye el de discernir. Tal es la única conexión admisible entre esta idea y las precedentes. Varios intérpretes piensan que no hay que buscar ninguna y pretenden que este v. 6, muy auténtico por otra parte, ha sido intercalado aquí por Mateo. Esta suposición no es inadmisibles, pero de ningún modo es necesaria.—Lo santo, o las cosas santas, son las verdades de la palabra de Dios, las experiencias producidas en el alma por el evangelio, que Jesús compara a perlas preciosas. No deben ser presentadas a hombres tan corrompidos que Jesús pueda compararlos a animales impuros. Sólo podrían profanarlas (holgar con sus pies) y ellas no harían sino excitar su odio y sus violentas persecuciones.

4. Aun aquí, es inútil buscar la conexión con lo que precede y lo que sigue. Esta instrucción sobre la oración puede muy bien haber formado parte del sermón del monte, pero es cierto que Lucas (11: 9), asignándole su lugar a continuación de una parábola sobre la eficacia de la oración, hace resaltar aun mejor su hermosura y fuerza. Por lo demás, es una de esas cortas e importantes sentencias que pueden haber reaparecido más de una vez en las enseñanzas de Jesús.—Pedir, buscar, llamar, tres grados de progresión en la santa acción de la oración, cuando Dios no la atiende desde el principio. Estos términos marcan la persistencia y la intensidad creciente de ella (comp. Fil. 4: 6). Lo que

11 dra?, o también pedirá un pez..., ¿acaso le dará una serpiente? Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le piden!⁵.

D. 12-29. CONCLUSIÓN DEL DISCURSO.—1º *Resumen de la ley*: hacer a los demás lo que esperamos de ellos. (12).—2º *Dificultad de entrar en la vida*: la puerta es estrecha, el camino angosto, mientras que la puerta ancha y el camino espacioso llevan a la perdición. (13, 14).—3º *Falsos profetas y falsas apariencias*. Tened cuidado de los falsos profetas, esos lobos disfrazados de ovejas. Los reconoceréis por su fruto, pues de tal árbol tal fruto. No todos los que me dicen: ¡Señor! pertenecen al reino de los cielos, sino los que hacen la voluntad de mi Padre. En el juicio final muchos invocarán los discursos pronunciados y los hechos realizados en mi nombre y yo les diré: Jamás os conocí, hacedores de iniquidad. (15-23).—4º *Exhortación final en forma de parábola*: el que pone en práctica estas palabras semejante es al varón prudente que edificó su casa sobre la roca; el que no las pone en práctica es semejante al necio que edificó sobre la arena. (24-27).—5º *Impresión producida*. Las multitudes estaban asombradas, porque sentían la autoridad de esta enseñanza tan diferente de la de los escribas. (28, 29.)

12 Todo, pues, cuanto quisierais que los hombres os hagan, así vosotros también hacedlo a ellos, pues ésta es la ley y los profetas⁶.

13 Entrad por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los

debe sostener al hijo de Dios en sus suplicas cada vez más ardientes, es desde luego la triple promesa que Jesús agrega aquí a su exhortación, y después el pensamiento de que se dirige a su Padre (v. 11; comp. Lucas 11: 9, 10, nota).

5. Jesús, para convencernos de la eficacia de la oración, basa su seguridad en el amor de un padre para su hijo. Un padre no dará a su hijo una piedra inútil o una serpiente peligrosa, lo que sería una cruel ironía, un acto antinatural. ¡Cuánto menos vuestro Padre! Doble contraste: él es amor, y vosotros sois malos, aun en vuestros afectos naturales, siempre contaminados de egoísmo; vosotros podéis hacer mal sin quererlo a aquellos a quienes amáis.—El no da sino bienes, o cosas buenas. (Comp. Lucas 11: 12, 13, nota).

6. *Pues*: ¿a qué debe ser referida esta partícula consecutiva? Unos

responden: al v. 11, y entonces la exhortación que sigue aquí significaría: Imitad, pues, para con los hombres la bondad de Dios. Otros ven en esta partícula y en la exhortación un breve resumen de todo lo que Jesús ha dicho sobre los deberes para con el prójimo, desde el cap. 5: 17; y apoyan su opinión en este motivo indicado: *porque esta es la ley y los profetas*, esta ley que Jesús tan largamente ha interpretado en toda su espiritualidad. Es realizada, en efecto, en este deber de hacer a los demás, por amor, todo el bien que quisiéramos que nos hiciesen. Es necesario no olvidar, empero, que el gran mandamiento del amor al prójimo emana del amor a Dios, y que éste, a su vez, no es inspirado al corazón del hombre más que por el amor de Jesús.—Lucas (6: 31) coloca también esta sentencia en el sermón del monte, pero en un orden de ideas diferente.

14 que entran por ella; ¡cuán angosta es la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida! y pocos son los que la hallan⁷.
15 Cuidaos de los falsos profetas, pues vienen a vosotros en vestidos
16 de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces⁸. Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense acaso uvas de espinos, o higos de abro-
17 jos? Así, todo árbol bueno produce buenos frutos; mas el árbol
18 malo produce malos frutos. No puede un árbol bueno llevar malos
19 frutos, ni un árbol malo llevar buenos frutos. Todo árbol que
20 no produce buen fruto es cortado y echado al fuego. Luego, por
21 sus frutos los conoceréis⁹. No todo el que me dice: Señor, Señor,

7. Por lo que concierne a la crítica del texto, es necesario observar: 1º Que, según Sin, y algunos padres, se debería leer: "Ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición; estrecho y angosto es el camino que lleva a la vida" Así sería omitida esa palabra *puerta*, que solamente se encontraría al principio de la exhortación. Pero estas autoridades no son decisivas. 2º Tischendorf, Westcott y Hort, Weiss, adoptan la lección de Sin, y B.: "*Porque, pues, angosta es la puerta...*" Lachmann, Tregelles, Meyer prefieren la lección de la gran mayoría de los documentos: "*Cuán angosta es la puerta!*" Esta última debe retenerse, pues, si no fuese auténtica, su introducción en el texto se explicaría difícilmente.—*Entrad*, dice Jesús; ¿dónde? Evidentemente en el reino de Dios. Pero, ¡qué contraste! Hay una *puerta ancha*, un *camino espacioso*, fácil, seguido por la muchedumbre, donde cada cual puede entrar y andar con sus concupiscencias y sus pecados, pero que conduce a la *perdición*, es decir a la muerte, a la destrucción. (Fil. 3: 19; Heb. 10: 39; 1 Tim. 6: 9.) Y hay una *puerta angosta*, muy angosta, donde no se puede entrar sino haciéndose pequeño, únicamente por el arrepentimiento y el renunciamiento. Ella introduce en un *camino estrecho*, difícil, figura de las fatigas y de los sufrimientos morales de la vida cristiana; pero ¡conduce a la *vida*!—Varios intérpretes, sobre todo entre los místicos, han invertido el orden de esta hermosa figura, concibiendo el *camino* (la vida cristiana aquí) antes que la *puerta*, de la cual hacen la entrada del cielo en la hora de la muerte. Pero Jesús coloca la puerta antes que el

camino; aquí se debe entrar en su reino por la conversión, y es necesario perseverar hasta el fin por una santificación constante.

8. Para caminar con seguridad por el camino de la verdad (v. 13, 14), es necesario cuidarse de las seducciones del error.—¿Quiénes eran, en la mente de Jesús, los *falsos profetas*? Eran, en primer lugar, los doctores de la ley, los fariseos, los jefes de los sacerdotes, quienes, semejantes a sus antecesores (Jer. 28), arrastraban el pueblo a su ruina. (Comp. Lucas 6: 26.) Pero el Señor veía más allá aun que el momento actual; sabía que en su iglesia también se levantarían falsos doctores pretendiendo hablar en el nombre de Dios. Los v. 21-23, y sobre todo cap. 24: 11, 24, muestran con evidencia que Jesús pensaba en ese peligro futuro.—*En vestidos de ovejas*, con la apariencia de la mansedumbre, de la inocencia, de la verdad, pero *por dentro*, considerados según su verdadera naturaleza, son *lobos arrebatadores* o *rapaces*, que roban o devoran las ovejas.

9. No siempre es fácil distinguir el error de la verdad. Jesús da, pues, en estos versículos (16-20), una señal mediante la cual pueden reconocerse los falsos profetas: *sus frutos*. No debe entenderse por ello, con Calvino y otros, únicamente la doctrina, puesto que ella es precisamente lo que se trata de reconocer. Los frutos son, por una parte, las consecuencias prácticas de las doctrinas anunciadas, consecuencias que no tardan en manifestarse en las iglesias; y por la otra, la vida, el espíritu de aquellos que las predicán. No que los falsos doctores sean necesariamente hombres impíos o inmorales, y

entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de
 22 mi Padre que está en los cielos,¹⁰. Muchos me dirán en aquel
 día¹¹: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu
 nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos
 23 milagros?¹² Y entonces les diré abiertamente: Nunca os conocí;
 apartaos de mí, hacedores de iniquidad¹³.
 24 Todo el que oye, pues, de mí estas palabras, y las observa,
 será comparado a un varón prudente, el cual edificó su casa

los doctores verdaderos hombres santos; pero el discernimiento espiritual no se equivoca mucho sobre los caracteres esenciales de la vida cristiana. Los *espinos* no producen *uvas*, ni los *abrojos higos*. Es así como todo *árbol, bueno o malo*, se reconoce por sus frutos. Y este principio se aplica lo mismo a los que profesan la verdad que a los defensores del error. "La bondad del *árbol* mismo, es la verdad y la luz interna; la bondad de los *frutos*, es la santidad de la vida. Si los frutos fueran la *doctrina*, ningún ortodoxo podría ser condenado." Bengel.—El v. 19, que pronuncia la sentencia de los falsos doctores, no pertenece al conjunto de las ideas. Es una sentencia de Juan el Bautista (3: 10), que Jesús podía haber adoptado y que Mateo reproduce aquí.—Cuando toma Jesús por ejemplo los espinos y los abrojos, "este ejemplo es completamente natural y se presenta espontáneamente en Palestina. En cualquier parte donde no hay cultura, el espino y el abrojo abundan." F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7.^a edic., p. 272.

10. Jesús expresa aquí (v. 21-23), sin figura el pensamiento de los versículos precedentes. Lo que prueba que se trata de los mismos falsos profetas que confiesan al Señor Jesús en palabras, es que han *profetizado* (enseñado, predicado) en su nombre (v. 22) y El los juzgará por sus frutos. (v. 23).—El título de *Señor* era el que los discípulos daban a Jesús y que él aprobaba (Juan 13: 13); tomó también en la iglesia el carácter de una confesión de su grandeza divina (1 Cor. 12: 3; Fil. 2: 11), y tenía para los cristianos una significación tanto más importante cuanto que ese nombre es, en la versión griega de los Setenta, que ellos leían, la traducción constante del de Jehová. Ahora bien, pronunciar con

los labios este nombre santo, darlo a Jesús sin *hacer la voluntad de su Padre*, es culto formalista que no dará a nadie el acceso al *reino de los cielos*.

11. El *día* del juicio eterno, a menudo designado así en las escrituras como el día decisivo. (2 Tes. 1: 7-10; 2 Tim. 1: 18; 4: 8; etc.).

12. *Profetizar*, hablar en el nombre del Señor como profeta o enviado de Dios (comp. 1 Cor. 12: 10; 14: 3); se trata aquí del don de profecía tal como se manifestó más tarde en la iglesia cristiana. *Echar fuera demonios*, sanar endemoniados enfermos. *Hacer milagros* (gr. *actos de poder*), diversos actos que sólo una fuerza sobrenatural puede producir. Es, pues, posible que esos actos sean efectuados por hombres que no han experimentado la potencia moral y regeneradora del Espíritu de Dios. Es lo que supone el apóstol Pablo (1 Cor. 13: 2; 2 Tes. 2: 9) y lo que Jesús declara positivamente en otra ocasión (Mat. 24: 24.) Y es necesario observar estas palabras tres veces repetidas: *en tu nombre* (gr. *con tu nombre*, empleándolo como instrumento), este nombre de *Señor*, que esos hombres invocaban para realizar esos actos de poder. Esta advertencia se aplica aún a la iglesia de nuestros días.

13. Gr. Y entonces les confesaré. ¿Cuándo? Véase el v. 22. ¿Con qué majestad se coloca el Señor como juez del mundo, desde los comienzos de su ministerio! (Comp. v. 24. nota.) ¿Hácelo con menor claridad que en Juan? (Juan 5: 22.) ¿Dirásenos todavía que El no revela su divinidad en los sinópticos, o que sólo muy posteriormente llegó a la conciencia de su dignidad suprema?—*Jamás os he conocido* debe entenderse de un conocimiento basado en una comunión viva con él. (Juan 10: 14; 1 Cor. 8:

25 sobre la roca; y bajó la lluvia, y fueron los torrentes, y soplaron
 los vientos, y se precipitaron contra aquella casa; y no cayó, pues
 26 había sido fundada sobre la roca. Y todo el que oye de mí estas
 palabras y no las observa, será comparado a un varón necio, el
 27 cual edificó su casa sobre la arena; y bajó la lluvia, y fueron los
 torrentes, y soplaron los vientos, y chocaron contra aquella casa;
 y cayó, y fué grande su caída¹⁴.
 28 Y aconteció, cuando terminó Jesús estos discursos, que se
 29 asombraban las multitudes por su enseñanza, pues les enseñaba
 como teniendo autoridad, y no como sus escribas¹⁵.

3; 13: 12; Gál. 4: 9.)—Es necesario observar que la causa de este rechazo es la *iniquidad* de tales hombres.

14. En esta admirable parábola, Jesús da la conclusión (*pues*, v. 24) de lo que precede inmediatamente (v. 21-23) y de todo el discurso. La comparación tan impresionante, con su repetición de las mismas escenas de peligro, con sus enérgicos contrastes: *prudente, insensato; la roca, la arena; no cayó, cayó*, se comprende por sí misma. La exégesis no debe buscar el sentido espiritual de los detalles ni preguntar: ¿qué es la *roca*? (en la cual se ha visto sucesivamente a Cristo, los mandamientos de Dios, la fe, la conciencia por oposición a la inteligencia); o ¿qué es la *arena*? (interpretada como significando las opiniones humanas, la propia justicia, etc.). Jesús mismo explica claramente su pensamiento por estas palabras: *practicar* o *no practicar sus palabras* (gr. *hacer* o *no hacer*). En el primer caso, sus palabras mismas se convierten en la *roca*; en el último, no queda sino la *arena* movediza. En cuanto a los elementos desencadenados contra la casa, se ha visto en ellos todas las pruebas, todos los peligros que amenazan la vida espiritual y moral del alma, y eso es evidente. En fin, la casa que permanece firme representa no solamente la salvación sino la victoria, el triunfo, mientras que su caída, que es tan *grande*, es la ruina definitiva, la perdición. (v. 13.)—

Es necesario hacer notar aun desde el punto de vista crítico que en el v. 24 el texto recibido, con *C*, las *mayúsc.* más recientes y parte de las versiones, tiene: *yo le compararé*, en lugar del pasivo: *será comparado*. Cualquier lección que se adopte, ¿a qué debe referirse el futuro? Unos entienden: "le compararé en este mismo momento, en este discurso"; otros reconocen aquí la idea que acaba de expresar Jesús (v. 22), *en aquel día*, en el día del juicio eterno. En efecto, sólo entonces será revelado quien *había sido fundado* (pluscuamperfecto) sobre la roca o sobre la arena, cuál edificio subsiste, cuál cae.

15. El asombro de las multitudes era producido por la *autoridad* con que hablaba Jesús. Esta autoridad resultaba, por una parte, del sentimiento de su misión divina, que animaba su palabra y por la otra del poder de la verdad puesta en contacto inmediato con las almas. Ni esta autoridad ni este poder (dos sentidos de la voz griega) existían en la enseñanza de sus escribas. Este pronombre, omitido por el texto recibido, expresa un desprecio demasiado bien merecido por el modo cómo estos sabios del tiempo de Jesús explicaban y enseñaban las santas escrituras. (Véase sobre la vocación y el carácter de esos *escribas*, cuyo nombre tan a menudo aparece en los evangelios, Mat. 2: 4, nota, y 23: 2; nota.)

3. *El Cristo sanando y libertando.*

A. 1-17. JESÚS SANANDO A LOS ENFERMOS.—1º Cuando Jesús, seguido de la multitud, descendió del monte de las Bienaventuranzas, un leproso se postra ante él, confiesa su fe en el poder de Jesús para sanarle, y se entrega humildemente a su voluntad. Jesús extiende su mano sobre él, le sana por su palabra, y le envía al sacerdote como un testigo viviente de su acción potente. (1-4).—2º Entrando Jesús en Capernaúm, un centurión romano viene a implorarle en favor de su mozo gravemente enfermo. Habiéndole prometido el Salvador ir a sanar al enfermo, el centurión le responde con profunda humildad: "No soy digno de que entres bajo mi techado: una palabra de tu boca bastará, pues yo, que no soy sino un hombre, subordinado a otros, sé, sin embargo, hacerme obedecer por los que están a mis órdenes." Entonces Jesús admira tal fe, que no ha hallado en su pueblo; dirige a este pueblo una seria advertencia profetizando la entrada de los paganos en el reino de los cielos, y sana al enfermo por su sola palabra. (5-13).—3º Habiendo entrado Jesús en la casa de Pedro, encuentra a la suegra de este discípulo enferma con fiebre; la sana y ella le sirve. (14, 15).—4º En la tarde del mismo día le son traídos endemoniados y otros enfermos, a los que sana. El evangelista ve en esta benéfica actividad del Salvador el cumplimiento de una profecía de Isaías (16, 17).

VIII. Y bajado él del monte, le siguieron grandes multitudes 1. Y he aquí, un leproso 2 allegándose le adoraba, diciendo: Señor, 3 si quisieres, puedes limpiarme 3. Y extendiendo su mano, le tocó 4, diciendo: Quiero sé limpiado; y luego fué limpiada su lepra 5.

1. Esas multitudes le seguían con interés a causa del poder de su palabra que acababan de oír. (7: 28, 29.)

2. Comp. Marc. 1: 40-45; Luc. 5: 12-15.—La lepra es una horrible enfermedad, común todavía en Oriente, muy contagiosa, incurable desde sus primeros progresos (2 Reyes 5: 7), que cubre el cuerpo entero de postemas y de llagas y lo disuelve en partes antes que llegue la muerte. El leproso estaba excluido por la ley de toda comunicación con la sociedad, ya a causa del contagio, ya porque la enfermedad era legalmente impura. Los judíos también la consideraban como un castigo especial de Dios, fundando sin duda, esta opinión en algunos hechos relatados en el Antiguo Testamento. (Núm. 12; 2 Reyes 5; 2 Crón. 26).

3. ¡Si quisieres, puedes! ¡Sencilla y patética súplica! Por la primera de estas palabras, el leproso se remite humildemente a Jesús, a la voluntad

de Dios; por la segunda, expresa una gran fe. En esos primeros tiempos del ministerio de Jesús, el conocimiento que estos enfermos tenían de él era muy escaso; su confianza en él era, pues, tanto más admirable. Esta expresión: *limpiarme*, indica simultáneamente la curación de la enfermedad y la liberación de la impureza legal.

4. Generalmente, Jesús obraba y sanaba sólo por la palabra, aun a distancia. Otras veces tocaba al enfermo, ya para comunicarle esa virtud divina que le sanaba, ya, como aquí respecto del leproso, para mostrar que no temía el contagio y testificar su tierna compasión a un desgraciado del que todos huían con horror. Este tocamiento ha debido hacer una viva impresión en los testigos: es mencionado por los tres relatos.

5. Si quisieres, había dicho el leproso; quiero, responde el Salvador, y esta voluntad llena de amor realiza

4 Y le dice Jesús: Mira, a nadie lo digas; sino ve, muéstrate al sacerdote, y ofrece el don que ordenó Moisés para testimonio a 5 ellos 6. Y entrando él en Capernaúm, se allegó a él un centurión 7, 6 rogándole, y diciendo: Señor, mi siervo yace en mi casa, parálitico, gravemente atormentado 8. Dícete: Yo iré y le sanaré 9. 8 Y respondiendo el centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techó; pero manda sólo por una palabra, y será 9 sanado mi siervo 10; pues yo también soy hombre bajo autoridad, teniendo debajo de mí soldados, y digo a éste: Ve, y va; y a otro:

el milagro. "Un pronto eco que responde a la repentina fe del enfermo." Bengel.

6. Esta prohibición, que Jesús a menudo hacía a los enfermos, de divulgar su curación (9: 30; 12: 16; Marc. 3: 12; 5: 43; 7: 36; 8: 26, 30; comp. Mat. 16: 20; 17: 9) podía tener diversas razones. No quería atraer inútilmente sobre sí la atención de los hombres, ni dar sustento a la vana curiosidad, a la sed de milagros, ni provocar antes de tiempo el odio de sus adversarios. (Véase Marc. 1: 45). Quería también que los desgraciados a quienes libertaba conservasen en su interior la impresión profunda de tal manifestación de poder y de amor divinos, a fin de que la curación del cuerpo tuviese por fruto la curación del alma. En el caso presente; había otra razón evidente: el sacerdote, al que envía el leproso sanado, era el único que tenía el derecho de comprobar oficialmente la curación y reintegrar al leproso en los privilegios sociales y religiosos de un israelita (Lev. 14: 2 y sig.). Pues bien, Jesús quería evitar que ese juez fuese desfavorablemente prevenido por el rumor público del milagro que acababa de realizar y pudiese hallar ahí un pretexto, para acusarle de despreciar la ley. El leproso debe, pues, en vez de hablar, mostrarse él mismo al sacerdote y presentar la ofrenda prescrita por la ley. (Véase Lev. 14: 10). Eso debía ser un testimonio, para los sacerdotes, no solamente del respeto de Jesús hacia la ley, sino también de su poder divino. Esta explicación es más natural que la que refiere la palabra ellos al pueblo en general, que habría tenido en la ofrenda del leproso el testimonio de su curación.

7. Comp. Luc. 7: 1-10.—El centurión era un oficial romano, que mandaba una compañía de cien hombres. Pagano de nacimiento (v. 10; Luc. 7: 5), este hombre, sin duda, había llegado a la fe en el Dios viviente y verdadero durante su permanencia entre los judíos. Debía tener también cierto conocimiento de Jesús y de sus obras. Demuestra una confianza ilimitada en su poder (v. 8). Nuestro relato y el de Lucas (7: 1-10), enteramente en armonía en cuanto al fondo de las cosas, presentan notables diferencias de detalle, que es necesario reconocer (Véase Lucas 7: 2, notas).

8. La palabra que traducimos por siervo significa también niño, de donde varios intérpretes han inferido que se trataba realmente de un hijo del centurión. Pero Lucas, que emplea (7: 7) la misma palabra que Mateo, designa (7: 2) al enfermo por el término *doúlos*, esclavo, siervo, y tal es el sentido que debe admitirse. El amor del centurión y su abnegación resaltan aun más en toda su hermosura. Lucas observa (7: 2) que ese siervo "le era muy querido".—La enfermedad indicada como *parálisis* era sin duda alguna dolencia aguda que causaba al enfermo grandes padecimientos (era cruelmente atormentado) y le ponía en peligro de muerte (Luc. 7: 2).

9. Gr. Yo, en llegando, le sanaré. Este yo colocado al principio es opuesto a la situación del enfermo. Jesús afirma su poder divino y su amor siempre listo para socorrer.

10. El texto recibido tiene: Di una palabra. El verdadero texto debe traducirse: Di, ordena por una palabra, aun a distancia, y, sin otra acción, mi siervo será sanado. Expresión de una fe más sorprendente aún que la

- 10 Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace¹¹ Y oyendo Jesús se admiró y dijo a los que seguían: En verdad os digo, ni
11 aun en Israel he hallado tanta fe¹². Y os digo que muchos de Oriente y de Occidente vendrán y se reclinarán [a la mesa] con
12 Abrahán e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores; allí serán el
13 llanto y el rechinar de los dientes¹³. Y dijo Jesús al centurión: Ve, y como has creído, séate hecho. Y fué sanado el siervo en aquella hora¹⁴
14 Y entrando Jesús en la casa de Pedro, vió a su suegra acosada y con fiebre; y tocó su mano y la dejó la fiebre; y se levantó,
15 y le servía¹⁵. Y llegada la tarde, le llevaron muchos endemoniados;

humildad que mostraba este oficial que no se sentía digno de la presencia de Jesús. Y va a explicar esta fe (v. 9).

11. El centurión no saca la conclusión de esta admirable comparación; sabe que Jesús la ha comprendido. Si yo, un hombre, que debo obedecer a mis superiores, tengo tal poder sobre la voluntad de otros hombres, ¡cuánto más puedes, tú, ordenar a la enfermedad y a la muerte! "El motivo invocado por el centurión en apoyo de su pedido y el acento que da a esas palabras un hombre bajo autoridad demuestran que él considera a Jesús como un ser sobrehumano dominando sobre potencias o sobre espíritus que, a su orden, pueden obrar la curación." B. Weiss. (Comp. v. 26; Lucas 4: 39.) "La enfermedad no obedece tan fácilmente como el siervo y los soldados, pero la prudencia del creyente, que resplandece a través de la rudeza del soldado, no se deja turbar por esta objeción." Bengel.

12. B. y algunas versiones tienen: "en ninguno en Israel." Jesús tenía derecho de esperar en Israel una fe tan grande, pero no la había hallado. No se asombra ni del amor ni de la humildad del centurión, sino de su fe, que en él ha producido todo lo demás.

13. De Oriente y de Occidente, de las regiones paganas más apartadas. ¡Qué conocimiento del porvenir de su reino!—Estar sentado a la mesa, figura de la posesión de los bienes celestiales, del gozo en la comunión con Abrahán y con todos los hijos de Dios. (Luc. 13: 28; Apoc. 19: 9).

—Los hijos del reino, los judíos que hubieron rechazado la salvación. Hebraísmo que señala una relación íntima con alguno o con algo: "Hijos de la resurrección" (Luc. 20: 36); "hijos del esposo", sus amigos de boda (Mat. 9: 15).—Las tinieblas de afuera: la sala del banquete, que tenía lugar durante la noche, estaba resplandeciente de luz, pero fuera todo era tinieblas.—Llanto y rechinar de dientes, expresión terrible del dolor y de la desesperación (13: 42; 22: 13; 25: 30).

14. El centurión ha creído, no solamente que Jesús podía sanar su siervo, sino que podía sanarle por palabra y a distancia (v. 8). Para animar, pues, tal fe, renuncia Jesús a su proyecto de ir hacia el enfermo y, por estas palabras poderosas: séate hecho concede al centurión todo lo que había creído y pedido. Y en aquella hora, es decir, en el momento en que esta palabra fué pronunciada, el milagro fué realizado. (Comp. 9: 22; 15: 28.)

15. Comp. Marc. 1: 29-34; Luc. 4: 38-41.—Se ve por este incidente que Pedro era casado, pues el término griego no puede designar sino la madre de su mujer, y sabemos por 1 Cor. 9: 5 que su esposa le acompañaba en sus viajes.—Pedro era de Betsaida. (Juan 1: 45); parece, pues, que había venido a habitar con su familia en Capernaúm.—El primer uso que esta mujer hizo de las fuerzas que acababan de serle devueltas, fué el de servirle. El texto recibido tiene servirlos. Este plural es tomado de Marcos y Lucas, cuyos relatos nos muestran que Jesús no

- y expulsó los espíritus por una palabra, y sanó a todos los que
17 estaban enfermos¹⁶, para que fuera cumplido lo declarado por medio del profeta Isaías, diciendo: "Él tomó nuestras dolencias, y llevó nuestras enfermedades"¹⁷.

B. 18-27. SEGUIR A JESÚS, AUN EN LA TEMPESTAD.—1º Los dos discípulos. En el momento en que Jesús quiere pasar a la otra orilla del lago, un escriba se ofrece a seguirle como discípulo. Pero Jesús le hace observar la vida pobre y errante del hijo del hombre. Otro de sus oyentes quería aplazar el seguirle hasta haber enterrado a su padre. Jesús le incita a tomar una decisión inmediata. (18-22.)—2º La tempestad. Cuando se halla en el barco con sus discípulos, una violenta tempestad se levanta sobre el lago. Jesús duerme. Los discípulos le despiertan con este grito de angustia: ¡Señor, perecemos! Él les reprocha su poca fe; después, levantándose, ordena con autoridad a los vientos y a la mar, y se produce grande bonanza. Todos los testigos de esta escena están admirados. (23-27.)

- 18 Y viendo Jesús grandes multitudes a su derredor, mandó
19 partir al otro lado¹⁸. Y allegándose un escriba, le dijo: Maestro,
20 te seguiré a dondequiera que fueres¹⁹. Y Jesús le dice: Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; mas el hijo del hombre
21 no tiene dónde reclinar su cabeza²⁰. Y otro de los discípulos le

estaba solo, sino acompañado por algunos de sus discípulos. Estos dos evangelistas atribuyen a este incidente una ocasión anterior y difieren en algunos detalles con Mateo y entre sí.

16. La tarde en que Jesús hizo aún todas esas curaciones es la del día mismo en que acababa de libertar de la fiebre a la suegra de Pedro. Jesús se muestra infatigable en aliviar y sanar.—Por una palabra (Véase v. 8, nota). Los sufrimientos de los endemoniados son atribuidos a espíritus que Jesús echa fuera. (Véase sobre las curaciones de este género, v. 28.)

17. Isa. 53: 4, citado de acuerdo al hebreo. En la mente del profeta (Comp. 1 Pedro 2: 24), se trata de nuestras enfermedades y nuestras dolencias morales, las cuales el siervo del Eterno toma y lleva, y la versión griega de los Setenta interpreta exactamente, más bien que traduce: "El tomó nuestros pecados." Mateo hace una aplicación diferente de estas palabras, autorizada a la vez por el sentido literal del pasaje y por la acción del Salvador que describe. En efecto. Jesús tomaba, o, según el verbo hebreo, quitaba las enfermedades

que sanaba, y las llevaba por esa profunda simpatía con que se había identificado con nuestra naturaleza y por esa compasión que le inspiraban los dolores de cada paciente. Todas nuestras enfermedades y nuestras dolencias son, por lo demás, efecto del pecado, y el mal en todas sus manifestaciones era lo que Jesús había venido a curar.

18. De Capernaúm a la otra ribera del lago. Jesús, después de haber estado mucho tiempo rodeado por estas multitudes, quería buscar la soledad.

19. Comp. Luc. 9: 57-62.—Ese escriba (véase sobre los hombres de tal profesión, cap. 23: 2, nota) había oído sin duda la palabra de Jesús y visto sus obras, y había recibido de ellas una impresión seria. Le pide, pues, el poder unirse completamente a él como discípulo. Pero había mucha ignorancia en esta expresión: donde quiera que fueres. El camino de Jesús le conducirá hasta la cruz. ¿Es eso lo que quiere el escriba? La respuesta del Salvador debía por lo menos hacerle reflexionar.

20. Tal es su pobreza, su desprendimiento de todo en este mundo, que a la mañana no sabe dónde reclinará,

dijo: Señor, permíteme primero irme y sepultar a mi padre²¹.
 22 Mas Jesús le dice: Sigue, y deja a los muertos sepultar sus propios muertos²².

esa tarde, *su cabeza fatigada*. Conclusión para el escriba: ¿Qué quieres, pues, buscar en mi compañía?—Es la primera vez que encontramos en nuestro evangelio ese nombre significativo que Jesús gustaba darse: *el hijo del hombre*. Ha sido interpretado de distintas maneras, bajo la influencia de ideas preconcebidas. Muchos buscan su origen en el Salmo 8: 5, donde es evidente que “hijo del hombre” significa simplemente *hombre*, como lo prueba el paralelismo poético de ese pasaje. Pero no se comprendería por qué se designaría Jesús así habitualmente como un *hombre*, lo que era bien evidente, ni, sobre todo, por qué se serviría para ello de un término poético inusitado en el lenguaje ordinario. Se contesta que era para mostrar en él el hombre por excelencia el hombre ideal, el segundo Adán, el representante y el tipo de la humanidad regenerada, etc. Estas ideas son verdaderas y bíblicas en sí mismas, pero no es seguro que deban encontrarse en la expresión de que se trata. Muchos intérpretes de los más autorizados, hallan el origen de este nombre en la grande visión de Daniel (7: 13, 14), donde el Mesías, a quien es dado un reino universal y eterno, aparece como un *hijo de hombre* en medio de los ángeles del juicio y viniendo sobre las nubes del cielo. Tal aplicación de esta visión a la palabra que nos ocupa no es arbitraria; está basada en solemnes declaraciones de Jesucristo mismo, en las cuales, al designarse como el hijo del hombre, anuncia su vuelta para el juicio, “viniendo en las nubes del cielo” (24: 30; 26: 64), alusión evidente a la visión del profeta. (Comp. Apoc. 1: 7, 13; 14: 14, etc.): El nombre de hijo del hombre designa, pues, el Mesías, pero con la idea de su humillación, de su pobreza (como en nuestro pasaje), en una palabra, de su humanidad, que un día será elevada a la gloria (Fil. 2: 6-11). El título de hijo del hombre es la antítesis del de Hijo de Dios. Y es necesario observar que Jesús solo se da ese nombre; sus discípulos jamás lo designan así; la excepción hallada en

Act. 7: 56, obedece a la situación, y confirma la interpretación que acaba de ser expuesta.

21. *Discípulo* designa aquí un oyente de Jesús (gr. *el que aprende*, que es enseñado) a quien el Salvador invitaba a seguirle (Luc. 9: 59), pero que pedía un plazo para cumplir con su padre muerto el último deber. Otros intérpretes piensan, con mucha menos verosimilitud, que quería diferir hasta que su padre, aun vivo, muriese y fuese sepultado.

22. “Deja a los que son moral y espiritualmente muertos (Efes. 2: 1; Apoc. 3: 1), cumplir ese deber con sus muertos”, en el sentido literal y corporal. Esta sentencia absoluta no es fácil de comprender. Es necesario que pueda conciliarse con los deberes de un hijo, que Jesús mismo cumplía perfectamente (Luc. 2: 51; Juan 19: 26, 27). Debía haber en las disposiciones interiores de este discípulo o en sus circunstancias de familia razones, para nosotros desconocidas, que motivasen la orden apremiante que Jesús le da. Probablemente estaba en peligro de no seguir de ningún modo a Jesús si no lo hacía en ese instante. La palabra del Maestro quería decir: *¡Ahora o nunca!* El interés supremo del reino de Dios y de la salvación de su alma debía prevalecer sobre todo otro interés. En este sentido decía Jesús también: “Si alguno ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí”. Pero si el que hablaba así no fuese más que un hombre, sería de su parte la extravagancia del orgullo. — Lucas (9: 57 y sig., véanse las notas) coloca esta narración mucho más tarde, en el momento en que Jesús se pone en camino para ir a morir a Jerusalén, y agrega un tercer interlocutor de Jesús a los dos que Mateo menciona. No hay razones decisivas para preferir una época a la otra; por ello los intérpretes están divididos sobre este asunto. Se ha dicho que el momento solemne de la partida de Jesús a Jerusalén explica lo que hay de absoluto en su orden a este discípulo. Tal vez; pero es una simple suposición.

23 Y entrando él en el barco, le siguieron sus discípulos²³.
 24 Y he aquí, una grande tempestad se produjo en el mar, al punto
 25 de ser el barco cubierto por las olas; mas él dormía²⁴. Y al-
 26 gándose le despertaron, diciendo: ¡Señor, salva, perecemos! Y
 les dice: ¿Por qué estáis temerosos, escasos de fe? ²⁵. Entonces
 levantándose reprendió a los vientos y al mar, y se produjo
 27 grande bonanza²⁶. Y los hombres se admiraron, diciendo: ¿Qué
 clase de hombre es éste, que aun los vientos y el mar le obedecen? ²⁷.

C. 28-34. LOS ENDEMONIADOS DE GADARA.—1º *Su curación*. Llegado a la otra ribera del lago, en la comarca de los gadarenos, encuentra Jesús a dos endemoniados peligrosos que le reconocen por el Hijo de Dios y le preguntan si ha venido a atormentarlos antes de tiempo. Le ruegan que los envíe a una piara de cerdos que pacían a alguna distancia. Habiéndolo concedido Jesús, toda la piara se precipita al mar y perece. (28-32.)—2º *El efecto producido*. Los que apacentaban esa piara huyen a la ciudad y relatan a los habitantes lo que acaba de ocurrir. Éstos salen y ruegan a Jesús que se retire de su comarca. (33, 34.)

28 Y llegado él al otro lado, a la región de los gadarenos²⁸, le en-

23. Comp. Marc. 4: 35-41; Luc. 8: 22-25. “*El barco*”, el que se hallaba allí, listo para la partida.—*Sus discípulos* no eran solamente los apóstoles, sino otros oyentes de Jesús que le seguían. (v. 22 y 27, nota; Marc. 4: 36).

24. Aunque pequeño, en este mar se levantan a menudo tales tempestades. Es lo que se ve también con frecuencia en los lagos de Suiza rodeados de altas montañas.—Jesús dormía en medio del peligro, con la calma de una conciencia en paz, antes de manifestar la majestad de su poder.

25. Jesús calma desde luego las inquietudes de sus discípulos, después apacigua las olas del mar. Según Marcos y Lucas esta doble acción habría sucedido en un orden inverso. Es difícil decir cuál es más natural. En ambos casos es una mezcla admirable de amor y poder, de poder y de amor.—¿En qué han merecido los discípulos el reproche de ser faltos de fe? Se ve por la pregunta que Jesús les dirige: *¿Por qué tenéis temor?* Ese temor, esa angustia que llegaba hasta el miedo de perecer, de perecer en presencia de Jesús y con él, era ciertamente, después de todo

lo que ellos habían ya visto y oído de él, una falta de confianza. Pero ¿quién si no el Señor, osaría reprenderles por ello?

26. Esa palabra *reprender*, reñir, da la idea de lo que hay de hostil en estos fenómenos de la naturaleza que constituyen un peligro para el hombre. (Comp. 17: 18; Luc. 4: 39.)

27. Sí, *¿qué clase de hombre es éste?* Tal es, en efecto, la cuestión. El que no ve en Él al Señor de la naturaleza que él creó, jamás admitirá que *los vientos y el mar le obedecen*, lo mismo que la enfermedad y la muerte. Es necesario, entonces, hacer grandes esfuerzos de imaginación para explicar estos hechos de un modo natural y sin la intervención del poder divino que había en Jesús.—*Esos hombres* que hablan así son los que acompañaban a Jesús y sus discípulos (v. 23, nota).

28. Comp. Marc. 5: 1-20; Luc. 8: 26-39.—El nombre de los habitantes de esta localidad varía en los manuscritos y los padres entre *gergesenos*, *gerasenos* y *gadarenos*. El texto recibido ha conservado este último nombre en Marcos y Lucas, mientras que en Mateo tiene *gergesenos*. Tischendorf varía en su texto de un

contraron dos endemoniados, saliendo de los sepulcros, fieros en gran manera, al punto de no poder nadie pasar por aquel camino²⁹. Y he aquí, clamaron diciendo: ¿Qué tenemos contigo,

evangelio a otro y de una edición a otra, consultando los manuscritos y no la geografía, muy obscura sobre este punto. (Véase M. F. Godet, *Comentario de Lucas* 8: 26; 3.^a edic.). Gadara una de las ciudades de Decánolis, estaba situada, al Sur-Este del lago de Genezaret. Su territorio se extendía hasta dicho lago. (Josefo *Guerra de los Judíos*, IV, 7, 3.) Gerasa era una gran ciudad a veinte leguas al Sur-Este del lago, hacia las fronteras de Arabia. En fin, los padres mencionan una ciudad de Gerasa que topográficamente convenría a nuestro relato.

29. Estos desgraciados, cuya enfermedad, cualquiera que fuese por otra parte su causa, parece haber sido una locura furiosa, habitaban *sepulcros*, es decir, esas grutas cavadas en la falda de un monte, donde se sepultaban los muertos. *Salían* de ellos cuando la vista de algún caminante excitaba su furor. De ahí el peligro que hacía que se evitase ese camino. Son llamados aquí, y con frecuencia, *endemoniados*, es decir, que estaban bajo la influencia de seres misteriosos llamados *espíritus* o *demonios* (Mat. 8: 16; Luc. 9: 37 y sig.). Bien que son distintos del diablo, el evangelio los pone en una relación estrecha con el reino de las tinieblas y con Satanás que es su jefe (Mat. 12: 24-29; Luc. 13: 16). De ahí el carácter de espíritus *impuros* (Mat. 10: 1; Marc. 1: 23; Luc. 4: 33; etc.) o *malos* (Mat. 12: 45; Luc. 8: 2; Efes. 6: 12; etc.) que les es atribuido, independientemente del estado moral de los que se encuentran bajo su influencia. A menudo, en efecto, éstos eran muy jóvenes aún e irresponsables (Mat. 16: 22; 17: 15). Sin embargo, bien que la maldad de los demonios jamás sea atribuida a sus víctimas, puede suponerse que, en general, por sus pecados y desorden moral se habían entregado esos desdichados a la influencia de los espíritus impuros.—¿Qué eran esos espíritus? El evangelio no lo dice claramente en ninguna parte. La opinión de algunos padres de la iglesia, que se encuentra ya en el histo-

riador Josefo, es que se trata de las almas de hombres impíos y malos, caídas después de la muerte bajo el poder del príncipe de las tinieblas, y que procuraban perjudicar a los vivos. Pero la relación que los escritores del Nuevo Testamento establecen entre esos espíritus y Satanás, lleva mejor a creer que veían en ellos ángeles caídos como él.—Más importante es la consideración de los efectos producidos en los infelices que se encontraban bajo esa tenebrosa influencia. Esos efectos parecen ser al mismo tiempo físicos y psicológicos. En nuestro pasaje y en otros lugares (Marc. 5: 3 y sig.; Luc. 8: 29), no pueden desconocerse los síntomas de enajenación mental llevada hasta el furor. En otros casos, se reconocen los síntomas evidentes de diversas enfermedades: la epilepsia (Mat. 17: 15; Luc. 9: 39; Marc. 9: 22); la mudéz (Mat. 9: 32, comp. Marc. 9: 17); la parálisis (Luc. 13: 11); la ceguera unida a la mudéz (Mat. 12: 22). Por eso la acción libertadora del Salvador sobre estos enfermos es designada, ora por *echar fuera los demonios* (Mat. 8: 16, etc.), ora por la palabra *sana*, que se refiere a la enfermedad (Mat. 15: 28; Luc. 6: 18).—Tales son los hechos que los evangelistas nos presentan. ¿Qué idea podemos nosotros hacernos hoy? No solamente el racionalismo busca explicar estos hechos de un modo completamente natural; intérpretes llenos de fe y de piedad no quieren ver en los endemoniados del tiempo de Jesús más que enfermos ordinarios, enfermos de espíritu o de cuerpo, que él sanaba por su palabra poderosa, y cuyos sufrimientos eran atribuidos por la creencia popular de la época a una influencia satánica. Basan esta opinión sobre las siguientes razones (véase Meyer sobre Mateo 4: 24): 1.^o La ausencia de endemoniados en el Antiguo Testamento. 2.^o la práctica del exorcismo entre los judíos (Mat. 12: 27); 3.^o la ausencia de endemoniados comprobada en nuestros días; 4.^o el silencio absoluto del evangelio de Juan sobre estas curaciones, aun cuando este

Hijo de Dios? ¿Has venido aquí para atormentarnos antes de
30 tiempo?³⁰. Y había lejos de ellos una piara de muchos puercos
31 paciando. Y los demonios le rogaban, diciendo: Si nos expulsas,
32 envíanos a la piara de los puercos. Y les dijo: Id. Y ellos, sa-
liendo, se fueron a los puercos; y he aquí, se precipitó toda la
33 piara barranca abajo al mar, y murieron en las aguas³¹. Y los

apóstol reconozca claramente la acción de Satanás en los malos (Juan 13: 2, 27; 8: 44 y las ideas de su tiempo sobre los endemoniados (Juan 7: 20); 5.^o el hecho de que estos *endemoniados* no manifiestan ninguna de las disposiciones diabólicas que haría esperar su posesión por un espíritu impuro y malo. Algunas de estas razones son de peso, otras tienen poco valor. Pero no es ése el asunto. En presencia de hechos psicológicos que pertenecen a ese dominio tan oscuro del mundo de los espíritus, la única cosa que deba preguntarse la exégesis es esta: ¿Qué es lo que los evangelistas han querido relatar? y sobre todo ¿cuál es, respecto de los endemoniados, la opinión del Salvador que los sanaba? A la primera de estas preguntas no puede haber sino una sola respuesta: evidentemente los escritores del Nuevo Testamento han relatado hechos de perfecta realidad ante sus ojos. Los teólogos cuya opinión se acaba de citar lo admiten sin vacilar; pero suponen que estos discípulos han escrito bajo la influencia de las ideas universalmente extendidas en su tiempo, y sin discutir las. Pero si esas ideas hubiesen sido falsas, ¿no habrían sido rectificadas por las palabras y por la acción de su Maestro en las numerosas curaciones de este género que realizaba? Ahora bien, ¿qué han podido aprender de él? He lo aquí: Jesús declara públicamente que él *“echa fuera los demonios por el Espíritu de Dios”* (Mat. 12: 28; Luc. 11: 20, comp. 13: 32). Da solemnemente a sus discípulos la orden y el poder de *echar fuera los espíritus impuros* (Mat. 10: 1, 8; Marc. 3: 15). Les explica por qué no han podido hacerlo en un caso particular (Mat. 17: 21; Marc. 9: 29). Les da una enseñanza sobre la acción de tal espíritu impuro (Mat. 12: 43 y sig.; Luc. 11: 24). Cuando los demonios se someten a los discípulos, ve a Satanás, su jefe, precipitado

del poder (Luc. 10: 17, 18). En presencia de estas afirmaciones, no queda más que esta alternativa: Jesús se ha permitido una acomodación, indigna de él, a los errores de su tiempo, o él mismo ha estado en el error. Tales consecuencias deciden la cuestión para todos los que creen en el Hijo de Dios.—Es, empero, necesario cuidarse de abusar de esos hechos para alimentar una peligrosa superstición. Un poder tenebroso ha podido reinar en la época de degradación religiosa y moral en que apareció el Salvador; pero él venía a romper ese poder, como lo prueba el último pasaje citado, Luc. 10: 13 y mejor aun 1 Juan 3: 8. (Comp. la disertación de M. F. Godet, *Comentario de Lucas* 4: 33-37, tomo I, p. 335, 3.^a edición.)

30. Son los endemoniados los que hablan, pero las palabras que pronuncian muestran que el evangelista las atribuye a los demonios (v. 31). Conocen a Jesús, le nombran con terror *hijo de Dios* (Jac. 2: 19) y piden no ser *atormentados* (Luc. 16: 23) *antes de tiempo*, es decir, arrojados al abismo antes del día del juicio (Luc. 8: 31; 2 Pedro 2: 4).—Mateo habla de dos endemoniados (v. 23). En los relatos de Marcos (5: 1 y sig.) y de Lucas (8: 26 y sig.; véase las notas), no hay más que uno. Se ha supuesto que Mateo comprende en su relato el endemoniado sanado en la sinagoga de Capernaúm (Marc. 1: 23) o que, de los dos dementes, uno era más furioso que el otro, y que Marcos y Lucas sólo hablan de ése. Es posible; pero ¿no vale más tomar los evangelios tal como son, que hacer armonística sobre suposiciones sin pruebas? (Comp. 20: 30.)

31. Los demonios, a la palabra de Jesús, *salen* de ambos enfermos, que se encuentran sanos, y se echan, no sobre la piara, según el texto recibido, sino sobre *los cerdos*. ¿Haría suponer la continuación del relato, que comunicaron a esos animales la mis-

que los apacentaban huyeron, y yendo a la ciudad contaron todo, 34 y lo de los endemoniados. Y he aquí, toda la ciudad salió al encuentro de Jesús, y en viéndole, le rogaron que se fuera de sus términos 32.

D. 1-8. CURACIÓN DE UN PARALÍTICO.—1º De regreso a Capernaúm, Jesús ve poner a sus pies un *paralítico* acostado sobre un lecho. (1, 2.)—2º Algunos *escribas* lo acusan de blasfemia. Pero Jesús, censurándoles sus malos pensamientos, les da la *prueba* de que el hijo del hombre tiene la autoridad de perdonar los pecados: ordena al paralítico levantarse, tomar su lecho e irse a su casa, lo que éste hace al instante. (3-7.)—3º El *pueblo* glorifica a Dios. (8.)

IX. Y entrando en un barco, cruzó al otro lado, y fué a su 2 propia ciudad 1. Y he aquí, le llevaron un paralítico acostado sobre un lecho. Y viendo Jesús la fe de ellos 2, dijo al paralítico: 3 Ten buen ánimo hijo, perdonados son tus pecados 3 Y he aquí,

ma furia que a los endemoniados? O ¿cómo explicar el hecho de que se precipitaron en el mar? Marcos (5: 2 y sig.) relata toda esta escena con muchos detalles. Véanse las notas allí.

32. *La ciudad* (v. 33) es Gadara. (v. 28.)—Los habitantes *ruegan* a Jesús que se aleje; este término es respetuoso. Sin duda estaban bajo una impresión de temor, a causa de lo que acababa de acontecer, antes que de irritación a causa de la pérdida que sufrían. Se ha supuesto que esas gentes eran judíos, a quienes la ley prohibía poseer puercos, y que esta pérdida fué el castigo de su desobediencia. Es posible, pero el texto no lo dice. Sea lo que fuere, esos hombres son demasiado ignorantes para dejar de colocar sus intereses sobre el privilegio de poseer a Jesús en su territorio.

1. Comp. Marc. 2: 1-12; Luc. 5: 17-26.—*Su ciudad*, Capernaúm, donde se había establecido (4: 13; Marc. 2: 1).—Marcos y Lucas asignan otro lugar al incidente que sigue, y lo refieren con mayores detalles. (Véanse las notas.)

2. Ante todo, la *fe* del paralítico, pero también la fe de los que se lo *traían* y que ya mostraban así esta fe que "obra por la caridad." Era la preparación necesaria para la curación y el perdón.

3. Ante todo, palabras llenas de

compasión y aliento: *Ten buen ánimo, hijo mío.* (Comp. v. 22; Marc. 10: 49.) Después, un beneficio infinitamente mayor para el enfermo que la curación que venía a pedir: *Tus pecados son perdonados* (gr. *remittidos*). El texto recibido tiene: "te son perdonados", lo que por sí mismo se entiende. Pero lo que debe observarse, es el verbo en presente, según el verdadero texto, que muestra el perdón concedido actualmente por Jesucristo y sin condición alguna. Para que este perdón absoluto fuese moralmente posible y verdadero, era necesario que Jesús viese en ese hombre el arrepentimiento tanto como la fe. Sin embargo, estas palabras de gracia, dirigidas a un enfermo que venía a buscar la curación, sorprenden a primera vista. Se ha inferido de esto que el enfermo había causado su mal por sus pecados, o que Jesús se acomodaba a la idea judía de su época de que todo sufrimiento es el castigo de pecados personales. (Véase lo contrario en Juan 9: 2, 3.) Es posible que ese paralítico se hubiese atraído la enfermedad por sus extravíos, pero nada lo indica en la narración. Pero es cierto, según la escritura, que todo mal en el mundo emana del pecado (Rom. 5: 12), y Jesús, concediendo desde el principio el perdón, cura la causa, el pecado, antes de quitar el efecto, la enfermedad.

algunos de los escribas dijeron en sí mismos: Este blasfema 4 Y conociendo Jesús sus pensamientos 5, dijo: ¿Para qué pensáis 5 malas cosas en vuestros corazones? 6 Porque ¿qué es más fácil, decir: Perdonados son tus pecados, o decir: Levántate y anda? 6 Para que sepáis, pues, que autoridad tiene el hijo del hombre sobre la tierra de perdonar pecados (dice entonces al paralítico): 7 Levántate, toma tu lecho y vete a tu casa. Y levantándose, se 8 fué a su casa 7. Y viéndolo las multitudes, temieron y glorificaron a Dios, que había dado tal poder a los hombres 8.

4. Según los otros sinópticos, no había allí únicamente, como adversarios, los *escribas*, sino también *fariseos* (véase sobre los primeros 23: 2, nota, y sobre los últimos 3: 7, nota), venidos juntos de diversos lugares para espiar a Jesús. (Luc. 5: 17.) Es, pues, aquí propiamente donde empieza en la narración de Mateo esa oposición hostil que irá siempre creciendo hasta el desenlace.—¿Cómo pueden esos adversarios ver, en el perdón pronunciado por Jesús, una *blasfemia*? Les parecía que Jesús usurpaba un atributo divino. En Marcos y Lucas los contradictores completan así su pensamiento: "¿Quién puede perdonar los pecados, sino Dios solo?" Y en la ignorancia en que estaban acerca de la persona de Jesús, tenían razón. Cuando más tarde autoriza el Maestro a sus discípulos a perdonar los pecados, les delega un poder que él ejerce directamente, y ellos no podrán sino anunciar el perdón en el nombre de Dios y del Salvador (16: 19; 18: 18; Juan 20: 23; notas.)

5. *B.* y algunas versiones tienen: *conociendo* sus pensamientos. La idea es la misma. Jesús es el único hombre que haya tenido jamás el poder de conocer o de ver los *pensamientos* de los demás. No era solamente el efecto de una penetración natural de su espíritu, sino un poder divino semejante a aquel por el que hacía milagros (Juan 2: 24, 25.)

6. Vosotros pensáis, mientras que este pobre paralítico y sus amigos vienen a mí llenos de confianza. Eso era precisamente *lo malo* que los adversarios tenían en sus *corazones*, pensamientos de incredulidad y de enemistad que les hacían ver una blasfemia en la más conmovedora manifestación de la misericordia de

Dios. Ellos mismos eran, pues, quienes blasfemaban.

7. El v. 5 debe motivar (*porque*) el v. 4; y Jesús saca esta última pregunta de los pensamientos mismos de sus adversarios. En el fondo, *perdonar* o *sanar* son igualmente imposibles al hombre y *fáciles* para el Señor, porque ambos exigen el poder divino. Pero los escribas pensaban: He ahí un paralítico que viene a buscar la curación, y se le dice: Tus pecados te son perdonados; eso es muy fácil, a la vez que blasfematorio; ¡pero sanarle!... *Para que sepáis, pues*, es por lo tanto la solemne respuesta a este pensamiento, y la curación del paralítico por la palabra de Jesús se convierte así en una demostración sin réplica de la autoridad que él tiene para perdonar los pecados.—Sobre la expresión *el hijo del hombre*, véase 8: 20, nota.—Las palabras: *sobre la tierra*, están aquí por oposición a *en el cielo*. Aun sobre la tierra, antes del juicio eterno, aun bajo su forma de siervo, el hijo del hombre tiene el poder de perdonar; porque "todo poder le es dado en el cielo y sobre la tierra" (28: 18). "Esta sentencia respira el origen celestial de aquel que la pronuncia." *Bengel*.

8. La profunda impresión que *la multitud* recibe de este milagro, es descrita en el texto recibido por esta expresión: se *admiraron* o *asombraron*. La variante admitida da más o menos el mismo sentido, pero con mayor energía todavía.—A *los hombres* no es una expresión genérica significando *a un hombre* (Jesús); sino que la muchedumbre considera con razón todos los poderes de Jesús como conferidos, en él, a la humanidad entera.

E. 9-17. VOCACIÓN DE MATEO. PREGUNTA DE LOS DISCÍPULOS DE JUAN.—
 1º Pasando Jesús por delante del lugar de los tributos, *invita a Mateo a seguirle*, lo que éste hace inmediatamente. Éste invita a Jesús a un *banquete*, y con él a muchos publicanos y personas de mala fama. (9, 10.)—2º Viendo esto algunos *fariseos*, preguntan a los discípulos cómo es que su Maestro come con tal gente. Jesús responde: Son los enfermos precisamente quienes tienen necesidad de médico. Ellos podrían saberlo, pues la escritura dice: Dios ama la misericordia, no el sacrificio: el Salvador viene a llamar a pecadores, no a justos. (11-13.)—3º En ese momento algunos *discípulos de Juan el Bautista* preguntan a Jesús por qué los que le siguen no practican la ley del ayuno. El les responde que sus discípulos no pueden estar de duelo o con tristeza mientras el esposo está con ellos, pero que vendrán días en que ayunarán. (14, 15.)—4º Luego se empeña a hacerles comprender, por *dos comparaciones* notables, que la vida nueva que él trae al mundo es incompatible con las viejas instituciones legales, y aun que exige la renovación completa del hombre interior. (16, 17.)

9 Y pasando Jesús de allí, vió un hombre sentado en el lugar de los tributos⁹, llamado Mateo¹⁰, y le dice: Sígueme. Y levándose le siguió¹¹. Y aconteció que estaba recostado [a la mesa] en la casa¹², y he aquí, muchos publicanos y pecadores fueron y

9. Lugar donde se cobraban los impuestos sobre las mercaderías en tránsito, etc. Como esas contribuciones eran levantadas por cuenta de los romanos, los judíos que ejercían las funciones de receptores eran generalmente odiados y despreciados (5: 46, nota). Y entre esos *publicanos* (comp. v. 11; 11: 19; 18: 17) Jesús eligió uno de sus apóstoles. “¿Quería únicamente hacer ver cómo se ponía por encima de los prejuicios de los judíos? o ¿deseaba también poseer entre sus discípulos un hombre habituado a manejar la pluma? Todo es posible; pero hay algo tan brusco, tan espontáneo y tan extraño en este llamamiento, que no se puede, en todo caso; dudar de que Jesús lo haya dirigido por una impulsión directa de arriba. Este carácter divino del llamado resulta también de la decisión y la prontitud con que es aceptado. Entre Jesús y este hombre, debe haber habido algo así como una corriente de simpatía divina.” F. Godet. Todo en la historia evangélica es una revelación de la misericordia de Dios.

10. Marcos (2: 13-22) y Lucas (5: 27-39) relatan también esta vocación de un discípulo con los mismos detalles de lugar, de tiempo, de

circunstancias; se trata evidentemente del mismo hecho en los tres relatos. Pero mientras nuestro evangelista llama a ese discípulo *Mateo*, los otros dos lo llaman *Leví*. Basta observar que el nombre de *Mateo* se halla en todas las listas de los apóstoles, mientras que el de *Leví* no aparece jamás, para convencerse de que el discípulo llamado en esta circunstancia al apostolado cambió desde ese momento su nombre de *Leví* en el de *Mateo*, que significa *don de Dios*. Así Simón toma el nombre de Pedro, Saulo el de Pablo. (Véase la introducción.)

11. Es muy probable que *Mateo* ya conociera a Jesús, que habitaba en la misma ciudad de Capernaum, que hubiera oído y recibido su palabra, y que este llamado a *seguirle* fuese una vocación decisiva al apostolado. Pero la autoridad de este llamado del Maestro y la pronta obediencia del discípulo no son menos admirables.

12. *Mateo* no nos dice en qué *casa*; guarda a este respecto un silencio lleno de modestia, pero Lucas (5: 29) nos dice que era en casa de *Mateo Levi* donde éste hizo “un gran banquete.” Quiso así, en el celo de su primer amor, ofrecer a todos esos *publicanos* y *pecadores* a quienes in-

se recostaron [a la mesa] con Jesús y sus discípulos¹³.
 11 Y viéndolo los fariseos, decían a sus discípulos: ¿Por qué come
 12 vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? Y oyéndolo él
 dijo: No tienen los robustos necesidad de médico, sino los que
 13 están enfermos¹⁴. Id, pues, y aprended qué es¹⁵: “Misericordia
 quiero y no sacrificio”¹⁶, pues no he venido a llamar a justos,
 sino a pecadores¹⁷.

vitó, una ocasión de ver y oír a Aquel a quien acababa de consagrar su vida.—Algunos intérpretes han pretendido que, según *Mateo* como según *Marcos*, ese convite tenía lugar en la casa de Jesús, y ven una contradicción entre los dos primeros evangelistas y *Lucas*. Pero, ¿por qué razón habría invadido de repente esa multitud de publicanos la casa de Jesús? ¿No es más natural imaginármolos en el domicilio de su colega *Leví*? ¿Quién nos dice siquiera que Jesús tuviese una casa en Capernaum? El pasaje 4: 13, sobre el cual se pretenden basar esta opinión, no implica nada semejante.

13. *Mateo*, siendo *publicano*, había, pues, invitado a *muchos* de sus amigos de la misma despreciada vocación, y además, otras personas cuya reputación no era mejor, y que son especialmente designados en los evangelios como *pecadores*, término que nuestras versiones ordinarias traducen por *gente de mala vida*. Esta palabra se halla a menudo unida a la de *publicanos*, porque estos últimos tenían generalmente el mismo carácter moral (11: 19; Luc. 7: 34; 15: 1.)

14. Los *fariseos* (véase sobre esta secta 3: 7, nota), en su orgullosa justicia propia, se creían *sanos* o *justos* (v. 13); no tenían, pues, *necesidad de médico*, de este Salvador que venía a sanar las almas de sus enfermedades morales. Pero los que *están enfermos*, esos *pecadores* que se sentían tales y le rodeaban en aquel momento, *tenían necesidad* de él, y por eso le escuchaban con placer al hablarles de perdón y reconciliación con Dios. Jesús hacía así a los fariseos cierta concesión, admitiendo una diferencia moral exterior entre ellos y los publicanos; pero era una “concesión irónica”, como dice *Calvino*, pues en el fondo su orgullo y su dureza de corazón hacia esos po-

bres *pecadores* a quienes Jesús recibía, les hacían, a pesar de su ilustración, más culpables que ellos delante de Dios. (Comp. v. 13; Luc. 7: 36 y sig.; 15: 1 y sig.)

15. Hay una severa desaprobación en estas palabras: *¡id y aprended!* Para otros, Jesús habría dicho: “Venid y aprended de mí” (11: 28, 29.)

16. *Oseas* 6: 6, según *los Setenta*, conforme al hebreo que dice: “Me complace en la misericordia, no en el sacrificio.” Estas hermosas palabras de la escritura se hallan otra vez citadas en el cap. 12: 7. ¿Cuál es su sentido? Según la mayoría de los intérpretes, Jesús las aplica a los fariseos, quienes, sin *misericordia* para los pecadores y los publicanos, ponían toda su confianza para su salvación en los *sacrificios* que ofrecían y en las exterioridades ceremoniales de la religión; precisamente lo inverso de lo que Dios *quiere*. Según otros, Jesús aplicaría esta declaración a sí mismo, y justificaría así por una sentencia divina la *misericordia* que tenía para los pecadores. Estas dos interpretaciones están lejos de excluirse mutuamente. Si algo en el mundo hubiese debido enseñar a los fariseos que la misericordia agrada a Dios más que el sacrificio, ¿no sería la tierna compasión del Salvador?

17. La partícula *pues* que motiva las palabras siguientes no se refiere a la cita que precede, sino a las palabras: “id y aprended”, pues en cuanto a mí *he venido*.—Los *justos* y los *pecadores* son los sanos y los enfermos (v. 13), y esta nueva comparación de los fariseos con los publicanos encierra la misma ironía. Jesús, sin excluir a esos “justos” de su reino, no *podía llamarlos* mientras ellos persistían en su orgullo. Pues aunque las palabras del texto recibido: llamar *al arrepentimiento*, no sean auténticas aquí (lo son en

14 Entonces se allegan a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, mas tus discípulos no ayunan? ¹⁸. Y Jesús les dijo: ¿Pueden acaso los amigos de boda estar de duelo mientras está con ellos el novio? Mas vendrán días cuando el novio será quitado de ellos, y entonces ayunarán ¹⁹. Y nadie echa remiendo de paño no batonado sobre un vestido viejo, pues su remiendo lleva [parte] del vestido 17 y se hace peor desgarradura ²⁰. Ni se echa vino nuevo en odres

Lucas), es seguro que el sentimiento doloroso del pecado es la puerta de este reino celestial al cual Jesús invitaba.

18. En el relato de Lucas (5: 33 y sig.), la conversación con los fariseos continúa aquí, y son ellos, según parece, quienes dirigen a Jesús esta pregunta. Según Marcos (2: 18 y sig., notas), serían los fariseos y los discípulos de Juan reunidos. Sea lo que fuere, estos últimos tomaron parte, y Mateo los nombra solos, porque a ellos, sin duda, importaba más la respuesta de Jesús. No todos los discípulos de Juan habían seguido el consejo de su maestro, quien les exhortaba a plegarse a Jesús. Los que no lo habían hecho se sujetaban a las prescripciones rigurosas de la piedad de los fariseos, que practicaban sin duda con mayor sinceridad que estos últimos. Llevaban, según el ejemplo de su maestro, una vida de arrepentimiento y de austeridad en la que el ayuno ocupaba un gran lugar. Su pregunta demuestra que se habían escandalizado de la libertad en que Jesús dejaba a sus discípulos a este respecto.

19. Los amigos de la boda, o amigos del esposo (gr. *los hijos de la cámara nupcial*, hebraísmo), eran los jóvenes que acompañaban al esposo cuando iba a tomar su novia para llevarla, rodeada de sus amigas, a su casa (25 y sig.). Representan a los discípulos de Jesús, que se presenta como el esposo de la iglesia. Los discípulos de Juan debieron comprender esta hermosa figura que su maestro había empleado (Juan 3: 29). Esos amigos ni debían ni podían (v. 15) estar de duelo, entristecerse por el ayuno, mientras Jesús estaba con ellos. Al designarse como el esposo, Jesús afirma que, en su persona, Dios mismo visita a su pueblo, porque, en el lenguaje del Antiguo

Testamento, esta comparación es reservada exclusivamente para las relaciones de Jehová e Israel. Después de haber recordado su suprema dignidad, Jesús, como siempre, dirige nuevamente su pensamiento hacia su humillación suprema (16: 21). Cuando el esposo les será arrebatado, entonces ayunarán, en medio de sus padecimientos, de sus tristezas, no porque la ley lo ordene, sino con santa libertad, a fin de entregarse por entero a la oración y a sus rudos trabajos. (Comp. 17: 21; Actos 13: 2, 3; 14: 23.)—Es ésta, en nuestro evangelio, la primera vez que Jesús anuncia su muerte, de la que tuvo, desde el principio de su ministerio, la más clara previsión. (Juan 2: 19; 3: 14; comp. 1: 29.) ¡Cuánta luz arroja este hecho sobre toda su vida!

20. Esta figura explica y prueba la declaración precedente. Nadie piensa aplicar un remiendo de paño nuevo (gr. *de tela cruda, no batonada*) a un vestido viejo desgarrado, para repararlo; porque (gr.) *ese complemento arranca del vestido, y se produce peor desgarradura, mayor que antes*. Otros traducen: "(la pieza) lleva su plenitud (el espacio que ocupa) del vestido." Sentido de esta figura: La vida nueva cuya fuente es Jesús no se concilia con las viejas instituciones de la ley mosaica, ayunos, ceremonias, etc.; para esta vida nueva son necesarias nuevas formas que bien sabrá ella crearse. La servidumbre legal y la libertad evangélica no podrían subsistir juntas. Pretenderlo no solamente es una vana tentativa, sino una cosa perjudicial: la desgarradura es peor, el vino y los odres se pierden (v. 17). Se tiene la prueba histórica de esta verdad en los sistemas judeo-cristianos de los primeros siglos, que intentaban precisamente agregar fragmentos del cristianismo a las tradiciones lega-

viejos; de otro modo se rompen los odres, y el vino se derrama, y los odres se pierden; sino se echa vino nuevo en odres nuevos, y ambas cosas se conservan ²¹.

les del mosaísmo. La verdad y la vida nueva perecieron igualmente. Jesús no ha venido a remendar lo que estaba envejecido y usado (Hebreos 8: 13), sino a crear de nuevo un mundo religioso y moral. (Comp. Rom. 7: 6. Véase la nota siguiente.) Lucas presenta esta parábola bajo una forma algo diferente (Luc. 5: 36, nota). La interpretación que se acaba de leer es quizás la más simple y la más natural. Los exégetas modernos han hallado que ella no se ajustaba rigurosamente a los términos de la comparación, y han objetado, "que si se aplica estrechamente esta parábola al asunto que precede, el del ayuno, Jesús habría debido decir: No se agrega un pedazo de tela vieja (el ayuno legal) a un vestido nuevo (el nuevo modo de vivir de mis discípulos), mientras que dice precisamente lo contrario: No se toma lo nuevo para remendar lo viejo." F. Godet. Se han propuesto, pues, varias otras explicaciones. No mencionaremos más que dos: MM. Beyerschlag y B. Weiss piensan que Jesús, respondiendo a los discípulos de Juan (v. 14) quiere mostrar que tienen razón, desde su punto de vista: que mientras ellos queden sobre el terreno del judaísmo hacen bien en conservar fielmente las prescripciones legales, que la menor introducción de un principio de libertad en su vida religiosa (como la exención del ayuno que Jesús concede a sus discípulos) haría volar en astillas todo su sistema de observancias rituales. M. Godet (en la 3ª edición de su *Comentario de Lucas*), piensa que Jesús tiene en vista, no a los discípulos de Juan el Bautista, cuyas prácticas poco le importaba justificar, sino sus propios discípulos. La pregunta (v. 14) a que Jesús responde, puede, en efecto, traducirse: "¿Por qué no ayunan tus discípulos, mientras nosotros y los fariseos ayunamos?" No ayunan, responde Jesús (v. 15), porque el esposo está con ellos, pero cuando el esposo les sea quitado, entonces ayunarán. Y es este ayuno nuevo, al que se entregarán entonces, que Jesús quiere caracterizar en la comparación del v. 16.

No se puede, dice, desprender éste de toda esta vida y de esta santidad nuevas a que pertenecerá, para aplicarlo a hombres que aun están en el estado legal. Es necesario suspender la solución del asunto del ayuno y de todas las prácticas religiosas hasta que un estado de cosas nuevo puede ser sustituido por entero al estado presente.—Ambas explicaciones son algo sutiles. Los oyentes de Jesús deberían haber estado dotados de una rara penetración para descubrir esta significación especiosa de la figura que él usaba. Por eso es más prudente, quizás, atenerse al sentido general indicado al principio. Muchas parábolas del Salvador nos muestran que conviene no forzar los términos ni aplicar los detalles. (Parábola del mayordomo infiel, del tesoro en un campo, Lázaro a la puerta del rico, etcétera.)

21. Aun hoy, en Oriente, se conserva y transporta los líquidos, el agua, el aceite, el vino en odres hechos de piel de cabra. Si estos odres son viejos, usados, el vino nuevo que se pusiera los rompería por la fuerza de la fermentación, y continente y contenido serían perdidos. ¿Cuál es el sentido de esta segunda parábola? En cuanto al vino nuevo, no podría haber duda. Representa, como en la figura precedente, el espíritu nuevo, la vida nueva que Jesús traía al mundo. Pero ¿los odres, los viejos, los nuevos? Tres interpretaciones diversas se presentan aquí, sostenidas por exégetas igualmente eminentes. 1º Unos ven en esta parábola, como en la precedente, un contraste entre las instituciones legales del Antiguo Testamento defendidas por los fariseos, y la verdad nueva traída por Jesucristo. Para contener esta vida evangélica, son necesarias también instituciones nuevas que puedan soportarla y conservarlas. (Meyer y otros.) Pero, ¿es probable que Jesús haya querido expresar exactamente la misma idea por estas dos comparaciones? Todas las veces que traduce su pensamiento, como aquí, por dos cortas parábolas (el grano de mostaza y la levadura, el tesoro y la piedra preciosa, Mat. 13), pone entre

F. 18-26. CURACIÓN DE UNA MUJER ENFERMA. RESURRECCIÓN DE UNA JOVEN.
 —1º Hablando aún Jesús, un jefe entra y, postrándose ante él, le suplica que vaya a poner sus manos sobre su hija que acababa de morir. Al instante Jesús le sigue. (18, 19.)—2º Mientras está en camino, una mujer que tenía un flujo de sangre se acerca tímidamente por detrás y toca el borde de su vestido, convencida de que eso le bastará para sanar. Jesús, volviéndose, le declara que su fe la ha salvado. (20-22.)—3º Llegado a la casa del jefe, viendo Jesús gentes que hacían ruidosas lamentaciones, les ordena retirarse, agregando: La joven no está muerta, duerme. Luego toma a la joven por la mano, y ella se levanta. (23-26.)

18 Hablándoles él estas cosas, he aquí un jefe allegándose le adoraba diciendo: Mi hija ha muerto ahora mismo, pero ven,

una y otra una variación importante que hay que comprender. M. Beyschlag, con el sentido especial que da a la primera parábola (véase la nota precedente) escapa a esta objeción. Según él, Jesús, que ha respondido en la parábola del v. 16 a esta pregunta: "¿Por qué los discípulos de Juan y de los fariseos ayunan?", responde ahora a ésta: "¿Por qué tus discípulos no ayunan?"—"Porque no pueden encerrar el espíritu nuevo del reino de los cielos en las formas usadas del judaísmo." Esta relación establecida entre las dos parábolas es ingeniosa; pero supone admitida la interpretación dada por M. Beyschlag a la primera, y, viendo en los odres viejos la antigua economía, no toma en cuenta este rasgo distintivo de la segunda parábola, que sustituye a la unidad del viejo vestido la pluralidad de los odres. 2º Fundándose en este detalle, otros exégetas han visto en nuestra segunda figura, no ya las instituciones del antiguo y del nuevo Pacto con su espíritu diferente, sino los representantes respectivos de ambos. Jesús toma por discípulos, no a los fariseos, los sacerdotes, los escribas, incapaces de recibir la vida nueva, que, como un vino generoso, habría hecho estallar todas sus concepciones religiosas y no habría podido desarrollarse en ellos. El escoge hombres nuevos, Mateo el publicano y los otros discípulos. Tales serían los odres nuevos que opone a los odres viejos. Esta interpretación, expuesta con talento por M. Godet, en su *Comentario de Lucas* (5: 37, 38), es muy admisible, porque las palabras de Jesús proyectan su luz sobre los

asuntos de que trata y a su alrededor. Pero puede reprocharse a esta explicación de la parábola el no resultar directamente del conjunto del discurso. 3º Se ha buscado, pues, y hallado, creemos, el verdadero punto de comparación entre los discípulos de Jesús, "aun débiles y tiernos, como dice Calvino, y la disciplina más estrecha y severa que todavía no habrían podido soportar."—"No pueden entristecerse y ayunar, había dicho el Maestro, mientras el esposo está con ellos". Es un tiempo de preparación y de espera durante el cual, estando aún en su vieja naturaleza de hombres pecadores, no podrían ni practicar la ley con sus infinitas exigencias, ni contener la vida del espíritu en su plenitud. Serían quebrantados por ella, como Pablo nos enseña que el solo descubrimiento de la espiritualidad de la ley le mató (Rom. 7: 9, 10). "Pero vendrán los días" en que, renovados en todo su ser por el Espíritu de Dios, recibirán la plenitud de la vida nueva y verán realizada en su vida toda "la justicia de la ley" (Rom. 8: 2-4). Esta aplicación de la segunda parábola al hombre interior, sostenida por Calvino, Neander (que explica también la primera del mismo modo) y otros, era una lección seria para los discípulos de Juan, una respuesta directa a su pregunta relativa a esos ayunos legales que sólo eran el remiendo de un viejo vestido, y que les hacía incapaces de recibir la vida nueva. Y esta enseñanza profunda es de una aplicación universal a la educación religiosa y a la experiencia cristiana. Muestra, en fin, cómo tenía el Señor desde en-

19 pon tu mano sobre ella, y vivirá 22. Y levantándose Jesús le siguió, 20 y sus discípulos. Y he aquí, una mujer que tenía flujo de sangre doce años hacía, allegándose por detrás, tocó la franja de su 21 manto, pues decía en sí misma: Si tocare sólo su manto, seré 22 sanada 23. Mas Jesús volviéndose y viéndola, dijo. Ten buen ánimo, hija, tu fe te ha salvado. Y fué salvada la mujer desde 23 aquella hora 24. Y llegando Jesús a casa del jefe y viendo los 24 tañedores de flauta y la multitud alborotando 25, decía: Retiraos,

tonces la conciencia clara de la obra absolutamente nueva que él venía a realizar: sabe que él es, no un reformador solamente, sino el creador de un mundo nuevo.

22. Comp. Marc. 5: 22-43; Luc. 8: 40-56.—Estas palabras: *Mientras él les decía estas cosas, entrando*, un jefe y (v. 19) *levantándose* Jesús (de la mesa) muestran que, según nuestro evangelista, este hombre se acercó a Jesús inmediatamente después del discurso precedente, estando aún en la casa de Mateo (v. 10). Marcos y Lucas asignan a esta historia otro sitio muy distinto en cuanto al tiempo y al lugar. (Véase Marc. 5: 21, nota.) B. y algunas *maqúsc.* tienen: *allegándose* en vez de *entrando*.—Ese jefe era, según Marcos (5: 22 y sig.) y Lucas (8: 41 y sig.), que relatan con mayores detalles, presidente de la sinagoga de Capernaúm, es decir que estaba encargado de dirigir y vigilar el culto. Se llamaba Jairo, y la joven de edad de doce años para la cual imploraba el socorro del Señor, era su única hija. De ordinario los hombres de esta categoría no se postraban a los pies de Jesús; pero aquí la prueba había llevado ya su fruto.—Las palabras de Jairo: *Mi hija ha muerto* (gr. *ha terminado*) difieren en el relato de Marcos, donde dice: "está en su último instante," y de Lucas, donde expresa así: "se muere." La había dejado, pues, aun viva; y en efecto, según estos dos últimos evangelios, Jairo no tiene noticia de la muerte de su hija hasta que Jesús se puso en camino con él para ir a su casa. Quizá suponía que la niña que había dejado en sus últimos momentos había muerto ya, o bien Mateo relata, según su costumbre, solamente los hechos de la muerte y la resurrección, omitiendo las circunstancias secundarias.

23. En los tres sinópticos, la his-

toria patética de esta curación halla lugar, como episodio, en el relato de la resurrección de la joven. Aquí también Mateo resume, mientras que Marcos y Lucas pintan la escena con detalles nuevos que le dan un carácter bastante diferente (Véase Marc. 5: 30, nota). Esta pobre mujer, desde tanto tiempo enferma, se acerca a Jesús *por detrás*, ocultándose, porque su enfermedad la hacía impura según la ley (Lev. 15: 19 y sig.), lo que aumentaba aún su aflicción. Parece haber tenido una confianza ilimitada, un poco supersticiosa aún, en el poder de Jesús. Es lo que resulta de su pensamiento de que el contacto solo del borde o de la franja de su manto (Luc. 8: 44, nota), podría sanarla. Su fe oscura pero sincera, la condujo, sin embargo, a su fin (v. 22). Jesús empero insiste para hacerla hablar, iluminarla (véase Marcos y Lucas, notas), convencerla de que no era el contacto de un vestido lo que la había sanado, sino la palabra poderosa y misericordiosa del Salvador respondiendo a su fe.

24. Jesús, viendo a esa noble mujer intimidada, "temblorosa" (Lucas), "asustada" (Marcos), le dirige ante todo afectuosas palabras de aliento (comp. v. 2), después atribuye su liberación a su fe, para hacerle comprender bien que no es el vestido tocado lo que, por una acción mágica, ha obrado la curación. Aun más, esta expresión: *tu fe te ha salvado* (aquí se halla el pasado perfecto, expresando la acción ya cumplida y permanente en sus resultados), va más allá de la curación del cuerpo. Esta liberación y la tierna caridad de Jesús formaron entre él y esa mujer un lazo que tuvo por efecto la salvación de su alma.

25. Se sabe que entre los pueblos de la antigüedad, en cuanto alguien había muerto, se llamaban tañedo-

pues la joven no ha muerto, sino duerme ²⁶. Y se mofaban de él ²⁷.
 25 Mas cuando fué expulsada la multitud, entrando cogió su mano,
 26 y la joven se levantó ²⁸. Y se extendió esta fama por toda aquella tierra.

G. 27-38. CURACIÓN DE DOS CIEGOS Y DE UN MUDO ENDEMONIADO. ACTIVIDAD COMPASIVA DE JESÚS.—1º Como Jesús se volvía, *dos ciegos* le siguen a la casa implorando su socorro. Después de haberles preguntado si creen en su poder, los sana tocándoles sus ojos. Les prohíbe severamente divulgar este milagro, pero ellos hacen extender su fama por toda la región. (27-31.)—2º Cuando salían los ciegos curados, presentan a Jesús un *endemoniado mudo*. Echado fuera el demonio, el mudo habla. Y mientras el pueblo está en admiración, los fariseos atribuyen este milagro al poder de Satanás. (32-34.)—3º *Resumen de la exposición precedente*. Jesús, recorriendo las ciudades y las aldeas, enseñando y sanando. Viendo las multitudes, es *lleno de compasión*, porque eran semejantes a ovejas que no tienen pastor. Había allí una gran *cosecha* a levantar, pero pocos obreros. Jesús exhorta a sus discípulos a *orar* para que envíe obreros a su mies. (35-38.)

27 Y pasando de allí siguieron a Jesús dos ciegos, clamando y
 28 diciendo. Ten misericordia de nosotros, hijo de David ²⁹. Y en
 llegando a la casa se allegaron los ciegos a él ³⁰, y Jesús les dice:
 29 ¿Creéis que puedo hacer esto? Dícenle: Sí, Señor. Entonces tocó

res de diversos instrumentos y mujeres que se denominaban "lloronas", para hacer oír aires lúgubres y grandes lamentaciones sobre el muerto. —La *muchedumbre* que Jesús encontró allí, se componía de todas esas gentes y de los amigos y vecinos acudidos para ofrecer sus condolencias.

26. Jesús hizo *retirar* a todos; quería obrar en calma y en silencio. —De su palabra, comprendida demasiado literalmente, exégetas muy serios (Olshausen, Neander y otros) han deducido que la joven no estaba realmente *muerta* sino *dormida* con un sueño letárgico. Los evangelistas tienen evidentemente una convicción opuesta (véase Luc. 8: 53, nota); otra palabra semejante del Salvador (Juan 11: 11 y 14) designaba también una muerte real. Donde está Jesús, la muerte no es ya tal, sino un *sueño* seguido siempre de despertar, el reposo después de las fatigas de la vida.

27. Lo que muestra la convicción que tenían de que la joven estaba realmente muerta.

28. Gr. *fué levantada, o despertada*.

da, o resucitada. El verbo tiene estas tres acepciones en el Nuevo Testamento.—Según Mateo, que abrevia, este milagro se habría realizado sin palabras. La mano del Salvador tomando la mano de la joven habría devuelto la vida a ésta. Mas véase Marcos y Lucas.

29. Este nombre de *hijo de David* designaba al *Mesías* en el lenguaje del pueblo, que creía en las profecías del Antiguo Testamento que anunciaban el nacimiento de este libertador en la familia del gran rey de Israel (15: 22 y en otras partes). Esos ciegos, habiendo tenido sin duda conocimiento de Jesús y de sus obras, lo invocan como el Salvador prometido a su pueblo. Jesús jamás se da este nombre, pero lo aprueba (22: 42).

30. *A la casa* donde vivía Jesús. Quiere hablarles y sanarlos privadamente, a fin de no llamar la atención (v. 30). Por eso no contesta a sus gritos de angustia durante el camino, pero cuando, a pesar de esta acogida poco alentadora, le han seguido hasta la casa, entonces les concede la curación.

30 sus ojos, diciendo: Según vuestra fe séaos hecho ³¹. Y fueron abiertos sus ojos ³²; y Jesús les habló severamente, diciendo:
 31 Mirad, nadie lo sepa ³³. Mas ellos, saliendo, extendieron su fama por toda aquella tierra ³⁴.

32 Y salidos ellos, he aquí, le llevaron un hombre mudo, endemoniado. Y expulsado el demonio, el mudo habló ³⁵. Y se admiraban las multitudes, diciendo: Nunca fué visto así en Israel.
 34 Mas los fariseos decían: Por el príncipe de los demonios expulsa los demonios ³⁶.

35 Y recorría Jesús las ciudades todas, y las aldeas, enseñando en sus sinagogas, y predicando el evangelio del reino y sanando toda
 36 enfermedad y toda dolencia ³⁷. Y viendo las multitudes, tuvo lástima de ellas, porque estaban fatigadas y yacentes como ovejas que no tienen pastor ³⁸. Entonces dice a sus discípulos: La mies,

31. En todas partes y siempre es la *fe* lo que abre el corazón humano a la acción divina (8: 13).

32. Es decir que recobraron la vista por el poder curador de estas palabras (v. 29).

33. Véase sobre el fin de estas prohibiciones, cap. 8: 4. Esta vez, Jesús refuerza su prohibición, por razones que nos son desconocidas. El verbo que traducimos por *hablar severamente* expresa un violento movimiento del alma; el mismo término designa en otra parte una emoción producida por causas diversas (Marc. 1: 43; Juan 11: 33).

34. Desobediencia reprobable, pero excusable por su motivo: "El sentimiento de tal gracia no les permite callar el beneficio." *Jerónimo*. (Comp. Marc. 1: 45.)—El relato de este milagro y del siguiente sólo se encuentra en Mateo.

35. Véase sobre los *endemoniados*, cap. 8: 28 nota.—No se dice, en el caso presente, si la *mudez* de ese hombre venía de la influencia de un demonio o si tenía esta enfermedad desde su nacimiento; pero es seguro que su curación coincidió con la expulsión del demonio.

36. Esos *fariseos* no niegan los milagros de Jesús; pero, en su incredulidad odiosa, prefieren atribuirlos al diablo antes que a Dios. Véase la misma acusación con ocasión de una curación semejante y la respuesta de Jesús en Lucas 11: 14-23. Mateo relata ese discurso a propósito de la

curación de un endemoniado ciego y mudo, que fué para los fariseos la ocasión de repetir sus murmuraciones (12: 22-37).

37. Jesús *recorre* como verdadero misionero los diversos lugares del país; no espera que los hombres vayan a él, va él hacia ellos.—*Enseñar, predicar la buena nueva del reino y sanar* el cuerpo y el alma, tal es su obra de Salvador. (Véase sobre el reino que fundaba, 3: 2, nota.)—El texto recibido con las *mayúsc.* más recientes agrega a las palabras: *toda dolencia y toda enfermedad*, éstas: "en el pueblo." Por este resumen de la actividad del Salvador, repetición literal de 4: 23, el evangelista termina el cuadro general del ministerio de Jesús.

38. La palabra que traducimos por *tener lástima*, y que a menudo aparece en los evangelios aplicada a Jesús, significa propiamente *conmoverse en sus entrañas*, y expresa esa dolorosa simpatía con la que participaba de los males y padecimientos de nuestra pobre humanidad. Aquí, este sentimiento de tierno amor es excitado por la vista de esas *multitudes* semejantes a *ovejas sin pastor*, las que están, no solamente "dispersas y errantes" según nuestras antiguas versiones, sino, según el verdadero texto, *fatigadas y yacentes* (gr. *arrojadas*). Este estado de extenuación y de sufrimiento es necesariamente el de ovejas privadas de dirección, de protección y de alimento porque ca-

38 sí, es mucha, mas los obreros pocos³⁹. Suplicad, pues, al señor de la mies, para que envíe obreros a su mies⁴⁰.

4. *El Cristo extendiendo su actividad y asegurando su continuación después de su muerte por la vocación de doce apóstoles.*

A. 1-15. MISIÓN DE LOS DOCE. INSTRUCCIONES QUE JESÚS LES DA.—1º Jesús llama a los doce y les da el poder de echar fuera los demonios y de curar. (1.)—2º Los nombres de los doce apóstoles. (2-4)—3º Instrucciones relativas a su misión; a) su campo de trabajo es limitado al pueblo de Israel (5, 6); b) el tema de su predicación será: el reino de los cielos está cerca; esta predicación será acompañada de obras de redención (7, 8 a); c) el gran principio de su obra es el ser gratuita en este doble sentido, que no les produzca ganancias, y no exija ni preparativos ni provisiones (8 b-10); d) desarrollando esta última regla, Jesús les indica cómo deberán conducirse al llegar a una ciudad, en el caso en que fueren recibidos y en el caso en que no lo fueren. (11-15.)

X. Y llamando a sí a sus doce discípulos¹, les dió autoridad sobre espíritus impuros, para expulsarlos y sanar toda enfer-

recen de pastor. Figura justa e impresionante del estado de almas sin luz, sin paz, sin Dios. ¡Qué motivo para la exhortación siguiente! (v. 38).

39. Precisamente en el lamentable estado moral de los hombres de su tiempo ve Jesús los indicios de una gran mies o cosecha de almas, lista para ser recogida en el reino de Dios. (Comp. Luc. 10: 2; Juan 4: 35.) Cuanto más siente el hombre su miseria y sufre por ello, tanto mejor le arrojan sus necesidades profundas en los brazos del Salvador. Pero, para la siega, se necesitan obreros; para llevar las almas a la fuente de la vida, hacen falta servidores de Dios que se la muestren con amor; y entonces había tan pocos, que el Salvador pide a sus discípulos que ruequen para que su número sea aumentado (v. 38).

40. Gr. para que arroje obreros. Expresión enérgica dictada por una necesidad imperiosa. Dios solo suscita, forma, envía buenos obreros a su reino; pero es necesario que la iglesia se los pida en oración.—Por esta mención de la profunda miseria del pueblo y del ardiente deseo de Jesús de que un pronto socorro le sea enviado, prepara Mateo el relato si-

guiente de la primera misión de los apóstoles (cap. 10).

1. Gr. Llamando a sí, o, según Lucas: "convocando." Jesús precedentemente les había dirigido el llamamiento que hizo de ellos sus discípulos (4: 18 y sig.; 9: 9). Se puede preguntar si Mateo tiene la intención de relatar aquí la vocación de los doce al apostolado, vocación colocada en una circunstancia diferente por Marcos (3: 14) y por Lucas (6: 13), o si se refiere solamente a una convocación solemne de estos doce en la cual debía Jesús darles la importante misión de que trata este capítulo. Sea lo que fuere, el envío de los discípulos señala una nueva fase en el ministerio de Jesús así como en la carrera de aquellos que debían ser sus testigos. M. Godet dice muy bien: "Jesús ha llegado a la cima de su trabajo personal en Galilea; pero no ha podido realizarlo sino dentro de límites bastante reducidos. Desea dirigir un llamamiento más general y más enérgico aún a esa población que pronto debe abandonar. Y para ello, se multiplica en cierto modo por la misión que confía a los doce. Esta misión señala al mismo tiempo un progreso en

2 medad y toda dolencia². Y los nombres de los doce apóstoles son éstos³: primero Simón el llamado Pedro, y Andrés su hermano; Jacobo, el [hijo] de Zebedeo, y Juan su hermano; Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Jacobo, el [hijo] de Alfeo, y Lebeo; Simón el cananita y Judas el Iscariote, el que 5 también le entregó⁴. A estos doce envió Jesús, habiéndoles dado

el desarrollo de los apóstoles. Estos creyentes de que Jesús había hecho discípulos, estos discípulos de que había hecho apóstoles, son enviados ahora como tales." Los tres primeros evangelios encierran este relato, con esta diferencia, que Marcos da las instrucciones de Jesús a los discípulos mucho más resumidas, y que Lucas reproduce una parte de estas instrucciones como dadas a los setenta discípulos cuando fueron enviados en misión, hecho nuevo que él solo refiere. Estas diferencias no hacen sino confirmar la autenticidad del discurso de Jesús que sigue, ya haya sido pronunciado de una vez, ya Mateo, según su costumbre, haya reunido enseñanzas dadas en varias ocasiones.

2. Sanar, ora a los endemoniados, ora a los otros enfermos (v. 8), tal es la autoridad o el poder milagroso que Jesús confiere a los apóstoles, no solamente para esta misión, sino también para el resto de su obra. Sin embargo, no debe creerse que pudieran ejercer ese poder milagroso en todo tiempo y a voluntad. Todos los dones del Espíritu deben ser renovados incessantemente por Dios mismo. Esos milagros no constituían la parte esencial de su actividad; debían permitirles hacer bien y daban autoridad a su predicación. Esta predicación que les prescribe el Señor (v. 7), era el principal y gran objeto de su misión.

3. Aquí aparece por primera vez este nombre de apóstoles (enviados), con la indicación de su número exacto, doce. Entre los judíos se daba este título de apóstoles a hombres de confianza que llevaban las circulares de los jefes de sinagoga, recogían las ofrendas para el templo y mantenían el celo de las comunidades de la "diáspora". En el Nuevo Testamento, los hermanos encargados de levantar la colecta para las iglesias de

Judea son llamados así (2 Cor. 8: 23) y Pablo llama a Epafrodito el apóstol de los Filipenses (Fil. 2: 25). Jesús mismo dió este título a doce de sus discípulos, después de elegirlos de entre todos los demás (Luc. 6: 13; Juan 6: 70). Los estableció solemnemente por sus testigos (Act. 1: 8). Por eso ocuparon en la iglesia un lugar aparte, ejerciendo, en el nombre del Señor, una autoridad universalmente reconocida (Actos 2: 42; Efes. 2: 20; 3: 5). También sobre su testimonio, el único por el cual conocemos a Jesucristo, descansa la fe de la iglesia.

4. Debe observarse en este catálogo de los doce apóstoles: 1º Que las cuatro listas que poseemos (Marc. 3: 16; Luc. 6: 14; Act. 1: 13) tienen los mismos nombres; con excepción de Lebeo, que es designado por Marcos como Lebeo, hijo de Tadeo (o Tadeo simplemente, según los manuscritos), y que es reemplazado por Judas, hijo de Jacobo, en Lucas y los Actos. 2º Que Mateo nombra a los doce de dos en dos (ligando cada par con la partícula y). 3º Que todas las series reparten los doce nombres en tres grupos de cuatro, de suerte que siempre Pedro encabeza el primero, Felipe el segundo, Jacobo, hijo de Alfeo, el tercero. 4º Que en cuanto a los demás hay algunas variaciones de orden, pero que siempre Judas es el último.—En cuanto a los apóstoles tomados individualmente, nos limitamos a las observaciones siguientes: Mateo no se contenta con colocar a Pedro a la cabeza de su lista, como lo hacen todos los demás, sino que dice expresamente: el primero es Simón, llamado Pedro (llamado así por el Señor mismo, Juan 1: 43; Mat. 16: 18). Es necesario entender por ello el primero, no en la dignidad apostólica, enteramente igual para todos (*primus inter pares*), sino en rango, rango conforme

mandamientos, diciendo⁵: Por camino de gentiles no vayáis, y 6 en ciudad de samaritanos no entréis, sino id más bien a las 7 ovejas perdidas de la casa de Israel⁶. Y yendo, predicad, di-

a la naturaleza de sus dones, que ocupa en todo el Nuevo Testamento (16: 16 y sig.; 17: 1; 19: 27; 26: 37 y 40; Luc. 8: 51; 9: 32; 22: 31 y sig.; Actos 1: 15; 2: 14; 5: 3 y sig.; 15: 7; Gál. 1: 18). Por eso fué Pedro el primer fundador de la iglesia, ora entre los judíos (Actos 2), ora entre los gentiles (Actos 10). Es necesario reconocer este hecho, que, por lo demás, no da el menor fundamento a las fábulas de la iglesia romana.—*Andrés, hermano de Pedro*, había ido a Jesús antes que él, uno de los primeros (Juan 1: 37 y sig.). El y Felipe son los únicos que tienen nombre griego. Sin duda tenían también un nombre hebreo que nos es desconocido.—*Jacobo*, hijo de Zebedeo, que fué muerto por Herodes (Actos 12: 2)—y *Juan su hermano*, el discípulo amado, autor del cuarto evangelio.—Sobre *Felipe*, véase Juan 1: 44 y sig.; 6: 5.—*Bartolomé* significa en hebreo hijo de Tholmai. Se ha supuesto que el verdadero nombre de este apóstol era Natanael (Juan 1: 46 y sig.; comp. Juan 21: 2).—Sobre *Tomás*, en griego Dídimo, el gemelo, véase Juan 11: 16; 20: 24 y sig.; 21: 2.—*Mateo, el publicano*. Nuestro evangelio solo agrega a este nombre tal designación, que se consideraba como una injuria; él solo también lo coloca después de Tomás, su compañero en todas las listas. ¿No es eso una prueba de humildad en la que se reconoce, no una mano extraña, sino el mismo autor del primer evangelio?—*Jacobo, hijo de Alfeo*, llamado también el Menor (Marc. 15: 40). Hay difíciles cuestiones de crítica respecto a los diversos Jacobos mencionados en el Nuevo Testamento. (Véase la introd. a la epístola de Jacobo).—Al nombre de *Lebeo*, el texto recibido con *C.* y las *mayúsc.* agrega *apellidado Tadeo*. *Sin.* y *B.* tienen: Tadeo. Esta lección parece introducida de Marcos. La que hemos adoptado solamente se halla en *D.* pero se apoya en el testimonio de los padres. *Lebeo* (hebr. *el hombre de corazón*) era el nombre original de este discípulo, que adoptó

luego el de Tadeo que Marcos le da en su lista (3: 18). En el catálogo de Lucas (6: 16) y en el de los Actos (1: 13) este nombre falta; en su lugar se halla, pero después de Simón el Zelote, Judas, hijo de Jacobo (Comp. Juan 14: 22).—El sobrenombre de *Simón* es el *Cananita*. Se ha pensado que este nombre debía indicar su lugar de origen, por ejemplo Caná de Galilea. Pero como Lucas da dos veces (6: 15 y Act. 1: 13) a este apóstol el epíteto de *Zelote* o *Zelador*, es probable que diera este sentido al título de Cananita. Se encuentra, en efecto, un adjetivo *kanna* (en el Talmud *kannan*) que significa *zeloso*. Era el nombre de un partido político-religioso, lleno de zelo fanático por la defensa de los privilegios religiosos y nacionales de los judíos. Este discípulo, sin duda, había pertenecido a ese partido antes de su vocación.—El sobrenombre de *Judas, Iscariote*, es la transcripción del hebreo *Isch-Karioth*, es decir *el hombre de Karioth*, ciudad de la tribu de Judá (Josué 15: 25). Pero otro calificativo es aplicado a ese desgraciado discípulo por todos los evangelistas, como un siniestro recuerdo, el de traidor, (gr.) *quien también le entregó!*

5. Aun otra vez señala Mateo expresamente el número de *doce* discípulos que Jesús *envió* para hacerles hacer un primer ensayo de misión y preparar las poblaciones a recibir las palabras del reino (v. 7).—Los *mandamientos* que les dió antes de su partida son los contenidos en este mismo discurso. ¿Cuánto duró este primer viaje de predicación? No está expresado en los evangelios, pero no hay por qué suponer que fuese de larga duración.

6. En esta primera misión, los discípulos debían atenerse al plan de Dios para con su pueblo, al cual Jesús mismo se sometía (15: 24), y que consistía en hacer anunciar la salvación a ese pueblo ante todo (Juan 4: 22). Había para ello graves razones, que Pablo mismo apreciaba, bien que él fuese el apóstol

8 ciendo: Se ha acercado el reino de los cielos⁷. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, expulsad demonios⁸. Gratuitamente recibisteis, dad gratuitamente⁹. No adquiráis oro, ni plata, ni cobre en vuestros cintos, ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni bordón, pues digno es el obrero de su alimento¹⁰. Mas en cualquier ciudad o aldea en que entrareis,

de los gentiles (Actos 13: 45-47; 18: 4-6). Por lo tanto Jesús dice (gr.): *No vayáis por camino de gentiles y no entréis en ciudad de samaritanos*. Tal era por el momento el deber de los discípulos. Después que los judíos hayan rechazado al Salvador, recibirán órdenes muy diferentes (28: 19 y sig.; Actos 1: 8). Cierta teología ha querido ver allí una contradicción, o un desarrollo progresivo en la concepción de Jesús mismo. Nada es más contrario a los testimonios del evangelio; Jesús sabía perfectamente que su reino sería universal, aun según los sinópticos, para no hablar del evangelio de Juan. (Véase por ejemplo, Mat. 8: 11; 21: 43; 22: 9; 24: 14.) Y aun, en ciertas ocasiones, Jesús infringía, con su autoridad soberana, la regla que él establece aquí para sus discípulos. (15: 21 y sig.; Juan 4.)—Los *samaritanos* son asemejados a los *paganos*, a causa de la enemistad que existía entre ellos y los judíos. Formaban una población mezclada de israelitas y de colonos paganos que Salmanasar había enviado a su país durante el destierro (2 Reyes 17: 24). Después del regreso de la cautividad, habían persistido en su separación de con los judíos, quienes les retribuían con abundancia odio por odio. Pero la hora de la gracia llega también para los samaritanos (Act. 8: 4 y sig.).—Jesús no demuestra una parcialidad ciega para la *casa de Israel* (término del Antiguo Testamento, Ex. 19: 3; Lev. 10: 6), porque veía allí, lo mismo que por todas partes, *ovejas perdidas* (9: 36; 15: 24). Esta figura, al mismo tiempo tan triste y tan exacta, es tomada de los profetas (Isa. 53: 6; Jer. 50: 6; Ezeq. 34: 5, 6).

7. Este gran tema de predicación: *el reino de los cielos* que se había *acercado* en la persona del Salvador, era el mismo que Jesús desarrollaba (4: 17) y, antes que él, su precursor (3: 2, nota).

8. Bajo la forma de una orden, Jesús confiere un don milagroso (v. 1). En la actividad de los discípulos, como en la del Maestro, las curaciones debían preparar la predicación.—Las palabras: *resucitad muertos*, faltan en un gran número de manuscritos, de padres y de versiones. Tischendorf, que las había suprimido al principio, las ha restablecido en su octava edición por la autoridad de *Sin. B. D.* etc. En los manuscritos que las contienen ocupan distintos lugares, lo que siempre hace sospechosa una lección. Su autenticidad es pues dudosa, sin que haya razones decisivas para suprimirlas.

9. Todos los dones de Dios son gratuitos como los que Jesús confiere aquí a los discípulos. Hacer de ellos un medio de provecho terrestre, es degradarlos y mancharlos. Se halla en Act. 8: 18-23 un ejemplo notable del modo cómo comprendían y practicaban los apóstoles estas palabras. Pero por otra parte, en el precepto siguiente, Jesús prohíbe a sus discípulos hacer provisiones y les autoriza a recibir su manutención de aquellos a quienes anuncian el evangelio (v. 10). Señala así el límite del gran principio que al comienzo ha establecido.

10. *Oro, plata, cobre*, diversas especies de moneda, de valor decreciente. El *cinto* de cuero que rodeaba por el talle los grandes vestidos flotantes, servía al mismo tiempo de bolsa. Ni *dos túnicas*, una de las cuales para repuesto; una sola basta. En lugar de munirse de fuertes *zapatos*, debían contentarse con las ligeras sandalias que llevaban en la vida ordinaria (Marc. 6: 9). Según Marcos 6: 8, Jesús "ordenó a sus discípulos no tomar nada para el viaje, *sino un bordón*", mientras en Mateo y Lucas se lee: *ni bordón*. Sin duda para quitar esta contradicción algunos correctores benévolos han introducido en nuestro texto esta variante: *ni*

indagad quién en ella es digno, y posad allí hasta que salgáis ¹¹.
 12, 13 Y entrando en la casa, saludadla. Y si fuere digna la casa,
 vaya vuestra paz sobre ella; mas si no fuere digna, vuelva vues-
 14 tra paz a vosotros ¹². Y cualquiera que no os recibiere ni oyere
 vuestras palabras... , saliendo fuera de aquella casa o ciudad,
 15 sacudid el polvo de vuestros pies ¹³. En verdad os digo, más to-
 lerable será para la tierra de Sodoma y de Gomorra, en el día del
 juicio, que para aquella ciudad ¹⁴.

B. 16-23. MISIÓN DE LOS DOCE. (Continuación.) PREDICCIÓN DE LOS PELIGROS QUE CORRERÁN Y RECOMENDACIONES.—1º Enviados sin defensa *en medio de enemigos temibles*, deberán añadir a la prudencia la sencillez. (16.)—2º Serán citados *ante las autoridades*, pero no deberán inquietarse por su defensa; el Espíritu hablará en ellos. (17-20.)—3º El odio de que serán víctimas hará división hasta *en el seno de las familias*: perseverar a pesar de todo será la condición de la salud. (21, 22.)—4º Jesús les ordena *huir la persecución de ciudad en ciudad* y les asegura que antes de haber recorrido las ciudades de Israel *el hijo del hombre habrá venido*. (23.)

bordones (en plural). Como esta variante no está suficientemente autorizada, la diferencia literal subsiste, y vale más aceptarla que quererla borrar por combinaciones forzadas. El conjunto de nuestro versículo demuestra bien claramente que el pensamiento general es el mismo en ambos textos. Así, nada de provisiones *para el camino* (comp. Marc. 6: 8, nota); quedad libres, sin obstáculos, confiados en Dios; *porque* (éste es el gran motivo) *el obrero es digno de su alimento*. Después de describir el renunciamiento de los siervos de Dios, su desinterés, que debe ser permanente, el Señor indica por estas palabras el deber no menos permanente de las iglesias. (v. 8, nota; comp. 1 Cor. 9: 4 y sig.; 1 Tim. 5: 17, 18.)

11. La partícula *mas* coloca la orden que sigue en contraste significativo con la conducta que acaba de ser prescrita a los discípulos. Jesús les indica ahora cómo se proveerá a sus necesidades por la hospitalidad que les será ofrecida y que ellos deberán aceptar.—No deben entrar sino en casas *dignas* de hospedarlos, es decir, en aquellas cuya buena reputación puede hacerles esperar que su mensaje no será rechazado o despreciado. Luego deben *rosar* en la misma casa hasta que partan de esa ciudad, por-

que cambios de domicilio, por amor de su comodidad, ofenderían a los que los han recibido.

12. El *saludo* que pronunciarán será el de los hebreos: "La paz sea con vosotros" (Luc. 10: 5; Gén. 43: 23). Si la casa es *digna* (en el sentido del v. 11, capaz de comprenderlos), *vuestra paz venga sobre ella*. Es un voto o más bien una voluntad expresa del Señor mismo. Si no, esa casa será privada de la paz que vosotros le traéis; pero esta paz no será perdida, ella *volverá a vosotros* y os preservará de desaliento o de impaciencia. ¡Cómo es realidad todo en las cosas divinas!

13. Como señal de que nada queréis conservar de ellos, ni aun *el polvo de vuestros pies*, que consideráis como una impureza (Actos 13: 51; 18: 6).—La construcción gramatical de este versículo es en griego irregular: *Y el que no os recibiere y no escuchare vuestras palabras... saliendo de esa casa o de esa ciudad, sacudid, etc.*

14. *Gr. será más tolerable para la tierra de Sodoma...* por el principio eminentemente justo y moral de que, a mayor conocimiento de Dios, mayor culpabilidad también tienen los que rechazan su gracia (11: 24; comp. Luc. 12: 47, 48).

16 He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos; hacéos, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas ¹⁶.
 17 Mas cuidaos de los hombres ¹⁶, pues os entregarán a tribunales y
 18 en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio a ellos y a los
 19 gentiles ¹⁷. Mas cuando os entregaren, no os congojéis por cómo o qué hablaréis, pues os será dado en aquella hora lo que hayáis
 20 de hablar, pues no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu
 21 de vuestro Padre que habla en vosotros ¹⁸. Y entregará hermano

15. *Gr. he aquí* (esta palabra anuncia siempre una declaración solemne), *yo os envío...* El pensamiento de que soy yo el que os envía al peligro debe daros la certeza de que seréis preservados. Pero vosotros también, puesto que ese peligro es tan grande, sed pues, en vuestra conducta, en el conocimiento de los hombres, en la elección de los medios, *prudentes como las serpientes* (Gén. 3: 1) y *sencillos* (gr. *sin mezcla, sin astucia, puros de intención*; véase sobre esta palabra, Rom. 16: 19; Fil. 2: 15) *como las palomas* (Comp. 3: 16, nota). Estas dos virtudes opuestas una a otra no están reunidas por naturaleza en el hombre; el Espíritu de Dios solo puede darle el poseerlas en igual medida.

16. *De los hombres*, en general, no solamente de aquellos que os son contrarios desde el principio. Aplicad en vuestras relaciones con todos la prudencia y la sencillez (v. 16), pues vais a un mundo al que no pertenecéis y el que os aborrecerá (Juan 15: 19; 17: 14). Las palabras que siguen dan la prueba.

17. He aquí todos los poderes del mundo ligados contra la verdad y sus testigos; desde luego, los *tribunales civiles* o *criminales* (gr. *sanedrines*), que harán de la convicción religiosa un delito; luego las *sinagogas*, poder espiritual, ejerciendo la disciplina a su manera (comp. Actos 22: 19; 26: 11; 2 Cor. 11: 24); luego los *gobernadores* de provincias, procónsules, procuradores, a quienes los principales de los judíos o los tumultos populares entregarán los discípulos de Jesús; en fin, los *reyes*, los Herodes, los emperadores romanos. Todas esas persecuciones tendrán lugar *por causa de mí*, agrega Jesús en el senti-

miento de su realeza divina y de la nueva vida que traía al mundo. Y todos esos padecimientos soportados por él serán un *testimonio*; ¿de quién? De él mismo, de su verdad, de su obra (*por causa de mí*). ¿A quién? El pronombre *a ellos* comprende todas las autoridades que Jesús acaba de nombrar, ante todo los judíos, los primeros instigadores de las persecuciones, luego los *gentiles*. (Comp. 8: 4; 24: 14.) Este testimonio poderoso es destinado a producir la convicción en muchos (según la interpretación de Crisóstomo), pero para otros agravará su juicio.—Estas palabras proféticas pasan el horizonte de esta primera misión de los apóstoles; pero no es necesario inferir de ahí, con cierta especie de crítica, que Mateo las ha colocado aquí por anticipación. En muchas parábolas y en otros discursos, el Señor demuestra conocer el porvenir de su reino.

18. Motivo poderoso de consolación y de seguridad en medio de dificultades y peligros cuyo solo pensamiento habría abatido el alma de los discípulos. Es necesario observar estas dos cosas de que podrían inquietarse los discípulos: *cómo* hablarán o *qué* dirán; *el qué les será dado en la misma hora*, y entonces no les inquietará ya el *cómo*; aun para los hombres iliteratos, el fondo encierra la forma, eso se ve siempre. En efecto, no son *ellos* quienes tienen la misión de proclamar y defender la verdad divina; otro se encarga de ello, es el *Espíritu* de luz y de vida, el único que, en las cosas divinas, hace al hombre elocuente. (Comp. Isa. 50: 4; 1 Cor. 2: 10 y sig.; Ef. 6: 19; Luc. 21: 15; Juan 14: 16, 17, notas.) A fin de dar a esta promesa una actualidad

a hermano a muerte, y padre a hijo, y se levantarán hijos contra
22 padres y los harán morir¹⁹; y seréis aborrecidos por todos por
causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin,
23 éste será salvado²⁰. Cuando os persiguieren, pues, en esta ciudad,
huid a la otra²¹, pues en verdad os digo, no terminaréis las
ciudades de Israel hasta que venga el hijo del hombre²².

más enérgica, Jesús emplea repentinamente el presente (v. 20).

19. No solamente tendréis que sufrir la persecución de parte de las autoridades o de parte de personas extrañas y hostiles; en vuestra propia familia, entre vuestros parientes más próximos, se hallarán enemigos para entregaros.—Tal es el poder absoluto del cristianismo, que debía dominar y transformar todas las relaciones naturales de la familia, ora por el amor que inspira a los creyentes, ora por el odio que excita a los incrédulos. La historia de la iglesia y la experiencia de todos los tiempos justifican plenamente esta predicción.

20. Ser odiados por todos es una expresión hiperbólica destinada a mostrar la universalidad de esta enemistad natural del corazón del hombre contra el nombre de Jesús. Es porque este nombre no revela todos los tesoros de la misericordia divina sino después de haber convencido al hombre de pecado. ¡Con cuánta tristeza debió pronunciar Jesús estas palabras! Pero he aquí la consolación de los suyos, el motivo de su perseverancia hasta el fin: ser salvados, no perecer con el mundo. ¿Qué es el fin? Para todo cristiano, es el día de su muerte; para la iglesia, es la vuelta del Salvador.—Las palabras de este versículo se hallan nuevamente en el gran discurso profético de Jesús (24: 9, 13) donde, sin duda, están en su verdadero lugar; pero no es imposible que las haya pronunciado ya aquí, al dirigir una mirada sobre el porvenir del ministerio de la Palabra.

21. Esta huida, no solamente permitida, sino ordenada, no tiene por motivo el temor del padecimiento o de la muerte, sino, por una parte, el deber de quitar a los adversarios la ocasión de cometer un crimen, y por la otra, el de conservar los testigos de la verdad para otros que recibirán su mensaje. El pensamiento que

dicta este precepto es el mismo que inspira el del v. 14; pero la razón para ponerlo en práctica es aún más fuerte.

22. Estas palabras deben presentar a los discípulos un motivo (pues) de estímulo a obedecer el precepto que acaba de serles dado (v. 23). Podían ellos decirse: ¿Para qué huir a otra ciudad? puesto que en todas partes la misma suerte les espera y pronto habrán recorrido las ciudades de Israel. Jesús declara que no habrán (gr.) terminado las ciudades de Israel, sin que haya venido el hijo del hombre. Terminar las ciudades de Israel, significa evidentemente terminar de recorrerlas buscando en ellas un refugio. Las demás interpretaciones que se han intentado de estas palabras son inspiradas por el deseo de allanar la dificultad de las que siguen. El ánimo que Jesús da a los discípulos es que no tendrán que sufrir mucho tiempo, sino que pronto habrá venido. Crisóstomo y de Beza piensan que debe interpretarse: "venido... en su socorro." Esta explicación que quitaría toda la dificultad, es inadmisibles, pues la analogía de todos los pasajes demuestra que, en esta expresión; "hasta que el hijo del hombre venga," el término sobreentendido es siempre: "en su reino" (Mat. 16: 28; 25: 31; 26: 64). Estamos, pues, en presencia de dos explicaciones principales. Una consiste en ver en esta venida del hijo del hombre en su reino el descenso del Espíritu Santo el día de Pentecostés (Juan cap. 14 a 16), la creación espiritual obrada por este espíritu en los corazones (Juan 3: 3; comp. Mat. 17: 20), la fundación y la extensión de la iglesia en el mundo. La otra aplica este término a la vuelta de Cristo para el juicio del mundo al fin de los tiempos. El primer sentido es evidentemente el de 16: 28. (Véase la nota.) Parece desde luego imponerse para nuestro pasaje también.

C. 24-11: 1. MISIÓN DE LOS DOCE. (Continuación.) MOTIVOS DE PERSEVERAR EN ESTAS PRUEBAS.—1º La identidad de su condición con la de su Maestro. (24, 25.)—2º El deber absoluto de proclamar toda la verdad, que deben cumplir como testigos valientes. (26, 27.)—3º El único temor legítimo, del Juez soberano, opuesto al falso temor de los hombres. (28.)—4º La confianza en su Padre celestial, cuya providencia se extiende hasta las criaturas inferiores. (29-31.)—5º La certidumbre de que su Maestro los confesará ante Dios, si ellos le confiesan ante los hombres. (32, 33.)—6º El hecho de que estas pruebas son inevitables para el discípulo de Jesucristo, puesto que su Maestro ha venido a traer la guerra y exige de los suyos el sacrificio de sus afectos más queridos y aun de su vida. (34-39.)—7º La posición privilegiada del discípulo de Jesucristo: es el representante de su Maestro, quien es a su vez el representante de Dios. La acogida que se le hace, el tratamiento que recibe, tienen, pues, consecuencias infinitas. (40-42.)—8º Jesús, después de acabar este discurso, recorre las ciudades del país predicando. (11: 1.)

24 No es un discípulo más que su maestro, ni un siervo más que
25 su señor. Bastante es al discípulo ser hecho como su maestro,
y el siervo como su señor²³. Si al dueño de casa apellidaron
26 Beelzebul, ¿cuánto más a sus domésticos?²⁴. No los temáis,

Pero cuando se examina de cerca el contexto y se considera que esta venida del hijo del hombre debe poner término a las persecuciones que los discípulos soporten de parte de los judíos y a sus huidas de ciudad en ciudad, se va imponiendo el pensamiento de que se trata más bien de la venida de Cristo para el juicio y es uno conducido al segundo sentido.—No se podría, es verdad, aplicar esta venida del hijo del hombre al regreso de Cristo en la gloria al fin de los tiempos, sin atribuir a Jesús un error grave en cuanto a la época de su venida, porque anunciando este acontecimiento a sus discípulos como un motivo de tomar ánimo, lo presenta como debiendo realizarse dentro de poco tiempo. Pero se puede pensar que Jesús tenía en vista el juicio ejercido sobre Israel por la ruina de Jerusalén. Esta ha sido para Israel, como pueblo, lo que el fin del mundo será para la humanidad. Una y otro pueden haber sido designadas por Jesús como la venida del hijo del hombre. (Comp. cap. 24.) Es posible que en nuestro pasaje, como en el cap. 24, los discípulos, dominados por la idea del próximo regreso glorioso de su Maestro, hayan dado a su pensamiento una forma

más precisa que la que tenía, y hayan confundido predicciones referentes a tiempos diferentes.—Si se rehúsa ver en nuestro pasaje el castigo de Israel por la destrucción de Jerusalén, es necesario volver al primer sentido indicado, el del establecimiento del reino de Cristo en los corazones. El Salvador querría decir: No tendréis que soportar mucho tiempo la persecución antes que venga yo a habitar en vosotros y llenaros de una fuerza que os hará vencer al mundo (Juan 16: 16-33). Pero esta explicación es menos natural.

23. ¿Cuán evidente es esta verdad proverbial, y aun cuán humillante es para los cristianos, cuando consideran que aquí el maestro, el señor es el Hijo del Dios viviente, y que el discípulo, el siervo (gr. esclavo) es un pobre pecador! Jesús acepta esta comparación: ¿dónde están los discípulos que la admitan seriamente?

24. Estas palabras confirman por un ejemplo evidente la verdad de las precedentes. Si el amo de la casa, Cristo, el Señor en su reino, ha sido expuesto a las más groseras injurias, ¿qué deben esperar sus siervos?—Beelzebul puede tener dos sentidos, según la etimología que se adopte: de Baal sebel, significaría el dios de

25 pues, porque nada hay encubierto que no haya de ser descu-
27 bierto, y oculto que no haya de ser conocido. Lo que os digo en
las tinieblas, decidlo en la luz; y lo que al oído oís, predicadlo
28 sobre los terrados²⁶. Y no tengáis temor de los que matan el
cuerpo, mas el alma no pueden matar; sino temed más bien al
29 que puede perder alma y cuerpo en la gehena²⁷. ¿No se venden
dos pajarillos por un cuarto? y uno solo de ellos no caerá a
30 tierra sin vuestro Padre. Y de vosotros aun los cabellos de la
31 cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vos-

las *basuras*, y se supone que los judíos llamaban así, por desprecio, esa divinidad pagana; de *Baal sebul*, tendría el sentido de *señor de la casa*, o de la habitación. Los judíos, siempre por su odio hacia ese nombre de Baal, designaban así al jefe de la habitación de los demonios y de los poseídos, en cuya autoridad acusaban a Jesús de echar fuera los demonios (12: 24). Lo que parece apoyar esta interpretación, es que Jesús se llama aquí de intento el *amo de la casa* (de Dios), término que forma un contraste extraño con el de *señor de la habitación* (del diablo). Así la injuria es al mismo tiempo una blasfemia.—Es necesario observar aún que Jerónimo ya leía *Beelzebub*, y hacía derivar esta designación de Satanás del nombre de una divinidad de los Ecronitas (Baal-zebul, el dios de las moscas); que el rey Ocozias hizo consultar en una enfermedad (2 Reyes 1: 2). Se supone que los judíos habrían cambiado la última letra de este nombre, a fin de darle una de las significaciones despreciativas que preceden. Sería esa una tercera etimología posible de la palabra.

25. Pues, conclusión de lo que precede. Puesto que no es posible que los hombres no os odien como me han odiado, no los temáis. No se teme lo que es inevitable y previsto; se preparan a arrostrarlo con calma. Porque—y es éste un segundo motivo para no temer—es necesario que la verdad sea proclamada en este mundo, y vosotros debéis ser sus testigos (v. 26, 27).

26. Algunos intérpretes han entendido el v. 26 en el sentido de una revelación futura y segura de los secretos de los corazones; pero el v. 27 es contrario a esta explicación; se

trata de la manifestación pública de la verdad, a la que los discípulos debían consagrar su vida, después de recibir las instrucciones del Maestro en la intimidad. Las casas, en Oriente, están coronadas por una azotea, desde donde en caso de necesidad uno puede hablar a un numeroso auditorio. Pero la expresión es figurada y proverbial, e indica la gran publicidad que debe darse al evangelio, que no encierra misterios.

27. Comp. v. 26. Nuevo motivo para no temer, aun cuando la proclamación valiente de la verdad pudiera costaros la vida. A ese temor infundado oponed el único temor razonable, el del Juez supremo. Y para ello comparad y pensad bien los motivos de ambos temores: por una parte, el cuerpo solamente en poder de los adversarios, y el alma que les escapa; por la otra, el cuerpo y el alma perdidos en el *gehena* eterno (5: 29, nota). ¡A cuántos mártires han sostenido estas palabras hasta su último suspiro! Excelentes intérpretes (Stier, Olshausen y otros) han pensado que Jesús opone al temor de los hombres, no el temor de Dios, sino el del diablo. Es él, piensan, quien destruye pierde al alma y al cuerpo. Los términos mismos del texto: *al que es poderoso*, o según Lucas (12: 5) "*que tiene autoridad* de arrojar el alma al *gehena*," excluyen absolutamente esa idea. (Comp. Jac. 4: 12.) ¿Y qué aliento habría para los discípulos en ese temor del diablo, que al contrario los habría esclavizado? ¿Quién, en fin, no ve que Jesús, continuando su discurso (v. 29), apela inmediatamente a la confianza en Dios, que es inseparable del temor de Dios?

32 otros que muchos pajarillos²⁸. Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, . . . yo también le confesaré de-
33 lante de mi Padre que está en los cielos²⁹. Mas cualquiera que me negare delante de los hombres. . . yo también le negaré de-
34 lante de mi Padre que está en los cielos. No penséis que yo he venido a traer paz sobre la tierra; no he venido a traer paz,
35 sino espada. He venido, en efecto, a dividir un hombre contra su padre, y una hija contra su madre, y una nuera contra su
36, 37 suegra; y enemigos del hombre serán sus domésticos³⁰. El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí; y el
que ama a hijo o a hija más que a mí, no es digno de mí³¹.
38 Y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de

28. Contra el temor a los hombres no hay más que un remedio; la confianza en Dios. Para inspirar a los suyos esta confianza, Jesús les muestra la divina Providencia que extiende sus cuidados hasta los seres más pequeños. De esos *pajarillos* (el diminutivo en griego hace más tierno aun el pensamiento) que tan poco valor tienen que *dos se venden por un cuarto* (*assarion*, la décima parte del dracma o del denario romano), *ni uno solo* perece sin la voluntad de Aquel que le ha dado la vida. ¡Cuánto más vosotros, hijos y siervos de Dios, debéis tener confianza que ni el menor mal, ni aun la pérdida de uno de vuestros cabellos (Luc. 21: 18; Act. 27: 34), puede alcanzaros sin esa misma voluntad divina.

29. Comp. Luc. 12: 8. Estas palabras son la conclusión de lo que precede (*pues*) y presentan un nuevo argumento en favor de la perseverancia en medio de los peligros y de los sufrimientos. Se refieren a la idea ya emitida (v. 28) del temor que debe tenerse al Juez supremo. *Confesar* a Jesucristo *ante los hombres*, declararse de él y para él. (gr. *confesar en mí*), o *negarle* por cobardía o falta de amor, es lo que divide nuestra humanidad en dos partes. Pero es lo que también la dividirá *ante Dios* en el día del juicio. Y es necesario no olvidar que hay diversas maneras de confesar o negar al Salvador.—¿Quién es este hombre que hace depender de la confesión de su nombre, de la fidelidad a su persona, toda la vida religiosa y moral, y aun el destino

eterno de los que le escuchan? (Comp. v. 37.)

30. Así, pues, vosotros, mis discípulos, debéis esperar la oposición, la lucha.—Sin duda alguna Jesús *ha venido a traer paz sobre la tierra* (Luc. 2: 14; Juan 14: 27; Ef. 2: 14-18), pero una paz precedida por el combate, por la espada. ¿Por qué? La santa verdad que él proclama viene a chocar contra la mentira, la corrupción, la enemistad que reinan en esta tierra. De ahí la *división* que penetra hasta el seno de la familia, entre aquellos que quieren obedecer a Jesucristo y los que le rechazan. (Comp. Miq. 7: 6, de donde toma Jesús las palabras del v. 35.) Tal es en todas partes y siempre el primer efecto de una predicación potente del evangelio. Jesús dice, según el término original: "no ha venido a arrojar, introducir bruscamente, paz, sino espada." No hay paradoja ni figura retórica en esta expresión; describe el primer efecto actual del evangelio, que es la inquietud, la división; pero da a entender también que después de esas luchas inevitables vendrá la paz, último fin de la venida del Salvador.

31. Todo amor terrestre, aun el más legítimo y el más puro, subordinado al amor de Jesús: tal es la ley suprema de su reino. ¿Qué habría que pensar de aquel que para sí reclama este derecho de Dios, si él no fuese Dios?—Por lo demás, el amor de Jesús, lejos de excluir los afectos de la familia, los hace más santos y más dulces a cualquiera que a él

39 mí³². El que hallare su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará³³. Y el que a vosotros recibe, 41 a mí recibe, y el que a mí recibe, recibe al que me envió³⁴. El que recibe un profeta en nombre de profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe un justo en nombre de justo, recom- 42 pensa de justo recibirá³⁵. Y cualquiera que diere de beber a uno solo de estos pequeños sólo una copa de agua fría, en nombre de discípulo, en verdad os digo: de cierto no perderá su recom- XI. pensa³⁶. Y aconteció cuando terminó Jesús de dar órdenes a

los sacrifica. Aquí también, "el que pierde su vida, la halla" (v. 39).

32. Alusión a la costumbre que ordenaba que los condenados tomasen y llevaran la cruz, instrumento de su suplicio (Juan 19: 17). Alusión no menos evidente a la hora suprema en que él mismo sería condenado. Jesús sabía anticipadamente de qué muerte moriría: eso resulta de 16: 21-24, donde repite esta misma expresión en relación evidente con su muerte. Para sus discípulos, tomar su cruz y seguirle, es renunciar a todo y sufrirlo todo con él y para él, incluso la muerte. El adquirió sobre la cruz el derecho de hablar así, el derecho supremo del amor.

33. He aquí, pues, la alternativa: (gr.) hallar su alma, su vida propia, conservarla en este mundo evitando la muerte corporal (v. 28), es perderla para el día de las resoluciones eternas. Pero perderla en el tiempo, lentamente por el sufrimiento o bruscamente por el martirio, es hallarla para la eternidad. No se debe limitar el sentido de estas palabras a la vida exterior, sino extenderlo a la vida del alma; en este sentido conciernen a todos los cristianos. En efecto, en el lenguaje del Antiguo y del Nuevo Testamento, la palabra que traducimos por vida significa el alma, el alma como asiento de la vida y con todas las facultades de que Dios la ha dotado. Se podría, pues, traducir literalmente: "El que hallare su alma, perderá su alma." (Así 2: 20; 6: 25; 10: 28, 39; comp. sobre todo 16: 25, 26.)

34. El Señor termina su discurso (v. 40-42) por un último estímulo dado a los discípulos, a quienes envía privados de todo (v. 9, 10), asegurándoles que Dios mismo se encargará de derramar sus ricas ben-

diciones sobre aquellos a quienes ellos acudirán y que los reciban con amor en sus casas. Para quitarles todo escrúpulo a este respecto, condesciende a asemejarlos a sí mismo, que los envía, aunque, por otra parte, no vacila en asemejarse a Dios quien le ha enviado. Pero estas palabras tienen este sentido más íntimo aún: que los que reciben a los siervos de Jesús reciben realmente a él mismo, porque él vive en ellos como el Padre está en él (Juan 17: 22, 23; comp. 13: 20 y Mat. 25: 40).

35. Gr. recibe un profeta en nombre de profeta, un justo en nombre de justo, es decir, en consideración a lo que representa este nombre, o, como podría traducirse, en calidad de. Estas palabras explican y generalizan las precedentes, sin que Jesús cese de aplicarlas a sus discípulos, porque ellos eran a la vez profetas por estar encargados de un mensaje divino, y justos por su comunión con el Salvador. Los que les recibieren, pues, en esta calidad, les son asemejados en cuanto a la recompensa (comp. 6: 1, 2, notas), porque se muestran animados del mismo espíritu que ellos, del mismo amor para con el Maestro que los ha enviado.

36. Gr. cualquiera que hubiere abrevado uno solo de estos pequeños con una copa de agua fría solamente. Aun el pensamiento de los v. 40, 41, pero más generalizado y siempre aplicado ante todo a los discípulos y a los menores socórros que puedan recibir. Esta primera aplicación es tanto más patética cuanto que los mismos discípulos serán en el mundo esos pequeños, pobres, débiles, despreciados, desconocidos por todos, excepto por aquellos que sabrán reconocer, apreciar, su calidad de discípulos. ¡Qué contraste entre esta

sus doce discípulos, que se fué de allí para enseñar y predicar en sus ciudades¹.

II. EFECTOS PRODUCIDOS POR EL MINISTERIO DEL MESÍAS.

1. Actitud de Juan el Bautista y de la multitud.

A. 2-19. MENSAJE DE JUAN.—1º Juan el Bautista, habiendo sido informado en su prisión de la actividad ejercida por Jesús, le hace preguntar por sus discípulos si es él efectivamente el Mesías. (2, 3.) Jesús apela al testimonio de sus obras y describe éstas en los mismos términos que la profecía por ellas cumplida. (4-6.)—2º Habiéndose retirado los mensajeros de Juan, Jesús empieza a hablar de él a la multitud. Recuerda desde luego el juicio que el pueblo ha formado sobre él, estimándolo como un profeta. (7-9.); después confirma este juicio declarando que Juan es más que un profeta, puesto que él mismo es el objeto de la profecía que lo ha anunciado como el precursor del Mesías. (10.) Él es el más grande de los hombres, y sin embargo, más pequeños que él le son superiores, si pertenecen al reino de los cielos. (11.)—3º Jesús indica el papel de Juan el Bautista en el advenimiento del reino de los cielos: él ha determinado esa corriente que impele a las almas a apoderarse del reino de viva fuerza, porque él era el fin a que tendía toda la antigua alianza, el Elías que debía venir. (12-15.)—4º Y sin embargo la generación contemporánea estaba muy poco dispuesta a sufrir su acción. Ella ha mostrado la inercia y la apatía de niños perezosos y regañones que, sentados en la plaza pública, rehusan responder a la invitación de sus camaradas y entrar en su juego; ha permanecido igualmente insensible a los llamamientos austeros de Juan y a la actitud llena de amenidad y de santa libertad del hijo del hombre. Ha tratado al primero de loco y acusado al segundo de disolución. Pero la excelencia de los medios escogidos por Dios ha sido probada por los frutos que éstos han producido. (16-19.)

2 Y Juan, oyendo en la cárcel las obras del Cristo, enviando 3 por medio de sus discípulos, le dijo²: ¿Eres tú el que viene, o

copa de agua fría y la recompensa eterna! Es que este ligero servicio depende de un movimiento de amor, que en Dios jamás podría perderse. (Comp. 26: 13.) "Aprendemos aquí que delante de Dios las obras son apreciadas por el corazón, y no el corazón por las obras." Grotius. (Marcos 9: 41.)

1. Partió de allí, donde había dado sus instrucciones a los discípulos (10: 1), y, mientras éstos llenaban su misión, él seguía la suya (9: 35) en esas mismas ciudades y aldeas de

Galilea donde la había empezado. El pronombre sus ciudades no designa, pues, las ciudades de los discípulos, las de su origen, sino las de los galileos.

2. Gr. Enviando por medio de sus discípulos le dijo. El texto recibido tiene: enviando dos de sus discípulos, variante tomada de Lucas 7: 19. —Juan el Bautista estaba entonces detenido por Herodes (4: 12; 14: 2, 3) en un calabozo de la fortaleza de Machaerus, situada sobre la ribera oriental del mar Muerto, en la cum-

4 aguardamos a otro? ³. Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad
5 a Juan lo que oís y véis: ciegos recobran la vista y cojos andan,
leprosos limpiados y sordos oyen, y muertos son resucitados y
6 pobres son evangelizados ⁴. Y dichoso es cualquiera que no tro-
pezare en mí ⁵.

bre de rocas de gran altura. Josefo, *Antig. XVIII*, 5, 2. (Véase E. Stapfer, *La Palestina*, 2ª. edic. pág. 48). Allí supo, sin duda por sus discípulos que podían visitarle, algo de las obras de Jesús. Esta palabra puede designar sus milagros, pero también su actividad en general. Tal fué la ocasión de este importante mensaje. Lucas le asigna una fecha anterior. (Véase Luc. 7: 18-35, notas).

3. Gr. *¿Eres tú el que viene?* Es decir, el Mesías, el Libertador. Desde hacía mucho tiempo el Mesías era designado como *el que viene*. Esta expresión indica la certidumbre y la proximidad de su venida. (Mal. 3: 1; Sal. 40: 8; comp. Heb. 10: 37). Esta palabra tan directa: *tú*, es opuesta a ésta: *otro*. Sería necesario esperar a otro, si tú no lo fueras, porque es imposible que las promesas de Dios para la salvación del mundo no se realicen. Pero ¿de dónde podía nacer esta pregunta? Sorprende a primera vista, después de los testimonios tan numerosos y tan precisos que Juan el Bautista había tributado al mesiazgo de Jesús (3: 11, 12; Juan 1: 23-37; Juan 3: 25-36). Por eso, temiendo ver una contradicción entre esos testimonios y esta pregunta, gran número de intérpretes han procurado de diversos modos disminuir el alcance de esta gestión de Juan. Debía, se ha pensado, impeler a Jesús hacia una acción más decisiva para el establecimiento de su reino, en el sentido en que Juan lo había anunciado (3: 12). ¿Pero sería conciliable tal intención con la profunda veneración de Juan por Jesús? Juan tenía por objeto, según otros, ofrecer a sus discípulos una ocasión de ver al Salvador, de oír su testimonio, de unirse a él. Esta interpretación se ha hecho tradicional desde los padres y los reformadores. Pero es reducir a una ficción, no solamente la grave pregunta del profeta, sino también la solemne respuesta de Jesús, que dirige expresamente a Juan,

(v. 4). Por ello los exégetas más autorizados de nuestros días toman la pregunta como la respuesta en sentido propio. Juan estaba desde hacía cerca de un año en prisión; no veía establecerse con poder el reino que había anunciado; Jesús nada hacía por libertarle. Hubo entonces para él un momento en que, quizás en el presentimiento de su fin trágico, sintió oscurecerse su fe; su alma fué asaltada por la impaciencia o el desaliento. De ahí la pregunta que dirige a Jesús en un momento de angustia. (Comp. Luc. 7: 18, nota). Se preguntaba si Jesús era realmente el Mesías; si no se debía esperar otro. Los judíos creían que diversos enviados de Dios debían preparar la obra mesiánica. (Mat. 16: 14; Luc. 9: 19; Juan 1: 19-21). Juan no discute la misión divina de Jesús; reconoce que Jesús le es superior, y por eso se dirige a él para ser ilustrado; pero él se dice que quizás, a pesar de todo, no fuera él tampoco sino un profeta, un precursor como él mismo, y que, por su predicación y sus obras de amor, dirigía un supremo llamado a su pueblo y preparaba la venida del Rey divino, quien "bautizaría con Espíritu Santo y con fuego y limpiaría su era" (3: 11, 12). Se ha objetado que tal duda no podía producirse en Juan después de la escena del bautismo, de que había sido testigo (Mat. 3: 13-17; Juan 1: 32-34). Pero, ¿no es la propiedad de la duda el conmover la certidumbre que tomamos de estas revelaciones celestiales? Nada más natural psicológicamente, nada más conforme a la experiencia de los hombres de Dios, sobre todo bajo el antiguo pacto (Moisés, Elías, etc.).

4. A la pregunta de los discípulos de Juan, Jesús responde por hechos. Remite al precursor al testimonio de sus obras, de su vida. Le muestra éstas en plena armonía con la profecía (Isa. 35: 5 y sig.; 61: 1). Juan debía inferir de ahí que él era ciertamente *el que viene*. Jesús quiere

7 E idos éstos, empezó Jesús a decir a las multitudes sobre
Juan ⁶: ¿Qué salisteis a mirar al desierto? ¿Una caña agitada por
8 el viento? Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropas
delicadas? He ahí, los que usan ropas delicadas en las casas de
9 los reyes están. Pero, ¿por qué salisteis? ¿A ver un profeta?
10 Sí, os digo, y mucho más que un profeta ⁷. Este es sobre quien
está escrito: "He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu
11 rostro, que aparejará tu camino delante de ti" ⁸. En verdad os
digo, no ha sido suscitado entre los nacidos de mujer uno mayor

decir que él cumple la profecía al pie de la letra. No toma de Isaías esas expresiones para describir los efectos espirituales de su actividad. Después de la enumeración de esos milagros materiales, menciona por último lo que es el fin supremo de sus beneficios, el mayor milagro: la predicación del *evangelio* que es *anunciado a los pobres*. (Luc. 4: 18; véase sobre esta última palabra Mateo 5: 3, nota).

5. Gr. *el que no fuere escandalizado en mí* (5: 29, nota), que no hallare en mí o en mi obra una ocasión de caída, por la duda, el desaliento, o de cualquier otro modo. (13: 57; 26: 31, 33). Sería advertencia dirigida a Juan, y que no tendría razón de existir si se tomase su pregunta en uno de los dos sentidos que hemos rechazado (v. 3, nota).

6. En este discurso al pueblo, Jesús parece haber tenido doble intención: desde luego justificar y elevar al precursor, cuya delegación y pregunta podían haber hecho una impresión desfavorable en la multitud; en seguida y sobre todo sacar de este mismo incidente una seria amonestación para el pueblo que tan poco había aprovechado del ministerio de ese gran profeta. Pero para ello espera Jesús que los discípulos de Juan se hayan ido, y les deja, con gran prudencia, bajo la impresión de su respuesta (v. 4-6).

7. De las tres preguntas que Jesús dirige una tras otra al pueblo, las dos primeras expresan suposiciones directamente opuestas a lo que era el carácter notorio de Juan *¿Una caña agitada por el viento?* es decir un hombre débil, vacilante, doblegándose a todas las influencias? La pregunta que acababa de hacer di-

rigir a Jesús habría podido dar de él esta idea. Pero todo el pueblo sabía perfectamente lo contrario; sólo lo había encontrado demasiado firme, demasiado riguroso. ¿No estaba preso por haber osado decir la verdad a Herodes aun en su palacio?—*Mas* (Puesto que no era eso) ¿qué pues? ¿Un hombre del mundo viviendo en la delicadeza, usando vestidos delicados, afeminados? Habría sido necesario buscarlo en un palacio real; pero ¡Juan! (Véase 3: 4). El *Sin.* tiene: "¿Para qué habéis ido? ¿A ver un hombre?..."—*Mas*, en fin, ¿qué pues? ¿Un profeta? (*Sin.*, E. tienen aquí: "¿Para qué habéis ido? ¿A ver a un profeta?" El sentido es el mismo). Y Jesús confirma solemnemente esta aspiración del pueblo. Juan era aun *más que uno* de los profetas del antiguo pacto, porque, sobre el umbral del reino de Cristo, le había anunciado y mostrado públicamente como el Cordero de Dios (Juan 1: 29), después de haber predicado el arrepentimiento. (Comp. v. 10).—Cada una de esas preguntas encerraba un reproche para los oyentes de Jesús. Lo que Juan no era, una caña vacilante, un hombre del mundo, ellos lo eran, y lo demostraban por la ligereza con que habían olvidado el testimonio de este *gran profeta* (v. 16-19; comp. Luc. 7: 29, 30).

8. Prueba de que Juan es mayor que un profeta. El anunciado por una profecía es mayor que el que lo anuncia.—Este pasaje, tomado de Mal. 3: 1, es citado de un modo muy especial. En el profeta, es Jehová quien habla y dice: "Yo envío mi mensajero, y él preparará el camino ante mi faz. Y luego el Señor que buscáis entrará en su templo, etc.". Mientras que, en nuestra citación,

que Juan el Bautista; mas uno menor en el reino de los cielos 12 mayor es que él⁹. Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos es tomado por violencia, y violentos lo arrebatan¹⁰. En efecto, todos los profetas y la ley hasta 14 Juan profetizaron; y si queréis recibir, él es Elías que debe venir¹¹. El que tiene oídos, oiga¹².

Jehová habla a su Ungido, Jesucristo, y dice: "Yo envío mi mensajero *ante tu faz*, él preparará tu camino *ante ti*". Esta apropiación evidentemente intencional de la profecía al Salvador, se halla igualmente en Lucas (7: 27) y en Marcos (1: 2); debe deducirse de ahí que ella procede de Jesús mismo, y que a sus ojos la *venida de Jehová*, anunciada por el profeta, había tenido lugar en su persona.

9. *Los nacidos de mujer* son todos los hombres, pero este hebraísmo expresa la idea del hombre débil, mortal, pecador. (Job. 14: 1; 15: 14; 25: 4; comp., en otro sentido, Gál. 4: 4). Ninguno, pues, entre los hombres del antiguo pacto, ha sido mayor que Juan el Bautista (v. 9). Pero tal es la superioridad absoluta de este *reino de los cielos* establecido sobre la tierra por el Hijo de Dios, que allí, aquel mismo que es en sí *menor* que el precursor, es *mayor* que él. La razón de ello es que la relación enteramente nueva en que el hombre pecador entra con Dios por su comunión con Jesucristo, por su reconciliación mediante el sacrificio de la cruz, por la regeneración que obra en él el Espíritu Santo, es específicamente diferente de la relación que los justos o aun los profetas del Antiguo Testamento sostenían con Dios. Eso no significa que Juan el Bautista no debiese participar de la plenitud de este reino de Dios, mas Jesús señala aquí de una manera absoluta el carácter diverso de las dos alianzas sobre la tierra; ahora bien, Juan pertenecía aún a la antigua.—Es enteramente arbitrario, y es exagerar el pensamiento del Salvador, el tomar, como lo hacen la mayoría de nuestras versiones y muchos comentadores, este comparativo: "el que es *menor*", por un superlativo: *el menor, el más pequeño*. La gramática y una sana exégesis se oponen igualmente.

10. Estas palabras, hasta el v. 15, pertenecen aún al discurso que Jesús pronuncia en alabanza de Juan. A él, en efecto, a su potente predicación del arrepentimiento (*desde los días de Juan*) atribuye esas necesidades religiosas tan profundas, que atraían hacia él las almas y que inducían a muchas a tomar el *reino de los cielos* con una especie de *violencia moral*. (Gr. el reino de los cielos es *violentado*). Recuérdense esas multitudes que se apretaban alrededor de Jesús, que apenas le dejaban el tiempo de comer, que a menudo le forzaban a retirarse al desierto, para hallar allí algún reposo; recuérdense también la sed de perdón que atormentaba a los publicanos y pecadores que venían a él a pesar de todos los obstáculos (Luc. 7: 36 y sig.); considérense las duras condiciones que Jesús ponía a la entrada en el reino y las santas violencias que exigía de sus discípulos (5: 29, 30; 6: 24; 8: 18-22; 10: 37-39).—Jesús debió pronunciar estas palabras con íntimo gozo. No lo han comprendido, pues, los que entienden su pensamiento como una queja o una censura contra pretendidos enemigos que *violentaban* su reino por la persecución, o contra otros *violentos* que obstaculizaban su progreso por un falso celo. Mucho mejor podría aceptarse la opinión de aquellos que, dando al verbo *violentar* un sentido neutro en vez de pasivo, piensan que Jesús quiere decir que el reino se extiende con potencia, hace por su fuerza divina grandes conquistas, despierta las conciencias y excita así el celo de esos *violentos* que lo *arrebatan*, lo roban por su ardor. El primer sentido indicado permanece, sin embargo, más conforme a los términos y al conjunto del discurso. (Comp. Luc. 16: 16. nota).

11. Estas palabras explican históricamente (*en efecto*) las que preceden: *Hasta Juan, todos los profetas,*

16 Mas ¿a qué compararé esta generación? Semejante es a niños 17 ñitos sentados en las plazas, que llamando a los otros les dicen: Os tañimos la flauta, y no danzasteis; endechamos y no lamemos 18 tasteis¹³. Vino, en efecto, Juan no comiendo ni bebiendo, y dicen: 19 Demonio tiene. Vino el hijo del hombre comiendo y bebiendo, y dicen: He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de

y aun la ley, que en un sentido era una profecía (Juan 5: 46), *han profetizado*, anunciado el porvenir del reino de Dios, y no han podido hacer más. Pero él, Juan es este *Elías* que, según el profeta Malaquías (4: 5), *debía venir* (Mat. 17: 11-13; Luc. 1: 17), y he ahí, por qué ha tenido su ministerio tan grandes resultados (v. 12)—y por qué es él el mayor de los profetas (v. 11). Pero de los oyentes de Jesús no todos habían sido alcanzados por la predicación de Juan; de ahí esta advertencia en forma de paréntesis, destinada a hacerles sentir su responsabilidad: *si queréis recibir* mi declaración de que él es el *Elías* anunciado por Malaquías; de vuestra voluntad depende que él sea para vosotros personalmente lo que es en realidad en el plan de Dios: "el que prepara el camino del Señor." (Comp. 17: 12.)

12. Invitación a meditar seriamente en esta importante instrucción respecto de Juan el Bautista. (Comp. 13: 9; Marc. 4: 9; Luc. 8: 8).—El texto recibido tiene: "oídos *para oír*", palabras inauténticas aquí.

13. El discurso sobre Juan el Bautista ha terminado (v. 7-15); pero Jesús no dejará escapar esta ocasión de hacer oír un serio reproche a su *generación* que no sabía aprovechar, para su vida religiosa y moral, ni el testimonio de Juan ni el del Salvador. Después de haber buscado la figura (*a qué compararé...*) que pueda representar tal conducta, la encuentra en un *juego* que practicaban en la plaza pública los *ñitos* de su tiempo. Este juego se asemejaba al que nosotros denominamos "charada." Uno de los grupos de jugadores empezaba la representación de una escena de la vida ordinaria; los otros, para mostrar que habían adivinado el motivo elegido, entraban luego en su juego y terminaban la escena empezada. Así los primeros

tañían la flauta; los otros (sus compañeros según el texto recibido) debían representar una boda en medio de bailes graciosos. Los primeros cantaban endechas; los otros debían formar un cortejo fúnebre y hacer resonar lúgubres lamentaciones. Pero he aquí que el segundo grupo de niños, de humor grosero y enfurruñado, rehusa responder a las invitaciones de sus camaradas y participar del juego. De ahí los reproches que atraen sobre sí.—Los niños del primer grupo representan a Jesús y Juan; los del segundo grupo la generación contemporánea que permanece sorda a los llamados de ambos. Tal es la explicación más natural de esta parábola. Nos parece indicada por los v. 18 y 19: Vino, en efecto, Juan,...—Sin embargo, la mayoría de los intérpretes modernos, basándose en las primeras palabras: *La compararé* (esta generación) *a niños... que dicen*, y tomando estas palabras al pie de la letra, aplican la figura de los niños que se quejan de no ser seguidos, a los contemporáneos del Salvador que habrían querido imponer su voluntad a Juan y a Jesús, y están descontentos de no haberlo conseguido. Pero esta expresión: *compararé a...* es *comparado a...* se aplica muy a menudo a la figura tomada de una manera general (13: 24, 45; 25: 1) y el sentido a que se llega así no concuerda tan bien con los v. 18, 19. Según B. Weiss, Jesús habría querido simplemente caracterizar el espíritu de esa generación, comparándola a niños caprichosos, que querían hacer reír y llorar a sus camaradas conforme a sus deseos variables. El segundo grupo de niños es solamente un punto de detalle del cuadro. No es necesario buscarle aplicación. A ese humor voluntario e in-décil atribuiría Jesús (*en efecto*, v. 18, 19) el doble fracaso del ministerio de Juan y del suyo mismo.

publicanos y de pecadores¹⁴. Mas ha sido justificada la sabiduría de parte de sus hijos¹⁵.

B. 20-30. REPROCHES, ACCIÓN DE GRACIAS, INVITACIÓN.—^{1º} *Reproches a las ciudades impenitentes.* Jesús pronuncia un triple juicio sobre Corazín, sobre Betsaida y sobre Capernaúm, que han visto la mayor parte de sus milagros y no se han arrepentido. Compara su condición a la de Tiro y Sidón y a la del país de Sodoma. Declara que son más culpables y serán tratadas con más rigor en el día del juicio. (20-24).—^{2º} *Las cosas reveladas a los niños.* Jesús da gracias a su Padre de que ha escondido de los sabios las cosas concernientes a la salvación y las ha revelado a los niños. Habla de su relación única con su Padre que le ha entregado todas las cosas, quien sólo lo conoce, quien no es conocido sino por Jesús y por aquellos a quienes éste quiere revelar. (25-27).—^{3º} *Invitación a los que están fatigados y cargados a venir a él, cargar su yugo y hallar así el reposo de sus almas.* (28-30.)

20 Entonces empezó a reprochar a las ciudades en que habían sido
21 hechos la mayor parte de sus milagros, porque no se habían arre-
21 pentido¹⁶. ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en

14. Juan vino (entró en su ministerio, vivió) en abstinencia, con el riguroso ascetismo de un profeta del Antiguo Testamento; y ellos le calumnian llamándole endemoniado, atribuyendo al demonio del orgullo las exajeraciones de su austeridad. Al contrario, el hijo del hombre (8: 20, nota) vive en la santa libertad del nuevo pacto, acepta las invitaciones de publicanos y pecadores; y ellos le calumnian acusándole de violar las prescripciones de la ley y vivir en la disolución. Así, ni las endechas severas de la ley, ni las dulces notas del evangelio de la gracia han podido hacer impresión sobre ellos.

15. Este *mas* debe admitirse aquí, aunque haya la partícula *y* en griego, porque evidentemente está tomada en sentido adversativo, que tiene a menudo en hebreo: *y sin embargo*. A pesar de toda esta ciega oposición a Juan y a Jesús, la sabiduría divina, que se manifiesta brillantemente en el empleo de esos diversos métodos (la ley, el evangelio), esta sabiduría ha sido justificada, ¿cómo?, de parte de sus hijos que no solamente la han reconocido, admitido, sino que han probado, por la transformación de su vida, cuán divinos eran los medios empleados por esta sabiduría, y los únicos adaptados a las ne-

cesidades de la naturaleza humana. En este sentido, y en la misma ocasión, se dice que el pueblo que creía y los publicanos que se arrepentían justificaban a Dios (Luc. 7: 29, nota). Empero no debe traducirse: "ha sido justificada por sus hijos"; el griego no lo permite, y estos hijos de la sabiduría (hebraísmo, como "hijos de la luz" Luc. 16: 8), no son sino la causa indirecta, la ocasión de esa justificación: la verdadera causa está en Dios mismo y en la acción de su gracia. No discutiremos algunas otras explicaciones propuestas de estas palabras, teniéndolas por inadmisibles.—Una variante de *Sin, B*, adoptada por Tischendorf, tiene: "la sabiduría ha sido justificada de parte de sus obras", es decir, por sus efectos, sus frutos, sus actos, tanto en la vida de Juan como en la de Jesús. El sentido sería, pues, poco más o menos el mismo. Jerónimo dice que en su tiempo se leía esta variante "en algunos evangelios", pero a pesar de este testimonio, la lección del texto recibido, que se lee en casi todas las *mayúsc.*, parece más probable.

16. Hay en esta palabra *empezó* algo de solemne.—Si el adverbio de tiempo *entonces* debe tomarse en sentido literal, esos severos *reproches*

Tiro y Sidón hubieran sido hechos los milagros hechos en vosotras, 22 mucho haría que en saco y ceniza se habrían arrepentido¹⁷. Empero os digo: para Tiro y Sidón será más tolerable en el día del 23 juicio, que para vosotras¹⁸. Y tú, Capernaúm, que hasta el cielo has sido elevada, hasta la mansión de los muertos serás hundida¹⁹, porque si en Sodoma hubieran sido hechos los milagros hechos 24 en ti, habría quedado hasta hoy²⁰. Empero os digo que para la

dirigidos a las ciudades que no habían creído la palabra del Señor, habrían sido pronunciados a continuación de los v. 16-19, cuya idea completan muy bien. Pero Lucas (10: 13 y sig.) los coloca en el discurso relativo al envío de los setenta discípulos. Los intérpretes se dividen sobre la preferencia que debe darse a una u otra de esas fechas. ¿No tendría razón Meyer suponiendo que Jesús muy bien puede haber pronunciado, en ambas ocasiones, estas expresiones del dolor que le causaba el endurecimiento de los hombres de su generación?

17. *Corazín* no es mencionada ni en el Antiguo Testamento ni en Josefo, y el Nuevo Testamento no la nombra más que aquí y en el pasaje paralelo de Lucas. Jerónimo la designa como una ruina a dos leguas de Capernaúm, sobre el lago de Genezaret. Algunos viajeros modernos han creído encontrar su lugar en las ruinas denominadas Kerazeh situadas a una hora al Nord-Este de Capernaúm, hacia el interior. (Véase también F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, p. 372, 7ª edic.) *Betsaida*, patria de Pedro, de Andrés y de Felipe (Juan 1: 45), estaba igualmente situada a alguna distancia de Capernaúm, sobre la ribera occidental del mismo lago (Marcos 6: 45, nota).—Los milagros (*gr. potencias*, actos de la potencia divina de Jesús) realizados en esas ciudades no están relatados en el evangelio. Esta omisión confirma una declaración de Juan (Juan 20: 30). A estas ciudades tan privilegiadas, el Señor o pone, a fin de hacerles sentir su ingratitud y su responsabilidad, las grandes ciudades paganas y corrompidas de Tiro y de Sidón, que, a causa de su proximidad a Siria, se ofrecían naturalmente como puntos de comparación. Con los mismos medios de gracia, ellas se habrían arre-

pentido (o convertido, habrían cambiado de disposición) en saco y ceniza. Alusión a la costumbre de los judíos de vestirse con una túnica de tela oscura y grosera y esparcir ceniza sobre su cabeza (2 Sam. 13: 19) o de sentarse sobre la ceniza (Job 2: 8). Es necesario tomar en sentido propio la declaración de Jesús sobre esas ciudades paganas; y entonces, ¡qué misterio encierra! Si Tiro y Sidón hubieran visto las obras del Salvador, hubieran oído su palabra, se habrían arrepentido: ¡pero no la han conocido!

18. Comp. 10: 15, nota.

19. *Capernaúm* (véase sobre esta ciudad 4: 13, nota) había sido realmente elevada hasta el cielo por la presencia, las obras, la predicación del Hijo de Dios en medio de ella. Su incredulidad la hará descender en el día del juicio hasta la mansión de los muertos, en griego *hades* ("lugar invisible"), en hebreo *sheol* (Isa. 5: 14; 14: 9 y sig.) Esta mansión de los muertos es un lugar de espera: los que la habitan no son aún ni felices ni desgraciados; pero después del juicio se convierte para los condenados en lugar de tormento (Luc. 16: 23).—Una variante de *Sin, B, C, D*, admitida por la mayoría de los críticos, dice: "Y tú, Capernaúm, ¿serás elevada hasta el cielo?" y la declaración siguiente sería la respuesta a esa pregunta. Pero tal pregunta no tendría razón de ser, pues nada muestra que Capernaúm tuviese la pretensión de ser elevada hasta el cielo; por eso la mayoría de los exégetas no ven en esta lección, a pesar del valor de los testimonios, sino una falta de copista fácil de explicar. (Comp. el Comentario de M. Godet sobre Lucas 10: 15.)

20. Esta comparación con Sodoma es aún más humillante que la precedente con Tiro y Sidón. Sodoma sub-

tierra de Sodoma será más tolerable, en el día de juicio, que para ti²¹.

25 En aquel tiempo tomando Jesús la palabra dijo²²: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado esto de sabios y entendidos, y lo has revelado a niños²³; sí, Padre, 27 porque así hubo agrado delante de ti²⁴. Todo me ha

sistiría, no habría sido destruida por un terrible juicio de Dios. Se ve qué realidad atribuye el Señor a los hechos de la historia bíblica.

21. Este *os* no se dirige a los oyentes de Jesús, sino a los habitantes de Capernaúm (v. 23), mientras que el *tú* se dirige a la ciudad misma. Las variantes que tienden a igualar esos pronombres, poniendo ambas veces el plural (*D* y la *Italia*) o ambas veces el singular (vers. siríacas), no son sino correcciones sin valor.—El tono de estos v. 21-24 es extremadamente solemne, ora por la progresión del pensamiento, ora por la semejanza de las reconvenções (v. 21, 23), ora por la repetición del mismo anuncio del juicio (v. 22-24).—“Cuando Cristo pronuncia este *¡ay!* que es un juicio, es porque lo siente en su corazón por su tierna compasión, y su palabra es el anuncio del juicio externo para aquellos que están ya, interiormente, bajo el juicio del endurecimiento.” *Lange*.

22. *En ese tiempo*, en el estilo del primer evangelio, es una expresión vaga. No significa que las importantes palabras que siguen hayan sido pronunciadas inmediatamente después de las precedentes. Lucas (10:21) las coloca en ocasión de la vuelta de los setenta discípulos, y esta acción de gracias, que Jesús pronuncia estremechiéndose de gozo, es efecto del éxito que habían tenido entre el pueblo esos primeros mensajeros del evangelio. Algunos intérpretes le asignan el momento del regreso de los doce de su primera misión (Marcos 6: 12, 30; Luc. 9: 6, 10). Esto parece menos probable.—La palabra que traducimos por *tomando la palabra* significa propiamente *respondiendo*. Es un hebraísmo que quiere decir: tomar la palabra, empezar a hablar, pero siempre para responder a una idea o a un sentimiento de los presentes. (Comp. 22: 1; 28: 5; Luc. 13: 14; Juan 2: 18; 5: 17.)

23. No hay aquí una palabra que no lleve en sí la más profunda enseñanza. Los títulos que Jesús da a Dios, expresan el amor eterno (*¡Padre!*) y el soberano poder (*Señor del cielo y de la tierra*), manifestándose en las mismas dispensaciones que motivan esta *alabanza*: *ocultar* a unos, *revelar* a los otros. *Estas cosas* así ocultadas o reveladas (no al exterior, sino en su sentido íntimo y viviente), son las verdades del reino de Dios que Jesús traía al mundo, el evangelio de la gracia (15: 11). Los *sabios* y los *entendidos* eran, en la época de Jesús, los escribas, los fariseos. En todos los tiempos son los que son tales en sus propios ojos, y a quienes, por eso mismo, la verdad divina parece despreciable (1 Cor. 1: 19-21). Debe observarse que dice en el original *de sabios, o entendidos*, de modo que la exclusión de los hombres de esta categoría no es absoluta. Los *niños* son los pequeños y los sencillos, tales como los primeros discípulos de Jesús en Galilea, quienes, extraños a la sabiduría y a la ciencia de las escuelas, sintiendo su ignorancia y sus necesidades, recibían ávidamente la luz de lo alto. En tales deben convertirse ante Dios los mismos sabios para entrar en la escuela de Jesucristo (1 Cor. 3: 18, 19).—Jesús alaba a Dios por cada una de las acciones indicadas y que son inseparables, tanto porque *oculta* como porque *revela*. “Al orgullo de la inteligencia, se responde por la ceguera; a la sencillez del corazón que quiere la verdad, por la revelación.” *Gess*. (Comp. Juan 9: 39.)

24. Jesús confirma solemnemente su acción de gracia e indica su razón suprema. La *buen voluntad* de Dios, la *benevolencia*, el *agrado* (Mat. 3: 17; Luc. 2: 14; Ef. 1: 5), está basado en su justicia y su amor. *Ante ti*, hebraísmo que significa *a tus ojos, a tu juicio* (Ex. 28: 38).—Antes de *porque* se puede sobrentender aún

sido entregado por mi Padre²⁵; y nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoce alguien sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelar²⁶.

28 Venid a mí, todos los fatigados y cargados, y yo os daré descanso²⁷. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, por-

te alabo (v. 25); pero la construcción ordinaria es preferible, porque así Jesús nos muestra, en la voluntad soberana de Dios, la razón de la declaración paradójica que precede.

25. Lleno aún del sentimiento de gratitud que acaba de elevar su alma hasta Dios, se vuelve Jesús hacia sus discípulos (Luc. 10: 22) y les comunica las más profundas verdades sobre su persona. Acaba de decir que el Padre se revela a los niños (v. 25); pero no se revela sino por su Hijo, al que ha *entregado*, remitido *todas las cosas*. Se ha querido limitar esta última expresión a la esfera espiritual, a la posesión del reino de Dios que Jesús enseñaba, o a su conocimiento de Dios de que habla este mismo versículo. (Comp. Mat. 28: 18; Juan 3: 35; 13: 3; 16: 15.) Esta relación con las palabras siguientes muestra, en efecto, que esta expresión tiene un sentido espiritual, pero la relación con lo precedente (milagros realizados, v. 20, juicio a ejercer, v. 22) nos lleva a tomarla en un sentido más extenso y a no fijar límite alguno a esta declaración. Entregando todas las cosas al Hijo para la redención del mundo, Dios no cesa de reinar; pero como él gobierna el mundo para esta redención, es cierto que todo es entregado al Hijo, todo, hasta el juicio eterno, que será la coronación de su obra (Juan 5: 22-23). Esta declaración es la razón de la siguiente, a la que pasa Jesús por una simple *y*, que lógicamente significa: *por tanto*.

26. *Conocer*, en el lenguaje de las escrituras, jamás significa una simple acción de la inteligencia, enteramente insuficiente cuando de cosas divinas se trata. Esta palabra supone siempre un conocimiento experimental completado por el amor y por la vida. Por eso el vocablo original está compuesto del verbo y de una partícula que le da el sentido de *conocer enteramente*. En este sentido,

la declaración de Jesús es de una verdad absoluta. Pero ¿qué relación misteriosa, inefable, única, entre el *Hijo* y el *Padre* nos es revelada aquí! ¿Quién es este Ser al que solo Dios conoce, y el único que conoce a Dios? Es necesario para ello que esté con Dios en esa unidad de espíritu, de amor, de voluntad, de esencia, que lo autorizaba a decir: “Yo y el Padre somos uno.” Y como el Padre tiene el poder de *revelar* y de *ocultar* (v. 25) el Hijo también *revela* el Padre a quien él *quiere*. Se trata de esa revelación interior que sólo tiene lugar por una comunión viviente con el Hijo, y por la cual nos hace participar del conocimiento único que él tiene del Padre. De ahí la conexión profunda de estas palabras con las siguientes.—¿Quién, escuchando esta gran declaración del Salvador sobre su persona, no la creería sacada del evangelio de Juan? Bajo la pluma de Mateo y de Lucas, confirma el cuarto evangelio e identifica el testimonio de este último con el de los sinópticos.

27. Dulce y preciosa invitación. *Todos*: ¡gracia universal, ofrecida sin más condición que la de sentirse *fatigados y cargados*!—Estos dos participios expresan dos ideas diferentes. El primero supone el *trabajo* que un hombre hace en vano para satisfacer las exigencias de su conciencia doliente y de la ley que le acusa; el segundo, esa pesada *carga* de miseria moral y de penas amargas que lleva el que vive sin Dios. Esta carga era hecha más abrumadora aún por las prescripciones legales y farisaicas de la justicia propia (23: 4; Actos 15: 10). Lo que Jesús ofrece (*y yo*, por oposición a cualquier otro), es el *alivio* o el *descanso* (gr. “yo os *descansaré*”, y en el v. 29: “hallaréis el *descanso*”), en otros términos, la *paz* (Juan 14: 27), dulce y precioso fruto del perdón y de la liberación.

que soy manso y humilde en mi corazón y hallaréis descanso para 30 vuestras almas; pues mi yugo es fácil y mi carga es ligera ²⁸.

2. Actitud de los fariseos y de los jefes del pueblo.

A. 1-21. JESÚS ES ACUSADO DOS VECES DE VIOLAR EL SÁBADO. CURACIONES REALIZADAS.—1º *Las espigas arrancadas*. Los discípulos, pasando a través de un campo de trigo en sábado, entregan espigas y comen para calmar su hambre. Acusados por los fariseos de haber violado el sábado, *Jesús los justifica*, a) por el ejemplo de *David* comiendo, con su tropa, los panes de la proposición; b) por el servicio de los *sacerdotes* en el templo en sábado; c) citando la *Palabra de Dios*, que prefiere la misericordia al sacrificio; d) invocando su *propia autoridad* sobre el sábado. (1-8.)—2º *El hombre de la mano seca*. Jesús se traslada de allí a la sinagoga. Se hallaba allí un hombre que tenía una mano paralizada. Los fariseos interrogan a Jesús para poder acusarle, si es lícito curar en sábado. Él les pregunta a su vez quién de entre ellos no retira su oveja caída en un foso en sábado. Y no sería lícito hacer bien a un hombre! Entonces ordena al enfermo extender su mano, y le cura. Saliendo los fariseos, consultan para darle muerte. (9-14.)—3º *Curaciones. Prohibición de publicarlas. Profecía cumplida*. Jesús, conociendo sus proyectos, se retira a la soledad, seguido por la muchedumbre, todos cuyos enfermos cura. Les prohíbe proclamar sus obras, a fin de que sea cumplida la profecía de Isaías sobre el amado de Dios, sobre su mansedumbre y su tierno amor. (15-21.)

XII. En aquel tiempo fué Jesús por los sembrados en sábado; y sus discípulos tuvieron hambre, y empezaron a arrancar espigas 2 y comer ¹. Y los fariseos, viéndolo, le dijeron: He aquí, tus dis-

28. Un *yugo* es la figura de la sumisión, de la obediencia. Jesús acaba de prometer el alivio, el reposo (v. 28). Recuerda ahora la condición de esta liberación. "Después de haber prometido un reposo feliz a las pobres conciencias miserablemente fatigadas, él advierte que es su libertador con la condición de que se coloquen bajo su yugo". *Calvino*. ¿Qué es el *cargarse* con ese yugo? Las palabras que siguen lo indican: es *aprender de él*, no solamente ser instruido por su palabra, sino imitar su ejemplo, vivir su vida. Es necesario entrar en este camino sin vacilar, dice el Salvador, *porque yo soy manso y humilde de corazón*. Este motivo puede ser entendido de dos modos; ya como una incitación: no temáis ponerlos en mi escuela, estov lleno de paciencia, de tolerancia, mi yugo no es difícil de llevar; ya

como indicación del único medio de tomar su yugo, que es aprender de Jesús la mansedumbre y la humildad que él mismo tenía. Para los orgullosos que buscan su justicia propia, ese yugo será intolerable; no será *fácil* (gr. *bueno, benéfico*) sino para aquellos mansos y humildes de corazón. "¿Cómo podrá cada uno doblegarse y bajar el cuello de buena gana y pacíficamente, a menos que, vestido de mansedumbre, fuera conformado a Cristo?" *Calvino*. Ese *hallará reposo* para su alma, porque, solo también, está *fatigado y cargado*, en el sentido del v. 28.

1. En aquel tiempo es una de esas expresiones vagas que Mateo emplea, y que designan más bien la continuación de su relato que una cronología regular. En efecto, Marcos y Lucas colocan los dos incidentes si-

3 cípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Mas él les dijo: 4 No habéis leído qué hizo David cuando tuvo hambre, él y los que 5 con él estaban: cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, lo que no le era lícito comer, ni a los que con 6 él estaban, sino a los sacerdotes solos? ². O ¿no habéis leído en la ley que en sábado los sacerdotes en el templo profanan el sábado, 7 y son sin culpa? ³. Pues os digo que algo mayor que el templo hay aquí ⁴. Y si supierais qué es: "Misericordia quiero y no sacri-

guientes, relativos al sábado, en una época anterior. Pero los tres evangelios concuerdan enteramente, ante todo mostrándonos en estos hechos la primera manifestación de la hostilidad farisaica, que iba a desarrollarse hasta el desenlace cruento del ministerio de Jesús; y luego refiriendo esta enseñanza de Jesús relativa al sábado, como proferida con una autoridad divina que domina a las instituciones legales mismas (v. 8).—Del punto de vista del derecho legal, la acción de los discípulos era lícita en sí (Deut. 23: 25); pero tenía lugar el día sábado; allí estaba el pecado, según las minuciosas observancias farisaicas (v. 2. Comp. por otra parte Ex. 16: 22-30).

2. Hay en esta pregunta: *¿No habéis leído?* dirigida a fariseos que se creían tan bien instruidos en la ley, y repetida inmediatamente después (v. 5), una fina ironía.—El incidente de la vida de David recordado aquí se halla en 1 Sam. 21: 6 y sig. *Sin., B.* tienen: *comieron* en vez de *comió*. Sobre los *panes de proposición*, reservados a los *sacerdotes solos*, véase Lev. 24: 5-9; Ex. 29: 23-30; y sobre la mesa sagrada en que eran expuestos, Ex. 37: 10-16. Este nombre de *proposición*, o presentación, es tomado de la versión griega de los Setenta, expresando la idea de que esos panes, en número de doce, eran cada semana presentados, ofrecidos al Eterno como el sacrificio del trabajo y de la vida del pueblo. En hebreo se denominaban los *panes de las hileras*, según el orden con que eran expuestos (Ex. 40: 23) o los *panes del rostro* (del Eterno, 1 Sam. 21: 6).—En cuanto al argumento que Jesús saca del hecho citado, contra la acusación de los adversarios, éstos no tuvieron abso-

lutamente nada que responder. Se trataba, en efecto, para David y para el sacerdote que consintió su pedido, de elegir entre la observancia de un rito ceremonial y la conservación de la vida de muchas personas. La conclusión se imponía por sí misma, y Jesús no tarda en inferirla expresamente (v. 11; comp. Marcos 2: 26, nota).

3. *Leído en la ley* que vosotros invocáis. (Núm. 28: 9, 10.) Los *sacerdotes violan* (gr. *profanan*) el sábado. Jesús habla desde el punto de vista rigorista de los adversarios. Es lo que ocurría por los varios trabajos del servicio, de los sacrificios, etc., y eso *en el templo* (gr. *lugar santo*), lo que es más grave aún. Y sin embargo. ¡ved la inconsecuencia! vosotros admitís que *no son culpables*. Así confundía Jesús la interpretación servilmente literal de la ley.

4. Jesús ha mostrado: 1º Que la acción de David, mucho más grave que la de los discípulos (v. 1), era justificada por la necesidad; 2º que los trabajos de los sacerdotes eran santificados por la santidad del templo y de su servicio. "Si es así, agrega el Señor, mis discípulos, empleados en mi servicio, no han violado la ley, porque, os lo declaro, *hay aquí algo mayor que el templo*." Tal es la traducción literal de esta expresión según la verdadera lección. El texto recibido tiene: "Hay aquí *uno mayor* (masculino) que el templo." El adjetivo neutro que emplea Jesús tiene un sentido más extenso, más enérgico aún. En el sentimiento de la grandeza divina de su persona y de su obra, sabiendo que había en su presencia sobre la tierra una manifestación de Dios muy diferentemente completa y santa de todas aquellas cuyo teatro había sido el

8 ficio", no habríais condenado a los que son sin culpa⁵, pues señor es del sábado el hijo del hombre⁶.

9, 10 Y yéndose de allí entró en su sinagoga⁷. Y he aquí, un hombre que tenía una mano seca⁸. Y le preguntaron diciendo: 11 ¿Es lícito sanar en sábado?⁹ para acusarle; mas él les dijo: ¿Quién será el hombre de entre vosotros que tenga una sola oveja, y que si ésta cayere en un foso en sábado, no la coja y la 12 levante? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? De 13 modo que lícito es en sábado obrar bien¹⁰. Entonces dice al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió; y fué restaurada, sana

templo, que, en una palabra, él era en todo sentido *algo más grande* que el templo, considera la acción de sus discípulos, realizada en su servicio, como más santificada aún que los trabajos de los sacerdotes en el día de sábado. No es, pues, solamente en el evangelio de Juan (2: 19), sino también en los sinópticos donde se coloca Jesús por encima del templo y revela su divinidad. (Comp. v. 8, nota.)

5. Después de justificar a sus discípulos, descubre Jesús a los adversarios la mala disposición de su corazón por la cual acababan de acusar, aun de *condenar a hombres no culpables*. Era esa falta de *misericordia* que dejaba su corazón seco y duro en medio de todos los *sacrificios* sobre los cuales basaban su justicia propia, sacrificios que Dios *no quiere* en ese estado de ánimo. (Véase, sobre esta citación de Oseas 6: 6, Mat. 9: 13.)

6. *Señor del sábado*. El texto recibido agrega: "*aun del sábado*," palabra no auténtica aquí, pero que se halla en Marc. 2: 28 y Luc. 6: 5, de donde ha sido copiada. Así la autoridad divina del Salvador está sobre la ley, que él interpreta y observa conforme al Espíritu mismo de Dios. En este sentido, los discípulos de Jesús son también señores del sábado. Este ha cambiado enteramente de aspecto bajo el evangelio, que es la fuente de una vida de libertad y de amor. (Comp. Juan 5: 17 y sig.) Por estas palabras, el Maestro toma sobre sí la responsabilidad de lo que han hecho los discípulos. "Sobre la majestad de Cristo se basan la ino-

cencia y la libertad de los discípulos." Bengel.

7. Según el relato de Mateo, en ese mismo día de sábado, Jesús entró en su *sinagoga* (la sinagoga de ese lugar, o de los que habían acusado a los discípulos). Marcos deja incierta la fecha, pero Lucas dice positivamente que fué "en otro sábado," muy probablemente el sábado siguiente. Los tres sinópticos colocan ambos incidentes uno a continuación del otro, porque habían dado lugar a dos instrucciones análogas sobre el sábado.

8. *Seca*; por efecto de la parálisis la circulación de la sangre se había detenido en este miembro y no había vida en él. (Comp. 1 Reyes 13: 4; Juan 5: 3.)

9. Por esta pregunta capciosa, los adversarios no solamente querían provocar una respuesta en palabras o en teoría; esperaban que Jesús respondería sanando al enfermo (Mar. 3: 2). Entonces tendrían una razón para *acusarle* ante la sinagoga o el tribunal del lugar, no solamente de haber enseñado la violación del sábado, sino de haberlo violado de hecho.

10. *Lícito obrar bien*, en el sentido moral más extenso de la palabra. Pero este principio encerraba el deber de libertar al desdichado en día de sábado. Negar esta verdad era, de parte de los fariseos, hacer del sábado una institución legal sin moralidad alguna y que era la negación de la caridad. Ahora, sin amor no hay religión.—Véase, sobre el ejemplo tan concluyente de una *oveja* (¡una sola!) caída en un foso, Luc. 14: 5, 6, notas.

14 como la otra¹¹. Y saliendo los fariseos tomaron consejo contra 15 él, para matarle¹². Mas Jesús, sabiéndolo, se retiró de allí. Y le 16 siguieron muchos, y sanó a todos ellos¹³; y les encargó severa- 17 mente que no le hicieran manifiesto¹⁴; para que fuera cumplido 18 lo declarado por medio de Isaías el profeta, diciendo: "He aquí mi siervo, al que he escogido; mi amado, en quien se agrada mi alma. Pondré mi Espíritu sobre él, y a los gentiles anunciará 19 justicia. No contendrá, ni clamará, ni oirá nadie en las calles 20 su voz. Una caña cascada no quebrará, y un pabilo humeante no 21 apagará, hasta que saque a victoria la justicia; y en su nombre esperarán los gentiles"¹⁵.

11. Fué la palabra de Jesús: *Ex- tiende tu mano*, lo que (gr.) *restauró* ese miembro enfermo y lo hizo *sano*. Sin la intervención de este poder divino, la orden habría sido inejecutable. Es necesario leer los relatos de Marcos (3: 1-6) y de Lucas (6: 6-11) para comprender bien todo lo que hubo de dramático en esta escena. (Véanse las notas.)

12. Se ve por el relato de Lucas que los *fariseos*, muy lejos de ser persuadidos por la vista de este milagro, fueron "llenados de furor." Los tres evangelistas nos hacen saber que desde este momento los fariseos resolvieron *hacerle perecer* (gr. *perderle*) y buscaron los medios y la ocasión de ejecutar sus planes. Tal era, ya entonces, su odio, que fué creciendo hasta el fin.

13. Jesús *se retira* en presencia de la oposición creciente, por el mismo sentimiento de humildad, de caridad y de prudencia que tan bien expresado se halla en los versículos siguientes.—En lugar de *muchos*, el texto recibido con *C, D*, y la mayor parte de las *mayúsc.*, dice: *grandes multitudes*. Sea lo que fuere de la variante, es evidente que las palabras "sanó a todos" deben entenderse de los *enfermos* que había entre el pueblo.

14. *Hacerle manifiesto*, a él, Jesús, es decir extender su fama entre el pueblo, publicando las curaciones que acababa de realizar. En presencia del odio de los adversarios y de sus designios criminales (v. 14), el objeto de esta *prohibición* es enteramente claro. En otras ocasiones, Je-

sús tenía aún otros motivos (8: 4, nota).

15. Isa. 42: 1-4. Lo que el evangelista quiere mostrar *cumplido*, al citar estas hermosas palabras, son los rasgos por los cuales el Eterno caracteriza al Mesías: su mansedumbre, su caridad, su humildad, su amor al silencio y al retiro. Y ése es el motivo que Mateo da de esta prohibición de Jesús de publicar sus obras (v. 16). Pero es evidente que todos los demás detalles de esta profecía también se han cumplido en la persona y la vida del Salvador.—Mateo no vacila en aplicar esta profecía a Jesucristo, y en ello está de acuerdo con los mejores comentaristas judíos, con todo el Nuevo Testamento, que nos muestra en el "servidor del Eterno" (Isa. 40-66) el Mesías prometido a Israel, en fin y sobre todo con el Salvador mismo, que ha sancionado con su autoridad divina esta interpretación. (Por ejemplo, Luc. 4: 21.) Otras aplicaciones de nuestro pasaje, por ejemplo al mismo profeta o al pueblo de Israel, según la traducción parafraseada de los Setenta, no tienen, pues, ningún fundamento.—Esta citación es hecha muy libremente y de memoria, en parte según el hebreo, en parte según la versión griega de los Setenta, pero conserva bien el pensamiento general del profeta.—Es muy notable que esta expresión de Dios hablando por boca del profeta: *Mi amado en quien me agrado*, se halla literalmente en los dos testimonios solemnes dados al Salvador (3: 17; 17: 5).—En cuanto al *Espíritu* de Dios derramado sin medida sobre el Salvador, véase Isa. 11: 2;

B. 22-37. DISCURSO DE JESÚS EN SU DEFENSA. LA BLASFEMIA CONTRA EL ESPÍRITU SANTO.—1º Ocasión de la acusación de los fariseos. Jesús cura un endemoniado ciego y mudo. Viéndolo, la multitud se pregunta si no sería él el Mesías. Pero algunos fariseos declaran que no arroja los demonios sino por medio del príncipe de los demonios. (22-24.)—2º Jesús refuta esta acusación: a) es absurda, porque todo poder dividido contra sí mismo perece; Satanás estaría, pues, cercano a su fin; b) es injusta, pues ellos no se cuidan de atribuir a tal causa los exorcismos de sus discípulos; c) deben, pues, reconocer que él obra sus curaciones por el Espíritu de Dios y sacar la conclusión de que el reino de Dios ha venido hasta ellos; que el valiente, Satanás, ha sido vencido, puesto que su casa ha sido saqueada. Jesús declara que, no estando con él, están contra él. (25-30.)—3º Jesús denuncia las consecuencias de su actitud: los arrastra hacia el único pecado irremisible. (31-32.)—4º Demuestra que esta severa condenación es justa, porque la blasfemia es la revelación de un corazón enteramente corrompido. Tal fruto, tal árbol. El hombre exhibe por fuera lo que tiene en su tesoro interior; por lo tanto dará cuenta de cada palabra proferida. (33-37.)

22 Entonces le fué llevado un endemoniado ciego y mudo, y lo
23 sanó, de modo que el mudo hablaba y veía¹⁶. Y se pasaban todas
24 las multitudes, y decían: ¿Es éste acaso el hijo de David?¹⁷. Mas
los fariseos, oyéndolo, dijeron: Este no expulsa los demonios sino
25 por Beelzebul, príncipe de los demonios¹⁸. Mas conociendo Jesús
sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo

61: 1; Mat. 3: 16.—El juicio que el Mesías debía anunciar a los gentiles, hacer triunfar (gr. hacer salir en victoria), es la revelación de la justicia de Dios (Rom. 1: 17), que tiene lugar en la conciencia humana por la predicación de la verdad y de la gracia, y que se consumará en el último día, como una victoria eterna del reino de Dios.—Una caña cascada, un pabilo que humea en vez de despedir una llama viva; es la figura de esos pobres de espíritu (5: 3), de esas almas fatigadas y cargadas (11: 28) que el Salvador no quiebra por la severidad, sino que las levanta, vivifica y salva por su amor.

16. Gr. y hablaba y veía. Expresión significativa del doble efecto del milagro. Lucas (11: 14) coloca la discusión con los fariseos a continuación de la curación de un endemoniado mudo. Esta curación parece idéntica con la que relata Mateo en el cap. 9: 34 y que ya había dado lugar a la misma acusación. Marcos 3: 22) relata la acusación de los fariseos y el discurso de Jesús sin ha-

blar de la curación. Véase sobre los endemoniados Mat. 8: 28, nota.

17. El Mesías. Esta pregunta era para muchos el primer grito de la fe naciente. En el seno de esa multitud cuyo entusiasmo está sobreexcitado, podía ser el punto de partida de un movimiento importante. Por eso los enemigos del Salvador se apresuran a sofocarlo (v. 24). Esta pregunta, en efecto, manifiesta alguna indecisión y no encierra una negación. Su sentido es: "¿Sería éste el hijo de David? Su actitud precedente no revelaba de ningún modo en él al Mesías; pero, ¿serían esas curaciones que él hace señales de su misión divina?"

18. Comp. 9: 34, y, sobre este nombre de Beelzebul, 10: 25, nota. Esos hombres no procuran siquiera negar la realidad del milagro; pero, antes que reconocer en él la potencia divina del Salvador, lo atribuyen al príncipe de los demonios. Uno de los caracteres de la incredulidad es el odiar la verdad.

es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no
26 subsistirá. Y si Satanás expulsa a Satanás, contra sí mismo se ha
27 dividido; ¿cómo, pues, subsistirá su reino?¹⁹. Y si yo por Beel-
zebul expulso los demonios, vuestros hijos, ¿por quién los ex-
28 pulsan?²⁰. Por esto ellos serán vuestros jueces²¹. Mas si por el
Espíritu de Dios expulso yo los demonios, luego ha llegado a vos-
29 otros el reino de Dios²². O ¿cómo puede alguien entrar en la casa
del fuerte y saquear sus bienes, si primero no atare al fuerte, y
30 entonces saqueará su casa?²³. El que no está conmigo, contra mí

19. Los tres ejemplos citados por Jesús: un reino, una ciudad, una casa, que se destruirían por sus divisiones intestinas, encierran un principio innegable, sin cesar confirmado por la experiencia. Establecido el principio, Jesús lo aplica al caso actual: Si Satanás echa afuera a Satanás, su reino no podría subsistir.—Los fariseos, por su acusación (v. 24), admitían que los demonios expulsados por Jesús pertenecían a un reino de tinieblas cuyo príncipe era Satanás, y Jesús, lejos de negarlo, lo confirma por su respuesta. No se podría ver en ello un acomodamiento a ideas falsas y supersticiosas, que él habría positivamente confirmado en vez de disiparlas por la verdad.

20. Este es otro argumento contra la acusación de los fariseos. No debe entenderse por vuestros hijos ni los apóstoles de Jesús, como lo hacen varios padres de la iglesia (porque eso no sería un argumento contra los fariseos), ni los propios hijos de estos últimos, sino sus discípulos, en el sentido en que el Antiguo Testamento habla de "hijos de los profetas," o, en un sentido más indeterminado (pues no se ha probado que los fariseos tuviesen escuelas donde se educaban exorcistas), "hombres de vuestra especie, animados de vuestro espíritu." Había en el seno del judaísmo de la época muchos hombres que tenían la profesión de exorcizar los endemoniados y sanar por la magia. Se sabe eso por el Nuevo Testamento (Luc. 9: 49; Actos 19: 13), por los padres de la iglesia, y particularmente por los libros del historiador Josefo. (Antig., VIII, 2, 5; Guerras de los Judíos, VII, 6, 3. Véase, en el Comentario de M. Godet sobre Lucas, 3ª edic., II, p. 92,

el relato, traducido de Josefo, de una de esas operaciones de exorcismo.) Jesús no pronuncia aquí ningún juicio sobre lo que podía haber de verdadero o de falso en las prácticas de esos exorcistas judíos; pero infiere con razón la injusticia de la acusación dirigida contra él por los fariseos que aprobaban tales actos en sus discípulos, sin pensar en atribuirlos al demonio. Argumento ad hominem.

21. En el día del juicio, en el que ellos testificarán contra vuestra injusticia. (Comp. v. 41, 42.)

22. ¡Conclusión evidente (luego)! Destruir el reino de Satanás (v. 26), libertar los desdichados que gemían allí, es la obra del Mesías, y el reino de Dios (¡qué antítesis!) ha llegado hasta vosotros (gr. os ha prevenido, ha llegado sobre vosotros. Comp. 1 Tes. 2: 16, donde se halla el mismo verbo). Hay en esta última expresión una advertencia seria: el reino de Dios les alcanzará con un juicio si insisten en desconocer al Mesías.—Otro contraste sorprendente y finamente expresado, se halla entre la acusación de los fariseos y estas palabras: si es por el Espíritu de Dios...

23. Jesús pasa a un tercer argumento por medio de esta partícula o; o bien, si no creéis que yo obro por el Espíritu de Dios, ¿cómo explicaréis mi poder sobre el príncipe de las tinieblas? Esta idea expresada por la figura siguiente y que quizás es tomada de Isa. 49: 24 y sig., va a suministrar aún una prueba sin réplica. El fuerte es Satanás; ¿cómo podría Jesús arrancarle sus cautivos, si ante todo no lo hubiera atado, vencido? Los intérpretes modernos ven en estas palabras una alu-

31 está, y el que no allega conmigo, dispersa²⁴. Por esto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; mas la
32 blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y cualquiera que dijere palabra contra el hijo del hombre, le será perdonado; mas
33 cualquiera que dijere contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en esta edad ni en la venidera²⁵. O haced el árbol bueno

sión a la historia de la tentación (Mat. 4), donde el Salvador obtuvo sobre Satanás una primera victoria que fué el punto de partida de todas las demás. Esta alusión es posible, pero no evidente.

24. Es una expresión proverbial cuyo sentido es claro en sí. Apareciendo el Salvador en medio de los hombres con la autoridad de Dios mismo, es necesario que ellos se decidan y sean por él o contra él: no hay lugar allí para una neutralidad que sólo sería culpable indiferencia. Por eso *el que no junta con él, dispersa*. Estos términos figurados son tomados de los trabajos de la siega; allegar es *recolectar*. (Comp. 3: 12; 6: 26; Juan 4: 36, donde aparece el mismo verbo.) M. Godet prefiere ver ahí la imagen del pastor que reúne su rebaño (Juan 10: 13-16; 11: 52). Lo que los adversarios dispersaban en vez de juntar, eran las almas que Jesús conducía a Dios para salvarlas.—Pero, se ha preguntado, ¿a quién aplica Jesús estas palabras según el conjunto del discurso? Los intérpretes han dado a esta pregunta diversas respuestas. Unos piensan que Jesús quiere persuadir a sus oyentes a unirse a él en la lucha contra Satanás, declarándoles que en presencia de esta lucha ellos no pueden permanecer neutrales. Otros creen que Jesús tiene en vista los exorcistas judíos (v. 27), que hacían una obra opuesta a la suya, mientras no se uniesen a él. Otros, en fin, aplican su sentencia a los fariseos (v. 24). Esta opinión es la más conforme al contexto. A sus adversarios, en efecto, a su acusación blasfema responde Jesús en todo este discurso; a ellos se dirige directamente en las palabras siguientes: *Por tanto os digo*. Y comprobando que ellos estaban *contra él*, rompe abiertamente con ellos y separa su causa de la de ellos. Tal era, en

cuanto a ellos, el resultado de su ministerio en Galilea, y tal será aún en Judea (21: 43, etc.). Por lo demás esta sentencia severa permanece verdadera siempre y en todas partes, en su aplicación a todos los adversarios del Salvador y de su obra.

25. Este temible juicio empieza por una de las más consoladoras revelaciones de la misericordia de Dios. Bajo la economía del evangelio, que es la de la gracia, *todo pecado*, y aun la *blasfemia*, que es la forma más culpable del pecado, porque procede directamente del odio contra Dios, puede ser *perdonado*. Evidentemente este perdón supone en el hombre el arrepentimiento y la fe al Salvador, lo único que lo hace moralmente posible. ¿Cuál es, pues, la diferencia que Jesús establece entre la blasfemia contra él, *el hijo del hombre*, y la blasfemia contra el *Espíritu Santo*, que *no será perdonada*? Esta diferencia se basa esencialmente en el grado de conocimiento que el hombre tiene de las cosas divinas, según se haya manifestado Dios a él más o menos directa y personalmente. Así, en el caso presente, los fariseos (v. 24, véase sobre esta secta 3: 7, nota) habían desconocido al Hijo de Dios bajo su forma de siervo, porque eran incapaces moralmente de comprender su palabra; habían blasfemado contra el hijo del hombre alistándose en su contra, disuadiendo las multitudes de seguirle y buscando los medios de hacerle perecer (9: 3, 11; 12: 2, 10, 14). Este pecado, cualquiera que fuese su culpabilidad, podía serles perdonado, a causa de su ignorancia (Luc. 23: 34). Pero aquí, como en la circunstancia referida en 9: 32-34, van más lejos en su endurecimiento. Atribuyendo al demonio obras tan evidentemente realizadas por el Espíritu de Dios (v. 28), pecaban contra su propia convicción y contra una manifestación

y su fruto bueno; o haced el árbol malo y su fruto malo, pues
34 por el fruto se conoce el árbol²⁶. Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos? Pues de la abundancia
35 del corazón habla la boca²⁷. El hombre bueno del buen tesoro saca buenas cosas; y el hombre malo del mal tesoro saca cosas

divina más directa que la simple presencia de Jesús. El Salvador no afirma positivamente que ellos han blasfemado contra el Espíritu Santo y que no hay para ellos ninguna esperanza; pero el principio absoluto que expresa debe hacerles reflexionar e inspirarles el temor de haber alcanzado el último límite de la posibilidad de la salvación. Que hagan ellos un paso más, que resistan a un nuevo grado de luz, de convicción interior producida por el Espíritu de Dios en su conciencia, y habrán voluntariamente cometido un suicidio moral que hace imposible toda acción de Dios sobre su alma. Eso es lo que el apóstol Juan llama "el pecado de muerte" (1 Juan 5: 16, 17), porque ya es la muerte. Así, el perdón es hecho imposible no por una determinación de la voluntad de Dios, sino por el hecho de la voluntad y del endurecimiento del hombre. De donde resulta, por una parte, que jamás un hombre puede decir de otro que haya cometido este pecado, no conociendo su corazón; y por la otra, que toda conciencia angustiada por el temor de haberlo cometido, puede confortarse por eso mismo, porque el carácter distintivo de este estado de alma, es el endurecimiento y la resistencia voluntaria al Espíritu de Dios.—*Esta edad* es la economía presente, extendiéndose hasta el regreso de Cristo para el juicio; *la venidera* es la eternidad después del juicio. Ni en una ni en la otra, es decir *jamás*; es la palabra que se halla en Marcos (3: 29). Lucas, que refiere esta advertencia en circunstancias diferentes (Luc. 12: 10), dice simplemente: "no será perdonado". A menudo se ha inferido de esta última expresión: *ni en la edad venidera*, que en general el perdón es aún posible más allá de la vida presente. Es una cuestión importante, que la exégesis no debe examinar aquí.

26. Aplicación nueva de la figura ya empleada en 7: 16-20; pero esta aplicación no carece de dificultades: 1º El verbo *haced* no está tomado en su sentido ordinario, en el cual la figura no sería natural. En efecto, si se puede, por el injerto, *hacer bueno el árbol*, y por el mismo *su fruto bueno*, no es habitual *hacer el árbol malo*. Por ello, la mayoría de los intérpretes entienden el verbo *hacer* en este sentido: *representar como, suponer*. El Salvador quiere decir: *Si sed consecuentes; si admitís que el fruto es bueno, admitido también en cuanto al árbol, y viceversa*. 2º ¿A quién aplica Jesús este principio? A sí mismo, responden muchos intérpretes, y sería una refutación de la falsa acusación de los adversarios (v. 24); echar fuera los demonios es una buena obra, un fruto bueno: ¿cómo, pues, yo que lo produzco sería malo, animado por el espíritu de tinieblas? ¿No se *conoce el árbol por el fruto*? Esta interpretación está en armonía con la idea general del discurso que es destinado a justificar a Jesús de la acusación dirigida contra él. Otros piensan que Jesús aplica estas palabras a los fariseos y a los que hablan contra el Espíritu Santo (v. 32). Atraen sobre sí la condenación por su sola palabra; pero este juicio no debe parecer demasiado severo, porque su palabra revela el estado de su corazón y de todo su ser moral. Este sentido está más en armonía con el contexto inmediato (v. 34, 36).

27. Estas palabras (Comp. 3: 7) son evidentemente una aplicación de las precedentes. *No podéis*, excepto por un cambio total de vuestro corazón, pensar y *decir cosas buenas*, como tampoco el árbol malo puede producir buenos frutos; porque la *palabra*, como la vida, no es sino la revelación de lo que llena *el corazón*. Allí está la fuente del mal, allí también debe verificarse la regeneración.

36 malas²⁸. Y os digo que toda palabra ociosa que hablaren los hom-
37 bres, darán sobre ella cuenta en el día del juicio, pues por tus
palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado²⁹.

C. 38-50. DISCURSO DE JESÚS. (Continuación.) UNA SEÑAL SOLICITADA. EL ENDURECIMIENTO DE LA GENERACIÓN CONTEMPORÁNEA. LA FAMILIA DE JESÚS.—
1º *La señal de Jonás*. Algunos escribas y fariseos, en presencia de las severas declaraciones de Jesús, le piden una señal. Jesús responde que no será dada a esta generación otra señal que la de Jonás: como el profeta estuvo en el vientre del pez, el hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches. Los hombres de Nínive y la reina del mediodía condenarán esta generación en el día del juicio, porque hay aquí más que Jonás y más que Salomón. (38-42).—2º *El demonio expulsado que vuelve con otros siete*. Por esta parábola pinta Jesús el estado moral de su generación, su enmienda pasajera y su endurecimiento cada vez más profundo. (43-45).—
3º *La madre y los hermanos de Jesús*. Interrumpido por su madre y sus hermanos que desean hablarle, Jesús extiende su mano hacia sus discípulos y declara que su verdadera familia son aquellos que hacen la voluntad de su Padre. (46-50.)

38 Entonces le respondieron algunos de los escribas y fariseos,
39 diciendo: Maestro, deseamos ver de ti señal³⁰. Mas él, respon-
diendo, les dijo: Una generación mala y adúltera busca señal; mas

28. Gr. *echa fuera* buenas cosas, o malas cosas, como si eso se hiciera de sí mismo, por abundancia (v. 34).—Es otra figura destinada a ilustrar la idea precedente. El *tesoro* (palabra que significa en griego: almacén, depósito), es también el corazón con sus disposiciones diversas, aunque las palabras *de su corazón*, que agrega el texto recibido, no sean auténticas. Se hallan en Lucas 6: 45.

29. Aun aquí hace el Señor alusión a la *palabra* blasfema que han pronunciado sus adversarios (v. 24). Esta palabra era peor que *ociosa* o *inútil*; pero tanto mejor hace el Señor resaltar su carácter culpable empleando un término tan moderado. Al mismo tiempo, el contexto explica muy bien lo que podría parecer exagerado en esta sentencia. Las *palabras* de un hombre le *justificarán* o le *condenarán* (en el día del juicio), porque son la manifestación de lo que hay en su corazón y porque los efectos que pueden tener (2 Tim. 2: 17), hacen de ellas verdaderos actos. El juicio de los hechos, de la conducta general, de la vida entera, en sus

manifestaciones exteriores, como en su principio secreto, está, pues, implicado en este juicio basado sobre las palabras proferidas.

30. Alcanzados por las severas palabras de Jesús, los *fariseos* respondieron exigiendo una *señal* como prueba de su misión divina. La curación que acababa de realizar ante sus ojos (v. 22) no les bastaba. No pudiendo negarla, la habían atribuido al demonio; y piden ahora una señal particular que sea la confirmación brillante de la declaración de Jesús (v. 28). Las curaciones por sí solas no podían establecer que él era el Mesías; era necesaria una demostración de la especie de la que Satanás proponía al Salvador (4: 5, 6). Jesús se la rehusa porque no era ésa la manera como su reino debía venir (v. 39).—En otra ocasión (16: 1), precisan el objeto de su deseo pidiéndole una *señal del cielo*. Lucas (11: 16, véase la nota) parece haber reunido ambos hechos en un mismo relato. (Comp. también Marc. 8: 11.)

40 señal no le será dada, sino la señal de Jonás el profeta³¹. En
efecto: así como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días
y tres noches, así estará el hijo del hombre en el corazón de la
41 tierra tres días y tres noches³². Varones ninivitas se levantarán
en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque se
arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí, más que Jonás
42 hay aquí. La reina del mediodía se levantará en juicio con esta
generación, y la condenará; porque vino de los extremos de la
tierra para oír la sabiduría de Salomón, y he aquí, más que
Salomón hay aquí³³.

31. La palabra *adúltera* está tomada en un sentido religioso y moral que a menudo tiene en las escrituras (Isa. 57: 3, 4; Jac. 4: 4; Apoc. 2: 20). La expresión está basada en la hermosa figura por la cual la unión de Dios con su pueblo es representada como un matrimonio. Así cuando el pueblo se hace infiel, abandona a Dios, se convierte en adúltero.—La *señal de Jonás* es conocida por el libro de ese profeta. Las palabras que siguen explican en qué consiste.

32. Gr. *en el corazón de la tierra*. Ireneo, Tertuliano, y varios de los más notables exégetas modernos, comparando esta expresión con Efesios 4: 9, ven en ella una alusión al descenso de Cristo a los infiernos (1 Pedro 3: 19), a la mansión de los muertos, que estaría situada en el centro de la tierra. Es más natural ver en ella un hebraísmo que designa figuradamente la tumba.—Muchos intérpretes han tropezado en esta expresión *tres días y tres noches*, porque Jesús no ha permanecido en la tumba más que un día y dos noches. M. Godet va hasta decir que en el tenor que tiene en Mateo esta palabra difícilmente puede ser puesta en boca de Jesús (*Comentario de Lucas* 11: 30). Pero, de tomarlas así al pie de la letra, sería necesario dudar de la autenticidad de expresiones tales como Marcos 8: 31; Juan 2: 19. (Comp. Mat. 27: 63). Tales valuaciones se explican cuando se considera que los hebreos cuentan como un día toda fracción de veinticuatro horas que entran en el espacio de tiempo de que se trata. Se puede ver también en ello la designación proverbial de un corto espacio de tiempo (Comp. Oseas 6: 2).—Según este v.

40, la *señal de Jonás* es la muerte y la resurrección de Jesucristo, figuradas por el milagro de Jonás. En Lucas 11: 30, el Señor no menciona la permanencia de Jonás en el *vientre del gran pez* y dice que "el hijo del hombre será una señal para su generación como Jonás lo fué para los ninivitas," es decir, por su *predicación*. Está mencionada también en el v. 41 como motivo de la condenación de esa generación. Muchos intérpretes han concluido de ahí que el v. 40 es una explicación dada por el evangelista de la *señal* de que se trata, mientras que el Señor no habría tenido en vista más que la *predicación* del profeta. Weiss objeta, con razón, que esta interpretación no tiene ningún fundamento en el texto de Mateo, porque 1º en el v. 40, se trata de una señal futura; 2º el v. 41 que no está ligado por ninguna conjunción al v. 40, no es destinado a dar la explicación de la señal de Jonás; abre un nuevo orden de ideas; 3º la predicación del arrepentimiento que Jesús hizo oír a su generación, como Jonás a los ninivitas, no podía ser la *señal* mesiánica pedida por los contemporáneos del Salvador; esa señal, ese milagro ostentoso, destinado a proclamar que él era el Hijo de Dios, les fué concedido por su resurrección. Esta es para su pueblo y para la iglesia entera la señal por excelencia, el milagro supremo, fundamento de la fe y piedra de tropiezo de la incredulidad. (Véase la predicación apostólica en el libro de los Actos y en todas las epístolas.)

33. Este versículo indica la razón por la cual denomina Jesús esa generación "mala y adúltera." El nombre de Jonás que acaba de pronunciar ha evocado en él el recuerdo

43 Cuando el espíritu impuro ha salido del hombre, va por luga-
44 res áridos, buscando descanso, y no halla⁸⁴. Entonces dice: A mi
casa volveré, de donde salí; y yendo, la encuentra desocupada,
45 barrida y adornada⁸⁵. Entonces va y toma consigo otros siete
espíritus peores que él, y entrando moran allí; y se hace la últi-
ma condición de aquel hombre peor que la primera⁸⁶. Así será
también para esta mala generación⁸⁷.

de los ninivitas arrepentidos, que hacen un sorprendente contraste con esta generación sorda a sus llamamientos.—El verbo aquí traducido por *se levantarán*, *se levantará* (gr. *se levantarán* o *se despertarán*) es el mismo que significa también *resucitar*, y nada impide traducir así. Es lo que hace M. Rilliet. En cualquier caso, no debe traducirse: se levantarán *contra*, sino *con*; el término del original expresa la simultaneidad de su aparición en juicio con esta generación que será condenada por el solo contraste que su incredulidad presentará con el *arrepentimiento* de Nínive y la fe de la reina de Saba.—Sobre el arrepentimiento de los *hombres de Nínive*, véase Jonás 3: 3 y sig.; y sobre la *reina del mediodía*, 1 Reyes 10: 1 y sig.; 2 Crón. 9: 1 y sig.—*Hay aquí más que Jonás, más que Salomón.* (Comp. v. 6.) Expresándose así, Jesús demuestra que él tiene conciencia clara de su dignidad sobrehumana, pues de otro modo carecería de modestia; y al mismo tiempo, hace más abrumador el paralelo que establece entre esta generación y los ninivitas, o la reina del mediodía.

84. Estos versículos (43-45) encierran una parábola que vuelve el fin del discurso a su principio, método a menudo usado por Jesús. Ha sanado a un desdichado dominado por el poder de las tinieblas (v. 22). Acusado por sus adversarios, con paciencia los ha refutado y les ha llamado la atención hacia el terrible peligro de blasfemar contra el Espíritu de Dios. Interrogado por los que le pedían una señal (v. 38), señala en su respuesta la incredulidad, no de sus interlocutores solamente, sino de esta generación entera, es decir del pueblo judío (v. 41, 42), y es también el estado moral de esta generación (v. 45) lo que describe por esta notable parábola. El tema le es

suministrado por el poseído que ha sanado y por el discurso que ha pronunciado, quizá también por las falsas curaciones que ejecutaban los exorcistas de la época (v. 27). Pero bajo la figura de esos espíritus impuros, que sólo son aquí los personajes de un drama terrible, representa Jesús el estado moral de su pueblo. En Lucas (11: 24 y sig.), la parábola es aplicada más especialmente a los adversarios de Jesús.—Los *lugares áridos* son el desierto donde, según las figuras del Antiguo Testamento, habitan las bestias feroces y los espíritus malos (Isa. 13: 21, 22; 34: 14; Lev. 16: 11, 21, 22; Apoc. 18: 2).—*Buscar reposo, ¡y no hallarlo!* tal es el horrible estado de todo espíritu caído de Dios, para quien ha sido creado. (Isa. 57: 20, 21.)

85. Preparada para recibirle, invitándole a tomar posesión nuevamente, pues es aún *su casa*. Esta figura no representa, pues, la vuelta al estado sano; porque, en este caso, el demonio habría hallado la casa cerrada y custodiada. Sólo ha sido momentáneamente excluido sin ser reemplazado por un espíritu bueno.

86. No es, como se ha dicho, el buscar refuerzo, el fin del espíritu malo al traer consigo *otros siete espíritus peores*; no encuentra ninguna resistencia. Este rasgo de la parábola indica solamente el progreso del mal, un dominio mayor del poder de las tinieblas. Es lo que Jesús expresa claramente por esta última condición peor que la primera. (gr. *últimas cosas peores que las primeras*). Esa es la explicación de toda la parábola: al principio un demonio, luego ocho. (Comp. 2 Pedro 2: 20.)

87. Tal es la aplicación de toda esta enseñanza (v. 43, nota). Pero, ¿qué época de la historia de su pueblo tiene Jesús en vista? Se ha respondido: el tiempo en que ese pueblo había sido libertado del demonio

46 Hablando él aún a las multitudes, he aquí, su madre y her-
47 manos estaban fuera, procurando hablarle⁸⁸. Y alguien le dijo:
He aquí tu madre y tus hermanos están fuera, procurando ha-
48 blarte⁸⁹. Mas él, respondiendo, dijo al que se lo decía: ¿Quién es
49 mi madre? y ¿quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano
50 sobre sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos,
pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en
los cielos, él es mi hermano, y hermana, y madre⁴⁰.

de la idolatría por la influencia de los profetas y por el destierro, y en que los siete demonios de un orgulloso fariseísmo se apoderaron de él para destruir en él toda aspiración a una justicia superior y hacerlo incapaz de arrepentirse y de recibir la salvación que Dios le destinaba. Pero Jesús habla del porvenir: "Así será." Piensa, pues, en una obra que está en vías de realización. El anuncio del reino de Dios por Juan el Bautista, la acción potente del Salvador, "venido para destruir las obras del diablo," todo eso no ha producido sino una impresión pasajera sobre esta mala generación: ésta va a endurecerse en su incredulidad y perecerá. Todos los síntomas de la incurable enfermedad aparecen ya (v. 24, 31, 32).—Si Jesús hablase en nuestros días, es evidente que haría la misma aplicación a más de un pueblo, a más de una iglesia, a más de un alma.

38. ¿Quiénes son los *hermanos* de Jesús? Se sabe a cuántas controversias ha dado lugar esta cuestión, desde los primeros siglos hasta nuestros días. Y, sin embargo, se puede afirmar que no ha sido planteada sino con un interés dogmático y después que se empezó a tributar honores idólatras a la madre de Jesús, para la que se trataba desde entonces de mantener una virginidad perpetua. Muchos de los padres de la iglesia, luego todos los católicos, y más de un teólogo protestante, han imaginado el hacer de estos hermanos del Señor, ora hijos de José por un primer matrimonio, ora hijos de la hermana de María, es decir primos de Jesús. Esta suposición es contradicha por el hecho de que por todas partes en los evangelios estos hermanos de Jesús son nombrados, como aquí, con su *madre* (Luc. 8: 19; Juan

2: 12; Act. 1: 14). Marc. 3: 31, 32, según el texto verdadero, menciona sus *hermanas*. Los hermanos de Jesús, en fin, son designados por la voz pública como hijos de José y de María (Mat. 13: 55, 56). Todo, pues, conduce a creer que se trata de verdaderos hermanos de Jesús, y así se justifica el nombre de *primogénito* que le es dado (1: 25, nota; Luc. 2: 7).

39. El v. 47 falta en *Sin.*, *B.* y algunos otros. Muchos críticos lo suprimen del texto.

40. Estas primeras palabras de la respuesta de Jesús (v. 48) podrían parecer duras, a primera vista. Pero se comprenden perfectamente por un detalle del relato de Marcos (3: 21). En el momento en que Jesús iba a pronunciar el largo discurso precedente, esos miembros de su familia, viéndole exponerse por su celo a la peligrosa oposición de los adversarios, quisieron retenerle, y decían: "Está fuera de sí." Luego, mientras él hablaba aún (v. 46; Marc. 3: 31), insistieron nuevamente por motivos quizá benévolos pero carnales, porque "sus hermanos no creían en él" (Juan 7: 5), y su madre podía ceder a un sentimiento de falsa ternura. ¿Cómo, pues, no habría Jesús subordinado enteramente ese parentesco según la carne a la comunión santa y eterna que se establecía entonces entre él y sus discípulos? No solamente él mismo lo hace, sino que exige de los que quieren pertenecerle que obren en el mismo espíritu (10: 37). La verdadera familia de Dios, de la que él es el Hermano mayor, se compone de los que hacen la voluntad de su Padre. Por lo demás, bastante se sabe que Jesús mismo ha santificado los lazos de la familia (Luc. 2: 51) y testificado a su madre el más tierno amor (Juan 19: 25 y sig.) Y aquí

III. LA RETIRADA DEL MESÍAS

1. Las parábolas del reino de los cielos.

A. 1-23. LA FUNDACIÓN DEL REINO. LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR Y SU EXPLICACIÓN.—1º *La ocasión.* Estando Jesús al borde del mar, constreñido por la multitud ávida de oírle, sube sobre un barco, se sienta, mientras el pueblo está en pie sobre la ribera, y enseña por parábolas. (1-3).—2º El sembrador siembra su semilla: una parte cae sobre el camino, de donde es arrebatada por las aves; sobre pedregales, donde brota pronto, pero es consumida por el ardor del sol; entre las espinas, donde es ahogada; en fin en la buena tierra, y produce allí fruto abundante. (4-9).—3º *Razón de la enseñanza por parábolas.* Entonces los discípulos preguntan a Jesús por qué enseña por parábolas. A lo que responde: Porque a la multitud no ha sido dado comprender los misterios del reino de los cielos; así se cumple en ellos la profecía de Isaías respecto a la ininteligencia y al endurecimiento de su corazón. Pero vosotros, dichosos sois por ver y oír lo que tantos profetas y justos desearon tanto tiempo oír y ver. (10-17).—4º *Explicación de la parábola.* La simiente es la palabra divina, que el maligno arrebató del corazón de aquellos que no la comprenden; esto es el camino. Los pedregales representan al hombre que oye la palabra y la recibe al instante con gozo, pero que, desde las primeras dificultades, recae. Las espinas son las inquietudes del mundo, las seducciones de las riquezas, que ahogan la palabra y la hacen infructuosa. La buena tierra, en fin, son los que oyen la palabra, la comprenden y producen fruto en proporciones diversas. (18-23.)

XIII. En aquel día, saliendo Jesús de la casa, estaba sentado 2 junto al mar¹. Y se congregaron a él grandes multitudes, de modo que él, entrando en un barco, estaba sentado, y toda la multitud estaba sobre la orilla². Y les habló muchas cosas³, en pa-

mismo, ¡qué amor revela hacia aquellos a quienes quiere llamar con el nombre de *hermanos* y de *hermanas*! # 1. Comp. Marc. 4: 1-20; Luc. 8: 1-15.—*Aquel día* era el mismo en que Jesús había pronunciado los discursos referidos en el capítulo precedente, y en que había sido interrumpido por la visita de su familia (12: 46). Tal es también el orden del relato de Marcos (Marc. 3: 31; comp. 4: 1 y sig.). Lucas coloca estos hechos en otro orden, y refiere la parábola del sembrador sin indicar el tiempo ni el lugar en que fué pronunciada.—*La casa* de donde salió es aquella donde estaba cuando sus parientes vinieron a él (12: 46).

2. ¡Qué escena y qué culto! ¡Por catedral, la bóveda resplandeciente del cielo de Oriente; por auditorio, esas grandes multitudes, de pie, cubriendo a lo lejos la ribera; un barco de pescador sirve de púlpito; el predicador es Jesús!—Los manuscritos varían entre *el* barco y *un* barco. Si debe conservarse el artículo, significaría un barco conocido, quizá perteneciente a uno de los discípulos.

3. *Les dijo muchas cosas.* Los que niegan la verosimilitud histórica de un largo discurso compuesto de una serie de parábolas, y atribuyen a Mateo esta colección de similitudes pronunciadas por Jesús en diversas épocas, no pueden ver en estas palabras

4 rábolas⁴, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar; y sembrando él, unos [granos] cayeron a lo largo del camino, y yendo 5 las aves los devoraron⁵. Y otros cayeron sobre los pedregales,

de introducción, como en las que sirven de conclusión al relato (v. 53), más que una invención del evangelista; igualmente, la escena que se halla en los v. 1 y 2, no sería sino un marco ficticio puesto a este hermoso cuadro. Puede oponerse a esta opinión las siguientes observaciones: 1º Mateo no pretende de ningún modo referir un discurso continuo, compuesto de siete parábolas y de la explicación de dos de ellas. El mismo señala, desde el v. 10, una primera interrupción provocada por una pregunta de los discípulos y la respuesta de Jesús; señala una segunda, por una reflexión sobre este género de enseñanza (v. 34), y, en fin, una tercera, con cambio completo de lugar y tiempo (v. 36), cuando Jesús no había pronunciado aún más que dos parábolas, sin duda con desarrollos y aplicaciones serias a todo su auditorio. 2º Es muy posible, probable también, que Mateo, según su costumbre de reunir las enseñanzas y los hechos homogéneos, haya voluntariamente consignado aquí tal o cual parábola de menor extensión que Jesús había pronunciado en otro lugar, y a la que asigna Lucas otra ocasión (Luc. 13: 18-21). 3º Que Jesús pronunció, al borde del mar, un discurso prolongado en el cual, varias veces, su palabra tomó la forma de la parábola, es lo que testifica positivamente el relato de Marcos (4: 1, 2). Este evangelista refiere algunas de esas parábolas, y también una que Mateo no tiene, y luego agrega (v. 33): "Y por muchas parábolas semejantes, les anunciaba la palabra." 4º Se puede hacer observar con Meyer que "el conjunto de estas siete parábolas presenta tan poca inverosimilitud histórica como el sermón del monte; esta predicación en parábolas es la continuación de este último, como el edificio se eleva sobre el fundamento."

4. O por parábolas. La palabra griega *parábola* designa la acción de poner dos objetos uno al lado de otro para compararlos. Uno de esos objetos es el relato ficticio de un acontecimiento tomado de la vida ordina-

ria o de la naturaleza, y que no tiene otro fin que el de presentar al espíritu una verdad religiosa o moral que es comparada, asimilada a ese hecho. De ahí el nombre de *similitud* que usan de preferencia nuestras antiguas versiones. "La parábola tiene dos partes, el cuerpo y el alma: el cuerpo es el relato de la historia imaginada y el alma el sentido moral o místico oculto bajo las palabras o la narración". Littré. Es necesario observar, sin embargo, que en el Nuevo Testamento el vocablo parábola no se aplica solamente a esos relatos alegóricos prolongados que tan a menudo empleaba el Salvador, sino también a toda comparación o figura destinada a ilustrar la idea. (Así Mat. 15: 15; 24: 32; Marc. 3: 23 y sig.; Luc. 4: 23; etc.). Es importante observar aun la diferencia notable que hay entre la parábola y otro género análogo de enseñanza, la fábula. En ésta el relato ficticio no es necesariamente tomado del dominio de lo posible y de lo verdadero; hace pensar y hablar a los animales, a las plantas, etc. Jamás se permite Jesús nada semejante en sus parábolas. Todo en su relato es de tal modo natural y verdadero, que a menudo se pregunta si se trata de un hecho real o de una ficción. Así, el sembrador, el buen samaritano, el hijo pródigo, etc. Y estas historias son, desde el punto de vista de la forma, de tal belleza, de tan gran perfección, que uno se detendría mucho más a admirarlas a este respecto, si los importantes verdades religiosas que encierran no se apoderasen de toda nuestra atención. En el fondo, la parábola del Nuevo Testamento es una creación de Jesucristo. Ni los mitos de los antiguos, ni la fábula que se lee en el cap. 9 del libro de los Jueces, ni los *mescholim* del profeta Ezequiel. (Ezeq. 17: 2; 24: 3) podrían dar idea de ella.

5. Jesús mismo dirá (v. 19) lo que entiende por esas *aves*. Aquí nos atenemos exclusivamente a la letra del relato. El sembrador (gr. *el sembrante* o *el que siembra*) no tiene la

donde no tenían mucha tierra, y luego salieron por no tener profundidad de tierra; mas en saliendo el sol se quemaron, y por no tener raíz se secaron⁶. Y otros cayeron sobre los espinos, y subieron los espinos y los ahogaron⁷. Y otros cayeron sobre la buena tierra, y daban fruto; el uno ciento, el otro sesenta, el otro treinta⁸. El que tiene oídos oiga⁹.

10 Y allegándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas?¹⁰ Y respondiendo él les dijo: Porque a vosotros ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos; mas a aquellos no ha sido dado¹¹. En efecto, cualquiera que tiene, le será dado, y tendrá en abundancia; mas cualquiera que no tiene,

intención de arrojar parte alguna de su semilla sobre un camino; pero como ese camino rodea su campo y él siembra con abundancia, con vigor, más de un grano cae a lo largo del camino (gr. *cerca del camino, sobre el borde*). Esos granos, no estando cubiertos por la tierra, son comidos por las aves.

6. Esos pedregales no son una parte del campo cubierta de piedras, que se habrían podido quitar; sino, como puede verse en todas las regiones montañosas y áridas, lugares donde una ligera capa de tierra cubre la roca. Allí, la semilla puede nacer, y nació luego; brotó, precisamente porque no podía hundir sus raíces en una tierra profunda. Pero al primer ardor del sol de la primavera, *fué quemada, se secó*, porque no tenía raíces que pudiesen nutrirla con los jugos de la tierra. Lucas dice: "no tenía humedad."

7. ¿Por qué espinos en un campo sembrado? Es que si, por un lado, el campo está rodeado por un camino (v. 4); lo está, por el otro, por un vallado de espinos. Los granos de la semilla caen al borde del vallado, entre (gr. *sobre*) los espinos, cuando éstas germinan aún en la tierra. La semilla brota, pero las espinas crecen con mayor vigor aún y la ahogan. Aquí la planta del trigo no muere, subsiste, pero está muy consumida para producir espigas fértiles. (Comp. v. 22, nota.)

8. La buena tierra es una tierra fertilizada por el cultivo, el abono, etc.—Esta grande productividad, alcanzando hasta ciento por uno, era muy común en los países de Oriente.

(Comp. Gén. 26: 12.)—En cuanto al sentido religioso de esta parábola, véase v. 18 y sig.

9. Comp. 11: 15, nota.—El texto recibido agrega las palabras *para oír*, suprimidas según las mejores autoridades.

10. Según Marcos y Lucas, los discípulos habrían pedido simplemente la explicación de la parábola. Pero ciertamente hicieron también la pregunta que Mateo les atribuye, como lo prueba la respuesta inmediata de Jesús (v. 11). El otro pedido, lejos de ser excluido, es al contrario supuesto en nuestro evangelio, puesto que la explicación deseada sigue luego después (v. 18).—¿Esta conversación entre Jesús y los discípulos, tendría lugar luego después de la enunciación de la parábola, sobre el mismo barco (v. 2), interrumpiendo así la enseñanza de Jesús a las multitudes, como el relato de Mateo lo hace suponer, o bien después del discurso, cuando Jesús estuvo solo con los discípulos, como lo refiere Marcos? (4: 10). El lugar que este último le atribuye parece más natural.

11. Dado o no dado por Dios, el único que abre, por su Espíritu, la inteligencia y el corazón, y es soberano en la administración de sus dones. Jesús apela a la voluntad de Dios; muestra en el decreto insondable de la sabiduría divina la última razón por la cual los misterios del reino de los cielos son revelados a unos, ocultos a otros. Pero las palabras de Isaías que siguen (v. 15) prueban que, ora en la posesión, ora en la privación de la luz divina, la acción y la responsabilidad del hom-

13 aun lo que tiene, le será quitado¹². Por esto les hablo en parábolas: porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden¹³. Y para ellos se cumple la profecía de Isaías que dice: "De oído oiréis, y de cierto no entenderéis; viendo, veréis, y de cierto no percibiréis; pues se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con los oídos han oído pesadamente, y han cerrado sus ojos; no

bre tienen su parte. Lo que se trata de *conocer*, de una manera viva, experimental, son los misterios del reino de los cielos, es decir, las verdades divinas de este reino, que son misterios mientras no son reveladas al hombre por la palabra y el Espíritu de Dios. Según el contexto esta expresión designa quizás de un modo especial los designios de Dios para la salvación de los hombres, el plan divino según el cual debe el reino establecerse, las condiciones de su desarrollo, que Jesús indica precisamente en las parábolas de este capítulo. (Comp. Rom. 16: 25; 1 Cor. 4: 1; Ef. 3: 3 y sig., notas.) Ahora bien; eso es lo que ha sido dado a los discípulos ya entonces en cierta medida, que les será dado mucho más aún por el Espíritu de Pentecostés, de modo que Jesús puede hablarles sin parábolas. Pero para otros debe emplear esta forma de enseñanza, y dice la razón de ello en los v. 13 y sig.

12. Antes de enunciar directamente (v. 13) la razón por la cual habla en parábolas, Jesús la hace presentir citando un proverbio que expresa lo que a menudo se manifiesta en los asuntos ordinarios de la vida: el que es rico lo es cada vez más, y viceversa. Eso está en la naturaleza de las cosas. Y no menos verdadero es en el dominio de la vida religiosa. El desarrollo moral del hombre obedece a una ley doble, según domine el Espíritu o la carne. En el primer caso, tiene, y recibe cada vez más, y abunda: en el segundo, pierde necesariamente aun lo que tiene, es decir, lo que le quedaba aún de vida religiosa y moral. Lucas (8: 18) dice: *lo que cree tener, eso le es quitado*, por la fuerza de las cosas y por un juicio de Dios. Jesús muestra la aplicación del mismo principio, en la parábola de los talentos (Mat. 25: 29), que nos hace entender muy bien el sentido de aquél.

13. Por esto, en razón del hecho afirmado en el v. 11, y conforme al principio enunciado en el v. 12, Jesús les habla en parábolas, les presenta "los misterios del reino de los cielos" (v. 11) bajo este velo semitransparente, porque (esta conjunción introduce un motivo que explica y justifica el indicado por el *por esto*), aun cuando la verdad se ofrece a ellos (*viendo, oyendo*), ellos no ven, ni oyen, ni entienden. Su receptividad falla. No quieren ver; por eso atraen sobre sí un juicio. Este juicio no es definitivo, sin duda; tiene por fin tolerarlos y evitar que su culpabilidad sea mayor; pero los excluye del número de aquellos que participan los primeros del reino y son sus fundadores. La parábola, en efecto, es destinada a obrar una selección en la muchedumbre indecisa; los simples curiosos, los irresolutos, los corazones impenitentes sólo hallan en ella un relato gracioso cuyo sentido les escapa. Pero los que tienen sed de la verdad la descubren bajo el velo de la parábola (v. 11, 12), como estos discípulos que, no habiéndolo comprendido todo ellos mismos, piden explicaciones (v. 36; Marc. 4: 10). Esta dispensación divina para con los hombres, según sus disposiciones diversas, es, pues, llena de sabiduría y de misericordia. "Así, queriendo aparecer descubierto a los que le buscan de todo su corazón, y oculto a los que le huyen de todo su corazón, el modera su conocimiento, de tal modo que ha dado señales suyas visibles a los que le buscan, y oscuras a los que no le buscan. Hay bastante luz para aquellos que sólo desean ver, y bastante oscuridad para los que tienen una disposición opuesta." *Pascal*.—Esta regla, que es una ley general del reino de Dios en todos los tiempos, empieza Jesús a aplicarla ahora a sus conciudadanos. En los primeros meses de su ministerio en Galilea, les ha anunciado la

sea que perciban con los ojos, y con los oídos oigan, y entiendan
 16 con el corazón, y se conviertan, y yo los sane" 14. Mas dichosos
 17 vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen 15; pues
 en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo
 que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron 16.
 18, 19 Vosotros, pues, oíd la parábola del sembrador 17. Oyendo
 cualquiera la palabra del reino, y no entendiéndola, viene el ma-

verdad sin reticencias. No la han recibido. Desde ese instante atraen sobre sí un juicio de Dios. El Salvador se oculta de ellos desde luego cubriendo su enseñanza con el velo de la parábola. Un poco después él mismo se alejará retirándose a otras regiones. Por eso consideramos esta colección de parábolas (13: 1-52) como el primer capítulo de esta porción de la historia evangélica que puede titularse: "la retirada del Mesías."

14. Isa. 6: 9, 10, citado exactamente de acuerdo a los Setenta. Este texto difiere del hebreo, que tiene todos los verbos del v. 10 en imperativo: "Engruesa el corazón de este pueblo, agrava sus oídos, cierra sus ojos, no sea que..." Es decir, que el profeta debe ejecutar, por su misma predicación, este juicio de Dios: el endurecimiento castigado por un endurecimiento mayor. En el texto griego, esta acción aparece atribuida al mismo pueblo: "su corazón se ha engrosado." Tal es la interpretación de Meyer y de M. Godet (en Juan 12: 40). B. Weiss, insistiendo sobre el pasivo del verbo: *ha sido engrosado*, atribuye esta acción al decreto divino. Cualquier sentido que se adopte, la causa primera de este endurecimiento es siempre la voluntad rebelde del pueblo, porque el único fin de la predicación, conforme al amor divino es salvar, y Dios no endurece sino a aquellos que ya están endurecidos. Pero tal es, con esta reserva, el efecto de la palabra de la gracia: "Olor de vida, u olor de muerte." (2 Cor. 2: 16).—En cuanto a las expresiones del texto debe observarse ante todo que la causa de la ininteligencia y de la ceguera (v. 14 es colocada en el *corazón* (pues, v. 15), que está *engrosado* (sentido del hebreo; el griego significa también *espesado*), hecho insensible por la prosperidad. Los efectos de es-

ta insensibilidad son expresados por las figuras siguientes: *el oído pesado, los ojos semicerrados*, como en somnolencia, o cuando se teme la luz; y todo eso *por temor* de que *vean, oigan, comprendan, se conviertan, y yo los sane*. Es necesario observar en este último verbo el cambio de persona: Dios habla directamente como aquel del que procede toda curación. ¡Qué gradación profunda en el orden en que estos órganos son enumerados!; y el orden inverso sería igualmente verdadero, porque hay acción y reacción: desde luego, el *corazón*, el *oído*, los *ojos*; después los *ojos*, el *oído*, el *corazón*. Todo sale del corazón y todo conduce allí en la obra de la salvación o del endurecimiento.

15. Aunque sea una manera inusitada de expresarse el declarar *dichosos* los órganos de la vista y del oído, en vez del hombre que los posee, traducimos literalmente, a fin de conservar el contraste intencional entre estas palabras y las de los v. 13-15.

16. Razón de las palabras precedentes (*pues*). ¡Cuántos justos, cuántos profetas del Antiguo Testamento suspiraron por estos tiempos del evangelio, que no se habían cumplido según los planes de Dios! ¡Qué motivo de agradecimiento para los discípulos y para nosotros!

17. Vosotros, pues, que podéis comprender, ¡escuchad! (v. 16). Los discípulos y otros oyentes habían pedido la explicación de esta parábola. (Marc. 4: 10). Jesús por su parte había expresado su extrañeza de que no la hubiesen comprendido (Marcos 4: 13); y sin embargo se la explica. La interpretación que Jesús ha dado de un pequeño número de parábolas (v. 37 y sig.; v. 49) es para nosotros de un valor infinito, pues con eso nos ha dado la llave de todas las demás.

ligno, y, arrebatada lo sembrado en su corazón; éste es el sembrado
 20 a lo largo del camino 18. Y el sembrado sobre los pedregales, éste
 21 es el que oye la palabra, y luego con gozo la recibe, mas no tiene
 raíz en sí mismo, sino que es temporal; y venida tribulación o
 22 persecución por causa de la palabra, luego tropieza 19. Y el sembrado
 entre los espinos, éste es el que oye la palabra, mas la
 congoja de esta edad y el engaño de las riquezas ahogan la pa-
 23 labra y se hace infructuosa 20. Mas el sembrado sobre la buena

18. La *palabra del reino* (4: 23; 24: 14) o, según Lucas, la *palabra de Dios*, y según Marcos, simplemente *la palabra*, tal es la *semilla* de la parábola. Hay una profunda analogía entre la figura y la realidad. Dios ha querido que hubiese en cada grano de semilla un principio de vida que se desarrolla con un poder irresistible, desde que la semilla se encuentra en condiciones favorables. Así la palabra del Dios viviente contiene y produce al vida, una vida divina; ella es creadora. Pero, para eso, es necesario que la palabra, como la semilla, caiga en una tierra bien preparada. Precisamente son cuatro las especies de terreno, representando disposiciones morales diversas, que forman los detalles característicos de la parábola. Y desde luego, el *camino*. Allí, el Señor había dicho, según Lucas, que la semilla *fué hollada* por los transeúntes. En su explicación no realiza ese detalle, que, sin embargo, tiene evidentemente un sentido moral. La semilla hollada por los transeúntes, es la palabra hecha infructuosa por las distracciones y los pensamientos terrestres de esta clase de oyentes. Además, en ese suelo duro y sin cultura, la semilla no estaba cubierta de tierra y no podía germinar. El oyente no *entiende* la palabra; explicación propia de Mateo y que indica una segunda causa de esterilidad, la ininteligencia y el endurecimiento del *corazón*, que no ha sido hecho atento ni enternecido por un serio arrepentimiento. En fin, hay una tercera causa. La figura de esas *aves* (v. 4), a la cual habríamos apenas pensado en dar un sentido espiritual, tiene uno muy importante: Jesús nos muestra por ella la acción del *maligno* (Marcos dice *Satanás*, Lucas el *diablo*) que *arrebata lo que*

ha sido sembrado. Eso le es tanto más fácil cuanto que la palabra no ha sido comprendida y el *corazón* no llega a la fe (Rom. 10: 10). No es necesario ver ahí una acción inmediata y mágica del maligno. Los medios con que él obra abundan, en el hombre mismo y fuera de él, en el mundo. (Comp. sobre esta enseñanza v. 39, nota.)

19. Aquí hay progreso. No solamente este oyente oye la palabra, sino que recibe *luego* impresiones que le llenan de *gozo*. ¡La palabra divina es tan potente, la verdad tan hermosa, el evangelio tan lleno de encantos! Pero ésas son impresiones superficiales; no tiene *raíces* profundas *en sí mismo*, es decir, en la conciencia por el arrepentimiento, en el corazón por la fe; todo eso es pasajero, *por un tiempo*. Y como el sol quema y seca la semilla que brota (v. 6), basta alguna *aflicción* o alguna *persecución* que deba soportarse *por causa de la palabra*, para que ese carácter débil y ligero (gr.) *se escandalice luego*, es decir, *halle* en ello *una ocasión de caída, tropieza*. *Se retira*, dice Lucas. Debe observarse cómo este último *luego* corresponde perfectamente al primero (v. 20.)

20. Sobre este tercer terreno, hay progreso aún. (Comp. v. 7, nota). La *palabra oída* no es ni arrebatada ni negada, como en los dos casos precedentes; ella persiste; pero otras fuerzas, figuradas por *los espinos*, obran con ella y le disputan el corazón del hombre. Estas fuerzas son, por una parte, *la congoja de esta edad*; es decir, de este mundo que está lleno de ellas, ya para el pobre, ya para el rico; por la otra, el *engaño* que ejerce la *riqueza*, aquí personificada, y que *engaña* a sus tonos prometiéndoles la felicidad. (Comp. 6:

tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, quien por cierto fructifica y produce el uno ciento, el otro sesenta, el otro treinta ²¹.

B. 24-43. EL DESARROLLO DEL REINO. PARÁBOLAS DE LA CIZAÑA, DEL GRANO DE MOSTAZA Y DE LA LEVADURA.—1.^o *La cizaña en el campo.* Acontece en el reino de los cielos lo que ocurrió a un hombre que había sembrado buena simiente en su campo; durante la noche, su enemigo fué y esparció allí cizaña, que apareció cuando la hierba brotó. Sus siervos asombrados le preguntan de dónde viene esta cizaña y le proponen ir a cogerla. Pero él se lo prohíbe, temiendo que, cogiendo la cizaña, desarraiguen también el trigo. Ordena dejarlas crecer juntas hasta la siega, y entonces tendrá lugar la separación. (24-30.)—2.^o *El grano de mostaza* o la potencia de expansión del reino. Los progresos del reino de los cielos son semejantes al crecimiento de un grano de mostaza sembrado en un campo. Esta pequeña simiente produce un árbol bastante grande para que las aves del cielo vengan a abrigarse en sus ramas. (31, 32.)—3.^o *La levadura* o la potencia de penetración y de transformación del reino. Jesús compara los progresos del reino de Dios a levadura que una mujer mezcla con tres medidas de harina, y que basta para leudar toda la masa. (33.)—4.^o Jesús no enseñaba entonces sino por parábolas, cumpliendo así las palabras de un profeta. (34, 35.)—5.^o Cuando Jesús hubo dejado la muchedumbre y entrado en la casa, sus discípulos le rogaron que les explicara la parábola de la cizaña. Les da brevemente la interpretación de cada rasgo, luego saca de allí una temible predicción de lo que ocurrirá en el día del juicio. (36-43.)

24 Otra parábola les propuso, diciendo: A semejado fué el reino
de los cielos a un hombre que sembró buena simiente en su cam-
25 po ²². Mas durmiendo los hombres, fué su enemigo y sobressebró

19; 1 Tim. 6: 9.) La palabra es así ahogada dentro del corazón y no puede producir sus frutos de regeneración y de vida. Pero solamente en el día de la siega aparecerá esta triste esterilidad. Hasta entonces, ¡cuántas ilusiones posibles!

21. La buena tierra sólo es caracterizada aquí por los resultados, como las otras especies de terreno que preceden. Según Lucas, Jesús la habría interpretado por un corazón honrado y bueno, que retiene la palabra y la hace fructuosa. Mateo indica los mismos efectos por estos tres pasos: oír, entender, producir fruto. Este último resultado muestra claramente que entender no es una acción puramente intelectual, sino que, puesto que hay fruto en la vida moral, la palabra ha debido penetrar en la conciencia, donde produce el arrepenti-

miento, y en el corazón, donde crea el amor. Es lo que finalmente está indicado en el texto original por una partícula que nuestras versiones ordinarias, aun la de Lausana, no traducen, pero que Rilliet no ha olvidado. El que oye y comprende como se debe, produce fruto por una consecuencia natural, produce ciertamente. En cuanto a la abundancia de ese fruto, es expresada simplemente por estos términos empleados en la figura (v. 8) y que no necesitan explicación: ciento, setenta, treinta. Y así el final de la interpretación se confunde, graciosamente, con el fin de la misma parábola.

22. El Señor propone una parábola que no carece de analogía con la precedente, pero que ensancha su horizonte revelando que una doble siembra se realiza, cuyos resultados

26 cizaña en medio del trigo, y se fué ²³. Y cuando brotó la hierba y
27 produjo fruto, entonces apareció también la cizaña. Y allegándose
los siervos del dueño de casa, le dijeron: Señor, ¿no sembraste
28 buena simiente en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Y él
les dijo: Un hombre enemigo ha hecho esto ²⁴. Y los siervos le
29 dicen: ¿Quieres, pues, que vayamos y la cojamos? Mas él dice:
No, no sea que cogiendo la cizaña, desarraiguéis junto con ella
30 el trigo ²⁵. Dejad a ambos crecer juntos hasta la siega; y en el
tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña,
y atadla en gavillas para quemarla; mas allegad el trigo en mi
granero ²⁶.

son opuestos en el mundo entero. Nada más grande que esta instrucción, raramente comprendida porque levanta cuestiones muy difíciles. Detengámonos, ante todo, simplemente en el sentido literal, y esperemos la explicación del Maestro (v. 37 y sig.).—El texto recibido tiene: un hombre que siembra; debe ser, según una variante, sembró. Esta siembra ha tenido lugar ya en el momento donde empieza la parábola. Por la misma razón se lee en el original: el reino de los cielos ha sido asemejado a... Toda esta gran acción había empezado hacía largo tiempo con la presencia de este hombre divino que sembraba en todas partes. Por eso la parábola no empieza, como podría esperarse, por estas palabras: "El reino de los cielos es semejante a un campo donde...", sino por éstas: a un hombre, de quien depende todo y sobre el cual debe ponerse toda la atención.

23. Gr. según una variante muy autorizada: "sembró cizaña encima, o sobressebró", después que la buena semilla hubo sido echada en la tierra. Y el enemigo cuida mucho que su semilla caiga entre el trigo. No se dice que los hombres que dormían sean los siervos del señor del campo; son más bien los hombres en general, y su sueño indica simplemente también que la acción del enemigo ocurre durante la noche, en las tinieblas. (Comp. Marc. 4: 27.) No es necesario, pues, en la aplicación de este detalle, imputar a esos hombres una falta de vigilancia, pereza, etc. Jesús no lo hace en la interpretación. (Véase v. 37 y sig.).—La

cizaña es una planta de la familia de las gramíneas (lolium), cuyo fruto es malsano y produce una especie de ebriedad (estas dos palabras tienen en francés la misma etimología), y, ora en tallo, ora en espiga, se asemeja mucho al trigo. Esto puede explicar el temor expresado en el v. 29.

4. Gr. un hombre enemigo. En el sentido literal de la parábola se trata realmente de un hombre que odiaba al amo del campo (v. 25) y que quería perjudicarlo.—Los siervos por el contrario se interesan por la siega futura, y sus dos preguntas (v. 27 y 28) son la expresión de su dolor.

25. La razón de esta prohibición es fácil de comprender: las raíces de la cizaña y las del trigo están entrelazadas, de modo que no se puede arrancar la una sin correr el riesgo de desarraigar la otra. ¿Deberá agregarse que el señor no tiene tal confianza en el discernimiento de sus siervos para no temer, en vista de la semejanza de ambas plantas, más de un error de su parte? Tal vez, aun en el sentido literal de la parábola, y ciertamente en su aplicación. (Véase v. 25 y 28, notas.)

26. En el tiempo de la siega (v. 30), no habrá ya ningún peligro de error; la separación podrá verificarse y se hará infaliblemente, no por hombres, sino por ángeles (v. 41). Mientras tanto, es necesario dejarlos crecer ambos juntos, y por eso mismo queda una posibilidad que la parábola no podía establecer, pero que es real en el reino de Dios en este mundo: es que "los que hoy son cizaña, mañana sean trigo." Agustín.

- 31 Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un grano de mostaza, que tomando un hombre sembró en su campo; el cual es, sí, más pequeño que todas las simientes, mas cuando ha crecido, es mayor que las hortalizas y se hace árbol, de modo que van las aves del cielo y habitan en sus ramas ²⁷.
- 33 Otra parábola les dijo: Semejante es el reino de los cielos a levadura, que tomando una mujer ocultó en tres medidas de harina, hasta que todo fué leudado ²⁸.
- 34 Todo esto habló Jesús en parábolas a las multitudes, y sin
- 35 parábola nada les hablaba ²⁹, para que fuera cumplido lo declarado por medio del profeta, diciendo ³⁰: "Abriré en parábolas mi boca, expresaré cosas ocultas desde la fundación del mundo" ³¹.

27. La planta llamada *mostaza* proviene de una semilla muy pequeña, pero se eleva, en Oriente, a cierta altura, y se hace frondosa como un árbol, aunque pertenece a la especie de las *hortalizas*. (Véase F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, El lago de Genezaret, 7ª edic., p. 365.) Lo que el Salvador quiere ilustrar con esta figura, es la *pequeñez* del reino de los cielos en su origen, sus comienzos y sus medios, y la *grandeza* de sus desarrollos y de sus efectos. Estos caracteres se verifican en toda la historia del reino de Dios; Moisés, niño en su cuna de juncos, y su inmensa obra subsistente tantos siglos; el pesebre de Belén, y la nueva creación realizada en nuestra humanidad; los doce apóstoles, y el establecimiento del reino de Dios en el mundo. Y ¡cuán a menudo la evangelización de un país cristiano ha empezado por medios completamente desapercibidos! Véase la historia de las misiones. Siempre la muy pequeña simiente convirtiéndose en un gran árbol. Nada más apropiado para fortalecer la fe y para realzar las esperanzas en tiempos de desaliento. (Com., Zac. 4: 1 y sig.).— Si fuera necesario dar un sentido espiritual al detalle encantador de esas *aves* que vienen a *cobijarse en sus ramas*, ¿no se hallaría en esa multitud de hombres que, sin pertenecer de corazón al reino de Dios, gozan, sin embargo, de las luces del evangelio y de los beneficios de la civilización cristiana?

28. Esta parábola tiene mucha analogía con la precedente, pero di-

fiere de ella en varios puntos. Revela también el crecimiento misterioso del reino de Dios, pero por dentro, más bien que por fuera. La *levadura* *ocultada* en la masa, es la vida divina obrando lentamente, pero constantemente por el poder que le es propio, hasta que *todo* el hombre moral, toda la vida humana, en el individuo, la familia y la sociedad, sean penetrados por ella y santificados.

29. Tal es el texto más autorizado. (Comp., sin embargo, Marc. 4: 34.) Jesús, en ese momento, empleaba exclusivamente esa forma de discurso, por la razón indicada en los v. 11 y sig.

30. Este *profeta* es el salmista Asaf, a quien el Antiguo Testamento da también el nombre de *vidente*, o profeta (2 Crón. 29: 30).— Se sabe por los libros de varios padres, Clemente de Alejandría, Eusebio, Jerónimo, que algunos manuscritos muy antiguos tenían: "por el profeta *Isaias*." Nos hacen saber también que Porfirio se valía de esa falta para acusar a Mateo de ignorancia. Pero esos mismos padres remiten la acusación a copistas ininteligentes, y casi todos los testimonios críticos actualmente conocidos, omiten el nombre de *Isaias*. A pesar de eso, Tischendorf, que siempre lo había rechazado, lo ha admitido en su octava edición por la autoridad del *Sinaiticus*.

31. Salm. 78: 2, libremente citado. El hebreo dice: "*cosas ocultas* (litter, *enigmáticas*) desde los tiempos antiguos". Los Setenta: "sentencias (o problemas) desde el principio".

- 36 Entonces, despidiendo las multitudes, entró en la casa ³²; y se allegaron a él sus discípulos, diciendo: Explicanos la parábola de
- 37 la cizaña del campo. Y él, respondiendo, dijo: El que siembra la
- 38 buena simiente es el hijo del hombre ³³; y el campo es el mundo ³⁴;

término que Mateo sustituye por éste: *desde la fundación*. (Varios manuscritos omiten *del mundo*, que por lo demás se sobrentiende). Propiamente, no son ni *parábolas* ni enigmas lo que se halla en ese salmo; pero como Asaf canta allí los principales sucesos de la vida de su pueblo para sacar de ellos serias instrucciones, puede muy bien considerarse esa historia como una grande parábola, y las enseñanzas religiosas que contiene como cosas *ocultas* que es necesario saber descubrir. Y del mismo modo Jesús, en sus parábolas, nos descubre las grandes verdades del reino de Dios, que están como ocultas, ora en la naturaleza, ora en la vida humana, de donde él toma los asuntos de sus similitudes.

32. *La casa*, aquella de que habla el v. 1.

33. *El hijo del hombre*. (Véase sobre este término cap. 8: 20, nota.) ¡Con cuánta seguridad atribuye Jesús a su acción sobre este mundo todo el bien que hay en él, todos los "hijos del reino"! (v. 38). En la parábola del sembrador, en que se trata de esparcir sobre la tierra una semilla que representa la "palabra de Dios", Jesucristo, aunque siendo el primer y gran sembrador, puede considerarse a todos sus siervos fieles como continuadores de su obra. Pero aquí, donde esta simiente representa *hombres* "engendrados por la palabra de la verdad" (Jac. 1: 18), producciones vivientes de la primera semilla, creaciones del Espíritu de Dios, el Salvador es el único que pueda llenar el campo, que es el mundo; en este sentido, sembrar la buena semilla es su obra exclusiva. Esta obra ha realizado en todo tiempo, como Palabra eterna en el seno de nuestra humanidad (Juan 1: 3); entonces la realizaba sobre la tierra, donde había venido a obrar una nueva creación, y la realizará hasta el fin de los tiempos.

34. ¡*El mundo!* Es necesario dar atención particular a esta palabra

que es la llave de nuestra parábola. Jesús no entiende por ella, como a menudo se ha creído, la parte mala, *mundana*, de la humanidad (Juan 17: 16; 1 Juan 2: 15), por oposición al pueblo de Dios; sino esta humanidad entera, que el Señor llama a justo título *su campo* o *su reino* (v. 41), y que es destinada por la misericordia divina (Juan 3: 16) a recibir la buena semilla y convertirse en el "reino de los cielos" (v. 24). En todas las épocas ha habido intérpretes que, desconociendo este detalle fundamental de nuestra parábola: *el campo es el mundo*, han substituído en diversas maneras ese sentido por este muy diferente: *el campo es la iglesia*. Entonces, en presencia de la pregunta diligente de los siervos: "¿Quieres que vayamos a cogerla?" y de la respuesta categórica de Jesús: "¡No!" (v. 28, 29), se han resignado a ver en la iglesia cristiana sólo esa confusión perpetua de la cizaña y del trigo, de los "hijos del reino" y de los "hijos del maligno" (v. 38), cuyo espectáculo ofrece el mundo, de lo que nuestra parábola sería figura. Así Calvino, a pesar de sus principios rigurosos de disciplina, bastante poco conciliables con la prohibición de Jesús si se trata aquí de la iglesia, se consuela de la confusión que resta en ella, escribiendo estas palabras: "Pero esta solución debe bastarnos, que Cristo no habla aquí (en su prohibición) del oficio de los pastores o de los magistrados, sino que quita solamente el escándalo que perturba a los débiles, cuando ven que la iglesia no consiste solamente en elegidos, sino que hay también mala canalla". (Comentario sobre esta parábola). Por otra parte, hubo siempre, desde los donatistas de Africa hasta los hombres del Renacimiento, cristianos que han pensado poder constituir iglesias escogidas, sometidas a una severa disciplina, estimando que la prohibición de Jesús sólo concernía al mundo, es decir a la humanidad rebelde y hostil al evangelio. Pero

y la buena simiente, éstos son los hijos del reino; y la cizaña son 39 los hijos del maligno 35; y el enemigo que la sembró es el diablo 36;

esta palabra, en la mente del Salvador, tenía una significación más extensa y más universal, abrazando la humanidad entera, en la cual el poder de las tinieblas está en lucha constante con el evangelio de la salud. He aquí, entonces, lo que el Señor prescribe a sus siervos, con designios llenos de sabiduría y de misericordia. No les pide ver con indiferencia el error, la mentira, el pecado, todas las corrupciones y las iniquidades que el enemigo del reino de Dios siembra en el mundo; les ordena al contrario combatir las con todo el poder y la energía que dan las armas espirituales de la palabra y del Espíritu de Dios. Pero lo que les prohíbe absolutamente, es recurrir en esta lucha a las armas carnales, hacer intervenir en ella el poder secular, emplear la violencia, usar medios materiales de represión y de propaganda. La razón de esta prohibición es indicada por la parábola: el trigo y la cizaña representan *hombres* (v. 38); arrancar, pues, ésta, destruirla antes del tiempo, sería ejercer un juicio que solamente a Dios corresponde. Lo que Jesús prevenía (v. 29) siempre ha ocurrido: creyendo coger la cizaña, esos siervos, desobedeciendo la orden del amo, han arrancado el trigo. Los espíritus más nobles, los más independientes, los más piadosos llegaron a ser sus víctimas. ¿Quién no ve la lúgubre serie de persecuciones, de iniquidades y de crímenes que se habrían evitado a la humanidad, si todos hubiesen comprendido y observado esta sola sentencia de Jesús: *¡Dejadlos crecer juntos hasta la siega!* Esta mezcla, por aflictiva que sea, debe servir para la salud de unos, para la prueba y la paciencia de otros. Pero la confusión no durará siempre; viene el día de la siega (v. 30), y entonces lo que los siervos desean será realizado, no por hombres falibles y pecadores, sino por mano de los ángeles que ejecutarán la justicia de Dios (v. 40-43).

35. En la parábola del sembrador la semilla es la palabra de Dios, cayendo en el corazón de hombres di-

versamente dispuestos. Aquí, es esta misma palabra que ha producido efectos contrarios según ha sido recibida o rechazada; y estos efectos de la palabra divina son identificados en un lenguaje lleno de osadía con los mismos hombres que los experimentan. Unos son *hijos del reino*; han sido introducidos en él y engendrados por la palabra, están animados del espíritu de este reino. (Véase sobre esta expresión cap. 3: 2, nota). Los otros son *hijos del maligno*, del que siembra la cizaña (v. 39), están bajo su influencia (v. 19), animados de su espíritu. (Comp. Juan 8: 44; 1 Juan 3: 8 y 10.)

36. Los siervos, que, en la parábola, representan los discípulos de Jesús, habían preguntado con asombro y dolor: *¿De dónde viene la cizaña?* Ahora que sabemos lo que es el campo, podemos decir que es ésa la pregunta de las preguntas, el problema desolador de toda filosofía y toda teología: ¿de dónde viene el mal en este mundo que es el campo de Dios, y donde él sólo ha podido sembrar el bien? La respuesta del Salvador es la única teodicea verdadera. Separa en dos palabras todos los sistemas que, de uno u otro modo, hacen remontar el mal hasta Dios, y que por eso llegan hasta la blasfemia. El mal tampoco viene del hombre, no es esencial a su naturaleza: hay, pues, para él esperanza de curación. Viene de afuera, de un *enemigo* que es el diablo. Esta enseñanza de Jesús es conforme a toda la escritura, conforme también a la sana razón: "El pecado, que sólo existe en una voluntad viva y personal, no puede tener su origen sino en una voluntad personal que ha sido su fuente". R. Stier. Si se objeta que esta solución sólo hace recular la cuestión, consentimos en eso. Pero la exégesis no tiene que remontar más arriba. Los que quisieren hacerlo, hallarán siempre una solución posible y racional en la voluntad de un ser libre que, desde entonces, de ángel puede convertirse en demonio. Cualquier opinión que quiera, pues, tenerse sobre la existencia personal de este

y la siega es la consumación de la edad 37; y los segadores son 40 ángeles 38. Así como es cogida, pues, la cizaña y quemada con 41 fuego, así será en la consumación de la edad: enviará el hijo del hombre sus ángeles, y quitarán de su reino todos los escándalos, y 42 los que hacen la iniquidad 39, y los echarán al horno del fuego; allí 43 será el llanto y el rechinar de los dientes 40. Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre 41. El que tiene oídos, oiga.

C. 44-52. EL PRECIO DEL REINO Y SU CONSUMACIÓN FINAL. PARÁBOLAS DEL TESORO OCULTO, DE LA PERLA, DE LA RED. CONCLUSIÓN.—1º Jesús compara el reino de los cielos a un tesoro oculto en un campo; un hombre lo encuentra por casualidad, y lleno de gozo, vende todo lo que tiene para comprar ese

enemigo, nadie puede negar que Jesús lo enseñe de la manera más positiva. Aun la falsa teoría de un acomodamiento a los prejuicios de su siglo es aquí enteramente inadmisibles. En efecto, 1º Jesús pronuncia esta declaración precisa, no en la parábola, sino para explicarla e indicarnos su sentido. 2º Nada provoca esta declaración, dada espontáneamente, no ante el pueblo, sino en el círculo íntimo de los discípulos (v. 36). 3º El diablo es indicado como el autor personal de una acción positiva, como fuente y origen del mal en el mundo, por oposición a otro ser personal, el hijo del hombre, autor y origen del bien. No negamos que se puede ser cristiano sin admitir la existencia personal del diablo, pero no puede negarse tampoco que para eso es necesario falsear todos los principios de una sana exégesis o rechazar la autoridad de Jesucristo mismo.

37. Gr. la consumación de la edad (aión), es decir del tiempo actual, del período que debe transcurrir hasta el regreso de Cristo para el juicio definitivo. Es lo que nuestras versiones vierten por el término poco exacto de *fin del mundo*. (Comp. v. 40, 49; 24: 3; 28: 20; Heb. 9: 26.)

38. Comp. 24: 31; 25: 31.

39. Es decir todo el mal y todos los que lo cometen. El reino será purificado, elevado a la perfección. ¡Es la obra que el Salvador había prohibido a sus pobres siervos (v. 29).—“Sus ángeles, su reino: majestad del hijo del hombre”. Bengel.

40. El horno del fuego, que es necesario no materializar, es la conclusión de la figura de la cizaña que se quema (v. 30). Esta nueva expresión figurada no por eso deja de representar un vivo sufrimiento. Los últimos y terribles términos de este versículo describen una profunda desesperación. (Comp. 8: 12).

41. Figura magnífica de la gloria celestial, de la que participarán los justos. (Comp. Dan. 12: 3.) Pero las últimas palabras: *en el reino de su Padre*, muestran que en el seno de esta gloria el verdadero elemento de la felicidad será el amor eterno de Dios. ¡Qué contraste con las figuras del v. 42!—Pero ¿por qué el Salvador, que acaba de nombrar su reino (v. 41) este campo del mundo, que él purifica de toda mancha, lo nombra ahora el reino del Padre? El apóstol Pablo ha respondido: es que entonces el fin habrá llegado, y el Mediador, después de haber “abolido todo imperio, y toda potencia, y toda fuerza, entregará el reino a Dios el Padre, a fin de que Dios sea todo en todos”. (1 Cor. 15: 24-28). Tal es el término glorioso del porvenir de nuestra humanidad. Este porvenir está descrito por completo en esta gran parábola, desde el origen del mal y del bien, y de la dolorosa mezcla de ambos, hasta el día en que ese misterio será resuelto por el restablecimiento del reino de Dios en la perfección!—En presencia de tales ideas, hay grande solemnidad en este último llamamiento del Salvador: *¡Que el que tiene oídos, oiga!*

campo. (44.)—2º El reino de los cielos es semejante también a un mercader que *busca perlas* preciosas, y que, habiendo hallado una de gran precio, vende todo lo que posee y la compra. (45, 46.)—3º Compara también su reino a una *red echada al mar*, que se llena de cosas buenas y malas, y que los pescadores atraen hacia la ribera para recoger las primeras y desechar las últimas. Tal será la separación, en el día del juicio. (47-50.)—4º *Conclusión*: Jesús pregunta a sus discípulos si han comprendido estas parábolas. De su respuesta afirmativa infiere que ellos deben, imitando su ejemplo, sacar de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas. (51, 52.)

44 Semejante es el reino de los cielos a un tesoro oculto en el campo, que encontrando un hombre, lo ocultó; y del gozo de ello, va y vende cuanto tiene, y compra aquel campo ⁴².

45 También es semejante el reino de los cielos a un mercader que
46 busca buenas perlas; y hallando una perla de mucho precio, se ha ido y vendido todo cuanto tenía, y la ha comprado ⁴³.

47 También es semejante el reino de los cielos a una red que fué
48 echada al mar, y cogió [peces] de todo género, sacando la cual a la orilla cuando estuvo llena, y sentándose, allegaron lo bueno
49 en vasos, y lo malo echaron fuera. Así será en la consumación de la edad: saldrán los ángeles y apartarán los malos de en medio de
50 los justos, y los echarán al horno del fuego; allí será el llanto y

42. El sentido literal de esta parábola es sencillo: un hombre ha descubierto un *tesoro oculto*, enterrado en un campo (gr. *el campo*); lo ha *ocultado* nuevamente, enterrado, para que nadie sospeche su hallazgo. Los verbos en pretérito indican la experiencia hecha. De repente son puestas en presente, y describen vivamente la continuación de la acción que se realiza bajo la impresión del gozo: él *va*, *vende* todo, *compra* el campo. Se puede levantar, a este respecto, una cuestión de derecho, que, en la vida ordinaria ciertamente no sería resuelta en favor de tal proceder. Pero Jesús no se ocupa de ella, porque, en la significación religiosa de su relato, esta cuestión no se presenta de ningún modo. (Comp. la conducta del administrador infiel, Luc. 16: 1-8.) En efecto, el campo desaparece; arbitrariamente algunos intérpretes han querido ver en él la santa escritura o la iglesia. Toda la atención descansa sobre el *tesoro*, las riquezas imperecederas del evangelio de la gracia, que se pueden adquirir

sin perjudicar a nadie, pero que nadie obtiene sin hacer el sacrificio de *todo lo que tiene* en propiedad. La parábola representa el precio infinito del reino y enseña la obligación de cada uno de apropiárselo personalmente, y las condiciones bajo las cuales puede tomar posesión de él. Muestra, en fin, lo que hace al hombre capaz del renunciamiento completo que debe realizar para adquirir este tesoro: es el *gozo* de su nueva posesión, el gozo de la salvación. ¡El corazón jamás se despoja de un amor sino por un amor mayor más poderoso!

43. *Una perla* (gr. *una sola*) de *gran precio*; he ahí aún la causa del despojo voluntario. Esta parábola tiene, pues, el mismo sentido que la precedente con esta diferencia, que en la primera el hombre *encuentra* simplemente el tesoro, mientras que en la segunda, lo ha *buscado*. Diversidad de los caminos de Dios para conducir las almas a la salud, según sus necesidades y su capacidad.

51 el rechinar de los dientes ⁴⁴. ¿Habéis entendido todo esto? Dícenle:
52 Sí ⁴⁵. Y él les dijo: Por esto todo escriba instruido para el reino de los cielos es semejante a un hombre, dueño de casa, el cual saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas ⁴⁶.

D. 53-58. JESÚS DESPRECIADO EN SU PATRIA.—1º Después de acabar estos discursos, se va *Jesús a Nazaret*. Habiendo entrado en la sinagoga, enseña. Su palabra produce asombro. Sus oyentes, sabiendo que es el hijo del carpintero, conociendo a su madre, sus hermanos, sus hermanas, no pueden concebir de dónde le viene tanta potencia, y se escandalizan. (53-57.)—2º Jesús se limita a recordarles un dicho popular, y no hace entre ellos sino pocos milagros, a causa de su incredulidad. (57, 58.)

44. Esta parábola nos presenta el reino llegado al término de su desarrollo y nos muestra cómo pasará de su período histórico a su existencia perfecta y definitiva. Vuelve a tomar así la última idea de la parábola de la cizaña. Nos transporta a la época llamada en ésta: "el tiempo de la siega". El reino se ha extendido sobre la tierra; el evangelio ha sido predicado a toda criatura; el tiempo de la prueba ha terminado. (Nótese todos los verbos en pretérito). La red es sacada y la selección de su contenido comienza. Un juicio definitivo separa los justos y los malos, que hasta allí estaban confundidos en el reino. Esta separación se hace con calma y solemnidad. Los pescadores se han *sentado* sobre la ribera para hacer sin apresuramiento la separación (Comp. 25: 31. Sobre los v. 49 y 50, véase v. 39-42, notas.)

45. El texto recibido agrega las palabras: *Jesús les dijo*, al principio del versículo, y la palabra: *Señor*, después del *si* de los discípulos. Aunque estas palabras se apoyan en autoridades importantes, se explica mejor que hayan sido agregadas que suprimidas, y los críticos están de acuerdo generalmente para excluirlas.—El sentido es el mismo. Jesús quiere asegurarse de que sus discípulos han *comprendido todas estas cosas*, es decir las instrucciones profundas que acaba de darles por sus parábolas. El fin de su pregunta es, además, agregar una nueva instrucción práctica (v. 52). Los discípulos responden ingenua y sinceramente sí, aunque lo que acababan de oír excediese

en todo sentido la inteligencia que entonces tenían de ello.

46. Consecuencia sacada de la respuesta de los discípulos (*por tanto*). Jesús toma aquí la palabra escriba o doctor de la ley (véase sobre este nombre cap. 23: 2), en un sentido general, favorable, y la aplica a sus propios discípulos. Según su respuesta (v. 51), supone que ellos son *instruidos* (o gr. han sido hecho *discípulos*) para el *reino de los cielos*. (Comp. 3: 2, nota). Y ¿qué uso deben hacer de este gran privilegio? El que hace un *dueño de casa* de su *tesoro*: *saca de él*, según la necesidad de su familia, *cosas nuevas y cosas viejas*, recientemente adquiridas o poseídas desde largo tiempo. ¿Cuál es el sentido de esta figura? Ante todo, Jesús hace así alusión a sus parábolas, por las cuales revela nuevas verdades bajo los emblemas de cosas antiguas, como la naturaleza, la vida humana, etc. Pero el pensamiento del Salvador va más allá; no solamente tiene en vista la forma y el método de la enseñanza que sus discípulos deberán dar después de él; él considera el fondo, la materia de esta enseñanza: la ley antigua elevada a la perfección (Mat. 5), la profecía y su cumplimiento, los mandamientos antiguos practicados en espíritu y amor nuevos (1 Juan 2: 7, 8), las experiencias nuevas de verdades antiguas, todo formará su tesoro, que deberán utilizar fielmente para otros. Todo lo que pertenece al reino de Dios es al mismo tiempo antiguo y nuevo, porque este reino es la vida divina, realizándose perpetuamente

53 Y aconteció, cuando terminó Jesús estas parábolas, que partió
54 de allí. Y yendo a su patria⁴⁷, les enseñaba en su sinagoga, al
punto de que se asombraban y decían: ¿De dónde vienen a éste
55 esta sabiduría y estos milagros?⁴⁸ ¿No es éste el hijo del carpintero?
¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, y
56 José, y Simón, y Judas?, y sus hermanas ¿no están todas con nos-
57 otros? ¿De dónde, pues, viene a éste todo esto? Y tropezaban en
él⁴⁹. Mas Jesús les dijo: No hay profeta sin honor sino en su
58 patria y en su casa.⁵⁰ Y no hizo allí muchos milagros, por causa
de la incredulidad de ellos⁵¹.

2. Retirada a Betsaida.

A. 1-13. MUERTE DE JUAN EL BAPTISTA.—1º *Los sentimientos de Herodes*. La fama de Jesús llega hasta Herodes, y él se imagina que Jesús es Juan

en el alma humana hasta la perfección (Apoc. 21: 5).

47. A Nazaret, llamada su patria porque era la de su familia y allí había sido educado.—Marcos (6: 1 y sig.) refiere esta visita a Nazaret después de la resurrección de la hija de Jairo, antes del envío de los discípulos. Mateo parece asignarle una época posterior. En cuanto al relato que Lucas (4: 16 y sig.) coloca al principio del ministerio de Jesús, y que muchos intérpretes identifican con el de Mateo y Marcos, difiere de éste demasiado en los puntos más esenciales para que tal identificación sea probable. (Véase Godet, *Comentario de San Lucas*, 3ª edic. p. 327.)

48. Gr. *estas potencias*, actos realizados por el poder divino. (Comp. v. 58). Es uno de los términos más frecuentes para designar los milagros.—Así, lo que asombraba a los habitantes de Nazaret, era la *sabiduría* de Jesús, en su enseñanza, y su *poder* en la acción. Este *asombro* podía, en algunos, estar acompañado de confianza y fe; en otros, era completamente carnal. Es lo que prueba esta palabra despreciativa: *éste*, lo mismo que las palabras que siguen.

49. Gr. *ellos se escandalizaban en él*. Este *escándalo* provenía de que Jesús les parecía demasiado pobre, demasiado humilde, demasiado conocido en Nazaret desde su infancia

para ser un enviado de Dios, el Mesías. Es el eterno escándalo de la razón humana en presencia del Dios-hombre. (Comp. Juan 6: 42.) ¿Qué será cuando deba admitirse la locura de la cruz?—En el relato de Marcos, Jesús mismo es llamado *el carpintero*, y seguramente con razón; practicó este trabajo manual en su juventud. Aquí y en Marcos, las *hermanas* de Jesús son nombradas con sus *hermanos*, como perteneciendo a la familia del *carpintero* y de *María*. ¿Cómo, pues, admitir que estos *hermanos* y estas *hermanas* no lo fuesen en realidad? (Comp. 12: 46, nota.)—Sobre el nombre de uno de los hermanos de Jesús, los manuscritos varían entre *Josés* y *José*. Este último nombre es más autorizado en Mateo, el primero lo es más en Marcos.

50. Expresión proverbial de gran verdad (Juan 4: 44). Es difícil mirar con los ojos de la fe a aquellos a quienes se está acostumbrado a ver con los ojos de la carne.

51. Jesús había sanado allí a algunos enfermos (Marc. 6: 5), y esas curaciones produjeron la impresión descrita precedentemente (v. 54); pero la *incredulidad* de los que le rodeaban puso fin a esa acción potente. Marcos observa aun que Jesús *no pudo* ya hacer otros milagros; término que debe entenderse en un sentido moral. La *incredulidad* se cierra a sí misma la fuente de las gracias divinas que solamente la fe recibe. Multiplicar en tal ambiente sus obras de

resucitado. (1, 2.)—2º *El relato de la muerte de Juan el Bautista*. a) *La prisión* del profeta motivada por la censura que había pronunciado sobre la unión adúltera de Herodes con la mujer de su hermano. Herodes quería hacerle morir, pero era retenido por el temor del pueblo. (3-5.) b) *El baile de la hija de Herodías*. En la fiesta del aniversario del nacimiento de Herodes, la hija de Herodías bailó delante de los convidados; Herodes le prometió lo que pidiera. Ella, a instigación de su madre, pidió la cabeza de Juan el Bautista. (6-8.) c) *La ejecución de Juan*. Herodes, entristecido, pero ligado por su juramento y por el temor de la opinión, mandó degollar a Juan en la cárcel. Su cabeza fué presentada en un plato a la joven, quien la llevó a su madre. (9-11.)—3º *La retirada de Jesús*. Los discípulos de Juan, después de cumplir los últimos deberes para con su maestro, van a anunciar a Jesús su muerte. Este se retira aparte, más la multitud le sigue. (12, 13.)

XIV. En aquel tiempo oyó Herodes el tetrarca la fama de Jesús¹,
2 y dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista; él ha resucitado
3 de los muertos; y por esto las potencias obran en él². Herodes,
en efecto, prendiendo a Juan, le aprisionó y puso en la cárcel³,
4 por causa de Herodías, la mujer de Felipe su hermano⁴, pues

poder y de amor sólo hubiera sido, de parte de Jesús, hacer aún más culpables a aquellos que habrían sido sus testigos.

1. En aquel tiempo, expresión vaga, parece llevar el pensamiento a la época de la visita de Jesús a Nazaret (13: 54-58). Marcos, muy completo en este relato, y Lucas, que lo da en compendio, colocan el suceso entre el envío y el regreso de los discípulos, por lo tanto en época anterior. Se sabe que Mateo no se atiene al orden cronológico.—*Herodes*, al que Josefo llama Antipas, era uno de los numerosos hijos de Herodes el Grande (2: 1 y sig.) y hermano de Arquelao (2: 22). Reinaba sobre Galilea y Perea con el título de *tetrarca*, es decir, *cuarto gobernador*, o príncipe que compartía con otros tres el gobierno del país. Residía habitualmente en Tiberias, ciudad que él había fundado al borde del lago, adornada con magníficas construcciones y llamada así en honor del emperador Tiberio. Pero él residía, en la época de la prisión de Juan el Bautista y de su muerte, según el testimonio de Josefo (*Antig.*, XVIII, 5, 2) en la fortaleza de Machaerus o Macheronte, en Perea, porque estaba en guerra con Aretas, rey de Arabia, cuya hija había repudiado. Allí se desarrolló la escena trágica que el

evangelista va a relatar (v. 3 y sig.).—*Herodes oyó hablar de la fama* creciente de Jesús. Esta expresión no significa que él no hubiese tenido hasta ese instante ningún conocimiento de él, sino que entonces "su nombre se hacía célebre", como lo observa Marcos. (6: 14.)

2. Gr. *las potencias* (milagros) obran *energicamente* en él. Esta expresión indica más bien el poder de hacer milagros que los milagros mismos. Las palabras de Herodes descubren su mala conciencia: se llena de terror al pensar que un enviado de Dios obra con poder en el país. El asesinato de Juan el Bautista, que había tenido lugar antes, y que Mateo va a relatar, inspira a este príncipe libertino un temor supersticioso que se une muy bien con la incredulidad (véase Marc. 6: 16, nota), y que otros en su corte compartían con él (Luc. 9: 7.)

3. El texto griego, según una variante muy autorizada, dice literalmente: Herodes lo *había puesto en reserva* en la cárcel. Mateo ya había mencionado (4: 12) este arresto de Juan; vuelve a considerarlo aquí en el momento de relatar su muerte.

4. Por un doble adulterio, Herodes Antipas había repudiado su mujer legítima, la hija de Aretas, y desposado la mujer de su hermano. Este her-

5 Juan le decía: No te es lícito tenerla⁵. Y queriendo matarle, 6 temió a la multitud, porque le tenían como profeta⁶. Mas celebrándose la fiesta natalicia de Herodes, la hija de Herodías danzó 7 en medio, y agradó a Herodes⁷; por lo que con juramento pro- 8 metió cualquier cosa que pidiera. Y ella, instigada por su madre: Dame, dice, aquí, sobre un plato, la cabeza de Juan el Bautista. 9 Y el rey se entristeció, mas por causa de sus juramentos y de 10 los convidados, mandó que le fuera dada⁸; y enviando decapitó a 11 Juan en la cárcel. Y fué llevada su cabeza sobre un plato, y dada 12 a la joven, y ella la llevó a su madre⁹. Y allegándose sus discipu-

mano es llamado, aquí y en Marc. 6: 17, Felipe. Herodes Antipas tenía, en efecto, un hermano de este nombre, que fué tetrarca de la Iturea y de Traconitis (Luc. 3: 1, nota), pero este último no fué el esposo de Herodías: fué su yerno, habiéndose casado, posteriormente, con su hija Salomé, la misma que desempeña un papel tan triste en nuestro relato. Herodías era la esposa de otro hermano de Antipas, llamado Herodes, que no figura en la historia. Es necesario, pues, admitir que éste llevaba también el nombre de Felipe, o, lo que es más probable, que los evangelistas lo han confundido con Felipe el tetrarca. (El nombre de Felipe es omitido por D, algunas copias de la Itala y la vulgata.)— Herodías, hija de Aristóbulo y de Berenice, y nieta de Herodes el Grande, era la sobrina de Antipas, al mismo tiempo que cuñada. (Véase Josefo, *Antig.*, XVIII, 5, 1 y 4.)

5. Esta valiente reprensión, que el fiel siervo de Dios debía pagar con su vida, estaba basada a la vez en el séptimo mandamiento y en Lev. 18: 16; 20: 21.

6. Marcos (6: 19, 20) nos hace saber que estos proyectos criminales fueron inspirados a Herodes por Herodías; porque él mismo, en el instante que Marcos nos describe, tenía sentimientos completamente diferentes para Juan el Bautista. (Véase Marc. 6: 19, nota, y comp. Luc. 9: 9.) Por lo demás este temor que tenía de la multitud y que le retenía, nos es también confirmado por Josefo. (*Antig.*, XVIII, 5, 2.)

7. Algunos intérpretes admiten sin razón que el día del nacimiento de Herodes sería aquí el aniversario de

su advenimiento al trono, considerado como aniversario del nacimiento del rey.—La hija de Herodías se llamaba Salomé y nació del primer matrimonio de su madre. Se casó más tarde con su tío el tetrarca Felipe, (Josefo, *Antig.*, XVIII, 5, 4.) Su baile era sin duda acompañado de posturas y movimientos voluptuosos, al estilo oriental. ¡Qué contraste chillón entre este baile de una joven y el acto trágico que va a realizarse en la cárcel! (Véase A. Monod, *Sermones*, 2ª serie, p. 245. "Baile y martirio.")

8. El hecho de que Herodes se entristeció no está en contradicción con el v. 5, puesto que no por sus propios sentimientos, sino por una cobarde complacencia con Herodías, atentaba contra la vida de Juan. Por otra parte, había ofrecido ricos presentes, pero no la cabeza de un hombre al que estimaba del fondo de su corazón; y se concibe que esta brusca petición lo perturbase profundamente. Estando solo, sin duda la habría rehusado sin creerse ligado por sus juramentos. Pero en presencia de sus convidados, en medio de una corte brillante y exaltada por el festín, la vanidad de un falso pundonor venció en su espíritu.

9. Este relato tan simple, tan breve, hace aún resaltar mejor el horror de los hechos. ¡Esta cabeza ensangrentada del hombre de Dios, dada, sobre un plato, a una joven, que la lleva a su madre!...—Es evidente que los relatos de los evangelistas suponen que toda esta tragedia sucedió en un instante, durante la fiesta que Herodes celebraba entonces. Apenas se concibe por qué plantean los exégetas y discuten largamente la cues-

los llevaron el cuerpo y lo sepultaron; y yendo lo anunciaron a 13 Jesús. Y oyéndolo Jesús se retiró de allí en un barco a un lugar desierto, aparte¹⁰; y oyéndolo las multitudes, le siguieron a pie desde las ciudades¹¹.

B. 14-21. MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES.—1º *Un día de trabajo.* Conmovido de compasión a la vista de las multitudes que le habían seguido, cura sus enfermos. (14.)—2º *Los preparativos de la comida de la tarde.* Habiendo llegado la tarde, los discípulos, inquietos por esta muchedumbre que nada tenía para comer, piden a Jesús que la despida. "¡Dadles vosotros mismos de comer!", responde Jesús. Pero, dicen ellos, no tenemos aquí más que cinco panes y dos peces. Traédmelos, les dice. (15-18.)—3º *La comida.* Habiendo hecho sentar la multitud sobre la hierba, toma los panes y bendice a Dios; luego, rompiendo los panes, los da a los discípulos, quienes los distribuyen al pueblo. Todos quedan satisfechos, y se llenan doce cestas con los pedazos que quedan. (19-21.)

14 Y saliendo, vió una gran multitud; y tuvo lástima de ellos, 15 y sanó sus enfermos¹². Mas llegada la tarde, se allegaron a él los discípulos diciendo: Desierto es el lugar, y el día ya ha pasado; despide, pues, las multitudes, para que yéndose a las aldeas com-

ción de saber dónde podía estar la cárcel de Juan, y cómo pudo así ser matado y su cabeza traída inmediatamente. Herodes, es verdad, residía ordinariamente en Tiberias; pero el historiador Josefo, cuyo testimonio no infunde sospechas por ninguna razón, nos dice expresamente que Juan fué encarcelado en la fortaleza de Machaerus, donde Herodes tenía magníficas habitaciones; que este suceso coincidió con su guerra contra Aretas; que también "los judíos atribuyeron la derrota de su ejército a un justo juicio de Dios a causa de una acción tan injusta." ¿Qué más natural, pues, que admitir que toda la escena ocurrió en esta fortaleza donde la corte de Herodes se hallaba entonces, y que así todo se realizó en muy poco tiempo?

10. Marcos (6: 30 y sig.) y Lucas 9: 10 y sig.), adoptando una cronología diferente (v. 1, nota), dan por causa de este viaje al otro lado del mar el deseo que Jesús tenía de procurar a sus discípulos algún tiempo de soledad y reposo, después de su regreso de su misión. Según Mateo, el motivo de Jesús habría sido la idea de retirarse aparte, para no excitar

contra él la persecución, después de la muerte del precursor, y cuando la atención de Herodes acababa de dirigirse a él. (v. 1.) ¿Hay contradicción? Algunos intérpretes lo han creído. Pero como, según el segundo y tercer evangelio también, esta retirada de Jesús tuvo lugar inmediatamente después de la muerte de Juan el Bautista, el motivo indicado por Mateo puede haber influido sobre la conducta de Jesús sin que el otro fuese excluido. Y el reposo que deseaba para sus discípulos y para él mismo debía abundar en meditaciones serias sobre la catástrofe que acababa de poner fin a la vida del precursor, el maestro venerado que había llevado a la mayoría de ellos a seguir "al Cordero de Dios." (Juan 1: 35 y sig.)

11. A pie, rodeando la extremidad septentrional del lago. Este lago estaba circundado por varias ciudades, entonces populosas. De ahí esas muchedumbres.

12. Habiendo salido del retiro solitario donde había pasado algunas horas con sus discípulos, Jesús, al ver esta gran multitud, tiene lástima (gr. conmovido en sus entrañas), ya

- 16 pren para sí comida ¹³. Mas Jesús les dijo: No tienen necesidad de irse: dadles vosotros de comer ¹⁴. Y ellos le dicen: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. Y él dijo: Traédmelos aquí ¹⁵.
 19 Y mandando a las multitudes reclinarse sobre la hierba, tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, bendijo ¹⁶; y rompiendo, dió los panes a los discípulos, y los discípulos a las multitudes ¹⁷. Y comieron todos, y se hartaron; y llevaron lo que sobraba de los pedazos, doce cestas llenas ¹⁸.
 21 Y los que habían comido eran como cinco mil varones, fuera de mujeres y niños ¹⁹.

a causa de todos esos enfermos que se llevaba para que los sanara, ya a causa del estado de abandono moral de ese pobre pueblo, que era a sus ojos "como ovejas que no tienen pastor" (Marc. 6: 34).

13. *La hora ya había pasado*, es decir que el día estaba ya muy avanzado, o que la hora en que se cenaba había pasado.—Esta solicitud para el pueblo parece haber sido inspirada a los discípulos por la compasión de su Maestro (v. 14). Según Juan (6: 5), Jesús mismo tomó la iniciativa, y la palabra de los discípulos sólo fué la respuesta a su pregunta. Sea como fuere, esta conversación prueba que había allí una necesidad real, digna de la compasión de Jesús, y que el Salvador no hizo un uso inútil de su poder creador al multiplicar los panes, como lo pretende la crítica negativa.

14. Esta orden extraña, destinada a probar la fe de los discípulos será ejecutada realmente (v. 19) por ellos.

15. ¡Con qué majestuosa seguridad sabe Jesús lo que va a hacer con esta provisión insuficiente!

16. Gr. *bendijo*, pronunció la bendición que el padre de familia decía antes de comer. Lucas (9: 16) hace recaer la bendición sobre los panes, que habrían sido consagrados por ella. Juan (6: 11) dice: "dió gracias." Hubo pues al mismo tiempo en el alma del Salvador el sentimiento de *gratitud* para con Dios por lo que había dado, y el designio de implorar la *bendición* divina sobre esos pocos bienes para multiplicarlos. (Comp. 26: 26, 27; 1 Tim. 4: 4, 5.) ¡Qué ejemplo y qué consuelo para el pobre cuya provisión es insuficiente!

17. Los discípulos cumplen con humilde obediencia la orden que han recibido (v. 16); ellos dan lo que tienen (v. 17), y en sus manos se realiza el milagro. Si Jesús hubiera multiplicado los panes primeramente, poniendo ante sus ojos una inmensa provisión, eso habría convenido más a su falta de fe; pero Dios jamás procede así en la dispensación de sus gracias. El ejercita la fe y la obediencia, aunque dando abundantemente.

18. Jesús fué quien ordenó a los discípulos recoger esos *pedazos sobrantes*, "para que nada se pierda."—Esas cestas eran pequeños sacos de viaje de junco o de paja. Cada discípulo tenía uno, y lo llenó.

19. Este milagro, realizado, como el de Caná, sobre la naturaleza inanimada, sobre los elementos puramente materiales, se ha convertido, para el racionalismo de todas las escuelas, en una piedra de tropiezo. En la curación de enfermos, quedan a la razón varios recursos para explicar la liberación de esos desgraciados por una influencia moral ejercida sobre ellos, sin llegar hasta lo sobrenatural. ¡Pero aquí! Uno de esos doctores no ve en nuestro relato sino pura leyenda o un mito nacido en la imaginación de los primeros discípulos (Strauss). Otro nos dice que Jesús simplemente hizo juntar, luego distribuir ordenadamente, las pocas provisiones que la multitud había llevado consigo (Paulus). De Wette piensa que este relato es la forma simbólica que ha tomado en la tradición la instrucción de Jesús (Juan 6) sobre el pan espiritual o pan de vida. Y, siguiéndole, se ha pretendido que, como era imposible

C. 22-36. JESÚS CAMINANDO SOBRE EL MAR. CURACIONES EN LA TIERRA DE GENEZARET.—¹⁹ *Los discípulos en el barco. Jesús sobre el monte.* Jesús constriñe luego a sus discípulos a reembarcarse. Despide a la multitud y se retira al monte, donde queda solo, en oración. (22, 23.)—²⁰ *Jesús socorre a los discípulos.* Viéndolos azotados por la tempestad, a la cuarta vela de la noche, va Jesús hacia ellos, andando sobre las aguas. Ellos se llenan de terror, pero Jesús los alienta. (24-27.)—³⁰ *Pedro va al encuentro de Jesús.* Pedro dice al Señor: Si eres tú, ordena que vaya yo hacia ti sobre las aguas. Habiéndole dicho Jesús que fuera, Pedro descendiendo del barco y anda sobre las aguas. Pero turbado al pensar en el peligro, se hunde y llama a Jesús en su socorro. Jesús le toma por la mano y le reprocha su falta de fe. (28-31.)—⁴⁰ *La tempestad calmada. Impresión producida.* Suben al barco y el viento cesa inmediatamente. Los que están en el barco se postran ante Jesús y le proclaman el Hijo de Dios. (32, 33.)—⁵⁰ *Curaciones en la tierra de Genezaret.* A su regreso a esta región, es Jesús reconocido. Se envía a buscar por todas partes los enfermos y le son llevados. Son sanados por el solo contacto de su vestido. (34-36.)

- 22 Y luego obligó a sus discípulos a entrar en el barco e ir delante de él al otro lado, hasta que despidiera las multitudes ²⁰.
 23 Y despidiendo las multitudes, subió al monte, aparte a orar; y llegada la tarde, estaba allí solo ²¹.

representarse la realidad del hecho, había sólo que atenerse a las lecciones religiosas que Jesús deduce de él. (Juan 6.) Pero, ¿qué queda de esas lecciones, si reposan en una invención legendaria? Lange, en fin, ve en nuestro relato, no una multiplicación del pan material, sino de su fuerza nutritiva, de modo que cada uno se hartó con la parte mínima que recibió. Pero ¿las doce cestas de sobrantes?—La cuestión no está en la interpretación más o menos ingeniosa del relato. Está por entero en la idea que se tenga de la persona de Jesucristo. El que dijo: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra" ¿tenía el poder de realizar un acto creador? Si lo tenía, todo está dicho, pues una creación no se explica. Esto supuesto, este milagro es atestiguado unánimemente por los cuatro evangelios, es confirmado por la impresión que de él recibió la muchedumbre, y mucho más aún por la autoridad del Salvador, que lo toma como texto de uno de sus más profundos discursos, y que aun apela directamente a esta acción de su poder. (Marc. 8: 19, 20. Comp. J. Bonon, *Teol. del N. T.*, p. 290 y sig.,

210 y sig.)—En cuanto al fin inmediato del milagro, es evidente: el Salvador quería, en su compasión para con una multitud pobre y desfalleciente que seguía sus pasos para oír su palabra, procurarles un socorro necesario, y hacerle una grande y patética obra de caridad.

20. *Sin., C.* la sir. de Curetón, seguidos por Tischendorf, omiten la palabra *luego*; pero esas autoridades no son decisivas. En todo caso, la palabra está en Marcos y corresponde a la situación. En efecto, *la multitud*, entusiasmada por lo que acababa de ver y de oír, se agitaba alrededor de Jesús; ella quería aún proclamarle rey (Juan 6: 15); razón apremiante para escapar *inmediatamente* de esas ovaciones ruidosas a fin de retirarse a la soledad (v. 23). De ahí también este término inusitado: *obligó*, *constriñó* a los discípulos a embarcarse para *ir delante de él a la otra orilla*, es decir, hacia Betsaida (Marc. 6: 45) o Capernaúm (Juan 6: 17). Los discípulos podían creer que quería seguirles a pie más tarde, y les repugnaba separarse de él.

21. *Soledad y oración*: Jesús mismo, después de todos sus trabajos del

24 Y el barco estaba ya en medio del mar, fatigado por las olas,
 25 pues era contrario el viento²². Mas en la cuarta vela de la
 26 noche, fué a ellos andando sobre el mar²³. Y los discípulos, vién-
 dole andar sobre el mar, se turbaron, diciendo: Una aparición es;
 27 y de temor clamaron²⁴. Mas luego les habló Jesús, diciendo:
 28 Tened buen ánimo; yo soy, no temáis²⁵. Y respondiéndole Pedro,
 dijo: Señor, si tú eres, manda que yo vaya a ti sobre las aguas²⁶.
 29 Y él dijo: Ven²⁷. Y bajando Pedro del barco, anduvo sobre
 30 las aguas, y fué a Jesús²⁸. Mas viendo el viento, temió; y em-
 31 pezando a hundirse, clamó diciendo: ¡Señor, sálvame!²⁹. Y luego
 Jesús, extendiendo la mano, le tomó y le dice: Escaso de fe, ¿para

día, siente la necesidad de refrescar su alma en la comunión de su Padre celestial. ¡Cuánto más aquellos que le siguen desde tan lejos en la actividad y en el combate!—*La tarde designa una hora avanzada del día.* (Comp. v. 15.)

22. La palabra *ya* parece indicar que hasta el *medio del mar*, es decir durante una hora aproximadamente (25 ó 30 estadios, Juan 6: 19), la navegación no había encontrado obstáculos, pero que allí los discípulos fueron sorprendidos por uno de esos vientos violentos, que se levantan de repente sobre los lagos rodeados de montañas (8: 24, nota). *B.* y varias versiones, después de *en medio del mar*, agregan estas palabras: *se había alejado muchos estadios de la tierra.*

23. El texto recibido dice: "Jesús fué;" pero el evangelista, recordando esta escena, no tiene necesidad de nombrar al que apareció a los suyos como el Salvador: *él vino.*—*La cuarta vela de la noche* era entre las tres y las seis de la mañana. Las velas, de tres horas cada una, empezaban a las seis de la tarde. Los discípulos habían luchado, pues, contra la tempestad la mayor parte de la noche, y estaban en peligro. (Comp. 8: 25.) Pero Jesús, antes que dejarles perecer, va hacia ellos *andando sobre el mar*. El racionalismo ha multiplicado las invenciones para suprimir este hecho sobrenatural. La más ridícula es la que consiste en traducir *sobre el mar por sobre el borde del mar!* Todo eso para negar que el Hijo de Dios dominase sobre las fuerzas de la naturaleza de la que, sin embargo, es el Rey.

24. *Fantasma o aparición del mundo de los espíritus.* Los discípulos compartían la creencia popular de su tiempo. (Luc. 24: 37.) Así, al temor del peligro se agrega un nuevo *pavor*, cuando es el socorro lo que se aproxima.

25. "Por su voz él se hace conocer." *Crisóstomo.* ¡Tranquila majestad del poder divino del Salvador en el seno de la tempestad! ¡Tierna compasión hacia los suyos a quienes conforta y consuela, aun antes de salvarlos!

26. ¡Cómo cuadra esto con el carácter de Pedro: ardor que no se toma el tiempo de reflexionar, vivo amor para su Maestro, cuyos pies quiere ser el primero en abrazar!

27. ¡Palabra de poder divino, majestuosa seguridad de dominar la naturaleza, para su discípulo lo mismo que para sí! Concede el permiso porque la educación de tal alma debía hacerse por la experiencia. (Comp. 26: 69-75.)

28. El texto recibido dice: "*para ir* hacia Jesús." La variante adoptada, siguiendo a Tischendorf, sobre la autoridad de *B, C; y fué*, está más en armonía con esta escena, pues Pedro llegó realmente hasta su Maestro (v. 31.)

29. "En la medida de su fe, era llevado por las aguas." *Bengel.* Pero viendo el poder del viento, la duda y el miedo le privaron de la fuerza de esta fe que le sostenía. Sin embargo, le queda bastante confianza para clamar a su Salvador, y eso basta para su liberación. El texto recibido, con *C, D*, y la mayoría de las *mayúsc.* agrega a la palabra *viento* el calificativo *fuerte*.

32 qué dudaste?³⁰. Y subidos ellos al barco, se calmó el viento.
 33 Y los que estaban en el barco le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios³¹.
 34 Y cruzando al otro lado llegaron a la tierra, a Genezaret³².
 35 Y reconociéndole los varones de aquel lugar, enviaron por todos
 36 los alrededores, y le llevaron todos los enfermos; y le rogaban que pudieran tocar sólo la franja de su manto; y cuantos la tocaron fueron sanados³³.

3. Retirada a los territorios de Tiro y de Sidón.

A. 1-20. TRADICIONES Y ORDENANZAS CEREMONIALES.—1º *Ataque de los fariseos llegados de Jerusalén.* Algunos fariseos van a preguntar a Jesús por qué violan sus discípulos la tradición de los antiguos, comiendo sin lavado de manos. A lo que contesta que ellos mismos violan el mandamiento de Dios por su tradición. Da como prueba el quinto mandamiento quebrantado por ellos, porque autorizan a no ayudar más a sus padres pobres a aquel que declara haber hecho a Dios ofrenda de sus bienes. Los acusa de hipocresía aplicándoles una declaración de Isaías sobre el vano culto de los labios, al cual queda ajeno el corazón. (1-9.)—2º *Jesús se dirige a la multitud.* Volviéndose a la multitud, responde a la pregunta de los fariseos recordando que no son los alimentos los que contaminan al hombre, sino el mal que está en su corazón y que se manifiesta por palabras. (10, 11.)—

30. *Gr. vacilar, volverse a ambos lados.*—*¿Por qué?* Pedro tenía demasiadas razones para dudar; pero la pregunta del Salvador significa que donde él está esas razones ya no existen.—Mateo sólo ha conservado este episodio relativo a Pedro, aunque el relato de Jesús andando sobre el mar se halla también en Marcos y Juan. La crítica negativa ha inferido de ahí que este incidente de la vida del discípulo ha sido agregado al relato por una tradición posterior. Pero ¿sobre qué se basa esta suposición? La experiencia de Pedro, una de las más conmovedoras y de las más instructivas de su vida, ¿no cuadra acaso con su carácter? ¿No es digna del Maestro que lo educa?

31. *Los que estaban en el barco* parece que no eran los discípulos solamente, sino otros también que hacían el viaje con ellos. Su fe en Jesús como *Hijo de Dios*, cuya expresión se escapa de su corazón con motivo de esta escena, no ha sido solamente despertada por la majestad y el poder divinos que el Señor acaba

de manifestar, sino aun más por su palabra que habían oído en ese día tan memorable para ellos.

32. *La tierra de Genezaret* está situada sobre el borde occidental del lago de este nombre, en la baja Galilea. Josefo describe esa región como notable por la dulzura y fertilidad de su clima.

33. *Salvados*, o más bien, como lo expresa el verbo griego compuesto, *completamente salvos*. Se trata sí, ante todo, de la *curación* de esos enfermos, pero el término es elegido intencionalmente como pudiendo expresar mucho más. (Comp. 9: 21, 22, notas.) En este último pasaje se ve también a una pobre mujer enferma, curada *tocando la franja del manto* del Salvador; pero lo que la sanó fué, por una parte, "la potencia que salía de él" (Luc. 8: 46), y por la otra, la fe que ella tenía en él. Tales fueron también las curaciones sumariamente referidas aquí. Nada hay en estas curaciones que autorice las supersticiones que se querría apoyar sobre tal ejemplo.

3º Jesús responde a sus discípulos. a) Sus discípulos le advierten que los fariseos se escandalizan de este discurso; a lo que responde comparando a sus adversarios a una planta que será desarraigada, y a un ciego que conduce a otro. (12-14.) b) Pedro pide a Jesús la explicación de la figura de que se ha servido; entonces dice claramente que los alimentos, que entran por la boca, no contaminan al hombre, sino los malos pensamientos y todos los pecados que salen del corazón. (15-20.)

XV. Entonces se allegan a Jesús de Jerusalén escribas y fariseos, 2 diciendo¹: ¿Por qué transgreden tus discípulos la tradición de los antiguos? pues no se lavan las manos cuando comen pan². 3 Mas él, respondiendo, les dijo: ¿Por qué vosotros también transgredís el mandamiento de Dios por causa de vuestra tradición?³ 4 Dios, en efecto, dijo: "Honra a tu padre y a tu madre"; y "el que 5 maldice a padre o madre, muera sin falta"⁴. Mas vosotros decís: Cualquiera que dijere a su padre o a su madre: "Don es todo lo 6 que de mí aprovecharás...", no honrará de cierto a su padre o a su madre⁵. Y habéis anulado la ley de Dios por causa de

1. Comp. Marc. 7: 1-23.—La palabra entonces indica el tiempo en que Jesús se hallaba en la tierra de Genesareth (14: 34). Esos escribas y esos fariseos (comp. 23: 2 y sig.; 3: 7) eran, sin duda, una diputación de la sinagoga o quizá del sanedrín de Jerusalén, venida para dirigir a Jesús preguntas insidiosas y buscar algún motivo de acusación (v. 2). Las prolongadas visitas que el Salvador había hecho a Jerusalén (Juan, cap. 2, 3, 5), podían haber dado lugar a tal diligencia. Este relato conservado por Mateo y Marcos (7: 1 y sig.) muestra la enemistad creciente de los adversarios de Jesús.

2. Gr. cuando comen pan (hebraísmo).—La tradición de los ancianos, recibida de los padres, era el conjunto de costumbres religiosas que gradualmente habían agregado a las prescripciones de la ley. Esa tradición era más importante para el fariseísmo que la misma ley. Se basaba esta opinión en pasajes mal comprendidos de las escrituras, tales como Deut. 17: 10. Así, la tradición prescribía diversas abluciones, particularmente antes de cada comida. (Comp. Marc. 7: 3, 4.) Jesús y sus discípulos (a quienes los fariseos reprochan esta negligencia para cargar la responsabilidad sobre el Maestro) no se sentían ligados por esas tra-

diciones, aunque ellos observaban la ley.

3. O: "en provecho de vuestra tradición." Esta pregunta, hecha en los mismos términos que la de ellos, era tanto más fuerte para los fariseos. Vosotros también supone que hay transgresión de ambos lados; pero por una parte, de la tradición humana, por la otra, del mandamiento de Dios.

4. Ex. 20: 12 y 21: 17. Todos los deberes de los hijos para con los padres están comprendidos en la primera de esas sentencias; la segunda, que expresa todo el rigor de la ley contra el crimen aquí previsto, está citada conforme a los Setenta; literalmente: acabará por la muerte. El hebreo dice: morirá de muerte, es decir morirá ciertamente.

5. La primera parte de esta frase no está terminada; pero los fariseos han comprendido, y Jesús saca inmediatamente la consecuencia de ese falso principio. La tradición autorizaba, pues, a un hijo a decir a su padre o a su madre en la necesidad: "He pronunciado la palabra sacramental de corbán, u ofrenda a Dios, sobre este bien que (gr.) podría serle útil, con el que podría yo socorrerte; por lo tanto, ya no es mío, es sagrado". Jesús no termina; los fariseos han comprendido, por

7 vuestra tradición⁶. Hipócritas, bien profetizó sobre vosotros 8 Isaías, diciendo⁷: "Este pueblo con sus labios me honra, mas su 9 corazón lejos está de mí. Mas en vano me adoran enseñando por doctrinas mandamientos de hombres"⁸.

10 Y llamando a sí la multitud, les dijo: Oid y entended⁹. 11 No lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que 12 sale de la boca, esto contamina al hombre¹⁰. Entonces allegándose sus discípulos, le dicen: ¿Sabes que los fariseos, oyendo este 13 dicho, se han escandalizado?¹¹. Mas él, respondiendo, dijo: Toda

que bajo este pretexto, su tradición eximía a un hombre de socorrer a sus padres pobres (Marc. 7: 12). Pero agrega: El que así obrare no honrará por cierto a su padre o a su madre; habrá violado el mandamiento de Dios. Esta explicación, adoptada por Meyer y otros, es la más conforme al griego y a la fuerte negación (no, por cierto) que presenta. Sin embargo, muchos exégetas y traductores recientes ponen en boca de los fariseos ambas partes de este versículo, y les hacen decir: "El que dijere: "Es una ofrenda, "no está obligado a honrar a su padre o a su madre." Pero, ¿es probable que los fariseos, rigurosos observadores de la ley, hubiesen tenido la imprudencia de autorizar tan explícitamente la violación? Westcott y Hort suprimen o a su madre, al final del versículo, conforme a Sin., B, D.

6. Por causa de significa, como en el v. 3, en favor de; de vuestra tradición que colocáis sobre la ley de Dios, y por la cual anuláis esta ley! —El texto recibido tiene: el mandamiento; una variante de B, D, varias versiones: la palabra de Dios.

7. Isa. 29: 13. Citado con algunas variaciones conforme a los Setenta, que vierten bien el sentido del hebreo.—Cuando Isaías profetizaba así, pensaba ciertamente ante todo en los hombres de su época. Pero el Señor no vacila en aplicar a sus oyentes una sentencia divina que permanece verdadera en todos los tiempos y que así se convierte en una profecía del porvenir, mientras que, para Isaías, se realizaba en el presente.

8. El texto recibido, con C y las mayúsc. agrega las palabras: "se acerca a mí con su boca," que están, en efecto, en Isaías, pero que Jesús omite en su citación. Lo mismo en

Marcos. (7: 6).—Honrar a Dios con los labios, mientras el corazón permanece extraño a toda comunión con él, es lo que constituye la hipocresía que Jesús reprocha a sus oyentes. Bien evidente es que entonces todo culto que se le tribute es en vano, vacío de sentido y de valor, pues no es más que un formalismo engañoso (Jac. 1: 26). Con mayor razón será así, si ese culto o esa adoración reposa, no en la verdad divina, sino en doctrinas y mandamientos humanos. (Comp. Juan 4: 24.)

9. Jesús va a volver a la pregunta de los fariseos (v. 2), a la que aun no ha respondido. Pero dirige esta respuesta a la multitud que le rodea y que había oído la pregunta. De ese modo, muestra a sus adversarios que no los considera dignos de su enseñanza, porque su corazón no es sincero (v. 7).

10. La comida, aun cuando se toma con manos que no han sido purificadas con abluciones (v. 2), no puede contaminar moralmente (gr. hacer común, profano, por oposición a la pureza legal); sino lo que, viniendo del corazón, sale de la boca, en palabras, etc. (v. 17-20).—En esta declaración, Jesús tiene en vista la tradición de los judíos (v. 3), y no todavía las prescripciones de la ley relativa a los alimentos puros o impuros; pero es cierto que estas últimas también son alcanzadas por el principio nuevo y espiritual que el Señor establece aquí.

11. Se trate de este discurso entero, o solamente del dicho del v. 11 (la palabra griega tiene ambos sentidos), siempre resulta que los fariseos hallaron en eso un escándalo, una ocasión de caída. Cayeron así más bajo aún en la oposición y en su irritación contra la verdad.

planta que no plantó mi Padre celestial será desarraigada¹².
 14 Dejados; son ciegos guías de ciegos; y si un ciego a un ciego
 15 guiare ambos caerán en un foso¹³. Y tomando Pedro la palabra,
 16 le dijo: Explicanos esta parábola¹⁴. Y él dijo: ¿Aun sois, vosotros
 17 también, sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo que entra
 18 en la boca, al vientre pasa y es echado a la letrina? Mas lo que
 19 sale de la boca, del corazón sale, y esto contamina al hombre. En
 efecto: del corazón salen malos pensamientos, homicidios, adul-
 20 terios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, calumnias. Eso
 es lo que contamina al hombre; mas el comer con manos no lava-
 das no contamina al hombre¹⁵.

B. 21-23. LA MUJER CANANEA, O LA FE PUESTA A PRUEBA Y VICTORIOSA.—

1. *El silencio de Jesús.* Habiéndose retirado Jesús a los confines de Tiro y Sidón, una mujer de estas comarcas va a suplicarle que tenga piedad de ella, pues su hija es atormentada por un demonio; pero Jesús no le responde. (21-23).—2.º *La intervención de los discípulos.* Los discípulos le ruegan que la despida; él les dice que ha venido solamente para el pueblo de Israel. (23, 24).—3.º *La negativa humillante del Salvador.* Sin embargo la mujer se postra delante de él implorando su socorro. Le responde que el pan de los hijos no pertenece a los perrillos. Es verdad, replica ella en seguida, porque los perrillos se contentan con las migajas que caen de la mesa de sus señores, y yo no pido más que eso. (25-27).—4.º *El triunfo de la fe.* Al oír estas palabras, Jesús admira tal fe, y la joven es sanada al instante. (28).

12. Los exégetas se preguntan si esta figura de la planta debe ser aplicada a los fariseos o a sus "doctrinas que sólo son mandamientos de hombres." La primera aplicación parece más natural en este contexto. Por otra parte, es cierto que una sentencia tan absoluta tiene diversas significaciones. Toda doctrina, toda obra, toda iglesia, toda alma que Dios no ha implantado en su reino por su Espíritu, es destinada a perecer (13: 40). ¿No lo ha probado el fin del pueblo judío, dominado por sus jefes? Esta declaración general y la sentencia que sigue, son la respuesta de Jesús a la observación de los discípulos (v. 12).

13. ¡Cuánta severidad! ¡La palabra *ciego* cuatro veces repetida! Y esta profecía: *caerán en un foso*. Lo peor que había en esta ceguedad de los fariseos, es que ellos no tenían

conciencia de ella. (Juan 9: 40, 41) *Sin., B, D,* tienen: *son guías ciegos*.

14. *Parábola*, en el sentido de *comparación* o *figura* (13: 3, nota). Pedro vuelve a la sentencia del v. 11, cuya explicación solicita.

15. Estos versículos 17 a 20 son el comentario del v. 11, y al mismo tiempo la respuesta a la pregunta de Pedro. Los discípulos esta vez comprenderán, y la larga enumeración de esos pecados que *salen del corazón* los instruirá sobre la naturaleza moral, mejor dicho, sobre la corrupción del hombre. Todas estas palabras en plural hacen resaltar la superabundancia del mal. (Véase Marc. 7: 22, nota.) Cuando Jesús, pues, dice que el hombre bueno saca de este tesoro interior (12: 35) el bien, supone que su regeneración se ha verificado

21 Y saliendo Jesús de allí se retiró a las partes de Tiro y de
 22 Sidón¹⁶. Y he aquí, una mujer cananea, saliendo de aquellos
 términos, clamaba diciendo: Ten misericordia de mí, Señor,
 23 hijo de David; mi hija está malamente endemoniada¹⁷. Mas él
 no le respondió palabra¹⁸. Y allegándose sus discípulos, le ro-
 gaban diciendo: Despídela, porque clama detrás de nosotros¹⁹.
 24 Mas él, respondiendo, dijo: No he sido enviado sino a las ovejas
 25 perdidas de la casa de Israel²⁰. Mas ella, llegando le adoraba,

16. Comp. Marc. 7: 24-30. Jesús *se retiraba* a la soledad, sin duda a causa de la enemistad creciente que acababan de manifestar sus adversarios (v. 1 y sig.). Se interna al Norte de Galilea hasta los límites de Fenicia, ordinariamente designada por el nombre de sus dos mayores ciudades. *Tiro y Sidón*. No puede traducirse: "del lado de Tiro y de Sidón," como se ha propuesto, para tener en cuenta el hecho de que se dice luego: una cananea saliendo de esas comarcas... El texto supone que Jesús entró en territorio fenicio. Probablemente quería el narrador decir que esta mujer venía de lugares más retirados de ese país. Pero queda en su relato cierta oscuridad.—Marcos (7: 24) hace observar que Jesús no quería ser conocido en esa comarca, pero que su presencia no pudo permanecer ignorada.

17. Esta mujer, que Marcos designa como siro-fenicia, es aquí llamada *cananea*. Es que varias tribus cananeas, desposeídas de su país en tiempo de Josué, se habían retirado hacia el Norte, y habían formado ese pueblo que los griegos llamaban fenicio, mientras que los judíos continuaban llamándole del nombre de sus antepasados.—Esta mujer había oído hablar de Jesús (Marc. 7: 25), de sus obras; quizás aún, viviendo en la proximidad de los judíos, tenía conocimiento de sus esperanzas mesiánicas; el nombre que da a Jesús (*hijo de David*) aun muestra que ella veía realmente en él al Mesías prometido. Por eso, en su angustia respecto de la enfermedad misteriosa de su hija (véase sobre los *endemoniados* 8: 28, nota), no vacila en acudir a él. Su ruego conmovedor escapa de su corazón con gritos de do-

lor, y, haciendo del sufrimiento de su hija su propio sufrimiento, implora para ella misma la compasión del Salvador.

18. ¿Por qué este silencio tan extraño a las costumbres de Jesús, y que tan duro debió parecer a esa pobre mujer? Muchos intérpretes, desde los padres de la iglesia hasta los reformadores y los modernos, no han visto en este silencio, como en todo el diálogo que sigue, sino un medio por el cual quería Jesús probar y fortalecer la fe de la cananea (v. 23). Sin duda alguna, tal fué el resultado de la conducta del Salvador en esta ocasión; pero, ¿era ésa efectivamente la razón? ¿No hay algo que repugna a una conciencia delicada, en la idea de atribuir a Jesús esta especie de fingimiento en presencia de tal dolor, aun con el fin más excelente? El mismo ha decidido la cuestión por una clara sentencia (v. 24), y a la luz de esa sentencia, tomada en serio, los mejores exégetas interpretan hoy el modo como obró Jesús en esta circunstancia.

19. A menudo se ha atribuido a estas palabras de los discípulos un sentido de puro egoísmo, como si no hubiesen tenido otra idea que la de desembarazar a su Maestro y a sí mismos de la importunidad de esa mujer. Es evidente, por el motivo que ellos expresan, que había algo de esos malos sentimientos en su corazón. Pero deseaban también que Jesús no la *despidiese* sino después de haberle concedido su pedido. Es lo que muestra esa palabra: le *rogaban*; es lo que prueba más claramente aún la respuesta de Jesús (v. 24).

20. He ahí el verdadero motivo del Salvador. Recuerda a los discípulos el plan divino según el cual el evan-

26 diciendo: Señor, socórreme²¹. Mas él, respondiendo, dijo: No es
27 lícito tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos²². Mas
ella dijo: Sí, señor, pues también los perrillos comen de las
28 migajas que caen de la mesa de sus señores²³. Entonces, res-
pondiendo, Jesús le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Séate
hecho como quieres. Y fué sanada su hija desde aquella hora²⁴.

C. 29-39. CURACION DE ENFERMOS. SEGUNDA MULTIPLICACION DE LOS PANES.—1.º Jesús sana a los enfermos. Habiendo llegado Jesús cerca del mar de Galilea, grandes multitudes le rodean, llevando a sus pies numerosos enfermos que él sana. Estas multitudes admiran su poder y glorifican a Dios. (29-31)—2.º Jesús comunica su intención a sus discípulos. Llama a

gelio debía ser llevado ante todo a la nación israelita, en el seno de la cual debía nacer la iglesia, de donde debía venir la salud (Juan 4: 22). Había prohibido a sus discípulos ir a los gentiles (10: 5), y siempre, aun después que hubieron comprendido el carácter universal del evangelio, siguieron ese orden dirigiéndose primeramente a los judíos. El tiempo de las demás naciones vendrá también (28: 19; Juan 10: 16; Ef. 2: 17). Jesús obedecía, pues, a un deber, y rehusaba realizar un milagro que podía arrastrarle a una actividad que no quería emprender en esa región pagana. Pero él mismo había enseñado que hay casos en que debe colocarse la caridad por encima de la ley (12: 3 y sig.), y es lo que él hará, vencido por una fe que provoca su admiración (v. 28). Así, como lo observa un eminente teólogo (Ewald), Jesús se muestra aquí dos veces grande: ante todo por su fidelidad a su vocación, luego por su tierna misericordia.—Mas ¡qué prueba para la pobre madre!

21. Mientras más dura la lucha, tanto más ardientes son las súplicas de la fe. Hay situaciones en que el alma siente que es necesario hallar el socorro divino, o perecer.

22. Tal es el texto admitido por Tischendorf y la mayor parte de los críticos conforme a D; esta expresión corresponde bien a la idea del v. 24. La lección del texto recibido: *no es bueno*, tiene en su favor la mayor parte de las autoridades, pero parece tomada de Marcos.—Los hijos son los israelitas, que tienen parte

en la alianza divina; los *perros*, animales impuros, representan los paganos. Pero Jesús suaviza esta palabra, y, por un gracioso diminutivo, designa esos *perrillos* favoritos que tienen acceso a la casa y hasta bajo la mesa donde se alimentan. A esta intención delicada de Jesús se atiende también la cananea en su admirable respuesta.

23. *Sí, Señor, porque también*, es la traducción literal del texto y la que mejor expresa este pensamiento diversamente interpretado por los exégetas: "Sí, acepto tu juicio y tu comparación; porque también los perrillos no pretenden el pan de los hijos; se contentan con las *migajas* (gr. diminutivo: *migajillas*) que caen bajo la mesa, y yo no pido más. La mesa de tus misericordias es tan rica que tu socorro concedido a una pobre pagana nada quitará a los hijos." Así, la fe viva e inteligente de esta mujer se apodera de la objeción, la aprueba humildemente, pero hace de ella un argumento.

24. Comp. 8: 10. Esta *fe* es tan *grande*, que, en una lucha prolongada, ha vencido al Señor mismo. (Véase la lucha de Jacob. Gén. 32: 24.) Por eso el Señor le concede todo lo que ella *quiere*. Desde luego, la *curación* de su hija, realizada *desde esa hora*, y a distancia, como en el cap. 8: 13 (comp. Juan 4: 50 y sig.); luego, sin duda alguna, un gran progreso en su vida religiosa, que desde entonces fué llena de gratitud y de amor. (Véase aún, sobre este relato patético, Marc. 7: 24-30, notas.)

sus discípulos y les expresa la compasión que siente para con esas muchedumbres que no quiere despedir en ayunas, para que no desfallezcan. Los discípulos oponen la imposibilidad de alimentarlas en un desierto, pues no tenían más que siete panes y algunos pececillos. (32-34.) 3.º Jesús alimenta a la multitud. Pero Jesús, tomando esos panes, y habiendo dado gracias, los dió a los discípulos, y éstos al pueblo. Todos fueron saciados, y llevaron siete canastas llenas de los pedazos que sobraron. Eran cuatro mil hombres. (35-38.)—4.º *Travesía del lago*. Jesús vuelve a pasar el lago y va a la región de Magdala. (39.)

29 Y yéndose Jesús de allí, fué junto al mar de Galilea²⁵; y
30 subiendo al monte, estaba sentado allí. Y se allegaron a él grandes multitudes teniendo consigo cojos, ciegos, mudos, mutilados,
31 y otros muchos, y los arrojaron junto a sus pies²⁶; y los sanó, de modo que la multitud se admiraba viendo mudos hablando, mutilados sanos, y cojos andando, y ciegos viendo; y glorificaban al
32 Dios de Israel²⁷. Mas Jesús, llamando a sí sus discípulos, les dijo: Tengo lástima de la multitud, porque hace ya tres días continúan conmigo, y no tienen qué comer; y despedirlos ayunos
33 no quiero, no sea que desmayen en el camino²⁸. Y sus discípulos

25. Sobre la ribera oriental de ese mar (v. 39), y después de un rodeo bastante largo que Mateo no menciona (Marc. 7: 31).

26. El texto recibido tiene: *a los pies de Jesús*.—Esta palabra: "arrojaron a sus pies," expresa con viveza esta escena en que la muchedumbre, trayendo con extrema solicitud estos enfermos, cada uno de los cuales quiere preceder a los demás, los deposita suplicantes a los pies del divino libertador.

27. *El Dios de Israel*, al que los paganos aun no conocían, y que se manifestaba a su pueblo con tanto poder y misericordia en Jesús (Luc. 1: 68). Westcott y Hort omiten: *mutilados sanos*, conforme a *Sin.* y algunas versiones.

28. Lo que conmueve con tierna compasión el corazón de Jesús, es la vista de esa pobre población de las montañas, tan ávida de oír su palabra, tan pronta para llevarle sus enfermos (v. 30), que desde *tres días* no lo había abandonado. Todas las provisiones están agotadas, y como la región montañosa situada sobre la costa oriental del lago (v. 39) no ofrecía recursos, y muchos habían ido

desde muy lejos (Mar. 8: 3), Jesús, lleno de solicitud para todas sus necesidades, teme que, si los despide sin alimentarlos, *desfallezcan en el camino*. Se dirige a sus discípulos para que participen de ese misericordioso interés y para emplear a ellos mismos en la obra que iba a realizar.

29. Sorprende oír a los discípulos repetir aquí la misma objeción que cuando la primera multiplicación de los panes (14:15); parece que el recuerdo de ese milagro habría debido prevenir toda duda sobre lo que el Maestro podía y quería hacer en esta nueva necesidad. Esta observación, y en general la semejanza de ambos milagros, han inspirado a muchos intérpretes la idea de que se trata de un solo y mismo hecho, dos veces relatado, con algunas circunstancias diferentes. Estas circunstancias son, sin embargo, bastante importantes para hacer imposible la identificación de los dos hechos: diferencia en la multitud que Jesús alimenta: allí, habitantes de Galilea, en número de cinco mil; aquí, una población de las montañas, en número de cuatro mil; allí, cinco panes, aquí, siete; allí, doce cestas de

le dicen: ¿De dónde tendríamos, en un desierto, tantos panes como para hartar tan grande multitud?²⁹ Y Jesús les dice: ¿Cuántos panes tenéis? Y ellos dijeron: Siete, y algunos pececillos. Y mandando a la multitud reclinarse sobre la tierra, tomó los siete panes y los peces, y dando gracias, rompió, y daba a sus discípulos, y los discípulos a las multitudes³⁰. Y comieron todos y se hartaron; y llevaron lo que sobraba de los pedazos, 38 siete canastas llenas. Y los que habían comido eran cuatro mil 39 varones, fuera de mujeres y niños. Y despidiendo las multitudes, entró en el barco, y fué a los términos de Magdalá³¹.

4. Retirada a Cesarea de Felipe

A. 1-12. NUEVO ATAQUE DE LOS FARISEOS UNIDOS A LOS SADUCEOS. PIDEN UNA SEÑAL DEL CIELO. GUARDARSE DE SU LEVADURA.—1.^o *El conflicto*. Jesús de regreso a Galilea, es sometido a una nueva prueba por los fariseos y los saduceos. Jesús los califica de hipócritas, que saben muy bien reconocer el aspecto del cielo y no discernen las señales de los tiempos. No tendrán otra señal que la de Jonás. (1-4)—2.^o *Partida de Jesús. Exhortación sobre la levadura*. Jesús, volviendo a pasar a la otra ribera del lago, pone en guardia a sus discípulos contra la levadura de sus adversarios. Los discípulos, que han olvidado llevar pan, toman esta recomendación en su sentido material. Jesús disipa esta equivocación y les reprocha su incredulidad, recordándoles las dos multiplicaciones de los panes. (5-12.)

XVI. Y allegándose los fariseos y saduceos, tentándole, le pidieron que les mostrara una señal del cielo¹. Mas él, respon-

sobras, aquí, siete. Pero lo que pone históricamente fuera de duda la realidad de los dos hechos, no es solamente el testimonio de Marcos (8: 1 y sig.), idéntico al de Mateo, sino las palabras de Jesús mismo, recordando ambos milagros y reprochando a sus discípulos el no haber guardado la instrucción correspondiente. (Mat. 16: 9, 10; Marc. 8: 19, 20.)

30. Todos estos detalles del relato son semejantes en ambos milagros. (Véase 14: 19, notas, y comp. 16: 10, nota.)

31. Se ve por este texto que Jesús atraviesa el lago, de la ribera oriental a la del Oeste. Es, pues, en esta región donde se hallaba *Magdalá*, la ciudad de María Magdalena, que hoy es sólo una pobre aldea llamada Medjdel, situada a una legua próximamente al Norte de Tiberías. Pero

este nombre sólo se lee en las *mayúsc.* más recientes. *Sin., B, D*, tienen una variante admitida por Tischendorf, Westcott y Hort, y la mayor parte de los críticos, y que dice *Magadán* en vez de *Magdalá*. No se conoce ni ciudad ni aldea de este nombre, lo que haría suponer que no es sino una corrupción de *Magdalá*. (Véase el *Viaje a Tierra Santa* de M. F. Bovet, 7.^a edic., p. 362.)

1. Véase sobre los *fariseos* y los *saduceos* 3: 7, nota.—Ha extrañado el ver, en el relato de Mateo, delegados de esas dos sectas enemigas unirse para *tentar* a Jesús. Pero recuérdese a Pilato y Herodes hechos amigos (Luc. 23: 12). ¿No se ve muy a menudo a los partidos más opuestos coligarse para conseguir ciertos fines? Esta asociación de los fariseos y de los saduceos señala un nuevo

diendo, les dijo: Llegada la tarde, decís: Buen tiempo, pues está rojo el cielo; y por la mañana: Hoy tempestad, pues está rojo y sombrío el cielo. Hipócritas; el aspecto, sí, del cielo, sabéis distinguir, mas las señales de los tiempos no podéis². Una generación mala y adúltera busca señal; mas señal no le será dada sino la señal de Jonás³. Y dejándolos se fué⁴.

5 Y yendo los discípulos al otro lado, habían olvidado tomar 6 panes⁵. Y Jesús les dijo: Mirad y cuidaos de la levadura de los 7 fariseos y saduceos⁶. Mas ellos razonaban entre sí, diciendo: 8 Porque no hemos tomado panes⁷. Y conociéndolo Jesús dijo:

progreso en la oposición contra Jesús.—Algunos intérpretes han querido identificar este pedido de una señal con el que Mateo ha referido en el cap. 12: 38. Pero, ¿por qué no habrían recurrido los adversarios más de una vez a la misma astucia? Se trata, por lo demás, aquí de otra cosa, de una señal procedente del cielo y apareciendo a la vista (24: 29 y sig.; Act. 2: 19). Esos hombres sabían que Jesús no la haría; esperaban aprovechar de ello para persuadir a las multitudes de que él no era el Mesías.

2. Estas palabras de los v. 2 y 3. desde *llegada* hasta *no podéis* faltan en *Sin., B* y otros, en versiones antiguas y en algunos padres. Un manuscrito las señala con un signo de duda; en fin, Marcos no las tiene en su relato paralelo (8: 11). Eso, sin embargo, no prueba su falta de autenticidad. Tischendorf las admite en su texto, pero entre paréntesis. Se halla en Lucas (12: 54-56) un pensamiento semejante, expresado por figuras algo diferentes. Hay, por lo demás, en nuestro pasaje, diversas variantes. Así, la palabra *hipócritas* del v. 3 es omitida por varios críticos.—Las *señales de los tiempos* que Jesús reprocha a sus adversarios de no saber discernir tan fácilmente como juzgaban del *aspecto del cielo*, son todos los fenómenos morales de una época, que pueden indicar su carácter distintivo. Se ha pensado aquí especialmente en los milagros de Jesús, que hacían enteramente inútil el pedido de una señal del cielo, o también en el cumplimiento de las profecías, etc. Pero la idea de Jesús

es general, como lo muestra este plural: *señales de los tiempos*. Por lo demás la gran señal del tiempo, una señal realmente *venida del cielo*, era la presencia y la vida del mismo Salvador.

3. Véase 12: 38, 39, nota. Es necesario observar esa palabra *señal* tres veces repetida intencionalmente.—El texto recibido teine: *Jonás el profeta*. Esta última palabra no es auténtica.

4. Encontrándolos indignos e incapaces de recibir otras enseñanzas (21: 17). "Justa severidad." *Bengel*.

5. Jesús mismo, después de haber dejado a los fariseos, pasa, *con sus discípulos*, a la ribera oriental del lago (Marc. 8: 13), pero los discípulos solos son nombrados aquí como sujeto del verbo *habían olvidado*. Vemos así que ordinariamente llevaban consigo la provisión de pan necesaria para el día o para un pequeño viaje.

6. Alusión a la conversación que acababa de tener lugar (v. 1-4). La *levadura*, ese fermento oculto en la masa, prohibida a los judíos en sus fiestas solemnes, es la figura de los pensamientos y sentimientos más íntimos de los hombres de que se trata aquí. Es lo que Mateo explica por la *doctrina* o la *enseñanza* de los fariseos y de los saduceos (v. 12). Jesús, en otra ocasión, designa con esta figura su hipocresía (Luc. 12: 1; comp. 1 Cor. 5: 6-8).

7. Oyendo las palabras de Jesús, los discípulos se aperciben de su olvido (v. 5); pero entendiéndolas literalmente, creen que el Maestro les reprocha el haber descuidado de *tomar*

¿Por qué razonáis entre vosotros, escasos de fe, porque no tenéis 9 panes? ¿Aun no entendéis ni os acordáis de los cinco panes de 10 los cinco mil, y cuántas cestas tomasteis; ni de los siete panes de 11 los cuatro mil, y cuántas canastas tomasteis? 8. ¿Cómo no entendéis que no sobre panes os he hablado? Mas cuidaos de la levadura 12 dura de los fariseos y saduceos 9. Entonces entendieron que no había dicho que se cuidaran de la levadura de los panes, sino de la enseñanza de los fariseos y saduceos 10.

B. 13-28. EN CESAREA DE FELIPE. PREGUNTA SOBRE EL HIJO DEL HOMBRE. CONFESIÓN DE PEDRO. PODER DE LAS LLAVES. PREDICCIÓN DE LOS PADECIMIENTOS DEL MAESTRO Y DE LOS DISCÍPULOS.—1.º Preguntas de Jesús y confesión de Pedro. Jesús, retirado con sus discípulos a la región de Cesarea de Felipe, los interroga sobre las opiniones corrientes a su respecto. Ellos le citan las distintas opiniones. Entonces les pregunta: ¿Cuál es vuestra convicción? Pedro responde con viveza: ¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente! (13-16).—2.º Declaración de Jesús a Pedro. Dichoso eres tú, le responde Jesús, porque esta fe es en ti una revelación de mi Padre. Y yo te digo: Tú eres Pedro y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y la mansión de los muertos no podrá tragaria. Yo te daré las llaves de mi reino: tendrás el poder de ligar y de desligar. (17-20).—3.º Jesús predice sus padecimientos y su muerte, Jesús se dedica luego a hacer comprender a sus discípulos que es necesario que él vaya a Jerusalén a padecer y a morir, y que resucite el tercer día. Pedro, llevándole aparte, protesta contra este pensamiento. Jesús le rechaza con severidad y le reprocha el juzgar de un modo completamente humano y no desde el punto de vista de Dios. (21-23).—4.º Cómo seguir a Jesús. Todo el que quiera ser su discípulo debe tomar la cruz. Querer salvar su vida, es perderla; y ¿para qué serviría entonces el ganar todo el mundo? pues el hijo del hombre vendrá a dar a cada uno según su conducta. El advenimiento de su reino está cerca. (24-28.)

panes. En efecto, comer con paganos o alimentarse con panes preparados por ellos, era a los ojos de los israelitas una impureza. Los discípulos piensan, pues, que les prohíbe también el pan de los fariseos y de los saduceos, y que, llegados a la otra orilla, no tendrán pan que puedan comer sin escrúpulo.

8. (14: 15 y sig.; 15: 32 y sig.). "El contraste entre el pequeño número de panes y los millares que fueron hartados es realizado por la mención del gran número de cestas que llenaron con los restos." B. Weiss. Después de estos dos ejemplos que los discípulos no podían haber olvidado, Jesús tiene derecho a reprocharles la falta de inteligencia que

acaban de demostrar al interpretar sus palabras como lo han hecho. Carecen también de fe; ¿con tal Maestro, podían ellos ser privados de pan? —Tenemos aquí el testimonio de Jesús mismo sobre la realidad de los dos milagros que recuerda a sus discípulos.—Las dos palabras griegas que traducimos por *cestas* y *canastas* (éstas más grandes que aquéllas) se encuentran exactamente en el relato de ambos milagros.

9. Así debe verse este versículo, según el texto verdadero. Jesús, después de expresar su extrañeza por la interpretación material de los discípulos, se contenta con repetir su exhortación: *Guardaos*.

10. Véase v. 6, nota.

13 Y llegando Jesús a las partes de Cesarea de Felipe 11, preguntaba a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres 14 que es el hijo del hombre? 12. Y ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; otros, Jeremías o uno de los profetas 13. 15, 16 Díceles: Mas vosotros, ¿quién decís que soy? 14. Y respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios

11. Ciudad antiguamente llamada Paneas, situada al pie del Hermón, cerca de las fuentes del Jordán. Había sido agrandada por el tetrarca Felipe, y llamada por él *Cesarea* en honor del emperador; se agregaba a este nombre el de *Felipe* para distinguirla de la otra Cesarea, situada en las márgenes del Mediterráneo. Jesús se iba a esas regiones montañosas y semipaganas del Norte, para hallar allí la soledad que ya había buscado en la ribera oriental del lago, o en la región de Tiro y Sidón (Cap. 14 y 15). Tenía por otra parte graves preguntas que dirigir a sus discípulos, y revelaciones importantes que hacerles. (Comp. sobre la situación de Cesarea de Felipe, *Jesús*, por Mme. de Gasparin, p. 127 y sig.)

12. Manuscritos autorizados y versiones antiguas suprimen el pronombre *yo*, que omite también Tischendorf. Entonces debe traducirse: "¿Quién dicen los hombres (las gentes a nuestro alrededor, en el país) que es el hijo del hombre?" El sentido es el mismo en el fondo, puesto que Jesús se designaba ordinariamente por esta expresión: *el hijo del hombre*.—La pregunta significa pues: ¿A qué convicción has llegado respecto de mí que he aparecido en la humilde condición de un hijo de los hombres? ¿Se elevan hasta la concepción verdadera de mi misión mesiánica contenida en este nombre? (Comp. 8: 20, nota.) Los discípulos habían podido recoger, recorriendo el país durante su primera misión, numerosos informes a este respecto. Y esta pregunta general tenía por fin introducir otra pregunta que Jesús se proponía dirigir a ellos más directamente (v. 15).

13. Todas estas opiniones equivalían a tener a Jesús por un precursor del Mesías. *Juan el Bautista* ha-

biendo muerto, los que creían verle revivir en Jesús compartían la superstición de Herodes (14: 2). Los que le consideraban como *Elías* no pensaban que este profeta hubiese reaparecido en Juan el Bautista (11: 14; 17: 10). *Jeremías*, el profeta mártir, que había presidido la ruina de Jerusalén, desempeñó un gran papel en la leyenda posterior. Según 2 Macabeos 2: 4 y sig., habría ocultado el arca y los utensilios sagrados. La idea de la reaparición de los antiguos profetas era general en el judaísmo desde el destierro. (1 Mac. 9: 27; 4: 46; 4 Esdras 2: 18.) B. Weiss piensa que los que consideraban a Jesús como Jeremías o alguno de los profetas, no lo tenían por el precursor del Mesías, y se distinguían en eso de los primeros. Pero ¿no tenían conexión todas esas repariciones de antiguos profetas, en la creencia popular, con la era mesiánica? (Comp. Juan 1: 21; 7: 40).—Se ve por esta respuesta de los discípulos que, si muchas veces la multitud había presentado en Jesús un enviado de Dios, muy pocos, sin embargo, osaban reconocerle como el Mesías y el Salvador. La fe clara y firme de Pedro es tanto más admirable (v. 16).

14. *Pero ¿vosotros?* ¿Pregunta capital para los discípulos de entonces y para los de todas las épocas! Jesús jamás había declarado expresamente a sus discípulos *quién era*. Había querido, con profunda sabiduría, que llegasen gradualmente a conocerle escuchando sus palabras, viendo sus obras, contemplando su vida santa, formándose así una convicción personal y viviente. La verdadera fe no nace de otro modo. Pero ahora que el tiempo de sus sufrimientos y de su muerte se acercaba (v. 21), tiempo de terrible prueba para los discípulos, el Maestro quiere que se den cuenta de su fe y que se la confiesen

17 viviente¹⁵. Y respondiendo Jesús, le dijo: Dichoso eres, Simón Barjonás¹⁶, porque no te lo reveló carne y sangre sino mi Padre 18 que está en los cielos¹⁷. Y yo también te digo que tú eres

solemnemente, a fin de fortalecerse en ella. La hora de decisión para su vida entera había sonado.

15. Pedro, según su costumbre y su carácter, toma la palabra, pero la toma en nombre de todos.—*Cristo* en griego, como *Mesías* en hebreo, significa *Ungido*, el Ungido del Eterno, por la plenitud del Espíritu de Dios (1: 16, nota). Pedro veía, pues, en Jesucristo el cumplimiento de todas las promesas, la realización divina del antiguo pacto entero, el Libertador prometido a Israel y al mundo.—Pero no se contenta con eso. Este Mesías es para él *el Hijo de Dios*, en un sentido único, exclusivo (3: 17). Aquel que es en su persona la perfecta revelación de Dios (11: 27). Es probable, sin embargo, que la completa significación de este nombre no fuera comprendida por los apóstoles sino después de la resurrección de Cristo (Rom. 1: 4), y bajo la influencia del Espíritu de Pentecostés.—Para señalar bien el alcance de su confesión, Pedro agrega al nombre de Dios un epíteto de profundo sentido: Hijo del Dios *viviente*, oponiéndole así a los ídolos sin vida que los hombres adoran (Act. 14: 15; 17: 29) y presentándole como la fuente única de la vida del universo, de la vida divina que se manifestaba en su Hijo (Juan 6: 68). “Desde el principio, la sencillez enteramente humana y la pobreza de la vida de Jesús, la apariencia débil del hijo del hombre había contrabalanceado la impresión de los grandes hechos de que los apóstoles eran testigos; en último lugar, las miserias de sus vidas de fugitivos habían echado un sombrío velo sobre las manifestaciones de la gloria de Jesús. La confesión de Simón Pedro, en estas circunstancias, es un gran hecho. No se sabe qué se debe admirar más, si este ímpetu de los discípulos que quiebran el molde del pensamiento judío, quebrantan el juicio de los jefes religiosos, se elevan sobre la opinión popular, hallan exaltado y divino lo que es humilde y hollado,

porque, a los ojos del espíritu, es exaltado y divino,—o la personalidad de Jesús quien, a pesar de la potencia abrumadora de las circunstancias exteriores, obtiene de discípulos tan débiles la expresión franca, pura, sublime del efecto producido en ellos por el conjunto de su actividad”. *Keim*.—En nuestro evangelio es donde está más completa esta confesión de Pedro. Según Marcos, dice: *Tú eres el Cristo*; según Lucas: *Tú eres el Cristo de Dios*; según Juan (6: 69): *Tú eres el Santo de Dios*; pero estos títulos implican el de Hijo de Dios.—Mateo sólo relata las palabras siguientes de Jesús a Pedro.

16. Si *dichoso*, pues ¡tal fe abría a Pedro la fuente de la felicidad presente y eterna!—Jesús da a su discípulo su antiguo nombre completo, por oposición al nuevo que va a confirmarle. (v. 18; comp. Juan 1: 43). Algunos intérpretes no quieren ver en estos nombres de *Simón*, *hijo de Jonás*, más que la solemnidad del discurso. El original conserva la palabra hebrea: *Barjonás*, hijo de Jonás). Otros piensan que Jesús los da a Pedro a causa de su significación: *Simón*, el que escucha, que sabe escuchar y entender; *Jonás*, la paloma, el emblema del Espíritu (3: 16). Pero tal no es la intención del Salvador. Dando a su discípulo su antiguo nombre, llevando así su pensamiento a su estado natural, en el cual jamás habría podido hacer tal confesión, Jesús lo prepara para la solemne declaración que sigue sobre el origen de su conocimiento y de su fe.

17. *La carne y la sangre es el hombre*, pero el hombre natural tal cual nace y vive sin la regeneración por el Espíritu. (Juan 3: 6; 1 Cor. 15: 50; Gál. 1: 16). Eso supuesto, no es ello lo que *revela* a un alma la divinidad del Salvador. El *Padre* solo lo hace por su Espíritu. Sin esta acción divina, la misma presencia y la palabra de Jesús no habrían bastado para llevar a Pedro a la fe, como lo prueba el ejemplo de tantos oyentes suyos que no llegaron a ella (Juan

Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia¹⁸, y las puertas

6: 60-66).—El objeto del verbo *te han revelado* no está expresado en griego; resulta de la confesión de Pedro (v. 16): es el hecho de que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios.

18. Gr. “tú eres *Pétros* (masculino), una *pedra*; y sobre esta *pétra* (femenino), sobre esta *roca*, edificaré...” Se ve que el evangelista ha empleado en griego estos dos sinónimos de modo que uno sea nombre propio, el otro nombre común. El francés como el griego vierte ese juego de palabras: “Tu es *Pierre*, et sur cette *Pierre*...” Pero Jesús hablaba arameo y repitió idénticamente el mismo término: “Tú eres *Kefas* (roca) y sobre esta *Kefas*...” (Juan 1: 43).—Se ha hallado una contradicción entre este último pasaje y nuestro relato: según Juan, Pedro habría recibido este nombre desde el principio. Pero aquí Jesús no le da este nombre, se lo confirma: *eres Pedro*.—¿Cuál es el sentido de las palabras tan largamente controvertidas: *sobre esta roca edificaré mi iglesia*? Y ante todo, ¿qué es aquí la iglesia, palabra que no se halla en nuestros evangelios excepto en nuestro pasaje y en Mateo 18: 17? El término castellano *iglesia* es griego por su etimología (*ecclesia*), y en la lengua original significa toda asamblea o más bien *convocación*, aun fuera de un fin religioso (Act. 19: 39, 40). Jesús seguramente se sirvió del término hebreo *kahal*, que designaba las convocaciones solemnes del pueblo israelita. Con esta palabra, no pretendía designar una iglesia particular, sino el conjunto de los que creerían en él. (Muy distinto es en el cap. 18: 17). En fin, considera la iglesia, según una figura de lenguaje que a menudo empleará el apóstol Pablo, como un edificio que se trata de *edificar*. La crítica negativa, no admitiendo que Jesús pudiese hablar de *su iglesia* antes que ella existiese, pone en duda la autenticidad de estas palabras, que, según ella, pertenecen a un orden de cosas posterior. ¿Cómo entonces podría Jesús hablar tan frecuentemente de *su reino* (v. 19), describir todos sus caracteres y todos sus desarrollos, hasta la perfección? La

noción de tal sociedad espiritual era por otra parte inspirada por la comunión de las almas piadosas en el seno del pueblo de Israel, que formaban ya una iglesia. Y asimismo ¿no constituían ya *su iglesia* el pequeño número de creyentes reunidos alrededor del Salvador? ¿Y no habría podido Jesús prever todos sus desarrollos futuros! Es menester resignarse: suprimir del Nuevo Testamento la presciencia y la divinidad de Jesucristo, es condenarse a no hallar en él más que una larga serie de enigmas.—Ahora, ¿qué prerrogativa confiere el Señor a Pedro por estas palabras? Es necesario, ante todo, descartar todas las interpretaciones contrarias a una sana exégesis. Así la idea de Agustín de que Jesús, al decir: *sobre esta roca*, se designaba a sí mismo con el gesto. Igualmente también la de varios padres y de la mayoría de los intérpretes protestantes de que *esta roca* es la confesión de Pedro, o su fe considerada en un sentido abstracto. Sin duda, a causa de esta fe lo proclama el Señor la roca sobre la cual fundará su iglesia, y poco después, cuando Pedro no comprenda las cosas divinas, le llamará Satanás (v. 23). Pero es necesario reconocer que diciéndole Jesús: *Tú eres Pedro... sobre esta piedra, edificaré...*, designa claramente la persona del apóstol. Sobre su persona, en cuanto por lo menos, se mostrare, por la obediencia y la fe, una Peña; sobre su acción personal, descansará el edificio de la iglesia. El suceso ha confirmado la profecía. Los primeros capítulos del libro de los Actos nos presentan a Pedro como el fundador de la iglesia, entre los judíos (cap. 2), entre los samaritanos (cap. 8: 14 y sig.), y entre los paganos (cap. 10). En todos los catálogos de los apóstoles, Pedro es nombrado el *primero*. (Mat. 10: 2; Marc. 3: 16; Luc. 6: 14; Act. 1: 13). A los ojos de la iglesia primitiva ha ocupado efectivamente, pues, el rango que el Maestro le había asignado. ¿Qué hay en este hecho que pueda dar el menor pretexto a las invenciones absurdas e impías de la iglesia de Roma? Un apóstol no tiene sucesores, Pedro no fun-

19 de la mansión de los muertos no prevalecerán contra ella¹⁹. Te daré las llaves del reino de los cielos²⁰, y todo lo que ligares

dó la iglesia de Roma y jamás fué su obispo (véase la introducción de la epístola a los Romanos); pero aunque lo hubiese sido, la pretensión de los papas de heredar su rango y aun mucho más, constituye una impiedad. Pablo sin duda no teme mostrar la iglesia edificada "sobre el fundamento de los apóstoles", pero tiene cuidado de agregar que Jesucristo sigue siendo "la piedra angular" (Ef. 2: 20; comp. Mat. 21: 42), el único fundamento divino que pueda colocarse (1 Cor. 3: 11; 1 Pedro 2: 6). En cuanto a Pedro, si desempeñó un papel preponderante mientras se trató de colocar los primeros fundamentos de la iglesia, otros apóstoles, Pablo por su acción, Juan por sus escritos, se han hecho, posteriormente, mayores que él. Y él mismo jamás tuvo otro sentimiento (1 Pedro 5: 1; comp. Mat. 19: 28 y Apoc. 21: 14). Además, en todo el Nuevo Testamento, no se hallan huellas de una supremacía ejercida por Pedro en el gobierno de la iglesia. Es la iglesia quien elige los diáconos (Act. 6). Cuando se trata de bautizar los primeros paganos, Pedro consulta a los discípulos (Act. 10: 47), luego se justifica humildemente ante la iglesia (Act. 11: 2 y sig.); en el concilio de Jerusalén, toma una parte decisiva en la discusión, pero es Jacobo quien propone y hace adoptar la resolución (Act. 15); en fin, este apóstol acepta la reprensión de Pablo (Gál. 2). Agreguemos que todo este discurso de Jesús a Pedro es omitido en el relato de Marcos, su "intérprete", y en el de Lucas, prueba de que estas prerrogativas temporarias tenían poca importancia en la tradición apostólica. (Véase sobre este pasaje R. Stier, *Discursos del Señor*, tomo II, p. 204 y sig.).

NOTA DEL TRADUCTOR. — No nos parece conveniente llamar *iglesia* a la "comunidad de las almas piadosas de Israel". Haciéndolo así no sabemos ya lo que valen los términos. No hay solamente "comunidad" espiritual en una iglesia, sino también organización y ésta es esencialmente distinta de la teocracia israelita. Y en cuanto a la "iglesia" formada por los apóstoles y el Señor durante la vida terrenal de éste, es mejor tener el mismo cuidado

que Jesús tuvo al hablar en futuro pues dice: *Edificaré*, lo que significa que él no consideraba aún fundada la iglesia. La reacción del autor contra la crítica negativa es legítima y necesaria, pero conviene no irse al otro extremo y ver iglesia por todas partes,

19. La mansión de los muertos (gr. *hades*, el lugar invisible; comp. 11: 23, nota) es considerada como una fortaleza que tiene *puertas* tan firmes, que nadie puede salir de ella. (Comp. Job 38: 17; Isa. 38: 10; Sal. 9: 14.) Bien; Jesús afirma que el edificio de su iglesia será aún más firme, y que no perecerá jamás. Todas las interpretaciones que suponen aquí un combate entre el poder de las tinieblas y la iglesia falsean la figura; las puertas no atacan, pero las de la muerte se abren para tragar víctimas, y jamás tragarán la iglesia: ésta no morirá. Además no se debe, como en nuestras versiones ordinarias, confundir el *hades*, mansión de los muertos, con el infierno.

20. El reino de los cielos (comp. 3: 2, nota) tiene aquí poco más o menos el mismo sentido que la palabra *iglesia* (v. 18), con esta diferencia, que la expresión es más general. El reino de Dios, en efecto, es más extenso que la iglesia; abarca esferas de la vida humana que no pertenecen necesariamente a la iglesia, como el estado, la familia, la cultura del espíritu humano por la civilización, las ciencias, las artes. Pero en último resultado, cuando este reino haya llegado a la perfección por el regreso de Cristo, será identificado con la iglesia.—Este reino lo mismo que la iglesia que se trata de *edificar* (v. 18), es considerado figuradamente como un edificio que se abre o cierra por medio de *llaves*. Poseer esas llaves es tener la autoridad de abrir o de cerrar de admitir o de excluir. (Véase sobre esta figura Isa. 22: 22; Luc. 11: 52; Apoc. 1: 18; 3: 7; 9: 1.) Después de haber comparado a Pedro con la roca sobre la cual será levantado el edificio de la iglesia, Jesús lo asemeja a un mayordomo que administra la casa de su Señor. Por la predicación del evangelio que pro-

sobre la tierra quedará ligado en los cielos, y todo lo que desligares sobre la tierra quedará desligado en los cielos²¹. Entonces encargó severamente a sus discípulos que a nadie dijeran que él es el Cristo²².

duce la fe, que es "olor de vida u olor de muerte", que abre o cierra por consiguiente el reino, llena el apóstol su oficio. Este poder no fué dado a Pedro solamente (véase la nota siguiente) y no le fué conferido en el momento en que oyó estas palabras, sino después que hubo recibido el Espíritu de Dios. De ahí el futuro: Yo te daré.

NOTA DEL TRADUCTOR. — "El reino de Dios abarca esferas de la vida humana que no pertenecen necesariamente a la iglesia, como el estado, la familia, la cultura del espíritu humano por la civilización, las ciencias, las artes." Si quisiera decir el autor que los súbditos del reino de los cielos tienen verdadero interés en el progreso de todas aquellas esferas de actividad humana, estaríamos plenamente de acuerdo; pero su pensamiento es que el estado y la familia forman parte del reino de Dios. Tal concepto no es por cierto neotestamentario; pues si bien todo el que nace dentro de los límites de una nación es, de hecho, miembro de ella, sólo forman parte del reino de los cielos aquellos que pasan por la conversión, es decir por la experiencia que, más que cualquier otra, requiere una decisión voluntaria y libre, bien definida y categórica. Quedan, pues, necesariamente, fuera del reino las muchedumbres que no aceptan personalmente al Cristo, y por tanto hay un inmenso caudal de cultura y actividades extrañas a aquél. ¿Cómo podría el reino de Dios abarcar al estado sin forzar la conciencia de los ateos, de los indiferentes, de los que profesan otras religiones? Y lo que del estado decimos, se puede repetir respecto de la familia. El principio evangélico de la salvación y vida personal del creyente — gloriosa característica de la religión del Cristo — se opone al multiformismo según el cual todos los que forman parte de un país "cristiano" por adopción oficial de una religión de tal índole, son cristianizados por el ambiente, por una especie de evolución espiritual.

21. Estas palabras, igualmente figuradas, completan las precedentes. Han sido muy diversamente interpretadas, según lo que se entiende por las palabras *ligar* y *desligar*. Unos, para poner estos términos en armonía con la figura de las llaves, les hacen significar *cerrar* y *abrir*, es decir excluir o admitir. Pero este sentido no es justificado por ningún ejemplo en la lengua griega; y por

otra parte, el objeto de estos verbos, este pronombre neutro: *lo que ligares* o *desligares*, no puede aplicarse a una puerta y menos aún a personas excluidas o admitidas. Otros, hallando en el hebreo rabínico el uso de las palabras *ligar* y *desligar* por *prohibir* o *permitir*, adoptan este sentido, y ven aquí la autoridad conferida a Pedro (y a los demás apóstoles) para el gobierno de la iglesia. Otros, en fin, comparando las palabras de Jesús con las que él dirige a sus discípulos en Juan 20: 23, y recordando que los pecados que él autoriza a *remittir* son una deuda, una obligación cuyo perdón *desliga* las almas, comprenden nuestro pasaje en el sentido de *remittir* o *retener* los pecados. Esta interpretación poco puede ser disputada, puesto que se basa en palabras tan claras de Jesús. Los dos últimos sentidos indicados, lejos de excluirse, se reclaman el uno al otro. La autoridad de los apóstoles para administrar la iglesia supone su autoridad para ejercer la disciplina; y esta doble autoridad es inseparable del papel que son llamados a desempeñar en el establecimiento y el desarrollo del reino de los cielos.—Pero es necesario apresurarse a agregar que este poder temible, aquí conferido a Pedro, lo es igualmente a todos los apóstoles, y aun a toda la iglesia (18: 18; Juan 20: 23) en la que reside, para todos los tiempos, la autoridad de ejercer sobre sus miembros una disciplina cristiana. Y aun es necesario, para evitar los abusos que se ha pretendido basar en estas palabras, que la iglesia misma no obre en esto sino en plena conformidad con la palabra de Dios y bajo la influencia de su Espíritu. Fuera de esto, todas esas decisiones *sobre la tierra*, muy lejos de ser ratificadas *en el cielo* (por Dios mismo), resultarían tan solo usurpaciones sacrílegas.

22. (Comp. 8: 4, nota.) Jesús no quiere ni excitar falsas esperanzas

21 Desde entonces empezó Jesús a mostrar a sus discípulos que era necesario que fuera él a Jerusalén, y padeciera mucho de parte de los ancianos y principales sacerdotes y escribas, y fuera
22 matado²³, y resucitara al tercer día²⁴. Y tomándole aparte Pedro,

mesiánicas entre el pueblo, ni provocar antes de tiempo el odio de sus adversarios. En la hora del martirio, él mismo declarará solemnemente quién es (26: 63, 64).—Esta palabra muy acentuada: "Que él es el Cristo", que nuestras versiones debilitan, lleva el pensamiento al diálogo que precede, v. 13-16.—El texto recibido tiene: "que él es Jesús, el Cristo." Palabra agregada, no auténtica.

23. Estas palabras desde entonces empezó Jesús (Sin. y B tienen: *Jesucristo*) señalan un momento importante en las revelaciones que Jesús hace a sus discípulos sobre la naturaleza de su obra. Hasta entonces no había habido en sus discursos sino alusiones vagas y oscuras a sus padecimientos y muerte (10: 33, nota; Juan 2: 19; 3: 14; comp. Juan 1: 29, 36). Ahora que sus discípulos han creído en él y le han confesado como el Cristo, el hijo de Dios, puede hablarles de eso abiertamente. y aun lo debe hacer, a fin de disipar si es posible, en su espíritu las falsas ideas mesiánicas que conservaban ellos todavía, y prepararlos a compartir sus humillaciones y sus dolores. Marcos (8: 31) y Lucas (9: 20-22) colocan también esta predicción en relación directa con la confesión de Pedro. Marcos agrega (v. 32) que él les dijo *abiertamente* (gr. *libremente, osadamente*) estas palabras. Cuando la verdadera fe ha nacido debe el cristiano esperar la contradicción y el dolor. En cuanto a Jesús, *era necesario*, dice. Misteriosa necesidad, fundada en el decreto de la justicia y de la misericordia de Dios, anunciado en las escrituras. *Era necesario*, a menos que el mundo debiese perecer en su pecado. Esto es lo que Dios no quería, y Jesús acepta por amor la voluntad de su Padre. (26: 39; comp. 26: 54; Luc. 24: 26; Juan 3: 14).—El sanedrín estaba compuesto de estas tres clases de hombres: los *ancianos*, los *prin-*

cipales sacerdotes y los *escribas*, o doctores de la ley. Hay algo de solemne en la manera como Jesús los nombra en detalle y los ve conjurados contra él para *matarle*. ¡Esa será la ruptura trágica de la teocracia con el Mesías y su reino!

24. ¡Después de la derrota, el triunfo; después de la muerte, la vida! Si una de estas predicciones debía abatir a los discípulos, la otra era destinada a fortalecerlos. Pero aquí halla la crítica una piedra de tropiezo, y no se puede negar que haya una dificultad. ¿Cómo es, se pregunta, si Jesús ha predicho tan claramente la resurrección a sus discípulos, que éstos no hayan tenido ya ninguna idea de ella después de su muerte, y aun se hayan negado a creerla, hasta haberlo visto, vivo, con sus ojos? No pudiendo resolver la cuestión, los unos han puesto en duda la predicción, otros (Meyer por ejemplo) han supuesto que esta predicción había sido vaga y oscura (como en los pasajes citados en la nota precedente) o formulada en el lenguaje poético del Antiguo Testamento (Sal. 118: 17; comp. Oseas 6: 2), y que había recibido después del suceso, en la tradición apostólica, el carácter positivo y claro que tiene aquí. Pero ¿no nos dan los mismos evangelistas la clave del enigma? Nos instruyen de que, completamente llenos aún de su prejuicio judío respecto de un Mesías glorioso, no comprendieron absolutamente nada de esta predicción de sus padecimientos y de su resurrección (Marc. 9: 32; Luc. 18: 34). Bien; lo que no se comprende, no queda en la memoria. El ejemplo de Pedro (v. 22) prueba que él comprende mejor las palabras de Jesús, pero que rehusa decididamente entrar en su pensamiento. ¿Cómo, pues, un acontecimiento tan extraordinario como la resurrección, no les habría parecido increíble? Y aun cuando no hubieran errado en este punto de la inteligencia de este misterio, ¿no hay

empezó a reprenderle, diciendo: Séate [Dios] propicio, Señor;
23 de cierto no te acontecerá esto²⁵. Mas él, volviéndose, dijo a Pedro: Quitate de mi vista, Satanás, tropezadero mío eres²⁶, porque no te preocupas de las cosas de Dios sino de las de los
24 hombres²⁷. Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz,
25 y sígame²⁸. En efecto: cualquiera que quisiera salvar su vida, la perderá; mas cualquiera que perdiera su vida por causa de mí,
26 la hallará²⁹. Pues ¿qué aprovechará un hombre, si ganare el mundo entero, mas sufriere la pérdida de su alma? o ¿qué dará
27 un hombre en cambio de su alma?³⁰, pues debe venir el hijo del hombre en la gloria de su Padre, con sus ángeles; y entonces

una inmensa distancia entre *Comprender y creer?*

25. Esta *reprensión* que Pedro se permite tenía sin duda por objeto convencer a Jesús de que él estaba destinado a algo muy distinto de tal fin. Había amor a su Maestro en esta emoción del discípulo, pero había aún más ignorancia al invocar sobre él la misericordia. Hay literalmente: *Séate propicio* (sobrentendido, *Dios*). La seguridad con la que el discípulo afirma que *eso no acontecerá*, le atrae las severas palabras de Jesús (v. 23).

26. *Volviéndose* significa que Jesús se aparta con indignación. Sobre esta expresión severa: *Vete de delante de mí*, comp. 4: 10.—*Satanás* significa el *adversario*, el que *resiste* (Núm. 22: 22; 2 Sam. 19: 22); pero este nombre era dado comúnmente al diablo (1 Crón. 21: 1; Job 1: 6; Zac. 3: 1 y sig.) y Jesús, llamando así a su discípulo, quiere realmente hacerle comprender que hacía en ese momento la obra del tentador. Lo que lo demuestra, es este *escándalo* (tropiezo, ocasión de caída) que Jesús halla en las palabras del discípulo. El Salvador necesitaba toda su santa resolución y toda su fuerza para ir al encuentro de sus padecimientos; y Pedro le presentaba la misma tentación que Satanás en el desierto, ofreciéndole los reinos del mundo y su gloria (4: 8, 9).

27. La palabra griega traducida por *preocuparse* expresa una disposición moral del corazón. Significa, respecto de las cosas religiosas, inte-

resarse, aficionarse (Rom. 8: 5). Pedro no pone su pensamiento en las cosas de Dios, es decir en sus grandes designios relativos a la redención del mundo por los padecimientos del Mediador, sino en las cosas de los hombres, es decir en las ideas carnales de un Mesías glorioso. Pero estas palabras, aplicables en todo tiempo al hombre natural, tienen un alcance mucho más general, como lo demuestran los versículos siguientes que son su comentario profundo.

28. Comp. 10: 38, nota. Tres condiciones absolutas: 1º *renunciar*, no solamente a tales o cuales cosas exteriores, sino al *yo*, a todo lo que lo forma; 2º *cargarse con su cruz*, instrumento de dolor, de oprobio y de muerte, como debía hacerlo cada condenado a muerte (Juan 19: 17); 3º *seguir* a Jesús en su camino de obediencia y de humillación hasta la muerte. Es necesario notar la conexión directa y profunda de estas palabras con las de Pedro (v. 22).

29. ¿Quién es este que se presenta a los hombres como el objeto supremo de su amor, a quien deben sacrificarlo todo, hasta su vida misma? El que habla así es Dios, o bien blasfema, colocándose en lugar de Dios.

30. Comp. 10: 39, nota. Si traducimos (v. 25) por *vida* y (v. 26) por *alma*, es para evitar cualquier error, pues la palabra griega es la misma y tiene ambos significados, o más bien designa la vida del hombre en el sentido absoluto, el asiento de la vida física como de la vida espiritual. El contraste que Jesús esta-

28 retribuirá a cada uno según su conducta³¹. En verdad os digo que hay algunos de los que aquí están, los cuales de cierto no gustarán muerte hasta que vean al hijo del hombre viniendo en su reino³².

C. 1-13. LA TRANSFIGURACIÓN.—1.º *Jesús glorificado*. Seis días después de recibir la confesión de Pedro y predecir sus padecimientos, Jesús lleva sus tres discípulos más íntimos a un alto monte, y allí toda su persona resplandece con una brillante gloria. (1-2).—2.º *La aparición de Moisés y de Elías*. Estos dos representantes del antiguo pacto conversan con Jesús. Pedro propone hacer tres tiendas. (3-4).—3.º *La voz del cielo*. Una nube luminosa los cubre, de la cual sale una voz: Este es mi Hijo amado; oídle. Espan-tados los discípulos, caen sobre sus rostros. Jesús los toca y conforta. No ven sino a Jesús solo. (5-8).—4.º *Silencio ordenado. Explicación solicitada*. Jesús prohíbe a los discípulos hablar de lo que han visto hasta que él haya resucitado. Le interrogan sobre el sentido de la profecía que anunciaba que Elías debía venir primero. Jesús les hace saber que esta profecía ha sido cumplida en Juan el Bautista. La suerte de éste será igualmente la suya. (9-13.)

blece está entre la vida natural, terrestre, egoísta, y la vida divina creada por el Espíritu de Dios. Quer-*er salvar* la una, es *perder* la otra; y el mundo entero no podría compensar esta pérdida.

31. Gr. *su conducta*, su práctica, como manifestación de lo que había en su corazón.—Este versículo, que lleva el pensamiento al juicio eterno, es una solemne sanción de la sentencia absoluta que precede, y que será manifestada en el momento de la aparición de Jesucristo.—Vendrá en la gloria de su Padre, investido, él, el hombre-Dios, con el esplendor de las perfecciones divinas, que son la gloria de Dios.—Los ángeles son los ejecutores de la voluntad divina (13: 41, 49; 25: 31).

32. *Gustar la muerte*, saborear su dolor, su amargura, es morir.—Pero ¿qué significa la declaración contenida en este versículo? A primera vista, parece natural explicar esta expresión, *venir en su reino*, a la luz del v. 27, y entender por ella el regreso final de Cristo para el juicio. Pero entonces habría en esta promesa un grave error de hecho que no podría atribuirse al Salvador, que conocía tan bien el porvenir más le-

jano de su reino. De ahí que algunos intérpretes hayan visto el cumplimiento de estas palabras en la ruina de Jerusalén (según el cap. 24; comp. 10: 23), otros en la resurrección de Jesucristo, otros también en la historia de la transfiguración que sigue. (Crisóstomo.) La mayor parte, en fin, han hallado el cumplimiento en la efusión del Espíritu Santo y el establecimiento del reino de Cristo sobre la tierra. Y en efecto, este modo de ver concuerda con los términos empleados por Marcos (9: 1) y Lucas (9: 27) para dar la misma idea: el uno dice: "hasta que vean el reino de Dios viniendo con potencia"; el otro, más simplemente aún: "hasta que vean el reino de Dios." Bien: este reino ha venido con potencia desde Pentecostés; viene sin cesar progresivamente, y el regreso de Cristo no será más que su coronación. Si se opondrá la palabra *algunos*, puesto que todos los oyentes de Jesús debían ver el cumplimiento de esta promesa, se comete un error. El reino de Dios que se establece en las almas no es visto sino por la fe que nos introduce en él (Juan 3: 3; comp. el Comentario de M. Godet sobre Lucas 9: 27.)

XVII. Y seis días después, toma consigo Jesús a Pedro y a Jacobo y a Juan su hermano, y los lleva a un alto monte aparte¹.
2 Y fué transfigurado delante de ellos², y brilló su rostro como
3 el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz³. Y he aquí,

1. *Seis días después* de las conversaciones precedentes. (16: 13 y sig) Lucas dice: *como ocho días después*; esa palabra como explica suficientemente la diferencia.—Los tres discípulos que toma Jesús consigo fueron los únicos testigos del momento más glorioso de su vida y de su mayor humillación (26: 37).—*El alto monte*, donde sucede la gran escena que sigue, sería, según una tradición que data del siglo cuarto, el Tabor. Pero como Jesús estaba entonces en la región de Cesarea de Felipe, en los límites septentrionales de Galilea, mientras que el Tabor está situado al Sur-Oeste del lago de Genezaret; y como la partida de Jesús y su regreso a Galilea son mencionados por Marcos después de la transfiguración y la curación del lunático (9: 30,33), mientras que ninguno de los evangelistas alude a un traslado de Jesús después de la confesión de Pedro, esa tradición es menos que improbable. Se supone con mucha verosimilitud que se trata del Hermón, cuyas altas cimas se levantan cerca de los lugares donde estaban entonces Jesús y sus discípulos. (Véase el *Viaje a Tierra Santa*, de F. Bovet, p. 349, 7.ª edic.; *Jesús*, por Mme. de Gasparin, p. 143.)—Según nuestro relato y el de Marcos, se podría pensar que el Salvador subió a esta montaña con sus tres discípulos para su transfiguración. Pero Lucas nos hace saber que subió allí para buscar la soledad para orar, y que en su oración "su rostro se hizo otro." (Comp. Ex. 34: 29; 2 Cor. 3: 18.)

2. Gr. *metamorfosado, transformado*. Mateo y Marcos solamente emplean esta palabra, Lucas dice: "La apariencia de su rostro se hizo otra." No carece de interés observar que Pablo expresa con este mismo verbo la transformación moral que se realiza en el cristiano por su regeneración y su glorificación gradual. (Rom. 12: 2; 2 Cor. 3: 18.)

3. Los evangelistas toman de la naturaleza todos sus esplendores (comp. Marcos y Lucas), sin conseguir describirnos la gloria divina de que toda la persona del Hijo de Dios fué como inundada en aquel momento. Para el Salvador, fué la respuesta a su oración, el preludio de su glorificación definitiva. (Comp. Juan 17: 5.) Jesús era sin pecado. Había andado desde su infancia en el camino de la obediencia perfecta. Se había desarrollado, incesantemente en la santidad. Había llegado al término de este desarrollo. Podía abandonar la tierra, habiendo terminado el tiempo de la prueba. Pero no era normal que saliese de esta vida como los demás hombres por la muerte, porque "la muerte es el salario del pecado." (Rom. 6: 23.) La salida normal de la existencia terrestre para este hombre perfectamente santo era la glorificación progresiva de su ser entero. "Su cuerpo siempre al servicio de Dios, siempre instrumento de la santidad, se convertía en cuerpo espiritual, cuerpo celestial, cuerpo tal cual nosotros lo poseeremos un día. Maduraba insensiblemente para el cielo y la transfiguración señala precisamente el momento en que Jesús, llegado al punto culminante de una vida humana, arriba al término natural de la santidad, quiero decir a la gloria." Ch. Porret (*Chrétien évangélique*, 1879, p. 113.) Los milagros cada vez más brillantes que Jesús había realizado en los últimos tiempos (multiplicación de los panes, marcha sobre las aguas) eran indicios de ese triunfo creciente del espíritu sobre la materia. Pero era necesario que Dios le diese una demostración solemne, imposible de desconocer, no solamente para él, sino para sus discípulos, de la realidad de la victoria que él había alcanzado sobre la muerte por su santificación perfecta. Esta demostración le fué suministrada por la transfiguración, en que Dios lo elevó,

4 les aparecieron Moisés y Elías, conversando con él⁴. Y tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, bueno es que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres tiendas, para ti una, y para Moisés una, y para Elías una⁵. Hablando él aún, he aquí, una nube luminosa los cubrió; y he aquí, una voz de la nube diciendo: Este es mi Hijo amado, en quien me agrado; a él oíd⁶. Y oyéndolo

algunos instantes, a la existencia gloriosa del cielo. Hasta aquí Jesús, caminando por la fe, había creído en su victoria sobre la muerte. Ahora la comprueba. Basado en esta experiencia podrá decir en adelante: "Yo doy mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que la doy de mí mismo; tengo el poder de darla y tengo el poder de volverla a tomar" (Juan 10: 17, 18; véase en Luc. 9: 31, nota, otra significación importante de esta escena). Para los discípulos fué, con el testimonio divino que va a hacerse oír (v. 5), una manifestación de lo alto, destinada a fortalecer su fe en la divinidad de su Maestro. Esta fe estaba conmovida por la predicción de los padecimientos del Cristo. Esto había derribado todas sus esperanzas. Probablemente habían pasado los seis días precedentes en un triste abatimiento, y para reaccionar contra esta disposición peligrosa había Jesús llevado al monte los tres apóstoles más capaces de ejercer influencia sobre sus condiscípulos. Lo que vieron debía no solamente levantar su coraje en ese instante, sino fortificarlos para el porvenir. Su fe, sostenida por este espectáculo que tuvieron de la gloria de su Maestro, no desfallecerá cuando lo vean en las últimas profundidades de su humillación y de sus padecimientos. Después de la ascensión del Salvador podrán formarse una idea de su estado de gloria y dominar mejor la esperanza de serle semejantes, un día, cuando ellos mismos estén revestidos de un cuerpo glorificado (Fil. 3: 21).

4. Este es el segundo cuadro de esta escena, introducido por las palabras *he aquí*, que señalan lo inesperado de la aparición y la sorpresa de los discípulos. *Moisés*, el representante de la ley divina. *Elías*, el representante del profetismo, de la promesa de sa-

lud, *les aparecen*. Inmediatamente ellos les reconocen (v. 4). Estos hombres de Dios del antiguo pacto se convierten en los testigos de las realidades del nuevo que habían anunciado, los testigos de la unidad viviente de ambas economías del reino de Dios. Ellos *conversaban* con Jesús. ¿De qué? Mateo y Marcos no lo dicen. Lucas nos lo hace saber. (Véase Lucas 9: 31, nota.)—Viven, pues; viven en Dios estos hombres que aquí aparecen en la gloria. "Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos."

5. ¡Cuánta verdad psicológica hay en este ingenuo pensamiento de Pedro! ¡Se siente él tan feliz! ¡Goza tan vivamente de ver a su Maestro glorificado, lejos de las contradicciones de los hombres! Quiere prolongar esa felicidad. Este sentimiento tan natural es desconocido por la mayor parte de los intérpretes modernos (Weiss, Holtzmann) que pretenden que Pedro quería decir: "Es bueno que estemos aquí, nosotros discípulos, para construirnos tiendas."—¿Puédese imaginar seriamente, responde M. Godet, que Pedro tome la palabra para hacer resaltar la utilidad de su presencia y de la de sus compañeros en ese momento?" *Haré aquí tres tiendas* (así dice una variante de *Sim., B. C.* admitida por Tischendorf); Pedro lo quiere hacer todo. Marcos y Lucas agregan: "No sabía lo que decía." En efecto, ¿qué sería de la obra del Salvador, la redención del mundo, la predicación del evangelio, si Jesús y sus discípulos hubiesen permanecido en la gloria?

6. La *nube*, símbolo de la gloria divina. (Ex. 40: 34; 1 Reyes 8: 10), cubrió a Jesús, Moisés y Elías; pues de esta nube oyen los apóstoles salir la voz. (Véase sobre las palabras que ella pronuncia, 3: 17.) Estas

los discípulos, cayeron sobre su rostro y temieron en gran manera. Mas allegóse Jesús, y tocándolos les dijo: Levantaos y no temáis. Y levantando sus ojos, a nadie vieron sino a Jesús solo⁷.
9 Y bajando ellos del monte, les mando Jesús, diciendo: A nadie digáis la visión, hasta que el hijo del hombre resucite de entre los muertos⁸. Y le preguntaron los discípulos diciendo: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?⁹. Y él respondiendo dijo: Elías, sí, viene y resucitará todo. Mas os digo que Elías ya vino, y no le reconocieron, sino que le hicieron cuanto quisieron¹⁰. Así también el hijo del

palabras, agregadas aquí: *escuchadle obedecidle*, recuerdan a Deut. 18: 15. (Comp. Marc. 9: 7, nota.)

7. Este detalle del relato (v. 7), Jesús confortando a sus discípulos espantados, se encuentra en Mateo solamente. Todas las manifestaciones directas del cielo inspiran temor al hombre pecador. (Dan. 10: 9, Apoc. 1: 17); pero Jesús está allí para fortalecer su ánimo. El queda solo con ellos, pero su presencia les bastará para volver a descender con él a la vida activa, donde encontrarán otra vez los trabajos y penas, después de haber gozado un momento del reposo y de la gloria.

8. La palabra *visión* no quiere decir que la escena que precede no hubiese tenido lugar sino en el espíritu de los discípulos: el término original significa *lo que ha sido visto* (Act. 7: 31), y es así como Lucas (9: 36) expresa la misma idea.—Pero ¿cuál podía ser la razón de la prohibición de Jesús a los discípulos? La más simple, entre todas las que se han buscado, es que el relato precedente, repetido al pueblo, no habría sido comprendido y habría podido dar lugar a falsas interpretaciones. Jesús mismo había admitido sólo a sus tres discípulos más inteligentes para ser testigos de esta escena. Otra cosa será cuando sea resucitado, glorificado y el Espíritu haya sido derramado sobre la iglesia.—Esta prohibición de Jesús, referida por los dos primeros evangelistas, da a la escena de la transfiguración un carácter eminentemente histórico. No se trata aquí ni de un mito, ni de un sueño, ni de una visión fantástica; nos encontramos en presencia de

un hecho sobre el cual Jesús quiere que sus discípulos guarden silencio, pero que ellos relatarán más tarde.

9. ¿Qué es lo que ocasiona esta pregunta de los discípulos? La partícula *pues* le da el sentido de una objeción hecha a la prohibición precedente. La profecía (Mal. 4: 5, 6) que anunciaba una segunda misión de Elías antes de la aparición del Mesías (*primero*) era, en esa época, objeto de la atención universal; los escribas basaban en ella sus descripciones del advenimiento del Mesías, como lo recuerdan aquí los discípulos. Jesús mismo la había citado al pueblo mostrando su cumplimiento en la persona de Juan el Bautista (11: 14), lo que los discípulos parece no haber comprendido (v. 13). Bien: sobre el monte de la transfiguración, este Elías ha aparecido un momento ante sus ojos, y no solamente ha desparecido, en vez de quedar para llenar su misión, sino que Jesús les prohíbe aun decir que lo han visto! ¿Cómo *pues* conciliar esta aparición fugitiva y sobre todo la prohibición de Jesús con la profecía? Tales parecen ser el origen y el sentido de la pregunta. Según Weiss, el acento está sobre *primero*. Los discípulos han reconocido en Jesús al Mesías; comprueban con asombro que la aparición de Elías ha tenido lugar después y no antes de la venida del Mesías. Una y otra objeción pueden haber provocado la pregunta de los discípulos.

10. *Es verdad*, según las escrituras, que *Elías* (gr.) *viene* (el texto recibido repite aquí *primero*, lo que no es ni auténtico ni conforme al pensamiento de Jesús). Y hasta ha ve-

13 hombre debe padecer de ellos¹¹. Entonces entendieron los discípulos que sobre Juan el Bautista les había hablado.

D. 14-23. JESÚS DESCENDIENDO A LA LLANURA, SANA UN LUNÁTICO. NUEVA PREDICACION DE SUS PADECIMIENTOS.—1.º *La curación.* En cuanto Jesús regresa hacia el pueblo, un padre viene a implorarlo por su hijo enfermo, al que los discípulos no habían podido sanar. Jesús, dejando escapar una dolorosa queja sobre su generación, manda que el enfermo le sea llevado, y lo liberta al instante. (14-18)—2.º *Por qué los discípulos no pudieron hacerlo.* Los discípulos le preguntan entonces por qué no pudieron ellos expulsar ese demonio; Jesús les dice que a causa de su poca fe, que la fe les haría posible todo; y agrega que esa especie de demonios no pueden ser expulsados más que por la oración y el ayuno. (19-21).—3.º *Nuevo anuncio de su muerte.* Hallándose con sus discípulos en Galilea, Jesús les predice de nuevo sus padecimientos, su muerte, su resurrección. Los discípulos quedan muy entristecidos. (22, 23.)

14 Y llegados a la multitud, se allegó a él un hombre, arrodin-
15ándose a él y diciendo: Señor, ten misericordia de mi hijo, por-
que es lunático y está enfermo, pues muchas veces cae al fuego
16 y muchas veces al agua; y le traje a tus discípulos, y no pudie-
17 ron sanarlo¹². Y respondiendo Jesús dijo: Oh generación in-

nido ya (en Juan el Bautista), y en vez de reconocerlo, lo han tratado según su mala voluntad.—Hasta aquí todo es sencillo y claro. Pero ¿qué significan estas palabras: *restaurará todas las cosas* (el futuro, desde el punto de vista de la profecía)? Este restablecimiento, que a los ojos de los escribas era la restauración de su teocracia, y que en realidad debía ser una creación espiritual, es la obra del mismo Mesías, parece, y no del precursor. Sin embargo, Jesús bien podía tener en vista los efectos de la predicación de Juan el Bautista, el arrepentimiento, el cambio de las disposiciones del pueblo, en el sentido en que el ángel había dicho de Juan: "Hará volver los corazones de los padres hacia los hijos y los rebeldes a la santidad de los justos" (Lucas 1: 17, 2.ª nota). Estas palabras son una cita de Mal. 4: 6 conforme al hebreo. En lugar de: *Hará volver* (convertirá) los corazones, los Setenta han traducido: *restaurará los corazones de los padres a los hijos.* Se admite que las palabras atribuidas por el

evangelista a Jesús: *restaurará todas las cosas* son una generalización de las del profeta.

11. El destino de Juan el Bautista presagia el destino reservado al hijo del hombre. Puesto que no han reconocido a Juan y que éste no ha podido llenar su misión cerca de ellos, el hijo del hombre deberá padecer de ellos. Es la gran prueba para la cual los discípulos deben prepararse en adelante, después de haber gozado del reposo y de la gloria en el monte.

12. ¡Qué conmovedor contraste entre la gloria del monte y esta escena de dolor! Es el cielo y la tierra. Rafael ha reproducido admirablemente este contraste en su cuadro de la transfiguración. Los tres primeros evangelios lo hacen resaltar vivamente siguiendo el mismo orden en sus relatos. Marcos (9: 14-29) pinta con muchos detalles y muy al vivo el miserable estado de ese joven enfermo y el dolor de su padre. (Véanse las notas.) Los síntomas mencionados en los tres evangelios (cae muchas veces, "arroja espu-

crédula y perversa: ¿hasta cuando estaré con vosotros? ¿Hasta cuando os soportaré? Traédmelo aquí¹³. Y lo reprendió Jesús, y salió de él el demonio; y fué sanado el niño desde aquella hora¹⁴.
19 Entonces, allegándose los discípulos a Jesús aparte, le dijeron:
20 ¿Por qué no pudimos nosotros expulsarlo? Y él les dice: Por causa de vuestra escasez de fe¹⁵, pues en verdad os digo, si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pasa de aquí allá, y pasará, y nada os será imposible¹⁶.

ma." Marcos) parecen indicar que el joven era epiléptico. Además, el padre había creído observar que las fases de la luna ejercían influencia sobre la enfermedad de su hijo (lunático). Se comprende que los discípulos no hubiesen podido curar una enfermedad tan inveterada, que el joven padecía desde su infancia (Marc. 9: 21). Esto había hecho aumentar la angustia del padre.

13. Estas palabras de Jesús son la expresión de una profunda tristeza. Siente él más vivamente que nadie el contraste doloroso que hay entre la gloria feliz del monte y estas escenas de miseria y de dolor. Su tierna simpatía sufre, y suspira por la liberación. Pero al mismo tiempo piensa en su pueblo y en sus discípulos, que pronto serán privados de su presencia y de su apoyo: *¿hasta cuándo estaré con vosotros, os soportaré?* El tiempo en que quedaréis solos se acerca. En fin, sus palabras expresan un severo reproche: ¿a quién es dirigido? Al padre, dicen los unos, porque quiere un milagro (comp. Juan 4: 48); a los discípulos, piensan los otros, porque no han podido sanar al enfermo; otros, en fin, admiten que Jesús tiene en vista todo ese pueblo que le rodea, esa generación (11: 16; 12: 39), que iba a mostrarse cada vez más *incrédula y perversa a su respecto.* Esta última interpretación es la única conforme a los términos y a la situación.—Y, a pesar de todo, Jesús, seguro de su poder y conmovido de caridad, agrega bruscamente: *¡Traédmelo aquí!*

14. Lo reprendió, podría aplicarse al enfermo o al demonio. Según Marcos y Lucas, a éste último se dirige la palabra potente del Salvador.—El enfermo fué al momento curado

de su enfermedad y libertado del poder demoníaco que se había agregado.

15. El texto recibido tiene: *vuestra incredulidad*, con un gran número de manuscritos. Pero, basado en los dos más antiguos y en el testimonio de varias versiones y varios padres, Tischendorf sostiene energicamente el término *escasez de fe*.

16. El grano de mostaza es tomado como figura a causa de su pequeñez (13: 31, 32), y significa aquí el menor grado de fe. Por otra parte, un monte es la figura del mayor obstáculo, de la dificultad más dura de vencer (21: 21; 1 Cor. 13: 2). Si el sentido propio es una hipérbola, el sentido figurado es la simple realidad. Lo que nos parece imposible, la fe lo realiza, porque poniéndonos en comunión con Dios por el Salvador, nos hace en cierto modo participantes de su poder. Vers. 21: Mas este género no sale sino por oración y ayuno. *Este género*, a lo que debe suplirse *de demonios* o de espíritus, que Jesús no nombra. Muchos padres han entendido por ello todos los demonios en general, mientras que los intérpretes modernos admiten que se trata de una clase de espíritus más difíciles de expulsar.—El ayuno puede dar a la oración más fervor, y ambos fortifican la fe que había faltado a los discípulos (v. 20).—Tischendorf, basándose en *Sin. B.* versiones y otros testimonios, omite ese versículo 21 entero. Pero lo admite en Marcos (9: 29), suprimiendo, sin embargo, las palabras *y ayuno*. (La documentación insuficiente, y la circunstancia de que tales recomendaciones del ayuno son tan improbables en boca de Jesús como fáciles de insinuarse en los primeros siglos bajo

22 Y reunidos ellos en Galilea, Jesús les dijo: El hijo del hom-
23 bre debe ser entregado en manos de los hombres,—y le matarán,
y al tercer día resucitará. Y se entristecieron en gran manera 17.

E. 24-27. JESÚS PAGA EL TRIBUTO.—1.º Habiendo vuelto Jesús y sus discípulos a Capernaúm, los cobradores del tributo para el templo preguntan a Pedro si su Maestro paga este impuesto. Pedro responde afirmativamente. Jesús, anticipándose al relato de Pedro hace observar a su discípulo que, puesto que los reyes exoneran a sus hijos de todo impuesto, él, el Hijo de Dios, no debería estar sometido a ello. (24-26.)—2.º Pero no queriendo excitar falsos prejuicios contra él, ordena a su discípulo que vaya a pescar y le anuncia que el primer pez cogido tendrá en la boca un estatero, que empleará para pagar el tributo. (27.)

24 Y llegados ellos a Capernaúm, se allegaron a Pedro los que
cobran las dos dracmas, y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga
25 las dos dracmas? 18. Dice. Sí. Y entrando en la casa Jesús se le anticipó 19, diciendo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra
¿de quién cobran impuestos o tributo? ¿De sus hijos, o de los ex-
26 traños? Y, diciéndole: De los extraños 20, díjole Jesús: Luego los
27 hijos, pues, son libres 21. Mas para no escandalizarlos, ve al mar,

la pluma de copistas de tendencias ritualistas, nos inducen a considerar no auténtico ese versículo y suprimirlo.— *El Traductor.*)

17. Los tres sinópticos tienen aquí esta nueva predicción de los padecimientos, muerte y resurrección de Jesús, a continuación de la curación del endemoniado. (Comp. 16: 21.) Jesús quería que ni su glorificación sobre el monte (v. 1 y sig.), ni su poder manifestado por grandes curaciones, creasen ilusiones en sus discípulos sobre el término de su vida.—Ellos quedan muy entristecidos; esta vez, pues, han comprendido algo de estas palabras; pero detienen sus pensamientos sobre la muerte, sin penetrar hasta la resurrección.

18. Desde la época del destierro, todos los hombres en Israel debían pagar una contribución de dos dracmas (gr. *didracma*) para los gastos del culto en el templo. La dracma valía algo menos de un franco. (Comp. Ex. 30: 18 y sig.; 2 Crón. 24: 6; Neh. 10: 32.) La pregunta de los recaudadores del impuesto pare-

ce suponer en ellos el pensamiento de que Jesús pretendería ser exento, en su calidad de Mesías. Quizá fuera esta pregunta motivada simplemente por el hecho de que Jesús estaba en mora en el pago de ese impuesto. Se percibía éste en el mes de Adar (principios de marzo). La respuesta de Pedro demuestra que Jesús tenía la costumbre de pagar estas obligaciones legales.

19. *Se anticipó* a Pedro por su pregunta, sin dejarle tiempo de relatar su conversación con los recaudadores del impuesto.

20. *Extraños* a su familia, por oposición a sus hijos. Ellos cobran el tributo de sus súbditos.

21. Conclusión: Yo, el Hijo de Dios, no podría ser obligado por la ley a pagar un impuesto destinado a su casa. "¡Hay aquí uno mayor que el templo!" Y Jesús asocia también a su discípulo a este privilegio (los hijos). Pedro también es hijo del Padre, por adopción. "Los que están por Jesús comparten el derecho de Jesús" *Bengel*. Pero Jesús, que sabe que no sería comprendido y daría

echa un anzuelo, y toma el primer pez que suba; y abriendo su boca, hallarás un estatero; toma éste y dáselo por mí y por ti 22.

5. Últimas enseñanzas en Galilea y en el camino de Jerusalén.

A. 1-14. DEL ESPIRITU DEL REINO DE LOS CIELOS.—1.º *La humildad del niño*. Habiendo preguntado los discípulos a Jesús quién ocuparía el primer lugar en el reino de los cielos, llama él a un niño, le coloca en medio de ellos, y declara que, si no se hacen semejantes a los niños, no entrarán en este reino. Así el más humilde será el mayor. (1-4.)—2.º *Las consideraciones debidas a los pequeños*: a) Para probar cuán preciosos son ante Dios estos pequeños y humildes, Jesús declara que mira como hecha a él mismo toda acogida simpática de que uno de ellos sea objeto; y que al contrario, al que escandalizare uno solo de estos pequeños, más le valdría que fuese precipitado en el mar. (5, 6) b) Tales escándalos son inevitables en este mundo; pero ¡ay del hombre que los produce! Para evitarlos, haced los sacrificios más dolorosos. La salud o la ruina eterna dependen de ello. (7-9.) c) Estos pequeños son tan preciosos ante Dios, que debéis guardaros de menospreciar ninguno, pues sus ángeles están en la presencia de Dios para protegerlos; más aún, el hijo del hombre ha venido a salvarles, como un pastor que, teniendo cien ovejas y viendo a una extraviada, deja las otras noventa y nueve, va a buscarla y la trae con gozo. Así Dios no quiere que ninguno de estos pequeños se pierda. (10-14.)

escándalo, desiste humilde y caritativamente de su derecho y paga el tributo.

22. "En el acto mismo de sumisión se manifiesta la majestad de Jesús." *Bengel*. El estatero valía precisamente cuatro dracmas, que bastaban para Jesús y Pedro.—Es éste seguramente un relato difícil de comprender, un milagro que no lleva los mismos caracteres que los que Jesús realiza ordinariamente. Y ante todo, ¿en qué consiste? No en una acción por la cual habría Jesús producido el estatero en la boca del pez, sino en la ciencia divina que sabía que se encontraba allí. Bien: no es eso lo que detiene a la crítica, es aquella por lo menos que ve en Jesús al Hijo de Dios, el Rey de la naturaleza. Pero ella objeta que este milagro es inútil en vista de la facilidad de procurarse de otro modo, en Capernaúm, esa pequeña suma de cuatro dracmas. Objeta luego que jamás hizo Jesús milagros para sí mismo (Comp. 4: 3, 4). Hace observar, en fin, que la ejecución de la orden

dada a Pedro, es decir el hecho mismo de esta pesca milagrosa no se relata. De donde ha inferido que las palabras de Jesús han sido desfiguradas por una tradición que Mateo solo relata; que ésta habría, por ejemplo, transformado en un hecho histórico lo que era primitivamente una parábola por la cual Jesús quería enseñar a los suyos el deber de pagar los impuestos. Inútil es citar las pueriles tentativas de interpretación racionalista, como la que pretende que Pedro debía vender este pez y dar su precio a los receptores. La exégesis no tiene que discutir esas hipótesis, sino atenerse simplemente a los datos del relato, cuyo sentido es claro. Este relato contiene para la piedad preciosas lecciones: la pobreza de Jesús, que no posee cuatro dracmas; la humildad con que renuncia a su derecho divino para cumplir un simple deber de ciudadano; su caridad, que evita atacar prejuicios; su grandeza divina, a la que todo en la naturaleza debe servir.

XVIII. En aquella hora se allegaron los discípulos a Jesús diciendo: ¿Quién, pues, es mayor en el reino de los cielos? ¹ Y llamando a sí un niño, le puso en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo: si no os convirtiereis y os hicieréis como los niños, de cierto no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, éste es el mayor en el reino de los cielos ²; y cualquiera que recibiere un solo niño tal en mi nombre, a mí recibe ³. Mas cualquiera que hiciere tropezar a uno solo de estos pequeños que creen en mí, le conviene que sea colgada en derredor de su cuello una muela para asno y sea hundido en lo profundo del mar ⁴. ¡Ay del mundo por los escándalos!, pues necesidad hay de que vengan los escándalos; empero ¡ay del

1. En aquella hora designa el momento que siguió al relato precedente.—La pregunta de los discípulos podía haber sido causada por la distinción acordada a Pedro (16: 18) y a dos de sus discípulos (17: 1). Según Marcos (9: 33 y sig.) y Lucas (9: 46 y sig.), ellos discutían entre sí la cuestión, y es Jesús quien les pregunta el tema de su conversación. La pregunta supone que los discípulos conservaban aún la idea de un reino terrestre, glorioso, en el cual uno de entre ellos ocuparía el primer lugar, serían *mayores* (gr.) que los demás. Pero la respuesta de Jesús muestra que él ve manifestarse en su discusión una preocupación egoísta y orgullosa. Los pobres discípulos no fueron curados de ella por la instrucción que sigue. (Comp. Luc. 22: 24.)

2. El rasgo saliente que Jesús realza en el niño que propone por ejemplo, es la humildad: el que se humillare más, será el mayor. El encanto del niño está en el sentimiento de su debilidad, de su dependencia; está también en la confianza con que mira a su madre, espera todo de ella, la escucha, la interroga, le cree, la ama. Las disposiciones naturales del hombre son enteramente inversas ora respecto de Dios, ora para con el prójimo. Para hacerse, pues, moralmente semejante al niño (5: 3; 11: 25), es necesario que se convierta (gr. se vuelva) a Dios y sea hecho partícipe de su Espíritu. Si no, se excluye del reino de los cielos,

no solamente en su realización futura y gloriosa (5: 20; 7: 21), sino ya en su manifestación actual, y eso a causa de la naturaleza misma de este reino. (Comp. Juan 3: 3, 5.)

3. Jesús ha respondido a la pregunta de los discípulos. Pero quiere sacar de su lección una consecuencia que se deriva necesariamente de ella. Es imposible haberse vuelto humilde y pequeño ante Dios sin ser conmovido de compasión y amor a los pequeños y a los humildes, a quienes los ambiciosos desprecian. Jesús mismo los ama al punto de identificarse con ellos. Así recibir con amor, proteger, cuidar *uno solo* de esos pequeños, es recibir a él mismo, siempre que esto tenga lugar *en su nombre*, por amor hacia él (25: 40).—¿Se limita el pensamiento de Jesús aquí a los niños, recomendados así a la caridad de sus discípulos, o se generaliza para abarcar también los adultos humildes, pequeños, abandonados? Los exégetas se dividen sobre esta cuestión. ¿Pero ¿por qué? ¿No está en la naturaleza de la caridad que Jesús recomienda el extenderse a todos? Por lo demás, el contexto no deja duda alguna a este respecto (v. 6).

4. Escandalizar, hacer tropezar, dar una ocasión de caída, de pecado, apartar de su fe a uno de esos débiles que creen en Jesús, es lo contrario de recibirle (v. 5).—Una muela de molino (gr. muela de asno) es la piedra de un molino puesta en movimiento por un asno, más gran-

8 hombre por quien el escándalo viene! ⁵. Si tu mano, pues, o tu pie te hace tropezar, córtalo y échalo de ti: mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que teniendo dos manos o dos pies ser echado al fuego eterno. Y si tu ojo te hace tropezar, arráncalo y échalo de ti: mejor te es entrar tuerto en la vida, que teniendo dos ojos ser echado al gehena del fuego ⁶. Mirad, no menospreciéis a uno solo de estos pequeños, pues os digo que sus ángeles en los cielos ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos ⁷. 11, 12 El hijo del hombre, en efecto, vino a salvar lo perdido. ⁸. ¿Qué os parece? Si adquiriere un hombre cien ovejas, y se extraviare

de que la que se hacía girar a mano.—El temible pensamiento de este versículo es que vale más sufrir una muerte cruel que causar la ruina de una sola alma.

5. Hay una profunda tristeza en estas palabras. La necesidad de los escándalos está fundada en la corrupción que reina en el mundo, y también en la sabiduría de Dios, quien, para sus hijos, saca el bien del mal. Pero ni una ni otra de estas causas atenúa la responsabilidad del hombre por quien ocurre el escándalo.

6. Véase sobre este pensamiento 5: 29, 30, notas, y sobre la expresión *gehena del fuego*, 5: 22.—Jesús repite aquí esta seria advertencia con una aplicación diferente. En el capítulo 5 se trata de preservarse a sí mismo del mal por el renunciamiento y a costa de los sacrificios más dolorosos; aquí, la misma advertencia es dada, pero en interés moral de los débiles, a quienes no se debe inducir al mal por un mal ejemplo (v. 6, 7). Por lo demás, no se debe materializar estas figuras para ver en el precepto de Jesús sólo la mortificación de los sentidos, como hacen varios intérpretes; alcanza a las pasiones menos carnales, a los afectos más elevados, desde que ponen en peligro la vida del alma.

7. Jesús vuelve a su discurso sobre los pequeños, prohibiendo no solamente escandalizarlos sino menospreciarlos por orgullo; estimarlos, amarlos, tener para ellos tierna compasión es el lado positivo de este precepto negativo.—Jesús da como motivo de su recomendación una razón sobre la que se ha discutido lar-

gamente. Los unos, simbolizando el pensamiento, lo reducen a significar que esos pequeños a quienes no se debe menospreciar son preciosos a los ojos del Padre celestial, que tiene de ellos un cuidado especial. Este pensamiento, verdadero en su generalidad, no podría bastar a la exégesis, que jamás debe oscurecer, por interés dogmático la idea expresada en un texto. Jesús dice: 1.º Estos pequeños tienen sus ángeles, de donde se ha inferido que Jesús adopta y sanciona la idea israelita de ángeles protectores, que velan sobre reinos o sobre personas. (Comp. Dan. 10: 13, 20, 21; Gén. 28: 12; 32: 1; 48: 16; Act. 12: 15.) 2.º Estos ángeles ven sin cesar el rostro del Padre, expresión tomada de las costumbres de las cortes orientales, y que significa tener libre acceso ante el soberano, ser poderoso ante él. (2. Reyes 25: 19; 1 Reyes 10: 8; Est. 1: 14; comp. Luc. 1: 19.) No puede negarse que estas ideas sean con más o menos claridad expresadas en el texto, ni afirmar que sean contrarias a las enseñanzas del Nuevo Testamento. (Comp. Heb. 1: 14.) Mas cuando se trata de un terreno sobre el cual tenemos tan pocas luces, es necesario ser muy circunspecto y no edificar sistemas sobre un pasaje aislado.

8. Este v. 11 entero falta en varios manuscritos importantes (*Sin., B., etcétera*), en versiones y en varios padres. Tischendorf y otros críticos lo omiten, suponiéndolo tomado de Lucas 19: 10, donde está más completo. Sin embargo, los argumentos contra la autenticidad no son decisivos, y de Wette observa con razón

una sola de entre ellas, ¿no deja las noventa y nueve sobre los 13 montes⁹, y va, y busca la extraviada? Y si aconteciere hallarla, en verdad os digo que se goza por ella más que por las noventa 14 y nueve no extraviadas¹⁰. Así, no hay voluntad delante de vuestro Padre que está en los cielos, de que se pierda uno solo de esos pequeños¹¹.

B. 15-20. DE LA REPRENSIÓN FRATERNAL. EFICACIA DE LA ORACIÓN.—

1.º *Tres grados* en esta reprobación: Si tu hermano te ofendiere, ve, adviértele en privado; si se persuadiere, has ganado a tu hermano. Si no, toma contigo algunos testigos; si no los escuchare, dilo a la iglesia; si, en fin, no escuchare a la iglesia, míralo como extraño a toda comunión fraternal. (15-17.)—2.º *La iglesia tiene*, en efecto, el poder de pronunciarse en todo caso semejante, de ligar y de desligar, pues obrará en el espíritu de oración, que puede conseguirlo todo. Allí donde dos o tres se reúnen así en mi nombre, yo estoy en medio de ellos. (18-20.)

15 Y si tu hermano pecare contra ti, ve, repréndele entre ti y él
16 solo¹²; si te oyere has ganado a tu hermano¹³. Mas si no oyere,

que este versículo es la transición necesaria a la parábola que sigue. Si es auténtico, constituye un poderoso argumento en favor de la recomendación del v. 10: No menospreciéis los pequeños, porque "el Hijo del hombre ha venido para salvarlos." (Véase Luc. 19: 10, nota.)

9. Algunos intérpretes conectan estas palabras: sobre los montes con el verbo va; según el pasaje paralelo de Lucas 15: 4, que dice en el desierto, y en vista de la construcción de la frase griega, es más natural referirlas a *deja las noventa y nueve*.

10. Véase, respecto de esta parábola, las notas sobre Luc. 15: 4 y sig. Si Mateo la refiere más abreviada y en otra situación que Lucas, le atribuye, sin embargo, un lugar muy natural, entre las exhortaciones que preceden y la declaración que sigue. Fuera de esto, bien puede Jesús haber empleado más de una vez en sus enseñanzas figuras o cortas parábolas tales como ésta.

11. Gr. *no hay voluntad delante de vuestro Padre...* (B y varios manuscritos y versiones tienen: *mi Padre*.) Esta declaración es al mismo tiempo la aplicación de la parábola y la conclusión de todo lo que pre-

cede, desde el v. 10. Estas palabras encierran la grande y misericordiosa revelación de que ante Dios no hay decreto de reprobación.

12. ¿Qué conexión hay entre la instrucción que empieza por estas palabras y la precedente? Son dos aspectos del mismo asunto: la caridad no permite ni escandalizar ni menospreciar los pequeños y los débiles (v. 1-14); ¿qué conducta inspirará a aquel que, en vez de hacer un mal semejante, tuviere que sufrirlo? Jesús indica esta conducta en sus diversas fases. (v. 15-17.) Exponiéndola, generaliza su pensamiento y abarca lo que concierne a las relaciones mutuas entre hermanos en la misma comunidad. Si uno peca contra el otro, le ofende, le hace agravio, éste debe ante todo ir, sin esperar que su hermano vuelva hacia él, *reprenderle*, advertirle, exponerle su agravio, pero solo consigo, condición importante de prudencia y de caridad medio mejor para *ganarlo* evitando herir su amor propio. Pero esta interpretación supone auténticas las palabras *contra ti*, que faltan en Sin., B, etc., y que muchos críticos omiten. Si se suprimen, no se trataría de una tentativa de

toma aún contigo uno o dos, para que por boca de dos testigos o 17 tres todo asunto sea establecido¹⁴. Mas si no los oyere, dilo a la iglesia¹⁵; y si ni aun a la iglesia oyere, séate como el gentil 18 y el publicano¹⁶. En verdad os digo, cuanto ligareis sobre la tierra quedará ligado en el cielo y cuanto desligareis sobre la 19 tierra quedará desligado en el cielo¹⁷. También os digo¹⁸ que

reconciliación entre dos hermanos, sino en general de una reprobación fraternal por una falta cualquiera. Sin embargo, las autoridades en que se basan para esta supresión no son decisivas. Además, Jesús ha debido hablar efectivamente de reconciliación y de perdón de las ofensas (Comp. Luc. 17: 3); si fuera de otro modo, sería difícil entender la pregunta de Pedro (v. 21) que parece ocasionada por el discurso precedente. Se debe, pues, conservar las palabras *contra ti*.

13. *Ganado* ¿para quién? Los unos responden: *ganado para ti*; habrás hecho tu hermano de aquel que te había ofendido, seréis reconciliados en la caridad. Otros asignan a la acción conciliadora un fin más elevado, e interpretan: lo habrás ganado para Dios, para la vida del alma, que estaba en peligro de perder. ¿Por qué no se admitirían ambas explicaciones? (Comp. 1 Cor. 9: 19; 1 Pedro 3: 1.)

14. Este es el segundo paso de la reprobación. ¿Cuál debe ser el papel de los testigos? Está indicado en estas palabras que reproducen libremente a Deut. 19: 15 comp. 2 Cor. 13: 1): *para que por boca de dos o tres testigos todo asunto (o toda palabra) sea establecido*. Según Meyer, los testigos deben recoger cada una de las palabras del acusado para confirmarlas ante la iglesia. Pero es invadir la tercera fase (v. 17); por eso piensa Weiss que los testigos deben más bien apoyar la reprobación con su autoridad, esforzarse en convencer a ese hermano, como lo indican las primeras palabras del v. 17: "Si no los oyere..."

15. Tercer paso de la reprobación. Jesús ha empleado ya esta palabra *iglesia* (16: 18, nota), y podía hacerlo, puesto que algunos discípulos reunidos a su derredor formaban ya

una iglesia. En esta declaración, su mirada se dirige al porvenir. Entiende por ella no la iglesia universal como en 16: 18, sino una iglesia local, una asamblea de cristianos, ante la cual puede ser llevada y tratada fraternalmente una causa como la de que se trata. Jesús, pues, no tiene en vista ni los apóstoles solamente, ni los ancianos o jefes de la iglesia, ni los obispos futuros, ni la sinagoga judía (Calvino y otros), sino una asamblea de cristianos, a la que atribuye la autoridad necesaria para ejercer un acto de disciplina, porque supone que está animada por el Espíritu de Dios e iluminada por su palabra, según la cual juzgará.

16. Términos tomados del lenguaje de los judíos para designar un extranjero que no pertenece al pueblo de Dios. Este hombre que pretende ser un hermano, ha resistido todos los medios de convicción, menospreciado el consejo y la decisión de todos sus hermanos y aun la autoridad del Salvador que ha dado esta instrucción; por eso él mismo se ha excluido de su comunión. No se trata de una excomunión pronunciada por la iglesia, la única, sin embargo, que tendría tal derecho; Jesús autoriza simplemente al ofendido que ha hecho todo para ganar a su hermano, a no tener más relaciones fraternales con el que se endurece en su impenitencia. La caridad, sin embargo, no podría cesar (v. 22, nota), porque un cristiano ama aún a un gentil y a un publicano.

17. Véase sobre estas palabras 16: 19, nota. La autoridad conferida en 16: 19 a Pedro, lo es aquí, no solamente a los ancianos de la iglesia, sino a la iglesia misma (v. 17), en la que reside, según todo el Nuevo Testamento, el poder de juzgar en lo que conviene a su gobierno, según la palabra y el Espíritu de Dios.

si dos de entre vosotros se concertaren sobre la tierra sobre todo asunto que pidieren, les será hecho de parte de mi Padre que está en los cielos, pues donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos ¹⁹.

C. 21-35. DEL PERDÓN DE LAS OFENSAS.—¹⁹ La respuesta de Jesús a Pedro. Pedro interroga a Jesús sobre la extensión del deber de perdonar. Jesús declara que es ilimitado. (21, 22.)—^{2.º} La parábola del siervo despiadado. Jesús ilustra ese precepto por una parábola. a) Una gran deuda perdonada. Dios, en su infinita misericordia, es comparado a un rey que perdona gratuitamente a su siervo insolvente una deuda de diez mil talentos. (23-27.) b) Una pequeña deuda no remitida. Ese siervo, encontrando luego después a uno de sus camaradas que le debe cien denarios, le hace encarcelar. (28-30.) c) El castigo del siervo cruel. El rey, informado por sus otros siervos, le hace comparecer, le reprocha su ingratitude y le entrega a los verdugos. (31-34.)—^{3.º} Conclusión. Jesús declara a sus discípulos que Dios los tratará igualmente si ellos no perdonaren de todo su corazón. (35.)

21 Entonces, allegándose Pedro, le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y le perdonaré? ¿hasta siete ve-

La iglesia puede, en ciertos casos delegar sus poderes, pero es a ella a quien pertenecen bajo la autoridad suprema de Jesucristo. Esta segunda declaración explica y modifica profundamente la primera relativa al apóstol Pedro.

18. B, muchos mayúsc. y algunas vers. tienen: *En verdad os digo también...*

19. Si dos de entre vosotros se concertan, es decir oran con la misma voz y el mismo corazón, serán atendidos.—Para hallar la verdadera conexión entre estos dos versículos y lo que precede, es necesario simplemente aplicarlos ante todo al poder que Jesús acaba de conferir a la iglesia (v. 18), poder que ella no puede ejercer sino en espíritu de oración. Mucho más: por esta solemne declaración de que él está en medio de ella, Jesús dice claramente que ella obra bajo su dirección, y con su autoridad, sin la cual no tendría ninguna.—Estas palabras nos muestran también que la noción cristiana de una iglesia no reside ni en el número, ni en tales o cuales instituciones, sino que dos o tres creyentes unidos en la oración

son una iglesia, a la que pertenecen todos los privilegios espirituales del mayor cuerpo eclesiástico.—En fin, no debe limitarse las hermosas y ricas palabras del Salvador a esas dos enseñanzas especiales sobre la actividad y la constitución de la iglesia. Generaliza su pensamiento, y su declaración tiene, sobre todo, por fin el hacer segura para nosotros la eficacia de la oración en común, en la cual la fe de cada uno es vivificada por la fe de todos. Esta eficacia está garantida por la presencia del Señor mismo en medio de los que están reunidos en su nombre. En efecto, esta omnipresencia de Jesucristo, en todos los lugares del mundo donde se reúnen sus discípulos, es una demostración magnífica de su divinidad. (Comp. 28: 20; 2 Cor. 13: 5.)

NOTA DEL TRADUCTOR. — Dos o tres creyentes reunidos en oración gozan de los privilegios espirituales de que habla aquí el Señor. Pero ¿conviene denominar iglesia la simple reunión de algunos discípulos? Si se hiciera así, toda disciplina, — y a ella tiene este trozo del texto — sería imposible. Por causas nimias se fraccionarían las iglesias; los descontentos de buena fe se considerarían reunidos en iglesia, y en lugar de formar un cuerpo tendríamos infinidad de células de origen semejante pero sin conexión alguna. Además,

22 ces? ²⁰. Jesús le dice: No te digo hasta siete veces, sino hasta 23 setenta veces siete ²¹. Por esto asemejado fué el reino de los cielos a un hombre rey que quiso arreglar cuentas con sus siervos ²². 24 Y empezando a arreglar, fué llevado a él un deudor de diez mil 25 talentos ²³, y no teniendo con qué pagar, mandó su señor que fuera vendido él y su mujer y sus hijos y todo lo que tenía, y que fuera 26 pagado ²⁴. Postrándose, pues, el siervo le adoraba, diciendo: Sé 27 paciente conmigo, y todo te pagaré ²⁵. Y teniendo lástima el señor 28 de aquel siervo, le soltó y le perdonó el préstamo ²⁶. Mas saliendo aquel siervo, encontró a uno de sus conserenos que le debía cien

expresarse de ese modo es idealizar al extremo la vida cristiana, suponiendo que la perfección impera cuando estamos realmente en la época del crecimiento.

20. Pedro, preocupado por las palabras del Maestro, referidas en el v. 15, y por el pensamiento de que el deber del perdón de las ofensas debe, sin embargo, tener sus límites, dirige a Jesús su pregunta y cree ser muy generoso yendo hasta siete veces. Los rabinos, en su moral, se limitaban a tres veces. La respuesta de Jesús va a probar a su discípulo que la moral de él era muy diferente.

21. Es decir un número indefinido de veces, siempre. Si fuera de otro modo, habría un momento en que cesaría la caridad; pero ello "no parece jamás". No es el ejercicio de un deber que se calcula, sino un estado del alma. Esta declaración no está en contradicción con la enseñanza del v. 17.—En lugar de setenta veces siete veces (490), otros traducen setenta y siete veces, lo que es posible en griego, donde dice literalmente: *setenta veces (y) siete*. (Comp. Gén. 4: 24, donde los Setenta tienen la misma indicación numérica que en nuestro pasaje.) Pero setenta y siete veces no es un crecimiento natural sobre siete; sería setenta veces. La primera traducción es, pues, la más probable.

22. Véase, sobre este término, *ha sido asemejado*, 13: 24.—A un hombre rey, es decir a un rey de la tierra y a sus relaciones con sus ministros.—Las palabras por tanto indican una conclusión sacada del v. 22. La parábola misma prueba que el deber de perdonar las ofensas no tie-

ne límites, porque el perdón que nosotros concedemos a nuestro prójimo es poca cosa comparado con la gracia que Dios nos ha hecho, y porque ésta nos obliga a aquél (v. 35).

23. El talento de plata variaba, según los diversos países, entre 4.000 y 5.000 francos; el talento de oro valía aproximadamente diez y seis veces más. Uno u otro de estos valores, multiplicado por diez mil, debía, en el pensamiento de Jesús, representar una deuda enorme contraída, sin duda, en el manejo de los negocios del estado, y que un particular no podía pagar. Nuestra deuda a Dios está formada, por una parte, por sus beneficios, y por la otra por nuestros pecados (6: 12, gr).

24. Esta orden del "hombre-rey" era conforme al rigor de la ley (Lev. 25: 39; 2 Reyes 4: 1) y lo es también al rigor de la justicia divina; pero véase el v. 27. La deuda no habría sido pagada por la ejecución de esta orden (el griego dice literalmente: *que él fuese pagado*), pero la justicia habría seguido su curso.

25. El texto recibido, con Sin., la mayor parte de las mayúsc. y de las versiones dice: "Señor, ten paciencia". Esa palabra falta en B, D y algunas vers. En su angustia, el siervo promete lo imposible. Así hace la justicia propia en presencia de la cuenta que debe rendir a Dios.

26. La compasión, la eterna misericordia de Dios, tal como la ha revelado en su plenitud el evangelio, es la fuente del perdón, de un perdón enteramente gratuito. El señor concede al siervo infinitamente más de lo que pedía.

denarios ²⁷; y cogiéndole, le estrangulaba, diciendo: Paga, ya que ²⁹ algo debes ²⁸. Postrándose, pues, su conservo, le rogaba diciendo: Sé paciente conmigo, y te pagaré ²⁹. Mas él no quería; sino que fué y le echó en la cárcel, hasta que pagara lo debido. ³¹ Viendo, pues, sus conservos lo acontecido, se entristecieron en gran manera, y yendo contaron a su señor todo lo acontecido ³⁰. ³² Entonces, llamándole a sí su señor, le dice: Mal siervo, toda ³³ aquella deuda te perdoné, por cuanto me rogaste ³¹, ¿no era necesario que tú también tuvieras misericordia de tu conservo, ³⁴ como yo también tuve misericordia de ti? ³² Y airado su señor lo entregó a los verdugos hasta que pagara todo lo que le debía ³³. ³⁵ Así también os hará mi padre celestial, si no perdonareis cada uno a su hermano de vuestros corazones ³⁴.

D. 1-15. DEL MATRIMONIO Y DEL DIVORCIO. LOS NIÑITOS.—¹⁹ La pregunta sobre el divorcio. a) El evangelista indica la partida de Jesús de Galilea y el traspaso de su actividad a Perea y a Judea. (1, 2.) b) Algunos fariseos van a someterle el problema, discutido entre ellos, de las causas que legi-

27. Aproximadamente 80 francos. ¿Qué contraste con los diez mil talentos!

28. Lo estrangulaba tomándolo por el cuello para conducirlo ante el juez.—El texto recibido tiene: "Págame lo que debes." La traducción literal del verdadero texto es: "Paga, ya que (o sí) algo debes." Es la lógica sin misericordia.

29. Mismas palabras que en el v. 26, excepto la palabra *todo* agregada sin razón por el texto recibido. Este hombre no osa prometer un pago total. Oyendo a su compañero proferir esta súplica que, en su propia boca, había sido tan eficaz, el siervo malo habría debido sentir su dureza (v. 30), y acordarse de la generosidad de su señor (v. 27).

30. En la *tristeza* que les inspira tal conducta, no hablan de ella a nadie sino a su amo, a quien daban así una prueba de confianza y de fidelidad.

31. Sin otra condición, simplemente a tu pedido. Y aun no debe decirse aquí con nuestras versiones: "porque me lo rogaste", porque no se habría atrevido a pedir la remisión de su enorme deuda; ¡en su ceguera se comprometía a pagar todo!

32. Era necesario, por una necesidad moral que habría debido imponerse a él después de lo que había hecho su amo, y que siempre obliga la conciencia de aquellos que realmente han recibido el perdón de Dios. El Salvador supone, pues, un caso imposible para hacer resaltar tanto mejor la monstruosa culpabilidad del siervo.

33. "Es decir, para siempre, por que no pagará jamás." Crisóstomo.—Los verdugos (gr. atormentadores) son encargados de ejecutar el juicio. El rey de la parábola no solamente desempeña el papel de acreedor, sino también el de juez.

34. El texto recibido agrega: *sus faltas*, lo que no es ni auténtico ni necesario. Perdonar, perdonar de todo corazón, perdonar siempre, con la compasión que el pecador implora de Dios, tal es la única señal cierta de que ha recibido su propio perdón, y tal es el sentido de esta parábola. Jesús, ni aquí ni en otra parte, podía hablar aún del grande y conmovedor medio por el que nos ha adquirido el perdón de Dios. Y sin embargo, es la manifestación de este inmenso amor (comp. Luc. 23: 34) lo que hace posible a los cristianos el perdón mutuo, y aun lo convierte en dicha.

timan el divorcio. Jesús les recuerda los términos en que las escrituras cuentan la institución del matrimonio. De allí deduce la indisolubilidad de éste. (3-6.) c) Los fariseos le oponen la carta de divorcio ordenada por Moisés. Jesús dice que era una concesión hecha a la dureza de su corazón, y que repudiar su mujer para tomar otra (salvo el caso de infidelidad), o casarse con una mujer repudiada, es cometer adulterio. (7-9.) d) Los discípulos hallan que en estas condiciones más vale no casarse. El Señor les responde que no entienden lo que dicen; que todos no son capaces de abstenerse del matrimonio; que eso es efecto de un don especial. Enumera tres categorías de personas que practican esta abstinencia. Solamente las de la última categoría lo hacen por el reino de los cielos, y según su capacidad y su libertad individuales. (10-12.)—²⁹ Jesús bendice a los niños. En ese momento, presentan algunos niños a Jesús para que sobre ellos ponga sus manos. Los discípulos los rechazan, pero Jesús, indignado, ordena dejarles ir a él, porque, dice, el reino de los cielos es de aquellos que se les asemejan. (13-15)

XIX. Y aconteció, cuando terminó Jesús estos discursos, que partió de Galilea, y fué a los términos de Judea, por el otro lado ² del Jordán ¹; y le siguieron grandes multitudes, y los sanó allí ² ³ Y se allegaron a él fariseos tentándole y diciendo: ¿Es lícito re- ⁴ pudiar su mujer por cualquier causa? ³ Y él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los creó, desde el principio los

1. Comp. Marc. 10: 1-12.—El evangelista señala el momento solemne en que Jesús abandona definitivamente Galilea y se traslada a Judea. a Jerusalén, donde realizará su obra, la redención del mundo. Trasladábanse de Galilea a Judea, ya atravesando Samaria, ya tomando la ribera oriental del Jordán, por Perea. Este último camino es el indicado por estas palabras (gr.): *por más allá del Jordán*. (Comp. Marc. 10: 1.) Lucas (9: 51; 17: 11) indica más detalladamente el itinerario seguido por Jesús; este evangelista relata el largo viaje, a través de Galilea meridional y de Perea, que ocupó los últimos meses de la vida del Salvador (Comp. Juan 10: 40.)

2. Allí, en Perea, donde se detuvo y adonde volvió después de una primera visita a Jerusalén en el mes de diciembre (Juan 10: 22-40; Luc. 10: 38-42). Muchos creyeron allí en él (Juan 10: 42). Así desempeñó Jesús hasta el fin su misión de Salvador.

3. Jesús había resuelto ya esta cuestión en el sermón del monte, (5: 31, 32, véanse las notas.) Algunos fariseos (véase sobre este partido 3: 7, nota) se la plantean aquí para tentarle. Lo que hacía de ella una pregunta capciosa, es que era entonces vivamente discutida entre dos escuelas judías, la de Hillel y la de Schamai, el primero muy relajado, el segundo más severo sobre el divorcio. Además, el ejemplo dado por Herodes Antipas, que reinaba sobre Perea, y el fin de Juan el Bautista que lo había reprendido (14: 1 y sig.), hacían muy peligrosa una solución rigurosa de la cuestión, mientras que una solución más libre habría puesto a Jesús en contradicción con el precursor.—Por cualquier causa, es decir por cualquier motivo de queja que el marido tuviera contra su mujer. Tal era la falsa opinión de Hillel, que creía fundada en Deut. 24: 1. En estas palabras sobre todo se halla la tentación, el lazo tendido a Jesús por sus adversarios.

5 hizo macho y hembra ⁴, y dijo ⁵: “Por causa de esto, dejará un hombre a su padre y a su madre, y se juntará con su mujer, y 6 serán los dos como una sola carne” ⁶. De modo que no son ya dos sino una sola carne. Lo que Dios, pues, juntó, no lo aparte un 7 hombre ⁷. Dícenle: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de 8 divorcio, y repudiar? ⁸ Díceles: Moisés, por la dureza de vuestro corazón os permitió repudiar vuestras mujeres, mas desde el 9 principio no ha sido hecho así ⁹. Mas os digo que cualquiera que repudiare a su mujer, no por fornicación, y se casare con otra, comete adulterio, y el que se casare con una repudiada, comete 10 adulterio ¹⁰. Dícenle los discípulos: Si así es el caso del hombre

4. Gr. *los hizo macho y hembra*, traducción literal del hebreo (Gén. 1: 27).

5. El sujeto de este verbo es *Dios* según el contexto, bien que en Gén. 2: 24, estas palabras sean pronunciadas por Adán o deban ser consideradas como una reflexión del autor del relato (*Bible annotée*). En ambos casos, son la expresión de la voluntad de Dios.

6. La idea completa y verdadera del matrimonio supone ante todo que los dos son “un corazón y un alma”; todo lo que corresponde a la carne, en el sentido limitado, no es sino el lazo inferior de esta unión; pero como la palabra *carne*, en las escrituras, abarca todo el hombre, su ser entero, esta idea está bien expresada por esas palabras: *una sola carne*. Tal es la intimidad absoluta e indisoluble del matrimonio que Dios ha tenido en vista desde el origen de la creación del hombre, y que Jesús confirma con su autoridad (v. 6).—Además, esta declaración es una condenación de la poligamia, que destruye enteramente la verdadera noción del matrimonio.

7. Es necesario observar este contraste: *Dios, un hombre*. El divorcio por cualquier otra causa que la indicada en el v. 9, destruye la obra y la intención de *Dios*, para sustituirlas por el arbitrio del hombre.

8. Los fariseos creen tener en su favor la autoridad de Moisés (Deut. 24: 1). Pero exageran el alcance de la disposición legal que invocan, porque Moisés no ha mandado ni querido facilitar el divorcio; el fin de la

formalidad que él prescribe era al contrario ponerle una traba. Jesús rectifica la expresión de los fariseos diciendo *permitió* (v. 8).

9. Tal no era la intención de Dios. Si Moisés lo *permitió*, era como un mal necesario, destinado a evitar mayores males, y únicamente a causa de esa *dureza de corazón* que os hacía incapaces de elevaros hasta el pensamiento divino y ponerlo en práctica.—Si se pregunta cómo ha podido el Dios inmutable sancionar esta desviación de su propia ley, la respuesta se halla en el hecho de la caída y del pecado intervenido después de la creación del hombre. Tal es la idea que Jesús expresa con estas palabras energéticas: *la dureza de vuestro corazón*.

10. Las palabras *y el que se casare con una repudiada comete adulterio* son omitidas por *Sin., D.* y algunas vers.—Véase sobre estas palabras 5: 31, 32, nota. Tal es, pues, aquí también la respuesta de Jesús a la pregunta que le fué dirigida: no admite más que una sola causa legítima de divorcio y prohíbe casarse con una mujer repudiada. Hablando así, se coloca en el punto de vista de su reino, y no hay ninguna duda de que sus discípulos deben conformarse a este principio, el único sobre el cual descansa el matrimonio cristiano. Ninguna iglesia sometida a la autoridad del Salvador podría sancionar otro. ¿Resulta de ahí que la sociedad civil, en países que llevan el nombre de cristianos, haga mal al estatuir por su legislación otras causas de divorcio y autorizar a esposos separa-

11 con su mujer, no conviene casarse ¹¹. Mas él les dijo: No todos comprenden esta sentencia, sino aquellos a quienes ha sido dado ¹², 12 pues hay impotentes los cuales así nacieron desde el vientre de su madre; y hay impotentes los cuales fueron hechos tales por los hombres; y hay impotentes los cuales a sí mismos se hicieron tales por causa del reino de los cielos. El que puede comprender, comprenda ¹³.

dos a contraer segundas nupcias? ¿Es necesario obligar a todos los ciudadanos de un país a practicar un principio cristiano? A esta pregunta como a multitud de otras análogas, el catolicismo ha respondido que sí, porque es la religión de la violencia, y pretende nada menos que dominar la sociedad; el protestantismo responde que no, porque quiere ante todo la sinceridad y la libertad moral. Que la sociedad civil tenga, pues, en consideración, si quiere, la *dureza del corazón* (v. 8) que autorice un mal para evitar males mayores; pero que las iglesias vean si pueden, sin infidelidad, prestarse, en lo que les concierne, a sancionar uniones nupciales contrarias a la palabra del Salvador.

11. Los discípulos hacen a Jesús esta observación después que se han alejado los fariseos, “en la casa” (Marc. 10: 10). Ellos mismos encuentran, pues, demasiado dura la *condición* que Jesús impone al hombre *respecto de la mujer*. Dice propiamente en griego la *causa*, es decir la única causa legítima de divorcio (v. 9). Estiman que si el hombre no puede romper una unión que resulta mala, si debe soportar todos los defectos y vicios de su mujer, excepto el indicado por Jesús (v. 9), más vale no casarse.—Se trata sólo de la condición del marido respecto de la mujer, porque en Oriente y en la antigüedad no se reconocían a esta última iguales derechos. Muy distinto es bajo el evangelio.

12. ¿De qué palabras o sentencia se trata? Unos responden: de la de Jesús (v. 9), que los discípulos han hallado demasiado dura, porque prohíbe el divorcio, excepto en un solo caso, y porque, fuera de él, no permite un segundo matrimonio a los

esposos divorciados. Entonces las palabras *aquellos a quienes fué dado*, y las del v. 12, explicarían ese celibato forzoso. Otros entienden por *estas palabras* las de los discípulos (v. 10): “no casarse.” Jesús declara entonces que todos no podrían *comprenderla*, es decir recibirla, practicarla, que todos no son *capaces* de eso (v. 12), que esta continencia es un *don*. Luego, en el v. 12, explica y justifica su pensamiento (*pues*). Cualquier interpretación que se acepte, las palabras que siguen se refieren siempre a un renunciamiento de que, Jesús lo reconoce, no todos son capaces.

13. Ante todo, debe entenderse *ser o hacerse eunuco, impotente*, en un sentido figurado y moral, y no en el sentido de una mutilación corporal, como lo hizo Orígenes. Para hacer comprender mejor su pensamiento y la naturaleza enteramente moral del *don* que tiene en vista, Jesús distingue tres casos: los que, *desde el vientre de su madre, debido a su organización particular*, son impropios para el matrimonio; los que han sido hechos tales *por los hombres*; en estos dos primeros casos el *don* de continencia se entiende en un sentido corporal y no tiene ningún valor religioso; finalmente, los que han tomado esta resolución voluntariamente *por causa del reino de los cielos*, no para merecerlo, sino para ocuparse en él por entero y sin impedimentos terrenales. Así Jesús, respondiendo a los discípulos manifiesta un hecho, pero no exige ese sacrificio, como tampoco Pablo en sus consejos (1 Cor. 7: 26 y sig.) No hay, pues, en estas palabras, nada que sea desfavorable al matrimonio cristiano, ni que atribuya al celibato una santidad particular; aun mucho menos un ar-

13 Entonces le fueron llevados niñitos, para que pusiera sobre ellos las manos y orara¹⁴; mas los discípulos los reprendieron¹⁵.
 14 Mas Jesús dijo: Dejad a los niñitos, y no les impidáis venir a mí
 15 pues de los tales es el reino de los cielos. Y habiendo puesto las manos sobre ellos, se fué de allí¹⁶.

E. 16-26. LA PREGUNTA DEL JOVEN RICO.—¹⁹ *La pregunta hecha.* Alguien pregunta a Jesús qué bien debe hacer para asegurarse la vida eterna. ¿Para qué interrogarme sobre el bien?, le responde Jesús; uno solo es absolutamente bueno. Guarda los mandamientos. Y le cita los mandamientos de la segunda tabla, que resume en el del amor al prójimo. (16-19.)—²⁰ *El sacrificio pedido y denegado.* El interlocutor de Jesús afirma que ha guardado todos estos preceptos. El Maestro le dice: Vende tus bienes y dalos a los pobres, luego ven y sígueme. Pero él se alejó muy triste, porque tenía muchos bienes (20-22.)—^{3.º} *Declaración de Jesús a sus discípulos sobre el peligro de las riquezas.* Jesús declara a sus discípulos que un rico entrará difícilmente en el reino de los cielos; que un camello pasará antes por el ojo de una aguja. ¿Quién, pues podrá ser salvado?, preguntan los discípulos asombrados. Jesús responde: Esto es imposible al hombre, pero todo es posible a Dios. (23-26.)

gumento en favor del celibato forzoso de toda una clase de hombres. *El que es capaz de comprender, comprenda.* He ahí la verdad y la libertad. (Comp. 1 Cor. 9:5.)

14. Comp. Marc. 10: 13-16; Luc. 18:15-17.—Marcos y Lucas dicen simplemente: *para que los tocase*, sin duda por la imposición de las manos (v. 15). Agregando: *y orase* (por ellos), expresa Mateo más completamente el deseo de esos padres piadosos. Imponer las manos era, de parte de Jesús, el medio simbólico de comunicar las gracias pedidas por la oración. (Comp. Act. 6: 6; 13: 3.)

15. *Reprendieron* a los que presentaban los niños, temiendo que importunasen inútilmente a su Maestro. ¡Profundo desconocimiento de los tesoros de compasión y de amor que había en él, y que siempre estaba pronto a derramar sobre todos!

16. ¿Por qué dice Jesús, en los tres sinópticos: *de tales es el reino de los cielos, y no de ellos* (de los niñitos)? Seguramente no es para excluir a estos últimos, lo que sería una contradicción en los términos; pero quiere generalizar su pensamiento, aplicarlo a los adultos e indicarles las disposiciones de los niñitos como

las que ellos deben poseer para poder entrar en su reino (18: 3, 4 nota; Marc. 10: 15, nota).—Estas palabras del Salvador no tienen ninguna relación directa con el bautismo de los niñitos, y no pueden ser invocadas para justificarlo; pero ¿cómo negar que le sean favorables? ¿Quién dirá dónde está la diferencia entre la gracia del bautismo y la que Jesús confiere a estos niñitos poniendo sobre ellos las manos? Pero lo que es más importante, es considerar bien cómo se muestra Jesús el amigo de los pequeños y de los débiles, el Salvador de nuestra pobre humanidad entera, desde la cuna hasta la tumba.

NOTA DEL TRADUCTOR. — Dejando de lado la cuestión de si el bautismo es o no un medio de gracia, el hecho es que, en el mejor de los casos, podría serlo para los que tuvieran derecho a ser bautizados y no para los que carecieran de él. Si según el principio evangélico de la conversión indispensable, —que se descompone, del punto de vista humano, en *arrepentimiento y fe*— un niño irresponsable no tiene capacidad para llenar estos requisitos, no tiene derecho al bautismo que en el Nuevo Testamento requiere siempre previamente aquella. Si se presenta, pues, sin llenar las condiciones fundamentales, —y sin voluntad propia por añadidura— ¿qué gracia le deparará el bautismo a que no tiene derecho? A menos que se recurra al principio de *ex opere operato*...

16 Y he aquí, uno allegándose a él, dijo: Maestro, ¿qué bien haré
 17 para tener vida eterna?¹⁷. Mas él le dijo: ¿Por qué me preguntas sobre el bien? Uno solo es el bueno¹⁸. Mas si quieres
 18 entrar en la vida, guarda los mandamientos¹⁹. Dícele: ¿Cuáles?²⁰.
 Y Jesús dijo: “No matarás; no cometerás adulterio; no hurtarás; y
 19 no darás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre”; y
 20 “amarás a tu prójimo como a ti mismo”²¹. Dícele el mancebo:
 21 Todo esto he guardado; ¿qué me falta aún?²² Díjole Jesús: Si
 quieres ser perfecto, ve, vende tus bienes, y da lo a los pobres, y

17. Comp. Marc. 10: 17-27; Luc. 18: 18-27.—Ese uno era un joven rico (20, 22) que, según Lucas (18: 18), era magistrado o jefe, quizá presidente de la sinagoga. Estaba sinceramente preocupado por la cuestión más grave que pueda plantearse un alma seria, la de la vida eterna. Había además reflexionado sobre el bien y se había esforzado en practicarlo, sin estar aun seguro de haber hecho bastante para obtener la vida eterna. Se informa, pues, de algún bien extraordinario que pudiera hacer, y cegado por su justicia propia (v. 20), se imagina que así conseguirá su fin. Desde las primeras palabras, la respuesta de Jesús, admirable por su sabiduría, es apropiada para abrirle los ojos.—El texto recibido le hace decir: *Buen Maestro*, epíteto no auténtico en Mateo. (Véase la nota siguiente).

18. El texto recibido tiene aquí, con Marcos y Lucas: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo, Dios”. (Véase Marc. 10.18, nota). La lección que nosotros substituímos se basa en *Sin., B, D*, vers., padres. Todos los críticos la adoptan. El texto recibido es una corrección destinada a hacer este pasaje conforme con Marcos y Lucas.—Jesús quiere decir: ¿Por qué esta pregunta sobre lo bueno? Es superflua, pues no ignoras que uno solo es el bueno, el ser absolutamente perfecto: es Dios. Mira a Dios, y conocerás el bien que es su voluntad. En cuanto a lo que debes hacer para entrar en la vida eterna, los mandamientos de la ley te lo enseñan; no tienes más que guardarlos.

19. Jesús sabía bien que su interlocutor no podrá jamás por sí mismo guardar estos mandamientos que

acaba de hacerle considerar como la expresión de la santa voluntad de Dios. Pero era la única respuesta posible a su pregunta; si él se aplicaba seriamente a cumplir esa voluntad divina en su corazón y en su vida, debía convencerse pronto de que era incapaz (Rom. 3: 20; 7: 7-13); y, pasando por el arrepentimiento, debía buscar la vida eterna por otro camino. “Jesús remite a la ley los que están seguros, y consuela por el evangelio a los contritos.” *Bengel*.

20. El joven conocía perfectamente los mandamientos del decálogo, pero esperaba que Jesús le indicase hacer alguna obra nueva, extraordinaria, para obtener la vida eterna. De ahí su pregunta. La experiencia nos enseña que el hombre tiene siempre más inclinación hacia los preceptos de una santidad fantástica que hacia la simple práctica de la ley divina.

21. Jesús cita algunos mandamientos como ejemplo de todos los demás, y los toma de la segunda tabla de la ley, quizá porque era más fácil a su interlocutor darse cuenta de si los había observado o no. (Ex. 20: 12 y sig.) Pero agrega el gran mandamiento del amor, que es el alma de todos los demás (Lev. 19:18) y sin el cual son constantemente violados en el corazón.

22. El joven rico era sincero diciendo que había guardado todas esas cosas (el texto recibido agrega: *desde mi juventud*, conforme a Marcos y Lucas); porque Marcos hace observar que Jesús lo amó. Pero en su ignorancia de la espiritualidad y de la santidad de la ley, la interpretaba de un modo enteramente literal y externo. En este sentido, podía tener razón, y su palabra prueba que se

22 tendrás tesoro en los cielos; y ven, sígueme²³. Mas oyendo el mancebo este dicho, se fué entristecido, pues era uno que tenía muchas posesiones²⁴.

23 Y Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo que un rico
24 difícilmente entrará en el reino de los cielos. Y otra vez os digo:
Más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que
25 entrar un rico en el reino de Dios²⁵. Y oyéndolo los discípulos,
se asombraban en gran manera, diciendo: ¿Quién, pues, puede
26 ser salvado?²⁶ Mas mirándolos Jesús, les dijo: Para hombres
esto es imposible; mas para Dios todo es posible²⁷.

había aplicado seriamente a llevar una vida moral. Y, sin embargo, le queda un vago sentimiento de que le falta aún algo, lo que ya estaba contenido en su primera pregunta (v. 16).

23. La palabra griega que traducimos por *ser perfecto* significa literalmente *haber conseguido el fin*, es decir aquí la vida eterna (v. 16). Para eso, Jesús, que ha discernido la llaga moral de este hombre, descubierto su ídolo, los muchos bienes que poseía (v. 22), le coloca en el caso de sacrificarlos sin condición: así aprenderá a conocerse. No se debe ver en las palabras de Jesús ni la intención de probar solamente al joven rico, pues el sacrificio le es pedido realmente; ni la declaración de un principio general según el cual todos los cristianos deberían necesariamente despojarse de todos sus bienes; ni un "consejo evangélico de perfección," según la idea católica. Es una orden que Jesús dirige a ese rico invitándole a *seguirle*, y por la cual enseña a todos sus discípulos que deben vivir en un renunciamiento del corazón que les permita sacrificar todo cuando Dios lo pidiere. Jesús agrega por lo demás a esta orden rigurosa una invitación que, bien comprendida y aceptada, le habría hecho fácil todo y compensado cien veces su sacrificio: *ven y sígueme*. Y le hace entrever un tesoro en el cielo, que abarca todas las riquezas de la vida eterna (comp. 5: 12; 6: 20), no como recompensa de su sacrificio, que, sin amor, de nada le habría servido (1 Cor. 13: 3), sino como la felicidad suprema para su corazón regenerado.

24. Si se va muy triste, es porque ha descubierto que carecía de voluntad y de fuerza para hacer el sacrificio de un ídolo. Ha debido escoger entre ese ídolo y Jesús, entre sus bienes y la vida eterna, y su elección está hecha, a pesar de su mejor convicción. De ahí su tristeza. ¿Se convertirá en "tristeza para salud"? Lo ignoramos.

25. Esta última figura eleva la dificultad hasta una imposibilidad. Pero es necesario considerar el v. 26.—Algunas *minúsculas* tienen *maroma* en vez de *camello*. Esta lección carece de autoridad, y borra la exageración intencional del contraste. Lo mismo sucede con la hipótesis, infundada por otra parte, que hace del *ojo de la aguja* la designación de una puerta pequeña. (Comp. 23:24.)

26. Los discípulos hacen ciertamente esta objeción pensando con inquietud en sí mismos. ¿Cuál es su pensamiento? Según unos (Meyer) sería un razonamiento *a fortiori*: Si tal es el peligro para los ricos, que tantos medios tienen para hacer el bien, ¿qué será de los pobres? Según otros (Weiss), los discípulos sólo pensarían en los ricos y se preguntarían: ¿quién de entre ellos puede ser salvo? Según otros aun (de Wetste), los discípulos se dicen que todos los hombres tienen mas o menos en el corazón el amor a las riquezas; ¿quién, pues, escapará del peligro? Es necesario dejar a la cuestión su sentido indeterminado y general: si tales son las condiciones de la salud, si la salud es cosa tan difícil, ¿quién pues participará de ella?

27. La mirada de Jesús que se detiene sobre los discípulos debía, con-

F. 19:27 a 20:16. LA RECOMPENSA FUTURA.—1º *La pregunta de Pedro*.—

a) *Pedro*, comprobando con satisfacción que sus condiscípulos y él han realizado el sacrificio denegado por el rico, pregunta *qué recompensa recibirán*. (27.)—b) *Jesús* les asegura solemnemente que se sentarán sobre doce tronos y juzgarán las doce tribus de Israel. Promete a todos los que hubieren hecho sacrificios por él, que recobrarán cien veces tanto y heredarán la vida eterna. Pero agrega que muchos de los primeros serán los últimos, y de los últimos los primeros. (28-30.)—2º Esta verdad es ilustrada por la parábola de los obreros contratados a horas distintas. a) *El reclutamiento de los obreros*. Un propietario sale desde la mañana para contratar obreros para su viña. Conviene con ellos por un denario por día. Vuelve a contratar a otros obreros a la tercera, a la sexta y a la novena hora. Aun a la undécima hora alista todavía los que halla en la plaza, después de preguntarles: ¿Por qué estáis todo el día ociosos? (1-7.)—b) *El pago del salario*. Llegada la tarde, el señor ordena a su mayordomo que les pague su salario, empezando por los últimos. Todos reciben un denario. Los primeros, que esperaban recibir más, manifiestan su descontento. El señor responde que él no les perjudica, puesto que cumple el contrato; que es libre, después de todo, de hacer de sus bienes el uso que quiere; que no deben ser celosos porque él sea bueno. (8-15.) c) *Conclusión*. Así los últimos llegan a ser los primeros en el reino de los cielos donde todo es gracia, y los primeros, si no son animados de este espíritu del reino, llegan a ser los últimos. (16.)

27 Entonces respondiendo Pedro le dijo: He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué tendremos, pues?²⁸

28 Y Jesús les dijo: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido en la renovación, cuando se sentare el Hijo del hombre sobre el trono de su gloria, estaréis sentados también vosotros

fortándolos, preparar su alma a recibir estas notables palabras. Ser salvado (v. 25) es una cosa imposible a los hombres; está por encima de sus fuerzas. Pero al declararlo solemnemente, Jesús apela al mismo tiempo a la *omnipotencia de Dios* y de su gracia para separar del mundo, convertir, santificar el corazón de los ricos mismos. Ninguna clase de hombres es excluida. Pero el ejemplo del joven rico (v. 22) y la declaración de Jesús (v. 23, 24) no dejan de subsistir como una advertencia para aquellos que "poseen muchos bienes".

28. Comp. Marc. 10: 28-31; Luc. 18: 28-30.—Gr. *¿Qué será, pues, para nosotros?* Lo que no significa: "¿Qué nos queda que hacer?" o "¿qué tendremos aún que sufrir?" como han pensado algunos exégetas, sino: "¿Qué recompensa ten-

dremos?" y en particular, "¿seremos salvados?" (v. 25, 26). Pedro, preocupado por el ejemplo del joven rico, hace, no sin alguna complacencia, una reflexión sobre sí mismo y sus condiscípulos, y respondiendo (véase sobre el uso de este verbo, 11: 25, nota) a ese ejemplo, oponiéndole el suyo, dice: *Nosotros* hemos hecho de un modo enteramente distinto, hemos *abandonado todo*; ¿cuál será la consecuencia? A pesar de lo que había aún de humano y de carnal en esta preocupación por una recompensa, Jesús la promete magnífica (v. 28, 29); solamente agrega un *pero* significativo que introduce una restricción propia para excitarles a una vigilancia santa (v. 30), luego hace notar el error de su discípulo por una parábola (20: 1 y sig.).

29 sobre doce tronos, juzgando las doce tribus de Israel²⁹. Y todo el que ha dejado hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijos, o campos, o casas, por causa de mi nombre, recibirá muchas veces más, y heredará vida eterna³⁰. Mas muchos primeros

29. Tal es la recompensa prometida especialmente a los apóstoles; luego hay otra, para todos los que hubieren hecho grandes sacrificios por el nombre de Jesús (v. 29). Todo eso será realizado, no durante el tiempo actual de trabajos y combates, sino en el *renacimiento*, en la *renovación* (gr. *palingenesia*), es decir, cuando suceda la renovación de los cielos y de la tierra (Rom. 8: 19 y sig.; 2 Pedro 3: 13; Apoc. 21: 1), que coincidirá con el regreso de Cristo sentado sobre el trono de su gloria para ejercer el juicio universal (16: 27; 25: 31). Otros entienden por *renacimiento* la *resurrección* del último día, pero es probable que Mateo tome esta palabra en un sentido más general. Sea lo que fuere, Jesús abre ante los ojos de sus discípulos esta gloriosa perspectiva de que compartirán su gloria, reinarán con él (Rom. 8:17; 2 Tim. 2: 12), tomarán parte en el juicio (comp. 1 Cor. 6:2), porque le serán hechos semejantes, compartirán todos sus privilegios. En cuanto a esa expresión *las doce tribus de Israel*, unos la entienden en su sentido literal e histórico, otros le dan una significación simbólica, y ven en ella la figura teocrática de todo el pueblo de Dios (Apoc. 21: 12, 14). Este último sentido es el verdadero. *Juzgar*, en la escritura, significa también *gobernar*, *reinar*. Bien: no se trata en la economía futura, del pueblo judío solamente.— Marcos y Lucas no tienen esta parte del discurso, sino solamente la promesa general que sigue (v. 29). Sin embargo, Lucas refiere palabras semejantes, pero pronunciadas en otra ocasión (Luc. 22: 30).

30. Hay diversas modificaciones del texto recibido que observar. Ante todo la supresión de las palabras *o mujer* después de *o madre*, que son tomadas de los otros evangelios; en seguida el lugar de la palabra *casas*, que el texto recibido intercala después de *ha dejado*; en fin el término

muchas veces más, en vez de *cien veces tanto*. Esta última expresión se halla en Marcos, la primera en Lucas.—Después de la promesa hecha especialmente a los apóstoles, Jesús responde aún a la pregunta de Pedro generalizando su pensamiento (*todo el que*). Todos esos grandes y dolorosos sacrificios, que Jesús prevé para los suyos, no tendrán, sin embargo, el valor moral que les atribuye sino cuando sean realizados *por causa de su nombre*, por amor a él y a su causa. Lucas dice: "por causa del reino de Dios"; Marcos: "por causa de mí y del evangelio".—¿En qué consiste la promesa que les es hecha? Mateo responde por dos términos: recibir *mucho más* y heredar *la vida eterna*. Excelentes exégetas (Meyer, Weiss) entienden por ello una sola y misma cosa, las riquezas y la felicidad del cielo (5: 12), reservadas a esos fieles y abnegados confesores en las mansiones de la paz. Pero eso está expresado por este solo término: *la vida eterna*; ¿por qué, pues, este otro término: *recibirá muchas veces más*, que parece indicar una promesa distinta? Marcos y Lucas agregan: "recibirá muchas veces más en este tiempo y en el siglo venidero la vida eterna." Estas expresiones nos explican el pensamiento de Mateo, pues erróneamente pretende Meyer que la distinción establecida por los otros sinópticos es el fruto de una reflexión posterior. ¿Cuál es esa rica compensación prometida en este tiempo? Por cierto, es necesario no materializarla. No es verdad que el que ha hecho el sacrificio doloroso de sus amados en un tiempo de persecución vuelva a encontrarlos sobre la tierra; aun menos asegura Jesús la recuperación de sus bienes al que los ha perdido por amor de él. Pero puesto que es cierto que la felicidad no está en las cosas exteriores, mas está en el hombre, es cierto también que la paz del corazón, el gozo de la salvación eterna, la

XX. serán últimos, y últimos primeros³¹, pues semejante es el reino de los cielos a un hombre dueño de casa, el cual salió temprano por la mañana para contratar obreros para su viña¹.
2 Y concertándose con los obreros en un denario por día, los envió a su viña². Y saliendo como a la tercera hora, vió a otros que estaban en la plaza, ociosos³; también a aquéllos dijo: Id también vosotros a la viña, y lo que fuere justo os daré; y ellos fueron⁴. Y saliendo otra vez como a la sexta y la novena hora, hizo de igual manera⁵. Y, saliendo como a la undécima, halló a otros que allí estaban⁶; y les dice: ¿Por qué estáis aquí el día entero ociosos? Dícenle: Porque nadie nos ha contratado⁷. Dícelos: Id también vosotros a la viña⁸. Y llegada la tarde, dice el

comunió con Jesús y por él con el Padre celestial y con todos sus hijos sobre la tierra, son de un valor *mucho* más grande que todos los bienes sacrificados por el discípulo de Jesucristo. (Véase Marc. 10: 30, nota.) ¿Cuál es el cristiano que se ha arrepentido de alguno de esos sacrificios realizados para su Salvador? El mundo, la vida son transformados para él; comprende estas sublimes palabras: *Todas las cosas son vuestras*. (1 Cor. 3: 21.)

31. Este *mas*, con la sentencia que le sigue, es de una significación profunda, y trae una temible restricción a la promesa gloriosa hecha en respuesta a la pregunta de Pedro (v. 27). Este último debió comprender entonces lo que había aún de terreste y de egoísta en su pregunta.—Por *primeros y últimos* puede entenderse no solamente el tiempo de la vocación y del trabajo, como en la parábola que sigue, sino el rango, según las disposiciones del corazón. Se puede ser de los primeros según la estimación de los hombres y el último según la de Dios. Y muchos se hallarán en ese caso. ¡Vergüenza para los unos, consuelo para los otros! (Comp. 20: 16, nota.)

1. La partícula (*pues*) muestra desde luego que esta parábola es la confirmación de la sentencia precedente (19: 30) y hace aún parte de la respuesta de Jesús a la pregunta de Pedro (19: 27).

2. *Un denario*, un poco menos que un franco, parece haber sido enton-

ces el jornal de un obrero.—Es necesario observar que ese salario era *convenido* entre el amo y los obreros. (Comp. v. 13.)

3. El día, entre los judíos, empezaba a las seis de la mañana; así su *tercera hora* correspondía a las nueve.—La *plaza* (gr. *la agora*) era el lugar público donde se reunía el pueblo y donde los obreros buscaban contratarse. En el sentido literal de la parábola, esos obreros estaban allí realmente *sin hacer nada, ociosos*. En la vida también se puede estar ocioso aun en medio de la mayor actividad, si ese trabajo no tiene relación alguna con el reino de Dios (v. 6).

4. *Ellos fueron* sin otras condiciones, confiados en la palabra del amo.—Dice el griego: "*A esos también* dijo: Id, *vosotros también*," a pesar del tiempo perdido.

5. *A mediodía* y *a las tres*, renueva sus invitaciones.

6. Cerca de la hora undécima, las cinco de la tarde, muy próximo ya el fin del día, había aún obreros que *estaban allí* (el texto recibido agrega *ociosos*), habiendo perdido casi todo el día.

7. No era, pues, culpa suya. ¡Cuántos millares de hombres viven, en plena cristiandad, sin haber oído jamás el llamamiento del evangelio! Por eso estos obreros son invitados aún a emplear en la viña la última hora del día.

8. El texto recibido agrega, como en el v. 4: "y lo que fuere justo os dará." Estas palabras parece que de-

señor de la viña a su mayordomo: Llama a los obreros y págalos
 9 el salario, empezando desde los últimos hasta los primeros⁹. Y
 llegando los [contratados] como a la undécima hora, recibieron
 10 cada uno un denario. Y llegando los primeros, pensaban que re-
 cibirían más, mas recibieron, ellos también, cada uno un denario;
 11 y recibéndolo, murmuraban contra el dueño de casa, diciendo:
 12 Estos últimos una sola hora han hecho, y los has hecho iguales a
 nosotros que hemos soportado la carga del día y el fuerte
 13 calor¹⁰. Mas él, respondiendo, dijo a uno de ellos: Camarada,
 no te hago agravio; ¿no te concertaste conmigo en un denario?
 14 Toma lo tuyo y vete¹¹; mas quiero dar a este último como a ti.
 15 ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿Es tu ojo malo
 16 porque yo soy bueno?¹². Así serán los últimos primeros, y los
 primeros últimos¹³.

ben ser suprimidas según *Sin., B., D.*, aunque se hallan en la mayor parte de las *mayúsc.* Parece, por lo demás, que en ese último momento tal promesa era superflua.

9. Empezar por los últimos era ya manifestar el gran pensamiento de toda la parábola: en el reino de Dios todo es gracia. (Comp. v. 16, nota.)

10. Todo en estas palabras manifiesta un mal espíritu, hacia el amo y respecto de los compañeros de servicio: la palabra *estos* tiene algo de despreciativo. Los querellantes ni siquiera admiten que éstos han trabajado, sino solamente empleado (gr. *hecho*) una hora. En fin, sus murmuraciones se dirigen directamente al amo. Esos hombres tienen una singular semejanza con el hijo mayor de la parábola del hijo pródigo (Luc. 15: 29, 30).

11. Esos trabajadores se han colocado en el terreno del derecho. Habían concertado con el amo (v. 2), quien se lo recuerda aquí de un modo significativo; acaban de hacer valer la diferencia entre su trabajo y el de los obreros de la hora undécima, siempre para establecer su derecho a recibir más; pero la respuesta del amo, basada por completo en ese mismo derecho, es, a este respecto, irreplicable: *ningún perjuicio, has convenido, lo tuyo*. Hay aún severidad en la orden *vete*. El término *amigo*, o *camarada*, no expresa ni afecto ni rigor (22: 12; 26: 50).

12. Aquí, no más derecho, sino gracia libre y soberana: *quiero, me es lícito, lo mío*; luego, contraste entre un ojo malo (la envidia, los celos) y la bondad del amo.

13. Esta sentencia repetida solemnemente (19: 30; comp. Marc. 10: 31; Luc. 13: 30) presenta el resumen y el sentido profundo de toda la parábola. Pedro, recordando con cierta complacencia que había abandonado todo para seguir a Jesús, se informaba sobre su recompensa (19: 27). Cedía así a un sentimiento falso y peligroso, el de la justicia propia. Jesús le ha dado al principio una respuesta alentadora, porque en el fondo el discípulo era sincero y lleno de amor para con su Maestro; pero agregaba a esa respuesta una seria advertencia (v. 30, nota) que ha querido hacer más impresionante con el relato dramático que sigue. ¡Cuán sorprendente es! El amo que llama obreros, es Dios, que tiene derecho absoluto sobre ellos y que les hace una gracia inmensa llamándoles. En efecto, la viña adonde les envía, es su hermoso reino de verdad, de justicia y de paz. Los obreros que tienen el privilegio de trabajar ahí no son solamente doctores o pastores, sino todos los que oyen el llamamiento y van. Las diferentes horas del día son las diversas edades de la vida humana o las épocas de la historia del reino de Dios. El trabajo son todas las

G. 17-28. EL MAESTRO VA A PADECER; LOS DISCÍPULOS ASPIRAN A LA GLORIA.—1.º *Tercera predicción de los padecimientos del Cristo*. Subiendo Jesús a Jerusalén, toma aparte los doce y les hace una predicción detallada de los acontecimientos que van a realizarse en Jerusalén; será condenado por las autoridades judías, maltratado y crucificado por los paganos, y resucitará el tercer día. (17-19.)—2.º *El példido de los hijos de Zebedeo*.—a) *La súplica presentada por su madre*. La madre de Jacobo y de Juan se postra ante Jesús y le pide que sus hijos ocupen los dos primeros lugares en su reino. (20-21.)—b) *Conversación de Jesús con los hijos*. Jesús les hace sentir que esta ambición es inconsiderada; lleva su atención a la copa de sus dolores, de los cuales acababa de hablarles. Ellos se declaran listos a beberla. Jesús les predice entonces que realmente la beberán, pero que sólo a Dios corresponde acordar los primeros lugares en el reino de su Hijo. (22, 23.)—c) *Exhortación de Jesús a los demás discípulos*. Las pretensiones de los dos hermanos provocan la indignación de los otros diez discípulos. Jesús los

obras que tienen por objeto el bien de los hombres, el progreso del reino de Dios. La *terce* es el fin de la vida o el fin de la economía presente, el regreso de Cristo, el divino mayordomo que preside la retribución. El *denario*, en fin, es la salvación, la vida eterna, que, por cuanto es de valor infinito y sin proporción con el trabajo de los obreros, no puede ser sino una gracia. En este sentido, hay igualdad entre todos; pero he aquí la diferencia: el denario puede tener valores infinitamente diversos, según la disposición interna de los que lo reciben, es decir según su capacidad moral para gozar la vida del cielo. Allí los que han sido los primeros en el trabajo pueden ser los últimos. Y aun, bien que Jesús nos los excluye, puesto que les concede el denario convenido, están en peligro de excluirse ellos mismos, si los sentimientos que manifiestan en la parábola prevalecieran. Los que, por el contrario, han comprendido que todo es gracia en el reino de Dios, el llamamiento, el trabajo, la recompensa, y simplemente han confiado en la palabra del amo, pueden ser los primeros, aunque hayan sido los últimos en el trabajo.—Es necesario observar también que el texto dice aquí los primeros, los últimos, porque así es realmente en la parábola; pero no significa que todos los primeros deban ser los últimos y viceversa. En efecto, en

el capítulo precedente (v. 30) se lee: *muchos* primeros siempre serán últimos. El texto recibido agrega: *porque hoy muchos llamados, pero pocos elegidos*. Esta sentencia, que Jesús pronuncia en otra circunstancia (22: 14), probablemente no es auténtica. *Sin., B.*, y las vers. egipcias no la tienen, y es necesario reconocer que está poco en armonía con la enseñanza de nuestra parábola, que no trata de *llamados y elegidos*, sino de las disposiciones diversas de aquellos que trabajan en el reino de Dios, del cual ni aun los últimos son excluidos. Por eso Calvino hace ya esta observación: "El (J. C.) no hace comparación entre los reprobados que se apartan de la fe y los elegidos que perseveran en ella; y desde entonces la sentencia que algunos entrelazan aquí: *muchos son llamados, pero pocos son elegidos*, no viene al caso." Los exégetas que, fundándose en *C, D, la Itala* y la *sin.*, admiten esas palabras como auténticas, no saben casi qué hacer de ellas en la interpretación. Meyer les hace significar que entre los que están en el reino de Dios, pocos hay que sean elegidos para ser los primeros; ¡lo que quiere decir que habría elegidos entre los elegidos! Mucho mejor podría pensarse, si esa sentencia fuese auténtica, que Jesús habría querido hacer sentir, a los que ya son los últimos por su culpa, el peligro de verse finalmente rechazados.

llama a sí y los pone en guardia contra el espíritu de dominio, que es el de los príncipes y de los grandes de este mundo. Entre los discípulos, el que quisiere ser grande deberá hacerse el siervo de todos, siguiendo el ejemplo del hijo del hombre, que ha venido no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos. (24-28.)

- 17 Y subiendo Jesús a Jerusalén, tomó consigo aparte los doce¹⁴,
18 y por el camino les dijo: He aquí, subimos a Jerusalén, y el hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes y escribas,
19 y le condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles, para que le escarnezcan y azoten y crucifiquen; y al tercer día resucitará¹⁵.
20 Entonces se allegó a él la madre de Zebedeo con sus hijos,
21 adorando y pidiendo algo de él¹⁶. Y él le dijo: ¿Qué quieres?
Dícele: Manda que se sienten estos mis dos hijos, uno a tu diestra
22 y otro a tu siniestra en tu reino¹⁷. Mas respondiendo Jesús, dijo:

14. Comp. Marc. 10: 32-34; Luc. 18: 31-34.—Mateo continúa su relato del último viaje de Jesús a Jerusalén, que ya ha indicado en 19: 1.—*Jesús tomó aparte* a los doce, porque le seguía una gran multitud (19: 2).

15. Es la tercera vez que Jesús predice a sus discípulos sus padecimientos (16: 21; 17: 22, 23). Cuanto más se acerca el momento solemne, tanto más explícito se hace en los detalles de esta predicción: los autores de sus padecimientos, su condena a muerte, la doble traición de que será objeto, las torturas, la cruz, todo está ante sus ojos; su pasión, pues, ha empeñado moralmente. (Comp. Marc. 10: 34, nota.) Pero ve un sol glorioso levantarse sobre esas tinieblas: *el tercer día resucitará*. (Comp. sobre este último rasgo de la predicción 16: 21, segunda nota.) Los tres primeros evangelistas consignan aquí con perfecto acuerdo esas memorables comunicaciones de su Maestro. (Mac. 10: 32 y sig.; Luc. 18: 31 y sig.).

16. Comp. Marc. 10: 35-45. *Entonces*, es decir, inmediatamente después de la predicción precedente, lo que prueba con evidencia cuán poco habían comprendido los discípulos de la significación real de ella (Luc. 18: 34). Probablemente la dieron un sentido figurado cualquiera.—*La madre de los hijos de Zebedeo*, es decir, de

Jacobo y de Juan (4:21), era Salomé, hermana de María, madre de Jesús (Juan 19: 25, nota); formaba parte de ese pequeño círculo de mujeres que habían seguido a Jesús desde Galilea (27: 56; Marc. 15: 40; 16: 1) y le ayudaban con sus bienes (Luc. 8: 3). La actitud que esta madre toma ante el Señor (*adorando*) muestra que atribuye al *pedido* que va a dirigirle una importancia solemne.

17. Salomé pide, pues, para sus dos hijos los dos primeros lugares de honor en el reino del Salvador; desea que sean sus dos primeros ministros. Sus hijos compartían enteramente esta ambición de su madre, pues según el relato de Marcos (10: 35), ellos mismos dirigieron a Jesús este pedido, cuyo pensamiento podía haberles sido inspirado por su promesa (19: 28). Probaban así que tenían una idea muy elevada de la majestad de su Maestro, un ardiente amor a él, un sincero deseo de ser los primeros en servirle. Pero ¡cuánta ignorancia aún! ¡Qué concepciones carnales sobre la naturaleza de su reino! ¡Cuánto orgullo, en fin! Y uno de esos discípulos era el manso y humilde Juan. ¡Cuán evidente es que debía pasar por el bautismo de fuego de Pentecostés!

- No sabéis qué pedís. ¿Podéis beber la copa que yo debo beber?¹⁸.
23 Dícenle: Podemos¹⁹. Díceles: Mi copa, sí, beberéis; mas el sentaros a mi diestra y a mi siniestra no es cosa mía darlo, sino a
24 quienes ha sido preparado por mi Padre²⁰. Y oyéndolo los diez,
25 se indignaron sobre los dos hermanos²¹. Mas Jesús llamándolos a sí, dijo: Sabéis que los príncipes de las naciones las esclavizan

18. El texto recibido, con C, algunas *mayúsc.* y versiones, agrega aquí y en el v. siguiente: *y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado*. Estas palabras, que se hallan en el relato de Marcos de donde han sido tomadas, no son auténticas en el de Mateo.—Los discípulos y su madre *no sabían qué pedían*, porque sólo pensaban en un porvenir glorioso, a pesar de la predicción precedente (v. 17-19), [y Jesús tiene ante él la copa de sus padecimientos! ¿Están ellos listos para compartirla con él?—La *copa* es, en las lenguas orientales, la figura del destino asignado a un hombre, en particular de los padecimientos que debe soportar (Sal. 75: 9; Jer. 25: 15; Mat. 26: 39; Juan 18: 11).

19. Los dos discípulos, a quienes Jesús se ha dirigido directamente y que ahora toman la palabra en vez de dejársela a su madre, han comprendido que el camino seguido por su Maestro va a atravesar grandes padecimientos; pero no retroceden ante ellos después de haber aspirado a la gloria. (Comp. 26: 33-35.) Sin embargo, no consideran aquí sino su sinceridad y su valor, sin pensar en su debilidad. Y eso no obstante, Jesús no les contradice; con indulgencia para el presente y mirando solamente al porvenir, les anuncia realmente que *beberán su copa* (v. 23). En efecto, luego Juan entrará valientemente al patio del sumo sacerdote y seguirá a su Maestro hasta el pie de la cruz, mientras Jacobo será el primer mártir entre los apóstoles.

20. Estas palabras son difíciles de conciliar con otras declaraciones de Jesucristo. (Por ejemplo, 11: 27; 28: 18; Juan 5: 22, etc.) Por eso han sido interpretadas muy diversamente desde el tiempo de los padres hasta nuestros días. Esas interpretaciones se reducen más o menos a la idea de

que Jesús habla en su estado actual de humillación, en que se ha despojado voluntariamente de su poder así como de su gloria, mientras las otras declaraciones que acabamos de citar nos lo muestran en la plenitud de su divina realeza. Indicaría, pues, aquí una restricción temporaria de su poder, como en otro lugar nos revela una restricción de su conocimiento (24: 36; Marc. 13: 32). Pero, ¿es necesario insistir sobre esa distinción? Estas palabras no tienen por objeto hacer la separación entre el poder de Dios y el de Jesucristo e ilustrar el insondable misterio de las relaciones entre el Padre y el Hijo. Jesús quiere hacer comprender a sus discípulos la condición con que podrán ser admitidos a ocupar el lugar más eminente en el reino de Dios. Este favor, dice, no será *dado* arbitrariamente y por así decirlo anticipadamente. Es necesario que un alma sea largamente *preparada* por un desarrollo que la conduzca a la santidad perfecta; y esta preparación depende simultáneamente de la soberanía de la gracia de Dios y de la fidelidad de esa alma. El Padre ha *preparado* el reino (25: 34) y el también es quien *prepara* sus más eminentes servidores para este reino por medio de gracias especiales; y puede agregarse que seguramente los dos discípulos Jacobo y Juan, cuya ambición es descubierta por su pedido, no estaban entonces en el camino que conduce al grado más elevado de gloria y de felicidad. Sólo más tarde llegaron.

21. No debe suponerse que esta *indignación* de los demás discípulos fuese efecto de su humildad y del escándalo que les daba la ambición de Jacobo y de Juan. Provenía más bien de sus celos contra estos dos hermanos que querían elevarse por encima de ellos.

26 y los grandes las oprimen. No será así entre vosotros; sino cualquiera que quisiere entre vosotros hacerse grande, será vuestro
27 servidor; y cualquiera que quisiere entre vosotros ser primero,
28 será vuestro siervo²², así como el hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida por rescate en lugar de muchos²³.

H. 29-34. LOS DOS CIEGOS DE JERICÓ.—19 *El socorro implorado*. Como Jesús sale de esta ciudad, dos ciegos imploran en alta voz su piedad. Reprimidos por la multitud, gritan aún con más ardor. (29-31.)—29 *La curación hecha*. Entonces Jesús se detiene, les interroga con bondad, y conmovido de compasión, toca sus ojos; al instante ven. (32-34.)

29 Y saliendo ellos de Jericó, le siguió una gran multitud²⁴.
30 Y he aquí, dos ciegos²⁵ sentados junto al camino, oyendo que

22. Jesús no aprueba la indignación de los demás discípulos más que la ambición de Jacobo y de Juan. Los llama, pues, a todos cerca de él para darles una lección de humildad. Señala el contraste entre los siervos de su reino y los príncipes y los grandes de los reinos de este mundo. Estos los dominan, usan de autoridad (los términos griegos son más fuertes y podríanse traducir: los oprimen, abusan de la autoridad), no teniendo su poder por principio sino un derecho exterior; y por medio la fuerza solamente. Completamente distinto será entre vosotros: vuestra autoridad emanará enteramente del Espíritu de Dios y se basará en la verdad y la caridad. En tales condiciones, querer ser grande, es descender; querer ser el primero, es hacerse esclavos: así será realmente en el gran día en que los secretos de los corazones serán manifestados. Es lo que indican claramente los verbos en futuro.

23. Demostración suprema del principio que Jesús acaba de establecer para su reino. El hijo del hombre (véase sobre este término 8: 20, nota) que ha fundado ese reino, dió el ejemplo del espíritu que allí debía reinar. Muy alejado de las disposiciones que combatía en el corazón de sus discípulos, y repudiando la autoridad de los grandes de este mundo, no quiso ser servido. Su vida entera

fué consagrada al servicio de sus hermanos. Su abnegación llegó hasta el sacrificio de su vida (Fil. 2: 8). Esta vida santa, quiso darla, término escogido intencionalmente, pues la dió como un rescate, es decir como el precio que se pagaba para rescatar esclavos o prisioneros de guerra. (Comp. 1 Cor. 6: 20; 7: 23.) Esta palabra se encuentra, en griego, en el término que traducimos por redención, que significa liberación por medio de un rescate. Este precio de un valor infinito fué pagado por muchos, en el lugar de muchos. La palabra muchos hace contraste con uno solo que se ha sustituido a ellos, pues por todos dió él su vida. (Rom. 5: 18; Col. 1: 20; 1 Juan 2: 2; Hebr. 2: 9.) Esta declaración solemne, salida de la boca de Jesús mismo, indica claramente el fin expiatorio y redentor de su muerte.

24. Comp. Marc. 10: 46-52; Luc. 18: 35-43.—Según nuestro relato, Jesús subía a Jerusalén, viniendo del otro lado del Jordán, es decir de Perea (19: 1; 20: 17); su camino le llevaba, pues, a Jericó, ciudad célebre situada a dos leguas del Jordán y a siete leguas al Este de Jerusalén. Jesús se detuvo allí más tiempo que el que haría suponer el relato de Mateo. (Véase Lucas 18: 35 y sig.; 19: 1 y sig.)

25. Marcos y Lucas, refiriendo esta curación, no hablan más que de

Jesús pasaba, clamaron, diciendo: Señor, ten misericordia de
31 nosotros, hijo de David²⁶. Y la multitud los reprendió para que
callaran²⁷; mas ellos clamaron más, diciendo: Señor, ten misericordia
32 de nosotros, hijo de David. Y deteniéndose Jesús, los
33 llamó y dijo: ¿Qué queréis que os haga?²⁸ Dícenle: Señor, que
34 sean abiertos nuestros ojos. Y teniendo lástima Jesús, tocó sus
ojos, y luego recobraron la vista y le siguieron²⁹.

un solo ciego, y aun con esta diferencia: que Marcos coloca esta escena a la salida de Jericó, mientras Lucas la pone a la entrada de esa ciudad. Se ha hecho muchas tentativas diversas para conciliar esta doble divergencia. Siendo muy conocido uno de esos ciegos (Marcos lo nombra por su nombre: Bartimeo el ciego), se ha supuesto que Marcos y Lucas mencionaban sólo a él por esa razón. Se ha supuesto también que Jesús sanó un ciego a la entrada y otro a la salida de la ciudad, y que Mateo resume ambos hechos en uno. Pero, ¿es admisible que después de un primer milagro de esta naturaleza hubiese la multitud querido impedir a un segundo ciego que implorara el socorro de Jesús? ¿Es probable también que, en ambos casos, el diálogo entre el ciego y el Salvador resultase ser idénticamente el mismo? No; vale más reconocer una diferencia real entre nuestros diversos relatos, y no quererlos conciliar con explicaciones forzadas, poco dignas del evangelio. (Comp. 8: 29, nota.) Ninguna crítica de detalle puede disminuir la sensible belleza del relato que sigue, y que los tres sinópticos nos han conservado en todo lo que tiene de esencial.

26. Este título, hijo de David prueba

ha que esos pobres ciegos conocían a Jesús y creían en él como el Mesías prometido a Israel. (12: 23; 15: 22, notas.) Por eso se limitan desde luego a implorar su compasión, sin osar pedir nada más.

27. Este detalle tan natural y que se halla en nuestros tres relatos, no es de aquellos que se inventa. Prueba que aquellos asistentes estaban bajo la impresión profunda de la solemnidad del momento, y que temían que Jesús, a la cabeza de ese numeroso cortejo que iba a aclamarle como rey, fuese importunado por los gritos de dos desgraciados sentados al borde del camino. Pero ellos, acosados por su miseria y confiados en la compasión de aquel a quien invocan, no hacen sino redoblar sus gritos.

28. Jesús, se detiene, con todo su cortejo, llama a los desdichados y les dirige una pregunta que no tenía otro objeto que despertar su fe y animarles a presentarle su pedido. Es que, como siempre a la vista de nuestros sufrimientos, él era conmovido de compasión (v. 34).

29. El texto recibido dice: sus ojos recobraron la vista.—Siguiendo a Jesús con gratitud, esos ciegos curados recibieron, sin duda, de él gracias aun más preciosas que su curación.

LA PASION

I. LOS ÚLTIMOS DÍAS

1. La entrada real en Jerusalén.

A. 1-11. LA ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN.—1º *Las disposiciones tomadas por Jesús.* Al aproximarse a Jerusalén, a Betfagé, envía Jesús dos de sus discípulos a buscar un asna y su pollino. Así fué cumplida la profecía que anunciaba a la hija de Sión la llegada de su Rey. (1-5).—2º *El cortejo formado por los discípulos y la multitud.* Los discípulos traen el pollino, lo cubren con sus vestidos. Jesús se sienta encima. El entusiasmo se apodera de la multitud; ésta cubre la ruta con vestidos y ramas de árboles y saluda a Jesús al grito de: ¡Hosanna al hijo de David! (6-9).—3º *La impresión producida en Jerusalén.* Toda la ciudad se conmueve. Se pregunta quién es Jesús. La multitud que le sigue responde: ¡Es el profeta, Jesús de Nazaret! (10, 11.)

XXI. Y cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé¹,

1. Comp. Mar. 11: 1-11; Luc. 19: 29-44; Juan 12: 12-19.—*Betfagé*, "casa de los higos," localidad desconocida en el Antiguo Testamento. No queda de ella ningún vestigio, y se ignora aun su situación precisa. Se ha pensado que ese nombre de Betfagé designaba, no una aldea, sino un barrio o arrabal de Jerusalén, entre los muros de la ciudad y el Cedrón (E. Stapfer, *La Palestina*, p. 66, 67), o el territorio vecino del lado del monte de los Olivos (F. Godet, *Coment. de Lucas 19: 29*.) Esas opiniones se basan en el Talmud, que menciona varias veces ese nombre. Por otra parte, M. F. Bovet (*Viaje a Tierra Santa*, 7ª edic., p. 202) ha observado, "en la extremidad de la angosta meseta que se halla en la cumbre de la montaña, una pequeña aldea que sería tentado a tomarla por Betfagé." Es natural, conforme a los relatos comparados de los evangelios, buscarla entre Betania y Jerusalén. Esta suposición es apoyada por Schubert (*Viaje a Oriente*, tomo II, p. 569 y 571) quien ha encontrado en el mismo lugar "casas rodeadas de árboles." Creyó primero que era Betania, pero pronto reconoció en ella la situación de Betfagé. Coloca

esta localidad en la garganta que se para las dos cimas del monte de los Olivos. Si es así se pregunta solamente por qué Marcos y Lucas nombran a Betfagé antes que a Betania, que, más al Este, se encuentra primero sobre la ruta. No se podría decirlo. Lo que les importa es señalar el acercamiento al monte de los Olivos y a Jerusalén; y como no relatan la estancia de Jesús en Betania, están preocupados ante todo de Betfagé, adonde los dos discípulos van a ser enviados para preparar la entrada en Jerusalén.—Según el relato de los tres primeros evangelios, parece que Jesús, con la comitiva que le acompañaba, habría ido directamente de Jericó (20: 29) a Jerusalén, mientras que, según la relación de Juan (12: 1), se detuvo en Betania, un día por lo menos, y partió de allí para hacer su entrada en Jerusalén (v. 12 y sig.). Además, según Juan, la cena que tuvo lugar en Betania y en que Jesús fué ungido por María, tuvo lugar "seis días antes de la pascua," mientras que Mateo (26: 6) y Marcos (14: 3) parecen colocarla dos días antes de la fiesta. Juan rectifica sobre este punto como sobre otros (Juan 3: 24) la tradición sinóptica.

al monte de los Olivos, entonces envió Jesús dos discípulos², 2 diciéndoles: Id a la aldea que está delante de vosotros, y luego encontraréis un asna atada, y un pollino con ella; desatadlos y 3 traédmelos. Y si alguien os dijere algo, diréis: El Señor tiene 4 necesidad de ellos, y luego los enviará³. Y esto ha acontecido para que fuera cumplido lo declarado por medio del profeta, di- 5 ciendo: "Decid a la hija de Sión: He aquí tu rey viene a ti, manso y montado sobre un asno, y sobre un pollino, hijo de 6 acémila"⁴. Idos, pues, los discípulos, y habiendo hecho conforme 7 Jesús les había ordenado, llevaron el asna y el pollino, y pusieron

2. *Entonces*, palabra que nuestras versiones ordinarias han creído poder omitir como superflua y que tiene un gran significado. Muchas veces había entrado Jesús en Jerusalén, pero en silencio y como perdido entre la multitud; ahora, llegado al término de su último viaje, él mismo ordena a sus discípulos prepararle esta entrada real por la cual toma solemnemente posesión del reino que va a fundar (Marc. 11:10). Sabe que su hora ha llegado, que los que han creído en él están listos para aclamarle con sus *hosannas!* (v. 9), y en cuanto a sus adversarios, cuya resolución está tomada, no tiene ya que preocuparse de sus prejuicios. Momento trágico y decisivo en su vida.

3. La aldea adonde envía Jesús sus discípulos, es, sin duda, Betfagé.—La precisión de todas las indicaciones que Jesús da a sus discípulos nos descubre el perfecto conocimiento que tenía de todo lo que ellos iban a encontrar cumpliendo su misión. El sabe que encontrarán el asna y el pollino en cuanto entren en la aldea (*luego*); sabe que su propietario, que, sin duda, le conocía, los cederá sin dificultad, porque él tiene *necesidad* de ellos en este momento solemne. Los tres primeros evangelios están enteramente de acuerdo, salvo en un solo detalle. Mientras Mateo menciona, al lado del pollino, al asna, su madre, Marcos y Lucas, lo mismo que Juan, no hablan más que del pollino. Es que ese pollino sobre el que debía subir Jesús era el único que importaba al relato. Mateo es aquí más completo.

La crítica racionalista yerra al pretender que él agrega ese detalle para conformarse a la profecía que va a citar (v. 4), y que habría comprendido mal.

4. El Salvador mismo quiso *cumplir* esta profecía literalmente; por eso Juan (12: 15) señala igualmente su realización en su relato. Mateo la cita libremente conforme a los Setenta y combinando dos pasajes de los profetas. Las primeras palabras: *Decid a la hija de Sión*, son tomadas de Isa. 62: 11. La *hija de Sión* es un hebraísmo que designa la ciudad entera de Jerusalén. La profecía propiamente dicha está en Zacarías (9: 9), donde se lee en el hebreo: "¡Estremécete de gozo, hija de Sión, da voces de júbilo, hija de Jerusalén! He aquí tu rey viene a ti, justo y victorioso (o *Salvador*), pobre, y montado sobre un asno y sobre un pollino, hijo de un asna." Hé aquí ahora la citación de Mateo traducida literalmente conforme al texto verdadero: "He aquí, tu rey viene a ti, manso y montado sobre un asno, y sobre un pollino, hijo del que está bajo yugo," o de una bestia de carga. Es evidente que, ora en el hebreo, ora en la citación de Mateo, la palabra: *y sobre un pollino*, significa: *es decir sobre un pollino*, y el evangelista, como el profeta, no atribuye a Jesús más que una sola y misma cabalgadura. Esta observación es necesaria para evitar un error extraño atribuido a Mateo por cierta crítica en la interpretación del v. 7. (Véase la nota). El pensamiento del profeta y el del evangelista, describiéndonos la humilde cabalgadura

8 sobre ellos sus vestidos, y se sentó sobre ellos ⁵. Y la mayor parte de la multitud extendió sus propios vestidos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y las extendían por el camino ⁶.
 9 Y las multitudes que iban delante de él y que seguían, clamaban, diciendo: Hosanna al Hijo de David. Bendecido sea el que viene
 10 en el nombre del Señor. Hosanna en lo altísimo ⁷. Y entrando él en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es
 11 éste? Y las multitudes decían: Este es el profeta, Jesús, de Nazaret de Galilea ⁸.

B. 12-17. LA PURIFICACIÓN DEL TEMPLO.—1º *Los vendedores expulsados.*

Jesús expulsa a vendedores y compradores del templo, y les reprocha, en términos tomados de los profetas; el profanar la casa de Dios. (12, 13).—

2º *Curaciones hechas.* Jesús cura ciegos y cojos. (14).—3º *Alabanza de los*

del Salvador en el instante de su entrada real en Jerusalén, es claramente indicado por sus expresiones: ven en ella la señal de la *mansedumbre* y del espíritu pacífico, de la *pobreza* y de la humillación del Mesías, en el instante mismo en que habría podido aspirar al poder y a la gloria.

5. Traducción literal. El buen sentido lo mismo que la gramática quiere que este último *sobre ellos* se refiera a los vestidos (a los que estaban sobre el pollino) y de ningún modo a los dos animales, interpretación que atribuiría a Mateo, como se han apresurado a hacerlo varios críticos, el pensamiento grotesco e imposible de que Jesús habría montado ambas bestias al mismo tiempo, o una y otra sucesivamente. El versículo 5 prueba, por lo demás, que tal no era la idea del evangelista. Es necesario observar también que el texto verdadero dice: *él* (Jesús) se sentó encima, mientras que la falsa variante del texto recibido dice: *ellos* (los discípulos) *lo sentaron encima*.

6. Estas demostraciones se hacían en la antigüedad para tributar honores extraordinarios a un rey (2 Reyes 9: 13).

7. Esas vivas aclamaciones dirigidas al *hijo de David*, es decir al Rey-Mesías, tenían en el espíritu de la multitud que las pronunciaba un sentido eminentemente religioso y profético, por el hecho de que eran to-

madras del Salmo 118 (v. 25 y 26). Ese salmo magnífico que se cantaba en la fiesta de los tabernáculos, se había convertido generalmente en un cántico de regocijo para todas las ocasiones solemnes y felices. La palabra: *Hosanna* (hebr. *hoschiana*) significa: ¡*Salva, pues!* Las palabras: *en lo altísimo* hacían subir este voto, esta súplica hasta el trono de Dios (Luc. 2: 14), hasta los cielos más elevados (Ef. 4: 10), de donde descendía *el que viene en el nombre del Señor*.

8. *Toda la ciudad se conmovió* por este inmenso cortejo y por las aclamaciones que pronunciaba. La pregunta: *¿Quién es éste?* procedía de aquellos habitantes de Jerusalén que aun no conocían a Jesús; y la respuesta que sigue era dada por las multitudes que formaban su cortejo rindiéndole homenaje. Como la mayor parte de los que componían esas multitudes venían de *Galilea*, no sin cierto orgullo regional anunciaban, como oriundo de su provincia, al gran profeta, predicho por las escrituras y manifestado como tal por su vida entera. Así fué conseguido uno de los fines de esa entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Fué aclamado en presencia de esa población que no había hecho atención alguna a su palabra y a sus obras. Pero, al mismo tiempo, los caracteres de esta entrada real eran apropiados para destruir las falsas esperanzas mesiá-

niños y protesta de las autoridades. Los principales sacerdotes, sorprendidos de los hechos de que son testigos, indignados de los hosannas de los niños, invitan a Jesús a hacer callar a éstos. Jesús replica por las palabras del salmo que afirma que de la boca de los niños saca Dios su alabanza. Luego les deja y se retira a Betania. (15-17).

12 Y entró Jesús en el templo de Dios ⁹, y expulsó a todos los que vendían y compraban en el templo, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los que vendían las palomas ¹⁰; 13 y les dice: Escrito está: "Mi casa, casa de oración será llamada"; 14 mas vosotros la hacéis una "cueva de ladrones" ¹¹. Y se allegaron

nicas de su pueblo. Y sólo después de su resurrección y su regreso a la gloria, comprendieron sus mismos discípulos toda la espiritualidad y la grandeza divina de su eterna realeza.

9. En el *lugar sagrado* (*hierón*), comprendiendo el templo y todas sus dependencias, mientras que el templo propiamente dicho (*naós*) designaba el santuario y el lugar santísimo.—Las palabras: *de Dios* faltan en *Sin.*, *B.* y las versiones egipcias; pero parece que Mateo las ha agregado intencionalmente para hacer resaltar el carácter sagrado del lugar que nos muestra profanado por un tráfico ilícito.

10. Comp. Marc. 11: 11, nota.—Esta escena ocurre en el atrio exterior del templo, llamado el atrio de los Gentiles, porque los mismos paganos podían tener acceso. Ahí se habían establecido los que *vendían* víctimas, incienso, aceite, vino y todo lo que era necesario para los sacrificios. Los *cambistas* cambiaban las monedas extranjeras por las del país, en particular por didracmas con que debía pagarse el tributo del templo. El ruido que se hacía en ese recinto, los fraudes que allí se cometían, profanaban el lugar santo y turbaban la devoción de los fieles. Jesús, haciendo uso de su autoridad mesiánica (Mal. 3: 1, 2) purifica, pues, la casa de Dios y da al mismo tiempo a su acción una significación simbólica profunda. (1 Cor. 3: 16, 17; Ef. 2: 21.) No es necesario ver un milagro en la obediencia de esa multitud que se deja expulsar así por la autoridad de Jesús. La impresión que produ-

ce sobre ella su majestad divina manifiesta a través de su humildad, hace que cada uno ceda ante él (comp. Juan 18: 6); pero Jesús no usa de su poder más que para purificar el templo; después de este acto de autoridad, vuelve a su humilde ministerio de abnegación y de amor.

11. Se lee en Isa. 56: 7: "Mi casa será llamada una casa de oración para todos los pueblos;" y en Jer. 7: 11: "¿Es a vuestros ojos una cueva de bandidos esta casa que es llamada por mi nombre?" Jesús combina libremente esas dos sentencias de los profetas y hace de ellas un reproche severo dirigido a esos traficantes del templo, a los cuales no teme aplicar el epíteto empleado por Jeremías. En cuanto a la cita de Isaías, es tanto más sorprendente cuanto que son *todos los pueblos* (los Setenta traducen: todas las naciones), así, pues, los mismos paganos deben mirar el lugar sagrado como una *casa de oración*, en lugar de profanarlo.—¿Debe ser identificado el hecho que relata aquí Mateo, de acuerdo con Marcos y Lucas, y que colocan al final del ministerio de Jesús, con el que refiere Juan (2: 14 y sig.), o debe ser distinguido de él? En otros términos: ¿ha purificado Jesús dos veces el templo o es ésa una sola y misma acción colocada por los evangelistas en dos épocas tan distantes una de otra? Es éste un asunto sobre el cual las opiniones de los intérpretes han diferido siempre, desde el tiempo de los padres hasta nuestros días. No obstante las apariencias contrarias, es bastante cierto que no se

15 a él ciegos y cojos en el templo, y los sanó¹². Mas viendo los principales sacerdotes y los escribas las maravillas que había hecho y a los niños que clamaban en el templo y decían: Hosanna
16 al hijo de David, se indignaron y le dijeron: ¿Oyes qué dicen éstos?¹³. Y Jesús les dice: Sí. ¿Nunca leísteis: "De boca de
17 niños y mamones te preparaste alabanza?"¹⁴. Y dejándolos salió fuera de la ciudad, a Betania, y pernoctó allí¹⁵.

2. La higuera maldita.

18-22. LA HIGUERA MALDITA, SÍMBOLO DEL PORVENIR DE ISRAEL.—1º *La maldición*. El día siguiente por la mañana, Jesús, volviendo a la ciudad, tenía hambre, y viendo una higuera, se acercó, pero sólo encuentra hojas; dice entonces: ¡Nunca más produzcas fruto alguno! La higuera se seca al

puede identificar esos dos relatos. ¿Cómo, en efecto, atribuir a los evangelistas un error cronológico tan enorme sobre un hecho tan fácil de comprobar? Además, las palabras de Jesús, que, en ambas ocasiones, son el punto sobresaliente del relato, son absolutamente diferentes, lo que denuncia dos sucesos distintos. En fin, si se considera que el relato de Marcos, con los detalles precisos que encierra debe provenir de un testigo ocular (Pedro), es forzoso admitir que este suceso tuvo lugar efectivamente en la entrada de la semana santa. Y por otra parte, si el cuarto evangelio tiene por autor al apóstol Juan, no puede cometer un error al colocar una expulsión de los vendedores al principio del ministerio de Jesús. (Véase los *Coment.* de M. Godet sobre Luc. 19: 45, 46 y sobre Juan 2: 22.)

12. Mateo solo ha conservado la mención de esas curaciones y del diálogo que sigue con los principales sacerdotes. (Véase sin embargo Juan 2: 23.)

13. *Las maravillas* que Jesús había hecho (esa palabra sólo se encuentra aquí en el Nuevo Testamento; significa cosas dignas de asombro o de admiración) eran la purificación del templo y las curaciones relatadas en el v. 14. Eso ya hubiera bastado para indignar a los sacerdotes y los escribas. Pero lo que les irrita sobre todo son los gritos de esos niños, ecos gozosos de las aclamaciones en medio de las cuales ha-

bía hecho Jesús su entrada en Jerusalén. La pregunta de esos adversarios: ¿Oyes lo que dicen? es al mismo tiempo un reproche y un llamado a la humildad de Jesús. ¿Puedes tú sufrir esas adulaciones que profanan el templo?

14. Sal. 8: 3, citado literalmente conforme a los Setenta, que difieren poco del hebreo. Con sentimiento poético y verdaderamente religioso, el salmista ve en esas primeras señales de inteligencia y de amor que dan los niñitos, una *alabanza* de Dios. Con mayor razón podía Jesús ver una muy conmovedora en los *hosannas* de esos niños de más edad que le rodeaban en el templo. Estos dirigían sus homenajes al Mesías; pero como este Mesías sabía que era Hijo y representante de Dios, no vacila en admitir que esos homenajes glorifican a Dios mismo (Juan 5: 23; 13: 31; 14: 13). La continuación de las palabras de los salmos que Jesús cita es: "a causa de tus adversarios, para hacer callar al enemigo y al vengativo." Jesús suprime esas palabras por consideración hacia sus interlocutores, pero ellos conocían bastante las escrituras para terminar por sí mismos la citación.

15. Probablemente en la familia de Lázaro, que Jesús había visitado viajando hacia Jerusalén. Aquí aparece por primera vez en nuestro evangelio este nombre de Betania, hecho tan célebre por la resurrección de Lázaro. Era una aldea situada a quince estadios o tres cuartos de le-

instante. (18, 19).—2º *La potencia de la fe*. Los discípulos exclaman admirados: ¿Cómo se secó así esta higuera? Jesús les responde: Si tuviereis fe, haríais cosas mayores. Todo lo que pidieréis orando os será concedido. (20-22.)

18 Y por la mañana, volviendo a la ciudad, tuvo hambre¹⁶.
19 Y viendo una sola higuera en el camino, fué hacia ella, mas nada halló en ella sino sólo hojas, y le dice: No provenga más fruto
20 de ti, nunca jamás; e inmediatamente se secó la higuera¹⁷. Y viéndolo los discípulos se admiraron, diciendo: ¿Cómo se secó
21 inmediatamente la higuera?¹⁸. Y respondiendo Jesús les dijo: En verdad os digo, si tuviereis fe y no dudareis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que aun si dijereis a este monte: Quitate
22 y échate al mar, será hecho; y todo cuanto pidieréis en la oración, creyendo, recibiréis¹⁹.

gua al sud-este de Jerusalén (Juan 11: 18), sobre la pendiente oriental del monte de Olivos (Marc. 11: 1; Luc. 19: 29). Hoy se encuentra en el lugar ocupado en otros tiempos por Betania una pobre aldea habitada por árabes y cristianos y llamada *El Azriyeh* (de *El Azir*, Lázaro.) Véase F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7ª edic., p. 203 y Ph. Bridel, *Palestina Ilustrada*, II.

16. En lo que precede. Mateo, según su costumbre de agrupar los hechos sin atender la cronología, relata en seguida la entrada de Jesús en Jerusalén y la purificación del templo, luego agrega la historia de la higuera maldita. Marcos, cuyo relato es más exacto, coloca la historia de esa higuera antes de la purificación del templo, no habiéndose verificado ésta hasta el día siguiente de la entrada triunfal.

17. Se sabe que la higuera produce sus frutos antes que sus hojas. Jesús, aunque entonces fuese la primavera, viendo ese árbol cubierto de hojas, podía, pues, esperar de encontrar de esos higos precoces que los orientales llaman *boccoras*, bien que la madurez regular no tuviese lugar hasta el mes de junio. Es lo que explica la observación de Marcos (11: 13), que "no era tiempo de higos." (Véase la nota.) Además, esa higuera era la única de su especie (gr. *una sola*) sobre el borde del cami-

no.—En cuanto a la manera de obrar del Salvador en esta ocasión es evidente que su intención no era pronunciar una maldición sobre un objeto inanimado y por tanto irresponsable, sino reprochar a su pueblo, por una acción simbólica, la esterilidad de su vida moral. Este acto tiene, pues, la misma significación que la parábola de la higuera estéril (Luc. 13: 6 y sig.). Después de haber dado esa advertencia por medio de un símbolo, Jesús va a repetirla en discursos que constituirán su sermón comentario (v. 28: 44; 22: 1-14). Así es como, en su ardiente amor a las almas, se esfuerza, durante los últimos momentos que le quedan, por despertar en el seno de su pueblo las conciencias que podían serlo aún.

18. Esta pregunta de los discípulos, lo mismo que su *admiración*, muestra que vieron en lo que sucedió a la higuera un milagro producido por la palabra y la voluntad de su Maestro. Sin ningún fundamento, pues, supone cierta exégesis que la higuera estaba ya casi seca. No se podría ver tampoco en este relato un mito que la tradición evangélica habría sacado de la parábola de la higuera. La pregunta de los discípulos prueba que pensaron más en el hecho exterior de este milagro que en su significación simbólica.

19. Los discípulos han preguntado cómo se había hecho ese milagro.

3. La lucha en el templo. Primera fase.

A. 23-46. LA PREGUNTA HECHA POR EL SANEDRÍN. PARÁBOLAS DE LOS DOS HIJOS Y DE LOS VIÑADORES.—1º *Jesús interrogado sobre su autoridad.* Enseñando Jesús en el templo, una diputación va a preguntarle *con qué autoridad* obraba. Jesús les responde por una pregunta: El bautismo de Juan ¿era del cielo o de los hombres? Los adversarios, temiendo ser convictos de inconsecuencia, o comprometerse ante el pueblo que consideraba a Juan como un profeta, responden: No sabemos. Entonces Jesús rehusa también responder sobre el origen de su autoridad. (23-27.)—2º *La parábola de los dos hijos.* Después de rechazar el ataque, toma Jesús la ofensiva, caracterizando la conducta de sus adversarios en la siguiente parábola: Un hombre tiene dos hijos a los que invita a ir a trabajar en su viña; el uno rehusa al principio, pero habiéndose arrepentido, va; el otro dice con solicitud: ¡Sí, señor! pero no va: ¿Cuál hizo la voluntad de su padre? Están obligados a responder que el primero. Jesús les aplica entonces directamente la parábola diciéndoles: Los publicanos y las ramera os preceden en el reino de Dios, porque ellos creyeron la predicación de Juan el Bautista, más vosotros no creísteis y no os habéis arrepentido siguiendo su ejemplo. (28-32.)—3º *La parábola de los viñadores.* En esta segunda parábola, representa Jesús la conducta de los jefes del pueblo en el pasado, el presente, y el porvenir: Un dueño de casa plantó una viña, le prodigó todos sus cuidados, luego la arrendó a viñadores. Habiendo llegado la época de los frutos, envió a sus siervos para recibirlos; pero los viñadores los maltrataron. Envío a otros que también fueron maltratados. Por último les envió su propio hijo, pensando que sería respetado. Pero los viñadores, viendo en él al heredero, le arrojaron fuera de la viña y le mataron para apoderarse de su heredad. ¿Qué hará, pues, el dueño? A esta pregunta, los oyentes mismos de Jesús responden: Hará perecer a esos miserables y arrendará la viña a otros. Así es, replica Jesús, apoyando su declaración con un dicho de las escrituras, como el reino de Dios os será quitado y será dado a una nación que producirá sus frutos. (33-34.)—4º *El efecto producido.* Los sacerdotes y los fariseos comprenden entonces que de ellos mismos hablaba Jesús; procuran prenderle, pero temen al pueblo. (45, 46.)

23 Y habiendo entrado al templo, se allegaron a él, estando enseñando los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo,

Pero Jesús no responde jamás a preguntas de simple curiosidad; y, en el fondo, no había ninguna explicación que dar al respecto; pero como la admiración de los discípulos era causada evidentemente por el poder que Jesús acababa de manifestar, a este pensamiento responde declarándoles solemnemente (*en verdad*) que por medio de una *fé* firme, viva, libre de toda *duda*, harían obras semejan-

tes y aun más grandes. (Comp. Marc. 11: 21, nota.) Una fe tal produciría en ellos la verdadera *oración*, hecha con fe (*gr. creyendo*), para la cual nada es imposible. (Comp. 17: 20, nota.) Sin embargo, haciendo de la fe la condición del éxito, excluye Jesús todo arbitrio en el empleo de ese poder extraordinario. El que ora *creyendo*, ora en el nombre de Jesús" (Juan 14: 13), es decir siendo dirigido por su Espíritu.

diciendo: ¿Con qué autoridad haces esto? Y ¿quién te dió esta
24 autoridad? 20. Y respondiendo Jesús, les dijo: Os preguntaré
también yo una sola cosa 21, si me dijereis la cual, yo también
25 os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan, ¿de
dónde procedía? ¿Del cielo o de los hombres? 22. Mas ellos razonaban entre sí, diciendo: Si dijéremos: Del cielo, nos dirá:
26 ¿Por qué, pues, no le creísteis? Mas si dijéremos: De los hombres, tememos la multitud, pues todos tienen a Juan como profeta.
27 Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos 23. Y él también

20. Comp. Marc. 11: 27-33; Luc. 20: 1-8.—La gran lucha en el templo entre Jesús y sus adversarios empieza. El pueblo sigue sus peripecias con interés. Su favor pone momentáneamente a Jesús a cubierto de los ataques de sus enemigos. El fin de éstos, en las preguntas que le hacen, es conducirle a afirmaciones que le hagan perder la simpatía de la multitud y puedan también servir de causas de condenación.—Los *principales sacerdotes* y los *ancianos* formaban parte del sanedrín, el consejo supremo, que tenía la más alta autoridad en materia civil y religiosa. Van a Jesús como diputación oficial. Su doble pregunta es muy precisa: ¿Cuál es tu *autoridad*? y ¿de *quién* la tienes? Nosotros, parecen decir, nosotros no te hemos dado *autoridad*: ¿eres tú, pues, un enviado directo de Dios?—Pero ¿qué entienden ellos por *esto* que Jesús hacía y que les ofuscaba? ¿Era su *enseñanza*, en que vienen a interrumpirle, o toda su acción en Jerusalén desde su entrada real en esa ciudad, o en fin y sobre todo la purificación del templo? (v. 12 y sig.) Los intérpretes se dividen sobre este punto, pero no hay duda de que este último hecho autoritario fuese el principal agravio para los miembros del sanedrín. Esperaban que Jesús declararía que tenía el derecho de guardar el orden en el templo, porque allí se hallaba en la casa de su Padre (Luc. 2: 49), siendo el Hijo de Dios. Ellos sabían que repugnancia había mostrado siempre el pueblo en aceptar de Jesús una afirmación categórica de su divinidad (Juan 5: 18; 8: 59; 10: 31, 39). Arrancándosela en ese momento, pensaban hacer vacilar, arrui-

nar quizá de una vez su popularidad.
21. Gr. *Os preguntaré yo también una sola palabra.*

22. Esta pregunta de Jesús corresponde exactamente a la de ellos. No era de ningún modo un efugio ni un modo de reducirlos a silencio, sino un dardo penetrante de verdad arrojado en su conciencia. Si, en efecto, el *bautismo de Juan*, es decir todo su ministerio en el seno de Israel, era *de Dios*, entonces la autoridad de Jesús no podía ser dudosa, pues Juan le había dado testimonio por el Espíritu Santo (Juan 1: 19-34). Además, el bautismo de Juan era un bautismo de arrepentimiento administrado a aquellos a quienes su predicación había convencido de pecado. Si los jefes del pueblo hubieran creído, pues, a esa predicación; si se hubieran arrepentido, habrían creído también en el Salvador anunciado por Juan. La pregunta de Jesús era embarazosa para sus adversarios. Si querían disputar la autoridad de Jesús, debían negar que Juan fuese un enviado de Dios. Pero no podían recurrir a esta respuesta (v. 26).

23. Los miembros del sanedrín se retiran aparte y se ponen a *razonar entre sí*. Se agitan entre los dos términos del dilema que Jesús les ha planteado. No hallan otra salida que reconocer su ignorancia y su incompetencia para pronunciarse en una de las más importantes manifestaciones religiosas de su tiempo. El *temor* de la multitud les impide declarar abiertamente contra Juan el Bautista. La veneración con que el pueblo honraba la memoria del profeta era tan profunda, que tal actitud les habría hecho correr los mayores peligros; están obligados a de-

les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto²⁴.
 28 Mas ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; y allegándose
 29 al primero, dijo: Hijo, ve hoy, trabaja en la viña. Y él respon-
 30 diendo dijo: No quiero; mas después, arrepentido, fué. Y alle-
 31 gándose al segundo, le dijo de igual manera. Y él respondiendo,
 32 dijo: Yo, señor; y no fué. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del
 padre? Dícenle: El primero²⁵. Díceles Jesús: En verdad os digo
 que los publicanos y las rameras van delante de vosotros en el
 33 reino de Dios. Vino, en efecto, Juan a vosotros en el camino de
 la justicia, y no le creísteis; mas los publicanos y las rameras
 le creyeron, y vosotros, viéndolo, ni aun os arrepentisteis después
 para creerle²⁶.

circise: "Todo el pueblo nos apedreará" (Luc. 20: 6). Se refugian, pues, en esta derrota: *No sabemos*; confesión humillante para ellos, los conductores espirituales de la nación; porque su deber sagrado hubiera sido examinar la misión de Juan y recomendarla al pueblo u oponerse a ella, según fuese de Dios o de los hombres.

24. ¿Que vergüenza para esos hombres y qué juicio de Dios en esa denegación!

25. El manuscrito B y algunas versiones invierten el orden de estos dos hijos, de modo que el que se arrepiente y obedece sería el segundo. La respuesta (v. 31) es entonces: *El último*. Algunos críticos y exégetas prefieren esa lección. Mateo solo ha conservado esta corta pero notable parábola por la que Jesús, después de haber obligado a sus adversarios a confesar que eran incompetentes para juzgarle (v. 27), les constriñe a juzgarse ellos mismos y a pronunciar su propia condenación.—Hay en estos términos elegidos: *dos hijos, hijo*, la expresión de la ternura del padre, así como también del derecho que tiene de ser obedecido. Por amor los invita a ir a trabajar en su viña, que es el reino de Dios (v. 23 y sig.; 20: 1 y sig.). El primero, insensible al principio a este amor, rehusa clara, francamente. Pero luego, penetrado de un sincero *arrepentimiento*, va y trabaja aun con mayor ardor. El otro al contrario, responde sin vacilar:

Sí, Señor (gr. *yo, señor*); *yo*, muy diferente de mi hermano, *yo voy*; pero a pesar de esta inmediata obediencia de labios a pesar de esa palabra respetuosa de *señor*, no fué. ¿Qué profunda psicología en este contraste! Una primera resistencia a la voluntad de Dios deja mucho más esperanza para la salvación de un alma que esa cobarde indiferencia, siempre pronta para decir sí, pero que no tiene energía alguna para obedecer. (Apoc. 3: 16) Jesús, por la pregunta que termina su relato, saca de la boca misma de sus interlocutores la confesión de esta verdad.

26. Jesús aplica bruscamente esta parábola a sus oyentes. El primero de los dos hijos representa a esos grandes pecadores que primeramente habían resistido los mandamientos de Dios, pero que, a la voz potente de Juan el Bautista (v. 32), se habían *arrepentido* y convertido. El segundo hijo es la figura de esos fariseos que parecían aceptar toda la ley de Dios y someterse a ella, pero que, por su formalismo, no dejaban de vivir para el mundo y sus concupiscencias. Ni aun la predicación de Juan el Bautista pudo vencer su endurecimiento y su orgullo. Más aun; el ejemplo de tantos pecadores arrepentidos no tuvo influencia sobre ellos. En efecto, debe leerse, según B y las vers.: "Pero vosotros, viéndolo, ni aun os arrepentisteis después."—Las palabras: en el camino de la justicia, caracterizan al mismo tiempo la vida y el ministerio de

33 Oíd otra parábola²⁷: Había un hombre, dueño de casa, el cual plantó una viña y la rodeó con un cerco, y cavó en ella un lagar y edificó una torre²⁸; y la arrendó a viñadores, y se ausentó²⁹. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los viñadores para recibir sus frutos³⁰. Y tomando los viñadores a sus siervos, al uno hirieron, al otro mataron, al otro apedrearón³¹. Otra vez envió otros siervos, más que los primeros, y les hicieron de igual manera. Mas después envió a ellos su hijo, diciendo: Respetarán mi hijo³². Mas los viñadores viendo al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y poseamos su herencia. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron³³. Cuando viniere, pues, el señor de la

Juan el Bautista, que fueron ambos una proclamación de la justicia divina. Tal predicación es en todos los tiempos el único medio de despertar las conciencias y conducir los pecadores al arrepentimiento.

27. Comp. Marc. 12: 1-12; Luc. 20: 9-19. La idea de esta parábola y varios detalles son tomados de Isaías 5: 1 y sig. Se sabe cuánto gustaba al Señor referir sus enseñanzas al Antiguo Testamento. Pero la similitud es admirablemente desarrollada para el fin que Jesús se proponía. Ese fin es evidente: después de haber reprochado a los miembros del sanedrín que le escuchaban (v. 32) su impenitencia, Jesús va a hacerles sentir, por medio de esta historia trágica, su culpabilidad; después de haberles conducido a pronunciar su propio juicio (v. 31), él va a juzgarles a su vez recordándoles la conducta inicua de los jefes de Israel en todos los tiempos. Ellos mismos colmarán la medida de esas iniquidades con el asesinato del que les habla (v. 39).

28. *Un cerco* o vallado servía para proteger la viña contra cualquier devastación del exterior. El *lagar* era cavado, entre los orientales, en la misma viña. Se componía de dos depósitos superpuestos, uno de los cuales servía para recibir las uvas que se echaban allí para ser pisadas; el otro, colocado debajo, era destinado a recoger el mosto que corría. En fin, la *torre* era un edificio de guardia, construido en medio del viñedo

y desde donde podíase vigilarlo en toda su extensión. No es necesario buscar a esos detalles, que adornan el relato y dan a la parábola un carácter tan pintoresco, un sentido simbólico. Sirven, en general, para mostrar que el amo de la viña no escatima cuidado alguno.

29. Gr. *la entregó a labradores y se expatrió*. (Véase la explicación de la parábola v. 43, nota.) Eso no quiere decir que esos agricultores debieran pagar en dinero la renta anual de la viña; el amo había hecho un trato con ellos para la cultura de su viña; él debía recibir todo o parte de sus productos en especie (v. 34).

30. *Sus frutos*, a los cuales tiene derecho, que le son debidos, en virtud del contrato. Erróneamente se traduce de ordinario por: "los frutos de la viña."

31. *Herir, matar, apedrear*: gradación en la maldad hasta un suplicio cruel.

32. El amo tenía pleno derecho de esperar tal respeto, porque les envía su "hijo único, su amado" (Marc. 12: 6, nota; comp. Hebr. 1: 1, 2).

33. Hasta aquí los viñadores han maltratado y matado a los siervos del amo, para no entregarle sus frutos; ahora que tienen al heredero, piensan que matándole, nada podrá oponerse a que ellos tomen posesión de su herencia.—Las palabras: *lo arrojaron fuera de la viña y lo mataron*, describen vivamente esa escena trágica, y es dudoso que deba verse en ellas una predicción del hecho de

41 viña, ¿qué hará a aquellos viñadores? Dícenle: A los malos ma-
lamente matará, y arrendará la viña a otros viñadores los
42 cuales le entregarán los frutos en sus tiempos³⁴. Díceles Jesús:
¿Nunca leísteis en las escrituras: "La piedra que desecharon los
que edificaban, ésta fué hecha la cabeza de la esquina; de parte
43 del Señor fué hecho, y es admirable a nuestros ojos"³⁵? Por
esto os digo que será quitado de vosotros el reino de Dios y dado
44 a una nación que produzca los frutos de él³⁶. Y el que cae sobre

que Jesús fué crucificado fuera de Jerusalén. (Véase Marc. 12: 8, nota.)

34. Comp. v. 43. Jesús, por medio de una pregunta directa, obliga a sus adversarios a pronunciar sobre sí mismos la terrible sentencia que han merecido los viñadores. El momento se acerca en que el pueblo entero hará otro tanto por su propia cuenta (27: 25); y se sabe con qué espantoso rigor fué ejecutada esa sentencia cuarenta años más tarde.—En Marcos y Lucas, Jesús mismo hace la pregunta y responde. El relato de Mateo es más dramático: la conciencia de los interlocutores de Jesús les obliga a pronunciar la condenación de los viñadores, es decir su propia condenación. Mateo solo ha conservado también ese acercamiento de términos, que hace resaltar cuán severa y merecida al mismo tiempo es la condenación: Hará perecer miserablemente a esos miserables. Pero estas palabras, en boca de los adversarios, prueban que aún no se habían reconocido en la persona de los viñadores.

35. Sal. 118: 22, citado conforme a los Setenta. Por estas palabras de las escrituras, tan conocidas por sus oyentes, y que Jesús se aplica a sí mismo, quiere hacer sentir a los jefes de la teocracia quién es ese hijo de la parábola que ha sido rechazado, matado por los viñadores. Ellos mismos son los constructores insensatos y culpables que han reprobado la piedra de la esquina. Esta piedra, en la figura empleada por el salmista, es la que, colocada como fundamento en la esquina de un edificio, soporta dos muros y sostiene todo aquel. He ahí lo que es Jesucristo en el templo espiritual que se va a levantar a la gloria de Dios. Este destino glorioso,

que contrasta con su rechazo por los hombres, es la obra y la voluntad expresa del Eterno y permanecerá siendo el objeto de la admiración de los siglos. (Comp. Isa. 28: 16; Act. 4: 11; Rom. 9. 33; 1 Pedro 2: 6).

36. Aplicación directa del v. 41 y la parábola entera. Estas palabras: yo os digo, os será quitado, designan claramente a los adversarios que Jesús tenía delante como los viñadores de la parábola y los constructores que han rechazado la piedra de la esquina. Tal es también la razón de la sentencia que pronuncia (*por tanto*). Para comprender bien su significación, es necesario echar una mirada sobre el conjunto de la parábola. El dueño de casa que plantó una viña y le dió todos sus cuidados, es Dios que, en su grande misericordia, fundó sobre esta tierra hundida en las tinieblas por causa del pecado, un reino de verdad, de justicia y de paz. Lo confió a su pueblo de Israel, en particular a los jefes de la teocracia judía. Tenía derecho de esperar y exigir sus frutos, frutos de la vida religiosa y moral: gratitud, amor, obediencia, santidad. Los siervos que envió en varias ocasiones para recoger esos frutos son sus santos profetas, quienes ¡ay! fueron siempre rechazados por la mayoría, perseguidos, matados (5: 12; 23: 31-37; Hebr. 11: 35-38). En cuanto al hijo que el amo de casa envió luego en su inmenso amor (Juan 3: 16), el evangelio entero nos dice quién es, y le oímos, en esta misma parábola, predecir su rechazo y su muerte. Los jefes de la teocracia de su tiempo tuvieron, no obstante su incredulidad, el presentimiento de que él era el heredero y de que matándole que-

esta piedra será quebrantado; mas a cualquiera sobre quien
45 cayere, a polvo lo reducirá³⁷. Y oyendo los principales sacerdotes
y los fariseos sus parábolas, conocieron que sobre ellos hablaba;
46 y procurando prenderle, temieron a las multitudes, por cuanto
le tenían por profeta³⁸.

B. 1-14. PARÁBOLA DE LAS BODAS.—1º *Los primeros invitados que rehusan.* Jesús responde a la hostilidad de los jefes y a la indecisión de la multitud por una parábola en la que predice el porvenir del pueblo que tuvo el privilegio de ser llamado el primero. Compara el porvenir del reino de Dios a la historia de un rey que, celebrando las bodas de su hijo, envió sus siervos para llamar a los invitados; éstos rehusaron. Envió aún otros siervos para decirles: Todo está listo, venid. Pero ellos, sin tenerlo en cuenta, se fueron a sus negocios; otros maltrataron a sus siervos y los mataron. El rey, encolerizado, hizo perecer esos asesinos y quemó su ciudad. (1-7.)—2º *Los segundos invitados.* Entonces dijo a sus siervos: Las bodas están preparadas,

darian dueños y poseedores del reino. Pero ellos mismos, pronunciando sobre los viñadores ese doble juicio, que la viña les sería quitada y perecerían miserablemente, proclamaron su propia condenación. Esta sentencia es confirmada por Jesús con estas palabras: el reino de Dios os será quitado, seréis excluidos de él, y será dado, por pura gracia, a una nación, pueblo de Dios elegido del seno de todos los pueblos; que produce los frutos de él. Jesús no dice: producirá, según nuestras versiones. Habla en presente, porque ya ve ante sus ojos los primeros frutos de ese nuevo reino. Se sabe cómo fué cumplida esta profecía por la destrucción de Jerusalén y la ruina de la teocracia judía, y por el establecimiento del reino de Dios entre las naciones paganas. La parábola de los viñadores, como tantas otras declaraciones, muestra que todo el porvenir de su reino estaba ante los ojos del Salvador.

37. Gr., lo reducirá a polvo, lo dispersará como polvo, o más literalmente aun, lo cribará, aventará, Israel será castigado no solamente siendo despojado del reino, sino siendo él mismo destruido. Este versículo expresa el lado positivo y terrible del castigo, del cual el v. 43 indica el lado negativo. La figura empleada es presentada bajo dos aspectos di-

ferentes. Primeramente la piedra es considerada como yaciendo sobre el suelo, y la incredulidad ciega va a estrellarse contra ella. Isa. 8: 14, 15.) Es el Salvador en su estado de humillación. Luego, esta misma piedra es considerada como cayendo sobre los rebeldes y pulverizándolos: es el Salvador en su gloria ejerciendo el juicio. (Dan. 2. 34.)—Pero estas palabras, que se hallan literalmente en Lucas a continuación de la misma parábola, no parecen estar en su lugar en Mateo. La parábola, en efecto, parece terminada con el v. 43. Por eso Griesbach, Lachmann, Tregelles, Westcott y Hort ponen en duda el v. 44, mientras Tischendorf lo suprime completamente. Es verdad que esos críticos se fundan en D solamente y en las indicaciones de algunos padres, en particular de Orígenes. Otros consideran insuficientes esas autoridades. B. Weiss declara el v. 44 ciertamente auténtico; si hubiera sido tomado de Lucas, habría sido introducido después del v. 42.

38. Así, el anuncio de los juicios más terribles de Dios, claramente comprendido por los que lo oyen, va a chocar contra su endurecimiento y sólo excita su odio y sus designios criminales. Este triste resultado de los discursos que preceden inspiró a Jesús la parábola del cap. 22: 1 y siguientes.

pero los invitados no eran dignos; id a las encrucijadas e invitad a todos los que hallareis. Habiendo los siervos obedecido esta orden, la sala de bodas se llenó. (8-10.) 3º *El hombre que no tiene vestido de bodas*. Entrando en la sala el rey, vió un hombre que no tenía vestido de bodas. ¿Cómo, le dice, has entrado aquí sin vestido de bodas? Y no pudo responder nada. El rey dijo a los que servían: Atadle y arrojadle a las tinieblas de afuera. (11-14.)

XXII. Y tomando Jesús la palabra¹, les habló otra vez en 2 parábolas, diciendo: Asemajado fué el reino de los cielos a un 3 hombre rey, el cual hizo bodas a su hijo². Y envió sus siervos a 4 llamar a los invitados a las bodas³, mas no quisieron ir⁴. Otra vez envió otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí, he preparado mi comida; mis toros y mis animales engordados 5 están muertos y todo está preparado; venid a las bodas⁵. Mas ellos, no cuidándose de ello, se fueron, el uno a su propio campo,

1. Gr. y Jesús *respondiendo*. Esta palabra, que con tanta frecuencia aparece, en los evangelios, puede ser considerada, sin duda, como un hebraísmo y significar: *tomar la palabra*. Pero en la mayor parte de los casos hay realmente una *respuesta* de Jesús a objeciones o a pensamientos no expresados (11: 25). La parábola que sigue es, en efecto, una respuesta a los malos designios manifestados por los adversarios (21: 46, nota). Mateo solo ha conservado esta parábola. Marcos y Lucas terminan con la parábola de los viñadores la conversación que precede con los principales del pueblo; luego pasan a la pregunta relativa al tributo, que Mateo refiere a continuación (v. 15 y sig.).

2. Véase sobre este término *el reino de los cielos*, cap. 3: 2, nota. Estas palabras *bodas para su hijo* deben entenderse en su sentido literal. No significan ni festín en general, ni una fiesta dada por ese rey con ocasión del advenimiento de su hijo al trono, como lo han pensado, no se sabe muy bien por qué, gran número de exégetas. Hallamos aquí la figura patética y profunda por la cual el Salvador nos es representado como el Esposo de su iglesia. (25: 1; Apoc. 21: 2, 9; Mat. 9: 15; Juan 3: 29; Ef. 5: 22 y sig.).—Se ve desde estos primeros rasgos de la parábola que no es idéntica a la que refiere

Lucas 14: 16 y sig. Difiere de ella tanto por el tiempo en que fué pronunciada y la ocasión que la motivó, como por su contenido. Son dos instrucciones diferentes, con algunos detalles análogos, que el Señor podía perfectamente dar bajo estas dos formas.

3. Gr. "para llamar a los llamados a las bodas", es decir, a los que habían recibido ya la invitación de asistir a las bodas. Para explicar este detalle, se refieren generalmente a la costumbre oriental de invitar una primera vez, algún tiempo antes, luego segunda vez, el mismo día de la fiesta. Pero quizás esta segunda invitación sólo tiene lugar, en la parábola, por el hecho de que los invitados tardaban en venir.

4. Aquí hay una intención bien firme de rehusar. Más tarde (v. 5), una negligencia que denota el desprecio de la invitación. En fin, otros llegan hasta el odio y la violencia (v. 6); la misma gradación que en la parábola de los viñadores (21: 33 y sig.).

5. Esta segunda invitación es hecha en términos más apremiantes que la primera. Los grandes preparativos que el rey hace anunciar por sus siervos habrían debido ser para los invitados un poderoso motivo para venir, y aumentarán la culpa de su desprecio y su ingratitud.

6 el otro a su negocio⁶; y los demás, prendiendo a sus siervos, 7 los injuriaron y los mataron⁷. Mas el rey se airó y enviando sus 8 ejércitos, mató aquellos homicidas, y quemó su ciudad⁸. Entonces dice a sus siervos: Las bodas, sí, están preparadas, mas 9 los invitados no eran dignos⁹. Id, pues, a las salidas de los caminos¹⁰, y a cuantos hallareis invitad a las bodas. Y saliendo aquellos siervos a los caminos, congregaron todos los que hallaron, tanto malos como buenos¹¹, y la sala de bodas fué llenada de convidados¹². Y entrando el rey para mirar a los convidados, vió 12 allí un hombre no vestido con vestido de bodas, y le dice: Camarada, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de bodas?¹³ 13 Y él no abrió su boca¹⁴. Entonces dijo el rey a los servidores: Atadle sus pies y manos, y echadle a las tinieblas exteriores: 14 allí será el llanto y el rechinar de los dientes¹⁵. Muchos, en efecto, son llamados, mas pocos elegidos¹⁶.

6. Gr. a su *propio* campo. El goce de su *propiedad* le basta, y menosprecia la invitación. *El otro*, constreñido por la avidez de adquirir, se va a su *negocio*.

7. Al desprecio de los unos se agrega el odio, la violencia de los otros. (Comp. 21: 35.)

8. Jerusalén. Dos terribles castigos que fueron ejecutados literalmente. (Comp. 21: 41.)—El texto recibido, con C, agrega *oyéndolo*, después de *el rey*. Esa palabra falta en Sin., B y muchas mayúsculas; no es necesaria a la claridad del relato.

9. La palabra *entonces* señala un momento importante y decisivo en el desarrollo del reino de Dios. (Véase la explicación de la parábola, v. 14, nota.)—¿En qué consistía la *indignidad* de los invitados? Los versículos que preceden (v. 4-7) lo dicen muy claramente.

10. Es decir en los lugares donde el pueblo tiene la costumbre de reunirse.

11. Pecadores notorios, lo mismo que gente de buena reputación. Quizá correspondan estas dos categorías por una parte a los publicanos y mujeres de mala vida, y por la otra a los fariseos (21: 31).

12. Gr. "De recostados a la mesa." Así, pues, los hombres de esta segunda invitación la aceptaron en gran número. Pero *aceptar* no basta

aún para ser definitivamente admitido a la boda (v. 11 y 14).

13. Como todos esos invitados habían sido reunidos en las encrucijadas y la mayor parte debían de ser muy pobres, el rey no podía esperar que *todos* tuviesen un *vestido de boda* digno de su corte. Por eso, gran número de intérpretes recurren, para explicar este punto, a la costumbre oriental de ofrecer a los invitados un manto de fiesta (*kaftan*) con el cual podían presentarse convenientemente en la corte de un príncipe. Este vestido sería así un don gratuito y el que lo hubiera despreciado sería inexcusable.—Sobre la palabra *camarada*, comp. 20: 13, nota.

14. No tuvo nada que responder a la pregunta del rey. Llega un tiempo en que el pecador no hallará más excusas.

15. Comp. sobre estas últimas palabras cap. 8: 12, nota.—Después de las palabras *atadle pies y manos*, el texto recibido con C y la mayor parte de las mayúsc., agrega: *llevadle*, palabras que no se hallan en Sin., B y las versiones.

16. Puesto que la sala de bodas fué llena (v. 10), los *elegidos* no eran tan poco numerosos; pero lo son siempre, comparados con las multitudes de *llamados*. Este llamamiento es hecho de parte de Dios con la in-

4. La lucha en el templo. Segunda fase.

A. 15-22. PREGUNTA DE LOS FARISEOS Y DE LOS HERODIANOS SOBRE EL TRIBUTO A CÉSAR.—19 *La pregunta.* Los fariseos, recurriendo a la astucia para perder a Jesús, le envían sus discípulos, asociados a algunos herodianos, quienes, aparentando buscar sinceramente dirección y saludando a Jesús como un maestro que sólo se cuida de la verdad, le preguntan si es lícito pagar el tributo a César. (15-17.)—20 *La respuesta de Jesús.* Jesús, comprendiendo su hipocresía, pide le muestren la moneda del tributo; y, mostrándoles la efigie y la inscripción: Dad a César, les dice, lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Ellos se retiran, asombrados de esta respuesta. (18-22.)

15 Entonces, yéndose los fariseos, tomaron consejo para cogerle

tención de que el que lo oye, sea salvado. Pero ni el llamamiento, ni aun la aceptación bastan para eso, como lo demuestra el último detalle de nuestra parábola. Es necesario además un acto de la gracia soberana de Dios. Pero este acto no es arbitrario; Dios posee el secreto de ponerlo en armonía con la libertad humana, de tal suerte que el finalmente rechazado lo es por su culpa (v. 12), y el salvado sabe que lo es por la pura gracia de Dios (Ef. 1: 4; Fil. 2: 13).—Echemos ahora una mirada sobre el sentido de toda la parábola. El rey que hace las bodas de su hijo es Dios (v. 2), y esa boda es el establecimiento de su reino, que un día será elevado a la perfección. Todo, en ese reino, donde el pecador es invitado a entrar, es preparado por la libre gracia de Dios; la salud es absolutamente gratuita (v. 4). La primera invitación tuvo lugar por Jesucristo mismo y por sus apóstoles (Meyer); o, forzando más las figuras de la parábola (Weiss), por los profetas ante todo (v. 3), luego por Juan el Bautista y Jesucristo (v. 4-6); los siervos que la continúan más tarde (v. 8-10) son sus discípulos. Los primeros *invitados* representan al pueblo de Israel y sus jefes. Su repulsa, su desprecio de la invitación, y aun más el odio violento que manifestaron contra el Mesías y sus siervos, justificaron demasiado el terrible castigo que les alcanzó y la destrucción de su ciudad. *Entonces* (v. 8) empieza una

época enteramente nueva en el reino de Dios; su pueblo se ha mostrado indigno de él; los siervos son enviados a las naciones paganas, a las que llevan la invitación, y la sala de bodas se llena (v. 9, 10). ¡Magnífica predicción del porvenir! (Rom. 11: 25). Esta transformación del reino de Dios, prevista en nuestra parábola, es proclamada expresamente por el apóstol Pablo en el momento en que se cumple (Act. 13: 46). La primera parte de la parábola está dirigida contra los jefes del pueblo judío (v. 1, nota); establece un gran contraste entre ese pueblo y los paganos. En la última parte (v. 11-13) el pensamiento de Jesús se generaliza; la parábola enseña el carácter íntimo y espiritual del reino de los cielos; el hombre que no tenía vestido de boda representa a toda la categoría de los que han entrado exteriormente en el reino sin que nada haya cambiado en las disposiciones de su corazón. El vestido de bodas es la justicia interior, la santificación que se obtiene por el arrepentimiento y la fe en el Salvador (6: 20; 6: 33). No se equivocan, pues, los intérpretes que ven en ese vestido de boda a Cristo mismo y su justicia con la que el pecador debe ser cubierto. (Gál. 3: 27; Rom. 3: 20 y sig.; comp. Isa. 61:10.) Pero la plena revelación de esta profunda verdad de la salvación estaba aún reservada para el tiempo que seguiría a la muerte redentora del Salvador. El terrible castigo infligi-

16 en algún dicho¹⁷. Y le envían sus discípulos, con los herodianos¹⁸, diciendo: Maestro, sabemos eres verdadero, y el camino de Dios enseñas en verdad, y no te cuidas de nadie, pues no 17 miras la persona de los hombres¹⁹. Dinos, pues, ¿qué te parece? 18 ¿Es lícito dar tributo a César o no?²⁰ Mas conociendo Jesús su 19 malicia, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?²¹ Mostradme la 20 moneda del tributo. Y le presentaron un denario²². Y les dice:

do a ese desgraciado convidado, y que extraña a primera vista, muestra la culpabilidad de aquellos que, prefiriendo los harapos de su justicia propia a la justicia perfecta que les es ofrecida, rehusan someter su corazón irregenerado a la santificación, sin la cual nadie verá al Señor.

17. Comp. Marc. 12: 13-17; Luc. 20: 20-26.—Parece, pues, que los fariseos, diputados por el sanedrín (21: 23, 45), estaban presentes todavía y oyeron la parábola precedente. Ahora se van, y todo el provecho que sacan de esta instrucción es el designio cada vez más firme de perder a Jesús. Quieren *cogerle en palabra* (gr. *entramparlo en palabra*), es decir arrancarle por astucia alguna declaración que pueda comprometerlo (21: 23, nota). Lucas agrega: "para entregarlo a los magistrados y a la autoridad del gobernador."

18. Los fariseos envían a sus discípulos, ya pensarán que excitarían menos desconfianza, ya para no comprometerse a sí mismos en esta tentativa. Pero antes se habían concertado con los herodianos. El carácter de este partido mencionado tres veces en los evangelios (Marc. 3: 6 12: 13) y del cual Josefo no habla, es discutido. Era probablemente, no una secta religiosa, sino un partido político adicto a la dinastía de los Herodes, representada entonces por Herodes Antipas, tetrarca de Galilea. Pero, mientras De Wette, Neander Winzer ven en los herodianos partidarios de la dominación romana, Keim, Bleek, Weiss los consideran como los representantes de un partido nacional que aspiraba ver a Palestina reunida bajo el cetro de Herodes. Según Reuss y M. Godet los herodianos, como los fariseos, lucha-

ban por la soberanía nacional; pero los fariseos la querían contra los romanos y los herodianos por los romanos. Se comprende, entonces, que estos dos partidos habitualmente opuestos (Luc. 13: 31), se hayan reunido para dirigir a Jesús la pregunta del v. 17, pregunta que ellos mismos resolvían de diferente manera.

19. Estas palabras de adulación son destinadas a captar la confianza de Jesús. Por *el camino de Dios*, entienden la verdadera religión y la verdadera moral, la conducta prescrita por Dios. Y las dos frases que siguen significan: "ni el temor de los hombres ni el deseo de obtener su favor podrán inducirte a faltar a la verdad."

20. La pregunta es categórica: *este sí o no exige una respuesta clara y neta.* El tributo o el censo anual y por cabeza se pagaba a César, es decir al emperador, que era entonces Tiberio. Los judíos aborrecían este impuesto, señal de su servidumbre, y pensaban no deberlo más que a los jefes legítimos de la teocracia. Si Jesús, pues, decidía la cuestión en favor del tributo, los fariseos no habrían dejado de excitar contra él el odio y el desprecio del pueblo presentándole como un partidario de los romanos; sí, al contrario, se pronunciaba contra el impuesto, los herodianos habrían testificado contra él y le habrían hecho condenar por el procurador romano, como instigador de la rebelión.

21. Esta palabra severa muestra cómo había Jesús discernido su malicia o su maldad. "Se muestra a ellos verdadero, como ellos lo habían dicho." Bengel.

22. Un denario romano, moneda usada para pagar el tributo.

21 ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Dícnle: De César. Entonces les dice: Pagad, pues, lo de César a César, y lo de Dios 22 a Dios²³. Y oyéndolo se admiraron, y dejándole se fueron²⁴.

B. 23-33. PREGUNTA DE LOS SADUCEOS SOBRE LA RESURRECCIÓN.—1.^o *La pregunta.* Los saduceos, a su vez, van a hacer a Jesús una pregunta capciosa que les es sugerida por sus doctrinas negativas respecto de la resurrección. Relatan a Jesús la historia de una mujer que, en virtud de la ley de *levirato*, fué sucesivamente esposa de siete hermanos, y le preguntan irónicamente de cuál de los siete será mujer en el mundo venidero. (23-28.)—2.^o *La respuesta de Jesús.* Jesús les muestra su error que proviene de su falta de inteligencia de las escrituras por una parte, de su ignorancia del poder de Dios por la otra. En la resurrección, los hombres no se casarán más, porque serán como los ángeles. El hecho mismo de la resurrección está atestado por un dicho del pentateuco: Dios se llama el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob; ahora bien, Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. Las multitudes estaban asombradas de esta enseñanza. (29-33.)

23 En aquel día, se allegaron a él unos saduceos, que dicen no 24 haber resurrección²⁵, y le preguntaron diciendo: Maestro, Moisés

23. La *imagen* y la *inscripción* que llevaba la moneda corriente en el país era la prueba palpable de la dominación y del derecho de César. Era necesario, pues, pagar el impuesto y llenar todas las obligaciones civiles del ciudadano para con el soberano. Pero, por otra parte, Dios era el soberano de su pueblo; cada alma lleva su imagen y su inscripción; a él, pues, se trata de entregar todo lo que le es debido, no solamente el tributo para el servicio del templo, sino el honor, la adoración, el corazón, la vida entera. En estas palabras no examina Jesús la legitimidad de la dominación romana; como israelita, no hay duda de que deplorase la conquista; pero quiere que su pueblo considere su servidumbre como un castigo de Dios y se humille. Establece, pues, el principio de que un poder que existe de hecho debe ser reconocido como autoridad o permitido por la Providencia divina. El cristiano está obligado a someterse, y no puede recurrir a medios ilegales o violentos para sustraerse de él. Pero esta sentencia del Salvador establece también la distinción más precisa entre las dos esferas de lo

temporal y de lo espiritual, de los derechos de César y de los derechos de Dios. Donde el poder tiene la pretensión de invadir los derechos de la conciencia, que son los de Dios, es el caso de repetir con los apóstoles: "Se debe obedecer a Dios antes que a los hombres" (Act. 5: 29).

24. Ni aun sus adversarios pueden rehusar su *admiración* a una respuesta que manifestaba la límpida pureza del alma de Jesús, que se elevaba por encima del conflicto de partidos, hasta la región serena de la verdad. Se le proponía una alternativa exclusiva entre dos deberes, y se coloca a una altura que los concilia en plena armonía. Por eso se fueron los adversarios sin haber hallado en la respuesta de Jesús el menor pretexto para acusarlo.

25. Comp. Marc. 12: 18-27; Luc. 20: 27-40. *Aquel día*: apenas Jesús, por su sabiduría, escapa de una trampa de sus adversarios, ya se le tiende otra. En esos días de lucha suprema, la enemistad de los diversos partidos que habían resuelto su muerte no le dejaba descanso. Ora son los fariseos, ora los *saduceos* quienes le atacan. Sobre esos dos

dijo: "Si alguien muriere no teniendo hijos, su hermano se casará con su mujer, y suscitará descendencia a su hermano"²⁶. 25 Había, pues, entre nosotros siete hermanos; y el primero, habiéndose casado murió; y no teniendo descendencia, dejó su mujer 26 a su hermano. Igualmente también el segundo, y el tercero, hasta 27, 28 los siete. Y después de todos, murió la mujer. En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será mujer? pues todos la tuvieron²⁷. Mas respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, no conociendo 30 las escrituras ni la potencia de Dios²⁸, pues en la resurrección, ni se casan ni son dadas en casamiento sino que son como ángeles 31 de Dios en el cielo²⁹. Mas sobre la resurrección de los muertos, 32 ¿no habéis leído lo que os fué declarado por Dios, diciendo: "Yo soy el Dios de Abrahán, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob"? 33 Dios no lo es de muertos, sino de vivos³⁰. Y oyendo las multitudes, se asombraban por su enseñanza³¹.

partidos políticorreligiosos opuestos, véase cap. 3: 7, nota.

26. Deut. 25: 5 y sig. Esta prescripción legal, que tenía por fin la conservación de las familias y de las tribus en Israel, es citada aquí abreviadamente.

27. Sobre una historia absurda, y que probablemente era de su propia invención, basan los saduceos una cuestión aun más absurda, que tenía por objeto al mismo tiempo poner la doctrina de la resurrección en oposición con la ley y hacerla ridícula. La respuesta de Jesús va a aniquilar ese doble fin.

28. *El error* de los saduceos obedecía a dos causas: 1.^o, su ignorancia de las escrituras que comprendían mal, aunque las citaban, y que contienen la doctrina de la resurrección; 2.^o, su ignorancia del poder de Dios, puesto que en sus conceptos carnales y materiales de la resurrección, parecían negar a Dios el poder de dar al hombre un "cuerpo espiritual," glorificado, adaptado a una existencia celestial. Este último error es refutado por el v. 30, el primero por los v. 32 y 33. Aun hoy, todas las objeciones que se han hecho a la importante doctrina de la resurrección, provienen de esas dos causas.

29. *En la resurrección* significa: en el estado en que el hombre será introducido por la resurrección. De

estos dos términos *casarse* y *ser dada en matrimonio*, el primero se refiere al hombre, el segundo a la mujer. La comparación establecida entre el hombre y los *ángeles de Dios* (las palabras de Dios faltan en B, D, la *Itala*) no significa que cambiará la naturaleza humana por la naturaleza de los ángeles, ni que la distinción de los sexos habrá dejado de existir, sino simplemente que el hombre, dotado de un cuerpo incorruptible (1 Cor. 15: 42-44), no pudiendo ya morir, no tendrá ya necesidad de que su raza sea conservada por la institución del matrimonio. (Comp. Luc. 20: 36.) En general, todas las relaciones de la tierra, en cuanto hayan sido puramente humanas, basadas en "la carne y la sangre que no pueden heredar el reino de Dios," serán disueltas. La sola unión de las almas, fundada en una fe viva, llena del amor divino, que no parece jamás, subsistirá para siempre en la perfección.

30. Según una variante, se debería suprimir la primera de esas palabras. *Dios*, y traducir: "El no es Dios de muertos." El sentido sería exactamente el mismo; pero es muy probable que esta supresión en Sin, y D, no sea sino una corrección conforme a Marcos y Lucas.—Interpretación profunda y sublime de las palabras que Dios dirigió a Moisés des-

C. 34-40. PREGUNTA DE UN LEGISTA SOBRE EL GRAN MANDAMIENTO.—1.º *La pregunta.* Los fariseos, habiendo sabido que Jesús había reducido a silencio a los saduceos, le envían uno de ellos que era *legista*, quien le hace esta pregunta: ¿Cuál es el gran mandamiento de la ley? (34-36).—2.º *La respuesta.* Jesús cita los dos grandes mandamientos del amor a Dios y al prójimo, y agrega: Toda la ley y los profetas están comprendidos en estos dos mandamientos. (37-40.)

34 Mas los fariseos, oyendo que había tapado la boca a los
35 saduceos, se congregaron en un mismo lugar³². Y le preguntó
36 uno de entre ellos, un legista, tentándole³³: Maestro, ¿cuál es
37 el gran mandamiento en la ley?³⁴. Y él le dijo: “Amarás al Señor

de la zarza ardiente (Ex. 3: 6). Cuando esas palabras fueron pronunciadas, siglos había que esos patriarcas habían muerto. Pero el Eterno, que, sin embargo, se denominaba su Dios, no podía entender por ello que era el Dios de un poco de polvo que reposaba en una tumba, sino el Dios de seres inmortales que vivían en él. (Comp. Luc. 20: 38; véase también un pensamiento semejante en Hebr. 11: 16.) Se podría objetar que esas palabras prueban que los patriarcas estaban aún vivos, y no que *resucitarían* en el último día; pero la escritura ignora la idea pagana de una inmortalidad independiente de la vida en Dios y en un estado de espíritu puro. Esa idea, basada en un falso espiritualismo, no podría ser objeto de la esperanza del cristiano que sabe por la revelación que todo su ser, “espíritu, alma y cuerpo,” debe ser restituído a la vida perfecta. (1 Tes. 5: 23; comp. 1 Cor. 15: 20 y sig.) Desde este punto de vista, el único conforme a las escrituras, la palabra divina interpretada por Jesús contenía la certeza de la resurrección.

31. La multitud que no estaba imbuida de prejuicios, ni cegada por falsos sistemas; no leemos que los saduceos también hayan quedado *asombrados de su enseñanza*, mucho menos aun que hayan sido llevados a la fe.

32. Comp. Marc. 12: 28-34.—Los *fariseos, victoriosamente rechazados* por el Señor (v. 15 y sig.), han sabido que los *saduceos*, habiendo dirigido también un ataque contra él

(v. 23 y sig.), han quedado con la *boca cerrada* y se han ido confusos. Por eso se reúnen nuevamente, contentos, sin duda, de que sus adversarios hayan sido confundidos sobre una cuestión que los dividía, la de la resurrección, y de la existencia de los ángeles. Por eso encargan a uno de ellos (v. 35) que dirija a Jesús una pregunta menos capciosa que las precedentes. No cejan, sin embargo, pues la expresión empleada por Mateo implica, según Holtzmann y Weiss, una intención hostil: se reúnen para conjurarse, ligarse contra Jesús. Son los mismos términos que en Sal. 2: 2 (Setenta) y Act. 4: 26.

33: Un *legista* era uno de esos sabios; teólogos y juriconsultos a la vez, llamados frecuentemente *escribas o doctores de la ley*, en cuanto se dedicaban a enseñar. (Comp. 23: 2, nota.) Según Marcos (12: 28 y sig.), que refiere el diálogo de un modo más completo, este legista no habría estado animado de disposiciones hostiles, porque Jesús expresa sobre él un juicio favorable. La expresión original no implica necesariamente una intención hostil, y puede traducirse: *probándole*. (Comp. Juan 6: 6.) Quizá encargaron los fariseos a ese legista que tomara la palabra, precisamente porque era más moderado que la mayoría de ellos. Quizá también recibió de la presencia y palabra de Jesús una impresión seria que cambió las disposiciones de su corazón.

34. Esta pregunta sobre la importancia relativa de los diversos *man-*

tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu
38, 39 mente”³⁵. Este es el grande y primer mandamiento³⁶. Un
segundo hay semejante a él: “Amarás a tu prójimo como a ti
40 mismo”³⁷. De estos dos mandamientos depende la ley entera, y los profetas³⁸.

D. 41-46. LA PREGUNTA DE JESÚS: ¿DE QUIÉN ES HIJO EL CRISTO?—1.º *Los fariseos interrogados por Jesús.* Después de haber reducido todos sus adversarios al silencio, estando aún reunidos los fariseos, Jesús les hace, a su vez, una pregunta sobre la filiación del Mesías. Ellos dicen ser hijo de David. (41, 42.)—2.º *Los fariseos incapaces de responder.* ¿Cómo, entonces, le llama David su señor? les objeta Jesús, citando las palabras del salmo. Ninguno de ellos puede resolver esta dificultad y nadie se atreve ya a interrogar a Jesús. (43-46.)

damientos de la ley era entonces frecuentemente debatida entre los rabinos, pero de una manera literal y superficial, como todas las demás cuestiones religiosas.

35. Deut 6: 5, citado libremente conforme a los Setenta, que siempre traducen el nombre de Jehová, el Eterno, por la palabra *Señor*. *Amar a Dios de todo su corazón, de toda su alma, de toda su mente*. (en hebr. *fuerza*), es amarle con todas las potencias del ser moral; de modo que todas las facultades del alma, afectos, pensamientos, voluntad, deseos, sean penetrados dominados por este amor, que se convierte así en el móvil único de todas las acciones de toda la vida. Jesús no dice cómo el hombre, pecador y egoísta, llega a amar así. Al evangelio entero y bien comprendido por el corazón corresponde enseñarnoslo.

36. El texto recibido dice: *el primero y el grande*. El orden de estos términos, aquí restablecido conforme a Sin., B, D, las versiones, es también más conforme a la pregunta del legista (v. 36). Este *mandamiento del amor* es el *grande* y el *primero* porque contiene el cumplimiento de todos los demás y es la esencia misma de la vida religiosa y moral (Juan 14: 15; 15: 10; 1 Juan 5: 3; Rom. 13: 8-10).

37. Lev. 19: 18. Este mandamiento es *semejante* al primero en su esencia misma en cuanto el amor verda-

dero para con el prójimo no es más que una aplicación del amor para con Dios, un reflejo del amor de Dios en nosotros, y también porque la práctica de este mandamiento cumple todos nuestros deberes, todas nuestras obligaciones para con el prójimo. *Amarlo como a sí mismo* es derribar la barrera que separa el *yo* del *tú*, el egoísmo, causa de todas las divisiones, transgresión habitual de este mandamiento. El hombre que ama así a su prójimo, desea su felicidad como la de sí mismo y contribuye a ella según sus fuerzas, como si de sí mismo se tratase.

38. Gr. *De estos dos mandamientos está suspendida...* Es decir que todo lo que está escrito en la ley y aun en los profetas (5: 17, nota) sobre las relaciones del hombre con Dios y con su prójimo, depende, por su esencia misma, de estos dos mandamientos que son su vivo cumplimiento. Por estas palabras ha respondido Jesús plenamente a la pregunta del legista que no pudo hacer sino aprobarlo de todo su corazón. (Marc. 12: 32.) Esta respuesta es también muy notable por cuanto muestra que, ya en el Antiguo Testamento, el amor es la base de toda obediencia. Es éste el punto central de unión entre los dos pactos. Por el evangelio, empero, este amor ha sido revelado más completamente por parte de Dios y más abundantemente realizado en el corazón de sus hijos.

41, 42 Y congregados los fariseos³⁹, les preguntó Jesús, diciendo: ¿Qué os parece sobre el Cristo? ¿de quién es hijo?⁴⁰. Dícnle: 43 De David⁴¹. Díceles: ¿Cómo, pues, David en Espíritu le llama 44 Señor, diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra 45 hasta que ponga tus enemigos debajo de tus pies"⁴². Si David, 46 pues, le llama Señor, ¿cómo es su hijo?⁴³. Y nadie podía res-

39. Comp. Marc. 12: 35-37; Luc. 20: 41-44.—Los fariseos se habían reunido cuando el legista dirigió a Jesús la pregunta precedente (v. 34: 35). El Salvador aprovecha de ello para dirigir a su vez a sus adversarios una pregunta cuyo objeto no solamente era mostrarles su ignorancia, ponerlos en un aprieto y forzarlos al silencio (v. 46), sino despertar en ellos, si era posible, una idea más elevada de aquel a quien esperaban como Mesías. Ese era precisamente el punto esencial a que dirigían todos sus ataques contra él.

40. ¿Cuál es vuestra opinión sobre el Mesías que esperáis? ¿De quién debe ser descendiente, según las profecías?

41. Los fariseos y el doctor de la ley responden sin vacilar, conforme a las profecías que bien conocían. Y tal es también la enseñanza del Nuevo Testamento (Mat. 1: 1; Luc. 1: 32, 69; 3: 31; Rom. 1: 3; 2 Tim. 2: 8).

42. Sal. 110: 1, citado conforme a los Setenta, de acuerdo al hebreo. Pero mientras en el salmo y en la cita que hace Lucas (20: 43) se lee: "hasta que yo haya puesto tus enemigos por estrado de tus pies," el verdadero texto de Mateo, aquí restablecido, tiene *bajo tus pies*. Marcos (12: 36) cita del mismo modo.

43. Puesto que David, hablando bajo la inspiración del Espíritu de Dios (gr. *en espíritu*), da al Mesías un título divino, y recuerda un oráculo del Eterno que le ha dicho: *Siéntate a mi diestra*, es decir, participa de mi poder y del dominio del universo, ¿cómo sería el Mesías sólo el descendiente de David según la carne? ¿No hay contradicción entre su condición de *hijo* de David y la calidad de *Señor* que David mismo le atribuye? Evidentemente una pregunta semejante debía elevar el pen-

samiento de los oyentes de Jesús a la idea de un Mesías muy distinto del rey político y terrestre que ellos esperaban. Debía conducirles a reconocer la naturaleza divina del Mesías, proclamada ya por la revelación profética (Isa. 9: 5; Miq. 5: 1, 3; Zac. 12: 10; Mal. 3: 1). Sólo admitiendo que el Mesías, descendiente de David según la carne, era según el espíritu un ser superior, divino, podían salir de la insoluble contradicción en que los arrinconaba Jesús. Pero habrían perdido por ello mismo todo motivo de condenarlo como blasfemo. (Juan 5: 18; 10: 33; Mat. 26: 63). El silencio que guardan (v. 46) prueba que no supieron qué responder y quizás un hombre tal como el legista (Marc. 12: 34) tuvo oportunidad de reflexionar en esta importante cuestión.—Este relato, cuidadosamente referido por los tres primeros evangelistas, ha suministrado abundante material a la crítica racionalista. Ella niega que el salmo 110 sea de David; niega que contenga ninguna profecía mesiánica, a pesar de los teólogos judíos que siempre lo han referido al Mesías, a pesar de los autores del Nuevo Testamento, que reconocen unánimemente el carácter mesiánico de ese salmo (Actos 2: 34; 1 Cor. 15: 25 y sig.; Hebr. 1: 13; 10: 13, etc.); y a pesar de Jesús mismo, quien, ora en nuestro pasaje, ora en el momento más solemne del proceso que debía tener por resultado su condenación (26: 64), se aplica a sí mismo las palabras del salmista. La misma crítica hace decir a Jesús precisamente lo contrario de lo que dice, pretendiendo, por ejemplo, que todo su razonamiento tiende a probar que él no podía ser hijo de David, o que, si él era hijo de David, no podía ser el Mesías, etc. Se hallará una discusión luminosa y la refutación de todos es-

ponderle palabra; ni osó alguien desde aquel día preguntarle más⁴⁴.

5. Discurso contra los Escribas y los Fariseos.

A. 1-12. JESÚS PONE EN GUARDIA A SUS OYENTES CONTRA LOS FARISEOS.—Establece: 1.º *Sus inconsecuencias*. Están investidos de la autoridad de sucesores de Moisés. Conviene, pues, obedecer a sus preceptos, pero es necesario cuidarse de seguir su ejemplo, porque no practican lo que enseñan, se contentan con cargar a los demás. (1-4.)—2.º *Su afán por las apariencias y por la gloria de los hombres*. Todo lo que hacen, lo hacen para ser observados y elogiados por los hombres. (5-7.)—3.º A la tonta vanidad de los fariseos, opone Jesús la *humilde actitud* que prescribe a sus discípulos: No se hagan llamar Rabí, Padre, Guía, porque todos son iguales delante de Dios; el mayor entre ellos será el servidor de todos; el que se humillare será ensalzado. (8-12.)

XXIII. Entonces habló Jesús a las multitudes y a sus discípulos, 2 diciendo¹: Sobre la cátedra de Moisés se han sentado los es- 3 cribas y los fariseos²: todo, pues, cuanto os mandaren, hacedlo

tos errores en el *Comentario del evangelio de san Lucas* de M. Godet, cap. 20: 41-44.

44. Más, hasta el gran interrogatorio final (26: 57 y sig.). Aquí termina el ministerio de Jesús entre sus adversarios.

1. Comp. Marc. 12: 38-40; Luc. 20: 45-47.—Entonces indica el momento en que la lucha ha terminado, en que Jesús ha hecho callar a sus adversarios (22: 46). Pronuncia contra ellos el discurso siguiente y en el cual formula su condenación. Este discurso se dirige ante todo a las *multitudes* y a los *discípulos* (v. 1-12), a quienes quiere Jesús prevenir contra el espíritu de los principales del pueblo; después toma aparte directamente a estos últimos, cuyos vicios descubre y censura con una serie de apóstrofes fulminantes (v. 13 y sig.). Mateo solo nos ha conservado este discurso; Marcos y Lucas sólo tienen algunos fragmentos, que colocan en otras ocasiones. Como la crítica moderna atribuye a Mateo (más de lo justo) el procedimiento de reunir en discursos continuos diversas conversaciones de Jesús, no ha dejado de atribuirle la composición de este discurso. Pero "es muy natural que en

este momento exprese Jesús todo su pensamiento sobre sus adversarios" (*De Wetze*) "Todo este discurso es continuo, y tan lleno de vida y de unidad que no puede dudarse de que ha sido pronunciado así, aunque quizá contenga algunos elementos tomados de otros discursos de Jesús". (*Meyer*.)

2. La *cátedra de Moisés* designa la actividad y autoridad que Moisés había ejercido como legislador y conductor del pueblo (Ex. 18: 13). Ellos *se han sentado* en esa cátedra como sucesores del gran siervo de Dios. Los rabinos emplean la misma expresión para decir que un maestro ha sucedido a otro en su enseñanza. Estos términos no implican, pues, la idea de una usurpación. Sobre los *fariseos*, véase 3: 7, nota. Como los hombres de este partido habían manifestado hasta aquí una hostilidad creciente hacia el Salvador, como habían resistido a sus amonestaciones y resuelto apoderarse de él (21: 45, 46), renuncia a todo miramiento a su respecto y rompe abiertamente con ellos. Los *escribas*, en todo semejantes a los fariseos, habían tomado la misma posición. Su nombre significa propiamente *escritores*, y designa, por extensión, hombres letrados, sa-

y guardadlo³, mas no hagáis según sus obras, pues dicen y no 4 hacen; atan, digo, cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres, mas ellos con su dedo 5 no quieren moverlas⁴. Y todas sus obras hacen para ser mirados por los hombres, pues ensanchan sus filacterias, y agrandan las 6 franjas de sus mantos⁵; y les agrada el primer lugar en las

bios en general. (1 Cor. 1: 20.) Son los *sopherim* del Antiguo Testamento, es decir los *hombres de los libros*. En los evangelios son llamados escribas, o legistas, o doctores de la ley, porque el principal objeto de sus estudios era la ley de Moisés en sí misma y en sus diversas aplicaciones a la vida del pueblo. Y como esa ley era al mismo tiempo ley religiosa y civil, los escribas eran a la vez teólogos y jurisconsultos. A menudo son nombrados con los *fariseos*, porque la mayor parte de ellos pertenecían a esta secta (5: 20; 12: 38; 15: 1), o con los *principales sacerdotes*, cuyos consejeros eran en las aplicaciones de la ley y en los casos de conciencia (2: 4; 20: 18; 21: 15), o en fin con los *ancianos*, sus colegas en el sanedrín o consejo superior de la nación (16: 21; 26: 3; 27: 41). Los escribas toman siempre parte muy activa en la oposición contra Jesús. Le espían (Luc. 6: 7; 11: 53, 54), censuran su conducta (Mat. 9: 3; Luc. 5: 30), procuran sorprenderle con preguntas insidiosas (Mat. 22: 35). Se comprende, pues, que ellos también tengan su buena parte en las justas y severas censuras que llenan estos discursos.

3. El texto recibido tiene: "os mandaren guardar"; esta última palabra no es auténtica.—La mayor parte de los intérpretes hacen restricciones diversas a esta recomendación de Jesús, en vista de que los escribas y los fariseos podían enseñar cosas falsas que, en este caso, los discípulos no debían ni guardar, ni hacer. Pero Jesús no entra en esta distinción; supone que enseñan la ley de Moisés, en cuya cátedra se han sentado, como lo indica la palabra *pues*; y todo el pensamiento cae sobre el contraste que forma la primera parte de éste versículo con la segunda.

4. Este versículo explica el precedente, y la palabra *digo* (que debe reemplazar al *porque* del texto recibido) hace resaltar la contradicción chocante que hay en *decir* y no *hacer*.—*Atar cargas* es una expresión figurada que significa; reunir en un cuerpo todos los mandamientos de la ley, con las innumerables y minuciosas prescripciones ceremoniales que los fariseos habían agregado, para exigir su observación. Esas cargas *pesadas y difíciles de llevar* (esta última expresión falta en *Sin.* y algunas versiones) donde ni la gracia ni el amor ayudaban a ello eran impuestas por los fariseos a otros; pero, muy lejos de cargarse con ellas, no las *removían* ni aun *con el dedo*. ¡Cuánta ironía en este contraste!

5. Jesús cita esos detalles como ejemplos de sus deseos vanidosos e hipócritas de ser *vistos por los hombres*. Las *filacterias*, aun en uso entre los judíos, son cintas de pergamino, sobre las cuales hay escritas palabras de las escrituras tales como Deut. 6: 6-9; 11: 18-21. Durante la oración, se atan al brazo izquierdo o sobre la frente, basándose en Ex. 13: 9 literalmente entendido. De ahí que los judíos llamen a esos pergaminos *tephillim*, oraciones. Unen a esos objetos también la idea supersticiosa de un amuleto o de un talisman, pues *filacteria* significa *preservativo*. Las *ensanchan*, dice Jesús, a fin de estar más seguros aun de ser vistos por los hombres.—En cuanto al término que traducimos por *franjas*, designa una especie de fleco que los judíos llevaban al borde de sus mantos, según Núm. 15: 38, 39. Tenían sobre ellas, pues, también una idea religiosa. (Comp. 9: 20 y véase, para mayores detalles sobre esos objetos, E. Stapfer, *La Palestina*, p. 382, 383.)

7 cenas y los primeros asientos en las sinagogas, y las saluciones 8 en las plazas⁶, y ser llamados por los hombres: Rabí, rabí⁷. Mas vosotros no seáis llamados rabí⁸, pues uno solo es vuestro 9 Maestro, y vosotros todos sois hermanos⁹; y vuestro padre no llaméis [a nadie] sobre la tierra, pues uno solo es vuestro Padre, 10 el que está en los cielos¹⁰. Ni seáis llamados guías, pues uno solo 11 es vuestro Guía, el Cristo¹¹. Mas el mayor de vosotros será 12 vuestro servidor¹²; y cualquiera que se exaltare será humillado, y cualquiera que se humillare será exaltado¹³.

B. 13-39. ¡AY DE VOSOTROS, ESCRIBAS Y FARISEOS HIPÓCRITAS! LAMENTACIÓN SOBRE JERUSALÉN.—1.º Apostrofando directamente a los escribas y a los fariseos y clamando *siete veces*: ¡Ay de vosotros! censura Jesús toda la *hipocresía* de su conducta: a) La hipocresía de su posición de *guías* del pueblo: ellos mismos no entran en el reino de los cielos y cierran el acceso a los

6. En las *cenas*, las *sinagogas*, las *plazas públicas*, en todo lugar donde pueden atraer sobre sí las miradas.

7. *Rabí* significa *maestro* o *doctor*. Si la repetición de este título es auténtica, sirve para señalar una veneración tanto más profunda; *Sin.*, *B.* y las vers. sólo tienen una vez la palabra *rabí*. Pero la omisión del segundo *rabí* por los copistas se explica mejor que su introducción. (Comp. Marc. 14: 45, nota.)

8. *Vosotros*, mis discípulos, gr. no seáis llamados rabí, no lo exijáis ni lo permitáis; esto quiere decir: No fundéis ni escuela, ni secta, y no aspiréis a ningún título vano, a ninguna autoridad humana.

9. El texto recibido dice aquí: "uno solo es vuestro *guía*, el Cristo". Pero estos términos son tomados evidentemente del v. 10 que no sería entonces más que una repetición inútil. Hemos restablecido el texto verdadero conforme a la opinión de todos los mejores críticos. Bengel, que es de los tales, piensa que el *Maestro* de que se trata, es *Dios el Padre*, delante del cual sus hijos *todos* son *hermanos*. Esta interpretación está completamente en armonía con el v. 9.

10. El título de *padre*, tomado en un sentido moral, espiritual, es aún más elevado que el de *maestro* e indica una dependencia mayor respecto de aquel a quien es atribuido. La

razón de esta prohibición es expresada admirablemente por este contraste: *vuestro padre sobre la tierra, vuestro Padre en los cielos*.

11. Si Dios solo es el Padre de aquellos que él engendra por su Espíritu para una vida nueva, *Cristo solo* es el *guía* de aquellos a quienes conduce por su palabra y por su ejemplo por los caminos de esta vida nueva. Todos estos títulos: *maestro*, *padre*, *guía*, aplicados a hombres, sólo dan por resultado quitar a Dios y a su Cristo la gloria que les pertenece. De ese modo se fundan los partidos y las sectas. Se pregunta cómo, en presencia de palabras tan claras y tan precisas, estas señales de adulación humana han podido introducirse en la iglesia cristiana, lo mismo que en otro tiempo entre los judíos. Es necesario observar, sin embargo, que los títulos de *maestro* o *doctor* tienen un sentido muy distinto, y legítimo, cuando sólo indican una profesión, un cargo, por ejemplo el derecho de enseñar en los establecimientos de instrucción pública o en la iglesia (Ef. 4: 11).

12. 20: 26, 27.

13. Luc. 14: 11; 18: 14. Por la pequeñez a la grandeza, por la *humillación* a la gloria: tal es el camino del reino de Dios, el seguido por el Maestro, el único posible para sus discípulos.

demás (13.)—*b*) La hipocresía de su *proselitismo*, que conduce las almas a una perdición más segura. (15.)—*c*) La hipocresía de la *casuística*, que aplican a los *juramentos*. (16-22.)—*d*) La hipocresía de su *formalismo*, que observa las menudencias de la ley y descuida los deberes más importantes. (23, 24.)—*e*) La hipocresía que consiste en *limpiar lo externo* y dejar sucio lo interno. (25, 26.)—*f*) Toda esta hipocresía los hace semejantes a *sepulcros blanqueados*. (27, 28.)—*g*) Ella los induce a *edificar las tumbas de los profetas*. Querrían con ello aparecer protestando contra los crímenes de sus padres, pero sólo consiguen proclamarse sus hijos. Jesús los invita a cumplir lo que falta a la culpabilidad de sus padres y a atraer sobre sí el juicio, del cual no podrían escapar. Para darles la ocasión, les enviará aún testigos de la verdad, a quienes ellos perseguirán, para que toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde Abel hasta el último de los profetas, recaiga sobre esta generación. (29-36.)—2.^o *Lamentación sobre Jerusalén*. Jesús expresa con doloroso acento la profunda piedad que siente por esa Jerusalén que mata a los profetas. Recuerda los esfuerzos inútiles que ha hecho para atraerla a sí; le anuncia su ruina y le declara que no le verá más hasta el día en que salude su regreso en la gloria. (37-39.)

13 Mas ¡ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque
 cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues vos-
 15 otros no entráis, ni a los que entran dejáis entrar¹⁴. ¡Ay de
 vosotros escribas y fariseos hipócritas! porque recorréis el mar
 y la tierra para hacer un solo prosélito, y cuando es hecho, le
 16 hacéis hijo del gehena dos veces más que vosotros!¹⁵. ¡Ay de

14. Tal es el primero de los siete temibles *¡ay de vosotros!* que van a seguir. Jesús llamaba *hipócritas* a los *escribas* y a los *fariseos*, porque hacen lo contrario de lo que dicen (v. 3) y de lo que pretenden hacer. Los reproches que les dirige se concentran en la *hipocresía*, que él señala en toda la conducta de ellos. La partícula *mas* muestra el contraste chocante entre las últimas palabras de Jesús (v. 8-12) y todo lo que va a seguir.—Los fariseos son hipócritas en que impiden a los hombres llegar a la salvación, mientras tienen la pretensión de conducirlos a ella. El *reino de los cielos* que Jesús anunciaba y fundaba entonces es representado por la figura de un palacio o de un templo que los fariseos *cerraban ante los hombres* impidiéndoles creer en Jesús. Lo hacían por su oposición, su enemistad, y toda su acción contraria a la de él. (Comp. Luc. 11: 52.)—A continuación de este v. 13, el texto recibido

tiene un v. 14 concebido así: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas y por pretexto hacéis larga oración; por tanto recibiréis mayor juicio*. La mayor parte de los manuscritos en que se hallan esas palabras las colocan antes del v. 13. Pero, basándose en *Sin.*, *B.*, *D.*, y otros, en versiones antiguas y padres, los mejores críticos suprimen este v. 14, tomado por algunos copistas de Marc. 12: 40 y Luc. 20: 47, donde estas palabras del Salvador son auténticas. (Véanse las notas.)

15. Segundo reproche.—Igual hipocresía en su *proselitismo*. Este, en su celo devorador, parecía no tener otro objeto que la salvación de las almas, pero no era destinado en realidad sino a extender la influencia de su partido.—*Recorrer el mar y la tierra* (gr. *lo seco*) es una expresión proverbial que significa hacer los mayores esfuerzos. Y cuando los fariseos habían ganado *un solo paga-*

vosotros, guías ciegos, que decís: Cualquiera que jurare por el santuario, nada es; mas cualquiera que jurare por el oro del santuario, deudor es! ¡Necios y ciegos! pues, ¿cuál es mayor, el 17 oro, o el santuario que ha santificado el oro?¹⁶. Y cualquiera que jurare por el altar, nada es; mas cualquiera que jurare por el don 19 que está sobre él, deudor es¹⁷. ¡Ciegos! pues ¿cuál es mayor, el 20 don o el altar que santifica el don? El que juró, pues, por el 21 altar, jura por él y por todo lo que está sobre él; y el que juró 22 por el santuario jura por él y por el que lo habita¹⁸; y el que juró por el cielo jura por el trono de Dios y por el que está 23 sentado sobre él¹⁹. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y habéis

no a su creencia, le conducían a un estado moral peor que el suyo propio, y que Jesús designa con este hebraísmo enérgico: *hijo del gehena*, es decir que pertenece al gehena. (Comp. sobre la expresión *hijo de*, cap. 8: 12; Juan 17: 12, y sobre la palabra *gehena* Mat. 5: 22.) Pero, ¿en qué se hacía peor este prosélito que los mismos fariseos? Probablemente porque lo que hacía era sólo agregar a su paganismo la mala influencia moral de sus nuevos maestros y en particular su *hipocresía*. Dependiendo de ellos a todo respecto, se impregnaba de su espíritu y se hacía tanto más incapaz de recibir la verdad. Se sabe por experiencia que, en todas las cosas, los discípulos van más lejos que los maestros.

16. Tercer reproche.—No conducen al pueblo a la salvación, no solamente porque ellos no se inquietan por su salud (v. 13, 15), sino porque ignoran aun el camino que conduce a ella. Prueba de ello es la casuística que aplican al acto sagrado entre todos, el juramento. Pretender que un juramento hecho por el *oro del santuario* era más sagrado, más obligatorio que un juramento hecho por el *templo* mismo, parece una doctrina muy absurda y necia. Pero los fariseos tenían sus razones. El oro del templo era los ornamentos o vasos sagrados, o aun las piezas de oro depositadas como ofrenda en el tesoro; ahora bien: enseñar que esas riquezas eran más sagradas que el mismo templo, era el medio de aumentarlas. Aquí, pues, la avaricia se

unía a la hipocresía. Jesús refuta esa mentira (v. 17) con la idea de que ese oro sólo era *santificado* por el templo, al cual había sido consagrado por la piedad de los fieles (v. 21).

17. Véase la nota precedente. Aquí se halla otra vez la misma doctrina por los mismos motivos. Por eso la refutación (v. 19) es idéntica a la del caso precedente. El altar santifica el *don*, la *ofrenda* porque era una institución divina y la figura de todas las grandes y santas verdades relativas al *sacrificio*. (Véase Rom. 12: 1, tercera nota.)

18. Jesús resume en estas palabras (v. 20 y 21) los dos casos que preceden, y se eleva hasta *Dios*, en cuyo nombre se ha *jurado*, y cuya presencia santifica el altar y el templo, lo mismo que todo juramento hecho por uno u otro.—Es necesario observar este cambio del tiempo de los verbos: dos veces *juró* (aoristo) y dos veces *jura* (presente). En el primer caso, el juramento es un *hecho* realizado, pero su obligación subsiste y se extiende desde el *altar a lo que está encima*, del templo a *Dios* que lo habita. Lo mismo también en el v. 22.

19. Véase 5: 34. Aquí también, la presencia de Dios reinando en el *cielo* es lo que da a este juramento toda su santidad.—Es necesario observar, por lo demás, que en este discurso Jesús no hace más que censurar la doctrina falsa aplicada por los fariseos a esos diversos juramentos, mientras en otra ocasión (5: 34-37) prohíbe los juramentos mismos.

dejado lo más pesado de la ley, la justicia y la misericordia y la
 24 fidelidad²⁰: esto era necesario hacer y no dejar aquello²¹. ¡Guías
 25 ciegos! que coláis el mosquito, mas tragáis el camello²². ¡Ay de
 vosotros, escribas y fariseos hipócritas! porque limpiáis lo exte-
 rior de la copa y del plato, mas por dentro están henchidos de
 26 rapiña e intemperancia²³. ¡Fariseo ciego! limpia primero lo in-
 terior de la copa y del plato, para que su exterior también sea
 27 hecho limpio²⁴. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!
 porque os asemejáis a tumbas blanqueadas, las cuales por
 fuera, sí, aparecen hermosas, mas por dentro están henchidas de
 28 huesos de muertos y de toda suciedad. Así también vosotros, por
 fuera, sí, aparecéis justos a los hombres, mas por dentro estáis
 29 llenos de hipocresía y de iniquidad²⁵. ¡Ay de vosotros, escribas

20. Cuarto reproche.—Según Lev. 27: 30 y Deut. 14: 22, los israelitas debían dar a los sacerdotes el diezmo de todos los productos de la tierra. Los fariseos, para hacer obras meritorias, extendían este diezmo hasta las más pequeñas plantas de huerta nombradas aquí. Pero al mismo tiempo descuidaban (gr.) lo más pesado, difícil de hacer (v. 4) en la ley: el juicio, palabra que no debe traducirse por justicia, sino que significa el deber de juzgar según la justicia; la misericordia para con los desgraciados y los culpables (Miq. 6: 8); la fidelidad o la fe: la palabra griega tiene ambos sentidos, pero el primero es más natural aquí pues se trata de las relaciones humanas. (Rom. 3: 3; Gál. 5: 22.) En esto también se mostraban hipócritas. Comp. Luc. 11: 42, en que el amor de Dios es agregado como el alma y cumplimiento de todos estos deberes.

21. Las cosas que era necesario hacer eran los grandes deberes que Jesús acaba de recordar; las otras (gr. aquello), era el pago exacto del diezmo. Así, las mayores obligaciones de la vida moral jamás deben hacernos perder de vista las más insignificantes en apariencia.

22. Expresión proverbial con la que resume Jesús la instrucción que precede y que significa: Os mostráis escrupulosos en las cosas más pequeñas y carecéis de conciencia para las grandes. La figura es tomada de la

costumbre de filtrar los líquidos para purificarlos de los insectos que pudieran haber caído en ellos. Lo que forma aquí el contraste es el mosquito y el camello. Este último no solamente es citado a causa de su gran tamaño, sino porque era considerado impuro (Lev. 11: 4).

23. Quinto reproche.—El Señor asemeja los escribas y los fariseos, en su conducta para con Dios, a esos hombres que se contentan con el brillo de su vajilla, mientras la llenan con el fruto de la rapiña y usan de su contenido con intemperancia. En cuanto a esta última palabra, algunos manuscritos y versiones antiguos presentan dos variantes: injusticia e impureza; pero la lección del texto recibido es la más autorizada. Estas palabras severas del Salvador pueden entenderse en su sentido propio (lo que está en el plato), y en un sentido espiritual (lo que está en el corazón). Por uno como por otro, condena la hipocresía añadida a la corrupción. (Comp. Luc. 11: 39, nota.)

24. La autenticidad de las palabras y del plato es dudosa; parecen haber sido copiadas del v. 25. Se trata ante todo (primeramente) de purificar lo interior de esos vasos (comp. v. 25, nota), y entonces su exterior será puro también; sin eso lo exterior más brillante es impuro. El sentido de estas palabras, aplicadas al corazón del hombre, es evidente.

25. Sexto reproche.—Las tumbas, entre los israelitas, eran ordinaria-

y fariseos hipócritas! porque edificáis las tumbas de los profetas
 30 y adornáis los sepulcros de los justos²⁶, y decís: Si hubiéramos
 sido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices
 31 plices en la sangre de los profetas. De modo que testimonio dais a
 vosotros mismos que sois hijos de los que mataron a los profetas.
 32, 33 Y vosotros, ¡colmad la medida de vuestros padres!²⁷. ¡Serpientes!
 ¡generación de víboras! ¿cómo escaparéis del juicio del
 34 gehena?²⁸. Por esto, he aquí, yo envío a vosotros profetas y
 sabios y escribas; a unos de ellos mataréis y crucificaréis, y a
 unos de ellos azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de
 35 ciudad en ciudad²⁹, para que venga sobre vosotros toda la sangre

mente grutas naturales o talladas en la roca y cuya entrada estaba cerrada por una piedra. Cada año, en el mes de Adar (marzo), esas tumbas eran blanqueadas con cal, ya para darles una hermosa apariencia, ya para que ninguno se aproximase a ellas inadvertidamente a causa de la contaminación legal. Eso no impedía que esos sepulcros estuviesen por dentro llenos de huesos de muertos y de suciedad; triste pero enérgica figura de la hipocresía y de la iniquidad que Jesús reprocha a sus adversarios. (Véase, sobre esos sepulcros, F. Bovet, Viaje a Tierra Santa, 7ª edic., p. 378 y sig.)

26. Séptimo reproche.—Se trata de los profetas y de los justos del antiguo pacto, cuyas tumbas conservaban y embellecían los judíos, y que se ven aún alrededor de Jerusalén (F. Bovet, Viaje a Tierra Santa, 7ª edic., p. 167 y sig.; Ph. Bridel, Palestina Ilustrada, I); y, por esta obra piadosa, mostraban con ostentación, como por lo demás lo decían expresamente (v. 30), que repudiaban los hechos de sus padres, hechos que ellos se habrían guardado muy bien de realizar.

27. Así, pues, llamando padres vuestros a los que mataron a los profetas, reconocéis que vosotros sois sus hijos; y lo sois en un sentido mucho más completo que lo que pensáis, no solamente por la descendencia, sino por la disposición de vuestros corazones. Y, ni vuestras demostraciones hipócritas respecto de las tumbas sagradas (v. 29), ni vuestras protestas poco sinceras (v. 30),

podrían haceros distintos de lo que sois. No os queda pues más que colmar la medida de la culpabilidad de vuestros padres. ¡Colmadla! Hay en este imperativo, que algunos manuscritos procuran corregir por otra forma del verbo, una severa ironía. (Comp. 26: 45, nota y Luc. 11: 47, 48, nota.)

28. Es decir, del juicio que os condenará al gehena. (Véase, sobre esta última palabra, 5: 22, nota.)—Los calificativos severos de que se sirve el Señor habían sido usados ya por Juan el Bautista (3: 7; Luc. 3: 7). Desde Gén. 3: 1, la serpiente ha sido siempre el símbolo de un espíritu diabólico (Apoc. 20: 2). Jesús prueba con estas palabras que la caridad no excluye la verdad, ni la misericordia a la justicia.

29. Las palabras por esto indican el motivo del envío de los profetas. Se refieren, según Weiss, al v. 32: para daros ocasión de colmar la medida de vuestros padres; según Meyer, al v. 33: para que no escapéis del juicio, y esta idea sería tomada nuevamente por el para que... del v. 35. La relación establecida por Weiss es más natural. El pensamiento es en el fondo el mismo y domina toda esta última parte del discurso: Puesto que muestran ser los verdaderos hijos de los que mataron a los profetas (v. 31); puesto que van a colmar la medida de la iniquidad de sus padres (v. 32); puesto que no podrán escapar del juicio del gehena (v. 33), el Señor va a enviarles sus servidores a quienes ellos maltratarán, para que recaiga sobre ellos

justa derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al que matasteis 36 entre el santuario y el altar³⁰. En verdad os digo: Todo esto vendrá sobre esta generación³¹.

toda la sangre justa derramada sobre la tierra. ¡Temible revelación de la justicia divina! Es bien evidente que enviando a los pecadores mensajeros de paz, la intención del Señor es salvarlos, no condenarlos; pero si su evangelio no es para ellos "olor de vida para la vida", se convierte en "olor de muerte para la muerte" (2 Cor. 2: 16).—Los que Jesús nombra *profetas, sabios, escribas* (comp. 13: 52), son las diversas clases de siervos suyos a quienes enviará a su reino para continuar su obra (Ef. 4: 11); se sirve de términos tomados del Antiguo Testamento para ser mejor comprendido por sus oyentes y sobre todo para hacerles entender que ésos serán los verdaderos profetas, los verdaderos sabios, los verdaderos escribas, por oposición a todos los que, entonces, pretendían esos títulos.—Entre los suplicios que el odio de los hombres infligirá a sus enviados, designa Jesús éste: *los crucificaréis*, que ha parecido extraño a algunos intérpretes, porque ése era un género de muerte usado entre los romanos y no entre los judíos, y esos mismos intérpretes han inferido de ahí que Jesús pensaba en su propia muerte. Pero los judíos podían hacer infligir ese suplicio por los romanos, como lo hicieron para con Jesús. La tradición refiere que el apóstol Pedro murió sobre una cruz; Eusebio (H. E. 3, 32) cuenta que un hermano de Jesús, Simeón, fué crucificado; y ¡cuántos otros discípulos lo fueron en el imperio romano!—Según nuestro evangelio, el Señor Jesús mismo se atribuye el envío de sus siervos, y eso con estas palabras solemnes: *he aquí yo os envío.....* Nada más claro y verdadero que este pensamiento. Según Lucas (11: 49), estas palabras parecen ser una cita: "la sabiduría de Dios dijo," y de ahí entre los comentadores muchas hipótesis sobre el libro de donde esa cita puede ser tomada. (Véase la nota sobre ese pasaje.)

30. La *sangre justa o sangre inocente*, es decir el castigo que han merecido esos crímenes. (Comp. 27: 25.) La *sangre de Abel* es mencionada como la primera que haya sido *derramada sobre la tierra* en la lucha de la injusticia contra la verdad.—*Zacarías* era un profeta cuyo asesinato nos es relatado en el segundo libro de las Crónicas (24: 20-22). Fué, en efecto, apedreado, "en el atrio de la casa del Eterno," lo que aumentaba aun el horror del crimen. Murió diciendo: "El Eterno lo vea y lo requiera." Jesús parece hacer alusión a esas palabras.—Es difícil decir por qué este Zacarías es aquí nombrado *hijo de Baraquías*; pues, según el libro de las Crónicas que acabamos de citar, su padre se llamaba Jehoyada. Se ha recurrido a diversas suposiciones para explicar esta inexactitud. Así, se ha pensado que el padre de Zacarías podía haber tenido dos nombres, lo que era bastante frecuente entre los judíos, o que Jesús habla de otro Zacarías. Pero se trata realmente del profeta cuya muerte es relatada al final del segundo libro de las Crónicas. Este, en el canon de los judíos, era el último de los libros del Antiguo Testamento. La muerte de Zacarías terminaba así la serie de homicidios relatados en los libros sagrados, así como la de Abel la abría. Es probable que la falsa indicación de *hijo de Baraquías* haya sido introducida en nuestro evangelio por una confusión fácil de hacer entre ese profeta y el profeta Zacarías cuyo libro poseemos y cuyo padre se llamaba efectivamente Baraquías (Zac. 1: 1). Luc. 11: 51 no nombra al padre de Zacarías. En nuestro pasaje mismo, ese nombre es omitido por el *Sin.* En fin, el evangelio de los Hebreos, según el testimonio de Jerónimo, contenía la indicación exacta de: *hijo de Jehoyada*.

31. *Todo esto*, es decir, toda esa sangre derramada y el terrible cas-

37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados a ti! ¡cuántas veces quise juntar tus hijos, de la manera que junta una gallina sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis!³².
38, 39 He aquí, vuestra casa os es dejada desierta³³, pues os digo: De cierto desde ahora no me veréis, hasta que digáis: Bendecido sea el que viene en el nombre del Señor³⁴.

6. Discurso sobre los últimos tiempos.

A. 1-14. SEÑALES PRECURSORAS DEL FIN.—1.^o *Ocasión del discurso*. En el momento en que sale Jesús del templo y se aleja, los discípulos le invitan a admirar sus edificios. Les declara que no será dejada piedra sobre piedra. Llegados al monte de los Olivos, le interrogan en particular sobre la época de esta destrucción y sobre la señal de su venida y del fin del mundo. (1-3.)

tigo que seguirá, *vendrá* con irresistible certidumbre *sobre esta generación*, que será testigo y víctima de la ruina de Jerusalén. Es así como, muy a menudo en la vida de los pueblos, en virtud de su solidaridad moral, se ve a tal generación sufrir bajo los juicios de Dios por los crímenes de las generaciones que la precedieron (Rom. 2: 3-5; 1 Tes. 2: 15, 16).

32. ¡Palabras conmovedoras, grito de dolor que se escapa del alma de Jesús al despedirse de ese pueblo al que amaba, y que lo ha rechazado! Después de haber hecho oír a los jefes del pueblo severas verdades se dirige el Salvador a *Jerusalén*, a esa ciudad culpable a la que visitaba por última vez y, que, dentro de pocos días, le mataría. Pero bajo este nombre de la capital de la teocracia, comprende ciertamente al pueblo entero, por cuanto ha rechazado sus ofrecimientos y cargará con la responsabilidad del crimen que va a ser cometido en Jerusalén. De ahí estos verbos en presente: que *matas* a los profetas, que *apedreas* a los que te son enviados. Lo que causa el agudo dolor de Jesús es el contraste entre su tierno amor, que representa por medio de una figura tan patética, y la ingratitud de su pueblo. Este contraste es señalado también por los términos siguientes: ¡cuántas veces *he querido* y *vosotros no quisisteis!*—El plural se dirige evidentemente a los habitantes de Jerusalén.—Las palabras *cuántas veces* prueba que

Jesús había estado con frecuencia en esa ciudad, y que los evangelistas sinópticos no lo ignoraban, aunque no relaten esas estancias. (Comp. el testimonio de Pedro en Act. 10: 39.)

33. *Vuestra casa* no significa solamente el templo, como lo han pensado Calvino y otros, sino Jerusalén, capital de toda la teocracia. Esta morada, favorecida por el ofrecimiento de tantas gracias de Dios y por la presencia del Salvador, será *dejada desierta*, vacía, desolada, devastada, como toda ciudad, toda casa, toda alma de donde se ha retirado Dios.—Lachmann, Westcott y Hort, siguiendo a B, y algunos otros testimonios, omiten la palabra *desierta*.

34. Con esta expresión solemne y dolorosa, el Mesías salvador se despide de su pueblo, hasta el momento de su segundo advenimiento, en que será recibido con gozo con esa aclamación que resonó a su alrededor cuando entró en Jerusalén (21: 9; Sal. 118: 26) y que resonará nuevamente cuando el pueblo de Israel convertido salude al Salvador que vuelve en la gloria (Rom. 11: 25 y sig.). Tal es el sentido de estas palabras que se presenta más naturalmente al espíritu. Otros intérpretes (Calvino, Meyer) consideran estas palabras como dirigidas exclusivamente a la ciudad de Jerusalén que debía ser destruida, lo que dejaba poco lugar para el arrepentimiento y la conversión de sus habitantes. Jesús afirmaríase simplemente que aun

—2.^o *Los falsos Cristos. Las guerras y hambres.* Jesús responde a esta pregunta poniendo a los suyos en guardia contra los engaños, porque muchos vendrán pretendiendo ser el Cristo. Habrá guerras entre las naciones y diversos cataclismos; todavía no será el fin, sino un principio de dolores. (4-8).—3.^o *Persecuciones y caídas. El evangelio predicado por todas partes.* Considerando especialmente la actitud de sus discípulos en medio de esas circunstancias difíciles, anuncia Jesús que serán perseguidos y matados; muchos caerán, entregarán a sus hermanos, serán presa de impostores. La caridad de la mayor parte se enfriará. El que perseverare hasta el fin será salvado. El evangelio será predicado por toda la tierra: entonces vendrá el fin. (9-14.)

XXIV. Y saliendo Jesús del templo se iba¹, y se allegaron sus 2 discípulos para mostrarle los edificios del templo². Mas respondiendo él les dijo: ¿No veis todo esto?³. En verdad os digo: de

sus enemigos lo reconocerían como Mesías cuando venga en su gloria, pero con terror en presencia del juicio supremo. Esta interpretación es inadmisibles, porque la aclamación: *Bendito sea el que viene en el nombre del Señor*, no puede ser sino un grito de adoración y de amor en boca de los que han creído. Y por otra parte, cuántos habitantes de Jerusalén fueron convertidos al Señor, ya en los cuarenta años de la paciencia de Dios que les fueron dejados aún, y fueron así las primicias de su pueblo.—Estos pensamientos con que se despide Jesús solemnemente de Jerusalén y de su pueblo, preparan la profecía que va a seguir. (Cap. 24.)

1. Comp. Marc. 13; Luc. 21.—*Habiendo salido* Jesús del templo donde había estado casi constantemente en esos últimos días. (21: 23.) Las palabras *del templo* deben referirse al verbo *se iba*. En el momento en que él abandonaba el templo y lo destinaba así a la ruina, los discípulos, por una ironía involuntaria e inconsciente, le hacen admirar sus magníficas construcciones. El Salvador se aleja definitivamente de ese lugar sagrado donde tan a menudo resonó su palabra (23: 39, nota). Consuma su ruptura con ese centro religioso de la teocracia judía. Los juicios de Dios van a empezar. Jesús los anuncia en este capítulo.

2. Los discípulos muestran con admiración a su Maestro *las construcciones del templo*, o más bien del lu-

gar sagrado, que comprendía, no sólo el santuario, sino todos los edificios que constituían sus dependencias. Según Marcos (13: 2, véanse las notas), uno de ellos le dijo: “¡Mira qué piedras y qué edificios!” Se trata de las construcciones emprendidas por Herodes y continuadas por sus sucesores. Esos trabajos, empezados veinte años antes de Jesucristo, duraron casi hasta la guerra de los romanos. Josefo (*Antig. XV, 11 y Guerras de los Judios, V, 5, 5*) ha descrito su belleza y su grandeza. Pero ¿qué es lo que podía inspirar a los discípulos la idea de hacer admirar a su Maestro la magnificencia de esos edificios? ¿Sería la sentencia que acababa de pronunciar (23: 38), que había excitado en sus corazones un funesto presentimiento? Es posible, pero no está indicado claramente. Según la respuesta de Jesús, parecería más bien que los discípulos carecieron, en ese instante como precedentemente (20. 17-22) y después (Luc. 22: 24 y sig., 38, 45), de inteligencia del momento solemne en que se hallaban.

3. Estas palabras, tan sencillas en sí mismas, han sido traducidas y explicadas de muchas maneras diferentes. Así, se ha tomado el verbo *mirar* en el sentido de “admirar”. Jesús reprocharía a sus discípulos el detener sus pensamientos en cosas que iban a ser destruidas. Así también, suprimiendo la negación que falta en algunos manuscritos se ha traduci-

cierto no será dejada aquí piedra sobre piedra que no sea derribada⁴.

3 Y estando él sentado en el monte de los Olivos⁵, se allegaron a él los discípulos, en privado, diciendo: Dinos ¿cuándo será esto, y cuál será la señal de tu venida y de la consumación de la edad?⁶.

4 Y respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe⁷,

do: *Veis* todas estas cosas: pronto nada quedará de ellas. Esta traducción da el verdadero sentido. Jesús, por una pregunta que exige una respuesta afirmativa, invita a los discípulos a abarcar con una mirada los edificios magníficos que excitaban su admiración, a fin de hacer resaltar la terrible predicción que va a pronunciar.

4. En los primeros días del mes de agosto del 70, mientras los romanos, dueños ya del resto de la ciudad, hacían brechas con sus máquinas en los formidables muros del templo, un legionario arrojó un hachón sobre el techo del santuario. Este tomó fuego y pronto fué reducido a cenizas. Tito dejó en Jerusalén a un tal Terencio Rufo. Este fué quien, según relata un escritor judío, “hizo pasar el arado sobre el sitio del templo y los lugares circundantes.” (E. Stapfer, *La Palestina*, p. 89, 90.) El emperador Adriano levantó más tarde (131) en la cumbre de Moría un templo a Júpiter. Este fué destruído por Constantino. El lugar quedó cubierto de ruinas hasta la conquista de Omar (637). Sus sucesores levantaron allí diversos edificios, el principal de los cuales es el Qubbet es-Sakrah o Cúpula de la Roca, llamada impropriamente mezquita de Omar. (Ph. Bridel, *La Palestina ilustrada*, I.)

5. Jesús y sus discípulos han salido de la ciudad (v. 1); han descendido al valle del Cedrón; luego, subiendo por el otro lado *al monte de los Olivos*, se han sentado allí; tienen ante sus ojos, sobre el monte opuesto, a Jerusalén y las magníficas construcciones del templo que los discípulos acababan de admirar (Marc. 13: 3). Se comprende cuánta actualidad y solemnidad da esta situación al discurso que va a seguir.

6. Los discípulos han diferido su pregunta para poder interrogar a su

Maestro *en privado*, pues sentían que se trataba de una revelación solemne que ellos solos debían entonces oír. Dirigen a Jesús dos preguntas: 1.^o *¿Cuándo acontecerán estas cosas (la destrucción de Jerusalén, v. 2)?* 2.^o *¿Cuál será la señal de tu advenimiento y de la consumación del tiempo?* El advenimiento de Jesucristo, o su *venida*, o su *presencia* (gr. *parousia*), es su regreso en la gloria para juzgar el mundo y elevar su reino a la perfección (comp. v. 27, 37, 39; 1 Tes. 2: 19; 4: 15; 2 Tes. 2: 1; 1 Cor. 15: 23; 1 Juan 2: 28; Jac. 5: 7); es lo que en otras partes se llama su *aparición* (1 Tim. 6: 14; 2 Tim. 4: 1), o también su *revelación* (1 Cor. 1: 7; 2 Tes. 1: 7; 1 Pedro 1: 7). Al *advenimiento* de Cristo los discípulos agregan la *consumación del tiempo* (gr. *de la edad*), expresión propia de Mateo (13: 39, 40, 49) y que se traduce ordinariamente por estas palabras: *el fin del mundo*, es decir el fin de la economía presente. Así, en la mente de los discípulos, que es la de todo el Nuevo Testamento, el regreso de Cristo, la resurrección y el juicio coinciden con la consumación del tiempo, o lo que es llamado en otras partes “el último día” (Juan 6: 39, 40, 44, 54), o “los últimos días” (Act. 2: 17; 2 Tim. 3: 1), o también “el último tiempo” (1 Pedro 1: 5, 20), o, en fin, “la última hora” (1 Juan 2: 18).—Es necesario observar que la doble pregunta de los discípulos no es formulada así sino en Mateo; Marcos y Lucas la plantean de otro modo. (Véase Marc. 13: 2, nota.)

7. Jesús responde ahora a las dos preguntas de los discípulos; pero lo hace teniendo constantemente ante los ojos la segunda, relativa a su advenimiento, y no contesta la primera, sobre la ruina de Jerusalén, sino considerándola como una de las

5 pues muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, 6 y a muchos engañarán⁸. Y habréis de oír guerras y rumores de guerras; mirad, no seáis turbados, pues es necesario que acontezca, mas aun no es el fin⁹. Se levantará, en efecto, nación

señales de su advenimiento. En efecto, el desarrollo futuro de su reino encierra todos los juicios de Dios, hasta el último, que será "la consumación del tiempo". De ahí que, en la inmensa perspectiva de esta profecía, los diversos acontecimientos que ella anuncia no han podido ser siempre claramente distinguidos unos de otros por los evangelistas. Estos se encuentran, en presencia de este porvenir, en la situación de un espectador que contempla de lejos, desde las cimas del Jura, por ejemplo, la cordillera de los Alpes, y que ve cerca una de otras cumbres que en realidad están separadas por grandes distancias y profundos valles. De ahí la aparente confusión que reina en el discurso profético de nuestro capítulo. Es necesario convenir que todas las numerosas tentativas hechas, desde los padres de la iglesia hasta nuestros días, para hallar en este discurso una predicción clara y distinta de los dos grandes acontecimientos que anuncia, han fracasado en parte en presencia de las dificultades del texto. (Véase en particular v. 34, nota.) En vez, pues, de buscar en él, por medio de interpretaciones forzadas, o aun falsas, una sucesión cronológica, vale más considerar sus diversas partes como ciclos que penetran unos en otros, cada uno de los cuales comprende todo el espacio a recorrer desde el punto de partida hasta el último fin. (Véase los v. 14 y 28.) Tal es, por lo demás, el carácter general de la profecía, como se manifiesta particularmente en el Apocalipsis. El único modo verdadero de interpretación consiste, pues, en referir cada pensamiento, cada expresión, al acontecimiento que evidentemente designan, sin atenerse al orden cronológico. Se está tanto más autorizado a seguir ese procedimiento cuanto que Lucas mismo ha distribuido los elementos de esta profecía en dos discursos pronunciados en momentos di-

ferentes (Luc. 17: 20-37 y 21: 5-36), mientras Mateo los reúne en un solo discurso, según su método. Se puede, sin embargo, distinguir en este discurso tres ciclos diversos, anunciando: 1.º señales generales relativas al reino de Cristo sobre la tierra (v. 1-14); 2.º el juicio de Dios sobre Jerusalén y el pueblo judío (v. 15-28); 3.º el advenimiento del Señor y las serias exhortaciones a la vigilancia que de él saca para todos los tiempos (v. 29-51). Todo el discurso es completado por las dos grandes parábolas que siguen, y por el solemne cuadro del juicio final (Cap. 25).

8. El Señor empieza su discurso con advertencias dirigidas a sus discípulos, porque sus preguntas sobre el porvenir podían contener muchas ilusiones y ser inspiradas por vana curiosidad, mientras la profecía tiene un fin eminentemente serio y práctico.—La primera señal del porvenir del reino de Dios que Jesús indica, es la venida de falsos cristos (v. 24) que, usurpando su nombre, engañarán a muchos. No es necesario, para comprobar el cumplimiento de esta profecía, buscar en la historia, ya de los primeros siglos, ya de los siglos siguientes, nombres propios de hombres que hayan pretendido realmente ser el Cristo, es decir el Mesías. Todos los falsos doctores que tienen la pretensión de ser los únicos que han comprendido al Cristo, de representar su doctrina, y que, en su nombre, predicán sus sistemas de error, son falsos cristos.

9. La segunda señal indicada por Jesús, son guerras y desórdenes entre las naciones (v. 7). Un primero y terrible cumplimiento de esta profecía fué la guerra de los romanos contra los judíos. Los discípulos no debían ser turbados por eso, ante todo porque esas calamidades eran inevitables (porque es necesario); luego, porque no debían suponer que eso fuera el fin. Esta última palabra no puede significar otra cosa que el

contra nación, y reino contra reino; y habrá hambres y terremotos por los lugares¹⁰; mas todo esto será el principio de los dolores de parto¹¹. Entonces os entregarán a tribulación y os matarán; y seréis aborrecidos por todos los gentiles por causa 10 de mi nombre¹². Y entonces muchos tropezarán, y se entregarán

fin de la economía presente, lo que los discípulos mismos han llamado la "consumación de la edad" (v. 3: comp. v. 14, donde esta palabra tiene exactamente el mismo sentido). Ahora bien: ese fin, ninguno debía esperarlo tan pronto. (Así Bleek, Ebrard, Lange, Auberlen.) Esta advertencia era tanto más necesaria cuanto que los discípulos, en su pregunta (v. 3), habían considerado la ruina de Jerusalén y el regreso de Cristo como simultáneos. Estas palabras tan claras pueden servir también para evitar falsas interpretaciones de algunas partes de este discurso. (Por ejemplo v. 29 y 34).—Si, con algunos intérpretes (Meyer, de Wette), se entiende por estas palabras; aun no es el fin, el término de la teocracia judía o la ruina de Jerusalén, tal declaración estaría en contradicción con el contexto, pues esas guerras y levantamientos de una nación contra otra traerán precisamente el fin de la nacionalidad israelita.

10. A las guerras y disturbios entre las naciones y los reinos vendrán a agregarse calamidades naturales, tales como hambres y terremotos. (Entre estas dos palabras, el texto recibido agrega con C, la mayor parte de las mayúsc., las versiones siríacas y egipcias, y pestes.) El teatro de todos esos sucesos será no solamente Palestina, sino el vasto imperio romano, donde, en cada provincia, vivían judíos, y donde pronto se extendió el cristianismo. El historiador Tácito hace de las calamidades de esos tiempos una descripción que muestra cómo se cumplió esta profecía. "Entro, dice en la historia de un tiempo rico en desgracias, cruel por las batallas, desgarrado por las rebeliones, atormentado hasta en la paz. Cuatro emperadores han sido matados a espada; tres guerras civiles por dentro, varias otras por fue-

ra, a menudo dos al mismo tiempo, han turbado el imperio. Iliria estaba llena de disturbios. Galia lista para rebelarse, Bretaña, subyugada, ha sacudido el yugo; las tribus sármatas y los suevos se han levantado, los dacios se han hecho célebres por sus guerras civiles, los partos han tomado las armas, excitados por un falso Nerón. Italia ha sido llena de mil desgracias a menudo repetidas; ciudades han sido enterradas o destruidas por terremotos, sobre las costas fértiles de Campania; Roma ha sido desolada por incendios, el Capitolio incendiado por la mano de los ciudadanos... Nobleza, riqueza, honor, todo se ha convertido en crimen, y la virtud el camino más seguro de la ruina."

11. Gr., de los dolores de parto: esta expresión anuncia el renacimiento del mundo del seno mismo de sus ruinas (19: 28). Para el pueblo judío, los dolores debían aumentarse a medida que se acercara a su dispersión; para la humanidad, dolores no menores son reservados para los últimos tiempos.

12. Entonces, en ese mismo tiempo, a esas calamidades exteriores se unirán, para la iglesia, las persecuciones y el aborrecimiento del mundo. Jesús ve en los doce, a los que dirige este discurso (v. 3), los representantes de los que hayan de creer por medio de ellos, entonces dispersos por todas las naciones. En los últimos años del reinado de Nerón los apóstoles Pablo y Pedro fueron matados, y estalló la primera persecución contra los cristianos, tolerados hasta entonces porque no se les distinguía de los judíos. Esta predicción se cumplió de modo cruel y prolongado para los primeros cristianos, y a menudo después para sus sucesores; se cumplirá siempre y en todas partes en la proporción en que los discípulos del Salvador sean fie-

11 unos a otros, y unos a otros se aborrecerán¹³; y muchos falsos
12 profetas se levantarán y engañarán a muchos¹⁴, y por haberse
13 multiplicado la iniquidad, el amor de los más se enfriará¹⁵, mas
14 el que perseverare hasta el fin, éste será salvado¹⁶. Y será pre-
dicado este evangelio del reino por la tierra entera, para testi-
monio a todos los gentiles, y entonces vendrá el fin¹⁷.

B. 15-28. LA RUINA DE JERUSALÉN. LA APARICIÓN DE FALSOS CRISTOS EN LOS TIEMPOS QUE PRECEDERÁN AL ADVENIMIENTO DEL HIJO DEL HOMBRE.—1.º *El juicio de Dios sobre Judea.* El signo de la catástrofe será el establecimiento en lugar santo de "la abominación de la desolación," predicha por Daniel. Huyan entonces los discípulos sin demora: Ay de las mujeres encintas o que criaren! Oren ellos para que su huida no acontezca en invierno. Jamás prueba semejante habrása visto. Nadie escaparía si esos días no fuesen cortados, pero lo serán a causa de los elegidos. (15:22.) 2.º *Los falsos cris-*

les en el testimonio que deben dar de la verdad.

13. Y entonces (término que señala la progresión del mal), la persecución y el odio externos producirán sus estragos en la iglesia misma: muchos serán escandalizados, es decir, recaerán en la incredulidad (comp. 13: 21), y, hechos infieles, entregarán sus hermanos a sus enemigos; y eso tendrá por resultado que se odiarán unos a otros. Terrible progresión en estos tres términos.

14. Los falsos profetas son los falsos doctores que aparecieron en la iglesia desde los tiempos apostólicos. (Act. 20: 30; 1 Juan 4: 1.)

15. La iniquidad (gr. *anomia*), es la rebelión contra la ley, contra toda ley divina y humana, el antinimismo, fruto de la apostasia (v. 10 y 11), realizado en la conducta práctica. En tal estado de cosas, el egoísmo, la desconfianza mutua reconquistan su imperio, la caridad, el amor, se enfria, se debilita. La caridad no subsiste sino con la verdad y la santidad. Dios solo es amor y solo Jesús es el foco de este amor en su iglesia. Los más designa la generalidad de los cristianos. (Apoc. 2: 2.)

16. Perseverar hasta el fin de la prueba o aun de la vida (por oposición a v. 10-12), es el único medio de ser salvado. Esta perseverancia, como la conversión, como todas las gracias que conducen a la salvación

final, es obra de Dios (Fil. 1: 6); pero esta obra se realiza en el corazón del hombre; éste, pues, concurre y se hace colaborador de Dios. Dios hace todo, pero exhorta al hombre a la acción, como si el hombre debiese hacer todo. (Comp. 10: 22.)

17. Este evangelio del reino es esta misma buena nueva que Jesús predicaba en ese momento al anunciar el establecimiento final del reino de Dios. De ahí el pronombre demostrativo *este*. No es necesario, para explicarlo, recurrir, con De Wette, a la suposición inverosímil de que Mateo hubiera intercalado en el discurso de Jesús esta reflexión y designar a su propio evangelio en cuya redacción trabajaba. El evangelio, dice el Salvador, será predicado por toda la tierra (gr., la tierra habitable, el mundo), a todos los gentiles, lo que no quiere decir que todos los individuos que las componen recibirán este evangelio; pero les será un testimonio de la misericordia eterna de Dios y del amor de Jesús que ha muerto por ellos. Este testimonio llega así a ser para todo pueblo, para toda alma, la ocasión de una crisis, de un juicio interno, que tiene por resultado la vida o la muerte. Cuando esta gran promesa haya sido cumplida plenamente, y la luz del evangelio haya resplandecido por todas las naciones, entonces solamente vendrá el fin. ¿Cuál fin? ¿la cesación de las pruebas que Jesús acaba de

tos y la venida del Señor. Jesús pone a sus discípulos en guardia contra los falsos cristos y los falsos profetas que surgirán entonces haciendo grandes señales. El Cristo no aparecerá ni en la soledad del desierto, ni en los lugares ocultos. Su advenimiento será tal que atraerá todas las miradas sobre toda la tierra, y dondequiera que se encontrare el cadáver se juntarán también las águilas. (23-28.)

15 Cuando viereis, pues, "la abominación de la desolación" dicha por medio del profeta Daniel estando en lugar santo (el que lee atiende¹⁸), entonces los que estuvieren en Judea, huyan a los montes¹⁹; el que sobre el terrado, no baje para llevar lo de su casa²⁰; y el que en el campo, no vuelva atrás para llevar

predicir? ¿el fin de la teocracia israelita por la ruina de Jerusalén? Se ha pretendido, pero ese sentido es inadmisibles, porque entonces esta profecía no se habría realizado. Se trata del fin del mundo actual o de la "consumación del tiempo" (v. 3; comp. v. 6). Es, pues, evidente que Jesús termina este primer ciclo de su profecía abriendo una perspectiva llena de consuelo y de esperanza acerca de su regreso, aunque, en lo que sigue, vuelve atrás para indicar con más detalles las señales precursoras de ese regreso, empezando por la más cercana, la ruina de Jerusalén (v. 15-28).

18. Después de haber terminado el primer ciclo de su profecía, vuelve Jesús a otras señales precursoras de su advenimiento, y ante todo al juicio de Dios sobre el pueblo judío, figura y preludio del juicio final. Este regreso a la primera pregunta de los discípulos (v. 3) lo señala con la partícula *pues*. Otros comentadores (Meyer, Weiss) refieren este *pues* a las palabras que inmediatamente preceden: *entonces vendrá el fin*. El evangelista querría indicar que los hechos que van a ser predichos serán el principio del fin. La señal precursora de esa gran catástrofe que Jesús indica a sus discípulos es expresada en términos que toma del profeta Daniel: la abominación de la desolación o de la devastación. (Dan. 9: 27; 11: 31; 12: 11.) En hebreo dice del devastador Esas dos palabras, las únicas que Jesús cita de la profecía, y que se hallan en Mateo y Marcos, tienen un sentido bastante

claro: designan los estragos hechos por un ejército pagano. Lucas expresa el mismo pensamiento en términos que no dejan duda alguna sobre su significado: "Mas cuando viereis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed que su desolación se acerca." Así la abominación es, a los ojos de un israelita, el lugar santo hollado y contaminado por los paganos y la desolación o devastación la ruina total del templo, de la ciudad, del país entero, como lo indica la expresión indeterminada *en lugar santo*, que no podría limitarse al santuario. (Comp. Marc. 13: 14, nota, y la profecía completa en los tres pasajes citados, traducción Segond.)—Las últimas palabras de este versículo, exhortando al lector a prestar atención a la profecía citada, o a reflexionar o comprender, forman un paréntesis que unos atribuyen a Jesús mismo, otros al evangelista y esto con más razón, pues Jesús, hablando a sus discípulos, no habría interrumpido su discurso para hacer una advertencia a los que lo leerían un día. De parte del evangelista esta nota bene es natural, pues la señal tomada del profeta era de la mayor importancia para los primeros lectores del evangelio, como lo prueban los versículos siguientes.

19. La señal fué comprendida y la orden del Maestro ejecutada por los cristianos de Judea quienes, al aproximarse el sitio, huyeron a Pella, en Perea, y hacia montañas más distantes aún. (Eusebio, *Hist. ecl.*, III, 5.)

20. Comp. Luc. 17: 31. Los techos en oriente son en forma de azotea;

19 su manto ²¹. Mas ¡ay de las encintas y de las que amamantaren
20 en aquellos días! ²². Orad, pues, para que vuestra fuga no aconte-
21 tezca en invierno, ni en sábado ²³, pues habrá entonces gran tri-
bulación, cual no ha acontecido desde el principio del mundo
22 hasta ahora ni, de cierto, acontecerá ²⁴. Y si aquellos días no
hubieran sido acertados, no habría sido salvada ninguna carne,
mas por causa de los elegidos, aquellos días serán acertados ²⁵.

con frecuencia la gente se está allí por la mañana y por la tarde, a la hora del fresco. A la vista de las señales predichas, los que se hallasen ahí debían huir inmediatamente sin *descender* por la escalera interior, utilizando más bien la escalera exterior que desde la azotea conducía directamente a la calle, o pasando, según las circunstancias, de azotea en azotea (pues a menudo comunicaban entre sí), sin detenerse en ningún caso para llevar sus bienes. Estos versículos (16-18) muestran con qué rapidez debían los juicios caer sobre Jerusalén. Los cristianos, así advertidos, renunciaron a toda esperanza de salud para la ciudad, mientras los judíos, cegados, la defendieron con furor desesperado.

21. El hombre que estuviere en el campo para trabajar, sin tener consigo su manto, no debe regresar a la ciudad a buscarlo. (El texto recibido dice erróneamente: *sus vestidos*.)

22. A causa de la pena que tendrán al huir en ese estado o llevando sus niñitos, y sobre todo porque los sentimientos naturales de una madre hacen más intensos todos los padecimientos en calamidades tan espantosas.

23. El invierno habría hecho más penosa la huída y la posición de los que iban a encontrarse sin asilo; y por otra parte las minuciosas instituciones del sábado (Ex. 16: 29; Act. 1: 12), a las cuales se sometían aún los primeros cristianos, habrían aumentado esas dificultades. El sentido general es: *Orad* para que esas desgracias no sean agravadas ocurriendo en época desfavorable.

24. Para convencerse de que no hay nada de exageración en estas palabras, es necesario leer, en el historiador Josefo, el relato de la destruc-

ción de Jerusalén. Perecieron en esa guerra más de un millón de judíos, pues el sitio tuvo lugar precisamente en la época de la mayor fiesta religiosa. Inmediatamente después de la guerra, 90.000 israelitas fueron llevados en cautividad. Durante el sitio, sin contar las crueldades de los asaltantes, la ciudad fué devastada al mismo tiempo por la guerra intestina de las facciones, por el hambre, por la peste y por incendios. Esas espantosas calamidades debieron ser sentidas por los judíos con un horror que difícilmente podemos nosotros comprender, porque con Jerusalén y su templo caía en ruinas el fundamento de su fe, de todas sus esperanzas temporales y religiosas.

25. Gr. *si aquellos días* (los días de ese juicio de Dios) *no hubieran sido cortados, amputados, mutilados, ninguna carne* (*toda carne*, hebraísmo que designa a toda la humanidad: Luc. 3: 6; Actos 2: 17; 1 Pedro 1: 24) *habría sido salvada*, no habría escapado la vida de ningún hombre, todas habrían perecido. ¿Por qué? Porque este terrible juicio de Dios, señal precursora del regreso de Cristo (v. 4, nota), habría alcanzado a *toda carne*, se habría convertido en el juicio final. Pero *aquellos días*, por un acto de la misericordia y de la paciencia de Dios, *serán cortados*, dice Jesús; habrá un intervalo, una prórroga, después de la ruina del pueblo judío. ¿En favor de quién? *Por causa de los elegidos*. No por causa de los que entonces ya vivían, eran creyentes; sino de aquellos, mucho más numerosos que creerán y *serán salvados* durante el tiempo de la paciencia de Dios. Si se aplicasen estas palabras solamente a la duración de la guerra romana, no se comprendería cómo la prolongación de ésta habría amenazado la exis-

23 Entonces ²⁶, si alguien os dijere: He aquí, aquí está el Cristo,
24 o: Aquí, no creáis, pues se levantarán falsos cristos y falsos
profetas y darán grandes señales y prodigios, para engañar, si
25 posible fuere, aun a los elegidos ²⁷: he aquí, os lo he predicho ²⁸.
26 Si os dijeren, pues: He aquí, en el desierto está, no salgáis; he
27 aquí, en los cuartos, no creáis ²⁹, pues así como el relámpago sale

tencia de *toda carne*, es decir de toda la humanidad, ni por qué esta guerra habría debido ser acortada *por causa de los elegidos*, de los cristianos de entonces, que estaban en seguridad (v. 16, nota). Weiss interpreta esas palabras: "gracias a la intercesión de los elegidos" (comp. Gén. 18); pero este sentido no resulta del contexto. En fin, los versículos que siguen (v. 23-27) no se refieren ya a la época de la guerra de los judíos, sino evidentemente a los tiempos posteriores, tiempos de la paciencia de Dios, que se extenderán hasta el juicio definitivo.

26. Los comentadores difieren sobre el alcance de la palabra *entonces*. Algunos la refieren al tiempo en que los juicios de Dios se ejecutarán sobre Jerusalén (v. 15-22) y en que la grande tribulación producirá un ardiente deseo de ver volver al Señor. Esta aplicación parece a primera vista la más natural. Pero cuando se considera que las señales enumeradas (v. 23-26) abarcan un período prolongado, y que en el v. 27 la mirada profética de Jesús se extiende hasta su regreso en la gloria, es un llevado a referir este *entonces* a todo el curso de los tiempos, desde la ruina de Jerusalén hasta el fin del mundo. Lo mejor sería quizá dejar a este término su carácter indeterminado. En el pensamiento del evangelista, que espera el regreso del Señor poco después de la ruina de Jerusalén, comprende todos esos tiempos de tribulación antes y después de la caída de la teocracia.—Lucas asigna a las palabras siguientes otro lugar (Luc. 17: 22-25).

27. Comp. v. 5, nota.— Los falsos doctores, que pretenden representar solos al verdadero Cristo y su doctrina, tienen siempre la pretensión de legitimarse por medio de *señales* y de *prodigios*, es decir por milagros

de diversas especies (2 Tes. 2: 9). ¿No tenemos todos los falsos milagros de la iglesia romana y, hasta en pleno siglo XIX, las apariciones de la Virgen y las aguas milagrosas de Lourdes? Estos milagros, apócrifos o auténticos, dan una temible confirmación a las enseñanzas de los falsos doctores, y les permitirían engañar a los mismos elegidos, si fuera posible, si no los guardase la fidelidad de Dios.

28. Y no tenéis sino estar alerta. (Comp. Juan 14: 29.) Una observación semejante, que no se inventa, que está tomada del hecho, muestra que, para Jesús, lo que *él predice* es de perfecta certidumbre.

29. Estas palabras: *en el desierto*, *en los cuartos*, han sido explicadas de distintas maneras. Muchos intérpretes no ven en ellas más que detalles de un cuadro apocalíptico al que no se debe buscar un sentido preciso. Cuando más podría reconocerse en ellas el pensamiento así expresado por Lucas (17: 23): "He aquí, aquí está, o he ahí, allí está." Otros intérpretes han entendido por el *desierto* el ascetismo, el monaquismo; y por los *cuartos*, los consejos secretos de los grandes de este mundo, los conciliábulos de los príncipes de la iglesia, donde se tratan las cuestiones de política eclesiástica. Con más sentido histórico, Weiss ve en el *desierto* la mención del lugar donde el primer gran conductor de Israel, Moisés, desplegó su actividad, y donde, más tarde, el precursor, Juan el Bautista, se manifestó al pueblo. Por antítesis, los *cuartos* (6: 6) designarían los sitios secretos de tal o cual casa donde el Cristo estaría aún oculto. Sea lo que fuere, es evidente que esta advertencia contra falsas pretensiones de indicar la presencia del Cristo es claramente motivada por el versículo siguiente, según el

del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del hijo
28 del hombre³⁰. Dondequiera que estuviere el cadáver, allí se juntarán las águilas³¹.

C. 29-51. EL REGRESO DE CRISTO. EXHORTACIONES A LA VIGILANCIA.—1.^o *La venida del hijo del hombre. a) Cómo se realizará.* Luego después de esos días de aflicción se producirán trastornos; entonces la señal del hijo del hombre aparecerá en el cielo, y todas las tribus de la tierra le verán con terror venir sobre las nubes. Envió sus ángeles a juntar los elegidos. (29-31.)—*b) En qué momento tendrá lugar.* Jesús enseña a sus discípulos, por la comparación de la higuera, a reconocer la proximidad de este acontecimiento. Afirma que esta generación no pasará hasta que todo sea realizado. El cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán. (32-35.) 2.^o *Incertidumbre acerca del día supremo. Exhortación a la vigilancia.*—*a) El advenimiento del hijo del hombre será imprevisto.* El día y la hora sólo son conocidos por el Padre. Su venida sorprenderá a los hombres como el diluvio en días de Noé; el uno será tomado, el otro dejado. (36-41.)—*b) ¡Velad, pues!* De esta incertidumbre sobre el día de su venida, infiere

cual no podrá haber ninguna duda sobre su aparición.

30. Este versículo motiva el precedente (*pues*), y la notable figura por la que anuncia Jesús su advenimiento no indica solamente lo que tendrá de inopinado, de inesperado, sino sobre todo la manifestación esplendente de que será acompañado. "Como el relámpago, aparecerá por todas partes a la vez, por el esplendor de su gloria". *Crisóstomo*.

31. "A la universalidad de la aparición del Cristo corresponde la universalidad del juicio." *Weiss*. Lo mismo que la presencia de un cadáver atrae las aves de presa que se arrojan sobre él para devorarlo (comp. Job. 39: 33), igualmente, donde un estado, una nación, una iglesia y, en fin, el cuerpo entero de la humanidad empiece a disolverse como un cadáver, allí se manifiestan inevitablemente, por una necesidad moral absoluta, los juicios de Dios. Esta figura proverbial es de aplicación universal; pero aquí, conforme al conjunto del texto, designa el juicio final. En la parábola de 13: 41, 42, los ángeles son los ejecutores del juicio; de donde algunos intérpretes han inferido que aquí las águilas representan también a los ángeles

con que Cristo será acompañado en su venida. Esta idea está en plena contradicción con la misma figura. Otros han visto en el cuerpo muerto Jerusalén y el pueblo judío, y en las águilas los estandartes de las legiones romanas. Nuestro versículo se aplicaría entonces exclusivamente a la ruina de Jerusalén, lo que no está conforme con el conjunto del texto, pues el v. 27 no puede designar otra cosa que el *advenimiento* final de Jesucristo, su *parousía*, término que designa constantemente su *presencia* en el día final. Otros también (varios padres de la iglesia y diversos comentaristas, entre los cuales es sensible encontrar a Calvino, Lutero, T. de Beza) ven en el cuerpo muerto a Cristo mismo, y en las águilas sus discípulos, siempre deseosos de reunirse a su alrededor! Y para aumentar aún la repugnancia que ya habría en esa figura, los padres no temían recordar que Cristo muerto, su carne, es el alimento de los fieles!—Es necesario observar, por lo demás, que el águila propiamente dicha no busca los cadáveres. Los escritores sagrados designaban con este término el gran buitres leonado, que se asemeja al águila en tamaño y en fuerza y se ve en grandes bandadas en la llanura de Genezaret.

Jesús el deber de la vigilancia. Ilustra su enseñanza con los ejemplos del amo de casa que acecha al ladrón, del siervo que espera a su señor. Si este siervo, viendo que el amo tarda, maltratase a sus conserenos y se entregare al libertinaje, su amo sobrevendrá inopinadamente y le dará su parte con los hipócritas. (42-51.)

29 Mas luego después de la tribulación de aquellos días³², el sol será entenebrecido, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas³³.

32. Jesús ha empezado en el v. 27 a describir las señales de su última venida, y va a continuar, respondiendo así a la segunda pregunta de los discípulos (v. 3, nota; comp. v. 4, nota). Aquí se presenta una dificultad que ha sido el tormento de los exégetas. Los que de ellos refieren estas palabras: la *aflicción de aquellos días*, a la ruina de Jerusalén (v. 15-22), deben llegar a esta conclusión: o que Jesús ha colocado el momento de su regreso *luego después* de esa grande catástrofe, y que por consiguiente ha errado e inducido a error a sus discípulos; o bien que los evangelistas han hecho una confusión al reproducir este discurso. (Véase v. 34, nota.) Porque todas las tentativas hechas para desembarazarse de estas palabras precisas: *luego después*, han fallado. Pero, ¿es posible atribuir a Jesús tal error? Sin hablar del perfecto conocimiento del porvenir de su reino que manifiesta en todos sus discursos, la opinión que examinamos lo pondría en contradicción directa consigo mismo, aun considerando sólo sus propias palabras en nuestro capítulo. En efecto, ¿cómo conciliar con esa idea las catástrofes que ve en el porvenir (v. 5 y sig.), y sobre las cuales dice tan claramente: "aun no es el fin"? (v. 6.) ¿Cómo admitir que, en su pensamiento, "el evangelio del reino será predicado a todas las naciones de la tierra", antes de la destrucción de Jerusalén, y que "entonces vendrá el fin"? (v. 14.) ¿Qué contradicción, en fin, entre la declaración tan positiva de que nadie, sino solamente el Padre, conoce el tiempo del regreso del hijo del hombre (v. 36) y esta de-

claración no menos positiva de que ese regreso tendrá lugar *inmediatamente después* de la ruina de Jerusalén! Convencidos de estas imposibilidades, otros intérpretes renuncian a atribuir al Salvador el error de que se trata, y lo cargan en cuenta al evangelista, que habría confundido las dos predicciones de la ruina de Jerusalén y del regreso de Cristo. Esta idea deberá ser examinada con ocasión del v. 34. Pero aquí, de ningún modo es necesario admitirla. En efecto, las palabras *la tribulación de aquellos días* no deben ser referidas a los v. 15-22, que describen el juicio de Dios sobre el pueblo judío, sino a los que preceden inmediatamente (v. 23-28), y que mencionan los hechos característicos de la historia del reino de Dios hasta los juicios que señalarán el advenimiento del hijo del hombre. Una vez más los v. 27 y 28 no pueden tener otro sentido. Bien: es efectivamente *inmediatamente después de la aflicción* o *la tribulación de aquellos días* cuando se verá "al hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo" (v. 30 y sig.)

33. Debe verse en esta descripción al mismo tiempo un cuadro simbólico de las últimas catástrofes y una profecía de la renovación de los cielos y de la tierra. (Apoc. 21: 1). Todos los escritores sagrados describen los grandes sucesos del mundo moral bajo la figura de potentes conmociones de la naturaleza. (Isa. 34: 4; Ezeq. 32: 7; 2 Pedro 3: 7.) Desde que se quiere analizar esas figuras y buscar en ellas un sentido alegórico, se cae en el albedrío y se tienen tantas opiniones como intérpretes.

30 Y entonces aparecerá la señal del hijo del hombre en el cielo³⁴; y entonces se lamentarán todas las tribus de la tierra³⁵, y verán al hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con grande potencia y gloria³⁶. Y enviará sus ángeles con gran sonido de trompeta, y juntarán sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo de los cielos hasta el otro extremo³⁷. De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama se entenece, y hace brotar las hojas, sabéis que el verano está cerca³⁸. Así también vosotros, cuando viereis todo esto, sabed que está cerca, a las

34. ¿Cuál será esa señal? Jesús no lo dice, y la exégesis queriendo determinarla, se ha lanzado al albedrío; ha hallado sucesivamente: la aparición de una cruz, la estrella del Mesías (Núm. 24: 17); los fenómenos predichos en el v. 29, una luz esplendorosa anunciando la gloria del Mesías, el Cristo mismo viniendo en su gloria. (Comp. Dan. 7: 13; Apoc. 1: 7.) Esta última interpretación parece la más natural; es la única señal bastante grande, bastante potente para producir en todas las tribus de la tierra la impresión que Jesús va a describir. Esta manera de ver es también la única conforme a los relatos de Marcos y de Lucas, que dicen simplemente. "Verán el hijo del hombre venir", etc.

35. Gr. *Se golpearán el pecho*. Terrores de ese trastorno universal, lamentos de ser sorprendidos por ese día, temor del juicio, arrepentimiento tardío, todos estos sentimientos se descubren en esta actitud, y todos ellos tienen su causa en el hecho expresado por esta palabra: *verán*, que forma en griego con el verbo *se lamentarán*, una consonancia lúgubre (*cópsontai, ópsontai*).—Es necesario observar también esta repetición solemne: *y entonces... y entonces...*

36. Comp. Dan. 7: 13.) Esta *grande potencia* y esta *grande gloria* se manifestarán, ya en los fenómenos descritos en el v. 29, ya por la presencia de los ángeles (v. 31), ya, sobre todo, por la aparición misma del Hijo de Dios glorificado. ¡Cuán lejos estará entonces de su forma de siervo!

37. Aquí, como en todas las profecías del Salvador, son aún los *ángeles* quienes ejecutan su voluntad suprema (13: 41, 49). Se sirven, para

juntar sus elegidos de todas las partes del mundo, del *sonido de la trompeta*, figura tomada de la costumbre israelita de convocar con el sonido de este instrumento las grandes asambleas de las fiestas solemnes. (Comp. 1 Cor. 15: 52; 1 Tes. 4: 16. Isa. 27: 13.) Según estos últimos pasajes, la *resurrección* coincide con esta reunión de los elegidos de Dios. —Los *cuatro vientos* significan los cuatro puntos cardinales, es decir todas las regiones de la tierra. Esta expresión: *desde un extremo de los cielos hasta el otro* es un hebraísmo basado en las apariencias. Para la mirada, el horizonte parece ser la extremidad del cielo. (Sal. 19: 7; Deut. 30: 4.)

38. Gr. *de la higuera aprended la parábola*. La palabra *parábola* es tomada en el sentido de una simple *comparación* (13: 3, nota). La *higuera* produce sus hojas en la primavera y anuncia el *verano*, o el tiempo de la *siega*, que es aquel en que el Señor reunirá sus gavillas (v. 31). Por esta graciosa figura, Jesús indica que el mismo tiempo que será el terror de los impíos, señalará para sus redimidos la proximidad de la alegría eterna (Luc. 21: 28).

39. *Todo esto, o todas estas cosas* son las señales y las indicaciones que preceden, concernientes al advenimiento del Señor. Como el verbo *está cerca* carece de sujeto, muchos intérpretes han pensado que se trataba del *verano* (v. 32), considerado como el tiempo de la siega y del juicio. Es mucho más natural admitir como sujeto de ese verbo el *hijo del hombre* (v. 30 y 31), cuya venida es anunciada en toda esta parte del discurso. Igualmente, esa expresión *estar*

34 puertas³⁹. En verdad os digo: De cierto no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca⁴⁰. El cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras de cierto no pasarán⁴¹.

36 Mas sobre aquel día y hora, nadie sabe, ni los ángeles de los cielos, ni aun el Hijo, sino el Padre solo⁴². En efecto: así como

a la puerta sólo puede referirse a una persona.

40. Según el curso lógico de este discurso, *todo esto* no puede designar sino aquello de que Jesús acaba de hablar (v. 29-33), y de que continúa hablando (v. 36), es decir su última venida para el juicio del mundo. Pero, ¿cómo puede anunciarse como debiéndose realizar durante la vida misma de esta generación? Para escapar a esta dificultad, se ha procurado dar a este último término un sentido inusitado; así por ejemplo la raza humana, la nación judía, la creación, los discípulos de Jesús en general o la iglesia. Esas interpretaciones son inadmisibles. (Comp. Luc. 11: 50, 51.) Otros conservan a las palabras *esta generación* su sentido natural, pero comentan nuestro versículo así: "Esta generación no pasará antes de que estas cosas hayan empezado a suceder, ella verá sus primeras señales, por ejemplo en el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra," etc. Esta tentativa viene a estrellarse contra la inexorable claridad de estas palabras: *todo esto*. No nos quedaría, pues, más que atribuir al Salvador el error de haber confundido la época de su regreso con la de la ruina de Jerusalén; pero ya hemos demostrado (v. 29, nota) que esto no es posible. Como este v. 34 no puede de ningún modo referirse sino a la ruina de Jerusalén y no al regreso de Cristo, se impone inevitablemente la conclusión de que se halla aquí fuera de su lugar. Se objetará quizá que esta suposición no es probable, porque el mismo hecho se reproduce en los evangelios de Marcos y de Lucas. Pero esta conformidad se explica muy bien admitiendo que los tres evangelistas han reproducido este discurso conforme a la tradición apostólica, donde se había deslizado esta confusión. Creemos que rechazando esta hipótesis,

se pone uno en presencia de una dificultad que ninguna exégesis puede resolver. (Véase Marc. 13: 30, nota.)

41. Marc. 13: 31; Luc. 21: 33, nota. Solemne confirmación de este discurso y de todas las palabras del Hijo de Dios. Esta misma Palabra que, siempre viva, creó el *cielo* y la *tierra*, subsistirá cuando éstos *hayan pasado*, y ella creará nuevos cielos y nueva tierra (Apoc. 21: 1). Toda la escritura revela este profundo contraste entre "las cosas visibles que sólo duran un tiempo" (2 Cor. 4: 18) y Dios inmutable en todos sus designios. (5: 18; Sal. 102: 27, 28; Isa. 51: 6; Hebr. 1: 11, 12; 2 Pedro 3: 10.)

42. La mayor parte de los críticos admiten en nuestro texto las palabras *ni el Hijo*, que se leen en *Sin B, D, la Itala* y algunos padres. Esta expresión, por la cual *el Hijo* se excluye a sí mismo del conocimiento del día y de la hora del juicio final, se halla incontestable en Marcos. (13: 32, véase la nota.) Se objeta a su autenticidad en Mateo, que habría sido agregada para conformar el texto de éste al texto de Marcos; pero se puede suponer con igual verosimilitud que ha sido suprimida por interés dogmático. Por lo demás, es necesario reconocer que la idea existe implícitamente en estos términos: *el Padre solo*.—Hay una profunda sabiduría en este misterio querido de Dios en cuanto al día del juicio eterno. De ahí infiere el Salvador, en los versículos siguientes, su exhortación a la vigilancia (v. 42). La iglesia entera es así colocada hasta el fin en un estado de ignorancia y de espera. Estas palabras deben, pues, dar mucha discreción a las investigaciones sobre las profecías relativas a los últimos tiempos.—Es evidente que esta declaración estaría en plena contradicción con el v. 34 (véase la nota), si se debiera aplicar este último al advenimiento del Señor.

fueron los días de Noé, así será la venida del hijo del hombre; 38 pues como estaban en los días anteriores al diluvio, comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que 39 entró Noé en el arca, y no supieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos, así será también la venida del hijo del hombre 43. 40 Entonces estarán dos en el campo: uno es tomado, y otro dejado. 41 Dos moledoras en la muela: una es tomada, otra dejada 44. 42 Velad, pues, porque no sabéis en cuál día vuestro Señor viene 45. 43 Mas esto sabed: que si hubiera sabido el dueño de casa en cuál vela viene el ladrón, habría velado y no habría permitido per- 44 forar su casa 46. Por esto vosotros también preparaos; porque 45 a la hora que no pensáis, el hijo del hombre viene 47. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente al que su señor estableció sobre 46 su servidumbre, para darles el alimento en sazón? Dichoso aquel 47 siervo al que su señor, llegando, hallare haciendo así: en verdad 48 os digo que le establecerá sobre todos sus bienes 48. Mas si aquel

43. Comp. Luc. 17: 26-30.—*Estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en matrimonio* (v. 38). Estas expresiones, que pintan tan bien el curso ordinario de la vida terrestre, dicen también cuál era la entera seguridad de los hombres de aquella generación, que no comprendieron, no conocieron, no revelaron nada, no tuvieron ningún presentimiento de la terrible catástrofe que iba a llevarlos a todos. ¡Qué figura de lo que habrá de inesperado en el advenimiento del hijo del hombre!

44. Comp. Luc. 17: 34-36.—*De dos hombres, dos mujeres*, de la misma condición externa, ocupados en los mismos trabajos, unidos tal vez por íntimos lazos, el uno es tomado (por los ángeles, v. 31, comp. Juan 14: 3), el otro es dejado, es decir excluido del reino de Dios. Tal es la explicación de Meyer. Weiss piensa, al contrario, que el tomado es llevado por el juicio como por las olas del diluvio, y que el dejado es perdonado. Sea lo que fuere, la idea es de que no hay acepción de personas. Los verbos en presente hacen aún más actual y más impresionante la acción.—El molino donde, según el texto recibido, están ocupadas esas dos mujeres, sería la casa de un molinero; según la verdadera expresión aquí restablecida, se trata de una

muela que esas dos mujeres hacían mover a mano en su propia casa.

45. Tal es la seria consecuencia práctica (pues) que el Señor saca de toda esta profecía y sobre todo de la ignorancia en que todos quedan acerca del día en que él viene, (v. 36, 44, 50).—El texto recibido tiene, en vez de *día, hora*, contra las principales autoridades.

46. Este ejemplo, tomado de la vida ordinaria, debe hacer más sensible la exhortación de los v. 42 y 44. Por cuanto el amo de casa no sabía a qué hora el ladrón vendría, ha cometido la torpeza de no velar, y así ha dejado horadar su casa, es decir que el ladrón ha entrado en ella con fractura. Los verbos en pretérito (y es así como debe traducirse) expresan, no una simple suposición, sino un hecho ya realizado.

47. Conclusión sacada del ejemplo precedente. Aquí no se trata ya solamente de *velar* (42, 43), sino de *estar preparado*, interiormente por la fe, por el amor, a recibir al hijo del hombre. (Comp. 25: 10.)

48. La pregunta del v. 45 no tiene respuesta y no debía tenerla, o más bien cada lector debe buscarla en su corazón. El Señor pregunta, ¿quién es el siervo fiel y prudente? Busca un siervo así, luego exclama con efusión: ¡Feliz él! Es feliz por causa de

49 mal siervo dijere en su corazón: Mi señor tarda; y empezare a herir a sus consiervos, y comiere y bebiere con los ebrios 49, 50 vendrá el señor de aquel siervo en el día en que no aguarda, y 51 a la hora en que no sabe 50, y le hará pedazos y pondrá su parte con los hipócritas 51; allí será el llanto y el rechinar de los dientes 52.

D. 1-13. EXHORTACIONES A LA VIGILANCIA. (Continuación.)—PARÁBOLA DE LAS DIEZ VIRGENES.—1.º *La espera*. El reino de los cielos es comparado a diez vírgenes que, la tarde de la boda, esperan al esposo munidas de sus lámparas. Cinco de ellas, que eran necias, no han tomado consigo aceite; las cinco prudentes tomaron en vasos (1-4)—2.º *La llegada del esposo*. Esperando al esposo, todas se duermen. En medio de la noche, oyen clamar: ¡He aquí el esposo! Entonces despiertan y preparan sus lámparas. (5-7.)—3.º *Las vírgenes prudentes admitidas*. Las necias, viendo entonces con terror apagar sus lámparas, ruegan a las prudentes que les den aceite, pero éstas responden. No habría suficiente para nosotras y para vosotras; dirigíos a los que venden. Pero mientras ellas van, el esposo viene y entra en la sala de la boda con las que están listas, y se cierra la puerta. (8-10.)—4.º *Las vírgenes necias excluidas*. Después de esto, las otras vírgenes vienen también, diciendo: Señor, ábrenos; pero él les responde: En verdad, no os conozco. ¡Velad, pues! (11-13.)

XXV. Entonces 1 será asemejado el reino de los cielos 2 a diez

su misma fidelidad, y porque su amo puede ascenderlo a un puesto más eminente (*sobre todos sus bienes*), es decir darle como recompensa un grado más elevado de felicidad en su reino (25: 21 y sig.; Luc. 19: 17 y sig.).

49. Ese mal siervo no es otro que el de que habla el v. 45. Ahí es supuesto fiel y prudente; aquí es supuesto malo. Esto es perfectamente claro en el pasaje paralelo de Lucas (12: 45). Su maldad consiste en todo en la *hipocresía* con que dice: *mi amo*, reconociéndole como tal (v. 51); luego en la ceguedad con que se persuade de que su amo *tarda en venir* y tardará mucho aún; en fin, en la mala conducta a que se entrega, ya para con sus *consiervos*, ya también con los *ebrios*.

50. Comp. v. 36, 39, 42, 44.

51. La palabra que traducimos por *hacer pedazos* significa literalmente *cortar en dos*, y muchos intérpretes ven en ese término la mención de un suplicio realmente usado entre los

pueblos antiguos, y aun en Israel. (2 Sam. 12: 31; 1 Crón. 20: 3), mientras que otros, dándole una significación atenuada, ven en él la pena de la flagelación que desgarraba las carnes del culpable. Este último sentido parece imponerse, puesto que la continuación del castigo: *pondrá su parte con los hipócritas*, supone que el culpable vive todavía. Pero puede verse también en el término *despedazar* una designación figurada del juicio por el cual recibirá *su parte con los hipócritas*. "El que tiene el corazón dividido será cortado en dos." *Bengel*. Nuestras versiones ordinarias traducen: "lo separará (de los siervos fieles), para darle su parte, etc. Es ésa una interpretación de T. de Beza, que no concuerda con el sentido ordinario de la palabra.

52. Comp. 8: 12, nota; 13: 42, 50; 22: 13; 25: 30.

1. *Entonces*, es decir en el momento del regreso de Cristo, anunciado en el capítulo precedente. (Véase en particular v. 44-51.)

vírgenes, las cuales, tomando sus lámparas salieron al encuentro 2 del novio 3. Y cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes 4; 3 pues las necias 5, tomando sus lámparas, no tomaron consigo 4 aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasos, con sus 5 lámparas 6. Mas tardando el novio, cabecearon todas y dormían 7. 6 Mas en medio de la noche hubo un clamor: He aquí el novio; salid 7 al encuentro 8. Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes 8 y aderezaron sus lámparas 9. Y las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan 10. 9 Mas las prudentes respondieron diciendo: No sea que no baste para nosotras y vosotras; id mas bien a los que venden y comprad para vosotras. Mas yendo ellas a comprar, vino el novio, y las preparadas entraron con él a las bodas, y fué cerrada la 11 puerta 11. Y después vienen también las demás vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos 12. Mas él respondiendo, dijo: En

2. El reino de los cielos (3: 2, nota) es descrito por diversas parábolas, en diversos momentos de su desarrollo (comp. por ej., cap. 13); aquí se trata del último triunfo de este reino, que será asemejado a los diversos detalles de la parábola que Jesús va a relatar.

3. Alusión a una costumbre del Oriente. Las bodas se celebran de noche; el novio se traslada por la tarde, al resplandor de las antorchas, a la casa de su novia, para tomarla por esposa y conducirla a su casa. Las amigas de la boda que rodean la novia salen al encuentro del novio a su llegada, y toman parte en las ceremonias del casamiento, lo mismo que en el banquete que tiene lugar, en casa del esposo.

4. El texto recibido nombra estas vírgenes en orden inverso, primero las prudentes, luego las necias. La continuación de la parábola muestra en qué consistía la necesidad de las unas y la prudencia de las otras. (Véase v. 13, nota.)

5. El texto recibido tiene: las necias, en vez de: pues las necias. La partícula (pues) explica en qué consistía su necesidad: en que ellas no habían tomado aceite consigo.

6. Gr., según el texto verdadero: con sus propias lámparas. Cada una debía tener la suya. Pero además de esta lámpara, bien provista de acei-

te, las prudentes hicieron provisión también en vasos, de modo que sus lámparas podían siempre ser alimentadas.

7. La idea de esa tardanza del esposo debe ser notada; puede arrojar luz sobre algunas partes del discurso precedente. (Véase en particular v. 29, nota.) Sea lo que fuere, durante ese tiempo solemne, desconocido en su duración, todas las vírgenes cabecearon y se durmieron. (Comp. v. 13, nota.)

8. Ese grito se hace oír en medio de la noche, es decir en la hora menos esperada. (v. 13; 24: 36, 42, 44, 50.)

9. También aquí: sus propias lámparas. Ellas las preparan (gr., las ponen en orden, las adornan) y se aseguran de que arden.

10. La débil porción de aceite contenida en sus lámparas se había consumido durante la espera (v. 5), y esas lámparas empiezan a apagarse. Se siente que el lenguaje de las vírgenes necias está lleno de angustia.

11. Este último detalle, que tiene algo de absoluto, es explicado y motivado en el v. 12.

12. Estas palabras: mas después forman un contraste sorprendente con éstas: la puerta fué cerrada. Y, en esa situación, la súplica de las vírgenes insensatas es un grito de angustia, como lo muestra ya esa

13 verdad os digo, no os conozco 13. Velad, pues, porque no sabéis 14 el día ni la hora 14, pues 15 es como un hombre que, ausentándose,

E. 14-30. LA PARÁBOLA DE LOS TALENTOS.—1.º Los talentos repartidos desigualmente. El reino de los cielos es comparado a lo que hizo un hombre que, yéndose de viaje, entregó sus bienes a sus siervos. Dió al uno cinco talentos, al otro dos, al otro uno. (14-15.)—2.º Los siervos en acción. Al instante, el que había recibido cinco talentos puso manos a la obra y ganó otros cinco; lo mismo el que había recibido dos. Pero el que tenía un solo talento lo ocultó bajo tierra. (16-18.)—3.º La rendición de cuentas. Largo tiempo después el amo regresó e hizo rendir cuentas a sus siervos. El que había recibido cinco talentos exhibió otros cinco que había ganado; lo mismo el que había recibido dos. Entonces el amo, alabando su fidelidad, los admitió para participar de su gozo. (19-23.)—4.º El siervo malo Pero el que había recibido un solo talento fué y dijo: Señor, sabía que eres un hombre duro e injusto; temí y oculté tu talento en la tierra: he aquí lo que es tuyo. Pero su amo le respondió: Siervo malo, si sabías que soy un hombre duro e injusto, debías entregar mi dinero a otros, que me lo habrían devuelto con su interés. Quitadle el talento, dadlo al que tiene diez, y echad el siervo inútil a las tinieblas de afuera. (24-30.)

doble exclamación: ¡Señor, señor! (7: 21).

13. Para comprender este motivo de exclusión tan rigurosa, es necesario recordar que, en el estilo de la escritura, conocer designa la experiencia personal del amor para con el objeto de este conocimiento; en otros términos, una comunión íntima y viviente con él (Juan 10: 14; 1 Cor. 8: 3; 13: 12; Gál. 4: 9). Por consiguiente, no conocer dice claramente que esa experiencia personal, esa comunión, no ha existido jamás. (Comp. 7: 23; Luc. 13: 25-27.)

14. El texto recibido agrega: en la que el hijo del hombre viene. Pero estas palabras, tomadas del v. 42 del capítulo precedente, no son aquí ni auténticas ni necesarias para completar el pensamiento.—Las últimas palabras de esta hermosa parábola expresan todo su sentido, constituyen su grave conclusión (pues). Por eso todos los rasgos de la parábola que sirven para recomendar más vivamente este santo deber de velar, de estar preparado (v. 10; 24: 44), son evidentes por sí mismos; mientras que los rasgos secundarios no podrían ser interpretados sin caer en lo arbitrario. Entre los primeros se hallan: 1.º El novio, hermosa y dulce

figura bajo la cual el Señor Jesús se representa a sí mismo (22: 2, nota), en el momento de su regreso, inesperado para todos (en medio de la noche), y en que recogerá a los suyos en la mansión de la alegría y de la felicidad. (Las bodas, Apoc. 19:7).—

2º Las diez vírgenes, representando evidentemente todas las almas de los que hacen profesión de ser las amigas de la novia (la iglesia del Salvador, Ef. 5: 25), de aguardar con ella la llegada del esposo, y que esperan participar con él de la felicidad eterna.—3º Lo que constituye la prudencia o la insensatez de las vírgenes, es el tener o el no tener una provisión suficiente de aceite en sus vasos.

Este detalle desempeña un papel tan importante en la parábola, que evidentemente debe tener una significación espiritual correspondiente. Ahora bien; en el simbolismo de la escritura, el aceite representa constantemente el Espíritu Santo; es aquí el emblema de la vida creada y conservada en el alma por el Espíritu de Dios.—4º La imposibilidad en que están las vírgenes prudentes de dar a las insensatas de su aceite es entonces muy clara, pues ningún hombre podría comunicar a otro las gracias de la fe, de la experiencia

15 llamó a sus propios siervos y les entregó sus bienes¹⁰; y al uno dió cinco talentos, al otro dos, al otro uno; a cada uno según su propia potencia, y se ausentó¹⁷. Yendo luego el que había recibido los cinco talentos, trabajó con ellos y ganó otros cinco talentos¹⁸. De igual manera también el que dos, ganó otros dos;

personal de una vida de santidad y de amor, que son por naturaleza incommunicables y deben ser adquiridas por cada uno, por cuenta propia. Dios solo es su fuente, y solamente aproximándonos individualmente a él podemos adquirirlas.—5º En fin, estas palabras: *la puerta fué cerrada*, y la respuesta de Jesús a las vírgenes insensatas, expresando una conclusión terrible, repiten de la manera más penetrante: *¡velad, estad preparados!*—En cuanto a los rasgos secundarios de la parábola, que no pertenecen a la idea principal, y sobre los cuales se ha aventurado un gran número de opiniones más o menos arbitrarias, se deben mencionar: 1º las *lámparas*, en las cuales se ha visto, ya una profesión exterior, ya el corazón ferviente: “las lámparas sin aceite son las buenas obras sin la fe”. Lutero.—2º El *sueño* de las vírgenes interpretado, ora como una caída en alguna tentación, ora como una relajación en la fe y en la vida religiosa, ora como una distracción, causada por las ocupaciones del mundo. (Calvino), ora, en fin, como el momento de la muerte corporal.—3º El *grito* que anuncia la llegada del esposo sería, según unos, la voz de los siervos de Dios, las advertencias del evangelio; según otros, las señales de los tiempos en el reino del Salvador; según otros aun, el momento inesperado de la muerte; según otros, en fin, el grito de resurrección en el día final.—4º Ni aun los que *venden aceite* han escapado de ser objeto de suposiciones semejantes, admisibles en ciertas aplicaciones de la vida religiosa, pero que no son del dominio de la exégesis.

15. Esta partícula muestra desde luego que la parábola que va a seguir explica y desarrolla, aplicándolas a la vida práctica, las lecciones de la precedente, es decir el santo deber de la vigilancia y de la fidelidad. No

es suficiente esperar al esposo; es necesario aún, hasta su venida, aprovechar el tiempo que se nos ha dejado, y emplearlo en una actividad que ponga nuestra responsabilidad a cubierto.—Lucas (19: 12 y sig.) refiere una parábola que tiene puntos de semejanza con ésta, pero que, a otros respectos, difiere profundamente de ella. Muchos intérpretes, considerando estos dos relatos como una sola y misma parábola, diversamente modificada por la tradición apostólica, se preguntan a cuál de los dos pertenece la prioridad y originalidad. Pero ¿por qué no admitir más bien que Jesús ha empleado dos veces una forma tan admirable de instrucción, modificándola de modo que exprese dos ideas diferentes? Es el resultado a que conduce un estudio atento de ambas parábolas.

16. Gr., *sus propios siervos*, no extraños, banqueros por ejemplo, sino hombres que le pertenecían como esclavos, a quienes podía emplear como quería, y cuya fidelidad y abnegación también había probado.

17. Véase sobre el valor del *talento*: 18: 24.— En la parábola referida por Lucas, todos los siervos reciben la misma suma para negociar. Aquí los dones confiados son individualizados según la *fuerza particular*, es decir, según la capacidad y los medios de cada uno.— Habiendo confiado así *sus bienes*, el amo *partió*, o, según nuestras versiones ordinarias, *partió luego*, lo que significaría que no quiso limitar en nada la libertad de sus siervos, en lo sucesivo responsables. Pero nos parece preferible unir esta palabra al versículo siguiente. (Véase la nota.)

18. *Luego se fué e hizo producir* sus talentos; no perdió ni un momento, sintiendo su responsabilidad, y cuán precioso era el tiempo. Desde ese instante (gr.) *trabajó, operó con ellos* (con los talentos) e *hizo otros*

18 mas el que había recibido uno, yéndose, cavó en tierra y ocultó el dinero de su señor¹⁹. Mas después de mucho tiempo viene el señor de aquellos siervos, y arregla cuentas con ellos²⁰. Y allegándose el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí, otros cinco talentos he ganado²¹. Díjole su señor: Bien, siervo bueno y fiel: sobre poco has sido fiel, sobre mucho te estableceré²²; entra en el gozo de tu señor²³. Allegándose también el que [había recibido] los dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste; he aquí, otros dos talentos he ganado. Díjole su señor: Bien, siervo bueno y fiel: sobre poco has sido fiel, sobre mucho te estableceré; entra en el gozo de tu señor²⁴. Mas allegándose también el que había recibido un talento, dijo: Señor, te conocía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y allegas de donde no esparciste; y temiendo, fuí y oculté tu talento en la tierra; he aquí, tienes lo tuyo²⁵. Mas

cinco talentos. Tal sería la traducción literal, expresando toda la enérgica actividad de este siervo. Así se dice en la vida ordinaria: *hacer dinero*.

19. El *dinero de su señor*. Estas palabras hacen resaltar cuán culpables eran la negligencia y la infidelidad de ese siervo.

20. *Viene, arregla*; ¿cómo hacen sentir la solemnidad de la acción estos verbos en presente! Sin embargo, no vuelve sino *después de largo tiempo*, habiendo dejado a sus siervos el tiempo necesario para su trabajo. Y como este regreso del amo representa la segunda venida del Salvador, se ve que Jesús no la anuncia en un porvenir tan cercano, como lo quiere cierta exégesis (24: 29, nota), aunque nos deja en la ignorancia más completa respecto del momento de ella (24-36).

21. El texto recibido, con A, C, la trad. siríaca, tiene aquí: que he ganado *además*. Esta última palabra, que por lo demás no añade nada a la idea, es omitida por los mejores críticos. Igualmente en el v. 22.

22. Los cinco talentos confiados no eran tan *poca cosa*; pero el amo los designa así en comparación de lo que confiará aún de sus inmensas riquezas a este siervo que se ha mostrado *bueno y fiel*.

23. ¿Qué significa en la parábola,

esta expresión: *el gozo de tu señor?* Unos han pensado en la satisfacción que el amo sentía respecto de ese buen siervo; otros en algún banquete o fiesta que quería realizar para celebrar su regreso. Lo más natural es admitir que aquí Jesús pasa de repente de la figura a la realidad, y que este gozo es la felicidad y la gloria de que él goza, y en la cual introduce a su siervo fiel. (Comp. Rom. 8: 17.)

24. La aprobación y la recompensa son exactamente las mismas para los dos talentos ganados que para los cinco. El Señor no las mide por la grandeza de los dones confiados, sino por la fidelidad.

25. El lenguaje de este mal siervo es tomado de las costumbres de los agricultores. Expresa asimismo, bajo dos formas diferentes, su acusación contra su señor: querer *segar* sin haber *sembrado*, y *recoger* sin haber *esparcido*. Esta última figura es tomada de la costumbre de trillar el trigo, cuyas espigas se *esparcen* (gr. *dispersan*) sobre la tierra, para *recoger* luego el grano en el granero. El siervo quiere probar a su señor que es un hombre duro, demasiado exigente, injusto. Pero él mismo descubre el fondo de su corazón, donde no hay más que *temor* y nada de confianza, nada de amor, nada de solici-

respondiendo su señor, le dijo: Mal siervo y perezoso, sabías que
27 siego donde no sembré, y allego de donde no esparcí; te era necesario, pues, entregar mi dinero a los banqueros, y viniendo yo
28 habría retirado lo mío con interés ²⁶. Quitadle, pues, el talento,
29 y dadlo al que tiene los diez talentos ²⁷, pues a todo el que tiene
será dado, y tendrá en abundancia; mas al que no tiene, aun lo
30 que tiene le será quitado ²⁸. Y al siervo inútil echadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el rechinar de los dientes ²⁹.

tud por los intereses de su amo. Se coloca enfrente de él sobre el terreno de la justicia propia: *lo tuyo*. Le hace también el reproche sobrentendido de haberle confiado demasiado poco. (Comp. Luc. 19: 20-26, nota.)

26. *Maldad y pereza*, tales son los dos vicios que el señor ve en el corazón y en la conducta de su siervo. Este las ha manifestado abundantemente, ya en su manera de obrar, ya en sus sentimientos para con su amo. Este amo no refuta la acusación levantada contra él, la admite (y hay en esta admisión una ironía llena de tristeza), pero para inferir al punto una conclusión (*pues*) enteramente opuesta a la conducta del siervo. En efecto, aun siendo un hombre duro e injusto, que sólo pudiera inspirar temor a su siervo, éste habría debido por este solo temor, hacer producir el dinero de su amo por los *banqueros*: separando así su bien del de su amo, no habría, en realidad, perjudicado a éste; a lo menos habría realizado esa justicia a la que apela. Este pensamiento resalta finamente del contraste formado por estas dos expresiones: *lo tuyo* (v. 25), *lo mío* (v. 27). Se ha dado de este último detalle: *llevar el dinero a los banqueros* explicaciones más o menos arbitrarias. Unos han visto en esos banqueros asociaciones cristianas a las cuales el siervo perezoso habría podido confiar los recursos que él no quería hacer producir por sí mismo; otros, cristianos más adelantados, bajo cuya dirección habría podido colocarse. Otros aun ven en el acto de llevar el dinero a los banqueros, el renunciamento a la profesión cristiana ordenado a los que no tienen en el corazón la fe y el amor de su Señor. M. Godet piensa que el

banco es "el tesoro divino, y el acto del depósito, reclamado del siervo, un estado de oración en el cual el siervo, que se cree incapaz de obrar por sí mismo para la causa de Cristo, puede a lo menos pedir a Dios que saque de él y de su conocimiento cristiano el provecho que juzgue bueno." Quizás sea prudente no forzar este detalle de la parábola.

27. *Pues*, consecuencia inevitable de la infidelidad.—Cuando el Señor quita a un hombre el talento que le había confiado, le quita con eso todo medio de trabajar aún para él. Allí empieza el juicio que va a seguir.

28. Este principio general es destinado a justificar la decisión enunciada en el v. 28. En cuanto al sentido de esta sentencia, véase cap. 13: 12, nota.

29. Comp. 8: 12, nota; 12, 42 y 50; 22: 13; 24: 51.—¿Cuál es la explicación de esta parábola? El hombre que confía sus bienes antes de ausentarse, es el mismo Señor, que pronto iba a separarse de sus discípulos. Los *siervos* son los discípulos de entonces y los redimidos de todos los tiempos, cualesquiera que sean su posición o sus funciones en la iglesia. Los *talentos* representan todos los dones de Dios, privilegios naturales y gracias espirituales, y en particular la efusión de su Espíritu Santo que iba a ser concedida a la iglesia, para crear en ella una vida nueva y vivificar todos los demás dones. Estos talentos son repartidos *a cada uno según su capacidad* (v. 15), conforme a la soberana sabiduría de aquel que sonda los corazones, mide las fuerzas morales e intelectuales y conoce el grado de receptividad de cada alma. Se trata para todos de aumentar esos talentos *haciéndolos*

F. 31-46. EL JUICIO FINAL.—1.º *El hijo del hombre hace el juicio*. Cuando el hijo del hombre venga en su gloria, todas las naciones reunidas ante él, pondrá los unos a su derecha, los otros a su izquierda. (31-33.)—2.º *Aprueba a los que ha colocado a su derecha*. Entonces dirá a los de su derecha: Venid los benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado, pues tuve hambre y sed, fui extranjero, estuve desnudo, enfermo, preso, y me socorristeis. (34-36.)—3.º *Su respuesta*. Entonces le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos en todas esas necesidades y te socorrimos? Y el Rey les responderá: Cuantas veces lo hicisteis al menor de mis hermanos, a mí mismo lo hicisteis. (37-40.)—4.º *Reprueba a los que ha colocado a su izquierda*. Luego dirá a los de su izquierda: Alejaos de mí, malditos, porque tuve hambre y sed, fui extranjero, estuve desnudo, enfermo, preso, y no me ayudasteis. (41-43.)—5.º *Su respuesta*. Ellos también responderán: Señor, ¿cuándo te vimos en todas esas necesidades, y no te socorrimos? Él les responderá: Cuantas veces no lo hicisteis al menor de mis hermanos, no lo hicisteis a mí mismo. Y éstos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna. (44-46.)

31 Y cuando venga el hijo del hombre ³⁰ en su gloria, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria ³¹;

producir. Lo mismo, en efecto, que los capitales aumentan por los intereses, por el trabajo, todas las gracias de Dios se multiplican por su empleo fiel en la vida práctica. El *regreso* del amo que viene a *arreglar cuentas* con sus siervos, es el advenimiento solemne, en el último día, del Señor ante quien serán manifestados todos los secretos de los corazones y todos los frutos del trabajo de cada uno. La felicidad de los siervos fieles que entran en *el gozo de su Señor*, lo mismo que la indecible desgracia del siervo malo y perezoso que se ve despojado de su talento y arrojado a las tinieblas exteriores, este desenlace tan grande, tan trágico de la parábola, se explica por sí mismo.

30. La mención solemne del regreso de Cristo, para el juicio del mundo, indicado por estas palabras *cuan-do el hijo del hombre venga en su gloria*, lleva el pensamiento al desenlace de las dos parábolas que preceden y a la grande profecía del cap. 24, pronunciada en respuesta a la pregunta de los discípulos (v. 3). La escena que Jesús va a describir es, pues, la conclusión natural de los discursos precedentes.—Como *hijo*

del hombre (véase sobre este término cap. 8: 20) viene el Cristo a ejercer el juicio. (Comp. Juan 5: 27.) Pero para cumplir esta función, debe poseer los atributos divinos de la omnisciencia para sondar los secretos de los corazones; de la perfecta justicia para pagar a cada uno según sus obras. Para juzgar al mundo como para salvarlo, es necesario que él sea el hombre-Dios.—Por lo demás, la intención del Salvador no es la de describir en los versículos que siguen todo lo que acontecerá en las grandes escenas del último día, sino indicar solamente algunos rasgos generales del juicio, tales como la separación definitiva de los justos y los injustos, y el carácter principal que será buscado en los que comparezcan en su presencia, a saber, el amor en un corazón humilde, libre de todo egoísmo, abundante en obras de caridad.

31. El hijo del hombre aparece no ya en su humillación, sino en su *gloria* divina, realizada por la presencia de *todos los ángeles*, ejecutores de su voluntad (24: 31, etc.). El texto recibido dice: los *santos* ángeles, expresión no auténtica y que pertenece al lenguaje adoptado posteriormente.

32 y serán congregadas delante de él todas las naciones³², y los apartará unos de otros, así como el pastor aparta las ovejas de 33 los cabritos; y pondrá, sí, las ovejas a su diestra, mas los cabritos 34 a su siniestra³³. Entonces dirá el rey a los de su diestra³⁴:

Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para 35 vosotros desde la fundación del mundo³⁵, pues tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; extranjero 36 fui, y me recogisteis; desnudo, y me vestisteis; estuve enfermo,

por la iglesia. La dignidad real del Hijo de Dios, actualmente velada para todo ojo, aparecerá entonces en todo su esplendor. Está sentado sobre el trono de su gloria: él mismo se llama el Rey (v. 34, 40).

32. "¡Todos los ángeles, todas las naciones, cuánta solemnidad!" Bengel.—Esta última expresión: *todas las naciones*, demuestra que el juicio descrito aquí es el juicio universal (Rom. 2: 5-9; Apoc. 20: 11-13; Actos 17: 31). Pero como, por otra parte, los que son admitidos a la derecha del Salvador (v. 34 y sig.), así como los mismos reprobados (v. 41 y sig.), son hombres que han tenido la ocasión de conocer al Salvador y hacerle bien en la persona de los pobres, es evidente que Jesús sabía que en la época de su venida para el juicio del mundo, él sería conocido de todos los pueblos por la predicación del evangelio (24: 14; 28: 19). Y como, por otra parte, "el nombre de Jesús es el único nombre dado a los hombres por el cual debemos ser salvos" (Actos 4: 12), se puede inferir de ello que todos los hombres serán colocados en presencia de Jesucristo y puestos en estado de aceptar o rechazar la salud que él les ofrece. En el día del juicio, se manifestará si ellos han acogido por la fe el evangelio de la gracia y si este evangelio ha penetrado en el corazón de aquellos que lo profesan, o si su religión sólo ha sido una religión de labios. Los considerandos del juicio indicados en esta descripción profética no excluyen, pues, de ninguna manera la gran doctrina cristiana de la salvación por la fe; ellos ponen de manifiesto solamente a aquellos en quienes esa fe "habrá obrado por la caridad" (Gál. 5:6).

33. La *separación*, es decir, para el pueblo de Dios, la cesación de la mezcla confusa en que ahora vive con el mundo, tal es la idea principal representada por esta figura. Jesús añade para los suyos el privilegio de ser colocados a su diestra, lo que, en todos los pueblos, es considerado como un honor. Se busca ordinariamente en esta figura otra antítesis, que se basaría en el contraste entre las *ovejas* y las *cabras*; representando unas la mansedumbre, la paz, la inocencia; las otras dotadas de un carácter indómito, pendenciero e impuro. No se debe dar mucha importancia a esa comparación, porque si las ovejas son, en toda la escritura, la figura del pueblo de Dios, la idea opuesta no se encuentra en la palabra que traducimos por *cabras*, pues esa palabra significa propiamente *cabritos* y no implica las mismas ideas desfavorables.

34. El Rey es Cristo, cuya divina realeza aparece en todo su esplendor ahora que entra en su reino. El es quien dispone de los bienes eternos que dicho reino trae consigo.

35. Puesto que ese reino estaba *preparado* en el consejo de la gracia divina desde la fundación del mundo para los que son benditos del Padre, ellos mismos estaban destinados para él por la misma gracia (Ef. 1: 4). Estas palabras demuestran, pues, evidentemente que la recompensa de los justos es un don de la misericordia divina y no el premio de las obras que van a ser mencionadas. Esas obras son no tanto la causa de la felicidad aquí descrita como el testimonio y el fruto de la fe y del amor de aquellos que las han hecho.

37 y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí³⁶. Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos ham- 38 briento y te alimentamos, o sediento y te dimos de beber? Y cuándo te vimos extranjero y te recogimos, o desnudo y te ves- 39 timos? Y ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a 40 ti? ³⁷. Y respondiendo el rey les dirá: En verdad os digo, en cuanto lo hicisteis a uno solo de estos mis hermanos muy peque- 41 ños, a mí lo hicisteis³⁸. Entonces dirá también a los de su sinies- 42 tra: Idos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el

36. Así me habéis tributado todos los servicios y todos los cuidados de la caridad más activa y abnegada.—La palabra que traducimos por: *me recogisteis*, significa literalmente: *me llevasteis con vosotros*, es decir me introducisteis en vuestra morada, en vuestro círculo de familia.

37. Se ha interpretado de varias maneras estas preguntas de los justos. Se ha visto en ellas una muestra de su modestia, de su humildad, de las que, sin embargo, no tenían ellos conciencia. Se ha encontrado también en ellas el pensamiento de que habían olvidado sus buenas obras para no acordarse más que de sus faltas, no habiendo esperado jamás en cosa alguna para subsistir en el juicio salvo en la gracia y la misericordia de Dios. Sin duda, esas suposiciones son fundadas, pero la causa principal de la extrañeza de los justos es la idea expresada por el Salvador (v. 35, 36), de que ellos hayan hecho a *él mismo* lo que habían hecho para los desdichados. Ellos niegan a sus obras el valor inmenso que de repente adquieren ante sus ojos por el hecho de que el Rey (v. 34) se identifica así con los hombres más pobres. "Los fieles no estiman sus buenas obras ni los impíos las suyas malas (v. 44) como lo hace el juez." Bengel. Por lo demás, la expresión del asombro de los justos es destinada a provocar la respuesta del Rey (v. 40).

38. Gr. en cuanto lo habéis hecho a uno solo de estos hermanos míos más pequeños. Los intérpretes discuten esta cuestión: ¿A quiénes designa Jesús con ese pronombre demuestra

tivo *estos* hermanos, *estos* pequeños? Unos han pensado que se trataba de los cristianos en general; los otros, de sus discípulos que le rodeaban. ¿Para qué esas distinciones? ¿No ha enseñado Jesús, en la parábola del samaritano, que todo hombre desgraciado debe ser objeto de nuestra caridad? Como él mismo estaba continuamente rodeado de pobres, de pequeños, de enfermos, de publicanos y de pecadores despreciados, representa a éstos estrechándose también a su derredor en el día del juicio, deseosos de obtener su salud, y a ellos designa él por estas palabras: *mis* hermanos, *estos* pequeños. Pero esta expresión *a mí mismo*, indica netamente el motivo de las obras que él acepta y recompensa. De esa manera no menciona sino un solo rasgo de la vida cristiana, un solo fruto del amor de sus discípulos hacia él, pero ese rasgo, ese fruto, supone muchos otros provenientes de la misma fuente.—Los cristianos nada pueden hacer directamente para Aquel que tanto los ha amado; pero puesto que él se identifica con el más pequeño de sus hermanos, pueden hacer mucho para él, en la persona de esos desgraciados. Es ésa una preciosa gracia que él agrega a todas las suyas.

39. Estas terribles palabras forman el complemento y el contraste del v. 34. Jesús conserva a propósito la misma forma de expresión y algunos de los mismos términos. Pero es necesario observar también las diferencias intencionales: no dice *malditos* de mi Padre, ni: *el fuego eterno preparado* desde la fundación del

43 comer; tuve sed, y no me disteis de beber; extranjero fuí, y no me recogisteis; desnudo y no me vestisteis; enfermo y en la 44 cárcel y no me visitasteis ⁴⁰. Entonces responderán ellos también, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento, 45 o extranjero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? ⁴¹. Entonces les responderá diciendo: En verdad os digo, en cuanto no lo hicisteis a uno solo de estos muy pequeños, tam- 46 poco a mí lo hicisteis ⁴². E irán éstos a castigo eterno, mas los justos a vida eterna ⁴³.

mundo, ni: que os está preparado. Estas diferencias llevan consigo su profunda enseñanza. No hacen remontar la causa de la condenación de los reprobados hasta Dios, sino que la muestran en su propia falta; ellos solos cargan con la responsabilidad.—Todas las veces que la biblia nos pinta las penas morales de los reprobados bajo esas figuras de un fuego, de una llama, de un gusano, etcétera, es necesario cuidarse de materializarlas. Es en la conciencia con sus remordimientos, en el alma con sus pesares, donde se realizarán los castigos de la justicia divina.

40. Aquí también, la ausencia de esas obras describe un estado de alma. La falta de amor hacia el Salvador, de amor fraternal, es en sí mismo la muerte y la condenación. (1 Cor. 13: 1 y sig.; 1 Juan 3: 10, 11; 4: 8; 5: 1.)

41. Estos creen hallar una excusa en el pensamiento de que por su indiferencia y su egoísmo no habían obrado personalmente contra el Señor. No eran impíos. Y en su propia

justicia dan a entender que, si hubieran reconocido al Salvador en sus hermanos, lo habrían socorrido.

42. El hecho de que Jesús se identifica nuevamente con todos los desdichados, demuestra que la falta de amor hacia el prójimo supone la ausencia del amor de Jesús, fuente única de toda caridad.

43. Tal es el resultado trágico y definitivo del juicio (Dan. 12: 2). Los que niegan la duración infinita de las penas no pueden apoyar su opinión en el hecho de que la palabra griega que traducimos por eterno no tiene siempre el sentido de una duración sin fin, pues el contraste evidente e intencional que se halla aquí entre *castigo eterno* y *vida eterna* no permite dar a uno de esos dos términos una significación diferente del otro. Mucho mejor podría apoyarse esa opinión, como lo han hecho algunos exégetas, en esta consideración: que rigurosamente, lo opuesto de la vida no es el castigo, sino que lo sería la ausencia de toda vida, la muerte, la destrucción, el aniquilamiento.

II. LA MUERTE Y LA RESURRECCIÓN

1. La comida de Betania.

1-16. DELIBERACIÓN DEL SANEDRÍN. JESÚS EN BETANIA. JUDAS LE HACE TRAICIÓN.—1.º *La proximidad de la pascua y la reunión del sanedrín.* Debiendo tener lugar la pascua dentro de dos días, anuncia Jesús a sus discípulos que va a ser entregado y crucificado. Por su parte, los miembros del sanedrín se reúnen y deliberan apoderarse de él, pero desean que no sea durante la fiesta, por no excitar tumulto entre el pueblo. (1-5).—2.º *Jesús unguento en casa de Simón.* Estando Jesús en Betania, en casa de Simón, una mujer se acerca a él con un vaso de perfume precioso que derrama sobre su cabeza mientras está reclinado a la mesa. Sus discípulos se indignan de tal pérdida inútil, pretendiendo que más hubiera valido dar su valor a los pobres. Pero Jesús, defendiendo a esa mujer, declara que ha hecho una obra buena, por la cual los pobres no serán perjudicados en realidad; que, presintiendo su próxima muerte, ella le ha tributado el homenaje supremo; que, por último, en todo lugar donde el evangelio fuera predicado, esa acción será recordada en memoria de la que la hizo. (6-13).—3.º *Judas hace traición a Jesús.* Entonces Judas, uno de los doce, va hacia los miembros del sanedrín y les pregunta qué precio le pagarían si les entregara a Jesús. Le ofrecen treinta piezas de plata; y desde entonces buscaba una ocasión favorable para entregarle. (14-16.)

XXVI. Y aconteció, cuando terminó Jesús todos estos discursos, 2 que dijo a sus discípulos ¹: Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua ², y el hijo del hombre es entregado para ser crucificado ³.

1. *Todos estos discursos* son los que llenan los cap. 24 y 25. (Comp. 7: 28; 11: 1; 13: 53; 19: 1.) Siempre que Mateo emplea esta fórmula de conclusión, lo hace porque ha llegado al término de un ciclo de discursos que Jesús ha pronunciado en diversas ocasiones, pero que el evangelista ha agrupado, según su método.

2. *La Pascua* (en hebreo *Pesach*, en arameo *Pasecha*, es decir, *paso* del ángel exterminador para no herir a los primogénitos de los israelitas, Ex. 12: 14) era la fiesta más solemne del pueblo judío; la celebraba anualmente en recuerdo de su liberación de la cautividad egipcia. La fiesta empezaba el 14 del mes de Nisán, después de puesto el sol, y duraba hasta el 21. Los judíos la celebraban

exactamente de acuerdo a las prescripciones que Moisés había dado al instituiría, y que se leen en Ex. 12: 1 y sig.; Lev. 23: 5 y sig.—La expresión *dentro de dos días*, empleada aquí por el Salvador y que se halla también en Marcos, parece indicar que era entonces el martes 12 del mes de Nisán, puesto que la fiesta empezaba el 14 al anochecer, momento en que era inmolado el cordero pascual. En cuanto a la diferencia que parece haber entre los sinópticos y Juan, véase Juan 13: 1, nota; Marcos 15: 21, nota.

3. ¡Cuán perfecto conocimiento tenía Jesús de todo lo que iba a ocurrir, y aun del momento exacto! Los verbos en presente expresan la certidumbre de esos trágicos sucesos y

3 Entonces se congregaron los principales sacerdotes y los an-
4 cianos del pueblo en el palacio del sumo sacerdote, llamado
Caifás⁴, y juntos deliberaron para prender con engaño a Jesús
5 y matarle⁵. Mas decían: No en la fiesta, para que no se produzca
alboroto en el pueblo⁶.

6 Y estando Jesús en Betania, en la casa de Simón el leproso⁷,
7 se allegó a él una mujer teniendo un vaso de alabastro de un-

muestran que para Jesús eran ya actuales. En cuanto a los discípulos, podían, en efecto, tener conocimiento de los padecimientos y de la muerte de su Maestro según 20: 18-19; pero ellos no podían saber que tendrían lugar en la fiesta de pascua, y Jesús, se lo hace saber por estas palabras. Las palabras: *vosotros sabéis* se refieren, pues, a la proximidad de la pascua, no a la crucifixión de Jesús durante la fiesta.

4. Entre los *sacerdotes* y los *ancianos* el texto recibido coloca también los *escribas*, palabra que no es aquí ni auténtica ni necesaria para hacer comprender que el evangelista tiene en vista las diversas clases de hombres que componían el sanedrín. (Véase 21: 23, nota.) Ellos *se reúnen* en el *palacio del sumo sacerdote*. Podría parecer extraño que Mateo, hablando de un hombre tan conocido y que ocupaba un puesto tan eminente, se sirva de este término: *llamado Caifás*. Es que Caifás era un sobrenombre; él se llamaba en realidad José. (Josefo, *Antig.* XVIII, 2, 2.) Establecido en su cargo por el año 18 por Valerio Grato (15-26 después de J. C.), predecesor de Pilato, fué destituido por el sucesor de éste Vitelio, hacia el año 36.

5. *Entonces* (v. 3) ellos *deliberan* sobre su designio criminal, precisamente en el momento en que Jesús anuncia su muerte (v. 2). ¡Trágica coincidencia! Ellos no hacen sino cumplir "lo que la mano y el consejo de Dios determinó de antemano" (Act. 4: 28).—Ellos deben obrar *con engaño*, porque Jesús se retiraba durante la noche (v. 6; Luc. 21: 37; Juan 11: 57) y porque, de día, sus adversarios temían al pueblo (Luc. 22: 2). Jesús fué voluntariamente a la muerte que había predicho muchas veces (v. 2); pero nada quiso él ha-

cer para ocasionarla; era necesario que sus enemigos llevarsen toda la responsabilidad de ella.

6. Ellos podían temer ese *tumulto durante la fiesta*, a causa de las inmensas muchedumbres que entonces llenaban a Jerusalén, y entre las cuales había gran número de amigos de Jesús, sobre todo de Galilea. Pero aun aquí esos ciegos enemigos de la verdad debían cumplir los designios de Dios, pues su plan fué cambiado por el ofrecimiento inesperado de Judas (v. 14).

7. Comp. Marc. 14: 3-9; Juan 12: 1-8.—Mateo y Marcos, más preocupados del sentido íntimo del conmovedor relato que sigue que de la cronología, lo colocan al principio de la historia de la pasión, a causa de su estrecha relación con los padecimientos del Salvador, de los cuales debía ser la santa inauguración (v. 12: comp. 21: 1, nota). Según Juan (12: 1 y sig.), ese convite en Betania tuvo lugar seis días antes de la pascua, la víspera de la solemne entrada en Jerusalén. Nadie, en efecto, niega ya hoy que Juan y los dos primeros evangelios relatan el mismo hecho con algunas ligeras diferencias en los detalles. Así, Juan no dice que la escena ocurre *en la casa de Simón el leproso* (hombre desconocido por lo demás en la historia, y que probablemente había sido sanado de la lepra por Jesús), pero tampoco dice lo contrario. Este Simón podía ser un pariente o un amigo íntimo de Marta y de María, y nada hay de extraño en el hecho de que son presentadas con su hermano y obran como en su casa.—Pero otro episodio de la historia evangélica que algunas veces se ha confundido con éste es la historia de la pecadora, referida por Lucas (7: 36 y sig.). Todo en esta última es absolutamente dife-

güento de gran precio, y lo derramó sobre su cabeza estando
8 recostado [a la mesa]⁸. Y viéndolo los discípulos se indignaron,
9 diciendo: ¿Para qué esta pérdida?⁹ pues podía esto ser vendido
10 en mucho y dado a los pobres¹⁰. Mas sabiéndolo Jesús les dijo:
¿Por qué causáis penas a esta mujer? pues buena obra ha hecho
11 para mí¹¹, pues siempre tenéis pobres con vosotros, mas a mí
12 no siempre me tenéis¹². Echando, en efecto, ésta el unguento
sobre mi cuerpo, para prepararme para la sepultura lo ha he-
13 cho¹³. En verdad os digo, dondequiera que fuere predicado este

rente: el tiempo, el lugar, las circunstancias, las personas, el sentido moral y el fin completo del relato. (Véanse las notas.)

8. La que Mateo llama simplemente *una mujer*, era María, hermana de Lázaro (Juan 12: 3), la que, habiendo desde hacía mucho tiempo abierto toda su alma a la palabra y al amor del Salvador (Luc. 10: 39), aprovechó con diligencia esta última ocasión de demostrarle su veneración. Ella le hace el sacrificio de lo que tenía de *mayor precio*, como le había consagrado su corazón y su vida. En Oriente, ungir así la cabeza de un personaje eminente que se recibía como huésped en su casa, era testimonio de la más alta distinción con que se pudiera honrarle.

9. Esa *pérdida* o esa inútil prodigalidad. Según Marcos, fueron *algunos* (discípulos) los que murmuraron así. Según el relato de Juan, fué Judas, que obedeciendo a una baja codicia arrastró así a algunos otros discípulos, cuyo legalismo estrecho no podía comprender este acto de consagración y de amor.

10. Judas dice en su mal humor: *esto* (y no, según el texto recibido, *este perfume*) podía ser vendido *muy caro*; y según Marcos y Juan, indica además la suma en que lo estimaba: 300 denarios. Pero Juan (12: 6) nos revela también el motivo de su descontento. Hay siempre en el mundo cierto modo de ver las cosas según el cual todo lo que no es materialmente útil, que no aumenta el bienestar o la posesión, es una *pérdida*.

11. Jesús siente, en su viva simpatía, la *pena* que esas murmuraciones debieron hacer a María; y para justificarla, declara *bueno* (gr. *hermo-*

sa), moralmente excelente, la *obra* que ella acaba de hacer, por la única razón de que procede de la veneración y del amor a él. Toda obra, por el contrario, que no tiene por móvil esos sentimientos del corazón, no podría ser buena.

12. A estos *pobres* que vosotros *tenéis siempre* porque por desgracia es así por la naturaleza de las cosas en este mundo, "podéis hacerles bien cuando queráis" (Marc. 4: 7); *pero a mí*, agrega Jesús con tristeza, con el sentimiento de su muerte tan cercana, *no siempre me tenéis*. Y entonces, ¡qué fuente de pesar para los que le aman es el no poder hacer nada para testificarle personalmente ese amor!

13. Es decir que, como se embalsama un cuerpo antes de sepultarlo, ella ha querido tributarle en vida el mismo honor que se tributa a los muertos (Juan 19: 40; Marc. 16: 1). Se admite generalmente que, con estas palabras, Jesús atribuye a María un pensamiento, una intención que ella no tenía, a fin de dar mayor valor a su acción y justificarla enteramente a los ojos de los discípulos. No podemos adoptar esa interpretación. Da a las palabras de Jesús un sentido que no sería enteramente verdadero. Sin duda alguna, María, en su alma profunda y amante, había presentado la muerte próxima del Maestro. Ella había penetrado en el sentido de las predicciones numerosas que Jesús había hecho de esa muerte, mientras que los discípulos no habían comprendido nada de ellas. Ella había visto por lo demás el odio de sus adversarios aumentar como consecuencia de la resurrección de su hermano (Juan 12: 10). Y ella no-

evangelio en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho en memoria de ella ¹⁴.

14 Entonces, yendo uno de los doce, el llamado Judas Iscariote, 15 a los principales sacerdotes ¹⁵, dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os 16 lo entregaré? ¹⁶. Y ellos le pesaron treinta piezas de plata ¹⁷. Y desde entonces buscaba una oportunidad para entregarle ¹⁸.

taba que había en la persona y en las palabras de Jesús, durante esa estancia en Betania, algo particularmente serio y solemne. Nada más hacía falta para hacer nacer en el alma de una María ese presentimiento doloroso al cual da Jesús una expresión más precisa. Las palabras que él pronuncia debieron ser por otra parte para María una revelación nueva, al mismo tiempo que una preciosa aprobación de lo que ella acababa de hacer.

14. Véase, sobre este pronombre demostrativo *este* evangelio y sobre la grande profecía aquí repetida de que éste será predicado *en el mundo entero*, cap. 24: 14, nota.—Nada se pierde en Dios, ni aun “un vaso de agua fría” dado en el nombre del Salvador (10: 42); cuánto menos una acción hecha con el amor de una María. “De siglo en siglo se cumple esta notable profecía del Señor, y nosotros contribuimos también a su cumplimiento, al explicar esas palabras del Hijo de Dios”. *Olshausen*.

15. Comp. Marc. 14: 10, 11; Luc. 22: 3-6.—Se puede inferir de *este entonces*, con la mayor parte de los intérpretes, que fueron las palabras de Jesús, pronunciadas respecto a María, las que irritaron a Judas y determinaron su traición. Y, sin duda, por esta razón Mateo y Marcos han colocado en ese orden el relato que precede.—*Uno de los doce*. Hay un contraste trágico entre esta designación y la acción aquí referida. (Comp. 27: 4, nota.)

16. Así es Judas mismo quien toma la iniciativa de ese horrible comercio. Se han hecho muchas suposiciones sobre las causas psicológicas y morales de la traición de Judas y también sobre las razones que podían haber determinado al Salvador a elegir este discípulo. Lo más sencillo y lo más exacto es atenerse a este res-

pecto a los datos del evangelio. Sería un error pensar que no había en Judas, cuando fué llamado al apostolado, ninguna de las disposiciones que, con el socorro de la gracia, habrían podido hacer de él un verdadero siervo de Jesucristo. Pero Judas había dejado arraigarse en su corazón una pasión que, alimentada por una falta de rectitud, lo condujo por grados a la hipocresía, a la injusticia, al robo (Juan 12: 6). A pesar de las advertencias reiteradas del Salvador (v. 23, 50; Juan 13: 18, 26, etc.), Judas se endureció en su pecado y jugó con una pasión que acabó por entregar su alma al poder de las tinieblas (Luc 22: 3; Juan 13: 2, 27), y por cegarle enteramente. Por lo demás, bien que haya un profundo misterio en el destino de este hombre (Juan 6: 70; 17: 12), como en el de toda alma que se pierde, es necesario agregar que Judas no preveía entonces el resultado de su traición. Pensaba que el sanedrín se contentaría con infligir a Jesús alguna pena ligera o que éste haría uso de su poder para escapar de sus enemigos. Lo que lo prueba es su propia conducta después del acontecimiento (27: 3, nota); pero eso demuestra también que nadie puede calcular con anticipación las consecuencias de un pecado que alimenta en su corazón.

17. Gr. ellos le pesaron treinta piezas de plata. Este término recuerda la antigua costumbre de pesar la plata o el oro que no estaba acuñado. No se debe traducir: le prometieron, pues Judas recibió realmente entonces el precio de su traición, que pronto quiso devolver: (27: 3).—Esas treinta piezas de plata que sin duda eran *sicles*, equivalían a cien francos aproximadamente de nuestra moneda. Era el precio más bajo de un esclavo (Ex. 21: 32). Es difícil com-

2. Última cena de Jesús con sus discípulos.

17-30. JESÚS CELEBRA LA PASCUA E INSTITUYE LA CENA.—1.º *Los preparativos de la comida*. El primer día de los panes sin levadura, los discípulos preguntan a Jesús dónde deben prepararle la pascua. Jesús les indica una casa amiga, en la ciudad, y los discípulos ejecutan sus órdenes. (17-19.)—2.º *La comida. La traición de Judas denunciada por Jesús*. Llegada la tarde, se reclina a la mesa con los doce. Declara que uno de ellos le entregará. Conternados, cada uno pregunta: ¿Soy yo? Jesús designa al traidor y dice que la muerte del hijo del hombre es el cumplimiento de las profecías, pero que el instrumento de esta muerte no es menos culpable y desdichado. Preguntando Judas a su vez si era él, Jesús se lo confirma. (20-25.)—3.º *La institución de la cena*. Durante la comida, toma Jesús el pan, y después de pronunciar una bendición, lo rompe y da a sus discípulos diciéndoles: Esto es mi cuerpo. Toma también una copa, y les ordena beber de ella todos, diciendo: Esto es mi sangre, la sangre del pacto derramada para la remisión de los pecados. (26-28.)—4.º *La terminación de la comida*. Jesús termina la comida declarando que no beberá más del producto de la vid hasta que lo beba nuevo en el reino de su Padre. Después del canto de los himnos, se dirigen hacia el monte de los Olivos. (29-30.)

17 Y el primer día de los ázimos ¹⁹, se allegaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que te preparemos para comer 18 la pascua? ²⁰. Y él dijo: Id a la ciudad a tal hombre ²¹, y de-

prender que Judas, por precio de tal traición, se haya contentado con una remuneración tan exigua; y como solamente Mateo indica la cifra de ese valor, la crítica ha inferido de ahí que la traición había determinado ese precio según la profecía (Zac. 11: 12; comp. Mat. 27: 9, 10). Pero es ésa una pura suposición. Es necesario no olvidar que Judas no había previsto las terribles consecuencias de su acción (Mat. 27: 3, nota), y que así, en su ceguedad, no le atribuía la importancia que los acontecimientos han dado a su crimen.—Sea lo que fuere, esa plata había sido tomada del tesoro del templo, que servía para comprar las víctimas. Así el Cordero de Dios debió ser pagado con ese tesoro, en el que, no obstante, no entraron más las treinta piezas de plata (27: 6). Todo tiene un sentido en esos solemnes momentos de la vida y de la muerte del Salvador.

18. *Para entregarle*, sin correr el riesgo de levantar algún tumulto entre el pueblo (v. 4 y 5, notas).

19. Comp. Marc. 14: 12-25; Luc. 22: 7-23.—Es decir *el primer día* de la fiesta en que se comían los panes sin levadura (Ex. 12: 18 y sig.; Núm. 28: 16 y sig.). Así designaban los judíos a la pascua. Ese primer día era el 14 del mes de Nisán. Se preparaba entonces el cordero de pascua y los panes sin levadura, y la fiesta empezaba el mismo día a las seis de la tarde, aunque estaba fijada para el día siguiente 15, así como el sábado de los judíos empieza el viernes a las seis de la tarde. La tarde del 14 de Nisán, antes de la puesta del sol, el cordero pascual era inmolado por los sacerdotes en el atrio del templo y era comido al anochecer. (Comp. v. 2, nota.)

20. Jesús es considerado como el padre de familia, y los discípulos, en su veneración, le hablan como si esa preparación no concerniera sino a él.

21. Las palabras *id a la ciudad* suponen que esta conversación tuvo lugar en Betania. La expresión *tal hombre* es del evangelista, quien pasa en silencio el nombre de la persona que

cidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca; en tu casa celebro 19 la pascua con mis discípulos²². E hicieron los discípulos como 20 Jesús les había ordenado, y prepararon la pascua. Y llegada la 21 tarde, estaba recostado [a la mesa] con los doce discípulos²³. Y comiendo ellos, dijo: En verdad os digo que uno de vosotros 22 me entregará²⁴. Y entristecidos en gran manera, empezaron a 23 decirle uno por uno: ¿Soy acaso yo, Señor?²⁵. Mas él respondiendo dijo: El que ha metido la mano conmigo en el plato, ése 24 me entregará²⁶. El hijo del hombre va, sí, conforme está escrito

el Salvador designó con una especie de misterio impuesto por la situación. (Véase Marcos 14: 15, nota.) Era probablemente uno de sus discípulos al cual anuncia de esta manera su próxima muerte. *Mi tiempo está cerca*, y al cual quiere dar una prueba particular de su amor al celebrar en su casa esa fiesta solemne. Quizás había sido convenido de antemano con él; de ahí el conocimiento exacto que él tenía del aposento alto que sería indicado a los discípulos (Marc. 14: 15; Luc. 22: 12). Según Lucas (22: 7 y sig.), fueron Pedro y Juan los que Jesús encargaba de esta misión, y a los cuales dió indicaciones más precisas, omitidas por Mateo (Comp. también Marc. 14: 13 y 14).

22. Esta frase de Jesús: *Mi tiempo está cerca*, no puede significar otra cosa que el momento de su muerte (Juan 13: 1), y esta mención bastaba a su discípulo para que comprendiese toda la importancia de la comunicación que Jesús le hacía y del supremo pedido que el Maestro moribundo le dirigía.

23. El texto recibido, con *B, D, mayúsc.*, omite la palabra *discípulos*.—Los israelitas, antiguamente, celebraban la pascua de pie, ceñidos los riñones y bastón en mano (Ex. 12: 11). Posteriormente, prevaleció la costumbre de tomar esa comida sentados a la mesa, o más propiamente, según el sentido de la palabra original, *recostados*. (Luc. 7: 38, nota; Juan 13: 23, nota.) Los convidados debían ser a lo menos diez pues, el cordero debía ser comido enteramente. (Ex. 12: 4, 10.)

24. El fin del Salvador, al pronunciar esta terrible revelación, era mos-

trar a Judas que él conocía muy bien su proyecto, despertar, si era posible, su conciencia, y así apartarle aún de su crimen a última hora. Pero, ¿en qué momento le dió Jesús esta advertencia? Mateo dice aquí: *mientras comían*, es decir durante la comida de la pascua y antes de la institución de la cena (v. 26). Según Lucas (22: 21) este incidente habría tenido lugar después de la celebración de la comunión, en la cual Judas habría así tomado parte. Todo conduce a creer que la relación de Mateo y de Marcos es la más exacta. No se concibe que Jesús pudiese, después del momento íntimo y solemne de la cena, promover ese triste incidente que trajo la turbación en todos los corazones (v. 22), ni que hubiese admitido a Judas a tomar parte en la cena en el momento en que le reprochaba su crimen. Por otra parte, esta revelación de la traición de Judas es evidentemente idéntica a la que relata Juan (13: 21 y sig.) con algunas circunstancias diferentes; pues bien, este evangelista dice positivamente (v. 27) que el traidor salió inmediatamente después. No estaba, pues, ya presente en el momento de la cena. (Véase Luc. 22: 21, nota.)

25. O: *Yo no... no soy, ¿verdad?* La pregunta supone una respuesta negativa. El horror que les inspira el crimen revelado por el Salvador, les hace sentir la necesidad de oír de su boca la seguridad de que ellos son inocentes.

26. Jesús da también aquí, por miramiento para Judas, una respuesta vaga que, según Juan (13. 18, 26), precisó luego más.—Los israelitas comían, con el cordero de pascua, un

sobre él²⁷; mas ¡ay de aquel hombre por medio de quien el hijo del hombre es entregado! bueno le fuera si aquel hombre no hubiera nacido²⁸. Y respondiendo Judas, que le entregaba, dijo: ¿Soy acaso yo, Rabí? Dícele: Tú lo has dicho²⁹.

26 Y comiendo ellos³⁰, tomando Jesús pan y bendiciendo, lo

plato compuesto de dátiles, de higos, etc., llamado *charoset* y que tenía color de ladrillos, en recuerdo de los de Egipto. Mojaban en esa salsa el pan y las hierbas amargas. Parece que Judas, sentado cerca del Salvador, acababa de hacer al mismo tiempo que él ese movimiento con la mano.

27. *Se va*, es así como designa el Señor su partida de este mundo y su regreso al Padre, pero pasando por la muerte (Juan 7: 33; 8: 21). Sin embargo, este gran acontecimiento no dependía de la traición de Judas; éste no hace sino contribuir a la realización de un plan divino, escrito mucho tiempo antes en la profecía. (Comp. Act. 2: 23.)

28. La vida es un don de Dios, pero el hombre es responsable del uso que hace de ella; si ella se convierte para él en un mal, solamente puede atribuirlo a su falta: tal no era el designio de Dios. En presencia de la perdición de un alma, estas palabras de Jesús son una terrible y misteriosa verdad; pero, en las grandes aflicciones de la vida presente, por error llega el hombre algunas veces a considerar el don de la existencia como una desgracia. (Job. 3: 2 y sig.; Jer. 20: 14 y sig.)

29. *Tú lo has dicho*, hebraísmo que significa: Sí, tú eres (v. 64). Mateo solo relata este diálogo. Judas, agregando a su crimen la hipocresía, repite, aplicándosela con fingida inocencia, la pregunta de los discípulos (v. 22). La insolencia del traidor sobrepasa todos los límites. Pero esta conversación tuvo lugar probablemente en voz baja, no queriendo Jesús ni aun entonces hacer imposible todo arrepentimiento a ese desdichado discípulo, descubriéndolo directamente ante los demás. Estos, en efecto, ignoraban sus criminales intenciones (Juan 13: 28 y 29).

30. La comida pascual comprendía, según los rabinos, los siguientes actos: 1.º El padre de familia daba gracias por el vino y por la fiesta, y ponía en circulación una primera copa. 2.º Se traía una mesa cargada de hierbas amargas, mojadas en vinagre y agua salada, de panes sin levadura, del cordero asado y de la salsa llamada *charoset* (v. 23, nota). Después de haber pronunciado una fórmula de bendición, el padre de familia tomaba algunas hierbas amargas, las mojaba en la salsa y las comía; los demás convidados seguían su ejemplo. A una pregunta del hijo mayor, el padre indicaba la significación de este festín y de todos los platos que lo componían. Se cantaban los salmos 113 y 114. La segunda copa circulaba. 3.º El padre, después de una ablución de sus manos, tomaba dos panes, rompía uno de ellos, y colocaba sus pedazos sobre el otro, pronunciaba una bendición, luego cubría uno de los pedazos con hierbas amargas, lo mojaba en la salsa y lo comía con un trozo de cordero. Era esta la señal de la comida propiamente dicha, que se prolongaba al gusto de los convidados. La conversación era libre. El padre de familia comía el último pedazo del cordero, se lavaba las manos y distribuía la tercera copa, llamada "copa de bendición". 4.º Se cantaban los salmos 115 a 118 y una cuarta copa circulaba. (Comp. E. Stapfer, *La Palestina*, pág. 425.) Estas palabras: *mientras comían*, designan, lo mismo que el v. 21, el momento más libre de la comida que seguía a la celebración ceremonial de la pascua. Lucas y Pablo (Luc. 22: 20; 1 Cor. 11: 25) dicen que Jesús dió la copa *después de cenar*. Se refieren sin duda a la tercera copa y por eso la llama el apóstol "la copa de bendición" (1 Cor. 10: 16).

rompió³¹, y dando a los discípulos, dijo: Tomad, comed, esto es 27 mi cuerpo³². Y tomando una copa, y dando gracias, les dió, di- 28 ciendo: Bebed de ella todos³³, pues esto es mi sangre del pacto³⁴,

31. El texto recibido dice: "Jesús tomó el pan." El artículo (*el*) no es auténtico. No se trata de un pan especial destinado a la cena, sino de uno cualquiera de los panes que había sobre la mesa.—En lugar de las palabras: *habiendo pronunciado una bendición* (gr. *habiendo bendecido*), muchos manuscritos dicen: *habiendo dado gracias*, como en el v. 27. Es también el término empleado por Lucas y por Pablo (1 Cor. 11: 24). La costumbre de dar gracias antes de la cena, se conservó en la iglesia; de ahí ha venido el nombre de *eucaristía* (acción de gracias) con el que se designaba la comunión. En la celebración de la pascua, el padre de familia, tomando el pan decía: "Bendito sea el que produce el pan del seno de la tierra." Se ha pensado algunas veces que con estas palabras bendijo Jesús el pan. Eso no es probable. El expresó, sin duda, desde el fondo de su corazón sentimientos nuevos, conforme a la nueva gracia que él comunicaba.—El *rompió* ese pan; acción simbólica, como todos los detalles de esta institución; indicaba que el cuerpo del Salvador iba a ser roto, quebrantado por el sufrimiento y por la muerte. El mismo uso simbólico se conservó en la iglesia apostólica, en que la cena se llamaba el "rompimiento del pan" (Actos 2: 42). El empleo de una hostia ha sido, pues, más tarde una derogación de la verdad de este símbolo.

32. *Esto* designa simplemente el pan que Jesús tenía en su mano y distribuía a los discípulos. La palabra *es*, sobre la cual se ha discutido tanto, no era expresada en la lengua que el Salvador hablaba (el arameo). Diciendo: *mi cuerpo* "dado por vosotros" (Luc. 22: 19) y en seguida: *mi sangre* "derramada para la remisión de los pecados." Jesús designaba a sus discípulos su persona, su vida, que él iba a entregar como rescate para muchos (Mat. 20: 28). Como Jesús estaba presente y

vivo en medio de ellos al pronunciar estas palabras, es evidente que no podía materialmente darles su cuerpo para comer y su sangre para beber, y que así estas palabras eran pronunciadas en un sentido simbólico. Pero bajo ese símbolo había una profunda realidad. Jesús no muestra solamente a sus discípulos los símbolos sagrados de su cuerpo y de su sangre, sino que dice: *Tomad, comed*. Esto también es simbólico; es el acto de una apropiación interior y personal de toda la eficacia del sacrificio que iba a realizarse por la muerte del Salvador; de modo que el que hace este acto por una fe viva en él, entra en la comunión real del cuerpo y de la sangre de Cristo (1 Cor. 10: 16). Pero este Cristo, "entregado a causa de nuestras ofensas", también ha "resucitado a causa de nuestra justificación" (Rom. 4: 25); está vivo, glorificado, y a aquel que tiene verdadera comunión con él, él se da con toda la eficacia de su muerte y toda la realidad de su vida (Juan 6: 51-58). Hallamos, pues, en la cena del Señor como en todo el evangelio: 1º Cristo "por nosotros", su muerte expiatoria, su sacrificio representado, ofrecido al hombre pecador; 2º Cristo "en nosotros", es decir dándose, uniéndose a nosotros, convirtiéndose en el alimento, la fuerza, la vida de nuestra alma, tan realmente como el pan y el vino se convierten en el alimento, la fuerza y la vida del cuerpo. Todas las comuniones cristianas están de acuerdo sobre esta significación esencial de la cena; ellas difieren en cuanto al "cómo" de la presencia de Cristo y de su comunicación a los fieles. Pues bien, este "cómo" es un misterio cuya inteligencia no es necesaria a la edificación.

33. Hateo (según el texto verdadero) y Marcos dicen: *una* copa, una de las que se encontraban sobre la mesa; Lucas y Pablo, escriben: *la* copa, de donde se ha inferido que se trataba de una de las que circulaban

29 que por muchos es derramada para perdón de pecados³⁵. Mas os digo, desde ahora de cierto no beberé de este producto de la vid, hasta aquel día cuando lo beba nuevo con vosotros en el reino

durante la comida de la pascua. (Comp. v. 26, primera nota.)—*Dar gracias* no tiene un sentido diferente de la palabra *bendecir* o *pronunciar una bendición* (v. 26). Se trata de una oración o de un canto de adoración y de reconocimiento. Las palabras: "bebed de ella todos," son tanto más sorprendentes cuanto que en apariencia nada las hacían necesarias. Jesús no ha hecho la misma recomendación tratándose del pan. Marcos realiza esta circunstancia diciendo: "y bebieron de ella todos."—"Así ha hablado la escritura, previendo (Gál. 3: 8) lo que haría Roma." *Bengel*.

34. Estas palabras motivan (*pues*) la orden de Jesús dada a todos (v. 28).—*Esto* designa la copa o el vino contenido en ella. Ese vino es el símbolo de la sangre de Jesús que iba a ser derramada. En Mateo y Marcos, según el verdadero texto literalmente traducido, Jesús dice: *Esto es mi sangre del pacto*; el texto recibido dice: "del nuevo pacto." Esta variante está muy fuertemente documentada, en Mateo sobre todo (A, C, D, las pers.). Pero, parece provenir de la intención de dar a la palabra eucarística en los dos primeros evangelios la misma forma que en Lucas y en Pablo. Es, pues, probable que deba ser rechazada, y las palabras de Jesús son entonces exactamente conformes a la declaración de Moisés: "He aquí la sangre del pacto que el Eterno ha tratado con nosotros" (Ex. 24: 8). Sólo que Jesús, con esta palabra *mi* sangre, substituye por su propia sangre la de la víctima, que derramaba Moisés, como, por la coincidencia de la pascua y de la cena, él substituye el cordero pascual por el verdadero "cordero de Dios que quita los pecados del mundo". Jesús sella así con su sangre, es decir por su muerte, la verdadera alianza de la gracia entre Dios y el hombre, de la cual la antigua alianza no era sino figura. De ahí ha venido el término de *nuevo pacto* que

se halla en Lucas y Pablo, de donde ha pasado al texto recibido de Mateo y Marcos. (Véase sobre las otras diferencias entre Mateo y Marcos por una parte, y Lucas y Pablo por la otra, Luc. 22: 19, 20; 1 Cor. 11: 23-25, notas.)

35. Estas palabras explican cómo y por qué la sangre de Jesús se ha convertido en la sangre de la alianza: es que ella es *derramada para la remisión de los pecados*. Así, la muerte expiatoria del Salvador es la causa objetiva del perdón, y la fe en su causa subjetiva en el comulgante. De ahí quizás estas palabras *por muchos*, que limita a los creyentes la eficacia del sacrificio de la cruz, mientras que en la intención de Dios ha tenido lugar para todos. (1 Juan 2: 2). Tenemos así en estas palabras pronunciadas por el mismo Señor una declaración auténtica e irrecusable sobre la significación y el objeto de su muerte expiatoria, cuyo primer fruto es el perdón de nuestros pecados, y cuyo sello y certidumbre recibe siempre de nuevo en la cena el creyente.—Lo que llenaba el alma de Jesús en ese momento solemne en que instituía la cena, era el inmenso amor que le impelia a entregarse a la muerte por sus redimidos. También lega a su iglesia al morir las arras y el recuerdo de este amor, al decir: "Haced esto en recuerdo de mí" (1 Cor. 11: 24, 25). El sentimiento de este amor de Jesús debe dominar todo otro pensamiento en cada celebración de la cena.

36. La tristeza de la separación se expresa en estas palabras, que contienen al mismo tiempo una consoladora promesa. *En adelante* no celebrará más con ellos ni la pascua, ni la cena, por medio de ese *fruto de la vid*. Pero eleva sus pensamientos hacia el tiempo de la perfección, en que, *en el reino de su Padre*, tendrá comunión con ellos de una manera más íntima todavía. Entonces "todas las cosas habrán sido hechas

30 de mi Padre³⁰. Y habiendo cantado³⁷, salieron al monte de los Olivos³⁸.

3. Getsemaní

31-56. GETSEMANÍ.—1^o *Conversación por el camino.* Jesús declara a sus discípulos que esa misma noche será para ellos una ocasión de caída, de acuerdo a la profecía, pero que después de su resurrección irá delante de ellos a Galilea. Pedro protesta su inmovible fidelidad. Jesús le predice la triple negación de que se hará culpable antes que cante el gallo. Pedro dice estar pronto a morir, antes que negar a Jesús. Todos dicen lo mismo. (31-35.)—2^o *La agonía de Jesús.* Llegado a Getsemaní, toma Jesús consigo a Pedro y los dos hijos de Zebedeo. Les confiesa su tristeza y sus angustias, y les pide velen con él. El se adelanta un poco y, prosternándose, pide a su Padre que aleje la copa, aunque sometiéndose a su voluntad. Vuelve a los discípulos, los halla dormidos; les reprocha su insensibilidad y los exhorta a velar y orar, en vista de la debilidad de la carne. Se va por segunda vez y dice a su Padre que si no es posible que la copa pase lejos de él, sea hecha su voluntad. A su regreso a los discípulos, los halla otra vez dormidos. Se aleja por tercera vez, repitiendo la misma súplica. Después dice a sus discípulos que en adelante pueden dormir. Les advierte que su hora ha llegado, que el que le entrega se acerca. (36-46.)—3^o *El arresto de Jesús.* Hablando aún Jesús, llega Judas, seguido de una gran multitud armada. Designa a Jesús a esa multitud saludándole con un beso. Jesús le pregunta por qué está allí. En ese instante uno de los discípulos hace una tentativa de resistencia. Jesús la reprime, condenando el empleo de la violencia. Recuerda el potente socorro que su Padre está siempre pronto a concederle, pero que no reclamará, porque es necesario que las escrituras se cumplan. Luego, volviéndose a sus adversarios, observa que han ido a él como a un huido, mientras que él enseñaba todos los días en el templo; muestra en todo eso el cumplimiento de las escrituras. Los discípulos abandonan a Jesús y huyen. (47-56.)

31 Entonces Jesús les dice: Todos vosotros tropezaréis en mí en esta noche³⁹, pues escrito está: "Heriré al pastor y serán

nuevas" y las eternas realidades que nos presenta la cena, el perdón, la unión con Cristo, el amor, la vida, habrán alcanzado la perfección. Esto es lo que indica la palabra: *nuevo* que caracteriza esta promesa. Así la cena celebrada sobre la tierra, es una prenda, un goce anticipado de la que la iglesia glorificada celebrará en los cielos con su jefe divino.

37. Se cantaba, después de la celebración de la pascua, los salmos 115 a 118, que los judíos llamaban el gran *hallel* (alabanza). Este canto era una especie de recitado, tal co-

mo se oye aún en algunas sinagogas, y al que se prestan admirablemente los salmos hebreos.

38. Es decir al pie de esa montaña, en el valle del Cedrón, donde se hallaba el jardín de Getsemaní.

39. Comp. Marc. 14: 26-52; Luc. 22: 31-53.—Gr. *Todos, seréis escandalizados en mí...* ¡Todos! Esta palabra, expresamente colocada al principio de la frase, debió de hacer sobre los discípulos una profunda impresión (v. 33).—Sobre esta expresión *ser escandalizado*, véase 11: 6, nota; comp. 5: 29, nota. Según Lu-

32 dispersadas las ovejas del rebaño⁴⁰; mas después de resucitar
33 iré delante de vosotros a Galilea⁴¹. Mas respondiendo Pedro, le
34 dijo: Si todos tropezaren en ti, yo nunca tropezaré⁴². Díjole
Jesús: En verdad te digo que en esta noche, antes que cante un
35 gallo, tres veces me negarás⁴³. Dicele Pedro: Aunque me fuere
necesario morir contigo, de cierto no te negaré. Igualmente tam-
bién dijeron todos los discípulos⁴⁴.

36 Entonces va con ellos Jesús a un lugar llamado Getsemaní⁴⁵,
y dice a los discípulos: Sentaos aquí, mientras voy allí y oro⁴⁶.
37 Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo⁴⁷, em-

cas 22: 31 y sig., Juan 13: 36 y sig., esta conversación tuvo lugar aún en el aposento alto.

40. Zac. 13: 7, libremente citado y aplicado por Jesús a la muerte que él iba a sufrir, y a sus discípulos que serían *dispersados* como *ovejas* que ya no tienen pastor.

41. Después de una declaración tan propia para entristecer a los discípulos (v. 31), Jesús pronuncia otra que los habría llenado de consuelo y de valor si la hubieran comprendido. Galilea había sido el teatro principal del ministerio de Jesús, era la patria de los discípulos, donde pensaban volver después de la fiesta que habían venido a celebrar a Jerusalén y allí es donde Jesús les promete reunirlos después de su dispersión. Es como si él les hubiera dicho: "Aun antes que hayáis vuelto a Galilea, yo habré resucitado y os precederé allí." Esta promesa fué cumplida en efecto (28: 16; Juan 21; 1 Corintios 15: 6).

42. Gr. *Si todos se escandalizan en ti, yo no me escandalizaré jamás.*—El Señor acaba de decir: *Todos.* Pedro responde: *Si todos, yo jamás.* El texto recibido le hace decir: *Si aun todos.* Su pensamiento es bastante absoluto sin esa palabra no auténtica. El era sincero, lleno de coraje y de amor hacia su Maestro, al hablar así; pero no piensa en su debilidad. Cuanto más se eleva sobre sus condiscípulos, tanto más profunda será su caída.

43. Pedro dice: *jamás.* Jesús responde: *esta misma noche, con esta afirmación solemne: En verdad.* El indica aún a su discípulo el momento preciso que los antiguos llama-

ban: *el canto del gallo*, es decir la tercera vela de la noche, entre las doce y las tres, hacia el amanecer. (Comp. v. 74 y 75.)

44. Pedro lleva su certidumbre hasta creerse listo para *morir*, sin percibir que contradice formalmente a su Maestro. Desprecia su advertencia dos veces repetida, y arrastra a sus condiscípulos (*todos*) en su presunción. Jesús le deja la última palabra y se contenta con orar por él (Luc. 22: 32). Lo que el discípulo no ha querido creer, deberá aprenderlo por medio de una amarga experiencia.

45. Según los más antiguos manuscritos *Getsemanei*; este nombre corresponde muy probablemente al hebreo *Get-schemen* que significa lagar para aceite. Era un recinto situado al pie del monte de los Olivos más allá del Cedrón y del valle de Josafat, al fondo del cual corría este torrente, a muy poca distancia de Jerusalén. Mateo dice que Jesús va allá, continuando así su relato (v. 30) interrumpido por las conversaciones que han tenido lugar en el camino entre Jesús y sus discípulos.

46. El Salvador no habla aún a *todos* sus discípulos más que de su *oración*; calla sus combates, su amargo sufrimiento. "El les evita penas y tiene consideración a la debilidad de ellos." *Calvino.* Los conduce así paulatinamente, con una sabiduría llena de amor, por el camino de la cruz.

47. Jacobo y Juan. Estos tres discípulos fueron los testigos de lo que hubo de más íntimo, de más misterioso, en la vida del Salvador (17: 1; Luc. 8: 51).

38 pezó a entristecerse y a angustiarse ⁴⁸. Entonces les dice: Mi alma está muy triste, hasta la muerte ⁴⁹, quedaos aquí y velad conmigo ⁵⁰. Y yendo un poco más adelante, cayó sobre su rostro ⁵¹, orando y diciendo: ¡Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa ⁵²; empero no como yo quiero, sino como tú! ⁵³ Y va a los discípulos y los halla durmiendo ⁵⁴; y dice a Pedro: ¡Así, no habéis podido velar conmigo una sola hora! ⁵⁵. Velad y orad, para

48. Hay progresión de una a otra de esas dos palabras, la última de las cuales designa ese sufrimiento moral causado por la agitación interior, el desaliento, en una palabra, la *angustia*.

49. Ahora que Jesús está solo con sus tres discípulos más íntimos, les participa con confianza lo que pasa en él. Es en su *alma* donde sufre, su dolor es exclusivamente moral; pero su *tristeza* es tan profunda, que va *hasta la muerte*, es decir que él experimenta el dolor y la angustia del que lucha con la muerte, que está en agonía (Luc. 22: 44).

50. "En las grandes tentaciones, se desea estar solo, pero, sin embargo tener amigos a su alcance." Bengel. Jesús pide a sus discípulos *velar*, no *orar* como él, aun cuando ellos debiesen orar por sí mismos (v. 41), pero ni aun lo que les pide puede obtener de ellos (v. 40). En su último combate, el Mediador debió sufrir solo (Juan 16: 32), y eso también contribuyó a hacer su copa aun más amarga.

51. "Sobre su rostro, no solamente sobre sus rodillas; ¡humillación suprema!" Bengel.

52. A pesar de su terrible sufrimiento, Jesús conserva toda su comunión de confianza y de amor con Dios; *Padre mío* (Algunos manuscritos y varios padres omiten *mío*). Las palabras: *si es posible*, no deben entenderse sino de una posibilidad *moral*: si eso es compatible con el designio de tu misericordia para la salvación del mundo; ¡si la humanidad caída puede ser salvada sin este medio de la cruz.—La *copa*, figura muy frecuente en las escrituras (20: 22, nota), expresa aquí el inmenso sacrificio, los sufrimientos, la muerte del Salvador, con todos los temores que de ello él experimentaba en

ese momento. (Comp. v. 46, nota). Estas palabras de Jesús no solamente son una lamentación, un grito de dolor, sino una verdadera *oración*, una ardiente súplica.

53. Jesús ha orado; pero inmediatamente hace a Dios el sacrificio de toda su voluntad (Juan 6: 38, comp. 12: 27). En esto, como en toda su vida, Jesús es al mismo tiempo nuestro Salvador y nuestro modelo; porque, como es sobre todo en la *voluntad* del hombre donde reside el pecado, esta voluntad debía ser ofrecida en sacrificio a la voluntad soberana de Dios. Jesús ha hecho este sacrificio como representante de nuestra humanidad. Él es, además, nuestro modelo en todas nuestras pruebas, pues nosotros también podemos pedir a Dios que nos evite la amargura de ellas, siempre que nos conceda la gracia de renunciar a toda voluntad propia, lo que es lo esencial del sacrificio y ya una victoria.

54. Este sueño de los tres discípulos en un momento semejante, no se explica sino como el de que se habla en Lucas 9: 32. Hay un grado de alegría o de tristeza que la naturaleza humana no puede soportar sin ser abrumada por ella. Por eso Lucas (22: 45) observa expresamente que ellos estaban "dormidos de tristeza." Sin embargo, los discípulos eran responsables de este abatimiento, puesto que Jesús se lo reprochaba.—Estos verbos en presente: *va*, los *halla*, lo mismo que la palabra *y* tres veces repetida, pintan muy vivamente esta escena y la dolorosa extrañeza que Jesús siente y que él mismo va a expresar.

55. Jesús dirige con tristeza este reproche a Pedro; ¿no es él quien había hecho las mayores protestas de fidelidad?

que no entréis en tentación ⁵⁶; el espíritu, sí, está presto, mas la carne es débil ⁵⁷. Otra vez, por segunda, yendo, oró diciendo: ¡Padre mío, si ésta no puede pasar si no la bebiere, sea hecha tu voluntad! ⁵⁸. Y yendo otra vez los halló durmiendo, pues sus ojos estaban cargados ⁵⁹. Y dejándolos otra vez, yendo, oró por tercera vez, diciendo otra vez el mismo dicho ⁶⁰. Entonces va a los discípulos y les dice: ¡Dormid en adelante y descansad! ⁶¹ he aquí, se ha acercado la hora y el hijo del hombre es entregado en 46 manos de pecadores ⁶². ¡Levantáos, vamos! He aquí, se ha acercado el que me entrega ⁶³.

56. Comp. 6; 13, nota. Hay en toda gran prueba una *tentación*, un peligro moral que no puede ser alejado sino por la *vigilancia* y la *oración*.

57. Es ésta una sentencia general que Jesús aplica a la posición actual de los discípulos. El *espíritu*, o lo que Pablo llama "el hombre interior" (Rom. 7: 22), la facultad espiritual y moral, está *presto*, o, como otros traducen, *lleno de valor, de ardor*; pero la *carne*, la naturaleza inferior, sensual, del hombre, es *débil*; no tiene ningún medio de resistir a la tentación, más bien conspira con ella. (Rom. 7: 18-25.) Pedro, a quien se dirigen estas palabras, hará pronto la más triste experiencia de ello.

58. El texto recibido tiene, como en el v. 39: *lejos de mí*.—Hay, entre la primera y la segunda oración de Jesús, una diferencia notable: parece que él admite ahora que *no es posible*; la voluntad divina penetra, domina más completamente la voluntad humana; y presentimos que en el tercer combate (v. 44) la victoria será completa.

59. v. 40, nota.

60. La *misma palabra* puede ser pronunciada con un sentimiento muy diferente. Esta triple reanudación de la oración, cuyo relato completo Mateo solo nos ha conservado, muestra cuán prolongado y terrible fué el combate del Mediador. (Comp. Luc. 22: 43.) El apóstol Pablo nos describe una experiencia análoga de su vida (2 Cor. 12: 8).

61. Gr. *Dormid el resto (del tiempo) o en adelante, y descansad*. Estas palabras han sido muy diversamente interpretadas. Traducidas por el im-

perativo, pueden expresar una dolorosa ironía, o tener el sentido de un permiso, como si Jesús dijese: "Es demasiado tarde, no tengo más necesidad de vosotros, podéis dormir." Esta última interpretación está en contradicción con las palabras que siguen en este mismo versículo. Otros, traduciendo esos verbos por el indicativo, escriben: *¡Dormid aún!* Pero aun cuando en rigor se pueda adoptar el indicativo, la palabra griega que traducimos nosotros por *en adelante* no puede significar *aún*. La misma objeción se opone a la idea de los que han querido traducir esta frase por una pregunta: *¿Dormís aún?* que se aproximaría a la expresión completamente diferente empleada por Lucas (22: 46): "¿Por qué dormís?" No queda, pues, para explicar el texto de Mateo, otra solución que admitir, con los mejores intérpretes, desde Calvino hasta nuestros días, la primera significación dada a estas palabras. Se ha objetado que la ironía no estaba en armonía con los sentimientos que llenaban el alma de Jesús. Es un error. Esta forma del lenguaje puede expresar una profunda tristeza y un vivo dolor, sin ninguna amargura ni irrisión. Por otra parte, la ironía está en la situación mucho más que en las palabras. Jesús ha pedido a sus discípulos velar con él (v. 38); él les ha reprochado su inclinación al sueño (v. 40), les ha exhortado en atención a la tentación que los amenazaba (v. 41); y ¡mientras su Maestro sufre y ora, ellos duermen! Los enemigos se acercan y ¡ellos duermen!

62. *¡La hora!* la hora suprema, decisiva. (Comp. Juan 17: 1.)—El *hí-*

47 Y hablando aún él, he aquí, Judas, uno de los doce, vino, y con él una grande multitud con espadas y palos, de parte de los 48 principales sacerdotes y ancianos del pueblo⁶⁴. Y el que le en-

jo del hombre (8: 20, nota) es entregado; verbo en presente como si Jesús estuviese ya en manos de pecadores. Por estos pecadores, unos entienden los miembros del sanedrín, o, en general, los judíos que van a rechazar su Salvador; otros, los romanos, que lo matarán. ¿Por qué no aplicar esas palabras a unos y otros?

63. ¡Qué contraste entre estas vivas palabras, que señalan un peligro inminente, y el sueño de los discípulos! Ahora el Salvador, levantado de su abatimiento, se adelanta lleno de calma y de valor al encuentro de sus enemigos.—Al término de este relato, debemos preguntarnos cuáles han sido en el alma de Jesús las causas de ese sufrimiento cruel que ha padecido. Es necesario confesar que esta cuestión nos pone en presencia del misterio “sobre el cual los ángeles se inclinan, deseando ver hasta el fondo” (1 Pedro 1: 12). Se ha respondido que era el sentimiento profundo de la perversidad humana, de la ingratitud de su pueblo, del abandono de sus discípulos, en dos palabras, ese peso inmenso de iniquidades que se acumulaban sobre él. Se ha respondido, sobre todo, que era el estrechamiento de la naturaleza en presencia de los más atroces sufrimientos, de la muerte más ignominiosa. Todo eso puede ser exacto. Pero esa muerte que él había previsto y tan a menudo anunciado, para la cual sabía que había venido (Juan 12: 27), que había prefigurado en la cena, algunas horas antes, de la cual había hablado con calma tan sublime (véanse los discursos en Juan y la oración sacerdotal), ¿era esa muerte, de su parte libre y voluntaria, la causa única de sus angustias, de su desfallecimiento? ¿No nos parecería él entonces de menos valor que tantos mártires que han afrontado con heroísmo suplicios semejantes? Cierta crítica, para la cual nada hay sagrado, no ha dejado de hacerle de ello un reproche, ha encontrado también una contradicción entre la calma majestuosa de las últimas con-

versaciones de Jesús con sus discípulos y las profundas angustias de Getsemaní; y se ha armado de esta contradicción para negar la verdad histórica del cuarto evangelio. Es necesario mirar más adelante. La muerte, en el sentido que la escritura da a esta palabra, no es solamente la destrucción del cuerpo, “salario del pecado,” ella alcanza todo nuestro ser; ella se convierte, bajo el juicio de Dios, en “la muerte segunda,” la condenación. Ahora bien, Jesús, lo sabemos por su propia boca, iba a pagar con su vida el rescate de los pecadores (20: 28); iba a “derrostrar su sangre por los pecados de muchos” (v. 28; comp. Juan 1: 29; 1 Juan 2: 2; 2 Cor. 5: 21; Gál. 3: 13); en dos palabras: jefe y representante de nuestra humanidad, se ponía en el lugar del pecador, bajo el juicio de Dios. De ahí esas angustias, ese peso de sufrimiento moral bajo el cual teme sucumbir. (Comp. 27: 46.) Se trata, pues, aquí de una tentación especial, terrible, de una lucha contra la potencia de las tinieblas (Luc. 22: 53; Juan 14: 30). Jesús invoca a su Padre, del cual no ha perdido el amor ni el favor, ora (v. 36, 39, 42). ¿Qué pide con estas palabras pase esta copa de mí? ¿El no cumplir su sacrificio? Con pena se puede pensarlo; y si fuera necesario admitirlo, no sería más que un grito de dolor arrancado por la angustia e inmediatamente reprimido con esta expresión de completo abandono: “como tú quieres.” Pide ante todo con ardor la liberación de esa misma angustia, de su temor. Eso es lo que nos enseñan las palabras profundas de un autor sagrado que agrega que fué oído, y que, “aunque era Hijo, aprendió así la obediencia por las cosas que padeció; y habiendo sido consumado (hecho perfecto en la obediencia) se ha convertido en el autor de una salvación eterna para todos los que le obedecen” (Heb. 5: 7-9; comp. aquí v. 39, 2.ª nota).

64. Aquí se encuentran designadas tres clases de personas: ante todo

tregaba, les había dado señal, diciendo: El que yo besare, él 49 es; prendedle; y luego, allegándose a Jesús, dijo: ¡Salud, Rabí! y 50 le besó con afecto⁶⁵. Mas Jesús le dijo: Camarada, aquello por que estás aquí...⁶⁶. Entonces, allegándose, echaron mano a Je- 51 sús y le prendieron. Y he aquí, uno de los que estaban con Jesús⁶⁷, extendiendo la mano, sacó su espada e hiriendo al siervo del sumo 52 sacerdote, cortó su oreja. Entonces Jesús le dice: Vuelve tu espada a su lugar, pues todos los que tomaren espada a espada 53 perecerán⁶⁸. ¿O piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me proveería ahora mismo más de doce legiones de ángeles?⁶⁹. 54 ¿Cómo, pues, serían cumplidas las escrituras, que así es nece-

Judas, uno de los doce; luego lo que Mateo llama una multitud armada de espadas y palos, y que se componía, como Juan nos lo hace saber (18: 3, nota), de una “cohorta,” por lo que debe entenderse un destacamento de la guarnición romana, y no la guardia judía del templo; y en fin “oficiales,” acompañados por servidores de los sacerdotes y de los ancianos, miembros del sanedrín e instigadores de este arresto.—Es necesario completar la escena que sigue por medio de los otros evangelios.

65. Era ésta, entre los judíos, una manera de saludar con intimidad. Hay aun aquí un verbo compuesto que significa besar con afecto. M. Rilliet traduce: “le dió un tierno beso.” Este beso de Judas, que es proverbial, como el acto de la más negra hipocresía, debía ante todo designar la víctima a sus perseguidores, pero probablemente Judas pensaba también poder ocultar su traición al mismo Jesús, haciéndole creer que su llegada era fortuita.

66. Esta pregunta, más directa en Lucas (22: 48), debía hacer volver en sí a Judas, mostrándole que su plan estaba descubierto. La palabra original generalmente vertida por amigo no expresa un sentimiento de afecto, sino que significa más bien compañero, camarada, como 20: 13; 22: 12.

NOTA DEL TRADUCTOR.—La traducción que ponemos en el texto es a nuestro juicio, más exacta que la del autor. La frase queda inconclusa. Jesús quiere decir: Aquello porque has venido, hazlo; cumple tu designio. Compárese Juan 13: 27: Lo que haces hazlo más pronto. No

se trata, entonces, de una pregunta en este evangelio, para beneficio de Judas, sino de una amarga reflexión.

67. Era Pedro, cuyo nombre callan por prudencia los tres primeros evangelios, porque vivía aún este apóstol. Juan (18: 10) lo nombra, porque, habiendo muerto Pedro, no había peligro alguno en hacerlo.

68. Por medio de estas palabras condena el Señor de la manera más expresa y severa toda violencia y toda persecución en favor de su causa. Su reino, enteramente espiritual, no puede extenderse con armas carnales (2 Cor. 10: 3, 4). ¡Cuánta sangre, cuántos sufrimientos y escándalos habrían sido evitados a la iglesia y al mundo, si estas palabras hubieran sido comprendidas y puestas en práctica!—Es abusar de la escritura el hacer de esta declaración un argumento en favor de la pena de muerte. Mucho mejor podría verse en ellas una condenación de la guerra, de toda guerra injusta; pero probablemente Jesús sólo pensó aquí en los medios de extender su reino.

69. Doce legiones de ángeles, en lugar de esos doce pobres discípulos uno de los cuales cree deber defender a su Maestro con la espada. Estas palabras nos muestran cuál era la confianza absoluta del Salvador en su Padre y cuán voluntaria era su muerte. Sin., B, la Vulgata, las vers. egip. colocan las palabras ahora mismo después de me proveerá. La mayor parte de los críticos y de los traductores adoptan esta lección.

55 sario acontezca? ⁷⁰. En aquella hora dijo Jesús a las multitudes: ¿Como a un ladrón habéis salido con espadas y palos para prenderme? Cada día me sentaba en el templo enseñando, y no me
56 prendisteis ⁷¹. Mas todo esto ha acontecido para que fueran cumplidas las escrituras de los profetas. Entonces los discípulos todos, dejándole, huyeron ⁷².

4. Jesús ante el sanedrín.

A. 26: 57 a 27: 2. JESÚS CONDENADO POR EL SANEDRÍN Y NEGADO POR PEDRO.
19 *Primera parte de la sesión, durante la noche.*—a) *Los falsos testigos.* Jesús es conducido a casa de Caifás; Pedro sigue desde lejos; los miembros del sanedrín, reunidos en la casa del sumo sacerdote, buscan falsos testimonios suficientes para hacerle condenar a muerte. Con mucho trabajo hallan dos testigos que le acusan de haber dicho que podría destruir el templo de Dios y reedificarlo en tres días. (57-61.)—b) *El sumo sacerdote interroga a Jesús.* Habiendo hasta entonces guardado Jesús silencio, el sumo sacerdote le intima que responda. Y como Jesús insiste en callar, le conjura solemnemente que diga si es él el Cristo, el Hijo de Dios. Jesús responde afirmativamente y declara a sus adversarios que en adelante le verán sentado a la diestra del Padre y viniendo sobre las nubes. (62-64.)—c) *La sentencia.* En un arranque de profunda indignación, el sumo sacerdote toma por testigos de la blasfemia a todos los asistentes. Estos responden que Jesús merece la muerte y empiezan a darle malos tratamientos. (65-68.)—29 *La negación de Pedro.*—a) *Primera negación.* Estando Pedro sentado en el patio, una sirvienta le acusa de ser del séquito del Galileo. Él lo niega. (69, 70.)—b) *Segunda negación.* Como Pedro iba a salir, otra sirvienta expresa la misma opinión. Él lo niega nuevamente con juramento. (71, 72.)—c) *Tercera negación.* Uno de los asistentes declara reconocerlo por su lenguaje. Pedro niega con imprecaciones. Al instante canta el gallo; Pedro recuerda y, saliendo, llora amargamente. (73-75.)—39 *Segunda parte de la sesión, por la mañana.* Llegada la mañana, el sanedrín delibera sobre los medios de matar a Jesús: algunos miembros de la asamblea le llevan atado a Pilato. (27: 1, 2.)

57 Mas los que habían prendido a Jesús, le llevaron a Caifás, el sumo sacerdote, donde los escribas y los ancianos se congregaron ⁷³. Y Pedro le seguía de lejos, hasta el palacio del sumo

70. Porque, según las escrituras, el Mesías no puede salvar al mundo y llegar a la gloria sino por el camino del padecimiento (Sal. 22; Isa. 53; comp. Luc. 24: 26, 46).

71. Versículo 53, nota. Jesús reprocha a la multitud (v. 47, nota) y a sus jefes el tratamiento indigno que le infligían arrestándolo como un malhechor; pero le declara al mismo tiempo que sus enemigos han sido impotentes para hacerle mal alguno antes que hubiese llegado el tiempo

de la voluntad de Dios, revelado en las escrituras (v. 56).

72. Todos lo abandonan, bien que todos habían prometido serle fieles (v. 35). Cumplimiento de la predicción que Jesús acababa de hacer (v. 31).

73. Comp. Marc. 14: 53 a 15: 1; Luc. 22: 54 a 23: 1.—Véase v. 3, nota; 47, nota. Este consejo se reunió a medianoche, con toda precipitación, en cuanto se supo el arresto de Jesús.—Según el relato de Juan (18:

sacerdote; y entrando dentro, estaba sentado con los alguaciles, para ver el fin ⁷⁴. Y los principales sacerdotes y el sanedrín entero buscaban falso testimonio contra Jesús, para hacerle morir; 60 y no lo hallaron, aunque muchos falsos testigos se allegaron ⁷⁵. 61 Mas por último allegándose dos dijeron: Este dijo: Puedo demostrar el santuario de Dios y edificarlo en tres días ⁷⁶. Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué testifican éstos contra ti? Mas Jesús callaba ⁷⁷. Y el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el 64 Cristo, el Hijo de Dios ⁷⁸. Dícele Jesús: Tú lo has dicho ⁷⁹;

13), Jesús fué conducido primero ante Anás, suegro de Caifás. Véase la nota sobre ese pasaje. Los sinópticos guardan silencio al respecto. (Luc. 22: 54, nota.)

74. El fin, es decir lo que sucedería a su Maestro. Su amor a él le atrae, el temor del peligro le aleja; lo seguía, pero de lejos. Ya ha empezado el combate en su alma.

75. El texto recibido repite por segunda vez al fin de este versículo las palabras: *no lo hallaron*, que no son auténticas. Lo mismo sucede con las palabras: *y los ancianos* que introduce después de los *principales sacerdotes* (v. 59). Aunque se hubiesen presentado muchos falsos testigos, ninguno de ellos profería una acusación bastante grave para condenar a Jesús a muerte. (Comp. Marc. 14: 59.) El sanedrín hipócritamente quería conservar la apariencia de la justicia.

76. Estas palabras de Jesús podían parecer a los judíos un sacrilegio, un ataque contra el templo de Dios; pero eran mal comprendidas y falseadas al mismo tiempo. El no había dicho, en efecto, *yo puedo destruir*, sino *destruid* (Juan 2: 19, nota; comp. Marc. 14: 58).

77. Se puede reunir en una las dos proposiciones interrogativas: “¿No respondes nada a lo que éstos declaran contra ti?” (Tischendorf, B. Weiss.) La puntuación que hemos adoptado es preferida por Tregelles, Westcott y Hort, Meyer. Este último halla con razón que ella responde mejor a la pasión con la que el sumo sacerdote interroga a Jesús.—Jesús se calla por un sentimiento de dignidad y por la convicción de que toda

defensa sería inútil en presencia de un tribunal semejante. Hay, pues, en este silencio una severa acusación contra los acusadores.

78. Sin., B, algunas *mayúsc.* y versiones omiten: *tomando la palabra.*—Con estos términos solemnes: *Te conjuro*, y eso por el Dios viviente que debe castigar la mentira (Heb. 10: 31), el sumo sacerdote imponía a Jesús una especie de juramento: ¿Cuál es la pregunta precisa que le hace? No solamente: ¿Eres tú el Cristo, el Mesías, pues no es probable que tal pretensión hubiese parecido digna de muerte; sino: eres tú el Hijo de Dios? En vano quieren algunos intérpretes hacernos considerar esos dos términos como sinónimos. Para comprender toda la importancia que el sumo sacerdote atribuía a este último título, es necesario recordar los términos en los cuales los judíos habían precedentemente entablado contra Jesucristo la misma acusación: “decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios” (Juan 5: 18); “no te apedreamos por ninguna buena obra, sino por una blasfemia y porque, siendo solamente un hombre, te haces Dios” (Juan 10: 33). La pregunta de Caifás es destinada a arrancar a Jesús una declaración semejante, que permitirá acusarlo de blasfemia (v. 65), crimen que la ley de Moisés castigaba con la muerte. Por eso la respuesta de Jesús no tiene toda su significación sino cuando se ve en ella una afirmación de su divinidad.

79. Tú lo has dicho. Hebraísmo que significa: Sí, como tú lo has dicho. O, según el relato de Marcos (14: 62): Yo soy. ¡Momento único en la vida de Jesús, éste en que proclama

además, os digo, desde ahora veréis al hijo del hombre sentado a la diestra de la Potencia y viniendo sobre las nubes del cielo ⁸⁰.
 65 Entonces el sumo sacerdote desgarró sus vestidos ⁸¹, diciendo: ¡Blasfemado ha! ¿qué necesidad tenemos aún de testigos? he
 66 aquí, ahora habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece? ⁸². Y ellos,
 67 respondiendo, dijeron: ¡Reo es de muerte! ⁸³. Entonces escupieron en su rostro, y le dieron de puñadas, y otros le abofetearon
 68 diciendo: Profetizanos, Cristo, quién es el que te ha herido ⁸⁴.

su Mesiazgo y su dignidad ante los representantes de la teocracia!

80. Jesús emplea intencionalmente el lenguaje y las figuras de la escritura que sus oyentes conocían bien. Así, *el hijo del hombre; viniendo sobre las nubes del cielo*, son términos mesiánicos, tomados de Dan. 7: 13, y que anuncian su regreso en la gloria para ejercer el juicio del mundo (Mat. 24: 30). Así también *estar sentado a la diestra de la Potencia* (de Dios), es, de conformidad a la profecía (Sal. 110: 1), participar del poder y de la gloria divinos, lo mismo que del gobierno del universo. (Marc. 16: 19; Act. 2: 33; 5: 31; Rom. 8: 34.) Este *hijo del hombre* va a pasar de su profunda humillación al mayor grado de la gloria. ¡Este acusado que va a ser condenado a muerte, cita antes a sus jueces a su propio tribunal!—Algunos intérpretes, forzando las palabras *en adelante o desde ahora*, que se aplican al verbo *veréis*, piensan que las palabras *viniendo sobre las nubes del cielo* no pueden designar el regreso final de Cristo, sino el ejercicio de su poder espiritual en su idea seguramente no es contraria al texto; pero sería forzar mucho los términos el querer excluir la segunda venida del Salvador. El viene sin cesar a través de los siglos, pero con eso no hace sino preparar ese regreso supremo por el cual elevará su reino a la perfección. Las palabras del Salvador que acabamos de citar (24: 30) no dejan por lo demás duda alguna sobre el sentido de nuestro pasaje.

81. *Desgarrar sus vestidos* era entre los judíos una señal de tristeza profunda o de viva indignación (2 Reyes 18: 37; 19: 1). Es evidente que, en Caifás, esos sentimientos eran hipócritamente simulados o al

menos dominados por el odio (Juan 11: 49 y sig.).

82. Caifás afirma que Jesús, declarándose el Mesías, el Hijo de Dios, y pretendiendo tener parte en la potencia divina (v. 64), se atribuye una gloria que no pertenece sino a Dios, y pronuncia una *blasfemia*. (Comp. Juan 10: 33.) Las palabras: *¿Qué os parece?* era la pregunta solemne hecha por el presidente a todo el consejo, para que éste hiciese conocer su voto. Este voto, según Lev. 24: 16, no podía ser sino una condenación a muerte. Y es lo que tuvo lugar (v. 66). De donde es necesario inferir que si Jesús no hubiera sido lo que declaraba ser, la sentencia pronunciada contra él conforme a la ley de Moisés sería perfectamente justa. ¿Han reflexionado en esta consecuencia de su negación, los que niegan la divinidad de Jesucristo?

83. Así, la única causa de la condenación de Jesús ante el consejo de su nación, fué la declaración solemne de su divinidad.—El Santo y el Justo *es reo de muerte*. ¡Oh justicia humana!

84. ¿Quiénes son los que infligen a Jesús esos tratamientos horribles? Según nuestro evangelio, y sobre todo según Marcos (14: 65), no se puede dudar que sean algunos de los miembros del sanedrín quienes lo injurian, al menos en palabras. (Véase Marc. 14: 65, nota.) Si parece poco probable que jueces puedan descender a esa conducta indigna con un condenado, todo se explica por el odio que llenaba sus corazones.—Esta burla impía: *Profetiza*, no significa solamente: *Adivina* quién te ha herido, como tienen algunas versiones; sino: Muestra que tú eres un *profeta*, el Cristo (Mesías), nombrando al que te ha herido.

69 Y Pedro estaba sentado fuera, en el patio ⁸⁵; y se allegó a él una
 70 sirvienta, diciendo: Tú también estabas con Jesús el galileo. Mas
 71 él negó delante de todos, diciendo: No sé lo que dices ⁸⁶. Y saliendo
 72 al pórtico ⁸⁷, otra le vió, y dijo a los que allí estaban: Éste
 73 estaba con Jesús el nazareno ⁸⁸. Y otra vez negó con juramento:
 74 ¡No conozco al hombre! ⁸⁹. Y poco después, allegándose los que
 allí estaban dijeron a Pedro: Verdaderamente tú también eres
 74 de ellos, porque tu lenguaje te hace manifiesto ⁹⁰. Entonces empezó a imprecicar y jurar: ¡No conozco al hombre! ⁹¹. Y luego un
 75 gallo cantó ⁹². Y se acordó Pedro de las palabras que Jesús había dicho: Antes que cante un gallo, tres veces me negarás ⁹³. Y saliendo fuera, lloró amargamente ⁹⁴.

85. *Fuera, en el patio*, considerado aquí desde el punto de vista de los que estaban en el palacio. (Comp. v. 58.)

86. Gr. "él le *negó*, o *renegó*, delante de todos," o, según una variante, "en presencia de todos ellos," es decir de los alguaciles y servidores que se hallaban allí (v. 58). Había, en efecto, en estas palabras: *No sé lo que dices*, no solamente una *negación* del hecho, sino un primer *reniego* de Jesús. Pedro fué sorprendido por la brusca afirmación de esta sirvienta; él no velaba (v. 41); y precisamente porque estaba rodeado de muchos testigos, el temor se unió a la irreflexión en esta primera negación, que quiso luego mantener. Allí está la verdadera causa de su caída.

87. *Al pórtico* o portal que daba acceso del patio interior (v. 69) al patio exterior. (Comp. Marc. 14: 68.)

88. La primera sirvienta da a Jesús el epíteto de *Galileo* (v. 69), ésta de *Nazareno*. Por uno u otro de estos nombres lo designaba el pueblo, con cierto menosprecio.—El texto recibido hace decir a la segunda sirvienta como a la primera: *Este también*; esta última palabra no es auténtica.

89. *¡Ese hombre!* ¡Qué cruel desprecio en esta manera de designar a su Maestro! ¡Qué abismo entre estas palabras y las del cap. 16: 16! Y pronuncia estas palabras con juramento. Es necesario notar la progresión de una negación a la otra.

90. *Tu lenguaje*, es decir el acento galileo, bastante diferente del de los judíos de Judea. Este acento había

sido reconocido en las palabras que Pedro acababa de pronunciar.

91. Aquí también hay progresión: no sólo *jura* nuevamente que no conoce a ese hombre, sino que a ese juramento añade *imprecaciones* contra sí mismo para el caso en que no dijera la verdad. Así hubo, en la negación de Pedro: 1.º cobarde infidelidad hacia su Maestro, y eso en el momento en que éste corría el mayor peligro y sufría las humillaciones más profundas; 2.º mentira tres veces repetida; 3.º falsos juramentos; 4.º imprecaciones contra sí mismo. Habría perecido en este abismo si no fuese por la gracia de su Dios.

92. El canto del gallo habría sonado por segunda vez en ese momento, según el relato de Marcos (14, 68 y 72). Los cuatro relatos de la negación de Pedro presentan algunas diferencias de detalle concernientes sobre todo a las personas que denunciaban a Pedro como discípulo de Jesús (Luc. 22: 58, nota). Pero concuerdan en referir tres negaciones del apóstol.

93. V. 34. Pedro *se acordó* de esas palabras, no solamente a causa del canto del gallo, sino principalmente porque en ese momento le dirigió el Salvador una mirada de compasión y de reproche que atravesó su conciencia y su corazón (Luc. 22: 61). Despertó en el fondo de un abismo.

94. Así empieza la rehabilitación del discípulo caído. La sangre que iba a fluir sobre la cruz era necesaria para lavar su pecado. Pero para llevarle a la cruz, eran necesarias sus *lágrimas amargas*. La orgullosa pre-

XXVII. Y, llegada la mañana, tomaron consejo todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo contra Jesús para 2 hacerle morir¹; y atándole le llevaron y le entregaron a Pilato, el gobernador².

B. 3-10. EL FIN DE JUDAS.—1º Judas devuelve el dinero y se mata. Viendo el resultado del proceso de Jesús, Judas, lleno de remordimiento, devuelve la plata a los sacerdotes, confesando su crimen. Rechazado por ellos, arroja la plata al templo y se estrangula. (8-5).—2º El campo adquirido con el precio de la sangre. Los sacerdotes juzgan que no es conveniente poner la plata en el tesoro. La emplean para comprar el campo del alfarero para hacer el cementerio de los extranjeros. Esto fué el cumplimiento de una profecía. (6-10.)

3 Entonces viendo Judas, que le había entregado, que había sido condenado, arrepentido³ volvió las treinta piezas de plata 4 a los principales sacerdotes y ancianos, diciendo: He pecado entregando sangre inocente⁴. Mas ellos dijeron: ¿A nosotros qué?

succión que causó su caída fué quebrantada para siempre. Pedro continúa siendo el tipo del arrepentimiento verdadero, como Judas del falso. (Comp. Marc. 14: 72, nota.)

1. Ya habían pronunciado la sentencia de muerte (26: 66); pero, cuando la mañana hubo llegado y Jesús hubo sido alejado, deliberaron nuevamente en consejo, en la segunda parte de la misma sesión, sobre los medios de ejecutar la sentencia. (Véase Luc. 22: 66, nota.) Era necesario para eso obtener la autorización del gobernador romano, porque desde que la Judea había sido hecha provincia romana, el derecho de vida y muerte había sido quitado al sanedrín. (Comp. Juan 18: 31.) El pueblo de la alianza debió así entregar su Mesías en las manos de los gentiles, lo que agravó su culpabilidad. Resultó de eso también que Jesús sufrió el suplicio romano de la cruz, en lugar de la lapidación, pena de muerte usada entre los judíos.

2. Pilato, (Sin., B no tienen aquí el sobrenombre de Poncio que el texto recibido agrega a Pilato) gobernaba Judea y Samaria con el título de gobernador, que se encuentra en Josefo (Ant. XVIII, 3, 1.) Fué el quinto procurador de Judea y sucedió a Valerio Graco en 26 después de Jesucristo. Después de diez años fué llamado a Roma para dar cuenta de su administración, y desterrado a

Viena, en las Galias. Los procuradores residían en Cesarea, capital política del país (Actos 23: 32 y sig.; 25: 1 y sig.); pero Pilato había ido a Jerusalén probablemente para vigilar esa ciudad durante la fiesta de pascua, en que siempre se podía temer algún tumulto a causa de las inmensas multitudes que afluían a ella (26: 5).

3. Entonces vió que Jesús había sido condenado, por el hecho de que era entregado a Pilato. Judas no esperaba esta condenación. Conociendo la inocencia de Jesús, pensaba, sin duda, que sus adversarios se limitarían a infligirle alguna pena ligera, o que él mismo haría uso de su poder para aniquilar sus proyectos (26: 15, nota). Pero no debe concluirse de esta palabra: *arrepentido*, que un cambio salutar se realizó en su corazón. En efecto, el verbo empleado aquí no es el que designa un arrepentimiento para salvación, un santo dolor de haber ofendido a Dios, siempre seguido de la regeneración del corazón (3: 2, nota); expresa solamente un pesar lleno de angustias a la vista de las consecuencias temibles de una acción. Para comprender la diferencia, basta comparar el arrepentimiento de Judas al de Pedro.

4. Entregar un inocente, es ya un crimen horrible; pero entregar su sangre, es decir entregarlo a una muerte violenta, es un crimen cuya

5 Veráslo tú⁵. Y arrojando las piezas de plata al santuario⁶, se re- 6 tiró, y yéndose, se ahorcó⁷. Y los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas al tesoro sa- 7 grado, por cuanto es precio de sangre⁸. Y tomando consejo, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de extran- 8 jeros⁹, por lo cual fué llamado aquel campo Campo de Sangre, 9 hasta hoy¹⁰. Entonces fué cumplido lo declarado por medio de Jeremías¹¹ el profeta diciendo: "Y tomaron las treinta piezas de plata, el precio del avaluado, al que avaluaron algunos hijos

enormidad solamente ahora ve Judas.

5. ¿Qué nos importa? o: ¿Qué tenemos que ver con eso? Es asunto tuyo. No hay quizás en los anales del crimen palabra que delate un endurecimiento tan completo. ¡Y son sacerdotes los que la pronuncian!

6. El término empleado aquí es el que designa ordinariamente interior del templo o el santuario; pero como es poco probable que fuese allí donde los sacerdotes y los ancianos estaban reunidos (v. 3), ni que Judas hubiese osado entrar allí, puede entenderse por esta palabra alguna dependencia del lugar sagrado donde los jefes del pueblo celebraban su sesión. Se ve también por este hecho que no todos los sacerdotes habían ido a conducir a Jesús ante Pilato (v. 3). La mayor parte habían quedado cerca del templo, para evitar que se hiciese algún tumulto.

7. Comp. Act. 1: 18, nota. Pedro agrega a esta trágica escena algunos detalles aun más horribles.

8. Para designar con precisión el tesoro sagrado, el evangelista ha conservado la palabra hebrea *corbán*, que significa probablemente ofrenda, y por extensión el tesoro colocado en el templo de Jerusalén y que contenía los dones o las contribuciones de los fieles para el culto divino. Los sacerdotes piensan que no es lícito poner ahí las treinta piezas de plata que eran precio de sangre. (Comp. Deut. 23: 18.) ¡Qué contradicción en este escrúpulo! Respetan el templo, en el momento de matar al Señor; siempre la hipocresía cuela el mosquito y traga el camello.

9. Estas palabras: *el campo del alfarero* (con artículos) demuestran que ese campo era muy conocido en el tiempo en que Mateo escribía.—

Esos extranjeros a quienes se preparó así una sepultura, eran judíos o prosélitos que morían en Jerusalén durante las estancias que allí hacían, sobre todo en la época de las grandes fiestas.

10. Estas palabras hasta hoy pueden aplicarse, no solamente al tiempo en que escribía el evangelista, sino a nuestro propio tiempo. En efecto, se muestra aún a los viajeros, sobre la pendiente del valle de Hinnom, muy cerca de Jerusalén, un lugar en que se hallan muchos sepulcros, y que el pueblo llama *Hakeldama*, el campo de la sangre, o *Hakelforar*, el campo del alfarero. (F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7.ª edic., p. 235.) Así los mismos enemigos del Salvador levantaron un monumento perpetuo de su crimen, de la traición de Judas (v 4) y de la inocencia de Jesús. Según Actos 1: 19, este campo tomaba su nombre del suicidio de Judas, del cual habría sido teatro.

11. La citación que sigue no se encuentra en Jeremías, sino en Zacarías 11, 12, 13. Algunas minúsculas han corregido este error poniendo el nombre de Zacarías; otras dicen simplemente: el profeta; pero el nombre de Jeremías es indudablemente auténtico. Para allanar la dificultad, se ha recurrido a diversas hipótesis sin valor. Es necesario reconocer una inadvertencia, a la cual un pasaje de Jeremías (18: 2) podía dar lugar fácilmente. "Yo confieso que no sé cómo se encuentra aquí el nombre de Jeremías, y no me preocupó mucho por ello. Ciertamente, la cosa por sí misma muestra que se ha equivocado poniendo el nombre de Jeremías por Zacarías; porque en Jeremías no se encuentra ese pasaje ni cosa que se le parezca." Calvino.

10 de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, según me ordenó el Señor”¹².

5. Jesús ante Pilato.

11-31. COMPARICIÓN DE JESÚS ANTE EL GOBERNADOR ROMANO.—1.º *Interrogatorio de Jesús.* Ante una pregunta de Pilato, Jesús afirma que él es el rey de los judíos. Pero nada responde a las acusaciones de sus enemigos y guarda silencio aun cuando el gobernador le invita a hablar. Éste queda muy asombrado. (11-14.)—2.º *¿Jesús o Barrabás?* Pilato tenía la costumbre de soltar a los judíos un prisionero en cada fiesta. Les ofrece la elección entre Jesús y Barrabás, bandido famoso. La mujer de Pilato, atormentada por un sueño, le hace decir que nada tenga que hacer con ese justo. La muchedumbre, excitada por los sacerdotes, pide a Barrabás. ¿Y qué haré de Jesús? dice Pilato. La muchedumbre grita: ¡Sea crucificado! Pero ¿qué mal ha hecho? replica Pilato. La muchedumbre responde con el mismo grito, más fuerte. (15-23.)—3.º *Jesús entregado por Pilato.* Pilato, viendo que nada adelanta, se lava las manos en presencia de la multitud y se declara inocente de la sangre que va a ser derramada. Todo el pueblo responde: ¡Sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Pilato suelta a Barrabás y entrega a Jesús para ser crucificado. (24-26.) 4.º *Jesús expuesto a los ultrajes de los soldados.* Los soldados visten a Jesús con irrisorias insignias reales, y le abruman con burlas y malos tratamientos. Luego le llevan para crucificarle. (27-31.)

11 Y compareció Jesús delante del gobernador, y le preguntó el gobernador, diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos?³. Y Jesús

12. Zac. 11: 12, 13, muy libremente traducido y aplicado. El profeta, que apacentaba sus ovejas, es decir su pueblo, en el nombre del Eterno, está a punto de abandonarlas a causa de sus rebeliones. Entonces agrega: “Y les dije: Si os parece bien, dadme mi salario, si no dejadlo. Y ellos me pesaron mi salario, treinta piezas de plata. Y el Eterno me dijo: Echalo al alfarero, ese precio magnífico (ironía) en que he sido valuado por ellos. Y tomé las treinta piezas de plata y las arrojé en la casa del Eterno al alfarero.” Treinta piezas de plata era el precio pagado por el más mísero esclavo; de ahí ese desprecio de una valuación semejante que el Eterno considera como aplicada a él mismo porque el profeta obraba en su nombre. En efecto, arrojar esa plata al alfarero por su trabajo de poco valor, era mostrar cuán poco digno del profeta era ese salario. En fin, estas palabras “en la casa del Eterno” suponen que el alfarero trabajaba para repararla o hacer allí utensilios destinados al servicio de

los sacerdotes. Es necesario observar también que esta palabra *alfarero* es la única que vierte el término original según su raíz, y que sólo por pura imaginación filológica tomada de los rabinos, muchos comentaristas modernos pretenden traducirlo por la palabra *tesoro*.—He aquí ahora lo que el evangelista saca de ese pasaje: hace de él una aplicación simbólica al Salvador, quien ha sido *valuado* en treinta piezas de plata *de parte de los hijos de Israel*, es decir de los sacerdotes. Ellos mismos *tomaron*, o volvieron a tomar, ese valor, y lo dieron *por el campo del alfarero*. En fin, las últimas palabras, *como el Señor me había ordenado*, deben, en la intención de Mateo, verter las del profeta *y el Eterno me dijo*. Se siente, a cada palabra de esta cita, la indignación contenida del evangelista, mejor fundada aún que el desprecio del profeta por las treinta piezas de plata en que se había valuado su trabajo.

13. Esta pregunta sorprende a primera vista, puesto que Jesús había

12 dijo: Tú lo dices¹⁴. Y siendo acusado por los principales sacerdotes y ancianos, nada respondió. Entonces le dice Pilato: ¿No 14 oyes cuánto testifican contra ti? Y no le respondió ni aun a una sola palabra¹⁵, al punto de admirarse el gobernador en gran manera¹⁶.

15 Y en cada fiesta acostumbraba el gobernador soltar a la 16 multitud un prisionero, el que querían¹⁷. Y tenían entonces un 17 prisionero famoso, llamado Barrabás. Congregados, pues, ellos, dijoles Pilato: ¿Cuál queréis que os suelte: Barrabás o Jesús, que 18 es llamado Cristo?¹⁸ pues sabía que por envidia le habían en- 19 tregado¹⁹. Y estando él sentado en el tribunal, envió a él su 20 mujer diciendo: Nada tengas con ese justo, pues mucho he pa-

sido condenado por el sanedrín bajo una acusación completamente distinta, y, hasta aquí, no se había tratado de su dignidad real. Es que ese consejo inicuo, conociendo muy bien que el gobernador pagano no recibiría un agravio religioso (el de blasfemia), había resuelto invocar otro que tuviese un carácter político, y que pudiese inspirar temores a Pilato. Lucas (23: 2) indica los términos que formularon esta acusación ante Pilato.

14. Es decir “Sí, yo lo soy.” Como confesó valientemente su divinidad delante de Caifás (26: 64), confiesa con no menor franqueza su dignidad real ante Pilato. Pero mientras en los sinópticos se proclama rey sin ninguna explicación, se ve por el relato de Juan (18: 33-37) que tuvo con el gobernador, sobre la naturaleza de esa dignidad real, una conversación bastante larga y muy clara.

15. Gr. *ni aun a una sola palabra*, es decir a ninguna de las acusaciones proferidas por los miembros del sanedrín. El Salvador respondió a Pilato en particular, pero se callaba en presencia de los principales sacerdotes que no escuchaban sino a su ciego odio y se habían hecho incapaces e indignos de oír la verdad (26: 63; comp. Isa. 53: 7).

16. Pilato comprende la inocencia de Jesús, pero se *admira* de esa majestad con la que él sufre en silencio en el momento en que se trata de su vida o de su muerte.

17. Esta *costumbre* cuyo origen es desconocido, porque no es mencionada ni en el Antiguo Testamento ni

en el Talmud, probablemente no había sido establecida por los romanos, pues, según Juan (18: 39), Pilato dijo a los judíos: *Vosotros tenéis una costumbre.* Había quizás una relación entre esta costumbre y la fiesta de pascua: ora hiciese alusión al nombre de esa fiesta (que expresa la idea de hacer gracia, de perdonar), ora fuese un memorial de la gran liberación nacional. Por eso era la costumbre de soltar el prisionero en cada fiesta, sobrentendido de pascuas.

18. Barrabás era *famoso* por sus crímenes, y precisamente por eso Pilato lo propone a los judíos en cambio de Jesús, esperando en sus falsos cálculos que jamás osarían preferir semejante malhechor. Pero, como lo observa Lutero, “habrían preferido al mismo diablo.”—Este Barrabás (en hebreo *hijo del padre*, o quizás *hijo del rabí*) es por lo demás enteramente desconocido. Algunas *minúsculas*, la siriaca de Jerusalén y la vers. armenia agregan *Jesús* delante de Barrabás. En este caso, la pregunta de Pilato habría presentado este singular contraste: *¿Cuál queréis que os suelte: Jesús Barrabás, o Jesús llamado el Cristo?* Pero esa variante no es suficientemente autorizada.

19. Esta observación del evangelista motiva (*pues*) la tentativa de Pilato de libertar a Jesús ofreciéndolo al pueblo en lugar de Barrabás. Podía ver en toda la conducta de los principales, que obedecían a la *envidia*, a los celos que les inspiraba la influencia de Jesús.

20. Mateo solo nos ha conservado este episodio. Pilato se había *senta-*

cerdotes y los ancianos persuadieron a las multitudes que pidie-
 21 ran a Barrabás y a Jesús mataran²¹. Y tomando el gobernador
 la palabra, les dijo: ¿Cuál de los dos queréis que os suelte? Y
 22 ellos dijeron: A Barrabás²². Díceles Pilato: ¿Qué haré, pues,
 de Jesús, que es llamado Cristo?²³. Dicen todos: ¡Sea crucifica-
 23 do! Y él dijo: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos clamaban
 24 muchísimo, diciendo: ¡Sea crucificado!²⁴. Viendo, pues, Pilato
 que nada adelanta, sino que más bien un alboroto se produce,
 tomando agua se lavó las manos delante de la multitud, diciendo:
 25 Inocente soy de esta sangre; veréislo vosotros²⁵. Y respondiendo
 todo el pueblo, dijo: ¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nues-
 26 tros hijos!²⁶. Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús, habiéndole
 azotado, le entregó para que fuera crucificado²⁷.

do solemnemente en el tribunal, esperando la respuesta a su pregunta (v. 17) y se disponía a pronunciar su sentencia, cuando su mujer le hizo llegar este mensaje. La tradición ha hecho de ella una amiga del pueblo judío, o aun ha supuesto que secretamente simpatizaba con Jesús. Habría llevado el nombre de Procla o Claudia Procula. La iglesia griega ha llegado a colocarla en la categoría de los santos. Nada de todo eso hay en el relato. Pero su lenguaje (*ese justo*) prueba por lo menos que ella estaba, como su marido, convencida de la inocencia del Salvador. Es posible que haya sido informada del arresto de Jesús por los emisarios del sanedrín, y que el temor de ver a su marido complicado en ese proceso inicuo haya provocado en ella, durante la mañana, un sueño lleno de angustia. Se puede muy bien ver en esta circunstancia una última advertencia providencial dirigida a Pilato. Tal es la opinión de varios padres de la iglesia, mientras que otros atribuyen ese sueño al diablo, que quería impedir la muerte de Jesús y la salud del mundo!

21. Hicieron eso mientras Pilato estaba ocupado con el mensaje que le envió su mujer.

22. Pilato vuelve a su pregunta (v. 17), a la cual responde el pueblo conforme a la insinuación de sus jefes, prefiriendo así un malhechor a Aquel cuya inocencia a lo menos todos reconocían. El apóstol Pedro, dolorosamente conmovido de esa iniquidad y de esa nueva humillación de su Maes-

tro, hizo de ella pronto, después, un reproche severo a todo el pueblo judío. (Act. 3: 14).

23. Esta nueva pregunta de Pilato, lo mismo que la siguiente (v. 23), era otra tentativa de salvar a Jesús porque podía esperar que el pueblo no exigiría la muerte del acusado, sino algún castigo más leve.

24. Todas esas transacciones terminan así en un grito brutal de furor lanzado por los judíos a falta de argumentos. Pidiendo el suplicio romano de la cruz, hacían recaer una responsabilidad aun mayor sobre el gobernador, justo castigo de su cobarde debilidad.

25. Esta vana ceremonia se fundaba en una antigua costumbre que se halla en varios pueblos. (Deut. 21: 6, 7.) El gobernador se sirve de ella para proclamar al mismo tiempo la inocencia de Jesús y la de sí mismo. El texto recibido, con *Sin*, y la mayoría de las *mayúsc.* le hace decir: *Soy inocente de la sangre de este justo*. Esta última palabra, quizá tomada del v. 19, es omitida por *B, D*; pero la idea que expresa está efectivamente en el pensamiento de Pilato.—“Los judíos han dicho a Judas: *tú verás por ello* (v. 4); Pilato a su vez dice a los judíos: *vosotros veréis por ello*.” *Bengel*.

26. Expresión hebraica que significa: “Si esta sangre es inocente, que Dios haga recaer su venganza sobre nosotros y sobre nuestros hijos.” (Comp. 23: 35; Lev. 20: 9; Deut. 19: 10; 2 Sam. 1: 16.) Esta imprección, que provocaba el juicio de

27 Entonces los soldados del gobernador, llevando consigo a Jesús
 28 al pretorio, congregaron a él la cohorte entera²⁸. Y desnudándole,
 29 le pusieron un manto de escarlata²⁹; y tejiendo una corona de
 espinos, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su diestra, y
 arrodillándose delante de él, le escarnecían, diciendo: ¡Salud, rey
 30 de los judíos!³⁰. Y escupiéndole, tomaron la caña, y herían
 en su cabeza.
 31 Y cuando le hubieron escarnecido, le desnudaron el manto, y
 le vistieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle.

6. Jesús crucificado.

32-56. CRUCIFIXIÓN Y MUERTE DEL SALVADOR.—1.^o *Antes del suplicio*. Los soldados obligan a Simón de Cirene a llevar la cruz de Jesús. Llegados a Gólgota, ofrecen a Jesús vino mezclado con hiel. Jesús rehusa. (32-34).—2.^o *La crucifixión*. Después de haberle clavado en la cruz, los soldados echan suertes sobre sus vestidos. El rótulo colocado encima de su cabeza le de-

Dios, se cumplió cuarenta años después de una manera terrible y fué de ese modo una profecía involuntaria.

27. El suplicio de la *flagelación* que sufría el criminal entre los romanos, antes de ser ejecutado, se verificaba con un látigo de tiras de cuero de las que pendían pequeñas puntas en forma de espuela que se hundían en las carnes y hacían chorrear la sangre. Según Juan (19: 1-5; comp. Luc. 23: 22), Pilato infligió este suplicio a Jesús con la intención de calmar el pueblo, e hizo después nuevos esfuerzos para salvarle.

28. Se admite generalmente que el *pretorio* era el antiguo palacio de Herodes el Grande, en la ciudad alta, donde habría morado el procurador durante sus estadas en Jerusalén, y donde habría estado concentrada la administración romana. Pero es más natural suponer que el pretorio era un palacio contiguo a la fortaleza Antonia al noroeste del templo. Desde allí la tradición hacer partir la vía dolorosa.—Se volvió a traer a Jesús al patio de ese edificio después que la flagelación tuvo lugar afuera (Marc. 15: 16). La *cohorte* (romana) que se hallaba allí de consigna, debía mantener el orden durante la ejecución.

29. Una variante de *B, D*, la *Itala*, dice al contrario, *habiéndole vestido*,

porque habían quitado sus vestidos para azotarlo (v. 26). Pero es posible que ya se los hubieran puesto, y que el término del texto recibido deba ser preferido. Le fué quitada solamente su ropa exterior para revestirlo con ese *manto* color *escarlata* que llevaban los soldados, los oficiales superiores y aun el emperador, con diversos grados de finura en la tela.

30. “Los judíos se habían burlado de él como profeta (26. 68), los romanos se burlan de él como rey.” *Bengel*. Todas esas insignias irrisorias de la dignidad real, el manto, la corona, el cetro, tienen su verdad profunda. Los soldados romanos, en su grosera ignorancia, profetizan, como Caifás, sin saberlo (Juan 11: 51). En efecto, es en este abismo de humillaciones donde Jesús funda su eterna realeza sobre las almas. (Comp. v. 37, nota).—*Tejiendo una corona de espinas* “El espino de que se trata en el evangelio es ciertamente el pequeño espino leñoso y casi rastrero que cubre el suelo en los alrededores de Jerusalén. No dudo que de este espino haya sido hecha la corona del Salvador, porque fácilmente puede venir a la mente la idea de hacer con él guirnalda; sus hojas son finas, las ramas se arquean por sí mismas. Estas espinas son duras y muy agudas.” F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7^a edic., p. 273.

signa como el rey de los judíos. Dos bandidos son crucificados con él. (35-38.) 3.º *Las injurias.* Le son prodigadas por los transeúntes, los miembros del sanedrín, los bandidos, sus compañeros de suplicio. (39-44.)—4.º *La muerte.* Las tinieblas reinan desde la sexta hora. En la novena, Jesús exclama: Eli, Eli, ¿lamma sabachthani? Algunos interpretan, por ironía, este grito, como un llamado dirigido al profeta Elías. Uno de ellos le alcanza una esponja empapada de vinagre. Jesús da el espíritu lanzando una grande voz. (45-50.)—5.º *Después de la muerte.* El velo del templo se desgarró, la tierra tiembla, los sepulcros se abren, los muertos resucitan. El centurión y los guardias de Jesús le reconocen por el Hijo de Dios. El evangelista nombra algunas mujeres, venidas de Galilea, que han asistido al suplicio. (51-56.)

32 Y saliendo, hallaron un hombre cireneo, de nombre Simón; a 33 éste forzaron a llevar su cruz³¹. Y llegando a un lugar llamado 34 Gólgota, que es Lugar de la Calavera³², le dieron de beber vino 35 mezclado con hiel; y gustándolo, no quiso beber³³. Y habiéndole crucificado³⁴, repartieron entre sí sus vestidos echando suertes³⁵;

31. *Saliendo de la ciudad, fuera de la cual debían ser hechas las ejecuciones (Núm. 15: 35, 36; 1 Reyes 21: 13; Act. 7: 58.), encontraron un hombre llamado Simón, nativo de Cirene, en Africa, donde había una numerosa colonia judía. (Act. 6: 9.) Simón volvía de los campos (Mar. 15: 21); lo cargaron con la cruz de Jesús. Hasta allí Jesús mismo la había llevado (Juan 19: 17); pero parece que, abrumado por sus padecimientos y, sobre todo, por el suplicio sangriento de la flagelación, sucumbía. Ningún soldado romano habría querido llevar la cruz, a causa de la infamia que la rodeaba; construyeron a ese forastero de mediocre condición. (Gr. le pusieron en requisición para eso.) Este término no indica, como ha sido supuesto, que Simón de Cirene fuese discípulo de Jesús; pero, que se haya hecho tal después de esa participación involuntaria en la muerte del Salvador y de todo lo que vio sobre el Calvario, es lo que puede inferirse de Marcos 15: 21; comp. Rom. 16: 13.*

32. Se ha supuesto que ese teatro de las ejecuciones criminales era llamado así a causa de los cráneos privados de sepultura que se podían ver allí; pero es más probable que este nombre viniera de la forma redondeada de la colina de que se trata. No se ha conseguido aún hoy, a pesar de todas las investigaciones, ad-

quirir certidumbre sobre la situación topográfica de Gólgota. El sitio tradicional, indicado por la Iglesia del Santo Sepulcro que la emperatriz Elena hizo construir al principio del siglo cuarto, está actualmente en la ciudad. Los que defienden este dato de la tradición, piensan que en el tiempo de Jesús la muralla seguía de Norte a Sur el trazado de la calle de Damasco para volver bruscamente al Oeste en dirección a la puerta de Jaffa. El Calvario habría estado situado en ese ángulo entrante. F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, p. 209 y sig.)

33. Mateo llama la bebida ofrecida a Jesús *vino mezclado con hiel*, lo que parece indicar una intención maligna (Sal. 69: 22; comp. Mar. 15: 23, nota.)—El texto recibido dice *vinagre* en lugar de vino. Si esa palabra fuese auténtica, nada cambiaría el sentido, porque hoy todavía, en Oriente, se deja agriar el vino para hacerlo más refrescante mezclándolo con agua. Lo que se llamaba "vino dulce" (Actos 2: 13) no era sino vino no agriado. (Véase F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7ª edic., p. 213)

34. Es necesario detenerse en presencia de esta palabra *crucificado*, tan rápidamente pronunciada, que caracteriza el suplicio más horrible que haya inventado la crueldad humana, y que la legislación penal de los romanos reservaba ordinariamen-

36 37 y sentados, le guardaban allí³⁶. Y pusieron sobre su cabeza su acusación escrita: ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JU- 38 DIOS³⁷. Entonces son crucificados con él dos ladrones, uno a la 39 diestra y otro a la siniestra³⁸. Y los que pasaban le injuriaban, 40 meneando sus cabezas³⁹, y diciendo: Tú, que demueles el santuario y en tres días lo edificas⁴⁰; ¡sálvate a ti mismo, si eres 41 Hijo de Dios; y baja de la cruz!⁴¹. Igualmente también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y ancianos, de-

te a los esclavos y a los más grandes criminales. La cruz se componía de dos piezas: una vertical, introducida en el suelo, la otra horizontal, colocada ora sobre el extremo de la primera (de modo que el instrumento tuviera la forma de una T), ora un poco más abajo. Esta última forma fué probablemente la de la cruz de Jesús, porque concuerda mejor con el hecho de que fué colocada una inscripción sobre su cabeza. Cuando la cruz estaba levantada, se izaba al condenado, por medio de cuerdas, a la altura de la viga transversal, sobre la cual se le fijaban las manos por medio de clavos. A media altura de la pieza vertical había una clavija de madera sobre la cual era puesto a caballo el condenado, para impedir que el peso del cuerpo desgarrase las manos. Los pies, en fin, eran clavados, ora uno sobre otro con un solo clavo, ora uno al costado del otro.—Ocurría, pero más raramente, que era fijado el condenado sobre la cruz echada aún en tierra, para levantarla luego.—Los crucificados vivían ordinariamente unas doce horas, algunas veces hasta el segundo o tercer día. La inflamación de las heridas provocaba la fiebre y una sed ardiente; la inmovilidad forzada del cuerpo ocasionaba dolorosos calambres; la afluencia de la sangre al corazón y al cerebro causaba cruces sufrimientos y angustias indecibles.

35. Ese reparto de las ropas del condenado entre sus verdugos era entonces de uso general. Para Jesús fué el cumplimiento de una profecía (Sal. 22: 19). Por eso el texto recibido agrega a este versículo esta observación: *para que fuese cumplido lo dicho por el profeta: repartieron mis vestidos, sobre mi ropa echaron*

suertes. Estas palabras no son auténticas; pero esta aplicación de la profecía es hecha por Juan, que relata el hecho con más detalles (Juan 19: 23, 24).

36. Como el suplicio de la cruz no era mortal sino después de largo tiempo, los crucificados eran *guardados*, a fin de que nadie pudiese ir a llevarlos.

37. Esta inscripción fué colocada encima de su cabeza, es decir sobre el extremo superior de la viga perpendicular de la cruz que quedaba arriba de la cabeza del crucificado. Era Pilato quien había elegido ese título irónico para burlarse y vengarse de los judíos, y rehusó cambiarlo a pedido de ellos (Juan 19: 22); de modo que Jesús llevó a su muerte su verdadero título, del que los judíos habían hecho un motivo de acusación contra él.

38. *Entonces*, es decir después de que Jesús fué puesto en la cruz. Esta crucifixión de los dos bandidos probablemente fué hecha por otros ejecutores, que los colocaron a la derecha y a la izquierda de Jesús, infligiendo así a la santa víctima una nueva humillación. De ese modo fué cumplida la palabra de Isaías (53: 12) y del Señor mismo (Luc. 22: 37; comp. Marcos 15: 28, según el texto recibido).

39. En señal de burla, de desprecio. (Comp. Sal. 22: 8; Isa. 37: 22; Job. 16: 4.)

40. Véase 26: 61, nota.

41. El verdadero texto de estas palabras injuriosas es restablecido aquí. Convierten en irrisorio el doble hecho de que Jesús había tenido la pretensión de *salvar* a los demás (v. 42) y de ser el *Hijo de Dios*. Se le intimaba que probase ambas cosas descendiendo de la cruz.

42 cían: ¡A otros salvó, a sí mismo no puede salvar! ¡Es el rey de
43 Israel; baje ahora de la cruz, y creeremos en él! Confía en Dios;
44 libértele ahora, si le quiere, pues dijo: Hijo de Dios soy⁴². Y lo
mismo también los ladrones que estaban crucificados con él le
vituperaban⁴³.
45 Y desde la sexta hora hubo tinieblas sobre toda la tierra, hasta
46 la novena hora⁴⁴. Y como a la novena hora, exclamó Jesús con

42. Lo que hay de inaudito en este relato es que todas las clases de hombres que componían el consejo supremo de la nación, *sacerdotes, escribas, ancianos* (una variante agrega los *fariseos*), estaban representadas en esta escena y se unían al populacho para injuriar al Salvador. Cuando todo lo que hay de ilustre y de elevado en una nación desciende a ese grado de bajeza moral, ¿qué más puede esperarse? Es necesario observar esta serie de frases cortas ultrajosas que arrojan a la faz del Crucificado. No se debe leer (v. 42), con el texto recibido, *si es el rey de Israel*, sino: *es el rey de Israel*, lo que es una ironía mucho más hiriente. Esos hombres que conocen de memoria las escrituras, las profanan buscando en ellas la expresión de sus burlas (v. 43; comp. Sal. 22: 8). Los títulos más hermosos de Jesucristo son, en boca de esos ciegos, convertidos en injurias contra él: *Convertidor, Rey de Israel, Hijo de Dios*.

43. *Lo mismo también*, es decir, con palabras semejantes. (Luc. 23: 39 y sig.) Mateo y Marcos atribuyen esos ultrajes indistintamente a ambos *bandidos*, mientras Lucas los pone solamente en boca de uno de ellos, que es reprendido aún por su compañero de infortunio. Muchos intérpretes, desde los padres hasta nuestros días, han admitido, para explicar esa diferencia, que al principio de esta escena, que duró varias horas, los dos bandidos ultrajaron a Jesús; pero que uno de ellos (como el centurión v. 54), sorprendido de todo lo que pasaba ante sus ojos, había reconocido en Jesús el Mesías de Israel. Nada hay en ello de imposible (véase el ejemplo del carcelero de Filipos, Act. 16: 27 y sig.); pero es poco probable. (Véase Luc. 23: 42, nota.)

44. *La hora sexta*, a contar desde las seis de la mañana, era mediodía; *la hora novena*, las tres. Los tres primeros evangelistas están de acuerdo sobre el momento en que se produjeron las tinieblas. Si éstas hubieran sido desde el principio del suplicio de Jesús, no sería difícil conciliar este relato con el de Juan (19: 14) quien nos dice que fué *cerca de la sexta hora* (mediodía) cuando Pilato entregó a Jesús para ser crucificado. Pero la diferencia está en el relato de Marcos (15: 25, véase la nota), que coloca la crucifixión en la *tercera hora* (las nueve de la mañana), de modo que, según él, Jesús había sufrido el suplicio de la cruz tres horas ya cuando aparecieron las tinieblas. Todo lo que ha sido dicho para conciliar esta diferencia es insuficiente. ¿No es mejor admitir que alguna obscuridad se cierne sobre un punto de detalle, que querer aclararlo a todo costo por razones sin valor?—En cuanto a las *tinieblas* que se extendieron *sobre toda la tierra* (o, según un hebraísmo, sobre todo el país), y que los primeros evangelistas mencionan unánimes, la crítica se ha esforzado en explicarlas como un fenómeno natural. No podía ser un eclipse de sol, puesto que el 15 del mes de Nisán la luna era llena. Tampoco era probablemente un oscurecimiento causado por una tempestad o por el temblor de tierra mencionado luego (v. 51). Evidentemente, los evangelistas entienden referir un milagro. Su realidad es atestiguada por la profunda impresión que recibieron de ello los presentes (v. 54). Este milagro fué una manifestación del poder de Dios, en este momento único de la historia de nuestra humanidad. El sentimiento religioso no se ha engañado; siempre ha reconocido las profundas armonías que existen entre el mundo visible y el mundo

grande voz: ¡Ehí, Ehí! ¿lamá sabachthani? esto es, ¡Dios mío,
47 Dios mío! ¿para qué me has abandonado?⁴⁵. Y algunos de los que
48 allí estaban, oyéndolo, decían: A Elías llama éste⁴⁶. Y luego,
corriendo uno de ellos y tomando una esponja, llenándola de vi-
49 nagre y poniéndola en una caña, dióle de beber⁴⁷. Y los demás
50 decían: Deja; veamos si Elías viene a salvarle⁴⁸. Y Jesús, clamando otra vez con grande voz, dió el espíritu⁴⁹.

de los espíritus; cuando el sol de justicia se apaga en el seno de la perversidad humana, el sol de la naturaleza se cubre de tinieblas. La poesía religiosa es aquí el mejor comentario:

Ante tu muerte la natura entera
Se deshace en gemidos de dolor;
El sol oculta su fulgente esfera;
Los elegidos lloran su Señor.

45. ¡Misteriosa exclamación, brotando de las profundidades del alma de Jesús! ¡Vuelta momentánea de los indecibles sufrimientos morales de Getsemaní (26: 36 y sig., notas) en el seno de la agonía física! Jesús toma de la palabra santa (Sal. 22: 1) términos que puedan expresar lo que siente, y el evangelista los conserva en la lengua original, para nada cambiar de ellos. Lo que causa la angustia del Salvador, él mismo lo dice, es el sentimiento momentáneo del *abandono* de Dios! No hay nada más temible en las experiencias del alma.—¿Para qué? Jesús lo pregunta. El Santo y Justo sabe muy bien que no puede hallar en sí mismo la causa de este misterioso e insondable sufrimiento. Lo que oculta la faz de su Padre y turba su comunión con él, es el sombrío nubarrón del pecado de nuestra humanidad, ese pecado por el cual sufre y muere. El no dice ya: *Padre mío*, como en Getsemaní, sino: ¡Dios mío! Pero, sin embargo: ¡Dios mío! Si él sufre todo lo que había sufrido el salmista en el abandono de Dios, persiste en clamar a su Dios; y como esta salmo, que Jesús tenía vivo en su alma, después de haber empezado por ese grito de espanto, termina por un canto de liberación, así Jesús, luego después, hace oír este grito de triunfo: ¡*Todo está consumado!* y estas dulces palabras de confianza y de amor: ¡*Padre mío, entrego mi espíritu en tus manos!*—¿Hemos con ello son-

dado y explicado ese movimiento del alma de Jesús? De ningún modo. Tememos especialmente los comentarios que se exponen a profanar este grito de dolor queriendo hacer resaltar todo el dogmatismo de los hombres. Es necesario oírlo, recogerlo en su corazón, y sacar de él esta consoladora certidumbre: ¡El se siente un momento abandonado, para que jamás yo lo esté!

46. *Este*, término despreciativo con el cual los que hablan designan a Jesús entre los tres crucificados. No podían ellos, por ignorancia, tomar la palabra *Ehí* (o según otros manuscritos *Eloi, Dios mío*) como el nombre de Elías que se dice en hebreo *Eliyahu*. Era, pues, un mal juego de palabras que voluntariamente hacían con la dolorosa oración de Jesús.

47. Vinagre mezclado con agua era la bebida de los soldados romanos: uno de ellos da de ella a Jesús por benignidad, porque el Salvador acababa de exclamar: *tengo sed*, y aceptó este último socorro. (Comp. Juan 19: 28-30.) Es necesario, pues, no confundir este incidente con el del v. 34.

48. Palabras irónicas con las cuales los mismos burladores que acababan de hablar (v. 47) querían impedir que el soldado romano hiciese ese acto de humanidad. Según Marcos (15: 36), estas palabras habrían sido pronunciadas por el mismo hombre que acababa de ofrecer a Jesús vinagre. El relato de Mateo es el más exacto evidentemente.

49. Las palabras *otra vez* se refieren al v. 46. Mateo no nos dice qué palabras pronunció Jesús en este grito supremo, pero Lucas (23: 46) y Juan (19: 30) nos las han conservado. Es posible también, y parece más natural, que esas palabras hayan sido proferidas antes del grito supremo.—*Dió el espíritu*, murió, “la his-

51 Y he aquí, el velo del santuario se desgarró en dos, desde arriba hasta abajo ⁵⁰; y la tierra tembló y las rocas se hendieron; 52 y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos dormidos resucitaron; y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él entraron en la santa ciudad y aparecieron a muchos ⁵¹. Y el centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y lo que acontecía, temieron en gran manera, diciendo: Verdaderamente hijo de Dios era éste ⁵². Y había allí

toría santa relata en una sola palabra la muerte del Salvador; pero los discursos y las epístolas de los apóstoles predicaban abundantemente los frutos de esa muerte. Jamás se dice de él "durmió" sino "murió", verbo por medio del cual la escritura revela la verdad, la importancia y la potencia de la muerte de Cristo." Bengel.

50. Estas palabras *y he aquí*, lo mismo que la partícula *y* repetida delante de cada frase de este relato, hacen resaltar su solemnidad. Todos los milagros aquí referidos podían despertar la atención y el temor del pueblo que asistía a estas escenas (v. 54); pero además tienen una profunda significación simbólica. Así ese *velo del templo* que separaba el lugar santo del lugar santísimo y vedaba su entrada (Ex. 26: 31-33; Lev. 16: 2), más allá del cual el sumo sacerdote sólo penetraba una vez al año, en el gran día de las expiaciones (Ex. 30: 10), indicaba que la habitación del Dios santo era inaccesible al hombre, hasta el cumplimiento de los tiempos. Pero ese *velo desgarrado* en el instante en que se consumaba sobre la cruz el verdadero sacrificio de expiación por el pecado proclamaba, a los ojos de todo el pueblo reunido en el templo para la oblación de la tarde, (las tres, v. 45), que en adelante el acceso al trono de la gracia (figurado sobre el arca de la alianza en el lugar santísimo) era nuevamente libre, y que el hombre pecador, expulsado del cielo, podía dirigir sus miradas y sus esperanzas hacia las mansiones eternas, hacia la casa del Padre. (Comp. Hebr. 6: 19; 9: 6 y sig.; 10: 19 y sig.)—Los tres primeros evangelistas refieren este hecho; los milagros que siguen están solamente en Mateo.

51. Todos estos milagros tienen

también su significado simbólico. Esa *tierra que tiembla* parece anunciar los juicios de Dios sobre el pueblo que rechaza su Salvador; esas *rocas que se henden*, ¡no cumplen literalmente las palabras de Jesús: "Si éstos se callan, aun las piedras clamarán?" (Luc. 19: 40.) Por la ruptura de esas rocas, muchos de los sepulcros que en ellas estaban tallados, según la costumbre de la época (v. 60), y que se ven aún en gran número alrededor de Jerusalén, *se abrieron*. Esos santos que estaban muertos (gr. *dormidos*) en la esperanza de la redención, y que renacen a la vida, proclaman la victoria del Salvador sobre la muerte. Las palabras *después de su resurrección* no se refieren a lo que precede: *habiendo salido de sus sepulcros*, lo que supondría que quedaron en ellos vivos hasta el tercer día; sino a lo que sigue; *entraron en la santa ciudad* (Mat. 4: 5), en la ciudad de Jerusalén, y *aparecieron* a muchos en los tiempos que siguieron a la resurrección de Jesús. A pesar de la obscuridad de este relato, no podríamos ver solamente en él una tradición sin fundamento histórico.

52. El centurión, capitán romano que mandaba la cohorte (v. 27) encargada de la ejecución, recibió, lo mismo que los que le rodeaban, esta impresión profunda, no solamente por el temblor de tierra y los demás milagros, sino por todo lo que acontecía entonces. En efecto, el centurión había sido testigo de todo lo que había ocurrido en esta ejecución, desde el palacio de Pilato hasta el último instante. Había oído las palabras de Jesús sobre la cruz, visto su inalterable resignación. ¡Nada más apropiado para producir la impresión descrita sobre un hombre que no estaba cegado por la pasión como los

muchas mujeres, mirando desde lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea sirviéndole ⁵³, entre las que estaban María Magdalena, y María, la Madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo ⁵⁴.

7. La sepultura de Jesús.

57-66. JESÚS PUESTO EN LA TUMBA.—1.º *La abnegación de un amigo*. A la tarde, José de Arimatea, hombre rico, discípulo de Jesús, va, pide el cuerpo a Pilato, le deposita en su propio sepulcro y coloca una piedra en la entrada. María Magdalena y la otra María están sentadas delante de la tumba. (57-61.)—2.º *Las precauciones de los enemigos*. El día siguiente, los miembros del sanedrín hacen una gestión ante Pilato para prevenir una impostura de parte de los discípulos. Pilato concede una guardia, que ellos colocan delante del sepulcro, después de haber sellado la piedra. (62-66.)

57 Y llegada la tarde, vino un hombre rico, de Arimatea, de nombre José, que había sido, él también, discípulo de Jesús ⁵⁵. 58 Éste, allegándose a Pilato, pidió el cuerpo de Jesús. Entonces

judíos! Pero, ¿de dónde tomaba ese soldado pagano el término *Hijo de Dios*? No solamente podía saber que tal había sido el motivo de la condenación de Jesús, sino que acababa de oír a los judíos ridiculizar este título (v. 40, 43). En efecto, su palabra: *verdaderamente Hijo de Dios*, es una alusión evidente a las negaciones que acababa de oír. Eso no quiere decir que tuviese ideas bien claras ni muy elevadas sobre el sentido religioso de ese nombre divino; pero la exégesis no está tampoco autorizada a afirmar, como lo ha hecho a menudo, que el centurión daba a ese nombre una significación enteramente pagana: un hijo de los dioses, un ser sobrenatural. (Véase Luc. 23: 47, nota.)

53. *Sirviéndole* significa también, como dice Lucas (8: 2, 3), asisténdole con sus bienes.

54. *María de Magdala* o *María Magdalena* (Luc. 8: 2), no debe ser confundida ni con la pecadora de que habla Lucas (7: 36 y sig.) ni con María, hermana de Lázaro, que ungió los pies del Salvador (Juan 12: 3). Es nombrada aquí la primera; ella fué también la primera a quien apareció Jesús después de su resurrección (Marc. 16: 9; Juan 20: 1 y sig.; 11 y sig.)—*María, madre de*

Jacobo y de Josef (Sin. D, y la mayor parte de las versiones tienen *Josef*, los demás dicen *José*) era la mujer de Alfeo o Cleopas (Juan 19: 25; Marc. 15: 47).—*La madre de los hijos de Zebedeo* se llamaba Salomé (Marc. 15: 40; comp. Mat. 20: 20).—Ni Mateo ni Marcos nombran aquí a María, madre de Jesús, aunque sabemos por Juan (19: 25 y sig.) que al principio estaba presente con este discípulo. "Es necesario, pues, probablemente tomar al pie de la letra esa expresión: *desde aquella hora* ese discípulo la tomó consigo (Juan 19: 27). El corazón de María se había quebrantado al oír las palabras llenas de ternura que le había dirigido Jesús, y se había retirado en el mismo instante, de modo que no estaba presente al fin del suplicio." Godet, *Comentario de Lucas* 23: 47-49.

55 *Arimatea* (hebreo, *Ramathaim*) era una ciudad de la tribu de Benjamín (1 Sam. 1: 1). José no solamente era rico, sino un consejero de distinción (Mar. 15: 43; Luc. 23: 50), es decir que era miembro del sanedrín en Jerusalén. Era también discípulo de Jesús, pero en secreto, a causa del temor de los judíos (Juan 19: 38).—*Vino...* probablemente al lugar de la ejecución; su corazón le empujaba hacia allá. Cuando vió que Jesús estaba muerto, se presentó an-

59 Pilato mandó que se le entregara⁵⁶. Y tomando José el cuerpo,
60 lo envolvió en un lienzo limpio y lo puso en su sepulcro nuevo,
que había labrado en la roca; y habiendo hecho rodar una grande
61 piedra a la puerta del sepulcro, se fué⁵⁷. Y estaban allí María
Magdalena, y la otra María sentadas delante de la tumba⁵⁸.
62 Mas el día siguiente, que es después de la preparación⁵⁹, se
63 congregaron los principales sacerdotes y los fariseos a Pilato, di-
ciendo: Señor, nos hemos acordado que aquel engañador dijo,
64 viviendo aún: Después de tres días resucitaré⁶⁰. Manda, pues,
que sea asegurada la tumba hasta el tercer día, no sea que vi-
niendo sus discípulos lo hurten y digan al pueblo: Ha resucitado
de los muertos; y será el último engaño peor que el primero⁶¹.
65 Dijoles Pilato: Tenéis una guardia; id, aseguradla como sabéis⁶².

te Pilato para hacerle su petición (v. 58).

56. Ordinariamente los cuerpos de los crucificados permanecían suspendidos a la cruz donde eran devorados por las aves de rapiña; pero cuando eran reclamados por parientes o amigos, podían serles entregados.—El texto recibido con A, C, las versiones, agrega *el cuerpo* después de “que se le diese.” Los intérpretes que adoptan este texto piensan que la triple repetición de la palabra *cuerpo* (v. 58, 59) señala el dolor que experimenta el evangelista refiriendo ese sepelio.

57. Todo en este relato denota los cuidados delicados y religiosos del que cumplía con este santo deber: envuelve el cuerpo en un *lienzo* (gr. *tela de lino de Sidón*, lo que había de más fino entonces); ese lienzo era *puro*, es decir que jamás había servido. José pone a Jesús en su propio sepulcro, que a él sacrifica; ese sepulcro está *labrado en la roca* y es *nuevo*. Lucas (23: 53) y Juan (19: 41) hacen observar expresamente que jamás nadie había sido puesto en él, de modo que Jesús no tuvo ningún contacto con la muerte, lo que hubiera sido una impureza legal. En fin, José cierra la entrada de la gruta con una *gran piedra*, a fin de poner el cuerpo al abrigo de todo atentado.—Mateo no habla ni de Nicodemo, que ayudó a José en el cumplimiento de ese piadoso deber, ni de las drogas aromáticas con que embalsamaron el cuerpo de Jesús (Juan 19: 38-40).

58. Comp. v. 56, nota; cap. 28: 1.—Estas dos Marías *estaban allí sentadas*, en contemplación, absortas en su dolor, en su amor hacia Aquel a quien lloraban.

59. El sábado, el gran día del sábado. (Juan 19: 31.) Se llamaba *preparación* la víspera del sábado. Otros entienden, con menos probabilidad, la tarde misma del viernes, en que el sábado empezaba después de la seis.

60. Ellos no hacían alusión a las predicciones que Jesús había hecho en el círculo de sus discípulos (16: 21; 17: 23; 20: 19), sino a la declaración que había hecho a los fariseos (12: 40).

61. El primer *engaño*, del punto de vista de esos enemigos de toda verdad, era la misma predicción de Jesús (o, según otros, el movimiento provocado por todo su ministerio); el *último* que temían era la proclamación de su resurrección. Para ellos fué ése el *peor*, en efecto, puesto que trajo consigo el triunfo de su palabra y de su obra.—A esas palabras *viniendo sus discípulos*, el texto recibido agrega éstas: *de noche*, que no son auténticas.

62. Estas palabras de Pilato *tenéis una guardia*, han hecho suponer a muchos intérpretes que se trataba de la guardia judía del templo, siempre a la disposición de los jefes del pueblo. Esta opinión es poco probable: comp. cap. 28: 14. Pilato les ofreció una guardia romana; quiere decir: Tomadla y haced como podéis.

66 Ellos, pues, fueron y aseguraron la tumba (sellando la piedra) con la guardia⁶³.

8. La resurrección.

A. 1-10. APARICIÓN DE UN ÁNGEL. APARICIÓN DE JESÚS.—1.º *Aparición del ángel*. En la mañana del primer día, dos mujeres van al sepulcro. Un temblor de tierra se produce; un ángel, descendido del cielo, hace rodar la piedra y se sienta encima. Los guardias están como muertos de terror. (1-4.)—2.º *Mensaje del ángel*. El ángel conforta a las mujeres, les anuncia que Jesús ha resucitado y les ordena llevar esta noticia a los discípulos, diciéndoles que Jesús va delante de ellos a Galilea, donde le verán. (5-7.)—3.º *Aparición de Jesús a las mujeres*. Ellas corren a transmitir este mensaje a los discípulos. Jesús va a su encuentro. Se arrojan a sus pies y le adoran. Les dice que anuncien a sus hermanos que ha resucitado y les da cita en Galilea. (8-10.)

XXVIII. Y al terminar el sábado, al amanecer el día primero de la semana¹, fué María Magdalena y la otra María para mirar

63. La *piedra* que José había puesto a la entrada de la gruta (v. 60). Se puede traducir también: “sellando la piedra en presencia de la guardia.” ¡Sellar esa piedra para encerrar al Príncipe de la vida! “Sería como sellar las puertas del Oriente para impedir al sol elevarse sobre el mundo.” Leighton.—Todo este último relato (v. 62-66) que solo Mateo tiene, y cuya continuación se encuentra en el capítulo 28: 11-15, ha parecido históricamente poco verosímil a muchos exégetas modernos. He aquí sus objeciones. 1.º Las predicciones de Jesucristo concernientes a su resurrección difícilmente podían inspirar tal temor a sus adversarios, puesto que no habían conseguido fundar la fe de los discípulos que las oyeron en más de una ocasión (v. 63, nota); 2.º las mujeres que fueron al sepulcro en la mañana de la resurrección no habrían soñado en embalsamar el cuerpo, ni preguntarse quién haría rodar la piedra, si hubieran sabido que la tumba estaba guardada y sellada; 3.º los miembros del sanedrín se habían apoderado del cuerpo de Jesús para sustraerlo eficazmente a sus adherentes, mejor que incitar a los soldados a una mentira grosera (28: 13), que sólo servía para dejarlos sin excusa en ojos de Pilato. Es necesario reconocer que esas objeciones no carecen de valor. Por otra parte, se puede responder: 1.º que la conciencia turbada de los asesinos

de Jesús era más perspicaz que la fe desfalleciente de los discípulos; 2.º que las precauciones tomadas para guardar la tumba muy bien habían podido ser ignoradas por las mujeres: ellas ignoraban igualmente que Nicodemo hubiera envuelto el cuerpo de Jesús con drogas aromáticas en el lienzo (Juan 19: 39), puesto que ellas mismas llevaban en la mañana de la resurrección; 3.º que los miembros del sanedrín no podían apoderarse del cuerpo de Jesús después que había sido cedido a José por la autoridad de Pilato; 4.º que la torpe intriga con la guardia es psicológicamente muy plausible de parte de hombres cegados por la pasión (véase, por ejemplo, su acusación política de Jesús ante Pilato). Se puede agregar que en este hecho, como en toda la historia de la pasión, Dios se burla de sus enemigos. Creían ahogar la verdad, y fué por los soldados, instrumentos de sus mentiras, como llegó desde luego a conocimiento de ellos la resurrección gloriosa de su víctima. Las mismas precauciones, tomadas por ellos para impedir el acontecimiento que ellos temían, atestiguaron su realidad y dieron realce a su esplendor (28: 11).

1. Gr. *Tarde del sábado*, el día (o la hora) *empezando a brillar hacia el primer día de la semana*. Esta indicación bastante obscura ha dado lugar a diversas interpretaciones. Las

2 la tumba². Y he aquí, se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor bajando del cielo y allegándose, hizo rodar la 3 piedra, y estaba sentado sobre ella³. Y su aspecto era como un 4 relámpago, y su vestido blanco como nieve⁴. Y de temor de él 5 los guardias temblaron, y volvieron como muertos⁵. Y tomando el ángel la palabra, dijo a las mujeres: No temáis vosotras, pues 6 sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí, pues ha resucitado conforme dijo. Venid, ved el lugar donde yacía; e id pronto, decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos, y he aquí, va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis; he aquí, os

primeras palabras no pueden ser traducidas, como lo son en la mayor parte de vuestras versiones, por *después del sábado*. Empleada como preposición la palabra griega sólo puede significar *mucho tiempo después*. (Weiss.) Es necesario considerarla como adverbio y traducir "tarde del día del sábado," o, *al terminar el sábado*. Mateo divide aquí los días según la costumbre ordinaria, y no conforme al modo de contar de los judíos, que hacían terminar el sábado a las seis de la tarde. Para él, la noche del sábado al domingo entra aún en parte en el sábado; es lo que muestran las palabras: "el día (o la hora) empezando a brillar hacia el primer día de la semana." Algunos comentadores han visto en esta última expresión la designación del momento en que, pasado el sábado, se encendían las luces en las casas, y han pensado que Mateo colocaba toda la escena de la resurrección en las primeras horas de la noche del sábado. Pero es muy probable que nuestro evangelista se haya puesto así en contradicción con la tradición unánime.

2. Comp. 27: 56.—Juan (20:1) no menciona en primer lugar más que a María Magdalena; aquí la vemos acompañada por *la otra María* (comp. 27: 56, nota); Marcos (16: 1) le da dos compañeras; Lucas, en fin, (24: 10), menciona la presencia de algunas mujeres más (Comp. Luc. 24: 1, nota.) En la historia de la resurrección de Jesús, más que en cualquier otra parte, los relatos de los evangelistas, verdaderos en sus líneas generales, presentan divergencias de detalle que no se pueden siempre conciliar. Se concibe muy

bien que, en las escenas multiplicadas y rápidas de ese gran acontecimiento, en medio de la sorpresa, del temor, del gozo que experimentaron los discípulos, cada uno refiriera lo que había visto o lo que le había sido dicho por otros, y que las tradiciones que así se formaran según las regiones y las iglesias.

3. Nuestras versiones ordinarias dicen aquí, según el texto recibido: "hizo rodar la piedra de la entrada del sepulcro." Esas últimas palabras se leen en A. C y las *mayúsculas* más recientes. Pero su adición se explica mejor que su supresión. La versión de Lausana, con algunos intérpretes, pone todos los verbos en pluscuamperfecto: *había habido* un gran temblor de tierra, un ángel *había venido*, *había arrollado* la piedra, etc., para hacer comprender que esos milagros se realizaron, no en presencia de las mujeres, sino antes de su llegada. Según los otros evangelios, parece que fué así (Mar. 16: 4; Lucas 24: 2); pero el texto de Mateo no admite tal traducción. Nuestro evangelista, como siempre, en lugar de entrar en los detalles y referir textualmente los relatos de los testigos oculares, narra el acontecimiento de una manera más general.—Lucas (24: 4, nota) menciona *dos* ángeles; Mateo y Marcos sólo hablan del que dirigió la palabra a las mujeres.

4. Comp. sobre estas figuras Mar. 9: 3 y Luc. 9: 29.

5. Cuanto menos entienden esos soldados romanos los fenómenos que pasaban a su alrededor, tanto mayor terror sienten en su superstición de paganos.

8 lo he dicho⁶. Y saliendo pronto del sepulcro, con temor y grande 9 gozo, corrieron a anunciarlo a sus discípulos. Y he aquí, Jesús las encontró, diciendo: ¡Salud!⁷. Y ellas, allegándose, cogieron sus 10 pies y le adoraron⁸. Entonces Jesús les dice: No temáis; id, anunciadlo a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán⁹.

B. 11-15. EL TESTIMONIO DE LOS GUARDIAS.—1.^o *La noticia es llevada a los sacerdotes*. Algunos guardias van a relatar a los principales sacerdotes lo ocurrido. (11.)—2.^o *Los guardias corrompidos*. El sanedrín, habiéndose re-

6. Cada palabra, en este discurso del ángel, es propia para consolar las mujeres desconsoladas: *Vosotras* (por oposición a los guardias aterrorizados), *no temáis*; buscáis con amor, lo sé, a ese Jesús al que habéis visto morir sobre la cruz. El no está ya aquí entre los muertos, *ha resucitado*, su palabra está cumplida. *Venid*, ved esta tumba vacía en la que estaba tendido. (El texto recibido con A. C. D. dice: donde el Señor yacía.) Ahora, las mujeres, consoladas, regocijadas, deben ser las *prontas* mensajeras de esa buena noticia para los discípulos; deben también anunciarles que él *les precede a Galilea*, y que allí *le verán*, según su promesa (26: 32; comp. v. 10, nota). En efecto, el mensaje que el ángel encarga a las mujeres para los discípulos se extiende hasta esas palabras: *allí le veréis*, pues las mujeres iban a verle dentro de un instante. (v. 9.)—Las últimas palabras del ángel: *He aquí, yo os lo he dicho*, expresan la perfecta certidumbre de todo lo que él anuncia.

7. Gr. *¡Gozaos!* Era la hermosa forma de saludo usada entre los griegos y que, en ese momento, en boca de Jesús resucitado, se revestía de una significación profunda. (Comp. v. 8.)—El texto recibido, con A. C, la *Peschito*, hace preceder nuestro versículo 9 por estas palabras: *Mas como iban para anunciarlo*, que no se hallan en *Sin. B. D.* la mayor parte de las versiones.—Esta aparición de Jesús a las mujeres había sido precedida de otra, a María Magdalena sola (Mar. 16: 9; Juan 20: 11), a menos que se pueda, según la opinión de algunos exégetas, identificar ambas apariciones, suponiendo que Jesús apareció a Ma-

ría de Magdalá sola, después que sus compañeras hubieron vuelto a la ciudad. El relato de Mateo sería así el de Juan generalizado.

8. El temor, el gozo (v. 8), la dicha de hallar nuevamente a su Salvador se confunden en este movimiento de adoración, por el cual las mujeres quieren asegurarse que es efectivamente él, y de cierto modo retenerlo. Este detalle nos explica las palabras notables de Jesús a María Magdalena (Juan 20: 17), y es éste también un indicio de que se trata en ambos relatos de un solo y mismo hecho.

9. Jesús no da a sus discípulos este hermoso y dulce nombre de *hermanos* sino después de su resurrección. (Juan 20: 17; comp. 12: 50.)—Estas últimas palabras de Jesús: *allí me verán*, son conformes a las del ángel (v. 7); ellas prueban que Mateo no tiene en vista otras apariciones de Jesús resucitado que las que tuvieron lugar en Galilea (v. 16). Allí es donde el Salvador tenía más discípulos, porque allí había habitado constantemente y anunciado el reino de Dios. El podía, en esa provincia lejana y montañosa, reunir en silencio todos los que habían creído en él, a fin de darles las pruebas más ciertas de su resurrección (Juan 21: 1 y sig.; 1 Cor. 15: 6). Mateo no relata las demás apariciones de Jesús en Jerusalén, que Lucas y Juan nos han referido en detalle. Se habían formado, en la tradición apostólica dos corrientes paralelas. Los hechos relatados por esta doble tradición no se excluyen. Es, al contrario, natural que Jesús haya aparecido a sus discípulos ante todo en Jerusalén, donde estaban reunidos el día siguiente de su muerte, después

unido y deliberado, ofrece una fuerte suma a los soldados a condición de que digan que el cuerpo de Jesús ha sido robado durante la noche por sus discípulos. Promete intervenir ante Pilato, si este asunto llegase a su conocimiento. Los soldados aceptan la propuesta. Este es el origen del rumor que corrió hasta este día entre los judíos. (12-15.)

- 11 Y yendo ellas, he aquí, algunos de la guardia yendo a la ciudad anunciaron a los principales sacerdotes todo lo acontecido. Y congregados con los ancianos y tomando consejo, dieron mucho dinero a los soldados¹⁰, diciendo: Decid: Sus discípulos viniendo de noche lo hurtaron, durmiendo nosotros. Y si esto fuere oído ante el gobernador, nosotros le persuadiremos y os sacaremos de congoja¹¹. Ellos, pues, tomando el dinero, hicieron como habían sido enseñados y fué divulgado este dicho entre los judíos hasta el día de hoy¹².

C. 16-20. APARICIÓN DE JESÚS A LOS ONCE EN GALILEA.—1.^o *La aparición de Jesús.* Los once se trasladan a Galilea al monte designado por Jesús. Se postran ante él; algunos, sin embargo, tienen dudas. (16, 17.)—2.^o *Las instrucciones de Jesús.* Jesús afirma que todo poder le pertenece; ordena a sus discípulos ir a todas las naciones, instruir, bautizar y enseñar a guardar sus mandamientos; les promete estar con ellos todos los días hasta el fin del mundo. (18-20.)

- 16 Y los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado¹³. Y viéndole, le adoraron¹⁴; mas algunos dudaron. Y allegándose Jesús, les habló, diciendo: Toda autoridad

en Galilea, su patria, donde todo les llamaba, y que, en fin, los haya vuelto a llevar a Jerusalén al acercarse Pentecostés.

10. Gr. *Suficiente dinero.*—Se ha puesto en duda esta grosera tentativa de corrupción hecha, después de deliberar, por el sanedrín. Pero, ¿cómo encontrarla extraña, después de la transacción de ese mismo cuerpo con Judas? Cuando la ceguera de la pasión y el endurecimiento de la conciencia han llegado a su colmo, todos los medios parecen buenos; el hombre, privado del socorro de Dios, entregado al poder del pecado, no retrocede ante ningún expediente.

11. Gr. *Nosotros le persuadiremos* (para que él no os inflija el castigo merecido), y os sacaremos de cualquier inquietud. La mentira que insinuaban a los soldados, ellos lo sabían, no carecía de peligro. (Véase, sobre las objeciones que se hacen referentes a este relato, 27: 66, nota.)

12. *Este rumor* (gr. *esa palabra*)

no designa la historia de esta transacción entre los miembros del sanedrín y los soldados, sino la declaración falsa de estos últimos de que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús (v. 13).

13. 26: 32; 28: 10. Parece que ordenando a sus discípulos irse a Galilea después de su resurrección, les había designado al mismo tiempo una montaña donde le encontrarían. ¿Cuál era ésta, El texto no lo dice, y todas las suposiciones que se han hecho a este respecto son inútiles. Pero lo que hay de notable, es que los más grandes sucesos de la vida del Señor, tales como el discurso con el cual inauguraba su reino como Mesías (cap. 5 a 7), la manifestación de su gloria por su transfiguración (17: 1 y sig.), y, aquí, su solemne discurso de adiós, tienen lugar sobre montañas.—Mateo sólo menciona los once discípulos de Jesús, es decir sus apóstoles, reducidos a ese número por la muerte de Ju-

- 19 me ha sido dada en el cielo y sobre la tierra¹⁵. Id, pues, instruid a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo¹⁶, enseñándoles a guardar todo

humillación, bajo su forma de siervo (Fil. 2: 7). Ahora, por su resurrección, por su regreso *al cielo*, al seno de su gloria (Juan 17: 5), entra de lleno en su divina realeza, en que todas las cosas se someten a él. (Ef. 1: 20-23; Fil. 2: 9-11). Esta potencia y esta autoridad divinas son el fundamento y garantía de la misión que va a dar a los discípulos, y cuya imposibilidad les habría espantado sin tal seguridad. (Véase también las últimas palabras de este discurso, v. 20.)

16. En esta orden suprema de Jesús a sus apóstoles y a su iglesia, cada palabra debe ser pesada.—*Id.*, dice (el texto recibido agrega la palabra *pues*, que se lee en B, la *Itala*, la *vulgata*, la vers. siriaca, y que es mantenida por Lachmann, Wetcott y Hort, B. Weiss, etc.; en todo caso ella expresa bien la relación del versículo precedente con la orden aquí dada); los discípulos de Jesús deben ir y no esperar que las naciones vengan a ellos, lo que jamás ocurriría. Y como esta orden es permanente, es la carta orgánica de la obra de las misiones.—*Instruid a todas las naciones* (Gr. *haced discípulos a todas las naciones.*) Tal es el designio de la misericordia de Dios, que es ilimitada con respecto a nuestra pobre humanidad caída. Esta orden es, pues, al mismo tiempo una promesa. (24: 14.)—Pero ¿cómo hacer discípulos a las naciones? Por estos tres medios: la *instrucción*, el *bautismo* y la *obligación moral* de poner en práctica toda la enseñanza del Salvador (v. 20). La instrucción es dirigida a *todas las naciones*; el bautismo es administrado a todos *aquellos que*, de entre esas naciones, han sido *hechos discípulos*. (El pronombre bautizándolos, en masculino, no se refiere a las naciones, sino a los discípulos.) En fin, es a estos discípulos bautizados a quienes los apóstoles deben enseñar a *guardar* todo lo que el Maestro ha ordenado. No se puede, sin embargo, inferir de estas palabras que todo deba siempre ocurrir en ese

14. La fe en la divinidad del Hijo de Dios, incierta aún y débil en el corazón de muchos, se despierta victoriosa a la vista del Salvador triunfante de la muerte (Juan 20: 28).—Una variante, en *Sin. B, D*, suprime aquí el objeto del verbo (*lo*) y dice simplemente: *adoraron*. El sentido es el mismo.

15. *Toda autoridad, en el cielo y sobre la tierra.* Hasta aquí, Jesús estaba sobre la tierra, en su estado de

das (27: 5). Pero como Jesús tenía en Galilea muchos discípulos que, sin duda alguna, se apresuraron a reunirse al saber, por los apóstoles vueltos de Jerusalén, la grande noticia de su resurrección, muchos intérpretes piensan que los once no estaban solos en esta solemne entrevista sobre el monte, e identifican esta aparición con aquella en que Jesús, según testifica Pablo, fué visto por más de quinientos hermanos en una sola vez (1 Cor. 15: 6). Les parece más fácil explicar, en esta suposición, las dudas mencionadas (v. 17). Eso es bastante verosímil: es necesario reconocer, sin embargo, que esas dudas se produjeron también en el círculo de los apóstoles. (Luc. 24: 41; Juan 20: 24 y sig.; 21: 4.) Y en nuestro relato no hay indicios claros de la presencia de otras personas que los once (v. 16). Mateo pasa enteramente por alto las apariciones de Jesús a sus discípulos en Judea y las conversaciones que tuvo allí con ellos. Pero, ¿podía ignorarlas? ¿No refiere él mismo el encuentro de Jesús con las mujeres cerca de la tumba, y las palabras que les dirigió? (v. 9.) Y todo lo que había pasado en Jerusalén entre Jesús resucitado y sus discípulos (Lucas 24 y Juan 20), ¿no fué inmediatamente conocido por todos? Estas razones llevarían a creer que el evangelista no pretende referir la primera entrevista de Jesús con sus discípulos, sino solamente esa solemne cita que de antemano les había hecho y en que debía investirles de su misión.

14. La fe en la divinidad del Hijo de Dios, incierta aún y débil en el corazón de muchos, se despierta victoriosa a la vista del Salvador triunfante de la muerte (Juan 20: 28).—Una variante, en *Sin. B, D*, suprime aquí el objeto del verbo (*lo*) y dice simplemente: *adoraron*. El sentido es el mismo.

15. *Toda autoridad, en el cielo y sobre la tierra.* Hasta aquí, Jesús estaba sobre la tierra, en su estado de

cuanto os he mandado¹⁷; y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de la edad¹⁸.

mismo orden; porque la construcción griega de la frase: *haced discípulos bautizándolos*, está lejos de establecer tal sucesión uniforme. Existe aun una variante que debería traducirse: *haced discípulos después de haberlos bautizado*. Se encuentra en B. D: Tregelles la admite en el texto. Westcott y Hort al margen. B. Weiss la prefiere. Aun sin admitir esta lección, es cierto que aquí, como en todas las cosas, el Señor deja una gran libertad a sus discípulos. Por eso vemos a los apóstoles hacer a menudo uso de esta libertad exigiendo para el bautismo, no una instrucción religiosa completa, sino simplemente la confesión de los pecados y la fe en Jesús como Salvador. (Act. 2: 38, 41; 8: 12; 16: 33; 19: 5.)—*Bautizar en el nombre* (gr. para el nombre, o en vista de ese nombre, según una partícula que marca la dirección, el fin que se propone: Rom. 6: 3; 1 Cor. 10: 2), no significa solamente bautizar por orden, con la autoridad del Ser de que se trata; sino que como su *nombre* expresa su esencia misma, todas sus perfecciones, y como *bautizar* significa *sumergir*, eso es introducir al neófito en una comunión viviente con Dios. Así bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, es bautizar con la certidumbre de que todas las gracias de que el Dios tres veces santo es manantial serán comunicadas al creyente, que es recibido por el bautismo en la comunión del Padre, fuente eterna de todo amor, de toda vida; en la comunión del Hijo, que lo ha rescatado y hace de él un miembro viviente de su propio cuerpo; en la comunión del Espíritu Santo, que lo ilumina y lo santifica. Tal es la rica y profunda significación del bautismo cristiano, que tiene por fruto la purificación y la regeneración por el Espíritu Santo. (Juan 3: 5; Tito 3: 5.)—Hallamos así en esta solemne sentencia de Jesucristo una revelación completa de Dios, tal como la iglesia lo conoce y lo adora y tal como responde él solo, a las profundas necesidades de nuestra alma.

La escritura, en efecto, no presenta las relaciones de estos tres Seres de la esencia divina como objetos de especulación, sino como la fuente de todas las gracias indispensables a la vida espiritual. (Comp. 2 Cor. 13: 13.) Quitada a la fe uno de esos nombres divinos, con los dones que él nos garantiza, y en el acto el cristiano sentirá una disminución en su fe, en su vida o en su esperanza.

17. Los dos primeros medios por los cuales los hombres se convierten en discípulos de Jesús, la instrucción y el bautismo (véase la nota precedente), deben producir inmediatamente en ellos una vida nueva que se manifiesta por la obediencia a la palabra de Jesús. *Guardar, practicar todo lo que él ha ordenado* (7: 24-28): tal es en adelante la regla suprema de su vida. Aquí también, como en el v. 18, Jesús habla con autoridad soberana: él no aconseja, él ordena.

18. Estas últimas palabras son la sanción divina de la orden que Jesús acaba de dar a sus discípulos y a la iglesia; lo único que hace posible su cumplimiento, es esta solemne promesa que les hace de estar *con ellos todos los días*, asistiéndoles con su presencia divina, obrando en ellos y por ellos, por la potencia de su Espíritu. Esta preciosa promesa, que es en sí misma una nueva prueba de su eterna divinidad, ha sido visiblemente cumplida por diez y nueve siglos y lo será *hasta la consumación de la edad*. Esta expresión (comp. 24: 3, nota) designa el fin de la economía presente, en que Cristo volverá en su gloria, reunirá sus redimidos, y elevará su reino a la perfección.—Esta última escena del evangelio de Mateo corona dignamente todo su libro, cuyo objeto era probar al pueblo de Israel la dignidad mesiánica, la realeza eterna de Jesús. Desde la primera palabra hasta la última, todos los actos y todos los discursos del Salvador referidos en este libro suministran esa prueba en una grande y viva unidad.

EVANGELIO SEGUN MARCOS

INTRODUCCION

I

¿Quién era ese Marcos, designado como autor de nuestro segundo evangelio? Hay conformidad general en identificarlo con el personaje de ese nombre mencionado en las epístolas a los Colosenses y a Filemón, y que aparece en el relato de los Actos. Judío de nacimiento (Col. 4:10, 11), se llamaba Juan (Jochanan, *el Eterno tiene misericordia*) y había agregado a ese nombre hebreo el romano de Marcos. Era de Jerusalén, donde su madre recibía en su casa las reuniones de la iglesia. Allí fué el apóstol Pedro después de haber sido libertado de la prisión (Act. 12: 12). Pedro llama a Marcos *su hijo* (1 Pedro 5: 13); se ha inferido de ahí con verosimilitud que este joven había sido llevado por el apóstol a la fe cristiana. Marcos era primo de Barnabas, el colaborador de Pablo (Col. 4: 10). Estos dos últimos, hallándose en Jerusalén en el momento mismo de la liberación de Pedro, tomaron a Marcos consigo para asociarlo a su obra (Act. 12: 25). Los acompañó desde luego a Antioquía; después en su primer viaje misionero a Asia Menor, hasta Perge de Panfilia, donde se separó de ellos para volver a Jerusalén (Act. 13: 5, 13). Desaprobandos los motivos, para nosotros desconocidos, de esta conducta, Pablo no quiso tomarlo nuevamente consigo en un segundo viaje; tuvo a este respecto una viva discusión con Barnabas y aun se separó de él para realizar con Silas el viaje que debía llevarle a Grecia (Act. 15: 36-39). Barnabas, movido por su afecto hacia Marcos, su pariente, se embarcó con él para la isla de Chipre, su patria (Act. 4: 36). Marcos se asoció luego a Pedro, su padre en la fe. Se hallaba junto a él en Babilonia cuando el apóstol escribió desde esta ciudad su primera carta (1 Pedro 5: 13). Las relaciones de Marcos con Pablo se reanudaron más tarde. Pablo le dió toda su confianza y su afecto. En las cartas que escribió en su primera y segunda cautividad, habla de él como de un auxiliar muy útil en su ministerio y fiel en compartir sus sufrimientos (Col. 4: 10; Filem. 23; 2 Tim. 4: 11). Parece, sin embargo, según el testi-

monio unánime de los más antiguos padres de la iglesia, que Marcos tuvo sobre todo relaciones continuas e íntimas con Pedro, de quien era colaborador e intérprete en sus viajes misioneros.

II

1. Esta colaboración de Marcos con el apóstol Pedro es confirmada por el contenido de nuestro segundo evangelio y arroja viva luz sobre su *origen*. Hemos citado ya (pág. 31) las palabras de Papias, referidas por Eusebio (*Hist. ecles.* III, 39). Resulta de ese testimonio que Marcos escribió "las cosas dichas o hechas por el Cristo" con arreglo a los relatos del apóstol Pedro en sus sermones, y que redactó su obra, no siguiendo el orden cronológico o de los asuntos, sino colocando los hechos conforme su memoria se los recordaba. Este testimonio de Papias que presenta las predicaciones de Pedro como la fuente de nuestro evangelio, es repetido unánimemente por Ireneo (*Eus.* V, 8), por Orígenes (*Eus.* VI, 25), por Eusebio (III, 24), por Tertuliano (*Contra Marción*, IV, 25), por Jerónimo (*Catálogo de los hombres ilustres*, 8). Tenemos además un informe independiente de los que acabamos de citar y que agrega a él algunas circunstancias importantes: "He aquí —dice Clemente de Alejandría— cuál fué el origen del evangelio de Marcos. Cuando Pedro anunciaba el evangelio en Roma por el poder del Espíritu, sus numerosos oyentes rogaron a Marcos, que lo acompañaba desde mucho tiempo atrás y que recordaba sus discursos, que escribiera las cosas que aquél refería. Marcos compuso, pues, su evangelio y lo comunicó a aquellos que se lo habían pedido; lo que habiendo sabido Pedro, no quiso ni oponerse a ese pedido, ni apoyarlo". Eusebio, que nos ha conservado este relato en su *Hist. ecles.* (VI, 4), lo confirma a su vez con todos esos detalles en otra parte de su libro (II, 15). No hay, en esta información, sino un punto oscuro y que podría suscitar alguna duda. Es la presencia de Pedro en Roma, que es afirmada por los padres de los primeros siglos, mientras que parece contraria al testimonio del Nuevo Testamento. (Comp. la Introducción a la epístola a los Romanos, 3). Aun si nos rehusamos a admitirla, no habría en ello razón para repudiar la tradición concerniente al origen del evangelio de Marcos. Pero nosotros pensamos que Pedro fué a Roma por el año 64. Nuestro evangelio habrá sido escrito por Marcos, en Roma, ese año o los siguientes.

2. Si ahora abrimos el libro mismo, ¿hallamos allí indicios que confirmen esos antecedentes históricos? Eso no parecerá dudoso a ningún lector atento. Y ante todo, que Marcos, judío de origen, haya escrito para hombres extraños a su nación, es evidente al primer golpe de vista. Mientras Mateo, que se dirige a su pueblo, le

muestra, en cada hecho de la vida del Salvador, el cumplimiento de las profecías, Marcos sólo una vez cita el Antiguo Testamento (1: 2, 3). En cambio, explica en todas partes las costumbres israelitas, lo mismo que las palabras hebreas que a veces emplea (5: 41; 7: 34; 14: 36). El evangelista tiene, pues, en vista lectores extranjeros. ¿A qué nación pertenecen?

Acabamos de ver que los padres asignan a nuestro evangelio, como lugar de origen, Roma. Se habría podido adivinar, aun sin ese testimonio, viendo todas las palabras latinas que el autor emplea. Llama *speculátor* a un soldado de la guardia de Herodes (6: 27); *centurión*, un capitán (15: 39, 44, 45); *vestes*, un vaso de seis medidas (7: 4). Traduce al latín una palabra griega (15: 16); indica también en moneda romana el valor de una pieza de plata en uso entre los judíos (12: 42).

Hemos visto asimismo que los escritores eclesiásticos más antiguos consideran los relatos evangélicos de la predicación de Pedro como la fuente de nuestro evangelio, que sería resumen de ella. Esta opinión explica una multitud de detalles que sólo pueden provenir de un testigo ocular. Marcos, mejor que los demás evangelios, pinta las situaciones, refiere las escenas de una manera dramática y hace notar la actitud y los gestos de los personajes, de Jesús en particular. El leproso sanado empieza a divulgar por todas partes ese milagro, de modo que Jesús no podía entrar ya abiertamente en la ciudad (1: 45). En el momento de sanar al hombre de la mano seca, Jesús dirige en torno a sus adversarios sus miradas con ira y tristeza (3: 5). Dos veces leemos que la multitud que se apiñaba alrededor de Jesús y de sus discípulos era tan numerosa "que ni aun tenía tiempo para comer" (3: 20 y 6: 31). Durante la tempestad, Jesús "estaba en popa sobre una almohada" (4: 38). El autor conoce el número de los cerdos que perecieron en el mar: "Había alrededor de dos mil" (5: 13). Nos enteramos de que los discípulos, en su primera misión, "ungían con aceite" a algunos enfermos a quienes curaban (6: 13). Jesús, en el momento de sanar a un sordomudo, "suspiró" y dijo en hebreo: "*Effata*, es decir, ábrete" (7: 34). Jesús acoge con amor a los niños que le son presentados, "rodeándolos con sus brazos" (10: 16). Cuando el joven rico va a él, sincero en su ilusión de haber guardado toda la ley, "Jesús, habiéndolo mirado, lo amó" (10: 21). Jesús sube por última vez a Jerusalén, "marchando delante" de sus discípulos asustados, quienes "le siguen, llenos de temor" (10: 32). El ciego de Jericó, al que Jesús llama para sanarle, "arroja su manto" y se lanza hacia él (10: 50). Por Marcos solo también conocemos el episodio de ese joven que siguió a Jesús desde Getsemaní cuando los discípulos huyeron (14: 51, 52), y sabemos que ese Simón de Cirene, que tuvo el privilegio de llevar la cruz del Salvador, era el padre de dos

hombres conocidos en la iglesia primitiva, Alejandro y Rufo (15: 21). Podríamos mencionar aún diversos detalles más, particulares de nuestro evangelio, pero los que hemos indicado son suficientes para convencernos de que el autor es efectivamente intérprete de un testigo ocular.

Ahora bien, que ese testigo ocular sea el apóstol Pedro, es lo que resulta de algunos otros indicios significativos, que nuestro evangelio encierra. Pedro ocupa en él un lugar notable y más de un relato lleva las huellas de sus recuerdos personales; pero, por otra parte, este evangelio pasa por alto todo lo que constituía una alabanza del apóstol y pone en descubierto lo que podía humillarle. En la escena de Cesárea de Felipe, Marcos no olvida ni la falta de Pedro, ni la terrible sentencia del Señor: "Vete detrás de mí, Satanás, porque no comprendes las cosas de Dios, sino las de los hombres". Pero omite esas hermosas palabras de aprobación pronunciadas algunos instantes antes: "Dichoso eres, Simón, Hijo de Jonás... Yo también te digo que tú eres Pedro y que sobre esta piedra edificaré mi iglesia" (Mar. 8: 32, 33; comp. Mat. 16: 17 y sig.). En el relato de la tempestad, no se dice que Pedro tuviese bastante fe para lanzarse al encuentro de su Maestro andando sobre las aguas (Mar. 6: 47 y sig.; comp. Mat. 14: 29 y sig.). La negación de Pedro es agravada por la mención del doble canto del gallo (Mar. 14: 30 y 72). Hechos semejantes no podrían provenir del evangelista, sino del apóstol cuyos relatos recogía.

III

Bien que tomando sus materiales de los recuerdos de la predicación de Pedro y reproduciendo fielmente los relatos del apóstol, el autor del segundo evangelio tiene, sin embargo, un *objeto* bien definido, y sigue para conseguirlo un *plan* que le pertenece. Desde la primera línea, da a su escrito este título notable: "Principio de la buena nueva de Jesucristo, Hijo de Dios". Su objeto es, pues, enteramente diferente del de Mateo, quien escribe al principio de su obra: "Libro del nacimiento de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abrahán". Marcos no tiene la intención de mostrar en la vida de Jesús el cumplimiento de las revelaciones precedentes de Dios a su pueblo. Quiere más bien poner inmediatamente de relieve la gloria y la grandeza divinas de la persona de Jesucristo, manifestándose en sus actos, más aun que en sus discursos. Sin omitir las enseñanzas del Salvador, las coloca en conversaciones que están siempre en relación directa con sus obras. Por eso la impresión producida por esas obras sobre la muchedumbre es habitualmente la de sorpresa y admiración. Este sentimiento se desborda en cada detalle del relato. El autor mismo está enteramente penetrado de él: "Y todos estaban estupefactos"

(1: 27); "y la ciudad entera estaba reunida en la puerta" (1: 33); "de tal modo que no podía ya entrar públicamente en la ciudad" (1: 45); "de manera que todos ellos estaban fuera de sí, como en éxtasis" (5: 42), etc. (Véase F. Godet, *Estudios bíblicos*, 2da. serie, p. 35.)

Haciendo pasar ante sus ojos una serie de cuadros llenos de frescura y de vida, Marcos despierta en el alma del lector sentimientos análogos a los que se complace en notar en la multitud espectadora de los hechos del Cristo. La divina figura del Salvador de los hombres domina la narración y aparece en toda su grandeza.

La marcha seguida por nuestro evangelista es muy sencilla. No agrupa sus materiales, como Mateo, según el orden pragmático. No tiene, como Lucas, preocupaciones de historiador exacto y preciso. Nos describe el primer desarrollo de la actividad del Cristo en Capernaúm y en las márgenes del lago de Genezaret; nos muestra el entusiasmo que ella excita, pero también la oposición que luego encuentra. Esta oposición va creciendo; opera una división en la multitud y agrupa alrededor de Jesús un pequeño número de adherentes fieles: ella obliga por fin a Jesús a retirarse; en esas retiradas sucesivas se consagra Jesús a la educación de los discípulos que le han seguido. Después de habernos delineado ese cuadro del ministerio de Jesús en Galilea, el evangelista nos lo muestra dirigiéndose hacia Jerusalén, donde entra triunfante, lucha en el templo, es condenado y crucificado, resucita el tercer día.

Aunque este plan general no presente en el detalle articulaciones bien definidas, se puede, sin embargo, indicar las siguientes divisiones:

INTRODUCCION

Juan el Bautista. Bautismo y tentación de Jesús. (1: 1-13.)

EL MINISTERIO DE JESÚS EN GALILEA

I. *Cuadro de la actividad del Cristo.* La predicación del reino; vocación de cuatro discípulos. Jesús en Capernaúm: enseñanza en la sinagoga. Curaciones de un endemoniado, de la suegra de Pedro, de numerosos enfermos. Jesús en oración. Recorre Galilea; sana un leproso; su fama se extiende. 1: 14-45.)

II. *Oposición creciente de los fariseos.* Al regreso de Jesús a Capernaúm, ella se manifiesta con ocasión de la curación de un paralítico, de la vocación de Leví y de dos violaciones del reposo sabático (2: 1 a 3: 6.)

III. *Primera retirada de Jesús.* Siempre seguido por la multitud, se retira a las márgenes del lago, donde obra curaciones; al monte, donde elige a los doce; a la casa, donde rechaza las calumnias de sus adversarios y los esfuerzos de los suyos para retenerle. Enseña en parábolas. Calma la tempestad. Sana a un endemoniado entre los gadarenos. De regreso a Capernaúm, sana a una mujer y resucita la hija de Jairo. En Nazaret, encuentra incredulidad. (3: 7 a 6: 6.)

IV. *Misión de los doce y retirada al otro lado del lago.* Jesús dirige un llamamiento al pueblo enviando los doce. Herodes hace matar a Juan el Bautista. Cuando los doce regresan, Jesús los conduce aparte a la otra orilla. Las muchedumbres se le reunen nuevamente, multiplica los panes. Anda sobre el mar. Hace curaciones en el país de Genezaret. (6: 7-56.)

V. *Ataque de los fariseos y de los escribas de Jerusalén. Retirada a Tiro y a Sidón.* Jesús interrogado sobre la tradición, censura las prácticas de los fariseos. Se traslada al territorio de Tiro: la mujer cananea. Vuelve a Galilea por Decápolis: curación de un sordomudo; segunda multiplicación de los panes. (7: 1 a 8: 10.)

VI. *Nuevo ataque de los fariseos. Jesús en Cesarea de Felipe. La transfiguración.* Los fariseos piden una señal del cielo. La levadura de los fariseos. Jesús, después de haber sanado a un ciego en Betsaida, se retira a Cesarea de Felipe. Pedro lo reconoce como Mesías. Jesús es transfigurado. Sana a un endemoniado. Vuelve a Galilea, anunciando a sus discípulos sus sufrimientos y su muerte, y dándoles instrucciones sobre la verdadera grandeza y sobre los escándalos. (8: 11 a 9: 50.)

LA PASIÓN DE JESÚS EN JERUSALÉN

I. *En camino hacia Jerusalén.* En Perea responde Jesús a una pregunta de los fariseos sobre el divorcio, bendice los niños, conversa con el joven rico y habla a sus discípulos sobre la herencia de la vida eterna. Anuncia su muerte y su resurrección. Pedido de los hijos de Zebedeo. El ciego Bartimeo sanado a la salida de Jericó. (10: 1-52.)

II. *La entrada real.* Entrada en Jerusalén. Regreso a Betania. La higuera maldita. Los vendedores expulsados del templo. Los principales deliberan. Conversación sobre el poder de la fe. (11: 1-26.)

III. *La lucha en el templo.* Ataque oficial del sanedrín: la autoridad de Jesús; parábola de los viñadores; la piedra del ángulo. Preguntas sobre el tributo a César, la resurrección, el mayor mandamiento. Jesús pregunta: ¿De quién es hijo el Cristo?

Censura a los escribas y admira a una pobre viuda. (11: 27 a 12: 44.)

IV. *El discurso sobre los últimos tiempos.* Los discípulos hacen a Jesús admirar los edificios del templo. Él anuncia su ruina; luego, sentado en el monte de los Olivos, predice los acontecimientos que precederán el fin, la destrucción de Jerusalén y el advenimiento del hijo del hombre. Exhorta a la vigilancia. (13: 1-37.)

V. *El adiós de Jesús a los suyos.* Banquete de Betania. La traición de Judas. El banquete de la pascua y la institución de la cena. (14: 1-26.)

VI. *Getsemaní.* Agonía de Jesús. Su arresto. (14: 27-52.)

VII. *El proceso.* Jesús ante las autoridades judías; negación de Pedro. Jesús ante Pilato. (14: 53 a 15: 20.)

VIII. *La muerte de Jesús.* Su crucifixión. Su sepultura. (15: 21-47.)

IX. *La resurrección y la ascensión de Jesús.* (Cap. 16.)

EVANGELIO SEGUN MARCOS

INTRODUCCIÓN

Juan el Bautista y Jesucristo.

1-13. MINISTERIO DE JUAN. BAUTISMO Y TENTACIÓN DE JESÚS.—1.º *Título.* Éste es el principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. (1.)—2.º *La aparición de Juan el Bautista.* a) *El predicador del arrepentimiento.* Cumpliendo la profecía, aparece Juan bautizando y predicando el arrepentimiento. La afluencia hacia él es grande. Su vestido y su alimento. 2-6.)—b) *El precursor del Mesías.* Juan proclama la venida de uno más poderoso que él, cuya superioridad reconoce humildemente; él bautizará con Espíritu Santo. (7-8.) 3.º *El bautismo y la tentación de Jesús.*—a) *El bautismo.* El evangelista señala el momento en que Jesús deja su retiro de Galilea y va a hacerse bautizar por Juan en el Jordán. Jesús, saliendo del agua, ve henderse los cielos, descender el Espíritu como una paloma. Una voz del cielo se dirige a él y le proclama el Hijo amado de Dios. (9-11.)— b) *La tentación.* Luego el Espíritu lleva a Jesús al desierto. Allí es tentado por Satanás durante cuarenta días, rodeado de fieras, servido por los ángeles. (12-13.)

I. Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios¹. Con-

1. Comp. Mat. cap. 3 a cap. 4: 11; Luc. cap. 3 a cap. 4: 13.—Este libro contiene: *el evangelio*, la buena nueva de Jesucristo, que es su objeto.—Mateo (1: 1) abre su libro con un título análogo; pero, conforme a su objeto, que era el de anunciar a los judíos el mesiazgo de Jesucristo, le llama "hijo de David, hijo de Abraham". Marcos que da a su libro un destino más universal, llama a Jesús *Hijo de Dios*, atribuyéndole así desde luego su dignidad divina. Tischendorf (8ª edic.) omite estas palabras *Hijo de Dios*, según Sin., Ireneo, Origenes, etc.; pero como se leen en todos los demás manuscritos y todas las versiones antiguas, deben ser conservadas.—Muchos intérpretes modernos, siguiendo a Bengel, hacen de las palabras del v. 1: *Principio del evangelio de Jesucristo,*

el título de todo el libro. (Comp. un título análogo Oseas 1: 2, en la versión griega.) Es la construcción más simple. El segundo versículo se une a lo que sigue y empieza el relato de la aparición de Juan el Bautista.—Otros aplican esas palabras al ministerio de Juan el Bautista solo; dos construcciones son posibles en este caso: 1º considerar los v. 2 y 3 como un paréntesis y traducir: *el principio del evangelio... fué Juan bautizando y predicando.* (v. 4.) 2º sobrentender el verbo *ser*, entre el v. 1 y el v. 2: *El principio del evangelio... fué según está escrito.* Con el v. 4 empezaría una nueva proposición.—La iglesia primitiva consideraba el ministerio de Juan el Bautista como el punto de partida de la obra de nuestra redención (Act. 1: 22). Marcos querría expresar esa idea.

forme está escrito en Isaías el profeta²: “He aquí, envío a mi mensajero ante tu rostro, el cual aparejará tu camino³; voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos⁴; fué Juan, el que bautizaba en el desierto, predicando bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados⁵. Y salía a él toda la región judía y todos los hierosolimitanos, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados⁶. Y estaba Juan vestido de pelos de camello y de un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre⁷. Y predicaba, diciendo: Viene detrás de mí el más fuerte que yo, del cual no soy digno de desatar, encorvándome, la correa de sus zapatos. Yo os he bautizado con agua; mas él os bautizará con Espíritu Santo⁸.

2. El texto recibido, con A. y algunas *mayúsc.* dice aquí: *en los profetas*, contrariamente a los demás decisivos testimonios. Es una corrección muy antigua (Ireneo ya la tiene), juzgada necesaria porque el evangelista va a citar dos profetas (v. 2 y 3). ¿Se debe, por eso, atribuirle un defecto de memoria? ¿No puede admitirse que, teniendo la intención de citar la profecía tan conocida de Isaías, escribe desde luego el nombre de este profeta, y luego que, recordando otra predicción que conviene igualmente a su objeto, cita esta última en primer lugar?

3. Mat. 3: 1. Véase, sobre esta profecía, Mat. 11: 10, nota; Luc. 7: 27, nota.

4. Isa. 40: 3. Véase Mat. 3: 3, nota.

5. Sobre este *desierto*, véase Mat. 3: 1, 3ª nota.—Juan no predicaba solamente, un *bautismo*; predicaba la ley que debía despertar en las almas el sentimiento del pecado y hacerles desear ese bautismo, que desde entonces era verdaderamente para ellos un bautismo de *arrepentimiento*, palabra que designa no solamente el dolor y la humillación del pecado, sino el *cambio* de disposiciones morales que resulta de ellos. (Comp. Mat. 3: 2, 1ª nota.) Ese bautismo de arrepentimiento debía tener por resultado la *remisión* o el *perdón de los pecados*. No que Juan mismo procurase a los que él bautizaba el perdón de sus pecados, sino que anunciaba la venida muy cercana de Aquel que tiene la autoridad de perdonarlos y bautiza con el Espíritu Santo. (Véa-

se, sobre el bautismo de Juan comparado con el de Jesucristo, Mat. 3: 11, 4ª nota.)

6. Véase Mat. 3: 6, nota. El texto recibido hace decir aquí al evangelista: “*todos* eran bautizados por él,” lo que es un error, pues entre esa multitud que aflujía al Jordán, muchos, sin duda, estaban poco preparados para recibir el bautismo del arrepentimiento, y a éstos Juan no bautizaba seguramente.—Estas palabras: *confesando sus pecados*, no implican que cada uno de esos numerosos israelitas hiciera al profeta el relato detallado de sus faltas, sino que todos se reconocían pecadores y se humillaban ante Dios. Sin *confesión* no hay verdadero arrepentimiento.

7. Véase Mat. 3: 4, nota. Cuanto más grande es la corrupción del siglo, tanto más importa que los siervos de Dios den el ejemplo del renunciamiento a sí mismos. Predican por su vida aun más que por sus palabras.

8. Véase Mat. 3: 11. El primero y el tercer evangelios refieren con más detalles la predicación de Juan el Bautista; el relato de Marcos, más abreviado que el de aquéllos y asemejándose mucho a ellos en los términos que emplea, contiene rasgos característicos que le son propios. Así estas palabras: *encorvándome* (v. 7), que tan bien describe la humilde actitud de Juan ante el Señor; así también, al anunciar que Jesús bautizará con el Espíritu Santo, Marcos no agrega: y *con fuego*.— Esta

9 Y aconteció en aquellos días que fué Jesús de Nazaret de Galilea, y fué bautizado en el Jordán por Juan. Y luego, subiendo del agua, vió hendididos los cielos, y al Espíritu como pailoma descendiendo sobre él; y una voz vino de los cielos: Tú eres mi Hijo amado, en ti me agrado⁹.

12, 13 Y luego el Espíritu le impele al desierto. Y estuvo en el desierto cuarenta días tentado por Satanás, y estaba con las fieras; y los ángeles le servían¹⁰.

profecía de Juan, relativa al bautismo del Espíritu Santo que debía administrar el Savador, demuestra que el precursor era iniciado en la naturaleza espiritual de su reino; ninguna señal exterior señalará su advenimiento; sólo el alma fiel reconocerá la grandeza de Jesucristo sobre todos sus siervos y la necesidad absoluta de ese bautismo del Espíritu, sin el cual todo quedaría muerto en ella.

9. Véase, sobre el bautismo de Jesús, Mat. 3: 13-17; Luc. 3: 21, 22 notas. Aquí también, Marcos, en su relato abreviado, conserva detalles que le son propios: *en el Jordán*; vió los cielos *henderse* o desgarrarse, expresión enérgica que pinta la escena; en fin, en Marcos como en Lucas, la voz divina se dirige directamente a Jesús: *Tú eres mi Hijo amado, en ti hallo mi placer*. Esta redacción da muy probablemente la forma original del dicho divino. Jesús mismo debió recibir este solemne testimonio de que era el *Hijo amado* del Padre, puesto que se había humillado aceptando ese bautismo de los pecadores y había sido, en cambio, llenado del Espíritu de Dios sin medida. Por eso él es el sujeto del verbo: *vió* los cielos *henderse*. Juan fué, sin em-

bargo, testigo de la manifestación divina. (Comp. Juan 1: 32.)

10. Véase Mat. 4: 1-11, notas. Marcos relata en estas pocas líneas la historia de la tentación cuyos detalles completos dan Mateo y Lucas. Y, sin embargo, es inexacto afirmar como se ha hecho, que el relato de Marcos sería incomprensible sin los otros dos. Contiene, al contrario, todos los detalles principales de ese drama moral, en la medida que nos es posible comprenderlo: la soledad del *desierto*, los *cuarenta días*, la acción de *Satanás*, el socorro de los *ángeles*. Contiene aún más de un rasgo original. Así, esta expresión enérgica: el Espíritu le *impele* (gr. *le expulsa*) al desierto; también esta mención de las *fieras*, que da a toda la escena un carácter único de soledad, de abandono y de peligro. Marcos, lo mismo que Lucas, dice que Jesús fué tentado durante todo el tiempo de su estancia en el desierto mientras que Mateo coloca la tentación al término de los cuarenta días. En el curso de sus meditaciones solitarias Jesús fué asaltado por ideas contrarias a la voluntad divina, que se resumieron y se concentraron en los tres asaltos supremos que Mateo y Lucas nos han relatado.

EL MINISTERIO DE JESÚS EN GALILEA

1. Bosquejo de la actividad de Jesús.

A. 14-20. LA PREDICACIÓN DEL REINO DE DIOS. VOCACIÓN DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS.—1.º *Regreso a Galilea y principio del ministerio de Jesús.* La prisión de Juan hace volver a Jesús a Galilea. Resumen de su predicación: advenimiento del reino de Dios, arrepentimiento, fe. (14-15.)—2.º *Vocación de los cuatro primeros discípulos.* Pasando por las márgenes del lago, invita Jesús a Simón y Andrés, luego a Jacobo y Juan, a seguirle. Estos dejan a Zebedeo, su padre, con sus jornaleros. (16-20.)

14 Y después de ser Juan entregado, fué Jesús a Galilea¹¹,
15 predicando el evangelio de Dios¹², y diciendo: El tiempo está
cumplido, y se ha acercado el reino de Dios; arrepentíos, y
creed en el evangelio¹³.

16 Y pasando a lo largo del mar de Galilea, vió a Simón, y a
Andrés el hermano de Simón, echando una red al mar, pues eran
17 pescadores. Y díjoles Jesús: Venid en pos de mí, y os haré llegar
18 a ser pescadores de hombres. Y luego, dejando las redes, le si-
19 guieron. Y siguiendo un poco, vió a Jacobo, el [hijo] de Zebe-
20 deo, y a Juan su hermano, también ellos en el barco, remen-
dando las redes. Y luego los llamó; y dejando a su padre Ze-
bedeo en el barco, con los jornaleros, fueron en pos de él¹⁴.

11. Comp. Mat. 4: 12-25; Luc. 4: 14, 15.—Véase, con relación a este regreso de Jesús a Galilea, y al motivo indicado, Mat. 4: 12, 13, notas, y Juan 3: 24, nota.

12. El texto recibido dice: "el evangelio del reino de Dios." Las palabras en bastardilla no son auténticas, pero la idea que expresan se encuentra en el versículo siguiente. Mateo (4: 23) dice: "el evangelio del reino." Marcos resume la predicación de Jesucristo en esta hermosa expresión: el *evangelio de Dios*, es decir la buena nueva de la salvación cuyo autor es Dios. (Comp. v. 1 y Rom. 1: 1, 16.) Las palabras que siguen dirán cómo se apropia el hombre pecador las riquezas de este evangelio.

13. El tiempo entonces cumplido era la gran época determinada por Dios, anunciada por los profetas, esperada y deseada por los creyentes del antiguo pacto, el tiempo de la salvación. (Comp. Gál. 4: 4.)—En-

tonces fué cuando el Salvador empezó a fundar sobre la tierra el *reino de Dios*. (Véase sobre este término Mat. 3: 2, nota.) El medio de entrada en ese reino espiritual es, para el hombre pecador, *arrepentirse o convertirse* (términos que no dan, ni uno ni otro, la idea del original, expresada en Mat. 3: 2, 2ª nota) y *crear al evangelio*. Esta doble experiencia del arma humana: el sentimiento profundo y doloroso del pecado, y la fe del corazón que abarca todos los tesoros de la gracia ofrecidos por el evangelio, es ordinariamente simultánea; es una misma obra del Espíritu de Dios en ella.—Marcos solo ha conservado este resumen tan rico y tan completo de la predicación de Jesucristo, que contiene en germen todas las enseñanzas del evangelio.

14. Véase, sobre este relato, Mat. 4: 18-22, notas. Marcos solo ha conservado este detalle característico, que los dos hijos de Zebedeo dejan

B. 21-39. ESTANCIA EN CAPERNAÚM Y VIAJE DE EVANGELIZACIÓN POR GALILEA.—1.º *El endemoniado en la sinagoga.* Luego de su llegada a Capernaúm, entra Jesús en la sinagoga; es un sábado; enseña, y todos están sorprendidos de su doctrina, cuando un hombre poseído de un espíritu impuro clama: "¿Has venido a perdernos? sabemos quién eres: el Santo de Dios." Jesús ordena al espíritu que se calle y salga de ese hombre, obedece después de haber agitado violentamente al poseído y lanzado un agudo grito. Esta curación provoca el asombro y las discusiones de los testigos. La fama de Jesús se extiende. (21-28.)—2.º *La suegra de Simón.* En la casa de Simón y de Andrés, sana Jesús de la fiebre a la suegra de Simón, tomándola por la mano. Ella les sirve. (29-31.)—3.º *Curaciones en la tarde.* Después de puesto el sol, sana Jesús, a la puerta de la casa, a numerosos enfermos; prohíbe a los demonios proclamar quién es. (32-34.)—4.º *Recogimiento matinal y viaje de evangelización.* El día siguiente, muy de madrugada, Jesús se traslada a un lugar desierto para orar. Sus discípulos le persiguen en su retiro, haciéndole saber que todos lo buscan. Jesús les declara que debe ir a predicar a las aldeas circunvecinas. Empieza a recorrer Galilea. (35-39.)

21 Y entran en Capernaúm; y luego, entrando en sábado en la
22 sinagoga, enseñaba¹⁵. Y se asombraban por su enseñanza, pues
les estaba enseñando como teniendo autoridad, y no como los es-
23 cribas¹⁶. Y luego hubo en su sinagoga un hombre con espíritu
24 impuro¹⁷, y exclamó, diciendo: ¿Qué tenemos nosotros contigo,
Jesús nazareno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres: el San-
25 to de Dios¹⁸. Y Jesús lo reprendió, diciendo: Enmudece y sal

a su padre en el barco con los jornaleros. ¿Debe deducirse de ello que este abandono de su padre podía así justificarse mejor a los ojos de los hijos y parecerles menos violento? ¿Debe admitirse al contrario que el negocio de Zebedeo se hacía al por mayor y que el sacrificio de sus hijos debió serle tanto más oneroso? Estas preguntas y otras semejantes no hallan respuesta alguna en el texto.

15. Véase sobre *Capernaúm* o, como dicen los más antiguos manuscritos, *Cafarnaúm*, Mat. 4: 13, nota, y sobre la *sinagoga* de los judíos, Mat. 4: 23; Luc. 4: 15, notas. Mateo (8: 5) y Lucas (4: 31) señalan de un modo más preciso esta llegada de Jesús a Capernaúm, donde realiza la curación que sigue (v. 23 y sig.).

16. Mateo coloca esta observación sobre la autoridad de la enseñanza de Jesús a continuación del sermón del monte (7: 28, 29, nota), donde la aplicación no es menos apropiada.

Lucas (4: 32) hace una observación semejante en la misma ocasión que Marcos.

17. Comp. Luc. 4: 33-37.—Es decir que estaba en poder de ese espíritu. (Comp. 5: 2; y, por otra parte, 12: 36; Luc. 4: 1, 14, donde la misma expresión designa la acción del Espíritu Santo.) Impuro, porque pertenecía al reino de las tinieblas, del mal. Véase, sobre los *endemoniados*, Mat. 8: 28, nota. Con la palabra *luego* colocada al principio, el narrador indica que Jesús, después de haber desplegado su poder en la enseñanza, tuvo ocasión de mostrarlo sin pérdida de tiempo en una curación.

18. Según el texto recibido, las palabras del endemoniado empezarían con esta exclamación: *¡ah! o ¡dija!* ¡déjanos en reposo! Esta palabra es tomada de Lucas (4: 34.) Las dos preguntas que siguen expresan el mismo sentimiento, el de no querer tener nada que hacer con Jesús, *venido para perder*, destruir el reino de las tinieblas. Los endemoniados

26 de él¹⁹. Y agitándole el espíritu impuro, y clamando con grande
27 voz, salió de él²⁰. Y se asombraron todos, de modo que disputa-
ban entre sí, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Una enseñanza nueva
con autoridad! ¿Aun a los espíritus impuros ordena, y le obede-
28 cen!²¹. Y se extendió su fama luego por todas partes en todos
los alrededores de Galilea²².

29 Y luego saliendo de la sinagoga, fueron a casa de Simón y
30 Andrés con Jacobo y Juan. Y la suegra de Simón estaba acos-
31 tada con fiebre, y luego le hablan de ella. Y allegándose, la le-
vantó cogiéndola de la mano; y dejola la fiebre, y les servía²³.

32 Mas llegada la tarde, cuando se puso el sol llevaban a él
33 todos los enfermos y los endemoniados²⁴; y la ciudad entera es-

saben eso (comp. Mat. 8: 29), por-
que saben que Jesús es el Santo de
Dios, el que Dios ha santificado
(Juan 10: 36), el SANTO por exce-
lencia. (Act. 4: 27; Apoc. 3: 7.) El
contraste absoluto que hay entre es-
ta santidad de Jesús y los espíritus
impuros es, pues, lo que constituye
el tormento de los últimos, y es ne-
cesario observar que éste no habla
solamente en su propio nombre, sino
en nombre de todos sus semejantes:
tú y nosotros; sabemos. El texto re-
cibido con A, B, C, D, dice: sé. Unos
rechazan esta lección como tomada
de Lucas; otros piensan que la lec-
ción: sabemos es una corrección des-
tinada a poner de acuerdo este verbo
con nosotros que precede.

19. Jesús dirige la palabra al de-
monio y lo distingue positivamente
así del hombre a quien ese demonio
hacía hablar: sal de él. Si esa in-
fluencia demoníaca no hubiera sido,
pues, más que un prejuicio popular,
Jesús evidentemente habría partici-
pado de ese prejuicio.—El silencio
que Jesús impone al demonio se re-
fiere sobre todo a la confesión que
este último acaba de hacer: Tú eres
el Santo de Dios. El Salvador rechaza
así un testimonio que le viene del
reino de las tinieblas (comp. Act. 16:
18), de lo que pronto sacarían un
argumento contra él (Marc. 3: 22).

20. Último paroxismo del mal, an-
tes de la curación, último esfuerzo
del furor del demonio que se siente
vencido. (Comp. 9: 26; Luc. 9: 42.)

21. El texto recibido dice: "¿Qué
es esto? ¿Qué nueva doctrina es es-
ta? Manda con autoridad, etc." Esa

lección es imitada de Lucas. La re-
lación con el v. 22 obliga a referir
"con autoridad" a "enseñanza". Al-
gunos traducen: "Una enseñanza
nueva en autoridad" o "por la au-
toridad que se despliega." Los espec-
tadores establecen una relación en-
tre la autoridad de la palabra y el
poder que se demuestra en el hecho.
Deducen de ahí con razón que la ma-
nifestación de ese poder, que liberta
las almas del reino de las tinieblas,
supone una enseñanza nueva, una
nueva revelación. Revelación y re-
dención, profecía y milagro estaban
para los israelitas en íntima rela-
ción.

22 Según unos, en los países ve-
cinos de Galilea; según otros, en la
comarca galilea que circunda a Ca-
pernaúm.—El relato de esta curación
es uno de los trozos comunes a Mar-
cos y a Lucas que no se hallan en
Mateo.

23. Comp. Mat. 8: 14-17; Luc. 4:
38-44.—Este último evangelista, lo
mismo que Marcos, indica que Jesús
hizo esta curación a pedido de sus
discípulos. Mientras Marcos dice que
luego le hablan de ella, Lucas indica
que le interrogaron o le consultaron
respecto de la enferma. Así se acos-
tumbraban a recurrir a él en todas
sus angustias.—El texto recibido di-
ce: luego la fiebre la dejó. La mayor
parte de los críticos omiten la pa-
labra luego, conforme a Sin., B. C.

24. Esperaron, para traerle sus
enfermos, que el sol se hubiese pue-
sto, es decir que el sábado hubiese
pasado, porque consideraban que ha-
bría sido violar el reposo de ese día.

34 taba reunida a la puerta²⁵. Y sanó a muchos enfermós de di-
versas enfermedades, y expulsó muchos demonios; y no dejaba
a los demonios hablar, porque le conocían²⁶.

35 Y por la mañana, muy de noche aun, levantándose salió y
36 fué hacia un lugar desierto, y allí oraba²⁷. Y persiguióle Simón
37 y los que con él estaban, y le hallaron; y le dicen: Todos te bus-
38 can²⁸. Y les dice: Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos
39 para que también allí predique, pues para eso he salido²⁹. E
iba predicando en sus sinagogas por Galilea entera, y expul-
sando los demonios³⁰.

C.40-45. CURACIÓN DE UN LEPROSO.—1.º *La curación.* Un leproso va a su-
plicarle que le limpie. Jesús le toca y le sana. (40, 41.)—2.º *Una prohibición*

(Comp. Juan 5: 10.)—Es necesario
notar que los evangelistas distinguen
los enfermos (gr. *los que se halla-
ban mal*) de los endemoniados. (Véa-
se sobre estos últimos Mat. 8: 28,
nota, y comp. sobre esta distinción
v. 34; Mat. 8: 16.)

25. *La ciudad* de Capernaúm (v.
21). *Toda* la ciudad significa la ma-
yor parte de sus habitantes (comp.
Mat. 3: 5), que se apretaban a la
puerta de la casa donde Jesús se
hallaba.

26. Es inexacto traducir: "no per-
mitiendo a los demonios decir que le
conocían." Les impone silencio para
impedirles hablar de él, porque le co-
nocían y entonces le habrían dado
un testimonio que Jesús rechaza.
(Comp. 25, nota.)—Este pasaje (v.
32-34) muestra cuántos milagros
realizó Jesús que no están referidos
en los evangelios. Juan (20: 30) mis-
mo hace la observación y muchos
otros pasajes de los evangelios hacen
alusión a numerosas curaciones que
no son más que indicadas. (Mat. 4:
23; 8: 16; 9: 35; 12: 15; 14: 36;
15: 30; Mar. 3: 10; 6: 56; Luc. 4:
40; 6: 19, etc.) Toda la actividad de
Jesús igualmente ha sido infinita-
mente más amplia que lo que refie-
ren nuestros relatos evangélicos.

27. Marcos y Lucas solos tienen es-
te relato (v. 35-39). El primero ha
conservado diversos detalles que le
son peculiares.—Salió de su casa
donde había realizado las curaciones
que preceden (v. 33). Se retira a
un lugar desierto para empapar su
alma en la comunión de Dios, su Pa-
dre: allí oraba. Esta mención de las

oraciones de Jesús, que aparece con
bastante frecuencia en los evange-
lios, ilumina con viva luz las rela-
ciones de Jesús con su Padre duran-
te el tiempo de su humillación sobre
la tierra. El tenía necesidad de la
oración: ¡cuánto más sus pobres dis-
cípulos!

28. *Los que estaban con él* (Si-
món), eran sus condiscípulos nom-
brados en el v. 29. Ellos fueron en
su busca (gr. *le persiguieron*) con
la intención de traerle nuevamente
hacia la multitud que le había rodea-
do la víspera: Todos te buscan, Je-
sús se deja turbar en su retiro y su
recogimiento; y si no se rinde a los
deseos de ellos, es para llevar a otra
parte su actividad (v. 38).

29. *Salido* de su casa (v. 35) con
la intención de dejar por algún tiem-
po Capernaúm, a fin de predicar en
los diversos pueblos de Galilea. Tal
es el primer sentido que se ofrece al
espíritu conforme al contexto, ad-
mitido por muchos intérpretes. Otros
piensan que esa palabra significa:
para eso he salido del seno del Pa-
dre y venido al mundo (Juan 8: 42),
es decir para predicar el evangelio
en todas partes. Pero ese verbo sin
complemento no tiene jamás esa sig-
nificación. No le ha sido atribuida
más que para poner nuestro pasaje
en armonía con Lucas (4: 43) que
dice: "Para eso he sido enviado."
La misma preocupación ha dado na-
cimiento a una variante muy exten-
dida que dice: "Para eso he venido."

30. *Predicar* la verdad divina y
hacer el bien destruyendo el reino

no observada. Jesús le despide luego, prohibiéndole severamente hablar de su curación y ordenándole que se muestre al sacerdote para ajustarse a las prescripciones de la ley. Pero ese hombre va a divulgar por todas partes lo que le ha sucedido, de modo que Jesús no puede ya mostrarse en la ciudad. (42-45.)

- 40 Y viene a él un leproso, rogándole y arrodillándose a él, y
41 diciéndole: Si quieres, puedes limpiarme³¹. Y teniendo lástima, extendiendo su mano le tocó, y le dice: Quiero, sé limpiado³².
42, 43 Y luego se fué de él la lepra y fué limpiado³³. Y Jesús, ha-
44 blándole severamente, lo echó luego³⁴, y le dice: Mira, a nadie digas nada, sino ve, muéstrate al sacerdote y ofrece por tu limpieza lo que ordenó Moisés, para testimonio a ellos³⁵. Mas él, saliendo, empezó a publicar mucho y a divulgar el hecho³⁶; de

de las tinieblas, tal era la doble actividad de Jesús; comp. Mat. 4: 23.

31. Véase, sobre esta curación, Mat. 8: 2-4, notas, y comp. Luc. 5: 12-16.—Mateo la coloca inmediatamente después del sermón del monte, mientras que Lucas (5: 12-16) la pone después de la pesca milagrosa. Aun aquí, Marcos tiene en particular diversos rasgos que deben observarse.—B, D, omiten las palabras: y arrodillándose.

32. *Teniendo lástima.* Marcos solo ha hecho notar esa simpatía profunda que siente Jesús hacia el leproso.

33. Los tres sinópticos relatan la curación inmediata (*luego*) del leproso. Mateo, del punto de vista legal, dice: *su lepra fué limpiada*; Lucas, del punto de vista humano: *la lepra le dejó*; Marcos combina ambos pensamientos y dice: *la lepra le dejó, y fué limpiado*.

34. Mientras Mateo y Lucas mencionan una simple prohibición hecha al leproso de referir su curación (comp. sobre las causas de esa prohibición Mat. 8: 4, nota), Marcos se sirve de expresiones difíciles de conciliar con la compasión que Jesús acaba de demostrar a ese desdichado (v. 41) gr. *hablándole severamente o haciéndole severas amenazas, le expulsó inmediatamente*. Se ha dicho (Meyer, Lange) que Jesús obraba así porque el leproso había violado la ley introduciéndose en una casa o una sinagoga (v. 39), y que después de haber dado expansión a su compasión y liberado al enfermo,

quería también restaurar y sancionar el orden legal. Eso no es muy satisfactorio y no concilia el contraste entre ambos modos de obrar. Se encuentra la misma severa prohibición con *amenaza* dirigida a ciegos a quienes Jesús acababa de curar (Mat. 9: 30) y que no habían transgredido ninguna ley. ¿No podría deducirse de ello que el sentimiento de indignación, el *estremecimiento* (sentido del original) que Jesús experimentaba en esas ocasiones, no era causado por los enfermos que iban a divulgar sus milagros sino por la oposición y la enemistad de los adversarios, siempre en acecho para hallar en ellos ocasión de acusarle? En el caso del leproso, el sacerdote podía estar irritado contra Jesús por haber permitido a ese hombre, atacado por una enfermedad contagiosa y legalmente impura, acercarse a él

35. Véase Mat. 8: 4, nota.

36. Gr. "a divulgar *la palabra*," por lo que algunos entienden el dicho que Jesús le había dirigido (v. 41), mientras que otros toman esa palabra en su sentido hebraico: *la cosa, el asunto*. Han propuesto también entenderla, como 2: 2, de la palabra del reino, de la buena nueva, de la misericordia de Dios manifestada en Jesús. Pero, ¿podía el pobre leproso ser transformado inmediatamente en predicador del evangelio, y no muestra el contexto que se trata del hecho que Jesús le había prohibido divulgar? Se comprende que al leproso sanado fuese muy difícil contener la

modo que no podía él ya, entrar abiertamente en una ciudad, sino que estaba fuera, en lugares desiertos e iban a él de todas partes³⁷.

2. Oposición creciente de los fariseos.

A 1-12. CURACIÓN DE UN PARALÍTICO.—1.^o *La llegada.* Habiendo entrado Jesús en Capernaúm, la casa en que se aloja es en el acto invadida por una gran multitud a la que anuncia el evangelio. Se le lleva un paralítico; pero los que le llevan, no pudiendo acercarse a él a causa de la multitud, suben al techo de la casa, bajan el lecho sobre el que el paralítico está acostado, y le depositan a los pies de Jesús. (1-4.)—2.^o *El escándalo.* Jesús dice al paralítico: Tus pecados te son perdonados. Pero algunos escribas que se hallan allí murmuran contra él y le acusan de blasfemia. (5-7.)—3.^o *La justificación.* En el acto Jesús, penetrando en los pensamientos de ellos, prueba a esos adversarios que él tiene el poder de perdonar: ordena al paralítico levantarse e irse a su casa. (8-11.)—4.^o *El efecto producido.* En el mismo instante el paralítico se levanta, toma su lecho y sale en presencia de todos. Al verlo, la muchedumbre da gloria a Dios. (12.)

- II. Y entrando otra vez en Capernaúm después de [algunos] 2 días, se oyó: Está en casa¹. Y se congregaron muchos, de modo que no cabían ya ni aun en el espacio junto a la puerta; y les 3 hablaba la palabra². Y vienen trayendo a él un paralítico, traído 4 por cuatro³. Y no pudiendo traerle a él por causa de la multi-

efusión de su reconocimiento y de su gozo; pero habría hecho mucho mejor, para sí mismo y para la causa de Jesús, en obedecer simplemente la orden que había recibido.

37. Marcos solo relata la desobediencia del leproso y las consecuencias molestas que tuvo para el ministerio de Jesús en esas comarcas. ¿Se puede preguntar por qué no podía Jesús mostrarse *manifiestamente en una ciudad*? Se ha respondido que era porque, habiendo tocado un leproso, estaba legalmente contaminado. Se ha dicho también que, a causa de esas multitudes que venían a él de todas partes, no quería dar mucho que hablar o excitar una vana curiosidad en la ciudad. ¿No sería sobre todo porque quería evitar cuanto podría acrecentar el mal querer de sus adversarios y provocar, antes de tiempo, persecuciones contra él?

1. O según el texto recibido e importantes manuscritos: "que había entrado en una casa."—Este regreso a Capernaúm tuvo lugar *algunos*

días después del suceso que le había obligado a alejarse. (1: 40-45.)—Comp. Mat. 9: 2-8; Luc. 5: 17-26.

2. Hay, en todas las casas algo importantes del Oriente, un vasto atrio, cuadrado y cerrado, que precede a las habitaciones; es lo que se llama aquí: *el espacio ante la puerta*. Ese atrio, lo mismo que la casa, había sido invadido por la multitud y no bastaba aún para contenerla. Y allí Jesús les *anunciaba la palabra*. Este último vocablo está tomado en un sentido absoluto: palabra de Dios, palabra del reino, el evangelio (4: 33; Luc. 1: 2).

3. Véase, sobre la curación de este paralítico, Mat. 9: 2-8, notas, y comp. Luc. 5: 17-26. Marcos coloca ese hecho, como Lucas, después de la curación del leproso, y, como Mateo, antes de la vocación de Levi. Los tres evangelistas permanecen independientes unos de otros. Los relatos de Marcos y de Lucas, que reflejan los mismos detalles, no presentan ni una sola expresión común.

tud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajan la camilla donde el paralítico estaba acostado⁴. Y viendo Jesús la fe de ellos, dice al paralítico: Hijo, perdonados son tus pecados⁵. Y algunos escribas estaban allí sentados ronzando en sus corazones⁶: ¿Por qué habla éste así? Blasfema⁷. ¿Quién puede perdonar pecados, sino uno solo, Dios?⁸. Y luego, conociendo Jesús en su espíritu que así razonan en sí mismos, les dice: ¿Por qué razonáis eso en vuestros corazones?⁹. ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Perdonados son tus pecados; o decir: Levántate y toma tu camilla y anda? Para que sepáis, pues, que autoridad tiene el hijo del hombre de perdonar pecados sobre la tierra (dice al paralítico): A ti digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Y se levantó, y luego, tomando la camilla, salió delante de todos¹⁰; de modo que todos se pasmaban y glorificaban a Dios, diciendo: Así nunca vimos¹¹.

4. Para comprender esta operación difícil y que denota la abnegación de los hombres que conducían al enfermo, es necesario recordar que en Oriente el techo de las casas es llano y forma una especie de azotea donde la gente está durante las horas frescas del día. Se sube ahí por una escalera interior; pero estando obstruido ese pasaje por la multitud, los conductores llegaron ora por una escalera exterior, ora por el techo de una casa vecina (Mat. 24: 17). Llegados a la plataforma, quitaron algunas losas, luego *horadaron una abertura* (gr.) en la capa de betún y de cañas que las losas cubrían y, después de haber de ese modo hecho un pasaje por sobre el lugar donde se hallaba Jesús, bajaron al enfermo a los pies del Salvador, en la sala desde la cual hablaba al pueblo.

5. Desde luego, una palabra de tierna compasión: *Hijo*, a la que Jesús agrega, según Mateo: "*¿ten buen ánimo!*" Luego hace al enfermo un don infinitamente más grande que la curación del cuerpo, el perdón de los pecados que sanará su alma. (Véase sobre estas palabras Mat. 9: 2, nota.) Aquí, como en el v. 9, y como en Mateo, el verbo *son perdonados* está en presente en el verdadero texto. Jesús no anuncia el perdón, lo da. El texto recibido con A, C, la mayoría de las *mayúsc. agrega: te* (son perdonados). Mateo presenta la misma variante. Una y otra provienen del deseo de armonizar el

texto de los dos primeros evangelios con el de Lucas, donde ese pronombre se lee en todos los manuscritos.

6. Marcos, según su costumbre de pintar la escena, nos muestra esos hombres *sentados y razonando en sus corazones*.

7. Según una variante de B, habría que traducir: "Este habla así: ¡blasfema!" El texto recibido dice aquí: "¿Por qué *pronuncia* éste así *blasfemias*?" El sentido es con poca diferencia el mismo; pero el verdadero texto es más enérgico. Esta palabra: *éste* tiene algo de despreciativo. (Véase sobre estas palabras Mat. 9: 3, nota.)

8. Estas palabras, omitidas por Mateo, conservadas por Marcos y Lucas, motivan en el espíritu de los escribas su acusación de blasfemia. Y su razonamiento es inexplicable si Jesús no es el Hijo de Dios. Esta cualidad sola le da el derecho o la autoridad de perdonar los pecados (v. 10).

9. Los tres evangelistas son unánimes en referir el hecho de que Jesús *conoció* los pensamientos de sus adversarios; pero Marcos, para hacer resaltar aún mejor la ciencia divina por la cual penetraba Jesús en los corazones, observa que los *conoció por su espíritu o en su espíritu*.

10. Véase, sobre los v. 9-12, Mat. 9: 5-7, nota, y sobre la expresión *hijo del hombre* Mateo 8: 20, nota. Marcos solo agrega: *en presencia de todos*, a fin de pintar más vivamente

B. 13-22. VOCACIÓN DE LEVÍ. PREGUNTA SOBRE EL AYUNO.—1.º *Llamamiento del publicano Leví*. Jesús vuelve a las orillas del mar, rodeado de la multitud. Ve al pasar a Leví, hijo de Alfeo, en el despacho de los publicanos, y le dice: Sígueme. El le sigue. (13, 14.)—2.º *Banquete con los publicanos*. Estando en la mesa Jesús con sus discípulos en la casa de Leví, donde se encuentran muchos publicanos y pecadores, los escribas y los fariseos dicen a los discípulos: ¿Por qué come él con tales personas? Jesús les responde que precisamente los enfermos son los que necesitan médico, y a pecadores él ha venido a llamar. (15-17.)—3.º *Pregunta sobre el ayuno*. Los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban. Se pregunta a Jesús por qué no ayunan sus discípulos. Responde que los amigos del esposo no pueden ayunar mientras el esposo está con ellos; pero vienen los días en que les será quitado y entonces ayunarán. Jesús desarrolla su pensamiento sobre el ayuno por esta doble figura: Nadie cose una pieza de paño nuevo a un vestido viejo, ni pone vino nuevo en odres viejos. (18-22.)

13 Y salió otra vez a lo largo del mar¹²; y toda la multitud iba a él, y les enseñaba¹³. Y pasando vió a Leví hijo de Alfeo¹⁴, sentado en el lugar de los tributos, y le dice: Sígueme. Y levantándose le siguió. Y acontece que está él recostado [a la mesa] en su casa¹⁵, y muchos publicanos y pecadores estaban recostados [a la mesa] con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos y

esta escena y el asombro de los presentes.

11. Mateo se limita a notar los sentimientos de las multitudes: "fueron llenas de temor, y glorificaban a Dios, que ha dado tal poder a los hombres." Marcos transcribe una de las expresiones con las que exteriorizaban esos sentimientos: *Nunca tal hemos visto*. Lucas dice: "Fueron todos sobrecogidos de asombro, y glorificaban a Dios; y fueron llenos de temor, diciendo: Hemos visto cosas extrañas hoy."

12. Comp. Mat. 9: 9-17; Luc. 5: 27-39.—Gr. Y *salió otra vez a lo largo del mar*. Salió de Capernaúm (v. 1): Otra vez lleva el pensamiento a 1: 16, donde Jesús se hallaba ya cerca del mar.

13. Marcos solo refiere este detalle concerniente a la *enseñanza* de Jesús en esta ocasión, en medio de esa *multitud* que iba a él. Eso prepara los relatos de los v. 15 y 16 y explica la presencia de un gran número de publicanos, lo mismo que de escribas y fariseos (v. 15, 16). Véase,

sobre la vocación de Leví que sigue. Mat. 9: 9-13, notas.

14. El que Marcos y Lucas llaman *Leví* es llamado *Mateo* en el primer evangelio. (Véase Mateo 9: 9 y la introducción a ese evangelio, pág. 47.)—Marcos solo nombra al padre de Leví, *Alfeo*, que no debe ser confundido con el padre de Jacobo el menor, como lo hicieron ya algunos padres de la iglesia.

15. Gr. Y *acontece que está recostado a la mesa*. El texto recibido, con A, C, *mayúsculas*, dice: *aconteció, mientras estaba recostado a la mesa*.—Jesús *estaba sentado a la mesa*. Pero ¿en qué casa? La frase de Marcos podría entenderse igualmente de la casa de Jesús o de la de Leví. Mateo, por un sentimiento de modestia que se comprende, deja igualmente indecisa la cuestión. Pero el texto de Lucas (5: 29) no permite duda alguna a este respecto: "Y Leví, nos dice, le hizo un gran banquete en su casa." Y esto es enteramente conforme a la naturaleza de las cosas. (Comp. Mat. 9: 10, nota.)

16 le seguían¹⁶, y escribas de los fariseos¹⁷. Y viendo que comía con los publicanos y pecadores, decían a sus discípulos: ¿Por qué come y bebe con los publicanos y pecadores?¹⁸ Y oyéndolo Jesús, les dice: No tienen los robustos necesidad de médico, sino los que están mal. No he venido a llamar justos, sino pecadores¹⁹.

18 Y los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando; y vienen y le dicen: Por qué los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan, mas tus discípulos no ayunan?²⁰. Y díjoles Jesús: ¿Pueden acaso los amigos de boda ayunar mientras el novio está con ellos? Mientras tienen consigo al novio no pueden ayunar. Mas vendrán días cuando el novio será quitado

16. Marcos solo ha conservado este detalle importante de que un gran número de esos publicanos y de esos pecadores que estaban presentes seguían a Jesús, es decir se reunían alrededor de él dondequiera que podían oír su palabra. (v. 13, nota.)

17. Tal es el texto de *Sin., B.* El texto recibido, con la mayor parte de las *mayúsc.* dice: "le seguían. Y los escribas y los fariseos, viendo, etc." Es probable que se haya corregido la expresión poco usada de *escribas de los fariseos*. Con esta expresión, el evangelista quería designar escribas adictos al partido de los fariseos, como lo eran en su mayor parte (*Mat. 23: 2*, nota), o para decir mejor, fariseos que se distinguían de la masa de su partido por su carácter de escribas. Ellos habían seguido a esa multitud compuesta de discípulos del Salvador y de publicanos que se habían trasladado a la casa de Leví. El espectáculo que se ofreció a sus ojos provocó sus críticas.

18. Esta pregunta es hecha con algunas variantes en los diversos manuscritos. El texto recibido con *A, C, mayúsculas*, dice literalmente: ¿Qué es esto que él come y bebe?... es decir: "¿qué significa eso?" *B* y otra *mayúsc.* tienen: ¡Come con los publicanos y los pecadores! El texto que nosotros seguimos es el de *Sin.* y de *D.* Las palabras *y bebe* faltan en *Sin., B, D.* Cualquiera que sea la variante que se adopte, la frase expresa la extrañeza y la indignación. Se comprende tanto mejor tal sentimiento en esos orgullosos imbuídos de su propia justicia, cuan-

to que, en las costumbres orientales, comer y beber con alguno indica un grado de familiaridad y de intimidad que no implica en nuestras ideas modernas. Y sin embargo, no solamente se sienta Jesús a la mesa con esos publicanos y esos pecadores, sino que va a elegir entre ellos a uno de sus apóstoles, manifestando así, con un hecho brillante, el poder y la soberanía de la gracia. ¿Qué respuesta a esos fariseos que se indignan de su compasión hacia los pecadores!

19. Véase sobre estas palabras *Mat. 9: 12, 13*, notas. Aquí, como en el primer evangelio, el texto recibido con *C* y algunas *mayúsc.* dice: llamar a arrepentimiento; estas últimas palabras son tomadas de Lucas.

20. Cuando Marcos nos dice que los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando, no se trata solamente de una observación histórica que hace sobre las costumbres religiosas de esas dos clases de hombres (*comp. 7: 3* y *sig.* y *Luc. 5: 33*); quiere decir que, en ese momento mismo, se entregaban al ayuno; es lo que ocasiona la pregunta planteada a Jesús y le da más actualidad. —Según *Mateo* (*9: 14*, nota) son los discípulos de Juan quienes dirigen a Jesús esa pregunta, pero apoyándose también en el ejemplo de los fariseos; según Lucas, son estos últimos quienes hacen la pregunta; Marcos por último la atribuye a unos y otros, a menos que se admita, con muchos intérpretes, que el verbo *vienen* debe ser tomado en el sentido impersonal. La pregunta siguiente, donde el sujeto está en tercera persona, parece justificar esta interpretación.

21 de ellos, y entonces ayunarán en aquel día²¹. Nadie cose remiendo de paño no batonado a un vestido viejo; de otro modo lleva el remiendo [parte] de él, el nuevo del viejo, y se hace peor desgarradura²². Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otro modo el vino romperá los odres, y se pierden el vino y los odres; sino vino nuevo [se echa] en odres nuevos²³.

C. 23-28. PRIMER CONFLICTO SOBRE EL SÁBADO. LOS DISCÍPULOS ARRANCAN ESPIGAS.—1.º *Los discípulos censurados por los fariseos.* Un sábado atraviesa Jesús campos de trigo; sus discípulos empiezan a arrancar espigas. Los fariseos llaman la atención del Maestro a esa violación del sábado. (23, 24.)—2.º *Respuesta de Jesús.* Invoca el ejemplo de David, el cual, teniendo hambre, entró, con los que le acompañaban, en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, reservados a los sacerdotes solos. (25, 26.)—3.º *El sábado.* Jesús enseña que el sábado ha sido hecho para el hombre y que, por consiguiente, el hijo del hombre es señor del sábado. (27, 28.)

23 Y aconteció que pasaba él por los sembrados en sábado, y sus discípulos empezaron a hacer camino arrancando las espigas²⁴. Y los fariseos le decían: ¡Mira! ¿por qué hacen en sá-

21. *Comp.* sobre estas palabras *Mat. 9: 15*, nota. Pero es necesario notar estas últimas palabras de Marcos: *en aquel día*. El texto recibido dice *en aquellos días*. Es la corrección de un copista que ha querido poner esas palabras en armonía con las que preceden: *vendrán días*. El verdadero texto, indicando un día preciso, recuerda el trágico acontecimiento que Jesús acaba de anunciar: *el novio les será arrebatado*. "Solo se necesita un día para arrebatar al esposo; mas numerosos serán los días en que será arrebatado y ausente." *Bengel*.

22. *Gr.* *El remiendo lleva, el nuevo del viejo, y se produce peor desgarradura*.

23. Véase sobre estas dos figuras *Mat. 9: 16* y *17*, notas, y *Luc. 5: 36-38*, notas. El texto recibido dice aquí: "de lo contrario el vino nuevo rompe los odres y el vino se derrama y los odres se pierden." Las palabras en bastardilla faltan, la primera en *Sin., B, C*, la segunda en *B, D*. Además, *Tischendorf* omite, por el solo testimonio de *D* y de algunas copias de la *Italia* esta última frase, que en *Sin.* y *B* se lee así: *pero el vino nuevo se echa en odres nuevos*. El texto recibido agrega: *de-*

be ser echado. El mismo precepto se halla en los pasajes paralelos de *Mateo* y de *Lucas*.

24. Véase sobre este relato *Mateo 12: 1-8*, notas, y *comp. Luc. 6: 1-5*. Los tres evangelistas refieren este incidente, pero con muchas divergencias en cuanto a la cronología y a los detalles; los tres también lo ponen en relación directa con la oposición del partido de los fariseos que había empezado a manifestarse en la curación del paralítico (v. 1 y sig.) en el banquete dado por Leví (v. 15 y sig.), en la pregunta sobre el ayuno (v. 18 y sig.); los tres, por último, lo hacen seguir por una curación en el día del sábado (3: 1 y sig.). Era, en efecto, en la observancia del sábado donde los adversarios buscaban con el mayor ardor motivos de acusación contra Jesús. La misma actitud es señalada en el evangelio de Juan.—He aquí en qué términos describe Marcos la acción de los discípulos: "y empezaron a hacer camino arrancando las espigas;" de donde deduce Meyer que la intención de los discípulos no era de restregar esas espigas para comer sus granos, de lo que Marcos no habla; querían solamente hacerse un camino al través del trigo, lo que los

25 bado lo que no es lícito? Y les dice: ¿Nunca leísteis qué hizo David, cuando tuvo necesidad y hambre, él y los que con él estaban, cómo entró en la casa de Dios, en tiempos de Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición que no es lícito comer sino a los sacerdotes, y dió aún a los que con él estaban? 25. Y les decía 26: El sábado por causa del hombre fué 27 puesto, y no el hombre por causa del sábado 27; de modo que señor es el hijo del hombre aun del sábado 28.

fariseos censuraron como un trabajo en el día del sábado. Este teólogo piensa que ese es el sentido original de la tradición apostólica que Marcos solo habría conservado. Pero no es arrancando las espigas como se abre un camino, y es más natural admitir que Jesús seguía un sendero ya existente. Por otra parte, si los discípulos no hubieran arrancado las espigas para comerlas porque tenían hambre, como lo observa Mateo, ¿qué significaría, en la respuesta de Jesús, la observación de que David se puso por sobre una ordenanza de la ley cuando tuvo hambre? (v. 25.) El griego pone a menudo la idea principal en el participio, y estamos autorizados a traducir, invirtiendo la construcción del original: *haciendo camino*, empezaron a arrancar.

25. Véase Mat. 12: 4, nota. Se ha pretendido que este razonamiento no probaba nada en el caso particular. 1.º porque la acción de David, citada como ejemplo, no era una violación del sábado, y 2.º porque esa acción, simple antecedente, no podría tener el valor de un principio. Pero, 1.º, sea cual fuere el mandamiento de la ley, desde el momento que ha sido violado según la letra y cumplido según el espíritu, la demostración es la misma. (Mat. 12: 7, nota.) 2.º La acción de David se vuelve en principio desde que es sancionada como tal por la autoridad suprema de la Palabra divina. Y ¿cuál es la conciencia recta que a su vez no la sanciona?—Marcos coloca bajo el sacerdocio de Abiatar el incidente citado por Jesús. Pero era Achimelec, padre de Abiatar, el sacerdote entonces (1 Sam. 21: 1-6); pero luego fué matado por Saúl, y su hijo, más conocido que él en el reino de

David, le sucedió (1 Sam. 22: 20). Para explicar ese error de memoria se ha supuesto que el padre y el hijo ejercían juntos el sacerdocio, o que ambos llevaban el nombre de Abiatar. Mucho mejor es admitir que reinaba, en cuanto a las relaciones de ambos hombres, alguna obscuridad histórica, pues en 2 Sam. 8: 17 y 1 Crón. 18: 16 Achimelec es nombrado como hijo de Abiatar.

26. Esta expresión y *les decía* indica a menudo, en los evangelios, que Jesús vuelve a tomar la palabra y agrega una nueva instrucción relativa al mismo tema que la que precede.

27. Este dicho notable, que Marcos solo ha conservado, es al mismo tiempo la consagración del sábado y el principio de su interpretación. *El sábado fué puesto por causa del hombre*, para su bien, para su reposo, para el desarrollo de su vida interior y los intereses supremos de su alma; es, pues, una institución digna de Dios y de su misericordia; y no *el hombre para el sábado*, pues el hombre ha sido creado libre, para la obediencia del amor, y no para la servidumbre de una ordenanza ceremonial.

28. *De modo que*, notable transición del principio que precede a la grande verdad que sigue y que sólo es su consecuencia. Si el hombre, todo hombre, es, por su destino, infinitamente más elevado que la institución del sábado, ¿cuánto más el hijo del hombre, el jefe de la humanidad, su representante, su libertador y su salvador! (Véase Mat. 12: 8, nota, y sobre este término *hijo del hombre*, Mat. 8: 20, nota.) Con estas palabras Jesús no está *aboliendo* la ley, sino *cumpléndola*. (Comp. Mat. 5: 17, nota.)—Esta palabra *aun* (del

D. 1-6. SEGUNDO CONFLICTO SOBRE EL SÁBADO. CURACIÓN EN LA SINAGOGA.

—1.º *El enfermo en la sinagoga*. Estando Jesús en una sinagoga, ve allí un hombre que tiene la mano seca. Los adversarios le espían para ver si violará el sábado curándole. (1, 2.)—2.º *Pregunta de Jesús y curación*. Jesús dice al enfermo que se ponga en pie y pregunta a los que le observan: ¿Es lícito en el día sábado hacer bien o mal? Como callan, dirige sobre ellos una mirada de ira y de tristeza, y dice al enfermo: ¡Extiende tu mano! Y esa mano es sanada. (3-5.)—3.º *Efecto producido*. Entonces los fariseos y los herodianos consultan entre sí para hacerle morir. (6.)

III. Y entró otra vez en una sinagoga 1, y había allí un hombre que tenía la mano seca 2. Y le observaban, si en sábado le 3 sanaría, para acusarle 3. Y dice al hombre que tenía la mano 4 seca: Levántate al medio 4. Y les dice: ¿Es lícito, en sábado, 5 hacer bien o hacer mal, salvar una vida o matar? 5. Mas ellos

sábado), que no es auténtica en Mateo, lo es aquí, y da aún más fuerza a la declaración del Salvador, pues los judíos consideraban el sábado como la más santa de sus instituciones religiosas.

1. Comp. Mat. 12: 9-14; Luc. 6: 6-11.—Estas palabras *otra vez* se refieren al cap. 1: 21; no indican si el hecho que va a seguir tuvo lugar el mismo día de sábado que el que precede (2: 23-28). Pero Lucas (6: 6), dice claramente que fué en otro sábado. Sin embargo, los tres evangelistas colocan ambos relatos uno a continuación del otro porque ambos sirven para caracterizar la oposición y el odio de los adversarios, que habían alcanzado entonces ya un alto grado.

2. Mateo y Lucas dicen: la mano seca. El término de Marcos: *secada*, es más fuerte e indica que la circulación de la sangre había cesado enteramente y que de ese modo esa mano estaba paralizada. "El participio griego significa igualmente que el hombre de que se trata no estaba atacado por ese mal desde su nacimiento, sino que éste provenía de un accidente o de una enfermedad." Bengel.

3. Le observaban con intenciones malévolas, le espían. Jesús leyó en sus miradas el pensamiento de ellos, que era: "Veamos si le cura el día del sábado." Según Mateo (12: 10), ellos preguntan a Jesús: "¿Es lícito sanar en sábado?" Según Mar-

cos y Lucas, es Jesús quien, el primero, les plantea una pregunta semejante (v. 4).

4. Tal es el sentido de la frase griega. Jesús quiere, en la indignación que le inspira la hipocresía de ellos (v. 5), que ese hombre esté ante los ojos de todos; quiere dar el mayor brillo a lo que va a suceder.

5. Gr. ¿salvar un alma o matar? Algunos intérpretes toman esas palabras al pie de la letra y piensan que Jesús tenía en vista no solamente el cuerpo de ese enfermo, sino su alma, la que esperaba salvar mediante esta manifestación de su poder y de su amor, y que habría dejado en la muerte descuidando de socorrerlo. Pero es probable que deba verse aquí, como en una multitud de pasajes, un hebraísmo que toma el *alma* por la vida. Por otra parte el verbo *matar* es tomado en un sentido absoluto y no tiene por régimen sobrentendido un *alma*. Sea lo que fuere, la pregunta del Salvador es de gran energía. Si es permitido *hacer bien* el día del sábado, descuidar ese bien sería *hacer mal* (comp. Jac. 4: 17); poder salvar una vida y no hacerlo, sería matar. Tal es la consecuencia inmoral que Jesús ve en la interpretación servil e hipócrita que los fariseos daban a la santa institución del día de reposo. La ley misma ordena santificarlo; y ¿cómo puede ello hacerse mejor que derramando sobre seres que sufren los socorros, las consolaciones y las gracias que Dios les des-

callaban⁶. Y mirándolos en derredor con ira, contristado por el endurecimiento de su corazón⁷, dice al hombre: Extiende tu 6 mano. Y la extendió, y su mano fué restaurada⁸. Y saliendo los fariseos luego con los herodianos tomaron consejo contra él para matarle⁹.

3. Primera retirada de Jesús.

A. 7-19. JESÚS A ORILLAS DEL MAR. ELECCIÓN DE LOS DOCE.—1º *Sobre la ribera del lago.* a) En presencia de la hostilidad declarada y de los designios criminales de sus adversarios, se retira Jesús hacia el mar. Cuadro de las multitudes que afluyen hacia él de todos los lugares de Palestina. (7, 8).— b) Jesús pide a sus discípulos que tengan a su disposición un barco que le permita escapar a la presión de la muchedumbre. Sana a numerosos enfermos, quienes le saludan como el Hijo de Dios. (9-12).—2º *Institución del apostolado.*—a) Jesús sube al monte, llama a sus discípulos, y escoge doce de ellos para tenerlos consigo y enviarlos a predicar y expulsar los demonios. (13-15).— b) Nombres de los doce apóstoles. (16-19.)

7 Y Jesús con sus discípulos se retiró hacia el mar; y una 8 gran muchedumbre de Galilea le siguió; y de Judea y de Jerusalén y de Idumea y del otro lado del Jordán y de alrededor de Tiro y Sidón, gran muchedumbre, oyendo cuanto hacía fueron

tina en su amor?—Pero quizás hay una intención más directa y más severa en los términos enérgicos que emplea el Salvador: *Hacer mal, matar*, el día del sábado: ¿quién tenía entonces en su corazón esos pensamientos criminales? Los adversarios de Jesús que sólo pensaban, en ese santo día, en *acusarle* (v. 2), en hacerle *perecer* (v. 6).

6. Triste silencio, indicio de la confusión de los fariseos, que no tenían nada que responder y estaban tanto más irritados.

7. Marcos solo describe completamente esta dramática escena: el hombre de la mano paralizada está en pie en medio de la reunión, donde reina un profundo silencio. Jesús, sin decir aún nada, dirige por todo su derredor, sobre sus confundidos adversarios, una mirada que penetra hasta el fondo del alma. ¿Qué pasa en él? Nuestras versiones ordinarias no han osado traducir esa palabra *iva*, única que expresa la emoción profunda, la santa indignación de que está llena su alma; pero esa ira, que entre los hombres carnales es tan fácilmente acompañada de odio,

no es en Jesús sino el efecto de un celo ardiente por la gloria de Dios; y en cuanto a los hombres mismos que resisten a la verdad, solo experimenta a su respecto una profunda *tristeza*. Hay en el original un verbo compuesto que expresa un dolor concentrado e intenso. Si hubieran manifestado el menor movimiento de arrepentimiento, los habría recibido con los brazos abiertos.

8. *Restablecida*, restituida a su estado primitivo. El texto recibido agrega *sana como la otra*, palabras que han sido transferidas aquí de Mat. 12: 13.

9. Véase sobre los fariseos Mat. 3: 7, nota, y sobre los *herodianos*. Mat. 22: 16, nota.—Tal fué para esos hombres el único resultado de la palabra de verdad que acababan de oír; tal es el efecto del *endurecimiento* (v. 5). Era necesario que la enemistad de los fariseos hubiese ya alcanzado un alto grado para que se aliasen contra Jesús con los herodianos, sus adversarios políticos. Su designio de *matar* a Jesús indica el punto culminante de la hostilidad creciente que se había manifestado contra él (2: 1 a 3: 6).

9 a él¹⁰. Y dijo a sus discípulos que una barquilla estuviera lista para él por causa de la multitud para que no le oprimieran, pues a muchos sanó; de modo que caían sobre él para to- 11 carle cuantos tenían plagas¹¹. Y los espíritus impuros, cuando le veían, se postraban ante él y clamaban diciendo: Tú eres el 12 Hijo de Dios¹². Y muy severamente les encargaba que no le 13 hicieran manifiesto¹³. Y sube al monte y llama a sí a los que 14 él quería, y fueron a él¹⁴; y estableció doce, para que estuvie-

10. Jesús se retiraba de buena gana *hacia el mar*, sobre cuya orilla enseñaba a las multitudes que le seguían; frecuentemente pasaba a la margen opuesta, ya para hallar allí algún reposo (v. 9), ya para escapar a las emboscadas de sus adversarios.—Marcos describe más completamente que los otros sinópticos (comp. Mat. 12: 15 y sig.; Luc. 6: 17 y sig.) esa afluencia de multitudes que se apretaban detrás de Jesús. Enumera las regiones y las ciudades de donde acudían: desde luego *Galilea*, donde él se hallaba; luego *Judea* y su capital *Jerusalén*; luego *Idumea*, país de Edom, habitada por los descendientes de Esaú y situada al límite Sur-Este de Palestina; finalmente *Tiro* y *Sidón*, ciudades de Siria, célebres por su comercio. Esas multitudes eran atraídas por todo cuanto él hacía, es decir sus milagros, sus curaciones, su enseñanza (v. 10).— Los manuscritos presentan diversas variantes. Según el texto y la puntuación adoptada por muchos críticos, que se fundan principalmente en B, se debería traducir: "Una grande multitud le siguió de Galilea. Y de Judea y de Jerusalén... una grande multitud, oyendo hablar de todo lo que él hacía, vino a él."—El texto recibido con A, D, dice: *los de alrededor de Tiro y de Sidón*"; la palabra en bastardilla no parece auténtica.

11. Jesús pide a sus discípulos que tengan un *pequeño barco*, a fin de subir en él si la multitud le *apretaba demasiado arrojándose sobre él*. Esta expresión pinta el apesuramiento de esos pobres enfermos, ávidos de socorro, y que veían curaciones realizarse ante sus ojos. En efecto, no se debe traducir (v. 10) él *había sanado* a muchos, sino que los *sanó* en el

mismo momento, lo que colmaba el entusiasmo de esas multitudes que eran testigos. Tal fué el apogeo de la actividad y de la influencia de Jesús en Galilea. Coincidió con la resolución tomada por sus adversarios de hacerle perecer. Esas escenas emocionantes, tan bien descritas por Marcos, nos muestran también cuál era la inagotable riqueza de la caridad del Salvador. (Comp. 1: 34, nota.)

12. Los espíritus impuros son identificados con los enfermos en que residían, pues son estos últimos los que se *postraban* y *clamaban*. Pero son efectivamente los demonios los que conocían a Jesús como el *Hijo de Dios* (1: 24, nota).

13. Y, *les ordenaba con muchas amenazas que no lo manifestaran* como el Mesías, el Hijo de Dios (Comp. 1: 34, nota.)

14. Comp. Mat. 10: 1-4; Luc. 6; 13-16.—El *monte* significa sin duda una de las alturas sobre la orilla oriental del lago. Se ha pensado que el evangelista quería designar el monte bien conocido de las Bienaventuranzas, porque fué inmediatamente después de la vocación de los doce cuando Jesús pronunció su gran discurso. (Luc. 6: 12 y sig.; Mat. 5: 1 y sig.) Pero el artículo (*el*) no hace necesaria esa interpretación, pues en todos los países se dice: "ir al monte" para designar la altura más cercana.—En el momento de relatar la elección solemne que Jesús hizo de los doce, Marcos habla en presente, *sube, llama* a sí a los que *quería*. Estas últimas palabras son muy notables; nos dicen que ninguno de los numerosos discípulos de Jesús fué admitido al apostolado, sino por la voluntad expresa del Maestro y la elección de éste fué fundada en el co-

15 ran con él y para enviarlos a predicar y para tener poder de ex-
16 pulsar los demonios¹⁵. Y estableció los doce, y puso a Simón
17 por nombre Pedro¹⁶; y a Jacobo el [hijo] de Zebedeo, y a Juan
el hermano de Jacobo, y les puso por nombre Boanergés, esto
18 es hijos del trueno¹⁷; y a Andrés, y a Felipe, y a Bartolomé,
y a Mateo, y a Tomás, y a Jacobo el [hijo] de Alfeo, y a Tadeo,
19 y a Simón el Cananeo; y a Judas Iscariote, el que también lo
entregó.

B. 20-35. JESÚS EXPUESTO A LA OPOSICIÓN DE LOS SUYOS Y DE LOS
ESCRIBAS.—1.º *La ocasión del conflicto.* Como Jesús se entrega a una activi-
dad consumidora, se extiende el rumor de que ha perdido el sentido. Los su-
yos van a detenerlo. (20, 21.)—2.º *La acusación de los escribas; la justifica-
ción de Jesús; el pecado contra el Espíritu Santo.* Algunos escribas de Jeru-
salén le declaran poseído por el demonio y pretenden que expulsa los demo-
nios por el príncipe de los demonios. Jesús refuta esa acusación con una serie
de similitudes.—a) *Es absurda:* un reino dividido, una casa dividida, no pue-
den subsistir. Si Satanás se combatiera a sí mismo, su reino tocaría a su

nocimiento profundo que de ellos ten-
nía.

15. *Estar con él, ser así testigos de*
todo su ministerio, empaparse de su
palabra y de sus enseñanzas, tal era
la cualidad requerida en los que de-
bían ser sus enviados. (Act. 1: 8 comp.
v. 21: 22.) Más tarde sólo los *envia-
rá a predicar* y ejercer el poder de
expulsar los demonios. (Comp. 6:
7, 8.) Así, anunciar el evangelio y
de ese modo destruir el reino de las
tinieblas, tal será la doble acción del
apostolado. El texto recibido, con A,
D, dice: poder de sanar las *enferme-
dades* y de expulsar los demonios.
Las palabras en bastardilla provie-
nen de Mateo 10: 1. *Sin., B, C,* y al-
gunas versiones tienen, después de
la palabra *doce*, esta frase: *a los que*
llamó apóstoles, la que es tomada de
Luc. 6: 13.

16. El texto recibido con A, D, *ma-
yúsculas*, la mayor parte de las vers.
omite las palabras: *Y estableció los*
doce. El verdadero texto dice literal-
mente: *Y estableció los doce, y puso*
a Simón por nombre Pedro, y a Jacobo,
hijo de Zebedeo... Véase sobre
esta lista Mat. 10: 2-4, nota.

17. El nombre *Boanergés* es la pro-
nunciación aramea y provincial de
las dos palabras hebreas *Bené Re-
gash*, hijos del trueno. No se ve, a

primera vista, por qué razón puso el
Señor tal nombre a ambos hijos de
Zebedeo. Algunos intérpretes han
querido hallar en ello una alusión al
hecho relatado por Lucas (9: 54), de
modo que ese nombre sería un re-
proche que Jesús habría dirigido a
ambos hermanos. Esta idea es ente-
ramente inadmisibile. Ante todo es
probable que el acontecimiento en
cuestión no había tenido lugar aún;
luego no se podría pensar que Jesús
hubiese querido censurar dos de sus
más queridos discípulos, en el mo-
mento en que los llamaba al apostolado,
y en que daba a Pedro un nom-
bre que era una alabanza. Con mu-
cha más probabilidad puede conside-
rarse el hecho conocido de que esos
dos hermanos eran de un carácter vi-
vo, ardiente, apasionado (9: 38; 10:
35 y sig.; Luc. 9: 54). Ese carácter,
una vez santificado por la gracia y
por el amor al Salvador, debía hacer
de esos dos apóstoles los más poder-
osos propagadores del fuego divino
que Jesús había venido a encender
sobre la tierra. "Este nombre, dice
Lutero, recuerda en particular que
Juan debía escribir ese evangelio cu-
ya predicación potente es como la voz
del trueno que turba, agita, conmue-
ve y fecunda la tierra". ¡Cuánto más
aun conviene al autor del Apocalip-
sís!

fin. (22-26.)—b) *Desconoce la verdadera conclusión* que debe sacarse de los
hechos que han dado lugar a ella; si la casa de un hombre fuerte es entre-
gada a saqueo, es porque ese valiente ha sido antes vencido. (27.)—c) *Es*
excesivamente culpable. Atribuyéndole un espíritu impuro, sus adversarios
cometen esa blasfemia contra el Espíritu Santo, que no podría ser perdo-
nada. (28-30.)—3.º *Intervención de la madre y de los hermanos de Jesús.* Su
madre y sus hermanos, llegados delante de la casa, le hacen llamar. Jesús
designa como su verdadera familia a la multitud sentada a su derredor, y
declara que cualquiera que hace la voluntad de Dios es su hermano, su her-
mana y su madre. (31-35.)

20 Y entra en una casa, y una multitud se reúne otra vez, de
21 modo que no podían ellos ni aun comer pan¹⁸. Y oyéndolo los
suyos, salieron para prenderle, pues decían: Está fuera de sí¹⁹.
22 Y los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: Tiene a
Beelzebul, y: Por el príncipe de los demonios expulsa los de-

18. Gr. *comer pan:* hebraísmo que
significa simplemente comer. El evan-
gelista señala la actividad devoradora
de Jesús para motivar los hechos
que relata en el versículo siguiente.
Pero, ¿dónde pasan esos hechos?
Marcos dice simplemente: *entra* (el
texto recibido con la mayor parte de
las *mayúsc.* dice: *entran*), viniendo
del monte, v. 13, en una casa, o, co-
mo se puede también traducir, en la
casa. En este último caso, Jesús ha-
bría vuelto a su casa en Capernaúm;
en el primero, el lugar de la escena
que va a seguir nos sería desconoci-
do. Este pasaje (v. 20, 21), que Mar-
cos solo tiene, ha ocupado muchísimo
a los intérpretes: queda para nos-
otros rodeado de cierta obscuridad.
(Véase la nota siguiente).

19. *Los suyos*, gr. *los que estaban*
junto a él. Se podría entender sus
allegados. Pero esa locución signifi-
ca con mucha mayor frecuencia los
parientes, la familia; se puede pues
decir: *los suyos*. Tal es el sentido
que la mayor parte de los intérpretes
dan aquí a esta palabra, y ponen
nuestro versículo en una relación di-
recta con el relato de los v. 31 y sig.,
que solo Marcos habría así introdu-
cido y motivado, mientras que Mateo
y Lucas lo refieren a continuación
del discurso de Jesús, sin lazo de
unión con éste ni indicación de la ra-
zón de esa intervención. Sus parien-
tes, pues, *habiendo sabido* que esta-
ba constantemente agobiado por un

trabajo excesivo, *Salieron para co-
gerle.* ¿De dónde salieron? Quizá de
Nazaret, pues la situación descripta
(v. 20) duraba desde hacía algún
tiempo y el rumor podía muy bien
haber llegado a Nazaret; quizá tam-
bién salieron de su residencia en Ca-
pernaúm, donde podían haberse esta-
blecido al principio del ministerio de
Jesús. (Juan 2: 12; Mat. 4: 13.) Pe-
ro ¿por qué querían *cogerle*? Sus
propias palabras revelan su inten-
ción; *pues decían: Está fuera de sí.*
Tal es la conclusión que sacaban de
la actividad que Jesús desplegaba y
de las fatigas que se imponía; y que-
rían llevarle fuera de la multitud,
procurarle descanso. Se comprende
esa apreciación y esa conducta de
parte de los hermanos de Jesús, pues
no creían en él (Juan 7: 5). ¡Pero
María! ¿Habría llegado a tener sobre
Jesús un juicio que no valía mucho
más que el de los escribas (v. 22),
al que Marcos parece aproximarle in-
tencionalmente? Más de un crítico se
ha apresurado a inferir de este hecho
que los relatos de Mateo, cap. 1 y 2,
y de Lucas cap. 1 y 2 no eran dignos
de fe. Por otra parte, se han hecho
diversas tentativas para no imputar
a María tal opinión sobre su hijo
primogénito. Se ha dicho que *los que*
estaban junto a Jesús eran, no sus
parientes, sino algunos de sus oyen-
tes, hombres de su cortejo habitual
que le habían seguido a la casa. Vién-
dole molesto por la multitud, que

23 monios²⁰. Y llamándolos a sí, les decía en parábolas²¹: ¿Cómo
24 puede Satanás expulsar a Satanás? Y si un reino contra sí
25 mismo fuere dividido, no puede subsistir aquel reino; y si una
26 casa contra sí misma fuere dividida, no podrá aquella casa sub-
27 sistir; y si Satanás se ha levantado contra sí mismo y ha sido
28 dividido, no puede subsistir, sino que tiene fin. Pero no puede
nadie, entrando en la casa del fuerte, saquear sus bienes si
primero no atare al fuerte, y entonces saqueará su casa²². En

no cesaba de llamarle fuera de esa casa, salieron a su vez para apoderarse de él y hacerle entrar. El pensamiento que enuncian respecto a Jesús no sería inadmisiblemente en ese momento de efervescencia religiosa. Pero esta explicación supone que no haya relación alguna entre nuestro versículo y los v. 31-35; ahora bien: es difícil desconocer que esa relación existe, y entonces se trata efectivamente aquí de la madre y de los hermanos de Jesús. Es arbitrario también decir que los autores de ese juicio desfavorable son los hermanos de Jesús, con exclusión de su madre, pues María nos es representada (v. 31) como asociada a las diligencias de los hermanos de Jesús. Es necesario, pues, admitir el hecho; se puede explicarlo suponiendo que la fe de María, poco desarrollada aún, estaba entonces conmovida por la duda; que fué momentáneamente oscurecida, como la de Juan el Bautista (Mat. 11: 3). Se puede también atenuar lo que había de extraño en la conducta de María admitiendo que las palabras *está fuera de sí* no deben ser atribuídas a los parientes de Jesús, sino que expresan la opinión general. Se debería entonces traducir: "pues se decía: Está fuera de sí." Esta interpretación, propuesta ya antiguamente, se basa en el hecho de que Marcos emplea a menudo la tercera persona del plural en sentido impersonal (2: 18, nota; 3: 32).

20. Véase, sobre esta discusión con los escribas, Mat. 12: 24-37, notas, y comp. Lucas 11: 15-26. La acusación de los escribas (véase sobre esos hombres Mateo 23: 2, nota), es introducida por Marcos sin que el hecho que la ocasionó sea relatado, mientras que Mateo y Lucas nos lo muestran en la curación de un ende-

moniado. Marcos atribuye la acusación a los escribas, mientras Mateo la pone en boca de los fariseos. Diferencia de poca importancia, pues esas dos clases de hombres que tenían mucha afinidad (la mayor parte de los escribas eran fariseos) se encuentran siempre asociados en su oposición contra Jesús. Es necesario notar esta indicación, peculiar a Marcos: *habían descendido de Jerusalén*. La hostilidad que se manifiesta contra Jesús no es, pues, local y accidental; tiene sus inspiradores en Jerusalén, desde donde han sido enviados emisarios a Galilea para combatir la influencia del profeta de Nazaret. El imperfecto: *decían* muestra que no se trata solamente de un dicho que dejaron escapar entonces, sino de una opinión que procuraban extender entre la multitud. Era ése el juicio que se tenía sobre Jesús en Jerusalén, sede principal de la sabiduría de los escribas. (Juan 8: 48; 10: 20.)

21. Marcos llama *parábolas* las diversas figuras tan impresionantes de que el Señor se sirve en este discurso para refutar la acusación impía de sus adversarios.—Jesús *los llama a sí*. Sin esperar un ataque directo de parte de ellos, él mismo provoca la ocasión de mostrarles lo absurdo de su acusación.

22. Los argumentos de Jesús son los mismos que en Mateo, pero el orden es más claro; ante todo una pregunta directa: *¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás?* Luego las dos figuras de un *reino* y de una *casa* divididos contra sí mismos. Luego la conclusión inevitable (v. 26), introducida por esta simple partícula *y*, lo que da al discurso un carácter oratorio. En fin (v. 27) la comparación tan impresionante de Satanás con el

verdad os digo que todo será perdonado a los hijos de los hombres, los pecados, y las blasfemias, cuanto blasfemaren²³; mas cualquiera que blasfemare contra el Espíritu Santo, nunca jamás tiene perdón, sino que es culpable de un pecado eterno; porque decían: Tiene un espíritu impuro²⁴.

31 Y vienen su madre y sus hermanos²⁵; y estando fuera enviaron a él llamándole; y una multitud estaba sentada a su alrededor²⁶, y le dicen: He aquí, tu madre y tus hermanos y tus hermanas fuera te buscan²⁷. Y respondiéndoles dice: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando en derredor a los que estaban sentados en círculo a su derredor²⁸, dice: He aquí mi madre y mis hermanos. Cualquiera que hiciere la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre²⁹.

valiente cuyos bienes nadie puede saquear (gr. los *utensilios*, útiles, armas), si no le ha amarrado ante todo. (Véase Mat. 12: 29 y Luc. 11: 22, notas.)

23. Traducción literal.

24. Con estas últimas palabras, que recuerdan una vez más la odiosa blasfemia pronunciada contra Jesús (v. 22), motiva Marcos la declaración severa que Jesús acaba de pronunciar contra cualquiera que hubiere blasfemado contra el Espíritu Santo. No habrá para él *perdón*, porque es culpable de un *pecado eterno*, que durará siempre, que no puede ser borrado, teniendo su causa permanente en el endurecimiento. (Véase Mat. 12: 32; nota.) El texto recibido dice: un *juicio* eterno.—Se observa que Marcos no hace mención, como Mateo y Lucas, de la blasfemia contra el hijo del hombre; pero esta idea está evidentemente comprendida en las palabras del v. 28: *todas las blasfemias*. Sin ninguna razón, pues, se ha pretendido que aquí Jesús identificaba la blasfemia contra él mismo con la blasfemia contra el Espíritu Santo.

25. Véase sobre este incidente, cuya verdadera significación es indicada por el v. 21, Mat. 12: 46-50, notas, y comp. Luc. 8: 19-21. En el texto recibido los hermanos son nombrados antes que la madre, corrección que tenía, sin duda, por fin hacer pesar principalmente sobre ellos la responsabilidad de esta diligencia. Además, una variante de *Sin., D*, admitida por Tischendorf, dice: *Y su madre viene,*

como también sus hermanos. En fin, el texto ordinario dice: *vienen, pues*, partícula destinada a ligar este relato al v. 21. Esta relación está efectivamente en el pensamiento del autor, pero la partícula falta en *Sin. B, C, D*, y la mayor parte de las versiones.

26. Nuestro evangelista hace esta observación para que se comprenda mejor que Jesús, rodeado de la multitud a la que enseñaba, no quería ser interrumpido, sobre todo conociendo los motivos que movían a los suyos.

27. Las palabras *y tus hermanas* son omitidas en el texto recibido. Faltan, es verdad, en *Sin., B, C*, y varias *mayúsc.* Su desaparición se explica por alguna negligencia de copista. Tischendorf mismo las admite conforme a *A, D, mayúsc., Itala*.

28. *Mirada* solemne, Hena de ternura, muy diferente de la mencionada en el v. 5. Mateo agrega que "extendió la mano" hacia los que miraba así con amor.

29. Texto recibido: "Pues cualquiera..." La mayor parte de los críticos suprimen ese *pues*, aun cuando sólo sea omitido en B; lo consideran como tomado de Mateo. Jesús, mencionando esas relaciones íntimas de familia, que se forman, más elevadas y más santas, entre los que hacen *la voluntad de Dios*, no habla de un padre. En este sentido espiritual, el lugar de padre sólo pertenece a Dios.

C. 1-34. JESÚS PREDICA EN PARÁBOLAS.—1.º *Prólogo*. Jesús, a orillas del mar, rodeado por una gran multitud, sube a un barco, y enseña desde allí muchas cosas por parábolas. (1, 2.)—2.º *Parábola del sembrador*. El sembrador salió para sembrar; aconteció que una parte de la simiente cayó a lo largo del camino, donde las aves la comieron; otra sobre pedregales, donde nació pronto, pero fue quemada por el sol; otra entre espinos, que la ahogaron; otra, por último, en buena tierra, donde produjo, en proporciones diversas, frutos abundantes. (3-9.)—3.º *El objeto de la enseñanza en parábolas*. Habiéndole interrogado privadamente sus discípulos sobre el sentido de esta parábola, les dice: A vosotros es revelado el misterio del reino de Dios, pero a los que están fuera lo anuncio en parábolas, a fin de que no entiendan una verdad que no están dispuestos a recibir. (10-12.)—4.º *Explicación de la parábola del sembrador*. Después de hacer notar su extrañeza por su escasa inteligencia, les da Jesús la explicación siguiente: La simiente, es la palabra. A los que son semejantes a un camino, Satanás va y la arrebató. Los que se asemejan a pedregales reciben desde luego la palabra con gozo, pero como no penetra profundamente en ellos, pronto son escandalizados. Para los terceros, los espinos que ahogan la simiente son las inquietudes de este mundo, el engaño de las riquezas y las demás concupiscencias que hacen infructuosa la palabra. Por último, los que han recibido la simiente en buena tierra, no solamente oyen la palabra, sino que la reciben y exhiben todos sus buenos frutos en su vida. (13-20.)—5.º *El uso que deberán hacer de la verdad que así les es revelada*. No se enciende una lámpara para ponerla en un lugar obscuro; así todo lo que está oculto será puesto de manifiesto. Tened, pues, cuidado con lo que oís, pues al que tiene, será dado, pero al que no tiene, todo será quitado. (21-25.)—6.º *Parábola del grano de simiente*. Lo que ocurre en el reino de Dios puede ser comparado a una simiente echada en tierra y que, ya duerma el sembrador, ya vele, germina y crece sin que sepa él cómo. La tierra produce de sí misma la planta, la espiga, el trigo, y cuando está maduro es segado. (26-29.)—7.º *Parábola del grano de mostaza*. El reino de Dios es semejante a un grano de mostazá, simiente muy pequeña, pero que, echada en tierra, se hace un árbol donde las aves del cielo pueden habitar. (30-32.)—8.º *Resumen final*. Así anunciaba Jesús la palabra por muchas parábolas, según el alcance de los que le escuchaban; luego, en privado, les explicaba a sus discípulos. (33, 34.)

IV. Y otra vez empezó a enseñar junto al mar¹. Y se congrega a él una muy grande multitud, de modo que entrando él a un barco, estaba sentado en el mar, y toda la multitud estaba junto 2 al mar, en tierra². Y les enseñaba muchas cosas en parábolas³,

1. Comp. Mat. 13; Luc. 8: 1-15.—Estas palabras otra vez, tan familiares a Marcos, y con las que indica la actividad infatigable del Salvador, llevan el pensamiento a cap. 2: 13; 3: 7. Se dice propiamente que enseñaba a lo largo del mar, ya aquí, ya allá, sobre la ribera. (2: 13.)

2. La multitud es calificada con un

superlativo: la más numerosa que hasta entonces se había reunido a su alrededor.—Véase sobre esta escena al borde del mar, Mat. 13: 2. nota.

3. Es necesario observar estas palabras: muchas cosas en parábolas, lo mismo que éstas: muchas parábolas semejantes (v. 33), y se conven-

3 y les decía en su enseñanza: Oíd: he aquí, salió el sembrador a 4 sembrar⁴. Y aconteció al sembrar, que un [grano] cayó a lo 5 largo del camino; y fueron las aves y lo devoraron⁵. Y otro cayó 6 en el pedregal, donde no tenía mucha tierra; y luego salió por 7 no tener profundidad de tierra; y cuando salió el sol se quemó, 8 y por no tener raíz se secó. Y otro cayó entre los espinos, y su- 8 bieron los espinos y lo ahogaron, y no dió fruto. Y otros⁶ cayeron en la buena tierra, y daban fruto que subía y crecía, y llevaba 9 a treinta, y a sesenta, y a ciento⁷. Y decía⁸: El que tiene oídos 10 para oír, oiga. Y cuando estuvo solo le preguntaban los que es- 11 taban a su derredor con los doce sobre las parábolas⁹. Y les

cerá que Marcos, lo mismo que Mateo, supone un largo discurso de Jesús, compuesto de diversas parábolas, que luego explicaba a sus discípulos. Sin embargo, Marcos sólo refiere dos, de las siete contenidas en el primer evangelio. (Véase al respecto, lo mismo que sobre el sentido de la voz *parábola*, Mat. 13: 3, notas.) En cambio, se encuentra aquí (v. 26-29) una comparación que Marcos solo ha conservado.

4. Véase, sobre la parábola que sigue y sobre las enseñanzas que Jesús le agrega, Mat. 13: 4-23, notas, y comp. Luc. 8: 5 y sig. Solamente haremos notar los detalles peculiares a Marcos.—Es necesario notar el artículo *el sembrador*, que tienen los tres sinópticos, y que no debe traducirse por *un sembrador*, como nuestras versiones ordinarias. En efecto, Jesús no quiere relatar un hecho aislado, sino lo que ocurre siempre cuando un hombre siembra. Por este motivo se ha propuesto traducir por el presente todos los verbos de este relato. “El sembrador sale a sembrar. Y acontece, mientras siembra, que una parte de la semilla cae a lo largo del camino, y las aves vienen y la comen toda, etc.” La escena sería así más actual. Es cierto que en el estilo descriptivo los aoristos pueden traducirse de ese modo, pero, ¿ocurre lo mismo con los verbos en imperfecto?

5. El texto recibido dice: “las aves del cielo”, palabra agregada aquí conforme a Lucas.

6. El griego presenta aquí un matiz interesanté. En los versículos precedentes, la palabra que traducimos

por *otro* es neutra singular; en el v. 8, según *Sin., B, C*, hay una neutra plural, destinada a señalar la multiplicidad de los granos; en efecto, a pesar de la excelencia de la tierra, cada grano da un rendimiento diferente.

7. Hay muchas variantes para estas últimas palabras. El texto recibido, con *D*, dice: rindió el uno treinta y el otro sesenta y el otro ciento. La mayor parte de las *mayúsc.*: rindió en treinta y en sesenta y en ciento. Esta preposición indica la medida del rendimiento. *Sin., C*, tienen las tres veces: hasta. *B* dice: hasta treinta y en sesenta y en ciento.—Hay pocos pasajes en que los tres sinópticos estén más en armonía que en esta parábola: ella se había grabado en la memoria de todos los oyentes de Jesús. Y sin embargo, su perfecta independencia unos de otros se muestra aquí como en todas partes. Así, Mateo y Marcos tienen ambos estos tres términos de la multiplicación del grano; pero uno en medida descendente: *Ciento, sesenta, treinta*; el otro ascendente: *treinta, sesenta, ciento*, mientras Lucas se contenta con esta última cifra como señalando la mayor productividad.

8. Este verbo en imperfecto, y *deca*, frecuente en Marcos, hace esperar siempre la enunciación de un pensamiento nuevo e importante.

9. Si el evangelista interrumpe el discurso de Jesús para mencionar esos pedidos de explicación, que no tuvieron lugar sino más tarde, es porque quiere señalar desde luego el objeto que Jesús tenía en vista cuando adoptó esta forma de ense-

decía: A vosotros ha sido dado el misterio del reino de Dios; mas a aquellos que están fuera, todo acontece en parábolas¹⁰; para que viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; no sea que se conviertan y les sea perdonado¹¹. Y les dice: ¡No conocéis esta parábola! y ¡cómo conoceréis todas las

ñanza; someter a una selección la multitud que se reunía a su alrededor (v. 1) y separar de ella los que eran susceptibles de hacerse sus discípulos. En Mateo esta intención es claramente indicada por la forma dada a la pregunta de los discípulos: “¿Por qué les hablas en parábolas?” (Véase Mat. 13: 10, nota.) Pero lo que prueba que está también en el pensamiento de Marcos, son las palabras de Jesús (v. 11, 12), con las que hace preceder la explicación de la parábola del sembrador (v. 13 y sig.)—*Los que estaban a su alrededor*, los oyentes que seguían sus pasos en su intimidad, no se contentaban, como la multitud indiferente, con el relato ficticio con que Jesús revestía su pensamiento. Ellos le preguntaban; el imperfecto muestra que no se trata de un hecho aislado que se habría producido en el momento en que Jesús acababa la parábola del sembrador, sino de una costumbre que tenían. Esto resulta igualmente del plural: *sobre las parábolas*. El texto recibido que dice: *la preguntaron*, desconoce ese matiz.

10. El texto recibido dice: Os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios. La palabra es auténtica en Mateo. (Véase Mat. 13: 11, nota.) Pero es inútil en el fondo, pues dar un misterio, es descubrir la verdad divina que encierra y, por consiguiente, hacerlo conocer.—*Los que están fuera*, son los que no se habían unido a Jesús y a sus discípulos, que quedaban voluntariamente extraños a ellos, aunque en ocasiones escuchasen sus discursos. Esta expresión tiene, aproximadamente, el mismo sentido en las epístolas, donde designa a los que no son cristianos. (1 Cor. 5: 13; Col. 4: 5; 1 Tes. 4: 12; 1 Tim. 3: 7.)—*Todo acontece* o sucede en parábolas. Jesús se limita a presentarles la verdad bajo figuras sin darles el sentido íntimo y espí-

ritual de ellas por explicaciones directas. La razón de este modo de obrar para con aquellos que no le comprenderían, o no recibirían de su boca la verdad, es indicada en el versículo siguiente.

11. Véase sobre estas palabras Mat. 13: 13, nota. Es necesario observar una diferencia de expresión entre ese evangelista y Marcos. Mateo dice que Jesús habla en parábolas porque sus oyentes no ven ni comprenden; de donde algunos intérpretes han querido inferir que Jesús se servía de este modo de enseñanza más simple y más fácil porque sus oyentes no habrían comprendido otro. Es precisamente lo contrario del pensamiento de Jesús, pensamiento que se basa en una profecía de Isaias cuyo sentido no es dudoso (Mat. 13: 14 y sig., nota) y a la cual Jesús hace alusión. Pero el sentido de nuestro pasaje es hecho más claro todavía por la conjunción que emplea Marcos y que se halla igualmente en Lucas: *para que*; es decir que Jesús habla en parábolas con la intención expresa de que aquellos que él sabe no creerían, no vean ni entiendan una verdad más claramente enunciada, que no haría sino dar mayor culpabilidad a la incredulidad de ellos. Esto es un juicio, sin duda, pero un juicio donde aparece también la misericordia y que, por consiguiente, no es irrevocable, si los hombres de que se trata abren un día sus corazones al arrepentimiento que los hará capaces de recibir la verdad.—Estas expresiones: *mirando, miren, oyendo, oigan*, son un hebraísmo que significa que la acción de que se trata se repite muchas veces.—El texto recibido dice: “que sus pecados les sean perdonados”. Las palabras en bastardilla no se encuentran en Sin., B, C. Parecen ser una adición explicativa.

14 15, parábolas?¹² El sembrador siembra la palabra¹³. Y éstos son los a lo largo del camino, donde es sembrada la palabra, y cuando la oyen, luego viene Satanás y quita la palabra sembrada en ellos¹⁴. Y éstos son igualmente los sembrados en los pedregales, los que, cuando oyen la palabra, luego con gozo la reciben, y no tienen raíz en sí mismos¹⁵, sino que son temporales; después, venida tribulación o persecución por causa de la palabra, luego tropiezan. Y otros son los sembrados entre los espinos; éstos son los que oyen la palabra, y las congajas de la edad y el engaño de las riquezas y las concupiscencias de lo demás, entrando, 20 ahogan la palabra, y se hace infructuosa¹⁶. Y éstos son los sembrados en la buena tierra, los cuales oyen la palabra y la aceptan y fructifican, a treinta y a sesenta y a ciento¹⁷.

12. Marcos solo ha conservado este dicho. Jesús vuelve a la parábola del sembrador, la primera que había pronunciado y de la cual debía, ante todo, dar la explicación, en respuesta a la pregunta general de los discípulos (v. 10). No se debe, pues, poner nuestro versículo en contradicción con la declaración del v. 11, por la cual aprobaba Jesús las preguntas de los discípulos sobre las parábolas. No expresa una censura, sino una especie de extrañeza de que ellos no hayan comprendido la parábola del sembrador, tan sencilla y tan inteligible. Ella es, por otra parte, el punto de partida de todas las parábolas que enseñan la grande doctrina del reino de Dios, puesto que revela la manera cómo ese reino se establece en las almas por la predicación de la palabra. Si los discípulos no comprenden ésta, ¿cómo se asimilarán las otras que describen el desarrollo más profundo y más universal de ese reino?

13. Véase, para la explicación de esta parábola, Mat. 13: 18 y sig., notas. Mateo dice: “la palabra del reino”; Lucas: “la palabra de Dios”; Marcos simplemente *la palabra*, la palabra por excelencia (comp. 2: 2), la revelación de Dios a los hombres.—Ninguno de los evangelistas dice quién es el sembrador de esta palabra, porque eso se da a entender de por sí. El Señor Jesús era quien entonces sembraba; y, después de él, todos sus siervos que lo han hecho en su espíritu y según la verdad, son también sembradores.

14. El Señor compara esos hombres

a un camino; ése es su estado natural; tales son antes de toda predicación; y cuando oyen la palabra, ella no permanece en ellos porque luego viene Satanás quien la arrebata.—El texto recibido dice en sus corazones, en lugar de en ellos.

15. Es decir que son como una tierra en la que la planta no puede echar raíces. La figura se confunde con la realidad espiritual que representa. Lo mismo ocurre en el v. 20.

16. Las espinas representan, según Mateo, las congajas de la edad y el engaño de las riquezas; a estas dos causas de esterilidad agrega Lucas los deleites de la vida y Marcos las concupiscencias de lo demás, o los otros géneros de concupiscencia. Una sola de esas pasiones, persistiendo en el corazón, bastaría para ahogar la palabra y hacerla infructuosa. ¡Cuánto más cuando varias o todas (gr.) entrando en el corazón ahogan juntas la palabra!—El texto recibido dice: los que oyen la palabra; el verdadero texto es: que han oído. No la han oído una sola vez, sino a menudo, desde largo tiempo, lo que hace que en ellos la semilla haya tenido el tiempo de crecer; de dar las más hermosas esperanzas; y sólo más tarde las espinas, creciendo también, la han ahogado. De ahí esta palabra: otros son los... Son diferentes de los precedentes.

17. Gr. En treinta y en sesenta y en ciento. El texto recibido dice: uno treinta, y uno sesenta y uno ciento. La partícula en indica la medida, el grado de esta asombrosa fertilidad.

- 21 Y les decía: ¿Tráese acaso la lámpara para ser puesta bajo el almud o bajo el lecho? ¿No es para ser puesta sobre su pie?¹⁸
 22 No hay, en efecto, nada oculto sino para ser manifestado, ni
 23 cosa escondida aconteció sino para salir a luz¹⁹. Si alguien tiene
 24 oídos para oír, oiga. Y les decía: Mirad qué oís²⁰. Con la medida
 25 con que medís os será medido, y os será añadido²¹, pues al que tiene, le será dado; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.
 26 Y decía²²: Así es el reino de Dios, como si hubiera echado
 27 un hombre la semilla sobre la tierra; y durmiera y despertara

(Comp. v. 8, nota.)—Aquí también la figura se confunde con la realidad, es decir los frutos de la semilla con los frutos de la palabra en la vida religiosa y moral de los que la han oído. Pero esta repetición de las últimas palabras de la parábola en las últimas palabras de la explicación, tiene algo de solemne e impresionante.

18. Gr. "Viene la lámpara para ser puesta..." Esta figura, rica en diversas significaciones, aparece frecuentemente en los evangelios (Mat. 5: 15, 16, nota; Luc. 8: 16) sin duda porque Jesús la empleaba a menudo en sus discursos, y esto en aplicaciones diferentes. Aquí quiere enseñar a sus discípulos que la luz, es decir el conocimiento de las verdades de su reino, que él les comunica por sus parábolas, no deben ocultarla a otros, sino publicarla a la luz del día. Y tal es el deber de cada cristiano.

19. Un dicho semejante se halla en otra parte (Mat. 10: 26), en una aplicación diferente. Jesús confirma en otros términos lo que acaba de declarar (v. 21). "No penséis que lo que yo os confío ahora en secreto, deba quedar siempre oculto: yo enciendo en vosotros la luz, a fin de que, por vuestro ministerio, disipe ella las tinieblas en el mundo entero." *Erasmus*. Este dicho tiene aún un alcance más general. Todo lo que está oculto para el hombre en este mundo (comp. 1 Cor. 13: 9) no le es ocultado sino para serle un día plenamente revelado. "Esto tiene lugar gradualmente en el presente siglo, y se cumplirá plenamente cuando la luz alumbré todas las cosas" (1 Cor. 4: 5). *Bengel*.

20. Comp. v. 9.—Lucas (8: 18) dice: "Mirad cómo escucháis," es decir

con qué disposiciones de espíritu y de corazón. En nuestro relato el Salvador llama sobre todo la atención a las cosas oídas, a la inmensa importancia de ellas. Y esta exhortación es motivada por las dos sentencias que siguen.

21. El texto recibido agrega: *a vosotros que oís*, lo que se entiende de por sí.—Este dicho de Jesús se encuentra en Mat. 7: 2 con una aplicación enteramente diferente. Aquí significa: en la misma medida con que ponéis toda vuestra atención en escuchar, retener, practicar la palabra divina, con la misma medida os concederá Dios más luces, más gracias; y él añadirá aún más. Si al contrario, satisfechos con lo que tenéis, no buscáis ya ningún crecimiento en el conocimiento y en la vida interior, aun eso que tenéis lo perderéis, *os será quitado*, por la fuerza de las cosas y por un justo juicio de Dios. (v. 25; comp. Mat. 13: 12 y Luc. 8: 18, donde esta misma declaración es reproducida en una aplicación poco más o menos semejante.)

22. Véase sobre el sentido de este verbo en imperfecto v. 9, nota; comp. v. 24, 30. Indica que Jesús, después de las exhortaciones que preceden y a las cuales ha dado lugar la parábola del sembrador, prosigue su enseñanza con otras parábolas, como lo prueba el v. 33. (Comp. v 2, nota.) La que hallamos aquí nos ha sido conservada por Marcos solo. Tiene alguna semejanza con la siguiente, v. 30-32. Pero es necesaria mucha imaginación para pretender que sólo es una reproducción abreviada de la parábola de la cizaña (Mat. 13: 24 y sig.), y que, por consiguiente, no po-

- noche y día, y la semilla brotara y creciera como él no sabe²³.
 28 De suyo fructifica la tierra, primero hierba, luego espiga, luego
 29 trigo lleno en la espiga²⁴. Y cuando el fruto está maduro, luego
 envía la hoz, porque ha llegado la siega²⁵.
 30 Y decía: ¿Cómo ilustraremos el reino de Dios? o ¿en qué
 31 parábola lo expondremos?²⁶. Es como un grano de mostaza, que,
 cuando es sembrado en la tierra, más pequeña es que todas las
 32 simientes que hay sobre la tierra; y cuando ha sido sembrado,
 sube y se hace más grande que todas las hortalizas, y echa gran-

día haber sido pronunciada en esta ocasión. Es necesario dedicarse ante todo a dominar los detalles del relato, antes de exponer su significación religiosa.

23. El sembrador de que se trata ante todo ha labrado, luego *ha echado* la semilla en tierra; su obra está hecha. Es necesario notar la diferencia intencional entre ese verbo en pretérito perfecto: *hubiera echado*, y los verbos siguientes que están en imperfecto. *Durmiera* o *despertara*, *noche y día*, puede esperar confiadamente los resultados, pues él sabe por experiencia que la semilla *brotará y crece*, aunque él no sabe absolutamente cómo. Este cómo de la germinación y del crecimiento está oculto aún hoy a la ciencia, porque toda vida es un misterio. El cultivador de la parábola ni siquiera tiene la tentación de entregarse a vanas especulaciones a este respecto.

24. *De suyo*, sin que ninguno se ocupe o se inquiete de ella; porque el Creador ha establecido entre la tierra y la semilla una relación íntima, misteriosa, que produce la vida y el crecimiento. "Esto no excluye, sino al contrario exige las lluvias del cielo y la influencia del sol." *Bengel*.—Es necesario notar estas fases tan bien graduadas del desarrollo: la *hierba*, luego *la espiga*, luego *el trigo lleno en la espiga*.

25. *Cuando el fruto está maduro* (gr. cuando se da, se entrega, se desprende o se produce; o, según otros, en un sentido activo: *cuando el fruto lo permite*); inmediatamente *envía la hoz* (gr.); ¿quién? el sembrador, que reaparece en este momento solamente y recoge el fruto de su trabajo.—¿Cuál es ahora el

pensamiento de esta parábola? Nos presenta hechos morales, experiencias que se producen en el *reino de Dios* (comp. Mat. 3: 2, 2ª nota), considerado, ya en su universalidad, ya en cada alma individual. La semilla es, como en la parábola precedente, la palabra de Dios. Ella posee en sí misma una potencia de vida que le permite llevar fruto de un modo espontáneo. Entre esta palabra divina y el alma humana hay la misma afinidad que entre la tierra y la semilla; de modo que la acción armónica de la palabra y del alma produce de por sí, sin ningún concurso del que ha derramado la semilla, y sin que éste sepa cómo se realiza ese misterioso trabajo, la regeneración, la santificación, todos los frutos de la vida nueva. Un punto secundario de la comparación, es el crecimiento lento, gradual pero cierto de la vida divina, hasta su perfección. Para que se opere, es necesario tiempo, sin el cual nada llega a la madurez. "Esta parábola nos enseña la paciencia, como la parábola de la cizaña enseña la tolerancia." *De Wette*. El Salvador sabe que, a pesar de todos los obstáculos que su palabra encuentra en el mundo, el día de la siega vendrá. Él mismo enviará la hoz (Joel 3: 13; Apoc. 14: 15); y él nos ha dicho que los segadores son los ángeles (Mat. 13: 39).

26. Gr. ¿Cómo asemejaremos el reino de Dios o en qué parábola lo pondremos? Ése es el verdadero texto. El texto recibido dice: *¿en qué parábola lo parabolizaremos?* Es ésta una deliberación que tiene Jesús con sus oyentes; despierta el interés de ellos invitándoles a participar.

des ramas; de modo que pueden las aves del cielo habitar bajo su sombra²⁷.

33 Y con muchas parábolas tales, les hablaba la palabra, conforme podían oír²⁸, y sin parábola no les hablaba; mas, en privado, explicaba todo a sus propios discípulos²⁹.

D. 35-41. JESÚS CALMA LA TEMPESTAD.—1.º *La partida.* En la tarde de aquel día, los discípulos conducen a Jesús, en el barco, al otro borde del lago. Otros barcos los acompañan. (35, 36.)—2.º *La tempestad apaciguada.* Un torbellino se levanta de repente. Jesús duerme en popa, sobre la almohada. Los discípulos requieren su ayuda, reprochándole por no inquietarse de su angustia. Jesús ordena al viento y al mar; una grande bonanza se establece. (37-39.)—3.º *Reproches de Jesús. Impresión producida.* Jesús reprocha a sus discípulos su falta de fe. Ellos se preguntan con temor quién es ése al que las olas obedecen (40, 41.)

35 Y les dice en aquel día, llegada la tarde: Crucemos al otro
36 lado³⁰. Y dejando la multitud, le toman consigo como estaba en
37 el barco³¹; y otros barcos había con él³². Y se produce un gran-

27. Véase, sobre esta parábola, Mat. 13: 31, 32, nota, y comp. Luc. 13: 18, 19. Marcos tiene algunos detalles que le son propios y que completan ese encantador y pequeño cuadro tomado de la naturaleza. La planta *echa grandes ramas*, que invitan a las aves a refugiarse en ellas, y en efecto van a habitar *bajo su sombra* que les asegura abrigo y frescura. Los tres evangelios tienen esta expresión: *las aves del cielo*.

28. *Muchas parábolas tales.* Esta indicación pone el relato de Marcos en armonía con el de Mateo, aun cuando el primero no refiera todas las parábolas que el segundo nos ha conservado. (Comp. v. 2, nota.)—*Conforme podían oír*, no solamente comprender por su inteligencia, sino recibir en razón de las disposiciones de su corazón (Juan 16: 12).

29. Comp. Mat. 13: 34, nota. No se debe inferir de esta expresión que Jesús no empleó ya otra forma de discurso que la parábola. Eran "los misterios del reino de Dios" lo que exponía por este método para probar la fe de sus oyentes y hacer una selección entre ellos. (Comp. v. 11.) La mayor parte de ellos era incapaz de comprender el sentido espiritual de sus parábolas; retenían por lo menos el relato exterior, y podían llegar más tarde a descubrir la verdad que

contenía. A primera vista los mismos discípulos no comprendían sino muy imperfectamente al Maestro, puesto que luego, en privado, debía explicarles todo. (Comp. v. 10.)

30. Véase sobre este relato, Mat. 8: 23-27, notas, y comp. Luc. 8: 22-25. Mateo y Lucas sólo indican de un modo muy vago el momento en que ocurre este acontecimiento. Marcos nos dice con precisión que fué *aquel día* que había pasado instruyendo el pueblo con parábolas, *llegada la tarde*, cuando se embarcó para pasar a la otra orilla.

31. *Ellos*, es decir los discípulos, toman a Jesús *consigo*, como estaba en el barco, desde donde acababa de enseñar a la multitud (v. 1). Esta observación, propia a nuestro evangelista, significa que Jesús partió con ellos sin preparativos, sin llevar alimentos o vestidos para la noche, sin que ninguno de los discípulos hubiese vuelto a la casa. Jesús estaba cansado del día, se trataba de *dejar la multitud* y hallar reposo; los discípulos lo saben, y obran en consecuencia.

32. Otro detalle particular a Marcos, pero que el relato de Mateo (8: 27, nota) hacía suponer. La escena que va a seguir tuvo, pues, un gran número de testigos que recibieron la instrucción de ella (v. 41.)

de torbellino de viento, y las olas se arrojaban al barco, de modo
38 que ya se henchía el barco. Y él estaba en la popa, durmiendo
sobre la almohada³³. Y le despiertan y le dicen: Maestro, ¿no
39 te cuidas de que perecemos? ³⁴. Y despertando, reprendió al viento,
y dijo al mar: ¡Calla, enmudece! Y se calmó el viento, y se pro-
40 dujo grande bonanza³⁵. Y les dijo: ¿Por qué estáis así temerosos?
41 ¿Cómo no tenéis fe? ³⁶. Y temieron con gran temor, y decían unos

33. Detalle conmovedor, conservado por Marcos solo. Una mano atenta había preparado para Jesús, fatigado de su trabajo, esa *almohada*. Muchos intérpretes, es verdad, observando que esa palabra *almohada* está escrita con artículo, suponen que se trata del apoyo destinado al batelero que manejaba el timón. Todos esos rasgos con que acaba Marcos de pintar la escena no pueden haber sido observados y conservados sino por un testigo ocular; y ese testigo es el apóstol Pedro, cuyos relatos y predicación ha referido Marcos. (Véase la Introducción.)

34. Es necesario observar estos verbos en presente que hacen la escena tan actual y tan viva: *le despiertan*, *le dicen*. Nuestras versiones ordinarias borran estos matices. Es necesario observar también que los tres sinópticos conservan entera independencia en la relación de las palabras que los discípulos dirigen a Jesús para despertarle y expresar su angustia. Cada uno le da un título diferente. Mateo, *Señor*; Marcos, *Maestro*, doctor, el que enseña; Lucas, *epistates*, sobreveedor, presidente, jefe de una casa. Además, el uno dice: *Sálvanos* (Mat. 8: 25), el otro le hace dirigir este reproche inspirado por el miedo: *¿No te cuidas?* los tres se unen en este grito de angustia: *¡Perecemos!* Esas diversas expresiones provienen del hecho de que los discípulos hablaban todos a la vez. Pero lo que domina toda la escena, es el recurso unánime de los pobres discípulos a Aquel único que podía salvarlos.

35. ¡Qué majestad! ¡qué certidumbre de un poder divino! ¡Qué energía en este doble mandamiento que sólo Marcos nos hace conocer: *¡Guarda silencio! ¡cállate!* (Este último verbo significa *ser abozalado*.) Y esas palabras se dirigen al viento, al mar, a

las olas (Lucas), no solamente personificados por un movimiento oratorio o poético, como se ha pensado, sino considerados realmente como fuerzas vivas de la naturaleza en convulsión, a las cuales el Señor manda como amo y aplaca. Y se produjo *una grande bonanza*. ¡Qué parábola de la acción de ese mismo Señor y Salvador en las agitaciones y los peligros del mundo moral! En este dominio no se necesita menos poder para producir la paz que para volver a traer la calma en el seno de una tempestad. Es lo que deberían considerar los que tienen más dificultad en admitir los milagros de Jesús sobre la naturaleza inanimada que sus curaciones de enfermos. En ambos casos, Dios no podría ser esclavo de las leyes que él mismo ha establecido y que no son ni anuladas, ni mudadas por esta acción de orden superior.

36. Una variante, que se lee en *Sin. B. D*, y es adoptada por Lachmann, Tregelles, Westcott y Hort, pero rechazada por otros como una falta de copista, dice: *"¿No tenéis aún fe?"* a pesar de todas las obras de potencia y de amor que ya me habéis visto realizar. El *miedo* era muy natural en tal momento; la *fe* sola habría podido disiparlo. Pero, ¿en qué han carecido los discípulos de fe? No han acudido a él en el peligro? Sí, pero, en su turbación, han pensado por un momento que iban a *perecer*, y el Maestro con ellos. Pues bien, sobre ese barco estaba la iglesia entera, la salvación del mundo, el porvenir eterno de la humanidad que Jesús venía a salvar. ¿Podía perecer esta obra de la misericordia divina? Los desalentos y las dudas que tan a menudo experimentan excelentes siervos de Dios, ¿no descubren la misma escasez de fe que reprochaba Jesús a sus discípulos?

a otros: ¿Quién, pues, es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?³⁷.

E. 1-20. EL ENDEMONIADO DE GADARA.—1.º *El endemoniado*. Jesús, desembarcando en el país de los gadarenos, ve venir hacia él un endemoniado, que frecuentaba los sepulcros, no podía ser dominado por nadie y volvía su furor contra sí mismo. (1-5.)—2.º *Su encuentro con Jesús*. Corre a prosternarse ante Jesús; luego le suplica, proclamándolo Hijo del Dios altísimo, que no lo atormente, pues Jesús ordenaba al espíritu impuro que saliera de ese hombre. Jesús le pregunta su nombre. El demonio responde que se llama Legión, porque son muchos. (6-10.)—3.º *Los demonios enviados a los puercos*. Una piara de puercos pacía sobre el monte. A su pedido, los demonios son autorizados a entrar en los puercos, los cuales, en número de dos mil, se precipitan al mar. (11-13.)—4.º *Los habitantes del país*. Advertidos por los que apacentaban la piara, las gentes de la región van a considerar al endemoniado sentado en paz a los pies de Jesús. Instruidos de lo ocurrido por los que habían sido testigos, ruegan a Jesús que abandone su territorio. (14-17.) 5.º *La orden dada al endemoniado sanado*. Éste suplica a Jesús que le tome consigo, Jesús le envía a su casa para dar testimonio del beneficio recibido. Él lo publica en Decápolis. (18-20.)

V. Y llegaron al otro lado del mar¹, a la región de los gadarenos². Y salido él del barco, luego fué a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con espíritu impuro³, que tenía su morada en los sepulcros, y ni aun con cadenas podía ya nadie atarle;

37. Gr. *Temieron con gran temor*. Hebraísmo, como Mat. 2: 10: "se regocijaron con grande gozo: "¿Quiénes fueron los sobrecogidos por el temor y que pronunciaron las palabras que siguen? Son al mismo tiempo los discípulos y los testigos de esa escena que se hallaban en otros barcos (v. 36), y que también se veían salvados por la potencia de Jesús (Mat. 8: 27, nota). Pero, ¿cuál es el motivo de su temor, ahora que la tempestad se ha aplacado y ha pasado todo peligro? Es la impresión profunda de esa majestad divina que les ha aparecido en Jesús, a quien el viento mismo y el mar obedecen. Así es como ellos mismos expresan el sentimiento que los domina y que les inspira esta pregunta, o más bien este grito de adoración: ¿QUIÉN ES ÉSTE? Esta grande liberación misma contribuirá a hacérselo conocer, y entonces pasarán del temor y de la duda a la fe en él.—Viene la tentación de echar aún una mirada sobre el conjunto de esta escena, tal cual Marcos la describe a nuestros ojos. Es la tarde, la

noche cae; el barco de los discípulos, acompañado por otras embarcaciones, abandona precipitadamente la ribera; la tempestad se desencadena con furor, las olas se arrojan al barco que empieza a hundirse; Jesús duerme, apoyada la cabeza sobre la almohada; gritos de angustia de los discípulos que le reprochan el no preocuparse de su peligro; despertar del Salvador; su palabra omnipotente a los vientos y al mar que se aplacan en grande bonanza; reproche de Jesús a sus discípulos; temor y adoración que hincan sus almas!

1. Llegaron, después de haber soportado la tempestad descrita en el capítulo precedente (v. 35-41).

2. Véase, sobre este nombre propio y sobre todo el relato que sigue, Mat. 8: 28-34, notas, y compárese Luc. 8: 26-39. Marcos, aquí también, cuenta con muchos más detalles que los otros evangelistas. Hacemos notar lo que le es propio.

3. Gr. *un hombre en espíritu impuro*. Véase 1: 23, nota.

4 por haber sido muchas veces atado con grillos y cadenas, y haber sido rotas por él las cadenas y despedazados los grillos; y nadie 5 podía domarlo; y continuamente, de noche y de día, en los sepulcros y en los montes, estaba clamando e hiriéndose con pie- 6, 7 dras⁴. Y viendo a Jesús de lejos, corrió y le adoró⁵; y clamando con grande voz, dice: ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo 8 del Dios altísimo? Te conjuro por Dios, no me atormentes⁶; 9 pues le decía: Sal del hombre, espíritu impuro⁷. Y le preguntaba: ¿Qué nombre tienes? Y le dice: Legión tengo por nombre, por- 10 que somos muchos⁸. Y le rogaba mucho que no los enviara fuera

4. Estos detalles terribles, conservados por Marcos, muestran hasta qué grado de frenesí había llegado ese desdichado. El furor doblaba sus fuerzas. Es lo que se ve a menudo en los locos furiosos; pero aquí el evangelista quiere evidentemente indicar una influencia de la potencia de las tinieblas. Los *sepulcros* y los *montes* son mencionados juntos, porque las tumbas, en Oriente, eran grutas naturales o cavadas en el flanco de una colina. El endemoniado habitaba en esos lugares apartados y lúgubres, a fin de buscar allí la soledad. Los actos de violencia hechos sobre sí mismo por ese desdichado (*hiriéndose con piedras*), y de los que solo Marcos nos habla, han sido considerados por algunos intérpretes como señales de arrepentimiento o de desesperación y no como un simple efecto de la locura furiosa. Se puede inferir de ellos que ese enfermo, siendo presa del poder de las tinieblas, soportaba también un horrible sufrimiento moral. Desde este punto de vista se comprende mejor la grandeza de la liberación de que fué deudor al Salvador.

5. Ese apresuramiento del enfermo a correr hacia Jesús en cuanto le vió de lejos, y arrojarle a sus pies, prueba evidentemente, como lo hace observar Olshausen, que el primer aspecto del Salvador ejerció sobre él una influencia benéfica, que se sintió atraído hacia él, y que esperaba de él alivio. Pero, ¿cómo explicar la contradicción que hay entre ese sentimiento y las palabras que pronuncia inmediatamente? (v. 7.) Es que, hasta aquí, el enfermo obraba con conciencia de sí mismo y de su desgracia, pero Jesús, ordenando al es-

píritu impuro que saliera (v. 8), excitó la resistencia de este último, que produjo en su víctima uno de esos paroxismos en los cuales no era más que el órgano del demonio que hablaba por ella. En efecto, ese verbo en imperfecto *le decía* (v. 8) indica que Jesús había repetido su orden sin que el demonio hubiera salido aún y explica las palabras violentas del endemoniado. Quizá no quiso Jesús emplear toda la energía de su potencia, por temor de que la lucha entre su poder y la resistencia del espíritu malo quebrantase el organismo del enfermo en la crisis violenta que su palabra había suscitado.

6. Véase, sobre ese conocimiento misterioso que el demonio tiene de Jesús como *Hijo del Dios altísimo*, y sobre estas palabras: *¿Qué tengo yo contigo*. 1: 24, nota. Al agregar: *Te conjuro por Dios*, el espíritu impuro pensaba, sin duda, que Jesús le concedería más fácilmente su pedido de no ser atormentado. ¿Qué entendía él por eso? El v. 10 podrá responder a esta pregunta. (Véase Mat. 8: 29, nota.)

7. Este versículo motiva (*pues*) las palabras del demonio que preceden. Se ha hecho observar ya (v. 6, nota) que esta orden de Jesús había sido dada desde el principio.

8. Jesús dirige su pregunta al enfermo a fin de calmarle y hacerle entrar en comunicación con él. En la turbación, exaltación y sufrimiento en que se hallaba ese hombre, nada era más apropiado para volverle en sí y a las realidades de su vida que el pronunciar su nombre, que el decir a Jesús con confianza quién era. Desgraciadamente, estaba aún demasiado bajo la influencia del mal es-

11 de la región⁹. Y había allí, cerca del monte, una grande piara de 12 puercos paciendos; y le rogaron diciendo: Envíanos a los puercos, 13 para que entremos en ellos. Y se lo permitió¹⁰. Y saliendo los espíritus impuros, entraron en los puercos, y se precipitó la piara barranca abajo al mar, como dos mil, y se ahogaron en el mar¹¹. 14 Y los que los apacentaban huyeron y lo anunciaron en la ciudad 15 y en los campos. Y salieron para ver qué era lo acontecido. Y vienen a Jesús y miran al endemoniado sentado, vestido y en 16 sano juicio, al que había tenido la legión; y temieron¹². Y les refirieron los que lo habían visto, cómo había acontecido al en-

piritu para responder con clara conciencia de sí mismo; por eso es el demonio quien toma la palabra, y, no sin orgullo y maldad, toma su nombre de esas temibles legiones romanas que eran el terror y la aversión del pueblo judío. Y mientras en Lucas (8: 30) es el evangelista quien hace esta reflexión: "pues muchos demonios habían entrado en él." aquí, es aún el espíritu quien agrega por boca del enfermo: *porque somos muchos*. ¿Es necesario entender por eso una multiplicidad de influencias que el espíritu ejercía sobre todas las facultades de su víctima? ¿O bien, debe comprenderse al pie de la letra que había en ella un gran número de demonios? La primera de estas opiniones no está excluida; pero ciertamente el evangelista tiene la intención de expresar la segunda. En efecto, mientras que hasta aquí ha hablado de un espíritu impuro (v. 2), su relato toma ahora en todas partes la forma del plural (v. 10, 12, 13). Por lo demás, la idea de una pluralidad de demonios en el mismo poseído no es extraña a los evangelistas. (Véase Marc. 16: 9; Luc. 8, 2.)

9. Esa región montañosa donde abundan las grutas y los sepulcros le placía especialmente (v. 2, 3, 5). Lucas (8: 31) da a ese pedido un motivo más fácil de comprender: los demonios temían ser enviados *al abismo*, que consideraban, sin duda, como un lugar de tormento. Es la misma idea que se halla en Mateo (8: 29), donde los demonios piden a Jesús que no los atormente *antes del tiempo* (del juicio).

10. Las palabras: *allí cerca del monte*, no están en contradicción con

las de Mateo: *lejos de ellos*; ambas expresiones indican cierta distancia. —Esta parte del relato, conservada por los tres evangelistas, presenta hechos que es muy difícil explicarse, tanto más difícil cuanto que no tienen analogía en el Nuevo Testamento. ¿Por qué los demonios, obligados a abandonar su víctima, piden *entrar en los cerdos*? ¿Es porque a esos espíritus sin órganos, miserables en su abandono de Dios, les place en habitar en seres organizados? ¿Es en la intención perversa de perjudicar a esos animales, a sus poseedores, quizás aun a Jesús y a su influencia? (v. 17.) ¿Por qué se lo permite Jesús? ¿Es porque era ése el medio de libertar al desgraciado, objeto de su interés y de sus compasiones? ¿Es para ejercer un juicio sobre los habitantes de la región y provocar en ellos pensamientos serios? ¿Cómo no tiene consideración alguna por la pérdida que van a sufrir? (v. 13.) ¿Quiere castigarlos (por lo menos a los que de ellos eran judíos) por violar la ley criandolos animales legalmente impuros? Se han hecho todas esas preguntas, se han hecho diversas respuestas, sobre las cuales sería superfluo insistir, puesto que el texto guarda silencio al respecto.

11. Marcos solo ha notado ese número de *dos mil aproximadamente*. Aquí también, sería imposible decir qué influencia produjo en esos animales el movimiento impetuoso por el que se precipitaron al mar.

12. Cuadro pacífico que contrasta con la descripción de los v. 3-5. Es necesario observar aquí cada detalle *El endemoniado*, hasta entonces agitado, frenético, está tranquilamente

17 demoniado, y sobre los puercos¹³. Y empezaron a rogarle que se 18 fuera de sus términos¹⁴. Y entrando él en el barco, le rogaba el 19 que había sido endemoniado, para estar con él. Y no lo dejó, sino que le dice: Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuánto te ha hecho el Señor y [cómo] ha tenido de ti misericordia¹⁵. 20 Y se fué y empezó a publicar en Decápolis¹⁶ cuánto le había hecho Jesús; y todos se admiraban¹⁷.

F. 21-43: JAIRO Y SU HIJA. CURACIÓN DE UNA MUJER ENFERMA.—1.º *El pedido de Jairo*. Habiendo vuelto a pasar Jesús el lago, ve ir a él uno de los jefes de la sinagoga, Jairo, quien le suplica que vaya a poner las manos sobre su hijita, que está en su último instante. Jesús parte con él rodeado y estrechado por la multitud. (21-24).—2.º *Demora causada por la intervención de una mujer enferma de un flujo de sangre*. Una mujer que padecía esa enfermedad hacía doce años, había gastado todos sus bienes en médicos e iba empeorando, se aproxima tímidamente por detrás, pensando que si solamente puede tocar su vestido, será salvada; y, en efecto, en el acto se siente curada. Conociendo Jesús que un poder ha salido de él, pregunta quién le ha tocado, y, a pesar de la objeción de sus discípulos, dirige a la multitud una mirada escrutadora. La mujer, temblorosa, se arroja a sus pies, y confiesa la verdad; Jesús entonces le da ánimo y la despide en paz, confirmando su curación. (25-34).—3.º *La resurrección de la hija de Jairo*. En ese momento van a decir a Jairo que su hija ha muerto; pero Jesús, sin detenerse en esa palabra, le dice: No temas, cree solamente. Seguido de Pedro, Jacobo y Juan, llega Jesús a la casa de Jairo donde muchas gentes lloran y lamentan. El

sentado; está vestido, mientras que antes "no vestía con ningún vestido" (Luc. 8: 27); está en su *cabal juicio*, él, a quien el evangelista ha mostrado como loco furioso; él, que *había tenido la legión*. ¿Qué monumento de la potencia y del amor de Jesús!

13. Los que lo habían visto, eran los testigos de esa escena, quienes la cuentan a los habitantes de la región.

14. Esas gentes temieron (v. 15), no viendo sino el prodigio, y no la compasión divina de Aquel que lo había realizado; muchos están, sin duda, heridos en su avaricia también, y eso basta para que, en su ceguera, quieran privarse de las bendiciones de la presencia de Jesús.

15. Era, sin duda, por un vivo reconocimiento que el endemoniado sano quería seguir a Jesús; pensaba que junto a su bienhechor estaría más seguramente al abrigo de los males terribles que había sufrido ¿Por qué Jesús no se lo permite? Las hermosas palabras que siguen (v. 19)

responden abundantemente a esta pregunta. Jesús quiere dejar a ese hombre en su casa, cerca de los suyos, para ser, respecto de todos, al mismo tiempo un monumento y un predicador de la misericordia divina. Y es lo que fué, en efecto. Publicó en la región entera (gr. *cuánto*) *cuán grandes cosas* el Señor le ha hecho (v. 20).—¿Será de extrañar la orden que Jesús da aquí a ese hombre, mientras otras veces prohibía a enfermos curados proclamar sus beneficios? (Mat. 8: 4, nota.) La razón de esta diferencia es muy sencilla: aquí, en esta región apartada, no tenía que temer que la fama de sus milagros provocase un falso entusiasmo en el pueblo o el odio de sus adversarios, como ocurría en Galilea y en Judea.

16. Véase sobre este nombre Mat. 4: 25, nota.

17. Se puede suponer que esa *admiración* fué seguida de sentimientos más iluminados, más profundos, más durables.

Señor, imponiéndoles silencio, dice: La niña no está muerta, sino que duerme. Se burlan de él. Pero habiendo hecho salir a todos, y habiendo entrado donde estaba la niña con los padres y sus discípulos, la toma por la mano, y le dice: Talithá kúmi. Ella se levanta en el acto y empieza a andar. Todos están admirados, y ordena que le den de comer. (35-43.)

21 Y cruzando Jesús en el barco otra vez al otro lado, se con-
22 gregó a él una grande multitud; y estaba junto al mar¹⁸. Y viene
uno de los jefes de sinagoga, de nombre Jairo, y viéndole, cae
23 a sus pies, y le ruega mucho, diciendo: Mi hijita está a punto de
muerte; que viniendo pongas las manos sobre ella, para que sea
24 sanada y viva¹⁹. Y se fué con él. Y le seguía una grande mul-
25 titud y le apretaban. Y una mujer que estaba con flujo de
26 sangre doce años hacía, y que había padecido mucho de muchos
médicos, y gastado todo lo que tenía y nada había aprovechado,
27 sino más bien había ido peor²⁰, oyendo lo relativo a Jesús, yendo
28 entre la multitud por detrás tocó su manto, pues decía: Si to-
29 care tan solo sus vestidos, seré sanada²¹. Y luego se secó la
fuente de su sangre y conoció en su cuerpo que estaba sanada
30 del azote²². Y luego Jesús, conociendo en sí mismo la potencia

18. Véase sobre este relato Mat. 9: 18-26, notas, y comp. Luc. 8: 40 y sig. Marcos y Lucas relatan estos dos milagros inmediatamente después del regreso de Jesús de la excursión que acababa de hacer del otro lado del lago, mientras Mateo (véase 9: 1 y sig.) coloca entre esos dos hechos la curación del paralítico y la vocación de Leví. Se ve que se habían formado en la tradición diversos agrupamientos de los hechos notables del ministerio del Salvador.

19. Aquí también, mientras Mateo se limita a referir los hechos principales, Marcos y Lucas cuentan con muchos más detalles. Por ejemplo, por ellos conocemos el nombre de Jairo. "En el tiempo en que Marcos escribía, Jairo o su hija podían hallarse aún en Palestina. Es una grande prueba de la verdad de la historia evangélica, el hecho de que aun los nombres propios son conservados en ella." Bengel. Marcos pinta esta escena y la hace revivir ante los ojos de sus lectores por todos estos verbos en presente: *viene, cae* a sus pies, *le ruega* encarecidamente. Nuestras versiones ordinarias borran todos esos matices.—Jairo, hablando de su hija, emplea un gracioso diminutivo que expresa toda la ternura

de su corazón afligido. Calvino, en el lenguaje ingenuo del siglo XVI, lo traduce muy bien por: *mi hijita*. Este diminutivo, propio a Marcos, se encuentra también en el cap. 7: 25 y en ninguna otra parte en el Nuevo Testamento. En el original, la emoción del padre se descubre también por una frase enteramente incompleta: "Mi hijita está en su último instante... que, viniendo, pongas las manos."

20. Todos esos detalles omitidos por Mateo: *doce años* de enfermedad, *sufrimiento de parte de los médicos, todos sus bienes gastados*, su mal *siempre empeorando*, hacen resaltar la triste situación de esa pobre mujer.

21. *Ella decía*, en sí misma. (Mat. 9: 21, nota.)

22. *Y luego la fuente de su sangre se secó*, es decir su mal fué sanado en su causa, completamente. Ella *conoció en su cuerpo* por el alivio, el bienestar, la fuerza que experimentó, que estaba libre de ese *azote*. Esta última palabra significa propiamente un látigo por medio del cual se infligía una flagelación; figura enérgica de la aflicción de esa pobre mujer.

que había salido de él, volviéndose en la multitud, decía: ¿Quién
31 ha tocado mis vestidos?²³. Y le decían sus discípulos: Ves la
32 multitud que te aprieta, y dices: ¿quién me ha tocado?²⁴. Y mi-
33 raba en derredor para ver a la que había hecho esto. Y la mujer,
temiendo y temblando, sabiendo lo que le había acontecido, fué y
34 se prostró ante él y le dijo toda la verdad²⁵. Y él le dijo: Hija,
tu fe te ha salvado; vete en paz y sé sana de tu azote²⁶.

23. En el relato de Mateo esta curación se opera de un modo más sencillo. La mujer enferma se acerca tímidamente por detrás para tocar el borde del vestido de Jesús, quien, percibiendo ese movimiento, se vuelve, la alienta con compasión y la sana por medio de su palabra. En Marcos y Lucas, la curación se efectúa por la fe de la enferma y por el tocamiento de los vestidos de Jesús; la mujer siente que está curada y al mismo tiempo Jesús *conoce en sí mismo que una potencia acaba de salir de él*: se vuelve para preguntar quién le ha tocado, y sólo cuando la enferma se revela a él, le dirige la palabra como confirmación de su curación (v. 33, 34). No se puede desconocer la importancia de esta diferencia que presenta la narración de Marcos y de Lucas. Cierta crítica se ha apresurado a inferir de ella que los detalles que les son propios provienen de una tradición posterior y tienen el carácter legendario de un milagro realizado con independencia de la voluntad de Jesús. Pero el milagro obrado por la palabra de Jesús y por la acción directa de su voluntad, ¿es acaso mucho más fácil de comprender que el realizado por las potencias divinas que residían en él y de las que supo apoderarse la fe sencilla e ingenua, pero enérgica, de la enferma? Lo mejor que se ha dicho sobre este punto puede resumirse en estas palabras de M. Godet sobre Luc. 8: 43 y sig.: "En el momento en que el llamamiento fué dirigido a Jesús por el tocamiento de su vestido de parte de la enferma, la voluntad general y constante de ayudar y de aliviar que le animaba en medio de sus hermanos, recibió repentinamente por un aviso divino una dirección especial y particularmente eficaz, dirección de la cual tuvo conciencia distinta, pero

cuyo objeto le quedó oculto hasta que ese secreto le fué descubierto. Notemos que en cada milagro de Jesús hay en cierto modo dos polos: la receptividad del enfermo y la actividad del Salvador. Al máximum de acción del uno corresponde de ordinario el mínimum de acción del otro. En Betesda (Juan 5), donde Jesús debe despertar en el impotente hasta la voluntad de ser sanado, y en las resurrecciones de muertos, la receptividad humana está en su mínimum y la actividad de Jesús se eleva al más alto grado de iniciativa. En el caso actual es la inversa. Jesús es como pasivo, y la iniciativa de la mujer le arranca en cierto modo la curación. Entre ambos extremos se escalona la multitud de los casos ordinarios."

24. Esta observación de los discípulos, justa en sí misma, viene de su ignorancia de la verdadera causa de la pregunta de Jesús (v. 30) y de la importancia que él le atribuía. Jesús preguntaba: *¿Quién me ha tocado?* sólo porque en ese momento no lo sabía. Pero esa pregunta tenía más importancia aun para la mujer que para él mismo. El quería, sacándola de la oscuridad en que se ocultaba, dirigiéndole la palabra, dándole ánimo con bondad, llevarla a entrar en contacto con él, y hacer su fe más clara, revelándose a ella como el autor de su curación y de su salvación (v. 34).

25. *Temiendo y temblando*, intimidadada al verse descubierta, temiendo haberse atraído alguna censura por su acción atrevida, molestanda también al pensar que debía confesar delante de todos (Luc. 8: 47) un mal de esa naturaleza, que era una impureza legal. Por eso se había acercado ocultándose en la multitud (v. 27). Quizá también el efecto del mí-

35 Hablando aún él, vienen de [casa] del jefe de sinagoga, di-
 36 ciendo: Tu hija ha muerto; ¿por qué fatigas aún al Maestro? 27.
 Mas Jesús desatendiendo el dicho enunciado 28, dice al jefe de sina-
 37 goga: No temas, cree sólo 29. Y no dejó a nadie acompañarle sino
 38 a Pedro y a Jacobo y a Juan, el hermano de Jacobo 30. Y llegan
 a la casa del jefe de sinagoga y ve un alboroto y [gentes] que
 39 lloraban y lamentaban mucho. Y entrando les dice: ¿Por qué
 40 alborotáis y lloráis? La niña no ha muerto, sino duerme. Y se
 mofaban de él 31. Mas él, expulsando a todos, toma consigo al
 padre de la niña y la madre y los que estaban con él, y entra
 41 donde estaba la niña 32. Y cogiendo la mano de la niña, le

lagro cumplido en ella había aumentado su emoción.

26. Fué por esas palabras llenas de poder y de compasión, las que, según el relato de Mateo, libertaron a esa mujer. Según Marcos, Jesús confirma su curación haciéndola permanente; pero él hizo para ella mucho más aun. Su declaración: *tu fe te ha salvado*, se extiende a su alma, lo mismo que a su cuerpo, porque no hay duda que después de una experiencia semejante esa mujer se haya unido a su Salvador con toda la energía de su fe, de su reconocimiento, de su amor; y la paz que él le da fué en ella el fruto precioso de su salvación. Todas estas curaciones obradas por el poder y el amor del Salvador sobre tantos desdichados no eran más que la figura y el medio de su liberación del pecado y de la muerte. Es así como él se revela a nosotros como EL SALVADOR. Se ve por ello la importancia que hay en traducir fielmente estas palabras: *tu fe te ha salvado*, y no, como la mayor parte de nuestras versiones, *tu fe te ha sanado*.

27. El lenguaje de estas gentes que anuncian a Jairo la triste noticia, muestra que ante sus ojos no hay más esperanza, que todo ha concluído. El retardo causado por la intervención de la mujer había aumentado las angustias del pobre padre. Esta noticia acaba de quebrantar su corazón. Fué la suprema prueba de su fe. —Este mensaje y las palabras consoladoras de Jesús a que va a dar lugar, nos han sido conservados por Marcos y Lucas. Mateo los omite, porque, en su relato abreviado, Jairo anuncia inmediatamente la muerte

de su hija, y Jesús parte con él para resucitarla. El hecho esencial es siempre el mismo, pero es necesario reconocer, aquí también, la independencia de los evangelistas unos respecto de los otros.

28. El texto recibido dice: *Pero Jesús luego, habiendo oído el dicho...* Si esta lección es auténtica, nos pinta la prontitud (*luego*) con que el Salvador se apresura a calmar la angustia del padre al oír esa razón: *Tu hija ha muerto*. La variante adoptada contiene la misma idea, pero nos dice además que Jesús ni siquiera quiso detenerse en esa noticia siniestra de la muerte; sabía que iba a vencer la muerte, y quiere hacer participar a Jairo su certidumbre.

29. Con la más tierna simpatía, se esfuerza Jesús ante todo en aliviar, en el corazón quebrantado del padre, el temor. Para ello, le induce simplemente a *confiar* en él (sentido verdadero de la palabra *creer*), sin decirle lo que hará.

30. Según nuestro evangelista, Jesús habría despedido todo su cortejo, a excepción de los tres discípulos aquí indicados; antes de llegar a la casa de Jairo; según Lucas, no habría obrado así sino en la casa. Lucas reúne en uno solo los dos hechos que Marcos, más exacto, distingue (v. 37 y v. 40).

31. Véase, sobre esta escena y estas palabras, Mat. 9: 23, 24, notas.

32. Jesús no quiere cumplir este acto de liberación sino con calma, lejos de la multitud, en presencia del padre y de la madre, que debían ser los primeros testigos, y en presencia de los que estaban con él, es decir de los tres discípulos que él ha es-

dice: Talithá kúmi, lo que interpretado es: Joven, a ti digo, levántate 33. Y luego se levantó la joven y andaba, pues era de doce años 34. Y se pasmaron luego de grande pasmo. Y les mandó mucho que nadie lo supiera 35; y dijo que se le diera de comer 36.

G. 1-6ª. VISITA A NAZARET.—1.º *Asombro e incredulidad de los habitantes*. Mientras Jesús, haciendo una visita a Nazaret, enseñaba en la sinagoga, muchos se asombraban de su sabiduría y de su potencia; pero les impedía recibir su palabra el perfecto conocimiento que tenían de la humilde posición de él y de su familia. (1-3.)—2.º *La respuesta de Jesús*. Jesús les recuerda este proverbio: un profeta sólo es desconocido en su patria. A causa de su incredulidad, hizo allí pocos milagros. (4-6ª.)

VI. Y salió de allí, y va a su patria, y le siguen sus discípulos 1.
 2 Y llegado el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga. Y los más, oyéndole, se asombraban, diciendo: ¿De dónde viene esto a éste? y ¿qué sabiduría ha sido dada a éste? ¡y tales milagros hechos 3 por sus manos! 2. ¿No es éste el carpintero, el hijo de María y

cogido intencionalmente (v. 37). En los momentos más solemnes de su vida, Jesús parece haber sentido la necesidad de hallarse en la intimidad con los que le rodeaban; por eso vemos que, en esta ocasión, como en su transfiguración, como en Getsemaní, no admite a su lado más que a estos tres mismos discípulos, los más capaces de comprenderle.

33. Las dos palabras hebreas: *Talithá kúmi* solamente significan *joven, levántate*. Y son las únicas que Jesús pronuncia. Las palabras: *a ti digo* son agregadas por Marcos en su traducción, a fin de expresar el pensamiento "de Aquel que llama y que ordena." *Jerónimo*. Esta orden solemne, dirigida a la joven muerta, es conservada por Marcos en la lengua original, porque se había grabado vivamente en la memoria de todos los testigos. Nuestro evangelista se complace así en citar en arameo ciertas palabras del Salvador, de las que da luego la traducción. (7: 11, 34; 14: 36; 15: 34).

34. Diciendo que inmediatamente empezó la niña a andar, muestra el evangelista la realidad del milagro; y su observación de que *tenía doce años, motiva (pues)* la posibilidad del hecho: no era una nena. Tales detalles sólo pueden provenir de un testigo ocular. (Véase la Introducción.)

35. Véase, sobre el objeto de tal prohibición de publicar sus milagros, Mat. 8: 4, nota; comp. Marc. 7: 36; 8: 26. Aquí, donde no estaba rodeado más que por los padres de la joven y por sus tres discípulos, podía esperar que su orden sería observada, por lo menos en lo que concernía a los detalles del milagro.

36. Este último detalle muestra el completo restablecimiento de la niña y la tierna solicitud de Jesús a su respecto.

1. *Y salió de allí*, es decir, según nuestro evangelista, de la casa de Jairo (5: 38 y sig.). *Su patria* es Nazaret. Véase, sobre este relato, Mat. 13: 53-58, notas; Mateo coloca esta visita de Jesús a Nazaret inmediatamente después del gran discurso en parábolas.

2. Una variante de *Sin., B*, dice: "tales milagros que se hacen por sus manos."—*Tales milagros*, gr. *tales potencias*, es decir tales actos de la potencia divina; es el término más usado para designar los *milagros*. Los habitantes de Nazaret tienen en vista los milagros que Jesús había hecho en Capernaúm y otras partes y de los cuales habían oído hablar; de ahí el giro interrogatorio de la frase. Su *asombro* no es causado, pues, solamente por la *sabiduría* de los discursos de él, que no ha recibido la instrucción de los rabinos; se

hermano de Jacobo y de José y de Judas y de Simón? y ¿no están 4 sus hermanas aquí con nosotros? Y tropezaban en él². Y Jesús les decía: No hay profeta sin honor sino en su patria, y entre 5 sus parientes, y en su casa⁴. Y no podía hacer allí ningún milagro, sino poniendo las manos sobre algunos enfermos, los sanó⁵. 6 Y se admiró por su incredulidad⁶.

4. Retirada de Jesús a la otra orilla del lago.

A. 6b-13. MISIÓN DE LOS DOCE.—1º Recorriendo Jesús mismo el país enseñando, envía por primera vez sus apóstoles, de dos en dos, después de haberles dado poder sobre los espíritus impuros. (6-7).—2º Les da diversas instrucciones sobre su equipo y sobre la conducta que deberán observar donde fueren recibidos y donde no lo fueren. (8-11).—3º Los apóstoles predicán el arrepentimiento y sanan los enfermos. (12-13.)

mezcla con ella un sentimiento de envidia provocado por el hecho de que dones tan extraordinarios han sido comunicados a un hombre de condición tan humilde. (v. 3.)—Las palabras por sus manos pueden ser un hebraísmo, significando por su medio (Act. 5: 12; 19: 11), o, si se toman literalmente, sería una alusión al hecho de que Jesús curaba muy a menudo por la imposición de las manos (v. 5; 5: 23).

3. Gr. Se escandalizaban en él, hallaban ocasión de caída y de incredulidad en ese conocimiento que tenían de Jesús según la carne, que les impedía conocerle según el espíritu. "Dios manifestado en carne" "¿no es éste siempre el "gran misterio?" (1 Tim. 3: 16).—Según Mateo, los habitantes de Nazaret llaman a Jesús "el hijo del carpintero"; según Marcos simplemente el carpintero, sin duda porque le habían visto trabajar con sus manos en el taller de su padre adoptivo. Tal es, en efecto, la tradición recogida por algunos padres de la iglesia, (Justino, *Diál. con Triph.*, 88; Teodoro, *Hist. ecles.* III, 23.)—Véase, sobre los hermanos y las hermanas de Jesús, Mat. 12: 46, nota. En todas estas ocasiones en que son enumerados los miembros de su familia, no se habla más de José. Quizás había muerto ya, como lo admite la tradición.

4. Casa, en el sentido de familia (3: 25). Si ese proverbio era verdadero aplicado al Profeta santo y sin

mácula, cuánto más lo será para sus siervos, cuyas debilidades y defectos no son en ninguna parte mejor conocidos que entre sus amigos y en el interior de sus casas.—Hemos admitido (Mat. 13: 54, 1ª nota) que no debe identificarse esta visita de Jesús a Nazaret, referida por Mateo y Marcos, con la que relata Lucas (4: 16 y sig.). Y, en efecto, los dos relatos son tan diferentes, que por fuerza hay que ver dos hechos, y no uno solo. Pero como, por otra parte, es difícil admitir que, en ambas estancias, los habitantes de Nazaret hayan hecho la misma objeción y Jesús la misma respuesta, ¿no es probable que esas palabras hayan sido transferidas de un hecho al otro por la tradición apostólica, recogida tal como era por los evangelistas?

5. No podía. Véase sobre esta palabra Mat. 13: 58, nota. Ese corto número de enfermos sanados es considerado como poca cosa, hasta tal punto era rica y abundante la bienhechora actividad del Salvador.

6. Jesús se admira de la incredulidad como se admira de la fe (Mat. 8: 10). Es necesario tomar esa palabra al pie de la letra; Jesús no esperaba que sus conciudadanos de Nazaret fueran a tal punto cegados por los prejuicios. Su incredulidad marca el punto culminante de las disposiciones desfavorables que Jesús halla entre su pueblo; ella va a determinarle a intensificar su retirada alejándose de la región. Antes, sin em-

6^b, 7 Y recorría las aldeas circundantes, enseñando. Y llama a sí a los doce⁷, y empezó a enviarlos de dos en dos⁸, y les daba autoridad sobre los espíritus impuros⁹; y les mandó que nada llevaran para el camino sino un bordón sólo, ni pan, ni saco, ni 9 dinero en el cinto, sino [id] calzados con sandalias, y no vistáis 10 dos túnicas¹⁰. Y les decía: Dondequiera que entréis en una 11 casa morad hasta que salgáis de allí¹¹. Y cualquier lugar que

bargo, dirigirá a los galileos un último llamamiento por la misión de los doce.

7. Momento solemne que nuestro evangelista señala, según su costumbre, por el verbo en presente. Véase, sobre esta misión de los discípulos, Mat. 10: 1-15 y comp. Luc. 9: 1-6. En el primer evangelio, donde este relato es precedido del nombre de los doce apóstoles, la misión que Jesús les confía es admirablemente preparada por una descripción de la profunda angustia en que hallaba Jesús al pueblo, semejante a ovejas sin pastor. "La mies, decía, es grande, pero hay pocos obreros." Entonces cuando envía sus discípulos para aliviar todas esas miserias.

8. Empezó a enviarlos a ellos; esa palabra no es superflua; Marcos indica con ella el punto de partida de una misión que debía perpetuarse y extenderse a la vida entera de los apóstoles.—De dos en dos, detalle particular a Marcos; medida de sabiduría y de amor de parte del Salvador. De ese modo se acomoda a la debilidad de sus discípulos, responde a necesidades profundas del alma de ellos, previene los peligros del aislamiento y los de un dominio personal y exclusivo en su obra.

9. Poder o autoridad. Mateo y Lucas agregan a este poder de sanar los endemoniados el poder de sanar las enfermedades. "Hay algo más importante que predicar, es hacer predicadores; hay algo más importante que hacer milagros, es comunicar el poder de hacerlos". *Godet*. "Es claro que, para comunicar a sus apóstoles el poder de sanar, debió también comunicarles una nueva medida del Espíritu de Dios; pues, sin una potencia espiritual, no habrían ejercido ninguna acción semejante. Tenemos, pues, aquí una primera indicación del don del Espíritu que

Jesús confirmó más tarde (Juan 20: 22), y que el día de Pentecostés completó". *Olshausen*. Es evidente por lo demás que Jesús no se limitó a conferir a sus discípulos esos poderes milagrosos, sino que los enviaba ante todo para "predicar el reino de Dios," como lo dicen expresamente Mateo y Lucas (Mat. 10: 7, Luc. 9: 2; comp. aquí v. 12, nota).

10. Según el texto de *Sin., A, C, D*, el discurso pasa de la forma indirecta a la directa en ese último precepto.—Véase, sobre este versículo, Mat. 10: 10, nota. Es necesario cuidarse de forzar los términos de estas descripciones en un espíritu estrictamente legal. "Al ordenar a sus discípulos no tomar provisiones para el camino, Jesús elevaba sus pensamientos hacia otras riquezas: partiendo para su misión sin socorro humano, debían vivir del rico tesoro de su Padre celestial. Más tarde el Maestro les probó que no los había engañado (Luc. 22: 35). El Salvador, que no tenía personalmente un lugar donde reposar su cabeza, coloca, pues, a sus discípulos en el punto de vista de la fe pura. Como obreros de Dios (Mat. 10: 10), ellos deben esperar de él su subsistencia. Para ejercer y probar su fe, Jesús los envía sin las precauciones que toma y que debe tomar el hombre del mundo. Sería posible que tal discípulo hubiese tenido aún consigo algún dinero; no habría obrado en ello contrariamente a la orden de Jesús, siempre que no lo hiciese por incredulidad. Es necesario, pues, entender estas palabras también como siendo espíritu y vida y como debiendo ser recibidos por la fe. De ese modo tienen su verdad perpetua para todos los obreros del reino de Dios, de todos los tiempos y de todos los lugares." *Olshausen*.

11. Es decir posad en esa casa ha-

no os recibiere ni os oyeren... , saliendo de allí, sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio a ellos ¹².

12, 13 Y saliendo, predicaron que se arrepintieran ¹³; y expulsaban muchos demonios, y ungián con aceite a muchos enfermos, y los sanaban ¹⁴.

B. 14-29. HERODES Y JUAN EL BAUTISTA.—1.º *Terror supersticioso de Herodes*. La fama de Jesús llega hasta Herodes; mientras otros dicen que Jesús es Elías o un profeta, Herodes afirma que es Juan resucitado. (14-16.)—2.º *La prisión de Juan*. El evangelista relata con este motivo el fin trágico del Bautista. Juan había sido encarcelado porque censuraba la unión de Herodes con Herodías, la mujer de su hermano. Ésta perseguía al profeta con su odio, pero no podía conseguir su muerte. Herodes protegía a Juan, lo escuchaba con gusto y estaba turbado por sus conversaciones con él. (17-20.)—3.º *La muerte de Juan*. El día del cumpleaños de Herodes ofreció a Herodías una ocasión propicia. Su hija bailó en el festín que Herodes ofreció a sus magnates. Herodes, embriagado, le promete con juramento darle lo que ella quisiera. La joven, después de haber consultado a su madre, pidió la cabeza de Juan el Bautista. El rey, aunque se entristeció mucho, no osó rehusar. Envió un guardia a decapitar a Juan en su prisión. El guardia llevó la cabeza de

ta que partáis de ese lugar, de esa ciudad. Con esto los disuade Jesús prudentemente de dejar los huéspedes que los habrían recibido, para ir hacia otros; y al mismo tiempo les da, después de las prescripciones que preceden, una indicación acerca del modo como proveerá Dios a sus necesidades, por la hospitalidad de aquellos a quienes anunciarán la palabra.

12. Véase Mat. 10: 14, nota.— El testimonio que sería así dado significaría que el mensaje de salvación había llegado a esas gentes y lo habían rechazado por endurecimiento.—El texto recibido dice al principio del versículo: “Y todos los que no os recibieren”; la verdadera lección (Sin., B) es: “Todo lugar que no os recibieren ni os escucharen.” El texto recibido agrega a este versículo: *En verdad os digo, para Sodoma y Gomorra será más tolerable en el día del juicio que para esa ciudad*. Estas palabras han sido transcritas de Mat. 10: 15.

13. Exhortar los hombres a arrepentirse (véase sobre el sentido de esta palabra Mat. 3: 2, nota) no era, sin duda, todo el contenido de la predicación de los apóstoles; pero por ahí debe empezar siempre y en todas

partes la renovación de la vida religiosa y moral.

14. Es necesario notar todos esos verbos en imperfecto, indicando una acción continua, a menudo repetida.— *Ungir con aceite*: (Marcos solo ha conservado este detalle) era un medio curativo muy frecuentemente empleado en Oriente (Luc. 10: 34); lo que no quiere decir que los apóstoles operasen las curaciones únicamente por este medio, puesto que el evangelista relata evidentemente una acción milagrosa; pero no debe creerse tampoco que los apóstoles empleasen ese aceite en el simple objeto de despertar la atención de los enfermos, o como señal de su curación. Servía más bien de medio de comunicación a las potencias espirituales que operaban la curación. (Comp. Jac. 5: 14.) Con el mismo fin Jesús mismo se servía algunas veces de la saliva o de un tocamiento para operar una curación (8: 23; Juan 9: 6; Mat. 8: 3) Esta explicación, por lo demás, no excluye la idea de los intérpretes que atribuyen al empleo del aceite una significación simbólica: pues se sabe que, siempre en la escritura, el aceite es la figura del Espíritu Santo, por la potencia del cual los apóstoles obraban.

Juan sobre un plato y la dió a la joven, quien la llevó a su madre. Los discípulos de Juan fueron a cumplir los últimos deberes para con su maestro. (21-29).

14 Y oyó el rey Herodes, pues manifiesto se había hecho su nombre. Y decía: Juan el bautizador, ha resucitado de entre los muertos, y por esto obran las potencias en él ¹⁵. Mas otros decían Elías es; y otros decían: Profeta es como uno de los profetas ¹⁶. Mas oyéndolo Herodes, decía: El que yo decapité, Juan, éste ha resucitado ¹⁷. En efecto, Herodes mismo envió y prendió a Juan, y lo aprisionó en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de Felipe su hermano, porque la había tomado por mujer ¹⁸, pues decía Juan a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu her-

15. Véase sobre estas palabras Mat. 14: 1, 2, notas, y comp. Luc. 9: 7-9. Herodes es llamado *rey* según la costumbre popular; no era ése su título oficial. Mateo y Lucas le llamaban más exactamente el tetrarca.—Gr. Y el rey Herodes oyó, pues su nombre se había hecho manifiesto. El oyó decir lo que hacían los discípulos (12, 13). Pero como éstos no predicaban ni operaban las curaciones más que en el nombre y en el poder de su Maestro, el evangelista, por un giro elíptico, agrega que su nombre, el nombre de Jesús, había adquirido renombre por la actividad de los apóstoles.—En cuanto a la opinión de Herodes, de que Juan había resucitado de entre los muertos (véase v. 16, nota), una variante de B, D, adoptada por Lachmann, Westcott y Hort, y otros, la atribuye, en este versículo, no a Herodes, sino al público: *decían, se decía*.

16. Comp. Mat. 16: 14, nota. La única diferencia que hay entre estas diversas opiniones, es que unos estiman que Jesús era Elías, es decir un enviado de Dios animado del Espíritu de Elías, o quizás Elías mismo volviendo sobre la tierra (Mal. 4: 5); mientras que otros pensaban que era un profeta como uno de los profetas, es decir un profeta semejante a uno de los antiguos profetas.—Los que expresaban esos diversos juicios podían hallarse en el círculo de Herodes, pero no hacían más que repetir opiniones que corrían entre el pueblo, y son aproximadamente esas mismas opiniones las que los discípulos refirieron a Jesús en otra ocasión (Mat. 16: 14).

17. Herodes no admite esas opiniones, como lo demuestra ya la partícula adversativa *mas*; insiste en la idea que ha expresado (v. 14), y lo hace en términos enérgicos que el texto recibido transcribe así: “Ése Juan que yo decapité, él es quien ha resucitado de entre los muertos.” Las palabras en bastardilla son suprimidas por Tischendorf, según Sin., B, y algunas versiones. El texto recibido dice además: “él es, él mismo ha resucitado...” Las palabras de Herodes descubren la turbación de una conciencia atormentada por el recuerdo de un crimen. Se ha objetado a este relato que es inadmisibles que Herodes, príncipe inteligente, afiliado al partido de los saduceos, creyese en la resurrección de Juan. Las palabras que se le atribuye significarían simplemente: “Yo he hecho decapitar uno de esos profetas, y he aquí otro que aparece.” Pero es evidente que todos los evangelistas entienden esas palabras de Herodes en su sentido literal. Y ¿por qué se habrían engañado? En un hombre débil, voluptuoso, libertino, turbado en su conciencia como era Herodes, la superstición se asocia muy bien con la incredulidad. Además, la alta estima en que tenía el carácter de Juan el Bautista (v. 20) no podía menos que aumentar los remordimientos que le hacían hablar así.

18. Véase sobre este relato Mat. 14: 3-12, notas. Marcos relata con muchos más detalles el drama sangriento de la muerte de Juan el Bautista. Notaremos los rasgos que le son propios.

19 mano¹⁹. Y Herodías estaba irritada contra él y quería matarle,
20 y no podía²⁰, pues Herodes temía a Juan, sabiendo que era
varón justo y santo, y le guardaba y, oyéndole, estaba muy per-
21 plejo, y le oía de buena gana²¹. Y llegado un día oportuno cuan-
do Herodes, en su fiesta natalicia hizo una cena a sus grandes
22 y a los tribunos y a los principales de Galilea²², y entrando la
hija de Herodías misma y bailando, agradó a Herodes y a los con-
vidados. Y dijo el rey a la joven: Pídeme cualquier cosa que
23 quisieres y te la daré. Y le juró: Cualquier cosa que me pidieres,
24 te la daré, hasta la mitad de mi reino²³. Y, saliendo, dijo a su

19. Es necesario observar que ese verbo en imperfecto: Juan *decía* a Herodes. Ese valiente testimonio de la verdad moral había sido dado en más de una ocasión por el profeta, quien sabía, sin embargo, que lo hacía con peligro de su vida. Había tenido, en efecto, muchas ocasiones de hablar a Herodes (v. 20).—*La mujer de tu hermano*: todo el crimen de Herodes estaba allí.

20. Llena de odio contra Juan, porque él se oponía a su pasión y a su ambición, Herodías habría querido *hacerle morir* (gr. *matarle*). ¿Por qué no lo *podía*? El versículo siguiente nos lo dice claramente, atribuyendo a Herodes, respecto de Juan, sentimientos enteramente distintos a los de su mujer. Pero aquí se halla entre Marcos y Mateo una diferencia que es necesario reconocer. Este último dice, en efecto, que Herodes hubiese querido hacer morir a Juan y que sólo era retenido por el temor del pueblo (Mat. 14: 5) Marcos (v. 20) expresa una apreciación completamente diferente. Se observará, sin embargo, que, cuando se trata de juzgar un hombre débil, sin resolución, libertino, vacilante, de impresiones variables, el juicio puede depender del momento en que se toma. Herodes podía haber tenido el deseo de deshacerse de ese testigo oportuno, cuando lo hizo poner en la cárcel; pero después de haber tenido ocasión de verle de cerca varias veces, pudo muy bien cambiar de sentimiento a su respecto. Marcos comprueba esas nuevas disposiciones para con el precursor. Eso no impide que el otro motivo que Mateo atribuye a Herodes, el temor del pueblo, pudiese ejercer también sobre él una influencia.

21. El *temor* que Herodes tenía de Juan es motivado muy bien por esta observación que veía en él un *varón justo y santo*; pues podía pensar que, si hacía matar a tal hombre, eso le acarrearía desgracia. Así le *guardaba* con cuidado en la cárcel, donde le protegía contra los designios de Herodías, y, como le *escuchaba de buena gana*, le acontecía, después de haber conversado con él, *estar perplejo, turbado sobre muchas cosas*. Esta última palabra describe admirablemente la situación y las disposiciones de Herodes y explica ese temor que tenía de Juan. Esta idea tan natural no ha sido comprendida por los copistas, que han corregido el verbo y hacen decir al evangelista que Herodes "*hacía* muchas cosas después de haber oído a Juan." Aunque esta lección se halla en A, C, D, la mayor parte de las *mayúsc.* y de las versiones, es necesario, sin vacilar, admitir la otra variante.

22. Ese *día* era *oportuno* para los planes de Herodías, que podía aprovecharse de la embriaguez de un gran festín para llegar a su fin. Herodes reunió en esta fiesta las tres clases de hombres que tenían acceso a su corte: los *grandes* dignatarios civiles, los *tribunos* (gr. los *chiliarcas*, que tenían comando de mil hombres) y los *principales* de la provincia donde se hallaba.

23. Véase, sobre la hija de Herodías, Mat. 14: 6, nota. Herodes, ebrio de vino, de voluptuosidad y de falsa gloria, promete con juramento lo que no podía dar. Habla de su reino, no siendo él más que el administrador de una pequeña tetrarquía; parodia el lenguaje del gran Asuero (Ester 5: 3), no teniendo ninguna soberanía.

madre: ¿Qué pediré? Y ella dijo: La cabeza de Juan el bauti-
25 zador. Y entrando luego con presura al rey, pidió diciendo: Quie-
ro que al instante me des, sobre un plato, la cabeza de Juan el
26 Bautista²⁴. Y poniéndose el rey muy triste, por causa de sus
27 juramentos y de los convidados, no quiso desecharla²⁵. Y en-
viando luego el rey un guardia²⁶, ordenó que llevaran su cabeza.
28 Y yendo, le decapitó en la cárcel; y llevó su cabeza sobre un
29 plato y la dió a la joven, y la joven la dió a su madre²⁷. Y
oyéndolo sus discípulos, fueron y llevaron su cadáver, y lo pu-
sieron en un sepulcro.

C. 30-44. RETIRADA AL DESIERTO.—1.^o *Regreso de los discípulos. Jesús los lleva aparte*. Los discípulos, de regreso de su misión, se reúnen junto a Jesús para darle cuenta. Jesús los invita a atravesar el lago para trasladarse con él a un lugar desierto, a fin de hallar allí algo de reposo, porque estaban de tal modo estrechados por las multitudes, que ni aun tenían tiempo para comer. (30-32.)—2.^o *Su proyecto descubierto por la multitud*. Habéndolos visto partir la multitud, los sigue a pie, a fin de volverlos a hallar al otro lado del lago. Jesús, conmovido de compasión, les dirige enseñanzas prolongadas. (33-34.)—3.^o *Los preparativos de la comida*. Como la hora es avanzada, los discípulos invitan a Jesús a despedir la multitud, que nada tiene para comer en ese lugar desierto. Jesús les responde: Dadles vosotros mismos de comer. Los discípulos, asombrados, le hacen observar que se necesitarían más de doscientos denarios de pan. Jesús les dice que vean cuántos panes tienen. Ellos comprueban que solamente tienen cinco panes y dos peces. (35-38.)—4.^o *La comida*. Jesús ordena que hagan sentar la multitud por grupos sobre la hierba verde. Luego toma los panes y los peces y pronunció la bendición; y los daba a sus discípulos para distribuirlos a todos. Todos son hartados, y se recogen doce cestas llenas con lo que sobraba. Y había allí cinco mil hombres. (39-44.)

30 Y se congregan los apóstoles junto a Jesús; y le contaron

¡Y ese lenguaje usa con una joven que acaba de agrardarle con su baile!

24. Mateo se limita a decir que la joven hizo su pedido a instigación de su madre. Marcos describe la escena de un modo más dramático: Salomé sale, va junto a su madre, quien no teme de dar a su hija un consejo donde se descubran todo su odio y su crueldad; luego esa joven vuelve a entrar *con presura* en la sala del festín y usa con Herodes ese lenguaje imperioso que nos muestra en ella la digna hija de su madre: *Quiero al instante, sobre un plato, la cabeza de Juan el Bautista*.

25. Esta *tristeza* de Herodes se recibe muy bien según el v. 20; la cau-

sa está en su conciencia turbada; pero obedece más bien a una mezquina vanidad, a la que sacrifica la vida del precursor.

26. Marcos emplea aquí un término latino: *speculator, vigilante*. Era uno de los soldados de la guardia real, a los cuales incumbían también las ejecuciones capitales.

27. Todos los términos tan simples del relato: trajo la cabeza sobre un plato y la dió a la joven, y la joven la dió a su madre, hacen sentir el horror de esa escena mejor que lo harían las expresiones más patéticas. En cuanto a este asesinato de Juan el Bautista, resuelto y ejecutado al instante, véase Mat. 14: 11, nota.

31 todo cuanto habían hecho y cuanto habían enseñado²⁸. Y les dice: Venid, vosotros mismos²⁹, aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Eran, en efecto, muchos los que iban y venían, 32 y ni aun para comer tenían oportunidad³⁰. Y se fueron en el 33 barco a un lugar desierto aparte³¹. Y los vieron irse y muchos los conocieron, y a pie de todas las ciudades concurrieron allá, 34 y les precedieron³². Y saliendo³³, vió una grande multitud, y tuvo lástima de ellos, porque eran como ovejas que no tienen

28. Comp. Mat. 14: 13-21; Luc. 9: 10-17; Juan 6: 1-15.—El evangelista, después de su digresión sobre la muerte de Juan el Bautista, vuelve a tomar el relato de la misión de los doce (v. 7 y sig.). El verbo en presente nos conduce a la época en que la fama de Jesús llega a oídos de Herodes (v. 14). *Los apóstoles* vienen a dar cuenta a Jesús de los resultados de su primera misión. Según el ejemplo de su Maestro, han unido a la acción la enseñanza. (*Hecho y enseñado*, Act. 1: 1.)—Este pasaje es el único de su evangelio donde Marcos emplea la palabra apóstol. Véase Mat. 10: 2, nota.

29. Vosotros *solos*, gr. vosotros mismos, por vuestra cuenta, personalmente.

30. Véase, sobre los motivos de esta retirada, Mat. 14: 13, nota. Según Marcos la intención de Jesús para sí mismo y para sus discípulos es escapar por un tiempo del ruido y las fatigas que les ocasionaban esos muchos que iban y venían, a fin de reposar un poco. Ese reposo en la soledad y en la comunión de su Maestro era sobre todo necesario a los apóstoles, después de su primer viaje de misión. No es menos necesario a todos los siervos de Dios, a quienes demasiada actividad exterior puede agotar cuerpo y alma, de manera que paralice esa misma actividad.—Marcos hace por segunda vez esta observación: que Jesús y sus discípulos no tenían ni siquiera tiempo para comer (3: 20).

31. Es decir que se trasladaron a la orilla oriental del lago que, menos poblada que la región de Genezaret, les ofrecía muchos retiros solitarios.—El artículo (*el* barco), que a menudo se halla en estos relatos, parece designar un barco de que Jesús

se servía ordinariamente y que, sin duda, pertenecía a uno de sus discípulos.

32. Este versículo presenta, en los manuscritos, variantes, que no modifican mucho el sentido. Además, el texto es susceptible de diversas traducciones. Se puede tomar el primer verbo en un sentido impersonal: "Se les vió partir y muchos conocieron..." Según B, D, el verbo *conocieron* no tiene régimen; lo más natural es sobrentender: la dirección y el objeto de su viaje. El texto recibido dice: "ellos le reconocieron," una variante de Sin., A, versiones, adoptada por Tischendorf: "ellos los reconocieron." Cualquiera lección que se adopte, nuestro relato dice que un gran número de los que habían rodeado a Jesús y sus discípulos, habiéndolos visto embarcarse y sabiendo que iban a la otra orilla, *acudieron a pie y les precedieron*. El texto recibido con A y algunas mayúsc. agrega: *se reunieron a él*. Para alcanzar ese objeto, debieron rodear la extremidad septentrional del lago. La curva de la orilla se acerca sensiblemente a la línea recta, de modo que pudieron llegar al mismo tiempo que el barco, y aun antes que él. *De todas las ciudades* que se hallaron sobre su camino, muchos los acompañaron. El relato de Mateo (14: 13) tiene el mismo sentido.

33. *Saliedo*; ¿de dónde? Según Mat. 14: 14 (comp. Juan 6: 3), Jesús salía de la soledad de la montaña, donde había pasado algunas horas con sus discípulos, según su intención mencionada por Marcos mismo (v. 31). Pero este evangelista, habiéndonos dicho que la multitud acudida a pie había llegado antes que Jesús a la otra orilla (v. 33), parece querer indicar que Jesús no pudo hallar

35 pastor, y empezó a enseñarles muchas cosas³⁴. Y siendo ya avanzado el día, allegándose a él sus discípulos le decían: El 36 lugar es desierto, y el día es ya avanzado; despídelos, para que yendo a los campos y aldeas circundantes compren para sí qué 37 comer³⁵. Mas él, respondiendo, les dijo: Dadles vosotros de comer. Y le dicen: ¿Iremos y compraremos panes por doscientos 38 denarios, y les daremos de comer?³⁶. Y él les dice: ¿Cuántos panes tenéis? Id, ved. Y al saberlo dicen: Cinco, y dos peces³⁷. 39 Y les ordenó que hicieran reclinar a todos por compañías sobre 40 la hierba verde; y se reclinaron por cuadros de ciento y de cincuenta³⁸. Y tomando los cinco panes y los dos peces, levantando los ojos al cielo, bendijo, y rompió los panes, y daba a los discípulos, para que pusieran delante de ellos³⁹. Y repartió los dos

la soledad y el reposo que buscaba; su expresión: *saliedo*, tiene por complemento sobrentendido el barco (v. 32) y se refiere al momento en que Jesús desciende a tierra.

34. Comp. Mat. 14: 14 y 9: 36, nota.

35. Véase, sobre este relato de la multiplicación de los panes, Mat. 14: 15 y sig., notas, y comp. Luc. 9: 10-17; Juan 6: 5 y sig.—El texto recibido dice: *compre panes, pues no tienen qué comer*.

36. Esta pregunta de los discípulos parece descubrir una extrañeza mezclada de algo de mal humor, causado por la orden inejecutable que Jesús les daba. Marcos solo indica esta valuación de los discípulos que estiman en *doscientos denarios* la cantidad de pan necesaria para dar a cada uno un poco de alimento. Ese detalle es confirmado por Juan 6: 7, donde vemos que fué Felipe quien hizo el cálculo y estimó que esa suma ni siquiera alcanzaría. Como, en efecto, el denario romano valía un poco menos que un franco, esa suma, repartida entre cinco mil hombres (v. 44), habría dado para cada uno el valor de algunos céntimos. Se ha supuesto, sin razón, que los discípulos indicaban esa cifra porque era todo el dinero que poseían en la bolsa común. Su lenguaje parece más bien decir que jamás han poseído tanto y que les sería sumamente difícil procurarse esa riqueza.

37. ¿De dónde provienen esos cinco panes y esos dos peces? Juan (6: 8, 9), que relata con la exactitud del testigo ocular, ha respondido a esta

pregunta.—Por lo demás, panes y peces fritos, y a menudo huevos duros eran la provisión ordinaria de los que hacían un viaje (Luc. 11:11, 12). Véase F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7ª edic. p. 361.

38. Gr. *compañías por compañías, cuadros por cuadros* (hebraísmo, Ex. 3:10). La primera de esas palabras significa literalmente una sociedad de convidados sentados para un banquete; la segunda un cuadro semejante al tablar de un jardín. Esas compañías estaban sentadas sobre dos líneas, entre las cuales se podía pasar para servirías, estando compuesta cada una de cincuenta o de cien hombres. Ese orden, prescripto por el Señor mismo, facilitaba el servicio, aseguraba a cada uno su parte y permitía contar el número exacto de convidados (v. 44). Marcos acaba de pintar la escena que se ofrecía entonces a la vista, diciéndonos que todos esos grupos estaban sentados sobre la hierba verde. Ahora bien: se sabe por Juan que era entonces la época de la fiesta de la pascua, en plena florecencia de primavera, y que así todos tenían ante sus ojos las magnificencias de esas campañas que se extendían de los montes hasta el lago. Allí fué donde el Señor Jesús, desplegando su poder y su amor hartó de alimentos milagrosos a esas multitudes que por su palabra habían sido alimentadas del pan de la vida.

39. Véase, sobre esta bendición pronunciada por el Salvador, Mat. 14: 19, nota. Marcos agrega: *levantando*

42, 43 peces para todos ⁴⁰. Y comieron todos y se hartaron. Y llevaron pedazos, doce cestas llenas, y de los peces ⁴¹. Y los que habían comido los panes eran cinco mil varones ⁴².

D. 45-56. JESÚS CAMINA SOBRE EL MAR Y REALIZA CURACIONES.—1.º *Los discípulos en el lago. Jesús en el monte.* Jesús obliga a sus discípulos a entrar al barco para volver a cruzar el lago, despide la multitud y se retira a un monte para orar. Habiendo llegado la noche, está ahí solo, mientras los discípulos se encuentran por el centro del lago. (45-47.)—2.º *Jesús va en socorro de los discípulos.* Jesús, viendo que les costaba mucho remar a causa de un viento contrario, va a ellos, andando sobre las aguas. Tomándole por un fantasma, lanzan gritos de terror. Pero Jesús los conforta; sube al barco y el viento cesa, todos experimentan el asombro más profundo. (48-52.)—3.º *Numerosas curaciones en la región de Genezaret.* Jesús, habiendo desembarcado en la región de Genezaret, se ve en el acto rodeado de gentes que, reconociéndolo, le llevan enfermos. Dondequiera que entra, en las ciudades y en los campos, ponen delante de él los enfermos por las plazas, y todos los que tocan la franja de su manto son sanados. (53-56.)

45 Y luego obligó a sus discípulos a entrar al barco e ir delante al otro lado, hacia Betsaida, mientras él despedía la multitud ⁴³. Y en despidiéndose de ellos, se fué al monte a orar. 47 Y llegada la tarde, estaba el barco en medio del mar y él solo 48 en tierra ⁴⁴. Y viéndolos fatigados al remar, pues el viento les era contrario, como a la cuarta vela de la noche, va a ellos an-

los ojos al cielo. Jesús buscaba siempre con la mirada, en Dios, las bendiciones y las gracias que impartía a los hombres.—Es necesario observar este verbo en imperfecto: los daba, a medida que los rompía. Marcos indica de este modo que la acción duró tanto como la distribución, y que los panes se multiplicaban en las manos de Jesús. Parece más bien resultar del relato de Mateo que la multiplicación se hizo en las manos de los discípulos.

40. El los repartió por los discípulos, que así cumplieron realmente la orden que Jesús les había dado (v. 37), y que les había parecido inenajutable (Mat. 14: 19, 2ª nota).

41. Gr. "Llevaron pedazos para llevar doce cestas, y (de los restos) de los peces." Marcos solo hace observar que se recogió también esos restos de peces. Se puede preguntar si estos últimos eran además de las doce cestas de pedazos de pan.

42. Véase, sobre este milagro, Mat. 14: 21, nota.

43. Comp. Mat. 14: 22-36; Juan 6: 16-21.—Jesús obligó a sus discípulos a separarse de la multitud, porque ellos se oponían por diversas razones. (Mat. 14: 22; nota.)—*Betsaida*, pequeña ciudad situada sobre la margen occidental del lago, en Galilea (Juan 12: 21), lugar natal de tres apóstoles (Juan 1: 44), cerca de Capernaúm y de Corazín (Luc. 18: 13), lo que explica cómo puede Juan (6: 17) decir, sin contradicción con el relato de Marcos, que los discípulos navegaban "hacia Capernaúm" Había también una ciudad del nombre de Betsaida (nombre que significa *causa de pesca*) sobre la margen oriental del lago (8: 22, nota), cuya situación Josefo designa. (*Guerras de los judíos*, III, 10, 7.) Erróneamente admiten algunos intérpretes esta última localidad como aquella hacia la que se dirigían aquí los discípulos.

44. Véase Mat. 14: 23, nota.

49 dando sobre el mar ⁴⁵. Y quería pasarlos ⁴⁶; mas ellos, viéndolo andar sobre el mar, pensaron que era una aparición, y clamaron, 50 pues todos lo vieron, y se turbaron. Mas él habló luego con ellos, 51 y les dice: Tened buen ánimo, yo soy, no temáis ⁴⁷. Y subió a ellos al barco, y se calmó el viento, y se pasmaban en sí mismos 52 en gran manera, fuera de toda medida ⁴⁸, pues no habían entendido sobre los panes, sino que su corazón estaba endurecido ⁴⁹. 53 Y cruzando hacia la tierra, llegaron a Genezaret, y abordaron 54, 55 ron ⁵⁰. Y saliendo del barco, luego, reconociéndole, recorrieron toda aquella región, y empezaron a llevar por todas partes, sobre las camillas, a los que estaban enfermos, adonde oían que estaba.

45. Mat. 14: 25, nota.—*Viéndolos*, vñ. Así es como Marcos hace actual esta escena; dos palabras le bastan para mostrarnos al mismo tiempo la mirada penetrante de Jesús que, desde su retiro en el monte, percibe sus pobres discípulos en peligro, y su tierna solicitud que le lleva a socorrerlos. La *cuarta vela* de la noche empezaba a las tres de la mañana. Como se habían embarcado la víspera al anochecer, se ha encontrado extraño que los discípulos hubiesen luchado toda la noche contra las olas. Pero Marcos, en entera armonía con Mateo, ha prevenido ya esa objeción por la sencilla observación de que *el viento les era contrario*.

46. *Pasarlos*, o adelantarse a ellos. Este detalle, que pertenece a Marcos solo, es bastante difícil de explicar. ¿Cuál era el objeto de Jesús? Un intérprete dice que quería pasar sin ser percibido por sus discípulos; otro, que quería darles ánimo marchando ante ellos como el vencedor de las olas desencadenadas. ¿No es más conforme al relato pensar que quería fortalecerlos mostrándose a ellos? O, puesto que este objeto no fué alcanzado y que su turbación no hizo más que aumentar, ¿quería Jesús poner a prueba la fe de ellos y deseaba que la iniciativa de la liberación viniese de parte de ellos, y que implorasen su socorro? Sea lo que fuere, el grito de angustia que lanzaron llegó a su corazón (v. 50).

47. Mat. 14: 27, nota.

48. Jesús está junto a ellos, la tempestad se calma sin que tenga que ordenar a las olas y al mar, como en otra ocasión (4: 39).—Al término tan fuerte, *se pasmaban*, el texto re-

cibido, con A, D, *mayúsc.* agrega: *y se admiraban*

49. Esta reflexión, que es particular a nuestro evangelista, arroja una especie de censura sobre la extrema admiración de los discípulos y quizá también sobre el miedo de que habían sido sobrecogidos viendo a Jesús andar sobre las aguas. No habría sido así si hubieran comprendido respecto del milagro *de los panes* (v. 35 y sig.); habrían inferido del poder de Jesús en la primera ocasión, poder en la segunda. La causa de esa falta de inteligencia se hallaba en su *corazón endurecido*. Esta última palabra no debe solamente aplicarse a una ceguera, una insensibilidad de su corazón en el caso actual, sino extenderse al estado moral en que estaban en esa época. Esta observación íntima sobre los discípulos solo puede provenir de un testigo ocular o aun de un hombre que había experimentado las impresiones de que se trata. Ese testigo es el apóstol Pedro, cuyos relatos ha conservado Marcos. (Véase la introduc.) Y ésta es quizá también la causa por la que no hallamos en nuestro evangelio el incidente relativo a Pedro andando sobre las aguas (Mat. 14: 28-31). Pedro, relatando esa grande escena en sus predicaciones, callaba lo que le concernía personalmente.

50. Gr. *Atravesando hacia la tierra, llegaron a Genezaret.* Tal es la lección de Sin., B; en el texto recibido, en A, D y las *mayúsc.*, las palabras están en otro orden; *hacia la tierra* está junto a *Genezaret*: vinieron a la tierra de Genezaret. Véase, sobre esa región de Genezaret, Mat. 14: 34, nota.

56 Y donde quiera que entraba, en aldeas o ciudades o en campos, ponían en las plazas los enfermos, y le rogaban que tocaran tan sólo la franja de su manto; y cuantos la tocaron eran sanados⁵¹.

4. Retiro a los territorios de Tiro y de Sidón.

A. 1-23. OCASIÓN DE ESTE RETIRO. LOS FARISEOS DE JERUSALÉN ATACAN A JESÚS RESPECTO DE LAS ABLUCIONES.—1.º *La pregunta de los fariseos.* Algunos fariseos y algunos escribas, idos de Jerusalén, se reúnen junto a Jesús. Habían observado que algunos de sus discípulos comían sin haberse lavado las manos. (El evangelista refiere, con este motivo, las abluciones impuestas a los judíos por su tradición.)—Los fariseos preguntan, pues, a Jesús por qué no se sujetan sus discípulos a la tradición. (1-5).—2.º *La réplica de Jesús.* a) Sus adversarios son hipócritas. La conducta de ellos ha sido ya censurada en unas palabras de Isaías sobre el culto vano de los labios. (6-8).—b) Ellos mismos violan la ley de Dios por su tradición, como resulta de su manera de tratar el quinto mandamiento. (9-13).—3.º *Discurso de Jesús a la multitud:* lo que entra en el hombre no le contamina, sino lo que sale del hombre. (14-16).—4.º *Explicaciones dadas por Jesús a sus discípulos.* Habiéndose retirado Jesús a la casa con sus discípulos, éstos le piden que les explique la figura que acaba de emplear. Jesús, asombrado de la poca inteligencia de ellos, les dice que los alimentos no pueden contaminar al hombre, puesto que no penetran en el corazón, sino los malos deseos que salen de ese corazón corrompido. Luego enumera todos esos vicios. (17-23.)

VII. Y se congregan a él los fariseos y algunos de los escribas 2 que habían venido de Jerusalén¹. Y viendo a algunos de sus 3 discípulos que con manos inmundas, esto es no lavadas, comen sus panes²,... pues los fariseos y todos los judíos si no se lavaren las manos con el puño, no comen, reteniendo la tradición

51. Véase sobre este relato Mateo 14: 36, nota. Marcos nos pinta con más detalles esas escenas conmovedoras, ese extremo apresuramiento de los enfermos y de los suyos, esas numerosas curaciones realizadas por el Salvador, que señalaron el punto culminante de la actividad de Jesús en Galilea, y provocaron un acrecentamiento de hostilidad de parte de los adversarios (7: 1 y sig.).

1. Véase sobre las discusiones que siguen Mat. 15: 1-20, notas. Es necesario observar ese verbo en presente: *se congregan*, que hace actual la escena. Esta reunión de los adversarios de Jesús muestra la importancia de su diligencia. Esta tenía quizás un carácter oficial. Se entendería difícilmente, en efecto, como esos fariseos y esos escribas se hallaban allí, venidos de Jerusalén, si no hu-

bieran sido enviados por el sanedrín. Esta circunstancia hace comprender lo serio de la discusión que sigue y las consecuencias peligrosas que podía tener para Jesús.

2. Gr. "que algunos de sus discípulos comen los panes (hebraísmo) con manos comunes." *Común* se decía por oposición a lo que era apartado, santificado, consagrado. No se debe, en efecto, detenerse en la idea de manos sucias. Se trata de alguna impureza legal que debía ser quitada por una ablución ritual, como va a ser explicado en los v. 3 y 4. Marcos explica sus escrúpulos a sus lectores ignorantes de las costumbres judaicas, agregando esta frase: *es decir no lavadas (purificadas)*. El texto recibido agrega que los fariseos censuraban a los discípulos. Esa palabra no es auténtica, y la frase que-

4 de los ancianos³; y [volviendo] de la plaza si no se bañaren, no comen⁴; y otras muchas cosas hay que recibieron para retener, inmersiones de copas y de jarros y de vasos de latón y de 5 lechos⁵. Y le preguntan los fariseos y los escribas: ¿Por qué no andan tus discípulos según la tradición de los ancianos, sino 6 con manos inmundas comen su pan? Y él les dijo⁶: Bien profetizó Isaías sobre vosotros, hipócritas, como está escrito: "Este pueblo con sus labios me honra, mas su corazón lejos está de mí. 7 Mas en vano me adoran, enseñando por doctrinas mandamientos 8 de hombres"⁷. Dejando el mandamiento de Dios, retenéis la tradición de los hombres. Y les decía: Bien anuláis el mandamiento 10 de Dios, para guardar vuestra tradición⁸. Moises, en efecto,

da incompleta, pero la censura está implicada en la pregunta de los fariseos en el v. 5.

3. Marcos interrumpe su relato para exponer todas esas costumbres judías a sus lectores que, convertidos del paganismo, las ignoraban. Atribuye esas prácticas no solamente a los fariseos, que las observaban con el mayor rigor, sino a todos los judíos. *Lavarase las manos con el puño* quiere decir probablemente lavarse frotando sucesivamente una mano abierta con la otra cerrada, de modo que sea quitada de la palma de las manos toda impureza. Otros traducen: *hasta el puño*. La idea en todo caso es la de una ablución cuidadosa. Una variante de *Sin.*, que Tischendorf admite en su 8.ª edición, sustituye a la palabra *puño* el adverbio *frecuentemente*, pero esta variante, que tiene contra ella todas las otras autoridades, parece provenir de la intención de corregir una expresión que ya no se comprendía. La mayor parte de los críticos la rechazan.—La tradición de los ancianos es aquí, como en los v. 8 y 9, opuesta a las prescripciones de la ley divina. Se trata de las costumbres basadas en la autoridad de los antiguos doctores judíos y que a menudo eran puestas aun sobre la ley.

4. La plaza pública (gr., la *agorá*) era el lugar donde el pueblo se reunía y donde estaba el mercado. término preferido aquí por algunas versiones. Volviendo de allí, los judíos no tomaban sus comidas sin haberse rociado. Tal es la lección de *Sin.*, B. Las otras autoridades tienen: *bautizado*, es decir sumergido en el agua.

Esta variante parece formada según la expresión que sigue: los bautismos de las copas. Algunos intérpretes aplican esta purificación no a las personas, sino a los alimentos traídos del mercado. Ese sentido es tanto más inverosímil cuanto que no es seguro que el evangelista entienda por la plaza pública un mercado.

5. Gr. *bautismos* de las copas, etc., es decir purificaciones completas de todos los objetos antes de la comida.—El jarro es en griego, en latín y en francés (*setier*) el nombre de una medida de líquidos. Esta palabra designa aquí vasos para el vino, de madera o de barro. Por los lechos, no se debe entender por los lechos donde se duerme, sino esa especie de divanes sobre los cuales los antiguos tomaban sus comidas, apoyados sobre el codo izquierdo. Por lo demás la autenticidad de esa palabra no es innegable. Falta en *Sin.*, B, y algunas otras autoridades; pero su introducción se explicaría difícilmente si no fuera auténtica.

6. Según Mateo (15: 3). Jesús responde a la pregunta de los fariseos con otra pregunta apropiada para confundirlos; luego cita el ejemplo que Marcos tiene en el v. 10: finalmente, les aplica las palabras severas del profeta Isaías, por las que Marcos (v. 6) le hace empezar su respuesta. Nos parece que Mateo ha conservado mejor el orden del discurso, pero las ideas son las mismas.

7. Isaías 29: 13. Véase, sobre esta cita, Mat. 15: 7-9, notas.

8. Mandamiento de Dios abandonado, anulado; tradición de los hombres retenida, observada: todo está

dijo: "Honra a tu padre y a tu madre"; y: "El que maldice a 11 padre o madre muera sin falta". Mas vosotros decís: Si dijere un hombre a su padre o a su madre: Corbán (que es don) es 12 todo lo que de mí aprovecharas... ya no le dejáis hacer nada 13 por su padre o por su madre, anulando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas cosas seme- 14 jantes a las tales hacéis⁹. Y llamando a sí otra vez la multitud, 15 les decía¹⁰: Oídme todos y entended: Nada hay fuera del hombre, que entra en él, que pueda contaminarle, sino que lo que del 16 hombre sale es lo que contamina al hombre¹¹. Si alguien tiene oídos para oír, oiga¹².

17 Y cuando entró en una casa, [aparte] de la multitud, pregun- 18 taban sus discípulos sobre la parábola¹³. Y les dice: Así, ¿sois

allí. Tal es el carácter formalista y fanático de todas las comunidades religiosas caídas. ¡Muy bien! dice el Salvador con punzante ironía. (Comp. v. 6, donde se halla el mismo calificativo.) "Es un extraño desorden el poner las ordenanzas de los hombres en el lugar de la ley de Dios. El amor propio está encantado al hacer el cambio y dar a jarros y a copas el cuidado y la aplicación que se debe al corazón". Quesnel.—El texto recibido agrega al fin del v. 8: *Las abluciones de los jarros y de las copas, y hacéis muchas otras cosas semejantes*. Esas palabras son suprimidas por la mayor parte de los críticos conforme a *Sin., B*, etc. Parecen solamente ser una repetición del v. 4 y del v. 13.

9. Véase sobre estas palabras Mat. 15: 4, 5, notas. Jesús, después de haber acusado a los fariseos de anular el mandamiento de Dios por sus tradiciones, les muestra una prueba notable de ello en la manera como eludían la obligación sagrada impuesta a los hijos por el quinto mandamiento. Después de haber recordado ese mandamiento (Ex. 20: 12), agrega la temible sanción sacada de Ex. 21: 17. Mas, ¿qué enseñaban los fariseos? Que un hombre, en presencia del deber de asistir a su padre o a su madre ancianos, podía decirles: *De aquello con que podrías ser socorrido por mí, he hecho un corbán, una ofrenda a Dios, y que así quedaba descargado de toda obligación hacia ellos*. "Es como si un hijo dijera a su padre en la necesidad: Padre

mío, te daría de buena gana lo que puede socorrerte en los días de tu vejez, pero he hecho de ello una ofrenda. Vale más que lo consagre a Dios, tú sacarás así mayor provecho." Lutero. Para hacer ese sofisma más impresionante aun agrega Jesús *no le permitis ya hacer nada, es decir, le autorizáis a anular así la palabra de Dios por vuestra tradición que habéis establecido* (gr. que habéis transmitido unos a otros).

10. Es necesario observar estas palabras: *otra vez*, omitidas por el texto recibido. Indican que, durante la discusión que precede, *la multitud* estaba a cierta distancia. Pero como ella había oído la acusación hecha contra Jesús y sus discípulos (v. 5), debía oír también la respuesta del Salvador; él la llama, pues, junto a sí y vuelve a la pregunta que le ha sido dirigida. (Comp. Mat. 15: 10, nota).

11. Véase Mat. 11: 10, nota.

12. Estas palabras, que Jesús se complacía en repetir para provocar la reflexión de sus oyentes, son omitidas por Tischendorf, Westcott y Hort, y otros, según *Sin., B*, versiones egipcias. Pero se puede preguntar qué razones habrían tenido los copistas para intercalarlas aquí.

13. Lo que se debe entender por *una casa* (o, según *Sin.*, la casa) no está indicado. Según 6: 53, Jesús se hallaba entonces en la región de Genesaret, donde enseñaba y operaba curaciones.—Esta voz *parábola* (Véase Mat. 3: 13, nota) designa el lenguaje figurado de que Jesús se ha

vosotros también sin entendimiento? ¿No entendéis que nada que 19 de fuera entre en el hombre puede contaminarle, porque no entra en su corazón sino en su vientre, y sale a la letrina, que limpia 20 todas las comidas? ¹⁴. Mas decía ¹⁵: Lo que del hombre sale, aque- 21 llo contamina al hombre ¹⁶, pues de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, 22 homicidios, hurtos, avaricias, maldades, engaños, disolución, ojo 23 malo, calumnia, soberbia, insensatez ¹⁷. Todas estas cosas malas de dentro salen, y contaminan al hombre ¹⁸.

servido en el v. 15. El pedido de explicación atribuido aquí a los discípulos fué dirigido a Jesús por Pedro (Mat. 15: 15). Marcos, el intérprete de su predicación, omite frecuentemente el nombre de este apóstol, porque él mismo lo callaba por modestia.

14. Jesús, al aclarar de un modo tan absoluto que nada exterior contamina al hombre, ¿quiere decir que no existe impureza legal y abolir así con una palabra todas las distinciones que hacía la ley entre los alimentos que ella declaraba puros o impuros? Esta consecuencia resultará ciertamente del principio que sentaba aquí (Mat. 15: 9, nota), pero tal no era su objeto inmediato. El error de los fariseos era el no comprender que todas las prescripciones de la ley relativas a una impureza o a una pureza legales no tenían otro objeto que revelar al hombre la impureza o la pureza morales. Ellos tomaban el medio por el fin y, ateniéndose a la letra de la ley, la materializaban y caían en un miserable formalismo. Jesús quiere, pues, restablecer aquí la distinción entre una impureza legal y la impureza moral. Es lo que claramente dicen estas palabras conservadas por Marcos; eso no entra en el corazón. es decir en el órgano de los pensamientos y de los afectos morales. Los alimentos de que se trata no hacen más que sostener la vida animal, y todo lo que no sirve a la nutrición es expulsado; y este acto *purifica* los mismos alimentos. Siguiendo su pensamiento hasta esos detalles materiales, quiere Jesús hacer sentir tanto mejor a sus oyentes cuánto humillaban y degradaban la ley las interpretaciones farisaicas.

15. Muy a menudo emplea Marcos este giro con el verbo en imperfecto: *decía*, introduciendo así, no un discurso nuevo, sino un nuevo pensamiento en el discurso. Aquí ese pensamiento nuevo es, como lo indica la partícula *mas*, la idea verdadera y moral de la impureza opuesta a las falsas ideas que de ella se hacían los judíos según la ley mal comprendida.

16. Todos los vicios y los pecados que Jesús va a enumerar contaminan al hombre porque están en él, en su corazón (v. 21), y no solamente porque *salen del hombre*; pero Jesús emplea esta manera de hablar para hacer oposición a esas cosas exteriores que *entran en el hombre* y no pueden contaminarle (v. 18).

17. Véase Mat. 15: 19, 20, nota. Marcos presenta mucho más completa esta enumeración de los pecados del hombre. Hay, en los diversos manuscritos, algunas variantes en cuanto al orden de los términos, pero todos los contienen igualmente. Se ha hecho diversas tentativas para clasificar de un modo psicológico y moral esas formas del mal; pero esas distinciones son más o menos arbitrarias. Se podría admitir: 1.º Que los malos pensamientos son el elemento generador (Rom. 1: 21) del cual todos los demás pecados son sólo la realización. 2.º Que los dos primeros términos (*adulterios, fornicaciones*) indican los pecados que tienen por origen la sensualidad. 3.º Que los *homicidios, los hurtos, las avaricias* provienen de una ambición depravada, a menos que se quiera atribuir el primero de esos pecados al odio. 4.º Que los vicios que siguen son pasiones malas, independientes de los actos por los cuales se manifiestan. Las *maldades* son el efecto

B. 24-30. JESÚS EN EL TERRITORIO DE TIRO. LA CANANEA.—1.º *La Cananea persigue a Jesús hasta su retiro.* Habiendo llegado Jesús al territorio de Tiro, entra en una casa, donde sin embargo no puede ocultarse, pues una mujer de ese país, cuya hijita tiene un espíritu impuro, va a implorar su ayuda. (24-26.)—2.º *Lucha y victoria.* Jesús le responde que no es lícito tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos. Ella acepta esta humillante comparación, pero hace observar que los perrillos comen las migajas bajo la mesa. Entonces Jesús le dice: A causa de estas palabras tu hija es sanada. Y habiéndose ido la mujer, halló a su hija acostada sobre su lecho y libertada del demonio. (27-30.)

24 Y levantándose, de allí se fué a los términos de Tiro¹⁹; y
25 entrando en una casa, quería que nadie lo supiese, mas no pudo
ocultarse²⁰; sino que luego, oyendo una mujer sobre él, cuya hi-

de esa malicia que se complace en hacer el mal; el *engaño* expresa aquí menos actos de injusticia que de doblez, de falsedad del carácter, todo lo que es contrario a la rectitud. (Comp. Juan 1: 48.) La *disolución* no significa aquí como en otras partes (Rom. 13: 13; Gál. 5: 19) la impudicia, pues esta idea ha sido ya plenamente expresada con dos términos; esa palabra indica más bien, como en los autores clásicos, la insolencia con la que el hombre corrompido se abandona a su depravación; el *ojo envidioso* (gr. *el ojo malo*) es la envidia maligna que se tiene hacia un hombre (comp. Mat. 20: 15) y a la cual la creencia popular, en más de un país, atribuye una influencia malhechora; la *calumnia*, gr. *la blasfemia*, podría ser una palabra impía pronunciada contra Dios, pero como todo, en esta enumeración, se limita a las relaciones de los hombres entre sí, vale más entender por ella una palabra ofensiva, ultrajosa, dirigida al prójimo; la *soberbia* es literalmente, según el griego, la disposición del espíritu orgulloso que quiere *parecer por encima* de los demás; la *insensatez*, por último, no significa aquí la enajenación mental, sino, como frecuentemente en hebreo, la impiedad, que es una suprema sinrazón (Sal. 14: 1). Se puede por lo demás observar que toda pasión llevada al extremo produce la locura propiamente dicha.

18. Véase v. 20, nota. Hay pocos pasajes en la escritura que nos reve-

len de un modo más completo la corrupción natural del corazón del hombre, que este discurso de Jesucristo. De ahí, sin embargo, no habría que inferir que todo mal moral en el mundo procede del hombre. Hay un reino de tinieblas que ejerce sobre él su influencia, como también una potencia de la gracia divina que puede regenerarlo; y entonces, de ese mismo corazón del que salen los malos pensamientos y los pecados, salen también los buenos sentimientos y las buenas acciones.

19. *Levantándose*, en la casa donde, sentado, enseñaba a sus discípulos (v. 17), *se fué de allí*, es decir de la región de Genezaret (6: 53).—El texto recibido dice: el territorio de Tiro y de Sidón. Estas últimas palabras han sido transferidas del primer evangelio aquí y en el v. 31.—Véase, sobre el relato que va a seguir, Mat. 15: 21-29, notas.

20. Se ha pensado que esa *casa* en la que Jesús entró era la de uno de sus adictos que le había visto y oído en otra parte. Parece probable, en todo caso, que fuera una casa pagana. Entrando en ella, Jesús desafiaba uno de los más fuertes prejuicios judíos (Actos 10: 28) y ponía en práctica los principios que acababa de proclamar sobre la verdadera pureza (v. 15 y sig.). Nuestro evangelista, al hacer esta observación particular a él, que Jesús *quería que nadie lo supiese*, no dice la razón; pero la causa por la que *no pudo ocultarse* es indicada en el v. 25.

26 jita tenía un espíritu impuro, yendo se postró a sus pies²¹ Y la
mujer era griega, sirofenicia por raza²², y le rogaba que expul-
27 sara el demonio de su hija. Y le decía: Deja primero hartarse
los hijos, pues no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo
28 a los perrillos²³. Mas ella respondió, y le dice: Sí, señor, también
los perrillos debajo de la mesa comen de las migajas de los niñi-
29 tos²⁴. Y le dijo: Por causa de este dicho, ve, salido ha de tu
30 hija²⁵ el demonio. Y yéndose a su casa, halló a la niñita acos-
tada sobre el lecho, y que el demonio había salido²⁶.

C. 31-37. REGRESO DE JESÚS AL MAR DE GALILEA. CURACIÓN DE UN SORDO-MUDO.—1.º *El regreso.* Habiendo salido nuevamente Jesús del territorio de Tiro, vuelve al mar por Decápolis. Le es llevado un sordo-mudo, y le ruegan que ponga las manos sobre él. (31, 32.)—2.º *La curación.* Habiéndolo sacado Jesús fuera de la multitud, toca sus orejas y su lengua, y levantando los ojos al cielo, dice suspirando: *Effathá*, ábrete. El enfermo es sanado completamente. (33-35.)—3.º *Inútil prohibición de relatarlo.* Jesús prohíbe a los que están presentes relatar ese milagro, pero cuanto más lo prohíbe tanto más lo publican. Y, en una admiración extrema, exclaman: ¡Todo lo ha hecho bien! (36, 37.)

31 Y saliendo otra vez de los términos de Tiro, fué por Sidón

21. *Oyendo hablar de él* no significa solamente que ella supo en ese momento que Jesús había ido a la región, sino que había tenido antes algún conocimiento de su ministerio y de sus curaciones. De ahí la confianza con que vino a *postrarse a sus pies*.

22. La designación precisa de la nacionalidad de esa mujer corresponde a Marcos. Fenicia formaba parte de la provincia romana de Siria. Se llamaba esa región *Siro-Fenicia*, para distinguirla de las colonias fenicias que se habían formado en el Norte de Africa en Libia, y de las cuales Cartago era la principal. Marcos agrega al calificativo de *siro-fenicia* el de *griega*. Este último designa la religión de esa mujer. (Comp. Act. 17: 12, nota.)

23. Véase Mat. 15: 26, nota. Este último evangelio contiene (v. 23-25) algunos detalles importantes que no se encuentran en Marcos. Este tiende a suavizar la denegación del Salvador; hace decir a Jesús que quiere *primero* hartar los hijos, y que no es *bueno* tomar su pan, mientras Mateo dice: *No es lícito*. Comp. Introd. general, pág 33.

24. El texto recibido dice: *pues* también los perrillos. Esa lección parece tomada de Mateo.—La admirable respuesta de esa pobre madre es literalmente la misma en ambos evangelios. Véase Mat. 15: 27, nota.

25. Aquí es donde, según Mateo, el Salvador exclama: "Oh mujer, es grande tu fe, séate hecho como quieres." ¿Qué es lo que había revelado esa grande fe de la Cananea? Es el *dicho* que acababa ella de pronunciar y que el Señor realiza con gozo en nuestro relato. Y *por causa* de ese dicho responde Jesús a su súplica. No le dice: el demonio *saldrá*, sino *ha salido* de tu hija.

26. El texto recibido invierte aquí el orden de las palabras: "halló que el demonio había salido, y a su hija acostada sobre el lecho;" luego sustituye por la palabra *hija* la de *niña* o más bien un gracioso diminutivo, *niñita*, que expresa la ternura de la madre, lo mismo que su dicha de hallar a su hija en paz, sanada, aunque algo extenuada, y acostada sobre el lecho. (Véase, sobre los endemoniados, Mat. 8: 28, 2ª nota.)

32 al mar de Galilea, por medio de los términos de Decápolis²⁷. Y le llevan un sordo y tartamudo, y le ruegan que ponga sobre él su mano²⁸. Y tomándole aparte de la multitud, puso sus dedos en sus oídos, y escupiendo, le tocó la lengua²⁹, y levantando sus ojos al cielo, suspiró, y le dice: Effathá, que es: Sé abierto³⁰.

27. El texto recibido dice también aquí, como en el v. 24. *Tiro y Sidón*, pero omite esas palabras por Sidón, que se leen en Sin., B, D, y varias vers. Jesús había avanzado hasta los límites septentrionales de Galilea, donde empezaba el territorio de Tiro (v. 24) y donde ocurrió la escena que precede. Ahora, en lugar de volver inmediatamente sobre sus pasos, hace un rodeo aun más al Norte, por Sidón, o, como otros entienden, por el territorio de Sidón, para volver hacia el mar de Galilea, atravesando el Líbano en la dirección de Damasco, luego atravesando Decápolis. El evangelista no nos dice por que eligió Jesús esa ruta, solamente se puede hacer a este respecto suposiciones, pero hay razón para pensar que, en ese largo viaje por país pagano, pudo conversar de un modo continuo con sus discípulos. —Decápolis (es decir las diez ciudades), era una vasta región, situada más allá del Jordán al noreste de Galilea. (Comp. Mat. 4: 25.) Jesús había abordado una vez esa región; había tenido que retirarse a pedido de los habitantes, pero había dejado allí un testigo de su potencia. (5: 17, 19.)

28. Gr. *un sordo hablando difícilmente*, es decir haciendo oír sólo sonidos inarticulados, en una palabra, un sordo-mudo. La palabra se halla en el v. 37.—El lugar de este incidente no es designado claramente; se ignora quienes son los que traen a Jesús ese enfermo, pero se ve que tenían confianza en él puesto que le piden que le ponga sus manos.—Marcos solo cuenta esta curación. Mateo (15: 30, 31) nos indica quizás el lugar mostrándonos a Jesús rodeado de muchos enfermos, entre los cuales había sordo-mudos.

29. Este versículo menciona dos circunstancias que han ocupado mucho la sagacidad de los intérpretes y dado lugar a diversas suposiciones.

Ante todo toma Jesús *aparte* el sordo-mudo: ¿para qué buscar a ese hecho tan sencillo otras causas que el deseo muy natural de salir de la multitud agitada y ruidosa, para estar solo con el enfermo, entrar en relación personal con él y dejarle una impresión tanto más profunda de su curación? Sin embargo, Jesús quedó a la vista de la multitud, puesto que el v. 37 nos muestra evidentemente que ella fué testigo del milagro. La otra circunstancia de este relato es más importante. Jesús (gr.), habiendo escupido, pone sus dedos en las orejas, con saliva, y toca la lengua del mudo. El evangelio presenta diversos hechos análogos. (8: 23; Mat. 8: 3; Juan 9: 6.) Ordinariamente, Jesús curaba únicamente por la palabra. Obrando de otro modo, ¿cuál puede ser su objeto? Unos piensan que quería así suplir lo que faltaba a la fe del enfermo, darle ánimo mostrándole que se ocupaba de él con interés. Otros suponen que tenía en vista los testigos de la curación y se acomodaba a sus ideas sobre la eficacia de ciertos medios, a fin de prevenir en ellos la superstición que podía unirse al milagro. Nada semejante es indicado en el texto. Es necesario simplemente admitir que Jesús, que no hacía nada de inútil, hallaba necesarios esos medios para cumplir algunos de sus milagros. Era eso una especie de intermediario entre él y el enfermo. Solamente debe observarse con Olshausen que, aun en los casos en que Jesús no sana únicamente por la palabra, jamás emplea medios extraños a su persona; en ella residía exclusivamente la potencia divina que devolvía la salud a los enfermos y aun la vida a los muertos.

30. Hay una gran solemnidad en la realización de este milagro. Jesús, como lo hacía a menudo, levanta los ojos al cielo, donde su mirada buscaba junto a Dios toda luz y toda

35 Y fueron abiertos sus oídos, y luego fué desatada la ligadura de su lengua, y hablaba correctamente³¹. Y les mandó que a nadie lo dijeran; pero cuanto más se lo mandaba, mucho más ellos lo 37 publicaban³². Y fuera de toda medida se asombraban, diciendo: Bien ha hecho todo: aun a los sordos hace oír y a los mudos hablar³³.

D. 1-10. SEGUNDA MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES.—1.º *La ocasión*. Viéndose Jesús nuevamente rodeado por una grande multitud en un lugar desierto, manifiesta a sus discípulos la compasión que ella le inspira y su deseo de darle de comer, para que no desfallezca en el camino. ¿De dónde tendríamos panes en este desierto? responden los discípulos. (1-4).—2.º *El milagro*. Habiendo sabido Jesús por ellos que tenían siete panes, ordena a la multitud sentarse; toma los panes y da gracias, los rompe y los da a sus discípulos, quienes los presentan a la multitud. Algunos peces son distribuidos también. Cuando los presentes se han saciado, recogen siete canastas llenas de los pedazos que sobran. Había cuatro mil hombres. Jesús vuelve a partir inmediatamente y se traslada al territorio de Dalmanuta. (5-10.)

VIII. En aquellos días habiendo otra vez grande multitud¹ y no teniendo qué comer, llamando a sí sus discípulos, les dice: 2 Tengo lástima de la multitud, porque ya hace tres días continúan 3 conmigo, y no tienen qué comer²; y si los despidiere ayunos a

potencia; *suspira*, ya sea haciendo subir hacia Dios su ardiente oración, ya por el dolor que experimentaba tomando sobre sí nuestras enfermedades; en fin, pronuncia la palabra poderosa que volverá a un desdichado el uso del oído y de la palabra: ¡Effathá! o propiamente: *ethfatach*, es el imperativo del verbo arameo o siríaco que el evangelista ha querido conservar en la lengua original y que él mismo traduce por *¡ábrete!*

31. En lenguaje figurado, las orejas del mudo estaban cerradas, su lengua estaba ligada, de ahí esos términos: *sus oídos fueron abiertos, y (gr.) la ligadura de su lengua fué desligada*.—Luego falta en B, D, A, etc.—*Hablaba muy bien, gr. rectamente, correctamente*.

32. Véase, sobre esas prohibiciones de Jesús de publicar sus milagros, Mat. 8: 4, nota.—Esa multitud, testigo del milagro, obedecía más bien a su entusiasmo que a las órdenes de Jesús. (Comp. 1: 45.)

33. Gr. *Muy bien* o *muy hermoso* todo lo que ha hecho. Esta expresión de admiración se refiere a la curación actual (verbo en perfecto, he-

cho cumplido), mientras que las palabras que siguen generalizan la idea de la potencia de Jesús; *haca* (presente) *oír aun a los sordos, y hablar a los mudos*.

1. *En aquellos días*, es decir cuando Jesús hubo vuelto del territorio de Tiro hacia el mar de Galilea (7: 31; Mat. 15: 29) y hubo llegado con sus discípulos a la orilla oriental, a las soledades que le gustaba frecuentar. Allí una grande multitud se halló nuevamente reunida alrededor de él (Gr. *una multitud numerosa estaba*). Estas palabras otra vez, que son omitidas en el texto recibido, llevan el pensamiento a la primera multiplicación de los panes (6: 34).—Véase, sobre el relato del milagro que va a seguir, Mat. 15: 32-39, notas.

2. Esta vez toma Jesús la iniciativa, mientras que, cuando la primera multiplicación, son los discípulos quienes le hacen observar las necesidades de la muchedumbre (6: 35). Los dos primeros evangelistas concuerdan en hacernos observar la compasión del Salvador. Esa tierna compasión hacia una multitud que persevera desde tres días en oír su

su casa, desmayarán en el camino; y algunos de ellos han venido
4 de lejos³. Y le respondieron sus discípulos: ¿De dónde podría
5 alguien hartar a éstos aquí de pan, en un desierto?⁴. Y les pre-
6 guntaba: ¿Cuántos panes tenéis? Y ellos dijeron: Siete. Y manda
a la multitud reclinarse sobre la tierra; y tomando los siete pa-
nes, dando gracias los rompió, y los daba a sus discípulos, para
que los pusieran delante⁵; y los pusieron delante de la multitud.
7 Y tenían algunos pececillos; y bendiciéndolos, dijo que también
8 los pusieran delante⁶. Y comieron y se hartaron; y llevaron las
9 sobras de los pedazos, siete canastas. Y eran como cuatro mil⁷;
10 y los despidió. Y luego entrando en el barco con sus discípulos,
fué a las partes de Dalmanuta⁸.

5. Retirada a Cesarea de Felipe.

A. 11-21. NUEVO ATAQUE DE LOS ADVERSARIOS. LA LEVADURA DE LOS FARISEOS.

—1.^o *Los fariseos piden una señal.* A este pedido, hecho bajo un sentimiento de incredulidad y con intención hostil, responde Jesús por una denegación. Y dejándolos, pasa a la otra orilla. (11-13.)—2.^o *Conversación de Jesús con sus discípulos.* Guardaos de la levadura de los fariseos, dice Jesús a sus dis-

palabra, es la verdadera razón del milagro aquí referido. El amor de Jesús es la fuente y el origen de todas sus obras de potencia divina.

3. El mismo Salvador que ha anunciado a esas multitudes la palabra del reino, toma el más tierno interés en sus necesidades terrestres; no quiere exponerlas a *desfallecer en el camino*.—Es también Jesús, y no el evangelista, quien observa que *algunos de ellos han venido de lejos*. Este detalle ha sido conservado por Marcos solo. El texto recibido lo introduce por un *pues*. En *Sim., B. D.* la frase empieza por *y*.

4. *Cómo... gr. de dónde.* Cuando la primera multiplicación, los discípulos objetan que habría que comprar por valor de doscientos denarios de pan (6: 37); aquí los detiene la imposibilidad de procurarse alimentos en ese lugar *desierto*. Véase sobre esta pregunta y la falta de inteligencia que manifiesta, Mat. 15: 33, nota, y aquí abajo, v. 19-21.

5. En 6: 39, los discípulos son encargados de hacer sentar la multitud; aquí Jesús le ordena directamente sentarse.—Es necesario observar ese verbo en imperfecto: *los daba*. (Comp. 6: 41, nota; Mat. 14: 19, nota.)

6. Marcos solo nota estas dos he-

chos distintos: la *acción de gracias* por los panes y la *bendición* pronunciada sobre los peces. (Comp. Mat. 14: 19, nota.) *Sim.*, dice: *y habiendo bendecido, los puso delante*.

7. El texto recibido con *A. C. D. mayúsc.*, vers., dice: *los que habían comido* eran... Es una repetición de 6; 44.

8. El principio de este relato recuerda a 6: 45; las circunstancias eran análogas. Pero esta vez se embarca Jesús con sus discípulos. Una variante en *B. D.* señala esta diferencia agregando *él mismo a entrando*. Siendo el nombre de *Dalmanuta* enteramente desconocido, se ha hecho, para darse cuenta de la situación de ese lugar, diversas suposiciones, la más verosímil de las cuales lo coloca en la vecindad de Magdalá, que se halla mencionada en el relato de Mateo (15: 39, véase la nota). Algunos intérpretes, basándose en el hecho de que no se dice que Jesús atravesó el lago, colocan esa comarca al sudeste del mismo y piensan que el regreso de Jesús sobre la orilla occidental no es mencionado hasta el v. 13 Betsaida sería la localidad conocida, vecina de Magdalá (Mat. 11: 21). Esta opinión es poco probable. (Comp. v. 22, nota.)

cipulos. Como habían olvidado tomar panes para el viaje, piensan que esta advertencia se refiere a su olvido. Jesús, en una serie de preguntas apremiantes, les reprocha su poca inteligencia y escasa fe, y les obliga a recordar las circunstancias en las cuales multiplicó por dos veces los panes. (14-21.)

11 Y salieron los fariseos y empezaron a disputar con él, bus-
12 cando de él señal del cielo, tentándole⁹. Y, suspirando profunda-
mente en su espíritu, dice: ¿Por qué busca señal esta genera-
ción? En verdad os digo, si fuera dada señal a esta generación...¹⁰.

13 Y dejándolos, entrando otra vez [en el barco] se fué al otro
14 lado¹¹. Y habían olvidado tomar panes, y fuera de un solo pan
15 no tenían consigo en el barco¹². Y les mandaba diciendo: Mirad,
guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de He-
16 rodes¹³. Y razonaban unos con otros, diciendo: Porque no te-
17 nemos panes¹⁴. Y conociéndolo Jesús, les dice: ¿Por qué razo-
náis porque no tenéis panes? ¿Aun no comprendéis ni entendéis?

9. Véase sobre este relato Mat. 16: 1-4, nota. El primer evangelio dice que con esos fariseos se hallaban también saduceos.—Ellos *salieron* de sus casas, o de las ciudades donde habitaban, al saber que Jesús había llegado a la comarca. Sobre su pedido de una *señal del cielo*, comp. Mat. 12: 38, nota; 24: 30, nota.

10. Gr. *os digo, ni será dada...* hebraísmo que acentúa la negación. (Hebr. 3: 11) Varios detalles de este relato son propios de Marcos: desde luego ese doloroso *suspiro* de Jesús por la incredulidad y la astucia de esos hombres que sólo le piden un milagro para *tentarle*; luego esta pregunta: *¿por qué?* que supone las malas intenciones de sus adversarios y la completa inutilidad que habría en acordarles lo que piden, en las disposiciones en que estaban; en fin, la repetición intencional de las palabras: *esta generación*, con la cual la denegación del Señor se extiende a todo hombre que va a él por motivos semejantes a los de los fariseos.

11. Hay una intención señalada y severa en esa palabra: *dejándolos*.—Por *el otro lado*, debe entenderse la margen oriental del lago donde Jesús vuelve, después de haber estado allí poco tiempo antes. (V. 10; comp. Mat. 16: 5).

12. Véase, sobre la conversación que va a seguir, Mat. 16: 5-11.—El evangelista habla aquí de los disci-

pulos sin nombrarlos. Habían olvidado de tomar consigo la pequeña provisión de pan de que tenían necesidad para ese viaje al otro lado del lago. Marcos solo ha notado este detalle, que sólo puede provenir de un testigo ocular, de que *no tenían más que un solo pan* consigo. Es por esos detalles característicos como se reconoce en este evangelista “el intérprete de Pedro.” (Véase la Introd.)

13. Gr. *Mirad, guardaos...* Véase Mateo 16: 6, nota. Según este último evangelista, Jesús pone a sus discípulos en guardia contra la *levadura de los fariseos y de los saduceos* (comp. Mat. 3: 7, nota); aquí hallamos, en lugar de los saduceos, *Herodes*. ¿Es una contradicción? ¿Sería necesario, para poner de acuerdo ambos evangelistas, suponer que Herodes Antipas compartía los principios de los saduceos, lo que no está probado? De ningún modo; pues Jesús podía muy bien, al poner a sus discípulos en guardia contra las principales tendencias perniciosas de su tiempo, mencionar también la más perniciosa de todas, la que procedía de la corte de Herodes, de ese mundo ligero, corrompido, verdaderamente *levadura* que fermentaba demasiado en la masa de la nación, puesto que había entonces todo un partido hostil a Jesús, que se designaba bajo el nombre de herodianos. (3: 6; Mat. 22: 16.)

14. Mat. 16: 7, nota.

18 ¿Tenéis endurecido vuestro corazón? Teniendo ojos, ¿no veis?
 19 y teniendo oídos, ¿no oís? y ¿no os acordáis?¹⁵ Cuando los cinco panes rompí para los cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de pedazos
 20 llevasteis? Dicenle: Doce. Cuando los siete para los cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de pedazos llevasteis? Y dicen: Siete.
 21 Y les decía: ¿Cómo no entendéis?¹⁶

B. 22-26. EL CIEGO CURADO EN BETSAIDA.—1.^o *La curación empezada*. Habiendo llegado Jesús a Betsaida, le presentan un ciego. Le conduce fuera de la aldea, le pone saliva sobre los ojos, pone las manos sobre él y le pregunta si ve. El ciego responde que percibe los hombres como árboles que andan. (22-24).—2.^o *La curación terminado*. Jesús vuelve a poner sobre él sus manos: entonces ve claramente, y Jesús le envía a su casa. (25-26.)

22 Y llegan a Betsaida¹⁷. Y le llevan un ciego, y le ruegan que
 23 le toque¹⁸. Y tomando la mano del ciego, le llevó fuera de la aldea; y escupiendo en sus ojos, poniendo las manos sobre él, le
 24 preguntaba: ¿Ves algo?¹⁹. Y levantando los ojos, decía: Veo los
 25 hombres, porque como árboles veo que andan²⁰. Luego puso otra

15. Marcos multiplica los términos de un reproche bien merecido, que Mateo expresa con una sola palabra. Falta de *inteligencia*, *endurecimiento del corazón* (6. 52), *olvido* de los milagros más grandes de su Maestro, he ahí lo que Jesús podía reprochar a sus pobres discípulos. Algunos traductores toman estas últimas frases (v. 18) como afirmaciones: "Teniendo ojos, no veis..."

16. Mat 16: 10, nota. Marcos da a las palabras de Jesús y de los discípulos la forma de un vivo diálogo hecho aún más actual por esos verbos en presente: le dicen, dos veces repetido en el verdadero texto. Después de esa especie de catequización sobre los dos grandes milagros, de que ellos habían sido testigos, los discípulos hubieron de ser confundidos por este último dicho: ¿Cómo no entendéis? Tal es según B, algunas mayúsculas y versiones la verdadera forma de la pregunta de Jesús. Sin., C, dicen: ¿no entendéis aún? Por último A, D, mayúsc. combinan ambas lecciones: ¿Cómo no entendéis aún?

17. No se trata de la aldea bien conocida de Betsaida, situada sobre la margen occidental del lago (Juan 1: 45), sino de otro lugar del mismo nombre que se hallaba a la extremidad noreste, algo más allá de la desembocadura del Jordán. El tetrarca

Felipe había transformado esa aldea en una ciudad, que él había llamado Julias, en honor de Julia, hija de Augusto y esposa de Tiberio. Es necesario admitir que el evangelista emplea impropriamente (v. 23) el término de *aldea*. Betsaida Julias era un natural punto de partida para pasar a Cesarea de Felipe (v. 27). Jesús y sus discípulos sólo tenían que remontar el valle del Jordán.

18. Que le toque, o que le ponga las manos, a fin de curarlo. (v. 23; 7: 32; Mat. 8: 3. 1.^o nota.)

19. ¿Por qué lleva Jesús a este ciego fuera de la aldea? ¿Por qué, en lugar de sanarlo simplemente por su palabra, le pone saliva sobre los ojos? (gr. *escupiendo en sus ojos*.) Se ha respondido a esas preguntas en ocasión de un hecho semejante, en el cap. 7: 33, nota.—La pregunta de Jesús al ciego, prueba que él mismo tenía necesidad de asegurarse de si la curación estaba ya realizada. La respuesta del enfermo muestra que lo estaba aún imperfectamente.

20. El texto recibido, con D, y vers. dice: *Percibo los hombres como árboles, y andan*. El sentido en el fondo es el mismo, pero el verdadero texto manifiesta mejor la incertidumbre de la percepción del ciego a medio curar. Veía hombres que se mo-

vez las manos sobre sus ojos, y vió claramente y fué restaurado,
 26 y veía todo de lejos y distintamente²¹. Y le envió a su casa, diciendo: Ni aun entres en la aldea²².

C. 27 a 9: 1. JESÚS EN CESAREA DE FELIPE. ES RECONOCIDO POR EL CRISTO Y ANUNCIA SUS PADERECIMIENTOS Y LOS DE SUS DISCÍPULOS.—1.^o *La pregunta de Jesús y la declaración de Pedro*. En camino hacia Cesarea de Felipe, Jesús interroga a sus discípulos sobre las opiniones corrientes a su respecto. Le mencionan algunas. Jesús les pregunta entonces directamente su propio sentido. Pedro le proclama el Cristo. Jesús prohíbe a sus discípulos decirlo. (27-30).—2.^o *Jesús predice su pasión*. Empieza entonces a anunciar categóricamente su muerte y su resurrección. Pedro procura reprenderle, pero es a su vez vivamente reprendido por Jesús. (31-33).—3.^o *Condiciones a llenar para ser discípulo de Jesús*. Jesús convoca la multitud, con sus discípulos, y declara que para seguirle es necesario cargarse con su cruz. Quien quisiere salvar su vida la perderá. Bien: el alma tiene un valor tal que el mundo entero no podría compensar su pérdida, pues es necesario considerar el momento en que el hijo del hombre, viniendo para el juicio, tendrá vergüenza de cualquiera que hubiere tenido vergüenza de él. Algunos no morirán hasta que vean el reino de Dios venir con potencia. (34 a 9: 1.)

27 Y salió Jesús y sus discípulos a las aldeas de Cesarea de
 Felipe²³. Y en el camino preguntaba a sus discípulos, diciéndoles:
 28 ¿Quién dicen los hombres que soy? Y ellos le respondieron, di-

vían, pero tan indistintamente que le aparecían como árboles; es decir más grande de lo natural y con contornos indecisos.

21. Aquí también, dos correcciones del texto: *él vió claramente*, en lugar de: (Jesús) *le hizo mirar*, según el texto recibido, A, las mayúsc. recientes, las vers. sir. etc., luego, él veía distintamente todas las cosas, en lugar de: *los veía todos* distintamente (mismas autoridades).—Ahora la curación es completa; el ciego está restaurado, según la expresión del original. Y aun la palabra griega que traducimos por *ver distintamente* significa, según su etimología, *ver de lejos*, a grande distancia, señal característica de una buena vista.—Se ha preguntado por qué curó Jesús a este ciego por grados y, por decirlo así, por medio de dos esfuerzos sucesivos de su potencia. Y se han hecho diversas oposiciones que son todas arbitrarias. ¿No sería mejor consentir en ignorarlo? Si se quiere decididamente una solución, la más plausible se-

ría quizá la de un antiguo comentarista: "Sanó ante todo imperfectamente a ese ciego, según creía imperfectamente; por eso también le preguntó si veía algo, a fin de que, por lo poco que veía, aprendiese a creer más perfectamente para ser sanado más perfectamente. Pues el médico es lleno de sabiduría." *Eutimio Zigabeno*.

22. Su casa no se hallaba, pues, en la aldea, donde lo habían llevado al encuentro de Jesús, y de donde Jesús le había hecho salir (v. 22, 23). El texto recibido agrega: *y no lo digas a nadie en la aldea*. Estas palabras, que son inútiles, deben probablemente ser suprimidas según Sin., B. Una var. adoptada por la mayor parte de los críticos, dice: *Ni aun entres*.

23. Gr. Jesús *salió*, sobrentendido de Betsaida (v. 22). Las aldeas de Cesarea son las que pertenecen al territorio de Cesarea. Véase sobre este nombre y sobre el relato que va a seguir, Mat. 16: 13-28, notas, y comp. Luc. 9: 18-27.

ciendo: Juan el Bautista; y otros Elías; y otros, que uno de los 29 profetas. Y él les preguntaba: Mas vosotros, ¿quién decís que soy? Y respondiendo Pedro, le dice: Tú eres el Cristo²⁴. Y les 30 encargó severamente que a nadie hablasen sobre él²⁵.

31 Y empezó a enseñarles que "es necesario que el hijo del hombre padezca mucho, y sea desechado por los ancianos y los principales sacerdotes y los escribas, y sea matado, y después de 32 tres días resucite". Y abiertamente decía este dicho²⁶. Y tomán- 33 dole consigo Pedro, empezó a reprenderle; mas él, volviéndose y viendo a sus discípulos, reprendió a Pedro, y dice: Quitate de mi vista, Satanás, porque no te preocupas de lo de Dios sino de lo de los hombres²⁷.

34 Y llamando a sí la multitud con sus discípulos, les dijo: Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su 35 cruz y sígame; pues cualquiera que quisiere salvar su vida, la perderá; mas cualquiera que perdiere su vida por causa de mí y 36 del evangelio, la salvará. En efecto, ¿qué aprovechará a un hom- 37 bre ganar el mundo entero y sufrir la pérdida de su alma? pues 38 ¿qué daría un hombre en cambio de su alma?²⁸. Pues cualquiera

24. Después de esta hermosa confesión de Pedro, el Señor le dirige (Mat. 16: 17-19) las palabras, famosas en la historia de la Iglesia: "Feliz eres, Simón, hijo de Jonás," etc. Marcos las omite según su costumbre de callar lo que podría glorificar a Pedro. Este, en sus predicaciones, no refería lo que habría podido exaltarle ante los ojos de sus oyentes. Recordaba más bien lo que era propio para humillarle. Por eso nuestro relato menciona la reprensión severa dirigida a Pedro (v. 33). Cualquiera que fuera el motivo que tuviera Marcos de callar la promesa de Jesús a su apóstol, no se puede menos que hallar muy justa esta reflexión de Teodoro de Beza: "¿Quién creerá que, ya Pedro, ya Marcos, habrían omitido el célebre *Tú eres Pedro*, si hubieran estimado que el fundamento de la iglesia consistiese en esas palabras?"

25. Véase Mat. 16: 20, nota.

26. Mat. 16: 21, notas. Esta observación importante, que Jesús les decía este discurso abiertamente (gr., libremente, osadamente) es particular a Marcos. Hace resaltar lo que había de extraño en la conducta de Pedro, quien no teme oponerse a

una declaración categórica, hecha delante de todos los discípulos.

27. Mat. 16: 23, nota. Aquí aun se encuentran algunos detalles particulares de Marcos. Así, este contraste en los términos: Pedro *reprende* a su Maestro, y el Maestro *reprende* al discípulo. Así también, en el momento en que el Señor *se vuelve* (para alejarse de Pedro y acercarse a sus discípulos), estas palabras: *viendo sus discípulos*. Jesús presiente la impresión que pueden haber recibido ellos de las palabras imprudentes de Pedro, teme que compartan demasiado sus sentimientos; por eso da una saludable severidad a su reprensión.

28. A, C, D, *mayúsc.*, vers. dicen: O qué daría el hombre.. Véase, sobre este discurso, Mat. 16: 24-26, notas. Estas palabras son aún una respuesta a las de Pedro (v. 32); pero como son aplicables a todos, Marcos hace observar (v. 34), que Jesús, antes de pronunciarlas, *llamó a la multitud con sus discípulos*. (Comp. 7: 14.) Todos, en efecto, deben *renunciar a sí mismos para seguir a Jesús*. Todos deben *perder su vida propia por amor de él y del evangelio*. (Las palabras *y del evangelio* son particulares a Marcos; comp. Mat. 10: 39.)

que se avergonzare de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el hijo del hombre se avergonzará de él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles²⁹.

IX. Y les decía: En verdad os digo que hay algunos de los que aquí están los cuales de cierto no gustarán muerte hasta que vean el reino de Dios venido con potencia¹.

D. 2-13. LA TRANSGURACIÓN.—1.^o *Jesús glorificado*. Seis días después de la conversación precedente, lleva Jesús a Pedro, Jacobo y Juan a un alto monte. Se transfigura: sus vestidos resplandecen. (2, 3.)—2.^o *Aparición de Elías y de Moisés*. Estos dos hombres de Dios conversan con Jesús. Pedro, no sabiendo qué decir, propone hacer tres tiendas. (4-6.)—3.^o *La voz del cielo*. Son cubiertos por una nube, de la cual sale una voz: ¡Este es mi Hijo amado, oídle! Los discípulos miran a su derredor y ven a Jesús solo. (7, 8.)—4.^o *Silencio ordenado. Conversación respecto de Elías*. Jesús prohíbe a sus discípulos relatar lo que han visto, hasta que haya resucitado. Ellos se preguntan qué quiere Jesús decir con esa expresión. Inician la conversación sobre la opinión de los escribas relativa a la venida de Elías. Jesús confirma esa opinión y dice que Elías debe venir antes que el Mesías y restablecer todas las cosas; luego llama la atención de los discípulos a los padecimientos del hijo del hombre; y por último declara abiertamente que Elías ya ha venido y que los hombres lo han tratado según su voluntad inversa. (9-13.)

2 Y seis días después, toma consigo Jesús a Pedro y a Jacobo y a Juan, y los lleva a un alto monte, aparte, solos². Y se 3 transfiguró delante de ellos; y sus vestidos se hicieron resplandecientes, blancos en gran manera, como nieve, tales que un bata- 4 nero sobre la tierra no puede blanquear así³; y les apareció Elías

29. Estas palabras motivan (pues) las que preceden: ¿Qué aprovecharía a un hombre haber conservado su vida propia y ganado el mundo entero, si el *hijo del hombre* (véase sobre esta palabra Mat. 8: 20), en el día en que venga en su gloria para establecer la suerte definitiva de los hombres tiene *vergüenza de él*, es decir le declara indigno de tener parte en su reino y lo excluye de él? Hay aún otro contraste, no menos impresionante: por una parte, *tener vergüenza de mí y de mis palabras* (es decir, no confesarme y no predicar el evangelio, Mat. 10: 32, 33); ¿por qué? ¿Por causa de esta *generación adúltera y pecadora!* (La palabra *adúltera* es tomada en su sentido religioso y moral y se halla explicada por la de *pecadora*, Mat. 12: 39.) Y ¿qué opone el Señor a esta

culpable *generación?* La gloria de su Padre, la presencia de los santos ángeles. (Comp. Mat. 25: 31).

1. Estas palabras son un estímulo dado a la fidelidad y al sacrificio de sí mismo, por la consideración del advenimiento cercano del *reino de Dios*. Véase, sobre esta declaración, Mat. 16: 28, nota.

2. Véase, sobre este relato, Mat. 17: 1-13, notas, y comp. Luc. 9: 28-36. Marcos no solamente hace observar, con Mateo, que Jesús tomó a sus tres discípulos *aparte*, sino que agrega: *solos*. Evidentemente, atribuye importancia al testimonio exclusivo de estos tres apóstoles, los únicos que asistieron a esta escena única en la vida del Salvador. (Comp. Mat. 26: 37.)

3. *Sin., B, C,* y las vers. egip. omiten las palabras: *como nieve*, que

5 con Moisés; y estaban conversando con Jesús⁴. Y tomando la palabra Pedro, dice a Jesús: Rabí, bueno es que estemos nosotros aquí; y hagamos tres tiendas, una para ti, y una para Moisés, 6 y una para Elías; pues no sabía qué decir, pues se habían es- 7 pantado⁵. Y vino una nube que los cubrió, y una voz salió de la 8 nube: Este es mi Hijo amado, oídle⁶. Y de repente, mirando en derredor, no vieron ya a nadie sino a Jesús solo con ellos⁷.

9 Y bajando ellos del monte, les mandó que a nadie refirieran lo que habían visto, sino cuando el hijo del hombre resucitara 10 de entre los muertos⁸. Y retuvieron ese dicho⁹, disputando en- 11 tre sí qué es "resucitar de entre los muertos"¹⁰. Y le pregunta-

se leen en *A. D. la Itala. etc.* La misma comparación se halla en Mateo 8. 3, pero no es ésa una razón suficiente para negar su autenticidad en nuestro pasaje. Los evangelistas agotan las figuras tomadas de la naturaleza para expresar lo que han visto: Mateo dice que "su rostro resplandeció como el sol," que "sus vestidos se tornaron blancos como la luz"; Lucas apela al esplendor deslumbrante del relámpago; Marcos, por último, a la blancura de la nieve y a la de una tela a la cual el batanero ha dado todo su brillo. Todo eso, sin duda, es insuficiente para dar la impresión de la gloria divina, que entonces recibieron esos discípulos. (2 Pedro 1: 17, 18.)

4. Véase Mat. 17: 3, nota, y sobre todo Lucas 9: 31, nota. Marcos nombra a Elías el primero; su aparición es la que impresionó más a los discípulos, como lo muestra la pregunta que hacen a Jesús. (v. 11.)

5. Véase, sobre las palabras de Pedro, Mat. 17: 4, nota. Marcos dice: *Rabí*; Mateo: *Señor*; Lucas: *Maestro*. Marcos nota ese espanto de los discípulos aquí, del que, sin embargo, no fueron sobrecogidos sino después de la aparición de la nube gloriosa (Luc. 9: 34), y después del testimonio dado a Jesús por la voz divina (Mat. 17: 6); pues cuando Pedro exclamaba: *Es bueno que estemos aquí*, aun no experimentaba más que la dicha íntima de su comunión con el Salvador glorificado. Pero después de la aparición de la nube, lleno de temor, no sabía más qué decir, o (gr. según el verdadero texto, en *Sin., B. C.*) no sabía más qué responder, es decir, cómo expresar la

impresión profunda causada por la aparición. El mismo verbo se halla, en griego, en el v. 5, y Mat. 17: 4. (Comp. Mat. 11: 25, nota.)

6. Mat. 17: 5, nota. La nube los cubrió, gr. *les hizo sombra*. Los Setenta emplean ese verbo en Ex. 40: 35, donde se dice que la nube estaba sobre el tabernáculo. Esta última palabra: *oídle*, que no se halla en las palabras divinas dirigidas a Jesús cuando su bautismo (comp. Deut. 18: 15), son de una significación profunda. Aplicadas a Jesús, cuya dignidad de Hijo de Dios acaba de ser proclamada, muestran el objeto principal de toda esta escena de la transfiguración.

7. Marcos solo menciona esa *mirada de asombro y de espanto* que los discípulos echan a su derredor; pero los tres evangelios tienen este detalle, que no vieron sino a *Jesús solo*, Jesús en su estado de humillación, que debía bastarles por el presente. Por eso se apresuró él a confortarlos (Mat. 17: 7).

8. Mat. 17: 9, nota.

9. Ese *dicho* de Jesús, la prohibición que acaba de hacerles (v. 9), lo observaron fielmente (Luc. 9: 36), a pesar de todas las preguntas que les otros discípulos, pudieron dirigirles, pero *aparte ellos* se preguntaban qué podía ser ese término confiado por Jesús al silencio de ellos.

10. Los tres discípulos se preguntan entre sí lo que significa esa *resurrección* de su Maestro. No podían estar en ignorancia sobre la idea general de *resucitar de entre los muertos* (12: 18 y sig.; Juan 11: 24), pero sí ciertamente sobre la resurrección de Jesús; ésta suponía su muer-

ban diciendo: ¿Dicen los escribas que es necesario que Elías 12 venga primero?¹¹. Y él les dijo: Elías, sí, viniendo primero, restaura todo. Y ¿cómo está escrito sobre el hijo del hombre que 13 padezca mucho y sea despreciado? Pero os digo que Elías también ha venido, y le han hecho cuanto querían, conforme está escrito sobre él¹².

E. 14-29. CURACIÓN DE UN NIÑO ENDEMONIADO.—1.º *La llegada de Jesús.* Al pie de la montaña halla Jesús a los discípulos que allí había dejado, discutiendo con los escribas, en medio de una grande multitud. Esta, asombrada de verle, le saluda. Jesús se informa del motivo de la discusión. El padre que había llevado su niño a los discípulos se lo hace saber, describiéndole la

te, cuya predicción no habjan comprendido (8: 31 y sig.).

11. Véase, sobre lo que podía dar ocasión a esta pregunta, Mat. 17: 10, nota. En nuestro evangelio, la pregunta es indirecta; por la simple enunciación de esa opinión de los escribas provocan la explicación deseada.

12. Esta respuesta de Jesús a la pregunta de los discípulos respecto de Elías es en el fondo la misma que en el primer evangelio, pero presentada de un modo menos sencillo y más difícil de entender. En Mateo, Jesús confirma ante todo la opinión de los escribas de que Elías viene primeramente (antes que el Mesías); declara asimismo que ya ha venido, pero que su pueblo lo ha desconocido y rechazado; luego anuncia que él también será tratado del mismo modo. (Mat. 17: 11, 12, notas.) En nuestro evangelio Jesús confirma igualmente la venida del precursor; pero pasando inmediatamente a la idea de sus propios sufrimientos, hace, según la interpretación ordinaria, esta pregunta: *¿Cómo está escrito del hijo del hombre?* Y la respuesta es: *que debe sufrir mucho y ser despreciado*. Entonces solamente declara (v. 13) que Elías ha venido (en la persona de Juan el Bautista), y que le han tratado a él también, según su *voluntad* depravada. ¿Por qué Jesús, en nuestro evangelio, hace intervenir la idea de sus sufrimientos en su respuesta concerniente a Juan el Bautista? ¿No sería para hacer sentir a los discípulos que es él quien, por sus humillaciones y su muerte, *restauró* verdaderamente

todas las cosas? El ministerio de Juan el Bautista no fué, en efecto, más que la preparación para ese restablecimiento. Hay un modo de traducir, admitido por gran número de intérpretes, que hace más claro el pensamiento. Consiste en reunir las dos proposiciones en una sola pregunta: *¿Cómo está escrito del hijo del hombre que debe sufrir mucho y ser despreciado?* Si, como lo anuncia la profecía y como Jesús acaba de confirmarlo, Elías ha venido y ha *restaurado* todas las cosas, todo obstáculo al reino de Dios es quitado, el pueblo está listo para recibir el Mesías, éste no podría, pues, ser destinado a sufrir y a morir. De esta contradicción, los discípulos debían inferir que Juan el Bautista, detenido prematuramente, no había terminado la misión que le asignaba el profeta, que no había *restaurado todas las cosas*. Incumbía al Mesías realizar esa obra, pero siguiendo la misma senda dolorosa que su precursor (v. 13). *Restaurar todas las cosas*, era, según opinión de los Judíos, libertar a Israel del yugo extranjero, restaurar la teocracia, volviendo a traer las costumbres y la religión de los padres. Haciendo intervenir en esa obra sus sufrimientos y su muerte, Jesús muestra que la comprende de un modo enteramente espiritual.—¿A qué hace Jesús alusión al pronunciar (v. 13) estas palabras: *como está escrito de él?* No hay en el Antiguo Testamento profecía relativa a los sufrimientos de Juan el Bautista. Muchos intérpretes las han referido a éstas: *os digo que Elías ha venido*, lo que es

enfermedad de su hijo. Jesús, después de haber expresado la pena que le causa esta generación incrédula, ordena que le lleven el niño. (14-19.)—**2.º Jesús en presencia del niño.** El niño, llevado a Jesús, se revuelca echando espumarajos. Jesús interroga al padre sobre el origen de la enfermedad. El padre, después de responder, implora la piedad y la ayuda de Jesús. Éste afirma la omnipotencia de la fe. El padre exclama: Creo, ven en auxilio de mi incredulidad. (20-24.)—**3.º La curación.** Jesús, viendo la multitud afluir más y más, ordena enérgicamente al demonio que salga. Obedece, después de sacudir al niño, y dejándole como muerto. Jesús le toma por la mano y le levanta. (25-27.)—**4.º Por qué no han podido los discípulos obrar la curación.** De regreso a la casa, los discípulos preguntan a Jesús la causa de su impotencia. Esta clase de demonios, les responde, no puede ser expulsada sino por la oración y el ayuno. (28, 29.)

14 Y yendo a los discípulos, vieron una grande multitud en de-
15 rredor de ellos, y escribas disputando con ellos¹³. Y luego toda
la multitud, viéndole se asombró, y corriendo a él, le saludaban¹⁴.
16 17 Y les preguntó: ¿Qué disputáis con ellos?¹⁵. Y le respondió uno
de la multitud: Maestro, traje mi hijo a ti, que tiene un espíritu

gramaticalmente inadmisibile. Otros piensan que Jesús aplica aquí a Juan el Bautista lo que se dice en general de los sufrimientos de los profetas y de todos los hombres de Dios; pero eso es contrario a este término preciso: "escrito de él"; otros, en fin, admiten que Jesús alude a las persecuciones dirigidas contra Elías (1 Rey 19: 1 y sig.), considerado como el tipo de Juan el Bautista. Esta interpretación parece la más natural.

13. Véase, sobre este relato, Mat. 17: 14-21, notas, y comp. Luc. 9: 37-43. Marcos relata esta curación de un modo mucho más completo que los dos otros evangelistas. Empieza por una introducción, que hace muy actual la escena (v. 14-17), y que le pertenece exclusivamente. Jesús y los tres testigos de su transfiguración, habiendo descendido del monte, hallaron a los otros discípulos, que habían quedado en la llanura, rodeados por una grande multitud y de escribas que habían entrado en disputa con ellos. El tema de esa disputa, de que Jesús se informa (v. 16), no ofrece duda. Se trataba de la impotencia de los discípulos para curar el enfermo que les habían traído (v. 18). Sin duda, los escribas se basaban en ese hecho para negar el poder de sanar, no sola-

mente en los discípulos, sino también en el Maestro.

14. Jesús llega a la multitud en el momento en que ésta escuchaba la discusión. A su vista, nos dice Marcos, *fué sobrecogida de asombro*. ¿Por qué causa? Unos han pensado que ese *asombro* era causado por el majestuoso esplendor que permanecía impreso en la fisonomía del Salvador a consecuencia de su transfiguración. Otros, que la multitud, impresionada por las objeciones de los escribas, compartía sus negaciones y se había asociado a las burlas con que abrumaban a los discípulos, y que la repentina aparición del Señor la llenó de asombro y de temor; pues la palabra griega tiene también este sentido. Pero, en este caso, ¿habría corrido apresuradamente esa multitud hacia él para *saludarlo*? Otros, en fin, no ven en el sentimiento atribuido a la multitud más que la alegre sorpresa causada por la llegada de Jesús, en el momento preciso en que sus pobres discípulos eran vencidos por los razonamientos de los escribas. Ninguna de estas suposiciones está fundada en el texto, pero la última parece la más natural.

15. El les preguntó: ¿A quién? ¿A los escribas? ¿A los discípulos? ¿A la multitud? Las tres opiniones han sido sostenidas; la primera aun ha

18 mudo¹⁶; y dondequiera que le toma le agita, y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se consume¹⁷; y dije a tus discípulos que 19 lo expulsaran, y no pudieron¹⁸. Y él, respondiendo, les dice: ¡Oh generación incrédula! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? 20 ¿hasta cuándo os soportaré? ¡Traédmelo!¹⁹. Y le llevaron a él; y viéndole el espíritu luego le agitó violentamente, y cayendo 21 por tierra, se revolcaba echando espumarajos²⁰. Y preguntó a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le ha acontecido esto? Y él 22 dijo: Desde niño²¹; y muchas veces aun en el fuego lo ha echado y al agua, para matarle²²; pero si algo puedes, socórrenos, te- 23 niendo lástima de nosotros²³. Mas Jesús le dijo: "Si puedes"...; 24 todo es posible para el que cree²⁴. Clamando luego el padre del

sido introducida en el texto recibido bien que sea la menos probable; la tercera es inverosímil, pues la multitud no discutía. Lo más natural es, pues, admitir que la pregunta se dirigía a los discípulos y que las palabras *con ellos* designan a los escribas.

16. *Un (hombre) de la multitud*; con este giro el evangelista hace viva la escena. Ese hombre es el padre del niño enfermo, como se desprende de sus palabras. En la angustia y la impaciencia de su corazón, no espera que otro responda a la pregunta de Jesús, sino que se apresura a exponerle su pena. *Su hijo*, al que ha traído a Jesús, tiene un *espíritu mudo*: es decir que su mutismo es atribuido al demonio de que está poseído. El mutismo era un síntoma frecuente de posesión (Comp. Luc. 11: 14, donde el demonio y el enfermo son calificados sucesivamente de *mudos*). Véase también sobre los endemoniados, Mat. 8: 28, nota).

17. Todos los síntomas indicados dan a entender que la enfermedad de ese niño era la epilepsia.—Estas palabras: *dondequiera que le toma* muestran que, en la opinión del padre, la acción del demonio no era continua, sino que se manifestaba, en ciertos momentos, por paroxismos.

18. Véase sobre la causa de esa impotencia, v. 29, y sobre todo Mat. 17: 19-21.

19. Véase Mat. 17: 17, nota.

20. Este nuevo paroxismo del mal parece ocasionado por la presencia

misma del Señor: *luego que vió a Jesús*. (Comp. 5: 6, 7).

21. Toda esta conversación (v. 21-24), lo mismo que la mayor parte de los detalles que siguen, han sido conservados por Marcos solo.—Jesús entra en conversación con ese pobre padre, a fin de inspirarle ánimo y desarrollar en él la fe, que era la condición de la curación de su hijo. Su pregunta nos prueba también que tenía interés en saber desde cuándo tenía esa enfermedad. La respuesta del padre hace resaltar la extrema dificultad de la curación.

22. El epiléptico caía donde se hallaba en el momento del acceso, *ora en el fuego, ora en el agua*; y su padre, que no ve en toda esa enfermedad más que la acción del demonio, atribuye a este último la intención de *matarle*.

23. El hombre había tenido bastante fe para llevar su hijo a Jesús (v. 17) y para esperar la curación de su hijo. Pero la impotencia de los discípulos (v. 18) y el acrecentamiento del mal ante los mismos ojos de Jesús (v. 20) casi habían apagado ese débil pabilo: *Si puedes algo*, dice; de ahí la respuesta de Jesús (v. 23) y la confesión del padre (v. 24). Sin embargo, no deja de implorar el *socorro* y la *compasión* del Salvador, y eso bastará para que sea libertado. Véase una súplica muy diferente en Mat. 8: 2.

24. El texto recibido dice, según la versión literal de Lausana: "*El si puedes es creer*"; o, según nuestras versiones ordinarias que suprimen el artículo: "*Si puedes*

25 niño decía: ¡Creo, socorre mi incredulidad! ²⁵. Y viendo Jesús que concurría la multitud, reprendió al espíritu impuro, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te ordeno, sal de él, y no entres más en él ²⁶. Y clamando y agitándole mucho salió. Y [el niño] se puso como muerto; de modo que los más decían: Ha muerto. 27, 28 Mas Jesús, cogiendo su mano, le levantó; y se levantó ²⁷. Y entrado él en una casa, sus discípulos aparte le preguntaban: 29 Nosotros no pudimos expulsarlo. Y les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración [y ayuno] ²⁸.

F. 30-50. REGRESO A GALILEA. JESÚS ENSEÑA A SUS DISCÍPULOS.—1.º *La muerte de Jesús*. Jesús, después de dejar Cesarea de Felipe, atraviesa Galilea procurando no ser conocido para poder instruir a sus discípulos respecto de su muerte próxima y de su resurrección. Ellos no comprenden y no osan preguntarle. (30-32.)—2.º *¿Cuál es el mayor?* En Capernaúm, les pregunta

creer". Esta última palabra, aunque en A, D, las *mayúsc.* recientes, es rechazada por la mayor parte de los críticos. Jesús, a la palabra de duda del padre, opone una afirmación apropiada para afirmar la más débil fe: *En cuanto al "si tú puedes", todas las cosas son posibles al que cree*. "La fe del hombre se torna, por decirlo así, en el órgano de la omnipotencia divina, ya sea para recibir, ya aun para obrar." *Bengel*.

25. Texto recibido: "Y luego el padre del niño, clamando *con lágrimas*, dijo: Señor, socorre mi incredulidad." Las palabras en bastardilla no son auténticas.—Las palabras de ese padre afligido son de una profunda verdad psicológica y moral. Siente el reproche que Jesús acaba de dirigirle devolviéndole su: *si puedes*; queda confundido, humillado; declara que *cree*, y, sin embargo, confiesa su incredulidad; paralizado por ella, implora el socorro del Salvador, a fin de obtener de él la fe verdadera. Es un combate doloroso que se realiza en las profundidades de su alma entre una fe muy débil y una duda que él no puede vencer. La violencia de la lucha se descubre por estos términos: *clamando, decía*. Es la emoción profunda de esa alma la que se ha querido expresar por la variante que se halla en un gran número de manuscritos y de versiones: *decía con lágrimas*. Una oración semejante no podía dejar de ser escuchada por Jesús.

26. Jesús, viendo acudir la multitud cada vez más numerosa, se apresura a realizar el milagro, a fin de no dar un incentivo a su vana curiosidad. Todo es solemne en las palabras que pronuncia. Ante todo, designa al espíritu por las enfermedades que se manifiestan en el niño: *Espíritu mudo y sordo*. (Comp. v. 17, nota.) Luego dice, por una alusión evidente a la impotencia de sus discípulos: *yo te ordeno*, términos de una energía intencional que la mayor parte de nuestras versiones debilitan. En fin, después de haber ordenado al demonio salir del niño, le prohíbe volver a entrar en él, como había ocurrido hasta entonces por intervalos (v. 18, nota).

27. Todos estos detalles denotan una lucha terrible entre el espíritu impuro y el poder del Salvador. Jesús queda victorioso y no deja al niño sino después de haberle libertado y sanado.

28. Véase Mat. 17: 20, nota. Tischendorf omite: *y ayuno*, pero sobre la autoridad de *Sin.* y de *B*, solamente. Todas las demás *mayúsc.* y versiones las tienen. Tregelles las conserva en el texto; Westcott y Hort al margen.—Jesús considera la *oración* y el *ayuno* como un medio para fortificar la fe que había faltado a los discípulos, como se lo declara positivamente en su respuesta a la pregunta de ellos (Mat. 17: 20).

Jesús el tema de su discusión por el camino. Ellos callan, avergonzados. Jesús les declara con solemnidad que el que quiere ser el primero será el último, el siervo de todos. Rodea con sus brazos a un niño y dice que el que recibe uno de esos pequeños recibe a él y a Dios. (33-37.)—3.º *El hombre que expulsaba los demonios en el nombre de Jesús*. Juan relata que los discípulos han impedido a un hombre que exorcizaba en el nombre de Jesús, porque no los seguía. Jesús los censura: El que hace un milagro en su nombre no puede hablar contra él. El que no está contra nosotros está por nosotros. El menor servicio hecho a los discípulos, en su carácter de tales, recibirá su recompensa. (38-41.)—4.º *Del escándalo dado a los pequeños*. Jesús declara que valdría más ser arrojado al mar con una muela en el cuello que escandalizar a uno de esos pequeños que creen en él. La mano, el pie, el ojo deben ser sacrificados, si son para nosotros una ocasión de caída; no sea que caigamos al gehena donde el gusano no muere, donde el fuego no se apaga. Todo hombre será salado con fuego, como todo sacrificio debe ser salado con sal. La sal es buena con tal que no pierda su sabor; tened sal en vosotros mismos y permaneced en paz entre vosotros. (42-50.)

30 Y saliendo de allí, pasaban por medio de Galilea; y no quería que nadie lo supiera, pues enseñaba a sus discípulos ²⁹, y les decía: El Hijo del hombre es entregado en manos de hombres, 32 y le matarán; y matado, tres días después resucitará ³⁰. Mas ellos no entendían este dicho, y temían preguntarle ³¹. 33 Y fueron a Capernaúm. Y llegado a la casa, les preguntaba: 34 ¿Qué razonabais en el camino? Y ellos callaban; pues unos con otros habían discutido, en el camino, quién era mayor ³². Y sentándose, llamó a los doce y les dice ³³: Si alguien quiere ser

29. *Habiendo partido de allí*, es decir de la región de Cesarea de Felipe (8: 27). Otros intérpretes, forzando más el texto, traducen: "habiendo salido de allí...", de la casa a la que se había retirado con sus discípulos (v. 28).—La razón por la cual Jesús no quería atraer la atención hacia él en Galilea es indicada aquí por el evangelista (*pues*). Quería reservarse un tiempo de retiro con sus discípulos, a fin de darles sus instrucciones, desde luego sobre su próximo fin (v. 31), luego sobre diversos asuntos de grande importancia (v. 33 y sig.).

30. Véase Mat. 17: 22, 23, nota.—Es necesario observar ese verbo en presente: *es entregado*, que indica que la catástrofe es inminente; y también el carácter trágico de esos términos: (gr.) *le matarán*; y, después que fuere *matado, resucitará*. El texto recibido, con A. y las *mayúsculas* más recientes dice: *el tercer*

día, lección que parece copiada de los pasajes paralelos.

31. Sin comprender esa predicción, presentían, sin embargo, algo de doloroso; pues Mateo (17: 23) dice que "se entristecieron mucho"; y precisamente por eso es que *temían interrogarle*.

32. Véase Mat. 18: 1 y sig., notas, y comp. Luc. 9: 46 y sig. En el primer evangelio, los discípulos mismos son los que vienen a hacer al Maestro la pregunta: "¿Quién es el mayor?" Lucas relata simplemente que una discusión había tenido lugar entre ellos y que Jesús, sabiéndolo, colocó un niño en medio de ellos: según Marcos, se informa ante todo del tema de su conversación, y el evangelista hace observar que los discípulos *callaban*, porque estaban confundidos en su presencia de haber agitado una cuestión que manifestaba la ambición de ellos

33. Hay algo de solemne en el mo-

36 primero, será último de todos, y servidor de todos³⁴. Y tomando un niño, le puso en medio de ellos, y tomándole en sus brazos³⁵,
 37 les dijo: Cualquiera que a uno solo de tales niños recibiere en mi nombre, a mí recibe; y cualquiera que a mí recibiere, no recibe a mí, sino al que me envió³⁶.
 38 Díjole Juan: Maestro, vimos a uno que en tu nombre expulsaba demonios, que no nos sigue; y se lo impedimos, porque no nos
 39 seguía³⁷. Mas Jesús dijo: No se lo impedáis; pues nadie hay que haga milagro en mi nombre, y que pueda pronto hablar mal de
 40 mí³⁸, pues el que no está contra nosotros, por nosotros está³⁹.

do como Jesús se prepara a hablar. (4: 1; Mat. 5: 1.)

34. Comp. Mat. 20: 26-28, notas. Jesús no dice: que el que quiere ser el primero sea el último y el siervo de todos, sino, será; no da un consejo sobre el modo de alcanzar la verdadera grandeza; muestra la humillación que es la consecuencia inevitable del orgullo, según este principio eterno del reino de Dios: "Cualquiera que se eleve será humillado." No solamente predice un juicio a venir, sino que denuncia un hecho actual: el orgullo es una humillación, la humildad es una grandeza.—Marcos solo introduce aquí esta sentencia de Jesucristo antes de citar el ejemplo del niño (v. 36), al cual Mateo y Lucas pasan inmediatamente.

35. Marcos solo ha conservado este detalle conmovedor (comp. 10: 16) con el cual Jesús, al demostrar a ese niño su ternura, muestra también cuán alto le colocaba en su estima.

36. Véase Mat. 19: 5, nota y 10 40, nota. Jesús, al declarar que el que le recibe, recibe a Dios mismo, expresa una idea que se halla a menudo en el evangelio de Juan, por ejemplo en este dicho: "Yo y el Padre somos uno". (Comp. Luc. 9: 48; 10: 16; Juan 13: 20.)—En el pasaje paralelo de Mateo (18: 3, 4) Jesús da, con motivo del niño que presenta como modelo, otra instrucción no menos importante.

37. Marcos introduce aquí (v. 38, 39) un incidente que no está en Mateo, pero que Lucas (9: 49, 50) relata a continuación del discurso que nos ocupa. Los dos evangelistas establecen también una relación estrecha entre la instrucción precedente y la con-

fesión de Juan. Lucas dice: "Juan, respondiendo, dijo..." y Marcos, según el texto recibido y la mayor parte de los documentos dice: *respondió*. Sin B, reemplazan este verbo por *dijo*. Para explicar esta expresión se admite generalmente que Jesús, al hablar de recibir en su nombre uno de esos pequeños, hizo nacer en Juan un escrúpulo respecto de un hombre que expulsaba los demonios en el nombre de Jesús. Pero ese hombre, agrega Juan, no nos sigue, hace su obra aparte, y se lo hemos impedido (o según una variante que tiene el imperfecto: *se lo impedíamos*), únicamente por el motivo de que no nos seguía. Estas palabras repetidas muestran que allí estaba la grande objeción del discípulo contra la actividad de ese hombre. Ese error ha sido cometido por los cristianos, con mayor frecuencia que cualquier otro, y muy a menudo en circunstancias en que era menos excusable. Las palabras que no nos sigue faltan en Sin., B, C.—D, la Itala y la vulgata omiten en cambio la frase: *porque no nos seguía*; es necesario mantenerla, pero leyendo *seguía* (Sin., B) y no *sigue*.

38. *Hablar mal de mí*, es decir constituirse en mi adversario. (Como por ejemplo 3: 22; comp. 1 Cor. 12: 3.) Jesús admite que el hombre de que se trata ha hecho un milagro (gr. *una potencia*), un acto de potencia, que lo ha hecho en su nombre, poniendo su confianza en él y en Dios, de donde infiere que ese primer grado de fe y de celo por el bien le conducirá más lejos, le llevará hasta él, y que, por consiguiente, es necesario cuidarse bien de impedirlo. Jesús nos muestra lo que es "la

41 En efecto, cualquiera que os diere a beber un vaso de agua en razón de que sois de Cristo, en verdad os digo que de cierto no
 42 perderá su recompensa⁴⁰. Y cualquiera que hiciere tropezar a uno solo de estos pequeños que creen en mí, mejor le es tener una muela para asno en derredor de su cuello y sea echado al
 43 mar⁴¹. Y si tu mano te hiciere tropezar, córtala; mejor te es entrar manco en la vida, que teniendo las dos manos, ir al gehe-

caridad que todo lo espera", y nos enseña a respetar el menor germen de fe y de vida religiosa, aun en aquellos que no han adoptado las costumbres religiosas de los cristianos y que no se han unido a la iglesia. Vemos también por este ejemplo que la influencia de Jesús se ejercía mucho más allá del círculo de sus discípulos y de sus adherentes inmediatos.

39. Jesús demuestra (*pues*) la imposibilidad psicológica enunciada en el versículo precedente, por esta afirmación: *el que no está contra nosotros está por nosotros*. Este hombre no está contra Jesús y sus discípulos, puesto que expulsa demonios en el nombre de Jesús; se inclina hacia Jesús y ha empezado a acercarse a él; pronto se unirá completamente a él, puesto que no se puede permanecer neutral en presencia del Salvador. ¡Que los discípulos se cuiden de detener ese buen movimiento por su intervención precipitada e intolerante!—En una circunstancia diferente, Jesús había pronunciado un dicho que parece ser lo contrario de éste, pero que expresa la otra faz de la misma verdad: *El que no está conmigo, está contra mí*. (Mat. 12: 30, nota.) Jesús emite esta afirmación en ocasión de los exorcistas judíos, que aparentemente, trabajaban en la misma obra que él: combatir a Satanás. Pero como lo hacían en un espíritu completamente diferente del de él, esa divergencia íntima debía conducirles a una hostilidad declarada. "Los dos dichos que parecen contradecirse son, pues, igualmente verdaderos, porque se aplican a dos situaciones opuestas. Cuanto es cierto que un hombre simpático a nuestra causa, aun cuando exteriormente esté entre nuestros adversarios, debe ser tratado por nosotros como futuro colaborador, tanto lo es también que

un hombre que pertenece exteriormente al mismo campo que nosotros, pero trabajando en un espíritu opuesto al nuestro, debe ser considerado como un adversario real." *Godet*. Algunos manuscritos (A, D, las *mayitica*, más recientes) tienen: *contra vosotros*... por *vosotros*. Esta lección parece conformada a Luc. 9: 50. La mayor parte de los críticos la rechazan por la autoridad de Sin., B, C, etc.

40. Véase, sobre el sentido de estas palabras, Mat. 10: 42, nota, donde se hallan en otro discurso. En lugar de estas palabras: *en mi nombre*, Jesús dice en Mateo: "porque es mi discípulo." Tregelles, Westcott y Hort, Meyer, Weiss, prefieren en nuestro texto una variante de B, A, C que suprime *mi* delante de *nombre*, y da este sentido: "en razón de que sois de Cristo." Todas esas expresiones significan: *por amor a mí*. Este motivo es tan grande, tan santo, que trae a la buena obra más insignificante una recompensa eterna.—Estas palabras son una confirmación (*pues*) del v. 41. Es como si Jesús dijera a sus discípulos: No solamente debéis hacer buenos augurios para todos los que no están contra vosotros, sino regocijaros de todo testimonio de afecto que os den, estando convencidos que lo hacen porque sois de Cristo y por amor hacia él.

41. Véase sobre los v. 42-48, Mat. 18: 6-9, notas. Jesús vuelve aquí a la idea que expresaba en el momento en que fué interrumpido por Juan. (v. 38.) Puesto que se debe recibir con tanto amor a uno de esos pequeños, de esos débiles (v. 37), ¡cuál no es el pecado del que los escandaliza! Weiss ve en estos v. 42-48 un segundo motivo en apoyo del precepto: *No le impedáis*. (v. 39.) La oposición de los discípulos sería una

45 na, al fuego inapagable ⁴². Y si tu pie te hiciere tropezar, córtalo; mejor te es entrar cojo en la vida, que teniendo los dos pies, ser
47 echado al gehena. Y si tu ojo te hiciere tropezar, arráncalo; mejor te es entrar tuerto en el reino de Dios, que teniendo dos ojos ser
48 echado al gehena, donde su gusano no muere, y su fuego no se
49 apaga ⁴³. En efecto, cada uno será salado con fuego y todo sacrificio
50 ficio será salado con sal ⁴⁴. Buena es la sal; pero si la sal per-

ocasión de caída para ese creyente que hasta ahora sólo sigue al Salvador de lejos. (v. 40, nota.)

42. Véase, sobre estas palabras, Mat. 5: 29, 30, nota; 18: 8, 9, nota; y sobre esa expresión el *gehena* Mat. 5: 22, nota. Marcos agrega: *al fuego que no se apaga*, figura temible de un sufrimiento moral sin esperanza. Estas palabras se leen en *Sin.*, *B.*, *A.*, *C.*, *D.*, la mayor parte de las *mayúsc.* y de las versiones. Algunos manuscritos las omiten. El texto recibido con *A.*, *D.*, *mayúsc.* agrega un v. 44 conteniendo estas palabras: *donde su gusano no muere y su fuego no se apaga*. Los mismos documentos repiten esas palabras en un v. 46. No son auténticas más que en el v. 48.

43. Véase Mat. 5: 29. El texto recibido con *A.*, *C.*, *mayúsc.*, dice: el *gehena del fuego*. Las palabras del v. 48 se hallan en todas las fuentes, aun en las que las omiten en los v. 44 y 46, prueba irrefutable de su autenticidad. Estas figuras terribles de un *gusano que no muere*, de un *fuego que no se apaga* (v. 43, nota) son tomadas de Isaías 66: 24. A los que serían tentados de entenderlas al pie de la letra, se puede hacer notar que una excluye a la otra, pues un *gusano* no podría subsistir en el *fuego*. En el sentido moral, esos términos son de los más hirientes: un gusano que roe, un fuego que abrasa, ninguna figura podría expresar más energicamente los dolores de la conciencia. Es necesario observar aún ese pronombre *su gusano*, indicando un sufrimiento que les es propio, que es inherente a su estado moral. Cualquiera opinión que se tenga sobre la cuestión temible de la eternidad de las penas, no se puede negar que tales palabras sean favorables a esta doctrina.

44. Pocos versículos del evangelio

han recibido tantas interpretaciones diversas como éste, que se halla en Marcos solo. Esto se explica por su obscuridad.—El texto varía según los manuscritos. En *Sin.*, *B.*, vers. egip., la segunda parte del versículo: *y todo sacrificio será salado con sal*, es suprimida. Tischendorf la omite. Tregelles la tiene entre paréntesis en el texto, Westcott y Hort al margen. En *D.* y en algunas copias de la *Itala*, es la primera parte la que falta: *pues cada uno será salado con fuego*. La mayor parte de los exégetas se pronuncian por la conservación de una y otra parte, estimando que ambas son necesarias para que el v. 49 forme una transición entre los v. 48 y 50. Se ha dicho que las palabras: *y todo sacrificio será salado con sal* fueron primitivamente una glosa marginal, sacada de Lev. 2: 13, y que se habría deslizado en el texto; pero el acercamiento del v. 49 con ese pasaje de la ley no se imponía, y es más natural pensar que los copistas han omitido el v. 49, pues, en el texto griego, ambas proposiciones terminan con el mismo vocablo: *será salado*.—Adoptando pues el texto recibido, he aquí la interpretación que consideramos como la más aceptable, sin pretender que levante todas las dificultades. Jesús acaba de exhortar a sus discípulos a imponer sobre sí los más dolorosos renunciamentos para “entrar en la vida” y escapar al fuego del *gehena* (v. 43-48). Agrega, como un motivo (*en efecto*) en apoyo de su exhortación, que todo hombre debe ser purificado por el sufrimiento y por los sacrificios que consiente hacer, como toda ofrenda debía ser purificada por la sal. Así lo ordenaba la ley. (Lev. 2: 13), y esa costumbre se hallaba igualmente entre los griegos y los romanos. *Cada uno será salado con fuego*: “es una locu-

diere su fuerza, ¿con qué la sazonaréis? Tened en vosotros mismos sal, y estad en paz unos con otros ⁴⁵.

LA PASIÓN DE JESÚS EN JERUSALÉN

1. Sobre el camino de Jerusalén.

A. 1-16. DEL MATRIMONIO Y DEL DIVORCIO. LOS NIÑITOS.—1° *La pregunta relativa al divorcio.*—a) *Jesús pasa a Judea.* Enseña a las multitudes que nuevamente le rodean. (1.)—b) *Algunos fariseos le preguntan si puede el hombre repudiar a su mujer.* Jesús los remite a la ley. Ellos citan los textos que autorizan a dar una carta de divorcio. Jesús responde que la ley hace esa concesión a la dureza del corazón de ellos, pero que el matrimonio, tal como fué instituido por Dios, es indisoluble. (2-9.)—c) *Interrogado también en la casa por los discípulos, Jesús declara que el hombre que repudia a su mujer, y la mujer que repudia a su marido, para contraer otra unión, cometen adulterio.* (10-12.)—2° *Jesús bendice a los niños.* Le llevan niños para que los toque. Los discípulos los rechazan, pero Jesús quiere que se les deje venir a él, porque el reino de los cielos es de quien se les asemeja. Cualquiera que no lo recibiere como un niño, no entrará en él. Y habiéndolos tomado en sus brazos, los bendijo. (13-16.)

X. Y levantándose de allí, va a los términos de Judea, y al otro lado del Jordán ¹: Y se reúnen otra vez multitudes a él, y como

ción incorrecta, dice Calvino, pero como la sal y el fuego tienen una misma naturaleza de purificar... Cristo ha aplicado a ambos una misma palabra.” El término *fuego* habrá sido sugerido a Jesús por la palabra que precedía inmediatamente (v. 48.) Creemos que uno se engaña insistiendo en ese término y viéndolo en la expresión *salado con fuego* una nueva mención del castigo del *gehena*. Designa más bien la acción purificadora del fuego, lo que lo hace una figura de la prueba. (Isa. 48: 10; 1 Pedro 1: 7.) No es opuesta, en efecto, sino asimilada a la segunda figura: *salado con sal*. Bien: jamás la sal es tomada como emblema de un agente destructor; ella no consume, conserva; impide la corrupción y da a los alimentos sabor. (Mat. 5: 13, nota.) Tal es, en el dominio moral, el papel del renunciamento a sí mismo. El sólo permite al cristiano “ofrecer su cuerpo a Dios en sacrificio vivo y santo” (Rom. 12: 1); le hace agradable a Dios, como la ofrenda salada con sal;

hace de él en realidad lo que el sacrificio no era más que un modo figurado.

45. Por la obra de su santificación, que le hace semejante a una “ofrenda salada con sal”, el discípulo de Jesucristo se torna en sal, “la sal de la tierra.” (Mat. 5: 13; comp. Luc. 14: 34), Pero para ejercer sobre el mundo esa acción que lo impide corromperse, para no tornarse en una sal insípida e inútil, los cristianos deben mantenerse constantemente en ese espíritu de renunciamento y de sacrificio, que es indispensable también para que la paz y la caridad reinen en sus relaciones mutuas. Es lo que Jesús afirma al concluir su enseñanza con estas palabras: *Tened sal en vosotros mismos, y estad en paz los unos con los otros*. Por esta última exhortación a la paz, vuelve al hecho afflictivo que ha sido la ocasión de todo este discurso, la disputa de los discípulos sobre el rango al que cada uno de ellos pretendía. (v. 34.)

1. Comp. Mat. 19: 1-15.—*Habiendo*

2 acostumbraba, otra vez les enseñaba ². Y allegándose unos fariseos, le preguntaban: ¿Es lícito a un hombre repudiar a su ³ mujer?, tentándole ³. Mas él, respondiendo, les dijo: ¿Qué os ⁴ mandó Moisés? Y ellos dijeron: Moisés permitió escribir una ⁵ carta de divorcio, y repudiar ⁴. Y respondiendo Jesús, les dijo: Por la dureza de vuestro corazón escribió para vosotros este ⁶ mandamiento ⁵, mas desde el principio de la creación, macho y ⁷ hembra los creó. Por causa de esto, dejará el hombre a su padre ⁸ y a su madre y se juntará con su mujer; y serán los dos una sola ⁹ carne; de modo que no son más dos, sino una sola carne ⁶. Lo ¹⁰ que Dios, pues, juntó, no lo aparte un hombre. Y en la casa otra ¹¹ vez, los discípulos sobre esto le preguntaban. Y les dice: Cualquiera que repudiare a su mujer, y se casare con otra, comete

partido de allí, es decir de Capernaúm. (9: 33.) Jesús deja definitivamente Galilea para trasladarse a Judea, pasando por Perea.

2. Allí, como en otras partes. Jesús se halló rodeado por multitudes ávidas de oír su palabra, y reanudó las predicaciones públicas que señalaron los comienzos de su ministerio, y a las cuales había debido renunciar en los últimos tiempos de su actividad en Galilea. Es lo que Marcos hace observar por estas palabras dos veces repetidas: *otra vez*. No solamente enseñaba a esas multitudes, sino que, como lo dice Mateo (19: 2), sanaba sus enfermos. Esa estancia en la Perea fué bastante prolongada, pues ocupó los últimos meses de la actividad del Salvador.

3. Según nuestro evangelio, no se ve bien en qué consistía la *tentación* a que los fariseos querían someter al Señor. Su preguntá, en términos generales, debía traer una respuesta afirmativa, puesto que el divorcio estaba permitido por la ley en ciertas circunstancias, y que Jesús mismo lo había autorizado en caso de adulterio. Estas palabras conservadas por Mateo: *por cualquier motivo* nos hacen percibir mejor la trampa que tendían a Jesús. (Véase Mat. 19: 3, nota.) Se puede suponer, en efecto, que habían tenido conocimiento de declaraciones de Jesús contrarias al divorcio (Mat. 5: 31, 32) y que esperaban ponerle en contradicción con la ley de Moisés y con su tradición.

4. También aquí se halla entre Mateo y Marcos una diferencia de redacción que es necesario notar. En el primero, Jesús rechaza el divorcio, recordando el designio primitivo de Dios, quien creó un hombre y una mujer para que fuesen hechos un solo ser en una unión indisoluble; y son los adversarios quienes apelan a la ley de Moisés, como objeción al principio establecido por Jesús, puesto que esa ley autoriza el divorcio. Según Marcos, al contrario, Jesús es quien empieza por apelar a la ley; y como esa ley parece favorable a los fariseos, Jesús explica su motivo. La *dureza del corazón* (v. 5); luego expone el destino del hombre y de la mujer en el plan de la creación. El fondo de la enseñanza es el mismo; pero estas divergencias en los relatos de los evangelistas muestran cuán independientes son unos de otros.

5. Mat. 19: 8. nota. Respondiendo falta en *Sin.* B. C.

6. Las palabras *y se juntará a su mujer* (v. 7) faltan en *Sin.* y B. Jesús cita textualmente (*los hizo macho y hembra*), según Gén. 1: 27, el relato de la creación del hombre y de la mujer, que señala la intención de Dios en su unión (v. 6). luego el dicho de Adán (Gén. 2: 24), de que él se apropia y que sanciona con su autoridad. Agrega, como conclusión: *Así no son más dos que puedan ser separados, sino una sola carne*, un solo ser. (Mat. 19: 4-6. notas.)

12 adulterio contra ella ⁷. Y si ella repudiando a su marido, se casare con otro, comete adulterio ⁸.

13 Y le llevaban niñitos, para que los tocara ⁹; mas los discípulos ¹⁴ reprendieron a los que los llevaban. Mas viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niñitos venir a mí, no se lo ¹⁵ impidáis; pues de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo: cualquiera que no recibiere el reino de Dios como un niñito, de ¹⁶ cierto no entrará en él ¹⁰. Y tomándolos en sus brazos, los bendecía poniendo las manos sobre ellos ¹¹.

7. En Mateo (19: 9) esta declaración forma parte aun del discurso dirigido a los fariseos. Además se encuentra también en el sermón del monte. (Mat. 5: 31, 32.) El primer evangelio menciona también una pregunta que los discípulos hacen a Jesús (sin indicar que fuese *en la casa*), pero esa pregunta se refiere a la conveniencia del matrimonio. (19: 10-12.)

8. En lugar de estas palabras, Mateo tiene las siguientes: "y el que se casa con la repudiada comete adulterio," porque Jesús, no admitiendo la legitimidad del divorcio en el caso de que se trata, considera esa mujer como siendo aún la mujer de otro. En Marcos la idea es enteramente distinta. Supone una reciprocidad y una igualdad entre ambos esposos que no existía entre los judíos, ni en la ley, ni en las costumbres, y que sólo se encontraban en Grecia y en Roma. Algunos intérpretes han inferido de allí que Marcos acomoda el discurso que refiere a esas costumbres extranjeras, o que Jesús había querido establecer por anticipación una regla para su Iglesia. Pero aun cuando *una mujer repudiando a su marido* fuese un hecho inaudito entre los judíos, ¿no es posible que Jesús aludiese a lo que acababa de pasar en la familia de Herodes? (6: 17.) La igualdad de la mujer y del hombre ante la ley y ante Dios resultará ciertamente del evangelio, pero de un modo enteramente desconocido en la antigüedad. (Gál. 3: 28; 1 Pedro 3: 7.)

9. Véase, sobre este relato, Mat. 19: 13-15, notas, y comp. Luc. 18: 15-17. Los tres primeros evangelistas refieren este incidente tan ins-

tructivo como conmovedor, pero todos sin unión aparente con lo que precede y lo que sigue.—*Para que los tocara*, puede indicar en esos piadosos padres la idea de que, si únicamente tocara sus hijos ese hombre de Dios, resultaría para éstos una bendición. O bien entendían con ello la imposición de las manos, por la cual les comunicaría alguna gracia. (v. 16.)

10. Este dicho del v. 15, recogido por Marcos y Lucas, es omitido por Mateo. Un dicho semejante se encuentra 9: 36, 37, y sobre todo Mat. 18: 3, 4. *Para recibir el reino de Dios* (véase sobre este término Mat. 3: 2, nota), es decir el evangelio que nos introduce a él y la vida de lo alto que constituye su esencia, es necesario haber recobrado, por una obra de la gracia divina, los caracteres que distinguen al *niñito*: el sentimiento de su debilidad, de su dependencia absoluta, la humildad, el candor. El niño no tiene prejuicios, y por tanto recibe con simplicidad de corazón lo que le es presentado como la verdad. (Comp. Mat. 18: 3, 4, nota.)

11. Marcos solo tiene aquí, como en 9: 36, este detalle patético: *tomándolos en sus brazos*, o abrazándolos. Esta ternura del Salvador para con los pequeños y los débiles nos explica por qué fué indignado contra sus discípulos que querían apartarlos de él.— Jesús los *bendijo poniendo las manos* sobre ellos. Este último detalle no es un símbolo vano y vacío, sino el medio por el que comunica la bendición. Y, se puede creer, la bendición divina quedó sobre esos niños.

B. 17-31. EL JOVEN RICO. PELIGRO DE LAS RIQUEZAS. DE LA RECOMPENSA FUTURA.—1º *La conversación con el rico.*—a) Como Jesús se pone en camino, un hombre corre, se arroja sobre sus rodillas, y, llamándole: *Maestro bueno*, le pregunta qué debe hacer para heredar la vida eterna. (17.)—b) Jesús empieza por rechazar ese título. Dios sólo es bueno. Luego remite a su interlocutor a los mandamientos de la segunda tabla del Decálogo. El hombre declara que los ha observado desde su juventud. (18-20.)—c) Jesús le dirige una mirada de profunda ternura y le dice que dé a los pobres lo que posee y le siga. Afligido por este dicho, ese hombre se va muy triste. (21, 22.)—2º *Declaraciones de Jesús y sus discípulos sobre el peligro de las riquezas.*—a) Entonces Jesús, mirando a sus discípulos declara que los ricos difícilmente entrarán en el reino de Dios. (23.)—b) Para responder al asombro de los discípulos, agrega que es difícil que los que confían en las riquezas entren en el reino; más fácilmente pasaría un camello por el ojo de una aguja. (24, 25.)—c) Asombrándose aún más sus discípulos y preguntándose uno a otro: ¿Quién puede ser salvado? Les dice Jesús que eso es imposible a los hombres, pero que todo es posible a Dios. (26, 27.)—3º *Declaración de Jesús a los discípulos sobre la recompensa que recibirán.*—a) Pedro recuerda con satisfacción que ellos, los discípulos, han abandonado todo para seguir a Jesús. (28.)—b) Jesús declara que todo sacrificio hecho por él y por el evangelio es recompensado desde ahora, y en la eternidad, pero muchos de los primeros serán los últimos, y los últimos los primeros. (29-31.)

17 Y saliendo él a su camino¹², corriendo uno y arrodillándose a él le preguntaba: Maestro bueno, ¿qué haré para heredar vida eterna?¹³ Mas Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno solo, Dios¹⁴. Los mandamientos conoces: “No

12. Véase, sobre el relato que va a seguir, Mat. 19: 16-26 y comp. Luc. 18: 18-27. Los tres evangelistas refieren este incidente a continuación de la bendición de los niños. Varios detalles característicos e importantes son propios a Marcos.— Jesús *salía* de la casa donde se había detenido (v. 10), y se ponía en camino para continuar su viaje.

13. Véase, sobre ese hombre y su pregunta, Mat. 19: 16, nota.—Por estas palabras corriendo, arrojándose sobre sus rodillas, pinta Marcos de un modo dramático la escena y nos muestra el apresuramiento de ese hombre para obtener de Jesús una respuesta a la cuestión que le atormentaba, lo mismo que la profunda veneración que el Maestro le inspiraba.

14. Esta pregunta: ¿Por qué me llamas bueno? con la cual responde Jesús al pedido de su interlocutor es diferente en Mateo (19: 17, véase la

nota), según el verdadero texto. Lucas refiere las palabras de Jesús en los mismos términos que Marcos. Como los evangelistas sólo nos dan un resumen de las conversaciones que refieren, es muy posible que las dos expresiones conservadas por la tradición apostólica hayan sido pronunciadas por el Salvador.—En cuanto al sentido de la pregunta de Jesús: ¿Por qué me llamas bueno? y a esta distinción que establece entre él y Dios al que declara ser el solo bueno, los intérpretes difieren mucho, según la influencia que ejercen sobre ellos sus opiniones dogmáticas. Los que niegan la santidad perfecta de Jesús ven en estas palabras una confesión de pecado. Pero eso es no tener en cuenta ni la situación particular en que han sido pronunciadas, ni el conjunto de los datos del evangelio. De éstos resalta con esplendor la completa pureza de la conciencia del Salvador. No hay pues más que

mates; no cometas adulterio; no hurtes; no des falso testimonio; no defraudes; honra a tu padre y a tu madre”¹⁵. Y él le dijo: Maestro, todo eso he guardado desde mi juventud¹⁶. Y Jesús, mirándole, le amó¹⁷, y le dijo: Una cosa te falta: ve, cuanto

dos maneras de explicar este rechazo del título de bueno. Es necesario suponer que Jesús se pone en el punto de vista del que le interroga y cuya pregunta prueba que tiene las más falsas ideas sobre la bondad del hombre. Creyéndose él mismo bueno, debe, con mayor razón, calificar así a ese Maestro para el cual muestra una veneración profunda, aun cuando a sus ojos sólo sea un hombre superior, cuando más un enviado de Dios. Ese es, se dice, el error que Jesús quiere disipar por su respuesta, y luego recobrará toda su autoridad divina al demandar a ese hombre rico que sacrifique todo lo que posea para seguirle. (v. 21.) Tal es, con algunas ligeras diferencias, la explicación admitida en la Iglesia cristiana, desde Agustín hasta los reformadores y hasta los exégetas modernos, Bengel, Olshausen, Ebrard, Lange.—Pero se puede objetar a esta interpretación que el interlocutor habría podido difícilmente adivinar ese sentido de las palabras de Jesús. Es preferible explicarlas del modo siguiente: Jesús toma la palabra del joven: *Maestro bueno*, entendida por éste en su sentido ordinario y enteramente humano, para elevar su pensamiento hasta la idea absoluta de toda bondad, que es Dios solo. El rechazo de ese título sólo está destinado a establecer una distinción necesaria entre la santidad humana y la perfección absoluta, que es Dios. La santidad humana es relativa, y lo era aún en Jesús, puesto que en él se cumplía un desarrollo progresivo (Luc. 2: 52), que debía aún “aprender la obediencia por las cosas que iba a sufrir,” y así “ser consumado” (Hebr. 5: 8, 9), es decir llegar a la perfección. Desde este punto de vista, la idea de la bondad absoluta, excluyendo todo desarrollo y todo progreso, sólo pertenece a Dios. (Véase Meyer, *Coment. sobre el Nuevo Testamento*, en este pasaje.)

15. El solo Dios bueno, al cual Jesús ha enviado a su interlocutor, no

se ha dejado sin testimonio: se ha revelado, ha expresado en la ley su voluntad santa: *Tú conoces los mandamientos*: ¿por qué preguntas lo que debes hacer? Si ese hombre no se hubiera contentado con *saber*, y con saber mal (v. 20); si hubiera tomado la ley en su espiritualidad, no habría preguntado lo que debía hacer, sino, humillado en presencia de esos mandamientos violados, habría implorado el socorro de Dios para cumplirlos. Eso es precisamente lo que Jesús quería enseñarle enviándole a la ley, cuyo sentido y cuyo espíritu él le revelaba. En Mateo, agrega aún a esos mandamientos de la segunda tabla este gran mandamiento, que es su alma: *Amarás a tu prójimo como a tí mismo*.—Marcos introduce entre los mandamientos este precepto que ha apurado singularmente a los intérpretes: *no defraudes*, no despojes a los otros (1 Cor. 6: 8; 1 Tim. 6: 5; Jac. 5: 4), privándolos de lo que les es debido. Se extrañan de este precepto que parece superfluo después de mandamientos tan claros. Unos lo consideran como explicación del octavo mandamiento; otros piensan que debe reemplazar al décimo, que prohíbe codiciar el bien ajeno; otros aun ven en él un resumen de todos esos preceptos, destinado a revelar el espíritu de ellos. Meyer ve aquí una cita de Deuteronomio 24: 14, donde se halla el mismo verbo: “No defraudarás al mercenario que es pobre e indigente.” Pero, ¿es probable que Jesús haya agregado una prescripción tan especial a los mandamientos que acababa de citar? Este detalle queda, pues, oscuro.

16. Véase, sobre esas ingenuas palabras, Mat. 18: 20, nota.

17. Esa mirada convención a Jesús de que ese hombre era sincero en su busca de la vida eterna y en la confianza que le testificaba: *le amó*. Es esto una pincelada inimitable de Marcos. Vemos en esta palabra uno de esos detalles que revelan la fuen-

tienes vende, y dalo a pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, 22 sígueme¹⁸. Mas él, afligido por este dicho, se fué entristecido, 23 pues tenía muchas posesiones¹⁹. Y mirando Jesús en derredor, dice a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente los que tienen las riquezas entrarán en el reino de Dios!²⁰. Y los discípulos se asombraban por sus palabras. Y Jesús, tomando otra vez la palabra, les dice: Hijos, ¡cuán difícil es a los que confían en las riquezas entrar en el reino de Dios!²¹. Más fácil es que un camello pase

te, muy cercana de la persona de Jesús, de donde vienen en parte los relatos de Marcos. Habla allí un apóstol que seguía las impresiones de Jesús, tales como aparecían sobre su rostro, y que sorprendió al paso la mirada de profunda ternura que echó sobre ese ser tan sincero y tan ingenuo." *Godet*. (Véase la Introd.)

18. Véase Mat. 19: 21, nota.—Es notable que en Mateo es el rico mismo quien hace esta pregunta: *¿Qué me falta aún?* a lo que Jesús responde: *Una cosa te falta*.—El texto recibido agrega, después de *sígueme: tomando la cruz*; esas palabras faltan en *Sin., B, C, D*, Eran probablemente una glosa marginal sacada de Mateo 16: 24 o de Marcos 8: 34. Allí, esas palabras dirigidas a los discípulos de Jesús, son de aplicación natural y profunda; aquí dirigidas a un hombre que se acerca por primera vez al Salvador, serían superiores a sus fuerzas.

19. Mat. 19: 22, nota.—Mateo dice solamente que ese hombre *se fué muy triste*; la palabra que agrega Marcos, y que nosotros traducimos por: *afligido*, significa *ensombrecido*. (Comp. Mat. 16: 3.) Son estos los dos únicos pasajes del Nuevo Testamento donde se encuentra esa palabra. En el Antiguo Testamento, los Setenta le dan el sentido de *estupefacto* y la emplean para designar la consternación que se pinta en el rostro. (Ezeq. 27: 35.) En todo caso es la expresión de una conmoción profunda, que, en la situación, se comprende perfectamente.

20. Hay algo de solemne, de penetrante en ese acto de Jesús: *mirando en derredor*. (v. 27. 3: 5, 34; Luc. 6: 10.) Jesús hace así presentir la alta importancia de lo que va a decir, queriendo que cada uno tome su parte.—*Poseer las riquezas* (con

el artículo), es una locución que muestra que los bienes de este mundo son considerados como una totalidad, como una potencia. Hay hombres que las *poseen*; allí está para ellos el peligro, puesto que esas riquezas les hacen tan difícil la *entrada del reino de Dios*. (Véase sobre este término Mat. 3: 2, nota.)

21. El discurso se hace más tierno (*hijos*); Jesús, viendo el terror de sus discípulos, agrega a la sentencia absoluta del v. 23 una explicación que la modifica. Les hace comprender que no es la simple posesión de las riquezas lo que constituye un obstáculo a la salvación, sino la disposición del corazón a poner en ellas su confianza. Sin embargo, después de esta explicación, agrava aún el rigor de su sentencia (v. 25) empleando una figura proverbial, que hace de la *dificultad* una imposibilidad (Mat. 19: 24, nota.) Viendo entonces la consternación mayor aun de los discípulos (v. 26), el Salvador indica el remedio para ese mal profundo, la liberación de toda esclavitud: reside en el poder de Dios, a quien *todo es posible*. (v. 27.) A un milagro de la gracia apela Jesús, a la influencia victoriosa de un amor que vence, en el corazón, todos los afectos y todas las pasiones terrestres.—Marcos solo ha conservado el hermoso y profundo pensamiento del v. 24, que distingue la *posesión* de las riquezas de la *confianza* que se pone en ellas. Las palabras *los que confían en las riquezas* faltan, es verdad, en algunos manuscritos (*Sin., B*), y Tischendorf, en su 8ª edic. Westcott y Hort las suprimen; pero los testimonios críticos son en favor de su autenticidad, y el v. 24 carecería de sentido si fueran suprimidas.

26 por el ojo de la aguja, que un rico entre en el reino de Dios. Y 27 ellos se asombraban muchísimo diciendo entre sí: Y ¿quién puede ser salvado?²². Mirándolos Jesús, dice: Para hombres es imposible, pero no para Dios, pues todo es posible para Dios.

28 Pedro empezó a decirle: He aquí, nosotros hemos dejado 29 todo y te hemos seguido²³. Dijo Jesús: En verdad os digo, nadie hay que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, por causa de mí y por causa del evangelio²⁴, que no reciba cien veces más ahora, en este tiempo, casas, y hermanos, y hermanas, y madres, e hijos, y campos, con persecuciones, y en la edad que viene vida eterna²⁵. Mas muchos primeros, serán últimos, y los últimos primeros²⁶.

22. ¿Por qué hace este discurso en los discípulos esta impresión profunda, dos veces expresada? ¿Únicamente por interés por los ricos a quienes Jesús parecía excluir del reino de Dios? Seguramente no. Ellos mismos se sienten alcanzados por esta verdad moral absoluta, que exige del corazón del hombre un desprendimiento de las cosas visibles, un amor hacia Dios que no encuentran en sí: y es ciertamente del fondo de su conciencia de donde parte esa pregunta inquieta: *¿Y quién puede ser salvado?* (Mat. 19: 25, nota.)

23. *Empezó a decirle*, términos con los cuales introduce Marcos un discurso nuevo y solemne. Pedro es así quien habla en nombre de todos. Su observación se refiere directamente al discurso que precede, y sobre todo al ejemplo del rico que, lejos de abandonar todo y seguir a Jesús, se había ido muy triste. Nosotros, dice el apóstol, nosotros hemos obrado de otro modo. Pero aquí se dice, turbado, algo confundido por lo que iba a preguntar; y no agrega, como en Mateo: "¿Qué nos sucederá?" (Mat. 19: 27, nota.) A pesar de lo que podía haber de personal en esa mirada que Pedro echaba con complacencia sobre sí mismo, Jesús contesta con una grande y misericordiosa promesa (v. 29, 30); luego termina con un *pero...* muy significativo. (v. 31).

24. *Por causa de mí*, corresponde al término de Mateo: "por causa de mi nombre," y *por causa del evangelio*, que Marcos solo ha conservado, corresponde al de Lucas: "por causa del reino de Dios." Son en el

fondo diversas expresiones del mismo pensamiento: el amor hacia Jesús, objeto de todo el evangelio, centro viviente de todo el reino de Dios, tal es el motivo bastante potente para *inducir* a un hombre a abandonar todo, desprendiéndose verdaderamente de todo, Y únicamente los que lo hacen por ese móvil pueden aplicarse la promesa que va a seguir y hallar en ella su dicha.—En esta enumeración de sacrificios a hacer, las palabras *o mujer*, admitidas por el texto recibido, son inauténticas aquí, lo mismo que en Mateo; solamente quedan pues en Lucas. (18: 29.)

25. Véase Mat. 19: 29, nota. Marcos hace esta distinción claramente acentuada e importante: *ahora, en este tiempo, y en la edad venidera*. El solo agrega a todas esas bendiciones prometidas esta otra bendición: *persecuciones*. (Comp. Mat. 5: 10-12; Rom. 5: 3; Jac. 1: 2; 1 Pedro 1: 6; Hebr. 12: 6.) Esta última palabra bastaría para probar que no debe entenderse al pie de la letra y materialmente la promesa hecha a los discípulos de recobrar aquí todo lo que han abandonado por amor de Jesús; pero, en un sentido espiritual, esta promesa se cumplirá ciertamente: *casas*, donde seréis recibidos con la hospitalidad del amor fraternal; *hermanos, hermanas, madres*, miembros todos de la familia de Dios y que tomarán a pecho vuestros más preciosos intereses (Rom. 16: 13); *hijos* según el Espíritu (1 Cor. 4-14); *campos* a cultivar para la siega del gran día. (1 Cor. 3: 9.) Y esta rica compensación es sola-

C. 32-45. PADECIMIENTOS DE JESÚS. AMBICIÓN DE LOS DISCÍPULOS.—1º *Nuevo aviso de la pasión.* Subiendo Jesús a Jerusalén, seguido de los suyos, que están espantados, toma aparte a los doce y predice con detalles precisos lo que le va a acontecer: condenación por las autoridades judías, malos tratamientos y supremo suplicio infligidos por los paganos, resurrección tres días después. (32-34.)—2º *La petición de Jacobo y de Juan.*—a) Jesús y los hijos de Zebedeo. Jacobo y Juan van a pedir a Jesús que les permita ocupar los primeros lugares en su glorioso reino. Jesús les hace comprender lo inconsiderado de su petición. Llama la atención de ellos a la copa de que acaba de hablarles. Ellos se declaran listos a beberla. Jesús les dice que, en efecto, la beberán y serán bautizados con el mismo bautismo que él, pero que no le corresponde dar los primeros lugares en su reino; serán de aquellos para quienes han sido preparados. (35-40.)—b) Jesús y los demás discípulos. La diligencia de los dos hermanos excita la indignación de los otros diez discípulos. Jesús los llama a sí y los pone en guardia contra el espíritu de dominio que anima a los que piensan gobernar las naciones. Entre los discípulos, el que quisiere ser el primero será el esclavo de todos, según el ejemplo del hijo del hombre que ha venido no para ser servido, sino para servir y dar su vida para el rescate de muchos. (41-45.)

- 32 Y estaban en el camino, subiendo a Jerusalén²⁷, e iba Jesús delante de ellos, y se asombraban; y los que le seguían temían²⁸. Y tomando consigo otra vez los doce, empezó a decirles lo que
33 le debía suceder²⁹: He aquí, subimos a Jerusalén, y el hijo del

mente la del tiempo actual, que sólo es la preparación a la *vida eterna*. "unidad infinita que abarca todo, cumplimiento, plenitud y profundidad de toda bendición." *Lange*.

26. Véase Mat. 19: 30, nota. En el primer evangelio esta sentencia es ilustrada por la parábola de los obreros contratados a horas diferentes, destinada a mostrar que todo es gracia para los que siguen a Jesús y trabajan para su reino. En Marcos, según el verdadero texto (B, C, mayúsc.) débese traducir: *los últimos serán primeros*.

27. Comp. Mat. 20: 17-19; Luc. 18: 31-34.—Estaban ya en camino cuando fué Jesús interrumpido por la llegada del rico. (v. 17.) Ahora siguen su camino, subiendo a Jerusalén donde Jesús va a sufrir y a morir.

28. Según el texto que hemos adoptado (Stn., B, C), he aquí cómo es necesario representarse esta escena: Jesús, quien no obstante conocía perfectamente todo lo que iba a acontecerle (v. 33), como un jefe intrépido, andaba delante de ellos, es decir a la cabeza del cortejo; los de su círculo

inmediato, viendo la determinación del Maestro, estaban *asombrados* (la palabra griega significa *estupefactos* de espanto) y vacilaban o se detenían; otros, no tan cercanos a él y que le seguían, estaban *llenos de temor*. Y es entonces cuando reúne Jesús a su alrededor a los doce para decirles abiertamente al encuentro de qué prueba se dirige. El texto recibido dice aproximadamente la misma cosa, pero no señala la distinción entre los discípulos que rodeaban inmediatamente al Salvador y las multitudes que le seguían a distancia. Nuestro evangelista es el único que pinta las impresiones de los que acompañaban a Jesús en ese momento emocionante, donde debe ser colocado el diálogo referido por Juan. (11: 17 y sig.). Aun cuando los discípulos no hubiesen comprendido hasta aquí las predicciones que su Maestro les había hecho de sus sufrimientos, tenían el presentimiento del peligro que los amenazaba.

29. ¿A qué se refiere este "otra vez?" Se puede ver en él una alusión a la precedente predicción de

hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles, 34 y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le matarán; y tres días después resucitará³⁰.

35 Y se allegan a él, Jacobo y Juan, los hijos de Zebedeo, diciéndole: Maestro, queríamos que nos hicieras lo que te pidié-
36, 37 remos³¹. Y él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Y ellos le dijeron: Concédenos que uno a tu diestra y otro a tu siniestra
38 nos sentemos en tu gloria³². Y Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo bebo, o con el bautismo con
39 que soy bautizado, ser bautizados?³³. Y ellos le dijeron: Pode-

los padecimientos del Salvador (9: 31), o referirlo simplemente al acto enérgico por el cual Jesús llama a su alrededor sus discípulos, después del movimiento de vacilación y de temor que se había producido.

30. Véase Mat. 20: 19, nota. Es la tercera vez que Jesús inicia a sus discípulos en el secreto de sus padecimientos. (8: 31 y sig.; 9: 30 y sig.) Estas predicciones se tornan cada vez más explícitas y más claras, y los tres primeros evangelistas las han conservado todas con cuidado y de común acuerdo. Ellas nos muestran qué visión clara y precisa tenía Jesús de lo que iba a acontecerle; aquí marca aun el momento exacto con estas palabras: *Hé aquí, subimos a Jerusalén*. ¡Y sin embargo sube! Manifestación emocionante de un valor heroico y del amor que se sacrifica (Juan 15: 13); prueba evidente de la absoluta necesidad moral de esa muerte a cuyo encuentro va voluntariamente. Se ha dicho con razón: si ese sacrificio no fuera la redención del mundo, sería una especie de suicidio.—Pero aquí como en todas sus predicciones, Jesús se esfuerza en hacer resplandecer a los ojos de sus discípulos la luz de la vida después de las tinieblas de la muerte: *pero después de tres días resucitará*. (El texto recibido, con A, dice: *el tercer día*, corrección conforme a Mateo y Lucas). ¿Cómo es, pues, que después del acontecimiento hayan tenido los discípulos tanta dificultad en creer esa resurrección? Véase, sobre esta cuestión, Mat. 16: 21, segunda nota.

31. Después de la predicción que Jesús acaba de hacerles, la diligen-

cia de Jacobo y de Juan parece incomprendible, si no fuera una nueva prueba del hecho de que ni aun los discípulos más inteligentes habían entendido esa predicción.—Para la explicación de este relato, que los dos primeros evangelistas solos nos han conservado, véase Mat. 20: 20-28, notas.

32. Mateo dice aquí: *en tu reino*. El sentido es el mismo, y prueba que los discípulos, a pesar de todas las dolorosas perspectivas que su Maestro les hace entrever, no dudan de que en un porvenir cercano llegue a ser el jefe de un reino, y de un reino *glorioso*. En cuanto a las ideas falsas que de él se hacían, nada era más apropiado para disiparlas que las instrucciones que Jesús iba a darles a este respecto.—En Mateo, es la madre de Jacobo y de Juan, Salomé, quien desde luego dirige a Jesús ese pedido para sus hijos, mientras que, según Marcos, son los dos discípulos mismos quienes lo formulan. Es necesario simplemente reconocer esas diferencias y buscar la armonía en el fondo de las cosas. Por lo demás, aun en Mateo, es a los discípulos a quienes Jesús responde.

33. De estas dos figuras de los padecimientos de Cristo: la *copa* y el *bautismo*, la primera sola es auténtica en Mateo; aquí lo son ambas. Si la copa, en el lenguaje simbólico de la escritura, es la medida de bienes o de males destinados a cada uno (véase Mat. 20: 22, nota), el bautismo es una figura aun más general y más profunda del sufrimiento en el cual se trata de ser *sumergido* completamente, según la signifi-

mos. Y Jesús les dijo: La copa que yo bebo beberéis, y con el
40 bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; mas el
sentaros a mi diestra o a mi siniestra, no es cosa mía concederla
41 sino a aquellos para quienes ha sido preparado ³⁴. Y oyéndolo los
42 diez, empezaron a indignarse sobre Jacobo y Juan. Y llamándolos
Jesús a sí, les dice: Sabéis que los que parecen gobernar las
43 naciones las esclavizan, y sus grandes las oprimen ³⁵. No es así
entre vosotros, sino que, cualquiera que quisiere hacerse grande
44 entre vosotros, será vuestro servidor; y cualquiera que quisiere
45 entre vosotros ser primero será siervo de todos, pues tampoco
el hijo del hombre vino para ser servido, sino para servir y dar
su vida en rescate en lugar de muchos ³⁶.

D. 46-53. EL CIEGO BARTIMEO. —1º *Encuentro de Jesús y del ciego*. Habiendo llegado Jesús a Jericó, en el momento en que sale de la ciudad acompañado por una grande multitud, un ciego llamado Bartimeo, al saber que es Jesús quien pasa, empieza a clamar: ¡Hijo de David, ten piedad de mí! Y como se le quiere impedir que importune a Jesús, clama aún más fuertemente: ¡Ten piedad de mí! (46-48.)—2º *La curación solicitada y obtenida*. Habiéndose detenido Jesús hace llamar al ciego quien, levantándose apresuradamente y arrojando su manto, corre hacia Jesús. ¿Qué quieres que te

cación etimológica de la palabra. Jesús indica con ello a los dos discípulos el camino que va a conducirle a la gloria, y les pregunta: ¿Podéis seguirme? (Comp. Rom. 8: 17; 2 Tim. 2: 11, 12.) Además, ve ese momento del sufrimiento como habiendo llegado ya; es lo que Marcos nos hace sentir, según su costumbre, con esos verbos en presente; la copa que yo bebo, el bautismo con que yo soy bautizado.

34. Mateo agrega: *por mi Padre*; el pensamiento de Marcos es el mismo. Dios solo prepara a un alma el alto destino que los dos discípulos ambicionaban. (Véase, sobre estas palabras, Mat. 20: 23, nota.)

35. Para reprimir la ambición de sus discípulos, Jesús pone en contraste el espíritu de su reino con lo que ocurre en los reinos de este mundo. Para ello, se sirve de términos muy significativos. Y ante todo dice de los príncipes de este mundo (según Marcos solo) que ellos *parecen gobernar, o son reputados, o piensan reinar*. ¿Qué quiere decir el Salvador? Según algunos intérpretes, eso significaría que esos príncipes *piensan* sobre todo en establecer y hacer

valer su autoridad, una autoridad que los pueblos reconocen. Otros, penetrando más en el sentido del verbo, hacen decir a Jesús que esos poderosos de la tierra *parecen ejercer un gran dominio*, mientras que ellos mismos son esclavos de sus pasiones. ¿No sería aún más verdadero decir que, aunque imaginándose ejercer el poder supremo, están sin embargo en la dependencia absoluta de Dios, por quien los reyes reinan?—Además, los términos: *las sujetan y ejercen su poder*, son compuestos con una partícula que da siempre un sentido desfavorable a la acción de que se trata. Rilliet traduce: “Los que se imaginan mandar las naciones las tiranizan, y los grandes las oprimen.” Hay pues, en todos los casos, algo de severo en estas palabras del Salvador.

36. Véase, sobre estos dos últimos versículos, Mat. 20: 26-28, notas.—El texto recibido dice (v. 43): “No será así entre vosotros.” Ese verbo debe estar en presente (Sin., B, C, D): Jesús establece desde este momento, por su palabra y por su espíritu, las relaciones que deben reinar entre sus discípulos en su reino.

haga? Le pregunta el Salvador. ¡Rabbuni, que recobré la vista! Jesús le dice: Ve, tu fe te ha salvado. E inmediatamente recobra la vista y sigue a Jesús. (49-53.)

46 Y llegan a Jericó ³⁷. Y saliendo él de Jericó, y sus discípulos y una grande multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo, mendigo
47 ciego, estaba sentado junto al camino ³⁸. Y oyendo que era Jesús el nazareno, empezó a clamar y a decir: Hijo de David, Jesús, ten
48 misericordia de mí ³⁹. Y le reprendían muchos para que callara, mas él mucho más clamaba: ¡Hijo de David, ten misericordia
49 de mí! Y deteniéndose Jesús, dijo: Llamadle. Y llaman al ciego,
50 diciéndole: Ten buen ánimo, levántate, te llama ⁴⁰. Y él, arrojando su manto, levantándose de un brinco, fué a Jesús ⁴¹. Y respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el
52, 53 ciego le dijo: Rabbuni, que recobre la vista ⁴². Y Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha salvado. Y luego recobró la vista, y le seguía por el camino ⁴³.

37. Véase, sobre este relato, y en particular sobre las diferencias que en él se encuentran entre los tres primeros evangelios, Mat. 20: 29-34, notas.

38. Marcos solo hace conocer por su nombre, y aun por el nombre de su padre, a ese mendigo ciego. *Bartimeo* significa hijo de Timeo; estos nombres patronímicos, Bartolomé, Barjesús, Barsabás, se usaban como nombres propios. El ciego sanado por el Salvador se hizo sin duda más tarde un cristiano conocido en la iglesia apostólica; así fué su nombre conservado por la tradición.—El texto recibido designa este hombre así: “un hijo de Timeo, Bartimeo el ciego, estaba sentado junto al camino, mendigando.”

39. “Grande fe de este ciego que invoca como *hijo de David* al que el pueblo le anuncia como el *Nazareno*.” *Bengel*. El nombre de *hijo de David* que da al Salvador muestra cuán generalizada estaba en el pueblo entonces la convicción de que Jesús era el Mesías.

40. Parece que se oye esas diversas frases de aliento pronunciadas por diversas voces en la multitud, esa misma multitud que, hace un instante, quería impedir al ciego gritar. Es que la compasión con que Jesús es conmovido (Mat. 20: 34), y que le hace detenerse a la cabeza de

su numeroso cortejo al oír los gritos de ese pobre mendigo, esa compasión ha entrado en los corazones. Nada es más contagioso que el verdadero amor. Marcos solo ha retenido este detalle, lo mismo que el siguiente, que pinta tan vivamente la escena.

41. *Arrojar su manto, levantarse de un brinco* (verdadero texto), *correr, hacia Jesús*, todo eso en un instante. Marcos describe así en tres plumadas el gozoso apresuramiento del pobre ciego.

42. *Respondiendo...* al movimiento que había llevado al ciego a él y a la fe que animaba a ese hombre. La pregunta de Jesús no tenía otro objeto que dar ánimo al desdichado y ponerle en contacto personal con su libertador. Ese objeto es alcanzado; el grito de *Rabbuni* (mi Maestro), que se escapa de su corazón, nos dice toda su confianza. (Comp. Juan 20: 16.)

43. Según Marcos y Lucas, Jesús da la vista al ciego únicamente por su palabra potente y creadora y sin tocar sus ojos (comp. Mat. 20: 34); y no le dice: tu fe te ha sanado, según las versiones inexactas; sino: tu fe te ha salvado. Esa fe, en efecto, que ha abierto su corazón a la potencia divina del Salvador, se torna para él en la fuente de una gracia infinitamente más grande que el

2. La entrada real.

A. 1-11. ENTRADA DE JESÚS EN JERUSALÉN.—1º *Los preparativos*. Como Jesús se acerca a Jerusalén, envía dos de sus discípulos a la aldea que estaba enfrente de ellos, ordenándoles que le lleven un pollino que allí hallarán. Ellos lo hacen así; luego arrojan sus mantos sobre el pollino, y Jesús se sienta encima. (1-7.)—2º *En cortejo*. Muchos de los que forman su cortejo extienden sobre el camino sus mantos; otros esparcen ramas de árboles que cortan en los campos; otros claman con entusiasmo: ¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna, en lo altísimo! (8-10.)—3º *La entrada*. Habiendo entrado Jesús en Jerusalén se traslada al templo, y después de haber considerado todo lo que le rodea, vuelve a salir para ir a Betania, pues la tarde había llegado. (11.)

XI. Y cuando se acercan a Jerusalén, a Betfagé y Betania, al monte de los Olivos¹, envía dos de sus discípulos; y les dice: Id a la aldea que está delante de vosotros; y luego, entrando en ella, hallaréis un pollino atado, sobre el cual ningún hombre aun se ha sentado; desatadlo y traedlo. Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis esto?, decid: El Señor tiene necesidad de él, y luego lo envía otra vez aquí². Y se fueron y hallaron un pollino atado

recobro de la vista. Es lo que nos dicen las últimas palabras de este relato: el ciego sigue a Jesús por el camino, se une al numeroso cortejo que iba a aclamarle con transportes de alegría como el Mesías y el Salvador. Lucas, por su parte, nos dice que glorificaba a Dios en medio de todo el pueblo que se asociaba a sus acciones de gracias. (Luc. 18: 43.)

1. Comp. Mat. 21: 1-11; Luc. 19: 29-44; Juan 12: 12-19.—*Betfagé* y *Betania* estaban situadas sobre el monte de los Olivos, que había que atravesar para trasladarse a Jerusalén. Véase, sobre esas localidades, sobre la diferencia del relato sinóptico con el de Juan, y en general sobre esa entrada de Jesús en Jerusalén, Mat. 21: 1-11, notas.—El nombre de *Betfagé* es omitido por Tischendorf por el testimonio de D, de la *Itala*, de la *vulgata*, y sobre todo según el testimonio dos veces metaforicamente expresado de Orígenes. ¿Bastan esas autoridades para admitir que este nombre sólo sería aquí una acomodación al evangelio de Lucas? Mateo, por su parte, sólo menciona *Betfagé*, sin hablar de Betania.

2. Marcos describe vivamente ese momento solemne y lo pone en cierto modo ante los ojos del lector con

esos verbos en presente: *se acercan, envía*.—*E inmediatamente lo envía* (gr.) *otra vez aquí*, tal es la lección de Sin., B, C, D. En el texto recibido otra vez es omitido. El sujeto es: *el Señor*. Estas palabras forman parte aun del mensaje confiado por Jesús a los discípulos. Jesús promete devolver luego el pollino, que toma prestado. Meyer, adoptando la lección recibida, piensa que el sujeto es el personaje que al principio detiene a los discípulos. Pero en este caso habría: *lo deja ir* (v. 6), y no: *lo envía*. La aldea donde los discípulos deben hallar el pollino es sin duda Betfagé, y la orden que Jesús les da de traérselo, con esta sencilla observación de que *el Señor lo necesita*, prueba que el propietario de ese pollino era un amigo de Jesús.—Marcos y Lucas, al hacer esta observación: que *ningún hombre se había sentado aún* sobre el pollino, parecen dar a ese detalle cierta importancia; pensaban quizás en la ley según la cual los animales destinados a uso sagrado debían estar intactos y no haber llevado jamás el yugo. (Núm. 19: 2; Deut. 21: 3; 1 Sam. 6: 7.)—Pero lo que es necesario observar sobre todo en este envío de los discípulos, es "la intención reflexionada

5 junto a una puerta, fuera, en la calle, y lo desatan. Y algunos de los que allí estaban, les decían: ¿Qué hacéis, desatando el pollino? Y ellos les dijeron conforme les había dicho Jesús, y los dejaron. Y llevan el pollino a Jesús, y echan sobre él sus vestidos, y se sentó sobre él. Y muchos extendieron sus vestidos por el camino, y otros ramas que habían cortado en los campos³. Y los que iban delante y los que seguían, clamaban: "¡Hosanna! bendito el que viene en el nombre del Señor. Bendecido el reino que viene de nuestro padre David. ¡Hosanna en lo altísimo!"⁴. Y entró en Jerusalén, en el templo; y mirando todo en derredor, siendo ya tarde del día, salió a Betania con los doce⁵.

B. 12-26. LA HIGUERA MALDITA. EL TEMPLO PURIFICADO. CONVERSACIÓN SOBRE LA HIGUERA.—1º *Maldición de la higuera*. El día siguiente, saliendo de Betania, ve Jesús una higuera cubierta de hojas. Teniendo hambre, se acerca a ella para buscar frutos, pero no encuentra. Entonces dice: ¡Que nadie jamás coma más de tu fruto! (12-14.)—2º *Purificación del templo*. Entrado en el templo, empieza Jesús a expulsar de él a todos los que vendían o compraban; y, citando la escritura, declara que ese templo, que debía ser una casa de oración, ha sido hecho por ellos una cueva de ladrones. Al oír estas palabras, los principales sacerdotes y los escribas procuran perderlo, temiendo su influencia sobre el pueblo. Llegada la tarde, sale de la ciudad. (15-19.)—3º *El poder de la fe*. El día siguiente ven al pasar que la higuera estaba seca. Pedro lo hace observar a Jesús, quien le responde: Tened fe en Dios. La fe podría transportar este monte; ella obtiene todo por la oración. Pero el que ora recuerde que debe perdonar a su hermano sus faltas. (20-26.)

12 Y el día siguiente, salidos ellos de Betania, tuvo hambre.
13 Y viendo una higuera de lejos que tenía hojas, fué [a ver] si

de Jesús de dar a esa escena una solemnidad particular. Hasta entonces se había sustraído a los homenajes populares; pero una vez por lo menos quería ser proclamado Rey-Mesías en medio de su pueblo. Debía ser esto también un último llamamiento dirigido a la población de Jerusalén. (Luc. 19: 42.) Este modo de obrar no tenía ya nada de comprometedor para su obra, pues bien sabía que su vida tocaba a su término." *Godet*, sobre Luc. 19: 28-36.

3. El texto recibido dice aquí: "y otros cortaban ramas de los árboles y las extendían sobre el camino".

4. Véase Mat. 21: 9, nota. Las palabras del v. 9 son una cita textual del Sal. 118: 25, 26; las que siguen en el v. 10 es una exclamación de la multitud. *El reino de David nuestro padre*, es el reino del Mesías, del

cual el de David era el tipo, como David mismo era el tipo del Mesías. Este lenguaje era tan usual entre los judíos, según las escrituras, que algunos rabinos dan al Mesías el nombre de David.

5. Según Lucas y sobre todo Marcos, que es aquí el más exacto, Jesús no hizo su entrada en Jerusalén, sino hacia el anochecer; y se limitó a visitar el templo donde examinó todo lo que ocurría (*dirigiendo sus miradas en derredor*); luego, como la tarde ya había llegado (gr. *la hora de la tarde estando ya*), volvió a salir del templo y de la ciudad para pasar la noche en Betania, y fué sólo al día siguiente cuando expulsó los vendedores del templo. (v. 15 y sig.). Según los relatos de Mateo (21: 12) y de Lucas (19: 45) este último hecho habría tenido lugar el mismo

hallaría, pues, algo en ella; y llegando a ella, nada halló sino 14 hojas, pues no era el tiempo de los higos⁶. Y tomando la palabra, le dijo⁷: ¡Nunca jamás ya coma nadie de ti fruto! Y lo oían sus discípulos⁸.

15 Y llegan a Jerusalén. Y entrando en el templo, empezó a expulsar a los que vendían y a los que compraban en el templo, y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los que 16 vendían las palomas. Y no dejaba que nadie llevase vaso por el 17 templo⁹. Y enseñaba y les decía: ¿No está escrito: "Mi casa casa de oración será llamada para todas las naciones"? Mas vos- 18 otros la habéis hecho cueva de ladrones¹⁰. Y lo oyeron los prin-

día, luego después de la entrada en Jerusalén.

6. Véase, sobre esta maldición de la higuera, Mat. 21: 19, nota. En cuanto a esta observación de Marcos de que *no era el tiempo de los higos*, es lo que se llama una "cruz de los intérpretes". Parece singular, en efecto, y un comentarista célebre (de Wette) declara que es absolutamente ilógica. Si no era el tiempo de los higos, ¿cómo podía Jesús esperar encontrarlos sobre ese árbol? y sobre todo ¿por qué lo maldice por no tener? Pues, en fin, para que esa acción simbólica tenga un sentido, es necesario que el árbol haya merecido su condenación por su esterilidad! De ahí una larga serie de tentativas de explicación. Unos buscan la solución en diversas construcciones de la frase; pero en vano, puesto que ella no puede expresar otra cosa que la razón (*pues*) por la cual no halló Jesús frutos. Otros toman la palabra *tiempo* de los higos en el sentido de la época de la cosecha, de modo que no estando aún recogidos los higos, debía haber sobre ese árbol. Otros aun, entienden por el *tiempo* la temperatura; el evangelista querría decir que no había sido favorable a los frutos. Esta explicación haría comprender que Jesús *fuera a ver si hallaría frutos*; pero de ningún modo que maldijera el árbol que habría estado en orden. Por otra parte, una variante admitida por Tischendorf: *pues el tiempo* (con el artículo) *de los higos no era (llegado)*, excluye absolutamente esa interpretación. Es necesario pues volver, con los mejores exégetas actuales, a tomar tal como está esa observación de nuestro

evangelista. Y para encontrarla enteramente natural, basta recordar que en Oriente los higos maduran en el mes de junio y que nos hallamos aquí en la época de la pascua, es decir en el mes de marzo; y, por otra parte, no se debe olvidar que la higuera produce sus frutos antes que sus hojas; lo que había de anormal, en esa higuera, era la presencia de hojas. Viendo Jesús ese follaje, podía bien esperar hallar allí frutos precoces; pero no halló allí *nada, sino hojas*, dicen los dos evangelistas. Es decir ningún fruto, ni maduro, ni verde. La higuera, pues, era estéril; lo que explica que Jesús la tomase como objeto de su acción simbólica.

7. Tomando la palabra (gr. *respondiendo*), "respondiendo al árbol que le negaba su fruto." Bengel.

8. Estas palabras de maldición fueron al instante una realidad. (Mat. 21: 19.) Pero Marcos no lo dice: se contenta con hacer observar que sus discípulos *lo oían*, y así prepara el relato y la conversación que empiezan en el v. 20.

9. Véase, sobre estos versículos, Mat. 21: 12, 13, notas; comp. Luc. 19: 45-48. Por *el templo* (gr. *hierón lugar sagrado*), es necesario entender aquí los numerosos peristilos y dependencias que rodeaban el santuario (*naós*). Parece que se hacía de esos edificios y de esos atrios un lugar de pasaje para abreviar su camino, llevando *utensilios*, útiles de trabajo o fardos. Eso es lo que Jesús prohibía, según esta observación que Marcos solo ha conservado.

10. Según Marcos Jesús dió esta explicación de su hecho solamente

principales sacerdotes y los escribas, y buscaban cómo le matarían, pues le temían, pues toda la multitud se asombraba por su en- 19 señanza. Y cuando se hacía tarde, salía fuera de la ciudad¹¹. 20 Y pasando por la mañana, vieron la higuera seca de raíz¹². 21 Y recordándose Pedro, le dice: Rabí, mira, la higuera que mal- 22 dijiste, está seca¹³. Y respondiendo Jesús, les dice: Tened fe en 23 Dios¹⁴. En verdad os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quitate y échate al mar, y no dudare en su corazón, sino que 24 creyere que lo que dice acontece, lo tendrá¹⁵. Por esto os digo: Todo cuanto oráis y pedís, creed que lo habéis recibido y lo ten- 25 dréis¹⁶. Y cuando estáis en pie orando, perdonad si tenéis algo

cuando, restablecida la calma, empezó su enseñanza. Véase, sobre la citación, Mat. 21: 13. Marcos solo, y literalmente según los Setenta, cita por entero el dicho del profeta (Isa. 56: 7), pero mencionando estas palabras omitidas por Mateo: *para todos los naciones*, es decir no solamente para esos "hijos del extranjero que se habrán allegado al Eterno para servirle y para amar el nombre del Eterno," según la explicación de Isaías mismo (56: 6); sino verdaderamente, para todos los pueblos de la tierra, destinados por la misericordia divina a venir a adorar a Dios en su *casa espiritual*. (Ef. 2: 19 y sig.)

11. La segunda parte del v. 18 explica (*pues*) por qué *buscaban* los adversarios *hacerle perecer* y por qué *le temían*. Es que ellos podían pensar, según el entusiasmo manifestado por el pueblo en ocasión de la entrada de Jesús en Jerusalén, que la nación entera iba a tomar partido por él, y que la influencia de ellos sería arruinada sin remedio. Hacía mucho tiempo ya que habían concebido contra Jesús designios criminales (Juan 5: 16; 7: 32; 10: 31) que no llegarán a su madurez sino en esta última semana. Y fué Judas quien los sacó de su apuro, proveyéndolos de *medios de matarle*. Para no dejarles ejecutar esos designios antes del día fijado por su Padre, Jesús *salía de la ciudad* al acercarse la tarde, pues, durante la noche dispersada la multitud, no habría estado protegido contra sus enemigos. El verbo en imperfecto indica

que tomaba esta precaución todas las primeras tardes de la semana. *B, A*, dicen: *salían*, Jesús y sus discípulos.

12. *Por la mañana*, es decir al día siguiente por la mañana. Jesús, volviendo de Betania, pasó nuevamente con sus discípulos cerca de la higuera secada. (Comp. v. 14, nota.)

13. *Pedro, recordando* lo que había ocurrido la víspera, respecto de la higuera, hace observar a Jesús que ese árbol estaba seco, a fin de provocar de su parte una explicación. En Mateo (21: 20), los discípulos preguntan directamente cómo ha acontecido. Toda su atención se concentra, pues, sobre el milagro, como manifestación de la potencia divina de Jesús, y de ningún modo sobre el sentido simbólico que Jesús había tenido en vista al maldecir la higuera. Es lo que explica por qué Jesús, en su respuesta, les habla del poder de la fe y de la oración, y no de lo que había querido enseñar a los suyos por este milagro.

14. *Gr. fe de Dios*, una fe, una confianza cuyo objeto es Dios y que él mismo obra en el corazón. (Comp. por la expresión Rom.: 3: 22, y sobre el poder de la fe, Mar. 9: 23.)

15. Comp. sobre esta figura Mat. 17: 20; 21: 21, 22, notas.

16. Gr. según el verdadero texto (*Sin., B, C, D*): "Todo cuanto *oráis y pedís*, creed que *lo habéis recibido, y será* para vosotros." Por contradictoria que parezca la idea expresada en esos términos, no deja de ser una profunda verdad. Equivale a decir que, en el designio de la misericor-

contra alguien, para que también vuestro Padre que está en los
26 cielos os perdone vuestras faltas. Mas si vosotros no perdonáis,
tampoco vuestro Padre que está en los cielos perdonará vuestras
faltas 17.

3. La lucha en el templo.

A. 27-12: 12. LA PREGUNTA OFICIAL DEL SANEDRÍN SOBRE LA AUTORIDAD DE JESÚS. LA PARÁBOLA DE LOS VIÑADORES.—1º *Jesús interrogado sobre la naturaleza y el origen de su autoridad.*—a) Mientras Jesús, de regreso a Jerusalén, pasea bajo los pórticos del templo, una delegación del sanedrín va a preguntarle con qué autoridad obra y quién le ha conferido esa autoridad. Jesús le responde por una pregunta sobre el bautismo de Juan. (27-30.)—b) *Apuro de los adversarios:* si declaran que ese bautismo venía del cielo, Jesús les reprochará no haberlo creído; si niegan su inspiración divina, tienen que temer al pueblo. Resuelven decir: No sabemos. Jesús rehúsa entonces responder a su pregunta. (31-33.)—2º *La parábola de los viñadores*—a) Después de haber rechazado el ataque de sus adversarios, describe Jesús la conducta pasada, presente y futura de los jefes del pueblo, en la siguiente parábola: Un hombre plantó una viña, la proveyó de todo lo que era necesario para la explotación, la arrendó a viñadores y se fué. (12: 1.)—b) En la época de los frutos, les envió un siervo, luego un segundo, luego un tercero, seguido de muchos otros, a fin de recoger frutos de su viña; pero los viñadores maltrataron a los unos y mataron a los otros. (2-5.)—c) Tenía aún un hijo, su amado, al que les envió, pensando que le respetarían. Pero los viñadores, viendo en él al heredero, le mataron. (6-8.)—d) ¿Qué hará, pues, el amo de la viña? Hará perecer esos malvados y la dará a otros. Pues este dicho de la escritura se cumplirá: La piedra arrojada por los constructores es la piedra del ángulo, maravillosa a nuestros ojos. (9-11.)—3º *Retirada de los adversarios.* Los enviados del sanedrín comprenden que Jesús se dirige a ellos, y querrieran detenerle, pero el temor del pueblo los retiene. Se van. (12.)

27 Y van otra vez a Jerusalén; y andando él en el templo 18,
van a él los principales sacerdotes y los escribas y los ancianos;

dia y de la fidelidad de Dios, *todo lo que pedimos*, según su voluntad, en el nombre de Jesucristo, ya nos es concedido: *lo hemos recibido*. Tal es el lenguaje de la fe que no conoce la duda (v. 23.) Es así como Jesús mismo daba gracias a Dios por haberle oído antes de haber visto realizarse el objeto de su oración. (Juan 11: 41, 42.)

17. Estas palabras se hallan en Mat. 6: 14, 15, igualmente en una enseñanza sobre la oración. Repitiéndolas aquí, Jesús las refiere a lo que acaba de decir del poder de la fe, a fin de hacer sentir a sus discípulos que tal fe es siempre inseparable del amor que perdona, que jamás está al servicio del odio o del fanatismo. Las palabras del v. 26 probablemente no son auténticas aquí, pe-

ro han sido tomadas de Mateo. Tischendorf, Westcott y Hort las suprimen, Lachmann, Meyer, Weiss, piensan que han sido omitidas en los más antiguos manuscritos. (Sin., B etc.) Ellos las conservan según A, C, D y la mayor parte de las *mayúsc.*

18. Véase, sobre los versículos que siguen, Mat. 21: 23-27, notas. Esas palabras *otra vez* recuerdan el v. 15. Cada día de esta última semana, Jesús, después de haber pasado la noche fuera de la ciudad, volvía a ella por la mañana para hacer oír allí su testimonio supremo. Así, según Mateo y Lucas enseñaba en el templo en el momento en que empieza este relato, lo que no excluye el término empleado por Marcos: *paseaba*, es decir *iba y venía* de un grupo al otro y dirigía la palabra a todos los

28 y le decían: ¿Con qué autoridad haces esto? o ¿quién te dió esta
29 autoridad para que hagas esto? Mas Jesús les dijo: Os preguntaré una sola cosa, y respondedme, y os diré con qué autoridad
30 hago esto: El bautismo de Juan, ¿procedía del cielo o de los
31 hombres? Respondedme 19. Y razonaban entre sí, diciendo: Si
32 dijéremos: Del cielo, dirá ¿Por qué, pues, no le creísteis? Pero digamos: De los hombres... temían al pueblo; pues todos tenían
33 a Juan que realmente era profeta 20.—Y respondiendo a Jesús, dicen: No sabemos. Y Jesús les dice: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto 21.

XII. Y empezó a hablarles en parábolas 1: Un hombre plantó una viña, y la rodeó con cerco y cavó un foso para el lagar y edificó una torre, y la arrendó a viñadores, y se ausentó. Y envió a los viñadores en su tiempo un siervo, para que recibiera de los 3 viñadores de los frutos de la viña 2. Mas tomándole, le hirieron

que le rodeaban.—La palabra templo debe entenderse aquí en el mismo sentido que en los v. 15 y 16.

19. Véase, sobre la pregunta y la respuesta que preceden, Mat. 21: 23-25, notas. Marcos solo agrega esa invitación apremiante: *Respondedme*.

20. En Mateo son los sacerdotes y los escribas mismos quienes dicen: *tememos al pueblo*; según Lucas ellos expresan esta misma idea en estos términos *todo el pueblo nos apedreará*. En nuestro evangelio, el apuro de esos hombres astutos es indicado de un modo más natural y más fino. Ellos no confiesan que tienen miedo, no osan concluir; pero Marcos dice respecto a ellos: *temían al pueblo*.

21. Hay un severo juicio de Dios en esta denegación. Esos hombres se habían hecho moralmente incapaces de recibir la verdad. Si Jesús les hubiera declarado abiertamente que su autoridad venía de Dios, lo único que habrían hecho sería tomar ocasión en ello para acusarle y condenarle, como ocurrió algunos días después. (14: 62, 63.)—Mateo coloca aquí la parábola de los dos hijos y los reproches que Jesús dirige a esos jefes del pueblo que no habían creído en el ministerio de Juan el Bautista, mientras que publicanos y mujeres de mala vida se habían arrepentido bajo la influencia de su palabra. Luego, los tres primeros evangelistas refieren, de común acuerdo, la parábola de los viñadores.

1. Véase, sobre esta parábola, Mat. 21: 33-46, notas; comp. Luc. 20: 9-19. ¿Quiénes son los oyentes de Jesús designados por este pronombre *les*? Según nuestro evangelio, no hay duda de que se dirige a los sacerdotes y a los escribas enviados en delegación a él (11: 27), pues esta parábola tiene inmediata conexión con la conversación que en esa ocasión tuvo lugar. (Véase, por lo demás, v. 12.) En Mateo, esta conexión del discurso es aún más evidente, pues, después de haber dirigido a esos mismos hombres la similitud de los dos hijos, continúa en estos términos: "Escuchad otra parábola." Lucas (20: 9) dice que Jesús se dirige *al pueblo*; eso está igualmente en la situación, puesto que el pueblo a quien Jesús enseñaba bajo los pórticos del templo, cuando la delegación vino a encontrarle (11: 27, nota), le rodeaba aún y asistía a la conversación con los delegados del sanedrín.

2. *Frutos de la viña*, es decir una parte de los frutos. Tal es también la expresión de Lucas; ella significa que el amo había concertado con los viñadores que recibiría cierta cantidad de los productos de la viña, mientras ellos mismos guardarían el resto por su trabajo. Hay una ligera diferencia en Mateo, que dice de un modo más absoluto: *los frutos*, o aún *sus frutos*. En este caso, el amo habría recogido todos los productos y pagado a los viñadores por su labor.

4 y enviaron vacío. Y otra vez envió a ellos otro siervo, y a aquel
5 hirieron en la cabeza y deshonraron³. Y envió otro, y a aquél
mataron; y muchos otros, a unos hirieron, a otros mataron⁴.
6 Tenía uno aun, un hijo amado; le envió el último a ellos, di-
7 ciendo: Respetarán a mi hijo⁵. Mas aquellos viñadores dijeron
entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y nuestra será
8 la herencia⁶. Y tomándole, le mataron y le echaron fuera de la
9 viña⁷. ¿Qué hará pues, el señor de la viña? Vendrá y matará
10 a los viñadores, y dará la viña a otros⁸. ¿Ni aun esta escritura
habéis leído: “La piedra que desecharon los que edificaban, ésta

En uno y otro caso, lo que el propietario espera de los viñadores no es dinero, sino productos de la viña. Este detalle no carece de importancia para el sentido de la parábola.

3. El texto recibido con A, C, mayúsc. dice: “le hirieron en la cabeza apedreándole y le despidieron ultrajado.” La primera variante es una glosa tomada de Mateo, la segunda es formada según el v. 3.

4. El envío de esos siervos, que Mateo relata abreviadamente, es aquí expuesto en detalle, con una doble gradación que es necesario observar: gradación en la larga paciencia del amo, que envía sucesivamente tres siervos, luego, sucesivamente aún, muchos otros. Gradación también en la naturaleza de los malos tratamientos que los viñadores infligen a esos siervos: *golpear* y *despedir* vacío; *herir* y *ultrajar*; por fin *matar*. Esos siervos representan la larga serie de profetas que Dios envió a su pueblo bajo el antiguo pacto para recoger en medio de él frutos de arrepentimiento, de obediencia y de amor. Ella pinta no menos fielmente el endurecimiento creciente de ese pueblo, que va a colmar su enemistad contra Dios. (v. 6.)

5. El texto recibido dice: “Teniendo pues aún un hijo único, su amado, él le envió, a él también, hacia ellos, el último.” Las palabras en bastardilla indican variantes de poca importancia.—Es el punto solemne, emocionante, del relato de Jesús. Marcos y Lucas lo hacen resaltar admirablemente cada uno a su modo. Es el supremo esfuerzo de la tierna misericordia de Dios. ¿Quién no recordaría, leyendo estas palabras, el sublime dicho de Jesús (Juan 3: 16)

“Dios ha amado de tal modo al mundo que ha dado su Hijo único!”

6. ¿Qué revelación de lo que pasaba en el corazón de los adversarios, oyentes de Jesús! Su objeto principal, al matar al Mesías enviado de Dios, era precisamente quedar en posesión de la teocracia, de las ventajas, de la influencia, de los honores que ella les daba y que temían perder. En todos los tiempos, los enemigos del Salvador tienen el sentimiento más o menos consciente de que deshaciéndose de él, de su verdad, de su autoridad, quedarán en posesión de sí mismos, de sus intereses terrestres, y de su orgullosa independencia respecto de Dios.

7. Mateo y Lucas colocan esos dos hechos en orden inverso: “le arrojaron fuera de la viña y le mataron.” En el relato de la parábola, esa diferencia no tiene ninguna importancia; solamente, el orden adoptado por Marcos sería un argumento contra la idea de que Jesús hace aquí alusión a las circunstancias particulares de su muerte. Sin duda, fué crucificado fuera de Jerusalén; pero Jerusalén no es la viña que, en la parábola, representa el reino de Dios. (Mat. 21: 43.) Lo que ha dado la idea de acercar ese detalle de la parábola al hecho de que Jesús fué crucificado fuera de la ciudad, es una expresión de la epístola a los Hebreos. (13: 12.)

8. Según Marcos y Lucas, Jesús es quien hace la pregunta y la respuesta. En Mateo, son los adversarios mismos quienes, interrogados por el Señor, son obligados a pronunciar una sentencia de condenación sobre los viñadores, ignorando en su ceguera que esa sentencia caía direc-

11 fué hecha la cabeza de la esquina; de parte del Señor fué hecho,
12 y es admirable a nuestros ojos”⁹. Y procuraban prenderle, más temieron la multitud, pues habían conocido que por ellos había dicho la parábola. Y dejándole se fueron¹⁰.

B. 13-34. PREGUNTAS DIVERSAS HECHAS POR LOS FARISEOS CON LOS HERODIANOS, POR LOS SADUCEOS, POR UNO DE LOS ESCRIBAS.—1º *La pregunta sobre el tributo.*—a) Los jefes envían a Jesús algunos fariseos y algunos herodianos para sorprenderle en alguna palabra comprometedor. Esos enviados saludan a Jesús como un maestro que solamente se preocupa de la verdad y le preguntan si es lícito pagar el tributo a César. (13-14.)—b) Jesús, percibiendo la hipocresía de ellos, pide que le lleven un denario, y, después de haberles hecho observar de quién llevaba la imagen y el nombre, les ordena dar a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. Grande es el asombro de ellos respecto de él. (15-17.)—2º *La pregunta sobre la resurrección.*—a) Los saduceos, que niegan la resurrección, preguntan, con ironía, a Jesús, cuál será en el otro mundo la condición de una mujer que, en virtud del levirato, se ha casado sucesivamente con siete hermanos (18-23.)—b) Jesús responde que están en error y que éste proviene de su ignorancia re las escrituras y del poder de Dios. En la economía futura no habrá matrimonio, porque los hombres serán como los ángeles. En cuanto a la vida venidera, es atestada por aquel dicho del libro de Moisés, en que Dios se llama el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, pues Dios no es el Dios de los muertos, sino de los vivos. (24-27.)—3º *La pregunta sobre el mandamiento mayor.*—a) Un escriba, satisfecho con la respuesta de Jesús a los saduceos, pregunta a Jesús cuál es el primer mandamiento. Jesús le indica el mandamiento del amor de Dios, al cual agrega el del amor al prójimo. (28-31.)—b) El escriba aprueba la respuesta de Jesús y confiesa que amar a Dios es más que ofrecer sacrificios. Jesús le declara que no está lejos del reino de Dios. (32-34.)

13 Y envían a él algunos de los fariseos y de los herodianos,
14 para que le cogieran en algún dicho¹¹. Y viniendo, le dicen:

tamente sobre sus propias cabezas. Algunos intérpretes, a fin de poner a Marcos y Lucas en armonía con Mateo, atribuyen aquí la respuesta a los sacerdotes y a los escribas, pero eso no está indicado de ningún modo en el texto. En ambos casos, la sentencia es la misma y, saliendo de la boca del Señor, aún es más temible.

9. Véase, sobre esta cita, Mat. 21: 42, nota, y sobre el sentido general de la parábola, v. 43, nota.

10. Por ellos, gr. en vista de ellos, con relación a ellos. Lógicamente, las tres primeras frases de este versículo deberían estar construidas así: “Procuraban prenderle; pues habían comprendido, etc.; pero temían a la multitud.” El *pues*, en efecto, no es destinado a motivar el temor que tenían, sino su plan de matar a Jesús. Si tal no fuera la verdadera

construcción, habría que admitir con Meyer que estas palabras: *habían entendido*, se refieren no a los adversarios de Jesús, sino a los hombres de la multitud, lo que es imposible, porque la última frase: *y dejándole, se fueron*, no puede tener por sujeto más que a esos mismos adversarios.—De ese modo, tal es el endurecimiento de esos hombres que esta temible parábola, que han comprendido muy bien, no hace más que confirmarlos en sus designios criminales respecto del Salvador.

11. Véase, sobre los dos relatos que siguen, Mat. 22: 15-33, notas, y comp. Luc. 20: 20-40. ¿Cuál es el sujeto del verbo: *envían*? Según 11: 27; 12: 12, son los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos que habían sido delegados por el sanedrín. Mateo atribuye a los fariseos la inicia-

Maestro, sabemos que eres verdadero, y no te cuidas de nadie, pues no miras la persona de los hombres, sino que en verdad enseñas el camino de Dios: ¿Es lícito dar tributo a César o no? 15 ¿Daremos o no daremos? 12. Mas él, conociendo la hipocresía de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis? 13. Traedme un denario para 16 que lo vea. Y ellos lo llevaron. Y les dice: ¿De quién es esta 17 imagen y la inscripción? Y ellos le dijeron: De César. Y Jesús les dijo: Lo de César pagad a César, y lo de Dios a Dios 14. Y se admiraban de él 15.

18 Y vienen a él saduceos, los cuales dicen no haber resurrección 16. Y le preguntaban, diciendo: Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguien muriere, y dejare mujer y no dejare hijo, tome su hermano la mujer y suscite descendencia a 20 su hermano 17. Había siete hermanos; y el primero tomó una mu- 21 jer, y muriendo no dejó descendencia; y el segundo la tomó, y murió no dejando descendencia; y el tercero de igual manera. 22 Y los siete no dejaron descendencia; Después de todos murió tam- 23 bién la mujer. En la resurrección, cuando resucitaren, ¿de cuál

tiva de esta nueva diligencia; éstos tenían, en efecto, la mayoría en el sanedrín. Marcos, lo mismo que Mateo, designa a los que son aquí enviados para sorprender a Jesús por una pregunta capciosa, como fariseos y herodianos, dos partidos enemigos que se unen en el mismo designio perverso. (Véase sobre los fariseos Mat. 3: 7, nota, y sobre los herodianos Mat. 22: 16, nota.)

12. Gr. *daremos o no daremos?* Marcos solo agrega esta segunda pregunta precisa y personal, a la primera que se refería al principio. Sobre el peligro que podía haber para Jesús, en la solución de esa cuestión, véase Mat. 22: 17, nota.

13. *Conociendo la hipocresía de ellos.* He ahí efectivamente al que sonda los corazones. (Juan 2: 25.) Desde entonces su pregunta: ¿Por qué me tentáis? debía revelar a esos hombres la inutilidad y necesidad de su designio.

14. Según una variante de Sin., B, C, admitida por los mejores críticos, el orden de las palabras es el siguiente: *Lo de César dadlo a César y lo de Dios a Dios.* Marcos solo tiene esta construcción más enfática porque atrae ante todo la atención sobre la distinción a hacer entre las cosas de la política y las de la religión, entre los deberes del ciu-

dadano y los del cristiano. Con estas palabras, no solamente expresaba Jesús una profunda verdad moral (véase Mat. 22: 21, nota), sino que salía victorioso de la trampa que le tendían sus adversarios y al mismo tiempo rompía su alianza momentánea: pues los fariseos no querían dar a César el tributo que le pertenecía, y los herodianos, mundanos y frívolos, estaban igualmente poco dispuestos a dar a Dios lo que es de Dios, es decir sus corazones y sus vidas.

15. La palabra griega designa al mismo tiempo la *extrañeza* y la *admiraación*; pero si el pueblo admiraba, los adversarios recibieron, sin duda, una impresión enteramente diferente.—El texto recibido dice: *admiraron* (aoristo), pero es necesario observar este imperfecto del verdadero texto que expresa la duración, la permanencia de esa impresión.

16. Véase, sobre este relato, Mat. 22: 23-33, notas, y sobre los *saduceos*, partido opuesto a los fariseos, Mat. 3: 7, nota.

17. Deut. 25: 5, 6. Ese pasaje contiene al mismo tiempo la prescripción legal de que se trata, y el fin del legislador, que era la conservación de las familias y de las tribus en Israel.

de ellos será mujer? pues los siete la tuvieron por mujer 18. 24 Díjoles Jesús: ¿No erráis por esto, no conociendo las escrituras 25 ni la potencia de Dios? 19. Cuando, en efecto, resuciten de los muertos, ni se casan ni son dadas en casamiento; sino que son 26 como ángeles en los cielos. Mas sobre los muertos, que resucitan, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, en La Zarza, cómo le habló Dios 20, diciendo: “Yo soy el Dios de Abrahán, y Dios de 27 Isaac, y Dios de Jacob”? No es Dios de muertos, sino de vivos. Erráis, pues, mucho 21.

28 Y allegándose uno de los escribas, habiéndolos oído disputar, viendo que que les había respondido bien; le preguntó: ¿Qué mandamiento es el primero de todos? 22. Jesús respondió: El primero es: “Oye, Israel, el Señor nuestro Dios un solo Señor es; 29 y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu 30 alma, y de toda tu mente, y de toda tu fuerza”. El segundo es éste: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Mandamiento 32 mayor que éstos no hay 23. Y el escriba le dijo: Bien, Maestro,

18. De estos dos términos, que parecen un pleonismo, en la *resurrección*, cuando *resucitaren*, el primero expresa la idea de una resurrección universal, el segundo se aplica a la resurrección de los siete hermanos y de la mujer mencionados en este relato. Como los saduceos no creían que los muertos reviven (v. 18), su pregunta se reducía a una ironía.

19. Ignorar las *escrituras* y el *poder de Dios*, tal es la doble fuente habitual del *error* y de la *incredulidad*. Bien: Jesús prueba aquí (v. 25) la potencia de Dios por el hecho de que su palabra creadora sabrá dar a los muertos un cuerpo glorificado, digno de su existencia nueva; luego demuestra la verdad profunda de las escrituras por la cita que de ellas hace y la conclusión que saca. (v. 25, 27; comp. Mat. 22: 30-32, notas.)

20. Ex. 3: 6. Gr. *Sobre la zarza, cómo Dios le habló.* El orden de las palabras y la analogía de Rom. 11: 2 recomiendan la versión que hemos admitido. La traducción ordinaria es: “en el libro de Moisés, cómo Dios le habló en la zarza.”

21. Gr. *Vosotros pues, erráis grandemente*, por la doble causa indicada en el v. 24.—Tischendorf omite las palabras: *vosotros pues*, según Sin., B, C.

22. Gr. *¿De qué naturaleza es el*

primer mandamiento de todos?—Véase, sobre esta lección, Mat. 22: 34-46, notas. Según Mateo, ese *escriba* habría venido a Jesús, enviado por los fariseos, y le habría propuesto su pregunta *para tentarle* o probarle. En nuestro evangelio, esta última idea desaparece completamente, y toda la conversación que va a seguir está llena de benevolencia de ambas partes. Es necesario reconocer esta diferencia, sobre la cual, sin embargo, comp. Mat. 22: 35, nota.

23. Véase, sobre la pregunta del escriba y la respuesta del Salvador, Mat. 22: 26-39, notas. En el v. 29, el texto recibido contiene las palabras: *El primero de todos los mandamientos es éste.* La mayor parte de los críticos adoptan la lección de Sin., B, que dice simplemente: *El primero es.* Luego, el texto recibido con A, D, *mayúsc.* agrega en el v. 30: *Ése es el primer mandamiento*, glosa inútil. En fin, el texto recibido con A, y las *mayúsc.*, después de las palabras: *He aquí el segundo, dico también que le es semejante*, términos tomados de Mateo.—En cuanto a la cita hecha por el Salvador, del gran mandamiento del amor, Marcos solo la hace preceder de estas palabras: *Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es un solo Señor.* Estas palabras, tomadas de Deut. 6: 4, 5, se hallan ahí exactamente en la misma

según verdad has dicho, que uno solo es, y no hay otro fuera
33 de él²⁴; y que amarle de todo el corazón y de todo el entendi-
miento y de toda la fuerza, y amar al prójimo como a sí mismo,
34 más es que todos los holocaustos y sacrificios²⁵. Y Jesús, viendo
que había respondido sabiamente²⁶, le dijo: No estás lejos del
reino de Dios²⁷.

C. 35-40. LA PREGUNTA HECHA POR JESÚS. GUARDAOS DE LOS ESCRIBAS.—

1.º *¿De quién es hijo el Cristo?* Jesús, después de haber reducido a silencio a sus adversarios, continúa enseñando en el templo, y pregunta a la multitud cómo pueden decir los escribas que el Cristo es hijo de David, puesto que David, en un salmo que Jesús cita, le llama su Señor. (35-37).—2.º *Los escribas censurados.* Jesús pone al pueblo en guardia contra los escribas, cuya vanidad, rapacidad e hipocresía estigmatiza. (38-40.)

35 Y tomando Jesús la palabra decía²⁸, enseñando en el templo:

relación con el santo deber de amar a Dios. Es que sólo un Dios único puede ser el objeto del amor supremo de la criatura, como a su vez ese amor constituye la unidad y el alma de todos los mandamientos. Es necesario observar aún que a esos tres términos, de todo tu corazón, de toda tu alma, de toda tu mente, que se hallan en Mateo, Marcos agrega: de toda tu fuerza, conforme al hebreo, que, en cambio, no contiene la palabra mente. (Comp. Mat. 22: 37, nota).—Por último, el mandamiento relativo al amor al prójimo es citado aquí conforme a Lev. 19:18.

24. La respuesta del escriba y la aprobación que Jesús le da (v. 32 a 34) no se hallan más que en Marcos. El escriba hace resaltar ante todo el gran principio de la unidad de Dios, recordado por el Salvador, y se adhiere con convicción. Eso no es extraño en un israelita; pero lo que él agrega, sobre el amor a Dios y al prójimo, revela las excelentes disposiciones de su corazón.

25. Pensamiento profundo y eminentemente conforme a la escritura. (1 Sam. 15: 22; Sal. 40: 7.)—En su enumeración de las facultades del alma, que deben ser todas penetradas del amor de Dios, el escriba reemplaza la palabra mente (v. 30) por la de entendimiento, por la cual entiende, sin duda, esa razón superior y moral que penetra y abarca por completo la relación del hombre y de Dios, unidos por el amor. Para entender bien el sentido de esa pa-

labra, es necesario juzgar por su opuesta, tal como se la encuentra en Rom. 1: 21, 31. El texto recibido, con A. D. mayúsc., agrega, después de entendimiento: y de toda su alma.

26. El término que traducimos así está compuesto por una palabra que tiene siempre en la escritura un sentido intelectual y moral al mismo tiempo. Es el entendimiento aplicado a las verdades divinas. (Comp. Luc. 24: 45; 1 Cor. 14: 14, 15, 19.)

27. Jesús, que leía en el corazón de ese escriba y conocía la sinceridad y la seriedad de las palabras que acababa de pronunciar, podía, a fin de darle ánimo, rendirle este buen testimonio, y lo hizo sin duda con tanto más gozo y amor cuanto que su interlocutor pertenecía a una clase de hombres generalmente opuestos a su enseñanza.—No estar lejos del reino de Dios, es estar cerca de él, pero no haber entrado aún. Para comprender bien estas palabras, es evidente que no se debe entender el reino de Dios en su cumplimiento futuro y glorioso, sino en su significación actual, íntima: se está o no se está en ese reino según las disposiciones del corazón. (Luc. 17: 21; Juan 3: 5.)

28. Mateo (22: 45) hace esta misma observación a continuación de la pregunta sobre el origen del Cristo. (v. 37.) Marcos la coloca a continuación de la conversación sobre el mayor mandamiento. Esta conversación debió hacer una viva impresión sobre los adversarios, puesto que una

36 ¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David?²⁹. David mismo dijo en el Espíritu Santo³⁰. “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos debajo de tus pies”³¹. David mismo le llama Señor, ¿cómo, pues,
37 bajo de tus pies?³¹. David mismo le llama Señor, ¿cómo, pues, es su hijo?...³². Y el pueblo común le oía de buena gana³³.
38 Y en su enseñanza decía³⁴: Guardaos de los escribas,
39 que quieren andar con ropas largas y salutations en las plazas y primeros asientos en las sinagogas y primeros lugares
40 en las cenas³⁵; que devoran las casas de las viudas, y por

de los suyos acababa de declararse de acuerdo con Jesús sobre el punto central de la verdadera religión.

29. Gr. Jesús respondiendo... (Mat. 11: 25, nota.) Esta palabra une estrechamente la pregunta de Jesús a la observación precedente. Jesús responde al silencio por el que sus adversarios confiesan su derrota, tomando la ofensiva contra ellos. Mateo (22: 41, véase las notas) introduce esta pregunta mostrándonos a Jesús rodeado de fariseos a los cuales se dirige. Pero había allí otros oyentes, muy numerosos, que parecen haber aprovechado de esta enseñanza más que los adversarios. (v. 37.—Jesús atribuye a los escribas la opinión reinante de que el Cristo o el Mesías debía ser hijo de David. Esos escribas, o doctores de la ley, eran los teólogos de la época (comp. Mat. 23: 2, nota), y por lo tanto lo que ellos enseñaban a ese respecto debía tener importancia a los ojos del pueblo. Jesús aprueba la opinión de ellos y se sirve de ella para proponer a sus oyentes una grave pregunta relativa a su persona.

30. Por el Espíritu Santo, o (gr.) en el Espíritu Santo. Mateo dice: en espíritu, es decir iluminado, animado por el Espíritu de Dios, como lo eran todos los profetas, cuando recibían una revelación divina que debían transmitir a su pueblo. (2 Pedro 1: 21.)—Es necesario observar esta palabra: David mismo, repetida en el v. 37, con una intención señalada, a fin de poner el término que emplea David: mi Señor paralelamente al título que da a Jesús la opinión corriente: su hijo. (v. 37.)

31. Sal. 110: 1. Véase, sobre esta cita, Mat. 22: 44, nota.

32. Gr. ¿y de dónde es su hijo? ¿por qué causa, puesto que le llama Señor? Mateo y Lucas dicen: ¿Cómo es su hijo? Véase sobre esta pregunta, Mat. 22: 45, nota.

33. A la pregunta del Salvador nadie responde (Mat. 22: 46); se produce un silencio significativo. La multitud le escuchaba con placer, gozaba viendo los escribas cogidos desprevenidos. Esa disposición la ponía en estado de recibir la severa advertencia que Jesús pronuncia. (v. 38 y sig.)

34. Mateo (cap. 23) ha conservado un largo discurso en el cual censura Jesús a los escribas y a los fariseos, apostrofándolos directamente: Marcos (v. 38-40) y Lucas (20: 45-47) sólo reproducen algunas palabras dirigidas al pueblo, al que pone Jesús en guardia contra el espíritu de sus conductores.

35. Gr., que quieren pasearse con largos vestidos, y ese verbo tiene también por objeto todo lo que sigue: las salutations, los primeros asientos, los primeros lugares. Ese término tiene su importancia “querer torna a menudo en mala una cosa indiferente.” Bengel. Lucas escribe también: “que quieren pasearse,” etc., luego “que aman las salutations,” etc. La voluntad es siempre del partido de los afectos, buenos o malos.—Esos largos vestidos que tanto apreciaban los escribas, esas salutations que procuraban en las plazas públicas, eran en ellos las señales ciertas de la vanidad que sacaban de su rango, de su profesión, de su secta. El hecho de que pretendían los primeros asientos en las sinagogas, lo mismo que los primeros lugares en los festines, denotaba ese orgullo que quiere brillar

pretexto oran largamente³⁶; éstos recibirán mayor juicio³⁷.

D. 41-44. LA BLANCA DE LA VIUDA.—Jesús, sentado enfrente del tesoro, observa lo que echa la gente. Ve una pobre viuda que da dos blancas. Llama a sí sus discípulos y les declara que esa mujer, que ha puesto en la caja todo lo que tenía para vivir, ha dado más que los otros que han puesto de su superfluidad.

41 Y sentándose delante del tesoro, miraba cómo echaba la multitud dinero en el tesoro³⁸. Y muchos ricos echaban mucho.
42 Y yendo una viuda pobre, echó dos blancas, que es un cuadrante³⁹. Y llamando a sí sus discípulos, les dijo⁴⁰: En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan
44 en el tesoro, pues todos de lo que les sobraba echaron, mas ésta de su indigencia, todo lo que tenía echó, su subsistencia entera⁴¹.

y dominar en las ceremonias religiosas como en la vida civil. Queda aun por descubrir otro de sus vicios, la avaricia. (v. 40.)

36. Gr. *devorando las casas de las viudas y, por pretexto, orando largamente*. "Se puede explicar de dos modos las expoliaciones indicadas por el término: *comer las casas de las viudas*; o bien hacían extorsión a mujeres piadosas, bajo pretexto de interceder por ellas, arrancándoles presentes considerables; o, lo que es más natural y más mordaz, en razón de la anfibología que de ese modo se uniría al término *comer*, alude Jesús a los suntuosos banquetes que ellos se hacían servir en las casas de esas mujeres, llenando cerca de ellas el oficio de directores de conciencia. En ambos casos, eran los tartufos de la época." Godet. *Coment. sobre Lucas* 20: 45-47.

37. El juicio que merecen los que añaden la hipocresía a todos sus pecados.

38. Luc. 21: 1-4.— Gr., *echaba cobre*, es decir, monedas de poco valor.—El tesoro del templo se hallaba en el atrio de las mujeres y consistía, según los rabinos, en trece cofres o tronos, a los que se daba el nombre de *trompetas* a causa de su forma, semejante a la de ese instrumento. El primer establecimiento de ese tesoro es mencionado en 2 Reyes 12: 9. Allí era donde se depositaba las ofrendas voluntarias para el templo y el culto.—Jesús, *sentado en esa dependencia del templo, miraba con*

atención, *contemplaba*. Esa mirada no se detenía en la mano que daba, sino que penetraba hasta el corazón, (v. 43.)

39. Gr., *dos leptas* que hace un cuadrante. (Mat. 5: 26, nota.)—El cuadrante era una moneda romana, y esta palabra, que Marcos pone aquí como una explicación o equivalente del valor indicado, muestra a qué lectores de su evangelio era destinado. (Véase la *Introd.*) "Dos blancas... la viuda habría podido guardar una." Bengel.

40. Hay algo de solemne en esta acción de llamar a sí sus discípulos; tenía que hablarles "de una gran cosa". Bengel.

41. Este último versículo explica el precedente. La pobre viuda había puesto realmente en el tesoro más que todos los demás, guardando las proporciones; porque la ofrenda de ellos era tomada de lo *superfluo*, mientras que la de ella provenía de una pobreza que el evangelista se esfuerza en hacer sentir por tres expresiones diferentes: *de su indigencia* (gr. de su *déficit*, de su *falta*), *todo lo que tenía, toda su subsistencia* (gr., *toda su vida*). Pero lo que constituía sobre todo la inmensa superioridad de su ofrenda sobre la de los otros, era sus motivos, cuyo valor moral discernía Jesús. Ella no hacía una limosna, sino un don para el culto divino, inspirado únicamente por el amor hacia Dios, a quien daba así su corazón y su vida. Y lo que no es menos patético que su amor,

4. El discurso sobre los últimos tiempos

A. 1-4. LA OCASIÓN DEL DISCURSO.—1.^o *Las piedras del templo*. En el momento en que sale Jesús del templo, uno de los discípulos le hace admirar sus construcciones. Jesús declara que no permanecerá piedra sobre piedra. (1; 2.)—2.^o *La pregunta de los discípulos*. Cuando han llegado al monte de los Olivos, Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le interrogan en particular sobre la época en la cual este acontecimiento se cumplirá, y sobre la señal que anunciará su cumplimiento. (3, 4.)

XIII. Y saliendo él del templo, dícele uno de sus discípulos:
2 Maestro, ¡mira qué piedras y qué edificios!¹ Y Jesús le dijo:
¡Miras esos grandes edificios! De cierto no será dejada piedra sobre piedra que no sea derribada². Y estando él sentado en el monte de los Olivos, delante del templo, le preguntaban
4 aparte Pedro y Jacobo y Juan y Andrés³: Dinos, ¿cuando será esto, y cuál será la señal cuando deba consumarse todo esto?⁴.

es su confianza ilimitada en Dios, a quien encarga el cuidado de un porvenir absolutamente desprovisto de todo.—Marcos y Lucas solos nos han conservado esta perla entre los relatos evangélicos. ¿Cómo es que Mateo no la ha recogido? Esta pregunta se dirige a la crítica que pretende que Mateo ha copiado a Marcos o por lo menos a un proto-Marcos. ¿Cómo! ¿Habría tenido Mateo ante sus ojos un documento donde se hallaba este incidente tan instructivo y tan patético, y lo habría omitido voluntariamente? Decir, como se ha hecho, que entre las severas censuras pronunciadas contra los escribas y los fariseos (Mat. 23) y el gran discurso profético sobre el porvenir (Mat. 24), no había lugar para la historia de la viuda, es una derrota.

1. Véase, sobre el discurso profético que va a seguir, Mat. 24, notas, y comp. Luc. 21: 5 y sig.—Mateo y Marcos notan con cuidado el momento en que Jesús *sale del templo*, ese centro de la teocracia judía con la cual ha roto. (Mat. 23: 39; 24: 1, notas.)—Marcos dice que *uno de sus discípulos*, que no nombra (Pedro quizá), atrajo la atención de Jesús sobre la grandeza de las *piedras* y de los *edificios* que componían el lugar sagrado. (Véase la nota siguiente.) Mateo atribuye esa observación a sus discípulos.

2. *Derribada*, gr. *destigada* del edificio de que formaba parte y arrojada abajo. "El templo estaba edifi-

cado con piedras blancas y fuertes, cada una de las cuales medía aproximadamente 25 codos de longitud, 12 de anchura, 8 de altura." Josefo, *Antig.* XV, 11, 3. El mismo historiador, testigo de la catástrofe, manifiesta que el edificio fué enteramente destruido.—"Más allá de esta puerta pero más cerca del ángulo sudeste de la ciudad, la base del muro está compuesta, en algunos lugares, de piedras enormes que datan evidentemente del templo; ellas justifican la admiración de los apóstoles: *¡Maestro, mira qué piedras!* Las demás parecen no estar allí más que para que uno se admire más de que las otras hayan podido ser derribadas y para que se vea mejor, en esa destrucción, la intervención soberana de Dios. "He medido una de esas piedras, tomada casi al azar: tenía 16 pies de longitud por 4 ½ de altura; pero hay otras mucho más grandes. Schulz menciona una de 29 pies de longitud... Es de notar que todos los vestigios de los antiguos muros de Jerusalén se encuentran en el recinto del templo... A estos últimos pertenece, entre otros, la hermosa e imponente muralla al pie de la cual van los judíos a llorar la ruina y la profanación de su templo." Félix Bovet, *Viaje a Tierra Santa*. 7.^a edic., p. 166.

3. Véase Mat. 24: 3, nota. Era probablemente la tarde; Jesús había salido de Jerusalén para trasladarse a Betania; había atravesado el to-

B. 5-13. LOS ACONTECIMIENTOS QUE PRECEDERÁN EL FIN.—1.^o *Los falsos cristos*. Jesús pone a los suyos en guardia contra los impostores que se harán pasar por el Cristo. (5, 6).—2.^o *Los trastornos sociales*. Jesús exhorta a los suyos a no dejarse turbar por las guerras, los temblores de tierra, las hambres, que sólo serán un principio de dolores. (7, 8).—3.^o *Las persecuciones y las caídas*. La asistencia del Espíritu Santo. Jesús invita a los suyos a velar sobre sí mismos, pues por causa de él serán entregados a los tribunales hasta que el evangelio sea anunciado por toda la tierra. No se inquieten, pues el Espíritu Santo hablará en ellos. La división existirá en el seno de las familias. Los hombres harán morir a sus parientes inmediatos. Los discípulos serán aborrecidos por todos. El que hubiere perseverado hasta el fin será salvado. (9-13.)

5 Y Jesús empezó a decirles: Mirad que nadie os engañe⁵; 6 muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy, y a muchos 7 engañarán⁶. Mas cuando oyereis guerras y rumores de guerras, no os turbéis; es necesario que acontezca, pero aun no será el 8 fin⁷. Se levantará, en efecto, nación contra nación, y reino contra reino; habrá terremotos por los lugares, habrá hambres: el

rrente del Cedrón y ascendido al monte de los Olivos; allí es donde estaba sentado con sus discípulos, enfrente del templo, según la observación de Marcos; toda la ciudad de Jerusalén ostentaba ante sus ojos sus edificios, sobre la colina opuesta. En presencia de ese espectáculo, anuncia Jesús la ruina de la ciudad, luego dirige sus miradas al más lejano porvenir, hasta el día de su gloria.—Marcos solo ha conservado los nombres de esos cuatro discípulos más íntimos de Jesús, que le dirigen, en particular, la grave pregunta, ocasión de toda esta profecía.

4. La pregunta de los discípulos es más explícita en Mateo (véase la nota) que en Marcos y Lucas. En el primer evangelio, ellos preguntan dos cosas: ante todo, cuándo tendrá lugar la destrucción del templo que Jesús acaba de anunciar; luego, cuál será la señal de su advenimiento y del fin de los tiempos. A primera vista parece que Marcos y Lucas sólo plantean la primera de esas preguntas, y muchos excelentes intérpretes son de esa opinión. Sin embargo, observando más de cerca, es difícil dejar de hallar en estos dos evangelistas el doble pensamiento de Mateo, por lo menos indicado. Entre las dos frases de este versículo, hay progresión, ellas formulan dos preguntas: primeramente, cuándo acontecerán estas cosas; luego, cuál será la señal

(término de Mateo) de que todas estas cosas se cumplirán (gr. serán consumadas, palabras que recuerdan la de Mateo: la consumación del tiempo.) Sea lo que fuere, es cierto que, en los tres evangelios, Jesús responde a las dos preguntas, partiendo del juicio de Dios sobre Jerusalén, extendiendo luego su mirada hasta su regreso para el juicio final y la liberación de sus redimidos. Únicamente, en Lucas, esos dos grandes acontecimientos son presentados de un modo distinto, mientras que, en Mateo y en Marcos, parecen a veces confundirse uno con otro. (Véase Mat. 24: 4, nota).

5. *Os engañe*, u os induzca a error, ya llevándoos en pos de esos falsos cristos que vendrán, ya persuadiéndolos de que las otras señales que voy a indicar son ya el fin. (v. 7, 8.)

6. Véase, sobre esos falsos cristos, Mat. 24: 5, nota.

7. *Guerras y rumores de guerras*, tal es la segunda señal que habría podido turbar a los discípulos, o inducirlos a error respecto a esta profecía. El tiempo que transcurrió entre la muerte de Jesús y la ruina de Jerusalén, fué lleno de guerras diversas entre varios pueblos; los historiadores de la época casi no tienen otra cosa que contar. Pero no será eso aún el fin, del que los discípulos hacían averiguaciones (v. 4.) Véase Mateo 24: 6, nota.

9 principio de los dolores de parto será esto⁸. Mas vosotros mirad por vosotros mismos: os entregarán a los tribunales y en las sinagogas seréis azotados; y compareceréis ante gobernadores 10 y reyes, por causa de mí, para testimonio a ellos⁹. Y a todos los 11 gentiles es necesario primero que sea predicado el evangelio¹⁰. Y cuando entregándoos os llevaren, nos os congojéis anticipadamente por qué hablaréis, sino todo lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; pues no sois vosotros los que habláis, sino 12 el Espíritu Santo. Y entregará hermano a hermano a muerte, y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los harán 13 morir¹¹; y seréis aborrecidos por todos por causa de mi nombre; mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvado¹².

8. Mat. 24: 7, 8, notas. El texto recibido dice: "...hambres y turbulencias. Principios de dolores serán esas cosas." El texto que hemos adoptado es conforme a Sin., B, D, vers. Las hambres son ordinariamente las consecuencias de la guerra. Resultan también de los temblores de tierra.

9. Después de todas las señales que preceden: falsos cristos, guerras, y otras calamidades públicas, vienen ahora las persecuciones, que Marcos y Lucas describen de un modo más completo que Mateo en este discurso profético. Pero estos dos evangelistas introducen aquí partes de otro discurso de Jesús, dirigido a sus discípulos en ocasión de su primera misión. (Mat. 10: 17 y sig. Véase las notas.)—En lugar de esta construcción: *os entregarán a los tribunales y a las sinagogas; seréis azotados, muchos traducen: "seréis azotados en las sinagogas"*. Así construida, la frase tiene un sentido conforme a Mat. 10: 17; pero la preposición griega "en las sinagogas" implica movimiento; y este complemento se une al que le precede inmediatamente: "en los tribunales." Comp. sobre los castigos infligidos por los tribunales (gr. sanedrines) con asiento en las sinagogas. Mat. 10: 17, nota, y Edersheim, *La Sociedad Judía*, p. 114.

10. Véase Mat. 24: 14, donde esa grande y consoladora promesa es expresada de una manera más completa. Marcos la intercala aquí, en medio de ese cuadro de las persecuciones, por una parte, para mostrar

que éstas no serán de corta duración, sino que continuarán siendo la porción de la iglesia hasta que el evangelio haya penetrado en todas las naciones; por otra parte, para dar ánimo a los discípulos por el pensamiento de que, a pesar de todas esas persecuciones y oposiciones del mundo, la buena nueva de la salvación llegará a todos los pueblos hundidos aún en las tinieblas.

11. Estos dos versículos se hallan textualmente en el discurso de Jesús a los discípulos enviados en misión. (Mat. 10: 19, 20, notas.) Sería inútil discutir la cuestión de saber a cuál de los dos discursos esas palabras, lo mismo que las de los v. 9 y 10, han pertenecido originariamente. Lo esencial es que han sido pronunciadas por el Señor. Es posible que Jesús haya más de una vez advertido a sus discípulos sobre la oposición que hallarían. En todo caso, Marcos y Lucas asignan un lugar muy natural a esas palabras, puesto que las persecuciones que ellas predicen forman parte de esas señales respecto a las cuales los apóstoles habían interrogado al Maestro. (v. 4.) Y para que no perdiesen el ánimo por esas predicciones, les había prometido Jesús el socorro omnipotente de Dios. (v. 11.)—El texto recibido, con A y las *mayúsc.*, agrega a estas palabras: *no os inquietéis por qué diréis*, éstas: *ni meditéis*, que no son auténticas aquí. (Comp. Luc. 21: 14 y 12: 11, 12.)

12. Mat. 24: 9-13, notas. Aquí se vuelven a juntar las dos redacciones del discurso en Mateo y en Marcos.

C. 14-23. EL JUICIO DE DIOS SOBRE JERUSALÉN.—1.º *La señal de la ruina y la fuga de los creyentes.* Cuando “la abominación de la desolación” fuere establecida, huyan entonces hacia los montes sin llevarse nada. ¡Ay de las encintas! Oren para que no ocurra en invierno. (14-18.)—2.º *La grande tribulación acortada.* Será una tribulación como jamás ha habido y como jamás habrá; mas por causa de los elegidos esos días serán acortados. (19, 20.)—3.º *Los falsos cristos.* No creáis a los que os dijeren: El Cristo está aquí o allí! Muchos falsos cristos y falsos profetas vendrán, haciendo prodigios. ¡Cuidaos! (21-23.)

14 Y, cuando viereis la abominación de la desolación estando donde no debe (el que lee atienda¹³); entonces, que los que
15 estuvieren en Judea huyan a los montes; y el que sobre el te-
16 rradro, no baje ni entre para llevar algo de su casa; y el que
17 en el campo, no vuelva atrás para llevar su manto. Mas ¡ay de
18 las encintas y de las que amamantaren en aquellos días! Orad
19 pues, para que no acontezca en invierno¹⁴, pues serán aquellos
días tribulación tal cual no ha acontecido desde el principio
de la creación que creó Dios hasta ahora, y de cierto no acon-

13. Véase Mat. 24: 15, nota. El Señor empieza a designar de un modo más directo las señales precursoras de la ruina de Jerusalén. Lo hace tomando del profeta Daniel los términos de su predicción. (Dan. 9: 27; 11: 31; 12: 11.) En Mateo, nombra a ese profeta; según Marcos, se limita a citarlo por una simple alusión; pues estas palabras del texto recibido, según A, y las *mayúsc* más recientes: “desolación de que habló el profeta Daniel”, no son auténticas, sino tomadas de Mateo. Lo que el Señor entiende por: la abominación de la desolación nos es claramente explicado por Lucas, que reemplaza la cita de Daniel por estas palabras: “Y, cuando viereis a Jerusalén invadida por ejércitos, sabed entonces que su desolación está cercana.” Para los israelitas, no debía ser solamente una desolación (o devastación, reducción a desierto), sino también una abominación, es decir, según el lenguaje del Antiguo Testamento, una profanación, una impureza, ese cerco de la ciudad santa por paganos impuros. Jesús predica a sus discípulos que *verán* esa abominación establecida (participio perfecto indicando un hecho cumplido y permanente) donde no debe estar, expresión vaga, que reemplaza a los términos más precisos de Mateo:

“establecida en lugar santo.” Según la interpretación que nos ha dado Lucas, esa profanación del lugar santo es atribuida a los romanos, y no, como se ha pensado, a los judíos mismos, porque, durante el sitio, un partido de ese pueblo se habría atrincherado en el templo, y habría contaminado el santuario. (Comp. por otra parte sobre esas palabras: en lugar santo, Mat. 24: 15, nota.)—En cuanto a la advertencia colocada entre paréntesis (el que lee preste atención), se puede atribuir, ya al Señor mismo, ya al evangelista. En el primer caso, ese verbo leer tendría por objeto la profecía misma de Daniel; en el segundo, se referiría a la lectura del evangelio.

14. Véase, sobre estos detalles, destinados a pintar la enormidad del peligro y lo instantáneo de la catástrofe, Mat. 24: 16-20, notas. A esas palabras: Orad para que no ocurra en invierno, Mateo agrega: “ni en día de sábado,” detalle que podía tener un sentido para israelitas molestados por las prescripciones relativas al sábado, pero que los lectores extraños a su nación no habrían comprendido. Sin duda por eso es omitido en Marcos.—El texto recibido dice aquí conforme a Mateo: “que vuestra fuga no ocurra en invierno”:

20 tecerá¹⁵. Y si no hubiera acortado el Señor los días, ninguna carne habría sido salvada; pero por causa de los elegidos que
21 eligió, acortó los días¹⁶. Y entonces, si alguien os dijere: He
22 aquí, aquí está el Cristo, ó: He aquí, allí está, no creáis; pues se
levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y
23 prodigios para engañar si fuere posible a los elegidos¹⁷. Mas
vosotros, mirad; os he predicho todo¹⁸.

D. 24-37. EL ADVENIMIENTO DEL SEÑOR.—1.º *El advenimiento del hijo del hombre descrito.* En aquellos días, después de esa aflicción, habrá trastornos cósmicos. El hijo del hombre vendrá sobre las nubes; enviará sus ángeles para recoger de todas partes sus elegidos. (24-27.)—2.º *Cuándo tendrá lugar este advenimiento.* Jesús enseña a sus discípulos, por una parábola sacada de la higuera, a discernir la proximidad de este acontecimiento. Esta generación no pasará hasta que todo haya ocurrido. El cielo y la tierra pasarán, las palabras de Jesús no pasarán. (28-31.)—3.º *Exhortación a velar basada en la incertidumbre del día y de la hora.* Nadie conoce la hora, ni los ángeles, ni el Hijo, sino el Padre solo. Velad, pues, como los siervos y el portero cuyo señor está en viaje. (32-37.)

24 Pero en aquellos días, después de aquella tribulación¹⁹, el
25 sol se entenebrece, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán con-

15. Véase, Mat. 24: 21, nota. Esta expresión de Marcos: la creación que Dios creó; como en el v. 20, ésta: los elegidos que Dios eligió, es sin duda destinada a dar más relieve al pensamiento.

16. Véase Mat. 24: 22, nota. Algunos términos de este versículo difieren en Mateo y Marcos, pero la idea es la misma. Uno y otro emplean un verbo muy poco usado, escogido intencionalmente; es el que nosotros traducimos por *acortar*, y cuyo sentido es indicado en la nota sobre el pasaje de Mateo.

17. Mat. 24: 23, 24, nota. Las palabras: falsos cristos faltan en D, y la *Itala*. Tischendorf, que las había omitido, las ha restablecido en su última edición. El texto recibido, con A, C, agrega la palabra *aun* antes de los elegidos. Esa expresión parece formada conforme al texto de Mateo.

18. *Todo os he predicho, eso acontecerá ciertamente, ¡tened cuidado!*—Aquí es donde Mateo (24: 27, 28, véase las notas), llegado al término del segundo ciclo de esta profecía, coloca la predicción de la venida de Cristo. Esa venida será rápida y es-

plendente como el relámpago, que resplandece desde el Oriente hasta el Occidente. Agrega otra comparación: la del cuerpo muerto hacia el cual se dirigen las águilas; y es así cómo, por una transición natural, pasa de la parte de este discurso concerniente al juicio de Dios sobre Jerusalén, a la que tiene por objeto el regreso de Cristo y el juicio final.

19. Marcos pasa al último ciclo de esta profecía por una partícula (*pero*) que hace esperar un nuevo tema. Para indicar el orden de los tiempos, se sirve de esta expresión vaga: *en aquellos días, después de esa tribulación*, y evita así la expresión tan precisa de Mateo: *luego después*, en la que la exégesis ha encontrado grandes dificultades. La explicación que hemos intentado dar (véase Mat. 24: 29, 1.ª nota), no es opuesta a la relación de Marcos, que también, extiende sus miradas hacia un porvenir bastante lejano en que aparecerán falsos cristos y falsos profetas. (v. 21-23.) Esa distinción de los tiempos parece sobre todo muy clara en Lucas (21: 24, 25) quien, entre la ruina de Jerusalén y las señales precursoras del regreso de Cristo re-

26 movidas ²⁰. Y entonces verán al hijo del hombre viniendo en las
27 nubes, con grande potencia y gloria ²¹. Y entonces enviará los
ángeles y juntará sus elegidos de los cuatro vientos, desde el ex-
28 tremo de la tierra hasta el extremo del cielo ²². Y de la higuera
aprended la parábola: Cuando ya su rama se enternece, y hace
29 brotar las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también
vosotros, cuando viereis acontecer esto, sabed que cerca está, a
30 las puertas ²³. En verdad os digo que de cierto no pasará esta
31 generación hasta que todo esto acontezca ²⁴. El cielo y la tierra

latadas por los tres evangelios, coloca esta predicción notable: "Y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles sean cumplidos."

20. Mat. 24: 29, 2.^a nota.

21. Este momento solemne, punto culminante de nuestra profecía, es descrito de un modo más completo en Mateo, que lo hace considerar desde luego bajo el aspecto de un juicio temible para el mundo, luego de una gloriosa liberación para los elegidos de Dios. Marcos y Lucas hacen resaltar únicamente este último punto de vista.

22. Mateo dice aquí: "de los cuatro vientos, desde un extremo de los cielos hasta el otro." Marcos expresa exactamente la misma idea; pues por: *el extremo de la tierra y el extremo del cielo*, entiendo, lo mismo que Mateo, el horizonte visual formado por la unión aparente de la tierra y del cielo.—Véase, sobre este ministerio de los ángeles, Mat. 24: 31, nota, y 13: 41, 49.—El texto recibido dice *sus* ángeles; ese pronombre es auténtico en Mateo, pero no aquí.

23. Véase Mat. 24: 32, 33, nota.

24. El término: *esta generación* no puede entenderse más que en su sentido natural designando los contemporáneos de Jesús. (Comp. Mat. 24: 34, nota.) Por otra parte las palabras: *todo esto* comprenden las predicciones que Jesús acaba de hacer sobre su regreso en la gloria (v. 26, 27); ¿débese deducir de ahí que Jesús ha anunciado su segunda venida como debiendo tener lugar en vida de la generación de entonces? Véase, sobre este asunto, Mat. 24: 34, nota. La exégesis racionalista, ateniéndose estrictamente a este

texto y a otras indicaciones de este discurso (Mat. 24: 29), no vacila en responder afirmativamente. Eso es atribuir al Salvador un error que quitaría, no solamente a este discurso, sino en general a sus predicciones sobre el porvenir de su reino, toda autoridad. El hecho de que los mismos apóstoles esperaban el regreso de Cristo en su vida (1 Tes. 4: 15-17, notas; 1 Cor. 15: 51, nota) no podría invocarse en apoyo de esa opinión. Piénsese lo que se piense de esas esperanzas próximas de la primitiva iglesia, no se puede atribuir su origen a Jesucristo mismo sino en la medida en que había dejado ignorar a sus discípulos el día y la hora de su regreso, a fin de mantenerlos en una santa vigilancia. Él va a declarar aquí mismo (v. 32), lo mismo que en Mateo 24: 36, que ese día ni esa hora nadie los conoce, ni aun el Hijo, sino Dios solo. ¡Y en este mismo discurso, fijaría ese gran acontecimiento final como debiendo realizarse en su misma generación, y coincidir con la ruina de Jerusalén, treinta y siete años después. ¡Qué contradicción! Y esa contradicción se repetiría en todas las predicciones del Salvador relativas al porvenir lejano de su reino, en particular en la mayor parte de sus parábolas. No es, pues, a Jesús, sino a los evangelistas, a quien debe imputarse el error. Refiriendo este discurso profético, han dado a estas palabras un lugar inexacto. Recogido por la tradición apostólica y escrito veinte o treinta años más tarde, tal dicho del Salvador ha podido ser insertado fuera de su lugar. Una crítica sana debe dárselo. Así ocurre con esta declaración, que no puede referirse más que a la des-

32 pasarán, mas mis palabras no pasarán ²⁵. Mas sobre aquel día,
o la hora, nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni aun el Hijo,
33 sino el Padre ²⁶. Mirad, velad ²⁷, pues no sabéis cuándo es el
34 tiempo, como un hombre ausente que dejó su casa y dió a sus
siervos autoridad, a cada uno su obra, y al portero mandó que
35 velara ²⁸... Velad, pues, porque no sabéis cuándo el Señor de

trucción de Jerusalén y a la ruina de la teocracia.

25. Mat. 24: 35, nota.

26. Véase Mat. 24: 36, nota. Es necesario observar esa progresión: *los ángeles, el Hijo, el Padre*. En este nombre: *el Hijo*, es necesario ver una abreviatura de "Hijo de Dios," y no del título "el hijo del hombre" que Jesús se da frecuentemente. Tanto más notable en esa declaración tan categórica por la cual Jesús, limitando en sí la omnisciencia divina, se niega el conocimiento del día y de la hora de su último advenimiento. Esta declaración nada tiene de extraño para los que toman en serio la encarnación del Hijo de Dios y su humanidad. (Juan 1: 14; Fil. 2: 8; Hebr. 2: 17; 5: 8; Luc. 2: 52.) ¿Sería él verdaderamente hombre, hermano nuestro, si no hubiera renunciado a la plena posesión de las perfecciones divinas durante el tiempo de su humillación sobre la tierra? Él, que oraba en todas ocasiones, ¿no se ha mostrado a nosotros en esa entera dependencia de su Padre, de quien esperaba y recibía todas las cosas, en cada instante? (Juan 5: 19, 20, 30; 8: 28.) Y, sin embargo, desde la época de los padres hasta nuestros días, sobre todo después de las vivas controversias suscitadas por el arrianismo, se ha hecho las más diversas tentativas para escapar al sentido sencillo y claro de este dicho del Salvador. Según su humanidad, se ha dicho, ignoraba la hora de su venida, pero no en su divinidad; y no se ve que, aun admitiendo ese dualismo nestoriano en su persona, se le hace pronunciar un dicho que no sería verdadero. Él ignoraba el día de su regreso para sus discípulos, se ha dicho también, porque Dios no le había dado la misión de revelarlo a ellos, o porque él mismo no quería adelantarse al tiempo, en los des-

arrollos futuros de su reino. ¡Esfuerzos inútiles! Basta observar que esta declaración de Jesús, en el pasaje paralelo de Mateo (*el Padre solo*), presenta exactamente el mismo sentido que la de nuestro evangelio, aun cuando se debiera admitir que la variante: *ni el Hijo* no fuera allí auténtica. (Comp. también Act. 1: 7.)

27. El texto recibido, con *Sin. A, C*, y la mayor parte de las *mayúsc.* agrega: *y orad*; pero los mejores críticos omiten, con *B, D*, esas palabras como siendo transferidas aquí del cap. 14: 38.—Aquí empieza la aplicación de todo el discurso, que se resume, como se podía esperar, en el santo deber de la vigilancia. Mateo es el más completo. Refiere ante todo el ejemplo de Noé y del diluvio, luego la comparación del padre de familia que vela por la seguridad de su casa; por último, corona esas exhortaciones solemnes con las parábolas de las diez vírgenes y de los talentos y con la grande escena del juicio final. Marcos abrevia: se contenta con la figura del siervo vigilante (v. 34), e insiste en la ignorancia en que Jesús deja a sus discípulos respecto al día y a la hora. (v. 32, 33, 35.)

28. La frase no está terminada, y el sentido de esta corta parábola, a la que Marcos ha dado una forma nueva, no es indicado; pero ese sentido es evidente por sí mismo, y por eso es que el evangelista pasa inmediatamente a la aplicación: *¡Velad pues!* (v. 35.) El *hombre* que está *de viaje* (gr. *ausente, viajero*) es el Señor mismo; su *casa*, es su reino, su iglesia, sobre la cual ha establecido *sus siervos*, dándoles no solamente *poder* o *autoridad*, sino a *cada uno su obra*, detalle muy importante de la figura. Hay, por último, para esa casa, un *portero*, cuyo deber principal es *velar*. Todos esos oficios fueron desde luego confiados por el

la casa viene, si de tarde, o a medianoche, o al canto del gallo, 36 o a la mañana²⁹; no sea que llegando de repente, os hallaré 37 durmiendo. Y, lo que a vosotros digo, a todos digo: ¡Velad!³⁰.

5. El adiós de Jesús a los suyos.

A. 1-11. LA COMIDA DE BETANIA.—1.^o *La muerte de Jesús tramada por los jefes del pueblo.* La Pascua debía tener lugar dentro de dos días; los principales sacerdotes y los escribas buscaban un medio de apoderarse de él y hacerle morir, pero no querían que fuese durante la fiesta, por temor de una sedición. (1, 2.)—2.^o *La muerte de Jesús presentida por una mujer.* Jesús estaba reclinado a la mesa en casa de Simón el leproso, en Betania; una mujer viene con un vaso de alabastro lleno de un perfume de gran precio; rompe el vaso y derrama el perfume sobre la cabeza de Jesús. Algunos censuran esa pérdida inútil: ese perfume, dicen, habría podido ser vendido en trescientos denarios en provecho de los pobres. Jesús les reprocha que den pena a esa mujer. Declara que ella ha hecho una buena acción con él. Ellos siempre podrán hacer bien a los pobres, mientras que a él no le tendrán siempre. Presintiendo la muerte del Maestro que ella amaba, ha hecho lo que estaba en su poder; no pudiendo salvarle, ella le ha tributado anticipadamente los últimos deberes sacrificándole lo más precioso que tenía. Donquiera que fuere predicado el evangelio, lo que ella ha hecho será referido. (3-9.)—3.^o *La muerte de Jesús acelerada por la traición de Judas.* Judas, uno de los doce, va en busca de los principales sacerdotes para entregarles a Jesús. Le reciben con gozo y le prometen dinero. Judas busca una ocasión de entregar a Jesús. (10, 11.)

XIV. Y era la pascua y la fiesta de los ázimos dos días después¹;

Salvador a sus apóstoles, y desde entonces han sido distribuidos a los diversos siervos de Jesucristo en su iglesia.

29. Así es como dividían los romanos la noche en cuatro velas: la primera, de las seis a las nueve, se llamaba *la tarde*; la segunda, de las nueve a las doce de la noche, se llamaba *la medianoche*; la tercera, de medianoche a las tres, *el canto del gallo*; la cuarta, de las tres a las seis, *la mañana*. Usando esta comparación de la noche, y suponiendo cuatro épocas en las cuales se le puede esperar, el Salvador quiere hacer resaltar la incertidumbre absoluta en que estamos acerca del momento de su venida.

30. A todos, no solamente a vosotros mis primeros discípulos, sino a todos los que creerán en mí, hasta el tiempo en que yo venga. *Velar*: hay pocos deberes tan frecuentemente recomendados en la palabra divina. (Mat. 24: 42; Luc. 12: 35 y sig.; 21: 34 y sig.; 1 Tes. 5: 2-6.)

1. Véase, sobre esta introducción a la historia de la pasión, Mat. 26: 1-5, notas; Luc. 22: 1-6.—Gr. *la pascua y los panes sin levadura*, dos términos para expresar la misma cosa, es decir la más grande fiesta religiosa de los judíos, celebrada en memoria de su liberación de su cautividad en Egipto. Mateo solamente la designa por la palabra *pascua*, cuyo sentido, en hebreo, recordaba a los israelitas que el ángel exterminador *pasó* ante su puerta, teñida con la sangre de un cordero, en la noche terrible del último juicio de Dios sobre Egipto. Marcos une a esa palabra la de *los panes sin levadura*, que también se había tornado en un nombre usual de la fiesta, porque sólo se hacía uso de esos panes durante los siete días que duraba la fiesta, del 14 al 21 nisán. (Ex. 12: 15-20; Lev. 23: 5, 6.)—En Mateo, es Jesús quien anuncia solemnemente a sus discípulos la aproximación de esa pascua en que “el hijo del hombre es entregado para ser crucificado,” mientras que

y buscaban los principales sacerdotes y los escribas cómo, prendiéndole por engaño, le matarían; pues decían: No durante la fiesta, no sea que haya alboroto del pueblo².

3 Y estando él en Betania, en la casa de Simón el leproso, estando él recostado [a la mesa], fué una mujer, teniendo un vaso de alabastro de unguento de nardo puro de mucho precio; quebrantando el vaso de alabastro, lo derramó sobre su cabeza³. Mas algunos se indignaban entre sí⁴. ¿Para qué ha sido hecha esta pérdida del unguento? Pues podía este unguento ser vendido en más de trescientos denarios, y ser dado a los pobres⁵. Y se irri-

valor. Es el término que traducimos por *puro*, y que en griego significa propiamente *fiel*, digno de confianza, o aun *auténtico*, no falsificado. Los dos narradores procuran expresar con esa palabra la calidad exquisita de ese unguento, que constituía su gran valor. Marcos solo ha conservado este detalle que hace tan pintoresca la escena: *María quiebra el alabastro que contiene el unguento precioso*, es decir que rompe con su mano el cuello largo y delgado del vaso antiguo, del que nada quería conservar, sino consagrarlo por entero a Aquel a quien testificaba de ese modo su veneración y su amor.—La palabra griega *nardo* designa al mismo tiempo el *unguento precioso* y la *planta* que lo produce, y que es originaria de las Indias.

2. Este *pues*, que el texto recibido reemplaza por un *pero*, explica por qué los sacerdotes y los escribas debían buscar cómo podrían cogerle, y por qué debían obrar con *engaño*: es que temían que, si sus planes se ejecutaban durante la fiesta, hubiera *tumulto* entre el pueblo, donde tenía Jesús adherentes en gran número. Querían, pues, que fuera *antes o después* de la fiesta; pero sus designios ciegos fueron confundidos por Dios que quería sustituir por la pascua cristiana la pascua de los hebreos. Para eso se sirvió del más indigno instrumento, Judas Iscariote. (v. 10.)

3. Véase, sobre este relato, Mat. 26: 6-13, notas, y comp. Juan 12: 1-8. Aquí también, Marcos ha conservado diversos detalles significativos que le son propios. Como Juan, califica con un adjetivo muy poco usado el *nardo de gran precio* que María va a derramar sobre la cabeza del Sal-

valor. Es el término que traducimos por *puro*, y que en griego significa propiamente *fiel*, digno de confianza, o aun *auténtico*, no falsificado. Los dos narradores procuran expresar con esa palabra la calidad exquisita de ese unguento, que constituía su gran valor. Marcos solo ha conservado este detalle que hace tan pintoresca la escena: *María quiebra el alabastro que contiene el unguento precioso*, es decir que rompe con su mano el cuello largo y delgado del vaso antiguo, del que nada quería conservar, sino consagrarlo por entero a Aquel a quien testificaba de ese modo su veneración y su amor.—La palabra griega *nardo* designa al mismo tiempo el *unguento precioso* y la *planta* que lo produce, y que es originaria de las Indias.

4. El texto recibido dice (gr.): algunos estaban indignándose entre sí y diciendo. Las palabras en bastardilla, copiadas de Mateo, no son auténticas.

5. Véase Mat. 26: 8, 9, notas. Lo que es aquí propio a Marcos, es ante todo (según el verdadero texto), la palabra dos veces repetida: *este unguento*, repetición que nos hace, por decirlo así, oír las murmuraciones que algunos de los discípulos cambiaban entre sí, a instigación de Judas. (Juan 12: 4.) Luego coincide Marcos otra vez con Juan en la indicación del precio en que se habría podido vender el perfume: *trescientos denarios* (cerca de 270 francos). Judas no teme estimar en cifras el amor de María, y, a sus ojos, no vale trescientos denarios. Judas no es el único que se muestra positivo hasta ese punto.

- 6 taban contra ella ⁶. Mas Jesús dijo: Dejadla, ¿por qué le causáis
7 penas? buena obra ha hecho para conmigo; pues siempre tenéis
los pobres con vosotros, y cuando queráis, podéis hacerles bien;
8 mas a mí no siempre me tenéis. Lo que ha podido, ha hecho; se
ha anticipado a ungir mi cuerpo para prepararme para la sepul-
9 tura. Mas en verdad os digo, dondequiera que fuere predicado el
evangelio por el mundo entero, también de lo que ésta ha hecho
se hablará en memoria de ella ⁷.
- 10 Y Judas Iscariote, uno de los doce, se fué a los principales
11 sacerdotes, para entregárselo. Y ellos, oyéndolo, se gozaron, y pro-
metieron darle dinero. Y buscaba cómo le entregaría oportu-
namente ⁸.

6. Gr. se enojaban, se irritaban contra ella, y sin duda le dirigían reproches.

7. Véase Mat. 26: 10-12, notas. En esa hermosa y conmovedora apología que el Señor condesciende a hacer de la acción de María, hay varios detalles importantes que pertenecen a Marcos solo. Y ante todo, estas palabras (v. 7): *cuando queréis, podéis hacerles bien*. Como Mateo se contenta con mencionar los pobres que siempre habrá, se ha visto, en la reflexión agregada por Marcos, una frase superflua y que descubre una tradición posterior. Sin duda, a hombres muy inteligentes bastaba para rechazar la reclamación de Judas en favor de los pobres, el decir: "Esos pobres siempre los tendréis;" pero como Jesús hablaba a sus discípulos que no entendían las cosas dichas a medias, la aplicación directa que les hace de su pensamiento no era inútil.—Luego, Marcos solo es quien ha conservado este dicho: *Lo que ha podido, ha hecho*. Es el mayor y más hermoso testimonio de aprobación que Jesús pueda dar. Pocos hombres lo han merecido. En las circunstancias trágicas en que esa pobre mujer obraba, hubiera sacrificado con gozo su vida para salvar la vida de Jesús, y para llevar a sus pies a todos los que no sabían aún amarle. No estando en su poder nada de eso, hizo por lo menos el sacrificio de lo más precioso que tenía para testificarle delante de todos su veneración y su amor.—Marcos, en fin, es el que expresa de un modo más presi-

so (v. 8) el pensamiento lleno de fineza y de profundidad que se halla también en Mateo: gr. *Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura*. Esas palabras no podrían ser, como demasiado generalmente se ha admitido, una simple interpretación benevolente de la acción de María. María había recogido, de todas las señales que ella observaba, y en particular de las predicciones de Jesús sobre su muerte, el presentimiento doloroso de que le veía en Betania por la última vez quizá; y le rendía, estando él vivo, el honor que habría querido rendirle después de su muerte.—Es necesario observar además el contraste que hay entre las palabras de tristeza del v. 8 y la declaración triunfante del v. 9. El pensamiento de María se detiene en la muerte y la sepultura de su Salvador, y Jesús lo reconoce. Mas, agrega, llevando sus miradas hacia las profundidades del porvenir, en todo lugar, *en el mundo entero*, el vaso de perfume de esa humilde mujer esparcirá su buen olor por la *predicación* y la lectura del *evangelio*. El texto recibido borra ese contraste al omitir la partícula *mas*. Ese mismo texto reproduce aquí erróneamente la expresión de Mateo: *este evangelio*.—Esta frase llena de certidumbre confirma la profecía precedente. (13: 10.)

8. Véase Mat. 26: 14-16, notas. Todos los evangelistas, hablando de Judas, concuerdan en esta observación, de que era *uno de los doce*. Ese recuerdo parece haber quedado ardiendo en sus corazones.—Según Mateo,

B. 12-26. LA COMIDA DE LA PASCUA.—1.^o *Los preparativos de la comida*. El primer día de los panes sin levadura, preguntan los discípulos a Jesús dónde deben prepararle la Pascua. Envía a dos de ellos a la ciudad con orden de seguir a un hombre que encontrarán, llevando un cántaro; el amo de la casa donde ese hombre entrare les mostrará un aposento alto. Los discípulos encuentran todo conforme a las indicaciones de Jesús y hacen los preparativos. (12-16.)—2.^o *La comida. El traidor desenmascarado*. A la tarde llega con los doce. Mientras comen, declara Jesús que uno de ellos le entregará. Entristecidos, todos preguntan: ¿Soy yo? Jesús designa al traidor y dice que la muerte del hijo del hombre es el cumplimiento de las escrituras, pero que el instrumento de esa muerte no por eso es menos culpable y desdichado. (17-21.)—3.^o *La institución de la cena*. Durante la comida, toma Jesús pan, lo rompe y lo distribuye, diciendo: Esto es mi cuerpo. Les da una copa, de la cual beben todos, y les dice: Esto es mi sangre, la sangre del pacto, derramada por muchos. (22-24.)—4.^o *La terminación de la comida*. Jesús declara que no beberá más vino, hasta que lo beba nuevo en el reino de Dios. Después del canto de los himnos, se dirigen hacia el monte de los Olivos. (25, 26.)

- 12 Y el primer día de los ázimos, cuando sacrificaban la pascua ⁹, le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que yendo prepa-
13 remos para que comas la pascua? Y envía dos de sus discípulos y les dice: Id a la ciudad, y os encontrará un hombre, llevando
14 un cántaro de agua; seguidle; y dondequiera que entrare, decid al dueño de casa: El Maestro dice: ¿Dónde está mi comedor,
15 dónde como la pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran aposento alto, amueblado, preparado; y allí preparad para
16 nosotros ¹⁰. Y salieron los discípulos, y fueron a la ciudad y hallaron conforme les había dicho; y prepararon la pascua.

Judas habría recibido inmediatamente el precio de su traición, treinta piezas de plata. Marcos y Lucas se limitan a decir que se le hizo la promesa, y atraen toda la atención al horrible gozo de los principales sacerdotes, al oír la proposición del desdichado discípulo. Judas y esos ministros de la religión se volverán a ver pronto, y ese momento supremo pondrá de manifiesto el máximo grado del endurecimiento en hombres que se decían los conductores del pueblo. (Mat. 27: 3, 4.)

9. Comp. Mat. 26: 17-30; Luc. 22: 7-23.—Véase, sobre los datos relativos al día de la pascua, Mat. 26: 2, 17, notas; Luc. 22: 7, nota. Marcos designa aquí ese día con dos expresiones muy precisas. *El primer día de los panes sin levadura, y, cuando se inmolaba la pascua*, términos bajo los cuales ningún israelita podía comprender otra cosa que el 14 del mes de nisán, fijado por todas

las prescripciones de la ley, y por la costumbre invariable de los israelitas. Lucas (22: 7) es aun más explícito: "El día de los panes sin levadura en el cual era necesario inmolarse la pascua." Los sinópticos están unánimes en colocar la última cena de Jesús con sus discípulos en el día fijado por las prescripciones de la ley para comer el cordero pascual. (Ex. 12: 6; Lev. 23: 5; Núm. 9: 2, 3; 28: 16; Jos. 5: 10.) En cuanto a la diferencia que se halla a este respecto entre los tres primeros evangelios y el cuarto, véase Juan 13: 1, nota.

10. Según Mateo (26: 18, notas), Jesús envía sus discípulos directamente hacia el amo de la casa donde deseaba celebrar la pascua. Los relatos de Marcos y de Lucas son más explícitos. Desde luego, relatan que Jesús designó para esta misión a dos discípulos, cuyos nombres aun han sido conservados por Lucas (22:

17, 18 Y llegada la tarde, va con los doce. Y estando ellos recostados [a la mesa] y comiendo, Jesús dijo: En verdad os digo que uno de entre vosotros me entregará, el que come conmigo ¹¹.
 19 Empezaron a entristecerse, y a decirle uno por uno. ¿Acaso
 20 yo? ¹². Y él les dijo: Uno de los doce, el que mete conmigo en
 21 el plato ¹³. El hijo del hombre va, sí, conforme está escrito sobre
 él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el hijo del hombre es entregado! ¡Bueno fuera a aquel hombre si no hubiera nacido! ¹⁴.
 22 Y comiendo ellos, tomando pan, bendiciendo, lo rompió y
 23 les dió, y dijo: Tomad, esto es mi cuerpo ¹⁵. Y tomando una copa

7); eran Pedro y Juan. Según ellos también, Jesús predice a ambos discípulos que encontrarán un hombre llevando un cántaro de agua, quien los conducirá a la casa designada. Se ha querido ver en este detalle un elemento milagroso inútil, que descubriría el origen posterior de nuestro relato. Es posible que Jesús, por un conocimiento sobrenatural, conociese anticipadamente esa circunstancia. Eso no tendría nada de extraño de su parte. ¿No veía de lejos el pollino atado en Betfagé (11: 2), y a Natanael bajo su higuera? (Juan 1: 49; comp. 2: 25.) Pero podría ser también que se hubiese puesto de acuerdo con el amo de la casa, ya informado de sus intenciones (véase más abajo), para que éste enviara, a una hora fija, su siervo a sacar agua. Por otra parte, es necesario no haberse jamás dado cuenta de la situación, para hallar inútiles las precauciones que toma Jesús, y el misterio con que rodea esa misión de los discípulos. Ya los jefes del pueblo han decretado su muerte. (Juan 11: 47-54); no podía más entrar en Jerusalén sin el mayor peligro, y sin embargo le importaba celebrar allí la pascua; de ahí estas precauciones destinadas sobre todo a impedir a Judas conocer el lugar donde se iban a reunir; de ahí también la elección de los dos discípulos más seguros, Pedro y Juan. (Luc. 22: 8.)—Los discípulos deben preguntar al amo de la casa (según el verdadero texto): ¿Dónde está mi habitación donde comeré la pascua? Esta corta palabra bastaría para confirmar la suposición muy natural de que ese amo de casa era un amigo del Salvador, y que, anticipadamente,

Jesús estaba de acuerdo con él sobre lo que ahora le hace pedir.

11. Véase Mat. 26: 21, nota.—Estas palabras: *que come conmigo*, no son aún destinadas, como las del v. 20, a designar a Judas, pero hacen resaltar la enormidad del crimen de ese discípulo y el profundo dolor que su traición causaba a Jesús. (Juan 13: 18.)

12. Mat. 26: 22, nota. El texto recibido, con A, D, la mayor parte de las *mayúsc.*, agrega, después de: *¿Soy yo?* estas palabras: *y otro: ¿Soy yo?* que faltan en Sin., B, C. Pueden ser una reminiscencia de Mat. 26: 25.

13. Mat. 26: 23, nota. Las palabras: *que moja conmigo en el plato* designan al traidor como uno de los convidados, pero no significan que en el mismo momento hundía Judas su pan en el plato, pues, después de la terrible revelación que Jesús acababa de hacer y que llenó de angustia a todos los discípulos, hubo seguramente una interrupción en la cena. Según Juan 13: 26 y Mateo 26: 25, la designación de Judas fué más precisa; sin embargo sus discípulos no se dieron cuenta de la traición que iba a consumir. (Juan 13: 28, 29.)

14. Véase, sobre estas palabras, Mat. 26: 24, nota.

15. Véase, sobre estas palabras de la institución de la cena, Mat. 26: 26-29, notas. El texto recibido dice aquí: "Tomad, comed." Esta última palabra, auténtica en Mateo, no lo es en Marcos; pero es enteramente conforme a la naturaleza de las cosas admitir que Jesús la ha pronunciado.

24 dando gracias, les dió, y bebieron de ella todos ¹⁶. Y les dijo:
 25 Esto es mi sangre del pacto, derramada por muchos ¹⁷. En verdad os digo que de cierto no beberé más del producto de la vid,
 26 hasta aquel día cuando lo beba nuevo en el reino de Dios ¹⁸. Y habiendo cantado, salieron al monte de los Olivos ¹⁹.

6. Getsemaní.

27-52.—1.º *Conversación por el camino.* Jesús declara a sus discípulos que será para ellos ocasión de caer, conforme a la profecía, pero que después de su resurrección irá delante de ellos a Galilea. Pedro protesta su inquebrantable fidelidad. Jesús le predice que le negará tres veces antes que el gallo cante dos veces. Pedro dice estar listo para morir antes que negar a su Maestro; todos hacen la misma declaración. (27-31.)—2.º *La agonía de Jesús.* Se trasladan a Getsemaní. Jesús toma consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan. Les confía su angustia, y les dice que velen. Se aleja y, prosternándose, ora para que esa prueba le sea evitada, se somete, sin embargo, a la voluntad del Padre. Halla a sus discípulos dormidos y reprocha a Pedro no haber podido velar una hora. Los exhorta a orar, en vista de la debilidad de la carne. Vuelve a orar diciendo al Padre que si no es posible que la copa pase de él, su voluntad sea hecha. Otra vez halla a sus discípulos dormidos. A su tercer regreso a ellos, les dice que pueden en adelante dormir; luego les declara que la hora ha venido, que va a ser entregado, que el traidor se acerca. (32-42.)—3.º *El arresto de Jesús.* Hablando todavía, llega Judas con una multitud armada. Designa a Jesús dándole un beso. Una tentativa de resistencia es hecha por uno de los discípulos. Jesús establece que sus adversarios han ido a él como a un bandido, mientras que habrían ellos podido tomarle cuando enseñaba en el templo. Es para que las escrituras sean cumplidas. Todos sus discípulos le abandonan. Un joven sigue de lejos, cubierto con un lienzo. Quieren prenderle; huye, dejando el lienzo en las manos de los agresores. (43-52.)

27 Y Jesús les dice: Todos tropezaréis ²⁰, porque escrito está:
 28 "Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas". Mas después
 29 de resucitar, iré delante de vosotros a Galilea ²¹. Mas Pedro le
 30 dijo: Aunque todos tropezaren, yo empero no. Y Jesús le dice:

16. *Bebieron de ella todos.* Esa expresión en Marcos reemplaza y completa la orden dada por Jesucristo, según Mateo: *Bebed de ella todos.* Esas palabras, al mismo tiempo que nos revelan la universalidad y la riqueza de la gracia de Dios en Jesucristo, tienen también una real importancia histórica, en presencia del audaz desprecio de esa orden, del que una parte tan grande de la iglesia cristiana se hace culpable.

17. Aquí como en Mateo, las palabras: *Esto es mi sangre del pacto.* son el verdadero texto. El texto recibido con A, y algunas *mayúsc.* dice: "mi sangre del nuevo pacto." Expresión importada del texto de Lucas.—Estas palabras de Marcos:

derramada por muchos (gr. verdadero texto, en favor de muchos), tienen en el fondo la misma significación que las de Mateo, quien agrega: "para remisión de pecados;" pues, sin esa inmensa gracia de Dios, sin el perdón de los pecados, cuya fuente nos ha abierto la muerte de Jesucristo, nadie podría decir en qué sentido ha sido su sangre derramada en nuestro favor.

18. Mat. 26: 29, nota.

19. Mat. 26: 30, notas

20. Gr. *Seréis escandalizados.* El texto recibido agrega: *en mí, esta noche.* Estas últimas palabras son auténticas en el v. 30.

21. Véase, sobre esta doble predicción, Mat. 26: 21, 32, notas.

En verdad te digo que tú, hoy, esta noche, antes que dos veces
31 cante un gallo, tres veces me negarás²². Pero él hablaba abundantemente²³: Si me fuere necesario morir contigo, de cierto no te negaré. Y de igual manera todos también decían²⁴.

32 Y llegan a un lugar cuyo nombre es Getsemaní²⁵. Y dice a
33 sus discípulos: Sentaos aquí hasta que ore. Y toma consigo a
34 Pedro y a Jacobo y a Juan, y empezó a aterrorizarse y angus-
35 tiarse²⁶. Y les dice: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad²⁷. Y yendo un poco más adelante, se postraba en tierra y oraba para que, si era posible, pasara de él esa
36 hora²⁸. Y decía: Abba, Padre, todo es posible para ti; aparta esta copa de mí²⁹; empero, no lo que yo quiero, sino lo que tú³⁰.

22. Pedro ha dicho: *Aun cuando todos, yo no, y el Señor le responde: Tú (omitido erróneamente por el texto recibido), hoy, esta misma noche, antes que cante el gallo, y todo eso precedido por la solemne afirmación: ¡En verdad te digo!*—Los cuatro evangelistas son unánimes en esta predicción de que Pedro negará tres veces a su Maestro antes que el gallo cante, pero Marcos solo agrega: "cante dos veces." (Comp. v. 68 y 72.) Este detalle muestra que la triple negación de Pedro ocupó cierto tiempo. Es lo que confirma el relato de Lucas. (22: 59.)

23. Tal es el sentido de la variante de *Sin., B, C, D: él (Pedro) hablaba vivamente, o abundantemente, o excesivamente*, es decir con una vivacidad extrema, con la pasión de un hombre ardiente, que se sentía herido en su orgullo por la predicción del Salvador. El texto recibido tiene: *decía aún más expresamente*.

24. El Señor había dicho (v. 27): *Todos vosotros seréis escandalizados. Y todos, arrastrados por la presunción de Pedro, desmienten la palabra del Maestro.* (Véase, sobre ese diálogo entre Jesús y su discípulo, Mat. 26: 32-35, notas.)

25. Véase, sobre este relato, Mat. 26: 36-46, notas, y comp. Luc. 22: 40-46. Sólo haremos notar aquí lo que es particular a Marcos.

26. Marcos, como Mateo, se sirve de dos términos para tratar de describir el inexplicable dolor del Salvador. Pero el primero de esos términos es mucho más fuerte en nuestro evangelio. Expresa el asombro extremo, el *estupor*. Marcos solo se

sirve de esa palabra. (9: 15; 16: 5, 6.) El pensamiento de Mateo nos es más comprensible; pero ¿quién puede sondear las profundidades misteriosas del padecimiento moral que experimentaba entonces el Salvador?

27. Mateo agrega: *conmigo*. En el vivo sentimiento de su aislamiento y de su angustia, siente Jesús la necesidad de tener por lo menos junto a sí esos amigos, los que ¡ay! ni aun tuvieron fuerza para velar (v. 37) y le dejaron completamente solo con su dolor y con su Dios.

28. *La hora*, la hora suprema, fatal, es aquella en que se decide el destino de un hombre, su felicidad o su desgracia, su existencia; ella pasa lejos de él cuando transcurre sin traerle los males que temía. Para el Salvador, *esta hora* era la de Getsemaní y del Calvario, pero sobre todo de Getsemaní. La palabra *hora* tiene aquí el mismo significado que la palabra *copa*. (v. 36; 10: 38.) No era la primera vez que se servía Jesús de ella para designar su gran sacrificio. (Juan 12: 27.) Hacía mucho tiempo que él conocía esa hora y la veía venir. (Juan 2: 4; 7: 30; 13: 1; 17: 1.)

29. La idea de esa ardiente súplica es la misma que en Mateo (26: 39), pero todas las expresiones son particulares a Marcos. Ante todo esa invocación de Dios bajo el dulce nombre de *Padre*, conservado en arameo: *Abba*. Es con la lengua maternal con la que se expresan los sentimientos más íntimos y más profundos, sobre todo los sentimientos religiosos. Esa palabra, propia de la mayor parte de las lenguas semíti-

37 Y viene y los halla durmiendo; y dice a Pedro; ¡Simón, duermes!
38 ¡no has podido velar una sola hora! Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu, sí, está presto, mas la carne es
39, 40 débil³¹. Y otra vez, yendo oró, diciendo el mismo dicho³². Y viniendo los halló otra vez durmiendo, pues sus ojos estaban muy
41 cargados; y no sabían qué responderle³³. Y va por tercera vez, y les dice: ¡Dormid en adelante, y descansad!³⁴. ¡Basta! La hora ha llegado, he aquí, el hijo del hombre es entregado en las manos
42 de los pecadores. Levantaos, vamos, he aquí, el que me entrega se ha acercado³⁵.

cas, seguramente ha sido formada conforme al balbuceo de las criaturas. El evangelista une a la palabra hebrea la traducción griega, como lo hace el apóstol Pablo cuando emplea esa misma palabra, quizá por alusión al grito de Jesús en Getsemaní. (Rom. 8: 15; Gál. 4: 6.) Luego Marcos da con esta afirmación: *todo te es posible*, el pensamiento que Mateo expresa en estas palabras: *si es posible*. No hay contradicción entre esos dos términos: saber que todo es posible a Dios es una gran fuente de ánimo en la oración; pero convencerse también que hay cosas que no son posibles a Dios mismo, si no son conformes a su sabiduría y a su misericordia, es un poderoso motivo de renunciar a lo que le pedimos. Por último, Marcos y Lucas son los que expresan la demanda del Salvador por ese término energético: *¡aparta esta copa!*

30. Cada uno de los tres evangelistas pone a su modo esta expresión de la profunda sumisión del Salvador a la voluntad de su Padre. Mateo: *no como yo quiero, sino como tú*; Lucas: *no mi voluntad, sino la tuya*; Marcos: *no lo que yo quiero, sino lo que tú*. Hay allí matices que llevan consigo su instrucción, y que no existirían si, como se pretende, uno de los evangelistas hubiera servido de fuente a los otros dos, o si tuvieran como base una misma narración escrita.

31. Véase Mat. 26: 40, 41, notas. Según nuestro evangelio, Jesús da a Pedro su antiguo nombre de *Simón*, como todas las veces en que le advierte su debilidad. (Juan 21: 15.) ¡Cuán impresionante es esta exhor-

tación a la vigilancia, pronunciada en tal momento!

32. Mateo (26: 44) menciona en esos términos la tercera oración de Jesús; antes (v. 42) había indicado las palabras que Jesús pronunció en su segunda oración. Resulta de nuestro v. 41 que, según Marcos también, Jesús se alejó tres veces de sus discípulos para orar.

33. Véase, sobre el sueño de los discípulos, Mat. 26: 40, nota. Marcos lo describe con más fuerza: un peso irresistible obraba sobre sus párpados; y agrega este último detalle: *no sabían qué responderle*, es decir, qué responder a Jesús que les reprochaba su falta de vigilancia. Estas palabras recuerdan las del cap. 9: 6, como el sueño de los discípulos en Getsemaní recuerda el que los abrumó cuando la transfiguración.

34. Marcos está literalmente de acuerdo con Mateo, en estas palabras que han sido tan diversamente interpretadas. Véase Mat. 26: 45, 1.^a nota.

35. Comp. Mat. 26: 45, 2.^a nota.— Marcos agrega un término que traducimos por: *¡Basta!* y que ha ocupado singularmente la sagacidad de los intérpretes. El verbo griego es vago y tiene varios sentidos. Unos han traducido: *Acabó mi angustia, ha pasado, se ha alejado*. Otros: *Ha terminado, todo está cumplido*, he aquí el momento supremo de mi existencia terrestre. Pero dejamos a un lado todas las significaciones de esa palabra que serían una reflexión de Jesús sobre sí mismo; habla a sus discípulos y para ellos. Después de haberles dicho con dolorosa ironía:

43 Y luego, hablando aún él, llega Judas Iscariote, uno de los doce, y con él una multitud con espadas y palos, de parte de los 44 principales sacerdotes y de los escribas y de los ancianos³⁶. Y el que le entregaba les había dado una señal convenida, diciendo: 45 Al que besare, él es; prendedle y llevadle seguramente³⁷. Y vino, 46 y allegándose luego a él, dijo: Rabí, y le besó con afecto³⁸. Y 47 ellos le echaron mano y le prendieron. Mas uno de los que allí estaban, sacando la espada, hirió al siervo del sumo sacerdote, y 48 cortó su oreja³⁹. Y Jesús, tomando la palabra, les dijo: ¡Como a ladrón habéis salido con espadas y palos para prenderme! 49 Cada día estaba con vosotros en el templo, enseñando, y no me prendisteis; pero para que sean cumplidas las escrituras...⁴⁰. 50, 51 Y dejándole, huyeron todos. Y cierto mancebo le acompañaba, vestido con un lienzo sobre [el cuerpo] desnudo; y le prenden⁴¹, 52 mas él, dejando el lienzo, huyó desnudo⁴².

Dormid en adelante, y descansad, es sobrecogido por todo lo que hay de trágico en la situación, y exclama con decisión heroica: No, ¡basta! ¡basta de dormir! ¡la hora ha llegado! he aquí, ¡el hijo del hombre es entregado! (Verbo en presente). *¡Levantaos, vamos! he aquí; ¡el que me entrega se acerca!* ¡Admirable restauración, triunfo de la fuerza divina en Jesús después de todas las angustias y los desfallecimientos de Getsemaní! En cuanto a las causas del sufrimiento moral del Salvador, véase Mateo 26: 46, nota.

36. Véase, sobre el arresto de Jesús en Getsemaní, Mat. 26: 47-56, notas. El relato de Marcos es abreviado. El texto recibido, con A, C, D, agrega "una grande multitud", texto imitado de Mateo.

37. Una señal que se había convenido por anticipación. Nada había sido descuidado entre el traidor y sus cómplices. *Conducidlo con seguridad.* Judas no dejaba de temer que hubiera resistencia entre los amigos de Jesús y de parte del pueblo.

38. Según el texto recibido, Judas habría repetido ese título de honor, *rabí, rabí*, que significa *maestro* o *doctor* y, según la etimología hebrea, *grande* en ciencia, en honor. Si la lección ordinaria es auténtica, esa repetición de la misma palabra descubriría en Judas una ansiedad, un apuro que eran muy naturales, o el deseo de rendir a Jesús un homena-

je hipócrita. Pero la mayor parte de los críticos, conforme a *Sin., B, C, D*, rechazan esa repetición. Ese verbo *le besó*, es compuesto en griego con una partícula indicando que Judas habría puesto en este hecho una especie de solicitud: "le besó con efusión." Véase Mat. 26: 49, nota.

39. Véase Mat. 26: 51, 52, notas, y comp. Juan 18: 10, 11; Luc. 22: 51.

40. Mat. 26: 55, 56, notas. Por las escrituras entiende Jesús las profecías relativas a sus sufrimientos y a su muerte. Es necesario completar esa frase *pero para que*, entendiendo: "esto me acontece..."

41. El texto recibido dice: "y los mancebos le prenden;" pero no siendo auténticas las palabras en bastardilla, sólo quedan éstas: *le prenden*.

42. Este incidente extraordinario, cuyo recuerdo ha conservado Marcos, ha dado lugar a numerosas suposiciones. ¿De dónde podía venir ese joven cubierto simplemente de un lienzo o de un vestido de noche? Se ha supuesto que era el hijo de la casa donde Jesús había pasado la última tarde con sus discípulos. Pero, habría atravesado las calles de Jerusalén y el valle de Cedrón con ese ligero vestido! Se ha pensado con más razón que salía de alguna casa de campo vecina del jardín de los Olivos, habiendo sido despertado por el ruido que hacía la multitud. (v. 43.) Se ha supuesto también, con verosimilitud, que era un discípulo

7. El proceso.

A. 53-15: 1. JESÚS ANTE LAS AUTORIDADES JUDÍAS.—1.º *La sesión nocturna.*—a) *Los falsos testimonios en desacuerdo.* Jesús, seguido de lejos por Pedro, es conducido a la casa del sumo sacerdote, donde el sanedrín se reúne. Los miembros de la asamblea buscan en vano una causa de condenación. Las deposiciones de los testigos no concuerdan. Algunos refieren un eco de su dicho sobre la reedificación del templo en tres días, pero tampoco están de acuerdo. (53-59.)—b) *Jesús interrogado por el sumo sacerdote.* Entonces el sumo sacerdote se levanta y pregunta a Jesús si no tiene nada que responder a esas acusaciones. Jesús calla. El sumo sacerdote le pregunta si es él el Cristo, el Hijo del Bendito. Jesús declara que lo es y que sus adversarios le verán sentado a la diestra de la Potencia y viniendo sobre las nubes del cielo. (60-62.)—c) *Jesús condenado a muerte.* El sumo sacerdote, desgarrando sus vestidos, toma por testigos de la blasfemia a los miembros de la asamblea. Todos condenan a Jesús a muerte, luego le maltratan. Los servidores le reciben a palos. (63-65.)—2.º *La negación de Pedro.*—a) *Primera negación.* Mientras Pedro se calienta en el patio, una sirvienta del sumo sacerdote le reconoce y le señala como uno de los que estaban con Jesús. Pedro lo niega. Sale al vestíbulo. El gallo canta. (66-68.)—b) *Segunda y tercera negación.* La sirvienta le ve nuevamente y le designa a los presentes. Niega aún. Otros repiten la misma afirmación, fundándose en el hecho de que Pedro es galileo. Jura no conocer a Jesús. (69-71.)—c) *Arrepentimiento de Pedro.* Inmediatamente el gallo canta por segunda vez. Pedro recuerda la predicción de Jesús y llora. (72.)—3.º *La segunda parte de la sesión por la mañana.* Después de haber tenido consejo nuevamente a la mañana, el sanedrín entrega a Jesús a Pilato. (15: 1.)

53 Y llevaron a Jesús al sumo sacerdote, y se reúnen todos los 54 principales sacerdotes y los ancianos y los escribas⁴³. Y Pedro le siguió de lejos, hasta dentro, al palacio del sumo sacerdote; y estaba sentado con los alguaciles y calentándose junto al fue- 55 go⁴⁴. Y los principales sacerdotes y todo el sanedrín buscaban contra Jesús un testimonio para hacerle morir, y no lo hallaban.

de Jesús, como parece indicarlo el interés con que le seguía. En fin, se ha preguntado quién podía ser ese joven discípulo del Salvador; y, desde los padres de la iglesia hasta nuestros días, no se ha dejado de proponer nombres propios. Algunos exégetas modernos (Olshausen, Lange, Holtzmann, Weiss) se detienen en la idea de que era Marcos mismo. Simple hipótesis, pero que resuelve por lo menos esta otra pregunta: ¿dónde ha adquirido nuestro evangelista el conocimiento de este hecho, y qué interés presentaba éste ante sus ojos? Habría referido su propia experiencia.

43. Véase, sobre este relato, Mat. 26: 57-68, notas, y comp. Luc. 22: 54 y sig. Según los sinópticos, Jesús es conducido directamente a casa

del sumo sacerdote, Caifás. Pasan en silencio la compareción ante Anás. (Véase Juan 18: 13, nota.) Allí es donde las tres clases de hombres designados en este versículo, y que componían el sanedrín o consejo supremo se reúnen, en cuanto son advertidos, durante la noche, de que Jesús acababa de ser detenido en Getsemaní. *B, A*, y otros agregan un pronombre al verbo *se reúnen*. Unos lo traducen por *en su casa* (del sumo sacerdote); otros por *con él* (Jesús: en el sentido de que llegan al mismo tiempo que él al palacio de Caifás.) Esta lección podría ser auténtica en razón misma de su dificultad.

44. Gr. cerca de la *lux*, palabra que Marcos escoge intencionalmente para hacer comprender que era un fue-

56 Muchos, en efecto, daban falso testimonio contra él; mas no con-
57 cordaban sus testimonios⁴⁵. Y levantándose algunos, daban falso
58 testimonio contra él, diciendo: Nosotros le hemos oído decir: Yo
demoleré este santuario hecho de mano, y en tres días otro no
59 hecho de mano edificaré⁴⁶. Mas ni aun así concordaba su testi-
60 monio. Y levantándose el sumo sacerdote en medio⁴⁷, preguntó
a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos con-
61 tra ti? Mas él callaba, y no respondió nada⁴⁸. Otra vez el sumo
sacerdote le preguntaba, y le dice: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del
62 Bendito?⁴⁹. Y Jesús dijo: Yo soy⁵⁰; y veréis al hijo del hom-
bre sentado a la diestra de la Potencia y viniendo con las nubes
63 del cielo⁵¹. Y el sumo sacerdote, desgarrando sus túnicas⁵², dice:
64 ¿Qué necesidad tenemos aún de testigos? Habéis oído la blasfe-
mia: qué os parece?⁵³. Y todos ellos le condenaron ser reo de

go brillante, por medio del cual Pedro pudo muy bien ser reconocido. (v. 66 y sig.)

45. La partícula *en efecto* motiva el hecho de que el consejo debía buscar aún un testimonio contra Jesús. La razón era que muchos hacían deposiciones, pero que esas deposiciones *no concordaban*, lo que las hacía nulas. (Deut. 17: 6.) Ese detalle característico del procedimiento, que Marcos solo ha notado, prueba que cada testigo era oído en ausencia de los demás. Se quería dar a lo menos las apariencias de la legalidad.

46. Este testimonio, que Mateo relata de un modo más sencillo, era el eco lejano de una sentencia profunda de Jesús (Juan 2: 19, nota), que, mal comprendida, parece haber dejado una impresión duradera en el espíritu del pueblo (Act. 6: 14); veían en ella una blasfemia contra el lugar santo. Pero lo más notable que hay aquí, es la especie de comentario con que el falso testigo acompaña esas palabras por el contraste que establece entre un santuario hecho por mano de hombres y otro que no será hecho por mano de hombres. (Gr. *hecho por mano, no hecho por mano*.) En el pueblo, se comprendían las palabras de Jesús como la profecía de un culto más espiritual que el del templo; aun interpretadas así, parecían un ultraje contra este último. Este detalle, por lo demás, es particular a Marcos. (Véase Mat. 26: 61, nota.)

47. Gr. *habiéndose levantado* (y adelantado) *hacia el medio* (de la sala.) Detalle conservado por Marcos, y que muestra la solemnidad o más bien la pasión que el sumo sacerdote demostraba en el procedimiento.

48. Silencio elocuente. El imperfecto: *él callaba*, indica que Jesús persistía en esta actitud a pesar de los esfuerzos del sumo sacerdote; el aoristo: *no respondió nada* consigna el resultado final. (Comp. Mat. 26: 63 y 27: 14, notas.)

49. Gr. *¿Tú eres el Mesías, el Hijo del Bendito?* Esta última palabra es un hebraísmo con el cual los judíos designaban con devoción al Dios digno de toda adoración. Por ese lenguaje hipócrita y por esa pregunta a la vez solemne y despreciativa (*tú*), Caifás preparaba su auditorio a encontrar una blasfemia en la respuesta de Jesús, si esa respuesta era afirmativa. (Véase, sobre esa pregunta, Mat. 26: 63, nota.)

50. Gr. *YO soy*.

51. Véase Mat. 26: 64, notas. Es necesario observar que aquí no se halla, como en Mateo, el *en adelante* veréis, lo que hace la idea más simple y la eleva directamente hacia el Poder divino y hacia esa gloria en la cual el hijo del hombre *vendrá sobre las nubes del cielo*.

52. Gr. *sus túnicas*. Se sabe que los ricos llevaban dos de diferente tamaño.

53. Véase Mat. 26: 65, nota.

65 muerte⁵⁴. Y algunos empezaron a escupirle y a cubrir su rostro y a darle de puñadas y a decirle: ¡Profetiza!⁵⁵. Y los alguaciles le recibieron a bofetadas⁵⁶.

66 Y estando Pedro abajo en el patio, llega una de las sirvien-
67 tas del sumo sacerdote; y viendo a Pedro que se calentaba, mirándole, le dice: También tú con el nazareno Jesús estabas⁵⁷.
68 Mas él negó, diciendo: No sé ni comprendo lo que tú dices⁵⁸. Y
69 salió afuera al pórtico, y un gallo cantó⁵⁹. Y la sirvienta, viéndole otra vez, empezó a decir a los que allí estaban: Éste es de ellos⁶⁰.
70 Mas él otra vez negaba. Y poco después otra vez, los que estaban allí decían a Pedro: Verdaderamente de ellos eres, pues tam-
71 bién eres galileo⁶¹. Mas él empezó a hacer imprecaciones y a ju-

54. *Todos le condenaron ser reo de muerte*. (Mat. 26: 66, nota; comp. Marcos 3: 29; Mat. 5: 21, 22.)

55. Esta palabra: algunos *empezaron*, muestran que esos horribles tratamientos fueron el resultado inmediato de la condenación de Jesús. Pero, ¿quiénes son esos algunos que se los infligen? (Véase Mat. 26: 67, nota.) Según Mateo y Marcos, que oponen esos *algunos* a la palabra *todos* del versículo precedente, no hay duda de que los miembros del sanedrín hayan tomado parte en esos indignos ultrajes, pues Marcos hace una distinción entre esos hombres y los *alguaciles*, que *le recibieron a bofetadas*. Lucas solo (22: 63) parece atribuir todo a "los que tenían a Jesús", es decir a los soldados de la tropa. (Véase la nota.)—*Cubrirle el rostro* no tenía otro objeto que preparar esta orden irónica: ¡Profetiza! Esta palabra es explicada por las que dice Mateo: "Adivina quién es el que te ha herido."

56. El texto recibido dice: los servidores *le daban palos*. La variante admitida según la mayor parte de las *mayúsculas*, expresando la misma idea, nos dice también que Jesús fué en ese momento entregado a los servidores; confirma por consiguiente la idea de que los malos tratamientos descritos en este versículo fueron ante todo infligidos al Salvador por los miembros mismos del sanedrín.

57. Véase, sobre la negación de Pedro, Mat. 26: 69 y 75, notas, y comp. Luc. 22: 56-62. Marcos describe muy vivamente la escena. Ante todo observa que Pedro estaba *abajo*

en el patio; la sala del juicio estaba pues más elevada. (Comp. Luc. 22: 61, nota.) Luego nos muestra a Pedro que se calentaba al fuego (v. 54), y la sirvienta del sacerdote que *le ve y le considera* atentamente antes de acusarle. Por último, Jesús es aquí designado como *Nazareno* en vez de Galileo.

58. Gr., según una variante de *Sin., B., D.*: *Ni sé, ni comprendo* lo que dices. (Mat. 26: 70, nota.) La lección recibida, que una menos estrechamente los dos verbos, podría traducirse: "No le conozco y no sé lo que dices." (Comp. v. 71.)

59. *Pórtico* o patio exterior. Mateo habla de la puerta que conducía allí; la idea es la misma.—Ese *canto del gallo* fué el primero según Marcos, que admite dos. (v. 30, notas, y v. 72.) Estas palabras y el *gallo cantó* faltan en *Sin., B.* Son conservadas por Tischendorf.

60. Esta sirvienta es la misma que había ya acusado a Pedro, mientras Mateo dice que fué *otra*, y Lucas atribuye esta segunda acusación a un hombre. (Véase, sobre las diferencias relativas a las personas que dirigen a Pedro estas preguntas, Luc. 22: 58, nota.) Nuestra traducción es conforme al texto de *A* y de la mayor parte de las *mayúsc.* *Sin., C* colocan *otra vez* después de *empezó a decir*. *B.*, lo omite.

61. Su acento galileo le hacía conocer. (Mat. 26: 73.) El texto recibido agrega aun estas palabras: *y tu lenguaje se asemeja al de ellos*, con las cuales se ha querido introducir aquí el pensamiento de Mateo.

72 rar: No conozco a este hombre de quien habláis⁶². Y luego por segunda vez cantó un gallo. Y Pedro recordó el dicho que le había dicho Jesús: Antes que dos veces cante un gallo, tres veces me negarás⁶³. Y pensando en ello, lloraba⁶⁴. Y luego por la mañana tomando consejo los principales sacerdotes con los ancianos y escribas y el sanedrín entero, atando a Jesús, le llevaron y entregaron a Pilato¹.

B. 2-20. JESÚS ANTE PILATO.—1º Pilato interroga a Jesús. Pilato pregunta a Jesús si es el rey de los judíos. Jesús lo afirma. Los sacerdotes hacen diversas acusaciones contra él. Jesús calla, de lo que Pilato se asombra. (2-5.)—2º Pilato entrega a Jesús. Pilato tenía costumbre de soltar en la fiesta un prisionero. La multitud pide que sea hecho conforme a la costumbre. Pilato le ofrece el rey de los judíos. Excitado por los sacerdotes, el pueblo escoge a Barrabás, sedicioso y homicida, y responde a las preguntas

62. Véase Mat. 26: 74. nota. Gr. "empezó a anatematizar," o a pronunciar anatemas (contra sí mismo) y a jurar para afirmar que él no conocía a Jesús. Marcos emplea los mismos términos que Mateo, pero atenúa la segunda negación omitiendo el juramento.

63. Véase v. 30, nota.

64 Hay pocas palabras del evangelio que hayan soportado más interpretaciones y traducciones diversas que la que vertemos por: *pensando en ello*. Es uno de esos verbos griegos compuestos que significan casi todo lo que se quiere, y cuyo sentido debe ser determinado por el contexto. Los antiguos traductores (Beza, Ostervald), para andar de acuerdo con Mateo y Lucas, dicen: *Y habiendo salido pronto o arrojándose fuera, lloró*. Lutero, Calvino, Second, Stapfer, traducen: *empezó a llorar*. Esta versión es conforme al texto de D que sustituye por el verbo *empezó* el participio que se lee en los otros documentos. La *Italia*, la vulgata, las vers. siríacas siguen ese texto. Algunos proponen traducir: *habiéndose cubierto la cabeza con su manto; otros: habiendo puesto los ojos en Jesús, etc.* En fin, muchos traductores e intérpretes eminentes (Weiss, Holtzmann, las vers. de Pau-Vevey Rilliet, Ostervald revisado), ligando esa palabra a la que precede: *Pedro se acordó*, dan a nuestro pasaje esta significación autorizada por la gramática: y

volviendo en sí, o reflexionando en ello, pensando en ello, lloraba. Eso quiere decir que, más tarde, cuando ese pensamiento le volvía al espíritu, le arrancaba lágrimas. Y, en efecto, cualquiera que sea el sentido que se dé al primero de estos dos verbos, es necesario rechazar como falsa toda traducción que vierte el segundo, como se hace tan a menudo, por un pretérito perfecto (*lloró*), en lugar de ese imperfecto, querido por el evangelista, *lloraba*. En todo su evangelio, Marcos emplea muy frecuentemente ese tiempo del verbo, que jamás confunde con otro, y por el cual expresa la repetición, o la duración, o la permanencia de una acción. Ahora bien: ¡cuán conmovedor y verdadero es este relato que nos muestra la dolorosa emoción de Pedro, su profundo arrepentimiento, manifestándose por lágrimas cada vez que se acordaba de ese momento trágico de su vida!

1. Marcos hace observar aquí que, en esta segunda deliberación, el sanedrín estaba completo, conteniendo los tres clases de hombres que componían ese cuerpo. No había probablemente ocurrido lo mismo durante la primera parte de la sesión, en la cual la condenación de Jesús acababa de ser pronunciada. (14: 53.) Ahora sólo se trataba de entregar el Salvador a Pilato, a fin de obtener de él la autorización de ejecutar la sentencia. (Comp. Mat. 27: 1, 2, notas.) Fué el cumplimiento de la predicción de 10: 33.

de Pilato relativas a Jesús con el grito repetido de: ¡Crucifícale! Pilato pone en libertad a Barrabás, y después de haber hecho azotar a Jesús, le entrega para ser crucificado. (6-15.)—3º Jesús abandonado a los ultrajes de los soldados. En medio de la cohorte reunida, Jesús, vestido con las insignias de una irrisoria realeza, es objeto de las burlas y de los ultrajes. (16-20.)

2 Y Pilato le preguntó²: ¿Eres tú el rey de los judíos?³ Y 3 respondiendo él le dice: Tú lo dices⁴. Y le acusaban los principales sacerdotes de muchas cosas⁵. Y Pilato otra vez le preguntó 5 diciéndole: ¿No respondes nada? Mira de cuánto te acusan. Mas Jesús no respondió nada más, de modo que Pilato se admiraba⁶. 6 Y, en cada fiesta, les soltaba un prisionero, el que pedían⁷. 7 Y había el llamado Barrabás, aprisionado con los sediciosos, los 8 cuales en la sedición habían hecho un homicidio⁸. Y subiendo la 9 multitud, empezó a pedir conforme les hacía⁹. Y Pilato les respondió diciendo: ¿Queréis que os suelte el rey de los judíos?¹⁰ 10 pues conocía que por envidia le habían entregado los principales

2. Véase, sobre la comparación de Jesús ante Pilato, Mat. 27: 1, 2, 11-30, notas, y comp. Luc. 23: 1 y sig. y sobre todo Juan 18: 28 y sig. De todos los evangelistas, Marcos es el que tiene más abreviado el relato del interrogatorio de Jesús por Pilato; se limita a algunos rasgos principales, destinados a mostrarnos que el gobernador romano tenía el deseo de salvar a Jesús, mientras su cobarde debilidad y su política egoísta sucumben pronto ante la insistencia apasionada de los judíos. Juan nos da la relación más completa del diálogo de Jesús con el gobernador y de las luchas que este último sostuvo en su conciencia, antes de sacrificarla a sus intereses.

3. La pregunta de Pilato expresa la extrañeza: *¿Tú, eres el rey de los judíos?* Esta pregunta se halla en los cuatro evangelios. Lucas (23: 2, 3) nos hace saber que el sanedrín, después de haber condenado a Jesús por un crimen religioso, la blasfemia (Mar. 14: 64), cambió delante de Pilato ese motivo de acusación en un delito político. Nueva iniquidad en ese proceso, donde todo no es más que un tejido de mentiras.

4. *Tú lo dices*, hebraísmo que significa: "sí, yo lo soy, como tú lo dices". Jesús, confesando su divinidad ante el sanedrín y su dignidad real ante Pilato ha dado de su persona y de su obra el gran testimonio que sub-

siste por todos los tiempos. (Véase, sobre esa dignidad real, Juan 18: 33-37, y, sobre esta confesión, 1 Tim. 6: 13.)

5. Lucas (23: 2, 3) ha referido algunos de esas acusaciones.

6. Véase Mat. 27: 14, notas.

7. Este imperfecto: *les soltaba*, expresa exactamente la idea de Mateo: "tenía la costumbre de soltar."

8. Marcos y Lucas refieren en detalle el crimen de Barrabás y de sus cómplices, pero sin decirnos cuál era la sedición en medio de la cual lo habían cometido.

9. *Habiendo subido* la multitud (Sin., B. D, *Italia*), es decir habiendo subido las gradas del tribunal o los escalones del palacio de Pilato. La multitud pide conforme *hacia ordinariamente* para ella, es decir que les soltaba un prisionero. Según Mateo (27: 17), sería Pilato quien habría tomado la iniciativa de ese ofrecimiento, en la esperanza de que el pueblo pediría la libertad de Jesús.

10. Por ironía llama Pilato a Jesús *el rey de los judíos*, pero esa ironía era dirigida contra los principales del pueblo, sobre los cuales vertía así el gobernador su mal humor. Se ha supuesto también que, deseando salvar a Jesús, hacía un llamamiento al sentimiento nacional dándole un título que le había concedido el favor popular. (Comp. Juan 19: 15.)

11 sacerdotes ¹¹. Mas los principales sacerdotes excitaron la multitud para que más bien a Barrabás les soltara ¹². Y Pilato, tomando otra vez la palabra, les decía: ¿Qué queréis, pues, que haga al que llamáis rey de los judíos? ¹³. Y ellos otra vez clamaron: ¡Crucifícale! ¹⁴. Mas Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Y ellos clamaron muchísimo: ¡Crucifícale! ¹⁵. Y Pilato, queriendo satisfacer a la multitud, les soltó a Barrabás; y, habiéndole azotado, entregó a Jesús para que fuera crucificado ¹⁶. Y los soldados le llevaron dentro del palacio, que es el pretorio, y convocan la cohorte entera ¹⁷. Y le visten de púrpura, y tejiendo una corona de espinos, se la ponen. Y empezaron a saludarle: Salud, rey de los judíos. Y herían su cabeza con una caña, y le escupían, y doblando la rodilla, le adoraban. Y cuando le hubieron escarnecido, le desnudaron de la púrpura y le vistieron con sus vestidos.

8. La muerte de Jesús.

A. 21-41. JESÚS CRUCIFICADO.—1.º *Antes del suplicio.* Los soldados llevan a Jesús para crucificarle. Constríen a Simón de Cirene a que lleve la cruz. Llegados a Gólgota, ofrecen a Jesús vino mezclado con mirra. Jesús lo rechaza. (21-23.)—2.º *La crucifixión.* Le crucifican y se reparten sus vestidos. Era la tercera hora. El cartel indicando la causa de su condenación, decía: El rey de los judíos. Dos ladrones son crucificados con él. (24-27.)—3.º *Los*

11. Gr. él *conocía* o *reconocía* ese mal motivo de los adversarios de Jesús, es decir que lo advertía observándolos, en el curso mismo de este asunto. La versión ordinaria: *sabía o sabía muy bien*, podría hacer suponer que él había tenido conocimiento de ello antes, y de otro modo.

12. Gr. *Incitaron para que les soltase.* Marcos y Lucas nos demuestran así en los jefes religiosos del pueblo los instigadores de la multitud que sólo era un instrumento en sus manos.

13. Sin., B, C, dicen: *¿qué haré pues?*—No eran los acusadores de Jesús los que le llaman *rey de los judíos* puesto que, al contrario, le reprochaban el atribuirse esa calidad y la presentaban como un crimen ante el gobernador romano. Hallamos pues de nuevo aquí la ironía despreciativa con la que se vengaba Pilato de los miembros del sanedrín, (v. 9.)

14. Las palabras *otra vez* muestran que ya habían proferido ese grito: ¡Crucifícale! Es lo que Marcos hace oír en el v. 11.

15. *¿Qué mal, pues, ha hecho?*—¡Crucifícale! Tal es la lógica y la justicia del odio y de todas las malas pasiones.—Esos verbos en imperfecto: Pilato les *decía* (v. 12 y 14), indican que el gobernador romano, en su deseo de salvar a Jesús, volvió varias veces sobre esas preguntas.

16. Véase, sobre el horrible suplicio de la flagelación, Mat. 27: 26, nota. Según el evangelio de Juan (19: 1 y 4), ese suplicio fué una de las tentativas de Pilato para satisfacer o enternecer al pueblo y salvar a Jesús. En Mateo y Marcos, esa intención no es indicada, y la flagelación aparece más bien como una consecuencia de la condenación del Salvador y como un prelude de su crucifixión.

17. Comp. Mat. 27: 27, nota. Este evangelista dice: *en el pretorio*; Marcos más exactamente: *al interior del patio que es el pretorio*. En efecto, la palabra *patio* designa en conjunto el palacio y el patio interior, que era rodeado por los diversos edificios de ese palacio. (Mat. 26: 3.) A ese patio fué donde condujeron a Jesús.

insultos. Los que pasan, los principales sacerdotes, los ladrones, le injurian y le escarnecen, invitándole a salvarse a sí mismo. (29-32.)—4.º *La muerte.* Desde la sexta hora reinan las tinieblas. En la novena hora, Jesús clama: ¡Eloi, Eloi, lama sabachthani! Algunos de los presentes ven en ese grito un llamado a Elías. Alguien le alcanza una esponja empapada de vinagre. Jesús lanza una gran voz y expira. (33-37.)—5.º *Después de la muerte.* El velo del templo se desgarró. El centurión reconoce a Jesús como el Hijo de Dios. El evangelista nombra algunas mujeres, venidas de Galilea, que han asistido al suplicio. (38-41.)

21 Y le guían fuera para crucificarle ¹⁸. Y fuerzan a uno que pasaba, Simón cireneo, que venía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, a que llevara su cruz ¹⁹. Y le llevan al lugar del 23 Gólgota, que es, interpretado, lugar de la Calavera ²⁰. Y le daban vino mezclado con mirra, mas él no lo tomó ²¹. Y le crucifican, y reparten entre sí sus vestidos, echando suerte sobre ellos, 25 que llevaría cada uno ²². Y era la tercera hora, y le crucificaron ²³. Y la inscripción de su acusación estaba inscripta: EL REY DE LOS JUDÍOS ²⁴. Y con él crucifican a dos ladrones,

18. Comp. Mat. 27: 28-30, notas.—*Le conducen fuera, es decir fuera de la ciudad.*

19. Véase, sobre el relato de la muerte de Jesús, Mat. 27: 31-54, notas, y comp. Luc. 23: 26 y sig. Marcos da algunos detalles acerca de ese Simón a quien se obligó a llevar la cruz de Jesús. Parece haber residido en Cirene, ciudad de Libia en Africa, donde había muchos judíos. (6: 9.) De ahí su sobrenombre. El hecho de que Marcos nombra también sus dos hijos prueba que eran bien conocidos en el momento en que este evangelio fué escrito; probablemente se habían hecho discípulos de Jesús. Rufo es quizás el mencionado en Rom. 16: 13. En cuanto a Alejandro, sin duda no tiene de común más que el nombre con los mencionados en Actos 19: 33 y 1 Tim. 1: 20.—Esta observación hecha por Marcos; de que Simón *volvía del campo*, es uno de los argumentos en que se apoyan los que piensan que el día de la muerte de Jesús era el 14 de nisán y no el 15, gran día de la fiesta de pascua, en que el reposo sabático estaba prescripto. La expresión *volvía del campo* parece, en efecto, implicar que había ido a trabajar; y no a hacer un simple paseo, como lo han pretendido algunos intérpretes. El proceso y la ejecución de Jesús, con todas las idas y

venidas a que dieron lugar, concordarían por lo demás difícilmente con un día de reposo legal y de gran fiesta religiosa. (Véase, sobre este asunto de la fecha de la muerte del Salvador, Juan 13: 1, nota, y comp. F. Godet, *Comentario sobre san Lucas*, 3.ª edic. p. 446 y sig., 547 y sig.)

20. Véase Mat. 27: 33, nota.

21. Véase Mat. 27: 34, nota. Se daba a los condenados, con compasiva intención, en el momento de la ejecución, una bebida destinada a aturdirlos. Es necesario observar ese verbo en imperfecto, tan familiar a Marcos: *le daban*, le ofrecían con insistencia ese vino, pero Jesús lo rehusó; quiso conservar todas sus facultades y agotar la copa de los sufrimientos.

22. Los verbos en presente, según el verdadero texto *le crucifican, reparten* sus vestidos, hacen esa trágica escena aun más actual e impresionante. Véase, sobre ambos hechos, Mat. 27: 35, nota.

23. *La tercera hora*, contando desde las seis de la mañana, corresponde a las nueve. Esta indicación no podría concordar con Juan 19: 14, donde se dice que a la sexta hora (mediodía) Jesús estaba aún con Pilato, que iba a entregarle a los judíos. Hay pues entre Marcos y Juan una diferencia de tres horas.

24. Véase Mat. 27: 37, nota.

29 uno a su diestra y otro a su siniestra²⁵. Y los que pasaban le injuriaban, meneando sus cabezas, y diciendo: ¡Ah! ¡tú que demueles el santuario y lo edificas en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz!²⁶. Igualmente también los principales sacerdotes, escarneciendo, unos a otros con los escribas decían: A otros salvó; a sí mismo no puede salvar. ¡El Cristo, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que veamos y creamos!²⁷. Y los crucificados con él, le vituperaban²⁸. Y llegada la sexta hora hubo tinieblas sobre la tierra entera hasta la novena hora²⁹. Y en la novena hora Jesús clamó con grande voz, diciendo: ¡Eloí! ¡Eloí! ¡lamá sabachthani? que es, interpretado: ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿por qué me has abandonado?³⁰. Y algunos de los que allí estaban, oyéndole, decían: ¡Mirad, a Elías llama! Y corriendo uno e hinchiendo de vinagre una esponja, poniéndola en una caña, le daba de beber, diciendo. Dejad, veamos si viene Elías a bajar-
37, 38 lo³¹. Mas Jesús, lanzando una grande voz, expiró³². Y el

25. Véase Mat. 27: 38, nota. El texto recibido agrega un v. 28 concebido en estos términos: *Y fué cumplida la escritura que dice: Y con ini-cuos fué contado. (Isa. 53: 12.) Esta cita ha sido hecha por el Señor mismo, en la noche de sus sufrimientos. (Luc. 22: 37.) Inscripta al principio en el margen, ha pasado al texto de nuestro evangelio; parecía enteramente en su lugar a continuación del v. 27.*

26. Esas injurias consistían en gestos (*meneando la cabeza*), en gritos (*¡Ah!*) y en palabras. *Destruir y reedificar el templo* era una alusión irónica al falso testimonio dado contra Jesús. (14: 58.) Estas palabras: *sálvate a ti mismo*, eran una amarga burla de la pretensión que Jesús tenía de salvar a los demás. (v. 31; Luc. 23: 35.)

27. Los principales sacerdotes y los escribas formaban un grupo aparte; cambiaban entre sí sus observaciones burlonas. Marcos solo menciona su invocación al Cristo, al rey de Israel. Ellos querían ver para creer. ¡Ay! aun cuando hubiera Jesús descendido de la cruz ante sus ojos, no habrían creído, porque se habían hecho incapaces e indignos de ello.

28. *Le insultaban o le decían ultrajes*. Esos insultos son atribuidos a los dos bandidos crucificados, mientras el relato de Lucas nos hace conocer los sentimientos bien di-

ferentes de uno de ellos. (23: 40 y sig.) Véase Mat. 27: 44, nota.

29. Desde mediodía hasta las tres. Esto está en armonía con Mateo y Lucas; pero según el v. 25, habría ya tres horas que Jesús soportaba el suplicio de la cruz.—En cuanto a estas palabras: *hubo tinieblas*, véase Mat. 27: 45, nota.

30. Véase sobre estas palabras Mat. 27: 46, nota. Marcos ha conservado la pronunciación siríaca o aramea de la palabra Eloí, *Dios mío*. En hebreo se dice *Eli* (Sal. 22: 2), y es sin duda bajo esta última forma como Jesús pronunció esas palabras, tal como están en el salmo que ocupaban entonces sus pensamientos. Explicaría mejor el desprecio o el juego de palabras mencionados en el versículo siguiente: *llama a Elías*. (Mat. 27: 27, nota.)

31. En el relato de Mateo (27: 48, 49), es uno de los presentes quien ofrece a Jesús ese refresco, y son los demás los que luego, pronuncian esas palabras. La escena ocurrió sin duda así. Se ha tentado conciliar los dos relatos suponiendo que también aquí, y a pesar de la palabra: *diciendo*, no es el mismo hombre el que obra y el que habla; pero eso sería hacer violencia al texto. Se podría más bien atribuir un sentido serio a esas palabras: *veamos si viene Elías*, suponiendo que el que las pronunciaba era un israelita que,

velo del santuario se desgarró en dos, desde arriba hasta abajo³³.
39 Y viendo el centurión que enfrente de él estaba, que así había expirado, dijo: Verdaderamente este hombre era hijo de Dios³⁴.
40 Y había también mujeres mirando de lejos, entre las cuales María la magdalena, y María la [madre] de Jacobo el menor y
41 de José, y Salomé, quienes cuando estaba en Galilea le seguían y le servían, y muchas otras que habían subido con él a Jerusalén³⁵.

B. 42-47. JESÚS PUESTO EN EL SEPULCRO.—1.^o *El cuerpo de Jesús pedido a Pilato*. En la tarde, viene José de Arimatea. Se atreve a pedir a Pilato el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concede, después de haberse informado por el centurión del momento de la muerte. (42-45.)—2.^o *El cuerpo de Jesús amovado y depositado en el sepulcro*. José envuelve el cuerpo en un lienzo y lo deposita en un sepulcro labrado en la roca, ante el cual hace rodar una piedra. Dos mujeres son testigos de esta sepultura. (46, 47.)

42 Y llegada ya la tarde, por cuanto era la preparación, que es
43 la víspera del sábado³⁶, yendo José de Arimatea, consejero de distinción, que estaba, él también, aguardando el reino de Dios,
44 lleno de osadía entró a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús³⁷. Mas Pilato se admiró de que ya hubiera muerto; y, llamando a sí al

conforme a la profecía, esperaba el regreso de Elías. (9: 11.) Pero el relato de Mateo parece el más natural.

32. *Una grande voz*. Ni Marcos ni Mateo nos dicen qué palabras pronunció Jesús así en alta voz; pero Juan (19: 30) y Lucas (23: 46) nos la han conservado preciosamente.

33. Véase, sobre este hecho, Mat. 27: 51, nota.

34. Véase, sobre esta exclamación del centurión y sobre las causas que habían podido producir en él tales sentimientos, Mat. 27: 54, nota. Marcos hace observar que ese oficial romano estaba enfrente de él (de Jesús), es decir que había podido ver todo, oír todo, recibir las impresiones profundas de esas grandes escenas del Gólgota. Es la misma idea que Mateo ha expresado diciendo: "habiendo visto lo que había acontecido." Pero, según el texto recibido, Marcos dice que lo que ha atraído la atención del centurión, es que Jesús "hubiese así expirado después de haber clamado." Numerosos y eminentes exégetas han concluido de allí que el centurión se admiró de que Jesús, dando el espíritu, tenía aún la fuerza de lanzar una grande voz. Habría visto en ello un milagro, que le habría llevado a creer que ese

moribundo era un héroe, un hijo de los dioses. Ciertamente, es necesario repetir aquí: "La letra mata." No fué la fuerte voz de Jesús moribundo, sino las palabras que pronunció, esa súplica, expresión de una inefable confianza en Dios: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!" lo que hizo una impresión profunda en el centurión. (v. 37, nota.)—Por otra parte las palabras: *después de haber clamado* faltan en los manuscritos más antiguos (Sin., B), la mayor parte de los críticos las ponen en duda, como una glosa sacada de Mat. 27: 50.

35. Entre esas mujeres piadosas, que habían tenido el valor de asistir al suplicio de Jesús hasta el fin. Marcos nombra las mismas que Mateo. (27: 56, nota.)

36. Véase, sobre este relato de la sepultura de Jesús, Mat. 27: 57-61, notas, y comp. Luc. 23: 50-56 y Juan 19: 38 y sig. Estas palabras de Marcos: *como era la preparación*, es decir la víspera del sábado que iba a empezar a las seis, explican por qué se apresuró José de Arimatea a poner en ejecución su piadoso designio.

37. La descripción que Marcos hace de José pinta la situación y los sentimientos de ese hombre. Conse-

45 centurión, le preguntó si hacía mucho que había muerto ³⁸. Y en
46 sabiéndolo del centurión, donó el cadáver a José ³⁹. Y comprando
un lienzo, bajándolo lo envolvió en el lienzo, y lo puso en un sepul-
cro que estaba labrado en la roca; e hizo rodar una piedra a la
47 puerta del sepulcro ⁴⁰. Y María la magdalena y María [madre]
de José, miraban dónde había sido puesto ⁴¹.

9. La resurrección y la ascensión.

A. 1-8. LA VISITA DE LAS MUJERES AL SEPULCRO.—1.^o *Las mujeres se trasladan al sepulcro.* Después de terminar el sábado, tres mujeres compran aromas para unguir a Jesús. El primer día de la semana, muy temprano, se trasladan al sepulcro. En camino se preguntan quién les hará rodar la piedra. A su llegada, la encuentran apartada. (1-4).—2.^o *Aparición del ángel.* Su mensaje Al entrar ellas en el sepulcro, ven un joven con vestido blanco. El las conforta, les anuncia que Jesús ha resucitado, y les encarga que vayan a decir a sus discípulos que su Maestro va delante de ellos a Galilea. Las mujeres huyen y, en su espanto, no dicen nada a nadie. (5-8.)

XVI. Y pasado el sábado, María la magdalena y María [madre]
2 de Jacobo, y Salomé compraron aromas para ir y unguirle ¹. Y
temprano en gran manera, el primer día de la semana van al se-

jero de distinción, tenía mucho que perder abrazando así la causa del Crucificado; le era necesario pues valor (*habiéndose atrevido*) para trasladarse al palacio de Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús; pero tuvo ese valor, porque era discípulo de Aquel a quien quería honrar (Mat. 27: 58, nota; comp. Juan 19: 38), o, como dice Marcos, porque *esperaba, él también* (con muchos otros) *el reino de Dios.*

38. Los crucificados podían vivir varios días. Por eso se extrañó Pilato de que Jesús estuviese ya muerto; quiso asegurarse de ello antes de entregar su cuerpo. (Comp. Juan 19: 31-35.) Otro testimonio histórico de que Jesús estaba realmente muerto. Marcos solo ha conservado este detalle.

39. *Donó o regaló el cadáver.* (El texto recibido, con A, C, las mayúsc., dice: *el cuerpo.*) Marcos escoge intencionalmente este término para hacer comprender que Pilato acordó gratuitamente a José su pedido. Se habría podido suponer, en efecto, que el avaro gobernador hubiera aprovechado esa ocasión para explotar al rico senador judío; la historia suministra ejemplos de tal codicia en casos semejantes.

40. Mat. 27: 60, nota.

41. El texto recibido dice: *dónde lo ponían*, lo que supondría que ellas asistían al entierro. Según el verdadero texto, ellas volvieron al sepulcro después que ese acto hubo sido realizado y reconocieron dónde habían puesto a Jesús. Mateo (27: 61) nos hace saber que quedaron allí mucho tiempo, "sentadas enfrente del sepulcro," absortas en su contemplación y en su dolor. Por lo demás, el evangelista va a decirnos cuál era su intención (16: 1).

1. Véase, sobre el relato de la resurrección, Mat. 28: 1-10, notas, y comp. Luc. 24: 1 y sig. Esta expresión de Marcos: *pasado el sábado*, nos conduce a la tarde del sábado, después de la puesta del sol, a la hora en que terminaba el sábado y cuando la vida activa volvía. (1: 32.) Fué entonces, también, cuando las mujeres nombradas aquí (comp. 15: 47 y Mat. 28: 1, segunda nota), *compraron aromas para embalsamar* (o, más exactamente, *unguir*) el cuerpo del Señor. Lucas (23: 56) indica más vagamente el momento en que hicieron esa compra; pero es necesario ser muy ávido de contradicciones para hallar una sobre este punto entre ambos evangelistas.

3 pulcro, salido el sol ². Y decían entre sí: ¿Quién nos hará rodar la
4 piedra de la puerta del sepulcro? Y levantando los ojos, ven que
5 había sido hecha rodar la piedra, pues era muy grande ³. Y en-
trando en el sepulcro, vieron un mancebo sentado a la diestra
6 vestido en larga ropa blanca; y se aterrorizaron ⁴. Mas el les
dice: No os aterroricéis; a Jesús buscáis, el nazareno, que fué
crucificado; ha resucitado; no está aquí; he aquí el lugar donde
7 le pusieron ⁵. Mas id, decid a sus discípulos y a Pedro que va
delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, conforme os lo dijo ⁶.
8 Y saliendo, huyeron del sepulcro; pues las dominaban temblor y
pánico. Y a nadie dijeron nada, pues tenían ⁷.

2. Aquí, también, se ha querido llamar a Marcos en desacuerdo con los otros evangelistas y consigo mismo, puesto que si el *sol* había *salido*, no era ya *muy temprano*! En cuanto a los otros evangelistas, Mateo dice: "*al amanecer* del primer día de la semana"; Lucas: "el primer día de la semana, muy temprano"; Juan: "el primer día de la semana, en la mañana, siendo aún oscuro." He ahí toda la diferencia; basta, para explicarla, que uno de los evangelistas tenga en vista el momento en que las mujeres salen de sus casas, y el otro el instante en que llegan al sepulcro. En lugar de detenerse en esa crítica de palabras, valdría más observar la grande y gloriosa armonía que hay entre esa vuelta de la luz del día y la resurrección de entre los muertos de Aquel que es el sol de justicia, la luz del mundo.

3. Estas palabras: *pues era muy grande*, motivan la pregunta inquietada de las mujeres (v. 3), y habrían debido seguirla inmediatamente, pero Marcos, no menos a propósito, hace esa observación sobre el gran tamaño de la piedra en el momento mismo en que las mujeres ven que ella *había sido hecha rodar*. ¡Conmovedor símbolo de nuestras ingenuas inquietudes cuya razón de ser Dios ha quitado ya!

4. *Un joven*, así es como Marcos describe al ángel, tal como había aparecido a las mujeres. Lucas y Juan relatan la aparición de dos ángeles, mientras que Mateo y Marcos sólo mencionan uno, sin duda porque uno de los dos solamente dirigió la palabra a las mujeres. (Comp. Luc. 24: 4, nota.)

5. Esas cortas frases sueltas, claras y simples, caracterizan la vivacidad del discurso y son dignas del enviado celestial que las pronuncia.

6. Véase, sobre ese discurso del ángel, Mat. 28: 5-7 y 10, notas. Marcos tiene un detalle especial, delicado y patético: "decid a sus discípulos y a Pedro." ¿Por qué este favor? Se ha respondido que era a causa del rango superior asignado a Pedro entre los apóstoles. Pero el pobre discípulo había caído profundamente de tal rango; y en realidad es más bien para responder a las necesidades de su alma, a su doloroso arrepentimiento, que el Señor quiso que recibiese así, por un mensaje personal, la consoladora noticia de la resurrección de ese Maestro a quien había ofendido. (Comp. Luc. 24: 34; 1 Cor. 15: 5.)—Las últimas palabras del ángel: *como él os dijo*, hacen alusión a las palabras con que Jesús (14: 28) había dado cita a sus discípulos en Galilea. Este pasaje muestra que Marcos, como Mateo, tenía la intención de referir exclusivamente las apariciones de Jesús resucitado en Galilea, y no las que tuvieron lugar en Judea. (Mat. 28: 10, nota.) Y sin embargo los versículos que siguen contienen cortas indicaciones de unas y de otras. No es, pues, sin razón que se ha visto en ello un indicio de la no autenticidad del fragmento que termina su evangelio. (v. 9-20.)

7. Si fuera necesario entender de un modo absoluto ese silencio de las mujeres, retenidas por el *miedo*, Marcos estaría en contradicción manifiesta con Mateo y Lucas; ellas callaron, quiere decir, mientras el te-

B. 9-20. APARICIONES DE JESÚS. SU ASCENSIÓN.—1.º *María Magdalena*. Jesús resucitado aparece desde luego a María Magdalena, la que va a anunciarlo a los discípulos, pero ellos no la creen (9-11).—2.º *Los discípulos de Emmaús*. Se manifiesta luego a dos discípulos en camino al campo, los que vuelven para anunciarlo a los demás. (12-13).—3.º *Los once*. Finalmente aparece a los once apóstoles, a quienes hace reproches por no haber creído. (14).—4.º *Instrucciones de Jesús*. Entonces les da esta orden: Id por todo el mundo a anunciar el evangelio. Todos los que creyeren serán salvados, y vuestra predicación será acompañada de varias señales milagrosas. (15-18).—5.º *La ascensión*. Después de haber hablado así, el Señor es elevado al cielo. Los apóstoles van a anunciar la buena nueva, mientras el Señor mismo confirma la palabra de ellos con actos de su potencia. (19-20.)

9 Y^s, resucitando por la mañana el primer día de la semana, apareció primero a María la magdalena, de la cual había expulsado siete demonios⁹. Ésta yendo lo anunció a los que habían es-

mor les impidió creer la buena nueva que tenían para anunciar; pero luego después, confortadas por la reflexión, cumplieron su mensaje.

8. Los versículos que siguen (9-20) no parecen haber formado parte del evangelio de Marcos que, en su origen, se detenia inconcluso al fin del v. 8. Los críticos más dignos de confianza no admiten su autenticidad. Sus razones, las principales de las cuales exponemos a continuación, son del mayor peso. 1º Este fin del evangelio falta en *Sin.*, y en *B*, lo mismo que en algunas versiones. 2º Un manuscrito del siglo octavo y varias versiones latinas tienen una corta conclusión del evangelio enteramente distinta de la que nos ha sido conservada aquí. 3º En unos treinta manuscritos del evangelio de Marcos, en letras cursivas, se hallan observaciones indicando que los documentos más antiguos se detenían en nuestro v. 8. 4º Varios padres de la Iglesia, entre otros Eusebio y Jerónimo, declaran positivamente que este fin de nuestro evangelio no estaba contenido en las copias más antiguas. "Los manuscritos exactos, dice Eusebio, terminan el relato de Marcos con las palabras del joven que apareció a las mujeres y les dijo: *No os espantéis*, hasta las palabras: *pues tenían miedo*. Lo que sigue se encuentra en algunas copias raras.—"El fin del evangelio de Marcos se halla en muy pocos manuscritos; casi todos los ejemplares griegos carecen de él." Así habla Jerónimo.—Además de esos testimo-

nios tan convincentes, un examen atento de nuestro fragmento conduce a la misma conclusión. No se halla allí ni el estilo de Marcos ni su modo pintoresco y detallado de relatar. No contiene sino algunos hechos aislados, apenas indicados y evidentemente copiados de los otros evangelios, como lo haremos observar en las notas.—Sin embargo, si este trozo no es de Marcos, es cierto que remonta a una alta antigüedad, pues el mayor número de las versiones y de los manuscritos le contienen, y era ya conocido por Ireneo, que cita un pasaje de él. Por estas razones, muchos teólogos de nuestros días persisten en atribuir a Marcos este fin de su evangelio. Es más probable que, poco después del tiempo de los apóstoles, una mano piadosa quiso terminar el relato de Marcos y, para ello, consignar aquí las principales apariciones de Jesucristo resucitado y su ascensión. (Véanse las notas críticas de Tischendorf y el Nuevo Testamento de Rilliet, en el fin de Marcos.)

9. La simple lectura de este versículo hace sentir que es éste el principio de un escrito nuevo, y no la continuación del relato de Marcos por Marcos mismo. ¿Habría éste repetido así la indicación del día y del momento de la resurrección de Jesús después de haberla referido? (Comp. v. 1, 2.) Luego, ¿no habría relatado la aparición de Jesús a María de modo que formara la continuación del v. 8, lo que no ocurre aquí?—Por lo demás, esa aparición,

11 tado con él, que estaban de duelo y lloraban¹⁰. Y aquéllos oyendo que vivía y había sido visto por ella, no creyeron¹¹.

12 Mas después de esto, a dos de ellos que andaban, se mani-
13 festó en otra forma, yendo ellos al campo¹². Y aquéllos yendo lo anunciaron a los demás; tampoco a aquéllos creyeron¹³.

14 Por último, a los mismos once, recostados [a la mesa] se
manifestó¹⁴; y reprochó su incredulidad y la dureza de su co-
razón, porque a los que le habían visto resucitado, no habían
15 creído¹⁵. Y les dijo: Id por todo el mundo, predicad el evange-
16 lio a toda la creación¹⁶. El que creyere y fuere bautizado, será
17 salvado; mas el que no creyere, será condenado¹⁷. Y estas se-

admirablemente relatada por Juan (20: 11 y sig.), es sencillamente mencionada aquí. La mención de los siete demonios de que Jesús había libertado a María de Magdala es una reminiscencia del evangelio de Lucas (8: 2.)

10. Este mensaje atribuido a María está enteramente en armonía con los otros evangelios (Luc. 24: 10, y sobre todo Juan 20: 18), pero, mucho menos con el de Marcos mismo. (v. 8).—*Los que habían estado con él*, expresión extraña a Marcos, y que designa los discípulos de Jesús en general. Los apóstoles son llamados *los once*. (v. 14).—Se comprende muy bien cuál era la causa de ese duelo y de esas lágrimas en que estaban los discípulos.

11. Comp. Luc. 24: 11, donde esa duda de los discípulos es expresada aún en términos más fuertes.

12. Simple resumen del hermoso relato de Lucas (24: 13 y sig.). Este evangelista refiere que los dos discípulos no reconocieron a Jesús, "porque sus ojos estaban retenidos." (v. 16.) Había seguramente otra causa aun de ese hecho extraordinario: que un cambio se había producido en el aspecto de Jesús. (Comp. Juan 20: 14 y sobre todo v. 19.) Tal es, sin duda, la idea verdadera, aquí expresada por un término poco exacto: se manifestó en otra forma.

13. Según Lucas (24: 33 y sig.) los dos viajeros anuncian con entusiasmo cómo han visto al Señor y cómo ha sido reconocido por ellos en el momento en que rompía el pan. Los apóstoles, por su parte, exclaman: "El Señor ha resucitado verdaderamente, y ha aparecido a Simón."

Se ha hallado, pues, una contradicción entre esas palabras y éstas: *no creyeron a esos tampoco*, es decir, del mismo modo que no habían creído a María Magdalena. (v. 11.) Pero si se continúa leyendo el relato de Lucas, se hallará (v. 41) que en el momento en que Jesús apareció en medio de ellos, los discípulos en su turbación y a causa de su gozo mismo, *no creían aún*.

14. Se trata aquí de la primera aparición de Jesús en medio de sus discípulos (Luc. 24: 36; Juan 20: 19.) Los dos relatos que acabamos de citar no hablan propiamente de una comida. En Lucas 24: 41, se dice que Jesús pidió algo para comer y que los discípulos le presentaron pez asado y un panal de miel. Es lo que ha conducido al autor a pensar que *ellos estaban sentados a la mesa cuando Jesús les apareció*.

15. Estos reproches de Jesús resucitado a sus discípulos son bastante frecuentes en los evangelios; es probable que nuestro autor los resume todos en estas pocas palabras. (Luc. 24: 25 y sig.; 38 y sig.; Juan 20: 27 y sig.)

16. Este versículo resume también brevemente las últimas órdenes de Jesús a los apóstoles. (Mat. 28: 19, 20; Luc. 24: 45 y sig.; Juan 20: 21 y sig.) *Toda criatura* (gr. *toda la creación*) tiene aquí el mismo sentido que *todo el mundo*, o que el término de Mateo "todas las naciones," es decir toda la humanidad pecadora, a la cual destina Dios los tesoros de su gracia.

17. La fe, condición de la salud; la *incredulidad*, causa de la condenación, tal es el gran principio de

ñales acompañarán a los que creyeren; en mi nombre expulsarán 18 demonios; hablarán en nuevas lenguas; alzarán serpientes; y si algo mortífero bebieren, de cierto no les dañará; sobre enfermos pondrán las manos, y sanarán 18.

19 El Señor Jesús, después de hablarles, fué tomado en alto al 20 cielo, y se sentó a la diestra de Dios 19. Mas aquéllos, saliendo predicaron por todas partes, colaborando el Señor y confirmando la palabra por medio de las señales que seguían 20.

todo el evangelio en su aplicación al hombre. (Juan 3: 36.) Si nuestro autor agrega a la fe el *bautismo*, es porque esta palabra reemplaza la orden de bautizar que menciona Mateo (28: 19). Este símbolo no contribuirá, sin embargo, a la salvación más que cuando sea administrado *al que creyere*.

18. La enumeración de esas *señales* o dones de milagros, prometidas a los que hubieren creído, no se halla en otra parte de los discursos de Jesús. Muchos de esos prodigios aun parecen extraños a la sobriedad que distingue a los evangelios. Nada lo prueba mejor que la necesidad en que se hallan algunos exégetas de explicar en un sentido espiritual esos dones que no pueden entender conforme a la letra. *Expulsar los demonios* fué un poder realmente ejercido algunas veces por los apóstoles (Act. 16: 18); Jesús se lo había conferido positivamente. (Mat. 10: 1. etc.) *Hablar nuevas lenguas*, es hablar lenguas no aprendidas de un modo natural. No se trata pues del don de *hablar en lenguas* en un estado de éxtasis. (Act. 2: 4, segunda nota; 1 Cor. 12: 10, 28, 30: 14: 1 y sig.) *Coger serpientes* puede ser una repetición de la promesa de Jesús: Luc. 10: 19, que se ha cumplido por Pablo en

Malta (Act. 28: 3); a menos que se prefiera dar a estas palabras un sentido figurado: Jesús habría conferido a los suyos el poder de desafiar todos los peligros. La facultad de tomar *una bebida mortal* sin experimentar ningún mal puede igualmente entenderse en ambos sentidos. El don de *sanar enfermos* ha sido a menudo ejercitado por los apóstoles. (Act. 3: 7; 28: 8.)

19. Como todos los hechos contenidos en este fragmento, la ascensión de Jesucristo es recordada en dos palabras, de donde se podría deducir que tuvo lugar inmediatamente después de este discurso, el mismo día de la resurrección. (Véase Luc. 24: 50 y sig. notas; Act. 1: 1-9, nota.)

20. Aquí, también, toda la actividad misionera de los apóstoles es expresada por esta frase: *predicaron por todas partes*. Luego nuestro fragmento termina con esta observación de que el Señor *obraba con ellos*, por su Espíritu Santo de luz y de vida y por las *señales* o *milagros* que acompañaban la palabra de ellos.— Este fragmento puede, pues, leerse a continuación del evangelio de Marcos que quedó inconcluso, como un resumen antiguo y precioso de hechos relatados detalladamente por las otras narraciones evangélicas.

EVANGELIO SEGUN LUCAS

INTRODUCCIÓN

I

El Nuevo Testamento, donde Lucas ocupa un lugar tan importante y tan hermoso por sus dos escritos históricos, no nos suministra sino muy pocos detalles sobre *su vida*. Es así cómo los hombres de Dios se ponen a la sombra para que la verdad resplandezca con un brillo tanto más puro, y para que sólo la grande figura de Aquel en quien todos reconocen el Maestro, resalte de sus escritos. Sabemos por las epístolas de Pablo que Lucas fué uno de sus principales colaboradores (Col. 4: 14; Filem. 24; 2 Tim. 4: 11.) Del pasaje de los Colosenses se puede inferir que era de origen pagano, porque Pablo le distingue de sus colaboradores "de la circuncisión." (Col. 4: 11 y 14.) Resulta de ahí que Lucas es el único escritor de la Biblia que no formó parte del pueblo judío. (Col. 4: 14.) En este mismo pasaje le llama Pablo "el médico amado." Esta profesión supone que había cultivado las ciencias y las letras. Sus escritos atestiguan esa cultura superior. Una tradición según la cual habría sido también pintor carece de valor histórico. Orígenes y Epifanio le colocan entre los setenta discípulos que envió Jesús en misión, pero Lucas mismo no se cuenta en el número de los "testigos oculares" de la vida de Jesús (1:2, 3.) La afirmación de Eusebio y de Jerónimo, de que Lucas era oriundo de Antioquía, merece más crédito. Concuerda con la tradición que hace de Teófilo (1: 3; Actos 1: 1) un personaje influyente de esa ciudad. Esa tradición se encuentra ya en el libro de *Reconocimientos clementinos*, de mediados del siglo segundo. M. Godet observa el entusiasmo y la frescura del relato de Act. 11: 20-24, que harían suponer que el narrador asistió a las escenas que describe y confirmarían así la indicación según la cual Lucas fué miembro de la Iglesia de Antioquía.

El hecho de que Lucas se consagró enteramente al apóstol Pablo y le acompañó en sus viajes misioneros, hace pensar que había lazos espirituales particularmente estrechos entre esos dos hombres. Lucas había sin duda recibido de Pablo un impulso que había sido decisivo para el desarrollo de su fe. Aparece por primera vez en la sociedad del apóstol en Troas, durante su segundo viaje misionero. (Act. 16: 10.) Se traslada con él a Macedonia cuando el gran conquistador religioso aborda la Europa y funda allí una primera Iglesia en Filipos. (Act. 16: 11 y sig.) Quizá le dejó el apóstol en-

tonces en esas regiones para afirmar su obra; pero, en su tercer viaje de misión, Lucas está de nuevo con él: se trasladan juntos de Filipos a Troas y a Mileto, donde Pablo se despide de los ancianos de las Iglesias de Asia. (Act. 20: 5 y sig.). De ahí parte Pablo con Lucas y otros para su último viaje a Jerusalén. Lucas reside algún tiempo en esta ciudad. Tuvo ocasión de entrar en relación con los ancianos de la Iglesia. (Act. 21: 1-18.) Pablo fué luego conducido a Cesarea, donde estuvo dos años cautivo; es probable que Lucas le acompañara y fué uno de los "suyos" a quienes el gobernador permitía visitarle y servirle. (Act. 24: 23.) En efecto, estaba con él en ese viaje de Cesarea a Roma que nos ha descrito con detalles tan dramáticos. (Act. 27 y 28.) En fin, en la época de su segunda cautividad en Roma, el apóstol escribía aún a uno de sus discípulos: "Lucas solo está conmigo." (2 Tim. 4: 11.) Es esa la última noticia que nos da el Nuevo Testamento sobre nuestro evangelista. La historia ulterior sólo nos ha conservado tradiciones poco seguras.—En las partes del libro de los Actos que relatan viajes en que Lucas acompañaba al apóstol Pablo, él jamás se nombra, pero da a entender modestamente que estaba presente, empleando el pronombre *nosotros*. Por ello algunos críticos, Schleiermacher entre otros, han tomado ocasión de esa reticencia para rehusar a Lucas esos relatos y atribuirlos a Timoteo o a Silas. Lucas, según ellos, los habría incorporado a su libro olvidando cambiar nada y dejando subsistir ese *nosotros*. Véase, para la refutación de esa idea, la Introducción al libro de los Actos.

II

Si ahora consideramos el tercer evangelio en sí mismo, ¿hallamos allí los *caracteres* supuestos por el ambiente en que se desarrolló la vida del autor? Una simple lectura no deja duda a este respecto.

Y en primer lugar, este escrito está inspirado por un *universalismo* ya enteramente emancipado del particularismo judío. El apostolado del gran misionero de los gentiles ha pasado por ahí. La genealogía del Salvador remonta de María, su madre, no, como en Mateo, hasta Abraham, el padre del pueblo elegido, sino hasta Adán, el padre de nuestra humanidad. (3: 23 y sig.). El cántico de los ángeles que anuncian el nacimiento de este Salvador es: ¡Paz sobre la tierra! ¡buena voluntad hacia los hombres! Simeón celebra la salvación de Dios que le es revelada, pero es una salvación que Dios ha preparado ante *todos los pueblos*, una luz que debe iluminar *las naciones*. Si los habitantes de Nazaret están llenos de furor contra Jesús, es porque les ha mostrado que Dios no hace acepción de nacionalidad en la dispensación de sus gracias. (4: 26-28.) Nuestro evangelio no contiene la orden que Jesús daba a los discípulos para su primera misión, de no ir a los gentiles ni entrar en ninguna ciudad de los samaritanos (Mat. 10: 5); el tiempo de esas restricciones

había pasado, según el plan de Dios que se cumplía. Los samaritanos ocupan un lugar de predilección en nuestro evangelio, como en el de Juan (cap. 4); es un samaritano quien, en una parábola, nos da una admirable lección de caridad; es también un samaritano el único que se muestra agradecido entre los diez leprosos sanados por el Salvador. Para Lucas, como para Pablo, no hay ya, en presencia del Salvador, ni judío, ni griego, ni esclavo, ni libre.

La influencia de Pablo en nuestro evangelio se descubre además por ciertos detalles tanto más significativos cuanto que parecen involuntarios. Así, las palabras de la institución de la cena nos han sido transmitidas en dos formas diferentes: una se halla en Mateo y en Marcos, la otra en Pablo y en Lucas. (22: 19, 20; comp. 1 Cor. 11: 23-25). Así también, solamente por Pablo, y luego por Lucas, conocemos la aparición de Jesús resucitado a Pedro. (1 Cor. 15: 5; Luc. 24: 34.)

Pero sobre todo en la grande y preciosa doctrina del perdón de los pecados acordado por la gracia, obtenido por la fe, se muestra nuestro evangelista discípulo fiel de Pablo. Todo su libro es un cuadro conmovedor de las compasiones divinas que se manifiestan en Jesús. Es un desdichado paralítico, es una mujer culpable, pero humillada a los pies del Salvador, quienes oyen de su boca estas palabras: Tus pecados te son perdonados; tu fe te ha salvado; ve en paz. Son los publicanos y los pecadores, sedientos de perdón y de paz, quienes, atraídos por esa divina misericordia, se acercan a Jesús para oírle. Es un Zaqueo a quien el Señor hace la gracia de posar en su casa. Mientras Mateo nos ha conservado las parábolas que describen la naturaleza y el porvenir del reino de Dios, Lucas se atiene con preferencia a las que nos revelan del modo más conmovedor la misericordia de Dios para con los pecadores. Es la oveja perdida que busca el buen pastor, a la que halla con gozo; es el hijo pródigo a quien su padre recibe con tanto amor; es el publicano que, después de su humilde oración, desciende *justificado* a su casa. Y así las compasiones del Salvador se derraman hasta el fin como un río que la ingratitud de su pueblo no podría agotar. Denuncia a Jerusalén los juicios de Dios, pero llora sobre la ciudad culpable. Ve a su pobre discípulo caer en un abismo donde habría podido perecer, pero le salva con una mirada. Aun sobre la cruz, ora por los que han querido su muerte, y abre el cielo a un bandido crucificado que le implora.—Tal es el Salvador en este evangelio, el único que nos ha conservado esos incidentes emocionantes. Tal es la salvación por gracia que Pablo predicaba en todas partes.

III

Lo que precede no puede dejar duda alguna sobre la *autenticidad* de nuestro evangelio. Es bueno, sin embargo, ver con qué unanimidad

dad lo ha conocido y admirado la Iglesia desde los tiempos más remotos.—Ya los padres apostólicos lo poseían y lo citaban en sus escritos. Podemos limitarnos aquí a Justino, ese filósofo convertido en cristiano ardiente, nacido al expirar el siglo apostólico, y del cual nos quedan tres obras, que suponen todas el conocimiento de nuestros evangelios: sus dos *Apologías* y su *Diálogo* con el judío Trifón al que se esfuerza por llevar a la fe. Se ha recogido en esos escritos hasta quince citaciones del evangelio de Lucas. (Kirchhofer, *Quellensammlung*, p. 132 y sig.). No mencionaremos aquí más que algunas de las que recuerdan hechos de la historia evangélica particulares a Lucas. Justino relata en los términos de Lucas la visita del ángel a María, citando las propias palabras del enviado celestial: “El poder de Dios te cubrirá con su sombra, y concebirás en tu seno por el Espíritu Santo y parirás un hijo y será llamado Hijo del Altísimo y le darás el nombre de Jesús;” y así hasta la humilde respuesta de la virgen: “Séame hecho según tu palabra.” (1: 30-38.) Justino menciona dos veces el censo de Cirenio y, como Lucas, lo pone en relación directa con el viaje de José y de María, yéndose “de Nazaret a Belén para ser empadronados allí.” (2: 1-5.) Cita las palabras de Jesús conservadas por Lucas solo (6: 36): “Sed misericordiosos como vuestro Padre que está en los cielos es misericordioso.” Recuerda el envío de Jesús a Herodes y su sudor de sangre en Getsemaní, de lo que Lucas solo ha hablado. Entregando el Espíritu sobre la cruz, escribe aún Justino, Jesús dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” (23: 46.)

Por el mismo tiempo, nuestro evangelio estaba en poder de varios herejes, en particular del gnóstico Marción, quien lo había falsificado, como falsificaba las epístolas de Pablo, a fin de hacer esos escritos conformes a sus ideas. La grande controversia de Tertuliano contra ese enemigo de la fe está llena de indicaciones preciosas a este respecto. Ireneo (*Contra hæres.* III, 14), en una página notable de su polémica contra los adherentes de Marción y de Valentino que admitían el tercer evangelio mutilándolo, concluye una larga enumeración de hechos evangélicos que sólo conocemos por Lucas, en estos términos: “Es necesario, pues, admitir las demás cosas que él relata, o rechazar éstas; porque no les es lícito recibir como verdad ciertos relatos de Lucas que convienen a sus opiniones y rechazar los demás. Los adherentes de Marción que obran así no tienen el evangelio.” En cuanto al testimonio de los otros escritores eclesiásticos de los siglos segundo y tercero, los hemos recordado en la Introducción general; sería inútil volver respecto de Lucas solo. Basta observar que los padres son unánimes en recordar las relaciones de Lucas con el apóstol Pablo y en considerar nuestro evangelio como un resumen de la predicación de este apóstol. “Lucas, compañero de Pablo, ha consignado en un libro el evangelio predicado por éste.” (Ireneo. *Contra hæres.* III, 1.) Tal es la opinión

de todos esos escritores, que llegan hasta pensar que, cuando el apóstol Pablo se sirve de esta expresión: *según mi evangelio* (Rom. 2: 16; 2 Tim. 2: 8), entiende con ello el evangelio de Lucas. Es esa una idea errónea, pero que demuestra qué relación estrecha establecía la Iglesia entonces entre nuestro tercer evangelio y el ministerio de Pablo. (Véase aquí arriba, II.)

No es posible fijar de una manera precisa la época y el lugar de composición de nuestro evangelio. Un gran número de críticos, basándose principalmente en el hecho de que, en el discurso escatológico (cap. 21), la ruina de Jerusalén, descripta con detalles tópicos (19: 43, 44; 21: 20-24), es netamente distinguida del fin del mundo, del cual es separada por “los tiempos de los gentiles” (21: 24), piensan que Lucas escribía después del año 70. Otros, estimando que esa distinción es el hecho no de Lucas sino de Jesús mismo, cuyas palabras sólo ha reproducido nuestro evangelista según una relación más exacta, colocan la composición de nuestro evangelio antes del 70. La cuestión depende de la de la composición de los Actos. Si, para explicar el silencio de éstos sobre el destino ulterior de Pablo, se admite que fueron escritos en los últimos tiempos de la cautividad del apóstol en Roma, y antes de su muerte, se debe colocar la redacción de nuestro evangelio en 65 o 66. Pero esa fecha de la composición de los Actos es muy incierta. (Véase la Introducción a ese libro.)—La integridad de nuestro evangelio es netamente afirmada por todos los documentos, no menos que su autenticidad. La crítica negativa ha levantado, en nuestros días, dudas sobre la verdad histórica de los dos primeros capítulos, pero sin otra razón que los hechos sobrenaturales que abundan en ellos; esas razones tienen poco peso para los que ven en la aparición del Hijo de Dios sobre la tierra el gran milagro del poder y de la misericordia divinos. Esos primeros relatos tienen, por otra parte, un acento de verdad y de candor que no es igualado más que por la delicada pureza, la religiosa poesía, la incomparable grandeza de los cuadros que presentan.—Si se pregunta de dónde han podido provenir los documentos que ha utilizado Lucas para esta parte de su libro, no hay más que una respuesta posible: ha tenido entre sus manos una narración que remontaba a Zacarías, a Elisabet, a María misma; ellos solos, en efecto, podían conocer esos hechos y conservar su recuerdo. Tal origen garantiza la verdad histórica de esos relatos.

IV

En cuanto al *objeto* que se ha propuesto Lucas y al *plan* que ha seguido, nos los ha indicado con precisión en el prefacio de su libro. (1: 1-4.)—Sabido que varios cristianos habían puesto por escrito diversos relatos que recogían de boca de los que habían sido “testigos oculares y ministros de la palabra”, y hallando, sin duda, esas

noticias demasiado incompletas, resolvió escribir él mismo la historia de la vida de Jesús. Quería que por su trabajo el personaje a quien dedicaba su libro, y después de él todos los que lo leyeran, pudiesen "conocer con certidumbre" los grandes hechos históricos sobre los cuales reposa el evangelio.—Para alcanzar ese objeto, he aquí la marcha que seguirá: después de haber buscado y examinado "con exactitud todas las cosas desde el origen", las escribirá "por orden". ¿Débese admitir, por este último término, que Lucas se proponía seguir rigurosamente un orden cronológico, o podemos aplicarlo también a la idea de un orden de asuntos? Según ciertos pasajes de su libro, que ligán los hechos evangélicos a la historia general, no hay duda de que el autor ha tenido en cuenta la cronología. (1: 5; 3: 1, 2, 23; 9: 28, etc.). Pero donde no la sigue exactamente, una lectura atenta de su relato prueba que la reemplaza intencionalmente por un orden de temas conforme a su plan. Este plan puede ser establecido como sigue:

INTRODUCCIÓN

Prólogo. (1: 1-4.)

I. LOS RELATOS DE LA INFANCIA.

1. *Las predicciones.* Anunciación del nacimiento de Juan el Bautista y del de Jesús. Visita de María a Elisabet. (1: 5-56.)
2. *El doble cumplimiento de las promesas.* El nacimiento de Juan el Bautista. El nacimiento de Jesús. La circuncisión y la presentación al templo. (1: 57 a 2: 40.)
3. *La adolescencia de Jesús.* Su primer viaje a Jerusalén (2: 41-52.)

II. INAUGURACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS.

1. *El ministerio de Juan el Bautista y el bautismo de Jesús.* (3: 1-22.)
2. *La genealogía de Jesús.* (3: 23-38.)
3. *La tentación de Jesús.* (4: 1-13.)

EL MINISTERIO EN GALILEA.

I. LOS PRINCIPIOS.

1. *Comienzo en Nazaret y en Capernaúm.* Predicaciones en las sinagogas de Nazaret y de Capernaúm. El endemoniado. La suegra de Pedro. Enfermos diversos. (4: 14-44.)
2. *Primeros discípulos y primeros oponentes.* Pesca milagrosa, vocación de los primeros discípulos. El leproso. El paralítico. Vocación de Leví. Pregunta sobre el ayuno. Dos violaciones del sábado. (5: 1 a 6: 11.)

II. EL APOGEO.

1. *Jesús proclama el reino de los cielos.* La elección de los doce apóstoles. El sermón del monte. (6: 12-49.)
2. *Jesús sana y liberta.* El siervo del centurión. El hijo de la viuda de Naín. El mensaje de Juan el Bautista y el discurso de Jesús sobre Juan. La pecadora en casa de Simón. (7: 1-50.)
3. *Jesús recorre el país enseñando y obrando milagros.* Parábola del sembrador. Intervención de la madre y de los hermanos de Jesús. La tempestad apaciguada. Jesús entre los gadarenos. Resurrección de la hija de Jairo y curación de una mujer. (8: 1-56.)

III. EL FIN.

1. *La misión de los doce:* último llamado dirigido a Galilea. Opinión de Herodes sobre Jesús. (9: 1-9.)
2. *Retirada a Betsaida. Multiplicación de los panes.* (9: 10-17.)
3. *La confesión de Pedro.* Preguntas de Jesús; respuesta de Pedro. Jesús predice sus sufrimientos e indica las condiciones a llenar para seguirle. (9: 18-27.)
4. *La transfiguración.* Curación de un endemoniado. Nueva predicción de los sufrimientos. ¿Quién es el mayor? Tolerancia. 9: 28-50.)

DE GALILEA A JERUSALÉN.

I. PARTIDA DE GALILEA. JESÚS Y SUS DISCÍPULOS. INSTRUCCIONES.

1. *La partida hacia Jerusalén.* La aldea de los samaritanos. Los tres discípulos. (9: 51-62.)
2. *Misión de los setenta discípulos.* Su envío y su regreso (10: 1-24.)
3. *La parábola del samaritano.* Marta y María. (10: 25-42.)
4. *Instrucciones sobre la oración.* (11: 1-13.)
5. *Jesús y los fariseos.* Curación de un endemoniado y blasfemia de los fariseos. Jesús les responde y los censura; pone a sus discípulos en guardia contra el espíritu de ellos, y les alienta a no temer sus persecuciones. (11: 14 a 12: 12.)
6. *Exhortaciones al desprendimiento y a la vigilancia.* (12: 13-59.)
7. *Incidentes e instrucciones.* Exhortación al arrepentimiento. Curación en el día de sábado. Parábolas del grano de mostaza y de la levadura. (13: 1-21.)

II. NUEVA SERIE DE RELATOS Y DE ENSEÑANZAS EN PARÁBOLAS.

1. *Los elegidos.* La puerta estrecha. La hostilidad de Herodes. Las resistencias de Jerusalén. Jesús, un sábado, en casa de un fariseo: curación, instrucción sobre la conquista de los primeros lu-

gares; parábola de los convidados. Instrucción sobre las profesiones precipitadas. (13: 22 a 14: 35.)

2. *Las parábolas de la gracia.* La oveja extraviada. La dracma perdida. El hijo pródigo. (cap. 15.)

3. *Dos parábolas sobre el uso de los bienes de este mundo.* El mayordomo infiel. Reproches a los fariseos. El rico y Lázaro. (cap. 16.)

4. *Palabras diversas:* los escándalos, el perdón, la potencia de la fe; los siervos inútiles. (17: 1-10.)

III. ESCENAS E INSTRUCCIONES DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL VIAJE.

1. *Los diez leprosos.* (17: 11-19.)

2. *Instrucciones sobre el advenimiento del hijo del hombre.* Pregunta de los fariseos y respuesta de Jesús. Enseñanza a los discípulos. Parábola del juez inicuo. (17: 20 a 18: 8.)

3. *Enseñanzas diversas.* La parábola del fariseo y del publicano. Los niños. El joven rico. La herencia de la vida eterna. Jesús anuncia su muerte. (18: 9-34.)

4. *Jericó.* Curación de un ciego. Zaqueo. Parábola de las minas. (18: 35 a 19: 28.)

LA SEMANA SANTA.

I. LOS PRIMEROS DÍAS DE LA SEMANA.

1. *La entrada de Jesús en Jerusalén.* (19 29-48.)

2. *La lucha en el templo.* La pregunta del sanedrín. La parábola de los viñadores. El tributo a César. La vida futura. ¿De quién es hijo el Cristo? Los escribas censurados. La blanca de la viuda. (20: 1 a 21: 4.)

3. *El discurso profético.* (21:5-38.)

II. LOS SUPRIMIENTOS Y LA MUERTE DE JESÚS.

1. *El complot contra Jesús.* (22: 1-6.)

2. *La última noche de Jesús con sus discípulos.* La pascua y la cena. Las últimas conversaciones. (22: 7-38.)

3. *Getsemaní.* La agonía. El arresto. (22: 39-53.)

4. *El proceso.* Jesús ante el sanedrín. Jesús ante Pilato y ante Herodes. (22: 54 a 23: 25.)

5. *La muerte de Jesús.* El camino de la cruz. Jesús crucificado. La sepultura. (33: 26-56.)

III. LA RESURRECCIÓN Y LA ASCENSIÓN.

1. *La resurrección comprobada.* (24: 1-12.)

2. *Las apariciones del resucitado a los viajeros de Emmaús, a los discípulos reunidos.* (24: 13-49.)

3. *La ascensión.* (24:50-53.)

EVANGELIO SEGUN LUCAS

INTRODUCCION

I. LOS RELATOS DE LA INFANCIA.

1. *Las predicciones.*

1-4. PREFACIO Y DEDICATORIA.—Lucas indica: 1.º la *idea principal* de su trabajo y las circunstancias en que lo emprende (v. 1);—2.º el *fundamento histórico* de su relato: la fuente de que tomaron sus predecesores y a la que él mismo se propone acudir (v. 2);—3.º el *método* que seguirá: remontar al origen, exponer los hechos de un modo completo y seguido (v. 3);—4.º el *objeto* que tiene en vista: hacer reconocer a Teófilo, a quien dedica su libro, la certeza del evangelio y de la verdad cristiana en que ha sido instruido (v. 4).

I. Puesto que muchos han emprendido el ordenar un relato de 2 los hechos plenamente certificados entre nosotros¹, conforme

1. Este admirable prefacio de Lucas, tan preciso y tan claro en su brevedad, tan rico en ideas, del más puro estilo clásico, y que recuerda los prólogos de los grandes historiadores griegos (Herodoto, Tucídides, Polibio), nos hace saber que el evangelista ha tenido varios predecesores (v. 1); que los hechos referidos por ellos, y cuyo relato él a su vez va a emprender, descansan en el testimonio apostólico (v. 2); que ha puesto una escrupulosa exactitud en asegurarse de ello (v. 3); por último, que tiene el propósito de confirmar las enseñanzas recibidas por Teófilo, a quien dedica su escrito. (v. 4).—Desde las primeras palabras nos indica lo que le ha inspirado la idea de su trabajo: es el hecho, bien conocido entonces, de que *muchos* habían ya emprendido el escribir narraciones semejantes. (gr. *puesto que muchos han puesto la mano a poner en orden un relato.*) Hay en estos términos *poner la mano a, emprender*, que Lucas solo emplea en el Nuevo Testamento, pero que se halla frecuentemente en los clásicos, el sentimiento de la gravedad y dificultad de esa empresa. (Act. 19:

13.) ¿No se trata, en efecto, de escribir la vida del Hijo de Dios? He ahí por qué se abriga Lucas, por decirlo así, tras el ejemplo de aquellos que, por un vivo y religioso interés por los hechos del evangelio, se habían empeñado en conservar por escrito su recuerdo. No se debe pues ver, ni en estas palabras, ni en la conclusión que Lucas saca de ellas en el v. 3, una insinuación sobre la insuficiencia o las imperfecciones de esos relatos precedentes, sino en realidad la idea de que, después de haber examinado todo con tanto escrupulo, puede esperar de su trabajo un resultado más completo. Pero ¿quiénes eran esos *muchos* que antes de Lucas habían escrito relatos evangélicos? No eran apóstoles, puesto que éstos son aquí claramente distinguidos como "testigos oculares." (v. 2.) No se trata del primer evangelio, que es atribuido a un apóstol. El segundo evangelio podría ser tenido en vista por Lucas, puesto que su autor no había sido testigo de la vida de Jesús, mas por otras razones es poco probable que Lucas tuviese conocimiento de él. No se puede pensar tampoco en los evangelios

nos han transmitido los que, desde el principio, fueron hechos testigos oculares y ministros de la palabra²; me ha parecido bien,

apócrifos aún existentes, y que fueron escritos más tarde. Se trata de cristianos, hoy desconocidos, que habían redactado memorias de la predicación apostólica, y cuyos escritos desaparecieron a medida que nuestros cuatro evangelios prevalecieron en el uso eclesiástico. Lucas ha utilizado, sin duda, esos escritos como una de las fuentes de su narración. —Por último, ¿cuál era el objeto de esos relatos, que será también el de la narración de Lucas? (v. 3.) Son los hechos, los acontecimientos de la historia evangélica, de los cuales Lucas afirma que *han sido plenamente certificados entre nosotros*, es decir entre los cristianos. Excelentes exégetas quieren que se traduzca simplemente: acontecimientos que se han cumplido, en vista de que el verbo griego tiene, en efecto, el sentido de producir una plena persuasión, una entera certidumbre, cuando se trata de personas (Rom. 4: 21; 14: 5; Col. 4: 12), pero que ese sentido es inadmisibles cuando se trata de cosas, como en nuestro versículo. Pero aun en este último caso, el verbo en cuestión no significa jamás en el Nuevo Testamento simplemente cumplir, sino llenar completamente, (2 Tim. 4: 5, 17.) Y en cuanto a los autores clásicos, los lexicógrafos concuerdan en afirmar que nuestro verbo en pasivo “se dice también de las cosas de las que se está enteramente seguro.” Lo mismo ocurre con el sustantivo derivado de ese verbo (*pleroforía*) que tiene siempre el sentido de plena persuasión, de completa certidumbre. (1 Tes. 1: 5; Col. 2: 2; Hebr. 6: 11; 10: 22.) Por lo demás, esta idea se expresa en todo este prólogo de Lucas, puesto que apela inmediatamente a “testigos oculares” (v. 2), y que él mismo escribe a fin de que aquel a quien se dirige tenga la “certidumbre” de las cosas de que se trata. Muchos exégetas sostienen la traducción: que se han cumplido, porque atribuyen a Lucas la idea de que los hechos evangélicos son el cumplimiento de un plan preconcebido de los designios

de Dios hacia nuestra humanidad. Esa idea es verdadera, pero extraña al texto.

2. Las palabras conforme nos han transmitido, pueden referirse a la primera parte del versículo precedente y expresar la manera como esos “muchos” han escrito sus relatos, la fuente de donde han tomado; o bien a la segunda frase, es decir a las “cosas plenamente certificadas.” En el primer caso, Lucas atribuye a los escritos de que habla la autoridad de la tradición apostólica, lo que muchos intérpretes (Olshausen.) no quieren admitir; en el segundo caso, indicaría que por esa autoridad misma han sido plenamente certificados los hechos de la historia evangélica. La primera construcción es más conforme a la gramática, la segunda más en armonía con la idea. Esta misma idea, sin hacer ninguna violencia al texto, se puede verter así, con la mayor parte de las versiones: “según nos los han transmitido los que, etc.”—Sea lo que fuere, Lucas apela así desde el principio al testimonio de hombres autorizados que han transmitido a la iglesia primitiva (nos corresponde al entre nosotros del v. 1) todos esos hechos de la historia evangélica. Esa transmisión o tradición apostólica tuvo lugar primeramente por la palabra, es decir, por la predicación. (Véase la Introducción a los evangelios.) Los hombres que fueron encargados de ella fueron desde el principio testigos oculares y ministros de la palabra, es decir que aparecieron desde los primeros días de la iglesia investidos de la doble autoridad de la palabra. Este sentido, que se legitima, según Actos 11: 15, es más conforme al griego que une estrechamente ambos términos: testigos y ministros. Pero se puede traducir también: que han sido testigos desde el principio, desde el bautismo y los comienzos del ministerio de Jesús (Act. 1: 21 y sig.), y que han sido más tarde ministros de la palabra. La expresión: la palabra, tomada así en sentido absoluto, desig-

también a mí que he examinado todo desde el principio con exactitud, escribírtelas por orden, excelentísimo Teófilo³, para que reconozcas la certidumbre de las palabras en que has sido instruido⁴.

A. 5-25. ANUNCIACIÓN DEL NACIMIENTO DE JUAN EL BAUTISTA.—1.º El relato nos inicia en la prueba íntima de una piadosa familia de sacerdotes:

na frecuentemente, en los escritos de Lucas, el evangelio y la predicación del evangelio, comprendiendo a la vez los hechos y las doctrinas de que se compone.

3. Con estas palabras del v. 3. viene Lucas a la conclusión de lo que precede, o a su proposición principal. Diciendo: yo también, se pone modestamente en el mismo rango que los muchos del v. 1; pero, evidentemente, por todo lo que va a decirnos de la naturaleza de su trabajo y del fin que espera alcanzar (v. 4), atribuye tácitamente a su relato una superioridad que la iglesia entera ha reconocido. Se sirve de tres expresiones que indican claramente el carácter completo y profundo de su trabajo. Los dos primeros de esos términos se refieren al estudio de las fuentes de donde ha tomado, el tercero a la naturaleza de su exposición.

1.º Ha remontado hasta el origen de las cosas (Gr. desde arriba.) No se ha detenido en el principio del ministerio de Juan el Bautista y de Jesucristo; ha remontado más alto, hasta los hechos que relata en sus dos primeros capítulos. 2.º Partiendo de ese origen, ha seguido todo con exactitud. Las ha estudiado de cerca, ha tomado conocimiento de ellas de un modo completo, buscando todos los antecedentes y no contentándose con los hechos presentados en la predicación corriente o recogidos en los relatos mencionados en el v. 1; ha abarcado en lo posible todos los hechos, y ha puesto la mayor exactitud en examinarlos para comprobar su verdad histórica. 3.º Por último, se ha propuesto exponer esos hechos en su orden, como se han sucedido; la expresión no se encuentra, en el Nuevo Testamento, sino en Lucas, que la emplea siempre en el sentido de la sucesión cronológica. (8: 1; Act. 3: 21; 11: 4; 18: 23.) Lucas dedica su libro a un personaje

que según el título que le da: *excelentísimo* (comp. Act. 23: 26; 24: 3; 26: 25) o *poderosísimo* Teófilo, ocupaba una posición social elevada pero de lo que nada de cierto se sabe. La única tradición que tiene alguna verosimilitud hace de Teófilo un cristiano rico y poderoso de la ciudad de Antioquía. (Véase el Comentario de Godet, sobre el *evangelio de Lucas*, 3.ª edic., Introd., p. 8.)

4. Gr. para que reconozcas, sobre las palabras con que has sido instruido, la incommovible certidumbre. Como la voz palabras significa frecuentemente en griego, según un hebraísmo bien conocido, las cosas, muchas versiones adoptan aquí ese sentido que correspondería a la idea del v. 1. donde, sin embargo, se halla otro término. Es mucho más conforme al pensamiento de Lucas conservar aquí la significación ordinaria de la voz griega: palabras, discursos, enseñanzas. Este término designa, no solamente los hechos de la historia evangélica, sino también las verdades religiosas, las doctrinas que se derivan necesariamente. (Comp. 1 Cor. 15.) Esta interpretación sola corresponde plenamente a estas palabras: con que has sido instruido, que significan, según la etimología, “hacer penetrar un sonido en el oído,” pero que, según el uso constante del Nuevo Testamento, supone una enseñanza recibida, y no un sencillo rumor. (Actos 18: 25; Rom. 2: 18; 1 Cor. 14: 19; Gál. 6: 6.) Nuestra palabra *catecúmeno* es el principio del mismo verbo.—Así, después de lo que acaba de decir de las fuentes de donde ha sacado su relato, fundado en el testimonio apostólico, del cuidado escrupuloso que ha puesto en examinar todos los hechos, a fin de poder exponerlos en su orden, Lucas tiene derecho de esperar que su libro creará en sus lectores la convicción de la incommovible certeza del evangelio.

Zacarías y Elisabet, ambos de la raza de Aarón, han estado hasta aquí privados de hijos y son de edad avanzada. (5-7).—2.^o Una *intervención divina* pone fin a esa prueba: a) *Aparición del ángel*. Zacarías ha sido llamado a entrar en el santuario para ofrecer el incienso. Mientras cumple ese acto solemne y la multitud está fuera en oración, un ángel le aparece (8-12).—b) *El nacimiento de Juan*. El ángel conforta a Zacarías y le declara que su oración es oída, que Elisabet le parirá un hijo que se llamará Juan; su nacimiento será motivo de gozo para muchos (13, 14).—c) *La carrera de Juan*. Este gozo será justificado, pues Juan será grande ante el Señor, austero en su vida, lleno del Espíritu Santo; ejercerá una acción profunda en su pueblo; será el precursor del Salvador (15-17).—d) *Señal y castigo*. Permaneciendo Zacarías incrédulo y pidiendo una señal, el ángel le declara que se llama Gabriel, que es enviado de Dios. Le da una señal que es al mismo tiempo un castigo: Zacarías quedará mudo hasta el cumplimiento de la promesa (18-20).—e) *Regreso de Zacarías al pueblo*. El pueblo se extraña de que permanezca tanto tiempo en el templo. Cuando sale, hace comprender por señales que ha tenido una visión (21, 22).—3.^o *Cumplimiento de la promesa*. Después de haber acabado sus funciones regresa a su casa, y entonces la predicción del ángel se cumple: Elisabet concibe; se oculta durante cinco meses, hasta que aparezca que el Señor le ha quitado el oprobio de su esterilidad (23-25).

5 Hubo, en los días de Herodes, rey de Judea⁵, cierto sacerdote de nombre Zacarías, de la clase de Abías, y tenía una mujer
6 entre las hijas de Aarón, y su nombre era Elisabet⁶. Y eran ambos justos delante de Dios, andando irreprochables en todos los
7 mandamientos y ordenanzas del Señor⁷. Y no tenían hijo, por

5. *Hubo, en los días de...* giro hebraico, frecuente en el Antiguo Testamento. Desde est. v. 5. el estilo está sembrado de aramaísmos.—*Herodes* apellidado el Grande. (Véase Mat. 2: 1, nota.) El título de *rey de Judea* le había sido conferido por el senado romano. Su reino comprendía toda Palestina. Se ve que, sobre esta fecha, Lucas está en perfecto acuerdo con el primer evangelio, que coloca el nacimiento de Jesús en el reinado de Herodes. Resulta también de Mateo 2: 19 que Jesús nació hacia fines de ese reinado. Según Josefo, la muerte de Herodes tuvo lugar en la primavera del año 750 de Roma.

6. *Zacarías* (este nombre significa: *El Eterno recuerda*) y *Elisabet*, su mujer (hebr. *Elisheba*, *juramento de Dios*), pertenecían pues ambos a la raza sacerdotal. Elisabet había heredado el nombre de su primera abuela, la mujer de Aarón (Ex. 6: 23.) Después de un silencio de cuatro siglos, habla Dios nuevamente, en este momento decisivo de la historia. Abre una nueva era de sus re-

velaciones, que en adelante no serán más interrumpidas y se extenderán a la humanidad entera. Pero liga el presente al pasado, eligiendo el órgano de sus comunicaciones entre aquellos que tenían ese rol en otro tiempo. Como en el siglo de la reforma tomó en su convento un monje de la antigua iglesia para empezar la obra de renovación, igualmente hizo nacer de la raza sacerdotal de Aarón al que debía ser el mayor de los profetas y preparar el camino al Mesías salido de la raza real de David. Nuestro relato atribuye importancia a esa genealogía del precursor, puesto que indica que Juan descendía de Aarón por su madre lo mismo que por su padre.—Lucas, para ser más exacto aun, hace observar que Zacarías pertenecía a la *clase de Abías*. Todo el sacerdocio estaba dividido en veinticuatro clases (gr. *efemerías*, servicios *cotidianos*), cuyos miembros debían funcionar cada semana por turnos. (1 Crón. 24: 7-10.) La de Abías era la octava. (1 Crón. 24: 10.)

7. La segunda parte de este versículo explica la primera. Según las

8 cuanto Elisabet era estéril y eran ambos avanzados en sus días⁸. Y aconteció, ejerciendo él el sacerdocio en el orden de su clase delante de Dios, que, según la costumbre del sacerdocio, le tocó por suer-
9 te de Dios, que, según la costumbre del sacerdocio, le tocó por suer-
10 te quemar incienso entrando en el santuario del Señor⁹. Y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando fuera a la hora del in-
11 cienso. Y le apareció un ángel del Señor, en pie, a la diestra del
12 altar del incienso¹⁰. Y se turbó Zacarías viéndole, y temor le
13 sobrecogió¹¹. Mas el ángel le dijo: No temas, Zacarías, porque

nociones del Antiguo Testamento, *ser justo* es conformar su conducta y su vida a las prescripciones de la ley de Dios. (Juan 1: 48.) El término *delante de Dios* (Gén. 7: 1) es un hebraísmo que expresa la realidad de esa justicia, pues significa que Dios la reconoce y la aprueba. Esa justicia, lo mismo que la palabra *irreprochable*, no excluye el pecado (Fil. 3: 6), y no es opuesta a la gran doctrina bíblica de la justificación por la fe. Los israelitas piadosos lo sabían bien, puesto que acudían sin cesar a los medios prescriptos por la ley misma para obtener el perdón de sus pecados y para purificarse de ellos.—Calvino, y, a su ejemplo, Bengel, han hecho entre los *mandamientos* y las *ordenanzas del Señor* esta distinción, que los primeros significarían los preceptos de la ley moral, el Decálogo mientras que las segundas indicarían las prescripciones relativas a la ley ceremonial, al culto, etc. No es seguro de que esa distinción sea fundada, pues la palabra traducida por *ordenanza* significa propiamente: *lo que Dios ha declarado justo*, lo que Pablo llama el derecho de Dios. (Rom. 1: 32.)

8. "Avanzados en sus días", hebraísmo. (Gén. 18: 11.) Esta expresión muestra que cada uno tiene sus días que le están contados. (Job. 14: 5; Sal. 90: 12.) Por lo demás, esta observación sobre la edad de ambos esposos se refiere sobre todo a Elisabet, y al largo tiempo en que había estado sin hijos; pues Zacarías debía, para estar aún en funciones, tener menos de cincuenta años. (Num. 8: 25.)

9. Las palabras: *en el orden de su clase*, designan el rango en que cada clase de sacerdotes estaba en función (v. 5, nota); ese rango era siempre el mismo. Pero, además, la cos-

tumbre o el uso quería que, entre los sacerdotes de servicio, cada una de las distintas funciones fuese atribuida por la suerte. De ese modo nada, en esas funciones santas, era librado al arbitrio humano, nada podía provocar celos entre los sacerdotes. Tocó pues ese día a Zacarías el privilegio de *entrar en el santuario y ofrecer el incienso*: Esta ofrenda tenía lugar cada día, a la mañana y a la tarde, sobre un altar especial situado en el fondo del santuario, muy cerca del velo que cerraba el lugar santísimo. (Ex. 30: 1 y sig.) Mientras el sacerdote cumplía esa función, el pueblo esperaba en el atrio exterior (v. 21) y dirigía a Dios oraciones, de que el humo del incienso, subiendo hacia el cielo, era símbolo. (v. 10: Apoc. 8: 3, 4, nota.)

10. Con la aparición de este ángel se abre la serie de hechos sobrenaturales mencionados en estos primeros relatos de Lucas. Unicamente podrían encontrarlos extraños los que no creen en el "gran misterio de piedad," al que todos estos hechos atañen. "Dios manifestado en carne." (1 Tim. 3: 16.) "En el momento en que la Palabra eterna se unía a nuestra humanidad (Juan 1: 1, 14) debían producirse estas manifestaciones del mundo de los espíritus que no son necesarios en tiempos ordinarios." *Olshausen*. Se ve por lo demás, por esos detalles precisos, que solo un testigo ocular puede haber conservado, que el evangelista relata, no una visión, sino un hecho real; el ángel le apareció, *en pie, al lado derecho del altar*.—*Al lado derecho*, es decir al Sur, entré el altar y el candelero, a la izquierda de Zacarías que entraba en el santuario.

11. Aun cuando el ángel viene a anunciar a Zacarías una gracia in-

ha sido oída tu súplica y tu mujer Elisabet te parirá un hijo¹²,
14 y llamarás su nombre Juan¹³; y tendrás gozo y alegría, y mu-
15 chos se gozarán por su nacimiento¹⁴; pues será grande en pre-
sencia del Señor¹⁵, y de cierto no beberá vino ni sidra, y será
16 llenado de Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre¹⁶.

mensa, éste experimenta ese temor que *sobrecoge* al hombre pecador cada vez que alguna manifestación del mundo invisible le da el sentimiento de la presencia inmediata de Dios. (v. 29; 2: 9; Gén. 28: 17; Isa. 6: 5; Apoc. 1: 17.) Por eso las primeras palabras que Dios, en el evangelio dirige al pecador, son estas palabras de compasión y de amor: *No temas*. (v. 13; comp. 2: 10.)

12. Los intérpretes se preguntan cuál era el objeto de esa oración de Zacarías, ahora oída. Unos, según el contexto, piensan que había pedido a Dios la bendición de poseer un hijo. Los otros objetan que habría sido poco digno del sacerdote en función pensar en un interés de familia, que sólo podía orar por el cumplimiento de las promesas de Dios relativas a la salvación. Pero las palabras: *Elisabet tu mujer te parirá un hijo*, designan la satisfacción de una demanda personal. Toda la cuestión consiste en saber cuándo hizo Zacarías a Dios esa demanda. Los v. 7 y 18 muestran que él no esperaba ya tener hijos y, por consiguiente, que tal no era entonces su oración especial; mas precedentemente había sin duda pedido a menudo al Señor esa bendición; era un voto que quedaba de un modo permanente en el fondo de su corazón y que en esa hora era concedido. Se puede suponer, también, que el piadoso sacerdote, ofreciendo el incienso figura de la oración, pedía a Dios que enviara ya "la consolación de Israel." (Comp. Sal. 14: 7.) Y en ese sentido también, fué oído más allá de su pensamiento, puesto que Dios le anuncia el nacimiento, en su familia, del gran profeta cuyo ministerio debía ser la aurora del día mesiánico. Una promesa semejante, después de la larga esterilidad de Elisabet, no solamente debía hacer a ese hijo tanto más querido a sus padres (1 Sam. 1), sino especialmente, presentándose co-

mo un don inmediato de Dios, impelerlos a consagrarse.

13. Hebr. *Yojánán*, *Jehová tiene misericordia*. Hermoso nombre para el que, el primero, anunciará al "Cordero de Dios que quita el pecado del mundo." Dios prescribe también anticipadamente, por boca del ángel, el nombre de Jesús. (v. 31; Mat. 1: 21.)

14. Se comprende ese gozo y también esa alegría para el corazón del padre y de muchos en Israel; mas el ángel, en las palabras que siguen, eleva el objeto de ese gozo mucho más allá de los sentimientos paternales. En efecto, describe primeramente el carácter de aquel cuyo nacimiento anuncia (v. 15); luego su acción sobre su pueblo (v. 16); por último, su relación con el Salvador. (v. 17.)

15. Estas palabras: *en presencia del Señor*, indican plenamente de qué grandeza se trata aquí. (Comp. v. 6, nota.) El hombre es en sí mismo exactamente lo que es ante los ojos de Dios, ni más, ni menos. Jesús confirmó más tarde esta grandeza de su precursor. (Mat. 11: 9-11.)

16. No beber *ni vino, ni sidra*, (licor fermentado hecho de diversas frutas, distintas de la uva), era una de las abstinencias que se imponía el nazir o nazareno, es decir el que estaba separado, o puesto aparte, y consagrado al servicio de Dios. Esa consagración podía ser temporal o vitalicia, como en el caso de Sansón y de Samuel. (Juec. 13: 2 y sig.; 1 Sam. 1: 1, 11.) Se puede leer la ordenanza relativa a esa vocación especial en el libro de los Números. (6: 1-21.) Tal debía ser Juan el Bautista. Como profeta perteneciente aún al antiguo pacto, debía predicar el arrepentimiento, no solamente por sus palabras, sino por la práctica del nazireato, esperando que ese tipo, como todos los de la ley, fuese abolido por Aquel que, en medio del mundo, venció al

17 Y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor su Dios¹⁷;
y él irá delante, en presencia de él, en el espíritu y potencia de
Elías¹⁸, para convertir los corazones de los padres a los hijos,
y desobedientes a la sabiduría de los justos¹⁹, para preparar al

mundo.—Esa abstinencia tendrá por compensación el hecho de que será llenado de *Espíritu Santo*; renunciando a todo excitante carnal, poseerá el estimulante más elevado y el más puro. (Comp. Ef. 5: 18.) Hay en estos términos (gr.) aun desde el vientre de su madre (es decir cuando el niño esté aún en el seno), algo de misterioso de que no puede uno darse cuenta, ni por restricciones, ni por especulaciones sobre la posibilidad de la acción del Espíritu en un ser que no tiene aún ni inteligencia ni receptividad. Mas, ¿quién puede trazar el límite más allá del cual la influencia del Espíritu de Dios no podría ejercerse? (Comp. v. 41-44.) ¡Pensamiento consolador, en todo caso, que muestra lo que padres piadosos pueden esperar de la misericordia de Dios para los hijos objeto de sus oraciones!

17. *Hará volver, convertirá*. Lo que supone que, como todos los hombres, se habían apartado de él por sus pecados.

18. *Delante de él*; este pronombre no puede referirse más que al sujeto que precede, *el Señor su Dios*; lo que está en armonía con Mal. 3: 1 donde el Eterno dice: "He aquí, yo envío a mi mensajero, y él preparará el camino delante de mí," de donde resulta que el que precede al Mesías, precede a Jehová mismo, que viene a su pueblo y a nuestra humanidad en su Hijo amado. (Comp. Juan 12: 41 con Isa. 6: 1 y sig.)—Es también en Malaquías (4: 5) donde el precursor es anunciado como un segundo *Elías*. El pueblo en la época del Salvador, fundándose en esta profecía, esperaba la reaparición del profeta. (Mat. 17: 10; Mar. 6: 15; Juan 1: 21.) El ángel dice que el precursor será investido con el *espíritu* y con el *poder* de ese profeta; tendrá la fuerza y la energía de acción de aquél, porque estará animado del mismo espíritu.

19. Para *convertir* los corazones de los padres hacia los hijos, mismo

verbo que en el v. 16. Estas palabras forman parte de un pensamiento expresado en el profeta Malaquías (4: 6) de este modo: "y él (Elías) hará volver (o convertirá) el corazón de los padres hacia los hijos y el corazón de los hijos hacia sus padres." Este segundo miembro de la frase está suprimido en nuestra citación, que lo substituye por estas palabras: *y los rebeldes a la sabiduría de los justos*. Ya en la explicación de las palabras del profeta, los intérpretes se dividen entre dos opiniones: unos ven en ellas simplemente la promesa de un acercamiento, de una reconciliación entre los hijos y los padres, divididos por el pecado; otros dan a esa profecía un sentido más amplio y más religioso; entienden por esa palabra *padres*, los antepasados, los patriarcas, y, en general, los hombres piadosos de Israel. Los *hijos* son sus descendientes, que se han alejado de su piedad alejándose de Dios; les falta el único verdadero lazo de los corazones, el amor de Dios, de modo que los padres tienen vergüenza de sus hijos y los hijos de sus padres (Isa 29: 22, 23; 63: 16); y este abismo es lo que Elías vendrá a llenar. La misma diferencia de interpretación se produce respecto de nuestro versículo. Una y otra opinión son admisibles, pero muchas razones militan en favor de la última. Primeramente, es difícil dar al ministerio de Elías o al de Juan el Bautista, un fin y un resultado tan limitado como el de una reconciliación en las familias. Luego, después de esa acción poderosa atribuida al precursor, la conversión de muchos en Israel (v. 16), ¿cómo dar al mismo verbo un sentido tan diferente en el versículo que sigue? (v. 17.) Por último, ¿no es evidente que al substituir estas palabras del profeta: "y el corazón de los hijos a sus padres," por las siguientes: *y los rebeldes a la sabiduría de los justos*, el ángel generaliza el pensamiento, y atribuye al precursor una influencia mucho

18 Señor un pueblo apercebido ²⁰. Y dijo Zacarías al ángel: ¿En qué conoceré esto? pues yo soy anciano, y mi mujer avanzada en sus 19 días ²¹. Y respondiendo el ángel le dijo: Yo soy Gabriel, que estoy en presencia de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciar-te esto ²². Y he aquí, estarás mudo y sin poder hablar hasta el día en que esto acontezca ²³, por cuanto no has creído a mis 21 palabras, las cuales serán cumplidas en su tiempo ²⁴. Y estaba el pueblo aguardando a Zacarías, y se admiraban de que demorara en 22 el santuario ²⁵. Y saliendo no podía hablarles, y reconocieron que

más amplia y más religiosa? Los *rebekles* o *desobedientes* no son aquí los *hijos*, sino los incrédulos en general, que se trata de convertir, a fin de que posean la *sabiduría de los justos*, la única sabiduría verdadera, puesto que consiste para el hombre en hallar la armonía con Dios.

20. Estas últimas palabras del discurso del ángel resumen muy bien el resultado general del ministerio de Juan el Bautista. El sólo puede preparar el pueblo para el Señor, a fin de que esté completamente dispuesto a recibirle. Entonces el Señor mismo hará lo demás. (Mat. 3: 11, 12.)—Se ha encontrado extraño que un ángel cite la escritura. ¿Y por qué? El diablo también la cita (Mat. 4: 6); pero, por lo demás, la simple alusión que se halla aquí a las palabras de un profeta puede ser sólo la forma con que el evangelista, o aun el documento que cita, ha revestido el pensamiento del ángel.

21. Gr. *avanzada en sus días*. (Véase, sobre este hebraísmo y sobre la edad que podría tener Zacarías, v. 7, nota.) La pregunta del sacerdote, semejante en todo a la de Abrahán (Gén. 15: 8), descubre una duda sobre el cumplimiento de lo que le es anunciado. (v. 20.) Pide una *señal* por la cual pueda reconocer la verdad de ello. (Comp. Juec. 6: 17; 2 Reyes 20: 8; Isa. 7: 10 y sig.)

22. Estas primeras palabras del ángel son destinadas a afirmar la verdad de su misión y a establecer su dignidad de mensajero celestial, a la cual la duda de Zacarías alcanza; implican una censura y preparan la anunciación del castigo. (v. 20.) El nombre de *Gabriel* significa el *hombre fuerte de Dios*, o también *Dios es mi fuerza*. Este nombre debía ser conocido a Zacarías por Dan. 8: 16

y 9: 21. ¿Es de extrañar de que un ángel lleve un nombre, y un nombre hebreo? (Comp. Dan. 10: 13; 12: 1; Apoc. 12: 7.) Pero, Dios mismo ¿no se llama Jehová? Cuando Dios se revela a los hombres, es muy necesario que emplee su lenguaje para ser comprendido. Y del mismo modo que Dios, dándose un nombre que exprese su esencia, se hace conocer como el Dios personal, así el nombre de un ángel nos revela que esas inteligencias celestiales son seres reales y personales, y no solamente apariciones momentáneas o emanaciones de la divinidad, como se ha creído equivocadamente.—Las palabras: *que estoy delante de Dios*, indican un ángel del rango más elevado, cuyo privilegio es estar en su presencia, siempre listo a ejecutar su voluntad. (Apoc. 8: 2; Mat. 18: 10; Hebr. 1: 14; comp. Lucas 2: 13, nota.)

23. Gr. *callando y no pudiendo hablar*; estas últimas palabras indican la causa de ese silencio.

24. Se pregunta por qué es Zacarías castigado por la duda momentánea que le había llevado a pedir una señal, mientras que otros, en el mismo caso, no lo son. (v. 18, nota.) Esa cuestión ha sido resuelta de diversas maneras. Sólo el que sonda los corazones y conoce sus sentimientos más íntimos podría responder. Por lo demás, la señal dada a Zacarías, un mal físico, que humilla la naturaleza humana, después de una alta revelación con la que podría enorgullecerse, no carece de analogías en la escritura, y encierra una profunda enseñanza. (Gén. 32: 25-31; Act. 9: 9; 2 Cor. 12: 7.)

25. v. 10. La aparición del ángel y su conversación con el sacerdote habían retenido a éste en el templo mucho más tiempo que de ordinario.

había visto visión en el santuario, y él les hablaba por señas y 23 permanecía mudo ²⁶. Y aconteció, como se cumplieron los días de 24 su servicio, que se fué a su casa ²⁷. Y después de aquellos días concibió Elisabet su mujer, y se ocultó por cinco meses, diciendo: 25 Porque así me ha hecho el Señor en los días en que me miró para quitar mi afrenta entre los hombres ²⁸.

B. 26-38. ANUNCIACIÓN DEL NACIMIENTO DE JESÚS.—1.º *La aparición del ángel*. El ángel Gabriel es enviado a Nazaret. Aparece a María, joven de la casa de David. La saluda como la que es recibida en gracia. María se sorprende y se turba (26-29).—2.º *El mensaje del ángel*. El ángel le participa su mensaje: ella parirá un hijo, que se llamará Jesús, será hijo del Altísimo y reinará eternamente (30-33).—3.º *Cómo es recibido ese mensaje*. María

26. El pueblo, viendo que Zacarías no podía hablarle, infiere que le había sucedido algo de extraordinario, y como era en el santuario, infiere también una *visión*. El mismo confirmó esa idea por señas.

27. Gr. los días de su *servicio en el culto*, es decir cuando su clase, que era la octava, hubo acabado su semana y fué relevada por la clase siguiente. (Comp. v. 5, segunda nota; v. 8, 9, nota.)

28. Gr. *se ocultó ella misma*, término que, con el verbo activo, expresa la voluntad positiva de sustraerse así a las miradas de los hombres durante los cinco primeros meses de su embarazo. ¿Por qué motivo? Ella mismo nos lo dice (v. 25); pero sus palabras, lo mismo que su acción, han sido diversamente interpretadas. La interpretación que se ofrece desde luego al espíritu, es que llena de reconocimiento hacia Dios quiere retirarse a una soledad profunda, ya para recogerse y meditar sobre los caminos de Dios respecto de ella, ya para sustraerse a vanas murmuraciones, hasta que estuviese segura del cumplimiento de la promesa del Señor. Y sin duda alguna esta necesidad del corazón de Elisabet fué uno de los motivos de su retirada. Pero otra explicación, apoyándose sobre las palabras: *porque así me ha hecho el Señor* y ha quitado mi oprobio, hace decir a Elisabet: Yo también debo, retirándome a la soledad, dejarle el cuidado de borrar enteramente ese oprobio a los ojos de los hombres, cuándo y cómo él quisiere. Y es lo que ocurrió, en

efecto, más tarde. (v. 36, 39, 41, 44.) Esta explicación es la de Meyer. M. Godet propone otra que se le parece, pero que expresa más íntimamente los sentimientos de Elisabet. Se basa igualmente en esa relación que Elisabet establece entre los caminos de Dios respecto de ella y su propia conducta: "Ella se trata a sí misma conforme a lo que Dios ha hecho a su respecto... Dios la ha hecho madre; ella le debe y se debe el no mostrarse más en público como la estéril. (v. 36.) Eso es lo que explica el término de cinco meses. Ese momento del embarazo es aquel en que el estado de la mujer encinta se hace visible. He ahí pues el momento en que podrá reaparecer en público, porque entonces ella podrá ser reconocida y tratada como lo que en efecto es. La que Dios ha honrado no debe ser más el blanco del oprobio de parte de los hombres. Hay en esta conducta una mezcla admirable de respeto de sí misma y de respeto por la obra de Dios. Es la expresión, que nadie habría inventado, de la altivez femenina exaltada por el sentimiento maternal y por el reconocimiento más humilde a causa del prodigio de amor divino que se ha verificado respecto de ella."—Estas palabras: *en los días en que se empañó* (Gr. *miró para*) *en quitar mi afrenta*, expresan vivamente el sentimiento de la gracia que el Señor le ha hecho.—Se sabe que los judíos consideraban la esterilidad como un oprobio y una desdicha, aun como una señal de disfavor de Dios. (Gén. 30: 23; Isa. 47: 9; Oseas 9: 11.)

recibe esta promesa con fe, pero con la extrañeza que debía provocar en su corazón de virgen. El ángel le anuncia que este milagro se realizará por el poder del Espíritu Santo, y que por esto el niño al que ella dará el ser será llamado Hijo de Dios. A fin de afirmar su fe le hace saber que su parienta Elisabet está en el sexto mes de su embarazo. Entonces María se somete con humildad y sencillez a la voluntad del Señor (34-38).

- 26 Y en el sexto mes fué enviado el ángel Gabriel de parte de
27 Dios a una ciudad de Galilea cuyo nombre era Nazaret²⁰, a una
virgen desposada con un varón cuyo nombre era José, de la casa
28 de David; y el nombre de la virgen era María³⁰. Y entrando el
ángel hacia ella dijo: Salud, agraciada; el Señor es contigo³¹.
29 Mas ella se turbó por este dicho, y razonaba qué clase de saluta-
30 ción sería ésa³². Y el ángel le dijo: No temas, María, pues has

29. El sexto mes: cinco meses habían pasado después del acontecimiento referido en el v. 24; es el momento en que Elisabet sale de su retiro y se muestra a los ojos de todos el hecho de que está encinta. (v. 36.)—Sobre el ángel Gabriel, véase v. 19, y sobre Nazaret, Mat. 2: 23, nota. “La profecía relativa al nacimiento de Juan fué hecha en el templo, y publicada a todo el pueblo, pero la profecía del nacimiento de Cristo es hecha a una virgen en una muy pequeña ciudad, y queda como sepultada en el corazón de una joven.” *Calvino*.

30. Las palabras: *de la casa de David*, pueden referirse a María o a José o a ambos. Si, como pretenden muchos intérpretes, esas palabras conciernen sólo a José, no es menos evidente que a los ojos de nuestro evangelista la madre del Salvador descendía de David. (v. 32 y 69. Comp. 3: 23, nota.) De ese modo, así como Dios ligaba el nuevo pacto al antiguo haciendo nacer a Juan el Bautista de la raza sacerdotal de Aarón, hace también surgir el Salvador anunciado por los profetas del seno de la antigua familia real israelita (Comp. v. 32, nota.)—Lucas, refiriendo que María estaba entonces desposada con José, está completamente de acuerdo con Mateo. (1: 18.) Se ha pretendido, sin embargo, que la anunciación del ángel a María es inconciliable con las sospechas que concibió luego su novio y la necesidad de la revelación que le fué hecha a este respecto. (Mat. 1: 19 y sig.) Mas, ¿quién nos dice que Ma-

ría comunicó a José el mensaje del ángel? Se puede dudar que, aun en este caso, hubiese José creído, por la simple palabra de ella, en un milagro tan inaudito. Según Lucas (v. 39) María se trasladó inmediatamente con presura al monte, hacia Elisabet su parienta, llevando consigo la preciosa revelación que había recibido; y solamente a su regreso a su casa, cerca de tres meses después (v. 56), pudo José preocuparse de los pensamientos que Mateo le atribuye, pues entonces el estado de su novia no era un misterio: la promesa de Dios estaba en vías de cumplirse.

31. Gr. *Agraciada*, que eres el objeto de la gracia, del favor de Dios. Es la misma palabra que se aplica a todos los creyentes, Ef. 1: 6, donde algunas versiones la traducen por: “nos ha recibido en gracia,” otras: “hecho agradables en su amado.” Este sentido es sin duda alguna aplicable a María, que, como todos los hombres, no podía ser salvada sino por gracia; pero se puede admitir que el ángel le prometía en estos términos la gran revelación especial que iba a serle acordada. (Comp. v. 30.) Por eso agrega el ángel: *el Señor es contigo*. Las palabras del texto recibido: *benedita tú entre las mujeres*, no son auténticas, aunque se leen en A, C, D y la mayor parte de las *mayúsc.* Han sido transferidas aquí del v. 42.

32. El texto recibido dice: “Mas ella, viendo (al ángel) se turbó por sus palabras.” Las palabras en bastardilla son omitidas por la mayor parte de los críticos modernos, con-

- 31 hallado gracia ante Dios³³; y he aquí concebirás en tu vientre y
32 parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús³⁴. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo³⁵, y le dará el Señor Dios
33 el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob por
34 las edades y de su reino no habrá fin³⁶. Mas dijo María al
35 ángel: ¿Como será esto, pues que no conozco varón?³⁷. Y respondiendo el ángel le dijo: Espíritu Santo vendrá sobre ti, y una potencia del Altísimo te hará sombra³⁸, por lo que también lo

forme a *Sin., B, D*. La causa de la turbación bien natural que siente María, es el dicho o el discurso del ángel; ella se preguntaba, o razonaba, lo que podía ser (literalmente, según la etimología de la palabra griega: de dónde venía y cuál era) esa *salutación*, cuyos términos tan elevados ponían en apuros su modestia.

33. Con estas palabras: *No temas*, calma el ángel la turbación de la joven; luego le reitera la certidumbre de la gracia de su Dios. *Hallar gracia delante de Dios* es un hebraísmo frecuente en el Antiguo Testamento. (Gén. 6: 8; 18: 3; Ex. 33: 12, 13; Juec. 6: 17; 2 Sam. 15: 25; Act. 7: 46).

34. Y *he aquí* señala el carácter inesperado de la comunicación. Los términos de ésta recuerdan a Isa. 7: 14. *Jesús*, en hebreo *Yoschuah* o, plenamente escrito, *Yehoschuah*, significa *Jehová salva*. Véase Mat. 1: 16, nota, y v. 21, donde el ángel, después de haber anunciado que tal sería el nombre del Salvador, indica su significación como sigue: “Pues él salvará su pueblo de sus pecados”.

35. Gr. *Este será grande*. Este título *Hijo del Altísimo* (v. 35, nota), es la causa de la grandeza de Aquel anunciado por el ángel. *Mas será grande*, aun en presencia de los hombres, por su santidad, su poder, su amor. (Comp. v. 15.)

36. Estas palabras relativas a la realza de Jesucristo anuncian el cumplimiento de numerosas profecías del Antiguo Testamento: Isa. 9: 6; 2 Sam. 7: 12, 13; Sal. 89: 5; Dan 7: 14. Debieron pues inspirar a María el pensamiento de que el hijo que le era prometido sería el Mesías; pues, como piadosa israelita, conocía las escrituras. Los términos del v. 33, en particular, no

pueden aplicarse a nadie más que al Mesías anunciado por los profetas. “La promesa: *no habrá fin para su reino*, no está en contradicción con 1 Cor. 15: 24-28. Pues el reino de Jesús, absorbiéndose en el de su padre, no es anulado, sino cumplido. Sólo que, en un grado más avanzado de la obra divina, el apóstol Pablo ha recibido una revelación que sobrepasaba la contenida en el mensaje del ángel.” *Godet*.

37. *Conocer* no es tomada aquí en su sentido ordinario, sino que expresa, por un hebraísmo muy usado (Mat. 1: 18, 25; Gén. 4: 1), la consumación del matrimonio. María, aunque desposada con José, no lleva su pensamiento al tiempo en que será su mujer, porque comprende por las palabras del ángel que lo que anuncia va a cumplirse inmediatamente. Por eso, su pregunta no implica la duda, como la de Zacarías (v. 18), sino una extrañeza llena de candor y quizá la necesidad de entender mejor la naturaleza de una revelación tan inesperada. A estos sentimientos va a responder el discurso del ángel.

38. El *Espíritu Santo* y la *potencia del Altísimo* son dos expresiones que indican una sola y misma cosa, con esta distinción, que la primera designa la esencia, la segunda la acción creadora del Espíritu Santo. Igualmente los verbos *vendrá sobre ti* y *te cubrirá con su sombra*, expresan un hecho único, el primero designando el acto inicial, el segundo implicando una noción de permanencia. La figura que éste describe es una alusión a las teofanías del Antiguo Testamento, que se anunciaban por la presencia de una nube. (Ex. 40: 34; Núm. 9: 15; 1 Reyes 8: 10, etc. Comp. Luc. 9: 34, donde se encuentra el mismo verbo que en

36 santo engendrado será llamado Hijo de Dios³⁰. Y he aquí, Elisabet tu parienta, ella también ha concebido un hijo en su vejez, 37 y este es el sexto mes para ella, que era llamada estéril⁴⁰; porque 38 ninguna cosa será imposible de parte de Dios⁴¹. Y María dijo: He aquí la sierva del Señor; séame hecho según tu palabra⁴². Y fué de ella el ángel.

C. 39-56. LA VISITA DE MARÍA A ELISABET.—1.º *La llegada de María y la salutación de Elisabet.* María se va con presura a una ciudad de Judá, a casa de Zacarías y Elisabet. En el momento en que saluda a Elisabet, siente ésta a su niño estremecerse en su seno y, llena del Espíritu Santo, exclama: ¡Bendita eres tú entre las mujeres! Expresa humildemente su extrañeza de que la madre de su Señor vaya a ella, la declara dichosa por haber creído y le anuncia el cumplimiento de la promesa del Señor (39-45).—2.º *Cántico de María.*—a) Da curso a sus sentimientos de gozo y de reconocimiento a Dios

nuestro versículo). El sentido de estas palabras es que la promesa hecha a María iba a cumplirse en ella por una creación extraña al orden ordinario de la naturaleza.—Es necesario cuidarse de mezclar a la exquisita delicadeza de este discurso, que por sí sola bastaría para demostrar su origen celeste, explicaciones a menudo en muy poca armonía con la pureza y la hermosura de las figuras por las que la boca de un ángel veló ese profundo misterio.

39. Estas palabras por lo que expresan la grande consecuencia de la acción divina que acaba de ser anunciada. *Lo santo* es un adjetivo neutro que algunos traducen agregándole un sustantivo: el niño santo o el ser santo. El Salvador debía ser libertado del pecado hereditario de la raza humana; por eso era necesario que naciese del Espíritu de Dios. Esta santidad original no le sustraerá ni a nuestras tentaciones, ni a la posibilidad de pecar; pero permitirá el desarrollo normal de su voluntad que, por su constante comunión con Dios, triunfará de todo mal, de modo que podrá ser el Reparador de nuestra caída y el Redentor del mundo.—Por la misma razón, será llamado *Hijo de Dios*, porque lo será en realidad, aun por su nacimiento humano, del que Dios es la causa eficiente. Mas, por otra parte, pertenecerá realmente también a nuestra raza humana, porque, como todos los hombres, será “nacido de mujer y sometido a la ley.” (Gál. 4: 4.)

40. Esta revelación del embarazo de Elisabet es dada a María como un estímulo a creer lo que le es anunciado.—Se ignora por qué relación de familia era Elisabet pariente de María; pero erróneamente se ha deducido de ello que ésta última pertenecía, como la mujer de Zacarías, a la tribu de Leví. El padre de María podía ser de la tribu de Judá y haberse casado con una mujer de raza sacerdotal.

41. *Gr. ninguna palabra será impotente o ninguna cosa será imposible de parte de Dios.* Muchos intérpretes retienen el sentido ordinario de *palabra* y lo aplican a las palabras mismas que el ángel acaba de pronunciar. Pero, por un hebraísmo muy frecuente, esa palabra significa una cosa, y esto por la razón de que, para Dios, la palabra y la cosa son idénticas: “él dice y la cosa existe.” Y probablemente en ese sentido debe entenderse aquí ese término: “ninguna cosa, nada será imposible a Dios. El verbo en futuro, porque se aplica a la promesa que acaba de ser hecha a María. Potente palabra, que debía acabar de convencer a la joven virgen. (Comp. Sal. 135: 6; Jer. 32: 17; Mat. 19: 26; Mar. 9: 23.)

42. ¡Admirable expresión de candor, de confianza, de abandono a la voluntad de Dios en esa humilde y piadosa israelita, llamada a un destino tan elevado! Cuando Dios quiere cumplir sus grandes designios, él mismo sabe preparar sus instrumentos.

por la gracia que le ha otorgado (46-48).—b) Celebra el poder, la santidad, la misericordia de Dios, que se han manifestado respecto de ella (49-50).—c) Contempla la grande transformación que se va a cumplir en el mundo: los orgullosos, los poderosos, los ricos humillados; los humildes y los pobres exaltados (51-53).—d) Rinde homenaje a la fidelidad de Dios que se acuerda de su misericordia para con Abrahán y su posteridad (54, 55).—3.º *Regreso de María a su casa.* Después de haber permanecido cerca de tres meses con Elisabet, regresa María a su casa (56).

39 Y levantándose María en aquellos días, se fué a la montaña 40 con presura, a una ciudad de Judá⁴³; y entró en la casa de 41 Zacarías y saludó a Elisabet⁴⁴. Y aconteció, como oyó Elisabet la salutación de María, que saltó el feto en su vientre; y fué 42 llenada Elisabet de Espíritu Santo, y exclamó con grande voz y dijo: ¡Benedicida tú entre las mujeres y bendecido el fruto de tu 43 vientre!⁴⁵ ¡Y de dónde esto a mí, que la madre de mi Señor

43. *En aquellos días*, es decir, inmediatamente después del hecho que acaba de ser relatado. María, bajo la impresión de la revelación que ha recibido, llevando en su alma esas preciosas esperanzas, debía sentir el más vivo deseo de volver a ver a Elisabet, su pariente, que acababa de tener análogas experiencias (v. 36); de ahí esta expresión: *se fué con presura*. El lugar donde habitaba Elisabet es solamente indicado por dos términos muy vagos: *la montaña y una ciudad de Judá*. Se ha supuesto que esa ciudad era Hebrón, situada a veintidós millas romanas al Sur de Jerusalén. Hebrón había sido en otro tiempo asignada a los sacerdotes para residencia (véase Jos. 21: 11, donde su situación es indicada con estos mismos términos: *en la montaña de Judá*). Otros piensan que decía primitivamente el texto *Jutta* (designada como ciudad levítica, Jos. 21: 16); los copistas habrían cambiado ese nombre poco conocido en *Judá*.—¿Estaba ya realizada la promesa hecha a María por el mensaje del ángel (v. 31) cuando hizo la visita a Elisabet? Se puede inferirlo con certeza del relato siguiente (v. 41-45), y sobre todo del cántico con el que da María curso a su gozo (v. 46 y sig.) Pero con el sentimiento tan fino y tan delicado que reina en toda esta narración, el evangelista pasa ese gran acontecimiento en silencio y deja al lector el cuidado de percibirlo bajo el velo discreto con que está cubier-

to. La exégesis no podría hacer nada mejor que imitar esa reserva.

44. ¡Momento solemne para esas dos mujeres! Las mismas experiencias de la misericordia de Dios, la misma fe, las mismas esperanzas, el mismo amor unen sus almas en una comunión íntima. María, *saludando a Elisabet* en este encuentro único, pone todo su corazón en el *shalom* de los hebreos: *¡Paz sea contigo!* Y en cuanto a Elisabet, el incidente que sigue (v. 41) descubre su profunda emoción.

45. El santo gozo con que *se estremece* Elisabet en su ser más íntimo se comunica al niño que lleva en su seno. No es necesario ver en ello un hecho milagroso. Lo extraordinario aquí es la acción del *Espíritu Santo* con que Elisabet fué *llenada* y que le reveló en ese momento lo relativo a María. “El carácter de toda acción del Espíritu Santo es elevar al hombre por encima de sus impresiones personales para hacer predominar en él la preocupación de los intereses divinos. Es ese el rasgo saliente de la alocución de Elisabet. Ante todo, María y el hijo de María (v. 42 y 43); después de eso solamente, ella misma y su hijo (v. 44), para volver inmediatamente a María y a su dicha. (v. 45.) Una marcha semejante hallaremos también en el cántico de Zacarías.” *Godet*.—Elisabet saluda a María con santo entusiasmo como *benedicida entre las mujeres*, más maravillosamente bendecida, en efecto, que ninguna otra mujer, puesto

44 venga a mí? ⁴⁶ pues he aquí, como llegó la voz de tu salutación
45 a mis oídos, saltó de alegría el feto en mi vientre ⁴⁷. Y dichosa
la que creyó, porque habrá cumplimiento para lo que le ha sido
dicho de parte del Señor ⁴⁸.

46, 47 Y María dijo ⁴⁹: Engrandece mi alma al Señor, y se ha
48 alegrado mi espíritu en Dios mi Salvador ⁵⁰, porque ha puesto los

que llevaba en su seno al que sería el Salvador del mundo.—El principio del versículo presenta tres lecciones: *elevó fuertemente la voz* (texto recibido con A, D) *exclamó con grande voz* (Sin., C); *elevó la voz con grande grito* (B).

46. Expresión de humildad profunda. Llama a María la madre de su Señor, es decir del Salvador. ¿Se extrañarán de ver la mirada de fe en Elisabet penetrar hasta el conocimiento de ese misterio? Pero no se debe olvidar que esta piadosa israelita habla a la luz del *Espíritu Santo* de que está llena; que el nacimiento del Salvador ha sido anunciado a esas dos mujeres por un mensaje divino (v. 17 y 31); que una y otra habían sido preparadas a esas elevadas revelaciones por su conocimiento de las escrituras lo mismo que por su espera de "la consolación de Israel;" y que, por último, ese mismo *Espíritu profético* dió a un Zacarías (v. 68 y sig.), a un Simeón (2: 27 y sig.), un conocimiento más luminoso aun del reino cercano del Salvador.

47. El *pues* se refiere a toda la salutación que Elisabet ha dirigido a María y por la que la ha proclamado la madre del Mesías. Ella ve en la emoción que ha sentido y en el estremecimiento de su hijo (v. 41, nota), la confirmación de lo que ha reconocido respecto de María.

48. Las palabras de Elisabet toman el tono y la elevación de un himno; canta la dicha de María que creyó lo que le había sido anunciado (v. 38) *de parte del Señor*. Ella sabe que todas esas grandes promesas *tendrán su cumplimiento* (gr. *su consumación*.) Hasta allí se eleva la fe común a esas dos santas mujeres.—Se puede traducir este versículo como nosotros lo hemos hecho en el texto: *dichosa porque todo será cumplido; o bien*

de esta manera: *dichosa la que creyó que todo tendrá su cumplimiento*. La primera de esas dos construcciones está más en armonía con la elevación y energía del pensamiento.

49. María canta las "grandes cosas" (v. 49) que el Señor le ha hecho, y, como Elisabet (v. 41), aun cuando el relato no lo dice expresamente, habla bajo la influencia del Espíritu Santo. Su cántico, que se divide en cuatro estrofas (véase el análisis), está enteramente penetrado de la poesía del Antiguo Testamento y en particular de la que respira el cántico de Ana, madre de Samuel. (1 Sam. 2: 1-10.) Así debía ser; el alma piadosa, en los momentos más solemnes de su vida interior, halla siempre en las palabras de la escritura la expresión más verdadera de sus sentimientos. Hay aun allí una prueba de la verdad histórica de los relatos de Lucas. Un inventor posterior de estas escenas conmovedoras no habría dejado de poner en boca de María palabras más en armonía con el espíritu del nuevo pacto.

50. Se puede observar, desde las primeras frases del cántico, esa forma de la poesía hebraica que se llama el paralelismo, y que consiste en verter el mismo pensamiento por dos expresiones diferentes, pero con un matiz delicado e importante.—El *alma* y el *espíritu* son sucesivamente sujeto de la frase. (Véase, sobre la diferencia entre ambos términos, según la psicología de la escritura, 1 Cor. 2: 14, nota; 15: 45, nota y comp. 1 Tes. 5: 23.)—*Magnificar*, palabra que otros traducen por *celebrar*, *alabar*, es un hebraísmo cuyo sentido es necesario conservar y que significa propiamente *engrandecer*. Un alma, elevada como la de María por el Espíritu, siente y contempla la *grandeza* de Dios y siente la necesidad de proclamarla a los ojos

ojos sobre la humillación de su sierva ⁵¹; pues he aquí, desde
49 ahora me declararán dichosa todas las generaciones ⁵², porque me
ha hecho grandes cosas el Poderoso; y santo es su nombre ⁵³,
50 y su misericordia por generaciones y generaciones para los que
51 le temen ⁵⁴. Obró poder con su brazo; dispersó los soberbios en
52 el pensamiento de su corazón; derribó los potentados de los tro-
53 nos y elevó a los humildes; a los hambrientos colmó de bienes
64 y a los ricos despidió vacíos ⁵⁵; socorrió a Israel, su siervo, para

de todos. Es así como todas las perfecciones de Dios pueden *engrandecerse* entre los hombres, cuando éstos aprenden a conocerlas mejor. Es lo que nosotros le pedimos respecto de su santidad con esta súplica: "Santificado sea tu nombre."—Mientras el primer verbo está en presente, el segundo: *se alegró* (Gr. *se estremeció de júbilo*), está en pretérito; se refiere pues a un momento preciso cuyo recuerdo conserva María, y se ha supuesto, no sin razón que ese momento es aquel en que reconoció que la promesa de Dios era cumplida en ella.—María da a Dios dos nombres que tienen su significación. Primeramente el de *Señor*, que es la traducción constante del nombre de *Jehová* en los Setenta. Este nombre se halla sin cesar en los primeros relatos de Lucas. (v. 6, 9, 11, 25, 68, etc.) Luego, llama a Dios *su Salvador*: la mirada de su fe penetra evidentemente más allá del momento presente y se extiende hasta esa *salud* del mundo que Dios iba a realizar.

51. La *humillación* sobre la cual Dios ha querido *poner los ojos* (comp. v. 25) no es la humildad como disposición moral, sino la condición humilde, la pobreza en que se encontraba María, aunque descendientes de los reyes de Judá. (v. 52.)

52. Elisabet acababa de llamarla *dichosa* (v. 45, y esas palabras, llenas de religioso entusiasmo, han acabado de afirmar la fe de María en su gran destino, de modo que ve esa palabra de su parenta repetida por las generaciones futuras. Comp. Gén. 30: 13).

53. María celebra el *poder*, la *santidad*, la *misericordia* de Dios, tres perfecciones que se han manifestado en las *grandes cosas* que le han sido hechas. La omnipotencia se ha

desplegado en la encarnación, que tiene la santidad por carácter principal y ha hecho irradiar la misericordia de Dios.

54. Sal. 103: 17. Estas palabras: *para los que le temen*, hacen transición a la estrofa siguiente, en la que canta María la transformación causada por el advenimiento del Cristo.

55. María se eleva, al estilo de los profetas, hasta la contemplación de la grande revelación que se realizará por ese Mesías cuya madre será. Si Dios ha llamado a ella, la más humilde de las hijas de su pueblo (v. 48), al honor de dar a luz al Mesías, es porque él rechaza todas las ideas de grandeza humana. El principio del reino que él quiere establecer y que transformará al mundo, será "exaltar a todo el que se humille y humillar a todo el que se exalte". (Luc. 14: 11; 18: 14.) Como los profetas también, ella designa, con todos esos verbos en pretérito, esos grandes acontecimientos, como ya cumplidos; tan ciertos son a sus ojos. Algunos intérpretes entienden por los *soberbios*, los *potentados*, los *ricos*, a los paganos, mientras que los *humildes* y los *hambrientos* serían los israelitas. Se basan para ello en estas palabras del v. 54: "Socorrió a Israel," que les parece reproducen la misma idea bajo otra forma. Pero María no ignora que en el pueblo judío como en el seno de las naciones la misericordia de Dios es solamente para "los que le temen." (v. 50.)—"No se debe tomar estas expresiones: *poderosos*, *pequeños*, *ricos*, *pobres*, ni exclusivamente en el sentido social, ni exclusivamente en el sentido espiritual. En todos estos términos están reunidas las dos nociones, espiritual y temporal." Godet.

55 acordarse de la misericordia conforme habló a nuestros padres, para con Abrahán y su descendencia por la eternidad ⁵⁶.

56 Y moró María con ella como tres meses, y se volvió a su casa ⁵⁷.

2. El doble cumplimiento de las promesas.

A. 57-80. NACIMIENTO DE JUAN EL BAUTISTA. CÁNTICO DE ZACARÍAS.—

1.º *El nacimiento.* El narrador relata el nacimiento del hijo de Elisabet y describe el gozo de los vecinos y de los parientes (57, 58).—2.º *La circuncisión.* En el momento de la circuncisión, el octavo día, los amigos de la familia quieren dar al niño el nombre de su padre, pero la madre se opone a ello, declarando que será llamado Juan. Consultado Zacarías por medio de señales indica el nombre de Juan. En el momento su lengua es desatada, y bendice a Dios. La impresión producida por este acontecimiento es profunda en toda la región. Se preguntaba: ¿Qué será, pues, este niño? (59-66).—3.º *Cántico de Zacarías.*—a) Hablando bajo la inspiración del Espíritu, se eleva Zacarías ante todo a la contemplación del porvenir de la teocracia y da gracias por el advenimiento de la salvación mesiánica. Bendice a Dios porque ha visitado y rescatado a su pueblo, y le ha dado en el hijo de María un poderoso Salvador, cumpliendo así las promesas de su pacto y obrando la liberación de su pueblo, que desde ahora podrá servirle en santidad y en justicia (67-75).—b) Dando curso sólo entonces a sus sentimientos de padre, saluda Zacarías en su hijo al Precursor, que enseñará al pueblo que la salvación consiste en el perdón de los pecados; luego vuelve al Salvador: le celebra como el sol naciente, que hace resplandecer su luz sobre los sentados en tinieblas y sombra de muerte, a fin de conducirlos por el camino de la paz (76-79).—4.º *La adolescencia de Juan.* El niño crecía en cuerpo y en espíritu; permaneció en retiro hasta el momento de entrar en su ministerio (80).

57 Y se cumplió para Elisabet el tiempo de parir, y parió un
58 hijo. Y oyeron sus vecinos y sus parientes que había engrandecido el Señor su misericordia con ella, y se gozaban con ella ⁵⁸.

56. El Eterno, viendo a *Israel*, su siervo, es decir al verdadero Israel que sirve, que teme (v. 50), que ama a Dios, abrumado bajo la opresión de su miseria, lo ha socorrido, ha tomado su causa, él mismo se ha encargado de realizar su liberación. (Isa. 41: 8, 9.) Y, en esta liberación, ve María la fidelidad de Dios que se acuerda de su misericordia eterna para con Abrahán y su posteridad, según había sido anunciada a los padres por los profetas. Tal es la significación de estos dos versículos (54, 55), si se los construye como nosotros lo hemos hecho en el texto, y no según la versión de Osterwald, que presenta un sentido muy diferente. Abrahán y su posteridad son presentados como siendo igualmente el objeto de la misericordia de

Dios en el cumplimiento de las promesas que ya habían sido hechas a ese patriarca. (v. 73; comp. Miq. 7: 20; Isa. 29: 22 y sig.; Juan 8: 56.)

57. Si se acerca este término de tres meses al indicado en el v. 36, se ve que María permaneció con Elisabet hasta el momento del acontecimiento referido en el versículo siguiente (v. 57). ¿La dejó antes de ese momento solemne? El hecho de que no sea nombrada en la continuación del relato (v. 58), parece indicarlo, y sin embargo no parece muy natural, pues el nacimiento del hijo de Elisabet tenía a sus ojos demasiada importancia para que no deseara asistir.

58. Magnificado, engrandecido, su misericordia hacia ella; es el mismo

59 Y aconteció en el octavo día que fueron para circuncidar al niño; y le llamaban Zacarías por el nombre de su padre. Y res-
60 pondeando su madre, dijo: No, sino será llamado Juan ⁵⁹. Y le
61 dijeron: Nadie hay de tu parentela que sea llamado por este
62 nombre ⁶⁰. Y hablaban por señas a su padre, cómo querría que
63 fuera él llamado ⁶¹. Y pidiendo una tablilla escribió diciendo ⁶²:
64 Juan es su nombre. Y todos se admiraron ⁶³. Y fué abierta su
65 boca inmediatamente y su lengua, y hablaba bendiciendo a
66 Dios ⁶⁴. Y fué temor sobre todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se conversaba de todas estas cosas.
66 Y todos los que las oyeron las pusieron en su corazón, di-

hebraísmo que hemos notado en el v. 46 y que se halla en Gen. 19: 19.

59. *Fueron*; es decir los vecinos y los parientes que se habían regocijado con Elisabet y que iban ahora a participar en la fiesta de familia. La circuncisión tenía lugar en el octavo día (Gén. 21: 3), y entonces era cuando se ponía nombre al niño, como se hace ahora en el bautismo. Los parientes y vecinos (comp. Ruth 4: 17) se disponían a poner al niño el nombre del padre. Pero la madre se opuso, pues sabía por su marido que debía tener el nombre de Juan. (v. 13, nota.) Algunos padres de la iglesia han visto en la acción de Elisabet una inspiración del Espíritu Santo, puesto que Zacarías, que estaba mudo, no podía haberle dicho el nombre del niño. ¡Como si no fuera evidente que Zacarías había debido comunicar a su mujer todos los detalles de la aparición del ángel (Comp. v. 41-45) y, en particular, indicarle el nombre del niño del mismo modo que va a hacerlo dentro de un instante! (v. 63.)

60. Esta objeción proviene de que, entre los judíos, había gran empeño en conservar de padres a hijos los nombres de la familia y de la tribu.

61. ¿Por qué hicieron señas? Muchos han inferido de ello que Zacarías estaba sordo lo mismo que mudo, lo que es contrario al v. 20. Se ha explicado ese modo de obrar por la costumbre que se contrae naturalmente de hablar por signos a los que se expresan de esa manera. Otros han pensado que habiendo Zacarías oído todo, bastaba una señal para preguntarle su opinión, y que los

miembros de la familia le interrogan de esa manera en consideración a la madre, que acababa de declarar tan positivamente su voluntad a este respecto.

62. Gr. *escribió diciendo*, hebraísmo que puede muy bien entenderse de la escritura sola (2 Reyes 10: 6); mas ¿no sería posible que fuera en ese mismo instante cuando le fué devuelta la palabra (v. 64), de modo que la primera palabra que pronunciaría fuese el nombre de su hijo?—Las tablillas de los antiguos eran ordinariamente placas de madera enceradas sobre las cuales se escribía con un estilo o especie de punzón.

63. Zacarías no escribe: Juan será o debe ser su nombre, sino muy positivamente es. Así era, en efecto, para el padre, desde que había oído la palabra del ángel. (v. 13).—Esa admiración era causada menos por el acuerdo entre el padre y la madre que por la razón indicada en el v. 61.

64. Gr. *su boca fué abierta y su lengua*. A lo que se debe añadir *desligada*, palabra que se halla en efecto en *D* y en algunas minúsculas.—*Hablaba*, he ahí el hecho extraordinario señalado por el evangelista. E inmediatamente el piadoso israelita da vuelo a los sentimientos de que estaba lleno, por un canto de alabanza y de acción de gracias. Es lo indicado por estas palabras: *bendiciendo a Dios*. Y fué sin duda en ese momento cuando Zacarías pronunció su cántico. Mas el narrador termina su relato y reserva ese cántico para darlo aparte en su totalidad. (v. 68 y sig.)

ciendo: ¿Qué será, pues, este niño? ⁶⁵ pues también la mano del Señor estaba con él ⁶⁶.

67 Y Zacarías su padre fué llenado de Espíritu Santo, y profetizó, diciendo ⁶⁷: Bendito el Señor, el Dios de Israel, porque ha visitado y hecho redención para su pueblo ⁶⁸, y nos ha suscitado un cuerno de salvación en la casa de David su siervo ⁶⁹, confor-

65. Descripción de la impresión producida en toda la montaña de Judea, donde habitaba Zacarías. (v. 39.) La admiración primeramente sentida (v. 63) cede el lugar al temor (v. 11, nota.) Se hacía de esas cosas (gr. esas palabras, esos relatos) el tema de las conversaciones, se las conservaba piadosamente en su corazón, y se preguntaba con religioso interés: ¿Qué será este niño?

66. Estas últimas palabras son una observación hecha por el evangelista, motivando y confirmando (pues también) la espera de grandes cosas, que se expresa en esta pregunta de los amigos de la familia: ¿Qué será pues este niño? Esa espera, quiere decir el evangelista, era legítima, pues la mano del Señor, es decir el poder protector del Espíritu de Dios, de que estaba ya lleno (v. 15), estaba con él. Y si así era desde su tierna infancia, lo mismo será en toda su mocedad, en toda su vida.—En el texto recibido, que suprime la partícula *pues*, esa proposición se torna en una observación con la que resume el evangelista la historia de Juan hasta su ministerio público, y que no se relaciona directamente a lo que precede.

67. Para comprender el hermoso cántico de Zacarías, esa efusión ardiente de su alma, es necesario dar a estas palabras su plena significación bíblica: *llenado de Espíritu Santo y profetizó*. En efecto, el Espíritu de Dios le comunicó en ese momento el don de profecía, por lo que se debe entender al mismo tiempo el don de penetrar en el porvenir del reino de Dios y la facultad de expresar sus misterios en discursos llenos de elevación y de lucidez. (Véase los discursos de los profetas y comp. 1. Cor. 14: 2, nota.) Sin ese hecho señalado por el evangelista, nos sería imposible comprender cómo podía Zacarías cantar la obra en-

tera de nuestra redención, en un momento en que nada de ello aparecía todavía, excepto el nacimiento del precursor del Mesías. Es verdad que el ángel le había revelado lo que ese niño sería un día (v. 15-17); pero de ahí a contemplar la grande salud de Dios como ya realizada hay una distancia que sólo el Espíritu divino podía hacerle franquear.—Sin embargo, el estilo y los pensamientos de este cántico se mueven en la esfera de las revelaciones del Antiguo Testamento. Es un carácter que tiene en común con el de María. El padre de Juan, como la madre de Jesús, se había nutrido de las promesas de Dios en las santas escrituras. A éstas se refiere la revelación especial que le permite expresar concepciones tan luminosas sobre el cumplimiento de la redención. Esa inspiración tomada del Antiguo Testamento está perfectamente en la situación, y prueba la autenticidad de los relatos de Lucas.

68. Zacarías empieza por un arranque de gratitud y de adoración porque Dios ha visitado y rescatado su pueblo. La palabra *visitado* (propia-mente *inspeccionado*) designa la manifestación divina acordada a Israel, después de los cuatrocientos años durante los cuales la profecía había guardado silencio. *Rescatado* (gr. *hecho un rescate*, una redención por medio de un precio de rescate, comp. Mat. 20: 28), es un término que no podría aplicarse a la liberación política del pueblo de Israel, como se ha pensado, sino a la liberación de su esclavitud moral.—Estos verbos en pretérito, aquí y en el versículo siguiente, muestran que para Zacarías esa gran obra de Dios estaba ya realizada, tal era su certidumbre de ella.

69. Gr. *Nos ha suscitado un cuerno de salud*. El cuerno, en el que reside la fuerza de ciertos animales, es, en

me habló por boca de sus santos profetas desde la antigüedad ⁷⁰: liberación de nuestros enemigos y de mano de todos los que nos aborrecen ⁷¹, para obrar misericordia con nuestros padres y acordarse de su santo pacto; juramento que juró a Abrahán nuestro padre ⁷², de concedernos que, libertados de mano de enemigos, le sirviéramos sin temor, en santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días ⁷³. Y tú, niño, profeta del Altí-

el estilo de la escritura, figura del poder. (1 Sam. 2: 10; Sal. 89: 18; 132: 17; 148: 14.) Las otras explicaciones que se ha dado de esa figura (sería, por ejemplo, una alusión a los cuernos del altar que procuraban coger los criminales), son inadmisibles. Un *cuerno de salud* es una liberación realizada con potencia, y al mismo tiempo, la figura designa un poderoso libertador, el Mesías. (Comp. Sal. 132: 17; Ezeq. 29: 21.)—Estas palabras: *en la casa de David*, muestran que para Zacarías, como para Lucas, que ha referido el misterio del nacimiento del Salvador (v. 35), María descendía realmente de David. (Comp. 3: 23, nota.)

70. Lo que confirma la fe de Zacarías es el hecho de que los grandes acontecimientos que celebra en su cántico no son más que el cumplimiento de las promesas de Dios, siempre fiel a su palabra. Su pensamiento abarca todos los profetas en esta expresión: "por boca de los santos profetas desde la antigüedad." (Gr. desde la edad, de toda antigüedad.)—Comp. Act. 3: 21.

71. Zacarías vuelve, por una simple aposición, a su grande idea de la liberación (v. 69) cuyos efectos describe hasta el v. 75.—*Nuestros enemigos y los que nos aborrecen*, son dos expresiones sinónimas. Con ellas son designados todos los opresores del pueblo de Israel, paganos o Judíos, los romanos, Herodes y sus adherentes, los jefes del pueblo mismos, sacerdotes o escribas, la mayor parte saduceos. Todos esos poderosos eran los enemigos de la verdadera teocracia. Zacarías entrevé la liberación de ésta.

72. La *misericordia* de Dios, tal es la fuente única de la grande salud que Zacarías celebra. (1 Pedro 1: 3.) Esa misericordia se ejerce, dice, *hacia nuestros padres*; tienen su par-

te en ella, puesto que es la realización de todo lo que ellos habían creído y esperado. (v. 54, 55.) Así Dios se acuerda de su santo pacto, manera humana de hablar, que significa que Dios cumple lo que había prometido por ese pacto y prueba así que era santo, inviolable. (Gén. 15: 1 y sig.)—Esa alianza había sido confirmada por Dios por un juramento (Gén. 22: 16) cuyo cumplimiento también reconoce ahora Zacarías. Hay propiamente en griego: *acordarse de su santo pacto, juramento que juró*; la alianza misma es llamada un juramento, porque fué establecida con juramento.

73. En estos versículos (74, 75), canta Zacarías los inmensos beneficios que Dios había prometido a los padres por su pacto y su juramento. Primeramente, *la liberación de la mano*, es decir del poder, de los enemigos (v. 71); luego, por eso mismo, la posibilidad de *servir a Dios sin temor* en una vida santa. La palabra griega que traducimos por *servir a Dios*, significa *rendirle un culto*, adorarle (Hebr. 9: 14); y eso es lo que debe caracterizar la vida entera del pueblo de Dios en el cual el sacerdote Zacarías ve ya el verdadero "sacerdocio real." (1 Pedro 2: 9; Apoc. 1: 6; comp. Ex. 19: 6.) Un servicio semejante en la libertad y en el amor está exento de temor (Rom. 8: 15) y se distingue por la *santidad y la justicia* (Ef. 2: 24), dos términos que, en el griego clásico, expresan todo lo que el hombre moral debe ser respecto de Dios (*santidad*) y respecto de los hombres (*justicia*). En la biblia, este último término se refiere también a Dios. Según Weiss, el primero designa la consagración interior, el segundo el cumplimiento de las obligaciones que de ellas se derivan. Según M. Godet, el primero se aplica a la pureza, a la ausencia de conta-

simo serás llamado ⁷⁴, pues irás delante, en presencia del Señor, ⁷⁷ para preparar sus caminos ⁷⁵; para dar conocimiento de salvación a su pueblo por el perdón de sus pecados ⁷⁶, por causa de las entrañas de misericordia de nuestro Dios ⁷⁷, por las que nos ⁷⁹ ha visitado de lo alto el sol naciente ⁷⁸ para brillar sobre los sentados en tinieblas y sombra de muerte ⁷⁹, para dirigir nuestros pies por el camino de la paz ⁸⁰.

minación, el segundo a la práctica positiva del bien.—La vida, así renovada, no lo es en lo exterior solamente, sino en su presencia. “delante de Dios.” (v. 6, nota.) No es tampoco reservada a ciertos tiempos o a ciertos días, sino que debe llenar todos nuestros días. El texto recibido dice: *todos los días de nuestra vida*; las palabras de *nuestra vida* no son auténticas.

74. Hasta aquí el pensamiento del piadoso sacerdote se ha dirigido solamente a los grandes intereses de la teocracia, cuya liberación y renovación ha cantado; ahora descende con emoción al niño que desempeñará un papel tan importante en esa obra de Dios. Mas luego se elevará nuevamente, del que será sólo el precursor, hasta el único libertador que realizará la grande liberación.—Juan será *profeta del Altísimo*, mientras que el Mesías es *Hijo del Altísimo* (v. 32); pero Jesús, confirmando la palabra de Zacarías, declarará que el hijo de ese sacerdote es “más que un profeta.” (Mat. 11: 9.)

75. El Señor designa aquí al Mesías cuyos caminos Juan debe preparar (Mat. 3: 3; Luc. 3: 4); mas Zacarías le nombra así solamente porque ve en él, según la revelación del ángel, a Jehová que había dicho: “Yo voy a enviar a mi mensajero, y él preparará el camino delante de mí.” Véase v. 16 y 17, notas.

76. Dar al pueblo el conocimiento de la salud, de la misma salud de que Zacarías ya ha hablado (v. 69 y 74), era la verdadera manera de preparar los caminos del Señor. En efecto, ese conocimiento de la salud estaba enteramente oscurecido en la grande masa del pueblo, que no esperaba del Mesías más que una liberación exterior y política, o que no buscaba la salud más que en las vanas observancias de la ley, mientras

que sólo podía consistir en la remisión o el perdón de sus pecados. He ahí por qué Juan, en su predicación y en su bautismo, insistió con tanta energía sobre el arrepentimiento, y anunció a Aquel que conferiría realmente el perdón, bautizando con el Espíritu Santo. (Mat. 3: 11.)

77. La causa única del perdón para el pecador es la tierna misericordia de nuestro Dios. (Gr. a causa de las entrañas de misericordia de nuestro Dios.) Expresión de todo lo que hay de más íntimo, de más profundo, de más tierno en el amor. (Fil. 1: 8; 2: 1; Col. 3: 12; comp. Juan 3: 16.)

78. Sin., B dicen: *nos visitará*. Ese futuro es probablemente una corrección. Es aun gracias a la tierna misericordia de Dios que *el sol naciente nos ha visitado de lo alto*, es decir, que la luz divina, “el sol de justicia” (Mal. 4: 2), se ha levantado sobre nosotros. Esta aurora es personificada; de ahí la expresión figurada: *nos ha visitado*. Se ha procurado dar a la palabra que nosotros traducimos por *sol naciente*, que otros vierten por: *Oriente de lo alto*, el sentido de *germen* (comp. Zac. 3: 8; 6: 12, donde los Setenta emplean la palabra en ese sentido.) Pero como el papel que le es atribuido aquí es de *iluminar* (v. 79), se trata evidentemente del sol naciente, de esa luz que disipa las tinieblas del mundo moral (v. 79), y de que con frecuencia se habla en las escrituras. (Isa. 60: 1, 2; Juan 1: 5; 8: 12.)

79. Véase Mat 4: 16, nota. Las figuras de este versículo, expresión de una triste realidad, son tomadas de Isa. 9: 1, que describe al mismo tiempo las tinieblas y la luz que entre ellas resplandece. Las tinieblas no son solamente, en la escritura, figura de la ignorancia y del alejamiento de Dios, sino también de la corrup-

80 Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estuvo en los desiertos hasta el día de su exhibición a Israel ⁸¹.

B. NACIMIENTO DE JESÚS.—1.º *Jesús nace en Belén*. Ordenando un decreto de César Augusto el empadronamiento de los súbditos del imperio, José lleva, de Nazaret a Belén, a María, su novia, que estaba encinta. Mientras están en Belén, donde no han hallado lugar en la posada. María da a luz su hijo primogénito y le acuesta en un pesebre (1-7).—2.º *Los ángeles aparecen a los pastores*. Un ángel aparece a unos pastores que guardaban sus rebaños durante la noche, les anuncia este nacimiento como motivo de gran gozo, y les da una señal por la que reconocerán al niño. Una multitud del ejército celestial entona un cántico a la gloria de Dios (8-14).—3.º *Los pastores comprueban y publican el nacimiento del Salvador*. Los pastores se apresuran a trasladarse a Belén, donde hallan al niño, y empiezan a relatar a su derredor lo que les había sido revelado. Todos se admiraban de sus relatos, pero María conservaba todas esas cosas en su corazón. Los pastores se vuelven, glorificando a Dios (15-20).

II. Y aconteció, en aquellos días, que salió un decreto de parte de César Augusto, que fuera empadronada toda la tierra ¹. Este empadronamiento primero fué hecho siendo Cirenio gobernador

ción, de la miseria, de la desdicha, de la muerte, porque Dios solo es la fuente de la luz y de la vida. De ahí esta expresión enérgica: *la sombra de la muerte*. Y los desdichados que contemplaba el profeta están allí sentados en el abatimiento y la desesperación, no tratando siquiera de levantarse.

80. He aquí la coordinación lógica de los inmensos beneficios que Zacarías contempla al final de su cántico. El sol naciente nos ha visitado para iluminarnos y dirigir nuestros pies por el camino de la paz. Andaremos pues en adelante después de haber estado sentados en las tinieblas; y la paz sucede a todas las miserias que representa la sombra de la muerte. (v. 78, 79.) Es necesario tomar esta palabra: *paz* ante todo en su sentido más íntimo y más elevado; la paz con Dios por el perdón de los pecados (v. 77), la paz de Dios en el corazón, que es para el hombre el bien supremo. Pero se la puede entender luego en el sentido de la palabra hebrea *shalom*, que significa también el bienestar, la prosperidad, en oposición al deplorable estado que precede. El camino de la paz no es la paz, sino aquel sobre el cual se anda en la paz. Con este pensamiento corona Zacarías admirablemente su cántico de liberación.

81. *Crece* indica el desarrollo físico, mientras que *se fortalecía en espíritu* describe los progresos graduales y constantes de todo su ser intelectual, religioso y moral, bajo la influencia del Espíritu de Dios que estaba en él. (v. 15 y comp. 2: 52.) Se puede extender esta observación importante a toda la adolescencia de Juan el Bautista. La historia evangélica no habla más de él hasta el momento aquí señalado de su manifestación a Israel, es decir, hasta su entrada en su ministerio. Ese momento le fué indicado por una revelación de Dios. (3: 2; Mat. 3: 1.) La observación de Lucas, de que *estaba en los desiertos*, se aplica a todo ese periodo y significa que vivió en la soledad de los lugares apartados que se llamaban desiertos de Judá, al Oeste del mar Muerto y no lejos de Hebrón, residencia de Zacarías y de Elisabet. En ese retiro se preparó para su santa vocación.

1. *En aquellos días*, expresión un poco vaga, designando la época que siguió al nacimiento de Juan el Bautista; éste tuvo lugar seis meses antes del nacimiento de Jesús. (1: 36.)—Gr. *toda la tierra habitada ser empadronada*. Esta expresión designa el imperio romano, que a menudo era llamado el mundo romano, o simplemente el mundo, porque contenía to-

3 de Siria². E iban todos para empadronarse, cada uno en su pro-

do del mundo civilizado. Tal *empadronamiento* consistía en el registro de la población de cada provincia, de cada ciudad, así como de los bienes de los habitantes. Era destinado a facilitar la percepción de los impuestos.—Este acontecimiento de la historia trajo consigo el cumplimiento de las profecías según las cuales Jesús debía nacer en Belén. (Mat. 2: 5.) El nacimiento de un niño, que no estaba previsto en esta grande medida política, iba a cambiar la faz del mundo.—La crítica ha hecho a este relato de Lucas diversas objeciones. Le ha opuesto primeramente el hecho de que los historiadores de la época no mencionan este empadronamiento, que sin embargo era de grande importancia. Pero se sabe lo que valen las conclusiones basadas únicamente en el silencio. Y si la historia no ha referido especialmente el empadronamiento de que aquí se trata, permite comprobar que ese mismo César Augusto se había ocupado por mucho tiempo de trabajos de estadística; había dejado al morir un estado de los recursos de todo el imperio, que fué comunicado al senado y contenía las cifras “de la riqueza pública, de los ciudadanos, de los aliados bajo las armas, de las flotas, de los reinos, de las provincias, de los tributos o impuestos.” (Tácito, Ann, I, 11.) Se objeta también que una medida semejante no habría debido comprender la Judea, que, bajo el gobierno de Herodes, no había sido aún convertida en provincia romana. Pero no se debe olvidar que ese príncipe, que sólo reinaba por el favor del emperador, no gozaba más que de una independencia muy relativa. Después de la toma de Jerusalén por Pompeyo, los judíos pagaban un tributo al imperio y prestaban juramento de fidelidad al emperador. (Josefo, Antig. XVII, 2,4.) ¿Por qué, pues, César Augusto no habría aplicado su decreto al gobierno de Herodes, que él consideraba más bien como su vasallo que como un príncipe soberano? Se puede empero, admitir que la ejecución de esa medida fué confiada, no a romanos, sino a

judíos, servidores de Herodes, lo que haría comprender por qué provocó menos oposición que otro empadronamiento más reciente (véase la nota siguiente) y por qué, según la costumbre de los judíos, José y María debieron trasladarse a Belén, su lugar de origen. (Véase, para más detalles y pruebas históricas, Godet, *Comentario sobre el evangelio de Lucas*.)

2. Esta observación, incidentalmente arrojada en el relato, ha dado lugar a un reproche dirigido a Lucas. Habría cometido un doble error: primeramente confundido el empadronamiento de que habla con otro que tuvo lugar diez años más tarde, bajo el gobierno de Cirenio; y luego, admitiendo que ese personaje era ya *gobernador de Siria* en la época de que habla. Hay allí, en efecto, una seria dificultad, y se podrían llenar volúmenes con todo lo que ha sido escrito para obviarla. Pero es necesario observar que el primero de esos errores, es decir la confusión de los dos empadronamientos, no existe. En efecto, el objeto evidente de Lucas, en este versículo, es precisamente el de establecer una distinción entre ambos empadronamientos; pues decir que éste fué *el primero* supone necesariamente que hubo un segundo. Ese segundo tuvo lugar, en efecto, como lo refiere el historiador Josefo (*Antig. XVIII, 1*), no bajo el reinado de Herodes, sino después de la destitución de Arquelaos, y cuando Judea, tornada en provincia romana, hubo sido colocada bajo la autoridad de Cirenio, gobernador de Siria. Ese empadronamiento, célebre en la historia judía porque dió lugar a una rebelión sangrienta del pueblo, era conocido de todo el mundo; y Lucas lo ignoraba menos que nadie puesto que habla de él en detalle en el libro de los Actos (5: 37), donde nombra al principal autor de esa revuelta, “Judas el Galileo, en los días del empadronamiento.”—No queda pues más que el error de cronología que hace a Cirenio gobernador de Siria bajo el reinado de Herodes, en la época del nacimiento de Jesús. Este

4 pia ciudad³ Y subió también José, de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, la cual es llamada Belén, 5 por ser él de la casa y familia de David⁴, para empadronarse 6 con María, la mujer desposada con él, que estaba encinta⁵. Y aconteció, estando ellos allí, que se le cumplieron los días de 7 parir; y parió su hijo primogénito⁶, y le envolvió en pañales y

error es considerable; por eso se ha recurrido, para explicarlo, a todos los recursos de la crítica del texto y de la exégesis. El texto ofrece, sí, algunas ligeras variantes, pero carecen de importancia para el asunto. Muchos críticos, Tholuck, de Pressensé, tomando la palabra *primero* (empadronamiento) en un sentido diferente, han creído poder traducir así: “Ese empadronamiento tuvo lugar antes que Cirenio fuese gobernador de Siria.” Otros intérpretes, cambiando un simple acento griego a la primera palabra de la frase, traducen, en lugar de: *ese empadronamiento*, “*el primer empadronamiento mismo*” (el llamado *primero* desde la dominación romana y que es tan conocido), “tuvo lugar bajo el gobierno de Cirenio.” El v. 2 sería según M. Godet, que recurre a esa acentuación, “un paréntesis explicativo que Lucas ha intercalado por su cuenta en el relato tomado del documento que él empleaba. Tenía importancia para Lucas distinguir bien el censo de que aquí habla de ese otro censo posterior, y recordar que, a pesar de ese nombre de *primer empadronamiento*, bajo el cual éste había quedado grabado en la memoria del pueblo, había habido antes otro, generalmente olvidado realizado en condiciones enteramente distintas.”—Los que estimaren que estas tentativas de explicación, si no inadmisibles, son por lo menos algo forzadas, hallarán más sencillo suponer que Cirenio, quién, se sabe por la historia (Tácito, Ann. III, 48), tuvo los honores del triunfo por una victoria obtenida en esa época sobre un pueblo de Cilicia, ejerció ya entonces un gobierno en Siria y presidió como comisario imperial el empadronamiento de que habla Lucas. La palabra traducida aquí por *gobernador* se aplicaba a todo cargo elevado en el estado. Esta explicación, en favor de

la cual se puede hacer valer serias razones, es la de Hug. Neander. (Véase el *Comentario* de M. Godet sobre nuestro pasaje.)—Los que no están satisfechos por ninguna de estas interpretaciones, atribuyen a Lucas, sobre este punto, un defecto de memoria, que es muy difícil admitir tratándose de hechos de tan grande notoriedad, sobre todo en presencia de su declaración tan positiva, según la cual ha “seguido con exactitud todas esas cosas desde el origen.” (1: 3.)

3. No la de su domicilio, sino la de su origen.—Esto también prueba que el censo se hizo, no por empleados romanos, que lo habrían efectuado para cada uno en el lugar de su domicilio, sino por judíos, servidores de Herodes, que inscribían los habitantes en su tribu y en su lugar de origen. (Véase el versículo siguiente).

4. Véase sobre *Nazaret* Mat. 2: 23, nota, y sobre *Belén* Mat. 2: 1, nota y 1 Sam. 16: 1; 17: 12.—Las palabras *casa y familia de David* no son sinónimas. Todos los descendientes de cada uno de los doce hijos de Jacob formaban una *tribu*; los hijos de esos patriarcas, divididos en ramas diversas, formaban las *familias*; por último, las diversas familias provenientes de cada rama eran las *casas*. Por los dos términos de que se sirve, quiere Lucas señalar que José pertenecía a la familia de David y descendía directamente de él.

5. María era, en efecto, entonces la mujer de José (Mat. 1: 24); *Sin., B, D* omiten: *su mujer*, pero es más probable que esa palabra haya sido cercenada que agregada posteriormente: “*su mujer* que le había sido *desposada*,” o “*su mujer desposada*,” Lucas, por esos términos, expresa exacta y delicadamente el pensamiento de Mateo. (1: 25.)

6. La concordancia de Lucas con Mateo en el empleo de este término:

le acostó en un pesebre, porque no había para ellos lugar en la posada ⁷.

8 Y había pastores en la misma comarca que permanecían en el campo y guardaban las velas de la noche sobre su rebaño ⁸. Y un ángel del Señor se presentó a ellos, y la gloria del Señor brilló ⁹ en derredor de ellos y temieron con gran temor ⁹. Y el ángel les dijo: No temáis, pues he aquí os anuncio gran gozo, el cual será ¹⁰ para todo el pueblo ¹⁰: Que os ha nacido hoy un Salvador, que ¹¹ es Cristo, Señor, en la ciudad de David ¹¹. Y esto os será por señal: hallaréis una criatura envuelta en pañales, echada en un

hijo primogénito, es notable. (Mat. 1: 25, nota.) Ese término implica que María tuvo otros hijos después de éste.

7. Quizá no había en Belén más que una sola posada, que se hallaba llena de forasteros, por la misma causa que había llevado a José y a María; o bien, si había varias, habían debido, en su pobreza, escoger la más modesta. El término empleado por Lucas puede designar también un alojamiento en una casa amiga. (22: 11.) Del hecho de que el niño fué acostado en un pesebre, se ha inferido, con bastante verosimilitud, que sus padres habitaban el establo donde se hallaba. Según una antigua tradición, proveniente de Justino y de Orígenes, era una gruta situada cerca de la ciudad, y sobre la cual Elena, madre de Constantino, hizo más tarde edificar una iglesia. (Véase Robinson, *Viaje a Palestina y a Siria*, p. 159 y sig.; Ph. Bridel, *Palestina Ilustrada*, II) ¡El que debía renovar la faz del mundo nació en un pesebre, y murió sobre una cruz!

8. Gr. *que velaban las velas de la noche sobre su rebaño*. La noche era dividida en cuatro velas de tres horas (Mat. 14: 25; Luc. 12: 38.) La costumbre de pasar la noche al aire libre con los ganados existe aún en Oriente.

9. La palabra griega que traducimos por: *se presentó a ellos* significa literalmente: *se halló allí con ellos*. Se aplica a apariciones de ángeles (24: 4; Actos 12: 7), pero se dice también de hombres que sobrevienen inesperadamente. (20: 1).—Por la *gloria del Señor* es necesario entender una luz celestial; símbolo de la que Jesús traía a la tierra. "En

toda humillación del Cristo se produce alguna grande protesta de su gloria divina." Bengel.—Sobre el temor de los pastores, véase 1: 12, nota.

10. Gr. *Os evangelizo un gran gozo*, os doy la buena nueva de gran gozo. Ese gran gozo, gozo de la salvación, es destinado por Dios a *todo el pueblo*; el pueblo de Israel ante todo, que, en su totalidad, habría podido recibirlo; el pueblo de Dios luego, recogido de entre todas las naciones.

11. *Un Salvador*, hé ahí la palabra principal de ese mensaje del ángel, el tema del gran gozo que anuncia. Los pastores deben saber también que ese Salvador es Cristo, Ungido de Dios, el Mesías que ellos esperaban con todos los israelitas piadosos. (Comp. Mat. 1: 16, nota.) Es por último Señor, "el Señor de todos" (Actos 10: 36), el que toda lengua debe confesar como tal. (Fil. 2: 11.) No se debe jamás olvidar que, en la versión griega de los Setenta, de la que es tomado el lenguaje del Nuevo Testamento, la palabra Señor es la traducción constante del nombre de Jehová. La yuxtaposición de los términos: Cristo Señor, sin y parece extraña. Se ha supuesto que tendríamos aquí la traducción errónea de la expresión hebraica: "Mesías (de) Jehová," expresión que habría sido exactamente vertida en el v. 26. ¿No habría más bien una falta en el texto, que se debiera corregir según el v. 26? Los manuscritos, es verdad, no presentan huella alguna de variante.—Las palabras: *en la ciudad de David* recordaban a los israelitas la profecía que acababa de cumplirse. (Miq. 5: 2.)

13 pesebre ¹². Y hubo de repente, con el ángel, una muchedumbre ¹⁴ del ejército celestial, alabando a Dios ¹³ y diciendo: ¡Gloria en lo altísimo a Dios y sobre la tierra paz! ¡agrado en los hombres! ¹⁴ Y aconteció, como se fueron de ellos los ángeles al cielo, que los pastores decían unos a otros ¹⁵: Vamos, pues, hasta Belén y veamos este suceso que ha acontecido, que el Señor nos ha hecho

12. Esa señal era suficiente para que los pastores hallasen, en la aldea de Belén, y en un pesebre, un niño que acababa de nacer (*hoy*, v. 11). Así también el Salvador recién nacido se hallaba al alcance de ellos; les era accesible en su humilde posición. Si se les hubiera anunciado su nacimiento en el palacio de Herodes, ellos no habrían ido o no habrían sido admitidos.—Un niño es la señal de nuestra humanidad; un pesebre, es la señal de la pobreza: ¡doble humillación del Hijo de Dios y del Hijo del hombre! La mayor parte de los manuscritos dicen: "envuelto en pañales y acostado en un pesebre." Las palabras en bastardilla faltan en *Sin., D*: han sido agregadas de acuerdo al v. 7.

13. El ejército celestial son los ángeles, inteligencias puras y felices, con las cuales ha llenado Dios el mundo invisible y de las que hace sus mensajeros. (1 Reyes 22: 19; 2 Crón. 18: 18; Sal. 103: 21; Mat. 26: 53.) Esos ángeles toman parte con amor en la grande obra de nuestra redención (15: 10; Hebr. 1: 14); se encuentran, ejerciendo santo ministerio, en los momentos más solemnes de la vida del Salvador. (1: 19, 26; Mat. 4: 11; Luc. 22: 43; 24: 4; Actos 1: 10.) Aquí, ángeles son los primeros predicadores del evangelio; pastores son los primeros oyentes de él. Pequeñez y grandeza, tales son los dos caracteres de estos inimitables relatos. (v. 9, nota.)

14. Conservando la lección del texto recibido, este magnífico cántico se divide naturalmente en tres sentencias, de las cuales las dos primeras son paralelas y la tercera indica la causa o el fundamento de las otras dos. Por la redención del mundo que los ángeles cantan, Dios se ha glorificado en los lugares altísimos, a los ojos de los ángeles y de los justos (19: 38; Ef. 3: 10); la paz es

hecha sobre la tierra, pues los hombres se han reconciliado con Dios y los unos con los otros. Por último, es así gracias a la manifestación de la misericordia infinita de Dios, de su agrado en los hombres; tal ha sido su benevolencia. Es necesario notar la armonía de estos contrastes: gloria y paz, en lo altísimo y sobre la tierra, Dios y los hombres. Y no es un voto lo que expresan los ángeles: cantan lo que es, en el designio de Dios, y lo que será plenamente realizado en todos los que participan en la redención que ellos anuncian. Hasta allí, podemos y debemos hacer votos y oraciones para la completa realización de esa obra divina.—Este versículo presenta una variante que se lee en *Sin., A, B, D, la Itala*, y que es admitida por la mayor parte de los críticos. Ella da al último miembro de la frase otro giro y, si se adopta la explicación vulgar, un sentido enteramente diferente: Paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad. Tendríamos pues aquí la expresión, no de la benevolencia de Dios, de su amor, sino de una disposición del corazón del hombre necesaria para tener la paz. La vulgata ha popularizado en Francia esta versión, que conviene perfectamente a las tendencias pelagianas del catolicismo. Pero la lección del texto recibido tiene en su favor autoridades críticas considerables, la mayor parte de las *mayúsc.* y de las versiones. Y aun admitiendo la variante, es necesario traducir: *a los hombres del agrado* (de Dios), o, como Rilliet: "entre los hombres de predilección," pues la palabra griega expresa, no un sentimiento del hombre hacia Dios, sino una disposición misericordiosa de Dios hacia el hombre. (Mat. 11: 26; Ef. 1: 5, 9; Fil. 2: 13.) Lo mismo ocurre con el verbo formado de la misma raíz. (Mat. 3: 17; 17: 5; Mar. 1: 11; Luc. 3: 22.)

16 conocer ¹⁶. Y apresurándose llegaron y hallaron a María y a José, 17 y a la criatura echada en el pesebre ¹⁷. Y viéndolo hicieron co- 18 nocer el dicho que les había sido dicho sobre este niño ¹⁸. Y todos los que oyeron se admiraron de lo que les era dicho por los 19 pastores; mas María conservaba todas estas cosas, considerán- 20 dolas en su corazón ¹⁹. Y se volvieron los pastores glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme les había sido dicho ²⁰.

C. 21-40. LA CIRCUNCISIÓN Y LA PRESENTACIÓN DEL NIÑO EN EL TEMPLO.—

1.º *La circuncisión.* El niño recibe el nombre de Jesús (21).—2.º *La presentación en el templo.* Sus padres llevan al niño al templo para cumplir las prescripciones de la ley relativas a la purificación de la madre y a la consagración del hijo primogénito. Ofrecen el sacrificio de los pobres (22-24).—3.º *Jesús acogido por Simeón y por Ana.*—a) *Simeón.* Este hombre justo y piadoso, que esperaba la salvación y había recibido la promesa de verla antes de morir, va al templo, conducido por el Espíritu, y recibe al niño en sus brazos, bendiciendo a Dios (25-28).—b) *Cántico de Simeón.* Simeón expresa sus sentimientos personales: puede irse en paz, puesto que ha visto la salvación; luego celebra esta salvación que Dios ha preparado y que será la luz de los gentiles y la gloria de Israel (29-32).—c) *La profecía de Simeón.* A la admiración del padre y de la madre responde Simeón profetizando la separación que el Mesías obrará, la oposición que encontrará, el

15. El texto recibido con *A, D, mayúsc.* dice aquí: *Los hombres también, los pastores decían,* etc. Si esta lección es auténtica, establece un contraste entre *los ángeles y los hombres*; los ángeles se retiran, y los hombres se apresuran a seguir la revelación que acaban de recibir.

16. Gr. "veamos esta palabra que ha sucedido, o acontecido, y que el Señor nos ha hecho conocer" Es posible que sólo se deba ver en los términos en bastardilla un hebraísmo, significando la *cosa* que nos acaba de ser anunciada; mas como es la *palabra* de los ángeles lo que importa a los pastores, la que quieren verificar yendo a Belén, es posible también que tome Lucas la palabra en este sentido.

17. El verbo: *hallaron* es compuesto con una partícula griega que indica un descubrimiento sucesivo: percibieron a María, luego a José, luego al niño.—Quizá también María es nombrada antes de José porque era la *madre* que, con el *niño*, importaba más a los pastores.

18. En el original, *viendo* no tiene régimen.—Así, los pastores fueron los primeros de entre los hombres

que anunciaron lo que Dios acababa de revelar.

19. Es necesario observar este: *Mas* María, borrado por la mayor parte de nuestras versiones; indica el contraste entre lo que ocurre en ella y la *admiración* aun muy exterior y superficial de los que oyeron el relato de los pastores. En cuanto a ella, *conservaba todas esas cosas* sin perder nada de ellas, y las meditaba (gr. las *comparaba*) en su corazón. Ella comparaba lo que le había sido divinamente anunciado, nueve meses antes, con lo que le acontecía, y su corazón estaba penetrado de la fidelidad de Dios en el cumplimiento de su palabra. M. Godet ve en esta observación del v. 19 el indicio de que todo este relato tiene por autor a María misma.

20. Los pastores también saben ahora que hay plena armonía entre lo que les ha sido dicho y lo que han oído y visto. El primero de esos verbos se refiere, sin duda, al relato que se les ha hecho de las circunstancias extraordinarias que han precedido el nacimiento de Jesús; el segundo, a lo que ellos han podido contemplar con sus propios ojos. He aquí por qué *glorifican y alaban a Dios.*

gran dolor que causará a su madre. El objeto de esas dispensaciones será la manifestación de los pensamientos ocultos (33-35).—d) *Ana.* Esta viuda, de edad muy avanzada y que pasaba la vida en el templo, sobreviene y alaba a Dios en presencia de todos (36-38).—4.º *El regreso a Nazaret.* María y José vuelven a Nazaret, donde el niño se desarrolla corporal y espiritualmente bajo la acción de la gracia divina (39, 40).

21 Y cuando se cumplieron ocho días para circuncidarle, fué llamado su nombre Jesús, llamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre ²¹. Y cuando se cumplieron los días de su purificación según la ley de Moisés ²², le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, conforme está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abre la matriz será llamado santo para el Señor ²³; y para hacer sacrificio, según lo dicho en la ley del Señor: un par de tórtolas o dos palominos ²⁴.

21. Todo niño israelita debía ser circuncidado el octavo día. (Gén. 17: 12; Lev. 12: 3.) Era la señal distintiva del pacto que Dios trató con Abraham y que, como el bautismo, era el símbolo de la purificación. En esta ceremonia se ponía al niño su nombre. (1: 59 y sig.)—Jesús, desde su entrada en la vida, entra en la alianza de su pueblo; es sometido a la circuncisión. El ha "nacido de mujer" y "bajo la ley." (Gál. 4: 4, nota.) Por allí empezó a realizar su nombre de *Jesús, o Salvador.*

22. Este pronombre plural *su* (*de ellos*) ha puesto en apuros a los copistas, como apura aún a los intérpretes. El texto recibido, con algunas *minúsc.* solamente, lo reemplaza por el pronombre femenino *de ella*, refiriéndose a María sola, y *D* por el pronombre masculino *de él*, refiriéndose al niño. Algunos intérpretes han pensado que este pronombre plural debía aplicarse a los judíos en general, a su costumbre relativa a la purificación de las que acaban de alumbrar. Pero el contexto obliga a referirlo, ora de un modo indeterminado a toda la familia que debía trasladarse a Jerusalén para una doble ceremonia religiosa, ora a María y a José que son el sujeto del verbo. Se ha propuesto referirlo a María y al niño, pero eso no está indicado en la construcción de la frase y Jesús no tenía que ser purificado. Es verdad que José tampoco tenía que purificarse, pero, como observa M. Godet, habría sido, como ca-

beza de familia, responsable si la purificación no hubiese sido realizada. La ley de Moisés prescribía (Lev. 12: 2 y sig.) que después de siete días de impureza legal y treinta y tres días pasados en retiro, la madre israelita debía ofrecer para su purificación un sacrificio, cuya naturaleza es indicada a continuación. (v. 24.)

23. *Será llamado santo al Señor*, es decir le será *consagrado*, será puesto aparte para su servicio (Ex. 3: 2; Núm. 3: 12.) Según este último pasaje, todo *primogénito* pertenecía al Eterno y debía ser exclusivamente consagrado a su servicio; pero habiendo sido escogida la tribu de Leví para ese servicio, era necesario que todos los primogénitos de otras tribus fueran rescatados por dinero (Núm. 8: 16; 18: 15-18), a fin de que el derecho divino fuera reconocido y el futuro jefe de familia se acordase siempre de sus santas obligaciones. Ese es también el sentido de esta expresión: *presentarle al Señor*. En esto, como en su circuncisión (v. 21), como más tarde en su bautismo, era necesario que Jesús "cumpliese toda justicia." (Mat. 3: 15.)

24. Después de haber dicho (v. 23) lo concerniente al niño, vuelve Lucas a la madre y a su purificación. (v. 22.) Ella debía ofrecer un cordero en holocausto y un palomino o una tórtola por el pecado; pero si sus medios no se lo permitían, podía reemplazar ese sacrificio por el de dos tórtolas o de dos palominos.

25 Y he aquí, había un hombre en Jerusalén cuyo nombre era Simeón; y este hombre era justo y piadoso, aguardando la con-
 26 solación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él²⁵. Y le había sido divinamente advertido por el Espíritu Santo que no
 27 vería muerte antes de ver al Cristo del Señor²⁶. Y fué en el Espíritu al templo, e introduciendo los padres al niño Jesús para
 28 hacer con él según la costumbre de la ley²⁷, él le recibió en sus
 29 brazos, y bendijo a Dios y dijo: Ahora despidas a tu siervo, Señor,
 30 según tu palabra, en paz, porque han visto mis ojos tu salvación²⁸
 31, 32 que has preparado en presencia de todos los pueblos, luz para
 33 la revelación de los gentiles y gloria de tu pueblo Israel²⁹. Y estaban su padre y su madre admirándose por lo que se decía de

(Lev. 12: 6, 9.) Lucas sólo menciona aquí este último sacrificio, porque fué el de María. Entonces ya se cumplió una profunda palabra de Pablo. (2 Cor. 8: 9.)

25. *Simeón* es desconocido en la historia; su nombre significa "audiencia." Era *justo* (comp. 1: 6, nota) y *piadoso* (esta palabra tiene también el sentido de prudente, circunspecto, inteligente); *esperaba* la venida del Señor, aquí designada con este término tan hermoso y tan íntimo: *la consolación de Israel*. Esta palabra es tomada de las promesas de Dios dadas por los profetas, y sobre las que descansaba toda la esperanza de ese santo anciano. (Isa. 40: 1, 2; 49: 13; 51: 3, 12; 61: 1-3.) Se ve por los ejemplos de Simeón, de Ana (v. 38), de Zacarías (1: 68 y sig.), de José de Arimatea (Mar. 15: 43), y de otros también, que había humildes israelitas que estaban listos a recibir al Señor bajo cualquier pobre apariencia que pluguiera a Dios manifestarle.—El sacerdocio oficial no acogió al Señor que por primera vez, entraba en su templo. (Mal. 3: 1.) Un sacerdocio libre se había formado para suplirlo; es representado por Simeón y Ana.—La fuente de la vida religiosa de Simeón es claramente indicada. Era el *Espíritu Santo* que estaba sobre él. Según las expresiones del original, se podría traducir que había *venido sobre él*, es, decir que, en ese momento solemne de su vida, recibió una nueva medida de ese Espíritu divino que le comunicó el don de profecía. (v. 26, 27, 30 y sig., 34.)

26. *El Cristo del Señor*, término del Antiguo Testamento que significa el Mesías o el *Ungido* del Eterno, el Salvador que Jehová había prometido a su pueblo y que acababa de darle. (Sobre la palabra que traducimos por "divinamente advertido", véase Mat. 2: 12, 22; Hebr. 11: 7; Act. 10: 22.) Es necesario observar esta antítesis: "no ver la muerte antes de ver al Cristo."

27. "Vino al templo en el *Espíritu*," o por el Espíritu, es decir iluminado y conducido por el Espíritu, y por este Espíritu reconoció inmediatamente su Salvador en el niño. (v. 30.)—Lo que era *costumbre, según la ley*, ha sido descrito en el v. 28.

28. Cada palabra de este hermoso cántico tiene una significación profunda: *Ahora* que tu *palabra* está cumplida (v. 26), que *mis ojos han visto tu salud, dejas ir tu siervo* (gr.): tú le *desligas* de todas las servidumbres de la vida, tú le pones en libertad para que él se vaya a gozar de la plena posesión de la luz y de *la paz!* (Gén. 15: 15; 2 Reyes 22: 20.) Es necesario observar este verbo en presente que expresa la espera próxima de esa liberación; Simeón siente que nada le retiene ya sobre la tierra. Pero se encomienda a Dios, a quien llama *Señor*, soberano dominador de su vida y de todas las cosas.

29. Por el Espíritu que está en él (v. 26), Simeón se torna profeta; no habla más de sí, su pensamiento se eleva hasta esa salvación que Dios ha preparado para *todos los pueblos*,

34 él³⁰. Y Simeón los bendijo, y dijo a María su madre³¹: He aquí, éste está para caída y levantamiento de muchos en Israel, y por
 35 señal contradicha³²—y de ti misma el alma atravesará una espada—para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones³³.

y que todos verán (gr. *ante el rostro de*). Esa preparación ha tenido lugar durante siglos por todas las revelaciones del antiguo pacto. Esa grande salud destinada a todos se reparte en dos corrientes diversas. Por una parte, es *luz para iluminar los paganos* (gr.), *para la revelación de los gentiles* que, en cuanto a la revelación a ellos destinada, están sumergidos en las más profundas tinieblas; por la otra, es *la gloria del pueblo de Israel* que, bien que participando de esa salud, tendrá el inmortal honor de haberla dado al mundo. (Isa. 46: 13.) Se puede hacer depender las palabras *luz y gloria* del verbo: *que tú has preparado*, y traducir: "que has preparado como luz... y gloria... o se las puede considerar como una oposición de la palabra *salvación*."—Esos conceptos luminosos sobre la universalidad de la salvación no se explican en Simeón sino por la acción del Espíritu que estaba sobre él, y por el conocimiento que tenía de las profecías (Isa. 42: 6; 60: 3); pues, aun los apóstoles no lo comprenderán sino por una revelación especial (Act. 10), y muchos judíos, después de su conversión al cristianismo, hallarán aún en ello un motivo de escándalo. (Act. 11: 2, 3.)

30. El texto recibido, con la mayor parte de las *mayúsc.* (*Sin., B, D* exceptuados) y la *Itala*, dice *José*, en lugar de *su padre*; corrección dictada por una preocupación dogmática, inútil, puesto que Lucas mismo acaba de hablar de los *padres* del niño. (v. 27.) Nadie podía entenderlo mal después del relato que precede. (1: 35.) El lenguaje del evangelista es conforme a las conveniencias.—Ellos se *admiraban* o *asombraban* (la palabra griega tiene ambos sentidos), a pesar de todo lo que ya sabían relativo al niño. Es que, bajo la forma de una profecía, las palabras de Simeón les

abrirían horizontes más vastos aun que lo que les había sido revelado hasta entonces.

31. *Los bendijo*, es decir a los padres; los bendijo en nombre de Dios, implora sobre ellos la bendición divina.—Las promesas magníficas que acababan de oír, podían hacer nacer en el corazón de José y de María esperanzas carnales, llenas de ilusiones; Simeón las reprime presentándoles el aspecto doloroso del porvenir reservado a su hijo. Dirige las serias palabras que siguen a *María, a la madre* personalmente, porque esta profecía la alcanzaba directamente.

32. La expresión: *éste es* (gr.) *puesto para*, indica el destino de una persona o de una cosa, según el designio de Dios. (Fil. 1: 16; 1 Tes. 3: 3.) Aquí ese designio de Dios es determinado por las disposiciones opuestas de aquellos a quienes el Señor es enviado: para unos, será una ocasión de *caída*, para los otros de *levantamiento*. Estas expresiones se basan en una figura tomada de Isaías (8: 14), que anuncia que el Eterno mismo será una "piedra de tropiezo, una roca de caída para ambas casas de Israel." Dondequiera que la verdad se presenta a un alma, un juicio divino se ejerce en ella; por su incredulidad y su endurecimiento, *cae*. (Comp. Mat. 21: 44; Rom. 9: 33; 1 Pedro 2: 6 y sig.) Pero la crisis puede tener un resultado enteramente diferente: por el arrepentimiento, por la fe, el alma se *levanta* hasta la plenitud de la vida moral y espiritual. En ese doble sentido, la presencia del Salvador es siempre una *señal*; y Simeón prevé que será *puesto por señal* (comp. Isa. 11: 12; 13: 2; 5: 26; la versión griega traduce por *señal* la palabra hebrea que nuestras versiones vierten por "pendón") *contradicha*, o a la cual se contradirá. Se sabe cómo fué literalmente cumplida esta

- 36 Y estaba Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser; ésta era muy avanzada en días, que había vivido con su marido
 37 siete años desde su virginidad, y ella era viuda de hasta ochenta y cuatro años³⁴, que no se apartaba del templo, sirviendo en
 38 ayunos y súplicas noche y día³⁵. Y sobreviniendo en la misma hora, alababa a Dios y hablaba sobre él a todos los que aguardaban la redención de Jerusalén³⁶.
 39 Y como cumplieron todo lo que es según la ley del Señor, se
 40 volvieron a Galilea, a Nazaret su ciudad³⁷. Y el niño crecía y

profecía en la vida de Jesús, y cómo lo es aún para sus más fieles siervos. (Hebr. 12: 3; Act. 28: 22.)

33. Esa contradicción irá hasta elevar el Salvador sobre la cruz; entonces es cuando, semejante a una espada afilada, un dolor inmenso traspasará el alma de su madre testigo de su suplicio. (Juan 19: 25.) Es igualmente en presencia de la cruz donde los pensamientos del corazón se revelan, según la fe o la incredulidad, el amor o el odio respecto al Crucificado.—Es posible que las palabras: *a fin de que los pensamientos de muchos sean revelados* indiquen la razón por la cual ese gran dolor no puede ser evitado para María; pero es más natural ver en ellas la conclusión de toda la profecía de los v. 34 y 35; la cruz, coronamiento de la obra del Mesías, manifestará en toda su profundidad la oposición de los hombres y sacará a la luz las disposiciones secretas de ellos, constriniéndolos a pronunciarse en pro o en contra del Salvador. (1 Cor. 1: 23.)

34. Ana, hija de Fanuel, no es conocida en la historia evangélica más que por este incidente. La palabra *profetisa* indica que, como Simeón, había recibido el espíritu de profecía, por el cual ella también reconoció en el niño el Salvador prometido, y glorificó a Dios por ello. (v. 38.) El evangelista recuerda además, en alabanza de ella, que después de un tiempo bastante corto de matrimonio, ella había vivido hasta la edad de *ochenta y cuatro años* en una prolongada viudez, lo que era considerado como muy honorable entre los judíos. M. Godet traduce: "viuda hacia ya ochenta y cuatro años." Eso justificaría la afirmación

del relato de que era (gr.) *avanzada en muchos días*.

35. ¡Conmovedor retrato de una viuda cuya piedad llenaba toda su vida! Pablo describe más o menos en los mismos términos la viuda cristiana "realmente viuda." (1 Tim. 5: 5.)—Las palabras *noche y día* significan, sin duda, que ella asistía a servicios religiosos que tenían lugar en la tarde y en la mañana antes de salir el sol, o que pasaba una parte de sus noches en oración.

36. Las palabras: *alababa a Dios*, (texto recibido, *al Señor*), podrían traducirse: *confesaba o glorificaba a Dios*. Este verbo está compuesto con una partícula que significa *a su vez*; alusión al cántico de Simeón, al cual respondía Ana por sus alabanzas. Las palabras de Ana no son mencionadas, porque sin duda expresaban los mismos pensamientos que las de Simeón. (v. 29). Además, por el espíritu de profecía que la animaba, ella *hablaba de él* (de Dios) y de las gloriosas revelaciones que acababa de acordar a su pueblo. El texto recibido dice: *los que esperaban la liberación* (gr. *la redención*) *en Jerusalén*. La lección de Sin., B. vers. y padres, es admitida por la mayor parte de los críticos modernos. Consideran la del texto recibido como una corrección de esa expresión insólita: *liberación de Jerusalén*. Es necesario suponer que la capital es tomada por el país entero. (Comp. Isa. 40: 2.)

37. Cap. 1: 26; Mat. 2: 23. Lucas pasa en silencio diversos hechos relatados por Mateo: la visita de los magos, la huida a Egipto, la masacre de los niños en Belén, sea que esos hechos no entrasen en su plan, sea que los haya ignorado. "Es necesari-

se fortalecía, llenado de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él³⁸.

3. La adolescencia de Jesús.

41-52. PRIMER VIAJE DE JESÚS A JERUSALÉN.—1.º *Jesús conducido y dejado en Jerusalén*. A la edad de doce años acompaña Jesús a sus padres que se trasladaban a Jerusalén para la fiesta. Queda cuando sus padres regresan. Ellos no notan, al principio, su ausencia; le creen en la caravana, hacen un día de camino y le buscan entre sus relaciones (41-44).—2.º *Jesús hallado en el templo*. No habiéndole hallado, vuelven sus padres a Jerusalén. Le hallan en el templo, interrogando a los doctores que se admiran de su inteligencia. Al reproche de María responde Jesús preguntando a sus padres si ignoraban que debía estar ocupado en los asuntos de su Padre. Ellos no comprenden (45-50).—3.º *Regreso a Nazaret*. Vuelto a su casa, está Jesús sujeto a sus padres. Su madre conserva esos hechos en su corazón. Jesús progresa, haciéndose agradable a Dios y a los hombres (51, 52).

- 41 E iban sus padres cada año a Jerusalén, en la fiesta de pascua.
 42 Y cuando fué de doce años, subiendo ellos según la costumbre de
 43 la fiesta³⁹, y habiendo terminado los días⁴⁰, volviéndose ellos,

rio admitir, dice M. Godet, que los dos evangelistas han escrito, sin conocer cada uno el libro del otro." La crítica negativa se ha apresurado a declarar ambos relatos inconciliables. Olvida que, durante los cuarenta días que transcurrieron entre el nacimiento de Jesús y su presentación en el templo, muchos acontecimientos habían podido verificarse en Belén. Olvida también que el regreso de la santa familia a Nazaret no tuvo lugar necesariamente inmediatamente después de la presentación en el templo. El viaje a Egipto la siguió, y el establecimiento de la familia en Nazaret sólo se hizo después de su regreso de Egipto. (Mat. 2: 23.) Los hechos relatados se encadenan naturalmente y ambas narraciones se completan. (Comp. Mat. 2: 16, nota. Véase, sobre estas cuestiones históricas, la hermosa disertación de M. Godet en su *Coment. sobre Lucas*, tomo I, p. 218 de la 3.ª edic. y comp. J. Bovon, *Teol. del N. T.*, I, p. 213 y sig.)

38. Con estos pocos detalles, Lucas nos da una idea del desarrollo gradual que se realiza en Jesús durante su infancia. Es lo que había hecho para Juan el Bautista. (1: 80.) En cuanto a Jesús repetirá más lecho en este bosquejo. (v. 52.)—*Creecía*: esta palabra indica el desarrollo fi-

sico, mientras que los términos: *se fortalecía*, completados por éstos: *estando lleno de sabiduría*, describen los progresos intelectuales, espirituales y religiosos. La *sabiduría*, comprendiendo el conocimiento de Dios y el de los hombres, en su aplicación práctica a la vida, fué el rasgo saliente en el carácter de Jesús niño. Jesús pasó por todas las fases de un desarrollo normal, el único que se ha realizado sobre la tierra, el único que ha sido exento de todos los alcances perniciosos del mal y se haya proseguido de modo armónico por una comunión constante con Dios. (v. 49.) Este último pensamiento es claramente indicado por estas hermosas palabras: *y la gracia de Dios estaba sobre él*. *Gracia* (*Jaris*) significa también *favor, amor*; todo en Jesús era *agradable a Dios*.—El texto recibido dice: "se fortalecía en espíritu;" este último término, no auténtico, ha sido copiado del cap. 1: 80.

39. Según la ley (Ex. 23: 17; 34: 23; Deut. 16: 16), todos los israelitas debían celebrar allí las tres grandes fiestas de pascua, de pentecostés y de los tabernáculos. La ley nada prescribía a las mujeres, pero ellas iban con frecuencia, cuando su piedad les inspiraba el deseo; ese fué el caso de María. En cuanto a los jó-

quedó el niño Jesús en Jerusalén, y no lo supieron sus padres; 44 mas pensando que estaba en la caravana fueron camino de un 45 día, y le buscaban entre los parientes y los conocidos; y no ha- 46 llándole volvieron a Jerusalén buscándole ⁴¹. Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de 47 los maestros, y oyéndoles y preguntándoles ⁴². Y se pasmaban 48 todos los que le oían por su entendimiento y sus respuestas ⁴³. Y

venas, los preceptos rabínicos ordenaban que fuesen conducidos al templo uno o dos años antes de la edad de trece años a partir de la cual estaban obligados a llenar todas las obligaciones legales y se tornaban en hijos de la ley.

40. *Los días*, pueden ser los siete días prescriptos por la ley para la duración de la fiesta o los días que ellos se habían propuesto pasar en Jerusalén, pues la presencia en la fiesta no era obligatoria más que en los dos primeros días. (Ex. 12: 15; Lev. 23: 6; Deut. 16: 3.)

41. *Un día de camino*. Fué a la tarde, sin duda, observa M. Godet, en el momento en que cada familia se reunía para la noche, cuando María y José echaron de ver la ausencia del niño. Otros, insistiendo en el imperfecto: *le buscaban*, piensan que le buscaban ya mientras hacían ese día de camino. A primera vista, es difícil comprender que Jesús haya quedado solo en Jerusalén, y que sus padres hayan dejado la ciudad sin preocuparse de su ausencia. Por eso cierta crítica se ha apresurado a acusar al niño de una falta de consideración hacia sus padres y a éstos de negligencia. En cuanto a estos últimos, la expresión de Lucas: *pensando que estaba en la (gr.) compañía de ruta*, indica una circunstancia que puede poner hasta cierto punto la responsabilidad de ellos a cubierto. En efecto, las caravanas de peregrinos se componían de parientes y de amigos (v. 44), entre los cuales un niño de doce años podía estar en perfecta seguridad.—En cuanto a Jesús, llegamos a un momento de su vida que le eleva ya por encima de las condiciones ordinarias. Por una parte, Lucas tiene cuidado en señalar la sumisión del niño a su familia (v. 51); por la otra, las palabras de Jesús que va a men-

cionar (v. 49) explican plenamente sus motivos. Para él, los días de la hermosa fiesta de pascua, que ha celebrado por primera vez, y cuyo significado religioso entendía ya, había dejado en su corazón impresiones profundas, a las que se entrega con felicidad y sin segunda intención. El sentimiento creciente de su relación especial con Dios se eleva en ese momento por encima de las relaciones puramente humanas. Es lo que él declarará expresamente más tarde. (Mar. 3: 32 y sig.; Juan 2: 4.)

42. Por esos tres días es necesario entender el primer día de camino que habían hecho, un segundo para regresar a Jerusalén, y el tercero, en que le hallaron.—*En el templo*, o el lugar sagrado, es decir en alguna sala dependiente del edificio, o aun sobre la azotea. Los miembros del sanedrín se reunían los días de sábado y en la época de las fiestas allí, y enseñaban.—La expresión: *sentado en medio de los doctores*, no significa que Jesús ocupase un asiento en el mismo rango que ellos, sino que, en el círculo que formaban ellos, se había colocado entre los oyentes. En esas instrucciones religiosas los doctores dirigían a los asistentes preguntas y respondían a las suyas. De ahí estas expresiones escogidas intencionalmente, y que es necesario notar bien: *oyéndoles y preguntándoles*, o dirigiéndoles preguntas en el deseo de instruirse. De ningún modo tiene Lucas la intención de erigir al niño Jesús en doctorcito, como lo hacen los evangelios apócrifos.

43. *Gr. estaban fuera de sí*. Su entendimiento de las verdades religiosas aparecía, ya en las preguntas que hacía, ya en sus respuestas a las que se le dirigía. Así se verificaban las palabras del evangelista. (v. 40.) Comp. sobre la educación de Jesús y

viéndole, se asombraron, y díjole su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te buscábamos con dolor ⁴⁴. 49 Y les dijo: ¿Cómo es que me buscabais? ⁴⁵. ¿No sabíais que en 50 las [cosas] de mi Padre es necesario que esté? ⁴⁶. Y ellos no en- 51 tendieron el dicho que les había dicho ⁴⁷. Y bajó con ellos y fué a Nazaret, y estaba sujeto a ellos ⁴⁸. Y su madre guardaba todas

especialmente sobre esta primera visita a Jerusalén, Edersheim, *La sociedad judía*, trad. por G. Roux, cap. VII.

44. El asombro de los padres viene de que no habían esperado hallarle en semejante lugar y ocupado en tales conversaciones. Jamás aún se había Jesús exhibido así públicamente.—Hay en las palabras de María un acento de reproche que viene, sin duda, de la inquietud que había experimentado y que expresa con viveza. Ciertos críticos pretenden que Lucas, mostrándonos a María inquieta, olvida las revelaciones que ella había recibido. María sabía que su hijo era el Hijo de Dios, ¿podía ella entonces experimentar angustia respecto de él? M. Godet responde: “La crítica razona como si el corazón del hombre y de la madre funcionara al modo de un silogismo.”

45. *Gr. ¿Qué es esto que me buscabais?* ¿Cuál es su importancia, en comparación de lo que yo tenía que hacer? Sin esta versión literal, la pregunta no se comprende, pues es bien claro que el deber de sus padres era buscarle. El mismo giro se encuentra en Mar. 2: 16; Act. 5: 9, en griego, y tiene en todas partes el mismo sentido. La pregunta de Jesús, por lo demás, es explicada por las palabras que agrega. (Comp. v. 45, nota.)

46. *Gr. En las cosas de mi Padre*. Gran número de antiguas versiones y muchos comentadores modernos traducen: *en las moradas (la casa) de mi padre*. M. Godet reúne ambos sentidos: donde se ocupan de los asuntos de Dios. Es más natural elegir y adoptar la primera traducción, que conserva el carácter indeterminado de la expresión griega. Así pues, Jesús tenía entonces ya conciencia de su origen divino. Llama a Dios su Padre (no dice, no dirá jamás nuestro Padre), sintiendo que

sólo este nombre puede expresar la realidad y la intimidad de su relación con Dios. Tan lleno está de ella, que le parece natural olvidar lo demás para estar en las cosas de su Padre; esto es para él una necesidad moral: *Es necesario, ¿no lo sabíais?*—En estas primeras palabras de Jesús que nos han llegado, todo es verdad, vida, amor; no hay que buscar en ellas dogmática.

47. Esta observación también ha dado presa a la crítica. Si los relatos de Lucas (1: 32) son verdaderos, se ha dicho, ¿cómo no entiende María que su hijo debe ser consagrado enteramente a los asuntos de su Padre? Eso es desconocer la situación en que se hallaba María después de esos doce años durante los cuales su hijo se había desarrollado de un modo insensible. ¿No se sorprenden todos los padres cuando un día descubren que sus hijos han dejado de ser niños? Los padres de Jesús, aun que estaban prevenidos, debieron experimentar esa sorpresa con fuerza doblada. A pesar de la sabiduría de que estaba lleno, Jesús jamás había expresado aún de una manera tan clara su relación especial con Dios; las palabras que acaba de pronunciar son, pues, para María una revelación nueva que sólo penetrará gradualmente en su inteligencia. (Comp. v. 23, nota.) Aun era necesario que fuese así, para que María pudiese conservar respecto de Jesús su posición de madre (v. 51).—Algunos intérpretes han visto en estas palabras: *mi Padre*, una alusión y una oposición a la que María acaba de pronunciar: *tu padre* y yo. Nada más improbable que un pensamiento semejante que, aun directa y discretamente expresado, estaría enteramente fuera de lugar en esas circunstancias.

48. Véase, sobre este regreso a Nazaret, v. 39, nota.—Por esta sola ex-

52 estas cosas en su corazón ⁴⁹. Y Jesús progresaba en sabiduría y en estatura y en gracia ante Dios y los hombres ⁵⁰.

II. INAUGURACIÓN DEL MINISTERIO DE JESÚS.

1. El ministerio de Juan el Bautista y el bautismo de Jesús.

A. 1-20. JUAN EL BAUTISTA.—1.º *Aparición de Juan el Bautista.*—a) *Circunstancias históricas.* Lucas fija la fecha de este acontecimiento y caracteriza la situación política del pueblo judío (1, 2).—b) *La actividad del profeta.* Juan, predicando el bautismo de arrepentimiento, cumple la profecía de Isaías (3-6).—2.º *La predicación de Juan.*—a) *Su tenor general:* exhortación a arrepentirse sinceramente, a guardarse de las ilusiones nacionales; anunciación del juicio inminente (7-9).—b) *Sus aplicaciones prácticas a todos:* la caridad en los hechos (10, 11); a dos clases especiales, los publicanos y los soldados: la fidelidad en el ejercicio de su vocación (12-14).—c) *Declaraciones de Juan sobre sus relaciones con el Cristo:* él bautiza en agua, pero uno más poderoso vendrá tras él que bautizará en Espíritu y en fuego. Él purificará su pueblo por la exclusión de los malos (15-17).—d) *Conclusión.* Tales son algunas de las exhortaciones y de las promesas que Juan hacía oír al pueblo (18).—3.º *El fin del ministerio de Juan.* Herodes, reprendido por él, le hace poner en la cárcel (19, 20).

III. Y en el año décimoquinto del reinado de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea y Herodes tetrarca de Galilea, y Felipe su hermano tetrarca de Iturea y de la región

presión: *les estaba sujeto*, describe Lucas toda la adolescencia de Jesús en sus relaciones con su familia. La forma del verbo griego expresa la continuidad o la permanencia de esa sujeción. La conciencia que tenía de su relación única con su Padre (v. 49), lejos de estar en oposición con esa humilde obediencia, era más bien la fuente de ella. Jesús fué así el modelo de la infancia, como es, para todas las edades, el tipo perfecto de una vida humana sin pecado y que se desarrolla en el bien absoluto.

49. Véase v. 19, nota. El verbo empleado aquí significa propiamente *conservar a través* de las circunstancias que podían hacerlas olvidar.—Esta observación relativa a María, lo mismo que varios otros detalles de estos primeros relatos que son revelaciones de su más íntima experiencia, no pueden haber sido conocidos más que por ella misma. Se ha podido, pues, suponer, con plena verosimilitud, que ella había consignado esos preciosos recuerdos en algún documento de familia, de donde

Lucas había sacado los materiales de sus dos primeros capítulos.

50. Comp. v. 40, nota. Cuando se trata del niño, Lucas dice que "crecía y se fortalecía;" aquí, el adolescente *progresaba*, avanza en su desarrollo físico y espiritual. Lucas pone la *sabiduría* antes que la *estatura*, porque ella era lo más importante a sus ojos, y quizá también para señalar el desarrollo de las relaciones íntimas con Dios, que Jesús acababa de revelar (v. 49), y que eran la fuente de toda su sabiduría. Por último agrega Lucas que progresaba, no solamente en el favor y el amor de Dios, sino que inspiraba a los hombres ese mismo sentimiento. "Mientras Juan el Bautista crecía en la soledad del desierto, Jesús, destinado a una tarea enteramente distinta, se desarrollaba bajo la mirada satisfecha de Dios y en contacto con los hombres a quienes encantaban sus amables cualidades; comp. 7: 33, 34. Así ese ser humano perfectamente normal era un principio de reconciliación entre el cielo y la tierra." *Godet*.

2 de Traconitis, y Lisánias tetrarca de Abilene; en tiempos del sumo sacerdote Anás y Caifás ¹, fué palabra de Dios a Juan, el

1. Comp. Mat. 3; Mar. 1: 1-11.—En el momento solemne en que la aparición del precursor anuncia la del Salvador mismo, quiere Lucas señalar el lugar de ese gran acontecimiento en el cuadro de la historia de su tiempo. De ahí estos datos cronológicos tan precisos. Su mirada se dirige ante todo al imperio, luego a las diferentes partes de la tierra santa y de sus alrededores, por último a las autoridades teocráticas del pueblo judío.—Tiberio sucedió a Augusto (2: 1) el 19 de agosto del año 14 de nuestra era; el *décimoquinto* año de su reinado caía, pues, por el año 28 ó 29. Jesús, habiendo nacido cuatro años antes de nuestra era (Mat. 2: 1, nota), tenía entonces treinta y dos o treinta y tres años. Es necesario, pues, considerar la indicación del v. 23 como aproximativa, como lo muestra la expresión "como de treinta años." Otros piensan que Lucas cuenta los años del reinado de Tiberio desde el momento en que Augusto le asoció al imperio, lo que hizo dos años antes de su muerte. Estaríamos entonces en 26 y Jesús habría tenido treinta años exactamente a su bautismo; pero este modo de contar los años de un reinado carece de analogía en los historiadores antiguos.—Pilato solo llevaba el título de *procurador*, o mayordomo del emperador. Pero en Judea, como en algunos otros distritos, ese funcionario estaba encargado de toda la administración y se llamaba *gobernador*. Desde la destitución de Arquelaos, hijo de Herodes, (Mat. 2: 22), en el año 6 de nuestra era, Judea formaba con Samaria e Idumea, un anexo de la provincia de Siria. Pilato llegó allí algunos años solamente antes del ministerio de Juan el Bautista, y, después de un gobierno de diez años (28-36 después de J. C.), fué destituido. (Josefo, *Antig.* XVIII, 4, 2).—Herodes Antipas segundo hijo de Herodes el Grande, gobernaba Galilea y Perea con el título de *tetrarca*, que designaba originariamente el soberano de la cuarta parte de un reino, pero

que, posteriormente, fué aplicado a pequeños príncipes dependientes de los romanos. Herodes Antipas reinó desde la muerte de su padre en el año 4 antes de J. C., hasta el año 39 de nuestra era. (Comp. sobre el carácter de este príncipe. Mat. 14: 1 y sig.; Mar. 6: 14 y sig., notas).—Felipe, otro hijo de Herodes y hermano del precedente, reinaba sobre Iturea y Traconitis, a las cuales el historiador Josefo (*Antig.* XV, 10, 1) agrega Batanea y Auranitis, provincias situadas al noreste de Galilea, cerca de los montes del Líbano. Felipe reinó desde el año 4 antes de J. C. hasta el año 34 de nuestra era.—Abilene, llamada así de *Abila*, capital de esa provincia que gobernaba Lisánias, con el título de tetrarca, estaba igualmente situada cerca de los montes del Líbano. Este Lisánias ha sido a menudo confundido con uno de sus predecesores del mismo nombre, mencionado por Josefo (*Antig.* XV, 4, 1) y no se ha dejado de acusar al evangelista de haber cometido aquí un anacronismo. Pero está hoy probado, por inscripciones, que existía bajo el reinado de Tiberio un tetrarca Lisánias, descendiente del antiguo príncipe de ese nombre. (Véase el *Comentario* de M. Godet.)—Por último Lucas, después de esas indicaciones relativas al estado político del mundo, caracteriza la situación teocrática y religiosa. El texto recibido dice aquí: (gr.) *bajo los sumos sacerdotes Anás y Caifás*; error de copista, o pretendida corrección: se creía que con esos dos nombres propios era necesario un título en plural. El texto auténtico (todas las *mayúsc.*) dice: *bajo el sumo sacerdote Anás y Caifás*. No podía haber dos sumos sacerdotes. Anás, negro de Caifás, había sido destituido por el predecesor de Pilato, y Caifás era el único titular actual. Pero, ya fuera a causa de su parentesco con este último, ya porque los judíos no querían reconocer sus invasiones de la autoridad pagana, en sus instituciones religiosas, Anás continuaba atribuyen-

3 hijo de Zacarías, en el desierto ². Y fué por todos los alrededores del Jordán ³, predicando bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados ⁴; como está escrito en el libro de las palabras de Isaías el profeta: "Voz de uno que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos ⁵. Todo valle será colmado, y todo monte y collado será bajado; y lo torcido será enderezado y los caminos ásperos allanados; y verá toda carne la salvación de Dios" ⁶. Decía pues a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? ⁷. Producid, pues, fru-

dose el título y compartía con su yerno la autoridad sacerdotal. De ahí el giro insólito con el que expresa Lucas ese estado de cosas. La misma idea resulta del relato de Juan. (18: 13, 24; Comp. Act. 4: 6.)

2. Gr. *la palabra de Dios fué sobre Juan*; recibió por esa palabra su vocación de profeta. (Comp. Jer 1: 2; Oseas 1: 1 etc.) A pesar de las predicciones que, en la época de su nacimiento, habían proclamado el papel que debía desempeñar, Juan no entró en su ministerio sino por llamado expreso de Dios. (Juan 1: 33.)—Las palabras: *en el desierto*, recuerdan la soledad profunda en que vivió Juan hasta el momento "de su manifestación a Israel." (1: 80.)—Véase, sobre el ministerio de Juan, Mat. 3: 1, 2.^a nota.

3. *Los alrededores del Jordán* formaban parte de las regiones designadas más vagamente por Mateo bajo el nombre de "desierto de Judea." (Mat. 3: 1, 3.^a nota.)

4. Estas palabras expresan brevemente todo el sentido y objeto del ministerio del precursor. Son las mismas que emplea Marcos. (1: 4, nota.) Mateo las pone directamente en boca de Juan el Bautista: "¡Arrepentíos!" (Mat. 3: 2, nota.)

5. Isa. 40: 3-5. (Véase, sobre esta citación, Mat. 3: 3, nota.) Mateo y Marcos se limitan a citar esas mismas palabras de la profecía de Isaías. Lucas (v. 5) continúa la citación comprendiendo en ella los v. 4 y 5 de Isa 40.

6. La citación de Lucas es conforme a la versión de los Setenta, salvo uno o dos detalles sin importancia. Y la versión griega misma vier- te bastante fielmente el sentido del

hebreo, hasta las últimas palabras (v. 6), en las que se produce una divergencia: mientras el hebreo dice: "y la gloria del Eterno será revelada y toda carne al mismo tiempo la verá," los Setenta traducen las últimas palabras por éstas: "y toda carne verá la salvación de Dios." Nuestro evangelista adopta esta paráfrasis que convenía a su objeto y que no es contraria por lo demás a la idea del profeta. En efecto, ver la salvación de Dios, en los tiempos evangélicos, era ver su gloria, es decir, la manifestación de sus perfecciones, de su santidad, de su misericordia. Es necesario agregar que estas palabras se encuentran efectivamente en otro pasaje de Isaías (52: 10), de modo que el evangelista estaba autorizado a citarlas aquí.—En cuanto a su sentido general, la profecía emplea la figura de los preparativos que hacían sobre los caminos, para el paso de un rey visitando con solemnidad sus estados. Por esta figura es descrito el cambio que debe operarse en el corazón del hombre caído, para que Dios y su santa voluntad puedan reinar allí: orgulloso y altivo, debe ser bajado por el arrepentimiento; metido en las sendas tortuosas de la incredulidad o de la duda, o de la superstición, debe volver al camino recto de la verdad de Dios, de la sinceridad. Por lo demás, es necesario evitar, en la interpretación y aplicación de esas figuras, las sutilidades donde se pierde algunas veces la exégesis o la predicación.

7. El imperfecto: *decía* y la conclusión de Lucas en el v. 18 muestran que el evangelista no tiene la intención de transcribir un discurso

tos dignos de arrepentimiento; y no empecéis a decir en vosotros mismos: Por padre tenemos a Abrahán, pues os digo que puede Dios, de estas piedras, suscitar hijos a Abrahán ⁸. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles: todo árbol, pues, que no produce buen fruto es cortado y echado al fuego ⁹. Y le preguntaban las multitudes diciendo: ¿Qué hemos, pues, de hacer? ¹⁰. Y respondiendo les decía: El que tiene dos túnicas comuniqué al que no tiene; y el que tiene comida haga igualmente. Y fueron también publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué hemos de hacer? Y él les dijo. Nada exijáis más de lo que os está ordenado. Y le preguntaban también soldados diciendo: Y nosotros, ¿qué hemos de hacer? Y les dijo: A nadie hagáis extorsión ni defraudéis, y contentaos con vuestras pagas ¹¹. Y aguardando el pueblo y razonando todos en sus cora- zones sobre Juan, si acaso él sería el Cristo ¹², respondió Juan

especial de Juan, sino de dar un resumen de toda su predicación.—Comp. Mat. 3: 7, notas. El primer evangelio hace aquí una distinción que tiene su importancia. Según él, no era a las multitudes que iban a hacerse bautizar a quienes dirigía el precursor este rudo apóstrofe, sino a fariseos y saduceos que buscaban el bautismo por hipocresía. Juan no habría hablado así a los que venían a él humillados y "confesando sus pecados." (Mat. 3: 6.) Por otra parte, el austero predicador del arrepentimiento atacaba en esta censura el espíritu general de la época, y no tenía más consideración al pueblo que a sus jefes. Humillando el orgullo de los grandes, no adulaba las masas. La continuación de su discurso lo prueba.

8. Mat. 3: 9, notas.

9. Mat. 3: 10, nota.

10. El texto recibido tiene el futuro indicativo: *¿Qué haremos?* El texto de la mayor parte de las *mayúsculas* tiene el verbo en subjuntivo, dando así a la pregunta un sentido deliberativo que denota el interés, la ansiedad con que la multitud se dirigía a Juan. (Lo mismo ocurre en los v. 12 y 14.) Las palabras severas del profeta relativas a la ira venidera y la necesidad de producir frutos dignos del arrepentimiento (v. 7-9), habían tenido efecto. Muchos le dirigían pues, con temor y temblor, esta pregunta suprema que sale de toda conciencia despertada y

atormentada por el sentimiento de su pecado. (Act. 2: 27; 16: 30.)—Los verbos en imperfecto (v. 10, 11, 14) indican que esas escenas de arrepentimiento y esos serios diálogos se renovaban a menudo.—Los v. 10-14 son particulares a Lucas, que ha debido tomarlos de una fuente desconocida a Mateo. Se ve cuán verdadero es que había examinado todo con exactitud. (1: 3.)

11. Los que vemos *interrogar* al profeta son hombres de la *multitud* (v. 10), *publicanos, soldados*, que habían hallado todos en su posición o en su vocación tentaciones especiales, y que sentían vivamente los pecados que habían cometido. Por eso Juan responde a cada uno según su posición, no incitándoles a dejar su vocación sino exhortándoles a llenar fielmente sus deberes. En lugar de prescribirles exigencias de piedad extraordinarias, los remite simplemente a la ley moral que los constriñe a cumplir. Jesús hizo lo mismo en el sermón del monte. Es la ley lo que despierta el sentimiento del pecado, (Rom. 3: 20), y la necesidad de la gracia. Juan no es aún el predicador del evangelio. Los que lo anunciarán darán una respuesta más completa a la gran pregunta: ¿Qué hemos de hacer? (Act. 2: 37-39; 16: 30, 31.) *Sin.* y la vers. sir. dicen: no acuséis a nadie falsamente.

12. Esta observación sobre las disposiciones del pueblo respecto de Juan es particular a Lucas. Dieron

- diciendo a todos: Yo, sí, os bautizo en agua; mas viene el más fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de sus zapatos; él os bautizará en Espíritu Santo y fuego; cuyo aventador en su mano está para limpiar completamente su era y allegar el trigo en su granero; mas quemará la paja en fuego inapagable¹³. Exhortando, pues, muchas otras cosas, evangelizaba al pueblo¹⁴.
- 19 Mas Herodes el tetrarca, reprendido por él sobre Herodías, la mujer de su hermano, y sobre todo lo malo que había hecho
- 20 Herodes, añadió también esto a todo; encerró a Juan en la cárcel¹⁵.

lugar a la declaración que va a seguir (v. 16), y muestran qué profunda impresión la predicación de Juan hacía en el pueblo.

13. Véase, sobre esta importante declaración de Juan el Bautista relativa al Salvador y a su obra, Mat. 3: 11, 12, notas; Mar. 1: 7, 8, nota. Nada es más conmovedor ni más instructivo que la profunda humildad, el renunciamiento absoluto con los que rehusó Juan para sí mismo la confianza y los homenajes del pueblo, a fin de llevarlos por completo hacia Aquel que anunciaba como el Salvador del mundo. (Juan 1: 26; 3: 28, y sig.)

14. Lucas no ha pensado, pues, relatar todas las exhortaciones del precursor. Anunciaba la buena nueva, gr. evangelizaba al pueblo; a las prescripciones morales, a la predicación de la ley, añadía las promesas mesiánicas, y así anunciaba ya el evangelio, la buena nueva de la salud, dirigiendo las miradas de los oyentes hacia Aquel que traía la salud. (Comp. Juan 1: 29.) Por otra parte, los mandamientos de la ley moral y la anunciación de los temibles juicios de Dios sobre la impenitencia (v. 17), forman parte de la predicación del evangelio.

15. Lucas adelanta el tiempo para referir en su conjunto todo lo que tenía que decir de Juan el Bautista. Se contenta con notar en pocas palabras las relaciones de Herodes el tetrarca con Juan, que los dos primeros evangelistas han referido en detalle. (Véase Mat. 14: 1-12, notas, y Mar. 6: 14-29, notas.) Pero agrega un hecho que le es particular; es que Juan no solamente había reprendido

a Herodes respecto a su unión adúltera con la mujer de su hermano (el texto recibido agrega su nombre, Felipe), mas también respecto a todas las cosas malas que cometía. Por eso hay una indignación contenida en estos términos del evangelista: añadió esto a todo lo demás: encerró a Juan en la cárcel. El historiador Josefo (Antig. XVIII, 5, 1; 2) hace de la actividad de Juan el Bautista y de las causas de su muerte un relato que se acerca al de nuestro evangelio. Cuenta que Herodes fué derrotado por el rey de Arabia, Aretas, cuya hija, su primera mujer, había repudiado, para tomar a Herodías; luego agrega: "Y hubo entre los judíos quienes estimaban que el ejército de Herodes había perecido por la ira de Dios, porque era castigado por haber hecho morir a Juan, apellidado el Bautista. En efecto, Herodes le había hecho matar, aunque fuera un hombre justo que exhortaba a los judíos a la virtud y les recomendaba ejercer la justicia los unos para con los otros y practicar la piedad para con Dios, luego ir así a las aguas del bautismo." Josefo da de este rito del bautismo una interpretación inexacta, según la cual habría sido destinado a purificar el cuerpo, estando el alma "purificada ya por la justicia." Nada dice del elemento mesiánico de la predicación de Juan. Lo pasa intencionalmente en silencio. El conocía las promesas hechas por Juan, puesto que atribuye su muerte al temor que tenía Herodes de un levantamiento: "Porque, dice, los espíritus estaban excesivamente exaltados al oír los discursos de Juan." Esa exaltación no podía

B. 21, 22. BAUTISMO DE JESÚS.—Jesús va al bautismo, con todo el pueblo; mientras ora, el cielo se abre, el Espíritu descende sobre él en forma visible, una voz del cielo le proclama Hijo amado de Dios.

- 21 Y aconteció, siendo bautizado todo el pueblo, bautizado también Jesús y orando, que el cielo se abrió y descendió sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como paloma; y hubo una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me agrado¹⁶.

2. La genealogía de Jesús.

23-38. GENEALOGÍA.—1.^o Introducción y punto de partida. Jesús tenía alrededor de treinta años cuando empezó su ministerio. Era hijo, como se creía, de José, de Helí... (23).—2.^o Primer período: de Helí a la cautividad (24-27).—3.^o Segundo período: de la cautividad a David (28-31).—4.^o Tercer período: de David a Abrahán (32-34).—5.^o Cuarto período: de Abrahán a Adán y a Dios (34b.-38).

- 23 Y el mismo Jesús era al empezar como de treinta años¹⁷,
- 24 siendo hijo, como se creía, de José, de Helí¹⁸, de Mattat, de Leví,

ser producida más que por la esperanza mesiánica. Josefo, por último, no indica la causa secreta de la prisión de Juan, que nos es referida por Lucas. (v. 19). Ella no fué conocida más que por los que tenían relaciones inmediatas con el profeta. La razón de estado fué alegada públicamente.

16. Véase, sobre el bautismo de Jesús, Mat. 3: 13-17, notas, y Mar. 1: 9-11, nota. No queda aquí más que mencionar lo que es particular a Lucas. Su relato es tan conciso, que el hecho mismo del bautismo de Jesús parece confundirse con el del pueblo en general. (Todo el pueblo, expresión hiperbólica, indicando el gran número de los que se hacían bautizar.) Pero por otra parte, Lucas, apresurándose al relato de las manifestaciones divinas que tuvieron lugar en esa ocasión, las cuenta de una manera más objetiva y más explícita que los otros evangelistas. Así: 1.^o El solo refiere este hecho notable: que las revelaciones celestes se produjeron mientras Jesús oraba. Es la explicación psicológica y religiosa de lo que ocurrió. La oración es el intermediario eficaz entre el cielo y la tierra, entre el Padre y su Hijo. Igualmente mientras oraba fué Jesús glorificado sobre la montaña santa, y recibió de Dios su Padre el mismo testimonio: Tú eres mi Hijo

amado. (Lucas 9: 29 y 35.) 2.^o Lucas nos muestra el cielo abriéndose, y el Espíritu descendiendo en forma corporal. Presenta este hecho como un acontecimiento real (aconteció que) y que es imposible considerar como una simple visión. Es lo que se ha procurado hacer apoyándose en los relatos de Mateo y de Marcos, según los cuales parece que Jesús solo fué testigo de esas manifestaciones. 3.^o En el relato de Lucas, como en el de Marcos, el testimonio divino dado a Jesús: Tú eres mi Hijo amado (gr. mi Hijo el amado) se dirige directamente a él, mientras que en Mateo es dirigido a Juan el Bautista y por su intermedio a todos los hombres, en estos términos: "Este es mi hijo amado."

17. El mismo, él, que acababa de ser el objeto de esa manifestación divina (v. 22), y sobre quien quiere ahora el evangelista atraer toda la atención.—Treinta años (v. 1, nota) es la edad en que el hombre ha adquirido el pleno desarrollo de todas sus facultades, y en que también, según la ley, los levitas entraban en funciones. (Núm. 4: 3, 23).—Estas palabras: cuando empezó, deben tener por complemento: su ministerio o su actividad mesiánica. (Comp. Actos 1: 1, nota.)

18. La palabra hijo no se lee más que en el v. 23 y no está repetida de-

25 de Melquí, de Jannai, de José, de Mattatías, de Amós, de Nahúm, 26 de Esli, de Naggai, de Maat, de Mattatías, de Semeí, de Josec, de 27, 28 Jodá, de Johanán, de Resá, de Zorobabel, de Salatiel, de Nerí, 29 de Melquí, de Addí, de Cosam, de Elmadam, de Er, de Jesús, de 30 Eliézer, de Jorim, de Mattat, de Leví, de Simeón, de Judá, de José, 31 de Jonam, de Eliaquim, de Meleá, de Menná, de Mattatá, de 32 Natán, de David, de Jessé, de Jobed, de Booz, de Salmón, de Naa- 33, 34 ssón, de Aminadab, de Arní, de Esrom, de Fares, de Judá, de 35 Jacob, de Isaac, de Abrahán, de Tará, de Nacor, de Seruc, de 36 Ragau, de Fálec, de Eber, de Salá, de Cainám, de Arfaxad, de 37, 38 Sem, de Noé, de Lamec, de Matusalá, de Enoc, de Jaret, de Maleleel, de Cainám, de Enós, de Set, de Adán, de Dios¹⁹.

lante de cada nombre propio. El griego se contenta con poner éstos con el artículo en genitivo para señalar la relación de filiación. Dos explicaciones son así posibles: se puede hacer de cada nombre, ora el complemento del nombre precedente, ora el de la palabra *hijo* (v. 23), lo que equivaldría a sobrentender *siendo Jesús hijo de...* delante de cada nombre propio. La primera construcción parece la más simple, pero se objeta que en el v. 38, Adán sería designado como *hijo de Dios*. Esta calidad conviene mejor a Jesús. Las palabras: *como se creía* son una precaución que toma el evangelista para apartar la idea de la paternidad de José. (Comp. Mat. 1: 16, nota.)—Pero ¿de quién es la genealogía que sigue? De José, responden muchos intérpretes; de María, piensan otros. Es difícil admitir que tengamos aquí la genealogía de José, puesto que es enteramente diferente de la que ha conservado Mateo y que es realmente la lista genealógica del esposo de María. (Mat. 1: 1, 2.^a nota) Allí, para no citar más que un nombre, José es hijo de Jacob (Mat. 1: 16), aquí lo sería de Helí. Esta hipótesis implica pues que una por lo menos de las dos genealogías no es más que una composición de fantasía.—Mas, por otra parte, ¿cómo probar que tenemos aquí la genealogía de María? Se ha recurrido para ello a dos métodos diferentes. Para comprender el primero, es necesario observar que el artículo que se encuentra delante de cada nombre falta ante el de José y sólo empieza en el de Helí; se puede construir así nuestro ver-

sículo, según el texto de *Sin., B*: “siendo hijo (como se creía, de José) de Helí, de Mattat, etc.” Lucas querría indicar que Jesús era hijo o nieto de Helí, padre de María, cuya genealogía nos da aquí. Esta interpretación es admitida por M. Godet y por muchos exégetas modernos.—El otro modo de llegar al mismo resultado es suponer que, siendo María heredera del nombre de su familia, José, tomándola por mujer, había entrado, según la costumbre judía, en la línea de los antepasados de su mujer y había sido inscripto en ella. Era pues legalmente hijo de Helí, padre de María y abuelo de Jesús. (Comp. Mat. 1: 1, 2.^a nota.) Esta interpretación, muy antigua, no es inadmisibles. Pero si se considera que ambas explicaciones se basan en la idea de que María era hija de Helí, y que esta idea no tiene otro fundamento que la tradición judía en el Talmud, será necesario convenir que cierta incertidumbre se cierne sobre el asunto que nos ocupa. Véase, sobre nuestro pasaje, las observaciones de M. Godet en su *Comentario sobre San Lucas*, y, en un sentido opuesto, J. Bovon, *Teol del N. T.*, I p. 199.

19. La genealogía adoptada por Lucas es colocada aquí de un modo muy natural, en el momento en que sale Jesús de la obscuridad y entra en su carrera pública. (Comp. el lugar de la genealogía de Moisés, en Ex. 6: 14-27.) Mateo, preocupado de mostrar la dignidad mesiánica de Jesús, coloca la genealogía a la cabeza de su evangelio. La genealogía de Lucas remonta hasta Adán y Dios, y realza así desde el principio la idea

3. La tentación de Jesús.

1-13. JESÚS TENTADO EN EL DESIERTO.—1.^o *Los cuarenta días. Primera tentación.* Jesús vuelve del Jordán lleno del Espíritu Santo. Es conducido del Espíritu por el desierto y tentado del diablo durante cuarenta días. No habiendo tomado alimento durante ese tiempo, tiene hambre. Tomando ocasión de su hambre, el tentador le insinúa que cambie una piedra en pan, puesto que, como hijo de Dios, tiene el poder y el deber de ayudarse a sí mismo. Jesús responde con una sentencia de la escritura, mencionando ese alimento superior que consiste en la confianza en Dios y la obediencia a su voluntad (1-4).—2.^o *Segunda tentación.* El diablo, elevándole a un monte, le ofrece el poder y la gloria de los reinos de este mundo. Le ha sido entregado; lo da a quien se postra ante él. Jesús rechaza esta oferta recordando al tentador el gran mandamiento que ordena adorar a Dios solo (5-8).—3.^o *Tercera tentación.* Satanás conduce a Jesús a lo alto del templo y le invita a precipitarse en el vacío; como Hijo de Dios nada tiene que temer; Dios ha prometido guardarle en toda circunstancia; la escritura, citada por el tentador, lo afirma. Jesús le rechaza con otra sentencia de la escritura: No tentarás a Dios (9-12).—4.^o *Conclusión.* Acabada la tentación, Satanás se retira de él, hasta una ocasión favorable (13).

IV. Y Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán¹; y 2 era llevado en el Espíritu por el desierto², por cuarenta días,

de la universalidad de la salud, que se encuentra en todo este evangelio. Mateo, al contrario, escribiendo para el pueblo judío, toma su punto de partida en Abrahán. Las dos genealogías se encuentran en David, mas mientras Mateo (1: 6) desciende hasta Jesús por la línea de Salomón, Lucas (v. 31) remonta de Jesús a David por la de Natán. De David a Abrahán las dos genealogías concuerdan entre sí y están conformes con el Antiguo Testamento, en el cual también ha tomado Lucas la última parte de su genealogía de Tara a Adán.—Algunos nombres de ambas genealogías comparadas ofrecen a la crítica dificultades cuya solución se busca de diversas maneras. Por ejemplo, las dos listas contienen los nombres de Zorobabel y de Salatiel (v. 27; Mat. 1: 12), aun cuando siguen líneas diferentes; así también el nombre de Cainám (v. 36) falta en el texto hebreo (Gén. 10: 24); Lucas lo ha tomado de la versión griega de los Setenta, donde se halla introducido por una variante. Sobre estas palabras: *Hijo de Dios*, comp. v. 23, 2.^a nota.

1. Comp. Mat. 4: 1-11, notas, y Mar. 1: 12, 13, notas. Por estas primeras palabras del relato liga Lucas la tentación al bautismo. (3: 21, 22.) Los

tres evangelios sinópticos ponen esos dos hechos en íntima relación. Lucas señala la realidad del don hecho a Jesús en su bautismo al decir que *volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo*. Y entonces precisamente fué cuando debió soportar la tentación.

2. El texto recibido dice, “Fué conducido por Espíritu al desierto, lo que supone que no estaba allí aún. Lucas, según el texto de *Sin., B, D*, admite que estaba allí ya, después de haber vuelto del Jordán, y nos hace saber que allí él *era llevado* (imperfecto indicando la acción continua) *por el Espíritu* de que estaba lleno, y que era el principio que dirigía su vida interior. (Comp. en cuanto a los términos, Rom. 8: 14.) La lección del texto recibido es una corrección hecha con el designio de poner a Lucas en armonía con los dos primeros evangelios. No hay, por lo demás, ninguna contradicción; pues fué también el Espíritu quien condujo a Jesús al desierto, que le arrojó allí, según la enérgica expresión de Marcos. El relato de Lucas, empero, nos ilustra de una manera más completa sobre esa acción del Espíritu, sobre el trabajo intenso del alma que ocasionaba y que se descubría por esa marcha sin dirección en el desierto.

siendo tentado por el diablo³. Y no comió nada en aquellos días; 3 y concluídos ellos tuvo hambre⁴. Y el diablo le dijo: Si eres 4 Hijo de Dios di a esta piedra que se haga pan⁵. Y Jesús le res- 5 pondió: Escrito está: "No de pan solo vivirá el hombre"⁶. Y ele- 6 vándole le mostró en un momento de tiempo todos los reinos de 7 la tierra⁷; y el diablo le dijo: A ti daré toda esta autoridad y 8 la gloria de ellos, porque a mí ha sido entregada y a quien qui- 9 siere la doy⁸. Si tú, pues, adorares en mi presencia, tuya será 8 toda⁹. Y respondiendo Jesús le dijo: Escrito está: "Adorarás 9 al Señor tu Dios, y a él solo servirás"¹⁰. Y le llevó a Jerusalén,

3. Véase, sobre estas palabras: *tentado por el diablo*, Mat. 4: 1, 1.^o nota.

4. El texto recibido dice: "luego tuvo hambre;" la palabra en bastardilla es tomada del primer evangelio. Véase, sobre ese ayuno del Salvador, Mat. 4: 2, nota. Lucas parece querer decir que Jesús se abstuvo de comer porque estaba profundamente absorbido. El giro empleado por Mateo indica más bien un ayuno intencional.

5. Mat. 4: 3, nota. Lucas es más preciso que el primer evangelista: *esta piedra* (en vez de *esas piedras*); *pan* (no *panes*). Y diciendo eso, Satanás mostraba una piedra a sus pies.

6. El texto recibido agrega: *sino de toda palabra de Dios*. Esas palabras faltan en *Sin.*, *B.*, vers. egip. Probablemente han sido introducidas en el texto. La idea que expresan es implícitamente contenida en el primer miembro de la frase. Mateo y los Setenta dicen: "de toda palabra que sale de la boca de Dios;" el texto hebreo: "no de pan solamente vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca del Eterno vivirá el hombre."

7. El texto recibido dice: "Y el diablo, elevándole sobre un alto monte." Las palabras en bastardilla son tomadas de Mateo.—Lucas solo tiene esta expresión: *en un instante*, en un abrir y cerrar de ojos, lo que bastaría para probar que no imaginaba esa escena en un sentido literal y exterior. (Véase Mat. 4: 3, nota.) Por su parte, Mateo agrega a estas palabras: *todos los reinos de la tierra*, éstas: "y su gloria." Lucas coloca la mención de ésta en las palabras del tentador. (v. 6.)

8. Véase Mat. 4: 9, nota. Las últimas palabras de este versículo son particulares a Lucas. Pero ¿cuál es su sentido? Si Satanás, en su orgullo, quiere insinuar con ello, como se ha creído, que es Dios quien le ha entregado esa autoridad sobre el mundo, ¡es una mentira y una blasfemia! Si quiere decir que es el hombre quien se la ha dado obediéndole más bien que a Dios (Gén. 3), tiene demasiada razón, y Jesús mismo lo ha llamado "el príncipe de este mundo" (Juan 14: 30). Pero era una ilusión grosera imaginarse que Jesús iba a reconocer esa autoridad prosternándose ante él. (v. 7.)

9. Este versículo también es particular a Lucas. La condición propuesta por Satanás puede parecer inverosímil. Pero es necesario recordar que la oferta del tentador suponía una transmisión del poder, y que ésta implicaba (*pues*) el homenaje rendido al precedente detentor del poder. Por lo demás el oriental se *postra* ante todo superior.

10. Mat. 4: 10, nota. El texto recibido hace empezar la respuesta por las palabras: "Vete detrás de mí, Satanás, pues," que son copiadas de Mateo. En Mateo, estas palabras están perfectamente en su lugar; Jesús pone así fin a la tentación expulsando de su presencia al tentador. Esa razón por sí sola bastaría para probar que el orden histórico es el de Mateo, si ya el sentido profundo y gradual de la tentación no lo demostrase igualmente. Casi todos los intérpretes comparten esta opinión. M. Godet, que defiende el orden adoptado por Lucas, piensa que este evangelista coloca en primer lugar las dos tentaciones que se dirigen a

y le puso sobre el ala del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, 10 échate de aquí abajo, pues escrito está: "A sus ángeles dará 11 mandamiento sobre ti para que te guarden", y: "Sobre sus ma- 12 nos te llevarán, no sea que tropieces en piedra con tu pie". Y res- 13 pondeando Jesús le dijo: Ha sido dicho: "No tentarás al Señor tu 13 Dios"¹¹. Y concluyendo toda tentación el diablo se apartó de él hasta una oportunidad¹².

EL MINISTERIO EN GALILEA

I. LOS COMIENZOS DEL MINISTERIO EN GALILEA.

1. Estreno en Nazaret y en Capernaúm.

A. 14-30. JESÚS EN GALILEA Y EN NAZARET.—1.^o *Bosquejo general* de los comienzos del ministerio de Jesús en Galilea: ha vuelto con el poder del Espíritu; su fama se extiende; enseña en las sinagogas (14, 15).—2.^o *Su visita a Nazaret*.—a) *La lectura en la sinagoga*. En la sinagoga, el día de sábado, lee la profecía de Isaías que le anunciaba como el Libertador (16-19).—b) *La predicación*. Jesús muestra que esa profecía es cumplida hoy en su persona (20, 21).—c) *El efecto del discurso*. Provoca ante todo la admiración, luego la incredulidad, a causa del humilde origen del que se presenta como el Salvador (22).—d) *Réplica de Jesús*. Adivinando los sentimientos de ellos, Jesús los denuncia. Él no satisfará su deseo de ver milagros. Su oposición no le sorprende: ningún profeta es honrado en su patria. Les advierte, sin embargo, citándoles dos ejemplos históricos, que los beneficios que ellos rechazan serán impartidos a otros (23-27).—e) *El desenlace*. El resultado de esta amenaza es excitar la ira de ellos; quieren precipitarle del monte sobre el cual su ciudad está edificada. Mas Jesús pasa por medio de ellos (28-30).

14 Y volvió Jesús en la potencia del Espíritu a Galilea¹³; y un

la falta de fe, y sólo después de eso menciona "la prueba que se dirigía a la fe supuesta ya incommovible, prueba que debe haber formado el punto culminante de toda la tentación."

11. Mat. 4: 5-7, notas.

12. Lucas no menciona el hecho de que, después de la tentación, ángeles de Dios se acercaron a Jesús abrumado por el ayuno y la lucha moral, y le ofrecieron su asistencia. (Mat. 4: 11); mas, por otra parte, ha anotado un detalle de una significación profunda: es que el diablo se retiró de él *hasta una oportunidad, hasta un momento favorable*. Se ha pensado que esa ocasión fué la traición de Judas, en la cual Lucas mismo nos muestra una obra de Satanás

(22: 3; comp. Juan 13: 2), pero esa traición no fué para Jesús una tentación especial. La prueba anunciada aquí no puede ser más que la agonía de Jesús en Getsemaní y sobre la cruz. (Luc. 22: 53; Juan 14: 30.) Desde este punto de vista se podría traducir: "hasta el tiempo fijado por Dios," sentido que el término griego tiene algunas veces (12: 42; Rom. 5: 6).—Por ahora la tentación está acabada, Jesús sale victorioso de ella, y su victoria tiene consecuencias inmensas para él mismo, para su obra y para nuestra humanidad, a la que viene a libertar del poder de las tinieblas.

13. Véase, sobre este regreso de Jesús a Galilea, Mat. 4: 12, 13, notas; comp. Mar. 1: 14. Jesús va a comen-

15 rumor sobre él se extendió por todos los alrededores¹⁴. Y él enseñaba en las sinagogas de ellos, siendo glorificado por todos¹⁵.
 16 Y llegó a Nazaret, donde había sido criado¹⁶, y entró, según su costumbre, en el día del sábado, en la sinagoga, y se levantó a
 17 leer¹⁷. Y le fué entregado el libro del profeta Isaías, y desenro-
 18 llando el libro encontró el lugar donde estaba escrito¹⁸: “El

zar su ministerio en Galilea. El relato de este ministerio se prolonga en Lucas hasta el capítulo 9: 50, y constituye una de las partes principales de su evangelio.—Jesús se traslada a ese teatro de su mayor actividad, en la potencia del Espíritu, de que estaba lleno desde su bautismo. (v. 1.) Todas sus palabras y todas sus obras eran otras tantas manifestaciones de la luz y del poder de este Espíritu.

14. Según el relato de Lucas se podría pensar que su fama se extendió en Galilea donde acababa de llegar, a medida que se hacía conocer por la acción potente de su palabra y de sus curaciones. (Mat. 4: 24.) Pero quizá también había sido precedido en esa región por el rumor de los milagros que ya había realizado en diversos lugares; pues, según el relato de Juan (1: 19 a 4: 42), un intervalo bastante largo, había transcurrido entre la tentación y el principio de su actividad en Galilea, que Lucas va a describir. (Comp. Mat. 4: 12.)

15. Dondequiera que había un grupo de judíos algo numeroso, aun en tierra pagana y hasta en los extremos del imperio, se hallaba una sinagoga, que servía de lugar de reunión y de culto. Puesta bajo la dirección general de los ancianos, la sinagoga era administrada por funcionarios especiales: uno o varios “jefes de la sinagoga” (Mar. 5: 22), un *servidor* o ministril (v. 20) que llenaba también las funciones de maestro de escuela. La sinagoga era un edificio rectangular cuya entrada era distinguida por un pórtico griego. Cuando el edificio era de gran dimensión, el interior estaba dividido en naves por hileras de columnas. En el fondo, sobre una tribuna elevada, se hallaba el armario santo que contenía los manuscritos de la escritura. Cada sábado había una reunión

de culto. Empezaba por una oración litúrgica, que recitaba un miembro de la asamblea designado por el presidente, y que era luego encargado de leer el pasaje tomado de los profetas. La asamblea escuchaba en pie, vuelto el rostro hacia Jerusalén, y respondía con un amén. La lectura de la ley venía luego: era hecha por siete miembros y acompañada por un comentario oral. Luego uno de los presentes leía un trozo de los profetas y agregaba algunas palabras: se ponía en pie para leer, pero se sentaba para hablar. (v. 20.) Después de la bendición final, la asamblea se retiraba.—Véase para mayores detalles y para el texto de las oraciones litúrgicas, Edersheim. *La sociedad judía*, trad. Roux, cap. XVI y XVII.

16. Véase, sobre Nazaret, Mat. 2: 23, nota. Con esta observación: *donde había sido criado*, motiva Lucas esta visita de Jesús a su ciudad natal y prepara la escena que va a ocurrir. (v. 22 y sig.)—Sobre la relación entre esta estancia de Jesús en Nazaret y la que menciona Mateo (13: 53 y sig.), véase la nota sobre este último pasaje.

17. Estas palabras: *según su costumbre*, no se refieren solamente al ministerio de Jesús en Galilea, que no hacía más que empezar, sino a la piadosa costumbre que había tenido durante toda su juventud de frecuentar el servicio divino en las sinagogas.—*Se levantó a leer*, es decir que mostró, levantándose, su intención de leer y de hablar. Ordinariamente, era el jefe de la sinagoga quien invitaba a desempeñar esa función a alguno de los presentes a quien consideraba digno (Act. 13: 15, 16); pero Jesús, lleno del sentimiento de su vocación santa, se ofrece él mismo a tomar la palabra, que le es concedida en el acto.

18. La palabra: *desenrollando* (tal es el texto de *Sin., D., la Itala,*

Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido para anunciar el evangelio a pobres; me ha enviado para sanar a los quebrantados de corazón, para proclamar a cautivos libertad y a ciegos recobro de la vista, para enviar en libertad a oprimidos, 19, 20 para proclamar el año aceptable del Señor”¹⁹. Y enrollando

mientras que *B., A., la vers. sir.* dicen: *abriendo*) el libro, recuerda que los libros de los hebreos estaban escritos en largas bandas de pergamino, arrolladas alrededor de un cilindro. Había dos porciones de las santas escrituras fijadas para cada día: la una sacada de la ley (*parasche*), la otra de los profetas (*haphthare*). Como se entregó a Jesús el libro del profeta Isaías, se podría pensar que el pasaje que va a leer era justamente indicado para ese día. Si es así, esta grande profecía mesiánica, leída públicamente por Aquel en quien ella era cumplida, sería tanto más sorprendente. Se ha querido también sacar de ella una conclusión relativa a la fecha de nuestra escena, basándose en el hecho de que hoy ese pasaje es leído en las sinagogas en la fiesta de las expiaciones (septiembre). Pero estas palabras: *halló el lugar*, parece indicar más bien que ese pasaje se presentó providencialmente al Salvador al desarrollar el libro.

19. Isa. 61: 1, 2, citado según la versión griega de los Setenta, siendo tomada la penúltima frase de esta profecía (*enviar en libertad los oprimidos*) de Isa. 58: 6. Hé aquí ante todo la traducción literal del hebreo, tal cual lo leía Jesús en Nazaret, y que debe servir de punto de comparación: “El Espíritu del Señor, el Eterno, está sobre mí, porque el Eterno me ha unguido para anunciar una buena nueva a los miserables; me ha enviado para vendar a los que tienen el corazón quebrantado, para publicar a los cautivos la libertad y a los que están presos la apertura de la cárcel, para publicar el año de la buena voluntad del Eterno”. Es el Mesías quien habla, su obra de redención es la descripta aquí. Que la continuación del capítulo de Isaías anuncie, como se admite generalmente, el regreso de la cautividad y las bendiciones que el Eterno derramará sobre su pueblo, es posible. Pero el

espíritu del profeta ve infinitamente más lejos y más alto; contempla la presencia y la obra del gran Reparador prometida a Israel. Cada palabra de su profecía lo testifica, y tenemos por prueba la autoridad misma de Jesucristo. (v. 21.) El Mesías declara ante todo del modo más solemne que el *Espíritu del Señor*, el *Eterno*, reposa sobre él, porque el Eterno le ha unguido con ese espíritu. No se debe, pues, traducir: *por lo tanto me ha unguido*, lo que es un contrasentido. *Ungido* (expresión tomada de la costumbre de ungir con aceite, 1 Reyes 19: 16; Ex. 28: 41; 30: 30) es la traducción del hebreo *Mesias* y del griego *Cristo*. (Comp. Mat. 1: 16, nota.)—La obra magnífica para la cual el Libertador ha sido unguido y enviado, es indicada por seis términos de una significación profunda y conmovedora: 1º *Anunciar una buena nueva a los pobres*. Esta palabra *pobres*, tomada de la versión de los Setenta, debe entenderse a la vez en su sentido literal y espiritual. (Mat. 5: 3; 11: 5.) Pero, en hebreo, el término así traducido significa también humilde, manso, afligido miserable. (Sal. 86: 1 y a menudo en otras partes.) La buena nueva que les es anunciada es la restauración, la consolación, las riquezas de la gracia, 2º *Sanar a los que tienen el corazón quebrantado*. Aquí se encuentra el término propio, *sanar*, en lugar de la expresión hebraica: *vendor las llagas*. El sentido espiritual se comprende de por sí. Cosa singular, estas palabras, de las más hermosas de la profecía, faltan en *Sin., B D, la Itala*. Casi todos los críticos modernos las omiten. Pero como están en el hebreo y en la versión griega de los Setenta, no pueden haber sido omitidas aquí más que por inadvertencia de los copistas. 3º *Anunciar o publicar la libertad a los cautivos*. Esta promesa se aplicaba en primer lugar a los israelitas cautivos en Babilonia; se refería

el libro, devolviéndolo al servidor, se sentó, y los ojos de todos, 21 en la sinagoga, le estaban mirando²⁰. Y empezó a decirles: Hoy 22 ha sido cumplida esta escritura en vuestros oídos²¹. Y todos le daban testimonio, y se admiraban por las palabras de la gracia que salían de su boca; y decían: ¿No es éste el hijo de José?²².

también a la libertad moral que da el Salvador (Juan 8: 36) y que es la fuente de todas las libertades. 49 *A los ciegos el recobro de la vista.* Estas palabras presentan una promesa muy hermosa que se halla también en otro lugar en los profetas (Isa. 35: 5), y que el Señor cumplió con frecuencia corporal y espiritualmente para los ciegos de su tiempo. Pero aquí los Setenta se han apartado del hebreo que dice literalmente: *a los que están presos, apertura.* El verbo *abrir* está a menudo unido a las palabras *los ojos* en el sentido de *devolver la vista*; por eso los traductores griegos han visto en los *ligados, ciegos*. Puede ser también que hayan tomado este último término en un sentido figurado para designar a los prisioneros volviendo a ver la luz al salir de sus calabozos. La *Bible annotée* traduce: "a los prisioneros la vuelta a la luz." Por lo demás, otras palabras de Isaías (42: 7) hacían muy natural esta asociación de ideas. 50 *Enviar libres los oprimidos o poner en libertad los que son maltratados, hollados, quebrantados.* Estas palabras de tan hermoso significado no se encuentran ni en el hebreo ni en los Setenta; han sido tomadas de Isa. 58: 6, e introducidas aquí de memoria. Quizá se hallaban ya en el documento de que Lucas sacaba su relato. 60 Por último *publicar el año favorable* (o *agradable*) *del Señor.* El hebreo dice: *el año de buena voluntad o de gracia del Eterno.* Se trata del año del jubileo, que ocurría cada cincuenta años (Lev. 25); año de gracia y de gozo universal, en que los trabajos cesaban, los esclavos eran devueltos a la libertad, las deudas perdonadas, los prisioneros libertados, etc. Ese año era una figura del reinado feliz del Mesías. Se comprende toda la grandeza y la hermosura de las esperanzas inspiradas así al pueblo por el profeta, y cuyo significado simbólico

ha sido tan plenamente realizado por el Salvador.

20. Jesús probablemente no había leído sólo el pasaje de la profecía mencionado por Lucas, sino toda la sección en que se encuentra, o quizá todo el capítulo. Y había, ya en su manera de leer, algo que había hecho penetrar en los corazones la palabra divina. De ahí el vivo interés con que todos esperaban su explicación, de ahí esas *miradas de todos fijadas en él.* Esta escena es tan viva que Lucas debe haberla tomado de un testigo ocular.

21. *Hoy es cumplida esta escritura en vuestros oídos*; es cumplida en el momento mismo en que oís su lectura, hecha por Aquel anunciado por la profecía. Es, en efecto, el mismo Mesías quien habla en el libro de Isaías y en la sinagoga de Nazaret.—Hay algo de solemne en estas palabras: *Y empezó a decirles.* Esta frase de Jesús no fué, en efecto, mas que el *comienzo* de su discurso. Lucas sólo indica el tema de ese discurso; mas lo indica con bastante claridad para que sepamos que Jesús se ocupó en probar su misión divina y los caracteres de esa misión. Con ello derribaba todas las ideas carnales que los judíos se hacían del Mesías, puesto que se anunciaba como el Libertador misericordioso de los pobres, de los presos, de los corazones quebrantados.

22. Hay, entre la primera y la segunda parte de este versículo, una especie de contradicción que no se comprende al primer golpe de vista. Por una parte, un *testimonio* favorable dado por todos al Salvador, a consecuencia de lo que acababan de oír; una *admiración* o *extrañeza* (la palabra tiene ambos sentidos) de esa *gracia* divina que les anunciaba y que respiraba en todas sus *palabras*; y, por otra parte, una pregunta que supone la duda, la desconfianza, y que significaba: ¿cómo? ¿esta obra

23 Y les dijo: Sin duda me diréis este proverbio²³: Médico, sánate a ti mismo. Cuanto hemos oído haber sido hecho en Capernaúm 24 haz también aquí, en tu patria²⁴. Mas dijo: En verdad os digo 25 que ningún profeta es aceptado en su patria²⁵. Mas en verdad os digo²⁶ Muchas viudas había en los días de Elías, en Israel, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, 26 cuando hubo una grande hambre por toda la tierra²⁷; y a nin-

divina para la liberación de todo lo que sufre en nuestra humanidad sería cumplida por este joven al que hemos visto crecer en medio de nosotros, este *hijo* del carpintero José cuya familia todos conocemos! Evidentemente la reflexión, la crítica, sucediendo a una primera impresión favorable mas superficial, han producido disposiciones diferentes que llegarán hasta la incredulidad, hasta el furor. (v. 28. Comp. Mat. 13: 55-58; Juan 5: 44.) Estas explican las palabras de Jesús que van a seguir, y el deplorable desenlace de su primera predicación en su ciudad natal.—Los intérpretes que no admiten un tal cambio en los sentimientos del pueblo, suponen a éste dividido en dos partes, una de las cuales habría experimentado las impresiones primeramente descritas, mientras que la otra habría expresado desde luego sus dudas sobre el *hijo de José*. Pero esta explicación es excluida por el texto que dice expresamente, por una parte: *Todos* admiraban (v. 22) y, por la otra: *Todos* fueron llenados de ira. (v. 28).

23. Gr. esta *parábola*. (Comp. Mat. 13: 3, nota.)—La palabra que traducimos aquí por *sin duda* es más enérgica en el original: puede significar *totalmente*; como si Jesús les hubiera dicho: "llegaréis hasta decir." Pero significa también "de cualquier modo", *seguramente* (1 Cor. 9: 22) y este sentido es más natural aquí.

24. Lucas, lo mismo que los dos primeros evangelistas, escribe: *Capernaúm*.—La segunda parte de este versículo explica la primera. Jesús piensa que sus conciudadanos le aplicarán el *proverbio* que pone en boca de ellos, porque, hasta entonces, había ejercido su ministerio fuera de Nazaret, que debía tener los primeros derechos: "*Cúrate a ti mis-*

mo, y a los tuyos, antes de ejercer lejos tu poder". Aluden a los milagros realizados en Capernaúm. Hay también quizás en el pensamiento de ellos una duda irónica a este respecto; se podría, en efecto, traducir de este modo sus palabras: "Todas esas grandes cosas de que hemos oído hablar, hazlas aquí, en tu patria."—Los exégetas que consideran que el proverbio: *Médico, cúrate a ti mismo*, es aplicado a Jesús mismo, explican así el pensamiento de sus oyentes: "Si quieres que creamos en ti y en la misión que te atribuyes, sal ante todo de la obscuridad en que siempre te hemos visto, muéstranos la autoridad y el poder a que pretendes saliendo de la humilde condición en que te vemos." Y era esa también una manera de pedirle milagros. Mas Jesús, constreñido así, no hará; pues donde sus palabras solamente encuentran incredulidad, sus milagros no crearían la fe. Es lo que el evangelio nos dice expresamente con motivo de otra visita de Jesús a Nazaret. (Mat. 13: 57; Mar. 6: 5.)

25. Comp. Mat. 13: 57; Marc. 6: 4; Juan 4: 44. Nadie tiene más dificultad en reconocer los dones de Dios en un hombre que los que viven familiarmente con él. Lo que está delante de los ojos impide ver las cosas espirituales. (Juan 6: 42.) Por eso este *Mas dijo* hace oposición al pedido de milagros que se dirigía a Jesús.

26. "Ningún profeta es bien recibido en su patria, *pero en verdad*, como una seria advertencia, os lo digo: si esta patria cegada le rechaza, otros recibirán la curación que vosotros desdeñáis;" y Jesús va a suministrar pruebas históricas de ello. Para eso, generaliza su pensamiento que lleva de Nazaret a todo Israel.

27. Comparando 1 Reyes 17: 1 con 18: 1, se ve que la lluvia fué acor-

guna de ellas fué enviado Elías sino a Sarepta de Sidón, a una
27 mujer viuda ²⁸. Y muchos leprosos había en Israel, en tiempos
de Eliseo el profeta; y ninguno de ellos fué limpiado sino Naa-
28 mán el siro ²⁹. Y se llenaron todos de furor en la sinagoga oyendo
29 esto ³⁰. Y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le lle-
varon hasta la cima del monte sobre el que su ciudad estaba
30 edificada, para despeñarle ³¹. Mas él, atravesando por medio de
ellos, se iba ³².

B. 31-44. RESIDENCIA EN CAPERNAÚM.—1º *Un endemoniado*. Jesús, habiendo descendido a Capernaúm, enseña un día de sábado, y todos están asombrados de la autoridad de su palabra, cuando un endemoniado, que se halla en la sinagoga, grita diciendo que Jesús ha venido para perderle, que él le conoce como el Santo de Dios. Jesús ordena al demonio callar y salir de ese hombre. Todos están admirados de su autoridad y de su potencia (31-37).—2º *La suegra de Simón*. De la sinagoga se traslada Jesús a casa de Simón. La suegra de éste tiene una fuerte fiebre. Jesús, solícito, se inclina sobre la enferma. Libertada de la fiebre, ella se levanta y les sirve (38, 39).—3º *Las curaciones de la tarde*. Numerosos enfermos y endemoniados son llevados ante la casa al ponerse el sol. Jesús los sana. Prohíbe a los demonios decir que él es el Cristo (40, 41).—4º *Retirada matutina y partida*. Muy de madrugada se retira Jesús aparte; las multitudes le buscan y quieren retenerle, pero les dice que debe ir a otras partes a anunciar el evangelio del reino. Lleva este evangelio de sinagoga en sinagoga (42-44).

dada a pedido del profeta en el tercer año de la sequía. Diciendo: *tres años y seis meses* (comp. Jac. 5: 17), parece que Jesús adoptaba la tradición judía que tenía en cuenta más bien la duración del hambre que la de la sequía misma. En efecto, la tierra no pudo producir sino medio año por lo menos después de haber recibido la lluvia del cielo.

28. 1 Reyes 17: 9. *Sarepta* era una pequeña ciudad fenicia situada entre Tiro y Sidón. Su nombre se ha conservado en el de *Surafend*, aldea que hace aún recordar la ciudad antigua. (F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7.ª edic. p. 398.)

29. 2 Reyes 5: 14. *Naamán* y la viuda de Sarepta eran ambos paganos. Con estos dos ejemplos, tan sorprendentes para oyentes judíos, quiere Jesús realzar esta verdad: ningún hombre, ninguna mujer, ningún pueblo tiene derechos al favor de Dios, quien es perfectamente libre en la dispensación de sus gracias. Y es precisamente por pretensiones a un derecho, fundado en privilegios exteriores (v. 23), como se hace el hombre indigno de las bendiciones divinas.

30. Este furor prueba que han comprendido perfectamente al Salvador. Su orgullo no puede soportar la idea de que paganos les hayan sido preferidos jamás.

31. Hasta la cima o borde superior, escarpadura (liter. *ceja*.) Narazet está situada sobre la falda de un monte donde se ve todavía, cerca de la iglesia de los maronitas, una pared de rocas de 40 a 50 pies de altura.

32. Estas palabras: *mas él*, forman un contraste notable con la impotente ira de los adversarios.—El imperfecto, se iba, pinta la escena. ¿Es por un milagro de su potencia sobre la voluntad de ellos como llega Jesús a pasar por medio de ellos e irse? Muchos intérpretes lo admiten. Otros piensan que le bastó la majestad de su persona para contener la ira de esos furiosos. Sea lo que fuere, vemos que aquí, y en otras ocasiones (Juan 8: 59), Jesús supo aniquillar los designios criminales de sus adversarios, mientras "su hora no había llegado." Si más tarde se entregó a ellos, fué voluntariamente y para cumplir el gran sacrificio de que dependía la redención del mundo. (Juan 10: 18.)

31 Y bajó a Capernaúm, ciudad de Galilea; y les estaba ense-
32 ñando en el sábado ³³. Y se asombraban por su enseñanza, por-
33 que con autoridad era su palabra ³⁴. Y había en la sinagoga un
hombre teniendo espíritu de demonio impuro ³⁵; y exclamó con
34 grande voz: ¡Ah! ¿qué tenemos nosotros contigo, Jesús Naza-
reno? ¿Has venido a perdernos? Sé quién eres tú: el Santo de
35 Dios ³⁶. Y le reprendió Jesús diciendo: Enmudece, y sal de él.
Y arrojándole el demonio al medio, salió de él sin dañarle nada ³⁷.
36 Y sobrevino asombro a todos, y conversaban unos con otros,
diciendo: ¿Qué palabra es ésta? porque con autoridad y potencia
37 ordena a los espíritus impuros, ¡y salen! ³⁸. Y se extendía un
rumor sobre él por todo lugar de los alrededores.
38 Mas levantándose de la sinagoga, entró en la casa de Simón;

33. *Descendió*. Este término es escogido porque de Nazaret a Capernaúm se desciende de las montañas hacia el lago.—Véase, sobre *Capernaúm*, Mat. 4: 13, nota.—Hay propiamente en griego: *los sábados*. Si se traduce por el plural, se debe considerar este versículo y el siguiente como una característica general de la actividad de Jesús en Capernaúm. (Comp. 1: 15.) Pero la unión íntima del v. 33 con los v. 31 y 32 muestra que en éstos ha querido Lucas describir las circunstancias en que se produjo el hecho de la curación del endemoniado. El plural *los sábados* puede designar un sábado único. (Comp. v. 16; Mat. 12: 1.) Josefo explica el empleo de ese plural *los reposos*, por el hecho de que en ese día se paraban muchos trabajos.—La palabra *enseñaba* (gr. *estaba enseñando*) pinta la situación en que se produjo el incidente.

34. Con una *autoridad* moral, divina, que obtenía testimonio en las conciencias y en los corazones. (Mat. 7: 28, 29.) "El incidente siguiente no es contado como un ejemplo de esta autoridad, sino como demostrando el derecho que Jesús tenía en atribuírsela." *Godet*.

35. Esta expresión complicada: *espíritu de dominio impuro*, significa que ese hombre estaba poseído de un demonio impuro, y que ese *espíritu* ejercía en él su tenebrosa influencia. (Véase, sobre los endemoniados, Mat. 8: 28, 2.ª nota, y sobre el relato que va a seguir, Marc. 1: 21-28, notas.)

36. Mar. 1: 24, nota. (Comp. Jac. 2: 19.)

37. *Arrojado al medio*, es decir al medio de la sinagoga, en presencia de toda la asamblea.—Estas palabras: *sin hacerle ningún daño*, deben entenderse de la impresión de los espectadores, que, viendo al enfermo echado en tierra creyeron que estaba muerto. Marcos relata que el demonio, "habiéndole agitado violentamente y lanzado grandes voces, salió de él."

38. Como en hebreo y en griego la voz *palabra* significa a menudo una cosa, un hecho, un acontecimiento, muchos traducen como sigue la pregunta por la cual los testigos de este milagro expresan su admiración: *¿Qué es esto?* (Ostervald.) Pero es más natural tomar la voz en su sentido ordinario de *palabra*, y referirla ya en general a la enseñanza llena de autoridad de Jesús (v. 32), ya a la orden que acaba de dar al demonio, (v. 35.) Este último sentido es indicado por la segunda parte de nuestro versículo, que motiva (*porque*) la pregunta precedente. Marcos (1: 27) expresa la misma idea de un modo algo diferente. (Véase la nota.)

39. Véase, sobre este relato, Mat. 8: 14, 15, nota, y Mar. 1: 29-31. La expresión: *una fuerte fiebre* (gr. *una grande fiebre*) es propia de Lucas. Los dos primeros evangelistas se limitan a indicar la naturaleza de la enfermedad.—Se puede traducir también: *Le consultaron acerca de ella.*"

y la suegra de Simón estaba atacada por una grande fiebre; y
 39 le rogaron sobre ella³⁹. E inclinándose sobre ella, reprendió a la
 fiebre, y la dejó⁴⁰. Y levantándose inmediatamente, les servía⁴¹.
 40 Y poniéndose el sol, todos cuantos tenían enfermos de diver-
 sas enfermedades los llevaron a él; y él poniendo las manos sobre
 41 cada uno de ellos, los sanaba⁴². Y demonios también salían de
 muchos, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Y repre-
 diéndolos, no les permitía hablar, porque sabían que él era el
 42 Cristo⁴³. Mas llegado el día, saliendo, se fué a un lugar desier-
 to⁴⁴. Y las multitudes le buscaban; y fueron hasta él; y le re-
 43 tenían, para que no se fuera de ellas⁴⁵. Mas él les dijo: También
 a las otras ciudades es necesario que anuncie el reino de Dios,
 44 porque para esto he sido enviado⁴⁶. Y estaba predicando en las
 sinagogas de Galilea⁴⁷.

40. *Habiéndose inclinado sobre ella*; esta observación, que Lucas solo ha conservado, indica en Jesús el pensamiento de despertar la atención de la enferma, de inspirarle confianza en él para su curación. (Comp. Act. 3: 4.)—Estas palabras: *reprendió a la fiebre*, no suponen necesariamente que Jesús personifica la enfermedad y se la represente como un ser maléfico. (Comp. Mat. 8: 26.)

41. Este pronombre plural: *les servía*, muestra que Jesús no había entrado solo en la casa, y, en efecto, Marcos (1: 29) ha conservado los nombres de los discípulos que estaban con él.

42. Véase Mat. 8: 16, 17, nota; Mar. 1: 32-34, notas. Así, los tres sinópticos han conservado el recuerdo de esa memorable tarde en Capernaúm. (Mar. 1: 34, nota.) Un poder divino extraordinario se desplegaba en Jesús, y la multitud, entusiasmada por la curación del endemoniado (v. 33 y sig.), le traía de todas partes enfermos que él curaba. Es pues con razón que Mateo, emocionado por ese espectáculo, ve en él el cumplimiento de esta hermosa profecía de Isaías. "El mismo tomó nuestras enfermedades y llevó vuestras dolencias."—Los tres primeros evangelistas están también de acuerdo para señalar el momento preciso de esta escena: *la tarde, a la puesta del sol*. Es que todos los que trajeron enfermos a Jesús esperaron el fin del sábado.—Lucas solo menciona que Jesús sanaba esos en-

fermos poniendo las manos sobre cada uno de ellos. Mateo (8: 16) dice que los sanaba *por una palabra*. La imposición de las manos podía tener fines diversos: comunicar al enfermo la fuerza divina que le sanaba. (Mar. 7: 33, nota); testificarle también una tierna compasión y, ganando así su confianza, obrar sobre su alma para salvarla. (Comp. Mat. 8: 3, nota.) Nosotros apenas podemos representarnos qué despliegue de energía era necesario para devolver la salud a tantos enfermos, y a qué fatigas se sometía Jesús en su tierna caridad.—El texto recibido, con *Sin., A, C, mayúsc.*, dice: *los sanó*. El imperfecto se lee en *B, D, la Itala, la Sir.*

43. Comp. Mar. 1: 34, nota, y aquí arriba, v. 34, nota. El texto recibido dice: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios;" las palabras en bastardilla faltan en *Sin., B, C, D.*

44. Comp. Mar. 1: 35, nota.

45. Comp. Mar. 1: 36, nota. Según este evangelista, Pedro es quien se constituye representante de esas multitudes para retener a Jesús.

46. Comp. Mar. 1: 38, nota. Jesús no quería limitar su actividad a una sola ciudad; él se debe a todos, él se da a todos, a los habitantes de los campos (Mar. 1: 38) lo mismo que a los de Capernaúm. Tal es la voluntad de Dios: *para esto he sido enviado*. (Texto recibido: *soy enviado*.)—Jesús expresa el objeto de su predicación en estos términos: *anunciar la buena nueva del reino de Dios* (gr. *evangelizar el reino de*

2. Primeros discípulos y primeros opositores.

A. 1-11. VOCACIÓN DE LOS PRIMEROS DISCÍPULOS.—1º *Jesús, desde el barco de Simón, anuncia la palabra de Dios*. Jesús, apretado por la multitud, al borde del lago, divisa dos barcos, cuyos pescadores han descendido. Sube sobre el de Simón y enseña a la multitud (1-3).—2º *Jesús concede a Simón una pesca milagrosa*. Después de haber acabado su enseñanza, ordena Jesús a Simón que eche la red. Aun cuando habían trabajado toda la noche inútilmente, Simón obedece, y su red se llena de tal modo que amenaza romperse. Sus compañeros del otro barco van en su ayuda. Ambos barcos casi se hunden (4-7).—3º *Jesús instituye pescadores de hombres vivos*. Simón pide a Jesús que se retire de él, pecador. Está lleno de temor, lo mismo que Jacobo y Juan. Jesús le alienta, y le anuncia que será en adelante pescador de hombres. Los discípulos, dejando todo, siguen a Jesús (8-11).

V. Y aconteció, apretándole la multitud y oyendo la palabra de
 2 Dios, que estaba él en pie junto al lago de Genezaret; y vió dos
 barcos que estaban junto al lago, y los pescadores, habiendo des-
 3 cendido de ellos, lavaban las redes. Y entrando en uno de los
 barcos, que era de Simón, le rogó que se alejara de tierra un
 poco; y sentándose enseñaba desde el barco a las multitudes¹.
 4 Y como cesó de hablar, dijo a Simón: Avanza hacia alta mar, y
 5 bajad vuestras redes para pescar². Y respondiendo Simón le
 6 dijo: Señor, habiendo trabajado toda la noche, nada cogimos;

Dios), es decir, proclamar este hecho enteramente nuevo de que Dios empezaba entonces a establecer sobre nuestra pobre tierra, donde reinan las tinieblas y el pecado, un reino de verdad, de justicia y de paz, donde todos son invitados a entrar. Comp. Mat. 3: 2, nota.

47. Gr. *estaba predicando*, término que expresa la actividad continua, infatigable que desplegaba.—La partícula que traducimos así: *en las sinagogas*, indica en griego, según el verdadero texto (*Sin., B, D*) el movimiento; es como si se dijera que *lleaba de sinagoga en sinagoga la buena nueva del reino*.

1. Comp. Mat. 4: 18-22; Mar. 1: 14-20.—Lucas no establece relación cronológica entre el hecho que va a relatar y los que preceden. Jesús estaba al borde del lago de Genezaret (comp. Mat. 4: 18, nota); la multitud le apretaba y escuchaba. (El texto recibido, con *C, D, Itala, vers. sir.*, dice: *para oír*). Subió sobre un barco que se hallaba allí y que era de Simón; le rogó que se alejara a corta distancia de la ribera, de modo que pudiera ser visto y oído de toda

la multitud reunida. Y desde el barco (*Sin., D*, dicen: *sentado en el barco*), del que hace su cátedra, anuncia la palabra divina. (Véase sobre una escena enteramente semejante, Mat. 13: 2, nota.)

2. La orden: *avanza hacia alta mar* (en singular) se dirige a Simón, patrón del barco sobre el cual se hallaba Jesús, y a quien el acontecimiento que va a seguir concernía en primer término. Las palabras: *echad vuestras redes*, se dirigen a los otros pescadores que estaban con él (v. 2 y 9) y que tendrán también su parte en la acción simbólica que va a realizarse. No hay duda alguna, en efecto, de que este relato menciona el mismo hecho que el de Mateo (4: 18-22) y el de Marcos (1: 16-20, véase las notas), es decir que contiene la vocación de los primeros discípulos de Jesús. Sólo que los dos primeros evangelistas no hacen sino referir brevemente el hecho de su vocación, mientras Lucas cuenta el milagro que debía simbolizar de un modo sorprendente estas palabras de Jesús: "Os haré pescadores de hombres." (v. 10; Mat. 4: 19; Mar. 1: 17.)

6 mas por tu palabra bajaré la red ³. Y haciéndolo, encerraron una
7 gran muchedumbre de peces; y su red se desgarraba ⁴. E hicie-
ron señas a sus partícipes en el otro barco para que fueran y
les ayudaran. Y fueron, y llenaron ambos barcos, de modo que
8 se hundían ⁵. Y viéndolo Simón Pedro se postró a las rodillas de
Jesús, diciendo: ¡Apártate de mí, porque soy varón pecador, Se-
9 ñor! ⁶ pues asombro le había sobrecogido a él y a todos los que
10 estaban con él, por la pesca de los peces que habían cogido; e
igualmente también a Jacobo y a Juan, hijos de Zebedeo, que
eran partícipes de Simón ⁷. Y dijo Jesús a Simón: No temas;
11 desde ahora cogerás hombres ⁸. Y habiendo llevado los barcos
a tierra, dejando todo, le siguieron ⁹.

3. Variante de *Sin, B, D; las redes*; igualmente en el v. siguiente. —La *noche* era el tiempo favorable a la pesca; después de un trabajo inútil, esos hombres habían renunciado a continuarla de día: pero Pedro cuya fe naciente había sin duda sido fortalecida por el discurso que acababa de oír (v. 3) no vacila en obedecer, confiando en la palabra de Jesús. — El título que le da, y que traducimos por *Señor*, significa en general *encargado*, *sobreveedor*. Esta término solamente se encuentra en el evangelio de Lucas.

4. Empezaba a *romperse*, a *desgarrarse*.

5. Es evidente, por los términos de este relato y sobre todo por la impresión profunda que recibió Pedro (v. 8), que el evangelista cree en una acción milagrosa del Salvador. En muchas ocasiones, ordena Jesús a la naturaleza como amo. Sin embargo no es probable que, en esta circunstancia, el milagro fuera un acto creador. Consistió más bien en el conocimiento que Jesús tuvo de la presencia de un banco considerable de peces, en el momento y lugar en que ordenó a los discípulos echar la red. Este fenómeno es muy frecuente, según dicen los viajeros, en el mar de Galilea; se produce también en los lagos de Suiza.

6. El versículo siguiente explica la acción y la exclamación de Pedro. El ve en esa pesca milagrosa una manifestación de la presencia y del poder divinos, que hace un contraste doloroso con su conciencia de *hombre pecador*. (Comp. 7: 6.) Como ex-

presión de profunda humildad, estas palabras son de una verdad conmovedora; pero un conocimiento más completo de la gracia que Jesús traía, habría conducido al discípulo a una conclusión enteramente opuesta, "Señor, yo soy pecador, ¡ven a mí, sálvame!"

7. Lucas distingue por una parte *los que estaban con él* (Pedro) en su barco, y por la otra sus *compañeros o partícipes, los hijos de Zebedeo*, que estaban en el otro barco, (v. 7.) Todos habían recibido la misma impresión de un terror religioso.

8. *Gr. en adelante cogerás vivos* (término de caza o de pesca) *a hombres*. Estas palabras tan características, dirigidas a pescadores, expresan toda la idea de nuestro relato. Coger, tomar del medio del mundo, por la predicación del evangelio, almas vivientes, y llevarlas al reino de Dios, tal será la hermosa y santa vocación de los discípulos. En Mateo (4: 19) y Marcos (1: 17), Jesús se contenta con conferirles ese gran privilegio en palabras; aquí, se lo revela en acción.—Y esta enseñanza, por la cual quería Jesús inspirar a Pedro la fe en su vocación apostólica, la renovar más tarde (Juan 21: 3 y sig.), a fin de devolverle la confianza que habrá perdido por su caída. Arbitrariamente, pues, se pretende identificar estos dos acontecimientos, acusando a los evangelistas de haberlos confundido.

9. Estos discípulos habían hecho ya un primer conocimiento de Jesús y habían aun trabajado bajo su dirección (Juan 1: 35 y sig.; comp. 3:

B. 12-26. CURACIÓN DE UN LEPROSO Y DE UN PARALÍTICO.—1º *El leproso*. En una ciudad, un leproso muy gravemente atacado implora el socorro de Jesús afirmando que éste tiene el poder de sanarle. Jesús le sana tocándole. Le prohíbe publicarlo, y le envía a ofrecer el sacrificio que la ley prescribe para la purificación (12-14).—2º *La fama de Jesús*. Se extiende y le atrae multitudes. Él persevera en el retiro y en la oración (15, 16).—3º *El paralítico*.—a) *El enfermo llevado a los pies de Jesús*. Mientras Jesús enseña en medio de los fariseos y de los doctores de la ley venidos de todas partes del país, unos hombres le llevan un paralítico; le bajan por un agujero hecho en el techo, a los pies de Jesús (17-19).—b) *El escándalo causado por el perdón concedido*. Jesús dice al enfermo: Tus pecados te son perdonados. Los fariseos le acusan de blasfemia (20, 21).—c) *Jesús justificado por la curación*. Jesús, conociendo los pensamientos de ellos, se los reprocha y les provee la prueba de que tiene el poder de perdonar: a su orden, el paralítico se levanta, toma su lecho y anda. Los espectadores, sobrecogidos de temor, glorifican a Dios (22-26).

12 Y aconteció, estando él en una de las ciudades ¹⁰, he aquí un
varón lleno de lepra ¹¹. Y viendo a Jesús, cayendo sobre su rostro
13 le suplicó diciendo: Señor, si quisieres, puedes limpiarme. Y ex-
tendiendo su mano le tocó, diciendo: Quiero, sé limpiado. Y luego
14 la lepra se fué de él. Y él le mandó que a nadie lo dijera, mas ve
muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu limpieza conforme ordenó
15 Moisés, para testimonio a ellos. Pero más se extendía el rumor
sobre él, y se reunían grandes multitudes para oírle y ser sanadas
16 de sus enfermedades ¹². Mas él se retiraba a los desiertos y
oraba ¹³.

17 Y aconteció en uno de los días que estaba él enseñando, y
estaban sentados fariseos y maestros de la ley, que habían ido

22: 4- 2), pero vueltos a Galilea, habían tornado a sus ocupaciones ordinarias (v. 5): ahora las abandonan para consagrar sus vidas al Salvador. (Mat. 4: 20). Así es como fundó Jesús de hecho y de derecho el ministerio de la palabra.

10. *Una de las ciudades*, sobrentendido: de Galilea. Se trata de una de las "otras ciudades" mencionadas en 4: 43. Comp. más abajo, v. 17, nota.

11. *Gr. lleno de lepra*, expresión que indica el más alto grado en esa enfermedad incurable y mortal. La frase sin verbo pinta la sorpresa causada por la llegada inesperada del leproso; violaba las ordenanzas penetrando en la ciudad y acercándose a Jesús.— Véase, sobre esta curación, Mat. 8: 1-4, notas; comp. Mar. 1: 40-44, notas. Mateo coloca este relato inmediatamente después del sermón del monte, indicando con precisión el tiempo y el lugar. Lucas lo inter-

cala aquí sin ninguna determinación semejante.

12. El texto recibido dice: *sanadas por él*, complemento que falta en *Sin., B. C, D, la Itala*, y que se entiende de por sí.

13. Es necesario observar el contraste indicado por estas palabras: *Pero él*. Mientras su fama se extendía entre las multitudes, mientras su popularidad crecía, él buscaba la soledad en los desiertos y oraba. (*Gr. estaba retirándose y orando*: giro que señala una acción prolongada y frecuentemente repetida.) Jesús desplegaba tantas fuerzas físicas y morales, que a menudo debía ir a empujar de nuevo su alma en la comunión de su Dios. Esos tiempos de retiro permitían al mismo tiempo que se calmara la agitación producida por la vista de sus milagros. Lucas es el evangelista que más frecuentemente realza este lado íntimo

de toda aldea de Galilea y de Judea, y de Jerusalén¹⁴. Y había
18 potencia del Señor para que sanara¹⁵. Y he aquí unos varones
llevando sobre un lecho un hombre que estaba paralizado; y pro-
19 curaban introducirle y ponerle en presencia de él¹⁶. Y no ha-
llando por dónde introducirle por causa de la multitud, subiendo
al terrado por las tejas le descendieron con la camilla en medio,
20 delante de Jesús¹⁷. Y viendo la fe de ellos, dijo: Hombre, per-
donados te están tus pecados¹⁸. Y empezaron a razonar los escri-
bas y los fariseos, diciendo¹⁹: ¿Quién es éste que habla blas-
22 femias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios solo? Mas
conociendo Jesús sus pensamientos, respondiéndoles dijo: ¿Por
23 qué razonáis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir:
24 Perdonados te están tus pecados, o decir: Levántate y anda? Mas
para que sepáis que el hijo del hombre tiene autoridad sobre la
tierra para perdonar pecados, dijo al paralizado: A ti digo: Le-
25 vántate y, tomando tu camilla, vete a tu casa. E inmediatamente,
levantándose en presencia de ellos, tomando aquello sobre que
26 había estado acostado, se fué a su casa, glorificando a Dios. Y

de la vida de Jesús. (3: 21; 6: 12; 9: 18, 29; 11: 1; 22: 41, 44.)

14. Comp. Mat. 9: 1-8, notas, y Mar. 2: 1-12, notas. Gr. *uno de los días* del viaje de evangelización cuyo comienzo es indicado en 4: 43. Esta expresión corresponde a la del v. 12: "una de las ciudades." Otros intérpretes ven en ese giro un hebraísmo que traducen por *un día, en una ciudad*, y niegan que establezca una relación entre nuestro pasaje y 4: 43.—Ese gran concurso de los adversarios del Salvador, venidos de diversos lugares de Galilea y de Judea, había, de cierto, sido provocado por una orden emanada de Jerusalén. Se acercaba el tiempo en que el odio creciente de los jefes del pueblo acarrearía la catástrofe; se ocupan desde este momento en espiar y vigilar a Jesús. (Véase, sobre los fariseos, Mat. 3: 7, nota, y sobre los doctores de la ley o escribas, Mat. 23: 2, nota.)

15. Gr. *Una potencia del Señor estaba para que él sanase*. El texto recibido dice: "para sanarlos." ¿A qué podría referirse ese *los*? No ciertamente a esos adversarios que acaban de ser nombrados. Si ese pronombre fuera auténtico, habría que admitir que el evangelista piensa aún en esas multitudes que traían a Jesús sus en-

fermos (v. 15), pero de las que no habla más aquí. Con la variante "que él sanara" adoptada por la autoridad de Sin., B, todo es claro y preciso. Una *potencia del Señor* (de Dios) obraba para hacer a Jesús capaz de sanar toda enfermedad. Por esa observación, prepara Lucas el milagro que va a seguir, y en particular la seguridad con que arrojará el Salvador a sus adversarios el desafío que se lee en los v. 23 y 24.

16. *Introducirlo en la casa* donde Jesús enseñaba. (v. 17, 19.)

17. Véase, sobre este acto, Mar. 2: 4, nota. Lo que Lucas llama *las tejas*, eran los ladrillos o losas con que estaba cubierta la terraza que, en Oriente, sirve de techo a las casas. Esta expresión por (gr.) *a través de las tejas*, indica que practicaron una abertura en el tejado mismo.

18. Según Mateo, Jesús dirige primeramente al pobre enfermo estas palabras llenas de compasión: *Ten buen ánimo, hijo*. Marcos conserva igualmente este término afectuoso: *Hijo*. Lucas dice: *¡Hombre!*

19. La palabra de Lucas: *empezaron*, señala el momento preciso en que las murmuraciones estallaron: hace pensar que éstas se prolongaron algún tiempo antes de que Jesús interviniese.

pasmo cogió a todos, y glorificaban a Dios; y fueron llenados de temor, diciendo: Hemos visto cosas extrañas hoy²⁰.

C. 27-39. VOCACIÓN DE LEVÍ. PREGUNTA SOBRE EL AYUNO.—1º *La vocación de Leví*. Jesús ve en el despacho de los impuestos a un publicano llamado Leví, a quien dice que le siga; y él, abandonando todo, le sigue (27, 28).—2º *El banquete y la réplica de Jesús a los fariseos*. Leví hace en su casa un gran festín en que se hallan muchos publicanos; los fariseos murmuran. Pero Jesús les dice: Los enfermos son los que tienen necesidad de médico; yo he venido a llamar al arrepentimiento, no a justos, sino a pecadores (29-32).—3º *La enseñanza sobre el ayuno*. Le hacen aún esta objeción: ¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan a menudo, mientras que los tuyos no ayunan? Jesús les dice: ¿Podéis exigir que los amigos de la boda ayunen mientras está el esposo con ellos? Llegará el tiempo en que el esposo les será quitado; entonces ayunarán. Este contraste que le ha sido señalado entre la actitud de sus discípulos y la de los discípulos de Juan induce a Jesús a hacer notar la oposición decidida del antiguo y del nuevo pacto en estas dos parábolas: Nadie desgarrará una pieza de vestido nuevo para ponerla a un vestido viejo; nadie pone tampoco vino nuevo en odres viejos. En una tercera parábola por último, excusa el apego a la antigua religión, al mismo tiempo que pone en guardia contra ese yugo de la costumbre: Ninguno, dice, después de haber bebido vino viejo, desea luego del nuevo (33-39).

27 Y después de esto salió²¹, y vió un publicano de nombre Leví²², sentado en el lugar de los tributos, y le dijo: Sígueme.
28, 29 Y dejando todo, levantándose le seguía. Y le hizo Leví un gran festín en su casa. Y había una grande multitud de publicanos y
30 de otros que estaban con ellos recostados [a la mesa]. Y murmuraban los fariseos y sus escribas contra sus discípulos, diciendo: ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores?²³
31 Y respondiendo Jesús les dijo: No tienen los sanos necesidad de
32 médico, sino los enfermos; no he venido a llamar justos sino pecadores a arrepentimiento²⁴.

20. Gr. *paradojas*, es decir cosas contrarias a la opinión, inesperadas, inauditas. (Mar. 2: 12, nota.)

21. *Salió de la casa* donde enseñaba (v. 17) y donde sanó al paralítico. (v. 19.) Salió también de la ciudad (de Capernaúm. v. 17 y sig.; comp. Mar. 2: 1), para trasladarse al borde del mar; allí es donde se hallaba, según parece, el *despacho de los tributos*, de donde Leví (Mateo) fué llamado a seguir a Jesús. (Mar. 2: 13.)—Véase, sobre este relato, Mat. 9: 9-17, notas, y Mar. 2: 13-22, notas.

22. Véase sobre este nombre, Mateo 9: 9, nota, y sobre los *publicanos*, Mat. 5: 46, nota.

23. El texto recibido dice: *sus es-*

cribas y los fariseos. El pronombre *sus* debería, en este caso, referirse a los habitantes del lugar y significar: los escribas que se hallaban entre ellos. Pero la lección adoptada, según Sin., B, C, D, la *Itala*: *los fariseos y sus escribas*, se comprende mucho mejor. Significa que esos escribas eran los que los fariseos habían llevado consigo. (v. 17.)—Los reproches que esos hombres dirigen a los *discípulos*, no osando hacerlos directamente al Maestro, se basaban en que, en las costumbres de Oriente, *comer y beber* con alguno era entrar con él en relaciones de familiaridad y de confianza que hacen rebelar aquí el orgullo farisaico.

24. Véase, sobre esta respuesta de

- 33 Mas ellos le dijeron: Los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen súplicas; igualmente también los de los fariseos, mas los tuyos comen y beben ²⁵. Mas él les dijo: ¿Podéis acaso hacer ayunar a los amigos de boda mientras el novio está con ellos? Mas vendrán días, y cuando el novio fuere quitado de ellos, entonces ayunarán en aquellos días ²⁶. Y les decía también una parábola: Nadie, desgarrando un remiendo de un vestido nuevo, lo pone en un vestido viejo; de otro modo desgarrará el nuevo y con el viejo no quedará bien el remiendo del nuevo ²⁷.
- 37 Y nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otro modo romperá el vino nuevo los odres, y él se derramará y los odres se perderán; sino vino nuevo en odres nuevos debe echarse ²⁸. Y nadie, bebiendo el viejo, quiere luego el nuevo, pues dice: El viejo es bueno ²⁹.

Jesús, Mat. 9: 12. Las palabras: *al arrepentimiento*, faltan en Mateo y Marcos.

25. Los fariseos, confundidos por la respuesta de Jesús, llevan la discusión hacia otro tema: los ayunos prescritos por la ley y las oraciones ofrecidas a ciertas horas fijas. Para dar más peso a su objeción, invocan el ejemplo de los discípulos de Juan. De ahí viene que Mateo atribuya la pregunta a éstos, que sin duda tomaron parte, y que Marcos la ponga en boca de unos y otros. (Véase Mat. 9: 14, nota, y Mar. 2: 18, nota.)

26. Véase, sobre el sentido de esta respuesta, Mat. 9: 15, nota, y Mar. 2: 19, 20, notas. *Sin.*, *D*, la *Itala* dicen: ¿Pueden los amigos del esposo ayunar? Lección sacada probablemente de Mateo y de Marcos.—Lucas expresa esa idea de un modo lleno de solemnidad y de tristeza: "Los amigos de boda no pueden ayunar ahora; pero días vendrán." ¿Cuáles son esos días? Se presiente: sin embargo Jesús lo dice expresamente en un segundo miembro de la frase: *y cuando el novio les fuere arrebatado, entonces ayunarán en aquellos días*. Es necesario observar la repetición de estas últimas palabras: Jesús prevé en un porvenir cercano esos días temibles para sus pobres discípulos. En *Sin.*, *C*. algunas *mayúsc.* y *vers.*, y delante de *cuando el novio*, es omitida. Es auténtica, pero su verdadero lugar es probablemente el que ocupa en Mat. 9: 15: *y entonces ayunarán*.

27. El texto recibido omite: *desga-*

rrando de. La traducción es entonces: "Nadie pone un remiendo de un vestido nuevo a un vestido viejo." Esta lección tiene en el fondo el mismo sentido, pero indica con menor claridad que es necesario desgarrar el vestido nuevo para procurarse el remiendo. Mateo y Marcos dicen: "un remiendo de paño nuevo." De ese procedimiento resultarían dos males; primeramente se *desgarra el nuevo*; luego ese remiendo tomado del nuevo *no queda bien con el viejo*, hace con él un contraste desagradable a la vista. Mateo y Marcos anuncian otro inconveniente: "El remiendo nuevo arranca una parte del vestido y la desgarradura se hace peor." Véase, sobre el sentido de esta parábola y de la siguiente, Mat. 9: 16, 17, notas.

28. El texto recibido con *A. C. D.*, agrega: *y ambos conservan*. Estas palabras han sido tomadas de Mateo.

29. Esta tercera parábola, particular a Lucas, no parece, a primera vista, estar en armonía con las dos precedentes. Por eso falta en *D*, y la *Itala*, *B*, *C* omiten: *luego*, pero es la palabra esencial de la parábola. El texto recibido dice: "el viejo es mejor," en lugar de "es bueno." Es aparentemente una corrección de los copistas.—Mas ¿cuál es el sentido de esta nueva comparación, y cuál su relación con las dos precedentes? Literalmente, el sentido es muy sencillo. Todo el mundo prefiere el vino viejo, que es más dulce, mejor, al vi-

D. 1-11. DOS VIOLACIONES DEL SÁBADO.—^{1º} *Las espigas arrancadas*. Atravesando Jesús campos de trigo un sábado, sus discípulos estregan espigas entre sus manos y comen sus granos. Son censurados por ello por los fariseos. Jesús responde a éstos por el ejemplo de David que tomó, a pesar de la ley, los panes de proposición y comió de ellos; luego declara que él es señor del sábado (1-5).—^{2º} *Curación del hombre de la mano seca*. Otro sábado enseña Jesús en una sinagoga donde se halla un hombre cuya mano derecha está seca. Los fariseos le observan. Pero él, conociendo los designios de ellos, ordena a ese hombre que se levante en medio de la asamblea, y les pregunta si es lícito hacer bien el sábado o hacer mal; luego, después de una sostenida mirada dirigida a los presentes, dice al enfermo: ¡Extiende tu mano! Lo hace y es sanado. A la vista de esto, los adversarios son llenos de furor y buscan qué podrían hacer a Jesús (6-11).

VI. Y aconteció, en el sábado segundo-primero ¹, que atravesaba él por los sembrados; y sus discípulos arrancaban las espigas, y las comían estregándolas con las manos. Mas algunos de los fariseos dijeron: ¿Por qué hacéis lo que no es lícito en el

no nuevo que es más fuerte, pero de un gusto más agrio. El sentido espiritual debe resultar de los v. 36 y 37; la vida nueva que Jesús trae a las almas y al mundo es incompatible con las viejas instituciones teocráticas y con la vieja naturaleza humana; es necesario que todo sea renovado para recibirla y soportarla, o más bien ella misma es lo que hace todas las cosas nuevas. Pero no es natural esperar que hombres tales como los discípulos de Juan y los de los fariseos (v. 33), habituados a las formas y al espíritu del antiguo pacto, renuncien a él luego, para abrazar la vida nueva que les es presentada. La costumbre, los prejuicios y la inclinación natural de su corazón les hacen decir: La antigua religión es buena. Así Jesús, con mucha indulgencia, suaviza lo que hay de absoluto en las dos primeras parábolas, o por lo menos expresa la idea de que hay que soportar con paciencia a los que no pueden desprenderse de sus viejas convicciones judaicas para abrazar el evangelio. Se reconoce muy bien allí la caridad del Maestro que "no quiebra la caña cascada ni apaga el pabilo humeante." Esa misericordia se comprende tanto mejor aquí, cuanto que se ejercía sobre todo respecto de discípulos de Juan el Bautista que, según Mateo (9: 14), habían provocado la cuestión de los ayunos, ocasión de todo este discurso.

1. Comp. Mat. 12: 1-8, notas, y Mar. 2: 23-28, notas.—Esta palabra extraña: sábado *segundo-primero*, no hallándose en ninguna parte ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, ni en la literatura clásica, es poco menos que ininteligible. Todas las explicaciones que se ha intentado dar de ella, desde los padres de la iglesia hasta nuestros días, no descansan sino en hipótesis sin pruebas históricas. Se puede ver muchas de esas tentativas de explicación en el *Comentario* de M. Godet sobre este pasaje, o en el de Meyer, que no expone menos de diez, sin aceptar ninguna. La más verosímil, debida a Scaliger, es expuesta también por de Wette, que parece adoptarla: "El primer sábado después del segundo día de la pascua. Desde ese segundo día hasta Pentecostés, se contaba, según Lev. 23: 15, siete sábados, el primero de los cuales sería el que Lucas menciona. Ese tiempo conviene al relato, pues la cosecha maduraba en esa época y era en el segundo día de pascua cuando se ofrecían las primicias de ella." Pero esta interpretación, bastante oscura en sí misma, es una pura suposición. Hay otra citada por M. Godet, y que tiene por lo menos el mérito de la sencillez y de la claridad: el año civil entre los judíos empezaba en otoño (en el mes de tischri), el año religioso en la primavera (en el mes de nisán); había así cada

- 3 sábado? Y respondiendo les dijo Jesús: ¿Ni aun habéis leído lo que hizo David², cuando tuvo hambre él y los que con él estaban?
- 4 ¿Cómo entró en la casa de Dios, y tomando los panes de la proposición comió y dió también a los que con él estaban, que no es lícito comer sino a los sacerdotes solos?³ Y les decía: Señor es aún del sábado el hijo del hombre⁴.
- 6 Y aconteció, en otro sábado, que entró en la sinagoga, y enseñaba; y había allí un hombre, y su mano derecha estaba seca⁵;
- 7 y le observaban los escribas y los fariseos, si sanaba en el sábado,
- 8 para hallar de qué acusarle⁶. Mas él conocía los pensamientos de ellos, y dijo al varón que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y levantándose estuvo en pie. Y Jesús les dijo:

año dos sábados primeros, el uno inaugurando el año civil, el otro inaugurando el año religioso. Este último se habría llamado *segundo-primer*. Weiss objeta a todas esas explicaciones que si el término *sábado segundo-primer* hubiera sido un término recibido, usual, como lo supondría el hecho de que Lucas lo emplea sin explicarlo a sus lectores, sería extraño que no se encontrase ni en los Setenta, ni en Filón, ni en Josefo, ni en el Talmud. Esta objeción no carece de valor, y ha impedido a muchos intérpretes a buscar el origen de este término en una incorrección del texto. Se ha pensado que Lucas, teniendo que contar dos hechos que habían ocurrido en dos sábados sucesivos (v. 6), había podido escribir aquí: *en el primer sábado*, y que algún copista no inteligente, acordándose del sábado mencionado (4: 31), había escrito en el margen la palabra *segundo*, que habría luego pasado al texto. La palabra *segundo-primer* falta, en efecto, en *Sin.*, *B.*, varias vers. Sin embargo Tischendorf mismo la conserva.

2. 1 Sam. 21.—*Ni aun leído!* Hay, en este término, una ironía que Marcos indica por una expresión semejante: “¿No leísteis nunca?”

3. Véase sobre esta respuesta de Jesús, Mat. 12: 4, nota, y sobre su valor como argumentación, Mar. 2: 26, nota.—Según Mateo (12: 5 y sig.), Jesús agrega aquí otras razones que debían justificar plenamente a sus discípulos.

4. Véase, sobre esta palabra, Mat.

12: 8, nota y Mar. 2: 28, nota.—Es necesario observar este verbo en imperfecto: *les decía*, indicando un pensamiento nuevo e importante que se añade a los precedentes.—En *D.*, se lee a continuación del v. 4: “El mismo día, viendo a alguien trabajando el sábado, le dijo: ¡Hombre! si sabes qué haces, dichoso eres; mas si no lo sabes, eres maldito y transgresor de la ley.” Estas palabras no son auténticas y el hecho que refieren no es muy verosímil; un hombre que hubiera trabajado públicamente habría sido detenido y castigado; y no es probable que Jesús hubiera aprobado una infracción directa al mandamiento mosaico, aun cuando el que se hacía culpable de ella hubiera sabido lo que hacía, es decir, si se hubiera elevado, por una verdadera espiritualidad, por sobre la letra de la ley y hasta la libertad cristiana.

5. Véase, sobre este segundo relato, Mat. 12: 9-14, notas, y sobre todo Mar. 3: 1-6, notas. Este último evangelista es el que pinta la escena del modo más vivo y más completo. El texto recibido con *A.*, *mayúsc.*, dice: *aconteció también*.

6. El pronombre *le* delante de *observaban* es omitido por *A.*, *mayúsc.*. Su autenticidad parece garantizada por *Sin.*, *B.*, *D.*, etc.—El texto griego en *Sin.*, *A.*, *D.*, etc. tiene el verbo en presente: “para ver si sana”. La idea es que los adversarios querían ver si Jesús tenía en general la costumbre de sanar en día de sábado, lo que habría sido más grave. *B.* y la mayor parte de las *mayúsc.* tie-

- Os pregunto si es lícito, en el sábado, hacer bien o hacer mal⁷;
- 10 salvar una vida o perderla⁸. Y mirándolos todos en derredor, le dijo: Extiende tu mano. Y él lo hizo, y fué restaurada su mano⁹.
- 11 Mas ellos fueron llenados de rabia¹⁰, y conversaban unos con otros, qué harían a Jesús¹¹.

II. EL APOGEO DEL MINISTERIO EN GALILEA

1. Jesús proclama el reino de Dios.

A. 12-19. ELECCIÓN DE LOS DOCE APÓSTOLES. CURACIONES.—1.º *Elección de los doce*. Jesús en esos días pasa una noche en oración sobre el monte. Venido el día, reúne a su derredor sus discípulos, de los cuales escoge doce, a los que da el título de apóstoles. Nombres de los doce (12-16).—2.º *Jesús, vuelto a la multitud, obra curaciones*. Jesús con sus discípulos vuelve a descender hasta una meseta del monte. Encuentra allí una grande multitud, acudida de toda Palestina. Una potencia divina, saliendo de él, obra curaciones (17-19).

- 12 Y aconteció en aquellos días, que él salió al monte para orar;
- 13 y estaba pasando la noche en la oración a Dios¹². Y cuando llegó el día, llamó a sí sus discípulos; y eligiendo de ellos doce, a los

ten el verbo en futuro: *si sanará*, refiriéndose únicamente al caso actual.—El texto recibido con *A.*, *mayúsc.* dice: “hallar una causa de acusación. Los otros: *hallar de qué acusarle* (infinitivo).

7. El texto recibido con algunas *minúsc.* dice: “Os preguntaré una cosa: ¿Es lícito etc.”; *A.*, y algunas *mayúsc.* tienen: “Os preguntaré: ¿Qué es lícito?” En el verdadero texto la pregunta es más sencilla.

8. Véase, sobre estas últimas palabras, Mar. 3: 4, nota. Según este evangelista, Jesús dice: “salvar una vida, o matarla”. Este último término, tan enérgico, se encuentra igualmente en muchos documentos del texto de Lucas: *A.*, *mayúsc.*, vers. La lección del texto recibido: *perder o hacer perecer* es autorizada por *Sin.*, *B.*, *D.*, la *Itala* y otras versiones.

9. Gr. *fué restaurada*. El texto recibido añade: *sana como la otra*. Puede haber alguna duda sobre las palabras: *como la otra*, omitidas solamente por *Sin.*, *B.*, pero el epíteto *sana* seguramente no es auténtico.

Ambas expresiones parecen tomadas de Mateo.

10. Gr. llenados de *dementia*, de locura. El furor y el odio les quitan el sentido. Y la causa es una manifestación brillante del poder y del amor del Salvador. Ellos creen obedecer solamente a su celo por la ley de Dios, pero ese celo se ha corrompido y cambiado en pasión.

11. Mateo dice: “Tuvieron consejo contra él, para matarle.” Marcos añade: “Tuvieron consejo con los herodianos”.

12. Estas palabras: *en aquellos días*, se refieren a lo que precede inmediatamente. Por una parte, Jesús había llegado al apogeo de su actividad y de su poder divino. (v. 17, 18: comp. cap. 7 entero). Por la otra, el odio de sus adversarios y sus designios criminales apresuraban la crisis que él preveía ya como inevitable. En esas graves circunstancias, va a elegir entre sus discípulos los doce apóstoles y a establecerlos como sus testigos y sus embajadores (Act. 1: 8; 2 Cor. 5: 20), encargados de continuar después de él su obra en el mundo. Se prepara para

14 que también llamó apóstoles¹³; a Simón, al que también llamó Pedro¹⁴, y Andrés su hermano, y Jacobo y Juan, y Felipe y Bartolomé y Mateo y Tomás, y Jacobo [hijo] de Alfeo y Simón, llamado Zelote¹⁵, y Judas [hijo] de Jacobo¹⁶ y Judas Iscariote, que se hizo traidor¹⁷, y bajando con ellos, se detuvo sobre un lugar llano¹⁸; y una grande multitud de discípulos suyos y una grande muchedumbre del pueblo de toda Judea y Jerusalén y litoral de Tiro y de Sidón, que habían ido a oírle y ser sanados de sus en-

ese acto solemne por la oración en un lugar apartado. El (gr.) *salió al monte* (Mar. 3: 13, nota) *para orar*; y allí (gr.) *estaba pasando la noche, o velando la noche, en la oración de Dios*. Hemos visto (5, 16, nota) cuán frecuentemente encuentra nuestro evangelista que Jesús se retiraba a la soledad para orar. Pero se siente que aquí da a la mención de ese hecho una importancia particular; los términos que emplea son solemnes, inusitados: Este: *pasar la noche velando en la oración*, no se halla en otra parte, como tampoco este otro: *la oración de Dios*, que indica un estado de recogimiento y de súplica intensa en la comunión de Dios. La palabra que traducimos por *oración* significa también el lugar en donde se ora Act. 16: 13 y 16), una casa de oración; y así es como algunos intérpretes han querido entenderla en nuestro versículo. Este sentido sería hermoso: Jesús habría hecho de la soledad de la montaña una casa de Dios donde se ora (Gén. 28: 17), y donde habría pasado toda la noche. Pero el primer sentido indicado es más probable.

13. Comp. sobre esta elección de los doce, Mat. 10: 2-4, notas, y Mar. 3: 13-15, notas. Lucas solo agrega que Jesús les dió el hermoso título de *apóstoles*, enviados a nuestra humanidad para continuar su obra por la predicación del evangelio. La expresión empleada no implica que se lo dió en ese mismo momento. (Comp. v. 14; Simón a quien llamó Pedro.) Pero parece natural.

14. Pedro, en hebreo *Cefas*. (Juan 1: 43, nota; Mat. 16: 18, nota.) También, el que se conoce por ese nombre.— Véase, sobre esta lista de los apóstoles, Mat. 10: 4, nota, y comp. Mar. 3: 16-19; Act. 1: 13

15. Véase, sobre este nombre de *Zelote* que Lucas solo emplea, aquí y en Act 1: 13, la nota sobre Mat. 10: 4.

16. El nombre de *Judas, hijo de Jacobo*, es propio de Lucas. La existencia de un apóstol de este nombre es confirmada por Juan 14: 22. (Comp. Mat. 10: 3, 4, nota.) Se ha traducido algunas veces *hermano* de Jacobo, pero eso es contrario al texto.

17. Los evangelistas jamás omiten recordar que Judas entregó a su Maestro; pero este pasaje es el único en que el odioso nombre de *traidor* le es dado.— Es necesario observar también que Mateo, en su lista de los apóstoles, los nombra de dos en dos: Pedro y Andrés, Jacobo y Juan, etc. Ese agrupamiento respondía a la realidad histórica; cada par así reunido estaba ligado en efecto, ya por lazos de parentesco, ya de otro modo. El texto recibido ha querido imitar esa división en nuestro evangelio; pero, según el verdadero texto, todos los nombres están ligados unos a otros por la misma partícula: Pedro y Andrés y Jacobo y Juan, etc.

18. Gr. *un lugar llano, o en llanura*. Esta palabra no designa la *llanura* por oposición a la montaña, sino una *meseta* situada sobre la falda de la montaña, por oposición a la cima, de donde Jesús descendía. Es lo que muestra claramente el término escogido: *se detuvo* sobre una meseta. Esta palabra no sería apropiada a la idea, si Jesús hubiera realmente descendido hasta la llanura. Así desaparece la pretendida contradicción entre Mateo y Lucas, de donde se ha querido inferir que los dos evangelistas no referían el mismo discurso. (Véase Mat. 5: 1, nota.)

18 fermedades; y los turbados de espíritus impuros eran sanados; 19 y toda la multitud procuraba tocarle, porque una potencia salía de él y sanaba a todos¹⁹.

B. 20-49. EL DISCURSO DEL MONTE.—1º *Los miembros del reino de Dios*. Jesús proclama la dicha de aquellos cuya condición los hace aptos para participar del reino de Dios, y la desdicha de los que son excluidos de él por sus disposiciones (20-26).—2º *La ley del reino de Dios*.—a) *El amor y sus diversas manifestaciones*. La regla primera, que Jesús anuncia ante todo, es la caridad. Ella nos lleva a amar a los que nos aborrecen, a soportar a los que nos maltratan y nos despojan. Se resume en este precepto: hacer a los demás lo que quisiéramos que nos fuera hecho (27-31).—b) *El amor, opuesto a los sentimientos naturales*. Jesús hace resaltar los caracteres distintivos de la caridad oponiéndola a los sentimientos naturales que se limitan a devolver bien por bien, mientras que la caridad se muestra absolutamente interesada (32-35).—c) *El objeto y el modelo del amor*. Esa caridad desinteresada tiene por único objeto a Dios, de quien ella nos hace hijos volviéndonos misericordiosos como él. Esta es su grande recompensa. (35b-36).—d) *El espíritu de juicio y las relaciones fraternales*. Jesús pone en guardia contra el espíritu de juicio, tan opuesto a la verdadera caridad; promete así la indulgencia y el perdón. Exhorta a dar, y promete amplia compensación al que dé. Un ciego no puede conducir a un ciego; el discípulo no es más que el maestro. No miréis la paja en el ojo de vuestro hermano. Para no haceros culpables de semejante hipocresía, y para ser en vuestras relaciones con vuestros hermanos todo lo que debéis ser, recordad que el fruto corresponde al árbol; esforzaos por ser buenos árboles, por tener en vuestro corazón un buen tesoro (37-45).—3º *Conclusión práctica del discurso*. Jesús recomienda a sus oyentes no contentarse con llamarle Señor, sino practicar fielmente el principio del reino de Dios. Serán así semejantes al hombre que ha edificado su casa sobre la roca, mientras que los que no ponen en práctica las palabras del Maestro se asemejan al hombre que edifica su casa sobre la tierra (46-49).

20 Y él, levantando sus ojos hacia sus discípulos, decía²⁰: Dichosos vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios.

19. ¡Qué auditorio se encuentra allí reunido para oír el discurso de Jesús! *Una multitud numerosa (Sin., B) de sus discípulos*, es decir de los que se reunían frecuentemente alrededor de él para oírle; una *grande muchedumbre* de pueblo, acudida de todas las comarcas circundantes, ya para oírle, ya para ser sanados de sus enfermedades; muchos de esos desdichados que eran presa del poder de las tinieblas; y eran sanados. Aun los que no podían atraer sobre sí mismos la atención del Salvador, en medio de esa multitud, procuraban tocarle, y experimentaban que un poder divino salía de él y sanaba a todos. (Comp. Mar. 5: 28, 29; Luc. 5: 17; Mat. 14: 36, y, en general, sobre el gran número

de curaciones hechas por el Salvador, Mar. 1: 34, nota.)

20. Mateo y Lucas señalan, cada uno en su manera, con cierta solemnidad, ese momento en que Jesús empieza un discurso prolongado; Mateo dice: "Y abriendo la boca les enseñaba diciendo"; Lucas: Y él, levantando sus ojos hacia sus discípulos, decía. Uno y otro hacen así esperar una instrucción importante del Salvador. La situación, por otra parte, lo exigía. Jesús, llegado al apogeo de su actividad mesiánica, rodeado de multitudes inmensas atraídas hacia él por su enseñanza y sus milagros, ¿podía acaso dejar de aprovechar una ocasión semejante de iniciarlos más completamente en la verdad divina que había veni-

21 Dichosos los que ahora tenéis hambre, porque seréis hartados ²¹.

do a revelar? Este discurso, pues, ha sido realmente pronunciado por Jesús. No es una composición de Mateo y de Lucas, en la que cada uno de ellos habría hecho entrar enseñanzas dadas por Jesús en diversas ocasiones. Comp. Mat. 5: 2, nota, respecto de ciertos elementos del discurso que Lucas coloca en situaciones diferentes. (11: 9-13; 12: 22-34, 58, 59; 13: 24; 16: 17, 18.) Para explicar esas divergencias, hay que admitir que nuestros evangelistas nos han conservado las redacciones del discurso del monte que tenían curso en sus respectivos ambientes. Mateo ha recogido la relación que se había formado en las iglesias judeo-cristianas, Lucas, la de las iglesias de la gentilidad. Y cada una de esas relaciones responde a la tendencia del evangelio que la contiene. La de Mateo se apoya en la "justicia", expone la polémica de Jesús contra la interpretación que los fariseos daban de la ley y contra sus prácticas religiosas (5: 17 a 6: 18); conviene al evangelio destinado a los hebreos. La relación de Lucas presenta la caridad como la disposición esencial de los que forman parte del reino de Dios; concuerda admirablemente con el evangelio universalista, el evangelio de la gracia. El acuerdo de esas relaciones con el objeto de los escritos que nos las han transmitido no debe, sin embargo, llevarnos a la conclusión de que los evangelistas las habrían compuesto por su cuenta, modelando a su antojo una primitiva redacción. Son más bien el producto inconsciente de los varios ambientes en que las palabras del Salvador se habían conservado por tradición oral primeramente. Esta explicación deja a los autores de nuestros evangelios el carácter de testigos fieles, y respetuosos, que ellos reclaman para sí, y dispensa a los intérpretes de entregarse a investigaciones tan vanas como sutiles para reconstituir el discurso original en su tenor exacto. Permite, también, apartar una opinión que remonta a los padres de la iglesia y según la cual tendríamos dos discursos diferentes en nuestros dos evangelios.

Los que defienden este punto de vista se basan, primeramente, en el v. 17 mal comprendido, admitiendo que, en Lucas, tenemos un discurso de la llanura y en Mateo otro, pronunciado sobre el monte; luego, en las notables diferencias de ambas redacciones. Pero hemos visto (v. 17, nota) que el primero de esos argumentos descansa sobre un error; y, en cuanto al segundo, es absolutamente contrabalanceado por las partes comunes a ambos discursos. ¿Se puede admitir, en efecto, que Jesús hubiera repetido dos veces seguidas una instrucción que empieza por las bienaventuranzas, que se prosigue con enseñanzas casi idénticas y concluye por la misma parábola? Se pretende que uno de los discursos (Lucas) era sobre todo destinado a los discípulos de Jesús, el otro (Mateo) a todo el pueblo. Pero esa idea no es justificada ni por nuestros relatos ni por el contenido de los discursos. Lucas (6: 20) dice que Jesús levanta los ojos hacia sus discípulos en el momento de tomar la palabra, pero es evidente que entiende por ese término todos los que se habían reunido alrededor de Jesús para escucharle. (v. 17.) El Salvador quería hacer bien a todos, cualquiera que fuese el grado de su desarrollo moral, y jamás profesó, al modo de los filósofos, una doctrina esotérica, destinada a los iniciados solamente.

21. Véase, sobre estas dos primeras sentencias, Mat. 5: 3 y 6, notas. Según el primer evangelio, Jesús dice: "pobres en espíritu" y habla de "hambre y sed de la justicia." Estas palabras indican claramente que se trata de una pobreza espiritual a la que promete Jesús bienes que no son de este mundo. Declara dichosos a los que sienten esa pobreza, porque experimentan la necesidad de su gracia. Designando de ese modo los que son calificados para ser admitidos en el reino de Dios, revela toda la espiritualidad de este reino que, decía, "está dentro de vosotros." (17: 21.) Este carácter espiritual es menos aparente en la redacción que Lucas nos ha conservado de las bienaventuranzas. En efecto, cuando Je-

22 Dichosos los que ahora lloráis, porque reiréis ²². Dichosos sois cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os excluyeren y os vituperaren y rechazaren vuestro nombre como malo, por causa del hijo del hombre ²³. Gozaos en aquel día, y saltad, pues he aquí, vuestra recompensa es grande en el cielo, pues del mismo modo hacían sus padres a los profetas ²⁴. Empero ¡ay de vosotros los 25 ricos, porque habéis recibido vuestra consolación! ²⁵. ¡Ay de vos-

sús; según Lucas, declara dichosos a los pobres, los que tienen hambre, los que lloran; y, por otra parte, pronuncia un ¡ay! sobre los ricos, sobre los que gozan de la prosperidad de la tierra, parece querer decir que la pobreza y el sufrimiento son por sí mismos títulos al reino de Dios, y que la posesión de los bienes y de los goces de esta vida es en sí una desdicha, y casi una maldición. Esta interpretación parece autorizada también por esta palabra ahora, aquí, que oprime la condición terrestre actual a la vida venidera. Parece conforme a otras enseñanzas de nuestro evangelio, como la parábola del mal rico y de Lázaro. (16: 19 y sig.) Pero un examen más atento muestra que tal concepto no está ciertamente en la mente del Salvador, ni en la de nuestro evangelista. Las bienaventuranzas, tales como Lucas nos las ha conservado, no difieren esencialmente de las de Mateo. Ellas deben ser interpretadas a la luz de estas últimas. Revisten una forma abreviada, porque son palabras dirigidas directamente a los oyentes especiales que Jesús tenía delante de él sobre el monte. Estos, cualquiera que fuese su posición material, habían ido a él movidos por las necesidades de su alma y el deseo de un socorro de lo alto. El Maestro responde a sus aspiraciones. Por lo demás no se debe olvidar que la pobreza y el sufrimiento, sin dar por eso ningún derecho a las gloriosas promesas del evangelio, son muy a menudo en la mano de Dios un medio de iluminar, de humillar las almas, de desprenderlas de la idolatría de las cosas visibles, para hacerlas suspirar por los bienes eternos; y que, por otra parte, las riquezas, la prosperidad y los goces de la tierra ejercen sobre las almas una influencia fatal, que las ciega acerca de sus

verdaderos intereses y las endurece. Por eso puede Jesús pronunciar un cuádruple ¡ay! sobre los que poseen riquezas. (Comp. Jac. 2: 5; 5: 1 y sig.) Pero aun aquí, no se dirige a todos los ricos, tomados de un modo abstracto.

22. Gr. *reiréis*, como en el v. 25. La *risa* es la expresión del gozo (Sal. 126: 2), como los *llantos* son la expresión de la tristeza. Mateo, siguiendo más de cerca el progreso del pensamiento del Salvador, declara "felices los que lloran, porque serán consolados." (Mat. 5: 4, nota.)

23. Mat. 5: 11, nota. Hay una gradación en todos estos actos que proceden del odio. Os *excluirán* de sus sociedades, de sus sinagogas, de sus iglesias, muy a menudo hasta de vuestros derechos civiles. (Juan 9: 22, 34; 12: 42; 16: 2.) *Rechazar el nombre* de alguno como malo, es despreciar ese nombre hasta el punto de no querer ni aun pronunciarlo, como si fuera el resumen de todo lo que hay de más malo. Ese nombre es según unos el nombre individual del creyente, según otros la designación colectiva de los discípulos como nazarenos o cristianos. (Jac. 2: 7.) El primer sentido es más natural en nuestro contexto.—¡Y todo eso, a causa del hijo del hombre! (Mateo dice más sencilla y directamente: a causa de mí.) El es el objeto de todo ese odio, porque es el testigo viviente de la verdad. Y he aquí por qué declara dichosos a los que, por la misma causa, sufren con él.

24. Mat. 5: 12, nota. Véase, sobre este gozo recomendado y prometido a los discípulos perseguidos, Act. 5: 41, y sobre esos mismos tratamientos infligidos a los profetas, Luc. 11: 47, 48; Mat. 23: 34; Act. 7: 52.

25. Comp. v. 21, nota. Lucas oprime a sus cuatro bienaventuranzas cuatro *ayes* que corresponden exac-

otros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre!²⁶. ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque estaréis de duelo y lloraréis!²⁷. ¡Ay cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros! pues del mismo modo hacían sus padres a los falsos profetas²⁸.

27 Mas a vosotros digo, los que oís: Amad a vuestros enemigos, 28 haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen, orad por los que os insultan²⁹. Al que te hiere en la mejilla presenta también la otra; y al que quita tu manto ni aun la 30 túnica le niegues³⁰. A todo el que te pide da, y al que quita

tamente a ellas, y que Mateo ha omitido. El primero concierne a los ricos, que son desdichados porque poniendo su confianza en las riquezas (Mar. 10: 24), haciendo de ellas su dios, han recibido actualmente su consolación y no verán otra cuando vieren desvanecerse sus ilusiones; comp. 16: 25. La palabra que traducimos por *empero* significa *solamente*, *excepto*, y designa las personas mencionadas en este versículo como exceptuadas, excluidas de la categoría precedente.

26. Es lo opuesto del v. 21; Lucas no dice solamente: "vosotros que estáis hartos", sino "vosotros que estáis llenos", de tal suerte que no queda en vosotros ningún lugar para bienes de otra naturaleza. Y el hombre puede estar así colmado sin estar verdaderamente *harto*.—El texto recibido omite: *ahora*: esta palabra se halla en *Sin.*, *B* y muchas *mayúsc.*

27. La *risa* es la expresión de un gozo ruidoso que estalla fuera. La palabra *ahora* opone el caso actual al porvenir indicado por esos verbos en futuro: *tendréis duelo*, *lloraréis*.

28. Oposición directa con el v. 22. Según el verdadero texto, esta exclamación *¡ay!* no es seguida por las palabras *de vosotros*. Es que Jesús no dirige estas palabras a sus oyentes actuales, que no corren mucho riesgo de hallarse en una posición semejante (comp. v. 22), sino a los fariseos y a los jefes teocráticos del pueblo, honrados por todos, y que buscaban ávidamente esa influencia y esa popularidad. Lo que no impide que, en nuestros días, los discípulos de Jesucristo no podrían meditar de-

masiado estas palabras, en el sentido de Gál. 1: 10.

29. Jesús ha anunciado a sus discípulos que serán aborrecidos y ultrajados (v. 22), luego ha pronunciado maldiciones sobre el mundo enemigo de Dios. Sus oyentes habrían podido inferir de allí que les estaba permitido odiar a sus enemigos. Jesús, volviéndose hacia ellos, previene su pensamiento con estas palabras: *Mas a vosotros que oís, os digo*. Vuelve, de los ricos ausentes, a sus oyentes reales. (Otros toman estas palabras: *vosotros que oís* en un sentido moral: vosotros, que sois dóciles a mis enseñanzas. Este sentido es menos sencillo.) Jesús enunció este precepto profundo que sobrepasa las fuerzas del hombre natural: *amar* a los que nos aborrecen. Este mandamiento del amor, que no puede ser cumplido más que bajo la ley nueva del evangelio, es motivado de un modo diferente en Mateo (5: 44 y 45), donde se encuentra directamente opuesto el espíritu de la ley antigua, y unido al amor de los hijos de Dios para con su Padre celestial. (Véase las notas.) Es sin duda así como presentó Jesús ese contraste profundo en el sermón del monte.

30. Mat. 5: 40, nota. En el primer evangelio, Jesús nombra esos dos vestidos en el orden inverso: si alguno quisiera quitarte la *túnica*, déjale también el *manto*. Supone un acreedor ("si alguno quisiera pleitear contra ti") que toma primeramente la *túnica*, de menor valor, luego, si no está bastante pagado, reclama el *manto*.—Jesús que, hasta aquí hablaba de un modo general, en plural (*vosotros*), pasa bruscamente

31 lo tuyo no pidas devolución³¹. Y conforme queréis que los hombres os hagan, hacedles igualmente³². Y si amaréis a los que os aman ¿qué gracia tenéis? pues también los pecadores aman a los que los aman; y si hicieris bien a los que os hacen bien, ¿qué gracia tenéis? pues también los pecadores lo mismo hacen. Y si prestareis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué gracia tenéis? También los pecadores a los pecadores prestan, para recibir otro tanto³³. Empero amad a vuestros enemigos, y haced bien, y prestad sin esperar nada; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos 36 y malos³⁴. Hacedos misericordiosos conforme vuestro Padre es 37 misericordioso³⁵. Y no juzguéis, y de cierto no seréis juzgados; y no condenéis, y de cierto no seréis condenados; absolved, y

al singular (*tú*) a fin de obligar a cada uno de sus oyentes a aplicarse individualmente estas palabras. Lo mismo ocurre en Mateo.

31. Mat. 5: 42 nota. La segunda parte de este versículo es algo diferente en el primer evangelio, que dice: "y no te apartes del que quisiera tomar de ti prestado."

32. Mat. 7: 12. nota.

33. Mat. 5: 46, 47, notas. Esta pregunta dos veces repetida (v. 32, 33): ¿qué gracia tendréis? significa: ¿Qué gracia os vendrá por ello? De parte de Dios; pues sería directamente contrario al espíritu de estas palabras esperar alguna gracia o algún beneficio de parte de los hombres, por premio de la caridad que se les muestra. En Mateo, Jesús dice: "¿Qué recompensa tendréis?" El sentido es el mismo en el fondo, bien que la expresión de Lucas dice más claramente que, de parte de Dios, todo es *gracia*.—Según el primer evangelio, Jesús, colocándose en el punto de vista de los judíos, dice: "los publicanos mismos;" Lucas, escribiendo para extranjeros, expresa la misma idea por un término más general: los *pecadores*, los hombres malos, corrompidos.

34. Mat. 5: 44, 45, notas. *Empero* (gr. *excepto*, misma palabra que en el v. 24, apartado ese falso amor) he aquí la conducta que debéis observar.—*Amar, hacer bien, prestar, sin esperar nada*, es obrar en el espíritu y el amor de Dios mismo, es probar a nosotros mismos y a los

demás que somos sus hijos. Tal es el ejemplo divino que Jesús nos propone, aun en nuestras relaciones con los *ingratos* y los *malos*. Mateo da por prueba de esa misericordia de Dios igual para todos "que hace salir su sol y derrama las lluvias del cielo" sobre todos indistintamente.—El verbo que traducimos por *esperar* significa ordinariamente *desesperar*. Algunos aplican aquí ese sentido: *sin desesperar de nada*, sin mirar como perdido lo que dais, puesto que estáis seguros de la *recompensa* celestial que será grande. Pero la significación recibida: no *esperando nada en pago* de quien os pida, es más conforme al paralelismo con el v. 34. Una var. en *Sin.*, y las vers. sir. dice: "no desesperando a nadie" (por una negativa.)

35. La *misericordia* de Dios, tal es el modelo sublime que propone Jesús a sus discípulos. La meta hacia la cual deben tender constantemente es llegar a ser *hijo* de ese *Padre*, siendo misericordiosos como él; y esa será su *grande recompensa*.—Mateo (5: 48) concluye la primera parte de su discurso con un pensamiento análogo, pero expresado en términos diferentes: "Sed pues perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto." Como este evangelista acababa de recordar la bondad o la *misericordia* de Dios para con todos, es también en verdad esta perfección especial la que nos exhorta a imitar y a alcanzar (véase la nota); de modo que en el fondo el pensamiento es el mismo en los dos evangelios.

38 seréis absueltos³⁶. Dad, y os será dado: medida buena, apretada, remecida, rebosante darán en vuestro seno, pues con la misma medida con que medís os será vuelto a medir³⁷.

39 Y les dijo también una parábola: ¿Puede acaso un ciego 40 guiar a un ciego? ¿No caerán ambos en un foso?³⁸. No es un discípulo más que el maestro; mas todo [discípulo] hecho perfecto 41 será como su maestro³⁹. ¿Y por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, mas la viga que está en tu propio ojo no 42 percibes? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, deja que saque la mota que está en tu ojo, no viendo tú mismo la viga que está en tu ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás claramente para sacar la mota que está en el ojo 43 de tu hermano⁴⁰. En efecto, no hay buen árbol que produzca

36. Mat. 7: 1-3, nota. Lucas hace derivar muy lógicamente esta disposición contraria al espíritu de juicio, de su fuente, la *miseri-cordia*. (v. 36.) Y mientras Mateo se limita a decir: "no juzguéis", Lucas agrega: *no condenéis*, dando a entender con ello que, en todos los juicios severos que hacemos sobre nuestros hermanos, hay una disposición maligna a condenarlos, mientras que deberíamos estar deseosos de poder siempre *absolverlos*, cuando son acusados. Tal es el sentido de esta última palabra, que nuestras versiones ordinarias traducen por *perdonar*. (23: 16.) No se trata, en efecto, de ofensas personales, sino de injusticias supuestas del prójimo, ora contra Dios, ora contra los hombres.—La recompensa prometida al cumplimiento de estos santos deberes, es de no ser *juzgados*, *condenados*, sino *absueltos* por Dios mismo. En efecto, la medida de su juicio es tomada del corazón mismo de los hombres. (v. 38, comp. Mat. 7: 2, nota.)

37. Este espíritu misericordioso (v. 36, 37) está siempre también dispuesto a *dar*; y por eso mismo atrae a sí, de parte de Dios, los más ricos dones de su gracia. Esta última idea es ilustrada por una notable figura, cuyos multiplicados epítetos son destinados a pintar la riqueza de la liberalidad divina.—La expresión en *vuestro seno*, proviene de la forma del vestido oriental que, muy amplio sobre el pecho y ajustado por un cinto, suministra una especie de bolsillo de una capacidad bastante gran-

de. (Ruth 3: 15; véase también el *Viaje a Tierra Santa* de M. Félix Bovet, 7.^a edic., p. 205.)

38. Es difícil hallar una relación entre esta *parábola* y las ideas que preceden. Los que quieren mantener la unidad y continuidad de esta parte del discurso en la relación de Lucas, aplican la figura del *ciego conduciendo a un ciego* a la pretensión de juzgar al prójimo (v. 37) y la comparan con la similitud empleada en el v. 41. (Comp. Mat. 7: 5, nota.) Mateo cita esta figura en otra circunstancia (15: 14), donde la aplicación de ella es muy natural. (Comp. Mat. 23: 16; Juan 9: 40, 41.)

39. Otros traducen: "cada uno será *formado* (1 Cor. 1: 10, nota) como su Maestro." El orden de las palabras, en el griego hace más probable la traducción ordinaria.—Para hallar una relación entre este versículo y el precedente, se admite que, de los dos ciegos que caen en el foso, el uno es el *maestro* (*conductor*), el otro el *discípulo*. Para que no cayeran, sería necesario que el discípulo fuese superior o más clarividente que su maestro, lo que no es el caso ordinariamente. Esta relación no es evidente; pero Jesús empleó a menudo esa misma comparación en discursos en que la aplicación es luminosa. (Mat. 10: 24, 25; Juar 13: 16; 15: 20.)

40. Mat. 7. 3-5 nota. Esta figura es destinada, en el primer evangelio, a hacer sentir la locura de los que juzgan los defectos ajenos estando cegados respecto de los propios. La

fruto malo, ni tampoco árbol malo que produzca fruto bueno, 44 pues cada árbol por su propio fruto es conocido, pues no se 45 cogen de espinos higos, ni de zarza se vendimian uvas⁴¹. El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el malo, del mal [tesoro] saca lo malo⁴²; pues de la abundancia del corazón habla su boca⁴³.

46 ¿Mas por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que 47 digo?⁴⁴. Todo el que viene a mí y oye mis palabras y las observa, 48 os enseñaré a quién es semejante: Semejante es a un hombre que edifica una casa, que cavó y ahondó y puso un fundamento sobre la roca; y venida una inundación, el torrente se precipitó contra esa casa, y no pudo conmovérla por haber sido bien edificada. Mas el que ha oído y no ha observado, semejante es a un 49 hombre que edificó una casa sobre la tierra, sin fundamento; contra la cual se precipitó el torrente, y luego se desplomó, y fué grande la ruina de aquella casa⁴⁵.

aplicación es directa. En Lucas, la figura tiene el mismo sentido, ya se la relacione con el v. 37 o con el 39.

41. Mat. 7: 16-20, nota. En el primer evangelio la relación de estas palabras con las que preceden, es diferente. Allí Jesús había dicho: "¡Cuidaos de los falsos profetas!" Y respecto a ellos indica la señal segura por la cual se los podrá reconocer: *los frutos*. Lucas aplica esta comparación al hombre cegado e hipócrita que quiere corregir a su hermano, mientras él mismo tiene defectos más graves. (v. 41, 42.) ¿Cómo puede pretender hacer bien a su hermano, mientras él produce malos frutos? La palabra griega traducida por *malo*, significa propiamente *picado*, *podrido*. Ese árbol es una figura de la corrupción moral del hombre. "Se ve a menudo en Palestina, tras los vallados de *espinos* y de *cardos*, *higueras* coronadas de ramas trepadoras de *cepas de vid*." Godet.

42. Jesús explica la figura que procede: *del corazón* proceden las fuentes de la vida, es decir *el bien o el mal*. El texto recibido con A. C. *mayúsc.* repite, en el segundo miembro de la frase, la palabra del primero: *mal tesoro de su corazón*, que expresa, en efecto, la idea de que se trata. Mateo, que no tiene estas palabras en el sermón del monte, las reproduce en otro lugar. (12: 35.)

43. Las *palabras*, y de un modo ge-

neral todos los actos que realizamos, proceden del corazón. Aquí, este pensamiento se refiere aún a la advertencia dada al hombre que tiene la pretensión de enseñar a su hermano. (v. 41, 42.) En Mateo (12: 34) la misma sentencia se encuentra, pero aplicada a hombres que abusaban de la palabra para blasfemar contra el Espíritu Santo. Hay gran número de estas sentencias cortas y penetrantes que Jesús debió pronunciar en más de una ocasión.

44. Mat. 7: 21, nota. Allí, Jesús insiste en este reproche severo, y cita ejemplos del modo como se puede incurrir en esa terrible responsabilidad.

45. Véase, sobre esta conclusión de todo el discurso, Mat. 7: 24-27, nota. Haremos notar algunos detalles propios de Lucas. El solo tiene estas palabras solemnes: *Todo el que viene a mí y oye* (v. 47). A cada uno de sus oyentes incumbe la responsabilidad de los efectos producidos por la palabra divina. ¡Qué autoridad hay en este pensamiento! ¡Cómo tenía Jesús conciencia de que sus palabras eran las palabras de Dios mismo!—A Lucas también pertenece esta doble expresión (v. 48): que ha *cavado* y *ahondado* profundamente (gr. *cavado* y *profundizado*). "Hay sobre los terrenos en declive que rodean el lago de Genezaret collados donde una capa de tierra (Lucas) o

2. Jesús sana y liberta.

A. 1-10. EL SIERVO DEL CENTURIÓN DE CAPERNAÚM.—1.º *La intercesión de los ancianos.* Acabado el discurso del monte, vuelve Jesús a Capernaúm. Un centurión de esa ciudad, que tiene su siervo enfermo, envía a Jesús ancianos para rogarle que vaya a sanarlo. Estos manifiestan a Jesús cuán digno es el centurión de obtener la acogida de su demanda (1-5).—2.º *La diputación de los amigos.* Como Jesús se traslada a la casa del centurión, éste le envía amigos para decirle que no se considera digno de recibir a Jesús en su hogar; que una palabra dicha por Jesús bastará para sanar al siervo. ¿Cuál no debe ser, en efecto, la potencia de la palabra de Jesús, puesto que la propia palabra de él, hombre colocado bajo la dependencia de otro, se hace obedecer de sus subordinados? (6-8).—3.º *La respuesta de Jesús.* Jesús admira y alaba públicamente la fe del centurión. Los enviados, de regreso a la casa, hallan al siervo sanado (9, 10).

VII. Después que acabó todos estos discursos en los oídos del 2 pueblo¹, entró en Capernaúm. Y el siervo de cierto centurión 3 estaba enfermo y a punto de morir, el cual le era apreciado². Y oyendo sobre Jesús, envió a él ancianos de los judíos, rogándole

de arena (Mateo) poco espesa cubre la roca. El hombre prudente cava a través de ese terreno móvil, y cava aun profundamente hasta la roca..." *Godet*. ¡desdichado el que se detiene en la superficie!—Los elementos que amenazan esa casa son, según Lucas, una *inundación*, formando un *torrente* que desciende de las montañas. Mateo es más completo y más pintoresco: es la *lluvia* que cae, los *torrentes* que se desbordan, los *vientos* que soplan y se precipitan sobre esa casa. Todo eso no ha podido siquiera *conmoverla*, porque estaba *bien edificada*. El texto recibido con A, C, D, *mayúsc.* dice, conforme a Mateo: *pues había sido fundada sobre la roca*.—El hombre imprudente edifica *sobre la tierra* (Lucas); Mateo, más expresivo, *sobre la arena*.—Lucas pinta la *ruina* (gr. *desgaradura*) repentina de esa casa con esta palabra: *luego*. Ambos evangelistas tienen esta observación final: ¡Grande es la destrucción! "Un alma perdida, una sola, es una *grande ruina*, ante los ojos de Dios. He aquí el solemne pensamiento bajo cuya impresión deja Jesús a sus oyentes al terminar este discurso. Cada uno de ellos, al oír esta última palabra, oye, en cierto modo, el estrépito de ese edificio que se desploma y debe decirse: este desastre será el mío, si soy inconsecuente o hipócrita." *Godet*.

1. Gr. *cumplido* todos sus discursos en los oídos del pueblo, hay algo de solemne en esta expresión; significa que la enseñanza de Jesucristo había sido completa, que nada le faltaba, y que todo el pueblo la había oído bien.

2. Véase, sobre este relato, Mat. 8: 5-13, notas. Hemos reconocido algunas diferencias notables que existen entre estas dos narraciones del mismo hecho. Según Mateo, que, como siempre, abrevia, suprime los detalles secundarios y va derechamente al hecho principal, el centurión de Capernaúm se presenta personalmente a Jesús y le dirige su súplica. Según Lucas, hace todo eso por intermedio de ancianos de los judíos, que cumplen su misión con grande benevolencia. Y luego envía a Jesús amigos para decirle que no se siente digno de recibirle bajo su techo. El relato de Mateo, más sencillo, limitándose a lo esencial, debía grabarse más fácilmente en el recuerdo y permanecer tal cual en la tradición apostólica. Pero eso no significa que la narración más detallada de Lucas no sea histórica. Al contrario, está en perfecta armonía con la profunda humildad que demuestra el centurión en ambos relatos.—En cuanto al enfermo que se trataba de sanar, es designado en Mateo por una palabra que significa al mismo tiempo un *hijo* y un *servidor*, en Lucas por el

4 que fuera y sanara a su siervo³. Ellos, pues, llegando a Jesús le rogaban insistentemente diciendo: Digno es aquel al que concedas 5 derás esto, pues ama nuestra nación y él nos edificó la sinagoga⁴. 6 Y Jesús iba con ellos. Mas no estando él ya lejos de la casa, envió a él amigos al centurión diciéndole: Señor, no te fatigues, pues 7 no soy digno de que entres bajo mi techo; por lo cual ni aun a mí mismo he juzgado digno de ir a ti; más di por una palabra 8 y será sanado mi siervo, pues yo también soy un hombre puesto bajo autoridad, teniendo debajo de mí soldados, y digo a éste: Ve, y va; y a otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo 9 hace⁵. Y oyendo esto Jesús le admiró; y volviéndose a la multitud que le seguía dijo: Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta 10 fe⁶. Y vueltos a la casa los enviados hallaron al siervo sano⁷.

B. 11-17. EL HIJO DE LA VIUDA DE NAÍN.—1.º *El encuentro de los dos cortejos.* Jesús se traslada a Naín seguido por una grande multitud. Encuentra una multitud que sale de la ciudad para acompañar un muerto, hijo único de una viuda. (11, 12).—2.º *Jesús consueta y da la vida.* Apiadado, dice Jesús a la madre: ¡No llores! Toca el féretro y ordena al muerto levantarse. Este obedece, y Jesús le entrega a su madre (13-15).—3.º *Efecto producido.* Los testigos de este milagro, sobrecogidos de temor, celebran el advenimiento de un gran profeta. La noticia se extiende por toda la región (16, 17).

11 Y aconteció en el día siguiente, que fué a una ciudad llamada

término de *esclavo*. Véase Mat. 8: 6. nota.

3. Esos *ancianos de los judíos* eran los magistrados urbanos. Este término designaba, en Jerusalén, a los miembros del sanedrín (Mat. 26: 3; comp. Núm. 11: 16, 24; 16: 25; Deut. 27: 1.)

4. Conocíamos, por Mateo, la terna y activa caridad que tenía para con su pobre esclavo este oficial romano convertido al Dios viviente; sabíamos de qué profunda humildad estaba lleno su corazón. Lucas, que nos lo pinta bajo los mismos rasgos, nos hace conocer además su *amor* hacia la *nación* en cuyo seno había hallado al verdadero Dios, y su grande generosidad que le había llevado a *edificar* a su costa la *sinagoga* de Capernaúm. Y sin embargo, de todos esos hermosos frutos de la gracia de Dios en él, Jesús no realiza ni admira más que uno solo: *la fe*, fuente de todos los demás. (v. 9.)

5. Mat. 8: 8, 9, notas. Esta segunda diligencia no está en contradicción con la primera, por la cual el centurión solicitaba a Jesús que viniera a su casa (v 3). Marca solamente,

dice M. Godet, "un progreso en el sentimiento de humildad y de fe que le había dictado ésta." El escrupulo que sentía el centurión provenía quizá de la idea de que Jesús, como judío, contraería una impureza entrando en una casa pagana. Pero le era también inspirado por el sentimiento profundo de su pecado.—En el v. 6, *Sim., B.* omiten *a él*. En el v. 7, *B* y otra *mayúsc* dicen: "*Sea sanado mi siervo*"

6. Mat. 8: 10-13, notas. El primer evangelio, según el cual el centurión está presente junto a Jesús, contiene estas preciosas palabras: "Ve, y véate hecho conforme has creído." A su observación, llena de tristeza, de que no ha hallado *en Israel* la fe del centurión, Jesús agrega, según Mateo, una seria advertencia dirigida a ese pueblo. (Mat. 8: 11, 12.) Esas palabras se hallan, en Lucas, en otro contexto. (13: 28, 29).

7. El texto recibido, con A, C, *mayúsc.* dice: hallaron al siervo enfermo en buena salud.—De ambos evangelios resalta el hecho de que Jesús realizó esta curación por su sola palabra, y a distancia.

12 Naín⁸; e iban con él sus discípulos y una grande multitud. Y como se acercó a la puerta de la ciudad, he aquí⁹, sacaban un muerto, hijo unigénito de su madre, y ésta era viuda¹⁰. Y una grande multitud de la ciudad estaba con ella¹¹. Y viéndola el Señor tuvo lástima de ella, y le dijo: No llores¹². Y allegándose tocó el féretro, y los que lo llevaban se detuvieron¹³; y dijo: Mancebo, a ti digo, levántate¹⁴. Y el muerto se incorporó, y empezó a hablar. Y lo dió a su madre¹⁵. Y temor cogió a todos, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y: Ha visitado Dios a su pueblo¹⁶. Y se extendió

8. El texto recibido, con *Sim. C. D.* dice: *el día siguiente*; *B. A.*: *el tiempo siguiente*, algún tiempo después. —*Naín*, pequeña ciudad de Galilea, que existe aún, y que está situada a ocho leguas al sudeste de Capernaúm, al pie del pequeño Hermón. Lucas solo ha conservado el incidente conmovedor que va a seguir.

9. Todo un numeroso cortejo que, en el momento de entrar en la ciudad, encuentra otro cortejo, que sale de ella. Es la vida que viene al encuentro de la muerte. *He aquí* (gr. *y he aquí*, hebraísmo) señala lo que había de sorprendente en el encuentro inopinado de ambos cortejos.

10. ¡Cuántos dolores descritos en pocas palabras! Ese muerto que sacaban (entre los judíos, los lugares de sepultura estaban siempre fuera de las ciudades) era un joven (v. 14), *hijo único de su madre, que era viuda*. Así pues, esa mujer acompañaba a la tumba lo más querido que le quedaba, su último apoyo sobre la tierra. No era necesario tanto para conmovier la tierna compasión de Jesús (v. 13.)

11 Prueba de que esa viuda era considerada y amada en su ciudad.

12. El Salvador descubre inmediatamente la pobre viuda en medio de la multitud; y, al verla, es (gr.) *conmovido en sus entrañas*: expresión de un vivo y profundo sentimiento de simpatía. Esta tierna caridad le hace realizar uno de sus milagros más grandes. Aquí, como en la resurrección de Lázaro, vemos en Jesucristo la grandeza divina, unida a los más verdaderos sentimientos humanos.—Estas palabras de profunda compasión: *no llores*, no serían más que una ironía si Jesús no hubiera

tenido conciencia desde ese instante de lo que iba a hacer.

13. El féretro estaba abierto; el muerto estaba tendido en él, envuelto en un lienzo. Jesús se acerca; toca el féretro sin temor de la contaminación resultante del contacto de un muerto. Era una invitación a los que lo llevaban a detenerse. Estos obedecen a este gesto osado del Príncipe de la vida.

14. ¡Qué seguridad y qué majestad en estas palabras: *yo te digo!* Jesús dirige la palabra a un muerto, seguro de que éste le obedecerá, como si estuviera en vida. ¡*Levántate!* palabra creadora “que hace vivir los muertos y llama las cosas que no son como si fueran.” (Rom. 4: 17; comp. Luc. 8: 54; Juan 11: 43.)

15. Gr. le dió a su madre. ¡*Qué don!* Esa palabra corresponde a ésta: “No llores”. (v. 13.)

16. El temor era el efecto de esta brillante manifestación del poder divino. Por eso *todos glorificaban a Dios* y reconocían en alta voz la presencia de un profeta, por el cual Dios había visitado a su pueblo. Aun cuando los milagros de Jesús tuvieran siempre por fin inmediato el hacer bien, como aquí el devolver a una pobre viuda su hijo único, tenían también por resultado manifestar el poder de Dios y disponer las almas a oír la palabra que les traía la salvación. Así es como, en efecto, se revelaba Jesús como el Salvador. Libertando los desdichados del sufrimiento, de la enfermedad, de la muerte misma, probaba que tenía el poder de libertarles del pecado, fuente de todos esos males. En particular por la resurrección de los muertos, se manifestaba Jesús como el Prin-

este dicho sobre él por toda Judea y por todos los alrededores¹⁷.

C. 18-35. MENSAJE DE JUAN EL BAPTISTA Y DISCURSO DE JESÚS SOBRE JUAN.—1.º *La misión de los discípulos de Juan ante Jesús.*—a) *La pregunta de Juan.* Todas las obras de Jesús llegan a conocimiento de Juan por sus discípulos. Él envía dos de ellos a Jesús para preguntarle si efectivamente es el Mesías (18-20).—b) *La respuesta de Jesús.* Jesús sana en esa misma hora muchos enfermos, y dice a los enviados de Juan que relaten a su maestro lo que ven. Agrega que el que no tropieza con su aparición es dichoso (21-23).—2.º *El discurso de Jesús sobre Juan.*—a) *El lugar ocupado por Juan en el reino de Dios.* Partidos los discípulos de Juan, habla Jesús de Juan a la multitud. No ha ido ella a ver al desierto un hombre vacilante, ni un afeminado, sino un profeta, el mayor de todos, el que la profecía designaba como el mensajero destinado a preparar los caminos al Mesías. A pesar de ese papel, que le coloca por sobre todos sus predecesores, es, sin embargo, inferior al que, en el reino de los cielos, ocupa un lugar mucho menor (24-28).—b) *La acogida hecha al ministerio de Juan. Característica de la actitud del pueblo respecto de Juan y de Jesús.* El pueblo, y en particular sus elementos más despreciados, han entrado en los caminos de Dios haciéndose bautizar; pero los fariseos y los doctores de la ley han hecho vanos los designios de la misericordia divina. Tal ha sido, por otra parte, la conducta de la generación contemporánea entera, no solamente respecto de Juan, sino respecto de Jesús mismo. Puede ser comparada a la actitud de niños enfurruñados que rehusan entrar en el juego de sus compañeros, ya representen estos una fiesta alegre, ya una escena de duelo. Esta generación ha llamado locura la austeridad del Bautista y acusado de disolución la santa libertad del hijo del hombre. La sabiduría divina ha hallado, sin embargo, corazones dóciles que han mostrado la excelencia de sus caminos (29-35).

18 Y anunciaron a Juan sus discípulos sobre todo esto¹⁸. Y 19 llamando Juan a sí a ciertos dos de sus discípulos, envió a Jesús,

cipe de la vida (Juan 11: 25 y 26), de la vida que él comunica al alma desde aquí por su palabra y de la vida que dará en el día final a los que estén en los sepulcros. Esta doble resurrección, que no es más que un solo y mismo acto del poder divino, Jesús mismo se la atribuye expresamente. (Juan 5: 24-29)

17. Ese dicho es el que los testigos del milagro pronunciaban con entusiasmo. (v. 16.) *Se extendió* no solamente en Galilea, donde se hallaba Jesús, sino en toda Judea y aun en las regiones circundantes, entre otras en Perea, donde Juan el Bautista estaba preso, de modo que la noticia de este milagro sirve de introducción al relato que va a seguir. (v. 1, y sig.) de Lucas establecer una relación entre estos dos incidentes de su relato.—De la mención de Judea, donde se extendió naturalmente el rumor de un milagro tan grande, algunos

críticos han inferido que Lucas colocaba a Naín en esta provincia, pero el término *se extendió* (literalmente: *calió*) indica que la fama del acto realizado por Jesús sobrepasó el dominio habitual y resonó a lo lejos.

18. Véase Mat. 11: 2-19, notas. *Todas estas cosas*, es decir los dos milagros que preceden (v. 1 y sig.; v. 11 y sig.) y, de un modo general, los hechos característicos de la actividad de Jesús, *los discípulos de Juan los relataron* a su maestro. Mat. (11: 2), dice que Juan “en su prisión oyó hablar de las obras de Cristo.” Así, aunque los relatos de Mateo y de Lucas no ocupen cronológicamente el mismo lugar, concuerdan en esto, que la pregunta de Juan el Bautista a Jesús fué provocada por los milagros que él realizaba. Eso precisamente es lo que extraña. ¿Cómo es que tan grandes milagros no llevaban al alma de Juan la convicción de

20 diciendo: ¿Eres tú el que viene¹⁹, o aguardamos otro? Y llegando a él los varones dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti
 21 diciendo: ¿Eres tú el que viene, o aguardamos otro? En aquella hora sanó a muchos de enfermedades y de plagas y de espíritus
 22 malignos, y a muchos ciegos donó la vista²⁰. Y respondiendo les dijo: Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: ciegos recobran la vista, cojos andan, leprosos son limpiados y sordos oyen,
 23 muertos son resucitados, pobres son evangelizados; y dichoso es cualquiera que no tropezare en mí²¹.
 24 Mas idos los mensajeros de Juan empezó a decir a las multitudes sobre Juan²²: ¿Qué salisteis a mirar al desierto? ¿Una
 25 caña agitada por el viento? Pero ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de vestidos delicados? He aquí, los que están en atavío
 26 espléndido y viven en lujuria en los palacios reales están²³. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que profeta.
 27 Este es sobre quien está escrito: "He aquí, envío mi mensajero delante de tu rostro, que preparará tu camino delante de ti²⁴."
 28 Os digo que mayor profeta que Juan ninguno hay entre los nacidos de mujer²⁵; mas uno menor en el reino de Dios mayor es

que Jesús era en verdad el Libertador esperado? Sin duda, él debía reconocer, en tales obras, la mano del Enviado de Dios; pero quedaba todo un aspecto de la acción del Mesías, tal como Juan la había anunciado, que no se realizaba; era el juicio que debía ejercer sobre su pueblo y sobre el mundo (Mat. 3: 10-12), y por el cual debía establecer su reinado. Jesús no realizaba más que obras de misericordia y aún había declarado que no había venido a juzgar, sino a salvar. (Juan 3: 17.) Allí estaba para Juan la contradicción; de ahí su duda momentánea. Véase también, sobre el sentido de la pregunta de Juan y sobre las diversas interpretaciones que de ella se ha dado, Mat. 11: 3, nota.

19. Gr. el que viene. (Véase Mat. 11: 3, nota) B y algunos otros documentos dicen: "los envió al Señor."

20. Gr. dió por gracia el ver. La respuesta que Jesús va a dar a los enviados de Juan es la misma que en Mateo; pero sólo Lucas menciona este detalle: que Jesús realizó todos esos milagros en esa misma hora y ante los ojos de ellos. La crítica se ha apresurado a inferir de ello que se trataba de una ampliación de la tradición posterior, recogida por Lucas. Pero, ¿no es muy natural su-

poner que los enviados de Juan hallaron a Jesús rodeado de la multitud (comp. Mat. 11: 7), ocupado en esas obras de beneficencia, y que fueron testigos de algunas curaciones? En el mensaje de Jesús a Juan, tal cual lo ha consignado Mateo, se dice por lo demás: "Id, y referid lo que oís y véis." (Mat. 11: 4.)

21. Gr. que no se hubiere escamuzado en mí. Alusión a Isa. 8: 14.— Mat. 11: 4-6, notas.

22. Véase, sobre el objeto de este discurso, Mat. 11: 7, nota.

23. Estas palabras y que viven en lujuria, son particulares a Lucas y forman un contraste aun más patente con la austeridad y los renunciamentos de la vida de Juan el Bautista. (Véase Mateo.)

24. El que es el objeto de la profecía es mayor que un profeta. Lo que hay de muy notable en esta citación de Mal. 3: 1, es que en los tres evangelios (Mat. 11: 10; Mar. 1; 2), no es hecha exactamente ni según el hebreo, ni según los Setenta, sino modificada de modo que la venida de Jehová, anunciada por esa profecía, se halle cumplida en la persona del Salvador. (Véase Mat. 11: 10, nota.)

25. El texto recibido dice: Juan el Bautista, Sim., B, mayúsc., Itala

29 que él²⁶. Y todo el pueblo, oyéndole, y los publicanos, han justificado a Dios siendo bautizados con el bautismo de Juan; mas los fariseos y los legistas han anulado el consejo de Dios para consigo no siendo bautizados por él²⁷.

31 ¿A quién, pues; compararé los hombres de esta generación,
 32 y a quién son semejantes? Semejantes son a los niños sentados en una plaza y que llaman unos a otros, que dicen: Os
 33 tañimos la flauta y no danzasteis; os endechamos y no llorasteis.
 33 Vino; en efecto, Juan el Bautista, no comiendo ni bebiendo vino;
 34 y decís: Demonio tiene. Vino el hijo del hombre comiendo y bebiendo, y decís: He aquí un hombre glotón y un bebedor de vino,
 35 amigo de publicanos y pecadores. Mas ha sido justificada la sabiduría de parte de todos sus hijos²⁸.

omiten la palabra *profeta*. Tischendorf, Meyer y otros críticos la conservan, estimando que su supresión es una imitación de Mateo. Si esa palabra es auténtica, confirma la declaración de Jesús de que Juan es más que profeta. Si, al contrario, debe ser suprimida, Juan sería comparado, no a los otros profetas, sino a los nacidos de mujer, es decir, a los hombres en general y especialmente a todos los fieles del antiguo pacto. a los cuales sería declarado superior. En ambos casos, es la mayor alabanza que Jesús haya hecho de hombre alguno.

26. Véase, sobre esta expresión a menudo mal traducida y mal comprendida, Mat. 11: 11, nota.

27. Todo el pueblo, que había escuchado a Juan, cuya predicación había excitado la atención universal, y particularmente los publicanos que habían recibido humildemente su bautismo, justificaron a Dios, es decir, rindieron homenaje a su justicia y demostraron por su conducta la excelencia de sus caminos para la salvación de los hombres, confesando sus pecados y recurriendo a los medios de gracia que él les ofrecía. (Comp. v. 35.) Los fariseos al contrario, y los legistas, o doctores de la ley, habiendo rechazado la predicación y el bautismo de Juan, anulaban el designio de la misericordia de Dios hacia ellos. Dios quería salvarlos, ellos no lo quisieron.— No hallándose estos dos versículos (29 y 30) en el discurso de Jesús según

Mateo (que, en cambio, contiene una idea omitida por Lucas), algunos intérpretes los han considerado como una observación histórica y explicativa intercalada por Lucas. Lo que ha podido también dar lugar a esa idea, es el hecho de que, según el texto recibido, el relato se reanuda en el v. 31, por estas palabras: *Entonces el Señor dijo*; pero no siendo auténtica esta frase, el discurso de Jesús continúa sin interrupción; y así estos dos versículos forman parte de él.

28. Véase, Mat. 11: 17-19, notas. Los dos evangelistas refieren aproximadamente en los mismos términos esta parábola tan humillante para la generación a que concernía. Con una ironía llena de tristeza la compara Jesús a niños descontentos y regañones, a quienes nada puede interesar.— En Mateo, Jesús describe la austeridad de la vida de Juan en estos términos: "no comiendo ni bebiendo", expresión evidentemente hiperbólica. Lucas la ha substituído por ésta: no comiendo pan ni bebiendo vino, lo que era rigurosamente verdadero. (Mat. 3: 4.)— Mateo. (11: 19, véase la 2ª nota) redacta como sigue la última frase de este discurso, que Jesús debió pronunciar con profundo gozo: "Pero la sabiduría ha sido justificada de parte de sus hijos." Lucas agrega esta palabra significativa: todos sus hijos." *Sin.* tiene: "obras" en lugar de hijos.

D. 36-50. LA PECADORA EN CASA DE SIMÓN EL FARISEO.—1º *La pecadora a los pies de Jesús.* Jesús ha aceptado la invitación de un fariseo; está sentado a la mesa en su casa, cuando una pecadora trae un vaso de alabastro, riega con sus lágrimas los pies del Salvador, los enjuga con sus cabellos, los besa y los unge con el unguento (36-38).—2º *A Simón escandalizado responde Jesús por la parábola de los dos deudores.*—a) *La parábola.* Simón infiere de lo que sucede que Jesús no es un profeta, puesto que ignora el carácter de esa mujer. Jesús responde a los pensamientos del fariseo proponiéndole el ejemplo de dos deudores que tenían, el uno una deuda considerable, el otro una pequeña. El acreedor perdona la deuda a ambos; ¿cuál le amará más? Simón responde que aquel a quien ha perdonado más. Jesús aprueba esa respuesta (39-43).—b) *La aplicación de la parábola.* Jesús se vuelve entonces hacia la pecadora y, designándola a Simón, le hace observar todos los testimonios de respeto y de amor que no ha cesado de prodigarle; luego, infiriendo del efecto la causa, declara al fariseo que los numerosos pecados de esa mujer le son perdonados. Agrega que el que es objeto de un perdón menor siente un amor menor (44-47).—3º *Jesús se dirige a la pecadora.* Jesús confiere a la mujer el perdón de sus pecados. Esta declaración escandaliza a los presentes, mas Jesús asegura a la pecadora que su fe la ha salvado, y la despide en paz (48-50).

36 Y le rogaba uno de los fariseos que comiera con él; y entran-
37 do a la casa del fariseo se reclinó [a la mesa] 29. Y he aquí una

29. Este fariseo (véase Mat. 3: 7, nota), que invita a Jesús, tenía menos prevenciones contra él que los otros representantes de su partido. Asombrado de su santidad y de sus milagros, vacilaba en reconocer en él un enviado de Dios. (v. 39.) Le había invitado para observarle, quizá también para procurarse el honor de recibir en su mesa un rabí que se había hecho célebre en todo el país. Jesús acepta su invitación, seguro de que podrá, en la mesa del fariseo lo mismo que en otra parte, hacer su obra, salvar las almas, glorificar a Dios.—Porque ese fariseo se llamaba Simón, y porque en su casa aparece una mujer que lleva un frasco de unguento y unge al Señor, muchos intérpretes han identificado ese hecho con el que ocurrió más tarde en Betania, cuando María, hermana de Lázaro, rindió un homenaje semejante a Jesús. (Mat. 26: 6 y sig.; Mar. 14: 3 y sig.; Juan 12: 1 y sig.) Se basan también en que Mateo y Marcos omiten este relato de Lucas, mientras que Lucas no contiene el de la comida de Betania. La omisión de este último hecho por Lucas no prueba nada; pues hay una multitud de episodios de la vida de Jesús sobre los cuales nadie podría decir

por qué tal evangelista los omite mientras que tal otro los cuenta. Que se piense en el poseído de Capernaúm, callado por Mateo, en la curación del siervo del centurión, omitida por Marcos, en la resurrección del joven de Naín, conservada por Lucas solo, y en la de Lázaro, contada por Juan solo. En cuanto al nombre de Simón, era tan frecuente entre los judíos, que dos huéspedes del Salvador pueden haberlo tenido. Por último, la unción de aceite practicada por ambas mujeres era un honor tan frecuentemente rendido en Oriente, que Jesús se extraña no haber recibido del fariseo esa señal de consideración. (v. 46.) Por lo demás, todo es diferente en ambas historias. Aquí Galilea, allá Judea; aquí la época de la mayor actividad del Salvador en su ministerio, allá la de su pasión; aquí la censura de Simón, allá la de Judas y de los discípulos; aquí una mujer extraña a la casa, allí María, cuya hermana sirve a la mesa; y, sobre todo, aquí una pobre mujer de mala reputación, allá la hermana de Lázaro, que no podría ser confundida con ella (comp. Luc. 10: 39-42, y Juan 11); aquí, por último, una conversación de Jesús con Simón acerca del pecado,

mujer que era pecadora en la ciudad 30; y sabiendo que estaba
38 recostado [a la mesa] en la casa del fariseo, llevando un vaso de
38 alabastro de unguento 31 y estando detrás, junto a sus pies llo-
rando, empezó a mojar sus pies con sus lágrimas, y los enjugaba
con los cabellos de su cabeza; y besaba sus pies y los ungió con
39 el unguento 32. Mas viéndolo el fariseo que le había invitado,
habló en sí mismo, diciendo: Éste, si fuera un profeta, conocería

el perdón y el amor del pecador salvado; allá Jesús, tomando la defensa de María y mencionando su muerte próxima. Es necesario estar muy decidido a confundir dos hechos para no ver que éstos no tienen de común más que algunas coincidencias fortuitas.

30. Resulta evidentemente de esta historia, y principalmente del v. 39, que los pecados de esa mujer habían adquirido una notoriedad pública. Es lo que nuestras versiones ordinarias han expresado por esta perifrasis: una mujer de mala vida. Una variante, en el orden de las palabras, en *Sin., B.* acentúa esa idea: "Y he aquí, una mujer que era pecadora en la ciudad", lo que parece querer decir que ejercía esa vergonzosa profesión.—La ciudad no es nombrada. Algunos intérpretes han supuesto que era Magdalá y han identificado la pecadora con María Magdalena. Así ha nacido en la iglesia latina, desde los tiempos antiguos, la leyenda célebre en la literatura religiosa y en las artes, de la Magdalena penitente. Pero la identificación de esas dos mujeres no descansa sobre ningún fundamento, y todo en el evangelio parece ser contrario a ello. Lucas (8: 2) menciona por primera vez a María Magdalena con otras mujeres a quienes Jesús había "libertado de espíritus malignos y de enfermedades", y nos hace saber, en particular, que Magdalena había sido, más que otra, presa de la potencia de las tinieblas. Bien; nada, en nuestro relato, muestra que Jesús se halle en presencia de una poseída cuyo demonio expulse. Lucas agrega que María Magdalena era del número de esas mujeres que seguían a Jesús y sus discípulos y "les asistían con sus bienes." ¿Podía la pecadora ser admitida a desempeñar tal papel? No; el evangelio ha callado, por delica-

deza, el nombre de esa mujer. La exégesis no puede hacer nada mejor que respetar su silencio.

31. ¿Qué móviles fueron bastante potentes para llevar a esa mujer a una casa extraña, donde sabía muy bien que no encontraría más que un orgulloso desprecio? No era ese probablemente su primer encuentro con Jesús. Forzada por el remordimiento, animada por un verdadero arrepentimiento, había procurado ya verle, oírle, y sin duda, por la palabra o por la mirada, el Salvador le había testificado una compasión que había sido para ella la revelación de la misericordia divina. Un rayo de esperanza había penetrado en su alma; era necesario que volviese a ver, que oyese aún a Aquel de quien había recibido ese primer alivio, que recibiese de él el perdón, lo único capaz de salvarla de su miseria. Ella va, pues, demasiado humillada delante de Dios para temer ser humillada delante de los hombres; y lleva consigo ese unguento con el que testificará a Jesús su gratitud y su veneración.—Se comprende mejor el valor que tuvo esa mujer de acercarse a Jesús en el seno de una sociedad semejante, si se recuerda que en Oriente se cena "bajo el pórtico de la casa, en un patio abierto a todos. Ese hecho explica muchos incidentes del evangelio que no concordarían mucho con nuestras costumbres europeas." (F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, p. 402.)

32. ¡Qué escena! Para representársela, es necesario recordar que Jesús, lo mismo que los demás convidados (v. 49) estaba en la mesa, según la costumbre antigua, semirecostado sobre el brazo izquierdo, apoyado sobre los cojines de un diván, y los pies desnudos extendidos hacia atrás. (Juan 13: 23, nota.) La pecadora pudo así acercarse y permanec-

quién y de qué clase es la mujer que le toca, que es pecadora³³.
 40 Y respondiendo Jesús le dijo³⁴: Simón, tengo algo que decirte.
 41 Maestro, habla, dijo. Ciertamente tenía dos deudores; el uno
 42 debía quinientos denarios, y el otro cincuenta³⁵. No teniendo
 ellos con qué pagar perdonó a ambos³⁶. ¿Cuál de ellos, pues, le
 43 amará más?³⁷. Respondiendo Simón dijo: Supongo que aquel
 a quien más perdonó. Y él le dijo: Rectamente has juzgado³⁸.
 44 Y volviéndose a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré

cer detrás de él, a sus pies, probablemente arrodillada. No pronuncia una palabra, pero su corazón, lleno de humillación y de dolor, se derrama en lágrimas abundantes que caen sobre los pies de Jesús. Sus cabellos sueltos cuelgan esparcidos en señal de duelo, y se sirve de ellos para enjugar los pies del Maestro, que besa con veneración. Querría honrarle derramando sobre su cabeza el unguento de que está provista; pero no osando levantar sus manos ni su mirada hasta la cabeza de Jesús, se contenta con ungir sus pies. Imposible expresar con más elocuencia el respeto, la gratitud, el amor que desbordan de su corazón quebrantado. "El amor le enseña a hacer lo que parecería inepto a todo el que no ama. lo que nadie exigiría de un esclavo; y el amor se lo enseña sin instrucción humana." Bengel. (Igualmente en 17: 15; 19: 37.)

33. El fariseo, en su fría dignidad, no comprende nada de esta escena, ni de lo que constituía su profunda significación moral. Infiere que este rabí, que se dejaba abordar y tocar por una mujer semejante, ignoraba lo que ella era y, por consiguiente, no podía ser un profeta. Menos cegado por el sentimiento de su propia justicia, menos extraño a los santos dolores del arrepentimiento, su conclusión habría sido enteramente diferente, y se habría dicho sin duda: Este hombre es el Salvador, puesto que, recibiendo así un alma penitente, representa sobre la tierra la misericordia de Dios mismo. Pero lejos de ello, la censura que tácitamente pronuncia sobre Jesús cae pesadamente sobre la mujer que llora a sus pies. Estos términos multiplicados: *quién es, cuál es* (en su vida moral) y *que es una pecadora*, expresan un profundo desprecio.

34. Respondiendo ¿a qué? Al pensamiento del fariseo que, sin embargo, no lo ha expresado, pues "se decía en sí mismo." (v. 39; comp. Juan 2: 25, nota).

35. *Quinientos denarios*, alrededor de 400 francos; *cincuenta denarios*, como 40 francos.

36. Jesús mismo va a explicar esta parábola. (v. 47.) El acreedor es él, el deudor que debe más, es la pecadora. El que debe menos, es Simón. Pero es, sin embargo, deudor, y hasta no tiene con qué pagar, lo mismo que la pecadora. En efecto, la deuda son los pecados de Simón y de la pecadora (v. 47), y no los beneficios que habrían recibido de Jesús como lo han pretendido algunos intérpretes. Bien: nadie podría pagar un solo de esos pecados; delante de Dios todos los hombres son enteramente insolventes. Y hé aquí el único recurso del pecador condenado, tal como Jesús lo revela en la última frase de la parábola: *remitió la deuda a ambos*. (Gr. *él dió por gracia o hizo gracia a ambos*.) La gracia, tal es la grande revelación, la buena nueva traída por Jesús a los hombres pecadores.

37. El texto recibido dice: *dime*, después de *cuál de ellos*. Esa palabra falta en *Sin., B. D* y la mayor parte de las versiones. Jesús, basándose en los sentimientos naturales del corazón humano, admite que la generosidad del acreedor producirá el reconocimiento, que el perdón producirá el amor, y esto en proporción a la importancia del perdón. Tal es, en efecto, el principio de la moral evangélica confirmado por la experiencia del cristiano: "Nosotros le amamos, porque él nos amó primero." 1 Juan 4: 19.)

en tu casa: no me diste agua para los pies, mas ésta con sus lágrimas ha mojado mis pies y con sus cabellos los ha enjugado;
 45 no me diste beso, mas ésta, desde que entré no ha cesado de besar
 46 mis pies; no ungieste mi cabeza con aceite, mas ésta con un
 47 güento ha ungido mis pies³⁹. Por tal causa te digo: Perdonados están sus muchos pecados porque ha amado mucho⁴⁰; mas aquel

38. El fariseo ha puesto cierta gravedad en su respuesta a una pregunta tan sencilla. Por eso parece haber una especie de benevolente ironía en la réplica de Jesús: "Rectamente has juzgado."—"Y al juzgar tan bien, te has condenado a ti mismo. Es el *muy bien* de Sócrates cuando había cogido a su interlocutor en sus redes. Pero lo que establece entre Jesús y el sabio griego una distancia incommensurable, es la manera como Jesús se identifica, aquí y en lo que sigue, con el Dios ofendido que perdona y que se torna en él, Jesús, el objeto del amor del pecador agraciado." Godet.

39. No sin intención señalada empieza Jesús la aplicación de la parábola por estas palabras: *Entré en tu casa*. Con ello había hecho al fariseo un honor que éste no le ha retirado. En tres respectos, en efecto, había faltado a esas benevolentes y respetuosas atenciones con las cuales, en los tiempos antiguos, se recibía en casa a un huésped a quien se quería honrar. Primeramente, se le hacía presentar por un esclavo *agua para lavarse y refrescarse los pies*. (Gén. 18: 4.) El calor del clima y la costumbre de no llevar más que sandalias hacían ese servicio benéfico y necesario. El fariseo lo había descuidado. Pero la penitente, en lugar de agua, había ofrecido sus *lágrimas*. Luego, se recibía al huésped deseándole por un *beso* la bienvenida. La palabra griega significa *amistad, afecto*; y tales son los sentimientos que se le mostraban acogiendo así. Los primeros cristianos habían conservado la costumbre de los israelitas. (Rom. 16: 16; 1 Cor. 16: 20; 1 Pedro 5: 14.) Simón no había dado a Jesús esa señal de afecto. Pero la pecadora, con tanta humildad como amor, le había *besado los pies*. Por último, en Oriente, donde el calor y los vientos ardientes secan la piel y

los cabellos, se sentía la necesidad de *ungirlos con aceite perfumado*. (Sal. 23: 5.) Aquí también, igual contraste entre la conducta del fariseo y la de la mujer. No resta más que inferir de ello el amor que animaba a ambos.

40. Esta conclusión contiene una dificultad gramatical que ha dado lugar a muchas discusiones. Se esperaba que Jesús diría: "Sus pecados le son perdonados, y por eso o a causa de eso ha amado mucho." Este *porque* parece, al contrario, presentar el amor como la causa, y no como el efecto del perdón. De ahí una controversia que no está por terminarse, sobre todo entre católicos y protestantes, sirviéndose los primeros de esta frase para apoyar su doctrina del perdón obtenido por obras de piedad o de caridad, esforzándose los últimos en dar a esta partícula *porque* un sentido que esté en armonía, no solamente con la historia de la pecadora y la parábola de los dos deudores, sino con el gran principio evangélico del perdón y de la salvación por la fe sola. Si el amor fuera la causa del perdón, Jesús no habría debido preguntar (v. 42): "¿Cuál de ellos *te amará* más?" sino: "¿cuál *te amaba* más antes de la remisión?" En lugar de inferir (v. 47): "Aquel a quien poco es perdonado poco ama," habría debido decir: "Al que ama poco, poco es perdonado." El Salvador muestra, por lo demás, claramente cuál es la causa del perdón y de la salvación cuando dice a la pecadora (v. 50): "Tu fe te ha salvado." Todo eso resulta evidentemente de nuestro relato y está en plena armonía con todo el evangelio. No sin razón se ha intentado dar a esta partícula *pues*, un sentido que esté de acuerdo con todo el contexto. Esa palabra, se ha dicho, puede expresar el efecto lo mismo que la causa, como en estas frases: "El sol ha sali-

48 a quien poco es perdonado poco ama ⁴¹. Y a ella dijo: Perdona-
49 dos están tus pecados ⁴². Y empezaron los convidados a decir
50 en sí mismos: ¿Quién es éste que aun pecados perdona? ⁴³. Mas
dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; ve en paz ⁴⁴.

do, pues es de día;”— “este hombre está curado de su enfermedad, pues ha reanudado su actividad.” Esta explicación es muy admisible, tanto más cuanto que no sabemos de qué partícula se sirvió Jesús en arameo. Y sin embargo se pregunta involuntariamente por qué ha trasmitido Lucas así el pensamiento del Salvador. Mucho más, no solamente dice: *pues*, sino: *porque* amó mucho. ¿No habría allí una intención, y no nos inclináramos a admitir con Olshausen que estos términos deben hacernos sentir que la fe, la confianza del corazón que recibe el perdón es inseparable del amor, o más bien es ya el amor? (Gál. 5: 6). Creer que Dios perdona, es creer que ama, y ningún pecador se entrega a la certeza de ese amor si no ama ya. “El amor es el criterio del perdón, aun cuando el que ama no tuviera esa idea del perdón.” *Bengel*. Se puede remontar más alto en la experiencia cristiana, y decir sin temor de equivocarse que el arrepentimiento implica ya el amor hacia Dios y que no hay verdadero arrepentimiento sin amor. Así comprendida, la admirable historia que nos ocupa conserva toda su verdad, y no se hace ninguna violencia al texto.

41. Jesús ha expresado la parte de la mujer; estas últimas palabras son la parte del fariseo. El fariseo *ama poco*, extremadamente poco, si se compara a la pecadora. Pero, ¿por qué le es *perdonado poco*? ¿Porque había pecado poco? No, sino porque no lo sentía en su conciencia y no se humillaba. Mientras un hombre no está aún reconciliado con Dios por la certidumbre del perdón, puede ser que comparándose con la ley reconozca y sienta tal o cual pecado particular, que se arrepienta de él, y que pida el perdón y lo obtenga. Pero si no considera ese pecado más que como un hecho exterior y aislado en su vida, si de allí no es llevado a descubrir en su corazón su corrupción, fuente de todos sus pecados, Dios le perdona poco y solamente en

la medida de su arrepentimiento. En tal situación el pecador debiera reconocer su miseria en la frialdad de su corazón impenitente, orgulloso, extraño al amor. Jamás amará mucho si su arrepentimiento no se hace más profundo, más doloroso, y si el amor infinito de Dios no le es personalmente revelado por el perdón completo de todos sus pecados.

42. Estas palabras de misericordia y de salvación había venido a buscar la pobre mujer a los pies de Jesús. Ella las recibe, no como un voto que Jesús haría por ella, sino como una declaración expresa; ella encuentra allí la comunicación misma del perdón que desciende a su corazón y produce en él un silencioso estremecimiento de gozo. Un primer encuentro con Jesús le había revelado la misericordia divina, le había dado la esperanza de participar de ella, y todo su corazón se había vuelto hacia ese Salvador con un amor que le había hecho desafiar todo para llegar hasta él. (v. 37, notas.) Ella le había testificado ese amor de un modo conmovedor. De ahí este verbo en pretérito: “Ella ha amado mucho”. Ahora ella posee en su plenitud la certidumbre personal del perdón y de la salvación. Ella podrá “irse en paz.”—Nos parece que es debilitar la declaración del perdón que es el desenlace de toda esta historia, disminuir su sorprendente realidad, el considerarla, con varios intérpretes, como una simple confirmación de un perdón que ya habría recibido personalmente antes. Se basan para ello en que el verbo está en perfecto pasivo; pero esa forma expresa más bien la permanencia que el pasado de la acción. Lo prueban con evidencia las mismas palabras dirigidas al paralítico (5: 20; Mat. 9: 2), que, ciertamente, no había recibido antes de ese instante el perdón de sus pecados.

43. En su ignorancia, esos hombres se escandalizan de lo que habría debido conmoverlos profunda-

3. Jesús recorre el país enseñando y obrando milagros.

A. 1-21. JESÚS RECORRE GALILEA. PARÁBOLA DEL SEMBRADOR.—1.º Jesús y su séquito. El evangelista nos presenta al Salvador yendo de lugar en lugar para anunciar el reino de Dios, acompañado de los doce y de algunas mujeres que, sanadas por él de sus enfermedades, le asisten de sus bienes. Nos indica el nombre de esas mujeres (1-3).—2.º *La parábola del sembrador*: Habiéndose reunido, una grande multitud a su derredor, le enseña por esta parábola: Un sembrador echaba en tierra su semilla; una parte cayó a lo largo del camino, donde fué hollada y donde las aves la comieron; otra parte cayó sobre la roca, donde, después de haber brotado, se secó por falta de humedad; otra parte entre los espinos, que la ahogaron; otra parte en la buena tierra, donde produjo fruto al ciento por uno (4-8).—3.º *El objeto de la enseñanza en parábolas*. Habiéndole preguntado sus discípulos la significación de esta parábola, les explica ante todo que a ellos ha sido dado conocer los misterios del reino de Dios, pero que a los demás sólo habla en parábolas para que no vean ni comprendan (9, 10).—4.º *Explicación de la parábola*. La semilla es la palabra de Dios; los que reciben la semilla a lo largo del camino son los que oyen la palabra, pero el diablo la arrebató de sus corazones; la roca representa los que reciben la palabra primeramente con gozo, pero superficialmente, y que pronto se retiran; los espinos son las inquietudes, las riquezas, las voluptuosidades de la vida que hacen infructuosa la palabra; la buena tierra representa un corazón honesto y bueno que retiene la palabra y hace producir el fruto (11-15).—5.º *El uso que los discípulos deben hacer de la verdad que les es enseñada por esas parábolas*. La luz que ellos tienen el privilegio de recibir así no es destinada a permanecer oculta, sino a resplandecer para iluminar al mundo. No hay nada secreto que no deba ser manifestado. Que tengan, pues, cuidado cómo escuchan; pues el que tiene, recibirá más; pero el que no tiene perderá aún lo que se imagina tener (16-18).—6.º *La intervención de la madre y de los hermanos de Jesús*. Mientras Jesús prosigue esas enseñanzas, le anuncian que su madre y sus hermanos están fuera deseando verle. Él designa a los que le escuchan y le obedecen, y declara que ellos son su madre y sus hermanos (19-21).

VIII. Y aconteció luego que él iba por ciudades y aldeas predicando y anunciando el reino de Dios ¹; y los doce estaban con él, 2 y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades ²: María, la llamada Magdalena, de la cual

mente. (Véase Mat. 9: 3; Lucas 5: 21, notas.)

44. Jesús continúa dirigiéndose a la mujer, sin preocuparse de los pensamientos no expresados de los adversarios, que sin embargo no se le han escapado, como lo muestra esta palabra: *Mas* dijo.—Es una nueva certeza de su salvación que Jesús da a la pecadora, por estas palabras que son el comentario luminoso de todo el relato y que habrían debido poner término a todas las controversias sobre este punto: *Tu fe te ha salvado*.—Por estas últimas palabras: *Ve en paz*, despide Jesús la mujer, a fin de sustraerla a las observaciones hirientes de los convidados; pero la

despide con el mayor de los bienes en su corazón, la *paz* de Dios. (8: 48.)

1. *Luego*, algún tiempo después de los acontecimientos que preceden (7: 11.) Esta indicación poco precisa de la que nada se puede inferir en cuanto a la cronología, señala sin embargo un momento muy importante en el ministerio de Jesús. Deja de habitar en Capernaúm y viaja como misionero, visitando toda localidad, grande o pequeña, y (gr.) evangelizando el reino de Dios. (Comp. Mat. 3: 2, notas)

2. Era, pues, toda una caravana que seguía a Jesús en sus viajes y misioneros: los doce apóstoles y mujeres

3 habían salido siete demonios³, y Juana, mujer de Chuza, mayordomo de Herodes, y Susana, y muchas otras, las cuales les servían de sus bienes⁴.

4 Y reuniéndose una grande multitud, y yendo a él los de las 5 ciudades, dijo por parábola⁵: Salió el sembrador para sembrar

que, sanadas por él en cuerpo y alma, se consagraban a su servicio. (v. 3, nota.) Para los discípulos era una escuela de evangelización, donde recogían, bajo la dirección del Maestro, preciosas experiencias para su obra futura.

3. *María, llamada Magdalena*, porque era de *Magdalá*, ciudad situada sobre la ribera occidental del lago de Genezaret, al Norte de Tiberias, no debe ser confundida con la mujer penitente. (7: 37, nota.)—No hay ninguna razón para admitir, con muchos intérpretes antiguos y modernos, que estas palabras: *siete demonios* sean una figura que signifique siete vicios. Parece más bien que el evangelista quiere indicar con ellas el más alto grado de un estado de posesión (Mar. 16: 9; comp. Luc. 11: 26); pero ese dominio es tan obscuro para nosotros, que todas las explicaciones no son más que simples conjeturas. (Comp. 8: 30 y Mar. 5: 9, nota.) Se puede suponer solamente que el demonio no obtenía tal imperio sobre las personas sino cuando graves pecados le facilitaban los medios y que su acción se manifestaba entonces por un estado enfermizo. (Véase, sobre los endemoniados, Mat. 8: 28, nota.) María Magdalena había sido, pues, levantada de ese profundo decaimiento físico y moral, y conservó de ello tal gratitud hacia su Libertador que se consagró enteramente a él y le sirvió hasta el pie de la cruz. (Mat. 27: 56.) Por eso fué la primera que tuvo la dicha de volver a verle después de su resurrección. (Juan 20: 1, 11 y sig.)

4. Es una prueba de la originalidad y la exactitud de las fuentes de donde Lucas tomaba (1: 2, 3) la mención del nombre de estas mujeres. *Chuza*, cuya mujer seguía a Jesús, ocupaba un cargo bastante importante en la corte de Herodes Antipas, puesto que era su *mayordomo*. Se ha supuesto que él era aquel señor de

la corte cuyo hijo había sanado Jesús, y que había "creído con toda su casa." (Juan 4: 53.) Se ha supuesto también que la mujer de Chuza había perdido su marido cuando empezó a seguir a Jesús. Son conjeturas, que no tienen en sí mismas nada de inadmisibles, pero que no se fundan en ningún dato de los evangelios. En cuanto a *Susana* y a esas otras muchas mujeres, nada sabemos acerca de ellas.—Una observación muy interesante es añadida por el evangelista; esas mujeres *asistían con sus bienes* a Jesús y sus discípulos. Hay en el griego: *les servían* (comp. Mat. 37: 55; Mar. 15: 41), es decir sin duda que, en los viajes de que habla Lucas (v. 1), ellas preparaban sus comidas, cuidaban de todo lo que atañe a la vida material, les hacían, en una palabra, los servicios de que habrían sido capaces mujeres y hermanas. Y como Jesús era pobre y sus discípulos habían abandonado todo para seguirle, esas mujeres empleaban sus *bienes* para mantenerlos. ¡Qué humildad en Jesús, que "no teniendo un lugar donde reposar su cabeza", consentía en vivir de la caridad de los que él había enriquecido de bienes espirituales!—El texto recibido, con *Sim., A.*, dice: *les servían*, refiriendo la asistencia de esas mujeres a Jesús solo. Pero es evidente que los discípulos no eran excluidos de sus cuidados, y la lección: *les servían* es con mucho la más autorizada.

5. Una *grande multitud* seguía a Jesús; pero además, *de cada ciudad*, en la región por donde pasaba (v. 1), nuevas muchedumbres iban a él. Mateo y Marcos describen con mayor exactitud que Lucas el lugar y la escena de esa gran convergencia de pueblo y de la predicación de Jesús. Esta se realizó sobre todo en *parábola*. Lucas emplea esta palabra en singular porque no refiere más

su semilla⁶; y sembrando él, uno cayó a lo largo del camino, y 6 fué hollado⁷, y las aves del cielo lo devoraron. Y otro cayó sobre 7 la roca⁸, y en brotando se secó, por no tener humedad⁹. Y otro cayó en medio de los espinos, y brotando juntamente los 8 espinos lo ahogaron. Y otro cayó en la buena tierra; y brotando, produjo fruto al céntuplo¹⁰. Diciendo esto clamaba: El que tiene oídos para oír, oiga¹¹.

9 Y le preguntaban sus discípulos qué sería esta parábola. 10 Y él dijo: A vosotros es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas, para que viendo no 11 vean, y oyendo no entiendan¹². Mas la parábola es ésta: La semilla es la palabra de Dios. Y los que a lo largo del camino¹³ son los que han oído; luego viene el diablo y quita la palabra 13 de su corazón para que no sean salvados creyendo. Y los sobre la roca son los que, cuando oyen, con gozo reciben la palabra;

que una. Véase, sobre ese modo de enseñanza, Mat. 13: 3, nota, y, sobre la parábola del sembrador que va a seguir, Mat. 13: 1-23, notas, y Mar. 4: 1-20, notas. No haremos notar sino lo que es particular a Lucas.

6. "Hay en estos términos acumulados algo de familiar y de solemne a la vez, que excita la atención." Meyer. Véase, sobre estas primeras palabras de la parábola. Mar. 4: 3, nota.

7. Los granos de semilla caídos a lo largo del camino debían ser hollados por los transeuntes. Lucas solo ha hecho notar este detalle, que Jesús no explica luego (v. 12), pero que no deja de ser una de las causas por las cuales esa parte de la semilla queda improductiva.

8. La roca cubierta de una ligera capa de tierra. Es lo que los otros dos evangelistas llaman "lugares pedregosos."

9. La falta de *humedad*, expresión particular a Lucas, que Mateo y Marcos reemplazan por la de falta de *profundidad*, y por ésta: *no tener raíz*. (v. 13.) Estas tres causas de esterilidad, que se completan, se hallan realmente en la naturaleza del suelo.

10. Lucas indica por estas palabras *al céntuplo* el más alto grado de productividad, mientras que Mateo y Marcos señalan también los grados inferiores: *ciento, sesenta, treinta*.

11. Según los tres evangelistas, Jesús añade inmediatamente a la parábola esta sería advertencia; pero Lucas solo observa que lo hace en alta voz: *clamaba*, elevaba la voz.

12. Véase, sobre esta respuesta, mucho más desarrollada en el primer evangelio, Mat. 13: 11-17, notas.—En los relatos de Marcos y de Lucas, Jesús pronuncia palabras que no responden a la pregunta de los discípulos. Estos le pedían simplemente la explicación de la parábola (v. 9), explicación que les da, en efecto, más tarde. (v. 11.) Pero Mateo nos hace saber que los discípulos le habían hecho otra pregunta también: "¿Por qué les hablas en parábolas?" A esta primera pregunta importante Jesús responde primeramente: después de lo cual, volviendo a la segunda, les indica el sentido de la parábola.

13. Lucas identifica la palabra divina con los efectos producidos por ella, y éstos con las personas en quienes el fenómeno se realiza. De ahí estas expresiones inusitadas: *los* (sembrados) *a lo largo del camino* (v. 12); *los que son sobre la roca*; *no tienen raíz* (v. 13); *son ahogados* (v. 14); y sólo en el v 15 hace el evangelista resaltar el sentido espiritual de la figura. ¡No hay en esta manera irregular de expresarse la intención de hacer remontar hasta el hombre la responsabilidad de la acción diversa que ejerce la palabra

mas éstos no tienen raíz, los que por un tiempo creen y en tiempo de tentación se apartan. Y el que entre los espinos cayó, éstos son los que han oído, y yéndose, son ahogados por las congojas y las riquezas y los placeres de la vida ¹⁴, y no llevan fruto a la madurez. Mas el en la buena tierra, éstos son los que, en corazón honesto y bueno habiendo oído la palabra la retienen y fructifican en perseverancia ¹⁵. Y nadie, encendiendo una lámpara, la cubre con un vaso o la pone bajo un lecho, sino sobre su pie la pone, para que los que entran vean la luz. En efecto, no hay cosa oculta que no se hará manifiesta, ni cosa escondida que no será de cierto conocida y saldrá a luz. Mirad, pues, cómo oís ¹⁶, pues a cualquiera que tuviere será dado; y a cualquiera que no tuviere, aun lo que piensa tener le será quitado ¹⁷. Y fueron a él su madre y sus hermanos ¹⁸, y no podían llegar hasta él por causa de la multitud. Y le fué anunciado: Tu madre y tus her-

divina? Es él quien consiente en ser salvado por ella, o quien permanece voluntariamente en esterilidad y muerte.

14. Los dos primeros evangelios indican, como sentido moral de las espinas, las inquietudes y las riquezas; Lucas añade los placeres, que son ciertamente una de las principales causas de la ineficacia de la palabra santa.

15. Dos detalles son particulares a Lucas: primeramente ese corazón honesto y bueno, en el cual estos últimos oyentes reciben y retienen la palabra; luego esa perseverancia (gr. *paciencia*) con que llevan fruto. No se debe promover la cuestión dogmática de saber si un hombre puede, antes de haber oído y recibido la palabra divina, llevar en sí un corazón honesto y bueno. Los hombres presentan, en grados muy diversos, disposiciones buenas o malas respecto de la verdad. Por otra parte, la buena tierra que produce fruto ha soportado ya una preparación por la labranza, el abono, etc., antes de la siembra. Así, hay toda una obra preventiva de la gracia de Dios que ilumina a un alma sobre sus necesidades, su pobreza, la hace humilde, sincera, sedienta de justicia y de luz, y la prepara para el momento en que el evangelio le será anunciado.

16. Marcos (4: 21, 22, notas), lo mismo que Lucas, coloca estas advertencias a continuación de la parábola

del sembrador, y las palabras: *Tened cuidado como escucháis*, no dejan duda alguna sobre las relaciones que hay entre estas dos instrucciones. La luz que Jesús trae a sus discípulos por sus enseñanzas, no debe ser puesta debajo de un vaso, ni bajo un lecho (diván sobre el cual se recostaban para comer), sino que debe resplandecer en el mundo. Jesús emplea frecuentemente esa figura en aplicaciones diversas. (11: 33; Mat. 5: 15; Mar. 4: 21.) Lo mismo ocurre con la declaración del v. 17. (12: 2; Mat. 10: 26, 27, nota; Mar. 4: 22, nota.)

17. Véase Mat. 13: 12, nota; 25: 29; Mar. 4: 25. Aquí, como en Marcos, esta sentencia, que enuncia una ley del reinado de Dios, significa que el que escucha atentamente tiene ya un don precioso, y, por la verdad que recibe, le es dado aún mucho más; y cuanto más fiel sea en el empleo de lo que le es confiado, tanto más le será dado. Al que, al contrario, no tiene ni aun la necesidad de la verdad y de la vida, lo que por otra parte pueda tener le será quitado. En ese estado, se hace muchas ilusiones; es lo que Lucas da a entender con esta expresión: *lo que piensa tener*. (Comp. 19: 26, donde Lucas no habría podido expresarse así.)

18. Según B, D, habría que traducir: "Y su madre fué él con sus hermanos." (Véase Mar. 3: 31, nota.)

21 manos están fuera, queriendo verte. Mas él, respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son éstos que oyen la palabra de Dios y la observan ¹⁹.

B. 22-25. JESÚS CALMA UNA TEMPESTAD.—1.º *El peligro*. Uno de esos días entra Jesús en un barco con sus discípulos para atravesar el lago. Durante el trayecto se duerme. Un torbellino de viento levanta las olas, que llenan el barco y lo ponen en peligro (22, 23.)—2.º *La liberación*. Aproximándose los discípulos le despiertan: ¡Maestro, perecemos! Mas él ordena a los vientos y a las olas, y se calman. Entonces les dice ¿Dónde está vuestra fe? Ellos se llenan de temor y se preguntan quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen (24, 25).

22 Y aconteció en uno de los días, que entró él en un barco y sus discípulos, y les dijo: Crucemos al otro lado del lago; y se hicieron a la mar ²⁰. Y navegando ellos se durmió. Y bajó un torbellino de viento al lago, y se llenaban, y peligraban ²¹. Y allegándose le despertaron, diciendo: ¡Señor, Señor, perecemos! ²². Mas él, despertando, reprendió al viento y a la ola del agua; y cesaron, y se produjo bonanza. Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? ²³. Y temiendo se admiraron, diciendo unos a otros: ¿Quién, pues, es éste, que aun a los vientos ordena, y al agua, y le obedecen?

C. 26-39. CURACIÓN DEL ENDEMONIADO DE GADARA.—1.º *El encuentro*. Jesús aborda en el país de los gadarenos. Un hombre poseído de demonios desde mucho tiempo, y que no podía soportar ni vestido ni habitación, sino que frecuentaba los sepulcros, va a su encuentro, se arroja con un grito a sus pies, le proclama Hijo del Dios Altísimo y le suplica que no le atormente

19. Véase, sobre este relato, Mat. 12: 46-50, notas; Mar. 3: 31-35, notas. Este último evangelista es el único que motiva esta visita de la madre y hermanos de Jesús e indica el verdadero significado de ella, en el v. 21 del mismo capítulo.

20. Véase, sobre este relato, Mat. 8: 23-27, notas; Mar. 4: 35-41, notas.—Según Mateo y Marcos (4: 35), era en la tarde de un día que Jesús había pasado enseñando las multitudes y obrando numerosas curaciones. (Mat. 8: 16.) Lucas indica de un modo menos preciso el momento de esta partida: *aconteció un día*. Pero en él, como en Mateo y Marcos, el apaciguamiento de la tempestad forma parte de una serie de relatos, la misma en los tres evangelios, que comprende la curación del endemoniado (v. 26 y sig.), la curación de una mujer enferma (v. 43 y sig.), la resurrección de la hija de Jairo (v. 41 y sig.). Esos hechos probablemente

estaban ligados cronológicamente y habían señalado el momento en que el ministerio de Jesús en Galilea alcanzó su más alto grado de poder. Vemos, en efecto, en estos hechos, el poder del Salvador ejercerse sobre las fuerzas de la naturaleza y aun sobre la muerte, no menos que sobre las enfermedades.

21. Gr. *y un torbellino de viento descendió* (de las gargantas de la montaña) sobre el lago, y se llenaban (de agua, metonimia por la cual los navegantes son puestos en lugar del barco.)

22. Véase, sobre esta exclamación de los discípulos, Mar. 4: 38, nota.

23. Véase, sobre esta pregunta que extraña a primera vista, Mat. 8: 26, nota; Mar. 4: 40, nota.—La débil fe de los discípulos creció a la vista de ese milagro mismo, pues son llenados de admiración hacia Aquel que ordena a la naturaleza, ¡y ésta le obedece! (v. 25.)

(26-28).—2.º *La condición del enfermo y la investigación de Jesús.* Esa súplica era motivada por la orden de salir que Jesús había dado al demonio. El evangelista explica, para mostrar la dificultad de esa curación, que la posesión era antigua y se manifestaba por crisis sucesivas y de una violencia incoercible. Jesús interroga al demonio. Declara llamarse Legión, porque es una pluralidad de malos espíritus. Estos suplican a Jesús que no los envíe al abismo, sino que los deje ir a una gran pira de cerdos. Jesús se lo permite (29-32).—3.º *La curación y el efecto producido.*—a) *La expulsión de los demonios.* Los demonios salen del poseído y entran en los cerdos, que se precipitan en el lago (33).—b) *Los habitantes de la comarca.* Los que guardaban la pira huyen y llevan la noticia a la ciudad. Los habitantes salen, comprueban la curación y, llenos de temor, ruegan a Jesús que se aleje (34-37).—c) *El endemoniado sanado.* Este pide a Jesús permiso para seguirle. Jesús se lo rehusa, y le ordena referir a los suyos la liberación de que ha sido objeto. Él la publica en toda la ciudad (38, 39).

26 Y abordaron en la región de los gadarenos²⁴, que está en
27 frente de Galilea. Y salido él a tierra le encontró cierto varón
de la ciudad, que tenía demonios desde mucho tiempo, que no
vestía vestido²⁵ y no moraba en casa, sino en los sepulcros.
28 Y viendo a Jesús, exclamando se postró ante él y con grande voz
dijo: ¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te
29 suplico, no me atormentes. Mandaba Jesús, en efecto, al espíritu
impuro que saliera del hombre, pues desde mucho tiempo le había
cogido y era guardado y atado con cadenas y grillos, y rompiendo
30 las prisiones era llevado por el demonio a los desiertos²⁶. Y
Jesús le preguntó, diciendo: ¿Qué nombre tienes? Y él le dijo:

24. Véase, sobre esta curación de un endemoniado, Mat. 8: 28-34, notas, y Marcos 5: 1-20, notas.—Es casi imposible fijar la verdadera lección de este nombre propio que, según los manuscritos, varía entre *Gadarenos* (texto recibido, *A, mayúsc.*), *Gergesenos* (*Sin.*, vers. egip.), y *Gerazenos* (*B, D, Italia*). Véase Mat. 8: 28, nota.

25. *Sin.*, *B*, dicen: "un hombre... teniendo demonios; y desde mucho tiempo no llevaba vestido."—El texto recibido parece haber conservado la lección original.

26. *B* y algunas *mayúsc.* tienen: *Pues mandó o había mandado* al espíritu impuro. *Sin.*, *A, C*, y la mayor parte de las *mayúsc.* tienen ese verbo en imperfecto, *mandaba* (en Marcos *le decía*), lo que indica una acción repetida, prolongada. El demonio no obedeció a las primeras órdenes de Jesús, sino que se exasperó. De ahí su grito y su súplica. (v. 28.) El evangelio

detalles relativos a la condición física y moral de ese desdichado, en la intención, sin duda, de hacer resaltar la dificultad que presentaba su curación. Su alejamiento de la vida social era tal, que no soportaba ni vestido ni domicilio, sino que buscaba la soledad de los sepulcros impuros; en el furor que excitaba en él el espíritu malo y por la fuerza sobrehumana que le comunicaba, rompía sus prisiones, quebraba las cadenas con las que era retenido y los grillos que tenía en los pies; luego era llevado por el espíritu al desierto. Lucas observa, por último, dos veces (v. 27 y 29), que el demonio se había apoderado de ese hombre desde hacía mucho tiempo. El segundo desde mucho tiempo (v. 29) puede traducirse por muchas veces. M. Godet prefiere este sentido, porque evita una repetición. El evangelista quería decir que el enfermo tenía crisis sucesivas con intervalos de calma. Se habría aprovechado de esos momentos para cargarle de cadenas.

31 Legión, porque muchos demonios habían entrado en él²⁷. Y le
32 rogaban que no les ordenara irse al abismo²⁸. Y había allí una
piara de muchos cerdos paciendo en el monte; y le rogaron que
33 les permitiera entrar en aquéllos; y se lo permitió. Y saliendo
los demonios del hombre, entraron en los cerdos, y se precipitó
34 la piara barranca abajo al lago, y se ahogó. Y viendo los que
los aracentaban lo acontecido, huyeron y lo contaron en la ciudad y
35 en los campos. Y salieron a ver lo acontecido; y fueron a Jesús
y hallaron sentado al hombre de quien habían salido los demonios,
vestido y en sano juicio, a los pies de Jesús; y temieron.
36 Y les contaron los que lo habían visto cómo había sido sanado el
37 endemoniado²⁹. Y le rogó toda la muchedumbre de los alrededores
de los gadarenos que se fuera de ellos, porque eran sobre-
38 cogidos de gran temor. Y él, entrando al barco, se volvió. Y le
suplicaba el varón del cual habían salido los demonios para estar
39 con él; mas él le despidió diciendo: Vuelve a tu casa y refiere
cuánto te ha hecho Dios³⁰. Y se fué por la ciudad entera publi-
cando cuánto le había hecho Jesús³¹.

D. 40-56. RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO. CURACIÓN DE UNA MUJER ENFERMA.—1.º *Jesús solicitado por Jairo.* De regreso a la orilla occidental es Jesús objeto de solicitud acogida de parte de la multitud. Un jefe de la sinagoga, Jairo, le suplica que vaya a su casa, donde su hija única se muere. Se traslada allí, apretado por la multitud (40-42).—2.º *Jesús retardado por una mujer enferma.*—a) *La curación obtenida.* Una mujer, que sufría un flujo de sangre desde hacía doce años y se hallaba reducida a la miseria, toca el borde de su vestido y es sanada al instante (43, 44).—b) *La curación confesada y la fe confirmada.* Jesús pregunta quién le ha tocado. Nadie responde. Pedro y los discípulos le hacen observar que las multitudes le tocan y le aprietan. Jesús repite que alguien lo ha tocado, pues reconoce que una

27. Estas últimas palabras son una observación del evangelista destinada a explicar ese término de *legión*. En Marcos (5: 9), es el endemoniado mismo quien dice: "Pues somos muchos." (Véase la nota.) De ahí también la expresión de Lucas (v. 27): *que tenía demonios*.

28. Es necesario notar esas palabras en plural *ellos le rogaban*, *les ordenara*. Son, pues, los demonios quienes hablan. El *abismo* adonde los demonios temen volver parece ser el lugar donde son retenidos y castigados. (Apoc. 9: 1, 2, 11; 11: 7, etc.; comp. 2 Pedro 2: 4; Judas 13.) Marcos (5: 10, nota), les atribuye este pedido: "que no les enviara fuera de la región." Esta diferencia muestra, como muchas otras, la completa independencia de unos evangelistas respecto de los otros.

29. *Gr. salvado.* Véase, sobre toda esta escena, Mar. 5: 12-15, notas. Este evangelista la cuenta con los mismos detalles que Lucas.

30. Marcos agrega aquí: "y cómo ha tenido misericordia de ti." En cuanto a los motivos de la denegación que Jesús hace a ese hombre de seguirle, y a la orden que le da, véase Marcos 5: 19, nota.

31. En lugar de *por toda la ciudad*, Marcos dice con más exactitud: *en Decápolis*. (Véase, sobre este nombre, Mat. 4: 25, nota.) Es necesario notar la diferencia entre la orden dada: "Cuenta lo que Dios te ha hecho", y su ejecución: "publicó lo que Jesús le había hecho."— "Jesús atribuye todo a Dios; pero el enfermo no podría olvidar el instrumento." *Godet*.

potencia ha salido de él. La mujer, viéndose descubierta, va temblando a confesar su acción. Jesús le dice: Tu fe te ha salvado; ¡ve en paz! (45-48). 3.º *Jesús conforta y resucita.*—a) *La anunciación de la muerte.* Se viene a decir a Jairo que su hija ha muerto. Jesús confirma su fe, conmovida por esta noticia, asegurándole que su hija será salvada (49, 50).—b) *En la casa de Jairo.* Jesús no admite el aposento de la muerta sino a Pedro, Jacobo y Juan, y a los padres. Declara a los que lamentan que la niña no está muerta; se burlan de él (51-53).—c) *La resurrección.* Jesús toma la mano de la muerta y, con voz fuerte, le ordena levantarse. Su espíritu vuelve y se levanta. Jesús le hace dar de comer y manda a sus padres estupefactos que no divulguen ese milagro (45-56).

40 Y volviendo Jesús le recibió la multitud, pues estaban todos
41 aguardándole³². Y he aquí, fué un varón cuyo nombre era Jairo,
y éste era jefe de la sinagoga. Y cayendo a los pies de Jesús le
42 rogaba que entrara en su casa, porque tenía una hija unigénita
como de doce años, y ésta se moría³³. Y yendo él, las multitudes
43 le sofocaban³⁴. Y una mujer que tenía flujo de sangre desde
hacia doce años, la cual, habiendo gastado en médicos su subsis-
44 tencia entera, no había podido ser sanada por ninguno, allegán-
dose por detrás tocó la franja de su manto³⁵, e inmediatamente
45 el flujo de su sangre se detuvo. Y dijo Jesús: ¿Quién es el que
me ha tocado? Mas negándolo todos, dijo Pedro y los que con
46 él estaban: Señor, las multitudes te aprietan y te oprimen³⁶. Mas
Jesús dijo: Alguien me ha tocado, pues yo he conocido que una
47 potencia ha salido de mí³⁷. Y viendo la mujer que no se había

32. La multitud, que Jesús había dejado sobre la ribera, se había reunido de nuevo, desde que pudo esperar su regreso. (Mar. 5: 21.) Ella le acogió con presura, como lo hace sentir esta observación de Lucas: *pues todos le esperaban.* Jesús, que acababa de obrar una curación difícil, halla nuevos trabajos, otras liberaciones a realizar. Véase, sobre los dos milagros que siguen, Mat. 9: 18-26, notas, y Mar. 5: 21-43, notas.

33. Es necesario notar este verbo en imperfecto, que expresa exactamente el dicho del padre en Marcos: "Mi hija está a punto de muerte." Según Mateo, que por su costumbre de abreviar reúne en una sola frase la súplica del padre y el mensaje que recibió luego, la joven habría estado ya muerta.—Marcos y Lucas nos hacen conocer la edad de esa niña, y éste último nos hace saber que era *hija única*, circunstancia que hacía más cruel la angustia del padre.

34. Gr. *las multitudes le ahogaban.* Marcos (5: 24) emplea una expre-

sión igualmente enérgica: "le hollaban." (Comp. v. 45.)

35. El *borde inferior* o probablemente en un sentido más preciso, la *franja* o la *borla* que la ley ordenaba a los israelitas llevar en las cuatro esquinas de su vestido exterior. (Núm. 15: 38; Deut. 22: 12.)

36. Gr. *te hollan*, es decir: "te aprietan hasta aplastarte."—El pensamiento de Pedro es suficientemente expresado con estos términos. El texto recibido lo completa añadiendo: "y dices: ¿Quién me ha tocado?" Estas palabras omitidas por Sin., B, son probablemente tomadas de Marcos.

37. Según el relato de Marcos y de Lucas, la enferma fué sanada por tocar tan solo los vestidos de Jesús (v. 44) y sin una acción consciente y querida del Salvador, quien sin embargo sintió que una *potencia* o una *fuerza* salutífera había salido de él. Marcos (5: 30) menciona solamente la impresión que Jesús había tenido. Según Lucas, Jesús habría enunciado esa impresión y refutado así más

ocultado, temblorosa fué y postrándose ante él contó en presencia de todo el pueblo por qué causa lo había tocado, y cómo había
48 sido sanada inmediatamente. Mas él dijo: Hija, tu fe te ha sal-
49 vado; ve en paz³⁸. Hablando aún él, llega alguien [de casa] del
jefe de sinagoga, diciendo: Muerto ha tu hija; no fatigues más
50 al maestro³⁹. Mas Jesús, oyéndolo, le respondió: No temas; cree
51 sólo y será salvada. Y llegando a la casa no dejó entrar a nadie
consigo sino a Pedro y a Juan y a Jacobo, y al padre de la niña
52 y a la madre⁴⁰. Y lloraban todos, y se lamentaban sobre ella;
53 mas él dijo: No lloréis; no ha muerto, sino duermo. Y se mofaban
54 de él, sabiendo que había muerto⁴¹. Mas él, cogiendo su mano,
55 clamó, diciendo⁴²: Niña, levántate. Y volvió su espíritu⁴³, y se
56 levantó inmediatamente. Y ordenó que le dieran de comer. Y se
pasmaron sus padres, mas él les mandó que a nadie dijeran lo
acontecido⁴⁴.

perentoriamente la objeción de los discípulos.—La naturaleza especial de este milagro ha sido para muchos intérpretes una piedra de tropiezo. Véase, a este respecto, Mar. 5: 30, nota.

38. A todos estos términos, que expresaban la tierna compasión del Salvador y eran apropiados para consolar la mujer, el texto recibido añade después de: Hija, estas palabras: *ten buen ánimo*, omitidas por Sin., B, D, y tomadas de Mateo.

39. El texto recibido omite *más*. Esta palabra se lee en Sin., B, D, y expresa una idea necesaria. Marcos emplea un término equivalente.

40. El texto recibido dice: "Y entrando en la casa, no dejó entrar a nadie, sino;" por lo que habría que entender que prohibió a los demás aun la entrada en la casa, lo que supondría que la madre de la niña había ido también a su encuentro a la calle. Con la lección de Sin., A, B, C, *mayúsc.*, la situación es la siguiente: Habiendo llegado Jesús a la casa, no deja entrar en la cámara mortuoria más que a los tres discípulos y a los padres de la niña.

41. Si el evangelista hubiera querido contar, no una muerte real, sino un simple letargo, como se ha inferido, erróneamente, de las palabras de Jesús (v. 52), habría dicho: *creyendo que*, y no *sabiendo que*.

42. El texto recibido empieza este versículo por estas palabras: "Pero él, echando afuera a todos", que, omi-

tidas en Sin., B, D, son tomadas aquí del relato de Mateo.—Jesús emplea dos medios para volver a la vida esa niña: el tocamiento y la palabra (gr. *elevó la voz, diciendo*): Ambos eran necesarios. Detalles semejantes prueban que las fuentes de donde Lucas tomaba provenían de testigos oculares. Marcos (5: 41-43), que toma sus datos de Pedro, cuenta el hecho con más abundancia aun de detalles. (Véase las notas.)

43. Lucas caracteriza por estos términos, que le son propios, la resurrección de la niña. La muerte es la separación del *espíritu* y del cuerpo; Jesús, por su palabra potente, hace volver ese espíritu, y la niña revive. (Comp. Act. 20: 10.)

44. Véase, sobre la orden que Jesús a menudo da de no publicar sus milagros, Mat. 8: 4; comp. Mar. 7: 36; 8: 26.—"El relato de este doble milagro tiene, en cada detalle, el sello de la verdad, de la sencillez y de la grandeza. Esa angustia del padre y esa riesdosa timidez de la mujer; esa agitación del pueblo y esa tranquilidad majestuosa del Señor; esa extrañeza de los discípulos y esta declaración positiva y reiterada: *Alguien me ha tocado*; esa risa incrédula de los unos (v. 53) y esa explosión de dolor en los otros (v. 52); esa majestad que ordena a la muerte, y ese cuidado de ocultar sus efectos milagrosos, todo eso forma un cuadro inimitable, de una viva realidad histórica." Oosterzee.

III. EL FIN DEL MINISTERIO EN GALILEA

1. La misión de los doce.

1-9. UN ÚLTIMO LLAMADO A GALILEA. LAS INQUIETUDES DE HERODES.—
1.º *La misión de los doce.*—a) *Su envío.* Jesús reúne los doce; les confiere dones de sanidad y los envía a predicar el reino de Dios (1, 2).—b) *Instrucciones que les son dadas.* No llevar ninguna provisión. Permanecer en la casa donde hayan entrado. Sacudir el polvo de sus pies contra los que no los recibieren (3-5).—c) *El cumplimiento de su misión.* Recorren las aldeas evangelizando y sanando (6).—2.º *Herodes perplejo.* Herodes, oyendo hablar de lo que ocurre, está inquieto, porque unos ven en Jesús a Juan resucitado, otros a Elías o uno de los antiguos profetas, que aparecería nuevamente. Herodes se dice que él ha hecho decapitar a Juan. Procura ver a Jesús (7-9).

IX. Y convocando a los doce, les dió potencia y autoridad sobre 2 todos los demonios, y el sanar enfermedades¹. Y los envió a 3 predicar el reino de Dios y a sanar². Y les dijo: Nada toméis para el camino, ni bordón, ni saco, ni pan, ni dinero, ni tengáis 4 cada uno dos túnicas³. Y en cualquier casa en que entrareis, allí 5 posad y de allí salid⁴. Y cuantos no os recibieren, . . . saliendo de aquella ciudad aun el polvo sacudid de vuestros pies, en testimonio 6 contra ellos⁵. Y saliendo, iban por las aldeas anunciando el evangelio y sanando por todas partes⁶.

1. Véase, sobre esta primera misión de los apóstoles, Mat. 10: 1-15, notas; Mar. 6: 7-13, notas. Lucas, como los otros dos sinópticos, recuerda que Jesús empieza por conferir a sus discípulos los dones necesarios a su misión. Esto está en orden. Lucas solo emplea estos dos términos casi sinónimos: *poder* y *autoridad*; el primero indica el poder efectivo de expulsar los demonios, el segundo la competencia para ejercer ese poder. Los apóstoles reciben, además, el don de sanar las enfermedades. Esta última frase depende del verbo: *Les dió*. Aquí, como en todas partes, los evangelistas distinguen netamente la liberación de los endemoniados de la curación de las enfermedades. —Hay algo de solemne en las primeras palabras: *Convocando a los doce*. (Erróneamente agrega el texto recibido: *discípulos*); Lucas designa frecuentemente a los apóstoles por estas palabras: *los doce*, porque ocupan una posición única en la iglesia. (Mar. 3: 15, nota.)

2. *Predicar y sanar*: tal es la doble misión del apostolado. (Mat. 10:

7, 8; Mar. 3: 14, 15.) El texto recibido dice: *sanar los enfermos*; ese complemento es inútil y la mayor parte de los críticos lo consideran no auténtico, aun cuando es sostenido por todos los testimonios, excepto B y la Siríaca de Curetón.—Véase, sobre el reino de Dios. Mat. 3: 2, nota 2.º.

3. Véase, sobre esta orden, Mat. 10: 10, nota, y Mar. 6: 9, nota. El texto recibido dice: "ni bordones."—Cada uno es omitido en Sin., B, C.

4. Es decir, cuando os hubieren recibido en una casa, allí debéis quedar hasta que partáis de esa ciudad, sin permitir cambios que podrían ofender a los que os han ofrecido hospitalidad. (Mar. 6: 10.)

5. Mat. 10: 14; Mar. 6: 11, notas. Aun, delante de "el polvo", falta en Sin., B, D.

6. Marcos (6: 12, 13) indica más detalladamente la triple acción de los discípulos que "predicaban, expulsaban los demonios y sanaban los enfermos", según la orden y el poder que su Maestro les había dado.

7 Y oyó Herodes el tetrarca hablar de todo lo que acontecía⁷, y estaba perplejo, por ser dicho por algunos: Juan ha resucitado 8 de entre los muertos; y por otros: Elías ha aparecido; y por otros: 9 Algún profeta de los antiguos ha resucitado⁸. Mas Herodes dijo: A Juan yo decapité, mas ¿quién es éste, sobre quien oigo yo tales cosas? Y procuraba verle⁹.

2. Retiro a Betsaida. Multiplicación de los panes.

10-17. MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES.—1.º *La ocasión.* Habiendo regresado los apóstoles de su misión, los lleva Jesús a un lugar solitario. Es seguido por la multitud, a la que anuncia la palabra de Dios y cuyos enfermos sana (10, 11).—2.º *Los preparativos.* Como la noche se acerca, los discípulos piden a Jesús que despida las multitudes, para que vayan a las aldeas vecinas a buscar alojamiento y comida. Mas Jesús les dice: Dadles vosotros mismos de comer. Los discípulos objetan que sólo tienen algunos panes para alimentar a cinco mil hombres! Jesús ordena que hagan sentar a todos por hileras de cincuenta personas (12-15).—3.º *El milagro.* Habiendo tomado Jesús los panes, los bendice y los rompe; los da a los discípulos. Todos son saciados, y recogen doce cestas de sobrantes (16, 17).

10 Y vueltos los apóstoles le refirieron cuanto habían hecho. Y tomándolos consigo se retiró aparte, a una ciudad llamada 11 Betsaida¹⁰. Mas sabiéndolo las multitudes, le siguieron. Y re-

7. El texto recibido con A y *mayúsculas* dice: "de todo lo que era hecho por él (Jesús)." Estas últimas palabras faltan en Sin., B, C, D.

8. Véase, sobre esos temores supersticiosos de Herodes, Mat. 14: 1, 2, notas, y Mar. 6: 14-16, notas. Según los dos primeros evangelistas es Herodes mismo quien expresa la idea contenida en estos versículos, mientras que Lucas la pone en boca de sus cortesanos. No hay en ello ninguna contradicción, pues si otros habían inspirado a Herodes ese pensamiento, él se lo había apropiado, y estaba lleno de temor; era, pues, natural que él mismo lo expresara.—Es necesario observar aquí un matiz significativo: mientras se decía que Juan o alguno de los profetas había resucitado, Elías, había, se pensaba, aparecido; es que Elías, según la escritura, no había muerto, sino que había sido transportado directamente al cielo. (2 Reyes 2).

9. Es necesario observar ese *yo* dos veces repetido. Sin., B, C lo omiten la segunda vez, pero es más probable que haya sido suprimido que añadido. La repetición muestra la conciencia espantada de Herodes. Mateo

y Marcos cuentan en detalle cómo había Herodes hecho decapitar a Juan el Bautista. Lucas solo ha conservado este detalle, que Herodes procuraba ver a Jesús. Puede haberlo sabido por discípulos que pertenecían a la casa de Herodes. (Luc. 8: 3; Act. 13: 1.) Ese príncipe voluptuoso y cobarde debía hallarse en presencia del Salvador un año más tarde, pero para ver a Jesús condenarle por su silencio (23: 8 y sig.)

10. El texto recibido, con A, C, *mayúsc.* dice: *a un lugar desierto de una ciudad llamada Betsaida*. Sin. dice simplemente: *a un lugar desierto*. La *Itala*, una de las vers. siríacas, la vulgata: *a un lugar desierto llamado Betsaida*. La mayor parte de los críticos admiten la lección de B y de algunas *mayúsc.*; *a una ciudad llamada Betsaida*. No se trata de la Betsaida situada entre Capernaúm y Tiberias, sobre la orilla occidental del lago, patria de Pedro, de Andrés y de Felipe (Juan 1: 44); pues, según Mateo (14: 13 y Marcos (6: 32), Jesús se trasladó al borde oriental del lago, sirviéndose de un barco, lo que está también conforme con el relato de Juan. (6: 17.)

cibiéndolas, les hablaba sobre el reino de Dios y sanaba a los
 12 que tenían necesidad de curación¹¹. Y el día empezó a declinar;
 y allegándose los doce le dijeron: Despide la multitud, para que
 yendo a las aldeas y campos circundantes se alojen y hallen víve-
 13 res, pues aquí estamos en lugar desierto. Mas él les dijo: Dadles
 vosotros de comer. Mas ellos dijeron: No tenemos más de cinco
 panes y dos peces; a menos que yendo nosotros compremos co-
 14 mida para todo este pueblo¹². Eran, en efecto, como cinco mil
 varones. Y dijo a sus discípulos: Hacedlos reclinar por compa-
 15 ñas, como de cincuenta cada una. Y lo hicieron así, e hicieron
 16 reclinar a todos. Y tomando los cinco panes y los dos peces, le-
 vantando los ojos al cielo los bendijo, y rompió, y daba a los
 17 discípulos, para ponerlos delante de la multitud¹³. Y comieron
 y se hartaron todos; y fué llevado lo que les sobró, doce cestas
 de pedazos¹⁴.

Lucas da la misma indicación al decir que Jesús *se retiró aparte*, lo que no habría podido hacer en la vecindad inmediata de Betsaida de la ribera occidental, teatro principal de sus trabajos. Betsaida Julias, al Nord-Este del lago, es también mencionada por Marcos. (8: 22, nota.)—El milagro de la multiplicación de los panes es referido por los cuatro evangelistas. (Mat. 14: 13-21; Mar. 6: 30-44; Juan 6: 1-13)—¿Cuál es la causa de esta retirada? Mencionando el *regreso* de los discípulos, Lucas hace suponer que Jesús sentía la necesidad de conversar en particular con ellos, y de procurarles algún reposo; y es lo que Marcos declara expresamente (6: 31). Mateo (14: 12, 13) pone la retirada de Jesús en relación con la muerte de Juan el Bautista, que los discípulos de ese último acababan de hacerle saber. Ese doble motivo podía inspirar al Salvador, que sabía que la hora de sus sufrimientos se acercaba y no tardó en anunciarlos a sus discípulos. (v. 22; Mat. 16: 21; Mar. 8: 31.)

11. Lucas no nos dice ni cómo Jesús se trasladó a la otra orilla del lago, ni cómo le *siguieron las multitudes*; pero Mateo y Marcos nos hacen saber que Jesús atravesó el lago en un barco, y que el pueblo que le rodeaba, habiéndole visto partir, se apresuró a reunírsele siguiendo

la orilla septentrional. Jesús se vió pues, privado del reposo que había ido a buscar a la soledad; pero no por eso dejó de *acoger*, con su benevolencia ordinaria, a esas multitudes, a las cuales dirigió la palabra de vida y cuyos enfermos curó.

12. Se ha visto en estas expresiones de los discípulos una especie de ironía, que se hallaba en la situación mucho más que en sus palabras. Es más bien, vivamente expresado, el apuro que experimentaban en presencia de lo imposible. Este sentimiento se descubre por esta frase cortada: "No tenemos más de cinco panes... a menos que vayamos, nosotros, a comprar víveres para todo este pueblo."

13. Los bendijo (los alimentos), expresión particular a Lucas. Mateo y Marcos dicen: *bendijo* (a Dios), expresándole su gratitud por lo que había dado y por lo que iba a hacer. El mismo acto es referido por Juan en estas palabras: "habiendo dado gracias."—Es necesario notar este verbo en imperfecto, que se halla en Marcos y Lucas; los *daba* a los discípulos, indicando una acción continua; él *daba*, *daba* siempre, y la acción sólo cesó cuando todos estuvieron hartos.

14. Ese número de *doce cestas* ha sido conservado por los cuatro evangelistas.

3. La confesión de Pedro y la primera anunciación de la pasión.

18-27. ¿QUIÉN ES EL HIJO DEL HOMBRE? JESÚS PREDICE SUS PADECIMIENTOS.
 —1.º *El Cristo*. Jesús, después de haber orado en la soledad, pregunta a sus discípulos qué opinión reina entre el pueblo respecto de él. Responden que se le tiene por Juan el Bautista, Elías o uno de los antiguos profetas. Les pregunta entonces el propio sentimiento de ellos. Pedro responde: Tú eres el Cristo de Dios (18-20).—2.º *El Cristo padeciendo*. Jesús prohíbe revelarlo por ahora, y agrega: Es necesario que el hijo del hombre padezca mucho, sea matado, y resucite el tercer día (21, 22).—3.º *Los discípulos del Cristo que padece*. Luego dice a todos: Si alguien quiere ser mi discípulo, es necesario que me siga por el camino del renunciamiento y de la cruz. Querer salvar su vida es perderla; perderla es salvarla. La salud del alma vale más que la posesión del mundo entero, porque, en el día de su gloria, el hijo del hombre tendrá vergüenza del que se avergonzara de él ante los hombres. Varios de los que están aquí no morirán antes de haber visto el reino de Dios (23-27).

18 Y aconteció, estando él orando solo¹⁵, que estaban con él
 los discípulos; y les preguntó diciendo: ¿Quién dicen las multitu-
 19 des que soy? ¹⁶. Y ellos, respondiendo, dijeron: Juan el Bautista;
 y otros, Elías; y otros, que algún profeta de los antiguos ha
 20 resucitado. Y les dijo: Mas vosotros, ¿quién decís que soy? ¹⁷.
 21 Y Pedro, respondiendo, dijo: El Cristo de Dios ¹⁸. Mas él, ha-
 22 blándoles severamente, les mandó no decirlo a nadie, diciendo ¹⁹:

15. Lucas es, de todos los evangelistas, el que hace notar con más frecuencia esas oraciones de Jesús en la soledad. (5: 16, nota.) Él solo nos dice que Jesús se preparó *orando* para la escena capital que va a seguir. Como lo observa M. Godet, probablemente asoció a su oración a sus discípulos y los colocó así en disposiciones apropiadas a las circunstancias.

16. Véase, sobre este relato, Mat. 16: 13-16, notas, y Marcos 8: 27-30, notas. La conversación que va a seguir, entre Jesús y sus discípulos, tuvo lugar en la región de Cesarea de Felipe. No solamente omite Lucas esta indicación de lugar, sino que parece relacionar su narración con la de la multiplicación de los panes (v. 10-17), mientras los dos primeros evangelios intercalan un gran número de relatos que él pasa enteramente en silencio. (Mat. 14: 22 a 16: 12; Mar. 6: 45 a 8: 27.) Hay pues, entre los v. 17 y 18, una laguna considerable que se ha procurado explicar de diversas maneras. Véase el *Comentario* de M. Godet, sobre el *evangelio de Lucas*, tomo I, 3.º edic., p. 573.

17. La partícula adversativa: *mas* vosotros, acentúa la significación de esta segunda pregunta de Jesús. Importaba, sin duda, al Salvador saber lo que se pensaba de él entre *las multitudes*, pero infinitamente más aún saber cuál era la fe de los discípulos y provocar de parte de ellos una confesión de esa fe, a fin de confirmarlos.

18. En los tres evangelios, Pedro reconoce al Señor Jesús como *el Cristo*; pero cada evangelista formula esa idea a su modo: Mateo: *el Cristo, el Hijo del Dios viviente*; Marcos: *el Cristo*; Lucas: *el Cristo de Dios*. Esta última expresión, lo mismo que: "el Cristo del Señor" (2: 26), significa el Cristo (Mesías, Ungido) que viene de Dios, y que Dios envía al mundo. (Mat. 16: 16, nota; Mar. 8: 29; comp. Juan 6: 69.)

19. En los tres sinópticos, esta primera anunciación de los sufrimientos de Cristo sigue inmediatamente la grande confesión de Pedro: Tú eres el Cristo. En los tres también, prohíbe Jesús a sus discípulos hacerlo conocer. Pero es Lucas quien hace resaltar con mayor claridad y fuerza el sentido de ese acercamiento.—Gr.

Es necesario que el hijo del hombre padezca mucho, y sea desechado por los ancianos y principales sacerdotes y escribas, y sea matado, y resucite el tercer día²⁰. Y decía a todos: Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame. En efecto, cualquiera que quisiere salvar su vida, la perderá; mas cualquiera que perdiere su vida por causa de mí, éste la salvará. En efecto, ¿qué aprovechará un hombre ganando el mundo entero mas pereciendo o sufriendo la pérdida de sí mismo? Cualquiera, pues, que se avergonzare de mí y de mis palabras, . . . de éste el hijo del hombre se avergonzará, cuando venga en su gloria y del Padre y de los santos ángeles. Y os digo en verdad: Hay algunos de los que aquí están que de cierto no gustarán muerte hasta que vean el reino de Dios²¹.

pero él, reprendiéndolos, les mandó no decirlo a nadie; es decir que les hizo esa prohibición con el tono severo de una reprensión. La misma palabra se halla en Marcos. (8:30; comp. Mat. 16: 20, nota.) La razón de esa prohibición es sin duda que Jesús no quería fomentar las esperanzas carnales que tenían sus adherentes. Estos esperaban un Mesías glorioso, mientras que él iba a sufrir. No quería tampoco provocar antes del tiempo el odio de sus adversarios. Este motivo resulta aún con mayor evidencia del relato de Juan (6: 14, 15); leemos allí, que después del milagro de la multiplicación de los panes, Jesús debió sustraerse al entusiasmo de la multitud, que quería proclamarle rey. La severidad de su prohibición nos es explicada por este contraste trágico: ¡la realeza por la cruz!

20. Mat. 16: 21, nota; Mar. 8: 31. Los dos primeros evangelistas reflejan aquí la oposición hecha por Pedro a los padecimientos de su Maestro y la severa reprensión que éste le dirigió. Lucas omite ese incidente, que es completamente en descrédito de Pedro; pero calla también las hermosas palabras de Jesús: "Felices tú... sobre esta piedra edificaré mi iglesia", que son en alabanza del apóstol. Algunos críticos han inferido que Lucas, discípulo de Pablo, estaba prevenido contra Pedro. Pero, en este caso, habría tenido cuidado de referir la reprensión, que se lee en Mateo y en Marcos. (Comp. Mar. 8: 32, 33, notas.)

21. Véase, sobre este discurso que los tres evangelistas colocan a continuación de la anunciación de los padecimientos de Cristo y que se deriva de ella de un modo tan natural, Mat 16: 24-28, notas; Mar. 8: 34-37, nota. Mientras Jesús había predicho su muerte y sus sufrimientos a sus discípulos solos, en la intimidad, dirigía esta exhortación a todos (v. 23), porque, para todos, la vida cristiana consiste en renunciar a sí mismo, en tomar su cruz y en seguir a Jesús. Lucas añade (v. 23) según Sin., B, A, mayúsc., cada día. "Esta crucifixión de sí mismo se opera gradualmente, según el modo fijado por Dios para cada uno y para cada etapa de la vida. Es lo que expresan las palabras: cada día y su cruz." Godet. En el v. 25, en lugar de decir como Mateo y Marcos: *perder su alma*, Lucas dice: *perecer o arruinarse a sí mismo*. Estos dos verbos separados por *o* no pueden ser sinónimos, lo que constituiría por otra parte una repetición ociosa. Según M. Godet, habría gradación: "perderse o aun solamente perjudicarse a sí mismo." Según Weiss, el primero se refiere al mal que el hombre se hace a sí mismo, el segundo al castigo divino que atrae sobre sí. La primera explicación parece más conforme al griego. Da un sentido excelente, que M. Godet indica en estas palabras: "No es necesario que el castigo vaya hasta la perdición total; el más ligero ataque hecho a la personalidad humana, en cierta medida o por cierto tiempo,

4. La transfiguración.

A. 28-36. TRANSGURACIÓN.—1.^o *Jesús glorificado*. Seguido de tres de sus discípulos, sube Jesús al monte para orar. Mientras ora, su rostro se transforma y su vestido se torna resplandeciente (28, 29).—2.^o *Conversación con Moisés y Elías*. Moisés y Elías conversan con él sobre su salida en Jerusalén (30, 31).—3.^o *Los discípulos*. Son abrumados por el sueño; habiéndose despertado ven la gloria de su Maestro y los dos hombres que con él estaban. Pedro declara que es bueno estar allí, y propone hacer tres tiendas, no sabiendo lo que decía (32, 33).—4.^o *La declaración divina*. Una nube cubre a Jesús y a sus dos interlocutores. Una voz sale de la nube, diciendo: Este es mi Hijo elegido; escuchadle. En el mismo instante se halla Jesús solo. Los discípulos guardan silencio sobre lo que han visto (34-36).

28 Y aconteció después de estos discursos, como ocho días, que, tomando consigo a Pedro y a Juan y a Jacobo subió al monte a orar²². Y orando él, el aspecto de su rostro se hizo otro, y su atavío blanco, resplandeciente²³. Y he aquí, dos varones conversaban con él, los cuales eran Moisés y Elías, quienes, apareciendo en gloria, hablaban de su partida, que él debía realizar en Jerusalén²⁴. Mas Pedro y los que estaban con él estaban cargados de

resultará un mal más grande que todas las ventajas que habría podido procurar la posesión del mundo entero."—En cuanto al v. 27, véase Mat. 16: 28, nota, y Mar. 9: 1, nota.

22. Véase, sobre el relato de la transfiguración, Mat. 17: 1-13, notas; Mar. 9: 2-13, notas.—Los tres evangelistas colocan esta manifestación de la gloria de Cristo poco después de esos discursos relativos a sus sufrimientos y muerte. Se comprende la relación íntima y profunda que hay entre ambos hechos: la vista de la gloria de su Maestro debía levantar el ánimo abatido de los discípulos y prepararlos para los días de sus profundas humillaciones que se acercaban. Mateo y Marcos dicen: *seis días después*; Lucas: *como ocho días*. Esta diferencia se explica si se tiene en cuenta la palabra *como*; quizás así contaba Lucas el día en que pronunció Jesús estos discursos y el de la transfiguración, mientras Mateo y Marcos sólo contaban los días intermediarios.—Un detalle importante conservado por Lucas solo, es la intención que tenía Jesús al subir al monte: iba a orar. Todas las grandes revelaciones de Dios tienen lugar en respuesta a la oración. Fué en ese momento de comunión íntima con el Dios que es

luz, cuando un reflejo de su gloria eterna resplandeció en su Hijo amado. (Comp. 3: 21, 22; 5: 16, nota; 6: 12, 13.)

23. El término que traducimos por *resplandeciente*, deslumbrante, deriva de una palabra que significa *relámpago*. Lucas concuerda así con los dos primeros evangelistas, salvo que reemplaza: *fué transfigurado por su rostro se cambió*.

24. Lucas designa primeramente los interlocutores de Jesús como *dos varones*, no los nombra sino después; su relato vierte exactamente las impresiones de los testigos de la escena; éstos sólo llegaron gradualmente a comprender quienes eran esos *dos hombres*. Su *partida* (gr. su *éxodo*). La palabra es escogida intencionalmente y expresa la idea de que, para Jesús, salir de este mundo visible no es solamente morir, sino resucitar y volver a su gloria. (Comp. Act. 13: 24 y 2 Pedro 1: 15, en griego.)—Esa *salida*, debía él cumplirla en Jerusalén, era un hecho previsto, determinado por el designio de Dios, y que se encontrará cumplido por el acontecimiento. Lucas solo ha conservado este detalle importante, que ha sido llamado "la llave del relato", y que muestra que es en este momento cuando Jesús, renovando su

sueño; y manteniéndose en vela vieron su gloria²⁵ y los dos va-
 33 rones que estaban con él. Y aconteció, apartándose ellos de él,
 que dijo Pedro a Jesús: Señor, bueno es que estemos aquí; y
 hagamos tres tiendas, una para ti, y una para Moisés, y una para
 34 Elías; no sabiendo lo que decía²⁶. Y diciendo él esto vino una
 35 nube, y los cubría; y temieron al entrar ellos en la nube²⁷. Y una
 voz salió de la nube, diciendo: Este es mi Hijo, el elegido; oíde²⁸.

resolución de dar su vida para la salvación del mundo, decide ir a morir a Jerusalén.

25. Gr. estaban cargados por el sueño, pero, habiendo velado a través de ese amodorramiento, vieron su gloria. El verbo *velar*, a través, que no se encuentra más que aquí en el Nuevo Testamento, significa, según su composición, mantenerse despierta luchando contra el amodorramiento. Meyer defiende este sentido literal. Weiss, M. Godet y la mayor parte de nuestras versiones, traducen: *habiéndose despertado*, lo que supone que los discípulos se habían dormido y que sólo al despertar vieron primeramente el resplandor que irradiaba Jesús, luego los dos hombres que se hallaban con él. Holtzmann vacila en pronunciarse, hallando este último sentido más conforme al contexto, pero imposible de establecer bajo el punto de vista de la lengua.—Esa necesidad de sueño que sentían los discípulos no parece natural en un momento tan propio para excitar toda su atención; pero el hombre, en su debilidad, no puede soportar ni un exceso de gozo, ni un exceso de tristeza. El mismo fenómeno se reproduce en los mismos tres discípulos en Getsemaní. (Mat. 26: 43.)—Lucas solo ha conservado este detalle.

26. Véase Mat. 17: 4 y Mar. 9: 6. Según Lucas, la intención de Pedro, al proponer construir tiendas, era retener a Moisés y a Elías que se apartaban de Jesús. En todo caso quería prolongar la felicidad íntima que gozaba sobre el santo monte.—La extraña proposición de Pedro (gr. *no sabiendo lo que decía*) puede atribuirse a ese amodorramiento que Lucas acaba de describir. (v. 32.) Marcos la explica por el temor religioso de que los discípulos fueran sobrecogidos en presencia de la

aparición celestial, que Lucas menciona también. (v. 34.)

27. Una nube luminosa (Mateo), otra figura de la gloria de Dios, *les hacía sombra*, no a los apóstoles, sino a Moisés y Elías y Jesús, que *entraron en la nube*. Y fué en este momento cuando los discípulos *fueron llenos de temor*, ya por efecto de toda esa escena sobrenatural, ya porque vieron a su Maestro mismo desaparecer en la nube. Entonces fué cuando la voz celestial se hizo oír; luego Jesús se halló solo con sus discípulos.

28. El texto recibido con A, C, D, dice: *Mi Hijo amado*, término tomado de los otros evangelios y de las palabras divinas pronunciadas cuando el bautismo de Jesús. (Mat. 3: 17.) La variante que se lee en Sin. y B designa al Salvador como *el elegido* de Dios en un sentido absoluto y por oposición a todos sus siervos. *Mi Hijo el elegido* implica también sin duda que es el Hijo amado de Dios, pero, además, un ser elegido por él para un destino especial, la redención del mundo.—La exhortación: *¡Escuchadle!* semejante a la que se lee en Deut. 18: 15, señala el significado de toda esta escena. (Mar. 9: 7, nota.) Después de la visión gloriosa, los discípulos se hallarán con Jesús solo. (v. 36.) Su deber será *escucharle* con una confianza más absoluta que nunca. Esta orden les da también la certidumbre de que Jesús les bastará en todas las cosas, sin que tengan necesidad en el porvenir de visiones de la gloria divina, tales como la que acaba de serles acordada.—“*Toda esta escena, en cada una de sus fases, ha llevado pues al fin que Jesús se proponía, la confirmación de la fe de los suyos. En la primera, la contemplación de su gloria; en la segunda, la confirmación de la senda doloro-*

36 Y venida la voz fué Jesús hallado solo. Y ellos guardaron silencio, y a nadie contaron en aquellos días nada de lo que habían visto²⁹.

B. 37-43. CURACIÓN DE UN ENDEMONIADO.—1.^o *La súplica del padre*. Cuando descienden del monte al siguiente día, una grande multitud va al encuentro de Jesús y un hombre le suplica que tenga piedad de su hijo único cuyo mal le describe, agregando que inútilmente ha rogado a los discípulos que le sanaran (37-40).—2.^o *La respuesta de Jesús*. Reprocha a esta generación su incredulidad. Luego dice al padre: Trae aquí tu hijo. Cuando éste se acerca, una crisis violenta se declara, pero Jesús reprende al espíritu impuro, sana al niño y lo entrega a su padre. Todos admiran la grandeza de Dios (41-43^o).

37 Y aconteció el día siguiente³⁰, descendidos ellos del monte,
 38 que una grande multitud le encontró. Y he aquí, un varón de la
 39 multitud clamó, diciendo: Maestro, te suplico que mires a mi hijo,
 40 pues es mi unigénito³¹; y he aquí, un espíritu le coge, y de repente
 41 clama, y le agita haciéndole echar espumarajos, y apenas
 42 se aparta de él quebrantándole. Y he suplicado a tus discípulos
 43 que lo expulsaran, y no han podido. Y respondiendo Jesús, dijo:
 ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿hasta cuándo estaré con
 vosotros y os soportaré? ¡Trae aquí tu hijo! Y allegándose él
 aún, el demonio le echó por tierra, y le agitó violentamente. Mas
 Jesús reprendió al espíritu impuro, y sanó al niño, y lo entregó
 43 a su padre³². Y se asombraban todos de la majestad de Dios³³.

C. 43b.-50. NUEVA ANUNCIACIÓN DE LA PASIÓN. HUMILDAD Y TOLERANCIA.—1.^o *La segunda predicción de los padecimientos de Jesús*. Jesús declara con insistencia a sus discípulos que debe ser entregado. Ellos no comprenden y temen preguntarle (43b.-45).—2.^o *La ambición de los discípulos*. Se preguntan

sa en que iba a entrar y conducirlos consigo; en la tercera, la sanción divina puesta sobre todas sus palabras, debían tornarse en poderosos apoyos para la fe de los tres apóstoles. Fortalecida, esa fe se tornaba, aun sin palabras, en apoyo de la de sus condiscípulos.” Godet.

29. Ese silencio guardado por los discípulos les había sido expresamente impuesto por el Señor “*hasta que hubiese resucitado*.” (Mat. 17: 9, nota; comp. Mar. 9: 9.) Después de su regreso a la gloria, el relato de su glorificación momentánea no estará ya expuesto a falsas interpretaciones. Lucas no menciona la prohibición de Jesús pero anota cuidadosamente el silencio de los discípulos. Omite también la conversación que refieren Mateo y Marcos sobre la venida de Elías, porque esta idea, que reposaba sobre una profecía, sólo tenía curso entre los judíos; Lucas escribía para los gentiles.

30. Estas palabras: *el día siguiente*, parecen indicar que la transfiguración tuvo lugar la tarde precedente, o durante la noche. Los tres evangelistas están unánimes en ligar a la escena gloriosa de la montaña la escena de dolor que va a seguir. Véase, sobre esta curación, Mat. 17: 14-23, notas, y sobre todo Mar. 9: 14-32, notas.

31. *Mi hijo único*. Lucas solo ha notado ese motivo conmovedor invocado por el padre.

32. Estas últimas palabras conservadas por Lucas solo, indican el objeto de esta curación y recuerdan unas palabras semejantes de nuestro evangelista. (7: 15.)

33. O de la *magnificencia* de Dios, de su poder, de su bondad. Todos los milagros del Salvador, teniendo un objeto de beneficencia, son obras a la vez de poder y de amor, y son una manifestación de esas dos perfecciones divinas.

cuál de entre ellos es el mayor. Jesús les presenta un niño y afirma que cualquiera que recibe a ese niño recibe a él y recibe a Dios. El más pequeño es el más grande (46-48).—3.º *El exclusivismo de los discípulos.* Juan confiesa que han impedido a un hombre expulsar los demonios en el nombre de Jesús porque no era de ellos. Jesús les dice que no habrían debido impedirlo, pues el que no está contra ellos, está por ellos (49, 50).

- 44 Y admirándose todos por todo lo que hacía, dijo a sus discípulos: Poned vosotros en vuestros oídos estas palabras³⁴, pues el hijo del hombre debe ser entregado en manos de los hombres³⁵.
 45 Mas ellos no entendían este dicho; y les estaba encubierto para que no lo entendieran; y temían preguntarle sobre este dicho³⁶.
 46 Y se introdujo un razonamiento entre ellos, cuál sería el mayor de ellos³⁷. Mas Jesús, viendo el razonamiento de su corazón,
 48 tomando un niño le puso junto a sí, y les dijo: Cualquiera que recibiere este niño en mi nombre, me recibe; y cualquiera que me recibiere, recibe al que me envió; pues el que es más pequeño
 49 entre todos vosotros, ése es grande³⁸. Y tomando Juan la palabra,

34. Vosotros, mis discípulos, que debéis distingueros de la multitud y no compartir su entusiasmo carnal, (gr.) meted en vuestros oídos estas palabras; palabras en las cuales anunciaba Jesús sus próximos sufrimientos, en el instante mismo cuando "todos estaban admirados de lo que hacía." (v. 43.) Lucas pone así esta nueva predicción de los padecimientos de Jesús en relación inmediata con lo que precede; Mateo (17: 22, 23) y Marcos (9: 30-32, véase las notas) la hacen coincidir con el regreso de Jesús a Galilea, que tuvo lugar poco tiempo después de la transfiguración.

35. El que acababa de revelar con tanta potencia como amor la grandeza de Dios (v. 43), entregado en manos de los hombres! ¡Qué contraste! ¡Qué prueba de que su sacrificio será enteramente voluntario!

36. La palabra de la cruz es siempre para el hombre natural un misterio, si no le es locura o escándalo. Aquí, no solamente los discípulos no la comprendían, sino que les estaba oculta por una dispensación de Dios, a fin de que no la entendieran. Su ceguedad acarrea una especie de juicio de Dios. En efecto, su ignorancia no era puramente intelectual, tenía causas morales; ellos comprenderían bastante las palabras de Jesús para quedar por ellas "muy entristecidos", (Mat. 17: 23), pero en su te-

mor del sufrimiento, temían interrogarle respecto de ese dicho. (Mar. 9: 32, de acuerdo con Lucas.) Si hubieran tenido el valor de interrogarle, Jesús los habría instruido más completamente.

37. Véase, sobre este incidente, Mat. 18: 1-6, notas, y Mar. 9: 33-37, notas. Marcos cuenta con más detalles el origen de esa discusión, mientras Mateo refiere de una manera más completa la instrucción de Jesús ocasionada por aquella—Jesús según Marcos, había observado que una disputa se había planteado entre los discípulos en camino y, llegados a la casa, les había preguntado el motivo. Lo que no impide que la palabra de Lucas (v. 47): viendo (Sin., B: sabiendo) el pensamiento de su corazón, conserve todo su significado. Jesús solo, en efecto, penetraba y apreciaba en su justo valor moral el pensamiento de orgullo que había, según los términos del original, entrado en ellos.

38. En Mateo, Jesús presenta primeramente a ese niño como un tipo de humildad, lo que ciertamente es el verdadero pensamiento del Salvador. Lucas lo expresa por las últimas palabras de este v. 48. Sólo que, en lugar de hablar en futuro, como Mateo, en relación al reino de los cielos; será grande, habla (según Sin., B, C) en presente: es grande, aplicando inmediatamente a los dis-

dijo: Señor, hemos visto a alguien que expulsaba demonios en tu nombre, y le impedíamos, porque no sigue con nosotros. Mas Jesús le dijo: No lo impidáis, pues el que no está contra vosotros por vosotros es³⁹.

DE GALILEA A JERUSALEN

I. PARTIDA DE GALILEA. JESÚS Y SUS DISCÍPULOS. INSTRUCCIONES.

1. El principio del último viaje a Jerusalén.

51-62. LA PARTIDA HACIA JERUSALÉN Y LOS PRIMEROS INCIDENTES DEL VIAJE.

—1.º *La resolución de Jesús.* Como el tiempo de su vuelta a la gloria se acercaba, Jesús toma la enérgica resolución de trasladarse a Jerusalén (51).—
 2.º *La mala acogida de los samaritanos.* Algunos mensajeros que Jesús envía a una aldea samaritana para prepararle alojamiento son rechazados. Jacobo y Juan proponen hacer descender sobre ella el fuego del cielo. Jesús les reprocha el espíritu de que son animados. Van a otra parte (52-56).—
 3.º *Los tres discípulos.* Un hombre se ofrece a seguir a Jesús. Jesús le recuerda los renunciamientos que implica tal resolución. A un segundo ordena Jesús seguirle, y como pide permiso para ir primero a sepulturar a su padre, Jesús se lo rehusa. Un tercero se propone seguir a Jesús, pero querría antes despedirse de los suyos. Jesús le declara que ninguno es apto para el reino de Dios si no ha tomado una decisión irrevocable (57-62.)

51 Y aconteció, cumpliéndose los días de su toma en alto⁴⁰,

discípulos la lección que les da con el niño. Luego los tres evangelistas se vuelven a encontrar en este segundo pensamiento, que cualquiera que es bastante humilde y moralmente bastante inteligente para saber estimar y recibir con amor un tal niño, en el nombre de Jesús, recibe a él mismo y, en él, al que le ha enviado.

39. Véase, sobre esta conversación, Mar. 9: 38, 39, notas.—El texto recibido con las *mayúsc.* recientes dice: contra nosotros, por nosotros. Es un error ocasionado por el *nosotros* del versículo precedente, o una lección tomada de Mar. 9: 40. Sin., A y algunos otros tienen: contra vosotros... por nosotros; B, C, D. la Itala, la Siriaca: contra vosotros... por vosotros. Esta última lección es la más probable en Lucas. Jesús se pone fuera de la cuestión y sólo habla de sus discípulos. En el cap. 11: 23, dirá: "El que no está conmigo está contra mí." Véase, sobre el acuerdo profundo de estas dos sentencias que parecen contradictorias,

Mar. 9: 40, nota. Jesús solo puede aplicarse la última en un sentido absoluto, pues, en su presencia, no hay neutralidad posible. Sus discípulos deben contentarse con la primera, y admitir que los que no están contra ellos están por ellos. El interés bien entendido de la causa de su Maestro los invita a ello y la caridad lo hace para ellos un deber. Ellos no podrían pretender un dominio absoluto sobre las almas, como Jesús solo tiene el derecho de ejercerlo.

40. Gr. *los días de su elevación*, de su *asunción* o de su *toma en alto*. Estos términos no pueden significar otra cosa que el tiempo marcado por la sabiduría de Dios para la partida de aquí y la vuelta del Salvador a la gloria. Esos días se *cumplan*, se *acercaban*. Esta palabra *elevación* se halla sólo aquí en el Nuevo Testamento, pero el verbo de que se forma se encuentra frecuentemente en él y significa siempre el acto solemne por el cual el Salvador, después de haber cumplido su obra, fué re-

52 que él afirmó su rostro para ir a Jerusalén⁴¹. Y envió mensajeros ante su rostro, y yendo entraron en una aldea de samaritanos,

cibido en lo alto, reintegrado junto a Dios a su gloria. (Mar. 16: 19; Act. 1: 2, 11, 22; 1 Tim. 3: 16.) En el mismo sentido decía Jesús, empleando otro término: "Y yo, cuando *hubiere sido levantado* de la tierra, traeré todos los hombres a mí." (Juan 12: 32.) Los otros significados que se ha intentado dar a esta palabra de Lucas no son sostenibles.

41. Gr. "él afirmó su rostro para dirigirse a Jerusalén." Hebraísmo que significa volverse hacia un fin con la firme resolución de ir. (Jer. 42: 15; Gén. 31: 21, etc.) Se comprende el pensamiento que el evangelista procura expresar por estos términos. Era necesaria al Salvador la resolución heroica de la abnegación para tomar el camino de Jerusalén, pues sabía todo lo que allí le esperaba.—Lucas señala con estas palabras el fin del ministerio de Jesús en Galilea propiamente dicha. Pero, en la continuación de su relato, no nos presenta el Salvador trasladándose directamente a Judea y a Jerusalén. Ya en el v. siguiente (v. 52) nos lo muestra impedido de atravesar Samaria que se hallaba en su camino, y empleando desde entonces los últimos meses de su vida en excursiones misioneras en Galilea meridional, sobre los confines de Samaria y en Perea. Lucas solo nos ha conservado este relato importante, que llena toda una parte de su evangelio, hasta el cap. 18: 15. Allí se encuentra de nuevo con Mateo y Marcos, para contar pronto la llegada de Jesús a Jerusalén. Es ir algo lejos el ver en esta parte de nuestro evangelio en cierto modo un diario del último viaje de Jerusalén. Es verdad que Lucas da de cuando en cuando indicaciones destinadas a recordar que Jesús está en camino hacia esa ciudad (v. 57; 13: 22; 17: 11); pero por otra parte, su narración presenta ciertos datos cronológicos y geográficos que hacen difícil hallar en ella un itinerario continuo. Así, en el cap. 10: 38, se lee un hecho que no ha podido tener lugar más que en Betania, muy cerca

de Jerusalén, mientras que más tarde (17: 11) hallamos a Jesús al Sur de Galilea y atravesando Samaria. En presencia de estos datos que parecen contradictorios, algunos intérpretes han creído poder discernir no uno sino varios relatos de los viajes de Jesús a Jerusalén. Wieseler pretende hallar la indicación de los tres viajes referidos por Juan. (7: 10; 11: 7; 12: 1.) Pero la partida en secreto de Juan 7: 10 no puede ser identificada con la partida solemne de Luc. 9: 51, y las noticias de 13: 22; 17: 11 hablan de la continuación del viaje empezado y no señalan el principio de nuevos viajes. En cuanto al relato del cap. 10: 38, que supone la presencia de Jesús en Betania; se puede explicarlo acercándolo a Juan 10: 22, donde se dice que Jesús se hallaba en Jerusalén en la fiesta de la dedicación en diciembre. Es necesario admitir que Jesús interrumpió su viaje de evangelización para hacer una excursión a Jerusalén, después de la cual vino a tomar nuevamente su trabajo en Galilea meridional y Perea y a continuarlo hasta la fiesta de pascua. Cualquiera que sea, por otra parte, la idea que uno se forme del documento insertado por Lucas, y aun si se rehusa a ver en él un relato continuo desde el punto de vista cronológico, no se podría desconocer que llena una laguna considerable en la historia de la vida de Jesús. Los dos primeros evangelios, en efecto, después del relato de la transfiguración, no relatan más que algunos hechos y algunas palabras y nos llevan bruscamente a Judea y a Jerusalén al acercarse la pascua. (Mat. 19: 1; Mar. 10: 1.) Ahora bien; la transfiguración tuvo lugar, según toda probabilidad, en el curso del verano. Del intervalo de ocho a nueve meses que la separa de la pascua, no sabríamos casi nada, si Lucas no nos ilustrara sobre los actos y las enseñanzas de Jesús durante este período importante. Además, este relato de Lucas sirve de vínculo entre el de los dos primeros evangelios, que cuentan solamente la

53 para preparar para él⁴². Y no le recibieron, porque era su rostro
54 yendo a Jerusalén⁴³. Y viéndolo los discípulos Jacobo y Juan,
dijeron: Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo
55 y los consuma? Pero él, volviéndose, los reprendió y dijo: No
56 sabéis de qué espíritu sois⁴⁴. Y se fueron a otra aldea⁴⁵.

actividad de Jesús en las márgenes del lago de Genezaret, y el de Juan, que se limita a las estancias en Jerusalén; nos muestra al Salvador obrando en las regiones intermedias. Por último, mientras la primera parte del evangelio traza sobre todo la acción bienhechora del Salvador, sus curaciones y sus milagros, casi toda esta segunda parte está llena de enseñanzas. ¡Y qué enseñanzas! Recuérdense las inimitables parábolas que solo Lucas nos ha transmitido: el samaritano, la higuera estéril, la oveja perdida, el hijo pródigo, el mayordomo infiel, el mal rico, el juez inicuo, el fariseo y el publicano, y tantas otras instrucciones de las que solamente un pequeño número se hallan en los dos primeros evangelios. ¿Qué importan algunas obscuridades cronológicas en cambio de todas estas riquezas?

42. Gr. *para prepararle*, no sólo un alojamiento, sino el alimento, todo lo necesario para pasar la noche. Siendo seguido Jesús, no solamente de los doce, sino de un cortejo de otros discípulos, no era fácil hallar lugar para todos en pequeñas localidades. (Sin. dice: una ciudad, pero todos los demás: una aldea.) De ahí el envío de esos mensajeros para prepararlo todo.

43. *Porque su rostro iba a Jerusalén*, hebraísmo que significa: porque seguía esa dirección. (Ex. 33: 14.) Se sabe que un antiguo odio nacional existía entre los judíos y los samaritanos, siendo éstos una población mezclada, que no adoraba en Jerusalén y que no recibía, de todo el Antiguo Testamento, más que los cinco libros de Moisés. Jesús aprovechaba todas las ocasiones de reaccionar contra esos prejuicios. (Juan 4: 7 y sig.) Pero, esta vez, ellos fueron más fuertes que su caridad. Algunos intérpretes (Meyer) han supuesto que Jesús fué rechazado, no como israelita, sino porque sus men-

sajeros le habían anunciado como el Mesías. El texto no da otra razón que ésta: *iba a Jerusalén*.

44. En los v. 54-56, el texto presenta varias variantes: 1.º el texto recibido con A, C, D, *mayúsc.*, Itala, agrega a la pregunta de los discípulos (v. 54): *como hizo también Elías*. (2 Reyes 1: 10-12.) Según Sin., B, vers., la mayor parte de los críticos modernos omiten esas palabras, que se supone haber sido escritas al margen primeramente, para disculpar a los discípulos respecto de su extraña pregunta, luego recibidas en el texto. Otros, al contrario, han pensado que habían sido suprimidas a causa de la censura que la respuesta de Jesús parece echar sobre el profeta Elías. 2.º Estas palabras de la respuesta de Jesús: *No sabéis de qué espíritu sois*, faltan en Sin., A, B, C, pero aunque Tischendorf y otros críticos las suprimen, llevan un sello de originalidad y de verdad que no se puede desconocer. 3.º Por último, esta última sentencia que se halla en el texto recibido: *Pues el hijo del hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino a salvarlas*, es omitida por Sin., A, B, C, D y la mayor parte de las *mayúsc.* Parece haber sido copiada del cap. 19: 10.—En cuanto al sentido de este relato es de los más instructivos. El amor a Jesús es lo que causa la indignación de los discípulos Jacobo y Juan, y parece justificar su deseo de ver castigados por el fuego del cielo a los que rechazan al Salvador. Esa justificación es la que han invocado en todo tiempo los fanáticos y los perseguidores. Jesús la condena formalmente. Su reprobación es ya vivamente expresada por su gesto: *volviéndose* (hacia ellos) *los reprendió*. Las palabras que pronuncia pueden traducirse como lo hacemos aquí, con todas nuestras versiones francesas desde Calvino, y signifi-

57 Y yendo ellos por el camino, alguien le dijo: Te seguiré adon-
58 dequiera que fueres ⁴⁶. Y Jesús le dijo: Las zorras tienen cuevas,
y las aves del cielo nidos; mas el hijo del hombre no tiene donde
59 reclinar la cabeza. Y dijo a otro: Sígueme. Mas él dijo: Señor,
60 permíteme primero ir y sepultar a mi padre. Mas le dijo: Deja
a los muertos sepultar sus muertos; mas tú, ve, publica el reino
61 de Dios ⁴⁷. Y otro también dijo: Te seguiré, Señor, mas permí-
62 teme primero despedirme de los que están en mi casa. Mas Jesús
le dijo: Ninguno que pone su mano sobre el arado y mira hacia
atrás, es apto para el reino de Dios ⁴⁸.

car: "Ignoráis qué mal espíritu os inspira tal pensamiento y tal pregunta." O bien pueden verse, como lo hace Lutero, por una pregunta: *¿No sabéis de qué espíritu sois? ¿el espíritu que habéis debido tomar de mis palabras y de mi vida, el espíritu del evangelio que es el de la misericordia y de la gracia?* La mayor parte de los intérpretes alemanes prefieren este sentido, que es muy hermoso. Pero la primera versión parece más en armonía con estas palabras: *los reprendió*. Por lo demás, es bien evidente que Jesús, reprochándoles un mal pensamiento, quería hacer penetrar en sus corazones el espíritu de su tierna caridad; de modo que, en la práctica, las dos interpretaciones se concilian.

45. Sin duda un lugar judío y no samaritano, a fin de evitar una nueva denegación. "Jesús se ofrecía, pero no se imponía." (8: 37.) *Godet*.

46. El texto recibido agrega: *Señor, omitido por Sin., B., D.*—Al principio del versículo dice: "y aconteció, yendo ellos por el camino." La palabra en bastardilla falta en *Sin., B., C.* Véase, sobre las dos primeras conversaciones, Mat. 8: 19-22, notas. Según este evangelista, el que así pedía seguir a Jesús era un escriba; tanto más notable es su deseo.

47. Dos cosas son particulares a Lucas: primeramente la orden dirigida a este segundo discípulo: *Sígueme*. Mateo la hace suponer, pero no la expresa. Luego, la orden de *ir a anunciar el reino de Dios*, que no se halla en Mateo. Ahora bien: es precisamente la importancia de esa vocación lo que opone Jesús al deber invocado por el discípulo de ir *antes*

a enterrar a su padre. "Enterrar un padre, ¿no es un deber sagrado? Es verdad, ... si un deber superior no se opone. Correr inmediatamente a la frontera amenazada por el enemigo es un deber que prevalece aún sobre el de inhumar a un padre... La ley misma eximía al sumo sacerdote y a los nazareos de las obligaciones hacia los muertos, aunque fuese por un padre o una madre. (Lev. 21: 11; Núm. 6: 6, 7.) El reinado de Dios es más que la patria y que el culto del templo. Las ceremonias fúnebres, en razón de la impureza recibida por el contacto de un muerto, duraban siete días. Jesús estaría ya muy lejos cuando éstas hubieran terminado; una decisión pronta era aquí una condición de salvación y de vida." *Godet*. (Véase la nota en Mateo.)

48. Lucas agrega a la conversación con los dos primeros discípulos, la oferta de este tercero y la respuesta de Jesús. Probablemente estos tres hechos no han sido simultáneos, pero la tradición los ha reunido a causa de sus analogías. Este tercer incidente es, en efecto, como observa M. *Godet*, "una síntesis de los otros dos. Este hombre se ofrece por sí mismo, como el primero; pero temporiza, como el segundo. Jesús ni lo detiene ni lo impele; le invita a decidirse realmente y a acabar con la división interior, entre el mundo y Dios, que discierne en él." Recurre para eso a una de esas figuras que se apoderan del espíritu como un rayo de verdad, y que abundan en sus discursos. Si el que conduce un arado para trazar un surco aparta la vista del trabajo que está delante de él, y mira hacia atrás, el arado se

2. La misión de los setenta discípulos.

A. I-16. EL ENVÍO DE LOS SETENTA.—1.º *Su designación y su misión*. Después de los incidentes que señalaron su partida de Galilea, escoge Jesús setenta discípulos para una nueva misión, que consistirá en ir de dos en dos, como sus precursores, por donde él mismo se propone pasar (1).—2.º *Su instrucción*.—a) *La necesidad de su misión*. La mies es grande, hay pocos obreros; es necesario pedirlos a Dios (2).—b) *Las condiciones en que deberán llenarla*. Serán como corderos entre los lobos; deberán, pues, no estorbarse con provisiones ni demorarse inútilmente (3, 4).—c) *La conducta que deberán observar donde fueren acogidos*. En una casa, desear al entrar la paz, que reposará sobre los hijos de paz; permanecer allí hasta la partida, comiendo y bebiendo lo que haya. En una ciudad, comer lo que les es ofrecido, sanar los enfermos, anunciar el reino de Dios (5-9).—d) *La conducta que deberán observar donde fueren rechazados*. Salir a la plaza de la ciudad, sacudir el polvo que se ha pegado a ellos y declarar que el reino de Dios se ha acercado. Jesús afirma que, en el día del juicio, la condición de Sodoma y Gomorra será preferible a la de esa ciudad (10-12).—3.º *Los reproches a las ciudades impenitentes*. Corazín y Betsaida, son más culpables y más de lamentar que Tiro y Sidón. Capernaúm, que ha sido elevada al cielo, será bajada al infierno. Recibir o rechazar a los discípulos, es recibir o rechazar a Jesús y a Dios mismo (13-16).

X. Y después de esto designó el Señor a otros setenta, y los envió de dos en dos ante su rostro, a toda ciudad y lugar donde

desviará infaliblemente y no hará él nada de bueno. Tal es el que, queriendo trabajar en el reinado de Dios, dirige sus miradas, sus deseos, sus lamentos hacia sus relaciones primeras, o hacia el mundo, en lugar de consagrarse enteramente y sin pérdida de tiempo al cumplimiento de su vocación. El pedido que hace ese discípulo de *despedirse antes de los suyos* era muy natural; en circunstancias ordinarias Jesús no se lo hubiera rehusado; pero podía prever que sería apartado de su designio por su familia, extraña aún a la fe; por eso debía no *mirar hacia atrás*, sino lanzarse hacia adelante en pos de Jesús. Hay en la vida de todo hombre, en presencia del evangelio, momentos de éstos, decisivos, que no vuelven y que es necesario coger, bajo pena de perderlo todo. (Comp. Mat. 10: 37, 38.)

1. *Después de esto* o (gr.) *después de estas cosas*, se refiere a lo que precede inmediatamente desde 9: 51, al fin del ministerio de Jesús en Galilea y a su partida hacia Jerusalén, que fué la ocasión de los incidentes relatados al final del capítulo precedente. Escoge este momento importante para enviar *delante de él* esos

numerosos discípulos. Su misión tenía por objeto despertar la atención y preparar los caminos a su predicación *en los lugares donde él mismo debía ir*.—La palabra: *otros discípulos* no los designa, como se ha creído, por oposición a los mensajeros que Jesús envió a Samaria (9: 52), sino que distingue esa misión de la de los doce en Galilea. (9: 1 y sig.) Jesús los envía de *dos en dos*: podían completarse uno a otro y fortalecerse contra los peligros morales y el desaliento; así también el testimonio que eran llamados a dar, adquiriría más autoridad. (Deut. 17: 6; Mat. 18: 16.)—Se ha dado diversas razones a este número de *setenta*. Unos han visto en él, según el simbolismo bíblico de las cifras, el número de los doce apóstoles, multiplicado por seis. Se tendría así setenta y dos, lo que explicaría por qué este último término se halla realmente en varios manuscritos (*B, D*, etc.) Otros han querido reconocer aquí la idea enunciada en el Talmud, de que la humanidad entera contenía, según Gén. 10, *setenta* pueblos, y poner esta misión en relación cualquiera con la evangelización del mundo. Pero como es muy poco probable que

2 él había de ir ¹. Y les decía: La mies, sí, es mucha, mas los obreros pocos; suplicad, pues, al Señor de la mies para que envíe 3 obreros a su mies ². Id; he aquí, os envío como corderos en medio 4 de lobos ³. No llevéis bolsa, ni saco, ni zapatos, y a nadie saludéis 5 por el camino ⁴. Y en cualquiera casa en que entrareis, primero 6 decid: Paz a esta casa. Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra 7 paz descansará sobre él; de otro modo, volverá a vosotros ⁵. Y

Jesús haya pensado entonces en esa opinión judía, y como de ningún modo envía sus discípulos hacia las naciones paganas, esta interpretación es extraña al texto. Es más natural suponer que, deteniéndose en este número, Jesús pensaba en los setenta ancianos de Israel (Núm. 11: 56 y sig.), como había pensado en las doce tribus al elegir doce apóstoles.—Este hecho nos muestra cuán numerosos eran los discípulos de Jesús desde esa época, puesto que puede escoger setenta de los más capaces para confiarles esta importante misión. (Comp. 1 Cor. 15: 6.) No los llamaba, por lo demás, como lo había hecho con los doce, a abandonar de un modo permanente su vocación terrestre. Después de haber llenado esta misión y quizás acompañado a Jesús hasta Jerusalén para celebrar la fiesta, ellos debían volver a sus trabajos ordinarios.—Como este envío de los setenta discípulos ha sido llamado por los dos primeros evangelistas, la crítica negativa no ha dejado de ver en él una invención de Lucas, o por lo menos una tradición sin fundamento histórico. A este paso, habría que cercenar la tercera parte a lo menos de los relatos de nuestro evangelio, que no encuentran paralelos ni en Mateo, ni en Marcos.—Véase el Comentario de Meyer sobre Luc. 10: 1, y el de M. Godet sobre Luc. 10: 23, 24.

2. Véase, sobre estas palabras, Mat. 9: 37, 38, notas. Según este evangelista, fué en el momento de enviar a los doce en su primera misión cuando pronunció Jesús esta exhortación. ¿No se podría admitir que Jesús ha pronunciado más de una vez esta corta y grave sentencia? Las instrucciones que va a dar a los setenta discípulos han sido en su mayor parte repetidas igualmente; algunas, en efecto, se encuentran, se-

gún Lucas mismo (9: 3-5), dirigidas a los doce. Por este preámbulo quiere Jesús hacer sentir a los que envía la importancia del momento actual y la oportunidad de la misión que les confía.

3. Mat. 10: 16, nota. Este evangelista dice: "como ovejas." Lucas: como corderos; figura aun más sorprendente de la completa impotencia de los discípulos de Jesús en medio de los peligros del mundo. Están, pues, en la necesidad absoluta de confiar únicamente en él por su salvaguardia.

4. Igual confianza en lo que atañe a su subsistencia material. Mat. 10: 9, 10, nota; Luc. 9: 3. Los zapatos son zapatos de cambio; es lo que indica el verbo que significa llevar como una carga. Las últimas palabras de este versículo son particulares a nuestro evangelista. ¿Cómo puede Jesús vedar a sus discípulos cumplir un sencillo deber de cortesía o aun de benevolencia? Se ha pensado que quería prohibirles buscar el favor de los hombres observando a su respecto una actitud obsequiosa. Se ha dicho también que saludar a alguno en el camino puede significar: apartarse de su camino para ir a ver a personas de su conocimiento; pero ni aun es necesario recurrir a esa suposición: basta recordar cuán ceremoniosas y complicadas son las saluciones en Oriente; ahora bien: Jesús quiere que sus discípulos tengan plena conciencia de la importancia suprema de su misión y se consagren a ella exclusivamente, sin perder su tiempo en vanas fórmulas. (Comp. en este sentido 2 Reyes 4: 29.)

5. Mat. 10: 12, 13, nota. Este término: hijo de paz, es un hebraísmo muy expresivo, que significa estar animado de un espíritu de paz, como el hijo es animado del aliento de su

posad en esa casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, pues digno 8 es el obrero de su salario ⁶. No os paséis de casa en casa ⁷. Y en cualquiera ciudad en que entrareis y os recibieren, comed lo que 9 os pongan delante ⁸, y sanad los enfermos que haya en ella, y 10 decidles: Se ha acercado a vosotros el reino de Dios ⁹. Mas en cualquiera ciudad en que entrareis y no os recibieren, saliendo 11 a sus calles decid: Aun el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies sacudimos contra vosotros; sabed empero esto: 12 Que se ha acercado el reino de Dios ¹⁰. Y os digo que en aquel día para Sodoma será más tolerable que para aquella ciudad ¹¹. 13 ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón hubieran sido hechos los milagros que han sido hechos en vosotras, hace mucho que sentados en saco y ceniza se habrían 14 arrepentido. Empero para Tiro y Sidón será más tolerable en el 15 juicio que para vosotras. Y tú Capernaúm, que hasta el cielo has 16 sido elevada, ¡hasta la mansión de los muertos serás hundida! ¹².

madre. Mateo da el mismo pensamiento diciendo: "Si la casa es digna", digna de la paz que le deseáis, capaz de recibirla. El mismo hebraísmo se halla en estas expresiones: hijos de ira (Ef. 2: 3), de perdición (Juan 17: 12), de desobediencia (Ef. 5: 6), de la gehena. (Mat. 23: 15.)

6. Mateo (10: 10, nota), dice: digno de su alimento. (Comp. 1 Cor. 9: 14.) Los discípulos deben considerarse simplemente como miembros de la familia.

7. Cap. 9: 4, nota. Si los discípulos, después de haber recibido hospitalidad en una casa, pasaran a otra, sus huéspedes podrían interpretar esa conducta como una señal de descontento, una falta de reconocimiento y de afecto; así excitarían celos, cuando deben traer la paz. (v. 5.)

8. En su actitud respecto de una ciudad entera, los discípulos serán guiados por los mismos principios que en su conducta para con cada casa particular (v. 5, 7.)

9. Esta palabra: decidles, no se refiere solamente a los enfermos, sino a todos los habitantes de esa ciudad. Así, para los enfermos, la curación; para todos, la grande proclamación del reino de Dios (comp. Mat. 3: 2, 2.^a nota), que se ha acercado a vosotros (perfecto, indicando un hecho realizado): tal es la doble y benéfica misión de los discípulos.

10. Mat. 10: 14, nota; Luc. 9: 5.—La acción simbólica, tan severa, de sacudir el polvo de sus pies no basta; ellos deben proclamar que lo hacen, diciendo a los habitantes: contra vosotros. Mas la responsabilidad de todas las gracias de Dios permanece sobre la cabeza de esos rebeldes, pues es necesario que ellos lo sepan, el reino de Dios se ha acercado. El texto recibido con A. C. la mayor parte de las *mayúsc.*, la *Siriaca*, añade: a vosotros; estas palabras, omitidas por *Sin., B., D.* parecen tomadas del v. 9. Lo que era allí la anunciación de la buena nueva se torna aquí una amenaza.

11. Gr. *será más tolerable para Sodoma que...* (Mat. 10: 15 y 11: 24, notas.) En aquel día, Mateo dice más explícitamente: "en el día del juicio."

12. Véase, sobre estas palabras. Mat. 11: 21-24, notas. En el primer evangelio, este reproche a las ciudades galileas sigue inmediatamente al discurso de Jesús sobre el ministerio de Juan el Bautista, que resultó inútil para la mayor parte. Jesús veía en ese hecho el preludio del endurecimiento que se produciría en presencia de su propio ministerio. En Lucas, estas palabras, colocadas al fin de este mismo ministerio en Galilea, parecen aún más impresionantes. Si se vacila en pronunciarse entre ambas situaciones, ¿no se puede pensar, con Meyer, que la desdi-

El que a vosotros oye, a mí oye; y el que a vosotros desecha, a mí desecha; y el que a mí desecha, desecha al que me envió¹³.

B. 17-24. EL REGRESO DE LOS SETENTA.—1.º *El gozo de los discípulos.*—a) *El motivo de gozo alegado por los discípulos es confirmado por Jesús.* Los setenta vuelven llenos de gozo: los demonios mismo les obedecen. Jesús, que mide en toda su extensión el motivo de su gozo, confirma éste, declarando que contemplaba la caída completa de Satanás, y revelándoles que el poder que les ha dado los hace vencedores de todo obstáculo y los pone al abrigo de todo peligro (17-19).—b) *El único verdadero motivo de gozo es indicado por Jesús.* Sin embargo, Jesús agrega que no de ese poder extraordinario deben regocijarse, sino de la certidumbre que tienen de la salud eterna (20).—2.º *El gozo de Jesús.*—a) *Jesús adora los caminos de Dios para la revelación de la salud.* En el mismo instante, se estremece Jesús de alegría en su espíritu: alaba a su Padre por haber ocultado el misterio de la salvación a los sabios en su orgullo, y por haberlo revelado a niños; afirma que es así en virtud del plan divino (21).—b) *Jesús expone la sabiduría de esos divinos caminos.* Todas las cosas le han sido entregadas por su Padre. Hay en su existencia de Hijo un misterio que el Padre solo conoce. El Hijo solo de igual modo posee el conocimiento completo del Padre, y éste es un misterio al cual él solo inicia a los que quiere (22).—c) *Jesús muestra a sus discípulos el privilegio de ellos.* Ellos ven y oyen lo que tantos profetas y reyes en vano desearon oír y ver (23, 24).

17 Y volvieron los setenta con gozo, diciendo: Señor, aun los
18 demonios se nos sujetan en tu nombre¹⁴. Y les dijo: Miraba a

cha de esas ciudades inspiraba a Jesús una tristeza bastante grande para que haya hecho oír más de una vez a su respecto esas dolorosas quejas?—Lucas pinta de un modo impresionante un estado de arrepentimiento y de humillación profunda con estas palabras: *sentados* (el verdadero texto tiene el masculino, refiriéndose a los habitantes de la ciudad) *en saco y ceniza* (v. 13); alusión a la costumbre oriental de cubrirse con una túnica grosera, especie de cilicio, y sentarse en la ceniza, en señal de penitencia o de profunda aflicción.—Según una variante de *Sin., B, D*, admitida por Tischendorf, Westcott y Hort, habría que traducir las primeras palabras del v. 15 por una pregunta: "Y tú, Capernaúm, ¿serás elevada hasta el cielo?" Fuera de lo poco natural de esa pretensión atribuida a Capernaúm, los testimonios son insuficientes para hacer adoptar esa lección.

13. Comp. Mat. 10: 40; Juan 13: 20, nota; 1 Tes. 4: 8. Jesús vuelve a sus discípulos y a su misión actual (v. 1.) Los que, obrando de modo muy distinto al de esas ciuda-

des rebeldes, los oyen, oyen a Jesús mismo que los ha investido con su autoridad; y esta autoridad es la de Dios mismo. ¡Cuál no es, pues, la grandeza de la obra que les confía! Así, el pensamiento de Jesús se eleva hasta Dios a quien se asimila, y cuya majestad divina se refleja en la humilde aparición de los enviados del Cristo.

14. Entre el envío de los discípulos y su vuelta, debió transcurrir un tiempo bastante largo; la naturaleza de su misión lo exigía. Por lo demás, Jesús mismo los seguía de lugar en lugar para completar la obra empezada por ellos. (v. 1.) Lucas pasa por sobre este intervalo, a fin de referir inmediatamente lo que tenía que decir de esta misión. Ni aun nos hace saber dónde los discípulos se volvieron a hallar reunidos con el Maestro. Lo que le importa es hacer conocer los resultados de su obra. Están llenos de gozo que expresan ingenuamente. No sólo su predicación había sido bien recibida, y habían podido sanar los enfermos (v. 9), sino los demonios mismos habían obedecido a su voz, aun-

19 Satanás cayendo del cielo como relámpago¹⁵. He aquí, os he
20 toda la potencia del enemigo; y de cierto nada os dañará¹⁶. Em-
pero no os gocéis por esto, porque los espíritus se os sujetan;

que Jesús no les hubiese dado, como a los doce, órdenes ni promesas en cuanto a estos casos particularmente difíciles. (9: 1.) De ahí su gozosa sorpresa. Se cuidan, sin embargo, de atribuirse este poder, y se apresuran a añadir: *en tu nombre*. No habría que inferir de sus palabras que consideraban la expulsión de los demonios como la parte esencial de su obra.

15. El gozo de los discípulos se ha comunicado al corazón del Maestro; todo el discurso que sigue lo respira, (v. 21.) Mientras ellos le comunican el poder que ejercían sobre los demonios, Jesús les da a conocer la caída del príncipe de los demonios; él la veía en espíritu (gr. *contemplaba*), como una realidad, resultado glorioso de su obra sobre la tierra. Estas palabras: *caer del cielo*, no significan que Jesús atribuyese a Satanás el cielo por morada, pero se puede reconocer aquí la idea de Pablo de que los demonios habitan regiones superiores a la tierra. (Ef. 2: 2; 6: 12); o, aun mejor, se puede tomar esta expresión en un sentido figurado: Jesús veía a Satanás precipitado de las alturas de su dominio y de su orgullo. Y tal es la rapidez de esa caída, que Jesús la compara a un relámpago que resplandece un instante para anagarse en las tinieblas. Pero ¿cuándo veía Jesús esa victoria sobre el demonio? Este verbo en imperfecto, lo mismo que el contexto, lleva naturalmente el pensamiento al período de que los discípulos dan cuenta a Jesús: la caída de Satanás que Jesús contemplaba tenía lugar simultáneamente con la acción de los discípulos que atacaban su reinado tenebroso. Las primeras victorias que ellos obtenían era la prenda de la victoria completa.—En efecto, esta misteriosa declaración del Salvador es profética tanto como actual. Se ha cumplido virtualmente por la muerte y la resurrección de Jesucristo (Juan 12: 33); se cumple realmente en to-

da alma que escapa del poder de las tinieblas para refugiarse en el reino del Salvador (Act. 26: 18); se cumplirá definitivamente un día por la destrucción de Satanás y de su reinado. (Apoc. 12: 9; 20: 2, 3.) Otros intérpretes (Meyer) refieren este verbo: *Yo veía*, al momento en que Jesús encargaba a los setenta discípulos su misión y les daba sus órdenes. (v. 1 y sig.) Otros piensan que, en estas palabras, Jesús hace alusión a su victoria sobre Satanás, cuando la tentación en el desierto. Según otros aun, recordaría que Satanás ha sido precipitado del cielo después de su primera rebelión contra Dios. Estas concepciones, principalmente las dos últimas, son absolutamente extrañas al contexto.

16. *He aquí*; con esta palabra pone Jesús solemnidad en su declaración y hace nacer la espera de algo nuevo. El texto recibido, con *A, D, mayúsc.* dice: *Yo os doy el poder*. La variante de *Sin., B, C*, aquí adoptada, *os he dado* (en griego, el perfecto, expresando un hecho realizado y permanente), es preferible, pues evidentemente Jesús les había dado ya ese poder del que acababan de hacer experiencia; pero les revela que es un poder mucho más extenso que lo que ellos sospechaban. En efecto, *andar sobre seres maléficos*, como *serpientes* o *escorpiones* (comp. Sal. 91: 13), es vencer los peligros de toda especie que presentan la naturaleza (Act. 27: 22; 28: 3), la enemistad de los hombres (Act. 12: 6 y sig.) y las tentaciones morales (1 Cor. 10: 13; 2 Cor. 12: 7), estas últimas sobre todo, puesto que Jesús comprende en ellas *toda la potencia del enemigo*. Este enemigo no es otro que Satanás, del que acaba de hablar. Jesús resume esta magnífica dispensación de sus dones en estas últimas palabras: *nada os dañará*.

17. El gozo de los discípulos es ciertamente legítimo, pero Jesús no quiere que se detengan en él, porque puede estar lleno de peligro pa-

mas gozaos porque vuestros nombres están inscriptos en los cie-
 21 los ¹⁷. En la misma hora se alegró en su espíritu, y dijo ¹⁸: Te
 alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado
 esto de sabios y entendidos y lo has revelado a niños; sí, Padre,
 22 porque así hubo agrado delante de ti ¹⁹. Y volviéndose a los disci-
 púlos, dijo ²⁰: Todo me ha sido entregado por mi Padre; y
 nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quién es el Padre
 23 sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelar ²¹. Y vol-
 viéndose a los discípulos aparte, les dijo: Dichosos los ojos que

ra su humildad y los triunfos que
 lo alimentan dejan subsistir una ter-
 mible pregunta relativa a su destino
 eterno. (Mat. 7: 22, 23; 1 Cor. 9:
 27.) No hay para el siervo de Dios
 más que un gozo al que pueda entre-
 garse sin segunda intención; es el
 gozo de ser salvado por gracia. No
 es necesario, pues, añadir con el
 texto recibido: *regocijáos más bien*.
 La certidumbre de la salvación es
 aquí expresada por una figura fami-
 liar a las escrituras y tomada de la
 costumbre de *inscribir* en un libro
 los nombres de los ciudadanos de un
 pueblo. (Ex. 32: 32, 33; Sal. 69: 29;
 Isa. 4: 3; Fil. 4: 3; Apoc. 21: 27.)

18. Véase, sobre las hermosas y
 profundas palabras del Salvador que
 siguen, Mat. 11: 25-27, notas. *En la*
misma hora... esta expresión liga
 íntimamente las palabras de Jesús
 que van a seguir con las que prece-
 den, e indican la causa de ese estre-
 mecimiento de gozo que experimen-
 ta. No hay, pues, duda de que el lu-
 gar asignado por Lucas a esta efu-
 sión del alma del Salvador sea el
 verdadero. Mateo (11:28) la hace
 seguir por la conmovedora invita-
 ción dirigida a las almas "fatigadas
 y cargadas."—Aunque Jesús no haya
 aprobado el gozo de sus discípulos
 sino con una sabia reserva (v. 20,
 nota), se asocia a él plenamente;
 pero el gozo de él tiene motivos in-
 finitamente más elevados, porque su
 mirada penetra hasta el fondo en
 esos primeros éxitos de su reinado
 y los triunfos de que serán seguidos.
 Mientras el evangelio nos hace co-
 nocer frecuentemente las tristezas y
 las lágrimas del Salvador, es este
 casi el único lugar en que nos habla
 de su gozo y aún de su alegría (sen-
 tido del término original).—Una va-

riante dice: se estremeció de gozo
 en el *Espíritu Santo*, es decir que el
 Espíritu de Dios habría inspirado a
 Jesús, ese vivo movimiento de gozo.
 A pesar de la autoridad de Tischendor-
 f y de otros críticos, que se basan
 en *Sin., B, C, D, la Itala* y la *sin.*, es
 probable que la lección del texto
 recibido deba ser preferida. Significa
 que Jesús experimentó este santo
 gozo en la intimidad profunda de su
 ser espiritual.

19. Buena voluntad delante de ti,
 en tu presencia, es decir a tu juicio,
 según tu sabiduría y tu misericor-
 dia. (Mat. 11: 26, nota.)

20. Estas palabras: *y volviéndose*
a sus discípulos, faltan en *Sin., B*
D, Itala; pero son confirmadas por
A, C, mayúsc., *vers.*, y Tischendorf
 las conserva. Varios críticos moder-
 nos, entre ellos M. Godet, las supri-
 men. Podría uno ser tentado, en efec-
 to, a creer que esta frase ha sido
 transcrita aquí del v. 23 por una
 inadvertencia de copista, tanto más
 cuanto que parece ser una repetición
 inútil de aquélla. Pero, en este caso,
 se habría agregado también: *aparte*;
 y lo que parece decisivo para la con-
 servación de estas palabras, que fal-
 tan en Mateo, es el hecho de que
 Jesús no dirige las palabras del v.
 22 a Dios su Padre; no pueden ser
 sino una revelación hecha a los dis-
 cípulos sobre las relaciones inefa-
 bles entre el Hijo y el Padre.

21. Véase Mat. 11: 27, notas. Lu-
 cas emplea el verbo simple; *nadie*
conoce, mientras Mateo tiene un ver-
 bo compuesto que significa *conocer*
a fondo; pero en cambio precisa el
 objeto de ese conocimiento por el gi-
 ro: *quién es el Hijo...* *quién es el*
Padre.

24 ven lo que veis, pues os digo que muchos profetas y reyes qui-
 sieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís,
 y no lo oyeron ²².

3. La parábola del samaritano. Marta y María.

A. 25-37. CONVERSACIÓN DE JESÚS CON UN DOCTOR DE LA LEY.—1.º *La pre-
 gunta hecha por el doctor de la ley*. Un legista pregunta a Jesús: ¿Qué debo
 hacer para heredar la vida eterna? Jesús le remite a la ley, cuyo tenor le
 pide que indique. El escriba la resume en los dos mandamientos del amor
 a Dios y del amor al prójimo. Jesús aprueba su respuesta y agrega: Haz
 eso y vivirás. Reprendido en su conciencia, hace esta pregunta: ¿Quién es
 mi prójimo? (25-29).—2.º *La parábola del samaritano*.—a) *El sacerdote y el*
levita. Un hombre es asaltado por bandidos sobre el camino de Jerusalén a
 Jericó y dejado medio muerto. Un sacerdote pasa, apartándose. Un levita
 hace lo mismo (30-32).—b) *El samaritano*. Un samaritano en viaje llega, y
 lleno de compasión venda las llagas del desdichado; luego le transporta sobre
 su cabalgadura a la posada y le recomienda al huésped, prometiendo saldar
 el gasto a su regreso (33-35).—3.º *Conclusión de la conversación*. Jesús pre-
 gunta al escriba cuál de los tres ha sido el prójimo del pobre herido. El
 responde: El que ejerció con él misericordia. Ve y haz tú lo mismo, le dice
 Jesús (36, 37).

25 Y he aquí, cierto legista se levantó, tentándole, diciendo ²³:
 26 Maestro, ¿haciendo qué heredaré la vida eterna? ²⁴ Y él le dijo:

22. Véase, sobre estas palabras,
 Mat. 13: 16, 17, notas. En el primer
 evangelio, Jesús las dirige a sus dis-
 cípulos que tenían la dicha de oír y
 comprender las instrucciones que les
 daba por sus parábolas, mientras pa-
 ra otros eran una carta cerrada.
 Aquí quiere hacerles sentir cuán *fe-
 lices* son al ser testigos de ese mo-
 mento, el más brillante de su minis-
 terio, y al tomar ellos mismos parte
 activa en él. Por eso les dirige estas
 palabras *en particular* y como en
 voz baja, porque ellos solos debían
 recogerlas en su corazón.—A los *pro-
 fetas* que, según Mateo, habían sus-
 pirado por estas revelaciones evan-
 gélicas, Lucas añade: *muchos reyes*.
 Así David, que las entreveía por
 el espíritu de profecía, un Salomón,
 Ezequías y otros príncipes piado-
 sos, que habían gobernado el pueblo
 de Dios según su palabra.

23. Lucas no indica el lugar de la
 conversación que va a seguir. Desig-
 na frecuentemente por el término de
legistas a los hombres que son lla-
 mados en otra parte escribas o do-
 ctores de la ley. (Véase Mat. 23: 2,
 nota.) Quizá tenía éste al mismo
 tiempo la intención de instruirse y

la de ver si Jesús respondía de una
 manera ortodoxa a su pregunta. Si
 hubiera sido un adversario declara-
 do de la verdad, es poco probable que
 Jesús hubiera prolongado la conver-
 sación.—Muchos intérpretes identifi-
 can este incidente con el que se lee
 en Mat. 22: 35 y sig. y Mar. 12: 28
 y sig., porque en ambos casos es
 citado el resumen de la ley, el
 gran mandamiento del amor. Pero
 ¿no es natural que tal cita apa-
 reciese en muchas de esas discus-
 siones sobre la vida religiosa, de la
 que el amor de Dios es el centro?
 Todo el resto de la conversación re-
 ferida aquí por Lucas difiere de la
 que hallamos en Mateo: la época, el
 lugar, la pregunta del legista y la
 hermosa parábola que nos explica
 qué es el amor del prójimo. No es,
 pues, posible identificar los relatos
 de Mateo y de Marcos con el de Lu-
 cas.

24. Gr. *¿Habiendo hecho qué heredaré?*
 ... Esta pregunta es inspirada
 por la idea de la justicia propia.
 (Mat. 19: 16, nota.) "Es como si di-
 jera: ¿Qué haré para ver el sol de
 justicia? Para verlo, no es cuestión
 de hacer, sino de abrir los ojos. (v.

27 ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? ²⁵ Y él, respondiendo, dijo: "Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo" ²⁶. Y le dijo: Rectamente has respondido: ²⁹ haz esto y vivirás ²⁷. Mas él, queriendo justificarse a sí mismo ³⁰ dijo a Jesús: Y quién es mi prójimo? ²⁸. Y respondiendo Jesús dijo: Cierta hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en medio de ladrones, los que, desnudándole y azotándole se fueron,

23.) Pero Jesús responde a esta pregunta por *haz* (v. 28 y 37), como a la expresión de *vida eterna por vivirás*. (v. 28)" Bengel.

25. Estas dos preguntas son casi equivalentes. La primera se refiere al contenido de la ley, la segunda a la forma, a los términos en que está expresado ese contenido.

26. Véase, sobre esta citación, Mat. 22: 37, 38, notas y Mar. 12: 30. Era bastante natural que el escriba, interrogado sobre lo que constituía la esencia de la ley, así como de la vida religiosa y moral, citara este gran mandamiento del *amor a Dios*, que toma de Deut. 6: 5; pues los israelitas debían recitar mañana y tarde esas palabras, y los escribas las llevaban escritas en las filacterias. (Mat. 23: 5, nota.) En cuanto al segundo mandamiento relativo al *amor al prójimo*, es tomado de Lev. 19: 18, y se puede preguntar si ese legista tuvo de sí mismo bastante sabiduría para unirlo inmediatamente al primero, o si Jesús le guió a hacer ese acercamiento. (Comp. Mat. 22: 37-39.)—El texto recibido, después de haber dicho: *de todo tu corazón*, conserva la misma preposición delante de las tres palabras que siguen: pero una variante de *Sin., B.*, adoptada por Tischendorf, la reemplaza por la preposición *en o por*. Sobre lo que hace M. Godet esta observación muy justa: "La vida moral sale del corazón y se manifiesta fuera *en o por* las tres formas de actividad indicadas. Así, el impulso hacia Dios parte del corazón, luego se realiza *por* el sentimiento que se nutre de este ser supremo por la comunión personal con él y por todo lo que puede servir a mantenerlo, *por* la voluntad que se consagra enérgicamente al cumplimiento de su voluntad, y *por* la inteligencia que bus-

ca las huellas de sus perfecciones en todas sus obras."

27. *Vivirás*, es decir, tendrás realmente en ti esa *vida eterna* de que te informas. Pero al decirle: *haz eso*, Jesús, que conocía la completa imposibilidad en que está el hombre natural de amar así a Dios y al prójimo con todas las potencias de su ser, sólo quería remitir al investigador a su propia conciencia, después de haberle remitido a la ley. (Comp. Mat. 19: 17, 2ª nota.) Si se dedicaba seriamente a practicarla, reconocería luego, con dolorosa humillación, su incapacidad, y recurriría a la gracia que crea al amor en el corazón. Por eso Bengel observaba con fineza, sobre estas palabras *haz eso*: "Jesús *tienta* con justo derecho y en buena forma al que le había tentado para mal." (v. 25).

28. *Queriendo justificarse a sí mismo*. Pero ¿quién le acusaba? Su propia conciencia, dando testimonio dentro de él de que jamás había amado de ese modo a Dios ni a su prójimo. Hay que cuidarse, pues, de traducir con Ostervald: *queriendo parecer justo*, o pensar que quería justificarse de haber hecho una pregunta ociosa. No; se siente reprendido en su interior, y si hubiera sido sincero, habría preguntado a Jesús: ¿Cómo puedo amar así? En lugar de eso, se entrega a una cuestión teológica, debatida entonces entre sus semejantes: ¿Quién es mi prójimo? Con ello persistía en su intención de probar a Jesús; pues si el Salvador hubiera respondido: *Todo hombre*, el legista habría mostrado que estaba en contradicción con la doctrina de los escribas y de los fariseos, que no consideraban como sus prójimos más que a los judíos, a exclusión de los extranjeros. A esta pregunta enteramente nueva, muy

31 dejándole medio muerto ²⁹. Y casualmente cierto sacerdote bajaba por aquel camino, y viéndole pasó por el lado opuesto. El igualmente también un levita, llegando al lugar y viéndole, pasó por el lado opuesto ³⁰. Mas cierto samaritano que viajaba, llegó junto a él, y viéndole, tuvo lástima ³¹, y allegándose, vendó sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino ³². Y poniéndole sobre su propia bestia, le llevó a una posada, y cuidó de él. Y el día siguiente, sacando dos denarios, los dió al posadero, y dijo: Cuida de él, y cualquier cosa que demás gastares, yo al regresar te lo pagaré ³³. ¿Cuál de esos tres te parece haber sido el prójimo del que cayó entre los ladrones? ³⁴. Y él dijo: El que ejerció la

diferente de la primera (v. 25), responde Jesús por la admirable parábola que va a seguir.

29. El camino de Jerusalén a Jericó, de siete leguas de longitud aproximadamente, atraviesa una región montañosa y solitaria, donde Jerónimo nos hace saber que en su tiempo *bandidos* árboles atacaban frecuentemente a los viajeros. No ocurre otra cosa hoy. (Véase el *Viaje a Tierra Santa* de M. F. Bovet, 7ª edic., p. 242 y sig.) La suerte del desdichado que *cayó en manos* de esos malhechores es descripta en tres palabras, del modo más trágico, *desnudado, azotado, medio muerto*. ¿Qué dureza de corazón no sería necesaria para verlo con indiferencia!

30. Jesús hace pasar intencionalmente un *sacerdote* y un *levita*, dos hombres que, por sus luces como por sus funciones sagradas, habrían debido ser los primeros en cumplir la ley de la caridad.—Este verbo elegido intencionalmente: *pasó de largo*, podría traducirse más literalmente por: *pasó del lado opuesto*; ni aun quiso acercarse al desdichado.

31. ¡Un samaritano! ¡Un hombre despreciado y odiado por todo judío! Podía ver en el desdichado herido, no solamente un extranjero, un indiferente, sino un enemigo: apenas le ha percibido en su miseria, es movido a lástima (gr. *conmovido en sus entrañas*).— Jesús no pierde ninguna ocasión de reaccionar contra los prejuicios que dividían a judíos y samaritanos. (9: 55; 17: 16; Juan 4: 5 y sig)

32. Una mezcla de *aceite* de oliva y de *vino* es un remedio frecuente-

mente empleado en Oriente para purificar y suavizar las llagas.

33. El texto recibido con *A, C* y las *mayúsc.*, después de *el día siguiente*, tiene: *saliendo*: esta última palabra no se encuentra en *Sin., B. D.*; ha sido añadida para hacer más clara la situación.—*Dos denarios*, algo menos de dos francos, podían, en aquellos tiempos, cubrir el gasto de un hombre durante dos días, al término de los cuales el samaritano pensaba estar de regreso, volviendo de Jerusalén adonde probablemente iba.—Es necesario considerar en su conjunto los rasgos de este cuadro conmovedor, pintado con una extrema delicadeza. Apenas ha visto el viajero al desdichado herido, es movido a compasión; se acerca, venda con sus propias manos sus sangrientas heridas, echa en ellas el remedio, coloca a ese hombre medio muerto sobre su propia cabalgadura, y va a su lado, demora, despreciando el peligro, en ese camino de mala fama, hasta que llega a una posada; allí también cuida de su enfermo, pasa la noche junto a él, se encarga de su gasto y no lo deja el día siguiente sin recomendarlo a la solicitud del huésped y comprometiéndose a reembolsar a este último todo lo que demás gastare. La obra de la caridad está verdaderamente completa. Si ese extranjero fuera su hermano o su amigo, el samaritano no habría podido hacer más.

34. El escriba había hecho esta pregunta friamente especulativa: ¿Quién es mi prójimo? Jesús devuelve la pregunta: ¿Quién ha sido el prójimo? De modo que el escriba debía

misericordia con él. Y Jesús le dijo: Ve, y tú haz igualmente ³⁵.

B. 38-42. JESÚS EN CASA DE MARÍA Y MARTA.—1.º *Marta se queja de María.* Estando Jesús en camino, entra en una aldea, donde una mujer llamada Marta le recibe en su casa. María su hermana va a sentarse a los pies de Jesús y escuchar su palabra. Marta, completamente ocupada en los cuidados de la casa, se queja a Jesús de la inactividad de su hermana (38-40).—2.º *Marta justificada por Jesús.* Jesús responde a María: Te inquietas y agitas inútilmente. Una sola cosa es necesaria. María ha escogido la buena parte. (41, 42).

38 Y yendo ellos, entró él en cierta aldea ³⁶; y cierta mujer, por
39 nombre Marta, le recibió en su casa ³⁷. Y ésta tenía una hermana
llamada María, la que también habiéndose sentado a los pies del
40 Señor, oía su palabra ³⁸. Mas Marta era distraída por mucho ser-

preguntarse: ¿Soy yo? ¿Lo habría sido yo, en el lugar del samaritano?

35 El doctor de la ley evita el pronunciar con elogio el nombre aborrecido del samaritano; pero su conciencia le obliga a reconocer que el que ha ejercido esa conmovedora misericordia para con ese pobre judío herido se ha portado como su prójimo. Y si no ahoga esa voz de su conciencia, llegará aún a la conclusión de que un samaritano es el prójimo de él, doctor de la ley. Entonces sabrá quién es su prójimo. Sin embargo, el saber no es nada; por tanto le despidió Jesús con estas palabras: *Vé, y haz tú igualmente.* Es necesario observar que el Salvador no añade, como en el v. 28; *y vivirás.*

36. *En camino hacia Jerusalén* (9: 51, nota.) Gr. *entró él.* Se ha pensado que este pronombre oponía Jesús a sus discípulos e indicaba que él entró solo, sin sus discípulos, en esa aldea. Pero eso no resulta del texto, y el apuro causado por la llegada de Jesús (v. 40), como también el hecho de que continúa enseñando (v. 39), hace suponer la presencia de los discípulos. Esa aldea, que Lucas no nombra, era Betania. (Juan 11: 1 y sig.; 12: 1 y sig.) El lugar en que Lucas intercala este incidente en su relato es difícil de explicar. ¿Puedese admitir que el evangelista ignora el nombre de Betania, hecho tan célebre en la tradición por la resurrección de Lázaro? ¿Podía él ignorar que Marta y María eran las hermanas de este último? ¿Habría, con cierta crítica, que imputarle el

error de poner en Galilea la historia que va a relatar? Todas esas explicaciones son inadmisibles. Lo evidente es que este pasaje, como otros en los tres primeros evangelios (Mat. 23: 37; Luc. 13: 34; 19: 42), supone los viajes de Jesús a Jerusalén relatados por Juan. Se puede aún pensar aquí, con M. Godet, en la visita que hizo Jesús a esa ciudad para la fiesta de la dedicación en diciembre (Juan 10: 22), y admitir que esa visita tuvo lugar mientras los setenta discípulos cumplían su misión (v. 1 y sig.): Lucas, tomando de los documentos de que disponía el exquisito incidente que va a seguir, lo habría consignado en su relato, sin otra indicación más precisa.

37. Del hecho de que *Marta* es designada como ama de casa, se ha inferido, con bastante verosimilitud, que era viuda, o por lo menos la hermana mayor de la familia. Es digno de observación, en cualquier caso, que desempeña exactamente el mismo papel y muestra los mismos sentimientos en los dos hermosos relatos conservados por Juan. (11 y 12.) El carácter de María, su hermana, se halla en ellos igualmente descripto por rasgos enteramente semejantes a los que le atribuye Lucas. Puede ser también que Juan (11: 1), designando a Betania como "la aldea de María y de Marta su hermana", aluda a la historia contada aquí por Lucas.

38. En el v. 39, se debe traducir: *habiéndose sentado*, y no: *estando sentada*; en el v. 40, hay que leer:

vicio. Y sobreviniendo dijo: Señor, ¿no te cuidas de que mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile que me ayude ³⁹. Mas respondiendo díjole el Señor: Marta, Marta, te preocupas y turbas por muchas cosas; mas de una sola cosa hay necesidad, y María ha elegido la buena parte, la cual no le será quitada ⁴⁰.

4. Instrucción sobre la oración.

1-13. LA ORACIÓN Y SU EFICACIA.—1.º *El modelo de la oración.*—a) *La ocasión de esta enseñanza.* Jesús ora; uno de sus discípulos, impresionado por un ejemplo, le pide que les enseñe a orar, como Juan enseñó a sus discípulos (1).—b) *La oración dominical.* Jesús responde a ese pedido proponiendo a sus discípulos, como modelo de sus oraciones, la oración dominical, que pronuncia delante de ellos (2-4).—2.º *La eficacia de la oración.* Para alentar a sus discípulos a orar así, les persuade Jesús de que están seguros de ser oídos. Les da tres pruebas de ello:—a) *El ejemplo del amigo importuno.* Este amigo va a medianoche a pedir a su amigo que le preste tres panes para servirlos a un huésped llegado inesperadamente. El otro rehusa al principio, pretextando que está en cama con sus hijos, pero acaba por ceder a causa de la insistencia de su amigo (5-8).—b) *La experiencia común.* No hay más que pedir, buscar, llamar; pues los que lo hacen, reciben, hallan y se les abre (9, 10).—c) *El hecho de que su oración se dirige a un padre, que es el Padre celestial.* ¿Quién es el padre que da a su hijo, en lugar de alimento, una cosa inútil, o bestias nocivas y peligrosas? Si, a pesar de la corrupción del corazón humano, la relación de un hijo con su padre da una seguridad semejante, ¿qué confianza no puede tener, el que ora, en el Padre celestial? De cierto, no le rehusará el Espíritu Santo (11-13).

mi hermana me ha dejado (Sin. D.) en lugar de: *me dejaba* (B. A. C) sola. La mayor parte de nuestras versiones traducen erróneamente por el presente: *me deja sola*, lo que significaría que María no habría hecho nada para recibir al Señor, mientras que primeramente había ayudado a su hermana en los cuidados del servicio, antes de ir a sentarse a los pies del Señor y escuchar su palabra. Con ello se encuentra considerablemente modificado todo lo que se ha escrito sobre la inactividad contemplativa de María.—Todo esto ocurría antes de la comida que se preparaba. No se debe pues imaginar a Jesús a la mesa, semi-tendido sobre un diván, extendidos los pies, y María detrás de él, como la pecadora. (7: 38.) El momento es más solemne y más íntimo: Jesús está únicamente ocupado en anunciar la palabra de vida, y María, sentada a sus pies, está enteramente absorta escuchándole. Este término *a sus pies* expresa, por lo demás, la posición humilde y atenta del discípulo respecto del Maestro. (Actos 22: 3.)

39. Gr. *Era sacada de uno y otro lado...* y sobreviniendo, dijo. No se debe inferir de la respuesta de Jesús que va a seguir, que todo fuera censurable en la actividad de Marta. Su solicitud en recibirlo bien denota su amor y su veneración hacia él; pero olvida que, en ese raro y precioso momento de su presencia, había algo más importante que hacer; había otro medio de acogerle, que él mismo apreciaba infinitamente más. Además, su reflexión sobre su hermana y la súplica que dirige a Jesús descubren una censura fuera de lugar y algo de esos celos que los espíritus activos y enérgicos experimentan a menudo respecto de las almas más recogidas y más íntimas.

40. En este nombre repetido de un modo significativo, *Marta, Marta*, y en las palabras que siguen, no se debe ver una reprensión severa, sino más bien una afectuosa advertencia. Sin embargo, Jesús debió pronunciar con profunda seriedad estas palabras: *Una sola cosa es necesaria.* Los cuidados activos de Marta tienen también en la vida su necesidad

XI. Y aconteció, estando él en cierto lugar orando, que como cesó le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como 2 también Juan enseñó a sus discípulos¹. Y les dijo: Cuando oraréis, decid²: Padre, santificado sea tu nombre; venga tu reino,

relativa; pero una sola cosa es de importancia absoluta. ¿Cuál? Jesús ha respondido claramente: *Es la buena parte que María ha escogido*; es el recibir en su corazón con avidez las palabras de vida que caen de los labios del Salvador; es, en dos palabras, la salvación eterna del alma. Ahora bien: esa buena parte no será quitada (gr. *arreatada*) a María, ni por las reclamaciones de Marta, que Jesús no consiente, ni por ninguna potencia del universo. *Sin.* B tienen en el v. 42: "*De pocas cosas hay necesidad o de una sola, pues María...*" lección adoptada por Westcott y Hort, que significa: una sola cosa basta, como lo prueba (pues) en ese mismo momento el ejemplo de María.—Se ve a menudo en estas dos hermanas los tipos de dos tendencias igualmente legítimas de la vida cristiana. Marta representa los cristianos celosos y activos en los trabajos exteriores del reino de Dios; María, las almas íntimas y amantes que viven una vida contemplativa, que tienen una necesidad imperiosa de la comunión habitual del Salvador. Se insiste en los peligros de cada una de esas tendencias y se dice que el ideal sería fundirlas en un mismo carácter en el cual la contemplación y la acción estuvieran en perfecto equilibrio. Pero cuando se considera atentamente nuestro relato, se reconoce que las dos hermanas no nos son presentadas sobre esa base de igualdad. Jesús no dirige elogio a Marta, y declara, sin restricción alguna, que María ha escogido la buena parte. Es que la actividad febril de Marta era inspirada, como observa M. Godet, por "su amor propio de huésped", tanto como por el deseo de servir a Jesús; esta preocupación personal se muestra en todo caso en los reproches con que abruma a su hermana. Y, por otra parte, María no ha permanecido ociosa, lo hemos visto (v. 39, nota); pero ha sabido interrumpir su trabajo a tiempo para recoger de la boca del

Maestro las palabras de la vida eterna. Estas palabras, que ella recibe y conserva en su corazón, se tornarán en la simiente de una actividad superior. Ellas la harán capaz, dándole la inteligencia profunda del pensamiento de su Maestro, de realizar un día esa acción que Jesús alabaré como "una buena obra hecha para él." (Mar. 14: 6.)

1. Lucas, pasa, sin determinación de tiempo, a un nuevo relato. Tampoco nos dice en qué lugar estaba Jesús en oración; le basta observar una vez más uno de esos momentos, tan frecuentes en la vida de Jesús, que él consagraba al acto de la oración, a las conversaciones íntimas con su Padre. (5: 16, nota.)—El discípulo que dirige a Jesús este pedido no era probablemente uno de los apóstoles. Su demanda es provocada por la impresión que produce en él la oración de Jesús. Bien: los apóstoles estaban demasiado habituados a verle en oración para ser sorprendidos de ese hecho. Por lo demás, desde hacía mucho tiempo los había iniciado Jesús en el espíritu de oración; no tenían necesidad de pedirle nuevamente una instrucción semejante. Podía ser más bien uno de los setenta discípulos, que hacía poco se habían reunido nuevamente a él, o uno de los discípulos de Juan, como parece indicarlo el ejemplo en que se apoya. Esa enseñanza dada por Juan a sus discípulos, relativa a la oración, nos es enteramente desconocida.

2. Lucas asigna a la oración del Señor un lugar enteramente diferente que Mateo (6: 9 y sig.) Según este último, forma parte del sermón del monte, mientras que, según nuestro evangelista, fué enseñada más tarde a pedido expreso de un discípulo. Gran número de excelentes exégetas (Calvino, Ebrard, de Wette, Olshausen, Neander, Godet) han inferido de ello que Mateo, según su costumbre de agrupar ciertas enseñanzas homogéneas del Salvador, ha-

3, 4 Danos cada día nuestro pan para el siguiente; y perdónanos nuestros pecados, pues también nosotros mismos perdonamos a 5 todo el que nos debe. Y no nos induzcas a tentación³. Y les dijo: ¿Quién de entre vosotros tendrá un amigo, e irá a él a media- 6 noche, a quien diga: Amigo, préstame tres panes, por cuanto un amigo mío ha llegado a mí de viaje y no tengo qué ponerle de- 7 lante; y aquél desde dentro respondiendo diga: No me causes penas; ya la puerta está cerrada y mis niñitos están conmigo 8 en el lecho; no puedo levantarme y darte? Os digo, aunque no se levantará y le dará por ser su amigo, por lo menos a causa

bia introducido libremente esta oración en el discurso del monte, mientras que Lucas le asigna su verdadero lugar. Esta opinión puede apoyarse en más de un hecho semejante. Pero, ¿es verdad que esta oración esté fuera de lugar en el sermón de la montaña? En esas instrucciones sobre las diversas manifestaciones de la piedad, la limosna, la oración, el ayuno, después de haber condenado las oraciones hipócritas, hechas con ostentación, y "usando vanas repeticiones," ¿no era enteramente natural que Jesús añadiese: "Vosotros, mis discípulos, orad así," y que, en medio de la multitud que le rodeaba, levantados los ojos hacia el cielo, pronunciara con emoción esta oración tan profunda en su sencillez, tan rica en su brevedad? Ninguno jamás lo habría dudado sin el relato de Lucas que nos ocupa. Pero, ¿nos obliga este relato a rechazar el de Mateo? De ningún modo, a menos que se admita que jamás Jesús haya podido, en circunstancias diferentes, repetir algunas de sus más importantes palabras. Bien: los evangelios nos presentan ejemplos numerosos de palabras pronunciadas en diversas ocasiones. ¿Por qué no habría respondido Jesús a ese discípulo que le pedía que le enseñara a orar, repitiendo esta admirable oración, que por lo demás presenta en una forma diferente y algo abreviada? Así lo han admitido Theluck, Meyer, Stier, Gess y otros, que ven una confirmación de su opinión en el hecho de que Mateo solo nos ha conservado en su plenitud este inimitable modelo de oración.

3. Véase, sobre la oración del Se-

ñor, Mat. 6: 9-13, notas. Lucas la ha referido bajo esta forma abreviada. El texto recibido, que la contiene entera, ha sido completado conforme a Mateo. La fórmula de Lucas presenta, además, algunas expresiones que difieren del texto de Mateo. Así: "Danos cada día, en lugar de hoy, nuestro pan cotidiano." El término de Lucas puede extenderse al porvenir, mientras el de Mateo limita el pedido al día presente.—Lucas dice: "Perdónanos nuestros pecados," en lugar de *nuestras deudas*, término que, aun en Mateo, no puede naturalmente entenderse más que de los pecados cuyo perdón pedimos; pero Lucas conserva la misma figura en estas palabras: *a todo el que nos debe*. Mateo motiva este pedido de perdón diciendo: *como nosotros perdonamos*; Lucas: *pues nosotros perdonamos*. No quiere decir que perdonando a los demás merezcamos el perdón de Dios. El giro empleado supone, según M. Godet, un ranonamiento semejante al que hallamos en el v. 13: "Si vosotros que sois malos... cuánto más el Padre celestial..." Igualmente aquí: "Perdónanos nuestros pecados, tú, la Misericordia suprema, puesto que nosotros también, aunque somos malos, perdonamos." La expresión absoluta: *a todo el que nos debe*, no conviene bien a esta explicación. Muestra que el motivo añadido a la demanda es un voto, una resolución tomada para el porvenir, y por la cual el que ora manifiesta disposiciones que le hacen propio para recibir el perdón de Dios. La fórmula de Lucas tiene así el mismo sentido que la de Mateo. (Mat. 6: 12, nota.)

9 de su imprudencia se levantará y le dará cuanto necesita ⁴. Y yo os digo: Pedid, y os será dado; buscad, y hallaréis; llamad, y os será abierto; pues todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama será abierto ⁵. ¿Y a quién de entre vosotros que es padre, pedirá su hijo pan, . . . le dará acaso una piedra? O también un pez, ¿en lugar de un pez le dará acaso una serpiente? 12, 13 te? O también pedirá un huevo, ¿le dará un escorpión? Si vosotros, pues, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre que es del cielo dará el Espíritu Santo a los que le piden? ⁶.

5. Jesús y los fariseos.

A. 14-36. JESÚS ACUSADO DE EXPULSAR LOS DEMONIOS POR BEELZEBUL E INVITADO A MOSTRAR UNA SEÑAL DEL CIELO.—1.º La ocasión de estos discursos es la curación de un endemoniado mudo, a consecuencia de la cual unos acusan a Jesús de expulsar los demonios por Beelzebub; otros le piden una señal

4. Jesús enseña la eficacia de la oración ya por analogías (v. 11-13). ya por contrastes, como en la parábola v. 5-8. (Comp. 18: 3 y sig.) Esta parábola contiene a la vez una promesa y una exhortación, según consideremos los dos hombres puestos en escena. La promesa podría traducirse así: "Si un hombre, por puro egoísmo y para libertarse de una postulante, le concede su pedido, aun en el tiempo más inoportuno (*media noche*), ¿cuánto más Dios, que conoce todas vuestras necesidades y que es amor!" En cuanto a la exhortación, el postulante mismo nos la hace oír por su ejemplo: Puesto que, en las circunstancias más desfavorables, pero impelidos por vuestras necesidades, no teméis importunar con insistencia a un hombre que sabéis es tan poco generoso, ¿por qué no hacéis lo mismo con Dios que, en su misericordia infinita, está siempre listo para concedernos mucho más que todas vuestras oraciones? (Comp. Mat. 15: 22 y sig.) La plena confianza de que una tal demanda no será vana es expresada por este verbo en futuro: le *dará*.

5. Mat. 7: 7, 8, nota. Y yo os digo. Con estas palabras introduce Jesús (v. 9-13) una admirable aplicación de su parábola, de la que toma las figuras y las expresiones mismas de que se sirve. *Pedid, buscad, llamad*, es lo que ha hecho el hombre de la parábola: *os será dado, hallaréis, os*

os abrirá, tal ha sido su experiencia: ¿cuánto más ciertamente será la vuestra delante de Dios!

6. Véase Mat. 7: 9-11, nota. Otra prueba más íntima y más persuasiva de que Dios oye la oración. Es necesario observar esta progresión: un amigo (v. 5), un padre (v. 11), el Padre celestial, (v. 13).—Entre los dones que el hijo pide a su padre, Mateo solamente designa *pan* y un *pez*; eran las provisiones que se tomaba ordinariamente para el viaje (Mar. 6: 38); Lucas añade un *huevo*, que formaba parte a menudo de esas provisiones. "Nuestro huésped nos entrega, al partir, con qué hacer nuestra comida: panes (digo panes, y no pan, pues son hechos aquí muy pequeños, v. 5), huevos duros, como siempre, más algunos peces fritos. Se ve que el alimento es absolutamente el mismo que en tiempos de Jesús." (F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7.ª edic., p. 361.) A esos tres alimentos son opuestos: una *piedra*, cruel ironía; una *serpiente*, muy peligrosa; un *escorpión* más nocivo aun. ¿Quién es el padre que responderá con tales dones al pedido de su hijo? Y esta pregunta se torna más impresionante cuando, en lugar de un padre cualquiera, nombra Jesús al Padre celestial.—*Vosotros, que sois malos*: "Notable testimonio del pecado original." Bengel. ¡Qué contraste con la bondad y el amor del Padre que es del cielo!—Según Ma-

del cielo (14-16).—2.º *Respuesta de Jesús a la acusación*.—a) *Su absurdo, su injusticia*. Jesús muestra que esa acusación es absurda, porque supone que Satanás está dividido contra sí mismo; y que proviene de una malevolencia injusta, puesto que los fariseos están lejos de hacerla contra sus propios exorcistas (17-19).—b) *La verdadera explicación de la curación obrada y las consecuencias que se deben sacar de ella*. Por el poder de Dios obra Jesús; el reino de Dios ha llegado, pues, a ellos. Satanás es semejante a un hombre fuerte que ha sido vencido por uno más fuerte y cuyos bienes son puestos a saco (20-22). c) *Severa advertencia a los contradictores*. Jesús les declara que el que no está con él está contra él; les enseña, por una parábola, que el endurecimiento de ellos se va a tornar irremediable (23-26).—3.º *Un incidente*. Jesús es interrumpido por una mujer que celebra la dicha de la que ha llevado al Mesías en su seno. Replica que una dicha mayor es la del que escucha y practica la palabra de Dios (27, 28).—4.º *Respuesta de Jesús al pedido*.—a) *La única señal dada*. No será dada a esta generación mala otra señal que la de Jonás. La reina del mediodía y los ninivitas aparecerán como testigos contra esta generación, pues el que ella rechaza es mayor que Salomón y que Jonás (29-32).—b) *La falta de discernimiento espiritual y su causa*. La claridad que irradia la aparición del Salvador es plenamente suficiente para que los hombres puedan reconocerle, si tan sólo su órgano espiritual es sano. Los que recibieren la luz divina serán enteramente penetrados y transfigurados por ella (33-36).

14 Y estaba expulsando un demonio, y él era mudo; y aconteció
15 que, salido el demonio, habló el mudo, y se admiraron las multi-
16 tudes ⁷. Mas algunos de entre ellos dijeron: Por Beelzebub, el
17 príncipe de los demonios, expulsa los demonios. Y otros, tentán-
18 dole, buscaban de él una señal del cielo ⁸. Mas él, conociendo los
pensamientos de ellos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mis-
mo es asolado; y casa cae sobre casa ⁹. Y si también Satanás

teo, Jesús dice: vuestro Padre dará bienes, o cosas buenas, a los que se las pidan. Esta expresión es más simple y más en armonía con la figura que precede, que los términos empleados por Lucas: *dará el Espíritu Santo*. Pero por otra parte, el Espíritu Santo es el más precioso de los dones de Dios y la prenda de todos los demás.

7. Véase, sobre esta curación y el discurso que sigue, Mat. 9: 34; 12: 22-29, notas; comp. Mar. 3: 22-30. El giro del original: *estaba expulsando* un demonio, significa que Jesús estaba ocupado en ese momento en realizar esa curación.—Mateo refiere que, no solamente las multitudes se admiraron a la vista de ese milagro, sino que hallaron en él ocasión de preguntarse si no sería Jesús el Mesías.

8. Lucas introduce aquí este pedido de una *señal* que Mateo (12: 38)

no hace intervenir sino después del discurso que va a seguir, lo que es más natural. Pero nuestro evangelista distingue muy bien luego esas dos clases de contradictores. (v. 15 y 16); Jesús responde a los unos en los v. 17 y sig., y a los otros v. 29 y sig. Además, según Lucas, los adversarios piden una señal *viniendo del cielo*: este detalle es omitido por Mateo en el pasaje paralelo, pero conservado por él en otra ocasión (Mat. 16: 1, nota), lo que prueba que los adversarios dirigieron más de una vez contra Jesús ese género de ataques.

9. Mateo y Marcos aplican a la *causa* lo que acaba de decirse de *todo reino*: si está dividida contra sí misma, cae en ruinas. La palabra *causa* es entendida entonces en el sentido de *familia*. Muchas versiones conservan aquí la misma idea, sobreentendiendo el verbo de la frase preceden-

se ha dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? por-
 19 que decís que por Beelzebul expulso los demonios¹⁰. Mas si yo
 por Beelzebul expulso los demonios, vuestros hijos ¿por quién
 20 los expulsan? Por esto ellos serán vuestros jueces¹¹. Mas si por
 el dedo de Dios expulso los demonios, ha llegado pues a vosotros
 21 el reino de Dios¹². Cuando el fuerte, bien armado, guarda su
 22 casa, sus bienes están en paz. Mas cuando uno más fuerte que
 él, sobreviniendo le vence, le quita su armadura completa, en la
 23 que confiaba, y distribuye sus despojos¹³. El que no está con-
 migo contra mí está; y el que no allega conmigo, dispersa¹⁴.
 24 Cuando el espíritu impuro ha salido del hombre, va por lugares
 áridos buscando descanso; y no hallándolo, dice: Volveré a mi
 25 casa, de donde salí; y yendo, la encuentra barrida y adornada.
 26 Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él,

te: una casa dividida contra sí misma. Pero tal no es el pensamiento en nuestro texto, literalmente traducido. Jesús toma la palabra *casa* en su sentido material, y quiere decir que en la destrucción de un reino (o de una ciudad, como dice también Mateo), se ve realmente *desplomarse casa sobre casa*. El pensamiento del Salvador tiene así algo de pintoresco y conmovedor.

10. Estas últimas palabras, directamente dirigidas a los adversarios, motivan (*porque*) la pregunta que acaba de hacerles; y, sin duda, Jesús las pronunció con un acento de indignación, pues la acusación que refutaba no era nada menos que una blasfemia. (Mat. 12: 31, 32.)

11. Segundo argumento contra la acusación de los fariseos: ésta es injusta y muestra hasta qué punto están prevenidos contra Jesús, puesto que no atribuyen a una causa semejante las curaciones de sus discípulos. (Mat. 12: 27, notas.)

12. Es la conclusión de lo que precede: *Si yo expulso los demonios y destruyo el reino de Satanás*, es prueba de que el momento actual es grave y que *el reino de Dios*, cuyo advenimiento esperáis por alguna manifestación exterior, ha llegado ya hasta vosotros.—En lugar de esta expresión característica: *por el dedo de Dios*, Mateo dice: “por el Espíritu de Dios.” Estos dos términos expresan la misma idea, con esta diferencia, que Mateo indica propiamente

te cuál es la potencia divina por la cual obra Jesús, mientras que Lucas designa en lenguaje figurado, la misma potencia divina, como ejerciéndose de manera aparente y con una extrema facilidad. (Ex. 8: 15.) Dios es representado por la figura de un hombre que no tiene más que levantar el dedo para cumplir su voluntad. (Comp. Mat. 12: 28, nota.)

13. Esta parábola, que Lucas relata en términos más dramáticos que Mateo y Marcos, confirma el pensamiento expresado en el v. 20, de que Jesús es, no el instrumento de Satanás, sino su potente adversario. En vano *el fuerte bien armado*, está de guardia a la entrada de su casa. (gr. *su atrio*, rodeado de muros) y cree que todo lo que tiene está en seguridad (gr. *en paz*): ¡cuando uno más fuerte que él ha llegado a sorprenderle, le desarma y le arrebató sus despojos! Satanás (cuya existencia y personalidad reconoce Jesús aquí claramente) era ese fuerte, confiado en sus medios de seducción: ha sido sorprendido y vencido por el Salvador, que hace ahora el reparto de sus despojos, es decir, según el contexto, la liberación de las víctimas que aquel tenía en su poder.

14. Véase Mat. 12: 30, nota. Atribuir al demonio las obras del Salvador (v. 15), era la peor manera de declararse *contra él*. Era también *dispersar* el bien que él hacía a las almas, y las almas mismas, alejándolas de él.

y entrando moran allí; y se hace la última condición de aquel hombre peor que la primera¹⁵.

27 Y aconteció, diciendo él esto, que cierta mujer de entre la multitud, levantando la voz, le dijo: Dichoso el vientre que te
 28 llevó y los pechos que mamaste. Mas él dijo: Antes más bien dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan¹⁶.

29 Y reuniéndose las multitudes, empezó a decir: Esta generación mala generación es; señal busca y señal no le será dada
 30 sino la señal de Jonás; pues, como fué hecho Jonás una señal para los ninivitas, así será también el hijo del hombre para esta generación¹⁷. La reina del mediodía se levantará en el juicio con los varones de esta generación y los condenará, porque vino de los extremos de la tierra para oír la sabiduría de Salomón; y he aquí,
 32 hay aquí más que Salomón¹⁸. Varones ninivitas se levantarán en

15. Mat. 12: 43-45, notas. En el primer evangelio, esta parábola representa la condición actual del pueblo judío, que se endurece en su incredulidad. Según Lucas, es aplicada más especialmente a los fariseos que acaban de acusar al Salvador. Jesús ha refutado primeramente su acusación blasfema (v. 15 y sig.); luego, declarado por una figura (v. 23) que ellos son los enemigos de su persona y de su obra; muestra por último, por esta parábola (v. 24-26), que el estado moral de ellos es incorregible y desesperado. La curación del endemoniado, al que él acaba de libertar ante sus ojos, le suministra la figura bajo la cual presenta su pensamiento.

16. Esta mujer, probablemente una madre, que proclama así *dichosa* a la madre del Salvador, ha recibido lo que Jesús ha dado a entender en el discurso precedente; ha comprendido que Jesús es el Mesías; esta verdad ha penetrado en su espíritu como un rayo de luz. En la emoción que siente, piensa inmediatamente en la que ha dado el ser al Salvador. La admiración que expresa descubre su sentimiento maternal, antes que una fe religiosa bien iluminada y fortalecida. “Su sentimiento es bueno, pero habla como mujer.” Bengel. Es inconcebible que, a pesar de la respuesta de Jesús, los intérpretes católicos se apoyen en las palabras de esta mujer para sancionar el culto de la virgen. Esta respuesta, sin duda, no es una censura absoluta. Je-

sús recibe más bien con benevolencia ese movimiento de un corazón sincero, pero para elevarlo hasta su verdadero objeto, *la palabra de Dios escuchada y guardada* como una siemiente de vida divina. Hace sentir a esa mujer que ella misma puede ser feliz como aquella cuya dicha acaba de celebrar.—Lucas solo ha conservado este incidente notable de la historia evangélica.

17. Véase, sobre esta segunda parte del discurso (v. 29-32), Mat. 12: 39-42, notas, y 16: 4, nota. Jesús responde a la demanda que le ha sido hecha de una *señal del cielo* (v. 16, nota), y la rechaza, porque los que la presentaban eran hipócritas, que sólo querían tenderle un lazo. Para eso ha esperado que la *multitud se reuniera* a su derredor, a fin de hacer pública la reprensión severa que dirige a toda la *generación* de entonces. Por eso se ve que aquí, como en Mateo, los reproches de Jesús, dirigidos primeramente a los fariseos solos, se generalizan y se extienden a todo el pueblo.—Es necesario observar esa palabra *señal* cuatro veces repetida, como un reproche dirigido a los que la pedían. El texto recibido tiene: *Jonás el profeta*; esta última palabra falta en *Sim., B, D*, etc.—Lo que Jesús entiende por la *señal de Jonás* dada a su generación, es explicado en el v. 32.

18. Mat. 12: 42, nota; comp. i Reyes 10: 1 y sig.; 2 Crón. 9: 1 y sig., Mateo cita en primer lugar el ejemplo de los ninivitas, al cual la

el juicio con esta generación y la condenarán, porque se arrepintieron a la predicación de Jonás; y he aquí, hay aquí más que Jonás ¹⁹. Nadie, encendiendo una lámpara, la pone en lugar oculto ni bajo el almud; sino sobre su pie, para que los que entran vean ²⁰ la luz. La lámpara del cuerpo es tu ojo; cuando tu ojo es sencillo, tu cuerpo entero también es luminoso; mas cuando es malo, también tu cuerpo es tenebroso. Mira pues, si acaso la luz que hay en ti no es tinieblas ²¹. Si tu cuerpo entero, pues, es luminoso, no teniendo parte alguna tenebrosa, será entero luminoso como cuando la lámpara te ilumina con su resplandor ²².

mención de la señal de Jonás llevaba naturalmente, y en segundo lugar, el ejemplo de la reina del mediodía. M. Godet defiende el orden de Lucas por la consideración de que "presenta una mejor gradación moral. Es más grave quedar insensible al mal que se ha cometido que no estar ávido de nuevas revelaciones."

19. Así la señal de Jonás, que el Señor da a su generación, es, por una parte, su propia misión, infinitamente superior a la del profeta, y, por la otra, el *arrepentimiento* de los habitantes de Nínive opuesto al endurecimiento de su pueblo. (Mat. 12: 41.)—En Mateo (12: 40, véase la nota), lo que Jesús llama la señal de Jonás es la estancia del profeta durante tres días y tres noches en el vientre del pez. El estará igualmente sepultado tres días y tres noches en el seno de la tierra. Su muerte y su resurrección serán la verdadera y grande señal dada a su generación. Lucas calla enteramente este pensamiento. Se ha querido reconocerlo en el v. 30, donde Jesús dice que el Hijo del hombre será una señal; el verbo en futuro no puede designar, se piensa, más que el gran acontecimiento por el que terminara la vida del Salvador sobre la tierra. Esta alusión es posible, pero poco evidente.

20. Hallamos aquí una nueva aplicación de esta hermosa y profunda figura que Jesús empleaba a menudo en sus discursos. (Véase 8: 16; Mat. 6: 15; Mar. 4: 21, notas.) La relación con lo que precede es evidente: Hay aquí más que Salomón, más que Jonás; Dios os da en mí la verdadera revelación, la verdadera luz, y no podéis alegar una excusa de vuestra

incredulidad que esa luz haya sido puesta en lugar oculto bajo el almud. La aparición del Mesías ha sido suficientemente preparada y publicada; si, en lugar de cerrar los ojos de vuestro espíritu y pedir otras señales, tuvierais una vista sana (v. 24), vuestra alma sería completamente llena de la luz divina que irradia de mí. La enfermedad que afecta vuestro órgano espiritual es la única causa de vuestra falta de discernimiento.

21. Véase Mat. 6: 22, 23, nota. Aquí, Jesús añade a esta figura tan verdadera y profunda una exhortación a velar sobre el estado de esta luz interior, la única por la que podemos percibir la luz que nos viene de afuera; luego termina (v. 36) por una observación sobre la armonía de estas dos luces, cuya acción combinada procura el conocimiento perfecto.

22. Para comprender este versículo difícil y diversamente interpretado, y para evitar la tautología que presenta a primera vista, es necesario observar que en la primera frase el acento es puesto sobre *entero*, en la segunda sobre *luminoso*. El sentido es que si el hombre es penetrado enteramente de la luz divina percibida por un órgano espiritual en perfecto estado, es decir por un corazón recto (Sal. 112: 4), esta luz resplandecerá por fuera, su cuerpo será luminoso como cuando refleja la luz de una lámpara que le inunda con su brillo. (Gr. con el relámpago.) "Este fenómeno descrito aquí por Jesús, observa M. Godet, es el que se había realizado en él mismo. al más eminente grado, en el hecho de la transfiguración." Algunos exégetas esti-

B. 37-54. SENTADO JESÚS A LA MESA EN CASA DE UN FARISEO CENSURA A LOS FARISEOS Y A LOS ESCRIBAS.—1.^o *La ocasión*. Los discursos que Jesús acaba de pronunciar, inducen a un fariseo a invitarle a comer en su casa. Jesús entra y se sienta a la mesa sin proceder a las abluciones tradicionales. Por esa omisión, excita la extrañeza de su huésped (37, 38).—2.^o *Tres vicios de los fariseos*.—a) *La hipocresía*. Toma Jesús in flagranti la hipocresía de los fariseos: se muestra en el escándalo que su conducta ha causado. La importancia que ella da a las purificaciones exteriores es locura en presencia de Dios, quien mira ante todo al ser moral. Practicar la caridad, he ahí el verdadero medio de ser puro. La hipocresía de los fariseos se muestra también en su solicitud por pagar el diezmo, unida a la negligencia de las obligaciones fundamentales de la ley (39-42).—b) *La vanidad*. Buscan los primeros asientos y las salutations (43).—c) *La influencia oculta*. Como sepulcros ocultos, ellos contaminan los hombres sin que éstos sospechen (44).—3.^o *Tres reproches a los legistas*. Un legista, sintiéndose alcanzado por estas palabras, protesta. Jesús se dirige entonces a los legistas y los censura.—a) *Predican y no practican*, cargando a los hombres con cargas que ellos se cuidan de no remover ni con el dedo (45, 46).—b) *Ellos honran a los perseguidos y persiguen*. Edificando hipócritamente las tumbas de las víctimas de sus padres, se muestran animados del mismo espíritu que ellos. Dios les enviará aún profetas a perseguir, a fin de que la sangre de todos los mártires sea demandada de esta generación (47-51).—c) *Ellos retienen la llave del conocimiento de la salud y no entran ni dejan entrar* (52).—4.^o *Conclusión histórica*. Al salir de la casa, Jesús es violentamente tomado aparte y asaltado con preguntas insidiosas (53, 54).

37 Y hablando, un fariseo le rogó que comiera en su casa ²³.
38 Y entrando, se reclinó a la mesa. Mas el fariseo, viéndolo, se admiró de que primero no se había bañado antes de la comida ²⁴.
39 Mas el Señor le dijo: Pues sí, vosotros los fariseos limpiáis lo exterior de la copa y del plato, mas lo interior de vosotros está
40 henchido de rapiña y de maldad ²⁵. ¡Insensatos! El que hizo lo

man que, no es posible obtener este sentido sino por medio de una corrección del texto, y proponen leer: "Si tu ojo es luminoso, todo tu cuerpo será luminoso..." El versículo entero falta en D y en dos antiguas versiones. (Ef. 5: 8; 2 Cor. 3: 18.)

23. Las palabras *estando hablando*, se refieren al discurso que precede (v. 29 y sig.) Como ese discurso era dirigido contra los fariseos, se puede suponer que ese de entre ellos que, después de haberle oído, invitó a Jesús a comer en su casa, lo hizo con mala intención a fin de espiarle y poder acusarle. (Comp. 4: 1.) Es lo que explica la severidad de las palabras de Jesús. (Comp. v. 39, nota.)—La palabra que traducimos por *comer*, y que otros vierten por *desayunar*, designa la comida que se tomaba hacia mediodía, mientras que otra comida principal tenía lugar a

la tarde. Era así entre los judíos como entre los romanos. Se puede traducir esa palabra por *comer* o *desayunar*, según las costumbres del país de que se hable.

24. Habiéndose Jesús *sentado a la mesa* al entrar el fariseo se extraña de que *antes* no hubiera hecho la ablución. (Comp. Mar. 7: 4.) Esa extrañeza podría parecer tanto más fundada cuanto que Jesús volvía del medio de la multitud, donde había podido contraer impurezas legales y donde había aun expulsado un demonio y sanado un enfermo. Pero quizá se abstuvo Jesús de esas ceremonias precisamente a causa de la importancia supersticiosa que los fariseos le atribuían. ¿Quién sabe si no era ese precisamente el punto especial sobre el cual querían espiarle?

25. Mat. 23: 25, nota.—Pues si... Algunos intérpretes toman la parti-

41 exterior ¿no hizo también lo interior?²⁶. Empero cuanto a lo que está dentro, dad limosna; y he aquí, todo es puro para

cula griega que traducimos así en su sentido temporal, *ahora*: "las cosas han llegado *ahora* entre vosotros a este punto, que limpiáis..." Pero nada prueba que hubiera habido recientemente en la hipocresía de los fariseos un progreso que Jesús pudiera hacer notar. El sentido lógico es, pues, preferible.—En el primer evangelio, Jesús declara que *la copa y el plato* mismos están llenos de rapiña, es decir contienen sus frutos (comp. Lucas 20: 47), mientras Lucas hace de la copa y del plato la figura del estado moral de sus oyentes. La redacción de Mateo no excluye este sentido, antes al contrario, lo supone.—Aquí se presenta una cuestión de crítica que no carece de dificultad. Lucas refiere un discurso del que indica con precisión escena y circunstancias. (v. 37.) Por su parte, Mateo (23: 1 y sig.) nos ha conservado un discurso muy semejante, pero más extenso, que coloca en tiempo y circunstancias enteramente distintas. Si se admite la identidad de los dos discursos, es necesario escoger entre ambos relatos, y dar razón a uno u otro evangelista en cuanto a la situación histórica. Muchos intérpretes se deciden por Lucas contra Mateo, a causa de la precisión con que el primero describe la ocasión del discurso. Pero otros dan la preferencia a Mateo: 1.º porque, por una parte, les parece que esas vivas censuras arrojadas por Jesús al rostro de un fariseo que le había invitado a su mesa, habrían sido poco decentes, y que, por la otra, Jesús habría violentamente provocado así a sus enemigos y precipitado la catástrofe, lo que estaría en contradicción con todo lo que sabemos de su conducta. 2.º porque Mateo, estableciendo que esas censuras fueron pronunciadas por Jesús al fin de su ministerio, cuando había roto con los jefes de la teocracia y no tenía que tenerles más consideraciones, y que fueron pronunciadas en el templo de Jerusalén, en presencia del pueblo, les asigna el único lugar

que les conviene. Estas consideraciones nos parecen evidentes y bastan para probar que Mateo coloca el discurso de Jesús en su verdadera situación histórica, aun cuando, según su costumbre, hubiera introducido en él palabras pronunciadas en otras ocasiones. (Mat. 23: 2, 1.ª nota.) Marcos (12: 38-40) y Lucas mismo (20: 45-47), refieren palabras que atestiguan que Jesús pronunció un gran discurso contra los fariseos en Jerusalén. Mateo solo nos lo ha conservado in extenso. ¿Pero resulta de ello que el relato de Lucas carezca de todo fundamento histórico? De ningún modo. Se puede estar seguro de que ha hecho oír Jesús en más de una circunstancia vivas protestas contra el espíritu del fariseísmo. Una de esas protestas fué provocada por el formalismo hipócrita de un huésped que le había convidado a su mesa. Lucas nos ha conservado el recuerdo de ella. Sólo que se puede admitir que atribuye a Jesús más de una frase tomada de la tradición apostólica, y que, originariamente, pertenecía al gran discurso de Mateo. Diremos con Stier y otros exégetas, que tenemos en nuestro capítulo un prelude de ese discurso.

26. Estas palabras hacen sentir la locura (*insensatos*) del proceder farisaico, notado en el v. precedente: limpiáis *lo exterior*, mientras el *interior* está lleno de corrupción; mas *Aquel* (Dios) que ha creado *lo exterior*, ¿no ha creado también *lo interior* (el ser moral), que tiene mucha más importancia ante sus ojos? Eso es, pues, lo que hay que purificar con el mayor cuidado; pues Dios nos ha prescripto ciertas purificaciones exteriores más que para recordarnos el deber de la pureza moral. Bien: descuidando ésta para atendernos a las primeras, anuláis la intención divina. Es evidente que los términos de esta sentencia son también tomados de la figura del versículo precedente. En Mateo (23: 26) se halla un pensamiento semejante, expresado en términos diferentes.

42 vosotros²⁷. Pero ¡ay de vosotros los fariseos! porque diezmaís la menta y la ruda y toda hortaliza, y descuidáis la justicia y el amor de Dios. Y esto era necesario hacer, y no descuidar aque-
43 llo²⁸. ¡Ay de vosotros los fariseos! porque amáis el primer asiento
44 en las sinagogas, y las saluciones en las plazas²⁹. ¡Ay de vosotros! porque sois como los sepulcros no manifiestos, y los
45 hombres que andan encima no lo saben³⁰. Y respondiendo uno de los legistas, le dice: Maestro, diciendo esto a nosotros tam-
46 bién injurias³¹. Mas él dijo: También a vosotros los legistas ¡ay!
¡ay! porque cargáis los hombres con cargas difíciles de llevar, y vosotros mismos con uno de vuestros dedos no totáis las car-
47 gas³². ¡Ay de vosotros! porque edificáis los sepulcros de los pro-
48 fetas, y vuestros padres los mataron. Luego testigos sois y aprobáis las obras de vuestros padres, porque ellos los mataron y

27. *El contenido* (gr. *lo que está dentro*), es decir, según el contexto lo que está en las copas y en los platos. De esas comidas y esos vinos, haced participar los pobres, con una caridad que provenga del corazón, y comprenderéis que la ley suprema del amor es infinitamente superior a todas vuestras reglas formalistas de purificación; y *he aquí*, por el hecho mismo, todos esos bienes os serán puros, lo son ya por la potencia del amor. "Estas palabras no contienen de ningún modo la idea del mérito de las obras. ¡Habría caído Jesús en el fariseísmo en el mismo momento en que lo desmenuzaba? El amor, que hace el valor del don, excluye, por su naturaleza misma, la busca del mérito, que es la esencia del fariseísmo." *Godet*.

28. Véase Mat. 23: 23, 1.ª nota. Mateo dice: Descuidáis el juicio (o la justicia), la misericordia y la fe (o fidelidad.) Lucas solamente habla del juicio, del discernimiento de lo que es justo, equitativo en las relaciones con el prójimo y del amor de Dios, que es la fuente de todas las virtudes.

29. Comp. 20: 45-47, y véase Mat. 23: 6.

30. Después de éste: ¡Ay de vosotros! el texto recibido con A, D, añade: *escribas y fariseos hipócritas*, palabras que no son auténticas; en efecto, Jesús no se dirige a los escribas sino en la ocasión del v. 45.— Véase Mat. 23: 27, 28, nota. En Mateo, Jesús compara los fariseos a "se-

pulcros blanqueados que parecen hermosos por fuera, pero que, por dentro, están llenos de huesos de muertos y de impureza." Según Lucas, emplea la misma comparación en un sentido enteramente diferente: los fariseos son como *sepulcros que no se ven*, porque se ha descuidado conservarlos y blanquearlos, y están cubiertos por tierra y plantas. Se anda pues encima sin sospecharlo y se contrae involuntariamente la impureza. (Núm. 19: 16.) Tales son los fariseos: uno se acerca a ellos, se entrega a ellos sin desconfianza, y pronto es uno infectado de su espíritu.

31. Hasta aquí, Jesús había dirigido sus reproches a los fariseos (v. 39); pero había en sus palabras verdades que alcanzaban directamente también a los legistas, esos sabios escudriñadores de la ley, que los evangelistas llaman más a menudo escribas o doctores de la ley. (Véase Mat. 23: 2, 2.ª nota.) Por eso uno de ellos se siente ofendido: *Ultras a nosotros también*. Por ese nosotros también, el legista se distinguía de los fariseos; pero Jesús, muy lejos de negar la intención que se le atribuía, responde (v. 46): *Y a vosotros también, legistas, ¡ay!* A partir de este incidente, Jesús dirige a los escribas la continuación de su discurso (v. 52), pero sin perder de vista a los fariseos, que tienen ciertamente su parte en sus reproches. En Mateo, Jesús se dirige constantemente, y al mismo tiempo, a ambas clases de hombres.

32. Véase Mat. 23: 4, nota.

49 vosotros edificáis³³. Por esto también la sabiduría de Dios dijo³⁴: Los enviaré profetas y apóstoles; y de ellos matarán y
50 perseguirán, para que de esta generación sea requerida la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la fundación
51 del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías que pereció entre el altar y el santuario; sí, os digo, será re-
52 querida de esta generación³⁵. ¡Ay de vosotros los legistas! porque habéis quitado la llave de la ciencia; vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban impedisteis³⁶.

33. Mat. 23: 29-31. nota. El reproche que dirige aquí Jesús a sus oyentes difiere del que se lee en el primer evangelio: *Edificar las tumbas de los profetas* era, en su intención, una obra reparadora de piedad; pero, por una ironía de los hechos que Jesús hace resaltar, ellos perpetúan el recuerdo de la conducta de sus padres consumando su obra. En lugar de dejar caer sus crímenes en el olvido, levantan los monumentos de ellos; se constituyen en *testigos* del asesinato de los hombres de Dios. (Deut. 17: 7; Act. 7: 58) y *lo uprueban; pues ellos los mataron*, añade Jesús, *y vosotros edificáis*. (El texto recibido añade: *sus sepulcros*, lo que se entiende de por sí y debilita la expresión breve y enérgica de este contraste.) Sin duda, los oyentes de Jesús habrían podido responder que al honrar a los profetas mártires protestaban contra su asesinato; pero como, en presencia misma de Jesús, el mayor de los profetas, se mostraban llenos de odio contra la verdad divina, testificaban con ello que sus cuidados por las tumbas de los profetas no eran más que un acto de hipocresía. Jesús descubre en el corazón de ellos el verdadero comentario de sus actos.

34. Por esto también, a fin de que aparezca con evidencia que los hijos son semejantes a los padres... Lucas introduce las palabras que van a seguir por una fórmula que hace esperar una cita del Antiguo Testamento; pero ese pasaje no se halla en él. Se ha creído reconocerlo, ora en 2 Crón. 24: 19, ora en Prov. 1: 20-31, ora en alguno de los libros apócrifos que Jesús no cita jamás: acercamientos más o menos arbitrarios que, sin ser inadmisibles, son

sin embargo poco probables. Otros intérpretes han pensado que Jesús, llamándose a sí mismo *la sabiduría de Dios*, declara, como en Mateo, que él enviará profetas y apóstoles. Se podría admitir esta explicación, verdadera en el fondo, sin este verbo en pretérito: la sabiduría *dijo*, que evidentemente supone una citación. Para evitar esta objeción, otros han pensado que Jesús recordaba una de sus propias declaraciones, hecha en otra ocasión, lo que parece poco probable. Por último, se ha supuesto que, en la tradición apostólica, se habían acostumbrado a citar las palabras de Jesús que van a seguir, con esta fórmula: "la sabiduría divina dijo," y que Lucas ha seguido simplemente esa costumbre. Es esa una hipótesis poco verosímil, Hofmann, B. Weiss, M. Godet, aplican el término de *sabiduría de Dios*, como 7: 35, al plan concebido por Dios para la salvación: "Dios en su sabiduría dijo." Si se admite esta explicación, la relación que Lucas nos ha conservado de este discurso es conforme a la de Mateo, donde Jesús dice sin fórmula de citación: "Por tanto, he aquí, yo os envío profetas, etc." Cualquiera sentido que se dé a las palabras por las que Lucas la introduce, la sentencia misma de Jesús es sencilla y luminosa. Iba, en efecto, a enviar a su iglesia *profetas y apóstoles* (Ef. 4: 11), que debían ser perseguidos y matados por su generación.

35. Véase Mat. 23: 34-36, notas. La expresión repetida: *requerida* (v. 50 y 51) corresponde a la voz de Zacarías moribundo: "¡Que el Eterno vea y requiera!" (2 Crón. 24: 22.)

36. Mat. 23: 13, nota. En el primer evangelio, estas palabras se dirigen

53 Y salido él de allí, empezaron los escribas y los fariseos a irritarse gravemente y a hacerle hablar sobre muchas cosas, tendiéndole una emboscada para cazar algo de su boca³⁷.

C. 1-12. JESÚS PONE A SUS DISCÍPULOS EN GUARDIA CONTRA LA HIPOCRESÍA Y EL TEMOR DE LOS HOMBRES.—1.º *Hipocresía y franqueza*. En presencia de la multitud que acude, Jesús pone a sus discípulos en guardia contra el espíritu de hipocresía de esos fariseos con los que está en conflicto. Que se guarden de ella más que de cualquier otro defecto. Todo lo que está oculto será descubierto: lo demostrará la actividad de ellos, que se producirá en plena luz (1-3).—2.º *El temor de los hombres y el temor de Dios*. A la franqueza deben agregar el valor: no temer a los que no pueden matar más que el cuerpo, sino al que puede perder el alma en el gehena. Su protección les está asegurada, puesto que él tiene cuidado de los pajarillos y ha contado, hasta los cabellos de su cabeza (4-7).—3.º *La recompensa del testigo fiel, y el castigo del infiel y del adversario*. El hijo del hombre confesará delante de los ángeles de Dios, al que le confesare delante de los hombres; negará al que le negare. Hay perdón para el que pronuncie una palabra contra el hijo del hombre, pero no para el que hubiere blasfemado contra el Espíritu Santo (8-10).—4.º *La ayuda del Espíritu Santo*. Cuando los discípulos comparezcan delante de las autoridades humanas, no tendrán que inquietarse por su defensa: el Espíritu Santo se la inspirará en el momento mismo (11, 12).

XII. Entretanto, reunidas las miriadas de la multitud, de modo que unos a otros se hollaban, empezó a decir a sus discípulos¹:

a la vez a los escribas y a los fariseos, como todo el discurso. En el relato de Lucas, no concierne más que a los *legistas* a los que habla Jesús desde el v. 45. Esta aplicación es más exacta, pues, en efecto, eran los doctores de la ley quienes habían arrebatado la llave del conocimiento o de la ciencia, es decir, que se habían arrogado el derecho de interpretar las escrituras, enseñarlas a los jóvenes rabinos y aplicarlas al pueblo, en las diversas circunstancias de la vida social. (Mat. 23: 2, nota.) El conocimiento de Dios y de la salvación es comparado por Jesús a una casa o a un templo que los escribas han cerrado después de haberse apoderado de la llave. No solamente esos sabios teólogos no entraron, sino que *impidieron*, por sus errores y su oposición, a los que querían entrar. Hay en el griego el presente: *los que entran*, con lo que designa Jesús a los que, entonces, querían unirse a él y a su enseñanza.

37. Los manuscritos presentan en estos versículos diversas variantes. El texto recibido con A, D, *mayúsc.*,

tiene: *y diciéndoles estas cosas*;... Esta escena violenta habría, pues, ocurrido aún en la casa del fariseo (v. 37), lo que es muy improbable según la continuación del relato. (12: 1.) Es más bien cuando *salía de allí* (Sin., B, C) cuando sus adversarios, cediendo a la violencia de su odio, debieron empezar a *abrumarle* con preguntas insidiosas, de las cuales pedían imperiosamente respuestas, ávidos de *sorprender alguna palabra* (gr. *alguna cosa*) *de su boca*. El texto recibido con A, C, D, *mayúsc.*, vers., añade: *para acusarle*, palabras que están perfectamente en la situación, y que expresan muy bien la intención de los enemigos del Salvador, pero cuya supresión, en Sin., B, da a la narración un giro más sencillo.

1. Entretanto, (gr. en las cuales cosas), es decir mientras ocurría la escena violenta descrita en el capítulo precedente (v. 53, 54), una multitud considerable, atenta quizá por la resonancia de esa escena, o informada por los discípulos de que Jesús se hallaba de paso por la región,

Ante todo cuidaos de la levadura de los fariseos, que es hipocresía². Y nada hay encubierto que no haya de ser descubierta, ni oculto que no haya de ser conocido; porque cuanto habéis dicho en las tinieblas será oído en la luz, y lo que habéis hablado al oído en los cuartos será publicado sobre los terrados³. Y digo a

se reunió por millares (gr. *miriadas*, expresión hiperbólica designando una muchedumbre innumera) a su derredor.—Jesús empezó a decir: esta introducción hace notar la importancia del discurso que va a seguir. El Señor se dirige a sus discípulos, término que no designa exclusivamente a los doce, sino también a los que le seguían y se unían a él. Por lo demás habla de manera que sea oído de la multitud que le rodea. (Comp. Mat. 5: 1, nota.) Muchos exégetas y editores del texto relacionan ante todo (gr. *primeramente*) a discípulos. Lucas querría decir que Jesús habló primeramente a sus discípulos (v. 1-12), interpelación del v. 13. Pero nada prueba que la enseñanza de los v. 13 y sig. haya formado parte del mismo discurso que los v. 1-12; el tema es enteramente distinto.—Este discurso, como los que lo siguen en este mismo capítulo, contiene palabras que los otros evangelios refieren en circunstancias y con aplicaciones diferentes. En su modo popular de enseñar, el Salvador pronuncia frecuentemente ciertas sentencias cortas y vivaces, cuya aplicación hacía según las varias situaciones en que se encontraban sus oyentes. Para comprender bien su sentido, es necesario considerarlas en el lugar que ocupan en cada evangelio y tomarlas en su relación íntima con los hechos las personas, las conversaciones que las ocasionan.

2. Mat. 16: 6, nota. Ante todo, sobre todo, guardaos de la hipocresía, el vicio más odioso a los ojos de Dios. Toda renovación moral debe empezar por la verdad y la sinceridad. La hipocresía es llamada la levadura de los fariseos, porque toda su vida estaba impregnada de ella y tendía, bajo la influencia de ellos, a penetrar en el espíritu del pueblo. Bien que, según Mateo y Marcos (8: 15), esta sentencia haya sido pronuncia-

da en circunstancias enteramente diferentes, es, en ellos también, ocasionada por discusiones con fariseos.

3. Véase, sobre esta parte del discurso (v. 2-9), Mat. 10: 26-33, notas. Porque... la mayor parte de los intérpretes traducen "por tanto." Mas el término griego significa: en razón de que (1: 20; 19: 44); el v. 3 indica el motivo del v. 2, y no la inversa. El principio general, enunciado en el v. 2, es confirmado por el hecho enunciado en el v. 3. M^r Godet y otros, forzando aún más la expresión del original, traducen: en medio de lo cual, y ven en la predicción del v. 3 una antítesis a la situación supuesta en el v. 1: "La hipocresía de los santos y de los doctores de hoy será revelada, y en cambio, vosotros, que hablaréis tímidamente y como al oído, haréis oír públicamente vuestra voz." Esta interpretación seduce a primera vista por el sentido que da a todo el pasaje. Pero, ¿puedese aplicar solamente a los fariseos la sentencia general del v. 2? Y luego, la idea de un desquite de los discípulos sobre sus adversarios, que es de ese modo el pensamiento esencial, no es claramente indicada en el texto. Nos parece que el énfasis está en la exhortación a guardarse de la hipocresía, a la cual Jesús opone el espíritu de franqueza y de valor que debe ser el de sus discípulos. La hipocresía, les dice, debe ser destruida de vuestra vida, puesto que todo lo que está oculto debe salir a luz y vuestra actividad no permanecerá secreta, sino que se ejercerá en plena luz, en presencia del mundo. Las cosas que, en ciertas ocasiones, hubiereis dicho en los aposentos (Mat. 6: 6), serán predicadas públicamente, cuando la verdad triunfe en el mundo.—En Mateo, Jesús aplica esta misma predicción a su propia enseñanza. Es verdadera en uno y otro sentido.

vosotros, amigos míos⁴: No temáis a los que matan el cuerpo y después de eso no tienen nada más que hacer. Mas yo os enseñaré a quién habéis de temer: temed al que después de matar, tiene poder de echar al gehena; sí, os digo, a éste temed. ¿No se venden cinco pajarillos por dos cuartos? Y uno solo de entre ellos no es olvidado en presencia de Dios. Mas aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis: valéis más que muchos pajarillos. Y os digo: Todo el que me confesare delante de los hombres, también el hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios. Mas el que me negare en presencia de los hombres, será negado en presencia de los ángeles de Dios.⁵ Y todo el que dijere una palabra contra el hijo del hombre, le será perdonado; mas al que blasfemare contra el Espíritu Santo no será perdonado⁶. Y cuando os llevaren a las sinagogas y los principados y las autoridades, no os congojéis por cómo o con qué os defenderéis, o qué diréis; pues el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que es necesario decir⁷.

4. Mis amigos; esta apelación, inspirada por un tierno afecto, era bien apropiada para disipar los temores de los discípulos y llenarlos de valor, pues como amigos de Jesús serán expuestos a tantos peligros en medio del mundo.

5. Mat. 10: 28-33, notas. En ambos evangelios opone Jesús al temor de los hombres una valiente confesión de su nombre. Es, en efecto, ese temor lo que paraliza el corazón y los labios, cuando se trata de declararse por él y por su causa.—En lugar de estas palabras: delante de los ángeles de Dios, Mateo dice: "delante de mi Padre que está en los cielos." Esta última idea es más completa y más impresionante; pero ambas son verdaderas, porque se trata del juicio eterno, en el cual tomarán parte los ángeles. Según Lucas, Jesús no dice que él mismo negará al que le hubiese negado.—Hoy todavía en Oriente se venden cinco pajarillos por dos cuartos. (Véase F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7ª edic., p. 406). Mateo habla de dos pájaros que se venden por un cuarto.

6. Mat. 12: 32, nota; comp. Mar. 3: 28. Evidentemente, Jesús no dirige esta terrible advertencia a sus discípulos, sino a sus adversarios (v. 1); estas palabras, echadas aquí en el discurso, parecen interrumpir la continuidad. Para hallar una relación

con lo que precede, se hace observar que la negación del nombre de Cristo puede conducir hasta la blasfemia contra el Espíritu Santo, lo que es justo. Mateo y Marcos han asignado su verdadero lugar a esta severa declaración que dirige Jesús contra los que atribuían sus milagros al demonio. Según Lucas, esa misma acusación había sido formulada en circunstancias diferentes (11: 15) y había provocado el discurso precedente. (11: 17-26).

7. Mat. 10: 19, 20, nota; comp. Marc. 13: 11. Las sinagogas son los tribunales judíos, los magistrados, las jurisdicciones paganas; por último, las autoridades es un término genérico, que designa los diversos poderes ante los cuales podrán los discípulos ser llevados.—Las palabras con que quiere Jesús confortar a sus discípulos significan literalmente: "No os inquietéis como o de qué haréis vuestra apología, o qué hablaréis." Se ha visto en el cómo la forma del discurso, y en el qué el fondo o la materia de la apología. Esta expresión en todo caracteriza la acción luminosa y potente del Espíritu de Dios prometido a los discípulos de Jesús, y ésta se extiende no solamente a la defensa que deberán presentar, sino a todo el testimonio que tendrán que dar (qué diréis).—En Mateo, estas pala-

6. Exhortaciones al desprendimiento y a la vigilancia.

A. 13-34. EXHORTACIÓN AL DESPRENDIMIENTO: EL HOMBRE Y EL CREYENTE EN PRESENCIA DE LOS BIENES TERRENALES.—1.º *La ocasión de esta enseñanza.* Un hombre de la multitud pide la intervención de Jesús en una partición. Jesús rehúsa (13, 14).—2.º *Discurso a la multitud: el hombre y los bienes terrenales. El rico insensato.* Jesús aprovecha del incidente para poner a sus oyentes en guardia contra la avaricia. Cuenta la parábola del hombre rico que contempla con satisfacción los productos de sus campos y se promete años de gozo, y a quien Dios requiere su alma esa misma noche. Tal es la condición del que amontona para sí mismo y no posee a Dios (15-21).—3.º *Discurso a los discípulos. La confianza en Dios debe libertarlos de las inquietudes y llevarlos a sacrificar todo para hacerse un tesoro en los cielos.*—a) *La impotencia del hombre y la potencia de Dios.* Jesús infiere para sus discípulos, una aplicación de la parábola precedente: no se inquieten por su subsistencia; inspírense del ejemplo de los cuervos; sus congajas son impotentes; consideren los lirios, y confíen en Dios (22-28).—b) *La confianza en Dios opuesta al espíritu inquieto de los mundanos.* Inquietudes y ambiciones son propias de los mundanos: buscad el reino de Dios y todo os será dado por añadidura. Los creyentes forman un pequeño rebaño, pero el Padre ha juzgado bueno darles el reino (29-32).—c) *Renunciamiento en la tierra y tesoro en el cielo.* Vended vuestras posesiones, dadlas en limosnas. Tendréis en los cielos un tesoro indestructible, al cual también estará ligado vuestro corazón (33, 34).

- 13 Y alguien de entre la multitud le dijo: Maestro, di a mi her-
14 mano que divida conmigo la herencia ⁸. Mas él le dijo: ¡Hombre!
¿Quién me ha establecido por juez o partidador sobre vosotros? ⁹.
15 Y les dijo: Mirad y guardaos de toda avaricia; porque no por
tener alguien en abundancia procede su vida de sus bienes ¹⁰.

bras forman parte de las instrucciones dadas a los apóstoles enviados en misión. Ciertamente es ese su lugar natural y primitivo.

8. Ese hombre se hallaba entonces en el número de los oyentes de Jesús (*de entre la multitud*), y había recibido por lo menos esta impresión: que este *Maestro* debería ser un hombre sabio y justo. De ahí su demanda concerniente a alguna dificultad, para nosotros desconocida, que tenía con su hermano respecto de la partición de su herencia. Quizás ese hermano rehusaba, o no quería hacerla de un modo equitativo. Lucas solo nos ha conservado este incidente. ¿Se produjo éste a continuación de la enseñanza que precede (v. 1-12), y durante la cual estaba Jesús rodeado de una grande multitud (v. 1)? La trazazón de la narración parecería indicarlo. Sin embargo, no está dicho expresamente, y en este último viaje Jesús apa-

rece constantemente seguido de la multitud (11: 14, 27, 29; 12: 1, 13, 54; 13: 14; 14: 25; 15: 1.) Sea lo que fuere, Jesús aborda temas de otra naturaleza.

9. Esta respuesta de Jesús significa: "mi reino no es de este mundo." Se trata de una cuestión de derecho; bien: para eso hay jueces. Jesús rehúsa comprometer su ministerio enteramente espiritual en contiendas de esta naturaleza. Habría obrado de otro modo, si se le hubiera pedido reconciliar dos hermanos divididos. Por lo demás, las palabras del Salvador (v. 15) prueban que ese hombre no era movido por el deseo desinteresado de la justicia.

10. Les dijo, a todos sus oyentes: *Mirad y guardaos*, no solamente de la avaricia, sino de toda avaricia. Tal es el verdadero texto. La avaricia es, según la etimología, el deseo de tener más, y no solamente el sordido ahorro. ¡Qué solemnidad en

- 16 Y les dijo una parábola, diciendo: La tierra de cierto hombre
17 rico había producido mucho. Y razonaba en sí mismo, diciendo:
18 ¿Qué haré? porque no tengo dónde allegar mis frutos. Y dijo:
Esto haré: demoleré mis graneros y edificaré mayores, y allegaré
19 allí todo mi trigo y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, tienes
muchos bienes puestos para muchos años; descansa, come, bebe,
20 regocíjate ¹¹. Mas Dios le dijo: ¡Insensato! en esta noche requie-
ren de ti tu alma; y lo que has preparado, ¿para quién será? ¹².
21, 22 Así es el que atesora para sí y no es rico cuanto a Dios ¹³. Y
dijo a sus discípulos ¹⁴: Por esto os digo: No os congojéis por
vuestra vida, qué comeréis; ni por vuestro cuerpo, de qué os

esta advertencia! La declaración que la motiva, bastante complicada en el original, puede verse en estos términos: *porque, cuando los bienes sobreamundan a alguno, su vida no es sacada de sus bienes.* Es decir que ni los bienes ni su sobreamundancia aseguran la vida; ni la vida del cuerpo que está en las manos de Dios (v. 20), ni la vida del alma que no puede ser garantizada de ningún modo por la posesión de bienes materiales.

11. ¡Qué admirable cuadro! ¡Qué pintura de un carácter tomado de la realidad, y que se descubre a sí mismo! Ese hombre es rico ya y sus tierras (gr.) han sido fértiles. "Ese medio de enriquecerse es el más inocente, y sin embargo peligroso." Bengel. Aquí comienza el apuro de las riquezas; es necesario *deliberar*: ¿Qué haré? el lugar no basta; allí está la dificultad. Por fin, después de largas reflexiones, que han agitado su espíritu, ha hallado: *demoler sus graneros, edificar mayores, allegar allí todo lo que tiene y que llama con la complacencia del propietario, mis cosechas, mis bienes*: tal es su resolución. El pensamiento de los pobres, del bien que podría hacer, ni siquiera pasa por su espíritu; el egoísmo es completo. Ahora se trata de gozar, y a su alma, la parte afectiva de su ser, el asiento de las pasiones, dirige su discurso satisfecho: *Tienes bienes para muchos años, reposa, come, bebe y regocíjate.* ¡La felicidad terrenal es completa!

12. Mas... ¡hay un pero! Dios le dijo, "si no por revelación, por lo menos por un juicio secreto." Ben-

gel. ¡Y qué discurso en respuesta al del rico! ¡Necio! él, a quien su razonamiento parecía el colmo de la sabiduría! (v. 18, 19). *Esta misma noche*, en la hora inesperada de las tinieblas, del sueño, de la seguridad, *¡tu alma te será requerida!* Esa alma que tú creías pertenecerle (*mí alma*, v. 18), a la que prometías una larga felicidad (gr.) *la requieren de ti.* ¿Quiénes? ni los ladrones, ni los ángeles. El sujeto es indeterminado: es nuestro *se*; en realidad se trata de Dios, el soberano Señor (Comp. v. 48.) Y esas posesiones que el rico llamaba *sus bienes*, ¿de quién serán? Él quizá lo ignora, pero está seguro de una cosa: no serán ya de él.

13. *Que no es rico para Dios* o en Dios. Jesús designa así a todo hombre que no posee las riquezas espirituales y morales que de Dios vienen y a él vuelven. Esas riquezas, es Dios mismo en el alma. (v. 33, 34).

14. Véase, sobre esta parte del discurso (v. 22-31). Mat. 6: 23-34, notas. En el primer evangelio, estas palabras sobre las inquietudes de la vida forman parte del sermón del monte, donde ocupan un lugar muy natural en una exhortación a la confianza en Dios y a la consagración a su servicio. Lucas, ligándolas a lo que precede (*por esto*, puesto que vuestra vida no está en vuestro poder y no depende de vuestros bienes, sino de Dios), las hace entrar en el mismo orden de ideas, bien que las coloca en un discurso pronunciado en circunstancias enteramente diferentes. Es posible, probable aun, que Jesús haya vuelto más de una vez a este tema importante de la con-

23 vestiréis; pues la vida es más que el alimento, y el cuerpo que el
 24 vestido. Considerad los cuervos, que ni siembran ni siegan, que
 no tienen despensa ni granero, y Dios los alimenta¹⁵; ¡cuánto
 25 más valéis vosotros que las aves! ¿Y quién de entre vosotros
 puede congojándose, añadir un codo a la duración de su vida?¹⁶
 26 Si, pues, ni aun una cosa muy pequeña podéis, ¿por qué os con-
 27 gojáis de lo demás? Considerad los lirios, cómo crecen; ni traba-
 jan ni hilan¹⁷; mas os digo: Ni aun Salomón, en toda su gloria,
 28 se vistió como uno de éstos. Y si la hierba que está hoy en el
 campo y mañana es echada a un horno, Dios viste así, ¡cuánto
 29 más a vosotros, escasos de fe! Vosotros también, no busquéis qué
 30 comeréis y qué beberéis, y no seáis de espíritu inquieto¹⁸; pues
 todo esto las naciones del mundo buscan, mas vuestro Padre sabe
 31 qué necesitáis esto¹⁹. Empero buscad su reino, y esto os será
 32 añadido²⁰. No temas, rebaño pequeño, porque ha parecido bien
 33 a vuestro Padre daros el reino²¹. Vended vuestros bienes y dad
 limosna; haceos bolsas que no envejecen, tesoro que no falla en

fianza en Dios, único remedio contra las inquietudes a las que es tan propenso el corazón del hombre.

15. En Mateo, Jesús dice: "*las aves del cielo*", en general; Lucas designa aquí una especie particular de esas aves. ¿Es quizá, como se ha pensado, porque los cuervos son inútiles al hombre, lo mismo que los lirios (v. 27), lo que da más peso aun al argumento que Jesús saca? Las expresiones sembrar, segar, despensa, granero recuerdan la parábola precedente.

16. Véase sobre esta extraña asociación de palabras, Mat. 6: 27, nota. Codo es tomado en un sentido figurado. (Comp. Sal. 39: 6.)

17. Tal es la lección del texto recibido, de Sin., A, B, y de la mayor parte de los documentos. Es admitida por Tregelles, Westcott y Hort, y la mayor parte de los comentaristas. Tischendorf, basándose en D, sir. de Curetón, cercena: *crecen*.

18. El verbo griego que traducimos por *ser de espíritu inquieto* significa *suspender en los aires* y se aplica a los pensamientos, de orgullo, de ambición, de esperanza. Estas pasiones son, en efecto, la fuente de muchas inquietudes. Otros toman esa palabra en el sentido de "ser agitado, sacudido", sin agregar la idea de elevación.

19. Mateo (6: 32) dice simplemente *los gentiles o las naciones*. Lucas, que no escribe para judíos, teme que esa expresión no sea comprendida y agrega: *del mundo*. ¿Qué contraste entre esa busca ansiosa y este nombre tan dulce: *vuestro Padre!*

20. *Su reino*, es decir el reino de vuestro Padre celestial. El texto recibido tiene: *el reino de Dios*, término tomado de Mateo (6: 33), quien agrega: *y su justicia*. (Véase sobre este reino, Mat. 3: 2, nota.) El texto recibido, con A, D, tiene: *todo esto*.

21. *Pequeño rebaño*, expresión llena de afecto, que recuerda ésta: *vosotros, mis amigos*. (v. 4.) Jesús designa con ella el corto número de discípulos que le rodeaba entonces en medio de la multitud indiferente u hostil, y, en general, al pueblo de Dios, siempre *pequeño* y despreciado en medio del mundo. Y, sin embargo, Jesús dice a ese pequeño rebaño: *¡No temas!* Aunque esté, como un rebaño de ovejas, expuesto a todos los peligros, tiene en el cielo su pastor (Sal. 23: 1), su *Padre*, que lo protege y a quien ha *parecido bien darle el reino*. ¿Cómo, seguro de tal bien, se entregaría aún a las inquietudes de la vida?

34 los cielos, donde ladrón no se acerca ni polilla destruye; pues donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón²².

B. 35-59. EXHORTACIÓN A LA VIGILANCIA.—1.º A los discípulos.—a) *Parábola del amo que vuelve de las bodas*. Que tengan sus lomos ceñidos y sus lámparas encendidas, como siervos que esperan a su amo. Dichosos ellos, si él los encuentra velando; los hará sentar a la mesa y los servirá (35-38).—b) *Parábola del ladrón*. Si el amo de la casa supiera la hora en que vendrá el ladrón, velaría... Velad sin tregua, pues el hijo del hombre vendrá en la hora en que no le esperáis (39, 40).—2.º A los apóstoles: *parábola del mayordomo*.—a) *Retrato del apóstol fiel*. Pedro pregunta si la enseñanza precedente se aplica a ellos, apóstoles, o también a todos. Jesús responde indirectamente, por una parábola: El mayordomo fiel y prudente que el amo ha establecido sobre sus servidores, les da sus raciones al tiempo señalado. A su regreso, el amo le confía todos sus bienes (41-44).—b) *Retrato del apóstol infiel*. Pero si, contando con la tardanza del amo, hiere a siervos y siervas y se emborracha, el amo sobrevendrá inesperadamente y le hará pedazos (45-46).—c) *La regla de este juicio*. El que ha conocido la voluntad del amo será castigado más severamente que el que la ignoraba. A quien mucho ha sido dado, mucho será requerido (47-48).—3.º *La gravedad del momento actual*.—a) *Para Jesús*: ha venido a echar fuego en la tierra; debe ser bautizado con un bautismo que le angustia (49-50).—b) *Para los discípulos*: Jesús ha venido a poner división hasta en las relaciones de familia (51-53).—4.º *A las multitudes: las señales de los tiempos*.—a) *Discernir las señales de los tiempos*. Jesús, dirigiéndose a las multitudes, menciona el hecho de que los hombres saben reconocer las señales precursoras de la lluvia y del calor, mientras que, por ignorancia voluntaria, que es hipocresía, no discernen la proximidad de la gran revolución moral que va a realizarse (54-56).—b) *Inferir de ahí la necesidad de la reconciliación con Dios*. Jesús invita a sus oyentes a decidir por sí mismos, y siguiendo sólo los avisos de su conciencia, qué conducta deben observar. Por la parábola de los dos litigantes que están en camino hacia el juez, les representa la urgencia de la reconciliación con Dios (57-59).

22. Comp. Mat. 6: 19-21, notas. El único verdadero medio de escapar de las inquietudes de la tierra, es el desprendimiento de esos bienes pasajeros y la posesión de ese tesoro inagotable que Jesús designa (v. 31, 32) como el *reino de Dios*. En Mateo, Jesús expresa esta idea del desprendimiento en estos términos: "No acumuléis tesoros sobre la tierra." La expresión de Lucas es más absoluta: *Vended lo que tenéis y dadlo en limosnas*. Por eso se ha acusado a nuestro evangelista de atribuir mérito a la limosna y a la pobreza voluntaria. (Comp. 6: 20, nota.) Pero basta, para refutar ese error, recordar que Jesús habla a personas a quienes ya pertenece el reino de Dios (v. 32), y que no tienen que ganarlo por obras meritorias. Es necesario, por lo demás,

para comprender bien éstas palabras, colocarse en la situación en que fueron pronunciadas: Jesús se dirigía a sus discípulos (v. 32) que debían realmente renunciar a sus posesiones para seguirle e irse, según su ejemplo, a anunciar el reino de Dios; y, aun si fuera necesario tomar esta palabra *discípulos* en un sentido más general, la exhortación de Jesús se comprendería. Los tiempos que se acercaban iban a ser difíciles para todos los discípulos; su vocación les ordenaba estar desprendidos de todos los cuidados terrestres, a fin de consagrar su vida entera al servicio del Señor. A causa de esas circunstancias y por una razón aun más íntima, Jesús, según nuestros tres evangelistas, ordenaba al joven rico vender todo lo que tenía y darlo. (Mat. 19: 21, nota;

35 Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas ardiendo;
36 y vosotros semejantes a hombres que aguardan a su amo, cuando volverá de las bodas, para que, llegando y llamando, luego le
37 abran²³. Dichosos aquellos siervos a quienes, llegando el amo, hallare velando. En verdad os digo que se ceñirá y los hará reclinar [a la mesa], y acercándose les servirá²⁴. Y si en la segunda vela, y si en la tercera, llegare y los hallare así, dichosos son
39 aquéllos²⁵. Mas esto sabed: que si hubiera sabido el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, habría velado y no habría dejado
40 perforar su casa. Vosotros también, preparaos, porque en la
41 hora que no pensáis el hijo del hombre viene²⁶. Y Pedro dijo:

Mar. 10: 21; Luc. 18: 22) Todo el evangelio enseña que el sacrificio material sin el amor de nada sirve. (1 Cor. 13: 3.) El principio que se aplica a todos y en todas las posiciones es el que Pablo ha expresado en estos términos: "Poseer como no poseyendo." (1 Cor. 7: 29-31.)

23. Lucas pasa sin transición aparente a esta segunda parte del discurso. Algunos de los pensamientos que siguen se hallan también en la gran profecía del regreso de Cristo (Mat. 24: 42-51, véase las notas.) Sin embargo hay, entre esta exhortación y los versículos precedentes, una relación profunda: "Vuestro Padre os ha dado un reino (v. 32) que os eleva por encima de todas las inquietudes de la vida, y al cual debéis sacrificar todo; estad, pues, en atenta vigilancia hasta el momento en que el Señor venga a ponerlos en posesión de su gloria. Esta actitud os será natural, pues desprendiéndolos de este mundo, os atenderéis al cielo; vuestro corazón seguirá vuestro tesoro (v. 34) y, siendo elevado al cielo, permanecerá en la espera de Aquel que allí reina y debe hacerlos entrar." La figura que ilustra este deber de la vigilancia es tomada de una casa en la que los siervos están listos, durante las velas de la noche, para recibir a su amo que vuelve de un banquete de bodas. Sus largos vestidos orientales están ceñidos alrededor de sus lomos, a fin de poder hacer libremente su servicio. (Comp. 1 Pedro 1: 13; Ef. 6: 14.) Tienen en su mano lámparas encendidas; están listos para abrir a su amo en cuanto llame. El sentido espiritual de estas figuras es comprendido de

por sí. Las bodas de donde vuelve el amo no son las suyas propias, sino las de un amigo. Las bodas del Esposo no tendrán lugar sino después de su regreso. (Comp. Mat. 25: 1 y sig.)

24. Se puede traducir también: "los servirá pasando del uno al otro." La dicha de esos siervos vigilantes y fieles es señalada por un acto de condescendencia y de amor inaudito entre los hombres. (17: 7-9.) Esa posición de siervo que el Señor había tomado durante su vida sobre la tierra (Juan 13: 4; Mat. 20: 28; Fil. 2: 7), la tomará aún cuando venga a elevar a los suyos hasta su gloria y hacerlos semejantes a sí en la eternidad. "Esta promesa de servirlos es la más honorable y la mayor de todas. Es así como recibirá el Esposo a sus amigos en el día solemne de las bodas." Bengel.

25. El texto recibido, con A, *magisc.* dice: *y si viniere a la segunda vela y si viniere a la tercera vela.* (Comp. Mar. 13: 35, nota.) La segunda o la tercera vela, era de las nueve a medianoche, o de medianoche a las tres de la mañana. Si los siervos hubieren sido vigilantes hasta ahí ¡dichosos ellos! Estas últimas palabras son conmovedoras en su brevedad. El texto recibido, con la mayor parte de los documentos, es verdad, añade: "¡Dichosos son esos siervos!"

26. Mat. 24: 43, 44, notas. Hay aquí un brusco cambio de figuras apropiado para hacer en los oyentes una viva impresión. Ya no es el amo esperado por los servidores; es el ladrón que viene a la hora más inesperada, y que obliga al amo de la

Señor, ¿cuanto a nosotros dices esta parábola, o también cuanto
42 a todos?²⁷. Y dijo el Señor: ¿Quién pues es el mayordomo fiel y prudente que el amo establecerá sobre su servidumbre para
43 darle a su tiempo su porción de alimento? Dichoso aquel siervo
44 al que llegando su amo hallare haciendo así. Verdaderamente os
45 digo que sobre todos sus bienes le establecerá²⁸. Mas si dijere aquel siervo en su corazón: Mi amo tarda en venir; y empezare
46 a briagarse, vendrá el amo de aquel siervo en el día que no aguarda y en la hora que no sabe²⁹, y le hará pedazos, y pondrá su
47 parte con los infieles³⁰. Y aquel siervo que conoció la voluntad

de casa a velar. (1 Tes. 5: 2; 2 Pedro 3: 10; Apoc. 3: 3; 16: 15.) No lo ha hecho, y así ha dejado horadar su casa, es decir que el ladrón ha entrado en ella con fractura. Esta idea de un hecho realizado que expresan los términos del original, hace mucho más impresionante la advertencia que una simple suposición. Verdada como sigue por la mayor parte de las versiones: "Velaría, y no dejaría horadar su casa." Las palabras: *habría velado y...* faltan en Sin. D. Quizás son tomadas de Mateo.

27. ¿Para nosotros, apóstoles: o también para todos los que te escuchan y creen en ti? Pero, ¿a qué parábola alude Pedro? ¿A la de los v. 35-38 o a la del v. 39? La respuesta de Jesús muestra evidentemente que Pedro tiene en vista la primera. Quiere saber si el puesto de confianza asignado a los siervos, y sobre todo la alta distinción que les es prometida (v. 37), será la parte de todos los discípulos de Jesús o solamente de sus apóstoles. No es imposible que haciendo su pregunta, hiciera Pedro una consideración complaciente sobre sí mismo y sobre sus discípulos con la idea de los altos destinos que el porvenir les reservaba.

28. Véase, sobre estos versículos (42-46), Mat. 24: 45-51, notas. "Según su modo lleno de fineza, Jesús no da una respuesta directa a la pregunta de su discípulo; vuelve a tomar y prosigue la parábola de los siervos, pero designando a uno de entre ellos como *mayordomo* o *intendente* sobre sus criados (precisamente el puesto reservado a Pedro);

describe su grande recompensa en el caso de que sea fiel, pero también su castigo severo si se torna infiel. (v. 43-46.) Así, ha dado a Pedro, cuya pregunta inconsiderada descubriría un secreto deseo de elevarse por sobre la multitud, esta seria advertencia: En lugar de preocuparte de eso, considera con temor y temblor tu posición futura. Por último, Jesús establece (v. 47 y 48) una regla universal de retribución que concierne a cada uno en su reino, y que cada uno debe tomar a pecho." (Meyer.) — Jesús responde, pues, a su discípulo por otra pregunta, de la que debía éste buscar la solución en su propio corazón. ¿Quién es, pues, ese *mayordomo fiel y prudente*? ¿Serás tú? ¡Dichoso si es así! Esta figura: *le establecerá sobre todos sus bienes*, es suministrada a Jesús por la parábola, pero muestra que el *mayordomo fiel*, después de haber ocupado una posición elevada en el reino de Cristo en este mundo (comp. el primer *establecerá* v. 42), poseerá el más alto grado de actividad y dicha en la economía futura de la perfección. (Comp. v. 37.)

29. *¡Mi amo tarda en venir!* Tal es la verdadera causa del relajamiento y de la infidelidad de ese siervo. Ha cesado de velar y su amo vendrá en el día y a la hora en que no le espera y que no sabe.

30. Véase, sobre esta expresión: *le hará pedazos*, Mat. 24: 51, nota. Los dos evangelistas indican la significación *moral* de ese castigo, al decir cuál será la *parte* de ese mal siervo: será el estar, según Lucas, con los *infieles*, según mateo, "con los hipócritas" La expresión de nuestro

de su amo y no preparó o hizo según su voluntad, será azotado mucho; mas el que no la conoció e hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco ³¹. Y a todo aquel a quien mucho ha sido dado, mucho será requerido de él; y al que han encargado mucho, más le pedirán ³².

49 Fuego he venido a echar sobre la tierra ³³; y ¿qué deseo, si

evangelista es la más conforme al conjunto de esta enseñanza; pero la de Mateo tiene su razón de ser, en cuanto hay siempre una especie de hipocresía en la infidelidad de un hombre que profesa ser un siervo de Dios.

31. Nada más justo que esta regla de retribución. Conocer la voluntad de Dios y no hacerla, es rebelarse contra esa voluntad y asumir el mas alto grado de culpabilidad. El que no ha conocido esa voluntad es menos culpable, pero no es por eso inocente; será azotado poco, pero será azotado. ¿Por qué? No a causa de su ignorancia, a menos que esa ignorancia fuese voluntaria, sino por haber hecho cosas dignas de castigo. ¿Y qué hombre no ha hecho? El Señor, como Pablo (Rom. 2: 14 y 15; comp. v. 12), parece tener en cuenta las luces naturales, que bastarían al hombre para conocer la voluntad de Dios, si no estuvieran oscurecidas por el pecado. Pero es verdad que habrá grados muy diversos de penas para los reprobados, como grados muy diversos de felicidad para los redimidos del Salvador.—La mayor parte de las versiones traducen: *no se preparó*, agregando un pronombre al texto original. La idea tomada de la parábola que precede (v. 42-46), es siempre la de un siervo que, no solamente no se ha preparado, sino que *no ha preparado nada* para la llegada de su amo.

32. Estas palabras confirman y explican las precedentes. Cuanto más abundantes han sido los dones de Dios a un hombre, cuanto más le ha sido confiado para el progreso del reinado de Dios, tanto más le será requerido en fidelidad, actividad y trabajo. Esta última palabra: *pedirán más*, significa que será exigido de él *más que de los demás* que han recibido menos. Meyer la entiende en este sentido: que será requerido de ese

hombre más que lo que había recibido, como en la parábola de los talentos (Mat. 25: 14 y sig.), donde cada siervo debe entregar no solamente lo que le ha sido confiado, sino otros talentos, ganados por su actividad. Esta idea es extraña a nuestro contexto.

33. Los intérpretes se han tomado mucho trabajo para hallar una relación entre esta parte del discurso y la que precede. Si a todo precio se quiere una, la propuesta por Meyer me parece la más natural: la grande responsabilidad de los discípulos de Jesús (v. 48) es acrecentada aún por las circunstancias difíciles y las luchas del tiempo que se acerca. (v. 49 y sig.)—*He venido*; esta expresión, frecuente en Juan, se encuentra, pues, también en los sinópticos; Jesús la emplea teniendo conciencia de su preexistencia.—*¿Qué es ese fuego que él vino a echar sobre la tierra*, donde no existía antes de él, donde jamás habría sido encendido sin él? Si, para responder a esta pregunta, se atiende uno rigurosamente al contexto, habrá que decir con muchos exégetas que ese fuego no es otra cosa que la agitación de los espíritus y las divisiones de que Jesús va a hablar. En ese caso, la palabra de Jesús no tendría sentido diferente de la conservada por Mateo (10: 34): "Yo no he venido a traer la paz sobre la tierra, sino la espada." Pero ¿se comprendería entonces que deseara con tanto ardor ver ese fuego encenderse, y que haga intervenir el grande y doloroso pensamiento de sus padecimientos y su muerte? (v. 50.) Si se considera la significación profunda que tiene la figura del fuego en el simbolismo de la escritura (Mat. 3: 11; Luc. 3: 16; Hech. 2: 3; Luc. 24: 32), no se inferirá, sin duda, con los padres de la iglesia, que este término designa aquí directamente la efusión del

50 ya ha sido encendido? ³⁴ Y tengo un bautismo para ser bautizado; y ¿cómo soy constreñido hasta que sea cumplido! ³⁵ ¿Pensáis que he venido a dar paz en la tierra? No, os digo, sino 52 división ³⁶. Habrá, en efecto, desde ahora cinco en una casa, divididos tres contra dos y dos contra tres. Serán divididos padre 53 contra hijo, e hijo contra padre, madre contra hija e hija contra su madre; suegra contra su nuera y nuera contra su suegra ³⁷.

54 Y decía también a las multitudes ³⁸: Cuando veis una nube que se levanta en Occidente, luego decís: Lluvia viene; y acontece 55 así. Y cuando el austro que sopla, decís: Hará fuerte calor; y 56 acontece. ¡Hipócritas! el aspecto de la tierra y del cielo sabéis 57 discernir; ¿mas este tiempo cómo no discernís? ³⁹ ¿Y por qué

Espíritu Santo. Pero ¿por qué no ver en él la vida nueva de la fe, del amor, del celo, cuya fuente abría Jesús y cuya potencia devoradora debía quemar, purificar o consumir todo lo que era expuesto a su acción? Sin ninguna duda, esta acción divina provocará divisiones y luchas entre los que sufran su influencia y los que la repelerán por incredulidad; hallamos así la lógica del contexto, sin sacrificarle la significación profunda de las palabras del Salvador.

34. Gr. y qué quiero, si ya...; pero querer, en griego, significa a menudo desear. La traducción que nosotros damos es la de M. Godet (primeras ediciones). En su tercera edición, M. Godet ha vuelto al sentido dado a estas palabras por la mayor parte de los intérpretes: *¿Cuánto querría que estuviera ya encendido!* La conexión con el v. 50 recomendaría esta traducción. Pero si se considera la continuación (v. 51-53), se preferirá la explicación según la cual ese fuego divino estaba ya encendido en algunas almas por las palabras del Salvador. No era aún eso más que débiles principios; Jesús expresa el ardiente deseo de ver ese fuego extenderse por toda la tierra, bien que él mismo deba ser consumido el primero. (v. 50.)

35. Y (para que ese fuego se encienda completamente) *tengo un bautismo para ser bautizado*; él debe ser bautizado con ese bautismo porque lo ha aceptado de la mano del Padre en su inmenso amor a nuestra humanidad. Designa por este término

de bautismo sus sufrimientos y su muerte en que será sumergido. (Sentido original de la palabra bautizar.)—Las palabras que siguen: *¿cuán constreñido estoy!* no expresan aquí el deseo ardiente ("cuánto deseo") sino el temor, el terror que inspira al Salvador la perspectiva de sus sufrimientos inevitables. Es eso, como muy bien se ha dicho, un preludio de Getsemaní, enteramente semejante a Juan 12: 27.

36. Mat. 10: 34-36, nota. Este evangelista dice *la espada* en lugar de *la división*. La idea es la misma: "La espada tiene el poder de dividir." (Hebr. 4: 12.) Y el fuego (v. 49) separa las escorias y une los elementos homogéneos." Bengel.

37. Jesús explica (en efecto) cómo se producirá esa división en la vida práctica y hasta en la familia. Todo eso tendrá lugar en adelante, (gr.) desde ahora, a medida que el evangelio sea predicado por Jesús, luego por sus discípulos.

38. A las multitudes, mientras que hasta aquí Jesús había hablado especialmente a sus discípulos. (v. 41.)

39. En Mateo 16: 2, 3 (véase la nota), se halla el mismo pensamiento, expresado en términos algo diferentes. Allí, es una respuesta a fariseos que piden una señal del cielo; y por esta respuesta, Jesús evita el lazo que le es tendido. Aquí, la comparación es aplicada a otro fin. Es, por lo demás, natural que tales figuras aparezcan frecuentemente en los discursos de Jesús. La relación con lo que precede no es evidente a primera vista. Sin embargo, puede ser

58 también por vosotros mismos no juzgáis lo justo? ⁴⁰ Como vas, en efecto, con tu adversario al magistrado, esfuérgate en el camino por librarte de él; no sea que te arrastre al juez, y el juez te entregará al alguacil, y el alguacil te echará en la cárcel. Te digo, de cierto no saldrás de allí hasta que pagues hasta la última blanca ⁴¹.

7. Incidentes y enseñanzas.

A. 1-9. NECESIDAD DEL ARREPENTIMIENTO.—1.^o *Dos acontecimientos trágicos.*—a) *Galileos asesinados.* Alguien va a llevar a Jesús la noticia de que Pilato ha hecho asesinar algunos galileos. Jesús declara que éstos no eran más culpables que los otros, y que el arrepentimiento es para todos la condición de la salud (1-3).—b) *La torre de Siloé.* Él agrega la mención de las víctimas de la torre de Siloé, y reitera su afirmación de la necesidad del arrepentimiento (4, 5).—2.^o *La parábola de la higuera estéril.* Jesús ilustra esta verdad y la aplica al pueblo de Israel en conjunto, por la parábola de la higuera plantada en la viña que, durante tres años, no ha dado fruto, y que tiene amenaza de ser cortada. Por la intercesión del viñador, el propietario consiente en dejarla un año aún (6-9).

XIII. Y había allí algunos en el mismo tiempo ¹, contándole sobre los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con sus sa-

indicada como sigue: Jesús habla de las divisiones y luchas provocadas por el evangelio; ¿de dónde vienen? Sin duda que la mayor parte, hábil en discernir el aspecto de la tierra y del cielo, estaba ciega cuando se trataba de discernir la importancia de este tiempo, es decir la presencia del Salvador y la inmensa revolución moral que él iba a realizar en el mundo. Jesús ve, en esa ignorancia voluntaria, hipocresía.—Las figuras empleadas se comprenden fácilmente: una pequeña nube (el texto recibido dice erróneamente la nube) levantándose en occidente, es decir, sobre el mar, pareciéndoles un indicio seguro de la lluvia (comp. 1 Reyes 18: 44), y acontece así. Al contrario, el viento del mediodía, el simón, soplando del desierto, traía infaliblemente un calor ardiente y la sequía.

41. Véase Mat. 5: 25, 26. notas. Este precepto no es solamente un consejo de prudencia a aplicar en las relaciones humanas. En nuestro evangelio, aun más que en Mateo, tiene el valor de una parábola destinada a enseñar la necesidad de la reconciliación con Dios. Dios es al mismo tiempo el adversario y el juez;

los otros términos, *magistrado, alguacil*, no deben ser forzados. Bien: todos los hombres tienen asuntos con este adversario; aun más, están ya en camino con él, y, como lo observa con justicia M. Godet, es necesario cuidar de no traducir: cuando vas al magistrado, sino: mientras vas. ¿Cuál debería ser, pues, el supremo cuidado de todo hombre culpable? Evidentemente el ser librado de la parte adversa. Mateo, desde otro punto de vista, dice: estar de acuerdo con ella. La idea fundamental es la de la reconciliación, que no se obtiene sino por el perdón de los pecados. Si esa reconciliación no tiene lugar antes del momento en que el culpable comparece ante el juez, no queda más que el inevitable castigo, la cárcel. (Véase Mateo.) La certidumbre de este castigo es expresada con energía por estos verbos en futuro en el verdadero texto: te entregará, te echará.—¿Podrá jamás ese condenado pagar la última blanca? Acerca de esto, Jesús guarda silencio. ¡Y cuán temible es este silencio! (Comp. Mat 5: 26, nota).

1. En ese mismo tiempo, es decir poco tiempo después del discurso que precede (12: 54-59) Las exhor-

2 crificios ². Y respondiendo les dijo: ¿Pensáis que esos galileos fueron más pecadores que todos los galileos, porque han padecido esto? No, os digo; pero si no os arrepintiereis, todos igualmente pereceréis ³. O aquellos diez y ocho sobre quienes cayó la torre en Siloé y los mató, ¿pensáis que ellos fueron más deudores que todos los hombres que moran en Jerusalén? No, os digo; pero si no os arrepintiereis, todos de igual manera pereceréis ⁴.

taciones a la conversión (v. 3, 5) están en relación con las advertencias que terminan el capítulo 12. El relato del hecho que les dió lugar, así como la parábola que las sigue (v. 6-9), pertenecen en particular a Lucas.

2. Esta frase: *mezclado la sangre con sus sacrificios*, puede significar que, haciendo asesinar Pilato a esos galileos en el momento en que ofrecían sus sacrificios, su sangre había saltado sobre sus víctimas; o bien que esa sangre, derramada cerca del altar, se había mezclado con la sangre de esas víctimas. En uno u otro caso, el evangelista describe lo que había habido de trágico y de horrible en esa matanza, ordenada por Pilato.—Sólo hay conjeturas sobre las causas de ese hecho, cuyo recuerdo no han conservado los historiadores antiguos. Algunos intérpretes han pensado que esos galileos eran quizás adherentes del famoso Judas de Galilea (Act. 5: 37), lo que es muy poco probable.—Lucas no nos dice con qué intención iban esos algunos a contar a Jesús ese hecho, probablemente muy reciente. Quizás obraban con el apresuramiento de una vana curiosidad o de una justicia propia que, aplaudiéndose a sí misma, esperaba de Jesús algún severo juicio sobre Pilato y sobre los desdichados que él había hecho perecer al mismo tiempo; pues a los ojos de los judíos, toda gran desgracia era castigo de un gran pecado particular. (Véase el libro de Job y Juan 9: 2, nota.) Esta suposición es justificada por la respuesta de Jesús, que debía, como una espada de dos filos, penetrar en la conciencia de esos hombres ligeros.

3. Erróneamente se ha querido inferir de esta respuesta que el mal no es un castigo del pecado en general, o aun a veces de los pecados indivi-

duales. No sólo no niega Jesús esa justicia que se ejerce por las dispensaciones de Dios en la vida de los hombres, mas denuncia, al contrario, juicios semejantes a sus interlocutores frívolos, para hacerles sentir que ellos son tan pecadores como aquellos cuyo fin trágico cuenta con tanta complacencia. Y los términos de esta amenaza pueden, en el caso actual, entenderse al pie de la letra: menos de cuarenta años después, en la destrucción de Jerusalén, millares de judíos perecieron, ya degollados por los romanos, ya aplastados bajo los escombros. (v. 4.) Pero las advertencias de Jesús elevan nuestro pensamiento hasta el juicio eterno de Dios, delante de quien todos los hombres serán hallados culpables y dignos de condenación, a menos que se arrepientan.—Conservamos esta última palabra en nuestra versión, aunque vierta imperfectamente el término del original, que designa un cambio o una transformación completa del hombre moral. (Mat. 3: 2, 1.^o nota.) El arrepentimiento es siempre el principio de esta obra divina en el hombre. Otros traducen por la palabra *conversión*, o *convertirse*, lo que tampoco es exacto. Sea lo que fuere, ser regenerado o *perecer*, tal es la alternativa rigurosa que presenta Jesús a todo pecador.

4. Nada se sabe tampoco acerca del acontecimiento a que alude Jesús aquí. La *torre de Siloé* se hallaba probablemente sobre la fuente de ese nombre (Juan 9: 7, nota; Nehem. 3: 15; Isa. 8: 6), ora para proteger la ciudad, ora para albergar a los que iban a la fuente. Jesús recuerda que este ejemplo de los juicios de Dios, acontecido en Jerusalén misma, por que, infiriendo del castigo de los galileos que todos los hombres son culpables y deben arrepentirse, corría el riesgo de no alcanzar a los judíos

6 Y decía esta parábola: Tenía alguien una higuera plantada
7 en su viña y fué buscando fruto en ella, y no halló⁶. Y dijo al
viñador: He aquí tres años que vengo buscando fruto en esta
higuera, y no hallo⁷; córtala; ¿para qué inutiliza también la tie-
8 rra?⁸ Mas él, respondiendo, le dice: Señor, déjala aun este año,
9 hasta que cave a su derredor y eche estiércol⁹; y si produjere
fruto en el porvenir...; mas si no, la cortarás¹⁰.

que le escuchaban, y que en su orgullo se creían mucho mejores que los galileos.—El texto recibido dice hablando de estos diez y ocho desdichados: “pensáis que *esos* fueran más culpables?” Según la variante adoptada conforme a *Sin., A, B*, la expresión es más precisa aun: *ellos mismos*. El texto más autorizado (*Sin., B, A, D*) tiene: “todos los hombres que habitan Jerusalén.”

5. Decía. En Lucas y sobre todo en Marcos, la fórmula: Y decía (*también*), indica una idea nueva e importante que viene a agregarse a un discurso y forma su conclusión. (Comp. 12: 54.) Esta parábola es una admirable ilustración de las exhortaciones que preceden

6. El sentido literal de esta parábola es tan sencillo y claro, que no exige ninguna explicación. En cuanto a la significación religiosa y moral, resulta igualmente de cada detalle. El propietario de la viña es Dios. La higuera representa al pueblo judío. Este árbol es muy fértil en Oriente y produce varias cosechas por año. Además, la higuera de la parábola está plantada en el terreno más favorable a su fertilidad, en una viña. El amo tenía, pues, derecho de esperar de ella muchos frutos. Tal era la condición de Israel, al que Dios había favorecido de todas maneras.

7. El viñador, a quien el propietario dirige esta queja, es el Salvador, que se va a revelar a nosotros por su misericordiosa intercesión. (v. 8, 9.)—Dios busca fruto en esa higuera, busca fruto en todo hombre; ninguno puede sustraerse a la obligación de producir fruto. En la higuera de la parábola no halló. ¿Lo halla en nosotros?—En cuanto a los tres años aquí mencionados, algunos intérpretes ven en ellos los tres años que habrían transcurrido desde que

Jesús había entrado en su ministerio. Esa idea no es inadmisibles, pues la presencia y actividad del Salvador en medio de su pueblo constituían para éste una prueba decisiva. Es, sin embargo, más sencillo, y más conforme al conjunto de la parábola, que esos tres años representen un plazo después del cual el propietario podía creer que su higuera era verdaderamente estéril.

8. Esta sentencia es merecida. Todo cultivador obraría así. Pues no solamente la higuera no produce nada, sino que perjudica *también* la tierra; la hace *inútil*, infructuosa, por la sombra que proyecta sobre ella y atrayendo hacia sí las sustancias del suelo. Así, todo hombre que no hace bien hace mal, aunque no fuese más que por el ejemplo pernicioso de una vida inútil.—Si la sentencia es justa, es también absoluta. Un árbol *cortado* no sirve más que para ser quemado. (Juan 15: 6.)

9. No solamente el intercesor pide un año de prórroga, sino que se compromete a prodigar a la higuera sus cuidados, cultura, abono, todo lo que sea posible. Esta súplica fué escuchada para el pueblo judío; cuarenta años transcurrieron antes de la ruina de Jerusalén. Y en este intervalo la muerte y la resurrección de Jesús, pentecostés y la fundación de la iglesia fueron llamados, representados en la parábola por los cuidados excepcionales que el viñador promete dar a la higuera.

10. Gr. *y si produce fruto...* (bien); *si no la cortarás*. El texto recibido, con *A, D*, la mayor parte de las *mayúsc.* y vers. coloca las palabras en *el porvenir* o *el año próximo*, después de *la cortarás*. Casi todos los críticos y traductores prefieren la lección alejandrina (*Sin., B*, vers. egip.), que da un sentido mejor. Las últimas palabras de la

B. 10-21. EL PODER DEL REINO DE DIOS.—1.º *Curación de un enfermo en sábado.*—a) *El milagro*. Jesús enseña en una sinagoga un sábado, cuando sobreviene una mujer encorvada por un espíritu de enfermedad desde hace diez y ocho años. Jesús le anuncia su curación y pone sobre ella sus manos. Se endereza ella y glorifica a Dios (10-13).—b) *La censura*. El jefe de la sinagoga invita a los presentes a traer sus enfermos los seis días de la semana, y no el sábado (14).—c) *La justificación*. Jesús recuerda a esos hipócritas que ellos desatan sus bestias el día de sábado para darles de beber; ¡y no tendría él derecho de libertar a esta hija de Abrahán de la ligadura que la retenía desde diez y ocho años atrás! Confusión de los adversarios; gozo de la multitud (15-17).—2.º *Dos parábolas*. Jesús infiere del acto que acaba de realizar el poder del reino, y lo representa en dos parábolas: a) *la parábola del grano de mostaza*, que muestra el poder de extensión del reino (18, 19);—b) *la parábola de la levadura*, que muestra su poder de transformación (20, 21).

10, 11 Y estaba enseñando en una de las sinagogas el sábado; y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad hacía diez y ocho años, y estaba encorvada y sin poder enderezarse completamente¹¹. Mas viéndola Jesús la llamó a sí y le dijo: Mujer, 13 libre quedas de tu enfermedad. Y puso sobre ella las manos, e 14 inmediatamente fué enderezada, y glorificaba a Dios¹². Mas tomando la palabra el jefe de sinagoga, indignado de que en el sábado había sanado Jesús, decía a la multitud: Hay seis días en los cuales es necesario trabajar; en ellos, pues, venid y sed 15 sanados, y no en el día del sábado¹³. Mas el Señor le respondió

parábola son: *si no, la cortarás*. “El viñador no dice: *La cortaré* (v. 7), sino que remite la cosa al propietario. Sin embargo, cesa de rogar por la higuera.” *Rengel*.

11. La historia de esta curación nos ha sido conservada por Lucas solo.—*Espíritu de enfermedad* es un estado enfermizo atribuido a un mal espíritu. Jesús mismo confirma expresamente esta opinión. (v. 16.) El mal parece haber tenido su asiento en el sistema nervioso; de ahí una contracción que tenía a esa pobre mujer encorvada, ¡y esto desde diez y ocho años!

12. La vista sola de ese largo sufrimiento mueve la compasión del Salvador. Sin esperar que la enferma invoque su ayuda y le pida la curación, *la llama a sí* y pronuncia la palabra potente: *¡libre quedas!* El verbo está en perfecto, expresando el hecho realizado y la permanencia de la curación. La fe de la enferma se fija en esta declaración y obtiene así la liberación. Sin embargo Jesús pone sobre ella sus manos, a fin de

entrar en comunicación con ella, para devolver a su corazón la calma y la confianza, lo mismo que la fuerza a su voluntad débil. El reconocimiento de la enferma estalla en palabras de acción de gracias, por las que *glorificaba a Dios*.

13. Este jefe, o presidente de la sinagoga, dirige sus reproches a la multitud, y así indirectamente a Jesús a quien no osa atacar de frente. Su discurso es llamado una *respuesta* (*tomando la palabra, gr., respondiendo*, Mat. 11: 25). Responde, en efecto, al acto de Jesús. Este acto de potencia de que acaba de ser testigo le impone alguna moderación, y teme excitar la indignación de los otros testigos de esa escena. Las palabras aquí mencionadas no son sino una parte de la reprensión que hizo a la multitud. Es lo que indica el verbo en imperfecto: *decía*, que supone una arenga más prolongada. En su ciego apego a la ley, apela al cuarto mandamiento, y no percibe de que los términos mismos de que se sirve: (gr.) *veniendo sed curados*,

- y dijo: Hipócritas, ¿cada uno de vosotros no desata en el sábado su buey o su asno del pesebre y llevándolo le da de beber? ¹⁴.
- 16 Y ésta, que es hija de Abrahán, a quien había atado Satanás, he aquí, diez y ocho años, ¿no era necesario que fuera desatada de
- 17 esta ligadura en el día del sábado? ¹⁵ Y diciendo él esto se avergonzaban todos sus adversarios, y toda la multitud gozaba por todas las cosas gloriosas que eran hechas por él ¹⁶.
- 18 Decía pues: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo
- 19 compararé? ¹⁷ Semejante es a un grano de mostaza que tomando un hombre echó en su huerto; y creció y se hizo árbol y las aves
- 20 del cielo habitaron en sus ramas ¹⁸. Y otra vez dijo: ¿A qué compararé el reino de Dios? Semejante es a levadura que tomando una mujer ocultó en tres medidas de harina, hasta que todo fué leudado ¹⁹.

dan un brillante testimonio a la realidad de las obras del Salvador.

14. *El Señor.* Este título es dado a Jesús cuando manifiesta su soberanía (7: 13; 10: 1, comp. 6: 5.) *Hipócritas.* Por esta palabra en plural según el verdadero texto, pronunció Jesús un juicio severo al mismo tiempo sobre el jefe de la sinagoga y sobre todos los que eran animados del mismo espíritu farisaico. Su hipocresía consistía en concederse gran latitud en la observancia del sábado, cuando se trataba de sus propios intereses, y en aplicarla estrictamente cuando se trataba de los intereses del prójimo.—Comp. 14: 5 y Mat. 12: 11, 12, notas.

15. ¡Admirable refutación del sofisma farisaico! ¡De qué confusión cubría, a los ojos de la multitud, al que la había provocado! (v. 17.) Jesús justifica su aparente violación del sábado por una doble consideración: esa pobre mujer era *hija de Abrahán*, perteneciente al pueblo de Dios, y probablemente animada del espíritu del patriarca de quien descendía; y a pesar de ello, *Satanás*, el príncipe de las tinieblas, ¡la tenía ligada desde hacía tanto tiempo! ¿No era necesario, aun en el día del sábado, arrancarle su víctima, y devolverla a la libertad lo mismo que a la salud?

16. *Vergüenza* de los adversarios,

gozo de la *multitud* que seguía a Jesús con confianza, tales eran los efectos de sus obras y de sus palabras. Así triunfaba su causa y avanzaba su reinado. Eso es quizá lo que induce a Lucas a colocar aquí las dos cortas parábolas que siguen, sobre la manera como se establece el reino de Dios en el mundo.

17. "Decía pues." *Sin., B, Itala,* tienen: Y decía. El texto recibido confirma el pensamiento expresado al final de la nota precedente. Este sería el lugar histórico de estas dos cortas parábolas tan ricas y tan profundas en su significado. (Véase Mat. 13: 31, 32, nota y Mar. 4: 30, 32.)

18. El texto recibido hace decir a Jesús que ese grano de semilla se hace un *gran árbol*; la palabra *grande* no es auténtica; sería una exageración; y aun la palabra *árbol* debe ser tomada en el sentido limitado (*arbusto*) y más exacto que hallamos en Mateo y Marcos, que dicen: "más grande que todas las *hortalizas*."

19. Lucas pone todos los verbos en pretérito y da así a estas parábolas el carácter de relatos, de hechos realizados. Quizá quería mostrar así que estas similitudes hallaban ya su cumplimiento en las obras y los discursos por los que establecía Jesús entonces el reino de Dios en las almas.

II. NUEVA SERIE DE RELATOS Y ENSEÑANZAS.

1. Los elegidos.

A. 22-30. LA PUERTA ESTRECHA.—1.º *Prólogo histórico.* Jesús, dirigiéndose hacia Jerusalén, atraviesa el país, deteniéndose para enseñar en las ciudades y aldeas (2).—2.º *El corto número de los elegidos.* Una pregunta a Jesús si son pocos los salvados. Jesús responde: Esforzaos por entrar por la puerta estrecha, pues muchos no podrán entrar (23, 24).—3.º *Vanas reclamaciones de los excluidos.* En vano llamarán a la puerta e invocarán las relaciones que han tenido con el Señor. Él les declarará que no los ha conocido (25-27).—4.º *Sus amargos lamentos a la vista de los elegidos.* Se entregarán al llanto y rechinar de dientes al ver a patriarcas y profetas, y a todos los que habrán venido de Oriente y de Occidente; pues muchos de los últimos serán los primeros, y de los primeros los últimos (28-30).

- 22 Y atravesaba por ciudades y aldeas, enseñando y viajando
- 23 hacia Jerusalén ²⁰. Y alguien le dijo: Señor, ¿son pocos los salvados? ²¹ Y él les dijo: Luchad por entrar por la puerta angosta ²²; porque muchos, os digo, procurarán entrar y no podrán ²³.

20. Gr. "E iba a través del país por ciudades y aldeas, enseñando y haciendo viaje hacia Jerusalén." Hay en griego una partícula distributiva que indica que Jesús, atravesando la región, se detenía en cada ciudad y cada aldea o lugar para enseñar, pero prosiguiendo siempre, por varios rodeos, su viaje hacia Jerusalén, adonde se trasladaba por última vez. Lucas repite de cuando en cuando estas indicaciones, como para jalonear la ruta que seguía Jesús. (9: 51, nota, 57; 10: 38; 17: 11.)

21. Gr. ¿Son pocos los salvados? Esta pregunta es una de las más obscuras que espíritus pensadores puedan plantearse; se presenta inevitablemente a ellos y los llena de angustia; pero no debe tornarse en objeto de especulaciones ociosas; Dios solo posee el secreto. Algunas palabras del Señor sobre las dificultades de la salvación, quizá sobre la repulsión futura del pueblo judío, habían levantado el temible problema.

22. *Luchad*, esforzaos por entrar por la puerta estrecha. (Comp. Mat. 7: 14, nota; 1 Tim. 6: 12) El Señor, por una figura familiar a las escrituras, representa la salvación como una casa en la que muchas gentes desean entrar. Tanto más difícil

es el acceso, pues la *puerta* es *estrecha*. Es el símbolo de la humillación, del arrepentimiento, de la fe, del renunciamiento, que son las condiciones de entrada del reino de los cielos. ¿No es ese también el camino doloroso por el cual Jesús mismo quiso entrar en su reino?—Jesús no responde a la pregunta que le ha sido dirigida, pero haciendo un llamado a la conciencia, lleva de la teoría a la práctica, de la especulación al deber presente, que incumbe personalmente al que le interroga. (Comp. 12: 41; Juan 3: 3.) Y no solamente al que preguntaba sino a todos (*les* dijo) dirige esta seria exhortación. Os ocupáis de la salvación de los demás, preguntáis cuántos serán salvados; hay una pregunta más imperiosa: ¿Lo seréis vosotros mismos? ¡Luchad por entrar! (Comp. Mat. 7: 14, nota.)

23. *No podrán*, no a causa de una voluntad arbitraria de Dios, sino porque no habrán tenido bastante decisión y perseverancia para entrar por la puerta estrecha, porque habrán retrocedido ante las humillaciones y dolores del arrepentimiento. Las palabras que siguen describen de manera impresionante, trágica, esa escena final de la reprobación.

25 Desde que se levantara el dueño de casa, y cerrare la puerta, y empezareis a estar fuera, y a llamar a la puerta, diciendo: Señor, 26 ábrenos; y respondiendo, os dirá: No sé de dónde sois²⁴; entonces empezareis a decir: Comimos en tu presencia y bebimos, y 27 en nuestras calles enseñaste²⁵; y dirá: Os digo, no sé de dónde 28 sois. Apartaos de mí todos, obreros de injusticia²⁶. Allí será el llanto y el rechinar de los dientes, cuando viereis a Abrahán y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y 29 vosotros echados fuera²⁷. Y vendrán de Oriente y Occidente, y del septentrión y mediodía, y se reclinarán [a la mesa] en el 30 reino de Dios²⁸. Y he aquí, hay últimos que serán los primeros, y hay primeros que serán los últimos²⁹.

B. 31-35. LA HOSTILIDAD DE HERODES Y LA RESISTENCIA DE JERUSALÉN.—

1.º *Los designios de Herodes*. Algunos fariseos invitan a Jesús a alejarse, anunciándole que Herodes atenta contra su vida. Jesús hace decir a Herodes, mostrándole que ha conocido sus astucias, que su ministerio toca a su fin, pero que, sin embargo, continuará obrando tranquilamente, yendo hacia Jerusalén, donde conviene que un profeta muera (31-33).—2.º *Lamento sobre Jerusalén*. En una reconvención dolorosa, recuerda Jesús a Jerusalén, asesina de los profetas, todas las tentativas que ha hecho para atraerla a sí. En adelante será privada de su presencia, hasta el día en que le salude con el grito de: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! (34, 35).

24. El *amo de casa* es el Señor mismo. Espera, sentado, que los suyos entren. Luego, a la hora fijada para la apertura de la fiesta, *se levanta y cierra la puerta*. Los que han quedado fuera empiezan a llamar y pedir la entrada, que les es negada por este motivo: *No sé de dónde sois*, es decir no sois de la casa, no os conozco. (Comp. Mat. 25: 11 y 12.)

25. *Entonces*, es la conclusión de la larga frase que precede; *entonces*, pero cuando sea demasiado tarde, *diréis...* Los dos argumentos a que apelan esos desdichados son literalmente verdaderos, pero no expresan más que relaciones enteramente externas con el Salvador. Su reclamación, como observa M. Godet, caracteriza la tendencia de los judíos a hacer descansar la salvación sobre ciertos privilegios exteriores. Jesús opone a esos privilegios la conducta moral de ellos. (Comp. 3:8.)

26. Hay algo de solemne en la repetición de estas palabras: *No sé de dónde sois*. Pero las últimas palabras de este versículo muestran que el justo Juez sabía muy bien lo que ellos eran, *obrerros de injusticia*, es decir hombres que han hecho y

practicado la injusticia. (Sal. 6: 9.) Es esa la causa de su reprobación. Pero no se debe olvidar que la esencia misma de la injusticia es la resistencia a la voluntad de Dios. (Comp. Mat. 25: 41.)

27. Mat. 8: 12, nota. La palabra *allí* lleva el pensamiento al lugar adonde los reprobados acaban de ser alojados. (v. 27.)—La *vista* de una felicidad infinita, perdida por su falta, será, para el reprobado, la fuente de punzantes lamentos, de un dolor moral sin nombre, que se expresarán por *llantos* (o gemidos) y *rechinar de dientes*.

28. Mat. 8: 11, nota. Jesús anuncia la vocación de los paganos, que serán salvados por el evangelio.

29. Mat. 19: 30; 20: 16, notas. Esta máxima, que formula la ley misteriosa del reino de Dios, fué repetida por Jesús en diversas ocasiones y aplicaciones. Jesús no dice que todos los primeros (los judíos) serán los últimos, ni que todos los últimos (los paganos) serán los primeros. Los diferentes tiempos del verbo que emplea hacen resaltar el contraste entre el presente y el porvenir. Dice literalmente: "Y ha

31 En la misma hora³⁰ se allegaron algunos fariseos diciéndole: 32 Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte³¹. Y les dijo: Id y decid a esa zorra: He aquí, expulso demonios y cumpla curaciones hoy y mañana, y en el tercer [día] soy consumado³². 33 Empero es necesario que hoy y mañana y en el día siguiente ande, porque no es admisible que un profeta perezca fuera de Jeru- 34 rusalén³³. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas los profetas y apedreas los que son enviados a ti! ¡cuántas veces quise juntar tus

aquí, *hay* últimos que *serán* los primeros, y *hay* primeros que *serán* los últimos."

30. El texto recibido tiene: "En el mismo día"; la variante adoptada se lee en *Sin., A, B, D. En la hora misma* en que Jesús pronunciaba el discurso que precede, algunos fariseos fueron a él con el mensaje aquí referido.—Lucas solo ha conservado este incidente (v. 31-33). No dice dónde tuvo lugar esta conversación, pero es evidente que fué todavía al Sur de Galilea, o en Perea, que estaban bajo el dominio de Herodes.

31. ¿Qué motivo tenían los fariseos para dar a Jesús esta advertencia? No se puede suponer que lo hacían por interés para con él: ni que ese consejo no fuera de su parte sino una astucia destinada a apresurar su llegada a Judea y a Jerusalén, donde tantos peligros le esperaban. La respuesta de Jesús corrigiéndose directamente a Herodes prueba que considera las palabras de los fariseos como un mensaje de parte de ese príncipe. Y no hay por qué dudar de la realidad de ese mensaje. Herodes, que tenía un temor supersticioso de Jesús (9: 7-9), no quería realmente hacerle morir, tanto menos cuanto que su conciencia le reprochaba aún el asesinato de Juan el Bautista; pero como los milagros del Salvador le inspiraban temor, emplea a los fariseos, cuyo odio hacia Jesús conocía, para alejarle de las regiones que él gobernaba. Precedentemente ya se había visto a los herodianos unirse a los fariseos para conspirar contra el Señor. (Mar. 3: 6.)

32. La *zorra* es el tipo de la astucia en todos los idiomas. Designando así a Herodes, Jesús mostraba a sus enviados que conocía muy

bien sus designios. En el mensaje que les encarga, empieza por confortar a Herodes: su ministerio toca a su fin. *Expulsar demonios y terminar de sanar* algunos pobres enfermos, tal es la obra inofensiva que va a hacer aún hoy y mañana; y el *tercer día*, es decir después de un tiempo muy corto (Oseas 6:2), *será consumado o cumplido*. Este último verbo: *soy consumado o cumplido*, presente que expresa un futuro inminente, es entendido por algunos intérpretes como refiriéndose al término de su obra en los estados de Herodes; pero, ni el sentido ordinario de la palabra misma, ni la declaración que termina el v. 33, permiten entenderla de otro modo que de la muerte de Jesús. Jesús hace, pues, responder solemnemente a Herodes, no solamente que pronto no será ya para él motivo de temor, sino que, en cuanto a su vida sobre la tierra, *todo será consumado*. (Comp. Juan 19: 30.)

33. *Empero* (concedido eso me resta esto:) *es necesario* (en virtud de la voluntad superior de Dios), que yo *ande*, que continúe mi camino, durante el corto tiempo que me resta, avanzando hacia la capital de Judea; pues, a pesar de la amenaza de Herodes de matarme, no moriré yo aquí; *¡Jerusalén* tiene el triste privilegio de *matar los profetas!* (v. 34.) Hay una punzante ironía en este término: *no conviene, no es admisible*, eso sería contrario a las costumbres y al espíritu de la teocracia que tiene su asiento en Jerusalén. No se debe tomar al pie de la letra esta expresión de una indignada tristeza; pues más de un profeta, y el último de todos, Juan el Bautista, *murió fuera de Jerusalén*.

hijos, de la manera que junta una gallina sus polluelos bajo sus alas, y no quisisteis! He aquí, vuestra casa os es dejada: mas os digo: De cierto no me veréis hasta que venga cuando digáis: Bendecido sea el que viene en el nombre del Señor ³⁴.

C. 1-24. COMIDA EN CASA DE UN FARISEO. PARÁBOLA DE LA CENA.—1.º *Curación de un hidrópico.* Jesús acepta una invitación un día de sábado en casa de un fariseo. Es observado por los convidados. Entrado en la casa, percibe un hidrópico. Pregunta a los presentes si es lícito sanarle. Ellos callan. Jesús sana y despide al enfermo; luego se justifica alegando la práctica de sus adversarios que, pese al sábado, retiran del pozo su hijo o su buey (1-6).—2.º *Una lección de humildad.* Observando que los invitados buscan los primeros lugares, combate esas disposiciones orgullosas mostrándoles, en una parábola, el interés que tienen en ponerse en el último lugar, para ser honrados cuando el amo de la casa los invite a subir más arriba (7-11).—3.º *Una lección de beneficencia.* Jesús induce a su huésped a no invitar a sus iguales, sino a los que no pueden devolvérselo; recibirá otro tanto en la resurrección de los justos (12-14).—4.º *La parábola de la cena.*—a) *Los pri-*

34. Véase, sobre estos dos últimos versículos. Mat. 23: 37-39, notas. El texto recibido tiene: "He aquí, vuestra casa os es dejada *desierta*. Mas en verdad, os digo." Las palabras en bastardilla no son auténticas. La palabra *desierta* es dudosa aun en Mateo, de donde parece haber sido introducida en el texto de Lucas. Jesús quiere, pues, decir: "Cuando yo me hubiere ido, vuestra casa (vuestra ciudad, vuestro templo) os queda aún por un tiempo, bajo la protección divina; pero, en vuestro abandono, no apareceré más a vosotros como Salvador. Os digo: No me veréis más hasta que llegue (el día) cuando digáis, según A, D y el texto recibido; o, hasta que digáis, según Sin., B, y algunas mayúsc. La primera lección es preferible. Según el lugar que Lucas asigna a estas palabras, algunos intérpretes piensan que las últimas palabras designan el momento próximo en que Jesús hará su entrada en Jerusalén, el día de Ramos, y en que sus adherentes de la Galilea le saludarán exclamando: ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! Pero ¡qué mezquina interpretación de un pensamiento enunciado bajo forma tan solemne y precedido de la queja dolorosa del v. 34! No; se trata del severo juicio de Dios, según el cual el pueblo de Israel será privado de la presencia del Salvador hasta el día de su regreso en gloria, día en

que todos los que hayan creído en él le recibirán con esta aclamación tan conocida y sagrada para israelitas. (Sal. 118: 26.)—A menos de admitir la suposición, muy poco verosímil, de algunos intérpretes (Stier), de que Jesús ha pronunciado dos veces estas solemnes palabras, hay que elegir entre Mateo y Lucas. No se puede negar que hay en Lucas una relación muy natural entre nuestros dos versículos y las palabras de Jesús que preceden. Pero ¡cuánto más solemne y verdadera es la circunstancia en que los coloca Mateo! Con él, estamos en Jerusalén misma, la ciudad ingrata y rebelde, a la cual Jesús dirige directamente este último grito de dolor, a continuación de su gran discurso contra los jefes de la teocracia judía. Las palabras: *cuántas veces quise...* recuerdan a esa ciudad las diversas visitas de Jesús, que conocemos por Juan y que los sinópticos suponen. A los habitantes de Jerusalén también dice Jesús, en el momento de dejarlos para siempre: *vuestra casa os es dejada*. Y por último, sólo en este momento supremo podía agregar: *no me veréis más*. Estas palabras serían inexplicables en la situación en que Lucas las hace pronunciar, puesto que Jerusalén iba pronto a ver al Señor quien durante una semana entera, hará oír en sus muros algunos de sus más solemnes llamamientos.

meros invitados. Un convidado celebra la dicha de los que participen del banquete en el reino de Dios. Jesús responde por una advertencia en forma de parábola: Un hombre da una gran cena. Hace decir por su siervo a los numerosos invitados que la comida está preparada (15-17).—b) *Sus excusas.* El primero alega su campo, el segundo sus bueyes; el tercero responde que acaba de casarse (18-20).—c) *Los segundos convidados.* El siervo hace relación a su amo. Este, irritado, le ordena ir por las plazas y calles de la ciudad a buscar los desdichados sin asilo. El siervo responde que lo ha hecho, y que la sala no está aún llena. El amo le envía fuera, por los caminos, a lo largo de los vallados, y le dice que fuence las gentes a entrar; pues, declara, ninguno de los primeros invitados gustará la cena (21-24).

XIV. Y aconteció, entrando él en casa de uno de los jefes de los fariseos en sábado para comer pan ¹, que ellos estaban observando ². Y he aquí, cierto hombre hidrópico estaba delante de él ³. Y tomando Jesús la palabra ⁴ habló a los legistas y fariseos ⁴ diciendo: ¿Es lícito en el sábado sanar o no? ⁵ Mas ellos guardaron silencio ⁶. Y tomándolo, le sanó y le despidió ⁷. Y respon-

1. Gr. *comer pan*, hebraísmo que significa comer en general. El fariseo que le había invitado con muchos otros convidados (v. 7) es designado como uno de los jefes de ese partido, a la vez político y religioso (Mat. 3: 7, nota), de donde se ha inferido que debía ser miembro del sanedrín. Eso no resulta necesariamente del término original; podía ser simplemente uno de los más influyentes del partido.—Jesús, según su costumbre (7: 36; 11: 37, etc.), acepta esta invitación, aun en un día de sábado. La hostilidad decidida que manifestaban entonces los fariseos contra Jesús da a esta aceptación un carácter muy particular de paciencia y de caridad.

2. *Estaban allí, observándole*; es decir que otros fariseos, igualmente invitados (v. 7), espían al Salvador, lo mismo que hacía el amo de la casa, para sorprenderle en alguna falta contra la ley del sábado. Quizás hasta habían percibido ya al enfermo que se hallaba allí y pensaban que Jesús le sanaría.

3. Las palabras *he aquí* indican el momento en que descubre Jesús este hecho inesperado ¿Cómo se hallaba ese desdichado ahí, delante de él? Se ha supuesto que los fariseos le habían hecho venir intencionalmente, a fin de tender un lazo al Salvador. No es imposible, pero no hay nada semejante en el texto, y

no hay que hacer, aun a fariseos, más malos de lo que son. Como esta escena ocurre antes que se sentaran a la mesa (v. 7), se puede colocarla en alguno de esos patios interiores que, en Oriente, preceden las habitaciones; y se concibe que el enfermo se hubiese acercado tímidamente hasta allí, esperando ser sanado, pero no osando pedir nada, porque era sábado y a causa de los fariseos.

4. Gr. Y Jesús, *respondiendo*, dijo. Él responde realmente a los pensamientos no expresados que lee en las miradas (*le observaban*, v.1) y en los corazones de los que le rodean.

5. Este o no (*¿es lícito o no?*), omitido por el texto recibido, exige una respuesta categórica. La pregunta se dirige no solamente a los fariseos, sino ante todo a los legistas, o doctores de la ley, cuya competencia era reconocida para interpretar las disposiciones de la ley.

6. Callan, ya porque tienen vergüenza de resolver el asunto negativamente, ya porque, en su hostilidad hacia Jesús, no quieren darle respuesta.

7. Gr. *Tomándole* consigo, por la mano, o poniendo la mano sobre él, a fin de testificarle su compasión y entrar directamente en relación con él, obró su cura. Algunas veces se contenta Jesús con un ligero toca-

diendo les dijo: ¿De quién de vosotros hijo o buey caerán en un pozo y no lo sacará luego en día del sábado? ⁸ Y no pudieron replicar a esto.

7 Y decía a los invitados una parábola, observando cómo elegían los primeros lugares, diciéndoles: Cuando fueres invitado por alguien a bodas, no te reclines [a la mesa] en el primer lugar; no sea que uno más honorable que tú haya sido invitado por él, y viniendo el que a ti y a él invitó te diga: Da lugar a éste; y entonces empieces con vergüenza a ocupar el último lugar. Mas cuando fueres invitado, ve y reclínate en el último lugar; para que, cuando viniere el que te ha invitado, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces tendrás gloria en presencia de todos los que están recostados [a la mesa] contigo. Porque todo el que se exalta será humillado, y el que se humilla será exaltado ⁹.

12 Y decía también al que le había invitado ¹⁰: Cuando hicieres comida o cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos también te inviten a su vez y haya retribución para ti. Mas cuando hicieres festín, invita a pobres, a mutilados, a cojos, a ciegos; y serás dichoso porque no tienen con qué retribuirte, pues te será retribuido en la resurrección de los justos ¹¹.

miento (Mat. 8: 3), cuando no sana por su sola palabra, lo que hace con la mayor frecuencia.

8. Comp. Mat 12: 11, y Luc 13: 15, nota.—*Respondiendo, les dijo...* Como en el v. 3, Jesús responde a la censura que la actitud de ellos descubre. La palabra *respondiendo* es omitida por B, D, vers. sir. El texto recibido, con *Sin*, y algunas *mayúsc.* tiene: "de entre vosotros cuyo asno o buey;" corrección hecha con el objeto de hacer concordar este ejemplo con el citado en 13: 15. Según el verdadero texto: *el hijo*, la pregunta hecha por Jesús es mucho más incisiva. Por eso *nada pudieron responder a esto*.

9. Para comprender esa instrucción en su profundidad, es necesario observar que reviste la forma de una *parábola*. (v. 7) En efecto, Jesús no tiene la intención de dar a los convidados una lección de cortesía o de modestia. Todos los hombres buscan el *primer lugar*, porque son orgullosos delante de Dios; y jamás se tornan humildes unos respecto de otros, al punto de que "el uno estime al otro más excelente que sí mismo" (Fil. 2: 3), antes de haberse humi-

llado delante de Dios con el sentimiento de un profundo arrepentimiento. Ese es el comentario que Jesús nos da de la parábola en las palabras que la terminan: *exaltarse* delante de los hombres tiene por consecuencia segura ser *humillado* delante de Dios y recíprocamente. (Comp. Mat. 23: 12; Luc 13: 14: 1 Pedro 5: 5.)

10. *Decía también*. Como en el v. 7, y a menudo en Marcos y en Lucas, esta locución introduce un pensamiento nuevo e importante, que Jesús agrega a sus discursos.—La instrucción que va a seguir, lo mismo que la que precede, es tomada de las circunstancias de la comida a que asistía. No había allí más que invitados pertenecientes al rango y a la posición social del huésped que los recibía en su casa. Y, como sucede casi siempre en los festines, los pobres, los desdichados eran olvidados.

11. No repetiremos, después de tantos otros, que no se debe tomar estas palabras al pie de la letra; el corazón egoísta del hombre lo dirá a cada lector. Pero ¿por qué espiritualizarlas hasta el punto de que ya

15 Y oyendo esto uno de los convidados le dijo: Dichoso el que 16 comerá pan en el reino de Dios ¹². Mas él le dijo: Un hombre 17 hacía una gran cena, e invitó a muchos ¹³; y envió su siervo, a la hora de la cena, a decir a los invitados: Venid, porque está ya 18 preparado ¹⁴. Mas empezaron todos a una a excusarse ¹⁵. El primero le dijo: He comprado un campo, y tengo necesidad de salir 19 y verlo; ruégote, tenme por excusado. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos; ruégote, tenme por ex- 20 cusado. Y otro dijo: Me he casado y por esto no puedo ir ¹⁶.

no signifiquen nada? Ciertamente no nos prohíbe Jesús invitar a nuestros parientes, nuestros amigos, puesta que él mismo asistía a comidas de esta naturaleza. Pero la orden positiva que da, practicada con sencillez y simpatía cristiana para con los desdichados que designa, sería un ejercicio de la caridad enteramente distinto de las más ricas limosnas que no nos ponen en relación cordial con los que sufren. Y, además, el Salvador hace intervenir un motivo moral de la más alta importancia: el desinterés, que no espera que se le retribuya. Todo es hecho por Dios, por amor hacia sus hijos desdichados y en vista de la retribución eterna en la resurrección de los justos.—Se ha querido inferir de este último término que Jesús enseña dos resurrecciones, la *de los justos*, primeramente, luego la de los injustos. Nada hay de tal en el texto; pero el Salvador, como Pablo en una multitud de pasajes (1 Cor. 15: 42-44 y v. 53-57; Fil. 3: 21; 1 Tes. 4: 13-18, etcétera), queriendo poner ante los ojos de los fieles sus esperanzas eternas, no habla más que de la resurrección dichosa.

12. *Gr. comerá pan*, hebraísmo que significa participar de una comida (v. 1.) La resurrección de los justos, de que Jesús había hablado (v. 14), despierta en uno de los convidados la esperanza de la felicidad celestial, de ese *banquete en el reino de Dios* que era un símbolo. Mat. 8: 11; Luc. 13: 29.) Jesús responde a esa exclamación, inspirada quizá por una seguridad presuntuosa, dando a sus oyentes una seria advertencia. La parábola que pronuncia les describe cómo muchos de los invitados

al banquete celestial no tendrán parte alguna en él, y esto por su culpa.

13. Véase, sobre una parábola muy semejante, pero no idéntica a ésta, Mat. 22: 1-14, notas. Es probable que Jesús describiera más de una vez la ingratitud y la rebelión de su pueblo por esta similitud, modificando varios detalles de ella.—El *hombre que hacía una gran cena*, es Dios, cuya misericordia infinita ofrece al hombre, perdido en su miseria, el inmenso privilegio de volver a la comunión con él, y de hallar junto a él todos los bienes que pueden saciar su hambre y llenar su corazón del gozo de un banquete celestial. La *invitación* a esa gran cena había resonado frecuentemente y por mucho tiempo en Israel por el ministerio de los profetas.

14. *Su siervo* es el Salvador mismo, enviado en el cumplimiento de los tiempos para reiterar, de una manera más apremiante y más solemne, la invitación. El solo podía decir: *Está ya preparado*, pues él mismo había preparado todo, realzado todo para la salvación de la humanidad perdida. Los términos de que se sirven expresan la condición enteramente gratuita de esa salvación. El texto recibido tiene: *todo está ya preparado*. Esa palabra omitida por *Sin.*, B, es probablemente tomada de Mateo.

15. *Gr. Y empezaron todos a una voz u opinión*. Estos términos hacen resaltar lo que había de sorprendente, de ingrato, de injurioso, en una conducta, para el que invitaba. Es la enemistad del corazón del hombre contra Dios, tomada de la realidad.

16. Las excusas difieren, pero el espíritu es el mismo. (v. 18, nota)

- 21 Y llegando el siervo contó esto a su amo ¹⁷. Entonces, airado el dueño de casa, dijo a su siervo: Sal pronto a las calles y callejas de la ciudad, e introduce aquí los pobres y mutilados y ciegos y cojos ¹⁸. Y dijo el siervo: Señor, hecho está lo que has ordenado, y aun hay lugar ¹⁹. Y dijo el amo al siervo: Sal a los caminos y cercos, y obliga a entrar, para que sea henchida mi casa ²⁰; pues

Hay, sin embargo, una gradación: el primero se cree en la *necesidad* absoluta de rehusar; el segundo dice simplemente que *parte* para probar sus bueyes; el tercero ni aun busca una excusa, se siente dispensado por la importancia de lo que le retiene (su casamiento), y se contenta con responder: *No puedo*. Todos los motivos alegados son honrados, legítimos, plausibles a los ojos de los hombres; son las posesiones, los negocios, los afectos de familia. Pero como no hay ninguna incompatibilidad entre esas cosas y la comunión con Dios, no son, en el fondo, más que vanos pretextos. El verdadero obstáculo está en otra parte, en el corazón del hombre.

17. El siervo, de *regreso* de su misión, da cuenta al amo de las negativas que ha recibido. Stier ve en este detalle un eco de las dolorosas quejas que la ingratitud y el endurecimiento de su pueblo arrancaban al Salvador y que él exhalaba en sus oraciones a su Padre.

18. La *ira* del amo de casa está demasiado justificada por la secreta enemistad de los que han despreciado su invitación. Cuanto más grande es el amor de Dios, tanto más terrible será su ira.—La segunda invitación se dirige a todos los desdichados aquí designados, que no tienen otro albergue que las *plazas* y las *callejas* de la ciudad. Se puede entender estas palabras al pie de la letra, pues “el evangelio es anunciado a los pobres” (7: 22); pero suponiendo que su miseria exterior les ha conducido a sentir su pobreza moral. Sólo este sentimiento los hace capaces de responder a la invitación y entrar en la sala del festín. Desde este punto de vista, se puede admitir que, bajo los rasgos de esos desdichados, Jesús ha querido representar también a los publicanos y los pecadores que

iban a él impelidos por el arrepentimiento. (15: 1.)

19. “Se cree ordinariamente que el siervo, habiendo recibido la orden de su amo (v. 21), había vuelto a partir para hacer la segunda invitación, y que sólo después de su regreso pronuncia estas palabras. Pero ¿con qué derecho se supone ese hecho no expresado en un relato tan detallado? No: el siervo, rechazado por los primeros invitados, ha hecho de por sí lo que el amo le ordena aquí, de modo que puede responder inmediatamente (gr., verdadero texto): *Hecho está lo que has ordenado*. Este sentido se aplica admirablemente a Jesús; él ha cumplido plenamente ese consejo de Dios que le era conocido, de anunciar el evangelio a los pobres.” Meyer.—Mas ¡qué revelación de la misericordia infinita de Dios, en estas últimas palabras añadidas por el siervo: *aun hay lugar!* Si hay uno más pobre, más miserable aun que estos últimos invitados, puede tomar ánimo y decirse: Hay también lugar para mí.

20. El amo entra con gozo en el pensamiento que el siervo le sugiere por su observación: “Hay aún lugar.” Por tanto le encarga una tercera invitación; ya no es a las plazas y a las calles de la ciudad (Jerusalén y el pueblo judío) donde debe llevarla, sino fuera, *por los caminos y a lo largo de los vallados*, a todos esos seres errantes y sin refugio que viven sin Dios y sin esperanza en el mundo. Aquí es claramente predicha y ordenada la grande vocación de los paganos, que será empezada por los apóstoles y no cesará más hasta el día final, en que la *casa del Señor será llenada!* — Qué ardiente amor de Dios, hacia los pecadores que quiere salvar, se expresa en estas palabras: *y fuerza a entrar* (gr. *constríñe*, haz de ello una necesidad absoluta). Se trata de un constreñi-

os digo que ninguno de aquellos varones invitados gustará mi cena ²¹.

D. 25-35. CONDICIONES NECESARIAS PARA SEGUIR A JESÚS.—1.º *La advertencia a las multitudes*. Grandes multitudes siguen a Jesús. Les previene que para ser discípulo suyo es necesario ser capaz de aborrecer a los suyos y llevar su cruz siguiéndole (25-27).—2.º *Dos parábolas destinadas a enseñar la previsión*.—a) *El hombre que edifica una torre*. Jesús invita a los que se proponen seguirle a que hagan como el constructor de una torre, que calcula el gasto, por temor de atraer sobre sí las burlas si no pudiera llevar a buen término su empresa (28-30).—b) *El rey que hace la guerra*. Sean prudentes, como un rey que no emprende la guerra si no se siente con fuerza para vencer (31-32).—3.º *Conclusión, apoyada por una comparación que muestra la importancia del papel de los discípulos*. El que no renuncia a todo no puede ser discípulo de Jesús. Los discípulos tienen una hermosa misión, la de la sal; pero si no la cumplen, su condición es tanto más miserable. ¡El que tiene oídos para oír, oiga! (33-35.)

- 25 Y grandes multitudes iban con él; y volviéndose les dijo ²²:
26 Si alguien viene a mí, y no aborrece a su padre y a su madre y a su mujer y a sus hijos y a sus hermanos y a sus hermanas, y
27 aun también su vida, no puede ser mi discípulo ²³. Cualquiera

miento enteramente moral, que en nada disminuye la libertad, puesto que nada es más libre que la fe, la obediencia, el amor. Este constreñimiento se ejerce sobre las conciencias por la santidad de la ley, sobre los corazones por la potencia del amor divino, sobre la voluntad por la acción del Espíritu de Dios. “Dios no fuerza a nadie, pero hace que se quiera.” Gaussen.—¡Quién habría podido creer que jamás se buscaría en estas palabras una legitimación del horrible constreñimiento por la espada y por el fuego!

21. Estas últimas palabras, conclusión de la parábola (*pues*), forman aún parte de ésta, y son puestas en boca del amo de la casa; no son una declaración de Jesús a los convidados, como se ha pretendido, puesto que él mismo aparece en esta historia como siervo. Expresan toda la severidad de Dios, al final de esta parábola destinada a revelar todo su amor.

22. Jesús, después de haber dejado la casa del fariseo (v. 1), había vuelto a tomar el camino hacia Jerusalén. Entre esas *grandes multitudes* que *hacían camino con él* se hallaban sin duda peregrinos que iban también a Jerusalén para la fiesta

de pascua. Había aún en la mayor parte un impulso entusiasta y carnal; Jesús para disipar todo mal concepto y ponerlos en guardia contra una profesión precipitada, les dirige una advertencia seria, hasta severa.

23. Comp. Mat. 10: 37, nota; 19: 29. Estas palabras, a primera vista, parecen estar en contradicción con los preceptos y el espíritu del evangelio. Este nos enseña el amor a todos los hombres, a nuestros enemigos mismos, cuánto más a nuestros parientes. ¿Cómo, pues, se debe conprenderlas? Se ha procurado dar a esta palabra *aborrecer* el sentido de: *amar menos* (comp. Gén. 29: 30,31), lo que equivaldría al significado de las palabras de Jesús referidas por Mateo (10: 37): “El que ama a padre o madre *más que* a mí, no es digno de mí;” y se puede admitir que tal es en nuestro pasaje también el pensamiento del Salvador. Sin embargo, no se debe debilitar la expresión más enérgica, y evidentemente escogida con intención, que emplea aquí. Ella expresa también una verdad. (Comp. Mat. 6: 24.) Jesús supone que esos afectos de familia, entrando en conflicto con el amor que le debemos, se han tornado en obstáculo a nuestra comunión con él y

que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo²⁴. ¿Quién, en efecto, de entre vosotros, queriendo edificar una torre, sentándose no calcula primero el costo, si tiene para 29 terminar; no sea que, habiendo él puesto el fundamento y no pudiendo terminar, todos los que miran empiecen a escarnecerle, 30 diciendo: Este hombre empezó a edificar y no pudo terminar? ²⁵ 31 ¿O qué rey, yendo para encontrarse con otro rey en la guerra, sentándose no delibera primero si puede, con diez millares, en- 32 contrar al que con veinte millares va contra él? De otro modo, estando él aun lejos, enviándole una embajada ruega lo concer- 33 niente a la paz²⁶. Así, pues, cualquiera de entre vosotros que 34 no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo²⁷. Buena, pues, es la sal; mas si aun la sal perdiera su sabor, ¿con qué

nos impiden hacernos sus discípulos. Debemos aborrecer ese mal, ese alejamiento de Dios, so pena de renunciar al amor del Salvador. (Comp. 12: 53.) Exactamente por el mismo principio debe el discípulo de Jesús aborrecer su propia vida (gr. su propia alma), su personalidad, su yo, en cuanto el amor de sí mismo se opone al amor de Dios. Por último, es evidente, según estas palabras, que el cristiano debe estar listo a sacrificar su vida terrenal entera por la causa de su Maestro. Pero ¿quién es, pues, este Maestro que se pone así como el objeto de amor supremo de sus discípulos?

24. Mat. 10: 38, nota; 16: 24; Mar. 8: 34; Luc. 9: 23. De modo que el renunciamiento absoluto que Jesús acaba de prescribir no basta para hacer de un hombre su discípulo; no hay solamente afectos y bienes a sacrificar, hay sufrimientos a soportar en este espíritu de obediencia y de amor de que Jesús mismo estaba animado, y de que debía dar ejemplo hasta su último suspiro. Estos sufrimientos tienen por emblema el instrumento que servirá para el suplicio del Maestro. Como el Maestro, cada discípulo tiene su propia cruz, que debe llevar siguiéndole. Bien: la cruz es siempre y para todos un instrumento de ignominia, de sufrimiento y de muerte.

25. El objeto de esta parábola, como de la siguiente, es motivar (en efecto) la exhortación, implicada en la regla precedente, a examinarse a sí mismo para ver si es uno capaz

de llenar esas severas condiciones. Ser discípulo de Jesús (v. 26, 27), seguirle, imitarle en todas las cosas, hasta la cruz, hasta la muerte, es una tarea difícil, mucho más allá de las fuerzas del hombre natural que el edificar una torre o una fortaleza lo está de la fortuna de un pobre; no debe pues uno empeñarse en esta difícil carrera con el entusiasmo efímero de una primera emoción religiosa. Es necesario sentarse, recogerse, calcular el costo, antes de hacer claramente profesión de ser discípulo de Jesús. Sin esta precaución, se corre el riesgo de provocar las burlas del mundo y tornarse en causa de oprobio para el evangelio.

26. La segunda parábola tiene el mismo sentido que la primera, con este matiz: que la vida cristiana no es comparada ya a una torre cuya construcción exige un gran gasto, sino a una guerra peligrosa contra un enemigo cuyas fuerzas son muy superiores a las que podemos oponerle por nosotros mismos. Más valdría quedar en paz con ese enemigo, que exponerse a vergonzosas derrotas. "Mejor ser un hombre honesto religiosamente obscuro, que tornarse en lo más triste del mundo: un cristiano inconsecuente." Godet.

27. Gr. no renuncia a todos sus bienes propios, los objetos especiales de ese renunciamiento han sido indicados en el v. 26. Tal es la conclusión de todo este discurso. Hay algo impresionante en esta frase repetida por tercera vez: no puede ser mi discípulo.

35 será sazónada? Ni para la tierra ni para el muladar es apta; fuera la echan²⁸. El que tiene oídos para oír, oiga²⁹.

2. Las parábolas de la gracia.

A. 1-10. LA OVEJA EXTRAVIADA Y LA DRACMA PERDIDA. — 1.º *Introducción histórica.* Jesús es rodeado por publicanos y pecadores ávidos de oírle. Su afluencia provoca las murmuraciones de los fariseos, que reprochan a Jesús el acogerlos y comer con ellos (1, 2).—2.º *La oveja extraviada.*—a) *La pérdida de la oveja.* Jesús pregunta a sus adversarios quién de entre ellos, teniendo cien ovejas y perdiendo una, no dejará las noventa y nueve en el prado y buscará la que ha perdido, hasta hallarla (3, 4).—b) *El encuentro y el regreso.* Cuando la ha hallado, la pone sobre sus hombros con gozo, y convoca a sus amigos y vecinos para que compartan su gozo. Así hay gozo en el cielo por un pecador arrepenido, más que por noventa y nueve justos (5-7).—3.º *La dracma perdida y vuelta a hallar.* ¿Qué mujer, teniendo diez draemas y perdiendo una, no toma cuidados minuciosos para hallarla? Y cuando la halla, asocia a su gozo sus amigas y vecinas. Igualmente hay gozo entre los ángeles por un pecador que se arrepiente (8-10).

XV. Y estaban acercándose a él todos los publicanos y los pecadores para oírle¹. Y murmuraban tanto los fariseos como los escribas diciendo: Este a pecadores recibe, y come con ellos².

28. Comp. sobre esta figura, Mat. 5: 13, nota, y Mar. 9: 50, nota. Jesús hace diversas aplicaciones de esta figura tan verdadera de la sal, cuya acción penetrante impide la corrupción y comunica a los alimentos un sabor vivificante. Aquí, la sal indica el papel que el discípulo desempeña en el mundo. Se puede, pues, con Meyer, parafrasear este versículo como sigue: "Es buena cosa ser mi discípulo y, como tal, servir a conservar la vida espiritual entre los hombres, lo mismo que la sal conserva la pureza y el sabor en las cosas materiales. Pero si aun mi discípulo, bajo la influencia de intereses terrenales, perdiera esa potencia vivificadora, ¿con qué le será devuelta? No sirve ya para nada, y será echado fuera, fuera del reino de Dios." Hay un profundo desprecio en estos términos: ni para la tierra, ni para el muladar! Se puede traducir también: ni como tierra ni como estiércol. La sal no puede tornarse en terreno para siembra (Sal. 107: 34), ni puede servir de abono.

29. Esta frase, que aparece tan a menudo en los discursos de Jesús, debe atraer la atención hacia la última comparación, lo mismo que a las enseñanzas que preceden.

1. *Los publicanos*, odiados a causa de su profesión, y despreciados a causa de las injusticias que ellos cometían a menudo al ejercerla (Mat. 5: 46, nota), *los pecadores*, hombres conocidos como viciosos y más o menos de mala reputación, se acercaban a Jesús, a fin de oír mejor las palabras de misericordia y de amor que salían de su boca. Quizás alguna de sus enseñanzas había despertado su conciencia. Sentían dolorosamente el peso y la amargura del pecado, y rechazados de todos, eran atraídos hacia ese Enviado de Dios, que siempre había testificado a sus semejantes su tierna compasión.—Los v. 1 y 2 describen una situación que se reproducía cada vez que Jesús se detenía en alguna parte para anunciar el evangelio. Así se explica la palabra *todos* los publicanos, que designa a todos los que se hallaban allí en ese momento.

2. Véase, sobre los fariseos, Mat. 3: 7, nota y, sobre los escribas, Mat. 23: 2, nota. El verbo griego que traducimos por *murmuraban* está compuesto de una partícula que indica que proferían esas murmuraciones entre sí. La causa de su descontento, que tomaba aire de indignación, es expresada aquí: Jesús no solamente

- 3, 4 Mas él les dijo esta parábola, diciendo ³: ¿Qué hombre de entre vosotros, teniendo cien ovejas y perdiendo una sola de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a la perdida, hasta 5 que la halla? ⁴ Y hallándola, la pone sobre sus hombros gozoso; 6 y llegando a su casa, convoca a sus amigos y a sus vecinos, diciéndoles: Gozaos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida ⁵. 7 Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de arrepentimiento ⁶.

recibía, acogía con bondad a publicanos y pecadores, sino que condescendía a *comer con ellos*, lo que era en Oriente una señal de familiaridad y de confianza. Los orgullosos fariseos no podían ni comprender ni perdonar esta conducta del Salvador. Fingían ver en ella un desprecio de la moralidad y de la justicia, de que se creían únicos poseedores. Sus murmuraciones eran, pues, a la vez una censura a Jesús y la expresión de su desdén por los publicanos y los pecadores.

3. Jesús responde por tres admirables parábolas: *una oveja perdida, una dracma perdida, un hijo perdido*, indicando desde luego que precisamente lo que está perdido es lo que él busca con compasión y amor. Luego, el gozo que experimenta al hallarlo y salvarlo debía cubrir de confusión a los fariseos, que eran animados de sentimientos tan distintos.

4. Jesús apela a los propios sentimientos de sus oyentes: *¿Qué hombre de entre vosotros?* Luego recurre a esta figura del buen pastor (Juan 10), bajo la cual en todo tiempo la iglesia se ha representado a su Salvador y Jefe. La oveja es incapaz, desde el momento en que se ha extraviado, de volver al redil o defenderse en presencia del menor peligro, o soportar fatiga alguna. Para que no sea irrevocablemente perdida, es necesario que el pastor la busque, la lleve, le prodigue todos sus cuidados. Perfecta figura del hombre pecador, alejado de Dios. Jesús describe su compasión y su amor bajo los rasgos de ese pastor que *busca* su oveja sin descanso *hasta que la halla*. Esa fué la obra de toda su vida; y él prosigue aún esa obra por sus siervos, por su Espíritu, por todos los medios de

su gracia.—*Una sola oveja sobre noventa y nueve es poca cosa*; “resulta de allí, dice M. Godet, que no es tanto el interés como la piedad lo que impulsa al pastor a obrar como lo hace.” Las *noventa y nueve* que *deja en el desierto*, es decir en los lugares no cultivados, las estepas, donde se hacía pacer las ovejas, representan a los israelitas que quedan exteriormente fieles al pacto divino y que sentían mucho menos que los publicanos y los pecadores la necesidad de un Salvador. (v. 7.)

5. Imposible expresar de un modo más conmovedor los cuidados del pastor por su oveja y su gozo por haberla hallado. (Comp. Ezeq. 34: 12-16.)—En el versículo siguiente, Jesús nos dice lo que hay que entender por los *amigos* y los *vecinos*.

6. ¿Quién siente ese gozo en el cielo? Dios, el Salvador, los ángeles de Dios (v. 10), que toman parte en la salvación de un alma perdida. ¿Qué amor se revela en este punto de la parábola!—Pero ¿existen sobre la tierra *justos que no tengan necesidad de arrepentimiento?* (Véase sobre esta última palabra, Mat. 3: 2, nota.) ¿Lo enseñaría Jesús aquí? De ningún modo. Habla desde el punto de vista de ese legalismo de que se prevalían sus oyentes fariseos. Emplea los términos de *pecadores, justos, arrepentimiento*, en el sentido exterior en que ellos lo entendían; ellos, que se imaginaban que bastaba formar parte del pueblo de la alianza y observar las ordenanzas levíticas para estar seguro de la salvación. Jesús quiere hacerles comprender que Dios prefiere los sentimientos de humillación y de amor, que experimenta el pecador arrepentido, a la justicia propia de los que

- 8 ¿O qué mujer, teniendo diez dracmas, si perdiera una sola dracma no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la halla? Y hallándola, convoca a sus amigas y vecinas, diciendo: Gozaos conmigo, porque he hallado la 10 dracma que había perdido ⁷. Así, os digo, hay gozo en presencia de los ángeles de Dios por un solo pecador que se arrepiente ⁸.

B. 11-32. PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO.—1.º *El hijo menor*.—a) *La partida*. Un hombre tenía dos hijos. El más joven pide su parte de herencia y se va a un país lejano, donde derrocha, viviendo en el libertinaje, todo lo que tiene (11-13).—b) *La miseria*. Sobreviene hambre; carece de todo. Se allega a un extranjero, quien le emplea en guardar cerdos y no le da ni aun de las bellotas de que éstos se alimentaban. (14-16).—c) *Lamentos y resolución*. Vuelve en sí; compara su posición con la de los jornaleros de su padre, y decide ir hacia su padre y confesarle su culpabilidad e indignidad (17-19).—d) *El regreso*. Se levanta y vuelve a su padre. Este le ve venir e lejos, corre a su encuentro, se arroja sobre su cuello y le besa. El hijo confiesa

jamás se han apartado del camino recto. Este pensamiento resalta con más claridad de la parábola del hijo pródigo y de la actitud tomada por el hijo mayor. (v. 25.) Jesús no dice, sin embargo, que la justicia de los israelitas fieles a la ley, no es nada a los ojos de Dios y no despierta en el cielo ni gozo ni amor. Pero ¿cómo no habría habido *más gozo* por esos pobres publicanos que venían a echarse en los brazos del Salvador y a recibir en su corazón, ya renovado por el arrepentimiento, las palabras de misericordia y de perdón que él les dirigía? Desde ese momento, le pertenecían por completo y le hacían el sacrificio de su vida, por un reconocimiento y un amor que son el alma de toda verdadera piedad.—Mateo (18: 12-14, véase las notas) nos ha conservado también esta parábola, pero dándole un lugar y un significado diferentes de los que tiene en Lucas. Sirve para describir el amor y los cuidados del Salvador hacia “uno de estos pequeños” a quienes prohíbe despreciar y a los que representa luego bajo la figura de esa oveja perdida que él va a buscar y a salvar. Esta aplicación de la parábola no carece de verdad; pero hay que reconocer que en Lucas tiene su verdadero lugar y su sentido más profundo. Por lo demás es probable que esta figura apareciera más de una vez en las enseñanzas del Salvador.

7. *La dracma* era una moneda griega, que valía, como el denario romano, un poco menos de un franco, salario diario de un obrero (Mat. 20: 2.) La repetición de la palabra (*diez dracmas, una sola dracma*) omitida por nuestras versiones, y más aun la descripción de los cuidados minuciosos que toma esa pobre mujer para hallar su dracma perdida, son destinadas a mostrar cuán preciosa le era. Penosamente ganada, esa pieza de plata era necesaria a su subsistencia. Así, esta parábola, muy semejante a la precedente, nos revela el amor de Dios bajo un aspecto diferente. Allí, es su compasión hacia un ser desdichado y en peligro de perecer; aquí, es el valor que conserva a sus ojos, aunque perdido, un hombre creado a su imagen, destinado a pertenecerle para siempre. Dios hará todo antes que consentir en perderle. Es ciertamente uno de los caracteres del amor descrito bajo la figura del gozo de esa mujer.

8. Estos términos: *delante de los ángeles de Dios*, corresponden a *en el cielo* (v. 7) y expresan más claramente quién experimenta ese gozo. Pueden indicar el gozo que los ángeles mismos sienten por la salvación de un alma, o el gozo de Dios, que se manifiesta *delante de ellos, en su presencia*. El primer sentido está probablemente en el pensamiento de Jesús.

su pecado (20, 21).—e) *La rehabilitación.* El padre ordena a sus siervos que traigan lo que hace falta para vestir a su hijo, y preparen un festín en honor de ese hijo que ha recobrado. Empiezan a regocijarse. (22-24).—2.º *El hijo mayor.*—a) *Su conversación con el criado.* Volviendo de los campos oye el ruido de la fiesta y pide explicaciones a un criado. Éste le anuncia el regreso de su hermano y el festín ordenado por su padre. Se encoleriza y rehúsa entrar (25-28ª).—b) *Su conversación con el padre.* El padre sale y le ruega que entre. Él recuerda los largos servicios que ha prestado a su padre, y se queja de no haber recibido jamás de él la menor recompensa, mientras que al regreso de su hermano libertino el padre mata el becerro grueso. El padre le responde que su recompensa era el morar con él y disponer a su gusto de todos los bienes paternos; que era necesario hacer una fiesta y entregarse a la alegría, puesto que su hermano, que estaba muerto, ha vuelto a la vida (28b-32).

11, 12 Y dijo 9: Cierta hombre tenía dos hijos 10; y dijo el menor de ellos a su padre: Padre, dame la parte que me toca de la hacienda 11. Y no muchos días después, allegando todo el hijo

9. Las dos parábolas que preceden bastaban, parece, para confundir las murmuraciones de los fariseos (v. 2), tanto más cuanto que Jesús mismo había indicado claramente su significación. (v. 7 y 10.) Pero había tomado a pecho el pintar, en su profundidad, complicación y trágicas alternativas, esas relaciones del hombre con Dios que constituyen toda la religión. Lo hace en un cuadro impresionante tomado de la vida diaria. Muestra cómo se pierde el hombre por el pecado, cómo se halla por el arrepentimiento, y cuál es la misericordia infinita de Dios que le recibe y le salva. Pone por último el hombre del legalismo en oposición sorprendente con el pecador arrepentido. "De ahí esta tercera parábola, igualmente perfecta por la finura de la observación psicológica, por la verdad pintoresca de la exposición de los diversos estados del alma y sus impresiones, y por una concepción profunda y patética del amor divino; es la perla entre las enseñanzas de Jesús y, entre las parábolas, la más hermosa y la más conmovedora." Meyer. Jesús pinta así al vivo las dos porciones de su auditorio: los publicanos y los pecadores arrepentidos que a él van, y los fariseos que de ello murmuran (v. 1 y 2.)

10. Estos dos hijos, la descripción de su vida y de su carácter. son el tema de las dos partes de la parábola.—Muchos padres de la iglesia han

querido ver en el mayor el pueblo judío y en el más joven los paganos. Los teólogos de la escuela de Tubinga se han apresurado a recoger esa interpretación para apoyar sus ideas sobre la época tardía de la redacción de los evangelios y sobre las tendencias que atribuyen especialmente al de Lucas. Eso es desconocer absolutamente la situación. Jesús no tenía otro objeto que responder a las diversas necesidades de su auditorio.

11. *El menor* está en la edad de las pasiones, particularmente expuesta a las seducciones del mundo. *La parte de la hacienda* que debía un día tocarle en herencia era, según el derecho mosaico (Deut. 21: 17), la mitad de lo que correspondía al hijo mayor, o sea el tercio de la fortuna paterna. Pide a su padre que le entregue, anticipadamente, en dinero, el equivalente de esa tercera parte. El versículo siguiente va a decir cuál era su intención.

12. *Les repartió* su hacienda, es decir que el padre hizo las partes de ambos, entregó al hijo menor la suya y conservó consigo la del mayor. (v. 31.) El padre no tenía obligación alguna de hacer esa partición; habría podido negarse y así obligar a su hijo a permanecer a su lado. No lo hace, pues ese estreñimiento no habría cambiado en nada los sentimientos de ese hijo. Dios igualmente respeta la libertad del hombre y le

menor, se ausentó a una tierra lejana 13, y allí disipó su hacienda 14 viviendo en disolución 14. Y habiendo gastado todo, fué una grande hambre por aquella tierra, y él empezó a sufrir necesidad 15. Y yendo se juntó con uno de los ciudadanos de aquella tierra, 15 quien le envió a sus campos para apacentar puercos 16. Y deseaba henchir su vientre de las algarrobas que comían los puercos, 16 mas nadie le daba 17. Y entrando en sí dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí perezco de hambre! 18 Me levantaré, e iré a mi padre 19, y le diré: Padre,

deja toda la responsabilidad, pues sabe que la confianza y el amor deben ser libres. Por las experiencias de la vida, tan bien descriptas en esta historia, es hombre llevado de nuevo a Dios. Ningún otro medio basta para ello.

13. Tal era el objeto del joven al pedir su parte de hacienda. La falta de amor hacia su padre, la pasión de la independencia, le hacen intolerable la disciplina de la casa paterna y le quitan todo sentimiento de la felicidad que allí habría podido gozar. Impaciente de poseer su libertad (*pocos días después*), parte sin pensar en la pena que va a causar a su padre. El *país lejano* adonde se traslada es la figura del estado del hombre sin Dios. El alejamiento de Dios es la esencia misma del pecado. Todo lo que va a seguir no es más que la inevitable consecuencia de la partida del hijo pródigo.

14. Su historia, en el sentido literal, es la de una multitud de jóvenes que, *viviendo en disolución*. Llegan prestamente a *disipar* su fortuna. En el sentido figurado es la del hombre sin Dios, que se ve prestamente privado por amargas decepciones, por el disgusto, por el remordimiento, de esa dicha imaginaria que pedía a los placeres más o menos groseros del mundo.—La palabra griega que traducimos por *vivir en disolución*, es un adverbio que significa lo opuesto de *saludablemente*; bien: lo opuesto de la salvación es la ruina. El substantivo formado de la misma raíz, se encuentra en Ef. 5: 18: Tito 1: 6: 1 Pedro 4: 4.

15. Gr. y él mismo (independientemente del hambre) *empezó a faltar* (de todo.) Esta palabra: *empezó*.

señala un momento terrible en la experiencia del joven insensato. Ve que no tiene ya ningún recurso, y a su derredor reina una *grande hambre* que le quita toda esperanza. No hay estado más terrible que el de un alma sin Dios, vacía de toda paz y de toda esperanza, llena de agitación y de amargura, y a la que el mundo, cuyos placeres ha agotado, no tiene ya nada que ofrecer. No tener nada en sí, nada en el cielo, nada sobre la tierra, es la desesperación. ¿Reconocerá el joven de la parábola ahora su locura? ¿Pensará en volver a su padre? No, aún no. Es necesario que descienda aún más abajo en el abismo adonde le ha conducido su pecado, y que saboree todas sus amarguras.

16. A ese joven rico y libre en la casa paterna, helo ahí en la indigencia y la esclavitud; a ese hijo de una familia honorable, helo ahí *apacentando puercos*, lo que, además de la abyección del oficio, era un objeto de horror para un judío. El verbo del original: *se pegó* (traducción literal), que nuestras versiones debilitan traducéndolo por: *se puso al servicio de*, hace notar además lo que había de abyecto en esa dependencia respecto de un amo pagano. Hay, en el mundo moral, consecuencias del pecado aun más degradantes.

17. *Henchirse el vientre* es la lección del texto recibido con A y la mayor parte de las *mayúsc.* Sin., B, D leen *hartarse*, lo que parece una corrección. Cuando, después de apacentar los puercos todo el día, los llevaba a la tarde a la casa, se los alimentaba en seguida con *algarrobas* (especie de habas groseras, que sirven para la alimentación de los animales); pero a él *nadie le daba*.

19 pecado he contra el cielo y en presencia de ti²⁰; no soy ya digno de ser llamado tu hijo; hazme como uno de tus jornaleros²¹.
 20 Y levantándose, fué a su padre²². Y estando él aun lejos, vióle su padre y tuvo lástima, y corriendo cayó sobre su cuello, y le besó con afecto²³. Mas el hijo le dijo: Padre, pecado he contra el cielo y en presencia de ti; no soy ya digno de ser llamado tu

El desprecio que se le muestra así olvidándole, el hambre que le devora y que nada calma, tal es el último grado de una humillación, de un sufrimiento al que nada se podría agregar.

18. *Volviendo pues en sí*, tal es el primer paso hacia la restauración. Hasta entonces había vivido fuera de sí, arrastrado por el torbellino de las pasiones del mundo exterior. Ahora vuelve en sí: ve todo el horror de su situación y descubre en su corazón un abismo de males, sobre los cuales había cerrado voluntariamente los ojos. Desde ese momento, un pensamiento que había tenido alejado viene a conmover su corazón profundamente desgraciado: *su padre*, la casa de su padre. Allí, él lo recuerda, aun los jornaleros, obreros que son tomados por un tiempo solamente y que el amo no tiene interés en cuidar de un modo especial, *tienen pan* (gr. panes) *en abundancia*; y él *mueve de hambre*, (gr. verdadero texto: *mas yo perezo aquí de hambre*). Sería superfluo mostrar la profunda verdad de todos estos detalles en la experiencia moral del alma.

19. Del sentimiento de su miseria nace en el corazón del hijo arrepentido una firme resolución; es el segundo paso en su restauración.—A pesar de la turbación de su conciencia y el sentimiento que tiene de su indignidad, llama aún *su padre* a ese padre a quien tanto ha ofendido. Jesús nos da en ese delicado detalle toda una revelación de la misericordia de Dios, cuyo sentimiento persiste en el corazón del pecador arrepentido, y sin el cual no le quedaría sino la desesperación.

20. Esto pertenece aún a su resolución. No irá, delante de su padre, a invocar como excusas su juventud, sus pasiones, o las atracciones del mundo; no: *he pecado*, he ahí las palabras que quebrantan en el hom-

bre todas las resistencias del orgullo, y que no llega a pronunciar sino después de una lucha terrible contra ese orgullo. Los dos términos *contra el cielo y contra ti*, sólo tienen sentido distinto en la parábola. Se confunden en la aplicación.

21. *Hazme, tratame como uno de tus jornaleros*. Conducir al pecador a sentir que ha perdido todos sus derechos a ser hijo de Dios, tal es el efecto del verdadero arrepentimiento. Pero el amor, que renace en su corazón con el arrepentimiento, le inspira al mismo tiempo el deseo de volver a entrar en gracia delante de Dios, de ser admitido en su familia, aunque fuera en el último lugar.

22. Y *habiéndose levantado*; la resolución tomada es ejecutada en el acto. Cuando se dice que "el infierno está adoquinado de buenas resoluciones", sólo es cierto de las que han sido tomadas sin un sentimiento profundo del pecado.

23. ¡Qué cuadro emocionante! ¡Qué revelación del amor de Dios! Cada palabra lleva la enseñanza conmovedora y profunda de ese amor. *Estando él aún lejos*, mucho antes de que hubiera podido llegar a esa casa paterna a la que sólo temblando se acercaba, *su padre le vió*. Evidentemente el padre le esperaba, su ternura estaba en acecho para sorprender el regreso de su hijo. Recordando las dos parábolas precedentes, se puede también decir que es Dios quien siempre previene al pecador; le busca, se inspira el primer movimiento de arrepentimiento, de fe, de amor, sin el cual ese pecador no volvería jamás a él. Luego el padre *corre al encuentro* de su hijo, le facilita ese encuentro aún temido; por último, le aprieta contra su corazón, *movido a lástima* (gr. movido en sus entrañas), y le da, sin palabras, ese beso de reconciliación que borra para

22 hijo²⁴. Mas el padre dijo a sus siervos: Sacad pronto un vestido, el principal, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y zapatos²⁵ en sus pies²⁵; y traed el becerro engordado, matadlo y comamos²⁴ y regocijémonos²⁶; porque este mi hijo muerto estaba, y ha vuelto a vivir; estaba perdido, y ha sido hallado²⁷. Y empezaron a regocijarse.
 25 Mas su hijo mayor estaba en el campo²⁸. Y como viniendo

siempre todo el pasado y hace penetrar en el corazón del hijo la certidumbre del amor inalterado de su padre. (El verbo griego está compuesto con una preposición que recalca la idea. M. Stapfer traduce: *le besó largamente*).—Todo este cuadro es infinitamente más hermoso, más completo, más emocionante, que si el padre hubiera expresado por palabras el perdón que acordaba a su hijo.

24. Véase v.^o 18, 19, nota. Las últimas palabras de la respuesta proyectada: *hazme como uno de tus jornaleros*, faltan. Se ha explicado su ausencia suponiendo que el padre interrumpe a su hijo. Es quizá más natural pensar que es el hijo mismo quien, en presencia de la acogida del padre, se siente incapaz de ir hasta el fin. La tierna compasión con que el padre le trata, le muestra que está perdonado, y no le permite agregar: *hazme como uno de tus jornaleros*. Temor, amargos remordimientos, angustia de la conciencia, todo desaparece de su corazón ahora colmado de paz y de amor. Muchos manuscritos (Sin., B, D, etc.) contienen esa demanda copiada del v. 19.

25. Honradle como hijo e hijo amado de un padre rico y poderoso. Un anillo en el dedo y zapatos o sandalias en los pies eran la señal del hombre libre; los esclavos iban descalzos. La rehabilitación del hijo es completa; recibe el perdón de sus faltas gratuitamente y en el acto, sin condiciones ni demoras; es reintegrado a la casa y al amor de su padre como si nada hubiera pasado.—Tal es el sentido general de estos detalles de la parábola. Una sana exégesis no debe perderse en alegorías imitadas de los padres de la iglesia y según las cuales el vestido significaría la justicia de Cristo (Isa. 61: 10), el anillo, el sello del Espí-

ritu Santo, los zapatos, la facilidad de andar en una nueva vida. (Ef. 6: 15.) ¿No han visto los mismos intérpretes al diablo en el dueño de los cerdos, en los mismos cerdos demonios (v. 15, 16), y en la inmolación del becerro grueso el sacrificio de Cristo?

26. Nuestra parábola pinta bajo la figura de un banquete de familia ese gozo que las dos similitudes precedentes sólo habían indicado. (v. 7 y 10.) Ese gozo sucede también, en el alma del pecador salvado, a los profundos dolores del arrepentimiento.

27. *Muerto y perdido*, tal es el estado moral de todo hombre que no vive en Dios. (Comp. Mat. 8: 22; Ef. 2: 1; 5: 14.) Dios solo, en efecto, es la fuente de la vida y el destino supremo de todo ser inteligente. Volver a Dios, es pues *volver a la vida* y hallar su destino eterno.—Jesús describe en esta parábola el pecado y sus amargas consecuencias, el arrepentimiento y la dicha inefable de la reconciliación con Dios; pero no se presenta como el mediador de esta reconciliación. En otras declaraciones indica claramente la obra de la redención, única que permitirá al hombre entrar nuevamente en gracia delante de Dios y recibir el espíritu de adopción (Mat. 20: 28; 26: 28, y con frecuencia en el evangelio de Juan). Cuando esa obra haya sido realizada, podrá ser expuesta con desarrollos proporcionados a su importancia. Sería, pues, un grave error oponer las enseñanzas de Jesucristo a las de los apóstoles y, en particular, fundarse en nuestra parábola para negar la necesidad de la redención. Todo el cristianismo no podría ser contenido en una parábola.

28. Mas, esta partícula señala el contraste entre lo que precede y lo que va a seguir. Ese hijo mayor es-

26 se acercó a la casa, oyó música y danzas²⁹. Y llamando a sí uno
27 de los siervos, preguntaba qué sería eso. Y él le dijo: Tu hermano
ha venido, y tu padre ha matado el becerro engordado porque le
28 ha recobrado sano³⁰. Mas se airó, y no quería entrar. Y su padre,
29 saliendo, le exhortaba³¹. Mas él, respondiendo, dijo a su padre:
He aquí, por tantos años te sirvo, y nunca un mandamiento tuyo
he transgredido, y a mí nunca me diste un cabrito para regoci-
30 jarme con mis amigos³². Mas cuando el hijo tuyo éste, que ha
devorado tu hacienda con ramerarías, vino, has matado para él el
31 becerro engordado³³. Mas él le dijo: Hijo, tú siempre estás con-
32 migo, y todo lo mío es tuyo³⁴. Mas era necesario regocijarse y

taba, pues, ocupado en el servicio de su padre (*en el campo*) empleado en una obra buena en sí. Y sin embargo, los sentimientos de su corazón que va a revelarnos, nada tienen de filial. Jesús, después de haber delineado el cuadro del pecador arrepentido y reconciliado con Dios, nos presenta ahora la figura de los fariseos descontentos. (v. 2, comp. con v. 28-30.)

29. En todos los grandes banquetes, trozos de *música y danzas* eran ejecutados, generalmente por personas contratadas para el caso.

30. Ese *criado*, un simple esclavo sin duda, no menciona más que el *becerro grueso matado*, porque era esa, a sus ojos, la principal señal de un alegre banquete. Igualmente, nada sabe decir del que es el objeto de esta fiesta, salvo que *ha venido*, y esto *en buena salud*, término que es necesario entender literalmente, y no en un sentido moral. Ese esclavo habla según sus alcances; lo más profundo de la situación se le escapa ¡Admirable exactitud de cada detalle de la parábola!

31. *Le exhortaba* a entrar y mostrar mejores sentimientos para con su padre y su hermano. Es lo que Jesús hacía constantemente respecto de los fariseos.

32. Este lenguaje de la justicia propia es tomado de la realidad. Para el hijo mayor, estar en la casa de su padre no es una dicha, sino un *servicio* (la palabra griega significa la obra de un esclavo), servicio cuyos años cuenta. Se gloria de no haber violado jamás los *mandamientos* de su padre. Es posible, pero, para un padre, ¿cuál es el valor de una

obediencia sin amor? Por último, como si no hubiera gozado de toda la casa paterna, reprocha a su padre el no haberle dado jamás recompensa, ni aun un *cabrito*, poca cosa comparado con el becerro grueso. (*É* aun dice un *pequeño cabrito*.) La recompensa del hijo de Dios es la felicidad de la comunión de su padre. (Gén. 15: 1.) La justicia propia ignora esta verdad.

33. Sin amor hacia su padre, el hijo mayor no siente hacia su hermano más que odio y desprecio: *Éste, tu hijo* (se cuida mucho de llamarle *mi hermano*), que ha *devorado tu hacienda* (término intencionalmente escogido) con *mujeres de mala vida*. Este último rasgo "es una pincelada añadida al cuadro del v. 13 por la mano caritativa de este hermano." *Godet*.—Si la primera parte de esta parábola debía ser un conmovedor estímulo para los publicanos y los pecadores arrepentidos que escuchaban al Salvador, ¿de qué confusión no habrían debido llenar a los fariseos estas palabras del hijo mayor, cuyas murmuraciones interpretan fielmente? (v. 1 y 2.)

34. Estas palabras llenas de amor (*hijo*) han inspirado a algunos intérpretes el pensamiento de que hay que considerar al hijo mayor, a pesar de sus defectos, como un verdadero hijo de Dios. Pero son destinadas solamente a pintar la situación del hijo mayor respecto de su padre tal cual es dada en la parábola. *Estaba siempre con su padre* y habría sentido la dicha de ello, si hubiera sabido amarle. La herencia de los bienes de su padre era segura. Tal era la posición de todo el pueblo de

gozarse, porque éste tu hermano muerto estaba, y ha vivido; y perdido, y ha sido hallado³⁵.

3. Dos parábolas sobre el uso de los bienes de este mundo.

A. 1-13. LA PARÁBOLA DEL MAYORDOMO INFIEL.—1.º *La parábola*.—a) *La falta del mayordomo. Su destitución*. Un hombre rico tiene un mayordomo cuyas malversaciones le son denunciadas. Le ordena rendir cuenta y lo quita de su puesto (1, 2).—b) *Su pronta resolución*. El mayordomo examina los diversos rumbos que puede tomar, y reconoce que el mejor es asegurarse amigos que le reciban en sus casas. Hace venir los deudores de su amo y les dice que escriban nuevas obligaciones, en las cuales son reducidas sus deudas en proporciones diversas (3-7).—c) *La alabanza del amo*. El amo alaba la habilidad de su mayordomo. Jesús propone ésta como ejemplo a sus discípulos, y les hace observar que ellos son, en cuanto a la prudencia, inferiores a los hijos de este siglo (8).—d) *Consejo dado a los discípulos*. Que empleen las riquezas injustas para hacerse amigos que los reciban en los tabernáculos eternos (9).—2.º *Reflexiones derivadas de la parábola*. La fidelidad en las cosas pequeñas es las arras de la fidelidad en las grandes. Sean fieles en las riquezas injustas, en lo ajeno, y recibirán las riquezas verdaderas, que les pertenecerán. Imposibilidad de servir a dos amos (10-13).

XVI Y decía también a sus discípulos¹: Había cierto hombre rico que tenía un mayordomo, y éste fué difamado como disipan-

la alianza. Estaba junto a Dios, quien le buscaba aun entonces de un modo especial por la presencia del Salvador, y todas las riquezas de su misericordia le eran ofrecidas (Rom. 3: 1; 9: 1-5.) Pero ese pueblo, semejante al hijo mayor, imbuido de una farisaica justicia propia, no sabía disfrutar de esos inmensos privilegios, porque cerraba su corazón al amor de Dios y despreciaba a los pobres pecadores arrepentidos que iban a Jesús.

35. *Gr. era necesario estar en la alegría* (que se manifiesta por este festín) y *regocijarse*; era necesario, pues este gozo no es más que la efusión de mi amor. (v. 7 y 10.) Y el objeto de este gozo es *tu hermano*, que *estaba perdido* y que es salvado, (v. 24, nota.) ¡Qué contraste entre estas palabras y los sentimientos del hijo mayor! Bien: esos sentimientos eran los de los fariseos que escuchaban al Salvador.—"Aquí se detiene la parábola. Jesús no cuenta la resolución que ha tomado el hijo mayor. ¿Por qué? Porque correspondía a los fariseos mismos ver lo que querían hacer, si entrarían, al llamado de Dios, o si quedarían fuera. A ellos toca acabar la parábola." *Godet*.

1. *Sus discípulos*; este término no designa a los apóstoles solos, ni exclusivamente los adherentes de que Jesús era seguido en este viaje a Jerusalén, sino a los diversos oyentes que oyeron las parábolas del capítulo precedente. Es lo que prueba ya este giro tan familiar a Marcos y a Lucas: Y *decía también*, que indica siempre una idea nueva, una nueva enseñanza, que viene a agregarse, en el mismo discurso, a lo que ha precedido. Jesús, pues, está aún rodeado de sus discípulos ordinarios, de los fariseos cuyas murmuraciones ha confundido (v. 14; comp. 15: 2), y de los publicanos que se acercaban a él para oírle. (15: 1.) A todo este auditorio dirige Jesús dos parábolas sobre el empleo de los bienes de la tierra. Esta enseñanza era necesaria, ya a los fariseos que al orgullo añadían la avaricia (v. 14); ya a los publicanos, muchos de los cuales poseían riquezas adquiridas de una manera más o menos injusta; él presentaba a todos el espíritu de la vida nueva, que resulta de la reconciliación con Dios, en su oposición con una de las principales tendencias del fariseísmo (v. 14): el amor al dinero. Los v. 14-18, que se

2 do sus bienes ². Y llamándole le dijo: ¿Por qué oigo esto sobre ti? Da cuenta de tu mayordomía, pues no puedes más administrar ³. Mas dijo en sí mismo el mayordomo: ¿Qué haré, puesto que mi amo quita de mí la mayordomía? Cavar, no puedo; mendigar, ⁴ tengo vergüenza. Yo sé qué haré para que, cuando fuere removido ⁵ de la mayordomía, me reciban en sus casas ⁴. Y llamando a sí a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto ⁶ debes a mi amo? ⁵ Y él dijo: Cien medidas de aceite. Mas él le

hallan entre ambas parábolas, no son más que una especie de introducción a la segunda (v. 19 y sig.)—La parábola del mayordomo infiel que va a ocuparnos desde luego, es, sin contradicción, la más difícil que haya pronunciado Jesús. La aplicación que de ella hace el Salvador (v. 9-13) presenta también pensamientos cuyo sentido no es evidente. Por eso, si se exceptúa el Apocalipsis, hay las cuales hayan emitido los comentaristas interpretaciones más diversas. Nos limitaremos a indicar las que pueden tener algún valor, y exponer lo que nos parece ser el pensamiento de la parábola.

2. En el sentido literal, el relato que empieza por estas palabras es simple y claro. (Véase el análisis.) Pero no es así, en cuanto se busca su significación religiosa y moral. Así, ante todo, ¿qué representa ese *hombre rico*? Según tal intérprete, no está allí más que como personaje de la parábola y no tiene equivalente en la vida real (de Wette, Ebrard, Weiss); según tal otro, sería el emperador o los romanos, por cuya cuenta administraban los publicanos los impuestos (Schleiermacher). Olshausen ve en ese personaje al diablo; Meyer hace de él Mammón mismo, cuyo servicio debe dejar el mayordomo para entregarse al servicio de Dios. (v. 13.) Estos ejemplos bastan. ¿A qué altura se eleva uno inmediatamente, qué sentimiento de responsabilidad nace en el acto en el corazón, y qué luz se esparce sobre toda la parábola, si se ve, en este gran propietario, a Dios mismo, la fuente y el dispensador de todos los bienes, aquel a quien todo hombre debe dar cuenta!—No hay entonces necesidad de preguntarse quién es el *mayordomo* (administrador, inten-

dente.) Es cada uno de nosotros, que debe considerarse delante de Dios, no como poseedor, sino como administrador de todos los bienes que le son confiados. Jesús no dice de qué manera el mayordomo de la parábola *disipaba los bienes* de su amo; eso importa poco; pero lo que no tiene duda es que todo hombre que se apodera de los bienes que le son prestados, los hace servir a su egoísmo, a su orgullo, a sus placeres, olvidándose de Aquel que es el verdadero propietario, disipa lo que le ha sido confiado para un fin enteramente diferente.

3. No se dice por quién fué el mayordomo acusado de infidelidad. Su amo sabe todo, le hace venir, le pide (gr.) *la cuenta de su administración*, y le anuncia su destitución. Como, para producir esta cuenta, necesita el mayordomo cierto tiempo, va a aprovecharse de él sin perder un instante, para salir de apuros.

4. Este monólogo es admirable en precisión y en fineza. El mayordomo no se deja turbar, reflexiona, se habla a sí mismo, pesa y rechaza los medios que no quiere; luego, de repente, exclama: *Yo sé* (gr. *he conocido*). Su pensamiento ha recaído sobre ciertas personas que designa solamente por *ellos*, que podrán serle útiles, y que la continuación del relato va a poner en escena. Lo que le da tanta destreza y energía, es el haber tomado en serio la destitución anunciada: *cundo fuere depuesto, me recibirán en sus casas*.

5. Gr. "Hizo venir a uno cada uno de los deudores de su *propio amo*." Estos términos significan por una parte que los hizo venir todos uno después de otro, aun cuando la parábola sólo mencione luego *dos* como ejemplos de su modo de proce-

dijo: Toma tu obligación, siéntate y escribe pronto cincuenta ⁶. Dijo después a otro: Y tú, ¿cuánto debes? Y él dijo: Cien coros ⁷ de trigo: Dícele: Toma tu obligación y escribe ochenta ⁷. Y alabó el amo al mayordomo injusto porque había obrado prudentemente ⁸, porque los hijos de esta edad son más prudentes que ⁹ los hijos de la luz para con su generación ⁹. Yo también os digo: Haced para vosotros amigos con las riquezas injustas ¹⁰, para que

der con ellos. Por otra parte, las palabras: *su propio amo*, hacen sentir cómo este administrador, después de haber defraudado ya a su propietario, supo aún salir de apuros a costa de él.

6. Se trata del *bath* hebreo, igual al metreta ático, y que contenía cerca de 40 litros. La quita de *cincuenta baths* (2000 litros) era, pues, considerable.—Ese *aceite* había sido comprado en diversas ocasiones por el deudor, que comerciaba con él, y que dejaba una *obligación* en manos del mayordomo. Este entrega su obligación al deudor invitándole a cambiar la cifra o más bien a hacer una nueva obligación. Todo eso se hace pronto (gr. *inmediatamente*).

7. *Cien coros de trigo*. El *coro*, medida para áridos, equivalía a 10 baths. El mayordomo disminuye de veinte por ciento ese valor, en provecho del deudor. La diferencia que hace entre éste y el primero, muestra que tenía en cuenta las circunstancias de fortuna en que podían hallarse esos hombres, que él conocía perfectamente. En todo se muestra la misma habilidad. (v. 8.)

8. *El amo de la parábola alaba a su administrador* (gr. *el mayordomo de la injusticia*), con ironía, por su habilidad.

9. Estas últimas palabras son una reflexión de Jesús que nos muestra cómo entiende la alabanza que él pone en boca del amo del mayordomo. Se podría admirar la destreza y la audacia del mayordomo, bien que aborreciendo la injusticia. He ahí por qué puede el Salvador proponer su conducta a la imitación de sus discípulos. Les recomendaba igualmente en otra parte ser "prudentes como serpientes" (Mat. 10: 16), invocaba el ejemplo, por contraste, de un amigo egoísta (11: 8), o de un juez inicuo. (18: 1 y sig.) En todos

estos casos, lo esencial es comprender bien el punto de comparación.—Jesús motiva (*porque*) su exhortación a la prudencia por una consideración que la experiencia de todos los tiempos confirma ¡ay!: que sus discípulos están muy lejos de desplegar para sus intereses eternos la misma *prudencia* que las gentes del mundo en sus asuntos terrenales. Llama por un hebraísmo bien conocido (Mat. 8: 12), *hijos de esta edad*, o de la economía presente, o de este mundo, a los que han nacido en él y se conducen según el espíritu y las máximas que en él reinan (20: 34; Ef. 2: 2); e *hijos de la luz*, a los que han sido iluminados, penetrados, regenerados por la verdad divina. (Juan 12: 36; Ef. 5: 8; 1 Tes. 5: 5.)—Las palabras: *para con su generación*, se refieren a los hijos de este siglo y designan su conducta, no respecto de sus contemporáneos en general, sino respecto de aquellos con quienes están en relación de negocios y son animados de los mismos sentimientos que ellos. Con otros y en una esfera superior, su habilidad no podría servirles. (1 Cor. 2: 14, 15.)

10. Gr. *el mammon de la injusticia*. (Véase, sobre esta palabra, Mat. 6: 24, nota.) Esta es propiamente la aplicación de la parábola entera, cuyo sentido moral ha indicado ya Jesús por la declaración que precede. Es necesario, pues, interpretarla desde este punto de vista: el verdadero empleo de las riquezas. Pero ¿qué son esas *riquezas injustas*? ¿y cuáles los *amigos* que debemos hacerlos por medio de ellas? La razón por la que llama Jesús *injustas* las riquezas de este mundo, ha sido explicada de maneras muy diversas. Es, se ha dicho, porque hay, casi siempre, de cerca o de lejos, alguna injusticia en la manera como han sido adquiridas, o en el uso que de

10 cuando faltaren os reciban en los tabernáculos eternos¹¹. El fiel en lo muy pequeño también en lo grande es fiel; y el injusto en lo

ellas se hace. Otros han querido dar a la palabra *injusto* el sentido de bienes falsos, engañosos. (Comp. "el engaño, o la seducción, de las riquezas", Mat. 13: 22.) Estas interpretaciones son extrañas al contexto. El verdadero sentido de la palabra debe ser pedido a la parábola misma. Bien: el *mammón de la injusticia* corresponde exactamente al *mayordomo de la injusticia*. (v. 8.) ¿Cómo ha sido injusto ese mayordomo? Primeramente, disipando la hacienda de su amo (v. 1); luego disponiendo de ella para su provecho personal. (v. 6, 7.) He ahí precisamente cómo la mayor parte de los hombres hacen injustas las riquezas que Dios les confía. En lugar de considerarse como administradores que le darán cuenta, se constituyen en verdaderos poseedores de ellas, y olvidando su responsabilidad, acumulan esos bienes en su avaricia, los exhiben para fomentar su orgullo, o bien los disipan para satisfacer sus pasiones. ¿Cuál es, entonces, el uso que el Señor les aconseja hacer de esos bienes, que se hacen injustos en sus manos? La parábola da la respuesta. El momento se acerca en que todo hombre será llamado a rendir cuenta de su administración (v. 2); debe pues imitar al mayordomo, que se ha apresurado a aprovecharse de una última prórroga para asegurarse amigos que le reciban en su casa. *Y yo os digo: Hacedos amigos.*—Aquí se plantea nuestra segunda pregunta: ¿Quiénes son estos amigos? Se ha respondido de maneras muy diversas. Uno dice: el amigo supremo que debemos asegurarnos, es Dios mismo, empleando a su servicio los bienes que él nos confía. Otro (Olshausen): es el Señor Jesús, que mira como hecho a él mismo el bien que hacemos al más pequeño de sus hermanos. (Mat. 25: 40.) Un tercero (Meyer) quiere que esos amigos sean los ángeles, que Jesús mismo nos representa como encargados de introducir a los justos en el reino de Dios (v. 22; Mat. 24: 31; Mar. 13: 27), y que se interesan con amor

por los que le sirven. (15: 10; Mat. 18: 10.) Pero la interpretación más generalmente admitida consiste en entender por esos amigos a los hombres: ignorantes a instruir, desdichados a aliviar, pobres a socorrer. Es necesario ganarlos por la beneficencia, por una verdadera caridad cristiana. Su gratitud subsistirá hasta en el siglo venidero. (Véase la nota siguiente.)

11. El texto recibido tiene: *cuan-do faltareis, o cesareis*, es decir cuando murierais. La variante de *Sin., B, A*, supone que es "el *mammón de la injusticia*" lo que *faltará*, desaparecerá a la hora de la muerte. El sentido de ambas lecciones es, pues, en el fondo el mismo, pero la última conviene mejor a la parábola, pues son los bienes que administraba los que de repente faltan al mayordomo. Entonces, en ese día solemne, los amigos que os hubiereis ganado *os recibirán en los tabernáculos eternos*. Esta palabra de *tabernáculo* o *tienda* es una alusión a la vida de los patriarcas que, extranjeros y pasajeros, plantaban sus tiendas por un día. En la economía futura serán *eternas*; serán las "moradas de la casa del Padre" (Juan 14: 2), "el edificio que no ha sido hecho por mano de hombre, sino que es obra de Dios." (2 Cor. 5: 1.)—Como esos *amigos* son pobres y desdichados socorridos, no se debe entender esta palabra *recibir* como si fueran ellos quienes hicieran entrar en el cielo a sus bienhechores: se limitan a acogerlos con reconocimiento y con amor. En algunos casos también esos pobres socorridos pueden tornarse para los que les ayudan en instrumentos de su salvación. Es ese, ciertamente, un dulce y hermoso pensamiento, capaz de aumentar el gozo mismo del cielo.—¿Diríase que este rasgo de la parábola así interpretado parece poco conforme al evangelio, que ese papel atribuido a los pobres podría, por una parte, favorecer la idea de la intercesión de los santos, y por otra, la del mérito de las obras para la salvación? A eso

11 muy pequeño también en lo grande es injusto¹². Si en las riquezas injustas, pues, no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo ver-
12 dadero?¹³ Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo
13 vuestro?¹⁴ Ningún criado puede servir a dos amos, pues o aborre-
cerá al uno y amará al otro, o se atendrá al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mammón¹⁵.

B. 14-18. *Reproches a los fariseos.*—1.º *Burlas de los fariseos y réplica de Jesús.* La enseñanza que Jesús acaba de pronunciar provoca la mofa de los fariseos, amigos del dinero. Jesús declara que la fama de que gozan entre los hombres es abominación a Dios que conoce los corazones (14, 15).—2.º *El valor permanente de la ley.* La ley que ha dominado hasta Juan no es abolida por la publicación de este reino de Dios, que es objeto de la ardiente persecución de muchos. Ella subsistirá tanto como el cielo y la tierra. Las santas exigencias no son disminuidas, sino acrecentadas: los principios de Jesús sobre el divorcio lo prueban (16-18).

se puede responder que una parábola no es un curso de dogmática, que este último rasgo responde incidentalmente al del v. 4, y que, por lo demás, esta moral no está en desacuerdo con la que Jesús enseña en otro lugar. (Mat. 25: 34-46.)

12. Esta sentencia, expresión proverbial de una verdad de experiencia, sirve de introducción al versículo siguiente, donde vemos que las *cosas más pequeñas* son los bienes de la tierra, y que las *grandes* son los bienes espirituales del alma. El que no entrega a Dios los primeros, ni los hace producir para su gloria, no sabría administrar fielmente los últimos. (Comp. Mat. 25: 21.)

13. Gr. fiel en el *mammón injusto*. (v. 9, nota.) Este versículo confirma y explica el precedente. Las *riquezas verdaderas* (gr. *el bien verdadero*) son puestas en oposición con las *riquezas injustas*; son verdaderas, porque es el don de la salvación y de todas las gracias divinas que lo constituye, porque responden así perfectamente a todas las necesidades del alma y son impercederas. (Véase la nota siguiente.)

14. Se ve que en cada una de estas sentencias (v. 10-12), que son aún la aplicación de la parábola, el Señor tiene en vista el mayordomo infiel, cuya posición respecto de su amo es exactamente la nuestra respecto de Dios. Es lo que recuerdan estos términos: *lo ajeno*. Los bienes que nos son confiados, como

los que administraba el mayordomo, no son nuestros, sino de Dios. Si, como él, no somos fieles en el uso que de ellos hacemos, ¿podría Dios darnos lo nuestro? Esta última palabra corresponde a las *riquezas verdaderas* (v. 11), pero con un matiz importante, expresado por el contraste entre lo *ajeno* y lo *nuestro*. Los bienes de la tierra son de Dios, quien los confía a quien él quiere, por un tiempo, y son siempre para nosotros bienes exteriores. La salvación, al contrario, la vida eterna, es *nuestra*, porque es una herencia que ha sido legítimamente adquirida para nosotros (Actos 20: 32; Rom. 8: 17; Mat. 25: 34), y sobre todo porque nos es asimilada de manera que llegue a ser una parte integrante de nuestra naturaleza espiritual e inmortal. Esta sentencia notable nos abre una perspectiva inesperada sobre la dignidad que Jesús atribuye al alma humana, y también sobre el estado de los hijos de Dios en el cielo, donde todo lo que poseerán será enteramente idéntico a su ser y les será apropiado para siempre por un progreso sin fin en el conocimiento y el amor de Dios.

15. Véase, sobre este último versículo, Mat. 6: 24, nota. En Mateo se encuentra en su verdadero lugar. Es probable, sin embargo, que haya repetido Jesús esta sentencia que cierra muy convenientemente la aplicación de la parábola. Es una última reflexión sobre la posición del ma-

14 Y ojan todo esto los fariseos, que eran amantes del dinero,
15 y se burlaban de él¹⁶. Y les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos en presencia de los hombres, mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es elevado entre los
16 hombres abominación es en presencia de Dios¹⁷. La ley y los profetas hasta Juan; desde entonces el reino de Dios es anunciado,
17 do, y cada uno entra en él por violencia. Mas es más fácil pasar
18 el cielo y la tierra que caer un solo tilde de la ley¹⁸. Todo el que repudia su mujer y se casa con otra comete adulterio; y el que se casa con una mujer repudiada por su marido comete adulterio¹⁹.

yordomo, que pretendía poder servir a dos señores, a su amo y a Mammón o al dinero. Bien: Jesús declara que eso es moralmente imposible, y que así, cualquiera que quisiera servir a Mammón, se excluye del servicio de Dios.

16. Los fariseos, porque eran amigos del dinero, estaban bien decididos a no abandonar el servicio de Mammón (v. 13); pero como Jesús acaba de declarar que ese servicio los excluye del de Dios, su orgullo se irrita, y se vengán burlándose de él. (Véase sobre este término, Gál. 6: 7, nota.) La pobreza de Jesús y de sus adherentes era, sin duda, el tema de sus burlas. Este detalle nos muestra qué grado de incredulidad y de frivolidad podía aliarse al carácter grave que fingían esos hombres. La verdadera respuesta a sus sarcasmos impíos será la parábola del mal rico (v. 19 y sig.), una de las más severas que Jesús ha pronunciado; pero quiere antes desmascarar la orgullosa justicia propia de sus adversarios (v. 15), y convencerlos de que vivían en una continua transgresión de la ley. (v. 16-18.) Los versículos que siguen no son más que fragmentos de discurso, que Lucas ha colocado aquí como transición de la primera a la segunda parábola.

17. Ya por justificarse, o parecer justos, delante de los hombres, se burlaban los fariseos de la enseñanza de Jesús sobre el empleo de las riquezas, y toda la vida de ellos tenía esa misma tendencia. (Mat. 23: 28.) Pero a los ojos de Dios que conoce los corazones, y que no veía bajo sus falsos aires de virtud y moralidad

más que vicios cubiertos por la hipocresía, su pretendida elevación era una abominación. No hay que entender esta sentencia en un sentido absoluto ni aplicarla a cualquier elevación. Con sinceridad y humildad, lo que es grande a los ojos de los hombres puede serlo también delante de Dios.

18. ¿En qué se basaba Jesús para pronunciar un juicio tan severo contra los fariseos? En la ley y los profetas, de que ellos pretendían ser celosos observadores y defensores, mientras acusaban a Jesús de rebajarlos anunciando (gr. evangelizando) el reino de Dios. Pero no: la predicación del evangelio, la apertura de una nueva era, y el celo violento con que se precipita cada uno a ese reino (otros traducen, tomando el verbo en pasivo: "cada uno es forzado a entrar," pero comp. Mateo 11: 12, nota) en nada disminuyen las santas exigencias de la ley, de la que no es posible que un solo tilde sea abolido. (Mat. 5: 18, nota.) Esa ley de que os glorificáis será, pues, vuestro juez.

19. Véase, sobre el sentido de esta declaración, Mat. 5: 32; 19: 9; Marcos 10: 11, notas. En cuanto al lugar que Lucas le asigna, la mayor parte de los intérpretes renuncian a hallar una conexión cualquiera entre esta sentencia y lo que precede. Entre los que quieren hallar una, unos piensan que Jesús recuerda la prescripción legal concerniente al divorcio como ejemplo de la validez permanente de la ley, y para mostrar que en la nueva economía la ley será aún más severamente aplicada que en la antigua. Otros (Ol-

C. 19-31. LA PARÁBOLA DEL RICO Y LÁZARO.—1.º *El rico y Lázaro sobre la tierra.*—a) *Su vida.* El rico goza de gran lujo en vestido y alimento. Lázaro yace a la puerta del rico, cubierto de úlceras, deseando las migajas de su mesa; los perros aumentan su dolor (19-21).—b) *Su muerte.* El pobre es llevado al seno de Abrahán. El rico es sepultado (22).—2.º *La escena de ultratumba.*—a) *El tormento y la súplica del rico.* En la mansión de los muertos, en medio de los padecimientos, ve de lejos a Lázaro en el seno de Abrahán. Suplica a Abrahán que envíe a Lázaro a refrescarle la lengua con la punta de su dedo mojado en agua (23, 24).—b) *La respuesta.* Abrahán rehúsa: la desdicha del rico, lo mismo que la felicidad de Lázaro, son la justa compensación de sus respectivas condiciones sobre la tierra; además, un abismo infranqueable los separa (25, 26).—c) *La segunda demanda del rico.* Tenga a bien Abrahán, por lo menos, enviar a Lázaro para dar testimonio a sus cinco hermanos. Abrahán responde que les basta escuchar a Moisés y a los profetas (27-29).—d) *La insistencia del rico.* Afirma que la reaparición de un muerto acarreará su conversión. Abrahán lo pone en duda (30, 31).

19 Y había cierto hombre rico, y se vestía de púrpura y de lino
20 fino, divirtiéndose cada día con esplendidez²⁰. Y cierto pobre,
Lázaro por nombre²¹, había sido echado a su puerta, cubierto
21 de úlceras²² y deseando hartarse de las migajas que caían de

shausen, Hofmann, Weiss) ven en estas palabras una alegoría semejante a la de Rom. 7: 1-3: *el que repudia su mujer*, es el que, autorizándose en el nuevo orden de cosas, rechaza completamente la ley; *el que se casa con una mujer repudiada*, es el que desconociendo la nueva, se une obstinadamente a la antigua economía. Este último desconoce la sentencia del v. 16, y el primero la del v. 17.—La primera explicación es más admisible; pero es evidente que el verdadero lugar de esta declaración está en el discurso del monte.

20. *Un hombre rico*; esta expresión es con bastante frecuencia empleada en un sentido desfavorable en la escritura. La historia de éste va a justificar de un modo impresionante las serias advertencias que acaba Jesús de dar a los fariseos avaros que se burlaban de él (v. 14-18), y a completar la aplicación de la parábola precedente. (v. 9-13).—*La púrpura* de que se vestía suntuosamente ese rico, era el vestido exterior, el manto, mientras que el *lino fino*, tela preciosa que se fabricaba en Egipto, formaba la túnica. Un solo rasgo pinta su manera de vivir: gr., *se divertía cada día espléndidamente*. Vivir en el lujo, entregarse a los go-

ces de los sentidos, permaneciendo con egoísmo indiferente a las necesidades y a los males del pobre (v. 21), tal era la conducta de ese rico. No se pone otro pecado a su cargo, no se dice que llevara una vida inmoral. Su fin es una advertencia tanto más universal y terrible para los egoístas honorables que se hallan por millares en la sociedad de todos los tiempos. (Mat. 25: 41-45.)

21. *Lázaro* es la abreviación de *Eleázaro*, que significa *Dios es socorro*. Si el Salvador da un nombre a este pobre, mientras que no ha nombrado al rico, es sin duda con intención; quería indicar con ello que ese Lázaro buscaba y hallaba su socorro en Dios, y que en el seno de su miseria era un piadoso israelita.—Es la única vez que Jesús da un nombre a un personaje de parábola. Algunos padres de la iglesia y Calvino han inferido de ello que contaba una historia verdadera. No es imposible, pero es poco probable. En todo caso, no habla del hermano de Marta y de María, que poseía una casa (10: 38.)

22. A la indigencia se añadían, en ese desdichado, la enfermedad, el sufrimiento.—*La puerta* del rico designa, según el término original, la puerta de entrada, la portada, que,

la mesa del rico; pero aun los perros venían y lamían sus úlceras²². Y aconteció que murió el pobre y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán²⁴. Y murió también el rico, y fué sepultado²⁵. Y en la mansión de los muertos, levantando sus ojos estando en tormentos, ve a Abrahán de lejos, y a Lázaro en su seno²⁶. Y él, clamando, dijo²⁷: Padre Abrahán, ten misericordia

en las grandes casas, conducía al atrio interior. Se había arrojado allí al pobre; esa expresión descubre la falta de cuidado de gentes que, después de haberle depositado allí, le abandonaban en su miseria.

23. La ambición del pobre era bien modesta; se limitaba a las migajas que caían de la mesa suntuosa del rico. ¿Le eran dadas? El texto no lo dice, pero la frase que sigue hace suponer lo contrario; no solamente no se las daban, mas aun los perros etcétera. Este último rasgo acaba de pintar la miserable situación de ese hombre. Indica que sus llagas ni aun estaban vendadas, y que esos animales inmundos (en las ideas del Oriente), yendo a lamerlas, añadían a sus dolores. Tal es, en efecto, el sentido del contexto, y es por pura imaginación que se ha querido atribuir a esos perros más humanidad que la mostrada por los hombres.—Una variante de *Sin*, y *B*, admitida por Tischendorf y otros críticos, suprime las migajas; se supone que estas palabras han sido tomadas de Mat. 15: 27, y que el texto original tenía: deseando hartarse de lo que caía de la mesa del rico; pero los testimonios en favor de su autenticidad son numerosos e importantes.

24. En el seno de Abrahán: el sentido de la expresión en el seno. es el mismo que en Juan 13: 23. El Salvador representa aquí, como a menudo en otras ocasiones (Mat. 8: 11; 26: 29; Luc. 13: 28), la felicidad del cielo bajo la figura de un banquete celebrado con los patriarcas. en una comunión llena de gozo. Bien: como se ponían a la mesa semiacostados sobre un diván, se inclinaban sobre el seno de su vecino. El amigo más íntimo del padre de familia, aquel a quien quería hacer el mayor honor, ocupaba ese lugar, inmediato a él. Siendo considerado Abrahán entre los Judíos como el

personaje más venerado y más excelso de su historia, se concibe qué honor y qué felicidad confiere a Lázaro este detalle de la parábola. ¡Qué contraste con su miseria profunda sobre la tierra!—Es necesario observar, también, la función asignada a los ángeles de Dios. (Comp. v. 9, primera nota.)

25. Hay aquí una oposición señalada intencionalmente entre el pobre y el rico: Aconteció que el pobre murió; y el rico también murió; su riqueza y su lujo no retuvieron la muerte, que, para él, fué tanto más terrible. Luego viene este último acto de su existencia terrenal: fué sepultado, sin duda con gran pompa. Jesús no habla del entierro de Lázaro: pasó desapercibido como el séquito de los pobres.

26. Después de las escenas de la tierra, las del mundo invisible. ¡Qué despertar para esas dos almas, la una en el seno de Abrahán, la otra en los tormentos!—La palabra griega *hades*, que traducimos por mansión de los muertos, significa literalmente el lugar invisible, sin forma, sin apariencia, porque escapa a las miradas de los hombres. Por este término vierte la versión de los Setenta la palabra hebrea *scheol*, que indica también el lugar adonde van indistintamente todas las almas, a la hora de la muerte. Nuestras versiones ordinarias vierten ambos términos, de un modo igualmente falso, ora por "infierno", ora por "sepulcro", porque la verdadera palabra no existe en nuestra lengua. Estas dos expresiones (*hades* y *scheol*) no indican de ningún modo por sí mismas si se trata de una mansión de dicha o de dolor, pues cada alma lleva en sí las condiciones de la una o del otro. (Comp. Act. 2: 27, 31, en griego.) Así, en nuestro versículo, es la palabra *tormentos* la única que indica el estado en que se encontraba

de mí, y envía a Lázaro para que meta la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, porque soy atormentado en esta llama²⁸. Mas Abrahán dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro igualmente los males; mas ahora, aquí es consolado, mas tú eres atormentado²⁹. Y además de todo esto, entre nosotros y vosotros una gran sima ha sido afirmada, para que los que quieren atravesar de aquí a vosotros no puedan, ni de allí crucen a nosotros³⁰. Mas dijo³¹: Ruégote pues, padre,

el rico malo. Para él, ver a Lázaro (presente, ve) en el seno de Abrahán, mientras él mismo era atormentado, fué toda una revelación del mundo invisible.—El principio de la parábola, que nos muestra a Lázaro sufriendo y muriendo a la puerta del rico, sin que éste se inquiete por él, y, más aun, la aplicación de la parábola del mayordomo injusto (v. 9), no dejan la menor duda sobre la pregunta: ¿Por qué está el mal rico en los tormentos, mientras Lázaro está entre los dichosos? (Comp. v. 19, nota.) Sin fundamento, pues, pretende la exégesis racionalista que, según esta parábola, el rico es castigado como rico, y Lázaro recompensado como pobre, atribuyendo al evangelista la herejía ebionita, contraria a toda la escritura. Para el que sabe leer, esa opinión se refuta por sí misma.

27. La conversación que va a seguir recuerda los diálogos de los muertos entre los antiguos. Todo es figura, pero esas figuras representan realidades.

28. El rico reconoce a Abrahán y a Lázaro. Este detalle muestra que la personalidad subsiste en el mundo invisible y que las almas tienen relaciones entre sí. Por lo demás, el objeto de este versículo es hacer resaltar la transformación total que se ha obrado en la situación de ambos hombres: el rico se ha tornado en mendigo, y es a Lázaro a quien implora.—Es necesario cuidarse de materializar, como se ha hecho muy a menudo, esas llamas, que sólo son la figura del sufrimiento moral. Las concupiscencias y las pasiones, hasta entonces plenamente satisfechas, se cambian en tormentos desde que todo alimento les es quitado; y mientras el corazón está vacío, el fuego

de los lamentos y de los remordimientos arde en la conciencia.

29. El desdichado había dicho: Padre Abrahán (v. 24), fundando aún quizás un derecho ilusorio en ese hermoso nombre; el patriarca le responde: Hijo, porque en efecto era descendiente de Abrahán según la carne. Quiere también darle a entender que habría podido serlo según el espíritu. Hay, en todo caso, en este término, la benevolencia de la caridad, que subsiste aun para con un reprobado.—"El acuérdate es la palabra central de la parábola; forma el vínculo entre las dos escenas. la de la tierra y la del *hades*." Godet. La memoria es, en el mundo invisible, causa de tormento para los unos, para los otros fuente de consuelo y de gozo. El rico debe recordar que tuvo durante la vida sus bienes, los que él se apropió, de los que gozó como egoísta, los únicos que deseó y buscó; hizo de ellos su ídolo, su dios; esa es la causa de su tormento. Lázaro ha tenido los males, que ha soportado como piadoso israelita; ellos han sido su prueba, y el rico no ha pensado en aliviarlos. Por tanto, ahora, aquí (verdadero texto) él es consolado. La retribución, en bien o en mal, no será más que la consecuencia rigurosa de la vida de todo hombre. Lo que siempre cosechará también. (Gál. 6: 7.)

30. Gr. "un gran abismo está afirmado entre vosotros y nosotros." Este término, poco natural en una figura semejante, ha sido escogido a propósito; significa que los bordes de ese abismo no pueden acercarse, y que el abismo no puede ser llenado. Abrahán ha alegado primeramente, para negar al rico su pedido, un motivo de justicia; muestra luego la imposibilidad de oírle.

31. El rico insiste y presenta a

28 que le envíes a la casa de mi padre, —pues tengo cinco hermanos—para que les dé testimonio; para que no vengan, ellos también, a este lugar de tormento³². Mas Abrahán le dice: A Moisés³³ y a los profetas tienen: óiganlos³³. Mas él dijo: No, padre Abrahán; mas si alguien de los muertos fuere a ellos, se arrepentirán³⁴. Mas le dijo: Si a Moisés y a los profetas no oyen, tampoco serán persuadidos si alguien resucitare de entre los muertos³⁵.

Abrahán un nuevo pedido. Esta segunda parte del diálogo no es, como muy acertadamente observa M. Godet (1.^o edic.), "más que la aplicación práctica de la parábola que en vez de ser presentada a los oyentes bajo forma de lección abstracta, lo es como continuación de la escena misma. Es exactamente así en la parábola del hijo pródigo, donde el cuadro del hijo mayor pone en escena a los fariseos con sus murmuraciones, y la respuesta divina." Colocando esta aplicación en boca del rico, Jesús la hace más impresionante, y completa la parábola por el rasgo más serio y más profundo que contiene: la necesidad del arrepentimiento y de la fe para escapar de la condenación.

32. El rico, se ve por sus palabras, ha hecho un descubrimiento terrible: es que una vida tal como la suya en la tierra conduce necesariamente allí donde él se encuentra; y como no puede pedir nada ya para sí mismo, se acuerda de sus hermanos, que viven como él había vivido; ruega pues que Lázaro les sea enviado para darles testimonio de las realidades del mundo invisible y del peligro en que se encuentran de llegar, ellos también, a ese lugar de tormento. Hablando así, parte de un prejuicio que, si fuera fundado, sería su excusa: de que son necesarias al hombre, además de las revelaciones divinas, advertencias extraordinarias, milagrosas (v. 30), para llevarle a la fe. No osa decir que ha sido privado de ellas y que de ahí viene su desgracia; pero sobrentiende ese pensamiento en su súplica por sus hermanos, que están en la misma condición en que él estaba sobre la tierra. Es lo que explica la respuesta que se le hace. (v. 29, 31.)

33. Brillante testimonio dado por el Salvador a esta verdad: que la revelación, aun del Antiguo Testamento, basta para conducir los hombres a la fe: *A Moisés y a los profetas tienen; escúchenlos*. Este verbo, en la lengua que hablaba el Salvador, no significa solamente oír sino obedecer. Tal es el discurso que Jesús sostenía a judíos: ¿no es su razonamiento mucho más concluyente para cristianos que, no solamente tienen a Moisés y los profetas, sino a Jesucristo y los apóstoles?

34. *Arrepentirse*, cambiar completamente las disposiciones más íntimas de la conciencia y del corazón (comp. Mat. 3: 2, nota), he ahí, por fin, la gran palabra que pone Jesús en boca de ese desdichado, para hacer sentir a sus oyentes que eso es lo que le había faltado, y que tal había sido la causa de su vida mundana y de su ruina. Pero el rico, ilustrado como está, persiste en su error, imaginándose que si la verdad fuera anunciada a sus hermanos por un muerto vuelto a la vida, produciría en ellos el arrepentimiento y la fe. El Salvador lo niega.

35. *Ser persuadido* es creer en la verdad, en la justicia, en otros términos, ser convencido de pecado, *arrepentirse*. (v. 30.) La incredulidad y el amor del mundo, que impiden a esa convicción producirse, tienen su asiento en el corazón; de ahí viene que las pruebas más evidentes para el espíritu de ningún modo persuaden mientras el corazón no esté dispuesto a humillarse y a creer. El evangelio muestra por hechos numerosos que milagros brillantes no pueden vencer la incredulidad. (6: 10, 11; Juan 9: 13 y sig.; 11: 46-53; 12: 9, 10.) Nosotros mismos tenemos el testimonio que pedía

4. Enseñanzas diversas.

A. 1-10. LOS ESCÁNDALOS. EL PERDÓN DE LAS OFENSAS. LA FE. LAS OBRAS. —1.^o *Los escándalos*. Es imposible que no se produzcan. ¡Ay del que los causa! Tened cuidado de vosotros! (1-3^o).—2.^o *El perdón de las ofensas*. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele y perdónale aun ofensas reiteradas (3b-4).—3.^o *El poder de la fe*. En presencia de una obligación semejante, los apóstoles piden a Jesús que les aumente la fe. Jesús responde que basta tener fe grande como un grano de mostaza para transplantar una morera al mar (5, 6).—4.^o *La falta de mérito de las obras*. Jesús la enseña con la parábola del esclavo a quien su amo no se preocupa de servir, de quien exige al contrario servicios, sin deberle gratitud. Vosotros igualmente, agrega Jesús, cuando hubiereis hecho todo vuestro deber, consideraos como siervos inútiles (7-10).

XVII. Y dijo a sus discípulos¹: Inadmisible es que no vengan² los escándalos; mas ¡ay de aquél por quien vienen!² Mas le conviene tener una piedra de molino en derredor de su cuello y ser arrojado al mar, que hacer tropezar a uno solo de estos pequeños³. Cuidad de vosotros mismos⁴. Si tu hermano pecare, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale⁵. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces volviere a ti diciendo: Me arre-

aquí el rico malo para sus hermanos; Jesucristo ha resucitado de los muertos ha puesto en evidencia las realidades del mundo invisible; y sin embargo ¡cuántos de los que lo saben no son persuadidos!

1 Es necesario entender aquí, como a menudo en Lucas, esta palabra *discípulos* en el sentido amplio; no se trata solamente de los apóstoles. —Los versículos que van a seguir (v. 1-10) han sido relacionados de diversas maneras con lo que precede, pero ninguna de esas tentativas es satisfactoria. Lo más natural es considerarlos como fragmentos de discurso. La mayor parte se hallan en otra parte. Tratan del escándalo (v. 1, 2), del perdón de las ofensas (v. 3, 4), de la fe (v. 5, 6), de la carencia de mérito de las obras (v. 7-10.)

2. Comp. Mat. 18: 7, nota. *Es imposible*, o es *inadmisible* que no ocurran *escándalos*, es decir *ocasiones de caída* y de pecado. Mateo emplea un término más fuerte aún. Hay *necesidad* de que ocurran. Triste necesidad, fundada en la corrupción del mundo, los malos ejemplos, y las tentaciones resultantes. Pero nada de eso excusa al que da escándalo: ¡Ay de él! exclama el Salvador.

3. Véase Mat. 18: 6, nota, y Marcos 9: 42. El texto recibido tiene aquí, como en Mateo, *una muela para asno*, es decir la muela de un molino puesta en movimiento por un asno. Es una simple corrección conforme al primer evangelio. Hay que leer en Lucas, con *Sin., B, D*, y la *Itala*: *una piedra de molino*.—Sobre lo que debe entenderse por uno de estos *pequeños*, véase Mat. 18: 5, nota.

4. Esta exhortación a la vigilancia corresponde evidentemente a lo que precede: Puesto que el escándalo es inevitable en el mundo, vosotros, mis discípulos, *tened cuidado* de ocasionarlo! Pero quizá estas palabras tienen también, en el pensamiento de Lucas, relación con lo que sigue: pues en ninguna parte son nuestras relaciones más difíciles que con los que pecan y nos ofenden.

5. Comp. Mat. 18: 15, nota. El texto recibido con *D* y la mayor parte de las *mayúsc.* dice: *pecare contra ti*. Si se cercenan esas palabras, con *Sin., B, D*, la *Itala*, se podría pensar que se trata primeramente de un pecado que no nos concierne personalmente y que sin embargo debemos reprender en nuestro hermano con fidelidad y caridad. Sin embargo, la orden de *perdonarle*, si se *arrepin-*

5 piento, le perdonarás ⁶. Y dijeron los Apóstoles al Señor: Añade-
6 nos fe ⁷. Mas el Señor dijo: Si tenéis fe como un grano de mos-
taza... diríais a esta morera: Desarráigate y plántate en el mar;
y os habría obedecido ⁸.

7 ¿Y quién hay de entre vosotros que, teniendo un siervo que
8 reclínate [a la mesa]? ¿No le dirá más bien: Prepárame qué ce-
nar y ciñéndote sírveme hasta que haya comido y bebido; y
9 después de esto comerás y beberás tú? ¿Da acaso gracias al siervo
10 porque hizo lo que fué ordenado? ⁹ Así también vosotros, cuando
hubieréis hecho todo lo que os fué ordenado, decid: Siervos inú-
tiles somos; hemos hecho lo que debíamos hacer ¹⁰.

tiere, parece indicar que ya aquí, como en el versículo siguiente, el Señor tiene en vista una ofensa personal.

6. Este desarrollo del pensamiento pertenece a Lucas solo. El deber del perdón de las ofensas, que es un acto de la verdadera caridad, no tiene límites, porque la caridad no los tiene. (Comp. Mat. 18: 22, nota.) No debe uno detenerse en esa suposición hiperbólica de un hombre suficientemente desprovisto de carácter moral para ofender a otro hombre siete veces al día, y pedir perdón. (El texto recibido con A, algunas *mayúsc.* y vers. agrega aún: "y siete veces al día volviere..."). Es necesario simplemente retener esta verdad: que la caridad perdona siempre.

7. Los apóstoles, así designados para distinguirlos de los discípulos (v. 1), han tomado en serio el deber que Jesús acaba de prescribir: pero este deber les parece imposible de llenar. De ahí su súplica: *Aumentanos la fe* (gr. *añádenos fe*.) Están ya bastante iluminados para sentir que sólo una fe más potente que la de ellos, una fe que cambie el corazón y obre por la caridad (Gál. 5: 6), los hará capaces de perdonar, de perdonar siempre.

8. Haríais lo que parece absolutamente imposible, pues la fe se apodera del poder mismo de Dios. Y aun el menor grado de esa verdadera fe (si tenéis, según *Sin., A, B, mayúsc.*, y no: *tuvierais*) os daría ese poder. Jesús parece suponer que los discípulos tienen bastante fe, que deben solamente ponerla por obra; poco importa que su fe sea grande

o pequeña; aunque fuera como un grano de mostaza, no tienen más que servirse de ella y realizarán prodigios.—Dos veces esta declaración de Jesús sobre la potencia de la fe es repetida en Mateo (17: 20, y 21: 21), pero con la comparación de una *montaña* transportada al mar, en lugar de una *morera*.

9. No se debe buscar ninguna conexión entre estos versículos y los que preceden. Lucas solo ha conservado esta instrucción importante. Jesús demuestra, por una comparación sacada de la sociedad de entonces, que jamás puede el hombre tener mérito delante de Dios. (v. 10.) Un esclavo, cuyo tiempo entero pertenece a su amo, no hace más que lo que está obligado a hacer cuando, después de haber trabajado todo el día, sirve aún la mesa a la noche. Su amo no le tiene por ello *gratitud* particular, todo eso le estaba *ordenado*.—Las últimas palabras: *No lo pienso*, faltan en *Sin., B., etc.* Tischendorf las omite, con varios críticos. En todo caso, el pensamiento es el mismo, pues la pregunta que precede supone una respuesta negativa.

10. Esta conclusión, que aplica la parábola a las relaciones del hombre con Dios, es de una verdad incontestable. Pues, primeramente, ningún hombre pecador ha hecho *todo lo que le estaba ordenado* por la ley, que no exige nada menos que la perfección de la obediencia. Pero aunque lo hubiera hecho, habría simplemente cumplido una obligación sagrada y no tendría ningún mérito a invo-

III. ESCENAS E INSTRUCCIONES DE LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DEL VIAJE.

1. Los diez leprosos.

11-19. LOS DIEZ LEPROSOS.—1.^o *El encuentro*. Siguiendo Jesús su ruta hacia Jerusalén y pasando entre Samaria y Galilea, diez leprosos le encuentran, y, desde lejos, imploran su piedad (11-13).—2.^o *La curación*. En cuanto los ve, les ordena Jesús que vayan a mostrarse a los sacerdotes. Yendo son sanados (14).—3.^o *El samaritano agradecido*. Uno de ellos vuelve glorificando a Dios; y arrojándose a los pies de Jesús, le da gracias. Era un samaritano. Su conducta inspira a Jesús esta reflexión triste: ¿No han sido sanados los diez? ¿No se ha hallado ninguno de los otros nueve que haya vuelto, como este extranjero, para dar gloria a Dios? Luego dijo al leproso: Ve, tu fe te ha salvado (15-19).

11 Y aconteció, yendo a Jerusalén, que él cruzaba por medio de
12 Samaria y Galilea ¹¹. Y entrando él en cierta aldea, le encontra-
13 ron diez varones leprosos, los que se detuvieron a lo lejos; y ellos
alzaron la voz, diciendo: Jesús, Señor, ten misericordia de nos-
14 otros ¹². Y viéndolos les dijo: Id y mostraos a los sacerdotes ¹³.

car delante de Dios. Un ángel mismo no podría pretender un derecho delante de Dios, a quien *debe* sus más perfectos servicios. Él mismo es un siervo inútil, en el sentido de que Dios no tiene necesidad de su obediencia. Esta idea es contenida en la palabra griega que traducimos por *inútil*, y que significa literalmente una persona o una cosa de que no procede ningún provecho, ninguna utilidad. Esa palabra se halla en un sentido más absoluto aun, en Mateo 25: 30.—Todo eso es verdadero desde el punto de vista del *derecho*, y esta instrucción de Jesús reduce a la nada la justicia propia, la pretensión del hombre a merecer cualquier cosa delante de Dios; no le deja otro medio de salvación que la gracia. "Pero hay una esfera superior a la del derecho, la del amor; en ésta se cumple por el hombre un trabajo de otra naturaleza, el que tiene el carácter de la gozosa y filial abnegación; e inmediatamente se produce una apreciación divina fundada en otro principio, el caso infinito que el amor hace del amor. Jesús ha formulado este otro punto de vista, cap. 12: 36, 37." *Godet*.

11. Lucas da aquí una nueva indicación de ese largo viaje de Jesús hacia Jerusalén, interrumpido y re-

tardado por diversas excursiones y numerosos trabajos. (9: 51, nota.) En este momento él *pasaba* (gr. *cruzaba*) entre Samaria y Galilea, dirigiéndose de Oeste a Este hacia el Jordán y Perea. No sigue, para trasladarse a Jerusalén, una de las dos rutas ordinarias, por Perea o por Samaria. Es lo que Lucas indica por esta palabra que se encuentra ya en el cap. 9: 51: *él mismo, él*, de su parte. Esta mención de Samaria, al mismo tiempo que se indica el camino que seguía Jesús, prepara al lector a encontrar un samaritano (v. 16) entre los leprosos que Jesús va a sanar.

12. Esos desdichados leprosos, excluidos por la ley de toda comunicación con la sociedad (Lev. 13: 46; comp. Mat. 8: 2, nota), se habían reunido a fin de darse mutuamente los cuidados que todo el mundo les pegaba. A causa de la misma prohibición (Lev. 13: 46) *se detuvieron a distancia*, y debieron así *levantar la voz* para implorar la piedad de Jesús.

13. Los sacerdotes solos tenían el derecho de comprobar la curación de un leproso y reintegrarlo en sus privilegios de israelita. (Lev. 13: 2; 14: 3; Mat. 8: 4, nota). Jesús no piensa que la curación milagrosa de

15 Y aconteció que, yendo ellos, fueron limpiados¹⁴. Y uno de entre ellos, viendo que había sido sanado, volvió, glorificando a Dios con grande voz; y cayó sobre su rostro a sus pies, dándole gracias. Y él era samaritano¹⁵. Y tomando Jesús la palabra dijo: ¿No han sido limpiados los diez? ¿Mas los nueve, ¿dónde están? 18 ¿No han sido hallados que volvieran a dar gloria a Dios sino este extranjero?¹⁶ Y le dijo: Levántate y ve; tu fe te ha salvado¹⁷.

2. El advenimiento del hijo del hombre.

A. 20-37. LA PREGUNTA DE LOS FARISEOS Y LA ENSEÑANZA A LOS DISCÍPULOS.—1.º *La pregunta de los fariseos.* Interrogan éstos a Jesús sobre la época de la venida del reino de Dios. Les responde que este reino no vendrá con ostentación, pues está en medio de ellos (20, 21).—2.º *La enseñanza a los discípulos.*—a) *La aparición del hijo del hombre.* Los discípulos tendrán el deseo ardiente de esta aparición y deberán cuidarse de las falsas noticias que acerca de ella se dará. Esta aparición será como el relámpago que atraviesa el cielo. Pero antes el hijo del hombre debe padecer y ser rechazado (22-25).—b) *Los tiempos que precederán el regreso del Señor.* Serán semejantes a los tiempos que precedieron al diluvio y la destrucción de Sodoma (26-30).—c) *La condición de la salud en aquel día.* No descender del techo a la casa, ni volver de los campos. Acordarse de la mujer de Lot. Quien quisiere salvar su vida la perderá; quien la perdiere la conservará (31-33).—d) *La selección obrada.* En aquella noche, de dos personas en un mismo lecho, una será salvada y la otra perdida. ¿Dónde será esto? preguntan los discípulos. Jesús responde: donde estuviere el cuerpo, allí se reunirán las águilas (34-37).

20 Y preguntado por los fariseos cuándo viene el reino de Dios¹⁸, les respondió y dijo: El reino de Dios no viene con ob-

que son objeto dispense a esos leprosos de observar la ley; y, al mismo tiempo, como ellos debían ir confiando en su sola palabra, era para ellos un ejercicio de fe. (v. 19.)

14. Fueron sanados mientras iban, en el acto mismo de su obediencia a la palabra de Jesús. Y esta curación fué tan completa, que no pudieron tener la menor duda de ella (v. 15).

15. Véase, sobre los samaritanos, Mat. 10: 5, 6, nota. Este hombre que posee menos luces que sus compañeros israelitas, los sobrepuja en mucho por su ardiente gratitud por un beneficio tan inesperado. Haca remontar la gloria de ello hasta Dios (v. 15), pero no olvida al que inmediatamente se lo ha conferido: le da gracias con profunda humildad.

16. Gr. *Mas los nueve ¿dónde están?* No se han hallado volviendo para dar gloria a Dios, sino este extranjero! Jesús pronuncia estas pala-

bras con la tristeza que le inspira la ingratitud de los hijos de su pueblo. "Los primeros serán los últimos." En otra parte hace Jesús resaltar el mismo contraste entre judíos y un samaritano. (10: 31-33.)

17. *Tu fe te ha salvado, y no sanado,* como traducen aquí y en otros lugares nuestras antiguas versiones. La fe de ese hombre, luego su vivo reconocimiento a Dios y al Salvador, fueron ciertamente el punto de partida de un desarrollo enteramente nuevo en su vida religiosa, cuyo último término fué la salvación de su alma. De ahí esta expresión que Jesús emplea intencionalmente.

18. Lucas menciona esta pregunta de los fariseos sin indicar las circunstancias que pudieron ocasionarla. A este último respecto, no se puede suponer que quisieran simplemente instruirse de Jesús acerca de ese importante asunto. Como de ordinario, pensaban más bien probar-

21 servación; ni dirán: He lo aquí, o: Allí¹⁹; pues he aquí, el reino de Dios en medio de vosotros está²⁰. Mas a los discípulos dijo²¹: Vendrán días en que desearéis ver uno de los días del hijo del 23 hombre, y no lo veréis²². Y os dirán: He lo aquí, he lo allí. No

le, ponerle en apuros, o hacerle decir alguna herejía de que pudieran aprovechar contra él. Se sabe por otra parte que los fariseos tenían del reino de Dios y de la venida del Mesías que lo establecería, ideas enteramente materialistas, políticas y terrestres. Esperaban el restablecimiento glorioso del reino de Israel, libertado de todo poder extranjero. De ahí la respuesta de Jesús sobre la verdadera naturaleza de su reinado.

19. Véase, sobre el término *reino de Dios*, Mat. 3: 2, nota. La venida del reino de Dios no es un acontecimiento que se produce con ostentación, de modo que atraiga las miradas, que pueda ser observado con los ojos de la carne (gr. *con observación*). Y para hacer su pensamiento más claro y más pintoresco, añade Jesús que no se dirá: (gr.) *¡he aquí, aquí!* o *¡he ahí, allí!* Es un reino espiritual e interior. Los hombres iluminados por el Espíritu de Dios pueden, sin duda, reconocer su presencia por señales ciertas, y aun aparecerá un día con un brillo y una gloria que nadie podrá ignorar (v. 24.) Pero Jesús habla aquí de su establecimiento actual y progresivo. Por eso hay que cuidarse mucho de traducir con nuestras antiguas versiones: "El reino de Dios no vendrá con apariencia."

20. La palabra griega que traducimos por *en medio de vosotros*, puede significar también *dentro de vosotros*, y muchos excelentes intérpretes la entienden así. Ese reino espiritual se establece, en efecto, en las almas, y donde no está *en lo interior*, no existe de ningún modo. (Comp. Juan 3: 1-10; Rom. 14: 17; 1 Cor. 4: 20; Col. 1: 13.) Sin embargo, la traducción: *en medio de vosotros* se impone por la razón de que, hablando Jesús a fariseos aun cegados por sus prejuicios y enemistad, no podía decirles que el reino de Dios estaba dentro de ellos. Ellos preguntaban cuándo vendría ese reino exterior que ellos esperaban. En respuesta a

esta pregunta, el Salvador afirma que el verdadero reino de Dios está ya en medio de ellos, por la presencia, la predicación y la acción de Jesús y de sus discípulos. Si sus oyentes no hubieran persistido en su ceguera, lo habrían reconocido. La misma idea se halla en otro lugar: Juan 1: 26; Mat. 12: 28.

21. Es necesario observar este *mas*, que establece una especie de oposición entre la respuesta a los fariseos y el discurso dirigido a los discípulos: "El reino de Dios está ya presente en medio de vosotros en sus humildes comienzos, no percibido del mundo; *mas* viene el día en que aparecerá con brillo ante los ojos de todos." (v. 24.)—Mateo (cap. 24) y Lucas (cap. 21) han conservado ambos un gran discurso profético de Jesús sobre la ruina de Jerusalén y su regreso para el juicio del mundo. Nuestro evangelista reproduce aquí un discurso análogo, donde no se trata de la ruina de Jerusalén, sino exclusivamente de la segunda venida del Salvador. Esta enseñanza es perfectamente motivada en nuestro capítulo por la pregunta de los fariseos y por la respuesta de Jesús (v. 20, 21). Jesús debía desear completar ésta para los discípulos, elevando las miradas de ellos al término a la vez glorioso y temible de su reinado. ¿Por qué, pues, no admitir, con Meyer y algunos otros comentaristas, que Jesús dió entonces ya estas instrucciones a los discípulos y repitió algunas de ellas en su gran discurso final? La alta importancia de estas predicciones explicaría su repetición.

22. Estos días que vendrán, son los tiempos en que los discípulos, en medio de sus trabajos, de sus sufrimientos y luchas contra el mundo, echarán de menos la presencia de ese amigo poderoso y lleno de amor, que los sostenía durante su vida, y suspirarán por el día de su aparición, que será el de su libertad. Pero, mientras dure para ellos la prue-

24 vayáis, ni sigáis; pues así como el relámpago que resplandece de una [parte] bajo el cielo brilla hasta la otra bajo el cielo, así será el hijo del hombre en su día²³. Mas es necesario primero que padezca mucho y sea desechado de esta generación²⁴. Y conforme aconteció en los días de Noé, así será también en los días del hijo del hombre: comían, bebían, se casaban, daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca; y vino el diluvio y destruyó a todos²⁵. Igualmente conforme aconteció en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; mas el día en que salió Lot de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y destruyó a todos. Del mismo modo será el día en que el hijo del hombre es revelado²⁶. En aquel día, el que esté sobre el terrado y sus bienes en la casa, no baje para llevarlos; y el que esté en el campo igualmente, no vuelva atrás²⁷. Acordaos de la mujer de Lot²⁸. Cualquiera que procurare conservar su vida, la perderá; y cualquiera que la perdiere la conservará viva²⁹. Os digo que en aquella noche, dos

ba, no lo verán; deberán resignarse a su ausencia y contentarse con su comunión espiritual e invisible con él. Estas palabras están en plena armonía con lo que Jesús acaba de decir sobre la naturaleza actual de su reinado. (v. 21.)

23. Véase, sobre estos dos versículos, Mat. 24: 26, 27, notas. Allí, ese mismo pensamiento está más desarrollado; se ve que los que dirán: aquí está, allí está, serán falsos profetas, y aun falsos cristos. El advenimiento del Cristo será visible por todas partes a la vez, como el relámpago que resplandece de un extremo al otro del horizonte; no será necesario correr aquí o allí para verlo.

24. Comp. 9: 22; Mat. 16: 21. Ese día de su gloria debe ser precedido, para el Salvador como para sus discípulos, por los días del padecimiento, mientras el mundo profano proseguirá su método de vida en medio de sus placeres materiales e intereses terrenales (v. 26-30.) La generación que rechazará a su Salvador son los judíos, sus contemporáneos.

25. Véase Mat. 24: 37-39, nota. Algunas diferencias en los términos entre los dos evangelistas, carecen de importancia cuanto al pensamiento.

26. Gén. 19. Este segundo ejemplo de los juicios de Dios, cayendo de improviso sobre un mundo profano,

ha sido conservado por Lucas solo. Jesús saca también de él la seria advertencia del v. 32. Se ve que creía en la realidad de la historia bíblica y la consideraba con elevación.—El término: será revelado, supone que hasta entonces el Salvador está oculto, velado. (Col. 3: 3.) Su venida será su revelación a los ojos del mundo entero. (1 Cor. 1: 7; 2 Tes. 1: 7; 1 Pedro 1: 7.)

27. Véase, sobre estas palabras, Mat. 24: 17 y 18, notas. Es necesario observar que, en el primer evangelio esos consejos se refieren a la ruina de Jerusalén y a la precipitación con que los discípulos deberán huir delante de esas calamidades. Lucas, que habla aquí del advenimiento del Señor, los entiende en un sentido diferente, pero igualmente verdadero: entonces los discípulos deberán estar desprendidos de todo, abandonar todo para ir al encuentro del Señor (v. 33.)

28. Por este recuerdo histórico, confirma Jesús la exhortación que precede. La mujer de Lot, huyendo de Sodoma, miró hacia atrás (Gén. 19: 26), porque no había renunciado de todo corazón a los bienes que dejaba en esa ciudad, y llevó su castigo. ¡Qué será en la venida del Señor!

29. Comp. 9: 24 y Mat. 10: 39, nota. Jesús pronunció a menudo esta

estarán sobre un lecho: el uno será tomado y el otro será dejado³⁰. Dos mujeres estarán moliendo juntas: la una será tomada y la otra será dejada³¹. Y respondiendo le dicen: ¿Dónde, Señor? Mas él les dijo: Donde estuviere el cuerpo, allí también se juntarán las águilas³².

B. 1-8. LA PARÁBOLA DEL JUEZ INICUO.—1.º *La parábola*. Para animar a sus discípulos a orar con perseverancia, Jesús les propone el ejemplo de una pobre viuda que, a fuerza de insistencia, obtiene justicia de un juez que, no temiendo ni a Dios ni a hombre, le hace justicia por egoísmo y para librarse de su importunidad (1-5).—2.º *La aplicación*. Jesús les hace observar los móviles de ese juez, e infiere que Dios, con mayor razón, escuchará a sus elegidos y les hará justicia pronto. Mas el hijo del hombre, cuando venga, ¿hallará fe? (6-8).

XVIII. Y les decía una parábola cuanto a ser necesario que oren siempre y no desmayen, diciendo¹: Había cierto juez en

sentencia; pero en ninguna parte tiene el significado más penetrante que en esta profecía de su aparición.—En lugar de salvar su vida, B y otra *mayúsc.* tienen *adquirir* su vida. Este término, que sólo se halla aquí, es probablemente auténtico. La última palabra de la sentencia puede traducirse (gr.): *la conservará en vida o la engendrará a la vida*. Si se admitiera esta última interpretación Jesús afirmaría que, por el renunciamiento absoluto a su vida propia y por el socorro del Espíritu Santo que renueva todo su ser, el hombre entra en posesión de una vida espiritual e imperecedera. Este profundo sentido es admisible. (Comp 1 Tim. 6: 13.) Sin embargo Lucas, en otro pasaje (Hech. 7: 19) emplea este mismo verbo para decir: *ser conservado en vida*, y en este sentido la palabra es más directamente lo opuesto de: *la perderá*.

30. *Aquella noche*, la noche, en la hora de las tinieblas y de la más grande seguridad. (12: 38-40; Mat. 25: 6.) Ese momento solemne de la decisión es también el de la separación, según las disposiciones internas del alma respecto del Salvador. Entonces las relaciones más íntimas de la vida terrenal serán rotas, es lo que indica este primer ejemplo, que Lucas solo ha conservado. *Ser tomado*, significa ser recibido, aceptado por el Señor (Juan 14: 3); mientras que *ser dejado* quiere decir ser abandonado por él.

31. Este segundo ejemplo se halla también en Mat. 24: 41. (Véase la nota.) El texto recibido añade un tercero (v. 36), concebido como sigue: "Dos estarán en el campo, uno será tomado y el otro será dejado." Ese versículo no es auténtico en el texto de Lucas; ha sido copiado de Mateo (24: 40). Falta en la mayor parte de las *mayúsc.*

32. Son los discípulos quienes, vivamente impresionados de este discurso, toman la palabra y preguntan a Jesús: "¿Dónde tendrá lugar esa temible separación que anuncias?" Su respuesta significa que ocurrirá dondequiera que haya almas maduras para el juicio definitivo. En cuanto a la figura por la que ilustra Jesús esta respuesta, véase Mat. 24: 28, nota. Algunas *mayúsc.* tienen: *el cadáver*; esa lección es tomada de Mateo.

1. *En estos términos*, gr. *diciendo*. Esta parábola se halla en una relación íntima del discurso profético que precede. Es lo que Lucas indica por la expresión que le es familiar: *Les decía también*. Además, la necesidad de la oración, de la oración perseverante y sin desaliento, resulta de los peligros que rodearán la iglesia y cada alma individual en el último combate que precederá al advenimiento del Salvador. La posición los hace por lo cristianos en el mundo los hace por lo demás sentir en todo tiempo esa imperiosa necesidad de la oración; sin ella cada uno de ellos

cierta ciudad, que no temía a Dios y no respetaba a hombre.
 3 Y había una viuda en aquella ciudad; e iba a él, diciendo: Haz-
 4 me justicia de mi adversario². Y no quería por un tiempo; mas
 después de esto dijo en sí mismo: Aunque no temo a Dios ni
 5 respeto a hombre, por lo menos por causarme esta viuda penas
 le haré justicia; no sea que, viniendo hasta el fin, me abrumen.
 6, 7 Y el Señor dijo: Oíd qué dice el juez injusto. Y Dios, ¿no
 hará de cierto justicia a sus elegidos que claman a él de día
 8 y de noche?⁴ aunque es paciente con aquéllos⁵. Os digo que les

sería semejante a esa pobre viuda, oprimida y privada de toda protección. (v. 3.)

2. Así, por una parte, un juez que no tiene ningún temor de Dios y ningún respeto a hombre alguno; que, por consiguiente, será sin conciencia y sin corazón en sus procedimientos; por otra, una pobre viuda afligida en sus más íntimos afectos, y, además, oprimida por su adversario, tales son los personajes en presencia. Lo que la viuda pide, teniendo el derecho de esperarlo de un juez, no es una venganza como lo dicen nuestras antiguas versiones y aun la de Lausana, sino (gr.) su liberación por la justicia. (Lo mismo ocurre en los v. 7 y 8.) Y el evangelista, poniendo el verbo en imperfecto: iba a él, indica que ella había reiterado a menudo y por mucho tiempo su súplica. (v. 4.) Ese fué el medio de su liberación. (v. 5.)

3. Gr. *Me golpee bajo los ojos*. Esa palabra se encontrará una sola vez más en el Nuevo Testamento (1 Cor. 9: 27), en el sentido general de: tratar rudamente. Los intérpretes modernos toman la palabra en el sentido propio y suponen que el juez expresa irónicamente el temor de que ella acabe por llegar a vías de hecho. Es, sin embargo, más natural entenderla en sentido figurado: *molermé, abrumarme*. Se puede traducir también: me abrumé al fin. El motivo egoísta invocado por el juez está bien en armonía con su finisimo: confiesa no tener ni temor de Dios ni respeto a nadie.

4. ¡Escuchad! prestad atención: ese juez injusto (gr: juez de la injusticia, comp. 16: 8), en su egoísmo, ha concluido sin embargo por acordar a la viuda lo que pedía. ¡Y

Dios! ¡Hará menos por sus elegidos el Dios justo y misericordioso, por sus hijos amados, quienes, de en medio de la opresión, claman a él día y noche! Tal es el punto de comparación que es necesario dominar bien para comprender la parábola. Aquí, como en otras similitudes. Jesús enseña, no por analogía, sino por contraste. (11: 5 y sig.; 16: 1 y sig.) Por eso la conclusión resulta tanto más viva por un razonamiento a fortiori: con mayor razón...

5. Esta última frase, que añade una idea nueva a la pregunta precedente, presenta algunas dificultades. El texto más autorizado (Sin., A, B, D) dice: ¿es paciente con ellos? La mayor parte de los comentaristas modernos hacen de esta frase una pregunta independiente de la precedente y dan al verbo el sentido de obrar con lentitud: ¿tarda él respecto de ellos? El verbo en presente no conviene mucho en esta explicación y el significado tardar no está suficientemente establecido. Es más natural unir estrechamente esta proposición a la precedente y hacerla depender de la negación de ésta: ¿y no es longánime, no está él lleno de bondad para con ellos? (J. Weiss.) Si esta traducción no pareciera admisible, sería necesario, con M. Godet, reconocer que la lección de los principales manuscritos no presenta ningún sentido conveniente y volver a la del texto recibido: *aun cuando es paciente (difiere) respecto de ellos*.

NOTA DEL TRADUCTOR. — Esta última traducción es la que adoptamos. Pero ¿quiénes son ellos? El verbo griego significa diferir o aplazar el castigo, y por tanto quiere Jesús decir: Dios hará justicia a sus elegidos, aunque es paciente

hará justicia pronto⁶. Empero viniendo el hijo del hombre, ¿hallará pues la fe sobre la tierra?⁷

3. Enseñanzas diversas.

A. 9-14. PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO.—1.º *El fariseo*. Jesús propone una parábola a algunos hombres que se consideraban justos y despreciaban a los demás: Un fariseo y un publicano suben al templo a orar. El fariseo, presentándose confiado, da gracias a Dios, primeramente por todo el mal que no hace, luego por todo el bien que hace (9-12).—2.º *El publicano*. El publicano muestra por su actitud que está profundamente humillado delante de Dios, y ora así: ¡Oh Dios, sé propicio conmigo, pecador! (13).—3.º *El resultado*. Declara Jesús que éste fué justificado delante de Dios, y no aquél, pues cualquiera que se exalta será humillado. (14).

9 Y decía también, a algunos que confiaban en sí mismos que
 10 eran justos y despreciaban a los demás, esta parábola⁸: Dos

con sus enemigos, con los que persiguen u oprimen a los creyentes. No podría aplicarse el verbo a los escogidos, pues no se trata de castigarlos, sino muy al contrario, de vengarlos.

6. Es la respuesta a la pregunta del versículo precedente. La idea de un pronto regreso de Cristo para la liberación de los elegidos es expresada en diversos lugares de las escrituras en los mismos términos. (Rom. 16: 20; Apoc. 1: 1; 3: 11; 22: 20, etc.) Si tales declaraciones parecen a primera vista no haber sido realizadas por el acontecimiento, debemos recordar, por una parte, que este tiempo de espera y de prueba, que parece muy largo a los que sufren, es sin embargo muy corto a los ojos de Aquel para quien "mil años son como un día", quien quiere realizar los designios de su misericordia para con todos sus elegidos (2 Pedro 3: 8, 9); por la otra, que esta promesa de una pronta liberación se aplica, no solamente a la iglesia en su conjunto, sino a cada uno de los elegidos, para quienes la hora de la muerte es también la hora de la liberación. Desde este punto de vista podía Pablo llamar "ligera" la aflicción actual de los cristianos, que produce en ellos una gloria eterna. (2 Cor. 4: 17.)

7. La promesa de Dios es cierta, infalible: ¿sabrán empero todos sus hijos "perseverar hasta el fin" guardando la fe, la verdadera fe, única que puede mantenerlos en comunión

con el Salvador? Con tristeza, y para dar una advertencia a sus discípulos, plantea Jesús esta pregunta. Acaba de decir en qué estado de olvido de Dios se hallará el mundo a su venida (17: 26-29), y en cuanto a sus mismos discípulos, ha predicho en otro lugar (Mat. 24: 12) que en medio de las tribulaciones de los últimos tiempos, "la caridad de los más se enfriará." Sin embargo, la pregunta no significa que ya no hallará fe sobre la tierra, pues en ese sentido absoluto estaría en contradicción con la promesa de liberación que acaba de hacer a sus elegidos. (v. 7, 8.)—Es notable que Jesús, aun hablando de su aparición en gloria, se designe como *el hijo del hombre*. (Véase, sobre este término, Mat. 8: 20, nota.)

8. Esta parábola, particular a Lucas, como la precedente, no tiene relación aparente con la enseñanza contenida en ésta. Fué provocada sin duda por alguna manifestación de justicia propia que atrajo la atención del Salvador y de los que le rodeaban. Es inútil preguntarse quiénes eran esos algunos a quienes la dirige Jesús más especialmente. Lucas no lo dice. No eran los fariseos del cap. 17: 20, que parecen haberse alejado mientras Jesús se dirigía a los discípulos. (v. 22.) Es poco probable que hubiera puesto Jesús en escena a uno de ellos en su presencia. Pero si los hombres de que se trata no eran fariseos, estaban llenos de

- hombres subieron al templo a orar: el uno fariseo, y el otro publicano⁹. El fariseo, estando en pie, oraba así consigo¹⁰: Dios, te doy gracias de que no soy como los demás de los hombres, rapaces, injustos, adúlteros, o aun como ese publicano¹¹. Ayuno dos veces a la semana; diezmo todo lo que adquiero¹². Mas el publicano, estando lejos, no osaba ni aun levantar los ojos al cielo; sino que hería su pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, el pecador!¹³ Os digo: éste bajó justificado a su casa, más bien que aquél¹⁴; porque todo el que se exalta será humillado; mas el que se humilla será exaltado¹⁵.

sentimientos farisaicos. *Se persuadían de que eran justos* (o según otra traducción: *confiaban en sí mismos, pensando ser justos*) y *despreciaban a los demás*. La orgullosa justicia propia era el espíritu mismo de la secta. El hombre está siempre dispuesto para con sus semejantes como lo está para con Dios: humilde y arrepentido, "los estima más excelentes que él mismo". (Fil. 2: 3); justo a sus propios ojos, los menosprecia.

9. Véase, sobre los *fariseos*, Mat. 3: 7, nota, y, sobre los *publicanos*, Mat. 5: 46, nota. Jesús pone delante de esos dos hombres cuyas disposiciones morales están en los dos polos extremos de la vida religiosa, y les hace expresar claramente sus pensamientos. En ninguna ocasión revela el hombre más claramente lo que llena su corazón que en la oración.

10. *En pie*, con confianza, alta la cabeza, todo lo contrario del publicano. (v. 13).—Gr. *oraba esto a sí mismo*. Sus pensamientos, deteniéndose con complacencia sobre sí mismo, no se elevaban hasta Dios. Las palabras *a sí mismo* faltan en *Sin.* y la *Itala*. La *Peschito* traduce: *estando aparte (para sí mismo)*. El orden de las palabras en *A, D, mayúsculas* favorecería esta traducción, pero los comentadores niegan que se pueda dar ese sentido a la preposición griega, y los editores del texto prefieren en general la lección de *B*, que liga las palabras *a sí mismo* al verbo *oraba*.

11. El fariseo, queriendo juzgarse, toma por medida, no la ley de Dios, sino el *resto de los hombres*; y exagera los vicios de esos hombres has-

ta la calumnia, pues no todos son como él los describe. Por último, su última frase descubre un profundo menosprecio (v. 9) para el publicano. "El fariseo hace dos clases de hombres: en la una arroja a todo el género humano; la otra, la mejor, él la ocupa solo". *Bengel*.

12. *Ayunar dos veces a la semana* (el lunes y el jueves), y dar el *diezmo* de todas sus rentas, tal era el deber de todo israelita. El fariseo lo cumplía, pero se hace de ello aquí un título de justicia propia delante de Dios y de gloria delante de los hombres. Había subido al templo *para orar* y no ha pedido nada. Su oración consiste en enumerar primeramente el mal que no hace, luego el bien que hace, pero todo eso es considerado en actos puramente exteriores, en los que no tienen parte ni la conciencia ni el corazón.

13. Todo, en este publicano, denota el más profundo arrepentimiento de sus pecados, su actitud lo mismo que sus palabras. Se mantiene a distancia del santuario; *no osa ni aun levantar sus miradas* hacia el cielo, por temor de encontrar allí a su Juez: él se hiere el pecho, en señal de profundo dolor. En cuanto a su oración, es una humilde confesión y una ardiente súplica. No tiene muchas palabras; es un grito del alma.—La palabra que traducimos por *se propicio* (en el sentido que damos a la palabra *propiciación*), indica el perdón completo, acordado por la misericordia de Dios.

14. La palabra *justificado* debe ser entendida en el sentido que Pablo le da siempre: ser declarado justo, tenido por justo de parte de Dios. El publicano, regresando, llevó en su co-

B. 15-17. JESÚS BENDICE A LOS NIÑOS.—1.º *Los discípulos los rechazan*. Se presenta a Jesús aun los niñitos, para que los bendiga. Los discípulos se oponen (15).—2.º *Jesús los acoge*. Mas Jesús llama a su lado a esos niñitos, diciendo: Dejadlos venir a mí, pues el reino de Dios es del que a ellos se asemeja; para entrar es necesario recibirlo como un niño (16, 17).

- 15 Y le llevaban aun las criaturas, para que las tocara¹⁶; mas
16 viéndolo los discípulos las reprendían. Mas Jesús las llamó a sí, diciendo: Dejad a los niñitos venir a mí y no les impidáis; pues
17 de los tales es el reino de Dios. En verdad os digo: Cualquiera que no recibiere el reino de Dios como un niñito, de cierto no entrará en él.

C. 18-30. EL JOVEN RICO. PELIGRO DE LAS RIQUEZAS. LA RECOMPENSA.—1.º *La conversación con el jefe*.—a) *La pregunta*. Un jefe de sinagoga, llamando a Jesús Maestro bueno, le pregunta qué debe hacer para heredar la vida eterna (18).—b) *La respuesta*. Jesús rechaza ese título: Dios solo es bueno. Remite al jefe a los mandamientos de la segunda tabla de la ley. Este afirma haberlos observado desde su juventud (19-21).—c) *La prueba*. Una cosa te falta, le responde Jesús: vende lo que tienes, distribúyelo a los pobres, y sígueme. Mas al oír estas palabras se entristeció mucho, porque era muy rico (22, 23).—2.º *Declaración de Jesús sobre el peligro de las riquezas*.—a) *La dificultad de la salud*. Viendo que se había entristecido mucho, dice Jesús cuán difícil es que entren los ricos en el reino de Dios; un camello pasaría más bien por el ojo de una aguja (24, 25).—b) *La posibilidad de la salud*. Habiendo preguntado sus oyentes: ¿Quién puede, pues, ser salvado? responde Jesús que lo que a los hombres es imposible, posible es a Dios (26, 27).—3.º *Declaración de Jesús relativa a la recompensa de los discípulos*.—a) *El renunciamento de los discípulos*. Pedro observa que ellos, los discípulos, han dejado sus bienes y seguido a Jesús (28).—b) *Su recompensa*. Jesús declara que no hay nadie que, habiendo hecho sacrificios por el reino de Dios, no reciba mucho más en este tiempo, y la vida eterna en el siglo venidero (29, 30).

razón la dulce seguridad del perdón de todos sus pecados, con la paz de Dios. Vemos por este pasaje que la gran verdad de la justificación del pecador sin las obras de la ley no era exclusivamente propia del apóstol Pablo. Jesús la revela claramente aquí; más aun, era conocida de los fieles del Antiguo Testamento. (Gén. 15: 6; Isa. 53: 11; Jer. 23: 6).—La palabra traducida por *más bien que aquél*, presenta en los manuscritos tres variantes que significan todas que el fariseo no fué justificado. "Es un giro hebraico, equivalente a una negación, como en Sal. 118: 8. Es bueno confiar en el Eterno más bien que en el hombre, más bien que en los príncipes, es decir que no es bueno confiar en el hombre, en los príncipes." *Lutero*.

15. Véase Mat. 23: 12; Luc. 14: 11, notas.

16. Véase, sobre este relato, Mat. 19: 13-15; Mar. 10: 13-16, notas. Aquí es donde alcanza Lucas la narración de Mateo y de Marcos, después de haber seguido su relato del viaje de Jesús desde el cap. 9: 51 (véase la nota.) Jesús se halla aún en Perea, avanzando hacia Jerusalén.—La expresión de Lucas: *Les presentaban aun los niñitos* (gr. *los que maman*). muestra que entonces la influencia de Jesús era tal, que padres, después de haber recibido de él grandes bendiciones, deseaban que éstas se extendiesen hasta sus niñitos. El verbo en imperfecto, como en Marcos, parecería indicar que ese hecho se produjo más de una vez.

18 Y le preguntó cierto jefe, diciendo: Maestro bueno, ¿haciendo qué heredaré vida eterna? ¹⁷ Mas Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino uno solo, Dios. Los mandamientos conoces: No cometerás adulterio; no matarás ¹⁸; no hurtarás; no darás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre. Y él dijo: Todo eso he guardado desde mi juventud. ²² Y oyéndolo Jesús le dijo: Aun te falta una cosa ¹⁹: vende todo cuanto tienes y distribúyelo a pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme. Mas él, oyendo esto, se puso muy triste; ²⁴ pues era rico en gran manera ²⁰. Y viéndolo Jesús que se había puesto muy triste ²¹, dijo: ¿Cuán difícilmente entran en el reino de Dios los que tienen las riquezas! Más fácil, en efecto, es entrar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios. Y los que oyeron dijeron: ¿Y quién puede ser salvado? Mas él dijo: Lo imposible para hombres, posible es para Dios. Y Pedro dijo: He aquí, nosotros, dejando las cosas nuestras te hemos seguido ²². Y él les dijo: En verdad os digo: No hay nadie que haya dejado casa o mujer o hermanos o padres o hijos ²³ por causa del reino de Dios, que no reciba muchas veces más en este tiempo, y en la edad venidera vida eterna.

D. 31-34. JESÚS PREDICE SUS PADECIMIENTOS.—*Tercera anunciación de la pasión.* Jesús toma aparte los doce y les anuncia que en Jerusalén van a cumplirse todas las profecías que le atañen. Será entregado a los paganos, quienes le maltratarán y le matarán. El tercer día resucitará. Los discípulos no comprenden nada de esto (31-34).

31 Y tomando consigo los doce, les dijo: He aquí, subimos a Jerusalén, y será cumplido todo lo escrito por medio de los

17. Véase, sobre este incidente, Mat. 19: 16-22, notas; Mar. 10: 17-22, notas.

18. El séptimo mandamiento es citado antes del sexto. La misma inversión se halla en Mar. 10: 19 y Rom. 13: 9. El orden habitual es seguido en Mat. 19: 18. En Ex. 20: 13-15, algunos manuscritos de los Setenta tienen los mandamientos en el orden siguiente: 7º, 8º, 6º.

19. Gr. *te queda aún una cosa (a hacer)*. Esta manera de hablar no significa que Jesús apruebe a su interlocutor cuando se vanagloria de haber guardado todos los mandamientos de Dios (v. 21); no entra en discusión con él sobre este punto; se contenta con proponerle la única cosa necesaria: seguirle, renunciado a todo. Esta orden será la prueba que hará caer sus ilusiones.

20. Mateo y Marcos dicen: *se fue muy triste*. En efecto, el rico seguramente no estaba ya presente cuando pronunció Jesús el discurso que va a seguir.

21. Véase, sobre este discurso, Mat. 19: 23-26; Mar. 10: 23-27, notas. Una variante de Sin., B suprime las palabras: *que se había entristecido mucho*, y dice simplemente: *Viéndole Jesús*.

22. Véase, sobre esta conversación, Mat. 19: 27-29 y Mar. 10: 28-30, notas. El texto recibido dice aquí: *hemos dejado todo y te hemos seguido*: corrección por la cual se ha querido igualar los términos de Lucas a los de los dos primeros evangelios.

23. Tal es el orden de esta enumeración en Sin., B. El texto recibido dice: *o padres o hermanos o mujer*.

32 profetas para el hijo del hombre ²⁴, pues será entregado a los gentiles, y escarnecido e injuriado y escupido, y azotándole le matarán, y en el tercer día resucitará. Y ellos nada de esto entendieron, y este dicho les estaba oculto; y no entendían lo que se decía ²⁵.

4. Jericó.

A. 35-43. EL CIEGO SANADO EN JERICÓ.—^{1.º} *Su encuentro con el Salvador.* Como se acerca Jesús a Jericó, un ciego, que mendiga sentado junto al camino, enterándose de que es él quien pasa, exclama: ¡Hijo de David, ten piedad de mí! Y como se le quiere imponer silencio, clama más fuerte aún (35-39).—^{2.º} *Su demanda oída.* Jesús ordena que le sea llevado, y le dice: ¿Qué quieres que te haga? Señor, que recobre la vista, le responde el ciego. Jesús le concede su demanda, y al instante es sanado. Sigue a Jesús, y el pueblo, testigo de este milagro, alaba a Dios (40(43)).

35 Y aconteció, acercándose él a Jericó, que cierto ciego estaba sentado junto al camino, mendigando. Y oyendo una multitud que pasaba, preguntaba qué sería eso ²⁶. Y le contaron que pasaba Jesús el Nazareno. Y clamó diciendo: Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí. Y los que iban delante le reprendían, para que callase; mas él mucho más clamaba: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Y deteniéndose Jesús, mandó que fuera llevado a él; y habiéndose acercado, le preguntó: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Recobra la vista; tu fe te ha salvado. E inmediatamente recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios; y todo el pueblo, viéndolo, dió alabanza a Dios ²⁷.

24. Véase, sobre esta anunciación de los sufrimientos de Jesús. Mateo 20: 17-19; Mar. 10: 32-34, notas. Es la tercera vez que Jesús predica a sus discípulos lo que va a sucederle. (9: 22, 44, 45.)—Las palabras: *He aquí, subimos a Jerusalén*, indican que el Salvador y sus discípulos, a quienes había tomado consigo para hacerles esta dolorosa confidencia, se encaminaban entonces definitivamente hacia la ciudad santa. Estaban ya muy próximos a ella (v. 35). El fin del versículo es susceptible de dos construcciones: "lo escrito para el hijo del hombre será cumplido"; o "lo escrito será cumplido para el hijo del hombre."

25. Lucas expresa aquí en términos más fuertes aun que en otras partes (comp. 9: 45), la falta de inteligencia de los discípulos, que rehusaban

entrar en el pensamiento de los padecimientos y muerte de su Maestro. No podían dejar de entender el sentido literal de esas palabras; pero precisamente es ese sentido literal lo que no querían ni creer ni admitir, porque confundía todas sus ideas y esperanzas terrenales. Buscaban, pues, probablemente, alguna significación simbólica a la declaración de Jesús, como si hubiera sido una parábola, y no la hallaban.

26. Véase, sobre la curación de este ciego, Mat. 20: 29-34 y Mar. 10: 46-53, notas. Sobre Jericó, véase 19: 1, nota.

27. Esta doble observación, que el ciego sanado glorificaba a Dios y que todo el pueblo, testigo de esa escena admirable, se unía a él para dar alabanza a Dios, es particular a Lucas.

B. 1-10. Zaqueo.—1.º *Zaqueo procura ver a Jesús.* Como Jesús entra en Jericó, un jefe de los publicanos, Zaqueo, procura verle. Siendo impedido por su corta estatura, sube a un sicómoro (1-4).—2.º *Sus esfuerzos recompensados.* Jesús, llegado junto al árbol, levanta los ojos y anuncia a Zaqueo que debe posar en su casa. Zaqueo le recibe con gozo (5, 6).—3.º *Las murmuraciones de los presentes y la resolución de Zaqueo.* La entrada de Jesús en casa de un publicano provoca las murmuraciones de los presentes. Zaqueo se presenta delante del Señor y declara su resolución de dar la mitad de sus bienes a los pobres y restituir el cuádruplo (7, 8).—4.º *La declaración de Jesús.* Jesús declara a su vez que la salvación ha entrado ese mismo día en casa de Zaqueo, pues el hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que está perdido (9, 10).

XIX. Y habiendo entrado atravesaba Jericó¹. Y he aquí un varón llamado por nombre Zaqueo, y él era jefe de los publicanos, y él era rico²; y procuraba ver a Jesús, quién era³, y no podía por la multitud, porque era pequeño de estatura. Y corriendo adelante subió sobre un sicómoro para verle, porque por allí había de pasar⁴. Y como llegó al lugar, levantando

1. Y habiendo entrado, atravesaba Jericó. Jericó, ciudad célebre en el Antiguo Testamento (Jos. 2 y 6), lo ha sido aún más por la presencia y hechos del Salvador, quien, a su paso por esa antigua ciudad, devolvió la luz a los ojos cerrados del ciego (18: 35 y sig.), y abrió las fuentes de la gracia y la salvación al alma sedienta de un pobre publicano. (v. 9, 10.) Esta ciudad estaba situada a dos leguas del Jordán, que Jesús acababa de atravesar dejando Perea, y a siete leguas de Jerusalén, adonde se dirigía por última vez. Antiguamente ocupaba el centro de un delicioso oasis cubierto de un bosque de palmeras (Deut. 34: 3) y de plantas aromáticas. (El nombre mismo de Jericó significa en hebreo *buen olor*.) En ninguna parte se ve hoy de un modo más evidente los trastornos que han debido producirse en toda Palestina. "Jericó, a la que la biblia da el nombre de ciudad de las palmeras, estaba rodeada en otro tiempo de un selva de esos hermosos árboles. Se veía aún algunos a principios de este siglo; no hay uno solo ya hoy, no hay ni aun un sicómoro, como aquel sobre el que subió Zaqueo. Una torre cuadrada, de construcción franca y en sus tres cuartos en ruinas, una pobre aldehuela fortificada por un vallado de espinas secas, he ahí todo

lo que queda hoy de Jericó." F. Bovey. *Viaje a Tierra Santa*. 7.ª edic. p. 255.

2. Zaqueo (en hebreo *Zaccai*, puro, Esdr. 2: 9), es designado como jefe de los publicanos, sin duda porque había en Jericó un despacho de impuestos romanos de que era jefe. Esa ciudad era, en efecto, una plaza de comercio y de tránsito entre el Oriente y el Occidente. (Véase, sobre los publicanos, Mat. 5: 46, nota.) Su vocación era, para Zaqueo, una fuente de riquezas, de las que en adelante hará buen uso. (v. 8.) Su nombre indica que él era de origen judío.

3. *Procuraba ver a Jesús, quién es.* Esta expresión no significa, como piensan muchos intérpretes, que Zaqueo deseaba solamente identificar a Jesús en medio de la multitud, lo que no denotaría en él más que una vana curiosidad. Pero, habiendo oído hablar de él, y sabiendo cuán a menudo se había mostrado lleno de misericordia para con los hombres de su profesión menospreciada, deseaba ardentemente tener la dicha de verle con sus ojos, y retener por lo menos los rasgos de su fisonomía. (v. 4.)

4. El sicómoro es un árbol cuyas hojas se asemejan a las de la morera, y los frutos a higos. Según la etimología, esta palabra significa en

Jesús los ojos le dijo⁵: Zaqueo, apresúrate y baja, pues hoy es necesario que yo pose en tu casa⁶. Y apresurándose bajó y le recibió con gozo. Y viéndolo todos, murmuraban, diciendo: Ha entrado a alojarse en casa de un varón pecador⁷. Mas Zaqueo, estando en pie, dijo al Señor: He aquí, la mitad de mis bienes, Señor, doy a los pobres; y si a alguien en algo he defraudado, devuelvo el cuádruplo⁸. Y Jesús le dijo⁹: Hoy ha venido la

efecto *higuera-morera*. Aunque este árbol se hace bastante grande en Oriente, sus ramas son bajas y se extienden horizontalmente, de modo que no es difícil subir en él. "La decencia no habría permitido a un hombre considerado por su posición subir a un árbol, pero la fe ha vencido." Bengel.

5. El texto recibido con A y *mayúsc.* añade: *le vió y...*—Jesús llama a Zaqueo por su nombre. ¿Le conocía? ¿o había oído pronunciar ese nombre por la multitud que le rodeaba? No es imposible; pero lo que es mucho más importante que esa pregunta, es el hecho de que "Él que conocía por sí mismo lo que hay en el hombre" (Juan 2: 25) había leído en el corazón de Zaqueo su ardiente deseo de la salvación; le llama por su nombre para responder a su fe naciente. (v. 8, nota.)

6. *Hoy*, tal es la primera palabra de esta frase, como en el v. 9; Jesús pone el énfasis sobre este *hoy*, que es para Zaqueo el día de la salvación.—*Es necesario que more en tu casa.* ¿En qué se funda esa necesidad? Por una parte, en la voluntad expresa y misericordiosa de Dios que Jesús quiere cumplir con amor: por la otra, en el hecho de que hay allí un alma que suspira por la salvación. Es lo que nos muestra el gozo con que recibió Zaqueo al Salvador. (v. 6.)

7. *Todos murmuraban*; ¿también los discípulos, como piensa Calvino? Eso no es probable, después de lo que habían visto y oído (15: 1 y sig.); pero mientras la multitud de espíritu farisaico manifestaba su indignación, podía quedar en los discípulos mismos una especie de extrañeza al ver a su Maestro entrar en casa de un publicano.—*Un varón pecador* no debe entenderse en un

sentido general; en el pensamiento de los que murmuraban, esa palabra se aplicaba personalmente a Zaqueo en su carácter de publicano.

8. Zaqueo toma sin duda esta grande y santa resolución bajo la impresión que hacen en él la presencia y las palabras de Jesús; pero esta resolución, señal de su renunciamiento al mundo, había sido preparada en su corazón por el arrepentimiento y por el ardiente deseo de conocer al Salvador. Y ahora el gozo que siente del favor inesperado e inmerecido que le hace Jesús le inspira un sacrificio libre, espontáneo. En efecto, la expresión: *si he defraudado, no encierra una duda, sino más bien una humilde y delicada confesión de todo lo injusto en su conducta.* Algunos intérpretes piensan que estos verbos en presente: *doy, devuelvo*, expresan no una resolución actual, sino una línea de conducta adoptada y observada ya antes. Entienden entonces por *la mitad de mis bienes* la mitad de mi renta. No nos parece que esa explicación esté en armonía con el conjunto del relato.

9. Jesús le dijo, a Zaqueo, aunque las palabras siguientes no se dirijan directamente a él, sino sean un testimonio que Jesús le da en respuesta a las murmuraciones hirientes que se habían levantado contra él (v. 7).—¿Ocurrió toda esta escena, cuyo lugar no ha precisado Lucas, delante de la casa de Zaqueo, en presencia de la multitud que murmuraba contra él? Sería, entonces, en presencia de ese público poco benevolente donde habría tomado su admirable resolución (v. 8), y donde Jesús le habría dirigido las palabras del v. 9. Por último, delante de ese mismo público habría pronunciado Jesús la parábola de los v. 11 y sig.; luego

salvación para esta casa, por cuanto también él es hijo de Abra-
10 hán¹⁰. El hijo del hombre, en efecto, ha venido a buscar y a
salvar lo perdido¹¹.

C. 11-28. LA PARÁBOLA DE LAS MINAS.—1.^o *Introducción histórica.* Jesús pronuncia esta parábola para calmar la excitación que provocaban en su séquito el acercamiento a Jerusalén y la espera del advenimiento inmediato del reino de Dios (11).—2.^o *La ausencia del amo.* Un hombre de alta cuna va a un país lejano a recibir la investidura real. Confía a diez de sus siervos diez minas para hacerlas producir por su trabajo. Sus conciudadanos envían una embajada detrás de él para combatir sus pretensiones a la realeza (12-14).—3.^o *El regreso del amo y el juicio.*—a) *Los siervos fieles recompensados.* El amo vuelve investido de la dignidad real y hace a sus siervos rendir cuentas. Uno trae diez minas y recibe diez ciudades; el otro cinco minas y recibe cinco ciudades (15-19).—b) *El siervo infiel condenado.* Un siervo viene, trayendo su mina oculta en un lienzo. Explica su conducta por el temor que le

habría proseguido su ruta hacia Jerusalén. (v. 28.) No se ve, en este modo de comprender el encadenamiento de los hechos, cuándo habría entrado en la casa de Zaqueo y habría pasado allí la noche (v. 5.) La efusión de corazón a que se entrega Zaqueo perdería mucho de su espontaneidad y de su belleza, si fuera una especie de justificación en presencia de sus acusadores. Son pensamientos enteramente diferentes los que le preocupan. Una lectura atenta del relato nos da una idea diferente: descendido apresuradamente de su sicómoro, Zaqueo acompaña a Jesús a su casa, y allí evidentemente es donde le recibió con gozo. (v. 6.) El v. 7 dice claramente que Jesús entró en esa casa. Allí es donde el publicano se presenta delante del Señor, hace su declaración y oye de él las palabras del v. 9. Sin ninguna duda, recibió también a los discípulos de Jesús y a muchos de los que le seguían a Jerusalén, quizás a algunas personas de su conocimiento. En su presencia, durante las horas apacibles de la tarde, pronuncia Jesús esas palabras tan alentadoras y apropiadas para excitar la esperanza de la salvación (v. 9 y 10), como también la parábola que sigue y que es destinada a templar esa esperanza mostrando las condiciones en que la salvación se realizará. Por último, el día siguiente, a la mañana, prosigue Jesús su camino. (v. 28.)

10. *La salvación*, la liberación del pecado y de la muerte, por la gracia de Dios que Jesús anunciaba y traía. Esa salvación *ha venido*, se realiza por la presencia de Jesús, no solamente para Zaqueo, sino para su casa, su familia. Jesús motiva esta declaración: *por cuanto* (gr. *conforme a que*) ese pobre publicano es a los ojos de Jesús que lee en su corazón, también (lo mismo y más que los que le desprecian) *un hijo de Abraham*. Lo es, no solamente porque desciende de él, sino porque tiene la fe y la obediencia del padre de los creyentes.

11. *El hijo del hombre* (véase sobre este término. Mat. 8: 20, nota) *ha venido*. ¿De dónde? El Nuevo Testamento entero y los sinópticos, no menos que Juan, responden: Del seno de su gloria eterna. (Juan 17: 5.) El propósito de su venida nos es revelado en esta doble acción, que Jesús ha cumplido con tierna caridad por su vida y por su muerte: *buscar y salvar lo que está perdido*. Ambos actos corresponden a los dos sentidos de la palabra *perdido*. (15: 6 y 24.) Esta revelación, consoladora para todo pecador, debió serlo particularmente para Zaqueo, en ese momento solemne de su vida, como lo fué más tarde para Saulo de Tarso, que se complacía en recordarla. (1 Tim. 1: 15.)—Si esta declaración ha sido pronunciada por el Salvador en la circunstancia en que Mateo la menciona (18: 11, véase la nota), era la segunda vez que la hacía oír.

inspira la severidad de su amo. El amo responde que le juzga con esas palabras: ese temor debía impelerle a poner el dinero en el banco. Ordena que le quiten la mina y la den al que tiene diez minas; y, a la objeción que se le hace de que ese siervo tiene diez minas, declara que se dará al que tiene, y que al que no tiene aun lo que tiene se quitará (20-26).—c) *El castigo de los enemigos.* El rey ordena traer y degollar delante de él los que no quisieron que reinara sobre ellos (27).—4.^o *Conclusión histórica.* Después de esas palabras, anda Jesús a la cabeza de su séquito, subiendo a Jerusalén (28).

11 Y oyendo ellos esto, continuando dijo una parábola, por estar él cerca de Jerusalén y pensar ellos que inmediatamente
12 debía aparecer el reino de Dios¹². Dijo pues: Cierta hombre de alta cuna se fué a una tierra lejana, a recibir para sí un reino y
13 volver¹³. Y llamando a diez siervos suyos, dióles diez minas¹⁴,
14 y les dijo: Negociad mientras vengo¹⁵. Mas sus conciudadanos le

12. En este último viaje hacia Jerusalén, Jesús fué constantemente seguido por grandes multitudes (v. 3; 18: 36), cuya expectación se exaltaba cada vez más a medida que él se acercaba a la ciudad. (v. 36-38.) Es que los discípulos de Jesús, con las ideas falsas que tenían aún sobre la naturaleza de su reino, pensaban que ese reino iba a aparecer, establecerse inmediatamente, en cuanto Jesús hubiera hecho su entrada en Jerusalén. Jesús pronuncia la parábola siguiente para combatir ese error. No vendrá en su reino ni establecerá su dominio sobre sus enemigos sino después de una ausencia prolongada, durante la cual sus siervos deberán hacer producir, por un trabajo fielmente realizado, los bienes que les confía.—Esta parábola tiene varios puntos de semejanza con la de los talentos, pronunciada por el Salvador en otra ocasión, pero difiere de ella profundamente en varios respectos. (Véase Mat. 25: 14, nota.)

13. Este rasgo principal de la parábola es tomado de las circunstancias políticas de la época. La casa de los Herodes no ejercía la realeza sino bajo la dependencia de los romanos. Cada príncipe de esa familia debía, antes de tomar el gobierno de sus Estados, irse a Roma para procurar la confirmación imperial. Es lo que Jesús llama *recibir la realeza*. Acontecía entonces que los Judíos, descontentos de un príncipe, enviaban detrás de él delegados que de-

bían, acusándole delante del emperador, impedir su elevación a la soberanía. Combatieron de ese modo el advenimiento de Arquelao (Mat. 2: 22), como nos lo hace saber Josefo. (Antig. XVII, 11, 1.) Jesús se representa a sí mismo en la posición de uno de esos príncipes; él no debe tomar inmediatamente posesión de su reino. (v. 11), sino ir antes a su Padre, donde su autoridad será confirmada. Los judíos obrarán respecto de él como obraban respecto de un príncipe a quien no querían. (v. 14.) Pero tiene también siervos fieles, a los cuales confía los medios de trabajar para el establecimiento de su reinado. (v. 13.)

14. Gr. *su propios siervos*, aquellos de quienes tenía derecho de esperar una entera fidelidad. El amo da a sus diez siervos diez minas, es decir una a cada uno. (v. 16.) En la parábola de los talentos donde valores diversos son confiados a los siervos, según su capacidad, se trata de los dones naturales, que son en efecto muy diversos, mientras en nuestra parábola la mina representa para cada uno la tarea que debe llenar, sea la que fuere.—La mina griega valía aproximadamente cien francos, suma mínima en comparación del talento. La intención de Jesús es precisamente mostrar que una grande recompensa será acordada a la fidelidad en un trabajo de poco valor en sí. (v. 17.)

15. *Hacedlas producir*, o, *propiamente: negociad*, lo que tiene por

abhorrecían, y enviaron una embajada detrás de él diciendo: No
 15 queremos que éste reine sobre nosotros¹⁶. Y aconteció, cuando
 regresó habiendo recibido el reino, que dijo fueran llamados a
 él esos siervos a quienes había dado el dinero, para saber quién
 16 había ganado negociando, y cuánto¹⁷. Y se acercó el primero,
 17 diciendo: Señor, tu mina ha producido diez minas más¹⁸. Y le
 dijo: Muy bien, buen siervo; porque has sido hallado fiel en lo
 18 muy pequeño, ten autoridad sobre diez ciudades¹⁹. Y vino el
 segundo diciendo: Tu mina, señor, ha producido cinco minas.
 19 Y dijo también a éste: También tú, sé puesto sobre cinco ciu-
 20 dades²⁰. Y el otro vino, diciendo: Señor, he aquí tu mina, que
 21 tenía reservada en un pañuelo; pues yo te temía, porque eres
 hombre severo; tomas lo que no pusiste y siegas lo que no sem-
 22 braste. Dícele: Por tu boca te juzgaré²¹, mal siervo. ¿Sabías

objeto aumentar el valor del dinero confiado; figura de la fidelidad y del trabajo por los cuales crecen nuestras capacidades para el adelanto del reinado de Dios. La lección más autorizada (Sin. A, B, D) puede traducirse: *mientras voy, o estoy en viaje*. Pero aun adoptando este texto, es preferible conservar la traducción ordinaria: hasta que vuelva.

16. Esos *conciudadanos* del príncipe representan a los judíos, que rehusaban obstinadamente reconocer su Mesías. (Juan 19: 15.) *Le aborrecían* a causa de la verdad que él les anunciaba. ¡Con qué tristeza debió pronunciar Jesús estas palabras! Hay algo despectivo en la palabra *éste*, y de muy resuelto en el término: *no queremos que reine sobre nosotros!* La verdadera causa de la rebelión del hombre pecador, es que el Señor quiere reinar sobre él.

17. Gr. para saber *quién* había ganado *qué*. Este giro reúne las dos preguntas: ¿Quién ha ganado algo? y: ¿qué ha ganado?—Sin., B, D tienen: *lo que habían ganado*, pero Tischendorf mismo conserva la lección recibida. Es el momento de la gran rendición de cuentas.—*Después de haber recibido la realeza*; así, pues, la rebelión de sus conciudadanos y todas las resistencias del mundo no podrían impedir que el Señor sea y permanezca el rey supremo (Sal. 2: 1-6.)

18. Gr. *tu mina ha obrado lo trabajado* demás diez minas. Ese

siervo no atribuye, pues, a sí mismo un resultado tan hermoso. (1 Cor. 15: 10.)

19. Cuanto más humilde se muestra el siervo (v. 16), tanto más hermosa es la alabanza y grande la recompensa que el amo le acuerda. Con esas diez minas, apenas habría comprado una casa, y el amo le da diez ciudades a gobernar. Tales son las riquezas de la gracia. ¿Cómo hay que entender esta recompensa cuando se trata del reino de Dios? El Señor no lo dice; pero es evidente que la posición más elevada y la actividad más extensa que es asignada a los siervos son una figura de la vida gloriosa y fecunda que los hijos de Dios poseerán en la casa de su Padre. En la parábola de los talentos, la recompensa es enunciada así: "Bien, siervo bueno y fiel, has sido fiel en pocas cosas, sobre muchas cosas te estableceré: entra en el gozo de tu Señor." (Mat. 25: 21.)

20. Recompensa igualmente proporcionada a la fidelidad. Ella supone grados diversos de felicidad y actividad en el reino de Dios. En Mateo, los dos siervos reciben la misma alabanza y la misma recompensa, aunque los resultados de su trabajo sean diferentes. Es otra faz de la misma verdad. El don inmenso de la vida eterna hace desaparecer las diversidades.

21. Texto recibido con A, *mayúsc.*: Mas él le dice... Por tu boca te juzgaré; por tus propias palabras.

que yo soy hombre severo, tomando lo que no puse y segando
 23 lo que no sembré? ¿y por qué no pusiste mi dinero en un banco?
 24 y yo, viniendo, lo habría exigido con interés. Y a los que allí
 estaban dijo: Quitadle la mina y dadla al que tiene las diez mi-
 25, 26 nas. Y le dijeron: Señor, tiene diez minas. Os digo que a
 27 todo el que tiene, será dado; mas al que no tiene, aun lo que
 27 tiene será quitado²². Empero a mis enemigos aquellos, que no
 quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos
 28 delante de mí²³. Y diciendo esto iba delante, subiendo a Jeru-
 salén²⁴

22. Véase, sobre estas excusas del siervo infiel y sobre la respuesta de su amo, Mat. 25: 24-29, notas. No hay entre ambas parábolas más que algunas ligeras diferencias. En Mateo, el siervo infiel *oculta* el dinero de su amo *en tierra*; aquí, lo ha *guardado en un pañuelo*. La expresión de Lucas: *Tomas lo que no pusiste*, es más ruda aun que la de Mateo. La principal divergencia resulta del hecho de que en la parábola de Lucas todos los siervos reciben la misma suma para hacer producir, y es entonces difícil comprender el reproche que el mal siervo hace a su amo: *tomas lo que no pusiste*. (v. 21.) Esta queja se explica mejor en la parábola de Mateo: el único talento que había recibido podía parecerle como nada en comparación de los muchos confiados a los demás. Por eso se ha interpretado de diversas maneras la razón que alega en Lucas. Según unos, querría decir: tú te apropias el fruto del trabajo de tus siervos, sin hacerlos participar del beneficio. Según otros (Meyer, Weiss): Si yo hubiera perdido la mina, te habrías indemnizado tomando su valor de mi haber. M. Godet piensa que se debe considerar esta expresión como una fórmula proverbial que servía para designar a un amo exigente en exceso.—El Señor continúa su discurso, sin aparentar responder a la objeción del

v. 25, y sin embargo la refuta por un principio lleno de profundidad. (Mat. 25: 29, nota.)

23. Comp. v. 14. Este término riguroso: *matadlos*, corresponde a la idea del soberano político, que hace perecer a personas rebeldes a su autoridad; se aplicó literalmente a millares y centenares de miles de judíos, cuarenta años más tarde. Pero, además, es una predicción del temible juicio de Dios que alcanzará a los rebeldes en el último día.—Hay, pues, en esta parábola, dos acciones paralelas: una que ocurre entre un soberano y súbditos rebeldes; la otra que tiene lugar entre el amo y sus siervos cuya fidelidad pone a prueba.

24. Las palabras: *habiendo dicho esto*, se refieren sin duda a la parábola que precede, pero no indican exactamente el momento en que deja Jesús a Jericó para proseguir su camino hacia Jerusalén. (Véase v. 9 nota.) La hora era decisiva. Jesús se pone en camino, a la cabeza de un séquito que crece a cada instante (v. 37); y por esta expresión: *iba delante* de ellos (otros traducen: *iba hacia adelante*), señala Lucas la valiente determinación con que se pone el Salvador en camino, sabiendo muy bien todo lo que le espera en Jerusalén, pues lo ha anunciado más de una vez. (18: 31 y sig.) Por eso Marcos (10: 32) nos dice que los discípulos estaban asustados, sobrecoídos de temor.

LA SEMANA SANTA

I. LOS PRIMEROS DÍAS DE LA SEMANA.

1. La entrada de Jesús en Jerusalén.

29-48. LA ENTRADA EN JERUSALÉN Y LA PURIFICACIÓN DEL TEMPLO.—1.º *La entrada en Jerusalén.*—a) *Los preparativos.* Jesús toma la iniciativa enviando dos de sus discípulos a buscar un pollino en la aldea que está frente a ellos. Los discípulos, por su parte, después de ejecutar esa orden, ponen sus vestidos sobre el pollino para hacer subir encima a su Maestro, y los extienden por el camino (29-36).—b) *El gozo que estalla en el acompañamiento* al descender el monte de los Olivos, es censurado por los fariseos, mas Jesús toma la defensa de sus discípulos (37-40).—c) *Las lágrimas de Jesús.* Percibiendo la ciudad, llora Jesús sobre ella y profetiza su ruina (41-44).—2.º *Purificación del templo.*—a) *Expulsión de los vendedores.* Entrando en el templo, expulsa Jesús a los vendedores declarando que de esa casa de oración hacen ellos una cueva de ladrones (45, 46.—b) *Resumen* de la actividad de Jesús en el templo y de su situación ante los jefes del pueblo (47, 48).

29 Y aconteció, como se acercó a Betfagé y Betania, al monte
30 llamado Olivar, que envió dos de los discípulos²⁵, diciendo: Id
a la aldea que está delante, entrando en la cual hallaréis un pol-
lino atado, sobre el que nadie de los hombres se ha sentado
31 jamás²⁶; y desatándolo traedlo. Y si alguien os preguntare:
¿Por qué lo desatáis? diréis así: Porque el Señor tiene necesi-
32 dad de él. Y yéndose los enviados, hallaron conforme les había
33 dicho. Y desatando ellos el pollino, sus amos les dijeron: ¿Por
34 qué desatáis el pollino? Y ellos dijeron: Porque el Señor tiene
35 necesidad de él. Y lo llevaron a Jesús. Y arrojando sus vestidos
36 sobre el pollino, pusieron a Jesús encima. Y yendo él, ellos ex-
37 tendían sus vestidos por el camino. Y acercándose él ya a la
bajada del monte de los Olivos, empezó toda la muchedumbre de
los discípulos a alabar con gozo a Dios con grande voz, por todos
38 los milagros que habían visto²⁷, diciendo: Bendecido sea el Rey

25. Véase, sobre este relato (v. 29-38), Mat 21: 1-9, y Mar. 11: 1-10, notas.

26. Mar. 11: 2, 3, nota. Marcos y Lucas no recuerdan aquí la profecía de Zacarías que Mateo (21: 4, 5) cita para sus lectores judíos..

27. Ese gozo estalla, esos cantos de alabanza suben hacia Dios, en el momento en que Jesús, a la cabeza de su séquito, ha llegado a la bajada del monte de los Olivos, es decir a la garganta que une el monte de los Olivos al monte del Escándalo. De

allí se ve a Jerusalén extendiéndose sobre la montaña opuesta, más allá del valle del Cedrón, con sus torres, sus palacios y su templo. Al verla toda la multitud de los discípulos, llena de gozosa expectación, empieza a alabar a Dios en alta voz. Para la mayor parte, la causa de ese gozo eran los milagros que había visto, y especialmente el milagro de la resurrección de Lázaro, que había tenido lugar poco tiempo antes. Según el relato de Juan (12: 9 y sig.), Jesús acababa de pasar por Betania, donde

que viene en el nombre del Señor. En el cielo paz, y gloria en
39 lo altísimo²⁸. Y algunos de los fariseos, de entre la multitud
40 le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. Y respondiendo
41 dijo: Os digo que si éstos callaren, las piedras clamarán²⁹. Y
42 como se acercó, viendo la ciudad lloró sobre ella³⁰, diciendo:
¡Si hubieras conocido, tú también, por lo menos en éste tu día,
lo concerniente a tu paz!³¹ Mas ahora está oculto a tus ojos³².

la multitud había podido ver a Lázaro vivo.

28. Véase, sobre este cántico de alabanza, Mat. 21: 9, nota. En lugar de: "Hosanna en los lugares altísimos", Lucas, escribiendo para extranjeros que no entendían el hebreo, dice: *Paz en el cielo*, donde la obra del Salvador iba, en efecto, a restablecer la paz entre Dios y los hombres (Ef. 1: 10, nota; Col. 1: 20); y también: *Gloria en lo altísimo*, pues, por la redención del mundo Dios iba a ser glorificado, todas sus perfecciones manifestadas. Sin duda, las esperanzas de los discípulos debían cumplirse de un modo enteramente distinto del que ellos esperaban; los piadosos sentimientos que expresaban con santo entusiasmo estaban más cerca de la verdad que sus ideas sobre el porvenir.

29. Este corto diálogo es particular a Lucas. Mas Mateo (21: 15, 16) menciona, después de la entrada de Jesús en Jerusalén, un movimiento semejante de indignación entre los fariseos. Aquí, algunos de esos hombres, orgullosos de su posición y celosos de su influencia sobre el pueblo, se muestran irritados por las aclamaciones y las alabanzas de que Jesús es objeto, y le piden que reprenda a sus discípulos, a fin de imponerles silencio. ¡Qué nota discordante en medio de ese alegre concierto! La respuesta de Jesús está revestida con una figura proverbial que significa: Es ya imposible comprimir esta explosión de alabanzas, de gratitud y de amor, que se elevará de la tierra al cielo. Este contraste entre la *piedra* y el hombre se halla también en otra aplicación, 3: 8. (Comp. Hab. 2: 11.)

30. La multitud de los discípulos estalla en alegres aclamaciones, ¡y Jesús *llora!* Las palabras que pronuncia nos dicen la causa de sus

lágrimas. Pero esas lágrimas mismas nos revelan, mejor aun que sus palabras, la tierna compasión del Salvador al mismo tiempo que su amor hacia su pueblo cuya ruina prevé, y la certidumbre de los juicios de Dios que ese pueblo va a atraer sobre sí por su endurecimiento. Más tarde, en el seno mismo de la ciudad culpable, Jesús sintió otra vez esa profunda y dolorosa emoción. (Mateo 23: 37.)

31. Esta exclamación es una frase inconclusa; la emoción impide a Jesús terminarla. Cada una de las palabras que acumula en ella tiene su significado profundo: ¡*Si hubieras conocido!* Por ignorancia, pues, el pueblo judío va a rechazar a su Salvador y colmar por ese crimen la medida de sus pecados (comp. 23: 24; Act. 3: 17; 1 Cor. 2: 8); pero esa ignorancia era voluntaria: "¡No quisisteis!" (Mat. 23: 37.) *Tú también*, como mis discípulos, esas almas rectas y sencillas que se han abierto a la fe. *Por lo menos en este día tuyo, o en este tu día*: ese día supremo en que Jesús hacía su entrada en Jerusalén ofrecía una última ocasión al pueblo y a sus jefes para ir a arrojarse, arrepentidos, a los pies de Jesús! Jesús llama (v. 44) a ese día: "el tiempo de tu visitación." Hay en el desarrollo de los pueblos como de los individuos, momentos que, aprovechados o descuidados, determinan su destino por mucho tiempo, quizá para siempre; son tiempos de crisis, de decisión por el bien o por el mal. (Comp. Hebr. 3: 7, 13, 15.) "La presencia de Jesús provocó una lucha entre un corto número de almas bien dispuestas y la masa corrompida del pueblo. Mientras aquellas se abrieron a su influencia y hallaron en él la luz y la vida, ésta no recibió más que la aniquilación de sus vanas esperanzas y

43 Porque vendrán días sobre ti, y tus enemigos levantarán esta-
cada a tu derredor, y te rodearán, y te apretarán por todas par-
44 tes³³; y te echarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no
dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no has conocido el
tiempo de tu visitación³⁴.

45 Y entrando en el templo, empezó a expulsar a los que ven-
46 dían³⁵, diciéndoles: Escrito está: Y será mi casa casa de ora-
47 ción mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y estaba
enseñando diariamente en el templo³⁶. Mas los principales sa-

de sus miras egoístas." *Olshausen*.—*Las cosas relativas a tu paz. Esas cosas* de tan inmensa importancia eran la verdad, el perdón, la salvación que Jesús ofrecía a todos. Si le hubieran recibido con fe, todos habrían hallado en él la paz y la prosperidad. La palabra hebrea que empleaba el Salvador tiene ambos significados.

32. El verbo *son ocultadas* indica un hecho realizado; y sin embargo Jesús iba a predicar aún en Jerusalén durante toda una semana, y sus apóstoles después de él durante cuarenta años; pero, para los más, la medida de las iniquidades estaba colmada, el tiempo de la gracia, de la visitación (v. 44), había pasado. "Viendo, no verán; oyendo, no oirán." Estas temibles palabras no exciaban de la salvación a los israelitas que, individualmente, creyeran en el Salvador. (Rom. 11: 1-5.)

33. He aquí también, la frase es suspendida por la emoción: *gr. días vendrán sobre ti... y tus enemigos te cercarán*, etc. Luego los diversos detalles de la predicción se suceden, ligados unos a otros por la palabra *y*, cinco veces repetida.—Una *estacada*, alrededor de una ciudad cercada, era una especie de empalizada, levantada por el enemigo, a fin de rendir la ciudad por el hambre. El historiador Josefo cuenta que los romanos levantaron tal estacada en derredor de Jerusalén, primeramente de madera, luego de piedra, cuando la primera hubo sido incendiada por los judíos.

34. *Te echarán a tierra: te arrasarán al nivel del suelo*, de modo que no quede *piedra sobre piedra*. Se puede traducir también: *te quebran-*

tarán contra el suelo: los Setenta emplearon ese verbo en Sal. 137: 6, y se podría ver en nuestra profecía una reminiscencia de ese pasaje.—*Tú y tus hijos*, es decir todos los habitantes de Jerusalén; no se trata de los niños por oposición a los adultos. La causa de esas desgracias es claramente indicada por el Salvador al fin de su predicción. *El tiempo de tu visitación* es un hebraísmo bien conocido. Dios visita una ciudad, un pueblo, un alma, cuando se acerca y les habla, ya sea por su palabra y su Espíritu, ya por grandes pruebas o grandes bendiciones.—*Toda esta profecía* fué cumplida literalmente, en medio de calamidades inauditas, cuarenta años después, cuando la destrucción de Jerusalén por los romanos. Ciertos críticos han pretendido que la profecía que Lucas atribuye a Jesús había sido escrita después del acontecimiento. Se basan en la semejanza que presenta con el relato de Josefo. Es olvida, que esta predicción se limita a rasgos generales que se reproducían en el sitio de cada ciudad. Un pasaje de Isaías (29: 3), anunciando el sitio de Jerusalén por los asirios contiene, en la versión de los Setenta, expresiones idénticas a las de nuestro texto.

25. Véase, sobre este incidente. Mat. 21: 12-17, notas, y Mar. 11: 15-17, notas. El texto recibido añade: *los que vendían en él* (en el templo) *y los que compraban*. Las palabras en bastardilla parecen inauténticas.

36. *Cada día* de esa última semana; luego, llegada la tarde, Jesús se retiraba fuera de la ciudad, al monte de los Olivos o a Betania. (Mar. 11: 11, 19.)

cerdotes y los escribas procuraban matarle³⁷, y los principales
48 del pueblo. Y no hallaban qué hacer, pues el pueblo todo pendía
de él oyendo³⁸.

2. La lucha en el templo.

A. 1-19. LA PREGUNTA HECHA POR EL SANEDRÍN. LA PARÁBOLA DE LOS VIÑADORES.—1.º *Jesús interrogado sobre su autoridad por una diputación del sanedrín.*—a) *La pregunta*. Mientras Jesús enseña en el templo, los miembros del sanedrín le interrogan sobre la naturaleza y origen de la autoridad que se arroga (1, 2).—b) *La respuesta de Jesús*. Pregunta si el bautismo de Juan venía del cielo o de los hombres (3, 4).—c) *Apuro de los adversarios y negativa de Jesús*. Si responden: Del cielo, Jesús les reprochará el no haberle creído. Si niegan la misión divina del Bautista, el pueblo los apedreará. Confiesan su ignorancia. Jesús rehusa entonces responder a su pregunta (5-8).—2.º *La parábola de los viñadores.*—a) *La posición de los jefes del pueblo*. Jesús se vuelve hacia el pueblo y trae a la memoria, en una parábola, la conducta pasada y presente, y el porvenir cercano de los conductores de Israel. Caracteriza su situación comparándolos a viñadores a quienes un propietario ha confiado su viña (9).—b) *Su conducta pasada*. Ellos maltratan y despiden vacíos a tres siervos que el amo les envía sucesivamente para pedir del fruto (10-12).—c) *Su conducta presente*. El amo les envía su hijo amado. Ellos le matan, para recoger la herencia (13-15).—d) *El castigo*. Jesús declara que el amo hará perecer esos malvados. Los oyentes procuran desviar esa predicción, pero Jesús les cita una profecía de la escritura (16-18).—3.º *Resultado del encuentro*. Los jefes teocráticos querían apoderarse inmediatamente de Jesús, pero son retenidos por el temor del pueblo (19).

XX. Y aconteció en uno de los días, enseñando él al pueblo en el templo y anunciando el evangelio, sobrevinieron los principales sacerdotes y los escribas con los ancianos, y hablaron diciéndole: Dinos con qué autoridad haces esto, o quién es el que te dió esta autoridad¹. Mas respondiendo les dijo: Os preguntaré también yo una cosa, y decidme: El bautismo de Juan

37. *Gr. los primeros del pueblo*. Lucas une así la aristocracia judía a los sacerdotes y a los escribas, que habían ya decretado la muerte de Jesús y que procuraban los medios de ejecutar sus planes (Mar. 11: 18, Mat. 26: 3, 4.)

38. *todo el pueblo pendía de él* (de sus labios) *escuchando*. Jesús estaba de tal modo rodeado de la multitud ávida de oírle e impresionada por sus enseñanzas, que los jefes del pueblo, temiendo un motín, no osaban emprender nada contra él.

1. Véase, sobre este relato, Mateo 21: 23-27 y Mar. 11: 27-33, notas. La diputación del sanedrín fué a Jesús *uno de esos días*, es decir un día de esa última semana, *estando él*

enseñando en el templo. Lucas solo agrega: *y evangelizando*. Sabiendo lo que iba a acontecer, el Salvador emplea aún los últimos momentos de su vida en advertir a ese pueblo que iba a rechazarle, y en ofrecerle la salvación.—Los tres evangelistas están de acuerdo al mencionar la pregunta muy precisa de los adversarios: *¿con qué autoridad? y ¿quién te dió esa autoridad?* (Véase Mat. 21: 23, nota.) Lucas ha hecho observar (19: 47) que los miembros del sanedrín, irritados por una palabra de Jesús, procuraban hacerle perecer. Se han puesto de acuerdo sobre los medios de conseguirlo, y han decidido plantearle preguntas insidiosas, destinadas a comprometerle y conmovir la confianza que el pueblo tenía en él.

5 del cielo procedía, o de los hombres? Y ellos razonaron entre sí, diciendo: Si dijéremos: Del cielo, dirá: ¿Por qué no le creísteis? 6 Mas si dijéremos: De los hombres, el pueblo todo nos apedreará², pues está persuadido de que Juan era profeta. Y respondieron que no sabían de dónde. Y Jesús les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto.

9 Y empezó a decir al pueblo esta parábola³: Un hombre plantó una viña y la arrendó a viñadores, y se ausentó por mucho tiempo. Y a su tiempo envió un siervo a los viñadores, para que le dieran del fruto de la viña. Mas los viñadores, hiriéndole, 16 le despidieron vacío. Y continuó enviando otro siervo⁴; mas ellos también a aquél hiriendo y deshonrando, le despidieron vacío. Y continuó enviando un tercero; mas ellos, también a ése hiriendo lo le expulsaron⁵. Y dijo el amo de la viña: ¿Qué haré? Enviaré mi hijo amado; quizá a éste respetarán. Mas viéndole los viñadores, razonaban unos con otros, diciendo: Éste es el heredero; matémosle, para que nuestra sea la herencia. Y echándole fuera de la viña, le mataron. ¿Qué, pues, les hará el amo de la viña? Vendrá y destruirá esos viñadores, y dará la viña a otros. Y oyéndolo dijeron: ¡Nunca tal acontezca!⁶ Mas él, mirándolos, dijo: ¿Qué es, pues, esto que está escrito: La piedra que desecharon los que edificaban, ésta fué hecha la cabeza de la esquina? Todo el que cae sobre aquella piedra será quebran-

2. Según Mateo y Marcos, los jefes del pueblo dicen simplemente aquí: "Tememos al pueblo." Lucas les hace decir más explícitamente: *El pueblo nos apedreará*, en algún motín que no dejará de hacer.

3. Véase, sobre esta parábola, Mat. 21: 33-46 y Mar. 12: 1-12, notas. Según estos dos evangelistas, Jesús se dirige aún a los miembros del sanedrín que han ido a interrogarle. Según Lucas, habla al pueblo, las dos indicaciones no se excluyen de ningún modo, pues Lucas mismo nos muestra los adversarios aun presentes (v. 19); pero Jesús, hablando, se vuelve hacia el pueblo, porque esta instrucción concernía al pueblo entero. En efecto, si el pueblo de Israel hubiera recibido con fe a los siervos que Dios le enviaba y al Hijo de Dios mismo (v. 13), sus conductores no habrían podido maltratarlos y matarlos.

4. Gr. *añadió enviar otro siervo*. Hebraísmo destinado a hacer sentir la larga paciencia del amo para con

esos viñadores injustos y violentos. Este hebraísmo es propio del texto de Lucas.

5. En Lucas y en Marcos tres siervos son enviados, pero los malos tratamientos que les son infligidos difieren. En Mateo no hay más que dos envíos, pero cada uno comprende una pluralidad de siervos. El rasgo *le despidieron vacío* (v. 10, 11) no se halla más que una vez en Marcos y falta en Mateo. Estas pequeñas divergencias muestran que nuestros tres evangelistas no han tenido un mismo documento ante sus ojos.

6. Estas palabras son pronunciadas por oyentes de entre el pueblo (v. 9), quienes, comprendiendo la parábola, protestan al pensar que el propio hijo del amo pueda así ser matado, y que los viñadores atraigan sobre sí el terrible castigo que es denunciado aquí! Los que oían entonces al Salvador ignoraban aún los designios criminales de los jefes del pueblo; si lo hubieran conocido, habríanse estremecido de indignación.

tado; mas a cualquiera sobre quien cayere, a polvo le reducirá⁷. 19 Y procuraban los escribas y los principales sacerdotes echar sobre él las manos en la misma hora (mas temieron al pueblo); pues entendieron que para ellos había sido dicha esta parábola⁸.

B. 20-40. LAS PREGUNTAS SOBRE EL TRIBUTO Y SOBRE LA VIDA FUTURA.—
1.º *El tributo*.—a) *Los adversarios* de Jesús continuaban espiándole. Le tienden un lazo, enviándole personas a quienes habían enseñado su papel. Estos se presentan como impelidos por un escrúpulo de conciencia, y, saludando en Jesús a un maestro que no se preocupa sino de la verdad, le preguntan si es lícito pagar el tributo (20-22).—b) *Jesús percibe la hipocresía* de ellos. Pide un denario, y mostrándoles su imagen y su inscripción: Dad a César, les dice, lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios (23-25).—c) Así la tentativa de ellos fracasa. Admirados, guardan silencio (26).—2.º *La vida futura*.—a) *La pregunta de los saduceos*. Algunos saduceos tratan de poner en apuros a Jesús haciendo a la doctrina de la vida futura una objeción que ellos sacan de la institución mosaica del levirato: Siete hermanos se casan sucesivamente con la misma mujer; ¿a cuál pertenecerá en la resurrección? (27-33).—b) *La respuesta de Jesús*. No habrá ya matrimonio en el siglo venidero, pues después de la resurrección los hombres serán inmortales, semejantes a los ángeles, hijos de Dios. En cuanto al hecho mismo de la resurrección, es atestado por Moisés, que llama a Dios el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob; ahora bien: Dios no es Dios de los muertos, sino de los vivos. Esta respuesta arranca palabras de aprobación a los escribas mismos, y reduce a silencio a los adversarios (34-40).

20 Y observándole, enviaron espías que fingían ser justos, para tomarle en palabra, de modo que le entregaran al gobierno y a 21 la autoridad del gobernador⁹. Y le preguntaron diciendo: Maes-

7. Jesús dirige una *mirada* penetrante sobre los que acababan de hablar, y les responde por una cita de la escritura. Es lo que indica la partícula *ilativa* *pues*: si la desgracia que querríais conjurar no os alcanzara, esa profecía no tendría *pues* ningún cumplimiento. Véase, sobre esta cita, Mat. 21: 42 y 44, notas.

8. La última frase del versículo motiva la primera (*pues*) y se refiere a los *escribas* y a los *sacerdotes*. Erróneamente, pues, se ha supuesto que el pueblo había *comprendido* la intención de la parábola. Hallamos aquí, en los jefes del pueblo, el endurecimiento que va a manifestarse a menudo en el proceso y la muerte de Jesús. Han comprendido que esta parábola les concierne, lo mismo que la terrible amenaza que la termina. que Jesús las ha pronunciado (*gr.*) *en consideración a ellos*, y procuran *echarle mano*.—Véase, sobre el sentido de la parábola. Mat. 21: 43. nota.

9. Véase, sobre el hecho que sigue, Mat. 22: 15-22, y Mar. 12: 13-17, notas. Los instigadores de esta nueva gestión hecha ante Jesús (v. 2, nota) son siempre los sacerdotes y los escribas, que le *observan de cerca*, le espían, buscando la ocasión de apoderarse de él. (v. 19.) Según Mateo y Marcos, los agentes *secretos* o *espías* que le fueron enviados pertenecían a los dos partidos opuestos de los fariseos y de los herodianos; los primeros, muy celadores de los intereses del pueblo judío; los otros, partidarios de la política de los Herodes y de los romanos. De ahí la observación de Lucas, de que el propósito de esa delegación era *primariamente sorprender una palabra* de Jesús (*gr. de cogerle por palabra*), es decir hallar en la respuesta que iba a dar a su pregunta un motivo de acusación que les permitiese entregarle *al gobierno y a la autoridad del gobernador romano*. Unos, considerando que estos dos términos *auto-*

tro, sabemos que rectamente hablas y enseñas, y no aceptas la
22 persona sino que en verdad enseñas el camino de Dios. ¿Nos es
23 lícito pagar tributo a César, o no? Mas percibiendo la astucia
24 de ellos, les dijo¹⁰: Mostradme un denario. ¿De quién tiene
25 imagen e inscripción? Y ellos dijeron: De César. Y él les dijo:
26 Pagad, pues, lo de César a César, y lo de Dios a Dios. Y no
pudieron tomarle en palabra delante del pueblo; y admirados
de su respuesta, callaron¹¹.

27 Mas allegándose algunos de los saduceos, que dicen que no
28 hay resurrección, le preguntaron diciendo¹²: Maestro, Moisés
nos escribió que si el hermano de alguien muriere teniendo mu-
jer y éste fuere sin hijos, tome su hermano la mujer y suscite
29 descendencia a su hermano. Había pues, siete hermanos; y el
30, 31 primero, tomando mujer, murió sin hijos; y el segundo; y el
tercero la tomó; y de igual manera también los siete, no deja-
32 ron hijos y murieron¹³. Por último, también la mujer murió.
33 La mujer, pues, en la resurrección, ¿de cuál de ellos será mujer?
34 pues los siete la tuvieron por mujer. Y les dijo Jesús: Los hijos
35 de esta edad se casan y son dadas en casamiento¹⁴; mas los que
son juzgados dignos de obtener aquella edad y la resurrección
de entre los muertos, ni se casan ni son dadas en casamiento¹⁵;

ridad y gobierno se encuentran ordinariamente reunidos (12: 11), no quieren ver en ellos más que una designación enfática del poder de Pilato. Otros piensan que el gobierno es el sanedrín. Sea lo que fuere, la pregunta era hábilmente escogida para comprometer a Jesús, según la alternativa que escogería, ante el pueblo judío o bien ante el gobernador romano. Los emisarios fingían (gr. hipócritamente) ser justos, es decir ir a plantear su pregunta por un gran celo por la ley.

10. Su astucia; Mateo dice su malicia, Marcos su hipocresía. El texto recibido añade con A, C, D: ¿Por qué me tentáis? palabras tomadas de los dos primeros evangelios.

11. De ese modo, el objeto de la delegación había fallado (v. 20) y, delante del pueblo, los adversarios, confundidos, admirados, extrañados, guardan silencio y se van. Se comprende que los adversarios, bien que llenos de odio contra Jesús, no puedan menos que admirar la sabiduría de su respuesta.

12. Véase, sobre este relato. Mateo 22: 23-33 y Mar. 12: 18-27, notas. Lucas une este incidente al que pre-

cede por la partícula *mas*, indicando que esta tentativa de los saduceos está en relación con la derrota de los fariseos (v. 26.) En efecto, Mateo dice positivamente que tuvo lugar el mismo día. (Mat. 22: 23.)

13. Estos versículos 30 y 31 presentan en los manuscritos, diversas variantes, que no cambian esencialmente el sentido de la frase. El texto adoptado aquí es el de Tischendorf.

14. Los hijos de esta edad, o de este mundo, de la economía presente, es decir los hombres mortales que sólo viven por un tiempo, se casan y dan sus hijas en matrimonio, porque es necesario para perpetuar su especie. La expresión *esta edad* es opuesta a la *edad venidera* (v. 35); se halla también en el cap. 16. 8, pero con un significado moral.

15. Lógicamente, la resurrección debería ser nombrada antes que la *edad venidera*, a la que introduce al hombre; pero a los ojos de Dios, las dos no son más que un mismo acto de su gracia y de su omnipotencia. Hablando de los que participarán de la resurrección y del siglo venidero, el Señor sólo tiene en vista los hijos

36 pues no pueden más morir, pues son como los ángeles, y son
37 hijos de Dios siendo hijos de la resurrección¹⁶. Mas que los
muertos resucitan, aun Moisés lo ha indicado en La Zarza,
cuando llama al Señor Dios de Abrahán y Dios de Isaac y Dios
38 de Jacob¹⁷. Bien: Dios no es de muertos, sino de vivos, pues
39 todos viven para él¹⁸. Y respondiendo algunos de los escribas
40 dijeron: Maestro, bien has dicho; pues no osaban ya pregun-
tarle nada¹⁹.

C. 41-47. LA PREGUNTA HECHA POR JESÚS. ADVERTENCIA CONTRA LOS ESCRIBAS.—1.º ¿De quién es hijo el Cristo? Después de haber respondido a todas las preguntas de sus adversarios, Jesús hace a su vez una pregunta: ¿Cómo se puede decir que el Mesías es hijo de David, puesto que David le llama su Señor? (41-44).—2.º Los escribas censurados. Escuchándole todo el pueblo, Jesús pone a sus discípulos en guardia contra los escribas, de quienes censura el orgullo, la avidez y el celo hipócrita. Denuncia el juicio que les espera (45-47).

41 Mas les dijo: ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David?
42 pues David mismo dice, en el libro de los Salmos: Dijo el Señor
43 a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemi-

de Dios (v. 36), los que hubieren sido juzgados dignos o hechos dignos (la palabra griega tiene ambos sentidos), por la renovación interior de todo su ser.

16. Este versículo motiva el precedente (pues); da una doble razón del hecho de que el matrimonio no existirá más: primeramente, que siendo inmortales, los redimidos no tendrán ya que perpetuar su especie; luego, que serán transformados en seres espirituales y celestiales, semejantes a los ángeles. (Comp. Mat. 22: 30.) La causa eficiente de esta transformación es la resurrección misma, por la cual Dios crea de nuevo sus hijos a su imagen, de modo que la regeneración interior que se realiza en ellos en la tierra comprenderá entonces todo su ser: el espíritu, el alma y el cuerpo. (1 Tes. 5: 23.) Es lo que el texto expresa por este hebraísmo: ser hijo de la resurrección, de lo que se infiere que los resucitados son hijos de Dios, en un sentido especial y completo. (Comp. 1 Juan 3, 2.)

17. Aun Moisés, y no solamente los profetas (Isa. 26: 19-21; Dan. 12: 2). Moisés, la única autoridad reconocida por los saduceos, ha indicado que los muertos resucitan; el verbo

empleado quiere decir *revelar por una señal* algo oculto; es lo que tuvo lugar por el nombre que Dios se dió en su aparición a Moisés junto a la zarza ardiente. (Ex. 3: 6; comp. Mar. 12: 26, nota.) Hay propiamente en griego: "Moisés ha significado sobre la zarza", lo que quiere decir: en el pasaje en que cuenta la visión de la zarza; esta traducción es confirmada por las palabras: cuando llama al Señor, que muestran que Moisés es aquí considerado el autor del Éxodo.

18. Véase, sobre esta cita y la conclusión que Jesús saca de ella, Mateo 22: 32, nota. Lucas solo agrega estas palabras notables: *pues todos viven para él*. Todos, todos los creyentes, y no solamente los tres patriarcas aquí nombrados, viven para Dios, en relación con él, bien que, para los hombres y para este mundo, estén muertos.

19. Mateo dice que la multitud fué impresionada por esta profunda interpretación de la escritura; y Lucas nos hace saber que aun algunos de los escribas, más iluminados o más sinceros que los demás, se sintieron impelidos a aprobarla; pues (Sin. B), vencidos por él, no osaban ya dirigirle preguntas insidiosas.

- 44 gos por estrado de tus pies. David, pues le llama Señor; ¿y cómo es su hijo? ²⁰
- 45, 46 Y oyendo todo el pueblo, dijo a los discípulos: Cuidaos de los escribas, que quieren andar en largas ropas y les agradan saluciones en las plazas y primeros asientos en las sinagogas
- 47 y primeros lugares en las cenas ²¹; los que devoran las casas de las viudas, y por pretexto oran largamente; éstos recibirán mayor juicio ²².

D. 1-4. LA OFRENDA DE LA VIUDA.—1.^o Jesús ve a ricos que depositan sus ofrendas en el tesoro del templo. Ve también una viuda indigente que pone allí dos blancas (1, 2).—2.^o Declara entonces que esa viuda, que ha echado en el arca todo su haber, ha dado más que los otros que han puesto de lo superfluo (3, 4).

XXI. Y levantando los ojos, vió a los ricos que echaban sus 2 dones en el tesoro. Y vió a cierta viuda pobre que echaba allí dos 3 blancas ¹. Y dijo: En verdad os digo que esta viuda pobre ha 4 echado más que todos ². Todos éstos, en efecto, de lo que les sobraba echaron en los dones; pero ésta de su indigencia, toda la subsistencia que tenía echó ³.

3. El discurso profético.

A. 5-19. EL PORVENIR DEL MUNDO Y DE LA IGLESIA.—1.^o La ocasión del discurso. Como se elogiaba en su presencia las piedras y ornamentos del templo, Jesús predice su destrucción completa. Los suyos le preguntan entonces cuándo tendrá lugar ese acontecimiento y cuál será su señal precursora (5-7).—2.^o Los falsos cristos. Jesús pone a sus discípulos en guardia contra las seducciones de los que se presentarán como el Mesías que viene

20. Véase, sobre estas palabras de Jesús, Mat. 22: 41-46 y Mar. 12: 35-37, notas. Según Lucas, Jesús habría dirigido su pregunta a los escribas que acababan de aprobar su respuesta a los saduceos (v. 39), y esto inmediatamente después de ésta; mientras que Mateo (22: 34 y sig.) coloca, entre ambos hechos, una conversación con fariseos, a los cuales Jesús habría luego planteado su pregunta relativa al hijo de David. Según Marcos, Jesús interroga, de una manera general, a la multitud sobre la enseñanza de los escribas. Concordancia en el fondo, variedad en el detalle de los relatos.

21. Véase Mat. 23: 6, 7, nota; Mar. 12: 38, nota.

22. Esta última y severa advertencia, relativa al espíritu y la conducta de los escribas, se halla también, en el mismo lugar y en la misma forma,

en Mar. 12: 38-40. (Véanse las notas.) Las mismas palabras nos han sido conservadas por Mateo en el gran discurso contra los escribas y los fariseos que llena el cap. 23. (Véase Mat. 23: 1, 6, 7, notas.)

1. Véase, sobre este incidente Mar. 12: 41-44 notas. Este evangelista refiere que con esos ricos había una multitud de personas que, al salir del templo, echaban sus ofrendas en el tesoro: en medio de esa multitud, la mirada de Jesús penetra en las disposiciones de los corazones.

2. Más que todos. Dios tiene otro modo de contar que los hombres, porque él mira al corazón.

3. Indigencia, déficit; su haber no bastaba para sus necesidades. El amor no calcula; la fe cuenta con Dios para el porvenir. Tal conducta no se imita, Dios la inspira.

en su reino (8).—3.^o Cataclismos sociales y físicos. Jesús conforta a los suyos en previsión de esos trastornos; ellos no traerán inmediatamente el fin; éste será precedido por guerras, terremotos, hambres, pestes, señales en el cielo (9-11).—4.^o Los discípulos perseguidos. El primero y principal carácter de esos tiempos, serán las persecuciones. Serán ejecutadas por las autoridades, y ofrecerán a los discípulos ocasión de dar testimonio de su Maestro. Éste les dará una sabiduría a la que sus enemigos no podrán resistir; no tendrán, pues, que premeditar su defensa. Esas persecuciones serán provocadas también por la enemistad de sus parientes. El nombre de Jesús excitará contra ellos un aborrecimiento universal. Mas Dios los protegerá eficazmente, y, por su paciencia, salvarán sus almas (12-19).

- 5 Y diciendo algunos sobre el templo, que estaba adornado
6 con hermosas piedras y ofrendas, dijo ⁴: Esto que miráis. . . días
7 vendrán en que no será dejada piedra sobre piedra que no sea
7 derribada ⁵. Y le preguntaron diciendo: Maestro, ¿cuándo pues
será esto? ¿y cuál la señal cuando esto esté a punto de aconte-
8 cer? ⁶ Y él dijo: Mirad no seáis engañados, pues muchos ven-
drán en mi nombre, diciendo: Yo soy; y el tiempo se ha acer-
9 cado ⁷. No vayáis en pos de ellos. Mas cuando oyereis guerras
y desórdenes, no os aterroricéis; pues es necesario que esto acon-
10 tezca primero, pero no será luego el fin ⁸. Entonces les decía:
11 Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y ha-
brá grandes terremotos y hambres y pestes por los lugares, y
12 habrá cosas terríficas y grandes señales del cielo ⁹. Mas antes

4. Véase sobre este discurso profético, Mat. 24; Mar. 13, notas; y comp. Luc. 17: 30-37, notas. Algunos de los discípulos hacen observar a Jesús las hermosas piedras (comp. Marcos 13: 2, notas) y las ofrendas de que el templo estaba adornado. Esta última palabra es particular a Lucas. Se sabe por el historiador Josefo que los judíos y los prosélitos ricos, de todas las partes del mundo, hacían al templo magníficos presentes, que eran expuestos en los atrios exteriores y decoraban sus muros. El más notable era una cepa de vid, de oro, de un tamaño colosal, y que había sido ofrecida por Herodes el Grande.

5. Comp. Mat. 24: 2, 1.^a nota.—Sin., B tienen: no será dejada aquí piedra sobre piedra.

6. En Marcos y en Lucas, la pregunta de los discípulos sólo concierne al tiempo de esta destrucción del templo y la señal por la cual se reconocerá su aproximación. En Mateo se extiende a la venida del Señor, que los discípulos se representaban entonces como simultánea con la

ruina de Jerusalén. Los discípulos plantearon, sin duda, a Jesús la doble pregunta que Mateo refiere, pues el Salvador, según los tres evangelios, reúne, en su respuesta, la predicción de los dos grandes acontecimientos de que se trata.—Según Mateo y Marcos, los discípulos interrogaron a Jesús cuando se hubo sentado en el monte de los Olivos, enfrente de Jerusalén, y allí fué pronunciado el discurso que va a seguir. Lucas ha omitido esas indicaciones de lugar.

7. Yo soy el Cristo, el Mesías. (Mat. 24: 5, nota.) Ese tiempo que se acerca es aquél en que será establecido el reinado del Mesías.

8. Mat. 24: 7, nota.

9. Mat. 24: 7, 8, notas. El texto recibido con A, D y la mayor parte de los mayúsc. dice: temblores de tierra por los lugares, y hambres. . . La palabra del cielo se refiere igualmente a las cosas terríficas y a las señales. Unas y otras serán manifestaciones de lo alto. Lucas solo las menciona.

de todo esto echarán sobre vosotros sus manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles, siendo llevados ante 13 reyes y gobernadores por causa de mi nombre; se os tornará en 14 testimonio ¹⁰. Poned pues en vuestros corazones no premeditar 15 para defenderos, pues yo os daré boca y sabiduría a la que no 16 podrán resistir o contradecir todos vuestros adversarios ¹¹. Y seréis entregados aun por padres y hermanos y parientes y ami- 17 gos; y harán morir de entre vosotros. Y seréis aborrecidos por 18 todos por causa de mi nombre ¹². Y un cabello de vuestra ca- 19 beza no se perderá ¹³. Por vuestra perseverancia ganaréis vuest- ras almas ¹⁴.

10. Después de la aparición de los falsos profetas, los disturbios entre los pueblos y los fenómenos espantosos en la naturaleza (v. 8-11), Jesús anuncia a los suyos la persecución que los tres evangelistas describen casi en los mismos términos. (Comp. Mat. 24: 9, 10; Mar. 13: 9, notas.) Mateo señala el tiempo de ella por la palabra: *entonces*; Lucas por: *antes de todo esto*. En efecto, la persecución, sobre todo de parte de los judíos, empezó mucho antes de la ruina de Jerusalén.—Lucas agrega que será esa para los discípulos la ocasión más favorable de *dar testimonio* a la verdad (v. 13), pensamiento que debía ser para ellos un potente estímulo: ellos no tardaron (Act. 4: 8; 5: 29, 41, etc.; comp. Fil. 1: 12 y sig.) en experimentarla. Otros traducen: *eso os servirá de testimonio*; interpretan esta idea diciendo, ya que la fidelidad de que los discípulos darán prueba confirmará su fe, ya que su inocencia será reconocida por esos tribunales. Estas explicaciones son poco naturales y la traducción es menos conforme al griego, que tiene literalmente: *Eso tendrá por resultado para vosotros un testimonio*.

11. Esta promesa que Jesús ya había hecho a los discípulos (Mateo 10: 19, 20, nota; Luc. 12: 11, 12), se la hace oír otra vez en este momento solemne, en que abre a sus miradas la dolorosa perspectiva de las persecuciones que tendrán que soportar.—La boca es la figura de la palabra de que es órgano, de una palabra hecha potente por el Espíritu de Dios. Ese mismo Espíritu les

dará una *sabiduría* a la cual sus adversarios no podrán resistir. (Actos 6: 10), y cuyas declaraciones no podrán *contradecir*.—¿Con qué majestad divina anuncia Jesús que él mismo cumplirá esta promesa: *pues YO os daré!* “Habla desde el punto de vista de su exaltación; será, pues, omnipresente en medio de ellos.” Bengel.

12. Mat. 10: 21, 22, notas; Mar. 13: 12, 13, notas. ¿Qué dolorosa agravación en los sufrimientos de los testigos de Jesucristo es la de ser entregados por los miembros de sus propias familias y ser aborrecidos de todos! (Juan 15: 20, 21.)

13. Expresión proverbial que significa: no os sucederá ningún mal. (Comp. Act. 27: 34; Luc. 12: 7.) ¿Cómo conciliar esta promesa con las palabras del v. 16: “*harán morir de entre vosotros?*” Unos ponen a la promesa de Jesús alguna restricción tal como la siguiente: Ningún mal os alcanzará sin la voluntad de Dios. Otros prefieren tomar la figura aquí empleada en un sentido moral: Todas esas violencias no perjudicarán vuestra salvación eterna; nada de lo que pertenece a vuestra verdadera personalidad perecerá. El versículo siguiente es favorable a este sentido.

14. El texto recibido tiene aquí una variante que se lee en *Sin.*, *D* y la mayor parte de las *mayúsc.*, a la que ha vuelto Tischendorf en su 8ª edición, y que pone el verbo de esta frase en imperativo: *ganad vuestras almas* (o *vuestros vidas*); la palabra griega tiene ambos sentidos). Pero *B*, *A* y las versiones nos

B. 20-24. LA RUINA DE JERUSALÉN.—1.º *Orden de salir de Jerusalén*. Cuando los discípulos vean los ejércitos enemigos cercado a Jerusalén, retírense sin demora de la ciudad (20, 21)—2.º *Motivos de esa orden*. Jerusalén sufrirá el castigo anunciado por las escrituras. ¡Ay, pues, de aquéllas que estuvieren impeditas de huir! Los habitantes serán matados o reducidos a esclavitud. Las naciones oprimirán a Jerusalén, hasta que los tiempos de las naciones sean cumplidos (22-24).

20 Mas cuando viereis a Jerusalén rodeada por Ejércitos, sa- 21 bed entonces que se ha acercado su desolación ¹⁵. Entonces, los que estén en la Judea huyan a los montes, y los que en medio de 22 ella retírense, y los que en el campo no entren en ella ¹⁶; porque días de venganza son esos, para que se cumpla todo lo escrito ¹⁷. 23 ¡Ay de las encintas y de las que amamanten en aquellos días! pues habrá grande calamidad sobre la tierra e ira contra este 24 pueblo ¹⁸, y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones ¹⁹; y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que los tiempos de los gentiles sean cumplidos ²⁰.

parecen decidir en favor del indicativo, que está más en armonía con el contexto. El Salvador acaba de decir: Ningún mal os acontecerá. ¿Por qué? Porque el poder de Dios os protegerá y vosotros mismos, por vuestra parte, en medio de los peligros, *ganaréis vuestras almas*, y eso por *vuestra paciencia, perseverando hasta el fin*. Varias versiones, conforme a la lección del texto recibido, traducen como sigue este último pensamiento: “Poseed vuestras almas por vuestra paciencia”; pero el sentido del verbo griego no es *poseer*; significa *adquirir, tomar posesión de, o en fin ganar*. El mismo pensamiento es expresado en otras partes por el Salvador. (Mat. 24: 13; Mar. 13: 13; Luc. 17: 33.)

15. Después de haber indicado las señales precursoras de la catástrofe, vuelve Jesús a ésta (v. 20-24; comp. Mat. 24: 15-21, notas, y Mar. 13: 14-19, notas.) Mientras los dos primeros evangelistas designan el sitio de Jerusalén en los términos de la profecía de Daniel, como “la abominación de la desolación establecida en el lugar santo”, Lucas, que escribe para lectores extraños al Antiguo Testamento, lo menciona en el lenguaje ordinario: *Jerusalén rodeada por ejércitos*. (Comp. 19: 43, 44, nota.)

16. La exhortación a *huir a los montes* se dirige especialmente a los

cristianos. Obedecieron la palabra del Salvador (Mat. 24: 16, nota), mientras que los judíos se alimentaron con la vana esperanza de que Dios salvaría su ciudad por un milagro. Aquellos de sus discípulos que estuvieren en Jerusalén (gr. *en medio de ella*, Jerusalén, v. 20), continúa Jesús, deberán retirarse y los que estuvieren en los campos (y no: en las comarcas vecinas) *no volver a entrar en la ciudad*.

17. Todas esas desgracias no harán más que *cumplir las escrituras*, desde Deut. 28: 15 y sig., hasta la profecía de Daniel 9: 26, 27.

18. Mateo y Marcos dicen que esa será una tribulación tal “como no la hubo desde la fundación del mundo, y como jamás habrá otra semejante.”

19. Comp. Mat. 24: 21, nota.

20. *Las naciones o los gentiles*, los paganos, son siempre puestos en la escritura en oposición con el pueblo de Dios. Este detalle de la profecía, que Lucas solo nos ha conservado y que anunciaba que la ciudad santa sería pisoteada, hollada por los paganos, se cumple desde hace diez y ocho siglos. Este estado de cosas durará hasta que los tiempos de los gentiles sean cumplidos. Muchos intérpretes piensan que esos tiempos de los gentiles son los períodos de la historia durante los cuales Dios ejercerá por ellos ese temible juicio. Eso es hacer de la declaración de

C. 25-38. EL ADVENIMIENTO DEL HIJO DEL HOMBRE.—1.^o *La venida del Señor y las señales que la presagiarán.* Jesús indica los fenómenos cósmicos que anunciarán la venida del Señor, y el terror que se apoderará de los hombres; luego describe la aparición del hijo del hombre (25-27).—2.^o *Invitación a esperar.* Esas señales que esparcirán el terror por el mundo, serán para los discípulos la anunciación de su liberación. Jesús les dice que levanten entonces la cabeza. Cuando la higuera y los árboles brotan, reconocen la proximidad del verano. Esos acontecimientos, igualmente, les harán saber que el reino de Dios está cerca. Se cumplirán antes que esta generación pase. Las palabras de Jesús son inmutables (28-33).—3.^o *Exhortación a velar.* Como aplicación inmediata que Jesús hace de esta profecía, induce a los suyos a tener cuidado con el sopor causado por los placeres carnales y las inquietudes de la vida, para no ser sorprendidos. ¡Oren y velen! (34-36).—4.^o *Nota del evangelista.* Jesús enseñaba durante el día en el templo y pasaba las noches en el monte de los Olivos. Todo el pueblo iba a escucharle (37, 38).

25 Y habrá señales en sol y luna y estrellas; y sobre la tierra
angustia de naciones en perplejidad al ruido del mar y de las
26 olas, expirando los hombres por terror y expectación de lo que
viene sobre la tierra; pues las potencias de los cielos serán con-
27 movidas ²¹. Y entonces verán al hijo del hombre viniendo en
28 una nube con gran potencia y gloria ²². Mas empezando esto a
acontecer, enderezaos y levantad vuestras cabezas, porque vues-
29 tra redención se acerca ²³. Y les dijo una parábola: Mirad la

Jesús una tautología. *Los tiempos*, o, como se puede traducir también, *las ocasiones*, los tiempos oportunos de las naciones, son las épocas señaladas por la misericordia de Dios en que llamará a esas naciones a la posesión de la salvación por el evangelio de su gracia. Cada nación tiene su tiempo en que la salvación le es ofrecida; de ahí el plural *los tiempos*. (Rom. 11: 25 y sig.). Así Jesús, al anunciar a Israel su rechazo y el castigo que le alcanzará, le deja un rayo de esperanza: cuando el evangelio haya sido llevado a todas las naciones, el castigo de Israel terminará. Pablo expresa el mismo pensamiento en el pasaje que acabamos de citar.—Esta declaración del Salvador es también muy importante para la inteligencia de todo este discurso profético. Mientras que, según Mat. 24: 29 y Mar. 13: 24, Jesús parece anunciar su venida inmediatamente después de la ruina de Jerusalén, resulta de la relación de Lucas que se debe colocar entre esos dos acontecimientos todo el período indeterminado llamado *los tiempos de las naciones*.

21. Véase, sobre estas palabras,

Mat. 24: 29, nota, y Mar. 13: 24. Después que "los tiempos de las naciones" (v. 24) sean cumplidos, se verá aparecer, en toda la naturaleza, esos terribles fenómenos, precursores del advenimiento del hijo del hombre. Lucas lo describe de un modo más impresionante aun que los dos primeros evangelistas; él pinta sus efectos terribles: *angustia de naciones que no saben qué hacer* (gr. en un estado *sin recursos*, en *perplejidad*) *al ruido del mar y de las olas* (*Sin., B, A, C*), consecuencia y emblema de los trastornos cósmicos; los hombres *expirando de terror* al acercarse los juicios de Dios. (Comp. Joel 2: 10; 3: 15, 16; Isa. 34: 11; Ageo 2: 6.)

22. Mat. 24: 30; Mar. 13: 26. notas.

23. El advenimiento que causará el terror del mundo (v. 25, 26) será para el pueblo de Dios causa de inefable gozo. ¡Arriba, esas miradas bajadas a tierra, esas cabezas encorvadas bajo el peso de la aflicción; he aquí la redención! En lugar de esta exhortación alentadora, propia de Lucas, Mateo y Marcos mencionan el envío de los ángeles de Dios para

30 higuera y todos los árboles: cuando ya brotan, viéndolo, de vos-
31 otros mismos sabéis que ya cerca está el verano. Así también
vosotros, cuando viéreis acontecer esto, sabed que cerca está el
32 reino de Dios ²⁴. En verdad os digo que de cierto no pasará esta
33 generación hasta que todo acontezca ²⁵. El cielo y la tierra pasarán,
mas mis palabras de cierto no pasarán ²⁶.
34 Mas tened cuidado de vosotros, no sea que sean cargados
vuestros corazones por exceso y borrachera y congojas de la
35 vida ²⁷, y venga sobre vosotros aquel día, de repente; pues como
una trampa vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda
36 la tierra ²⁸. Mas velad suplicando en todo tiempo, para que pre-
valezcáis para escapar de todo esto que debe acontecer, y subsistir
delante del hijo del hombre ²⁹.

reunir los elegidos dispersos sobre toda la tierra.

24. Véase, sobre esta *parábola*, Mat. 24: 32, 33, notas; Mar. 13: 28, 29.—Los dos primeros evangelios solamente hablan de la *higuera*; Lucas, que no conocía tan bien la Palestina, agrega: *y todos los árboles*. "La mayor parte de los árboles de la Palestina, no perdiendo sus hojas en invierno, poco pueden servir para señalar la diferencia de las estaciones." F. Bovet, *Viaje a Tierra Santa*, 7.^a edic., p. 272.—En Mateo y en Marcos se lee: "Cuando ocurrieren estas cosas, sabed que está cercano, a la puerta," es decir el Salvador que va a aparecer. Lucas dice: *el reino de Dios está cerca*; va a ser manifestado en su gloria, elevado a la perfección.

25. Lucas, lo mismo que los dos primeros evangelistas, coloca esta declaración en una parte del discurso que trata del advenimiento del Salvador, mientras que, según su sentido evidente, no puede concernir sino a la ruina de Jerusalén, que tuvo lugar, en efecto, viviendo aun *la generación de entonces*. Véase, sobre esta dificultad, Mateo 24: 34, y Mar. 13: 30, notas.

26. Mat. 24: 35, nota.—En los tres primeros evangelios, el discurso profético del Salvador termina con esta importante sentencia que le pone el sello de una autoridad divina. Lo que sigue no es más que la aplicación.—Estas palabras: *El cielo y la tierra pasarán* no son una suposición destinada a hacer resaltar la perpe-

tuidad de las palabras de Jesús; anuncian una realidad, que está en plena armonía con la segunda parte de este discurso y con todas las enseñanzas de la escritura. (Apoc. 21: 1; 2 Pedro 3: 13.)

27. De esos grandes acontecimientos futuros, Jesús vuelve a traer el pensamiento de los discípulos a *ellos mismos* y la vida moral y religiosa que debe prepararlos para ellos. Dos lazos les son tendidos: las voluptuosidades carnales que *cargan el corazón*, y las *inquietudes de la vida*. Jesús los ha señalado en otro lugar. (8: 14.)

28. Según *Sin., B, D*, habría que construir: *venga sobre vosotros de improviso como una red; pues vendrá sobre todos los que habitan*.—*Ese día*, el gran día del advenimiento del Salvador que acaba de ser anunciado y que, por toda la escritura, nos es presentado como inesperado, objeto de universal sorpresa. (Mat. 24: 42; 25: 13, etc.)—Jesús dirige estas palabras a sus discípulos de todos los tiempos. Quiere que ellos esperen *ese día* en santa vigilancia, como que puede *sorprenderlos* a cada instante; de ahí la ignorancia en que Jesús los ha dejado intencionalmente acerca del tiempo de su venida. (Mat. 24: 36; Mar. 13: 32.) La iglesia primitiva vivía en espera del próximo regreso de Cristo, y esa espera es siempre la verdadera disposición del cristiano en la tierra, tanto más cuanto está en la incertidumbre de la hora de su muerte.

29. La *vigilancia* y la *oración* son

37 Y de día estaba en el templo enseñando, mas por las noches,
38 saliendo, pernoctaba en el monte llamado Olivar. Y todo el pueblo iba de madrugada a él, en el templo, para oírle ⁸⁰.

II. LOS PADECIMIENTOS Y LA MUERTE DE JESÚS.

1. La conspiración contra Jesús.

1-6. LA TRAICIÓN DE JUDAS.—1.º *La situación al aproximarse la fiesta de pascua.* Los jefes del pueblo buscan un medio de hacer morir a Jesús, pero temen al pueblo (1, 2).—2.º *Las proposiciones de Judas.* Satanás entra en Judas, uno de los doce. Éste va a entenderse con las autoridades sacerdotales y les ofrece entregarles a Jesús. Los jefes le acogen con gozo. Conviene con él el precio de su traición. Judas busca desde entonces ocasión de hacer arrestar a Jesús secretamente (3-6).

XXII. Y se acercaba la fiesta de los ázimos, llamada la pascua ¹. Y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo 3 le matarían, pues temían al pueblo ². Mas entró Satanás en Ju-

los dos grandes medios de escapar de los peligros de la última prueba y subsistir delante del hijo del hombre. (Mat. 26: 41.) ¡Qué majestad hay en estas palabras, por las cuales el hijo del hombre se anuncia como el juez del mundo!—Según el texto recibido, A, C, D, la Itala, la vers. siríaca, habría que leer: "a fin de que seáis hallados dignos o hechos dignos de escapar..." Sin., B, las vers. egip. dicen seáis bastante fuertes para...

30 Esta observación de Lucas no significa que el Señor, después de haber pronunciado el discurso profético que precede, continuó enseñando en el templo, ni tampoco que dijera este discurso en el lugar santo, lo que estaría en oposición con Mat. 23: 39 y 24: 3. Nuestro evangelista resume en estas palabras el empleo que Jesús hizo de los primeros días de la semana santa. De día (gr. los días), enseñaba en el templo, y allí se colocan todos los discursos referidos por los tres evangelistas en esos momentos supremos de la última estada de Jesús en Jerusalén; de noche (gr. las noches), se retiraba con sus discípulos al monte de los Olivos (Mar. 11: 19, nota) para

hallar allí recogimiento y reposo, o porque no estaba ya seguro en la ciudad, donde sus enemigos, que ya habían resuelto su muerte, le espían para apoderarse de él. La solicitud del pueblo en escucharle es vivamente pintada por un término del original que significa que, desde el amanecer, se reunía alrededor de él en el templo. No se trata solamente del pueblo de Jerusalén, ya más o menos bajo la influencia hostil de sus jefes, sino de los numerosos adherentes de Jesús, venidos de Galilea para la fiesta de pascuas.

1. Véase Mat. 26: 1-5, notas y Mar. 14: 1, 2, notas. Lucas se limita a decir que la pascua se acercaba; Mateo y Marcos indican de un modo más preciso que esta fiesta iba a tener lugar "dentro de dos días." En cuanto a la fecha del día en que Jesús celebró la pascua, el evangelio de Juan indica el 13 de nisán, mientras los sinópticos parecen fijarla en el 14. Véase, sobre esta cuestión difícil, Juan 13: 1, nota.

2. Mateo (23: 3-5, notas) nos dice, con más detalles, cuál era la perplexidad de los jefes de la teocracia. Ya habían resuelto en solemne consejo hacer morir a Jesús (Juan 11: 47 y

4 das, llamado Iscariote, que era del número de los doce ³; y fué se y conversó con los principales sacerdotes y capitanes, cómo se lo 5, 6 entregaría ⁴. Y se gozaron, y convinieron darle dinero; y se comprometió, y buscaba oportunidad para entregárselo sin alboroto.

2. Última velada de Jesús con sus discípulos.

A. 7-23. LA PASCUA Y LA CENA.—1.º *Los preparativos.* El día de los panes sin levadura, cuando el cordero pascual debía ser inmolado, ordena Jesús a Pedro y a Juan que preparen la pascua. Les dice que cuando hubieren entrado en la ciudad, encontrarán un hombre que lleva un cántaro; no tendrán más que seguirle. El amo de la casa en que entrare les mostrará un aposento alto, donde harán los preparativos. Los discípulos obran según las indicaciones de Jesús (7-13).—2.º *El comienzo de la comida.* Llegada la hora, Jesús se pone a la mesa con los apóstoles. Expresa los sentimientos que le animan: esa comida es el cumplimiento de su ardiente deseo, pues no comerá más la pascua con ellos hasta que sea cumplida en el reino de Dios. Toma la copa y se la da para que la distribuyan entre sí, diciendo que no beberá ya del fruto de la vid hasta que haya venido el reino de Dios (14-18).—3.º *La institución de la santa cena.* Jesús toma pan, lo rompe y lo da a sus discípulos, diciendo: Esto es mi cuerpo que es dado por vosotros; haced esto en memoria de mí. De igual manera, después de la cena les da la copa, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre que es derramada por vosotros (19, 20).—4.º *La traición de Judas denunciada.* Jesús, herido por el contraste entre esta comida de amor, símbolo de la comunión con él, y la presencia del traidor, declara que el que le entrega está a la mesa con él. La muerte del Salvador será efecto de un decreto divino; sin embargo, ¡ay del hombre que sirve de instrumento! Los discípulos se preguntan entre sí quién comería una acción semejante (21-23).

7 Y llegó el día de los ázimos, en el que era necesario fuera

sig.); pero buscaban cómo le harían morir (gr. el cómo), a causa del temor que tenían del pueblo, solicito de escuchar al Salvador (Luc. 21: 38), y entre el cual tenía Jesús una multitud de adherentes. Temían que se levantara alguna sedición entre las multitudes inmensas que llenaban la ciudad en ese momento. La autoridad romana habría intervenido entonces y habría hecho abortar sus planes. Había, pues, que evitar ejecutarlos durante la fiesta; pero la oferta de Judas (v. 3) los condujo a apartarse de esas prudentes resoluciones y vino a cumplir los designios de Dios.

3. Véase Mat. 26: 14-16, notas, y Mar. 14: 10, 11. Además de las causas morales del crimen de Judas, la avaricia y el odio, Lucas y Juan recuerdan en atribuirlo a la influencia de Satanás. Este último evangelista

aun señala una gradación en esa influencia diciendo (13: 2) que Satanás le había "puesto en el corazón" el hacer traición a Jesús, y agregando (v. 27) que en el último momento Satanás entró en él. Esta expresión, en la que concuerdan los dos evangelistas, significa que Satanás acabó por vencer los últimos escrúpulos del discípulo y determinar su resolución. Tal es la historia de todas las caídas. El Salvador mismo ve una obra del "poder de las tinieblas" en el crimen individual y nacional que su pueblo iba a cometer. (v. 53.)—Las palabras añadidas al nombre de Judas: que era del número de los doce apóstoles, hacen notar el contraste trágico entre la vocación y la acción de ese hombre.

4. Es decir que Judas, tomando la iniciativa de su traición, fué a ofrecer a los jefes del pueblo entregarles

8 sacrificada la pascua⁵. Y envió a Pedro y a Juan diciendo: Id
9 y preparadnos la pascua para que la comamos. Y ellos le di-
10 jeron: ¿Dónde quieres que preparemos?⁶ Y él les dijo: He aquí,
entrados vosotros en la ciudad, os encontrará un hombre llevan-
do un cántaro de agua; seguidle a la casa en que entrare⁷.
11 y diréis al dueño de la casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está
12 el comedor donde coma la pascua con mis discípulos? Y aquí
os mostrará un gran aposento alto amueblado; allí preparad.
13 Y yendo, hallaron conforme les había dicho; y prepararon la
14 pascua⁸. Y cuando llegó la hora, se reclinó [a la mesa], y los
15 apóstoles con él⁹. Y les dijo: Con gran deseo he deseado comer
16 esta pascua con vosotros, antes de padecer¹⁰; pues os digo que
17 de cierto no la comeré más hasta que sea cumplida en el reino de

su Maestro. (Mateo 26: 15, nota.) Luego hubo entre ellos y él un convenio mutuo. (v. 5.)—Los *capitanes* eran los comandantes de la guardia del templo. (v. 52; Act. 4: 1.) Ellos asistían a ese conciliábulo, porque debían obrar el arresto de Jesús.

5. Véase, sobre este relato, Mat. 26: 17-29, notas, y Mar. 14: 12-25, notas. Lucas es más preciso aun que los dos primeros evangelistas sobre ese día que llegó, en el cual era necesario (según la ley) inmolar la pascua. Evidentemente, designa así el 14 del mes de nisán. Pero como entre los judíos un día de sábado o de fiesta empezaba la víspera a las seis de la tarde, a la puesta del sol, y duraba toda la noche y el día siguiente, se ha supuesto que podía tratarse aquí de la víspera del 14, es decir el 13 al anocheecer. Esta cuestión es importante en la busca de armonía entre los sinópticos y Juan. (Véase Juan 13: 1, nota; Mar. 15: 21, nota.)

6. Según Mateo y Marcos, son los discípulos quienes toman la iniciativa preguntando a Jesús: “¿Dónde quieres que te preparemos la comida de pascua?”—Lucas solo nombra a Pedro y a Juan. Importaba a Jesús enviar los dos discípulos en quienes tenía más confianza. (Véase la nota siguiente.)

7. El misterio de que Jesús rodea la misión de ellos se explica por los peligros de la situación en que se hallaba. (Véase Marcos 14: 15, nota.)

8. Esa *preparación* consistía en procurar antes del anocheecer todo lo que, según la ley, era necesario para

la comida de pascua: un cordero asado, hierbas amargas, vino, etc.

9. La hora, la que Jesús había fijado a sus discípulos y que era la hora ordinaria de la comida pascual. —El texto recibido dice: los doce apóstoles; la palabra en bastardilla es tomada de Mateo y Marcos, que dicen simplemente: *con los doce*. Los evangelistas insisten en el hecho de que Jesús celebró la pascua y la cena con los apóstoles solos.

10. Gr. *Con deseo he deseado*; locución por la cual los Setenta vierten a menudo un hebraísmo destinado a señalar la intensidad de la acción o del sentimiento. Comp. las expresiones similares: *regocijarse con gozo* (Juan 3: 29); *amenazar con amenaza*. Act. 4: 17, etc.) ¿Qué inspiraba al Salvador ese ardiente deseo? Era su amor hacia los suyos, hacia nuestra humanidad a la que sus sufrimientos iban a salvar, hacia Dios su Padre a quien la redención del mundo debía glorificar. Jesús se olvida, se sacrifica enteramente a sí mismo. No tenía más que un temor: que en medio de las emboscadas de sus enemigos, no pudiera celebrar con los suyos la pascua e instituir la cena. Las palabras: *antes de padecer* descubren este sentimiento delicado y profundo. Lucas solo nos ha conservado estas palabras.

11. Véase, sobre el sentido de estas palabras y del v. 18, Mat. 26: 29, nota. Según Mateo y Marcos, Jesús habría expresado este pensamiento profundo, no al celebrar la pascua, sino después de haber instituido la *cena*,

Dios¹¹. Y tomando una copa, dando gracias dijo: Tomadla y dis-
18 tribuidla entre vosotros¹²; pues os digo, de cierto no beberé desde
19 ahora del producto de la vid, hasta que venga el reino de Dios¹³. Y
tomando pan, dando gracias, lo rompió y dió a ellos, diciendo: Esto
es mi cuerpo, que por vosotros es dado¹⁴; haced esto en memoria
20 de mí¹⁵. Y la copa de igual manera, después de cenar¹⁶, di-

lo que parece más natural. Pero, en el fondo, como Jesús consideraba esas dos instituciones en su sentido espiritual más elevado, podían confundirse en su pensamiento. ¿No iba él a substituir el cordero pascual por “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, que es el verdadero objeto de la cena?

12. Gr. habiendo *recibido*, aceptado, una copa (que se le presentaba), no la copa, como dicen nuestras versiones ordinarias, sino una de las copas que servían a la comida de pascua, y que circulaban varias veces durante esa comida. (Mat. 26: 28, 1.^o nota.) Solamente en el v. 20 da Jesús la copa de la cena.

13. Estas dos expresiones: *cumplida en el reino de Dios* (v. 16) y *el reino de Dios venido*, son sinónimas; indican el estado de perfección en que los símbolos habrían cedido el lugar a las realidades eternas. Se puede inferir de estas palabras: “no beberé en adelante (gr. *desde ahora*) del producto de la vid” que Jesús no bebió de la copa de la cena, (v. 20.) Mateo, que coloca estas palabras después de la institución de la cena, afirmaría al contrario la participación de Jesús de la copa; pero eso es quizá forzar algo los términos del primer evangelio.

14. Véase, sobre la institución de la cena, Mat. 26: 26-28, notas, y Mar. 14: 22-25, notas. Los dos primeros evangelios dicen simplemente: *esto es mi cuerpo*; las palabras: *que por vosotros es dado*, son particulares a Lucas, cuya relación es conforme a la de Pablo (1 Cor. 11: 24), salvo en que substituye por la palabra *dado* la *de roto*. Este último término corresponde exactamente a la acción simbólica que Jesús realizaba entonces rompiendo el pan; y anunciaba que el cuerpo del Salvador iba a ser quebrantado en los sufrimientos y la muerte. La expresión de Lucas tiene

igual valor: *dado por vosotros*, significa *entregado a la muerte*, como lo indica claramente el contexto y la situación. (Comp. Gál. 1: 4; 1 Tim. 2: 6; Tito 2: 14.)

15. Estas últimas palabras, omitidas por Mateo y Marcos, son también referidas por Pablo, que las repite dos veces, añadiendo, respecto de la copa: *todas las veces que de ella beberéis*. De ahí resulta evidente que Jesús no pensaba solamente celebrar la cena con sus primeros discípulos, sino que la establecía en su iglesia como un “memorial” de su persona y de su obra por todos los tiempos. Jesús, al separarse de los suyos, a quienes ama, quiere así quedar y vivir en medio de ellos. Pensamiento conmovedor y profundo que Pablo comenta en estas palabras: “todas las veces que coméis de este pan y bebéis de esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga.” (1 Cor. 11: 26.) Diez y nueve siglos han transcurrido desde entonces, imperios y reinos han desaparecido, y este memorial tan sencillo es aún celebrado con amor sobre toda la faz de la tierra; y lo será hasta el fin de los siglos.—La doctrina zuingliana, según la cual la cena es un recuerdo de Cristo y de su muerte, se funda en palabras pronunciadas por Jesús en el momento en que distribuyó los símbolos de su sacrificio, pero no agota el significado de ese sacramento, como lo muestran las otras palabras de la institución.

16. Este *igualmente* lleva el pensamiento al versículo precedente y significa: “tomó la copa y, habiendo dado gracias, la dió a ellos”, lo que se encuentra explícitamente en Mateo y Marcos. Los términos de Lucas son literalmente tomados del apóstol Pablo. (1 Cor. 11: 25.) Lucas dice que Jesús tomó la copa *después de haber cenado*, exactamente como Pablo. (1 Cor. 11: 25.) Se ha

ciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que es derramada por vosotros ¹⁷.

21 Empero, he aquí, la mano del que me entrega está conmigo
22 sobre la mesa ¹⁸; porque el hijo del hombre va, sí, según lo de-

querido inferir de esta indicación que Jesús no instituyó la cena sino después de la terminación completa de la comida pascual. Pero ella no se refiere más que a la distribución de la copa. Indica más bien que cierto tiempo transcurrido entre el momento en que Jesús rompió el pan y aquel en que dió la copa. (Comp. Mat. 26: 36, 1.^ª nota.)

17. En Mateo y Marcos se lee según el verdadero texto: "Esto es mi sangre del pacto", en Lucas y Pablo: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre. La única diferencia a constatar en estos términos, es la palabra *nuevo pacto* (por oposición al antiguo); pues *mi sangre del pacto* y *pacto en mi sangre* son expresiones sinónimas. En cuanto a la segunda parte de nuestro versículo, las palabras particulares a Lucas: *que es derramada por vosotros*, están en plena armonía con los términos más explícitos de Mateo: *que es derramada por muchos en remisión* (o *para perdón*) *de pecados*. Sobre el sentido tan profundo y tan rico de estas palabras, véase Mat. 26: 28, notas.—El Nuevo Testamento contiene dos relaciones de la institución de la cena, que, en plena armonía en cuanto a los pensamientos, difieren en algunos términos en cuanto a la redacción: de un lado, las de Mateo y Marcos, que sin embargo no emplean expresiones idénticas; por el otro, las de Pablo y Lucas, que tampoco son reproducción literal una de otra. Esta unidad en la diversidad es uno de los caracteres de todo el evangelio. La tradición apostólica jamás ha sido volcada en un molde uniforme. Como de las dos fórmulas presentes, la de Pablo y de Lucas es, a ciertos respectos, la más completa y, por otra parte, el apóstol declara solemnemente que ha "recibido del Señor" lo que escribe sobre la institución de la cena (1 Cor. 11: 23, nota), la iglesia la ha adoptado generalmente en la celebración de ésta.

18. Véase, sobre la designación del

traidor, Mat. 26: 21-25, notas, y comp. Mar. 14: 18-21 y Juan 13: 21-30. No parece que Lucas observe aquí el orden en que los hechos se sucedieron. Parece más bien proponerse poner en contraste el amor del Salvador, la elevación suprema de sus pensamientos, con los planes odiosos de Judas y aun con los sentimientos todavía tan egoístas de los otros discípulos. (v. 24.) En efecto, coloca el incidente relativo a Judas inmediatamente después de la celebración de la cena, de modo que el traidor, al que Jesús iba a descubrir, la habría recibido de su mano, con los demás. Mateo y Marcos refieren ese hecho al principio de la comida de pascua; y como sabemos por Juan (13: 30) que Judas se alejó inmediatamente después de haber sido designado por Jesús como siendo el que había de entregarle, resulta claramente de estos testimonios que él no asistió a la cena. La verdad moral de la situación exige, no menos imperiosamente, esta conclusión. ¿Cómo habría dado Jesús los sellos de su cuerpo roto, de su sangre derramada por los pecados, a aquel que, ya en poder de Satanás, se había comprometido a entregar a su Maestro? (v. 3-5.) ¿Cómo habría hecho el Salvador a los demás discípulos una revelación que los llena de turbación y de espanto, inmediatamente después de haber celebrado con ellos la comida de su amor? (v. 22, nota.) No; Judas había salido, y Juan nos muestra el inmenso alivio que sintió Jesús entonces y que expresó en estas palabras: "¡Ahora el hijo del hombre es glorificado!" (Juan 13: 31.) Desde ese instante, solo con los que le aman, se entrega por completo a las santas e íntimas comunicaciones que tiene que hacerles. Están pues en error los numerosos teólogos que, desde los padres de la iglesia hasta nuestros días, se basan en nuestro relato para rechazar toda disciplina tendiente a excluir de la mesa del Señor a los comulgantes

terminado ¹⁹, empero ¡ay de aquel hombre por medio de quién
23 es entregado! ²⁰ Y ellos empezaron a disputar entre sí, quién, pues, de entre ellos sería el que había de hacer eso.

B. 24-38. ÚLTIMAS CONVERSACIONES.—1.^ª *La verdadera grandeza de los discípulos*. Una disputa se origina entre los discípulos sobre este punto: ¿quién es el mayor? Jesús les dice que no se ajusten al ejemplo de los reyes de las naciones y al principio del triunfo de la fuerza. En la nueva sociedad que ellos forman entre sí, el mayor será como el menor, conforme al ejemplo que Jesús les da, él, que está en medio de ellos en la actitud de un servidor. La ambición que los anima, en lo que tiene de legítimo, recibirá sin embargo satisfacción: a los que han perseverado con él en sus pruebas, Jesús promete disponer en su favor del reino; comerán a su mesa, y, sentados en tronos, juzgarán las doce tribus de Israel (24-30).—2.^ª *La negación de Pedro predicha*. Jesús revela a los discípulos, y a Simón en particular, la gran tentación por que van a pasar. Él ha orado por Pedro a fin de que su fe no desfallezca; le ordena que, una vez levantado, confirme a sus hermanos. Pedro se declara listo a ir con Jesús a la cárcel y a la muerte. Jesús le anuncia entonces su próxima caída (31-34).—3.^ª *La posición de los discípulos transformada*. Jesús les recuerda los comienzos fáciles de la vocación de ellos, cuando los envió sin recursos de ninguna especie, sin que, no obstante, carecieran de nada. Ahora su condición va a ser cambiada: deberán munirse de provisiones y medios de defensa, pues la palabra que anunciaba que su Maestro sería puesto en el rango de los malhechores va a cumplirse, y su destino terrenal toca a su fin. Los discípulos presentan a Jesús dos espadas. Jesús les dice: ¡Basta! (35-38).

24 Y se levantó también una contención entre ellos, cuál de
25 ellos parecía ser mayor ²¹. Mas él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen auto-

indignos.—Por razones semejantes, aunque menos perentorias, parece que la disputa entre los discípulos (v. 24 y sig.) tuvo lugar en el primer momento de la comida de pascua y fué ocasionada por el rango a que cada uno pretendía al ponerse a la mesa; inspiración del orgullo, a la cual respondió Jesús humillándose hasta lavar los pies de sus discípulos. Este orden de hechos, bastante claramente indicado por los relatos evangélicos y por la naturaleza de las cosas, es hoy generalmente adoptado por los exégetas. M. Godet, en sus *Comentarios sobre Lucas y Juan*, ha creído, por razones que no nos han convencido, poder defender el orden del relato de Lucas. Piensa sin embargo que la distribución de la copa, que terminó la cena, tuvo lugar después de la partida de Judas.

19. *Lo que ha sido determinado* por Dios mismo. Mateo y Marcos dicen: "según está escrito de él." Je-

sús ve, pues, en su muerte, que iba a resultar del crimen de Judas, el cumplimiento de la voluntad de Dios su Padre.

20. Este ¡ay! es acompañado, en los dos primeros evangelios, del enunciado de la triste condición en que se coloca Judas. El traidor pregunta entonces, como los otros discípulos: *¿Soy yo, rabí?* A lo que Jesús responde: *Sí, tú lo has dicho.* ¡Y esas palabras del Salvador habrían sido pronunciadas inmediatamente después de haber Judas recibido la cena de su mano!

21. No era la primera vez que los discípulos estaban ocupados de estos pensamientos de orgullo y de ambición. (9: 46; Mat. 18: 1; Mar. 9: 35, véase las notas.) La razón de la nueva disputa, que se produjo en el momento en que se ponían a la mesa (v. 21, nota) podía ser el lugar de honor al que cada uno pretendía, o también el hecho de que ninguno

26 ridad son llamados bienhechores. Mas vosotros no seréis así, sino que el mayor entre vosotros sea hecho como el menor, y el que gobierna como el que sirve²². ¿Quién, en efecto, es mayor, el que está recostado [a la mesa] o el que sirve? ¿No es el recostado [a la mesa]? Mas yo en medio de vosotros soy como el que sirve²³. Mas vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis tentaciones²⁴. Y yo os asigno un reino, conforme me asignó mi Padre, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino; y os sentaréis sobre tronos, juzgando las doce tribus de Israel²⁵.

31 Simón Simón, he aquí, Satanás os ha pedido para mí, para zarandearos como al trigo²⁶; mas yo he suplicado por tí, para

quería encargarse de los cuidados relativos a la ablución de los pies, que era costumbre entre los judíos antes de cada comida. Si tal era la causa de su disputa, el acto de profunda humildad que cumplió Jesús lavando él mismo los pies de todos era aún más apropiado para cubrirlos de confusión. Sea lo que fuere, ese debate tan inconveniente en esa hora tenía sus verdaderas causas en el pobre corazón del hombre; ha reaparecido constantemente en la iglesia y contribuido poderosamente a corromperla.

22. Véase, sobre estas palabras, Mat. 20: 25-28, notas; Mar. 10: 42-45. En los dos primeros evangelios, esta exhortación se dirigía a los hijos de Zebedeo: era destinada a reprimir su ambición. ¿No es completamente natural pensar que Jesús hizo de ella en una situación análoga una nueva aplicación a todos sus discípulos?—El término de *bienhechor* era un título a menudo dado por adulación a príncipes a quienes se quería distinguir como habiendo merecido bien de sus países y de su pueblo.—La palabra que traducimos por *el menor* significa propiamente *el más joven*, y se puede, con algunos intérpretes, entenderla en ese sentido, porque ordinariamente es el más joven quien debe respetar a los más ancianos y servirles.

23. ¿Qué potencia había en el ejemplo de humildad y de abnegación que Jesús daba a sus discípulos! En toda su vida, él fué como el que sirve (comp. Mat. 20: 28; Fil. 2: 7); pero probablemente hace aquí

una alusión particular al servicio de esclavo que acaba de hacer a los suyos, lavándoles los pies.

24. Después de haber humillado a sus discípulos, Jesús los levanta aprobando su fidelidad al quedar junto a él en sus pruebas, y anunciándoles la alta posición que les destina en su reino. (v. 29, 30.) Lo que el Salvador llama sus pruebas o sus tentaciones (la palabra original tiene ambos sentidos), son todas las persecuciones, los menosprecios, los odios, los sufrimientos que debió experimentar de parte del mundo, y que sus discípulos compartieron con él. (Hebr. 2: 18; 4: 15.)

25. El Hijo de Dios comparte todas estas prerrogativas con sus discípulos. Estar sentado a su mesa, en su reino, es la figura de una comunión íntima con él y de la plenitud de la vida y del gozo celestiales. (v. 16, nota; 13: 29; Mat. 8: 11, nota.) Estar sentados sobre tronos y tomar parte en el juicio del mundo, es estar asociado a la potencia y a la gloria del Salvador mismo. (Mateo 19: 28, nota.) Aquí, Jesús no dice ya: doce tronos; Judas había caído de su dignidad de apóstol.

26. Comp. Mat. 26: 31-35; Marcos 14: 27-31.—Si las palabras: *Mas el Señor dijo* son auténticas (faltan en B y algunos manuscritos, y en las vers. egipcias, Tischendorf y Westcott y Hort las suprimen), indican que Jesús empieza aquí un nuevo discurso para descubrir a los discípulos los peligros que les amenazan; y, por la partícula *mas*, esos peligros son opuestos al magnífico

33 que tu fe no falte²⁷. Y tú, una vez convertido, afirma a tus hermanas 33 manos²⁸. Y él le dijo: Señor, contigo preparado estoy para ir tanto a la cárcel como a la muerte. Mas él dijo: Te digo, Pedro: no cantaré hoy un gallo antes que tres veces hayas negado conocerme²⁹.

35 Y les dijo: Cuando os envié sin bolsa y saco y zapatos, ¿cómo 36 recibisteis acaso de algo? Y ellos dijeron: De nada³⁰. Mas les dijo:

destino que Jesús acababa de abrir a sus ojos. (v. 29-30.)—Lucas solo nos ha conservado estas palabras profundas y emocionadas de Jesús a Pedro. (v. 31, 32.) Ellas debían ponerle atento a la revelación de una grande tentación que le esperaba, a él y a todos sus discípulos (os). “Por esta alocución *Simón*, dos veces repetida, Jesús alude a su carácter natural y le pone en guardia contra la presunción que constituye su rasgo dominante.” *Godet*.—*Satanás* quiere zarandearlos, es decir conmoverlos y perderlos por una violenta tentación, durante la cual ellos serán como el trigo agitado violentamente en una zaranda o aventador. Jesús expresa este pensamiento en términos que son una alusión al prólogo del libro de Job, donde Satanás pide a Dios que entregue su siervo en su poder. Tal es el sentido de la palabra que traducimos aquí por *os ha pedido para sí*, a fin de poseeros en su poder. La terrible prueba a que fueron luego expuestos todos los discípulos y Pedro en particular, demasiado explica la verdad y la fuerza de esta advertencia.—Se ve por estas palabras cuán claramente penetraba Jesús con anticipación en la historia de sus sufrimientos. No solamente el hecho de su suplicio inminente le es conocido, lo ha anunciado, sino que aun las causas misteriosas de ese drama, las influencias de la potencia de las tinieblas, son manifiestas delante de sus ojos.

27. ¿Qué contraste entre estas palabras y las que preceden: Satanás quiere perderos, *pero yo* que lo sé, que velo sobre vosotros, que soy más poderoso que él, *he orado por tí*! ¿Cuándo? Si se admite, con Mateo y Marcos, que esta conversación tuvo lugar en el camino de Getsemaní, se puede pensar que Jesús hace alusión

a la oración sacerdotal (Juan 17: 9 y sig.); si, como refieren Lucas y Juan, estas palabras fueron pronunciadas aún en el comedor, Jesús indica una oración especial que se ha elevado de su corazón a Dios para la liberación de su discípulo. Sea lo que fuere, lo que pide para él es que su fe no desfallezca, es decir que no pierda la confianza en su Maestro, en su amor, pues entonces, todo habría sido perdido, habría caído en la desesperación, como Judas. El recuerdo de estas palabras de su Maestro debió contribuir poderosamente a levantar de nuevo la fe de Pedro.

28. Gr. Cuando fueres vuelto, vuelto de tu caída, convertido, en toda la plenitud de la palabra. Los discípulos habían puesto su confianza en Jesús, le amaban; pero antes de pentecostés no habían comprendido la obra de la redención, ni recibido el Espíritu Santo, doble condición de toda conversión verdadera. Cuando la hubiere alcanzado, Pedro podrá afirmar a sus hermanos, en la fe y la vida cristianas; y deberá hacerlo tanto más cuanto que su ejemplo les habrá escandalizado. El apóstol cumplió bien este mandato; él fué el fundador de la iglesia naciente, tanto entre los judíos (Act. 2) como entre los paganos (Act. 10), y, hasta la conversión de Pablo, fué el más poderoso instrumento de Dios para el adelanto de su reino.

29. Véase, sobre estos dos versículos (33, 34), Mat 26: 33-35. f Marcos 14: 29-31 notas; comp. Juan 18: 37, 38. Ni la advertencia del Salvador, ni la predicción tan precisa de su caída pudieron disipar la presuntuosa confianza del discípulo en sus propias fuerzas. Aprenderá a su costa a conocerse a sí mismo.

30. El fin del discurso (v. 35-38), que Lucas solo ha conservado, está en perfecta armonía con las adver-

Pero ahora el que tiene bolsa llévela; igualmente también sa-
co³¹; y el que no tiene, venda su manto y compre espada³²,
37 pues os digo que esto que está escrito es necesario sea cumplido en
mí: Y con inicuos fué contado; porque lo relativo a mí fin
38 tiene³³. Y ellos dijeron: Señor, he aquí dos espadas. Mas él
les dijo: Es bastante³⁴.

tencias que preceden, y las figuras impresionantes con que viste Jesús su pensamiento, son de tal naturaleza que las hace penetrar más profundamente en el corazón de los discípulos. Les recuerda primeramente los tiempos más fáciles de su primera misión cuando, estando aún con ellos, los había enviado sin provisiones de viaje, y cuando Dios había provisto todo para ellos, de tal modo que ellos confiesan con gozo que no *carecieron de nada*. (9: 3; 10: 4; Mat. 10: 9; Mar. 6: 8.) Pero ahora que él les será quitado, van a entrar en un período mucho más rudo y más peligroso de su vocación, y deben munirse de todo lo que les sea necesario en sus privaciones y sus combates. Se halla una idea análoga expresada por otras figuras en Mat. 9: 15 y Luc. 5: 34.

31. Lleve su bolsa y su sacco en sus viajes, a fin de hacerse, en la medida de lo posible, independiente de los hombres cuando éstos le sean hostiles.

32. Desde Teodoro de Beza, nuestras versiones ordinarias traducen como sigue esta última frase: "el que no tiene espada venda su manto y compre una." Y varios intérpretes sostienen este sentido, que no es inadmisibles. El giro que nosotros adoptamos, con un gran número de traductores y de intérpretes, es más conforme al texto original y más natural, pues solamente aquel que no tiene ni bolsa ni sacco (que no tiene dinero) se encuentra en la necesidad de vender su manto para comprar una espada.—En cuanto al pensamiento del Salvador, sería inútil observar que no entendía recomendar a sus discípulos el uso de la espada para defenderse en los peligros (Mateo 26: 52), o para asegurar su subsistencia; quería sólo hacerles sentir vivamente por esta figura, que los

tiempos del combate se acercaban y debían prepararse. Sin espiritualizar esta figura, con Olshausen, hasta ver en ella "la espada del Espíritu que es la palabra de Dios" (Ef. 6: 17), es cierto que Jesús invitaba a los suyos a armarse con toda la fuerza moral de que podían tener necesidad en los peligros. Pero los discípulos, como siempre, tomaron al pie de la letra sus palabras. (v. 38 y 50).

33. Isa. 53: 12. Jesús, citando esta profecía motiva la exhortación que precede (pues) los discípulos de un Maestro contado entre los inicuos o los transgresores de la ley, los malhechores, no deben esperar ser tratados mejor que él en el mundo. Y no solamente esta profecía va a cumplirse en él, sino todo lo que le concierne, todo lo que ha sido escrito de él, todo su destino sobre la tierra toca a su fin. El texto recibido con algunas mayúsc. y las antiguas versiones (la siriaca, *Itala*) tienen: "debe aún cumplirse en mí." La palabra en bastardilla falta en *Sin.*, *A. B.*, *D. M.* Godet, Weiss y otros la conservan porque se explica difícilmente que haya sido introducida si no fuera auténtica.

34. En su ingenua ignorancia, los discípulos muestran dos espadas, de que se habían provisto en previsión de los peligros que les esperaban durante la noche; y Jesús, con dolorosa ironía, les dice: ¡Basta! Se ha pretendido que esta última palabra contenía ninguna alusión a las dos espadas; que tenía ese sentido: Basta de esos pensamientos de que nada entendéis, no hablemos más de ellos. Pero es más natural admitir que Jesús ha querido decir: Estas dos espadas son más que suficientes, puesto que no es con armas de ese género como defenderéis la verdad y estableceréis mi reinado en el mundo!

3. Getsemaní.

39-53. 1.º *La agonía de Jesús.* Jesús va, según su costumbre, con sus discípulos al monte de los Olivos. Llegado allí, les invita a orar. Él mismo se aleja a la distancia de un tiro de piedra. Bien que sometándose a la voluntad de su Padre, le suplica que aleje la copa. Un ángel viene a fortalecerle. Su sudor es de sangre. Vuelto a sus discípulos, los halla dormidos y los exhorta a orar para no caer en la tentación (39-46).—2.º *El arresto de Jesús.* Estando aún hablando, sobreviene una tropa conducida por Judas. Éste besa a Jesús. Jesús le dice: ¡Con un beso haces traición al hijo del hombre! Los discípulos preguntan a Jesús si deben herir a espada; uno de ellos corta la oreja derecha del siervo del sumo sacerdote. Jesús detiene a los suyos y sana al herido. Luego observa que sus adversarios han ido a él como a un bandido, mientras que él estaba todos los días en el templo. Es la hora de ellos, y el poder de las tinieblas se despliega (47-53).

39 Y saliendo se fué, según su costumbre, al monte de los Oli-
40 vos³⁵. Y le siguieron también los discípulos. Mas llegado al lu-
41 gar, les dijo: Orad para no entrar en tentación³⁶. Y él se apartó
de ellos como un tiro de piedra, y doblando las rodillas,
42 oraba³⁷ diciendo: Padre, si quieres apartar esta copa de mí³⁸...
43 Empero no mi voluntad, sino la tuya sea hecha³⁹. Y le apa-
44 reció un ángel del cielo fortificándole⁴⁰. Y entrando en agonía,

35. Véase, sobre los sufrimientos morales de Jesús en Getsemaní, Mateo 26: 36-46, y Mar. 14: 32-42, notas. Lucas refiere esta escena en forma más compendiada que los dos primeros evangelistas; pero agrega algunos detalles importantes que le son propios, y que debemos hacer notar.—*Habiendo salido*, de la casa y de la ciudad, descendió al valle del Cedrón; más allá del torrente se levanta el monte de los Olivos. Al pie de este monte se hallaba, en un lugar solitario, el jardín de Getsemaní, que se muestra aún a los viajeros. Él fué allí según su costumbre, añade Lucas, porque, cuando estaba en Jerusalén (comp. 21: 37, 38) se retiraba a ese lugar solitario con sus discípulos. No procura, pues, escapar de Judas.

36. Según Mateo y Marcos, Jesús dirigió esta exhortación a los discípulos algo más tarde, después de haber orado él mismo y cuando, vuelto a ellos, los halló dormidos. Pero es probable que los exhortara más de una vez a la vigilancia y a la oración (v. 46), en esa noche terrible, en que Satanás iba a "zarandearlos como al trigo." (v. 31.)

37. Él mismo, él solo, en particu-

lar, se apartó de ellos. Aquí se halla un verbo en pasiva que indica un movimiento violento: fué arrancado, arrastrado lejos de ellos por la fuerza de la angustia, que le hacía sentir la imperiosa necesidad de estar solo, solo con Dios. Y delante de Dios, en efecto, se puso de rodillas y oró. Mateo dice aquí que "cayó sobre su rostro," Marcos que "cayó en tierra."

38. Gr. *si quieres hacer pasar esta copa de mí*. Después de estas palabras: *si quieres* se esperaría el imperativo *haz pasar*, y así corrigen, según Marcos, *Sin.*, *B.* *D.* y algunos otros manuscritos, pero es natural que en la violencia de la emoción la frase sea incorrecta.

39. Apenas ha pronunciado el Salvador su ardiente súplica, por un repentino retorno a sí mismo y al sacrificio que le es asignado, se entrega por completo a la voluntad de su Padre.—En los tres sinópticos, la oración de Jesús es dada en términos ligeramente diferentes; pero el pensamiento expresado es el mismo. La figura de la copa es empleada en los tres relatos para designar los indecibles padecimientos del Salvador.

40. Jesús habría podido sucumbir en la lucha; su alma habría podido ser

oraba más intensamente; y fué su sudor como gruesas gotas de
 45 sangre que caían sobre la tierra⁴¹. Y levantándose de la ora-
 ción, yendo a los discípulos los halló durmiendo de tristeza⁴².
 46 Y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no
 entréis en tentación⁴³.
 47 Hablando él aún, he aquí una multitud, y el llamado Judas,
 uno de los doce, iba delante de ellos, y se acercó a Jesús para
 48 besarle⁴⁴. Mas Jesús le dijo: Judas, ¿con beso entregas al hijo

abrumada bajo el peso de los pecados del mundo y bajo el esfuerzo de la potencia de las tinieblas (v. 53; comp. Mat. 26: 38; Hebr. 5: 7.) Pero Dios no lo permitió. El hijo acaba de entregarse enteramente a la voluntad del Padre (v. 42), el Padre le envía del cielo un mensajero de paz y de esperanza, que le comunica las "potencias del siglo venidero", y le fortalece de cuerpo y de alma para terminar el combate. Cómo le apareció ese ángel del cielo, cómo le comunicó esas nuevas fuerzas, son cuestiones que la exégesis no tiene que discutir. Se puede comparar aquí Mat. 4: 11. y Juan 12: 28.

41. La lucha continúa; Jesús la sostiene con las fuerzas nuevas que ha recibido. La palabra *agonía* significa *combate*; designa, más especialmente, el estado del que lucha contra la muerte. En las circunstancias en que se halla Jesús, esta palabra tiene un sentido insondable para nosotros. El arma del Salvador es la oración. *Oraba más intensamente*. Y tal fué la violencia de la lucha, que su sudor, provocado por la angustia física y moral, estaba formado de gruesas gotas (gr. *coágulos*) de sangre descendiendo sobre la tierra. Este fenómeno es la manifestación de un terrible sufrimiento moral que permanece inexplicable si no se admite que el Salvador realizaba entonces la redención del mundo, ofreciéndose él mismo a la justicia divina. (Comp. Mat. 26: 46, nota.) —Los v. 43 y 44 faltan en cuatro *mayúsculas*, entre ellas B y A, en tres minúsculas y en algunas versiones antiguas; diez manuscritos los marcan con señal de duda; por último, algunos padres de la iglesia, Hilario de Poitiers, Jerónimo, Epifanio, declaran que estos versículos no se hallaban en muchos manuscritos

griegos y latinos. Estos testimonios y el hecho de que Mateo y Marcos no mencionan ni la aparición del ángel ni el sudor de sangre, han inspirado a algunos exégetas el pensamiento de que este relato era debido a una tradición posterior a la redacción de nuestro evangelio. Pero, por otra parte, *Sim.*, D y diez *mayúsc.* tienen los v. 43 y 44; se hallan igualmente en la *Itala* y en la vers. siríaca. Y lo que parecerá decisivo, es que padres de la iglesia tan cercanos a la edad apostólica como Justino e Ireneo citan el v. 44. M. Godet observa con razón que han podido ser cercenados porque los hechos que refieren no se hallan en Mateo y Marcos y parecían contrarios a la divinidad de Jesús. Por eso Tischendorf, Tregelles, Westcott y Hort han conservado los dos versículos en sus ediciones.

42. Véase Mat. 26: 40, nota. Lucas solo indica la causa de ese sueño de los discípulos, tan poco natural en momento semejante; lo atribuye a la tristeza. El dolor del Maestro había ganado a los discípulos; no estando preparados y sostenidos por la oración (v. 46), no pudieron resistir al sueño; éste se sabe, es efecto habitual de un sufrimiento intenso y prolongado.

43. ¡Ahora el Salvador ha vencido! Tiene aún delante de sí la senda dolorosa que debe terminar en la cruz; pero el sacrificio moral, plenamente cumplido, le ha dado la fuerza y la calma con las que va a entregarse a sus enemigos, y él es quien despierta, exhorta, anima a sus discípulos, pues ellos también van a tener su parte en los peligros.

44. Véase, sobre el arresto de Jesús, Mat. 26: 47-56, notas; Mar. 14: 43-52, notas; y comp. Juan 18: 2-11, notas. Los tres sinópticos concuer-

49 del hombre?⁴⁵ Y viendo los que estaban a su derredor lo que
 50 sucedería, dijeron: Señor, ¿heriremos a espada?⁴⁶. Y alguien
 de entre ellos, ellos hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la
 51 oreja derecha⁴⁷. Mas Jesús respondiendo dijo: Permitid hasta
 52 esto⁴⁸. Y tocando la oreja, le sanó⁴⁹. Y dijo Jesús a los prin-
 cipales sacerdotes y capitanes del templo y ancianos que habían
 ido contra él⁵⁰: Como contra un ladrón habéis salido con es-
 53 padas y palos; estando yo cada día con vosotros en el templo,

dan en señalar el momento preciso de esta escena: *Hablando él aún*. Lucas dirá más lejos (v. 52) de quienes se componía la tropa. Judas *marchaba delante de ellos*. Por este detalle, lo mismo que por las expresiones *el llamado Judas, uno de los doce* (v. 3); Lucas hace resaltar de manera siniestra el papel del traidor en esta escena. Menciona también ese primer movimiento odioso por el cual *se acercó Judas a Jesús para besarle*. Esa era la señal que había convenido con los jefes de la tropa (véase Mateo y Marcos). El beso era una forma respetuosa de saludo, natural de parte de un discípulo.

45. La palabra *beso* puesta al principio de la frase hace resaltar lo odioso de ese acto. Lucas solo refiere estas palabras. Jesús las pronunció sin duda a continuación de las que menciona Mateo (26: 50): "¿Por qué estás aquí?" Muchos intérpretes rehusan ver una interrogación en el texto de Mateo. Sobrentienen un verbo en imperativo y traducen: "Haz aquello porque estás aquí." Si se le da este sentido, esta frase habrá sido pronunciada después de la que Lucas nos ha conservado.

46. Esta pregunta hecha a Jesús, lo mismo que el acto que la sigue (v. 50), fué inspirada por las palabras mal comprendidas de los v. 36 y 38.

47. Sin esperar la respuesta del Maestro, uno de los discípulos, ardiendo de impaciencia, sacó su espada e *hirió*. Juan nos hace saber que ese discípulo era Pedro y que el herido por él se llamaba Malco; en la época en que él escribía, el sanedrín no existía más, y no había ya

peligro en revelar esos nombres.—La oreja *derecha*, pequeño detalle conservado por Juan (18: 10) y por Lucas, y que, como tantos otros, atestigüa la verdad histórica de nuestros relatos.

48. *Dejad hasta aquí*, es decir: Dejadlos proceder hasta este arresto y todo lo que debe seguir, pues tal es el consejo de Dios. (Comp. v. 22, nota.) La palabra: *Respondiendo* Jesús muestra que esta frase era dirigida a los discípulos y no a los que venían a prenderle; no puede, pues, significar: *Dejadme ir hasta ese hombre herido, a fin de que lo cure*. Ni tampoco: *Dejadme libre por este momento*. Sólo en el v. 52 dirige Jesús la palabra a sus enemigos.

49. Esta curación es referida por Lucas solo; muchos historiadores la relegan al dominio de la leyenda. Olvidan que esta curación era de inmensa importancia para la causa del Salvador, comprometida por el hecho imprudente de su discípulo. Si ese mal no hubiera sido reparado, ¿cómo comprender que los enemigos no hubieran hecho de él un motivo de acusación contra Jesús?

50. Lucas solo señala, en la tropa venida contra Jesús, no solo a *capitanes del templo* que la dirigían, sino también a *principales sacerdotes* y *ancianos*. Aquí también, el silencio de los otros evangelistas ha parecido suficiente para acusar a Lucas de inexactitud. La pasión que los miembros del sanedrín llevaban en la ejecución de sus designios criminales, y que se manifestó en toda su actitud durante el proceso y el suplicio de Jesús, explica muy bien que varios de entre ellos hayan acompañado a la tropa encargada del arresto.

no extendisteis las manos sobre mí. Mas ésta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas ⁵¹.

4. El proceso.

A. 54-71. JESÚS ANTE EL SANEDRÍN.—1.º *La negación de Pedro.*—a) *La primera negación.* Jesús es conducido a casa del sumo sacerdote. Pedro le sigue de lejos y se sienta entre los que se calientan junto al fuego en el patio. Señalado por una sirvienta como discípulo de Jesús, niega conocerle (54-57).—b) *Segunda y tercera negaciones.* Poco después, otro designa nuevamente a Pedro. Él niega aún. Después de una hora aproximadamente, uno de los presentes asegura que Pedro es discípulo de Jesús, basándose en su calidad de galileo. Pedro lo niega. Al instante canta un gallo (58-60).—c) *El arrepentimiento de Pedro.* Una mirada de Jesús hace a Pedro recordar la predicción que le ha sido hecha. Sale y llora amargamente (61, 62).—2.º *Jesús expuesto a los malos tratamientos de sus guardias.* Ellos se burlan de él y, después de haberle cubierto la cabeza, le dicen que adivine quién le ha herido (63-65).—3.º *Jesús juzgado por el sanedrín.*—a) *El sanedrín pregunta a Jesús si es el Cristo.* Llegado el día, se reúne el sanedrín y, después de hacer comparecer a Jesús, le pregunta si es él el Cristo. Jesús hace notar el prejuicio de sus jueces, que los hace incapaces de recibir la verdad; luego declara que le verán a la diestra del poder de Dios (66-69).—b) *El sanedrín pregunta a Jesús si es el Hijo de Dios.* La afirmación que Jesús acaba de emitir lleva a sus jueces a preguntarle si es el Hijo de Dios. Jesús lo atesta. Toman nota de su declaración, que les exime de buscar otros testimonios (70, 71).

54 Y prendiéndole, le llevaron y le introdujeron en la casa del
55 sumo sacerdote ⁵². Mas Pedro seguía de lejos. Y habiendo ellos
encendido fuego en medio del patio y sentándose juntos, Pedro
56 estaba sentado en medio de ellos ⁵³. Mas viéndole cierta sirvien-

51. Véase, sobre estas palabras. Mat. 26: 56, nota. Jesús se eleva muy alto sobre los instrumentos de su muerte, a quienes sin embargo deja toda su terrible responsabilidad, y les declara que si hasta aquí no han puesto la mano sobre él, bien que tuvieran *todos los días* ocasión, es porque han sido detenidos en sus planes por una voluntad superior, y que si ahora van contra él con una tropa armada, como si se tratara de prender a un *bandido*, es porque obedecen a la *potencia de las tinieblas*, de que son ciegos instrumentos. (v. 3, nota.) En Mateo, Jesús designa esa voluntad de Dios como siendo el cumplimiento de las "escrituras de los profetas"; en nuestro evangelio, les dice: *esta es vuestra hora*, la hora determinada por el consejo de Dios, en que os es permitido cumplir vuestros planes obedeciendo al poder de Satanás. Las tinieblas de la no-

che, a cuyo favor los enemigos de Jesús hacen su obra, eran la figura de ese poder diabólico que los dominaba, pero que, después de todo, no hará más que traer el triunfo de la luz. (Col. 1: 13, nota.)

52. Caifás. Como los dos primeros evangelistas, Lucas pasa en silencio el interrogatorio de Jesús ante Anás. La tradición había reunido en una sola las dos comparaciones, y eso tanto más fácilmente cuanto que Anás, suegro de Caifás, habitaba con él el mismo palacio sacerdotal. (Véase 3: 2, nota y Juan 18: 13, nota.)

53. Véase, sobre la negación de Pedro, Mat. 26: 58 y 69-75, notas; Mar. 14: 54 y 66-72, notas; comp. Juan 18: 15-18 y 25-27, notas. Los cuatro evangelistas están de acuerdo en las tres negaciones de Pedro y circunstancias en que se produjeron. El discípulo, intimidado, procuraba pasar desapercibido entre la multitud de servidores

ta sentado junto al fuego, y mirándole, dijo: Este también con él
57, 58 estaba. Mas él negó, diciendo: No le conozco, mujer. Y poco
después otro, viéndole dijo: Tú también eres de ellos. Mas Pedro
59 dijo: Hombre, no soy ⁵⁴. Y habiendo transcurrido como una hora,
otro afirmaba diciendo: En verdad éste también con él estaba, pues
60 también es galileo ⁵⁵. Mas Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices.
61 E inmediatamente, hablando él aun, un gallo cantó ⁵⁶. Y volvién-
dose el Señor, miró a Pedro ⁵⁷, y Pedro se acordó de la palabra
del Señor, como le había dicho: Antes que un gallo cante hoy,
62 me negarás tres veces. Y saliendo fuera lloró amargamente ⁵⁸.
63, 64 Y los varones que le tenían le escarnecían hiriéndole; y
cubriéndole, le preguntaban, diciendo: Profetiza: ¿quién es el que
65 te ha herido? Y decían muchas otras cosas contra él, inju-
riándole ⁵⁹.

y soldados que rodeaban un fuego encendido en el patio del palacio. La escena, que duró bastante tiempo (v. 59), ocurrió en parte mientras Jesús estaba en casa de Anás, en parte durante su juicio ante Caifás. (Juan 18: 17, 25.)

54. Según los cuatro evangelistas, la primera interpelación que sorprendió a Pedro provino de una mujer. Juan nos hace saber que era portera del palacio. Según Mateo y Marcos, el segundo ataque habría venido también de una mujer, la misma u otra. Lucas lo atribuye a un *hombre*; según Juan varios habrían hablado al mismo tiempo. Por último, según Juan, la tercera interrogación habría sido hecha por un servidor de Caifás, pariente de ese Malco al que Pedro había cortado la oreja, lo que hacía la posición de éste más crítica aún, mientras Mateo y Marcos hacen simplemente hablar a "los que estaban allí", y Lucas a *otro*. (v. 59.) Estas divergencias se explican tanto mejor cuanto que, en esa escena, tumultuosa, muchos de los presentes hablaban a la vez. Los redactores de nuestros evangelios han reproducido fielmente las diversas versiones de las fuentes de donde las tomaban. Su concordancia sobre los hechos esenciales resalta así mejor aún.

55. Por su acento *galileo* esos judíos de Judea reconocen a Pedro y declaran que era discípulo de Jesús. —Estas palabras: habiendo transcurrido una hora, nos muestran que la terrible tentación del pobre discípulo

duró mucho tiempo. Atormentado sin duda en su conciencia, es sin embargo incapaz de escapar a los lazos que le son tendidos. Este detallé pone al relato de Lucas en armonía con el de Juan. (Comp. v. 66, nota.)

56. El texto recibido, con algunas *minúsc.* solamente, dice: "*el gallo...*" Lucas y Juan callan los juramentos y las imprecaciones de Pedro referidas por los dos primeros evangelistas.

57. Pedro estaba en el patio; se ha supuesto que Jesús era juzgado en una sala elevada solamente algunas gradas, desde donde se podía ver y oír lo que ocurría en el patio. Sin embargo, la expresión de Marcos: "Pedro estaba *abajo* en el patio", es poco favorable a esa hipótesis. Vale más admitir que Jesús atravesaba en ese momento el patio, siendo conducido de Anás a Caifás. (Juan 18: 24.) Según Juan, la negación de Pedro tuvo lugar durante el interrogatorio de Jesús por Anás y no, como lo darían a entender los dos primeros evangelios, durante su comparación ante el sanedrín reunido en casa de Caifás. El Salvador *se vuelve y mira* a Pedro, iluminado por el resplandor del fuego (v. 55); el discípulo también ve al Maestro detener sobre él su mirada. Si el canto del gallo le volvió en sí, esa mirada le salvó.

58. Véase, sobre estas últimas palabras, Mateo 26: 75 y Mar. 14: 27, notas.

59. Véase, sobre este relato, Mateo 26: 67, 68 y Mar. 14: 65, notas.

66 Y como llegó el día, se congregó el cuerpo de ancianos del pueblo, tanto principales sacerdotes como escribas, y le llevaron 67 a su sanedrín⁶⁰, diciendo: Si tú eres el Cristo, dinoslo⁶¹. Y les 68 dijo: Si os dijere, de cierto no creeréis; y si os preguntare, de

Lucas parece no atribuir esos malos tratamientos más que a los hombres que tenían a Jesús, es decir a los soldados de la tropa. Pero, según Mateo y Marcos, no hay duda de que algunos de los miembros del sanedrín descendieron hasta el punto de injuriar al que acababan de condenar. Según nuestro evangelista, esta horrible escena habría precedido al juicio y a la sentencia de muerte, lo que seguramente no es el orden en que los hechos sucedieron. La diferencia viene probablemente de que Lucas omite aquí una primera deliberación y sólo menciona la que tuvo lugar al amanecer. (v. 66, véase la nota.)

60. Véase, sobre el juicio de Jesús Mat. 26: 59-66, notas, y Mar. 14: 55-64, notas. Los ancianos (gr. el presbiterio), o cuerpo de ancianos del pueblo, palabra propia a Lucas (Actos 22: 5), designa según unos el sanedrín completo, compuesto no solamente de los ancianos propiamente dichos, sino de los siguientes órdenes de personas: los principales sacerdotes y los escribas. Según otros, ese término designaría solamente la clase de los ancianos.—Lucas abrevia considerablemente el relato de la audiencia en que Jesús fué juzgado y condenado. Además, la coloca en una sesión que tuvo lugar cuando hubo llegado el día, mientras que, según Mateo y Marcos, la condenación del Salvador había ya sido pronunciada en una sesión nocturna omitida por Lucas, de modo que la deliberación de la mañana se refirió a los medios de ejecutar la sentencia, es decir, de hacerla ratificar por Pilato. (Mat. 27: 1; Mar. 15: 1.) De esta diferencia se ha inferido que había habido dos asambleas del sanedrín, la segunda sola de las cuales habría sido una asamblea plenaria, reunida en la sala oficial, el *Liechkath Haggazith*, y única competente para pronunciar una sentencia de muerte, porque fun-

cionaba de día. Tal es la opinión de Keim y de M. Godet. (Véase su *Comentario sobre Lucas*, 3.^a edic., p. 495 y sig., p. 503.) Con muchos intérpretes, creemos más bien que hubo dos deliberaciones en una sola asamblea. He aquí cómo habrían ocurrido las cosas. Era ya muy tarde en la noche cuando Jesús, después de haber celebrado la pascua y la cena, y haber terminado las conversaciones del aposento alto, se trasladó con sus discípulos a Getsémani. Allí tuvo lugar la escena de sus sufrimientos morales, luego el arresto, después, por último, el regreso a Jerusalén hasta el palacio del sumo sacerdote. En cuanto los miembros del sanedrín tuvieron aviso del arresto de Jesús, se reunieron, o (gr.) fueron reunidos, convocados (acristo pasivo), y no estaban reunidos como dicen nuestras versiones en Mat. 26: 57. Marcos dice en presente: se reúnen. Todo eso ocupó aún mucho tiempo. En esa audiencia, bastante prolongada, tuvieron lugar el juicio y la condenación del Salvador. (Mat. 26: 59 y sig.; Mar. 14: 55 y sig.) Entretanto, el día había llegado. Entonces, habiendo sido alejado Jesús, la misma asamblea no tuvo más que deliberar sobre la manera de ejecutar la sentencia, es decir de obtener la confirmación de Pilato. (Mat. 27: 1, 2; Mar. 15: 1.) No era materialmente posible convocar una segunda asamblea en el intervalo. Y por otra parte ¿para qué? ¿No eran los mismos hombres que acababan de pronunciar la sentencia, los que debían hallar los medios de ejecutarla?

61. El Cristo, el Mesías. No era la cuestión capital, pues la pretensión de ser el Mesías no habría constituido el crimen de blasfemia y acarreado la pena de muerte. Era destinada a introducir la verdadera pregunta (v. 70) y a provocar la respuesta de Jesús que determina la sentencia. (Véase Mateo y Marcos.)

69 cierto no responderéis⁶². Mas desde ahora estará el hijo del hombre 70 bre sentado a la diestra de la potencia de Dios⁶³. Y todos dijeron: ¿Tú, pues, eres el hijo de Dios? Y él a ellos dijo: Vosotros 71 decís que yo soy⁶⁴. Y ellos dijeron: ¿Qué necesidad tenemos aún de testimonio? pues nosotros mismos lo hemos oído de su boca⁶⁵.

B. 1-25. JESÚS ANTE PILATO Y HERODES.—1.^o Primera comparación ante Pilato.—a) Acusación política hecha contra Jesús. Los miembros del sanedrín conducen a Jesús ante Pilato y procuran hacerle pasar por un sedicioso que impide al pueblo pagar el tributo (1, 2).—b) La inquisición de Pilato. Pilato interroga a Jesús sobre su realeza; luego declara a los judíos que no encuentra ningún motivo de condenarle. Ellos insisten, afirmando que ha empezado su obra de rebelión en Galilea y la ha seguido hasta Jerusalén. Pilato, enterándose de que Jesús es galileo, le envía a Herodes (3-7).—2.^o Jesús ante Herodes. Herodes se alegra de la llegada de Jesús, pues espera verle realizar un milagro. Mas Jesús guarda silencio. Herodes se burla de él y le envía nuevamente a Pilato. Este incidente acarrea la reconciliación de Pilato y Herodes (8-12).—3.^o Segunda comparación ante Pilato. Condenación.—a) Primera tentativa de Pilato para libertar a Jesús. Pilato reúne los sacerdotes y el pueblo y les declara que ni él ni Herodes han hallado nada en Jesús que merezca la muerte; que le soltará, pues, después de haberle sometido a la flagelación. Los judíos piden que les suelte más bien a Barrabás, sedicioso y asesino, y, en cuanto a Jesús, que le crucifique (13-19).—b) Últimas tentativas de Pilato. Pilato habla nuevamente a los judíos en el deseo de salvar a Jesús. Responden por el grito reiterado de: ¡Crucifícale! Por tercera vez le pregunta: ¿Qué mal ha hecho? Sus gritos de muerte aumentan. Pilato cede y ordena que sea hecho según la voluntad de ellos (20-25).

XXIII. Y levantándose toda la muchedumbre de ellos, le llevaron 2 ante Pilato¹. Y empezaron a acusarle, diciendo: Hemos hallado a éste pervirtiendo nuestra nación, e impidiendo dar tributos a

62. El texto recibido tiene: y aun si os interrogare, no me responderéis ni me soltaréis. Estas últimas palabras se leen en A, D, la mayor parte de las *mayúsc.*, la *Itala*, las vers. siriacas. M. Godet las conserva como conclusión lógica del razonamiento. Otros ven en ellas una glosa muy antigua. Esta respuesta de Jesús es particular a Lucas. Significa: Vuestro prejuicio por odio y endurecimiento os hace incapaces de escuchar la verdad (comp. 20: 9 y sig.) o de responder a las preguntas por las cuales yo procuraría llevaros a la luz. (Comp. 20: 3 y sig.; 41 y sig.)

63. Véase, sobre esta declaración, Mat. 26: 64, 2.^a nota, y Mar. 14: 62. Según los dos primeros evangelistas, fué la última palabra que Jesús pronunció delante del sanedrín. Siguiendo su declaración de que él era el Hijo de Dios, ella colmó la indigna-

ción de sus jueces y provocó contra él la sentencia de muerte. Lucas ha adoptado un orden diferente, que es menos natural.

64. Mat. 26: 64, 1.^a nota; Mar. 14: 62, 1.^a nota. Vosotros lo decís, o como se puede traducir también: decís vosotros que yo soy, es un hebraísmo que significa: A la afirmación implícita en vuestra pregunta, yo doy mi pleno asentimiento y la hago mía.

65. Es decir, según los dos primeros evangelistas, hemos oído de su boca su blasfemia. Lucas no refiere el resultado del proceso, la pregunta solemne planteada por Caifás al sanedrín: “¿Qué os parece?” y la respuesta unánime de éste: “¡Digno es de muerte!”

1. Véase, sobre el proceso de Jesús ante Pilato, Mat. 27: 1, 2 y v. 11-30, notas; Mar. 15: 1-20, notas; Juan 18: 28 a 19: 16, notas.

3 César, y diciéndose ser Cristo, rey ². Y Pilato le preguntó diciendo: ¿Tú eres el rey de los judíos? Y respondiendo él le dijo: Tú lo
4 dices ³. Y Pilato dijo a los principales sacerdotes y a las multi-
5 tudes: Ningún crimen hallo en este hombre. Mas ellos insistían
más, diciendo: Excita al pueblo, enseñando por toda Judea, y
empezando desde Galilea hasta aquí ⁴.

6 Y Pilato, oyendo "Galilea", preguntó si el hombre era ga-
7 lileo. Y habiendo sabido que era de la jurisdicción de Herodes,
le envió a Herodes, que estaba, él también, en Jerusalén en aque-
8 llos días ⁵. Y Herodes, viendo a Jesús, se gozó en gran manera;
pues desde hacía mucho tiempo deseaba verle, porque oía sobre

2. Los judíos formulan aquí una acusación política, que puede descomponerse en tres puntos principales. 1.º *Subleva* (gr. *pervierte*) *nuestra nación*. Esto se refería a las enseñanzas de Jesús, a la influencia que ejercía sobre el pueblo, al que apartaba así de sus conductores espirituales. 2.º *Impide pagar los tributos* al emperador, lo que podía ser mucho más grave a los ojos del gobernador romano. Esta pretensión, conservada por Lucas solo, era una notable mentira, pues Jesús había dado la orden positiva de pagar el tributo a César, (20: 25; Mat. 22: 21; Mar. 12: 17.) 3.º Última y principal acusación, que debía hacer más verosímiles las dos imputaciones precedentes: pretende ser el *Cristo*, el Mesías; los acusadores traducen este título religioso maliciosamente, al uso de Pilato, por el de *Rey*, que el gobernador debía entender en el sentido político. No mencionan su pretensión de ser el Hijo de Dios (22: 70), por la que le habían condenado como blasfemo, pues saben que el gobernador romano no habría prestado atención alguna a ese agravio de orden puramente religioso. (Comp. Mat. 27: 11, nota.)

3. *Tú lo dices*, hebraísmo que significa: *Sí, lo soy*. Esta franca confesión de su realeza, hecha por Jesús delante de Pilato sin ninguna explicación, se halla en los tres primeros evangelios. Mas, según Juan (18: 33-37), el Salvador tuvo con el gobernador una conversación sobre la naturaleza de esa dignidad real. Sin ese relato de Juan, no se comprendería cómo Pilato se pronuncia aquí (v. 4) por la inocencia de Jesús.

4. Esta palabra *excita* o *turba* al pueblo debía también tener, a los ojos de Pilato, un significado político, y el verbo está en presente para indicar que Jesús causa habitualmente esa agitación, y ahora mismo, *aquí*, en Jerusalén, como lo ha hecho en *Galilea*. Los acusadores aluden, sin duda, a las multitudes que seguían a Jesús con entusiasmo, cuando su entrada en Jerusalén.

5. Gr. *Oyendo* (la palabra) *Galilea*... *Sin., B* suprimen *Galilea*.—Pilato, convencido de la inocencia de Jesús (v 4), viendo claramente que los acusadores sólo obraban por odio (Mat. 27: 18), debía desear no manillar su gobierno con ese crimen jurídico; pero como, por otra parte, temía que los judíos lo acusaran ante el emperador (Juan 19: 12), se ve sumamente perplejo, sin tener dentro de sí el socorro potente de la conciencia, única que da la fuerza de decir: "No puedo." Se mete en una serie de maniobras para libentar a Jesús. Coge con precaura la ocasión que se le ofrece de echar sobre otro la responsabilidad de este asunto. Envía a Jesús ante Herodes, que se hallaba como él en Jerusalén en ocasión de la fiesta, pensando que este príncipe le haría llevar a su gobierno, a cuya jurisdicción correspondía, a fin de juzgarle. Se trata de Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y Perea (3: 1, 2, nota.) Lucas solo ha conservado este incidente al cual la tradición apostólica, sin duda, había atribuido poca importancia, porque había carecido de influencia en el proceso de Jesús.

9 él y esperaba ver alguna señal hecha por él ⁶. Y le preguntaba
10 con muchas palabras; mas él nada le contestó ⁷. Y estaban allí
los principales sacerdotes y los escribas acusándole con vehemen-
11 cia ⁸. Y despreciándole Herodes con sus guardias y escarneciéndole,
vistiéndole con espléndida vestidura le envió de nuevo a
12 Pilato ⁹. Y se hicieron amigos Herodes y Pilato el uno con el otro
en el mismo día, pues antes estaban en enemistad entre sí ¹⁰.

13 Y Pilato, convocando a los principales sacerdotes y a los
14 jefes y al pueblo; les dijo: Me habéis traído este hombre como
pervirtiendo al pueblo, y he aquí yo, examinándole en presencia
de vosotros, ningún crimen he hallado en este hombre de los que
15 le acusáis; mas ni aun Herodes, pues nos le ha enviado de nuevo;
16 y he aquí, nada digno de muerte ha sido hecho por él. En casti-
18 gándole, pues, le soltaré ¹¹. Mas clamaron todos juntos, diciendo:

6. Ese príncipe libertino, supersticioso y falto de carácter (véase Mat. 14: 1-11), deseaba, para satisfacer una vana curiosidad, ver al profeta cuya fama llenaba sus estados. (9: 9.) El texto recibido dice: "había oído mucho", palabra omitida por *Sin., B, D*, la mayor parte de las *mayúsc.* y algunas vers.

7. *Le interrogaba*. El verbo en imperfecto indica que el interrogatorio duró mucho tiempo; pero hasta el fin el Salvador guardó silencio. Este silencio significativo decía al asesino de Juan el Bautista que era moralmente incapaz e indigno de oír una sola palabra del Salvador, y mucho más aun de verle *hacer un milagro*.

8. Podían repetir delante de Herodes, que era judío, las mismas acusaciones que habían formulado, ya delante del sanedrín, ya delante de Pilato. Pero Herodes conocía muy bien a Jesús, por su reputación en Galilea, para entrar en sus planes.

9. Herodes, ofendido del silencio de Jesús, se venga de él por el *escarnio*, muestra al mismo tiempo que nada tiene que temer él de tal rey, y desdeña juzgarle. No siempre había pensado así (9: 9; comp. 13: 31); pero parece que los remordimientos, que en otro tiempo le habían inspirado temor, habían sido ahogados. El *vestido espléndido* con que viste a Jesús podía ser la toga blanca que llevaban los candidatos a los grandes empleos del estado, o un manto real; en uno y otro caso, Herodes parodiaba con desprecio la

idea de la dignidad real de Jesús. ¡Es lo que pronto imitará Pilato, cubriendo a Jesús con un manto de púrpura y con una corona de espinas!

10. Se ignora cuál era la causa de esa *enemistad*; quizás algún conflicto de competencia. Pero Herodes, poco habituado a los agasajos del gobernador romano, fué lisonjeado por un hecho mediante el cual Pilato reconocía su autoridad, aun en Jerusalén; de ahí la reconciliación de ambos. Se ve con frecuencia a los grandes del mundo olvidar sus rivalidades y sus odios, para unir sus esfuerzos contra Jesús y su causa. (Act. 4: 27.)

11. Pilato, viendo que no había tenido éxito en desembarazarse de este asunto enviándolo a Herodes, recurre a otro expediente. Convoca ante sí a los jefes y a todo el pueblo, y les declara una vez más que, en su primer interrogatorio, no halló en Jesús ningún motivo de condenación, y que Herodes también le ha hallado inocente, puesto que le ha *devuelto*. Les propone, pues, *castigarle*, a fin de darles alguna satisfacción, y soltarle luego.—El texto recibido, con *A, D*, dice (v. 15): *os he enviado a él*, en lugar de *nos le ha enviado*; la lección que adoptamos con los mejores críticos expresa evidentemente el pensamiento de Pilato; pues es el hecho mismo de que Herodes ha devuelto a Jesús lo que prueba que este último *no ha hecho nada* que fuera *digno de muerte*.—La palabra *casti-*

19 Quita a éste, y suéltanos a Barrabás¹²; el que, por cierta sedición hecha en la ciudad, y homicidio, había sido echado en la cárcel¹³. Y otra vez Pilato les habló deseando soltar a Jesús¹⁴
 20 Mas ellos clamaban, diciendo: ¡Crucifica! ¡crucifícale! Mas él
 21 por tercera vez les dijo: ¿Qué mal pues ha hecho éste? Ningún crimen de muerte he hallado en él. En castigándole, pues, le soltaré¹⁵. Mas ellos insistían con grandes voces pidiendo que fuera
 22 crucificado; y sus voces prevalecían¹⁶. Y Pilato resolvió que fue-
 23 ra hecho su pedido. Soltó, pues, al que por sedición y homicidio
 24 había sido echado en la cárcel, al que pedían; y a Jesús entregó
 25 a la voluntad de ellos¹⁷.

gar no indica qué género de castigo propone Pilato infligir a Jesús; pero era evidentemente el horrible suplicio de la flagelación, que precedía siempre la ejecución de una sentencia de muerte. (Véase Mat. 27: 26, nota.) Pilato esperaba que después de haber hecho sufrir a Jesús esta primera parte del suplicio, conseguiría poder eximirlo de la segunda. No contaba con el odio de los acusadores: éstos rechazarán una concesión, que es ya una negación de justicia puesto que Pilato había declarado al acusado inocente.

12. El pueblo responde a Pilato reclamando a grandes voces la muerte de Jesús. Tal es el sentido de estas palabras: *Quita a éste*. ¿Pero cómo le viene la idea de pedir la libertad de Barrabás? Los otros tres evangelistas recuerdan aquí el privilegio que tenía el pueblo judío de obtener la libertad de un prisionero en la fiesta de pascua; según Mateo, Pilato hace al pueblo esta pregunta: "¿A cuál queréis que os suelte: A Barrabás o a Jesús?" Para reparar esta omisión de Lucas, el texto recibido ha introducido el v. 17: "Y estaba obligado a soltarles uno en cada fiesta." (Mat. 27: 15; Mar. 15: 6; Juan 18: 39.) Ese v. 17, aunque se lea en *Sim.*, muchas *mayúsc.*, la *Itala* y otras vers., y que *D* lo coloque después del v. 19, debe ser suprimido según *B*, *A*, y otros testimonios.

13. Marcos (15: 7) caracteriza a ese criminal del mismo modo que Lucas, pero sin decirnos en qué circunstancias habían tenido lugar esa sedición y ese homicidio. Juan (18: 40) llama a Barrabás ladrón.

14. El contenido de esta nueva alocución de Pilato no es indicado. (Comp. Juan 19: 4-12.)

15. Según el relato de Lucas, es en efecto la tercera vez que Pilato declara a Jesús inocente (v. 4, 14). Y reitera (v. 16) la oferta de hacer castigar a Jesús. Lucas no menciona la ejecución de ese castigo. Mateo (27: 26) y Marcos (15: 15) refieren que la flagelación tuvo lugar después del pronunciamiento de la sentencia, mientras que Juan (19: 1) la presenta como uno de los medios que Pilato empleó para libertar a Jesús, excitando la piedad del pueblo.

16. *Aumentaban*, se hacían más fuertes, o, mejor aún, *prevalecían*, vencían todas las resistencias y todos los expedientes de Pilato. No fué ya un juicio sino un tumulto, una violencia.—Después de las palabras: *sus voces*, el texto recibido añade: *y los de los principales sacerdotes*. Estas últimas palabras faltan en *Sim.*, *B*, la *Itala*, y probablemente son tomadas de los paralelos.

17. ¿Qué contraste trágico entre esos dos hombres, uno de los cuales es libertado y el otro entregado a la muerte! Lucas resume admirablemente su relato; hace resaltar la iniquidad de la elección del pueblo repitiendo los títulos de Barrabás (v. 19, 25), y acentúa por estas expresiones, que no están exentas de ironía, la cobardía del gobernador romano: *Pilato resolvió que fuese hecho lo que pedían, y: le entregó a la voluntad de ellos*.—Para Jesús fué una última amargura ver que preferían un bandido!

5. La muerte de Jesús.

A. 26-32. EL CAMINO DE LA CRUZ.—1.º *Simón de Cirene*. Es obligado por los soldados a llevar la cruz de Jesús (26).—2.º *Las mujeres de Jerusalén*. A la multitud y a las mujeres que le siguen lamentándose, dice Jesús que no lloren por él, sino por sí mismas, y les anuncia los castigos que caerán sobre Jerusalén (27-31).—3.º *Los dos malhechores*. Otros dos hombres son llevados al suplicio con Jesús (32).

26 Y como le llevaban, echando mano de un cierto Simón, cire-
 27 neo, que venía del campo, pusieron sobre él la cruz para llevarla
 28 detrás de Jesús¹⁸. Y le seguía una grande muchedumbre del pue-
 29 blo, y de mujeres que se herían su pecho y se lamentaban sobre
 30 él¹⁹. Mas Jesús volviéndose a ellas, dijo: Hijas de Jerusalén, no
 31 lloréis sobre mí; empero sobre vosotras mismas llorad, y sobre
 32 vuestros hijos²⁰; porque he aquí, vienen días en que dirán: Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pe-
 33 chos que no criaron²¹. Entonces empezarán a decir a los montes:
 34 Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos²². Porque si en
 35 árbol verde hacen esto, ¿qué acontecerá en el seco?²³ Y lle-

18. Véase Mat. 27: 32 y Mar. 12: 21, notas.

19. Esta multitud se componía, sin duda, de la muchedumbre de curiosos siempre y dondequiera ávidos de semejantes espectáculos, pero había allí también mujeres, que sentían profundamente lo que había de doloroso y de trágico en la situación de Jesús, y sabían distinguirle de los dos malhechores que marchaban a la muerte con él; pues se lamentaban sobre él. Esas mujeres no eran de las que habían seguido a Jesús de Galilea, sino habitantes de Jerusalén, (v. 28. Sin embargo, Jesús no queda insensible a sus lágrimas, se detiene para dirigir la palabra a los únicos seres que le mostraran alguna compasión. Él querría que su triste suerte no solamente excitase la sensibilidad de su corazón, sino que produjera en ellas un despertamiento de la conciencia; por esto les hace oír una solemne advertencia.

20. Jesús no quiere guardar para sí mismo la simpatía de que es objeto; fiel hasta el fin de su misión divina, aprovecha ese momento de ternura para hacer sentir a esas hijas de Jerusalén el crimen de su ciudad y de su pueblo, lo mismo que el propio pecado de ellas. *Sobre ellas*

mismas deben llorar, y sobre sus hijos, que serán los testigos y las víctimas de los terribles juicios de Dios que Jesús anuncia.

21. ¡Dichosas! pues para los hijos que habrían dado a luz valía más que no vinieran al mundo. (Comp. Job. 3: 3-12; Jer. 20: 14-18.)

22. Esta expresión de la desesperación es tomada de Oseas 10: 8. (Comp. Apoc. 6: 16.)

23. Si el árbol verde y fértil es cortado así, ¿qué será del árbol seco y estéril? Estas figuras también son sacadas de la escritura. (Sal. 1: 3; Ezeq. 17: 24; 21: 3.) El sentido es: "Si el Santo y el Justo debe sufrir estas cosas, ¿cuál será el fin de este pueblo corrompido y endurecido que le crucifica?" Y, de un modo más general aun: "Si el justo difícilmente es salvado ¿qué será del impío y del pecador?" (1 Pedro 4: 18; comp. Luc. 11: 31).—"Este último discurso de Jesús (v. 28-31) es otro gran monumento tanto de su renunciamiento como de la conciencia de su santidad y de sus concepciones profundas de los inevitables juicios de Dios, que el amor despreciado puede aún anunciar, pero no apartar". *Ma-*

vaban también a otros dos, malhechores, para ser matados con él ²⁴.

B. 33-49. JESÚS SOBRE LA CRUZ.—1.º *La crucifixión.* Llegados al Calvario, le crucifican entre los dos malhechores. Jesús implora sobre sus verdugos el perdón de su Padre. Los soldados se dividen sus vestidos (33, 34).—2.º *Los ultrajes.* El pueblo está allí, mirando. Los magistrados y los soldados se burlan de Jesús, invitándole a salvarse a sí mismo. Encima de él se lee esta inscripción: Este es el Rey de los Judíos (35-38).—3.º *El bandido convertido.* Insultando a Jesús uno de los malhechores crucificados, su camarada le reprende; luego pide a Jesús que se acuerde de él cuando venga en su reino. Jesús le declara que ese mismo día estará con él en el paraíso (39-43).—4.º *La muerte.* Tinieblas reinan desde la sexta hora hasta la novena. El velo del templo se desgarró. Jesús expira después de haber encomendado su espíritu en manos del Padre (44-46).—5.º *Efecto producido en los testigos.* El centurión declara que ese hombre era justo. La multitud regresa hiriéndose el pecho. Los conocidos de Jesús y algunas mujeres habían presenciado de lejos el suplicio (47-49).

- 33 Y cuando llegaron al lugar llamado Calavera, allí crucifica-
 34 ron a él y a los malhechores, el uno a su diestra, el otro a su
 35 siniestra ²⁵. Mas Jesús decía: Padre, perdónales, pues no saben
 36 qué hacen ²⁶. Y repartiendo sus vestidos, echaron suertes ²⁷. Y el
 pueblo estaba mirando. Y se burlaban los jefes, diciendo: A otros
 salvó, sálvese a sí mismo, si éste es el Cristo, de Dios el Ele-
 gido ²⁸. Y le escarnecían también los soldados, allegándose, pre-

24. Esta coincidencia tal vez no fué fortuita, sino un cálculo del odio de los jefes, para añadir a las humillaciones de Jesús esta nueva señal de infamia. Pero, como observa M. Godet, "Dios sacó de ella la gloria de su hijo". (v. 39 y sig.)

25. *Calavera*, esta palabra tiene el mismo sentido que la hebrea: *Gólgota* (Mat. 27: 33, nota.)

26. Es esta la primera de las siete palabras de la cruz, preciosa joya conservada por Lucas solo, la más sublime y conmovedora manifestación del amor divino que se olvida de sí mismo en los sufrimientos más atroces para no pensar más que en la salvación de los pecadores. ¿Por quién hace Jesús esta oración? No es solamente, como se ha pensado, por esos soldados romanos que al crucificarle no hacían más que obedecer ciegamente las órdenes de sus jefes. Jesús ora por sus enemigos, los verdaderos autores de su suplicio. Pero ¿no sabían éstos lo que hacían? Claramente, sabían que mataban un inocente; pero no que ese

inocente fuera su Mesías, el Hijo del Dios vivo. Y por voluntaria y culpable que fuera su ignorancia, atenuaba la culpabilidad de su crimen. Tal es el pensamiento de Pedro. (Act. 3: 17), lo mismo que el de Pablo. (1 Cor. 2: 8.) La oración de Jesús halló su respuesta en los cuarenta años de prórroga acordados a su pueblo y en la predicación del evangelio que le fué dirigida y acarreó la conversión de gran número de judíos.—El v. 34 falta en B, D.

27. *Echaron suertes.* El plural que se lee en A, y es preferido por la mayor parte de los críticos, se explica por el hecho de que los soldados se repartieron sucesivamente las diversas piezas del vestido de Jesús. (Mar. 15: 24; Juan 19: 23, 24.)

28. Comp. Mat. 27: 42, 43, nota, y Mar. 15: 31. Según nuestro evangelio, el pueblo no hacía más que *estar allí y mirar*, unos con curiosidad, otros quizá con compasión, mientras que los jefes, es decir los miembros del sanedrín (Mat. 27: 41), *se burlaban de él y le injuriaban*. El texto

37 sentándole vinagre y diciendo: Si tú eres el rey de los judíos,
 38 sálvate a ti mismo ²⁹. Y había también una inscripción sobre él:
 ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS ³⁰.

39 Y uno de los malhechores colgados le injuriaba, diciendo:
 40 ¿No eres tú el Cristo? sálvate a ti mismo, y a nosotros ³¹. Mas
 respondiendo el otro, reprendiéndole dijo: ¿Ni aun a Dios temes
 41 tú, que estás en el mismo juicio? ³² Y nosotros, sí, justamente,
 pues lo que es digno de lo que hemos hecho recibimos; mas éste
 42 nada impropio ha hecho ³³. Y decía a Jesús: Acuérdate de mí,
 43 Señor, cuando vengas en tu reino ³⁴. Y le dijo: En verdad te

recibido, es verdad, dice: Los magistrados también se burlaban con ellos; lo que implica las burlas de la multitud. Pero las expresiones en bastardilla que faltan, la primera en *Sin., D.*, la segunda en *Sin., B, C, Itala*, parecen adiciones destinadas a hacer concordar el relato de Lucas con los otros.—*El Elegido de Dios* significa su Amado, su Hijo (3: 22; Isa. 42: 1). Los jefes del pueblo tornan en escarnio los dos títulos sagrados en virtud de los cuales han condenado a Jesús a muerte: *el Cristo, el Hijo de Dios*.

29. Esos soldados repiten con ironía las palabras que leían escritas sobre la cruz y que habían sido el tema de acusación delante de Pilato. No se debe confundir este incidente, que es particular a Lucas, con el que refiere Mateo (27: 48). Según él, uno de los soldados presenta a Jesús vinagre por compasión, porque le ha oído exhalar una queja dolorosa.

30. Véase Mat. 27: 37, nota. El texto recibido con *Sin., A, Itala*, dice: una inscripción en letras griegas, hebraicas y romanas. Estas palabras son tomadas del evangelio de Juan.

31. Era uno de los malhechores quien injuriaba así al Salvador, y no los dos como refieren Mateo y Marcos. (Véase, sobre esta diferencia, Mat. 27: 44, nota.)

32. Gr. *Ni aun temes tú a Dios* (me parece que deberías temerle) porque... Ese crucificado está espantado del endurecimiento de su compañero de crimen, en el momento supremo en que sufre su castigo. Este contraste le inspira su *reprehen-*

33. Gr. Nada ha hecho fuera de

lugar, de orden. El malhechor experimenta un doble sentimiento, tan vivo como profundo: por una parte, el de su propia culpabilidad delante de los hombres y delante de Dios; y, por la otra, el de la perfecta inocencia de Jesús.

34. Conservamos la lección del texto recibido que es confirmada por las versiones antiguas (*Itala, Sin., Sin., B, C*, dicen: *y decía: Jesús, acuérdate de mí.*)—Todo está contenido en esta inimitable súplica: la humildad que no pide más que un recuerdo, la confianza que se arroja en los brazos del Salvador, la fe que ve en ese crucificado un rey al que pertenece el reino espiritual que él vendrá un día a establecer en su poder y en su gloria. Se pregunta de dónde podían venir a ese hombre, que moría como malhechor, sentimientos tan elevados de arrepentimiento y de piedad. La crítica negativa no ha dejado de poner en duda la verdad histórica de este relato. Pero, sin contar que ese hombre podía haber conocido a Jesús y oído sus misericordiosas invitaciones dirigidas a los mayores pecadores, la situación presente basta para explicar esta transformación de su alma por la acción de la gracia de Dios. ¿Por qué, primeramente, no habría sido despertada su conciencia bajo el golpe de la condenación que lo destinaba a una muerte horrible? Luego ¿no ha andado al lado de Jesús, desde el palacio de Pilato hasta el Calvario? ¿No ha visto su mansedumbre inalterable, la majestad y la santidad de todo su ser, puesto atención a las palabras solemnes y proféticas dirigidas a las mujeres de Jerusalén y a todo el pueblo? Por

44 digo: hoy estarás conmigo en el paraíso³⁵. Y era ya como la sexta hora; y hubo tinieblas sobre la tierra entera hasta la novena hora, faltando el sol, y se desgarró por medio el velo del santuario³⁶. Y clamando con grande voz, Jesús dijo: Padre, en tus manos encargo mi espíritu³⁷. Y en diciendo esto, expiró³⁸.

último y sobre todo, ¿no ha oído, entonces mismo, la emocionante oración del Salvador por sus enemigos, sobre los cuales imploraba el "perdón del Padre?" ¿No era eso toda una revelación, el evangelio entero ofrecido a esa alma profundamente humillada? ¿No debía ser ella persuadida de que aquel que era crucificado entonces como rey y como Hijo de Dios, lo era en efecto?

35. Jesús concede a ese pecador salvado mucho más de lo que había pedido. No un simple recuerdo en un porvenir más o menos lejano; sino hoy, le dice, antes que la noche reine sobre la tierra, yo te introduciré en la mansión de los bienaventurados, donde *estarás conmigo*. Jesús prometía esta suprema consolación a sus propios discípulos entristecidos en el momento de la separación. (Juan 14: 3; comp. 17: 24.) Es despojar esta magnífica promesa de su riqueza y de su hermosura, el hacer del *paraíso* una parte del *hades* (lugar invisible, mansión de los muertos), adonde el espíritu de Jesús habría ido en su pretendido descenso a los infiernos, durante el intervalo que separó su muerte de su resurrección. ¡Hermosa consolación para ese moribundo tal cita en el reino de las sombras! (Isa. 14: 9, 10; 38: 18.) La palabra *paraíso* significa *parque*. Se halla en este sentido literal en Ecles. 2: 5; Cant. 4: 13. Los Setenta designan por esta palabra el jardín de Edén. (Gén. 2: 8.) De ese modo se ha hecho sinónima del cielo, siendo aplicada a la mansión del hombre salvado. En 2 Cor. 12: 4, Pablo cuenta que "fué arrebatado al *paraíso*, donde oyó palabras inefables que no es lícito al hombre expresar." Inmediatamente antes, había manifestado la misma idea diciendo que "fué arrebatado hasta el tercer cielo." Comp. 2 Cor. 12: 4, 1.^a nota. Los dos términos son, pues, sinónimos. En Apoc. 2: 7, el Señor promete "al que venciere darle de comer del árbol de

vida, que está en el *paraíso* de mi Dios," llamando así al Edén readquirido, la mansión de la dicha eterna, que es la de Dios mismo. Nos parece inadmisibles dar a la palabra *paraíso* un sentido diferente en nuestro pasaje. Una variante que se lee en *B* y en algunas copias de la *Itala*, en el v. 42, dice: cuando *entres en tu reino*. Si esta lección que adoptan Westcott y Hort, presenta el texto original, Jesús designa con el nombre de *paraíso* el *reino* en el cual va a *entrar*. El *paraíso* no es, pues, una división del *hades*, pues éste no pertenece al reino de Cristo.

36. Se puede traducir también: "hubo tinieblas sobre todo el país." Véase, en cuanto a estas *tinieblas*, Mat. 27: 45, nota; y, en cuanto al *velo del templo*, Mat. 27: 51, nota. En cuanto a las indicaciones relativas a las horas, véase Mat. 27: 45, nota; Mar. 15: 25, nota. Lucas cuenta que el *velo del templo se desgarró* antes de la muerte de Jesús, y no habla del terremoto; según Mateo y Marcos, esos fenómenos siguieron inmediatamente a la muerte del Salvador. En lugar de: "y el sol se oscureció." *Sin., B*, tienen: "habiendo faltando el sol, o sufrido un eclipse."

37. ¡Padre! Jesús, después de un tiempo de angustias profundas (Mat. 27: 46), ha hallado nuevamente el sentimiento íntimo de confianza y de amor que le unía a Dios; y como ahora siente acercarse la muerte y va a perder la conciencia de sí mismo, *encomienda su espíritu en las manos de ese Padre* que vela sobre él. Se apropia para ello las palabras del Sal. 31: 6. Citando este pasaje, Lucas (según *Sin., B, A, C, Itala Str.*) corrige el futuro de la versión de los Setenta, conservado por el texto recibido, y hace decir a Jesús: *encomiendo*. Sólo el presente conviene en boca de Jesús expirando. Esta última oración que escapa del corazón de Jesús está en armonía con la interpretación que hemos dado del

47 Y viendo el centurión lo acontecido, glorificaba a Dios, diciendo: 48 Realmente este hombre era justo³⁹. Y todas las multitudes que habían concurrido a este espectáculo, habiendo mirado lo acontecido, se volvían hiriendo sus pechos⁴⁰. Y todos sus conocidos estaban lejos, y las mujeres que le acompañaban desde Galilea, mirando esto⁴¹.

C. 50-56. LA SEFULTURA.—1.º *La inhumación de Jesús*. José de Arimatea, miembro del sanedrín, que no había participado en la decisión de esa asamblea, se traslada ante Pilato y pide el cuerpo de Jesús; luego, después de haberlo bajado de la cruz y envuelto en un lienzo, lo deposita en un sepulcro nuevo (50-53).—2.º *Los preparativos de las mujeres*. Estando por empezar el sábado, las mujeres galileas observan dónde ponen el cuerpo de Jesús; luego van a preparar aromas (54-56º).

50 Y he aquí, un varón de nombre José, que era consejero, varón bueno y justo⁴² (éste no había consentido en su consejo y

v 43, y excluye la idea de un descenso que Jesús habría hecho en espíritu a los infiernos. Jesús tiene conciencia, en el momento mismo en que expira, de entrar en la plena comunión del Dios viviente; y es así como su último suspiro es la consolación suprema de los que mueren como cristianos. (Act. 7: 59.)

38. Según Juan 19: 30, se podría pensar que las últimas palabras de Jesús sobre la cruz fueron: *Consumado está*; pero estas palabras precedieron a la súplica que Lucas relata y que corresponde a la expresión de Juan: *entregó el espíritu*.

39. Véase Mat. 27: 54 y Mar. 15: 39, notas. *Justo*, inocente de lo que se le acusaba. "Pero este homenaje implicaba otro; pues habiéndose presentado Jesús como el Hijo de Dios, si era un hombre justo debía ser más que eso. Es lo que expresa la exclamación del centurión en Mateo y Marcos. Dos veces, sobre la cruz, Jesús había llamado a Dios su *Padre*; el centurión bien podía, pues, expresarse así: era un justo; era realmente el *Hijo de Dios*." *Godet*.

40. El pueblo de Jerusalén, engañado por sus jefes, había pedido la muerte del Salvador (v. 4, 13, 18, 21, 23); vivamente emocionado por todo lo que acababa de ver y oír, se *hiere* ahora el *pecho* en señal de remordimiento y de dolor. Así empezaba a cumplirse la profecía de Zacarías (12: 10), y esos hombres eran las

primicias de la conversión de millares de otros que, oyendo a Pedro, en el día de Pentecostés, se sintieron igualmente reprendidos en su conciencia. (Act. 2: 37.)

41. Mateo nombra algunas de esas mujeres, así como Juan, que menciona también la presencia al pie de la cruz de María, madre de Jesús, de la que no hablan los sinópticos. (Véase Mat. 27: 56, nota.) Por *todos sus conocidos*, se debe entender los amigos de Jesús, quizá también algunos de los apóstoles. Estando a *distancia*, a causa del temor que los dominaba, *contemplaban esas cosas*, todo lo que acababa de acontecer, luego la partida del pueblo consterinado de lo que acababa de ver. (v. 48.) Tales detalles son tomados de la realidad.

42. Véase sobre la sepultura de Jesús, Mat. 27: 57-61 y Mar. 15: 42-47, notas; comp. Juan 19: 38-42. Cada uno de los cuatro evangelistas caracteriza a José de Arimatea a su modo, de manera que reunidos nos dan una idea bastante completa de ese pladoso y eminente israelita. Mateo hace notar que era "rico"; Marcos lo llama "consejero distinguido" y agrega, lo mismo que Lucas, que "esperaba, él también, el reino de Dios"; Lucas le designa también por estos dos epítetos importantes: un hombre *bueno y justo*. Por último, Juan nos hace saber que era "discípulo de Jesús, pero en secreto, a causa del

en su acto), de Arimatea, ciudad de los judíos, que aguardaba, 52 él también, el reino de Dios ⁴³; éste, allegándose a Pilato, pidió 53 el cuerpo de Jesús. Y bajándolo, lo envolvió en un lienzo y lo puso en un sepulcro labrado en piedra, donde nadie había aún sido 54 puesto ⁴⁴. Y era el día de la preparación, y el sábado empezaba ⁴⁵; 55 y siguiendo detrás las mujeres, las cuales habían venido con él de Galilea, miraron el sepulcro, y cómo fué puesto su cuerpo ⁴⁶. 56 Y volviéndose, prepararon aromas y ungüentos ⁴⁷.

III. RESURRECCIÓN Y ASCENSIÓN.

1. La resurrección comprobada.

1-12. LA VISITA DE LAS MUJERES Y LA DE PEDRO AL SEPULCRO.—1.^o *Las mujeres en el sepulcro.* Después de haber observado el reposo prescripto durante el sábado, las mujeres traen el primer día de la semana, muy temprano. sus aromas al sepulcro, y lo hallan vacío (1-3).—2.^o *Los ángeles y su mensaje.* Dos hombres, en vestidos resplandecientes, les aparecen y les hacen saber que Jesús ha resucitado, según lo había anunciado (4-8).—3.^o *El relato*

temor de los judíos." Y ahora, en la hora del peligro, cuando la causa del Salvador parece perdida, ese hombre, intimidado hasta entonces, halla el valor de cumplir un santo deber.

43. Ya antes de la manifestación del Salvador, José era del número de esos piadosos israelitas que *esperaban* el cumplimiento de las promesas de Dios y el establecimiento de su reinado (2: 25, 38); es lo que indican las palabras *él también*, omitidas sin causa por algunos manuscritos (*Sim., B, C, D*). Su conducta actual prueba que había reconocido en Jesús el fundador de ese reino.

44. Mateo nos hace saber que ese sepulcro pertenecía a José mismo y era nuevo. Lucas y Juan atribuyen bastante importancia a este último detalle para añadir que *nadie había sido aún puesto en él*. Un sepulcro semejante era más honorable para el Salvador preservando su cuerpo del contacto con otros cadáveres, que, según la ley judía, le habrían hecho adquirir una mancilla.

45. Ese día era la *preparación* del sábado; éste *iba a empezar* el viernes a la noche, al ponerse el sol. Esta indicación, lo mismo que algunas otras en los relatos de los sinópticos mismos, parece probar que la

muerte de Jesús no tuvo lugar en el gran día de la fiesta, el 15 de nisan, pues sería extraño que éste fuera designado por este término de *preparación*, y opuesto a un simple sábado. Véase, sobre esta cuestión, Juan 13: 1, nota.

46. Aquí, como en el v. 49, Lucas calla los nombres de esas mujeres, conservados por Mateo y Marcos. Ellas siguieron a José hasta el sepulcro, ya fuera por amor al Maestro que habían perdido, ya a causa de su intención indicada en el versículo siguiente.

47. Marcos (16: 1) dice más exactamente que ellas hicieron estos preparativos el sábado a la tarde, terminado el reposo. No habrían tenido tiempo de hacerlos el viernes a la tarde, porque el sábado empezaba al ponerse el sol. Acabados los preparativos el sábado al anochecer, era demasiado tarde para proceder al embalsamamiento del cuerpo de Jesús; he ahí por qué no fueron al sepulcro sino el domingo a la mañana. Pero entonces el Príncipe de la vida no tenía más necesidad de sus aromas ni de sus ungüentos; Dios no había permitido que su Amado sintiera la corrupción. (Sal. 16: 10; Act. 2: 27.)

de las mujeres a los apóstoles. Esas mujeres, cuyos nombres indica el evangelista, cuentan a los once lo que han visto y oído, pero sólo encuentran incredulidad (9-11).—4.^o *La visita de Pedro al sepulcro.* Pedro corre al sepulcro, echa una mirada al interior y se vuelve asombrado (12).

XXIV. Y el sábado, sí, reposaron según el mandamiento, mas el primer día de la semana, muy de madrugada, fueron al sepulcro, llevando los aromas que habían preparado ¹. Y encontraron que habían hecho rodar la piedra del sepulcro, mas entrando, 4 no hallaron el cuerpo del Señor Jesús ². Y aconteció, mientras estaban perplejas sobre esto, he aquí, dos varones sobrevinieron 5 a ellas, en vestidura resplandeciente ³. Y siendo ellas espantadas e inclinando sus rostros a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis

1. Véase, sobre la historia de la resurrección, Mat. 28: 1-10; Mar. 16: 1-8 notas; comp. Juan 20: 1 y sig. El primer versículo del cap. 24 está íntimamente ligado con el último del capítulo precedente. El *mas* opone al reposo de las mujeres durante el sábado la actividad que despliegan el primer día de la semana. No dudaban acerca de la oportunidad de usar aún sus aromas para embalsamar el cuerpo del Salvador. La idea de su resurrección no las había aborrido. Lo mismo ocurrirá con todos los discípulos; y ese hecho es uno de los más apropiados para demostrar la realidad histórica de la resurrección de Jesús.—El texto recibido con *A, D* y varias *mayúsc.* agrega a nuestro versículo estas palabras: *y algunas (mujeres) con ellas*, que han sido transcriptas aquí del v. 10. Esas mujeres eran María Magdalena, María, madre de Jacobo (v. 10; Mat. 28: 1), a las cuales Marcos (16: 1) añade Salomé; y Lucas (v. 10) nombra también a Juana, mujer de Chuza, intendente de Herodes. (8: 3).—Cualesquiera que sean las diferencias de detalle que presentan los evangelios en la historia de la resurrección, están todos en plena armonía en el relato de estos tres hechos principales: 1.^o Las mujeres van al sepulcro y lo hallan abierto y vacío. 2.^o Ven una aparición de ángeles que les anuncian que Jesús ha resucitado, y que sus discípulos le verán en Galilea. 3.^o Las mujeres se apresuran en ir a anunciar a los discípulos lo que han visto y oído.—En cuanto a las apariciones de Jesús a

los discípulos, se habían formado en la tradición apostólica dos corrientes, que se reflejan en los evangelios: la una (Mateo y Marcos) limitándose a la entrevista solemne en Galilea; la otra (Lucas) refiriendo en detalle las apariciones de Jesús en Jerusalén y en los alrededores en el día mismo de su resurrección. A lo que se debe agregar que Juan relata apariciones en Judea (20: 26 y sig.) y en Galilea (cap. 21) que los sinópticos no mencionan.

2. Los cuatro evangelios están de acuerdo en este doble hecho: la piedra del sepulcro apartada y la tumba vacía. Mateo solo cuenta que al aparecer el ángel se había producido un terremoto y que así la piedra había sido revuelta.

3. *Gr. resplandecientes como el relámpago.* (Comp. 9:29.) La expresión *dos hombres* muestra que el resplandor de su aparición no impedía reconocer la forma humana adoptada por esos seres celestes. (Comp. Act. 1: 10.) *Sobrevinieron:* aparición súbita. Lucas y Juan mencionan dos ángeles; Mateo y Marcos uno solo, el que dirigió la palabra a las mujeres. Estas diferencias que los evangelios presentan se conciben muy bien: en la emoción que experimentaron esas mujeres, en el seno de esa luz que resplandeció repentinamente a su derredor, unas vieron dos ángeles, otras uno solo. "Frios buscadores de contradicciones, exclama Lessing, ¿no veis que los evangelistas no cuentan los ángeles?" Lo que es digno de notar, es que los ángeles del cielo fueron los primeros heraldos del

6 con los muertos al que vive? ⁴ No está aquí, sino que ha resucitado ⁵; acordaos de cómo os habló, estando aún en Galilea, diciendo que era necesario sea el hijo del hombre entregado en manos de hombres pecadores, y sea crucificado, y resucite el tercer día ⁶.
8, 9 Y se acordaron de sus palabras. Y volviéndose del sepulcro, contaron todo esto a los once y a todos los demás ⁷. Y eran María la magdalena y Juana y María la [madre] de Jacobo; y las demás ¹¹ con ellas decían esto a los apóstoles ⁸. Y esas palabras parecieron ¹² a sus ojos como tontería, y no les creyeron ⁹. Mas Pedro, levantándose corrió al sepulcro; y encorvándose, ve los lienzos solos; y se fué a su casa, admirándose de lo acontecido ¹⁰.

2. Las apariciones del resucitado.

A. 13-35. JESÚS Y LOS DOS PEREGRINOS SOBRE EL CAMINO DE EMMAÚS.—

1. ⁹ *El encuentro.* Dos discípulos van a Emmaús. Conversan sobre los acontecimientos que acaban de realizarse. Jesús se acerca a ellos y camina a su lado. Ellos no le reconocen. (13-16).—2. *La pregunta de Jesús y el relato de*

Príncipe de la vida que rompía las ligaduras de la muerte, como habían sido los primeros en anunciar su nacimiento. (2: 13.)

4. *Gr. a. viviente con los muertos.* Está vivo, vivo para siempre y fuente de la vida, porque ha resucitado. (v. 6.) Siempre y de mil maneras, la fe obscurecida busca al viviente entre los muertos. Lucas solo ha conservado estas palabras impresionantes y profundas.

5. Mat. 28: 6; Mar. 16: 6. Según estos dos evangelistas, el ángel invitó también a las mujeres a ver la tumba y asegurarse de que estaba vacía

6. Cap. 9: 22; 18: 32; Mat. 17: 22, 23; Mar. 9: 30 y sig. Estas predicciones reiteradas de Jesús, que los discípulos mismos no habían querido comprender, habían hecho tan poca impresión en su espíritu, que ellos no esperaban ni la muerte ni la resurrección de su Maestro. Recordárselas era un medio eficaz de levantar su fe abatida. Por eso se apresuraron las mujeres a llevarles este mensaje de los ángeles. (v. 9.)—En la palabra citada por el ángel, Jesús es designado por este nombre de *hijo del hombre*, que él se complacía en darse; pero después de su resurrección, no se llama más así. (v. 26, 44.)

7. Mat. 28: 8; Mar. 16: 8. *Todos los demás* eran los discípulos de Jesús que se habían juntado a la so-

ciudad de los *once* y que permanecían junto a ellos en esos días de aflicción y de duelo. (v. 22-24.)

8. *Comp. v. 1, nota.* Véase sobre María Magdalena y María, madre de Jacobo, Mat. 27: 56, nota y sobre Juana, mujer de Chuza, Luc. 8: 3, nota.

9. *Comp. v. 1 y 7 notas.* Serán necesarias a esos hombres pruebas bien evidentes para llevarles a la fe. Jesús condescendió a dárselas. (v. 38 y sig.)

10. Bien que los discípulos no creyesen el mensaje de las mujeres, Pedro, siempre ardiente y presto a obrar, se levanta y corre al sepulcro, a fin de ver con sus propios ojos. *Comp. Juan 20: 6-9*, que cuenta este incidente de una manera más completa.—El v. 12 falta en *D*, en algunas copias de la *Itala* y en una de las versiones siríacas. Los críticos modernos lo omiten como una glosa tomada del relato de Juan. Pero, en este caso, se pregunta por qué no se hace mención de *el otro discípulo*. (Juan 20: 3.) La continuación del relato de Lucas (v. 24) confirma la autenticidad de nuestro versículo. Tiene por lo demás en su favor el testimonio unánime de los manuscritos, de las versiones antiguas y de los padres, salvo las pocas excepciones indicadas. *Sin., B*, omiten: *en tierra* (gr. *echados*); *Sin., A*, omiten: *solos*

los discípulos. Jesús les pregunta el tema de su conversación y la causa de su tristeza. Se extrañan de su ignorancia y le refieren la condenación y muerte de Jesús de Nazaret; luego le dicen las esperanzas que habían fundado en él, y que se desplomaron, pues es ese el tercer día desde su muerte; mencionan, sin embargo, la sorpresa que les ha causado el relato de las mujeres y las comprobaciones de los que han ido al sepulcro (17-24).—3. *La enseñanza de Jesús.* Jesús les reprocha su lentitud en creer y les explica, por las escrituras, la necesidad de sus padecimientos (25-27).—4. *El reconocimiento.* Como llegan a Emmaús, quiere Jesús continuar su viaje; pero le retienen y persuaden de que quede con ellos, en vista de la proximidad de la noche. Entra con ellos, y en el momento en que rompe el pan y se lo da le reconocen, pero él desaparece inmediatamente (28-31).—5. *Regreso de los discípulos a Jerusalén.* Recuerdan la emoción que han experimentado mientras él les explicaba las escrituras. Regresan en el acto a Jerusalén, y cuentan a los discípulos reunidos lo que les ha acontecido (32-35).

13 Y he aquí, dos de entre ellos, el mismo día, iban a una aldea que está a sesenta estadios de Jerusalén, cuyo nombre es Emmaús ¹¹. Y ellos conversaban juntos sobre todo esto que había ¹⁵ sucedido ¹². Y aconteció, mientras conversaban y disputaban, que

11. Este admirable relato, tan simple, tan verdadero y tan profundo al mismo tiempo, nos ha sido conservado por Lucas solo. Lo empieza por estas palabras: *Y he aquí*, que hace esperar algo de extraordinario. *Ese mismo día*, día de la resurrección de Jesús. *Emmaús* estaba *alejada* de Jerusalén, según nuestro evangelista, *de sesenta estadios*, cerca de once kilómetros. No hay más que hipótesis acerca de la situación de esa *aldea*. Varias localidades llevaban el nombre de Emmaús, que significa: "baños calientes". La tradición católica, que remonta a Eusebio y a Jerónimo, ve nuestro Emmaús en la ciudad de Nicópolis, hoy Amwás, en la llanura de Sarón. Pero Nicópolis no era una *aldea*, y la distancia que la separa de Jerusalén es de ciento setenta estadios. La identificación no sería posible sino admitiendo la var. de *Sin.* que tiene *ciento sesenta estadios*. Pero ¿puede figurarse los dos discípulos franqueando más de treinta kilómetros para volver a entrar al anochecer en Jerusalén y hallar allí aun a los once reunidos? Se ha buscado, pues, a Emmaús más cerca de Jerusalén. Los unos detienen en Kolonieh, sobre la ruta de Jerusalén a Jaffa, que parece ser el lugar donde según Josefo (*Guerra de los Judíos*, VII, 6, 6), Tito estableció una colonia de los veteranos de su ejér-

cito. Habría que admitir en ese caso un error en la indicación de Lucas, pues Kolonieh no está a más de cuarenta y cinco estadios de Jerusalén. Por ese motivo otros colocan a Emmaús más lejos al nord-este, en Kubeibeh, o en Hamotsa, a mitad de camino entre Kubeibeh y Kolonieh. Otros, por último, considerando que nuestro relato no indica que Emmaús estuviera al occidente de Jerusalén, han creído hallarlo al sur de Belén, en un lugar llamado Urtsa, donde se han hallado restos de antiguos baños. Los *dos de entre ellos* que iban allí, y que tal vez allí vivían, eran discípulos de Jesús, pero no de los apóstoles. (v. 33.) El uno se llamaba Cleopas (v. 18). No debe ser confundido con Clopas (Juan 19: 25), que es una transcripción del nombre hebreo Alfeo, mientras que Cleopas parece ser una abreviatura de Cleopatras (6: 15; Act. 1: 31.) El hecho de que esos dos discípulos se alejaban de Jerusalén, en tal momento, muestra que no tenían ya ninguna esperanza de volver a ver a Jesús. (v. 21); pero por lo menos buscaban alguna consolación en sus *conversaciones* y en la evocación de sus recuerdos comunes. (v. 14.)

12. No solamente de los rumores que corrían relativos a la resurrección de Jesús (v. 22-24), sino más aun de las escenas trágicas de la

16 Jesús mismo, acercándose, iba con ellos¹³; mas los ojos de ellos
17 eran retenidos para que no le reconocieran¹⁴. Y les dijo: ¿Qué
palabras son éstas que cambiáis el uno con el otro andando con
18 triste aspecto?¹⁵ Y respondiendo uno, de nombre Cleopas, le
dijo: ¿Tú solo forastero eres en Jerusalén y no sabes las cosas
19 acontecidas en ella en estos días?¹⁶ Y les dijo: ¿Cuáles? Y ellos
le dijeron: Las relativas a Jesús el Nazareno, que fué un varón
profeta poderoso en obra y palabra, delante de Dios y de todo
20 el pueblo¹⁷; y cómo le han entregado los principales sacerdotes
y nuestros jefes a sentencia de muerte, y le han crucificado¹⁸.
21 Mas nosotros esperábamos que él era el que debía redimir a Is-

muerte de su Maestro (v. 19, 20). Ellos conversaban y discutían esos acontecimientos, procurando darse cuenta de sus causas y de sus consecuencias.

13. Gr. *él mismo*, Jesús, aquel de quien conversaban con tanto interés y tristeza, ¡aquel a quien no esperaban volver a ver! El se acercó sin duda por detrás, e iba con ellos.

14. ¿Cuál es el sentido de estas palabras: *los ojos de ellos estaban retenidos, de modo que no le reconocían*? Se puede explicar este fenómeno por causas naturales, como lo hacen varios intérpretes. Los discípulos no creían en la resurrección de Jesús. El pensamiento de reconocerle en ese forastero no les venía por consiguiente. Por otra parte, un notable cambio había debido producirse en la persona de Jesús, ya por sus sufrimientos y su muerte, ya por su resurrección; aun sus discípulos más íntimos vacilan en reconocerle cuando los aborda. (v. 37; Juan 20: 14, 15; 21: 4.) Si uno se atiene a esta explicación, hay que ver igualmente en el término del v. 31: *sus ojos fueron abiertos* la mención única del hecho de que reconocieron a Jesús por el modo como, tomando en la mesa el papel de padre de familia, pronunció la bendición, rompió el pan y se lo dió, exactamente como acostumbra hacerlo en las comidas que precedentemente había compartido con ellos. Esta interpretación no es inadmisibles. Pero ¿es probable que, si tal fuera el pensamiento del historiador, se hubiese servido de estos términos tan poco usados: *sus ojos estaban retenidos, sus ojos fueron abiertos*? Es uno más bien llevado

a pensar que Lucas ha tenido la intención de indicar por estas palabras una acción divina. Jesús había querido primeramente permanecer desconocido para los discípulos, a fin de instruirlos y persuadirlos por las escrituras antes de convencerlos por una manifestación exterior apropiada para impresionar sus sentidos. Su impresión fué así muy diferente. (v. 32.)

15. El interés simpático que Jesús les demuestra gana pronto la confianza de los dos viajeros. Las preguntas que les hace los invitan a abrirle su corazón. (Comp. 18: 40; Juan 5: 6; 20: 15.) *Sim., B y A* (en una de sus lecciones) tienen: *y se detuvieron muy tristes*

16. Véase sobre Cleopas, v. 13, nota. Cleopas quiere decir: "¿Eres tú el único que aunque residiendo en Jerusalén, no sepa...?" Los discípulos suponen que ese viajero es uno de los numerosos forasteros idos a Jerusalén para la fiesta de pascua.

17. No era solamente poderoso en palabra sino también y sobre todo en obra, por los hechos de amor que llenaban su vida. Y lo era no solamente en la estimación de todo el pueblo, sino delante de Dios que le daba testimonio. /

18. Y cómo vuelve a tomar la frase interrumpida por la pregunta de Jesús en el v. 19. "¿Eres tú el único que no sepa las cosas que han ocurrido... y cómo los principales sacerdotes...?"—*Condenado a muerte, crucificado*, ¡qué contraste trágico con los términos que designan a Jesús en el v. 19! Eso es lo que pesa sobre el corazón de los discípulos y los pone tan tristes.

rael; empero con todo esto, el tercer día es éste desde que esto
22 aconteció¹⁹. Pero también algunas mujeres de entre nosotros nos
23 han pasmado; yendo de madrugada al sepulcro y no hallando su
cuerpo, han venido diciendo haber visto también una aparición
24 de ángeles, que dicen que él vive²⁰. Y algunos de los que están
con nosotros han ido al sepulcro, y así han hallado conforme las
25 mujeres habían dicho; mas a él no han visto²¹. Y él les dijo:
¡Oh necios y tardos de corazón para creer en todo lo que hablaban
26 los profetas!²² ¿No era necesario que padeciera esto el Cristo,
27 y entrara en su gloria?²³ Y empezando desde Moisés y desde
todos los profetas, les interpretó en todas las escrituras lo rela-
28 tivo a él²⁴. Y se acercaron a la aldea adonde iban; y él pretendió

19. *Mas nosotros*, por oposición a los magistrados (v. 20), *esperábamos...* Este verbo en imperfecto muestra que todas sus esperanzas se han desvanecido. ¡Se ve con ello qué habría sido de todos los discípulos, si Jesús no hubiera resucitado! (1 Cor. 15: 14-19.) Las palabras: *mas con todo esto* significan: a pesar de todo lo que era Jesús (v. 19), y a pesar de todas nuestras esperanzas.—*El tercer día*: nuevo motivo de duda y de tristeza, ¿sería esto un vago recuerdo de la predicción de Jesús, de que resucitaría en el tercer día?

20. Pero, al lado de todas esas causas de tristeza, he aquí otra circunstancia a mencionar, sobre cuyo significado vacilan en pronunciarse y que contribuye más bien a aumentar su turbación. No citan, en efecto, ese testimonio de las mujeres como un motivo de esperanza, que opondrían con certidumbre a los hechos dolorosos que acaban de citar. Esas mujeres, dicen, nos han (gr.) puesto fuera de nosotros; pues dicen que ángeles dicen que él está vivo! Se ve en estas repeticiones la expresión amarga de la duda: ellos no quieren readquirir esperanza. (Véase la nota siguiente.)

21. Aunque esos discípulos que también han visitado el sepulcro lo han hallado como las mujeres habían dicho, es decir vacío, este testimonio no vale más que el precedente, y he aquí el por qué: *¡a él no le han visto!* Tal es la acción corrosiva de la duda; debilita y anula dos testimonios que habrían debido bastar para reanimar todas las esperanzas de los

dos discípulos. De ahí el reproche severo y bien merecido que va a seguir.—Las palabras: *algunos de los nuestros* prueban que, en su pensamiento, Pedro no estaba solo, bien que nuestro evangelista (v. 12) no haya nombrado a Juan. (Juan 20: 3 y sig.)

22. Y él de su parte, después de haberles dejado contar todos sus motivos de tristeza, los reprende: *¡Oh insensatos!* Ante todo acusa a su entendimiento de carecer de penetración para asimilar las promesas que Dios ha hecho por los profetas. (Gál. 3: 1.) Pero ese obscurecimiento de la inteligencia tiene una causa moral en el corazón. El corazón, asiento de los afectos y de la voluntad, es *tardo para creer*, para confiar, para abandonarse a la voluntad divina. En otras ocasiones también. Jesús reúne estas dos causas de la falta de fe. (Mar. 6: 52; 8: 17.)

23. Era necesario que pasara por los padecimientos para llegar a la gloria. Era necesario, porque Dios lo había resuelto así (v. 25-27, 44, 46.) El hombre no podía ser salvado sino por esos sufrimientos y por esa muerte. El amor eterno de Dios, que quería la salvación del hombre, ha querido también la inmensa abnegación del Salvador, indispensable para la realización de esa salvación.

24. Las palabras: *empezando desde... y desde...* significan que Jesús empezó por el pentateuco, y pasó sucesivamente a los libros de todos los profetas, para hacer notar y explicar a los discípulos lo que en ellos tenía relación con sus sufri-

29 ir más lejos²⁵. Y le constriñeron²⁶ diciendo: Quédate con nosotros, porque la tarde se acerca y el día ya ha declinado²⁷. Y
30 entró para quedar con ellos. Y aconteció, cuando se reclinó con ellos [a la mesa], que tomando el pan bendijo; y rompiendo lo
31 entregaba a ellos; y sus ojos se abrieron y le reconocieron²⁸; y él
32 desapareció de con ellos²⁹. Y dijeron uno al otro: ¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros, como nos hablaba en

mientos y su muerte, su resurrección y su gloria. Lucas no nos dice cuáles fueron las partes de las escrituras que Jesús expuso. Sería fácil suplir a su silencio, y a menudo se ha intentado. Así, es muy digno de notar que algunas partes de las escrituras, el Sal. 22, Isa. 53, por ejemplo, después de haber empezado por un cuadro impresionante de los sufrimientos del Mesías terminan por una descripción sublime de su triunfo y de su gloria. Pero es probable que en lugar de separar algunos pasajes particulares, el Salvador hiciera comprender a los discípulos que todo, en Moisés, es la ley, en las instituciones del culto, sobre todo en los sacrificios, era una predicción simbólica y una preparación para su obra; y que todo, en los profetas, en sus predicaciones de la voluntad de Dios, en las promesas divinas de las que eran órganos, tenía una relación directa con la redención de su pueblo por el Libertador que le estaba prometido. A medida que los discípulos adquieren la inteligencia de las escrituras, sienten que las obscuridades de su corazón ceden el lugar a la luz, que a su duda sucede la confianza y, antes mismo de haber reconocido a Jesús, le pertenecen por completo. (v. 29 y 32.) He ahí la acción que Jesús quería ejercer sobre su espíritu en lugar de ofrecerse bruscamente a su vista. (Comp. v. 16, nota.)

25. Jesús, para probar a los discípulos, continuaba caminando, y habría ciertamente proseguido su camino si no le hubieran rogado insistentemente que quedara con ellos. Él quería que esta nueva gracia dependiera de ellos.

26. Gr. *le hicieron violencia*, moralmente por sus instancias. (Comp. Génesis 19: 3; Act. 16: 15.)

27. Ya se lee en *Sin., B, la Itala*. Es omitido en los otros documentos y en el texto recibido. Sin duda, los discípulos querían ejercer la hospitalidad para con ese forastero que tanto bien les había hecho. Pero el motivo que invocan es notable: *el d' que ha declinado* es una figura de la tristeza que reina en su alma; sienten sin darse cuenta de ello, que tienen consigo el Sol de justicia; si los abandona, temen volver a caer en las angustias de que empiezan a salir.

28. Mientras les entregaba el pan (obsérvese el imperfecto) *sus ojos se abrieron* o *fueron abiertos* (v. 16, nota.) Este término a menudo es empleado para indicar la curación de un ciego (Mat. 9: 30; 20: 33; Juan 9: 10); es tomado aquí en un sentido moral. Los discípulos reconocieron al Maestro en el gesto que le era familiar. (v. 35.)—Los términos por los cuales describe Lucas esta comida recuerdan los de la institución de la cena. Desde los padres de la iglesia se ha discutido la cuestión de saber si se debe ver aquí una celebración de la cena. Formalmente no, pero, como el alma de los discípulos estaba ciertamente en comunión con Jesús, ¿dónde está la diferencia?

29. Gr. *se tornó invisible lejos de ellos*, es decir que, por una acción sobrenatural, desapareció de sus ojos. Otros diversos hechos indican un gran cambio que se había obrado en la persona de Jesús. Estaba ya en camino de glorificación y libtado de las leyes que rigen los cuerpos. (v. 36; Juan 20: 19, 26). Los discípulos pudieron presentir con ello que en adelante no le poseerían ya consigo como antes, sino que debían habituarse a una comunión invisible y espiritual con él. (Véase Juan 14 y sig.)

33 el camino, como nos abría las escrituras?³⁰ Y levantándose en la misma hora, volvieron a Jerusalén³¹, y hallaron reunidos a los
34 once, y a los que estaban con ellos³², diciendo: Realmente ha
35 resucitado el Señor, y a aparecido a Simón³³. Y ellos referían lo [ocurrido] en el camino, y cómo fué conocido por ellos en el rompimiento del pan³⁴.

B. 36-49. JESÚS APARECE A LOS DISCÍPULOS REUNIDOS.—1.º *La aparición de Jesús*. Mientras los discípulos de Emmaús hacen su relato, Jesús se presenta con este saludo: ¡La paz sea con vosotros! Para calmar su espanto, les muestra sus pies y sus manos, y los invita a tocarle. En seguida, para convencerlos enteramente, come en presencia de ellos (36-43). 2.º *Las instrucciones de Jesús a sus discípulos*. Les recuerda que les había dicho que todas las profecías relativas a él debían cumplirse. Les abre el entendimiento para comprender las escrituras. Estas anunciaban sus padecimientos y su resurrección, y la predicación del evangelio entre todas las naciones. Jesús constituye a sus discípulos en testigos, les promete el Espíritu Santo, y les ordena esperar en Jerusalén el cumplimiento de esta promesa (44-49).

36 Y hablando ellos esto, él estuvo en medio de ellos³⁵, y les

30. Un corazón ardiente, expresión enérgica de la emoción que las palabras del Salvador habían dejado en ellos. Ahora no tienen ya ninguna duda sobre su resurrección. (v. 35.) Una experiencia tan íntima no puede haber sido contada más que por los que la habían tenido. *Cuando nos explicaba* (gr. *nos abría*) *las escrituras*: esas escrituras estaban hasta entonces cerradas para ellos, la palabra y el Espíritu de Jesús se las había abierto.

31. Son impelidos por el ardiente deseo de participar a sus condiscípulos la grande noticia que les llena de gozo. "No temen ya ahora ese viaje nocturno de que habían disuadido a su desconocido compañero." (v. 29.) *Bengel*.

32. Los once, así se designaba a los apóstoles después de la caída de Judas. Lucas emplea este término bien conocido de todos, aunque, en realidad, no fueran entonces más que diez estando ausente Tomás. (Juan 20: 24.) Pero los apóstoles no estaban solos. Otros discípulos de Jesús estaban con ellos.

33. Antes aun de que los discípulos de Emmaús puedan tomar la palabra, se les recibe con esta exclamación alegre: ¡El Señor ha resucitado realmente! Los discípulos dan por

prueba de ello una aparición de Jesús a Simón (Pedro). Este hecho, de una importancia tan grande, confirmado por la tradición apostólica (1 Cor. 15: 5), era conocido por Lucas, aunque no lo consigna en su relato de la resurrección, como tampoco refiere la aparición de Jesús a las mujeres (Mat. 28: 9), a María Magdalena (Juan 20: 14), a los quinientos hermanos en Galilea y a Jacobo, (1 Cor. 15: 6, 7.) La manifestación de Jesús a Pedro era una prueba de su tierna misericordia para con ese pobre discípulo que, en sus amargos remordimientos, debía sentir una imperiosa necesidad de volver a ver a su Maestro y oír de su boca una palabra de perdón. (Comp. Mar. 16: 7, notas; v. 31, nota, y v. 16, nota.)

34. V. 31, nota y v. 16, nota.
35. Gr. *fué en pie en medio de ellos* apareció repentinamente. El término del original implica algo de extraordinario, de sobrenatural. (Comp. v. 31, nota; Juan 20: 19, 26). Eso explica la impresión producida (v. 37) sobre esos mismos hombres que acababan de expresar (v. 34) su gozosa certidumbre de la resurrección del Señor. Esta aparición de Jesucristo a todos los discípulos reunidos es la misma que Juan ha referido en 20: 19 y sig.

37 dice: Paz a vosotros³⁶. Mas siendo aterrorizados y espantados, 38 pensaban ver un espíritu³⁷. Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué suben razonamientos a vuestro corazón? Ved mis manos y mis pies, (que yo mismo soy. Palpadme y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, conforme veis que yo tengo. 40, 41 Y diciendo esto, les mostró sus manos y sus pies³⁸. Y no creyendo aún ellos del gozo, y admirándose, les dijo: ¿Tenéis algún comestible aquí? Y ellos le entregaron parte de un pez 43, 44 asado. Y tomándolo, comió en presencia de ellos³⁹. Y les dijo: Estas son mis palabras que os hablé estando aún con vosotros⁴⁰, que era necesario fuera cumplido todo lo escrito en la 45 ley de Moisés y los profetas y salmos sobre mí⁴¹. Entonces les

36. Las palabras: *y les dice: Paz a vosotros*, faltan en *D* solo y en la *Itala*. Tischendorf y la mayor parte de los críticos y de los exégetas las suprimen como sospechosas de haber sido tomadas de Juan 20: 19.

37. Es decir un ser del mundo invisible, no teniendo sino un cuerpo aparente, lo que Mateo (14: 26) llama en otra parte un "fantasma." Hay siempre en ello para la imaginación un motivo de *terror*.

38. Jesús les da a entender que sus temores solamente provienen de los pensamientos o de las imaginaciones de su corazón; luego les declara abiertamente: *yo mismo soy*: y les invita a *tocarle* para convenecerlos de que no tienen por delante un espíritu. Por último (v. 40), *les muestra sus manos y sus pies*, en los cuales podían ver las cicatrices dejadas por los clavos de la cruz. Este v. 40 falta en *D* y la *Itala*, y la mayor parte de los críticos lo consideran como una interpolación muy antigua, sacada de Juan 20: 20. Es verdad que, en Juan, Jesús les muestra "sus manos y su costado", pero como dice M. Godet, "el versículo precedente de Lucas, donde se habla de los pies, ha podido influir en la forma de la frase interpolada". Esta mención de los pies (v. 39) supone que no solamente las manos, sino los pies del Salvador habían sido clavados a la cruz. Es este un punto aun discutido por los sabios (véase el *Comentario* de M. Godet sobre Lucas, 3.^a edic., p. 523 y sig., y, en un sentido opuesto, Meyer, sobre Mat. 27: 35), pero sobre el cual, in-

dependientemente de otras pruebas históricas, este pasaje de Lucas casi no puede dejar duda.

39. El gozo que sienten los discípulos al constatar la presencia de Jesús (v. 39), sucediendo a la tristeza y al temor, mantiene en ellos una turbación que les impide creer: fenómeno muy natural y confirmado por la experiencia. Para darles una nueva prueba, pide Jesús alimentos, de que come en presencia de ellos.—El texto recibido añade: *y de un panal de miel*; la autenticidad de estas palabras que faltan en *Sin.*, *B*, *A*, *D*, es dudosa.

40. Los acontecimientos de que sois testigos, mi muerte y mi resurrección, son el cumplimiento de las palabras que yo os decía. Jesús les recuerda las numerosas predicciones que les había hecho de su muerte y de su resurrección. (9: 22; 18: 31-33; 22: 37, etc.). *Cuando estaba aún con vosotros*; Jesús no se considera ya más como estando con sus discípulos; sus antiguas relaciones con ellos no serán reanudadas, serán reemplazadas por una comunión.

41. Véase sobre estas palabras: *era necesario*, v. 26, nota, y sobre el cumplimiento de las escrituras, v. 27, nota. Los judíos dividen aún hoy el Antiguo Testamento en tres partes: *la ley*, *los profetas* y *los hagiógrafos*; se puede preguntar si *los salmos* representan aquí esta última colección o son citados por sí mismos. Resulta de estas palabras que sobre la autoridad de su Maestro los apóstoles, en todos sus escritos, le aplican las profecías del Antiguo Testamento.

abrió el entendimiento, para que entendieran las escrituras⁴²; 46 y les dijo: Así está escrito que el Cristo padecería y resucitaría 47 de entre los muertos el tercer día; y que serían predicados en su nombre arrepentimiento y perdón de pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén⁴³. Vosotros sois testigos de 49 esto; y he aquí, yo envío sobre vosotros la promesa de mi Padre⁴⁴; mas vosotros morad en la ciudad, hasta que seáis vestidos de potencia de lo alto⁴⁵.

3. La ascensión.

50-53. LA ASCENSIÓN.—1.^o *Jesús elevado al cielo*. Jesús lleva a sus discípulos fuera de la ciudad, sobre el monte de los Olivos, y allí, extendiendo sus manos, los bendice; y mientras los bendice, es elevado al cielo (50, 51).—2.^o *Los discípulos en Jerusalén*. Los discípulos regresan a Jerusalén con grande gozo. Se reúnen con frecuencia, alabando y bendiciendo a Dios (52, 53).

42. Jesús abre las escrituras a sus discípulos (v. 32); abre también su entendimiento para comprenderlas: doble acción siempre necesaria.

43. Jesús apela por última vez a la autoridad de las escrituras (v. 27, 44), para hacer comprender a los discípulos la necesidad divina de todo lo que le había acontecido (v. 46), y para revelarles el porvenir de su reinado y la vocación que tendrán que desempeñar en él. Deberán predicar en su nombre (por su autoridad) el arrepentimiento y la remisión (*Sin.*, *B* tienen: *arrepentimiento para remisión de los pecados*. (Véase, sobre ese término de *arrepentimiento*, Mat. 3: 2, nota.) Eso es en el fondo todo el evangelio en su aplicación al hombre pecador y perdido; y este evangelio deberá ser anunciado a todas las naciones (comp. Mat. 24: 14; 28: 19), empezando por Jerusalén, la ciudad culpable, pues ese punto de partida y esa extensión del reinado de Dios estaban anunciados también en las escrituras. (Sal. 110: 2; Isa. 2: 3; comp. Act. 1: 8.)

44. *Estas cosas*, de que los discípulos serán los testigos, son todos los grandes hechos evangélicos designados en los v. 46 y 47; pero, para ser hechos capaces de dar este testimonio, es necesario primeramente que los pobres discípulos hayan visto cumplirse en ellos la promesa del Padre, o que hayan sido revestidos del

poder del Espíritu Santo. (v. 49.) De ahí este contraste notable: *vosotros... y yo... B, A, C* y la mayor parte de las *mayúsc.* tienen: *y he aquí yo...* Esa palabra falta en *Sin.*, *D*, la *Itala*.

45. Jesús ordena expresamente a sus discípulos (Act. 1: 4) esperar en Jerusalén ese socorro poderoso. El texto recibido dice: en la ciudad de *Jerusalén*. Ese nombre falta en *Sin.*, *B, C, D, Itala*. Desde el versículo siguiente, Lucas cuenta la ascensión de Jesús. Se ha pretendido que Lucas al escribir su evangelio creía que ese acontecimiento había tenido lugar el día mismo de la resurrección, pero que más tarde, cuando redactó el libro de los Actos, había tenido conocimiento de otra tradición, según la cual Jesús había quedado con sus discípulos durante cuarenta días después de la resurrección. (Act. 1: 3.) ¿Es probable que un historiador tan concienzudo como Lucas hubiese descuidado, al empezar su segunda obra, rectificar el error que habría cometido al fin de la primera? Esa corrección habría sido tanto más indicada cuanto que el autor se refiere a su primer escrito (Act. 1: 1, 2), y reanuda su narración en el punto en que la había dejado. ¿No es más natural admitir que nuestro evangelista, después de haber relatado la aparición de Jesús a todos los discípulos (v. 36), resume, sin pretender refe-

50 Y los llevó afuera, hasta hacia Betania; y, levantando sus
51 manos, los bendijo ⁴⁶. Y aconteció, mientras los bendecía, que se
52 apartó de ellos ⁴⁷. Y ellos se volvieron a Jerusalén con grande go-
53 zo ⁴⁸. Y estaban continuamente en el templo, alabando a Dios ⁴⁹.

rir las en su lugar cronológico, varias de sus últimas instrucciones (v. 44-49), reservándose reanudar más tarde su relato en la resurrección de Jesús (Act. 1: 3), y señalar entonces claramente el intervalo de cuarenta días que separó a ésta de la ascensión? Se lee, en efecto, en el libro de los Actos que al terminar los cuarenta días, cuando reunió Jesús a sus discípulos para hacerlos testigos de su ascensión, les dirigió la mayor parte de las instrucciones con las cuales Lucas termina el discurso aquí referido; en ese momento les dió la orden de no dejar a Jerusalén, les hizo la promesa del Espíritu Santo (Act. 1: 4, 5), les confió la misión de ser sus testigos, en Jerusalén primeramente y luego entre todas las naciones. (v. 8).

46. *Afuera*, es decir: fuera de la ciudad. *Hasta hacia Betania* según la lección de *Sin., B, C*. El texto recibido dice: *hasta Betania*. Jesús condujo a sus discípulos hasta sobre el monte de los Olivos, que era necesario atravesar para ir a Betania, situada sobre la falda oriental de la montaña. (Comp. Act. 1: 12.) Allí se detuvo, dió a sus discípulos su última bendición y se separó de ellos. (v. 51.) Véase sobre la cima de la montaña donde tuvo lugar probablemente la ascensión, el *Viaje a Tierra Santa* de M. F. Bovet p. 202 7^a edic.

47. Lucas no hace más que indicar aquí en algunas palabras la ascensión de Jesús que se proponía describir más detalladamente en su segundo libro. (Act. 1: 1-12; véase v. 49, nota.) El texto recibido añade: *y era elevado en alto hacia el cielo*. *Sin., D* y algunos ejemplares de la *Itala* omiten esas palabras que son probablemente una interpolación tomada de Mar. 16: 19 o de Act. 1: 9.

48. *D* y algunas copias de la *Itala* omiten las palabras *habiéndole adorado* que tiene el texto recibido; es-

tas se leen, es verdad, en todos los otros documentos, aun en *Sin*. Pero, como observa Tischendorf, se refieren estrechamente a la frase inauténtica del versículo precedente. Su adjunción se explica mejor que su omisión. La convicción de que su Maestro acababa de entrar en la gloria divina causa ese *gran gozo* de los discípulos. Este ha sucedido a la profunda tristeza que sentían al solo pensamiento de una separación de con su Maestro.

49. La palabra *continuamente* debe ser tomada en un sentido relativo: todas las veces que los actos del culto los llamaban al templo.—Aquí también, los críticos prefieren la lección de *D* y la *Itala*: *alabando*; pues este término como observa M. Godet, “es un término favorito de Lucas.” *Sin., B, C*, le han substituído: *bendiciendo*. El texto recibido, con *A, mayúsc.*, combina ambas lecciones: *alabando y bendiciendo*. El texto recibido tiene como última palabra del evangelio: *Amen*. Esta adjunción, que proviene del uso litúrgico falta en *Sin., C, D*, la *Itala*.—Se ha pretendido que la ascensión de Jesús sólo es referida por Lucas, siendo Marcos 15: 19 sacado de Lucas. Mateo y Juan callan este hecho. No es eso más que una apariencia; en Juan, Jesús habla en diversas ocasiones de “subir adonde estaba antes” (6: 62; comp. 17: 5; 20: 17; 18: 1), y, en Mateo, cada una de las predicciones del regreso de Cristo para el juicio del mundo supone su ascensión. (Mat. 18: 30, 41; 24: 30; 25: 31, etc.) Los apóstoles proclaman con voz unánime la realidad de ese hecho (Actos 2: 32, 33; 7: 56; Ef. 4: 10; 1 Tim. 3: 16; Hebr. 9: 11, 24; 10: 12; 1 Pedro 3: 22, y todo el Apocalipsis); y si anuncian a los fieles la resurrección de ellos y la glorificación de su cuerpo como el cumplimiento de sus esperanzas, es mostrándoles el cuerpo glorificado de Cristo que es

su Jefe. (1 Cor. 15: 49; Fil. 3: 21.) La ascensión de Jesús es el coronamiento de su vida santa y el complemento de su resurrección, de la que no debe ser separada. Por el hecho de la resurrección, Jesús ha entrado en posesión de un cuerpo glorificado, como lo muestran en nuestro relato mismo sus apariciones y sus desapariciones repentinas.

(v. 15, 31, 36.) La suprema entrevista del monte de los Olivos se produjo en las mismas condiciones que las que habían tenido lugar durante los cuarenta días. “Esta última partida, dice M. Godet, no se distingue de las precedentes más que por un modo de alejamiento algo menos repentino y por la bendición que Jesús deja a sus discípulos.”